

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID

DEPARTAMENTO DE FILOLOGÍA ESPAÑOLA

TESIS DOCTORAL

**LAS ARMAS DE LA REPÚBLICA EUROPEA DE LAS
LETRAS: PROPAGANDA Y PEDAGOGÍA DEMOCRÁTICAS
EN LA NARRATIVA POPULAR DECIMONÓNICA.
CEFERINO TRESSERRA**

AUTOR: PABLO RAMOS GONZÁLEZ DEL RIVERO

DIRECTORES: DRA. PURA FERNÁNDEZ Y DR. FRANCISCO CAUDET

2008

A mi tía Cristina, a quien nunca olvidaré

AGRADECIMIENTOS

En justicia, mis palabras de agradecimiento a todos aquellos sin cuya ayuda nunca habría podido llevar a término este trabajo deberían ser al menos tantas como las que componen la propia tesis. Pero su lectura acabaría por convertirse en un castigo semejante al que se preparan a padecer los amables miembros del tribunal. Basta pues de añadir más palabras. Ese apoyo imprescindible que he recibido vino en forma de actos, consejos, consuelo, calor, amistad, comprensión, incondicionalidad; y, en lo venidero, con la misma moneda, no con palabras, querría yo agradecer cuanto recibí. Papá, Mamá, Cristina, tía Cristina, Angelo... con vosotros no bastaría ni con escribir cuatrocientos tomos de agradecimientos. Caterina; mis amigos del barrio, los de toda la vida; los que encontré en este camino, en Italia, en Madrid, y ya son también para toda la vida. Carmen Almería, mi otra tía. Pura Fernández, pues si algo de bueno puede hallarse en esta tesis solo a ella se debería. Tengo deudas millonarias con muchas más personas, como Francisco Caudet, Carmen Simón Palmer o Maurizio Fabbri; también con instituciones: la AECI, la Alma Mater Studiorum de Bolonia y la Universidad Autónoma de Madrid. Prometo no ser moroso.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

.....	7
-------	---

CAPÍTULO I. VIDA Y OBRA DE CEFERINO TRESSERRA

.....	22
1. Los revolucionarios de Barcelona	28
2. El nacimiento del primer Partido Demócrata.....	51
3. Tiempo de sociedades secretas.....	67
4. Literatura republicana en la década de 1860.....	76
5. <i>La Gloriosa</i>	106
6. El sueño de la República Universal.....	134
7. La Primera República española.....	154
8. La vuelta de los Borbones.....	180

CAPÍTULO II. IDEARIO FILOSÓFICO Y POLÍTICO DE CEFERINO TRESSERRA

.....	191
1. La herencia de la Revolución Francesa.....	192
2. Racionalismo.....	214
3. Idealismo.....	224
4. Anticlericalismo.....	233
5. La ciencia de la Economía política.....	250
6. Democracia, República, Federación.....	262

CAPÍTULO III. LOS CAMINOS A LA DESMEMORIA

.....	277
1. La historia contada por los vencedores.....	278
2. La memoria de los vencidos.....	289
3. Ceferino Tresserra en la historiografía republicana.....	305
4. Las inercias de la historia.....	313

CAPÍTULO IV. LOS CÁNONES LITERARIOS DE LA MARGINACIÓN

.....	323
1. Naturaleza de los cánones literarios.....	325
2. Defensores y detractores.....	342
3. La estructura del canon crítico: literatura y paraliteratura.....	358
4. Los rasgos del paradigma de la novela popular.....	371
4.1 Literatura industrial.....	371
4.2 Subliteratura.....	380
4.3 Consolación.....	392
5. El canon y la literatura de folletín en España.....	404
6. Método y utilidad de un estudio sobre Ceferino Tresserra.....	429

CAPÍTULO V. LA REPÚBLICA LITERARIA EUROPEA: 1840-1870

.....	438
1. La misión pedagógica de la democracia europea y española.....	439
2. El apostolado a través de la literatura.....	459
3. El circuito de editoriales heterodoxas españolas.....	475
4. La censura.....	491

CAPÍTULO VI. LA LITERATURA DE PROPAGANDA REPUBLICANA DE CEFERINO TRESSERRA

.....	503
1. Sometimiento y trasgresión al paradigma de la novela popular.....	507
1.1 Melodrama y parodia.....	507
1.2 Retrato, análisis y denuncia de la realidad.....	526

2. La novela filosófico-social en el panorama literario español del siglo XIX.....	536
3. Elementos de la narrativa tresserriana.....	563
3.1 Estructura.....	563
3.2 Narrador.....	580
3.3 Personajes.....	586
4. La crítica filosófico-social de Tresserra a la España isabelina.....	598
4.1 La moralidad republicana contra el Estado liberal.....	598
4.2 La libertad de asociación.....	619
4.3 La reivindicación de la igualdad de la mujer.....	645
 <u>CONCLUSIÓN</u>	 670
 <u>BIBLIOGRAFÍA</u>	 688
1. Bibliografía primaria.....	689
1.1 Obras de Ceferino Tresserra.....	689
1.2 Obras en las que colaboró.....	691
1.3 Obras desaparecidas o no localizadas.....	692
2. Bibliografía secundaria.....	693
3. Prensa del siglo XIX.....	733

INTRODUCCIÓN

Quizá no exista más que un camino que lleve a realizar una tesis doctoral dedicada a la vida y la obra del escritor y político barcelonés Ceferino Tresserra y Ventosa (1830-1880); un personaje heterodoxo, raro y olvidado, ausente de la historia cultural y política de España desde hace casi siglo y medio. Y ese camino pasa por ser un doctorando en busca de autor, parafraseando a Luigi Pirandello, y tener la fortuna de encontrarse en él a la doctora Pura Fernández. No podemos imaginar otro.

Existe un panteón oculto de personalidades españolas del siglo XIX que ha sido escasamente visitado por los investigadores. Solo unos pocos se han ocupado del estudio de aquellas figuras que, si bien en su época desempeñaron un papel crucial en la vida pública, por diversas razones fueron luego apartadas del relato historiográfico que se iría construyendo para guardar memoria de la centuria. Pura Fernández forma parte del grupo que se ha interesado no solo por los relegados de la historia cultural patria como Eduardo López Bago o Francisco de Sales Mayo, originales escritores que ejercieron una considerable influencia en la España de entonces; sino también por multitud de fenómenos de este periodo que pese a su importancia histórica han corrido igual suerte, como los entresijos del mercado de la novela por entregas o los circuitos editoriales heterodoxos. Solo a partir de un conocimiento profundo del panorama cultural español del siglo XIX, que incluya su trastienda, es decir, todos aquellos elementos enviados al desván de la historia no por su irrelevancia, sino más a menudo por su impertinencia ideológica, resulta posible apreciar la trascendencia que podía encerrar un estudio sobre Ceferino Tresserra.

La lectura de novelas de este autor como *Los misterios del Saladero* (1860) o *La judía errante* (1862) convenció a nuestra co-directora de tesis de que se hallaba ante un autor que representaba como ningún otro la complejidad que alcanzó la narrativa popular española en su periodo de apogeo, esto es, entre 1840 y 1870. Las citadas obras poseían todas las señas de identidad del desprestigiado género del folletín, pero también constituían muestras de cómo este formato podía ser vehículo de muy diversas inquietudes, tanto artísticas como políticas. Circunstancia que contradecía a lo postulado monolíticamente por la historiografía tradicional, la cual querría que tales novelas fuesen todas poco menos que iguales entre sí; esto es, una suerte de inacabable reproducción de un modelo literario pobre, repetitivo y timorato.

A la originalidad de la narrativa de Tresserra se sumaba el atractivo perfil político que presentaba. A pesar de la imposibilidad de encontrar documentos biográficos

directamente referidos al personaje, su nombre aparecía asociado con frecuencia a los episodios más significativos del movimiento democrático español del XIX; y no cabía duda de que se había distinguido como uno de los líderes del republicanismo durante el periodo isabelino y *La Gloriosa*. Fue por lo tanto a partir de estas premisas que partió la sugerencia que recibimos de Pura Fernández de realizar nuestro trabajo de tesis doctoral sobre este autor.

De cualquier manera, los primeros pasos dados hacia el estudio de Ceferino Tresserra se remontan a años atrás, cuando aún no teníamos ninguna noticia sobre la existencia de este autor. En el marco de un trabajo de investigación que tuvimos que realizar para el curso de Alta Especialización en Filología Hispánica del CSIC, también de la mano de Pura Fernández, nos ocupamos de estudiar y analizar la novela de Blasco Ibáñez *La araña negra* (1892-1893). Las similitudes que más adelante apreciaríamos entre esta obra de Blasco y la narrativa de Tresserra fue sin duda uno de los motivos que acabaron por decidimos a acometer el estudio del escritor catalán.

La araña negra, a diferencia de la mayor parte de la producción literaria de Blasco Ibáñez, ha recibido una escasa atención por parte de la crítica especializada; lo cual contrasta con el ininterrumpido éxito de público, tanto español como internacional, que ha venido cosechando desde su publicación hace casi ciento veinte años. El rechazo de la crítica hacia esta novela se explica principalmente por la etiqueta que soporta, pues resulta innegable que *La araña negra* es un folletín. Tal circunstancia ha venido propiciando un desprecio generalizado hacia la obra que incluyó a su propio autor; ya que el Blasco Ibáñez maduro llegó a repudiarla como un pecado de juventud que le habría gustado no cometer.

Con estas referencias, que nos predisponían contra *La araña negra*, comenzamos la lectura de sus algo más de mil doscientas páginas. A medida que nos adentrábamos en el voluminoso texto fuimos comprobando que las enseñanzas más características de la novela popular de carácter político, como la presentación de un dualismo ideológico irreconciliable a partir del cual pueden ahormarse sin dificultad la mayor parte de los personajes, o el recurso a un sinfín de peripecias, no siempre muy verosímiles, constituían su poética fundamental. Sin embargo, al mismo tiempo se iba revelando del todo evidente que la novela ofrecía otros muchos elementos a menudo reputados de incompatibles con este género de literatura.

En primer lugar, *La araña negra*, lejos de constituir una muestra de anacronismo melodramático, participaba plenamente del espíritu de las corrientes novelísticas que le eran contemporáneas, como el realismo o el naturalismo. En segundo lugar, parecía claro que no

cabía considerar a *La araña negra* como una mera mercancía que el autor escribía y el editor publicaba con el principal propósito de lucrarse. Cargo este, el de la mercantilización, que configura la parte sustancial del paradigma negativo más extendido sobre la novela popular. Tanto el análisis de la trayectoria personal de Blasco durante la época, como el del contexto político y cultural en el que surgía la obra, no dejaba lugar a dudas sobre la naturaleza esencialmente propagandística y pedagógica de su texto: Blasco Ibáñez la había escrito para educar a sus lectores en los valores democráticos.

En definitiva, el análisis de esta novela escasamente estudiada por los lectores profesionales, y no obstante rotunda y unánimemente condenada, nos puso alerta frente a los juicios sumarios que genera a menudo la crítica literaria. Tendencia que, como enseguida comprobamos, se veía favorecida y potenciada por el método al que tradicionalmente ha venido acogiendo la historiografía literaria en nuestro país. Esto es, el de explicar el fenómeno de la literatura a partir de la sucesión en el tiempo de rígidas periodizaciones cronológicas y estilísticas. Tal sistema, por un lado, cumple con eficacia el imprescindible cometido de ordenar la inabarcable multiplicidad de obras, y de reflejar las afinidades y diferencias que cabe apreciar entre los autores y sus producciones, y entre grupos de estos; pero, por otro, suele inclinar hacia una visión uniformadora de los movimientos y periodos literarios, lo que a la postre supone la creación de ortodoxias estilísticas que obstaculizan la comprensión de la naturaleza inevitablemente heterogénea de toda obra literaria y de las etapas históricas.

La trayectoria de la novela popular ofrece el ejemplo más claro a este respecto; nacida en el siglo XIX hace un largo recorrido que llega hasta nuestros días, pero en vano se la buscará en las historias de la literatura, al menos en la mayoría de las españolas, más allá de su periodo de formación. En todo caso, cuando aparece lo hace sin salvedades bajo el paradigma categóricamente negativo que hemos expuesto; y ello a pesar de que nadie podría negar que la insuficiencia de estudios y monografías rigurosos desautoriza las generalizaciones que viene recibiendo esta vastísima parcela de la narrativa.

Otro de los aspectos que nos resultaron más llamativos al estudiar la novela de Blasco Ibáñez fue el vaivén crítico al que había estado sometida tanto su obra como su trayectoria personal. La figura del escritor valenciano, por diferentes motivos, unas veces de orden ideológico y otras veces de orden supuestamente estético, había sido arrinconada en repetidas ocasiones en la memoria cultural española. Solo desde tiempos bien recientes se ha comenzado a apreciar la trascendencia no solo de la extraordinaria riqueza del legado literario de Blasco, sino también la singularidad de este hombre irrepetible, cuya biografía

sin lugar a dudas se cuenta entre las más apasionantes de un escritor de país alguno en los dos últimos siglos. Tal circunstancia nos puso en guardia frente a las arbitrariedades que pueden generar los procesos historiográficos literarios.

Si tales injusticias se habían cometido con la obra de un autor de fama universal como fue Blasco Ibáñez, resultaba obvio que la legión de narradores populares españoles, cuyas obras nos vimos obligados a analizar como precedentes del valenciano, que publicaron entre 1840 y 1870, periodo que se reputa como el del dominio de la novela popular, no había recibido un trato más riguroso.

Por ello, al encontrarnos en el trance de elegir un tema para redactar la tesis doctoral, el campo se hallaba abonado para acoger favorablemente la propuesta que nos hizo Pura Fernández de dedicarla a la investigación de la vida y obra de Ceferino Tresserra. A juicio de nuestra co-directora este era el autor en busca de doctorando que mejor podría permitirnos profundizar en las impresiones recibidas durante el estudio de *La araña negra*. Tresserra aparecía como un claro antecedente de Blasco Ibáñez, y no solo en cuanto a las primeras producciones novelescas de este, sino también por su azarosa y apasionante trayectoria vital.

Fue a partir de estas bases que realizamos una primera aproximación a la obra del catalán, en forma de tesina para obtener el diploma de estudios avanzados en esta misma Universidad Autónoma de Madrid. Las reducidas dimensiones de aquel trabajo nos obligaron a ceñirnos al análisis de una sola novela de Tresserra: *Los misterios del Saladero* (1860), y a realizar un mero acercamiento al pensamiento, la vida y la trayectoria literaria del escritor. En esta ocasión contamos, además, con la preciosa ayuda y tutela del catedrático Francisco Caudet, co-director de la tesis doctoral que presentamos. Debemos apuntar que los trabajos de Francisco Caudet sobre la narrativa española del siglo XIX, así como sobre autores del movimiento republicano español, a la postre resultaron fundamentales para fijar las coordenadas de nuestra investigación. Especialmente, su cuestionamiento sistemático de la rigidez con la que a menudo es estudiada la poética realista por la historiografía tradicional iluminó nuestra perspectiva sobre la materia, de modo que hicimos nuestra su mirada crítica.

Este primer contacto con la figura de Tresserra sirvió para confirmar nuestra opinión acerca de la oportunidad de llevar a cabo una más profunda investigación monográfica sobre el autor y su narrativa. *Los misterios del Saladero* descubrían a un escritor original que al mismo tiempo que convertía su novela en una muy elaborada plataforma propagandística de sus ideas democráticas, mostraba una poética muy alejada de la usualmente adjudicada a

escritores que como él cultivaron el folletín. Esto es, la escasa atención crítica que había recibido el escritor catalán, y que lo situaba como un simple epígono de otros autores como Sue o Ayguals de Izco, resultaba manifiestamente inexacta. El afán de denunciar la corrupción, el despotismo y la injusticia que, a juicio de Tresserra, reinaba en la España de la época, le llevaba a realizar un retrato de la realidad de su época caracterizado por su verosimilitud. Además, el autor no disimulaba su intención de convertir las casi mil páginas de su obra en un medio de educación política, cultural y científica de la ciudadanía. Al igual que sucedía con *La araña negra* de Blasco Ibáñez, *Los misterios del Saladero* debía ser identificada con la corriente de la narrativa popular o folletinesca, pero igualmente presentaba otros muchos rasgos que la alejaban del estrecho y prejuicioso perfil acuñado comúnmente para esta por la historiografía.

Respecto al estudio biográfico sobre el autor, este primer acercamiento a su figura sirvió para acrecentar las expectativas de las que partimos. Tresserra no solo aparecía como un destacado dirigente del Partido Demócrata, luego denominado Republicano Federal, sino que constituía una figura extraordinaria dentro del mismo. Su trayectoria descubría a un tipo inédito de revolucionario español de la época. Tresserra, como Pi y Margall, Emilio Castelar o Nicolás Salmerón, defendió las ideas democráticas desde la tribuna pública y el escrito propagandístico, pero también lo hizo en la primera línea de la barricada popular, en el campo de batalla y mediante el desempeño de cargos institucionales relevantes. Al igual que Fernando Garrido, Ruiz Zorrilla o Nicolás Estévanez, fue un activo conspirador en distintas sociedades secretas de carácter político, y como aquellos padeció encarcelamientos, deportaciones y exilios. Pero, además, fue autor de una considerable obra literaria, formada por casi una decena de novelas y varias obras de teatro, que reflejaban todas esas experiencias y que puso a su vez al servicio del apostolado republicano. En suma, todo parecía indicar que Tresserra amalgamaba como quizás ninguna otra figura de su movimiento al hombre de acción y al hombre de letras; constituía el ejemplo de un publicista total de una ideología que había hecho de su propia vida, esto es, de su conducta y sacrificio personal, el más importante de los elementos de su discurso propagandístico. Por lo tanto, un objetivo principal de la tesis doctoral debía ser el de ahondar hasta donde nos fuese posible en sus episodios vitales.

Otro de los aspectos de interés que fuimos descubriendo al acercarnos por vez primera a la figura de Tresserra fue el de su ideario político y filosófico. Sin ser este original, sí presentaba una curiosa mezcla de influencias y contenía propuestas que a priori resultaban novedosas de acuerdo al esquema usual construido para los personajes de su

época. Como la mayor parte de sus correligionarios republicanos, Tresserra participaba de un racionalismo que algunos llaman romántico, inspirado fundamentalmente en el pensamiento hegeliano, y en un credo cientificista y anticlerical. Pero su cosmovisión dentro de estos márgenes estaba al mismo tiempo llena de matices que denotaban una reelaboración personal y coherente. Observamos que la comprensión y exposición de su programa de ideas constituía una cala imprescindible para el estudio de sus otras facetas, ya que su labor política y literaria se nutría de la fe que demostraba hacia los ideales del Progreso que había abrazado.

De esta manera, contábamos con tres campos fundamentales de estudio sobre nuestro autor: su obra literaria, su trayectoria vital y su ideario filosófico. Asimismo, de acuerdo con las inquietudes que nos había generado el trabajo citado sobre Blasco Ibáñez, otro de los objetivos fundamentales de la investigación debía ser el de tratar de comprender y explicar el proceso historiográfico que había determinado la marginación de un personaje como Ceferino Tresserra. Proceso que en el caso del autor catalán había supuesto su práctica desaparición de la memoria nacional y que tenía dos vertientes; por un lado, la relativa a la fama crítica de su obra literaria y, por el otro, a la de su papel como destacado político y publicista republicano.

Una vez que las directrices de la investigación quedaron definidas se imponía la necesidad de escoger una metodología apropiada desde el que acometerlas; la cual, en principio, venía determinada por la misma naturaleza de la investigación, esto es, por su interdisciplinariedad. La redacción de la tesina sobre *Los misterios del Saladero* nos puso sobre aviso de la dificultad de delimitar las diferentes parcelas que presentaba el estudio de la vida y obra de Tresserra. A menudo el entrecruzamiento de campos era inevitable, pues para entender con profundidad la novela del catalán se hacía necesario conocer su biografía; y para conocer esta era imprescindible articular rigurosamente la trayectoria política del autor. Pero asimismo, la única vía para contar con las coordenadas correctas que nos permitiesen interpretar toda la información recabada consistía en conformar un amplio panorama del universo de ideas de índole filosófica en el que Tresserra había sustentado sus discursos y acciones. Es decir, nuestro trabajo debía realizarse a partir de la conciencia de la conexión existente entre los distintos campos, de manera que no resultásemos excesivamente redundantes y fuésemos capaces de construir sucesivos apartados que se complementasen entre sí.

Pero no solo eso, la investigación debía ir más allá. La recreación de la personalidad de Tresserra para ser correctamente calibrada debía ser confrontada con las de sus

contemporáneos, es decir, ser situada en el contexto preciso en el que vivió el autor, pues solo de esta manera podía apreciarse su aportación al panorama cultural. La vocación internacionalista del catalán, unida a la celeridad con la que se produce en la época el trasiego e intercambio de información entre los distintos países occidentales –información a la que Tresserra siempre se mostró atento-, obligaba a su vez a ampliar el cuadro a un ámbito transnacional.

Así las cosas, el tratamiento elegido nos situaba ante la necesidad de realizar un considerable esfuerzo de reconstrucción del mundo cultural y político del siglo XIX; y el abanico bibliográfico que se abría ante nosotros resultaba a todas luces inabarcable. De esta manera, una de los retos que habríamos de afrontar parecía claro que era el de seleccionar las referencias adecuadas y ser capaces de sintetizar suficientemente el caudal de datos de diversa índole –históricos, sociológicos, filosóficos, etc.- que íbamos a manejar. La solución adoptada fue la de dividir el estudio en dos grandes partes.

La primera de ellas la dedicamos por entero al análisis de Ceferino Tresserra en cuanto a su condición de personaje público relevante de la época. A su vez, hemos organizado esta parte en tres capítulos. En el primero, trazamos una bio-bibliografía del autor; en el segundo, ofrecemos una exposición de su ideario político y filosófico; y, en el último, llevamos a cabo un análisis del modo en que afectaron al tratamiento de la memoria posterior de Tresserra las coyunturas histórico-políticas atravesadas por el movimiento republicano en nuestro país.

Cabe destacar la dificultad que nos planteó la reconstrucción de la trayectoria bio-bibliográfica del catalán. El hecho de no haber localizado documento alguno que contuviese un relato extenso de su vida, nos obligó desde el principio a aceptar la inevitable existencia de lagunas en nuestra exposición. Para colmar en lo posible estas fallas acudimos a dos caladeros bibliográficos principales: la prensa de la época y la literatura historicista y narrativa de los correligionarios republicanos de Tresserra. Pero la información directa sobre el escritor que fuimos capaces de extraer a partir de este corpus en ocasiones tampoco fue todo lo satisfactoria que cabía esperar; para paliar esta circunstancia optamos por llevar a cabo una amplia reconstrucción del panorama histórico-político de la época. Reconstrucción que, en todo caso, venía impuesta ya por la metodología adoptada; esto es, por el enfoque interdisciplinario asumido desde el inicio. Así, en los casos en los que algún episodio de la vida de nuestro autor aparece oscuro hemos tratado de inferirlo, primero, de las circunstancias particulares de los correligionarios de Tresserra cuya trayectoria presentaba

más afinidades con la suya; y segundo, del contexto general de la época con particular atención a la mentalidad colectiva del entorno político del catalán.

Ya en terreno del apartado dedicado al pensamiento de nuestro autor, postulamos que, a nuestro juicio, el ideario de republicanos como Tresserra no debe ser observado y analizado a partir de su mayor o menor adecuación a ciertos referentes, método al que suele recurrirse con más frecuencia, sino a partir de la importancia capital que cobró en el periodo el concepto del libre examen. El siglo XIX se llamará a sí mismo el de las luces; esto es, entre los sectores más ilustrados de la población se extiende una mentalidad que fomenta la libertad de pensamiento y el apetito de erudición, y que premia con prestigio social la curiosidad intelectual y la vastedad de conocimientos. Tresserra resulta un buen exponente de esta clase de hombre decimonónico de espíritu abierto que se interesa por las más variadas disciplinas científicas y humanísticas, y que, a partir de sus lecturas y reflexiones, pretende alcanzar lo que podría denominarse una cosmovisión autónoma y coherente. Claro está, su propósito se inscribe en una atmósfera en la que los paradigmas establecidos sobre todo por las filosofías kantiana y hegeliana actúan como el punto de arranque de toda exposición metafísica. Así, hemos tratado de acometer este punto desde pautas no estrictamente filosóficas, de modo que en nuestro trabajo hemos recurrido a un amplio abanico de ramas del conocimiento, que van desde la literatura a las teorías económicas.

Por otra parte, la perpetuación en el imaginario colectivo de un personaje público relevante como fue el catalán, pero inseparablemente unido a una opción ideológica concreta, quedó a expensas de la suerte histórica de esta, que como sabemos fue claramente adversa. Así, dirigimos nuestra investigación a tratar de desentrañar los mecanismos que se pusieron en marcha desde el aparato de poder restauracionista, que había derrotado al republicanismo, para elaborar una imagen de este adecuada a sus intereses. En la tesis partimos de la consideración de una circunstancia a menudo no suficientemente remarcada por el común de la historiografía: la Restauración se configuró ante todo como un sistema encaminado a neutralizar una futura alternativa republicana. Durante este periodo, especialmente en las primeras décadas, la práctica totalidad de los foros dedicados a construir una lectura determinada del pasado, como la prensa, enseñanzas medias, universidades, ateneos, archivos y bibliotecas, etc., se hallaba bajo el control del Gobierno, por lo que disfrutaron de una difusión privilegiada y ejercieron una considerable influencia en la conciencia colectiva del país. De este escenario resultó una interpretación acusadamente negativa sobre la Primera República, que básicamente quedó etiquetada como un dañino ensueño utópico; el cual, de acuerdo con los vientos positivistas que dominan el

pensamiento de la época, había tratado de atentar contra las leyes de la historia e incluso de la ciencia. Un haz de ideas acompaña a este juicio, y se generalizan en la mentalidad colectiva, como la de que el federalismo es igual a separatismo; la de que establecer en España la aconfesionalidad del Estado constituye una aberración histórica y filosófica; o la de que el predominio del poder civil, en detrimento del militar, propicia la crisis de autoridad y el consiguiente desorden y caos social.

La revisión de las bases sentadas por el corpus bibliográfico restauracionista, que se consolida en las dos primeras décadas del siglo XX, quedó a expensas de las corrientes historiográficas que habrían de derivarse de las posteriores coyunturas históricas. Y estas tampoco sirvieron para establecer las condiciones necesarias para un estudio continuado, ecuánime y riguroso del movimiento republicano. Solo desde tiempos bien recientes parece haberse creado este escenario. Los nuevos enfoques que se aplican vienen a subrayar el carácter complejo del republicanismo y de lo acontecido durante el Sexenio Democrático. La presente investigación ha tratado de insertarse en este ambiente reconstructivo.

En la segunda parte que constituye esta tesis nos hemos ocupado del estudio de la obra narrativa del escritor y de su desaparición de la historia de la literatura española. Respecto a este último punto, resultaba obvio que el arrinconamiento padecido por Tresserra respondía a una condena colectiva tanto hacia el género que había cultivado, la novela popular, como al periodo histórico durante el cual desarrolló su carrera: el reinado isabelino, reputado tradicionalmente como un tiempo de absoluta sequía narrativa. Es decir, el desprecio hacia la obra del catalán no venía determinado por la irrelevancia particular que se le hubiese atribuido a este autor, sino por la construcción de unos esquemas críticos cuya hegemonía a partir de determinado momento había supuesto la asunción de su veredicto condenatorio sobre la práctica totalidad de la literatura popular. Para entender este proceso, en el primer capítulo, nos hemos adentrado en el estudio del canon literario y de los paradigmas críticos a los que ha dado lugar. Así, el siguiente apartado lo hemos ocupado en levantar un nuevo marco teórico desde el que enfocar esta literatura. Una vez sentadas tales bases, solo restaba analizar con profundidad la obra narrativa de Tresserra, cometido que abordamos en el último apartado del trabajo.

El estudio del proceso de formación de los elencos canónicos a lo largo del tiempo pone de relieve los condicionamientos extraliterarios a los que se halla sometido. Es decir, no puede sostenerse que aquellos autores y obras que ingresan en el canon lo hacen exclusivamente por su irresistible valor estético. Tras la canonización existe siempre una serie de autoridades que actúan en el sistema literario y que, de acuerdo con la posición que

ocupan en el entramado de relaciones sociales, disfrutan de una mayor o menor capacidad para imponer sus propios criterios de valoración sobre lo que debe considerarse artístico; y que se aplica a determinados grupos de obras y autores en detrimento de otros grupos de obras y autores.

A partir del siglo XIX, los editores, el público, los lectores profesionales y los propios escritores, es decir, las distintas autoridades con potestad electiva, debido al nuevo contexto socio-político, que origina una multiplicación de la actividad literaria y una apertura sin precedentes de sus horizontes de distribución y lectura, comienzan a fragmentarse y por lo tanto a establecer cánones contradictorios. Desde entonces, no existirá una instancia capaz por sí misma de erigir un canon literario incontestable, y este resultará forzosamente o bien de una relación dialéctica entre ellos, o bien de la imposición que estén en grado de ejercer alguno de los agentes.

Para tratar de comprender esta pugna de fuerzas, el escenario donde se desenvuelve y el canon resultante, hemos manejado dos coordenadas histórico-culturales básicas: el desarrollo de una sociedad de masas y la generalización de un pensamiento posmoderno. El primer factor deja al descubierto que la incorporación masiva de la población a la lectura trajo como resultado la existencia de una literatura que se confeccionaba específicamente para un público al que se le presuponían unas expectativas culturales limitadas y pobres. Tal producción desde entonces es automáticamente descartada para ingresar en el canon. Esta circunstancia a su vez determina que se genere otro tipo de obras que, al menos de partida, aspira a formar parte del recinto de lo considerado artístico. Todo ello resulta del hecho de que el canon funciona no solo como un modelo jerárquico que ordena la multiplicidad de la literatura, sino ante todo como un generador de poéticas, de directrices de escritura.

A ello se debe sumar que el desarrollo de una cultura de masas se ha producido en paralelo al avance de un modelo de sociedades de composición heterogénea, donde proliferan identidades culturales, étnicas o de colectivos sociales que reivindican su diferencia. Circunstancia que en lo referente a nuestra área ha supuesto la emergencia y la demanda de un tipo de literatura representativa de estos grupos, que hasta ahora venía siendo marginada del canon en forma similar a la literatura de masas.

Por otra parte, especialmente en las últimas décadas, resulta fundamental la propagación de una mentalidad o clima posmoderno, que definimos como la tendencia al cuestionamiento sistemático a todo discurso o idea a partir de la denuncia de su condición histórica, es decir, de su contingencia. Solo aquellos fenómenos o enunciados sancionados científicamente gozan de inmunidad. Todo lo demás, especialmente cualquier construcción

humanística, como lo son precisamente el canon literario y sus poéticas, debe renunciar a cualquier pretensión de universalismo o hegemonía.

El contexto descrito determina que el canon tradicional y sus consiguientes paradigmas críticos sean objeto de un profundo cuestionamiento, ya que se parte de la imposibilidad de estos para ofrecer una coartada epistemológica inatacable. A ello contribuye el descrédito que acompaña en la actualidad a las numerosas teorías literarias surgidas a lo largo del siglo XX y que, en su mayoría, trataron de ofrecer una formulación científicista del fenómeno literario a partir de una asunción acrítica del canon legado por la tradición.

Se distinguen de este modo dos posturas extremas. Por un lado, la de aquellos que defienden la legitimidad del canon formado a lo largo de los siglos; o bien porque consideran que es producto de una pugna meramente estética entre textos, o bien porque reputan su existencia como necesaria. Por otro lado, encontramos numerosas propuestas que, partiendo del rol que desarrolla el canon en los planes pedagógicos nacionales y su consiguiente función como constructora de una identidad cultural, reivindican uno nuevo que resulte acorde al crisol de sensibilidades distintas que conforman las sociedades modernas. Estas propuestas vienen a menudo acompañadas de la denuncia del canon tradicional como producto de la imposición de ciertos agentes históricos hegemónicos; de modo que se les niega su capacidad para representar y reflejar a una realidad definida por la diversidad identitaria.

Los colores de este panorama sin duda son los que han propiciado la aparición de un trabajo que, como el nuestro, se dedica a cuestionar pautas historiográficas hasta hace poco prácticamente inatacables. Por ello hemos tratado de fijar la perspectiva con la que enfocamos la materia. Y esta no ha sido la de reivindicar la literatura de Tresserra por su valor representativo de un movimiento ideológico como el republicano arrinconado por el devenir histórico, ni tampoco proponer la poética de la narrativa popular de Tresserra como portadora de una serie de méritos estéticos dignos de reconocimiento. Lo que nos ha guiado ha sido la intención de poner de relieve la mirada distorsionada a la que ha conducido el canon sobre la producción literaria que quedaba fuera de él, en este caso, particularmente sobre la novela popular o folletín del siglo XIX, la cual comparece como la primera manifestación histórica de la cultura de masas.

Solo desde hace algunas décadas se ha comenzado a cuestionar con insistencia la adulteración de la realidad histórica a la que ha dado lugar la adopción acrítica por parte de la historiografía literaria de los discursos estéticos y generacionales de los autores o grupos

de autores canonizados. A estos, en nuestra opinión, les resulta imputable una buena parte de la responsabilidad de los prejuicios que se han ido acuñando en torno a la llamada literatura popular.

En nuestro trabajo postulamos que el conocimiento de la mirada deformada que pueden provocar las etiquetas literarias no conduce necesariamente a prescindir de ellas, pero sí a relativizar y matizar en lo posible su función. Así, hemos buscado encarar la novela producida en el periodo isabelino con concepciones estéticas propias de la etapa en que esta nació y se desarrolló. De modo que al usar conceptos tales como realismo, romanticismo o melodrama hemos tratado de hacerlo partiendo de una noción lo más articulada posible del periodo histórico estudiado, buscando así que estos reflejasen la mentalidad cultural de sus coetáneos antes que la construcción diacrónica de la que han sido objetos. En cuanto a los juicios estéticos que hayan podido merecernos ciertas obras de aquella época, o las del mismo Tresserra, hemos optado comúnmente por considerarlos irrelevantes para nuestros objetivos. Nos ha bastado con saber que disfrutaban de una amplia aceptación – de hecho, la narrativa ahora denominada despectivamente popular gozaba del máximo éxito y prestigio en todos los estratos de lectores-, y que respondían a una serie de impulsos y coordenadas histórico-estéticas que las produjeron.

Para contar con un enfoque apropiado a nuestros fines, nos hemos fijado en una serie de fenómenos, normalmente ignorados en los estudios del periodo, a partir de los cuales construir una nueva mirada sobre la novela social decimonónica. En primer lugar, el del carácter paneuropeo que adquiere el movimiento democrático en el que se inserta Tresserra, y que se manifiesta en buena parte de los folletines sociales que circulan por el continente. En segundo lugar, hemos prestado atención al circuito de editoriales heterodoxas y a otros agentes sociales, como los empresarios, que se implicaron activamente en la propagación de una mentalidad democrática en España, sobre todo a través de la financiación de este tipo de literatura subversiva. Y, en tercer lugar, analizamos la institución de la censura a lo largo del siglo XIX como condicionante de la poética y contenidos de la narrativa popular de la época.

Respecto al primer punto señalado, cabe apuntar que los numerosos contactos que se registraron entre revolucionarios del continente dirigidos a promover una República Federal Europea bajo los principios democráticos tuvieron su correlato en el imaginario colectivo de una República Europea de las Letras. Escritores como Tresserra evidenciaron su adhesión a esta etéreo espacio de encuentro entre republicanos de las distintas naciones, donde se una serie de autores, como Victor Hugo, Lamartine, Dumas o Sue, fueron consagrados como

modelos literarios y padres espirituales del pueblo. Las temáticas, los personajes y las reivindicaciones sociales que aparecieron en buena parte de la narrativa popular francesa fueron exportados al resto de los países europeos y también adaptados a las distintas idiosincrasias nacionales. En nuestra investigación, partimos de considerar que autores como Tresserra escribieron sus novelas a partir de su conciencia de pertenencia a este colectivo; circunstancia que perfiló decisivamente su poética.

Otro de los aspectos ignorados hasta tiempos bien recientes que emerge al analizar este tipo de literatura lo encontramos en la presencia de redes de editores heterodoxos. Esto es, la existencia de escritores comprometidos con la causa de la democracia no habría sido posible sin la existencia paralela de un entramado de editores, impresores, libreros y mecenas igualmente fieles a estos ideales. Por lo que respecta a España, al modelo extraordinariamente negativo que tradicionalmente se ha venido aplicando a la novela y a los novelistas patrios del periodo isabelino, se ha venido añadiendo una imagen acorde de los editores que la habían promocionado. Sin embargo, casos como los de Ayguals de Izco en Madrid, o Juan Pons, López Bernagosi y Salvador Manero en Barcelona, a los que nos acercamos en nuestro trabajo, ponen de relieve que su labor como difusores culturales de primer orden en la España de la época, no solo estuvo guiada por un afán crematístico, sino también por su pleno compromiso con la educación democrática de los españoles.

Dicha implicación de los editores se patentiza al analizar la represiva y onerosa legislación de imprenta que debieron afrontar a lo largo del siglo XIX. Así, hemos tratado de profundizar en este aspecto con la intención de destacar tanto los riesgos que asumían los editores y escritores al publicar ciertas obras, como la influencia que estas ejercieron en la poética de la narrativa popular del país. En nuestra opinión, a la hora de acometer el estudio de novelistas como Tresserra que se vieron permanente hostigados por la censura, no tenerla en cuenta desvirtuaría cualquier acercamiento a su obra.

A partir de las coordinadas propuestas en los apartados anteriores, el último capítulo del trabajo lo hemos dedicado al análisis del conjunto de novelas escritas por Ceferino Tresserra. Esto es, hemos aplicado una óptica que parte de la colisión entre la narrativa tresserriana y los esquemas críticos tradicionales aplicados a la literatura popular decimonónica, y, consecuentemente, hemos propuesto su comprensión a la luz del movimiento republicano, tanto español como internacional, en el que se integró el catalán.

Las novelas de Tresserra presentan numerosos rasgos de lo que podría ser una preceptiva ortodoxa realista, tanto en lo relativo a las técnicas como al sustrato filosófico desde el que están concebidas. No obstante, en la tesis hemos rehusado entrar en el

proceloso debate que se ha venido entablando respecto a los contornos precisos de esta escuela; es decir, no hemos buscado apuntar a nuestro escritor al realismo. Lo que nos ha interesado ha sido poner de relieve que, en contra de lo preceptuado por la generación del 68, y luego recogido por gran parte de la historiografía española hasta nuestros días, numerosos folletinistas isabelinos tuvieron su punto fundamental de inspiración en la realidad que les era contemporánea. Tresserra es un buen ejemplo de novelista cuya máxima preocupación es la de ofrecer a sus lectores un reflejo de la sociedad de su época; de esta le interesa mostrar las costumbres, las diferencias sociales y los caracteres. Dado que se propone educar al público en los valores de un sistema democrático el método más eficaz que encuentra es el de reconstruir ante sus ojos las injusticias que se derivan de una sociedad articulada en torno un régimen político que no los respeta. Y para lograr su objetivo el catalán opta porque sus creaciones resulten lo más verosímiles posible, de modo que el lector reconozca en las pinturas su vida cotidiana. Consecuentemente, el escritor se muestra preocupado por apartar de su obra todo aquello que por exagerado o fantasioso pueda restar credibilidad a sus denuncias.

Asimismo, las novelas de nuestro autor pueden ser inscritas en otra de las corrientes propias de la época: el melodrama. En lo que atañe a la narrativa, lo melodramático ha venido estigmatizándose como propio del arte de masas, esto es, de la novela popular; será la estética que saldrá peor parada de la canonización de las poéticas realistas en el último tercio del siglo XIX, de modo que comparecerá como su reverso. En el trabajo nos hemos ocupado de analizar las causas de este rechazo hasta llegar a su origen, que situamos en el proceso de autonomización del arte que se registra a partir aproximadamente de 1870. De acuerdo con las pautas seguidas en nuestra exposición teórica, tratamos de articular una visión de esta corriente alejada de los perfiles establecidos por la crítica tradicional. En este sentido, nos hemos acercado a las tesis de Peter Brooks, que parten de considerar al melodrama no como un género o categoría circunscrito al teatro, sino como un movimiento histórico-literario que cubre la práctica totalidad del siglo XIX europeo. Explica Brooks que resulta oportuno entender el melodrama como un producto de la liquidación del imperio de lo sagrado en la mentalidad colectiva operada gracias al derrocamiento de las instituciones que lo representaban: iglesia y monarquía, y que tiene lugar a partir de la Revolución Francesa. Todo ello imprime en la literatura de la época, y también en la de Tresserra, una serie de rasgos, como son las tendencias a una representación maniquea del mundo o a la condensación de significados éticos y políticos en personajes y temáticas, que hemos entrado a analizar a partir de estos presupuestos.

En los últimos apartados del trabajo, y ya concluimos esta introducción, procuramos ofrecer un amplio catálogo de las técnicas narrativas, las temáticas revolucionarias y el contexto literario en el que surgió y se desarrolló la novelística de Tresserra. Todo ello partiendo de las coordenadas establecidas en nuestro intento de reconstrucción del panorama político y cultural del siglo XIX.

CAPÍTULO I

VIDA Y OBRA DE CEFERINO TRESSERRA

El siglo XIX en Europa estuvo marcado por la conmoción que habían causado la Revolución Francesa y las posteriores invasiones napoleónicas. Del primer acontecimiento surgió la política moderna; desde entonces nace la conciencia del derecho de todos los individuos a participar en la organización de la vida pública. A lo largo del siglo se establecerá una pugna entre los partidarios y los reacios a aceptar el nuevo reparto de poder, que se traducirá en una sucesión constante de movimientos revolucionarios y contrarrevolucionarios, y que se dirigirá a definir la naturaleza y amplitud de esa participación política. Los sistemas liberales que la clase burguesa irá implantando progresivamente obligarán a las oligarquías monárquicas y nobiliarias, antiguas monopolizadoras del poder, a aceptar su concurso en la dirección de las naciones. La acomodación a las nuevas circunstancias histórico-sociales tendrá como consecuencia el surgimiento de las monarquías constitucionales; régimen parlamentario que caracterizará la vida política de la mayoría de los países del continente durante esta centuria. Pero, a su vez, la burguesía se verá contestada por los que continúan excluidos del sistema: la pequeña burguesía y las clases populares, que también reclamarán su cuota de participación en los asuntos públicos, esto es, exigirán regímenes democráticos.

Por otro lado, la política de conquistas promovida por el primer Imperio francés de Napoleón Bonaparte en Europa contribuirá a exacerbar el sentimiento nacionalista de los distintos países invadidos. Las guerras de independencia que se fueron desencadenando, por primera vez, no tendrán su móvil principal en la defensa de derechos dinásticos, sino en reivindicaciones de tipo identitario. Las masas populares se verán plenamente involucradas en las contiendas, y lo harán impelidas por una retórica basada en la soberanía e independencia consubstancial a todo pueblo y nación.

Estas hondas transformaciones trasladarán a la mentalidad colectiva europea una idea revolucionaria en sí misma: la de la mutabilidad de la historia. Nunca antes había estado tan generalizada la conciencia de su movimiento, y, sobre todo, la de su dependencia del entramado coyuntural que rige las relaciones entre las fuerzas sociales. Este sentimiento historicista impregnará toda las manifestaciones ideológicas, filosóficas y artísticas del siglo. Las diversas corrientes de pensamiento de raíz idealista que surgirán a partir de este clima socio-histórico darán a luz nuevas cosmovisiones que desde entonces pugnarán con la religiosa, cuya hegemonía nunca antes se había visto cuestionada.

La génesis de este vasto cúmulo de cambios se halla en el movimiento ilustrado del XVIII. La ciencia y la razón se convierten en instrumentos por medio de los cuales el ser

humano pretende someter todo fenómeno a su conocimiento. La creencia de que tal capacidad es ilimitada insuflará en el espíritu ilustrado y en el de sus herederos decimonónicos el sentimiento de la inmensidad de la libertad humana. Usar esa libertad, hacerla norma de la existencia individual y colectiva en todos los ámbitos de la cultura, el pensamiento y las relaciones sociales, serán las divisas del hombre ciudadano.

El extraordinario desarrollo que experimenta la industria del papel hará posible que los libros, prensa, revistas, hojas sueltas, etc., se multipliquen en proporciones hasta entonces desconocidas, y que, por lo tanto, lleguen a sectores sociales tradicionalmente ajenos al contacto con la cultura. Todo lo cual repercutirá decisivamente en la propagación de la nueva forma de contemplar al ser humano y al mundo.

Los avances técnicos aplicados a la agricultura y al sector minero posibilitarán en un primer momento de la Revolución Industrial una acumulación de capitales que se invertirán en la modernización de los sistemas de elaboración de los productos de consumo. Las distintas fases del proceso de industrialización europea, que serán el resultado de la aplicación de los descubrimientos científicos (las máquinas de vapor, las máquinas de hilaturas, los telares hidráulicos y mecánicos, etc.), irán dando como resultado la creación de una economía de mercado caracterizada por el crecimiento del consumo, el monopolio de capitales y la internacionalización de las transacciones mercantiles. El sistema de ideas económicas que actuó como soporte doctrinal de tales transformaciones, el *laissez faire*, esto es, la creencia en que la ley de la oferta y la demanda bastaba por sí misma para regular de un modo eficaz, justo y solidario las relaciones entre el capital y el trabajo, dio lugar a unos efectos manifiestamente contrarios en la realidad. El crecimiento demográfico y el desequilibrio del desarrollo industrial entre regiones, que provocará un éxodo rural a la ciudad, en la práctica supuso la aparición de grandes bolsas de pobreza, sobre todo en las urbes que registraron una mayor actividad fabril. Surge la clase obrera urbana. La sobreabundancia de la mano de obra, de acuerdo con la lógica establecida por la libre competencia, tuvo por resultado la generalización de la explotación laboral. El salario de subsistencia típico del primer capitalismo obligaba a los integrantes de este grupo social a un trabajo extensivo, de muchas horas, así como a la colaboración de mujeres y niños para reunir los fondos necesarios para el sustento familiar. Las duras condiciones de vida que padecía este sector de la población generará continuas tensiones políticas y sociales que forzarán progresivamente a una redefinición de las pautas originarias del liberalismo.

En todo caso, el paso de sistemas económicos tradicionales, fundados en la actividad agrícola, ganadera y artesanal, hacia formas capitalistas avanzadas se verificará con muy

distintos grados de intensidad, no solo en función de cada país, sino de la pluralidad de sus regiones. De este modo, en la Europa ochocentista conviven zonas agrarias latifundistas con áreas industrializadas; sociedades en pleno proceso de industrialización con lugares donde las formas de vida se imbrican en tradiciones seculares; regímenes parlamentarios con monarquías absolutistas. El continente aparece como un mosaico de pueblos, culturas y mentalidades asentados en ámbitos geográficos heterogéneos.

En este contexto surge la figura del revolucionario demócrata. Es el reformador idealista que actúa como apóstol de un porvenir en Libertad, Igualdad y Fraternidad. Las abundantes teorías, programas, sistemas o escuelas que surgirán al calor de los lemas de la Revolución Francesa no serán más que interpretaciones de estos, caminos hacia ellos. Los filósofos como Fourier o Saint-Simon tratarán de levantar nuevos mundos sobre estos tres principios; escritores como Victor Hugo o Eugène Sue los recrearán a través de su literatura; los políticos como Mazzini tratarán de ejecutarlos; y los militares como Garibaldi guiarán a las masas para que los conquisten. Pero los filósofos serán a su vez escritores y políticos; los políticos escribirán poemas, novelas y artículos de prensa; como lo harán los militares, quienes lucharán en la barricada codo a codo con los hombres de letras; para reunirse luego todos en la clandestinidad de la sociedad secreta. Ha nacido el librepensador, para quien ninguna disciplina resulta ajena porque todas forman parte de una única misión regeneradora.

El revolucionario demócrata procederá comúnmente de las clases medias o pequeña burguesía; son comerciantes, abogados, médicos, propietarios o industriales que no pueden competir con las grandes fortunas, intelectuales, empleados de oficina, etc. Algunos de estos profesionales, por sus modestos recursos, podrían ser subsumidos en el grupo del proletariado, pero su *rol* y estatus sociales les sitúan por encima de su posible clasificación económica. Defienden la propiedad privada y el orden; fundan su dignidad en el esfuerzo personal, el trabajo, las costumbres rigurosas y la respetabilidad de la vida familiar. A diferencia de la alta burguesía desdeñan el boato aristocrático. Se tienen a sí mismos por la parte productiva de la sociedad, y por ello reclaman su derecho a dirigir los destinos públicos. Perciben sus diferencias respecto a las clases populares, con las que mantienen una ambigua relación que oscila entre la solidaridad y ciertas formas de paternalismo, ya que creen que estas deben adoptar su ética y sus usos sociales.

Si el siglo XIX fue el de los nacionalismos, paralelamente, y en consonancia con las teorías humanitarias que alumbró la Revolución Francesa de 1789, fue también el del desarrollo de una importante corriente de pensamiento pacifista e internacionalista. Por

primera vez se pretenderá lograr la armonía y unificación de los pueblos, no bajo la égida de un emperador o país hegemónico, sino mediante la comunión fraternal entre naciones independientes y soberanas. El revolucionario decimonónico experimenta un fuerte sentimiento patriótico que, sin embargo, no resulta excluyente de su compromiso sentimental e incluso político con colectividades más amplias, como la latina, la europea o la humana en su totalidad. Ello se traducirá en el establecimiento de fluidas redes de comunicación entre reformadores de distintos países, sobre todo europeos, y en la adopción e identificación con un catálogo de mitos y modelos compartidos de carácter cosmopolita. Diversos avances tecnológicos, como el telégrafo o el ferrocarril, unido a la apertura de nuevas vías y caminos en el continente, facilitarán a su vez la rápida circulación de ideas y personas.

La historia revolucionaria española del siglo XIX es producto de una efervescencia política, cultural, económica y social análoga a la que se registra en Europa. Pero la deficiente y tardía industrialización del país, además de su desigual grado de desarrollo entre áreas geográficas, determinará el menor protagonismo de las clases burguesas en los procesos de transformación a los que inevitablemente se ve empujada España por el contexto internacional. Su posición de debilidad facilitará la supervivencia de estructuras y mentalidades propias del Antiguo Régimen, que en adelante convivirán en un mismo espacio con los elementos modernizadores. En definitiva, los revolucionarios demócratas españoles saldrán de las filas de una burguesía algo raquítica que encontrará numerosos obstáculos para tomar la iniciativa política y social, como en cambio sí hacían sus homólogas europeas con éxito.

La Revolución Francesa actuará como la referencia inexcusable de los reformadores de nuestro país, y, junto las Cortes de Cádiz de 1812, ejercerá una incesante fascinación en quienes se considerarán sus émulos y continuadores. Pero el prototipo de revolucionario europeo y español irá mutando en consonancia con las distintas coordenadas históricas. Del revolucionario romántico, cuya máxima figura internacional fue Byron, y en España Espronceda, se pasa a partir sobre todo de los años cincuenta al burgués de aspiraciones abiertamente democráticas y republicanas, y de credo científicista y anticlerical. Esta nueva hornada fija su principal objetivo en la difusión de su ideario político y filosófico entre el pueblo, y a esta misión pedagógica subordina cualquier otra inquietud.

El barcelonés Ceferino Tresserra y Ventosa (1830-1880) es fruto de este contexto. Constituye un ejemplo del republicano de mitad del siglo que protagonizará las primeras tentativas de democratizar el Estado liberal español. Y lo hará desde la conciencia de que su

lucha forma parte de un vasto proyecto de dimensión internacional dirigido a inaugurar una nueva era democrática, federalista, laica y pacifista en Europa. No dispone de grandes recursos económicos, pero sí de una amplia formación intelectual. Dice luchar en nombre de los invencibles principios del Progreso y por la redención de las clases oprimidas.

El desconocimiento actual en torno a Ceferino Tresserra contrasta con la celebridad de la que parece haber gozado en vida tanto por su labor política como intelectual. Pero lo mismo cabría decirse respecto de una considerable cantidad de hombres y mujeres de su tiempo que tampoco pasaron la criba operada por la historiografía. El siglo XIX en este sentido resulta imparangonable con épocas anteriores. La vida social, tanto en el ámbito político como cultural, experimentó una apertura sin precedentes que exigió el concurso de multitud de agentes. Al investigar la trayectoria de figuras como la de Tresserra, por lo tanto, se impone la tarea de dilucidar cuáles son los factores que determinan la conservación en la memoria histórica de ciertas personalidades públicas en detrimento de otras. De ahí que una vez que hayamos reconstruido en lo posible su biografía, tarea que acometemos en los apartados siguientes, dediquemos un estudio a tratar de desentrañar las causas que se dieron para ir arrinconando en los desvanes de la historia política, social e intelectual del país a Ceferino Tresserra.

1. LOS REVOLUCIONARIOS DE BARCELONA

Las referencias biográficas que se hallan sobre Tresserra consisten en breves reseñas que aportan escasa información sobre su figura. Por ejemplo, en la del catálogo de escritores catalanes de Elías Molins, que puede servirnos de modelo, se lee:

Nació en Barcelona el 17 de enero de 1830, y falleció en la Coruña el 6 de abril de 1880. Afilióse al Partido Demócrata avanzado, ingresó en el republicano, cuando se organizó éste. Fue gobernador civil de Soria, y después de Palencia en el periodo de la dominación republicana. Fue redactor de varios periódicos, y entre ellos de *El Anunciador de Cataluña* (Barcelona). Estando preso por sus ideas políticas, escribió la novela *Los misterios del Saladero*. Alcanzaron éxito sus publicaciones *Cuadro sinóptico del derecho democrático* y la *Tabla democrática* (1972: 698).

Otras introducen o corrigen algunos datos, como *La Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana* (1920), que informa de que Tresserra peleó junto con Garibaldi en Francia, pero por lo demás poco añade y es tan parca como la de Molins (1920: 191).

En cuanto a la extracción social de la familia de Tresserra tan solo hemos encontrado una referencia directa en la *Historia del Partido Republicano español* (1893) de Enrique Rodríguez-Solís, en cuya semblanza biográfica se lee:

Vino al mundo en Barcelona por los años de 183... Hijo de padres humildes, no pudieron costearle estos una carrera, y le pusieron de cajista en una imprenta. El despejo natural de Tresserra, unido a su afán por estudiar y saber, lograron realizar lo que sus pobres padres no habían podido conseguir. Un día fue necesario en el periódico para el que trabajaba Tresserra que se diese cuenta de un grave suceso ocurrido en la ciudad, pero en la redacción no había redactor ninguno y, en tal apuro, el joven cajista escribió el relato del suceso, pero de tan brillante manera que a todos dejó sorprendidos. Desde aquel día el director del periódico le sacó de las cajas y le puso a escribir noticias, y luego artículos, que figuraban en el periódico con aplauso general. El milagro se había realizado, y del cajista nació el escritor.

Afiliado al Partido Demócrata y socialista, defendió las ideas políticas del uno y las soluciones económicas del otro con tanta inteligencia como valor.

Vino a Madrid donde obtuvo de la democracia el más cariñoso recibimiento, y entró en *La Discusión* cuando algunos redactores de este diario lo abandonaron por la política francamente republicana de los artículos que el señor Pi y Margall había impreso al periódico.

De regreso a Barcelona publicó, editado por Salvador Manero, el *Cuadro sinóptico de la democracia española*. Este escrito, colocado en un cuadro a la puerta de la citada librería, la Rambla de Santa Mónica, produjo tal efecto y atrajo de tal modo la atención pública, que el Gobierno lo hizo desaparecer y prohibió su venta. Inútil empeño. Miles y miles se vendieron de esta hoja que muchos consideraron como el Evangelio del pueblo, y no había casino ni sociedad obrera de Cataluña que no lo poseyera manteniéndole oculto para los desconocidos, pero descubierto y estudiado y aprendido de memoria por todos los hijos del pueblo, por todos los demócratas (1893: 493)¹.

Varios son los motivos que inducen a cuestionar la exactitud de la nota de Rodríguez-Solís, y que evidencian que tenía un muy vago conocimiento sobre nuestro autor. En primer lugar, lo más llamativo resulta ser que considere a Tresserra adscrito a la escuela socialista, cuando en realidad se trató de uno de sus más encarnizados detractores dentro del Partido Republicano. Y, en segundo lugar, cabe apuntar que los hechos que de él destaca no se corresponden con los que podrían considerarse como los más significativos que protagonizó el catalán². Para construir su reseña biográfica, parece que Rodríguez-Solís recurre a los escasos recuerdos personales que guarda sobre Tresserra, a quien es seguro que conoció, como atestiguan sus *Memorias de un revolucionario* (1931), pero con quien debió mantener un trato muy superficial.

¹ Respecto a las citas correspondientes a textos de la época de nuestro autor, esto es, del siglo XIX, hemos optado por modernizar la ortografía. Cuando en el marco de una cita aparezcan palabras en cursiva querrá siempre decir que pertenecen a su autor, por lo que no lo indicaremos; lo mismo cabe apuntarse respecto a algunos párrafos en los que transcribimos caracteres en mayúsculas.

² No cita, por ejemplo, la articulación de una sociedad secreta según los reglamentos traídos por él mismo tras su contacto con Mazzini a finales de los cincuenta, lo cual sirvió para reactivar una red de conspiración que aglutinó a miles de republicanos. Circunstancia que en cambio representa la información más relevante que aporta Fernando Garrido sobre nuestro autor (1869, v. VIII: 358). Ni tampoco la importancia de la narrativa de Tresserra en la década de 1860 o su participación en la guerra franco-prusiana de 1871 bajo las órdenes de Garibaldi; hecho este último que alcanzó una considerable repercusión en la prensa de entonces.

El cuerpo de la reseña sobre nuestro autor se basa en tres puntos fundamentales. El primero, el referido a su origen humilde y a la imposibilidad de los padres de Tresserra para procurarle una educación, a tenor de nuestras investigaciones también debe ser matizado. Para justificar la formación intelectual que adquirió nuestro autor, Rodríguez-Solís apela al “despejo natural de Tresserra”; esta expresión es la misma que usa respecto a varios correligionarios en otras reseñas biográficas de la obra, como la de Sixto Cámara, este sí de origen humilde (1893: 459). Es decir, parece responder a una fórmula que en ocasiones aplica automáticamente para cubrir lagunas. Es exactamente la misma utilizada por Fernando Garrido al trazar la biografía de Sixto Cámara: “de una familia cuya modesta posición no le permitía darle educación que reclamaba su natural despejo” (1860 a: 5). Atribuir arbitrariamente un origen humilde a los demócratas a la hora de redactar sus semblanzas parece ser que constituía una práctica habitual. Eso sugiere Tomás Caballé y Clos al hacer la suya sobre José Anselmo Clavé, correligionario catalán de Tresserra, donde refiere el empeño puesto por Conrado Roure para hacerle descender de una familia sin recursos, cuando en realidad su padre fue un rico comerciante imbuido de ideas avanzadas (1949: 27).

Los otros dos puntos que destaca el historiador del republicanismo en su reseña aluden al ingreso de Tresserra en el periódico *La Discusión* en 1858, y al éxito que obtuvo con su *Cuadro sinóptico del derecho democrático* (1857). Ambos episodios se hallan conectados a vivencias del propio Rodríguez-Solís, como se deduce del hecho de que a lo largo de su obra, y al traer a colación recuerdos personales, vuelva a referirse a estas circunstancias³. La fecha de redacción del texto, entre 1892 y 1893, es decir, a más de una década de distancia de la desaparición de Tresserra y una vez que este ha caído en un absoluto olvido, hace comprensible la falta de exactitud de la información.

Lo que aquí nos interesa es dilucidar cuál pudo ser la verdadera extracción social de Tresserra. Sabemos que su madre era natural de Villanueva y la Geltrú, pueblo de la provincia de Barcelona, y perteneciente a la familia Ventosa. Albert Virella y Bloda, en su prólogo a una reedición facsimilar de *Los misterios de Villanueva* (1851), obra cuya redacción se atribuye a Teodor Creus y Corominas, Josep Pers y Ricart y a un tercer autor

³ Rodríguez-Solís se refiere a unos artículos de Pi y Margall aparecidos en *La Discusión* en 1858, donde este “opuso el principio de la autonomía individual como base de la democracia, declaración que produjo tan extraordinario efecto que los redactores de *La Discusión*: Sres. Martos, los Cuestas y Ortiz de Pinedo abandonaron el periódico, entrando luego en el Roberto Robert, **Ceferino Tresserra** y Juan Dios de Mora” (1893: 486). En la otra, al hilo del relato de la formación de una biblioteca republicana en 1866, Rodríguez-Solís enumera algunas de las obras que adquirieron, entre ellas el *Cuadro sinóptico de la democracia española* de Tresserra (1931 a: 31).

que con toda probabilidad es nuestro catalán, dice: “Algun investigador local assenyará el nom de Ceferí Tresserra i Ventosa, d’ascendencia vilanovina por part de mare” (1991: I).

El apellido materno de Ceferino se corresponde con el de un rico hacendado de la citada localidad, Josep Tomás Ventosa. Según Puig Rovira este era conocido en Villanueva y la Geltrú como “l'americano i filantrop”, ya que con la fortuna amasada en sus años de inmigración en Cuba subvencionó numerosas iniciativas culturales y sociales en su tierra natal (2001: 15). Entre ellas, la fundación del primer periódico de Villanueva y la Geltrú y la publicación de novela recién citada, *Los misterios de Villanueva* (1851). En ambas empresas editoriales participó Ceferino Tresserra junto a los otros dos jóvenes vilanovinos: Creus y Corominas y Josep Pers y Ricart. Este último será el director de la cabecera que cofundará junto a sus dos amigos en 1850 con el nombre de *Diario de Villanueva*⁴. Ellos mismos se encargarán tanto de la confección tipográfica y material del periódico como de su redacción. Como decimos, tales iniciativas serán posibles gracias a las generosas aportaciones de algunos prohombres de esta ciudad; sobre todo, a juicio de Freixa Olivar, de Josep Tomás Ventosa, considerado “el primer mecenas del nuevo diario y verdadero sostenedor del mismo por el procedimiento de la suscripción en masa” (*apud* Puig Rovira, 2001: 15). El 20 de abril de 1851 aparece en este mismo periódico *Los misterios de Villanueva*. Tras su publicación en la prensa se lanzará “una edició completa, de dos-cents exemplars, en forma de llibre, en dos petits volums, costejada en part per l'americano i filantrop Josep Tomàs Ventosa Soler, que en subscriu cent exemplars” (*ibíd.*).

El probable parentesco entre Tresserra y el “americano filántropo”, como sugieren el apellido de la madre y los contactos mantenidos entre ambos, hace difícil pensar que nuestro escritor careciese de la falta de formación que le atribuye Rodríguez-Solís. Incluso en el caso de que no existiese filiación alguna, se dan otras circunstancias que inclinan a descartar la afirmación del historiador republicano. En primer lugar, que el mecenas de Villanueva y la Geltrú había costeado también los gastos para levantar escuelas populares para los hijos de los obreros de esta localidad⁵. Es decir, resulta poco probable que si Tresserra hubiese carecido de recursos para acceder a una educación no hubiese asistido a estos establecimientos. En segundo lugar, su precocidad literaria -con apenas quince años

⁴ Joan Torrent describe así este periódico: “De uuit pagines a dues columnes, format 275 x 188 mm. Diario, llevat dels dilluns, i era el sots-dejá de la premsa catalana. Típica publicació de ciutats i viles, en el qual de mica en mica s’introduïa la col·laboració catalana, entre text de redacció generalment en castellà” (1966, v. II: 267).

⁵ El diario barcelonés *El Àncora*, en su número del 21 de enero de 1851, informa de que Josep Tomás Ventosa se dispone a costear la construcción de dos escuelas gratuitas más “para los hijos de los pobres” de Villanueva y la Geltrú.

redactaba artículos de prensa- sugiere que recibió formación desde temprano. Las tasas de analfabetización del país eran muy elevadas, cercanas al ochenta por ciento de la población, de modo que aprender a leer y escribir solo resultaba accesible para los miembros de familias con una posición económica desahogada⁶.

En distintas ciudades de Cataluña, ya durante las décadas de los treinta y los cuarenta, el industrialismo incontrolado había generado numerosas bolsas de pobreza. La estratificación social de Villanueva y la Geltrú reflejaba este proceso y anunciaba por entonces el consiguiente desarrollo de un fuerte movimiento obrero:

La part més nombrosa de la població la formaven els assalariats, que depenien ells i llurs famílies de la retribució rebuda pel treball, a les fàbriques, a l'agricultura o en oficis artesans. Les condicions de treball eren veritablement esgotadores i inhumanes. Les jornades de les fàbriques eren d'onze o dotze hores diàries, sense festius, amb jornals baixos que amb prou feines permetien la subsistència i que només es percebien quan es treballava, sense cap tipus de protecció social per accident, per malaltia ni per atur. El treball a les fàbriques ocupava homes, dones i nens des d'edat molt jove, a vegades sis anys; les dones i els nens resultaven més barats i disciplinats que els homes. Cap a 1850 comencen els primers intents d'associacionisme obrer, amb finalitat d'ajuda mútua a més de la reivindicativa. Ja comencen a ser coneguts alguns vilanovins per haver participat en revoltes i aldarulls, que llavors eren de caràcter molt esporàdic, sense que es poguessin considerar conflictes col·lectius (Puig Rovira, 2001: 16).

Como se observa, en estas condiciones resultaba improbable que un hijo de familia humilde pudiese dedicarse al cultivo de las letras. En cuanto a la atribución por parte de Rodríguez-Solís del oficio de cajista al joven Tresserra, en todo caso, tampoco se podría deducir de ahí su estrechez económica, como parece sugerir la nota. Las circunstancias de Josep Pers y Ricart incluso invitan a pensar lo contrario. Este había nacido en 1829, un año antes que Tresserra, y procedía de una familia acomodada de Villanueva y la Geltrú. Siendo apenas un adolescente recibió formación como tipógrafo, lo cual, según Puig Rovira, fue posible gracias a los recursos con los que contaban sus padres, ya que “l'ofici de tipògraf que

⁶ Antonio Fernández señala que en 1850 la tasa de alfabetización de España se hallaba entre el 20 y el 25 por ciento. En 1887, señala el mismo historiador, en la población mayor de seis años todavía se contabilizaba en España un 62, 6 por ciento de iletrados (1997: 38).

apren i exerceix Josep Pers i Ricart, exigeix un grau d'instrucció que no està a l'abast de tothom, del qual només en pot gaudir una minoria” (p. 4)⁷. Sus conocimientos del oficio le permitirán ejercer más adelante, desde 1850, como cajista en la Imprenta de “Vda. Pina y Comp.”; trabajo que compatibilizará con el de director, redactor y tipógrafo del *Diario de Villanueva*. En 1851, adquirirá esa misma imprenta y convertirá el local en la primera librería de su ciudad, que pasará a denominarse: “Imprenta y Librería de José Pers y Ricart”. En este establecimiento se publicará y venderá la primera novela de Ceferino Tresserra, *La marquesa de Bella-Cruz* (1851)⁸. Puig Rovira traza un claro paralelismo entre las trayectorias de nuestro catalán y Pers, y escribe: “Ceferí Tresserra Ventosa també és entre els fundadors [del *Diario*]. A més de treballar en la confecció material del periòdic, com a tipògraf que era de la mateixa impremta, publica al Diari algunes composicions en vers i articles en prosa, emprant sovint una sàtira picant” (2001: 14). El joven empresario Pers, al igual que Tresserra, sintió una temprana vocación por la literatura, y ya en 1848 había publicado en Barcelona una obra dramática, *El conseller en cap*. También hay constancia de que publicó diversos poemas en revistas literarias de la capital catalana. Junto con Teodor Creus y Corominas, que también procedía de una familia adinerada, y Tresserra formaba lo que Albert Virella denomina “el planter de lletraferits” de esta localidad (1991: I).

En definitiva, a falta de otros datos concluyentes, aquellos de los que disponemos inducen a pensar que nuestro autor compartía la misma posición social que sus amigos; las actividades periodísticas y literarias de este trío presuponían la posesión de una formación educativa y una disponibilidad de tiempo que quedaban fuera del alcance de los hijos de familias menesterosas.

En todo caso, no creemos que haya motivo para cuestionar la información que aporta Rodríguez-Solís respecto al ejercicio de Tresserra del oficio de cajista. Como veremos enseguida, resulta muy probable que compatibilizase esta actividad con la de redactor en *La*

⁷ El oficio de tipógrafo a menudo aparece confundido con el de cajista, de modo que es corriente que ambos términos vengan usados como equivalentes. Así se infiere de algunos escritos sobre la materia, pertenecientes a la época de nuestro autor, que hemos consultado: Juan José Morato (1984), José María Palacios (1860) o Antonio Esteban del Olmo (1991). No obstante, la tipografía incluye “todo aquello relacionado con el arte de imprimir” (Palacios, 1860: 15); mientras que la actividad del cajista – que es el oficial de imprenta que junta y ordena las letras que se han de imprimir – abarca solo una parte de la actividad. Martínez de Sousa define así esta última actividad: “Cajista: también llamado compositor manual, compositor tipográfico o simplemente tipógrafo, es el oficial de imprenta que tiene por misión componer los moldes que se han de imprimir. Es la suya una labor complicada, difícil, no siempre tan bien apreciada como debiera. El cajista necesita una sólida formación gramatical y técnica” (1981: 28).

⁸ Las citas a las obras de Ceferino Tresserra que incluimos directamente en el texto, en caso de no ser especificado el escrito al que pertenecen, aparecen indicadas en la referencia bibliográfica mediante una abreviatura. Al final de este trabajo, en el apartado de bibliografía primaria (pp. 689-690), ofrecemos el elenco de las abreviaturas a las que corresponde cada obra de nuestro autor. En este caso, *La marquesa de Bella-Cruz* aparecerá como MBC.

Fraternidad, órgano de prensa de los cabetistas barceloneses desde 1847. Además, los contactos de Tresserra con el gremio de los tipógrafos supuso seguramente un acicate más a las inquietudes políticas que demostrará tempranamente. En el extenso y detallado libro de Juan José Morato, *La cuna de un gigante. Historia de la Asociación General del Arte de Imprimir* (1925), se alude a que los cajistas constituían una especie de “aristocracia obrera”; y añade: “aún siendo demócratas y republicanos fervientes, por su profesión se consideraban superiores a otros obreros. No eran, no, menestrales, sino artistas de un arte noble, y profesarlo les obligaba a cierto decoro personal” (1984: 42). Desde el inicio del movimiento revolucionario español estos trabajadores destacaron por su actitud contestataria con las autoridades. Durante la década de 1840 muchos tipógrafos hubieron de emigrar a Francia y aprender la lengua de este país para continuar su oficio; los que volvieron tras la promulgación de amnistías, “aún más radicales”, según Morato, se contaron entre los principales instigadores de las barricadas madrileñas de 1848 (*ibíd.*). El editor Benito Hortelano insiste en sus memorias en estas características del gremio y relata cómo los cajistas madrileños fueron de los primeros en ensayar formas asociativas de carácter acentuadamente político (1936: 90). El personaje galdosiano Juan Bou, el tipógrafo catalán de *La desheredada* (1881) que emplea a Mariano Rufete, expresa también esa identificación que se daba en la época entre los profesantes de este oficio y el federalismo.

Lo cierto es que el fervor democrático distinguía a Tresserra de sus compañeros del *Diario*, ya que tanto Pers y Ricart como Creus y Corominas sostenían opciones políticas conservadoras. En la introducción de la novela *Los misterios de Villanueva*, debida a la pluma de Pers, se lee: “¿será esta revolucionaria y social, lo cual divide a la gente y excita el odio?” (1991: IX). Para este joven autor las finalidades principales de este género literario deben ser las de entretener y salvaguardar las costumbres y tradiciones españolas. Todo lo cual contrasta con las motivaciones que expresa Tresserra en el prólogo de *La marquesa de Bella-Cruz*, novela que escribirá ese mismo año. Dice el neófito revolucionario que su obra no es sino “una débil e imperfecta plumada a favor de la gran causa” (p. II); esto es, la democracia.

El entusiasmo que demostró Tresserra por las ideas más avanzadas desde su adolescencia, a su vez nos lleva a pensar que se crió en un ambiente familiar propicio para ello. En este sentido, Josep Tomas Ventosa reúne el perfil del burgués simpatizante de las corrientes de pensamiento humanitarista, probablemente de signo filo-republicano, que por entonces cobran auge en Europa, y que habrían sido las que le pudieron haber impulsado a actuar por su cuenta contra los estragos del industrialismo. Como tendremos ocasión de

comprobar, la reivindicación de la figura del adinerado filántropo es frecuente en gran parte de las novelas de Tresserra. Por otra parte, en el prefacio de uno de sus folletos, *¿Los anarquistas, los socialistas y los comunistas, son demócratas?* (1861)⁹, nuestro autor refiriéndose a la democracia declara: “me he mecido al arrullo de esta hermosísima palabra” (p. 3). Como explica Pura Fernández:

Es una constante en los textos autobiográficos de los republicanos de la segunda mitad del siglo XIX el débito a la coherente formación cívica y política heredada de sus padres, fieles a sus ideales, incluso en los períodos de mayor reaccionarismo. Nicolás Estévanez, joven militar que llegó a gobernador civil de Madrid y a ministro de la Guerra durante la I República, compañero de conspiraciones del correligionario federal Rodríguez-Solís, recuerda en sus *Fragmentos de mis memorias* (1903) cómo su padre, “entusiasta progresista”, le rodeó de un santoral laico encabezado por Quintana, Voltaire, Zurbano, Mazzini y Garibaldi, haciendo suyas las palabras que Topete, artífice del éxito de *La Gloriosa*, pronunció en las Cortes: “Educo a mis hijos para demócratas, a fin de que mis nietos sean republicanos”. El entorno familiar de estos jóvenes actuó como un reactivo para su futuro apostolado revolucionario (2006: 78).

Todo parece indicar que Tresserra encaja en este patrón, y que por lo tanto también recibió sus inquietudes políticas por vía familiar. Otra circunstancia contribuye a reforzar este supuesto: cuando Tresserra se convierta en uno de los publicistas más acreditados del Partido Demócrata español escribirá bajo el revelador seudónimo de Evaristo Ventosa. El uso de su segundo apellido sugiere un homenaje hacia su familia materna, y bien podría ser a Josep Tomás Ventosa, seguramente pariente cercano a Tresserra, a quien este recordó toda su vida como ciudadano ejemplar.

Así las cosas, el origen humilde que Rodríguez-Solís adjudica a Tresserra debería entenderse quizás en términos estrictamente económicos; es decir, resulta probable que la familia de nuestro autor no disfrutase de una posición desahogada, pero ello no querría decir que formasen parte de la masa proletaria. En una de las novelas de nuestro autor, *El poder negro* (1863)¹⁰, encontramos a un personaje, el carromatero Juan, cuyas vicisitudes podrían

⁹ En adelante, y en los mismos términos expresados para la anterior obra de Tresserra, nos referiremos a este folleto como ACS.

¹⁰ En adelante PN.

contener algunos ecos autobiográficos. El padre de Juan era un rico comerciante que muere de repente; su hijo, que durante la bonanza de la familia había podido dedicarse con aplicación al estudio en un colegio de prestigio, se ve precisado a tomar las riendas del negocio. Esta circunstancia desgarró a Juan, quien goza de una sólida educación, pero se ve precisado a llevar una vida en la que tal formación actúa como un obstáculo para su integración en el mundo donde debe desenvolverse; de modo que acabará por arruinar la empresa familiar (PN: 304 a 318). Tresserra retrataría así un recorrido personal marcado por el desclasamiento económico, pero no socio-cultural. Lo cierto es que las informaciones que hemos encontrado en torno a las condiciones pecuniarias de nuestro autor a lo largo de su trayectoria apuntan siempre hacia una vida caracterizada por la precariedad. Como iremos viendo, el ejercicio de la pluma será la fuente principal de ingresos de Tresserra, actividad que, en la España de la época, rara vez procuraba recursos sustanciosos.

Además de la probable ascendencia liberal de nuestro escritor, la Barcelona revolucionaria de la década de los treinta y los cuarenta que respiró Tresserra durante su infancia y adolescencia, contribuiría decisivamente a inocularle las ideas democráticas a las que acabaría por dedicar su vida. La quema de conventos durante los meses de julio y agosto de 1835, el incendio de la fábrica “El Vapor” de Bonaplata el 6 de agosto de ese mismo año, o los ataques de obreros contra fábricas y máquinas de textiles en el verano del 37, fueron calas trágicas del clima de tensión social y política en el que vivía inmersa la ciudad catalana desde la muerte de Fernando VII. Antonio Altadill, correligionario de Tresserra de su misma generación, reflejaba en su novela *Barcelona y sus misterios* (1861) ese escenario de permanente agitación en que ambos habían crecido:

Barcelona, puesta en estado de sitio y bajo autoridad discrecional de un capitán general que reunía todos los poderes, no era una provincia de España en el goce de los derechos políticos que daba indistintamente a todas las provincias la Constitución del Estado, aún la que entonces subsistía, sino que era una colonia, diremos más claramente, un país conquistado, sobre el cual tiene el conquistador todo derecho y toda facultad, sin otra ley que su propia voluntad sostenida por la fuerza de las armas (1969: 37).

Detrás de los constantes disturbios callejeros se hallaba una confusa amalgama de intereses de distintos sectores de la burguesía y de reclamaciones del proletariado. Escribe Antonio Elorza:

En la primera fase revolucionaria barcelonesa, entre 1835 y 1843, mientras se resuelve la guerra carlista y se consolida la formación de un pujante sector textil, se dibujan, en un golpe tras otro, las posiciones entre la burguesía, moderada o progresista, y el mal definido sector popular que podríamos calificar de menestral y jornalero, que a cada indecisión de la clase dominante frente al poder central, opone de forma más definida un proyecto de revolución democrática (1975: 155).

A partir de 1839, coincidiendo con el fin de la Regencia de María Cristina, las revueltas barcelonesas serán orquestadas “por elementos republicanos que empiezan a ser identificados con las aspiraciones populares” (Eiras Roel, 1967: 82). Aparece en escena un movimiento político que, aunque en principio se confundirá con el progresismo, poco a poco va cobrando señas de identidad propias; “en 1840 existen agrupaciones democráticas -sigue diciendo Eiras Roel -, y muchos ilustres se declaran del movimiento” (*ibíd.*). También por entonces comienza a detectarse en España la presencia de distintas sociedades secretas con esta misma orientación ideológica. Particularmente importante fue la denominada “Los Vengadores de Alibaud”, que, según Elorza, bien podría considerarse el germen del futuro Partido Republicano¹¹. En 1842, según Iris Zavala, se crea la “Fundación de Regeneradores Españoles”, compuesta exclusivamente por catalanes, de orientación francamente democrática y republicana y con vocación internacionalista (1971 b: 177). Asimismo, de estas fechas data la formación de las primeras sociedades obreras; la más importante será la “Asociación Mutua de Tejedores”, fundada en Barcelona en 1840, y que según Zavala tenía conexiones con las anteriores sociedades secretas, razón por la cual acabará siendo prohibida al año siguiente por la Regencia provisional de Espartero (*ibíd.*). Es decir, la infancia del movimiento republicano español y la del propio Tresserra corren en paralelo.

Cuando nuestro escritor es todavía un niño, algunos de los que serán más tarde sus correligionarios se hallan ya en primera fila de las sublevaciones populares catalanas. De entre ellos destaca Abdón Terradas, que se erige en el líder del republicanismo barcelonés. De él dice Rodríguez-Solís que “es uno de los más resueltos paladines de las ideas

¹¹ Alibaud se convirtió en el primer mártir de los republicanos europeos al haber intentado asesinar al rey francés Luis Felipe de Orleans, por lo que fue posteriormente ejecutado. Por otro lado, Elorza cita un informe de la policía de Toulouse que refiere los contactos mantenidos entre revolucionarios españoles y franceses pertenecientes a la misma sociedad secreta. Entre ellos se hallaba Francisco de Paula Coello, quien será uno de los fundadores del Partido Demócrata español junto a Tresserra. (1975: 159).

democráticas. Su robusta mano empuña la bandera republicana, y bajo sus anchos pliegues llama y congrega a todos los hombres de buena voluntad, a todos los amantes de las reivindicaciones populares” (1893: 431). Las actividades de Terradas como periodista, escritor, conspirador y agitador popular delinearán un perfil de revolucionario que será emulado por numerosos jóvenes catalanes como Tresserra. Terradas había publicado en 1837 *Lo rei Micomó*, sátira teatral contra la institución monárquica, que inauguraba una corriente de literatura de signo republicano que desde entonces no parará de multiplicarse en España. Con este revolucionario catalán nace un nuevo tipo de publicista ideológico que se caracterizará por la asunción de la militancia política como una suerte de via crucis personal. Para Terradas y sus acólitos abrazar la causa de la democracia significaba soportar abnegadamente toda clase de adversidades y persecuciones. La propaganda que pondrán en circulación, repleta de alusiones a los primeros mártires del cristianismo, como iremos viendo, será expresión de ese compromiso incondicional.

De la disidencia de Terradas de la Asociación Patriótica Constitucional de Barcelona, de signo progresista, nacerá en 1840 una fracción autodefinida como democrática. El ejemplo se extenderá por el resto del país, surgiendo diversas sociedades patrióticas que Espartero prohibirá bajo la acusación de desarrollar actividades políticas. José Segundo Flórez, en su *Historia de Espartero* (1844) relataba así el surgimiento del grupo:

La Sociedad patriótica que antes existía ya en Barcelona como dócil instrumento para encumbrarse a la política nacional y a los destinos públicos los ambiciosos que la dominaban, había venido a tomar carácter más popular y aún temible con haber entrado a formar parte de su Junta directiva y adquirido gran influencia en ella y en toda la sociedad algunos jóvenes de ideas avanzadas, violentos y entusiastas, entre quienes descollaba por la austeridad de sus principios, por su actividad e incansable energía, el ampurdanés Abdón Terradas, el más fogoso y audaz de los republicanos catalanes (1844: 378).

El fundador de la democracia catalana desempeñará un papel central en todos los disturbios barceloneses que tendrán lugar durante la Regencia de Espartero y que culminarán con el bombardeo de Barcelona en 1842. A partir de entonces, Terradas comenzará a editar sus famosas *Hojas*, que se convertirán en objeto de veneración, por su carácter pionero, de los republicanos patrios. El Tresserra maduro las recordará más adelante:

Cuando hoy, a través de la distancia y de la muerte, pasamos sobre las *Hojas* de Abdón Terradas una de esas miradas con que pretendemos evocar el pasado, brotan nuestras lágrimas y las bañan línea por línea, como si el pasado y el presente estuvieran unidos por una cadena de horrores. Cada palabra es una anatema, y juntas son la expresión primera de una doctrina no escrita hasta entonces en nuestra patria, sino en lo más vago y profundo de su conciencia, y apenas entrevista en sus lejanos y oscuros horizontes. Son el vagido primero de una filosofía no formulada hasta mucho más tarde. Son la ruda sacudida de todos los dolores sociales reunidos, la brusca voz de todas las necesidades juntas. Van derechas a una idea y cortan cuantos obstáculos se presentan a su paso. No tenemos noticias antes de las *Hojas* de Terradas de ningún otro escrito en España que clara y terminantemente se pronuncie enemigo de las viejas formas políticas. Históricamente es el primero en España, el fundador de la comunión democrática (*apud* Rodríguez-Solís, 1893: 432).

A pesar de que Tresserra por entonces contaba doce años, parece ser que este texto evoca un recuerdo personal. Lo cual viene a corroborar otra alusión que hallamos en uno de sus escritos, *Francisco de Paula Coello* (1859)¹², donde dice que con aquellas *Hojas* Terradas se granjeó “un apostolado entusiasta y ardiente entre la juventud demócrata barcelonesa” (p. 16).

Esta primera propaganda causó una gran conmoción en Barcelona. Prueba de ello lo hallamos en las memorias de José Coraleu, empresario de esta ciudad de tendencia conservadora y monárquica, que a distancia de más de cuarenta años aún las recuerda. Coraleu reproduce algunos fragmentos de las *Hojas* de Terradas: “Cuando el pueblo quiera conquistar sus derechos debe empuñar las armas al grito de ¡Viva la República!... Debe dar muerte a todos los que hagan armas contra él” (*apud* Coraleu, 1989: 314). Aprecia Elorza que estas tempranas manifestaciones de la ideología democrática carecen de reivindicaciones concretas, y más bien se orientan hacia la crítica de las políticas de los progresistas, a quienes se acusa de timidez y cinismo revolucionarios (1975: 175). Son peticiones abstractas de igualdad y libertad que se mezclan con críticas a la corrupción e inmoralidad de los gobernantes y condenas a la tiranía. De cualquier manera, denotan la

¹² En adelante, al citarlo nos referimos a este texto como PC.

existencia un clima de rebeldía social y de actitud contestataria entre la pequeña burguesía y el proletariado. Numerosas coplas populares corren de boca en boca por las calles de Barcelona. Entre ellas, adquirirá gran fama *La Campana*, compuesta también por el incombustible Terradas; Rodríguez-Solís la reproduce en su *Historia del Partido*, así es su primera estrofa: “Ja la campana sona/ lo canó ja retrona/ ¡Anem, anem, republicans, anem!/ ¡Al arma, amichs anem!, ¡A la victoria anem!” (*apud* Rodríguez-Solís, 1893: 433).

La máquina censoria del Estado se pondrá en funcionamiento; los escritos de Terradas, Narciso Monturiol o Francisco Paula Coello¹³ serán secuestrados una y otra vez, lo que no arredrará a los demócratas. Así, escribía Flórez:

Tampoco logran nada sus adversarios con apelar al recurso brutal de la fuerza: que el continente grave y sereno, la decisión y el valor de Terradas y de los demás jóvenes que le apoyaban, entusiastas hasta el fanatismo de las ideas democráticas que los tenía como dementados, en fiebre revolucionaria, entre los cuales sobresalían los apellidados Montaldo, Rovira, Cuello y algunos otros, repelen con energía juvenil y brusca agresión a sus contrarios (1844: 389).

En noviembre de 1842, el encarcelamiento de varios redactores del periódico *El Republicano* contribuirá a originar un nuevo levantamiento popular de dimensiones desconocidas, pues en él se verá implicada la mayor parte de la población de la ciudad. Además de este suceso, otro de los desencadenantes de la sublevación fue un incidente relacionado con el derecho de puertas: treinta obreros trataron de introducir por la Puerta del Ángel unas vasijas de vino sin pagar los derechos, lo cual había provocado una respuesta desproporcionada de las fuerzas del orden. José Coraleu hace un análisis lúcido de cuáles fueron los motivos de un motín tan generalizado:

aquella revuelta fue causada por muchos motivos de descontento y atizada por el interés de partido de los moderados y por la pasión política de los republicanos que, extraviados por un juvenil entusiasmo, se hacían la ilusión de trabajar por su cuenta [...] los que estábamos enterados del estado de los ánimos creímos siempre que la causa principal de la irritación pública consistía en la crisis industrial y en las tendencias librecambistas del gobierno (1989: 327).

¹³ Rodríguez-Solís señala a estos, entre otros, como “los primeros caudillos del republicanismo barcelonés” (1893: 441).

La ciudadanía se organizó en milicias con las que consiguió expulsar al ejército del casco antiguo de Barcelona. Los republicanos trataron de concretar los motivos de la asonada en un discurso político: reclamaban de las autoridades el reconocimiento del derecho del pueblo a levantarse contra los “tiranos que bajo el férreo yugo militar intentan esclavizarnos”; declaración que acompañaron de una serie de vagas reivindicaciones sobre las condiciones laborales de las clases obreras (Elorza, 1975: 207). Poco a poco los moderados se fueron haciendo con el control de la Junta Directiva revolucionaria que se había formado, reconduciendo los requerimientos a una batería de medidas que se debían aplicar con el fin de proteger a la industria catalana del aperturismo isabelino al capital extranjero. Las desavenencias internas y la incapacidad de articular un poder efectivo, además de la falta de seguimiento en otras partes de Cataluña y del país, determinaron el fracaso final del motín, que quedará sellado por el bombardeo que ordenará Espartero el 3 de diciembre de 1842 sobre la capital catalana. En todo caso, el levantamiento barcelonés tuvo gran importancia para el movimiento revolucionario español del XIX; ya que, de un lado, puso de manifiesto que el espíritu juntista de la Guerra de la Independencia seguía vivo; y, por el otro, acreditó la presencia en nuestro suelo de grupúsculos activos de credo abiertamente democrático.

El ambiente de efervescencia política en el que se crió Tresserra fue abonado por el renacimiento cultural, y en especial literario, que comenzaba a experimentar todo el país tras el letargo en que le había sumido el absolutismo fernandino. La difusión de revistas de carácter científico, político y literario desde la década de los treinta propicia la penetración en España de las nuevas ideas que convulsionan al resto del continente. Desde 1845 este tipo de prensa comienza asimismo a divulgar las novelas del romanticismo social de los Sue, Hugo o Lamartine. Coraleu señala el año de 1847 como el del despegue de un importante movimiento de regeneración de la cultura catalana que tendrá en las máximas figuras de la literatura francesa su espejo, y que contará con el *Diario de Barcelona* como plataforma de difusión (1989: 493). Mañer y Flaquer, periodista durante muchos años en esta cabecera y su director a partir de 1874 -más adelante colaborador de Tresserra en diversas empresas editoriales-, actuará, recuerda Vicens Vives, como uno de los más destacados agitadores culturales de la Barcelona isabelina (1961: 200). Asimismo, Víctor Balaguer sitúa en esta época el arranque de la *Renaixença* catalana: “Varias son las academias y sociedades literarias que se han creado para dar impulso a las letras y conservar y encaminar la afición

de la juventud, y son muchos los periódicos de literatura y artes que han visto la luz pública en Barcelona, heraldos de este movimiento regenerador” (1863, v. V: 814).

En suma, todo conspiraba para que Tresserra fuese sedimentando en su conciencia la idea de unirse en el futuro a las filas de los literatos-soldados de la República Federal Europea. Como todos aquellos jóvenes que albergaban semejantes deseos, el Tresserra de la década de los cuarenta nutriría su imaginación con la abundante literatura inspirada en las hazañas de los protagonistas de la Revolución Francesa que comenzaba a circular por entonces. Blasco Ibáñez, el último representante de esta estirpe de republicanos decimonónicos, en *La araña negra* (1892-1893) creó un personaje de resonancias autobiográficas, el capitán Álvarez, cuyo despertar a la causa bien puede asimilarse al que experimentaría el Tresserra adolescente:

Odiaba la monarquía como puede odiarla un muchacho que se dormía todas las noches teniendo a la cabecera de su cama los libros más populares de la Revolución Francesa, soñaba con la grandeza de los héroes republicanos y en su sublime austeridad, como apasionado lector de *Los girondinos* de Lamartine sabía de memoria cuantos apóstrofes elocuentes y periodos de oratoria intempestuosa se habían pronunciado en la Convención (2002, v. I: 357).

En 1859, Tresserra escribirá un relato sobre el asesinato de Francisco de Paula Coello, acaecido en Barcelona el 24 de junio de 1851, que contiene lo que parecen ser indudables ecos autobiográficos. Sus palabras acerca de la formación y juventud de Coello también pueden trasladarse a las del propio autor. Tresserra describe a su correligionario fallecido como un lector apasionado desde niño que devoraba cuanto caía en sus manos sobre “la Historia revolucionaria de los pueblos y los libros de moderna filosofía”; y añade: “su norte era infiltrar en las venas de todos, y por todos los medios imaginables su ardor y su entusiasmo” (PC: 16). En el mismo escrito define a Coello como un “sincero romántico de 1840”, que debido a su apostolado democrático había padecido destierros, prisión y exilio; y subraya Tresserra: “¡Tenía 17 años!” (p. 17). Evidencia así nuestro escritor la fascinación que le producían por entonces sus “hermanos mayores” en la lucha revolucionaria, y su precoz determinación a tomarlos como modelos.

La sublevación barcelonesa de 1842 desencadenó una ola de represión del gobierno de Espartero que tuvo como principal objetivo a los nacientes movimientos democráticos. Los dirigentes de la revuelta fueron encarcelados o dispersados, entre ellos se hallaba Terradas,

que fue deportado a Francia. En este país, el célebre publicista trabó contacto con las escuelas de los llamados socialistas utópicos; y especialmente fructíferos fueron sus contactos con los comunistas seguidores de Étienne Cabet. De esta relación de Terradas nacerá un importante movimiento icariano en Cataluña. Santiago Riera opina que probablemente la primera noticia que llegó a Barcelona de Cabet fue la de su escrito *Bombardement de Barcelonne ou voilà des Bastilles* de 1843; donde el reformador francés criticaba la precipitación e ingenuidad de la insurrección que había tenido lugar el año anterior en la ciudad catalana (2002: 19). Paradójicamente, fueron precisamente los republicanos que la habían protagonizado quienes poco más tarde abrazarán el credo comunista de Cabet. Terradas, ya de vuelta en España, en 1846 realizará la primera traducción al castellano de una obra de este: *Historia de la Revolución Francesa*. En 1847 empieza a organizarse un grupúsculo compuesto, según Elorza, por no más de quince o veinte catalanes que forman la primera avanzada de cabetistas en España, y que se halla capitaneada por Terradas (1970: 101).

Tresserra, que por entonces contaba diecisiete años, según los trabajos de Iris Zavala, formó parte de este reducido núcleo de socialistas utópicos. La misma investigadora atribuye a nuestro autor la traducción de algunos escritos de Cabet, aunque no especifica cuáles¹⁴. Elorza cita a Orellana y Monturiol como traductores seguros de *Viaje por Icaria*, aunque menciona otras dos obras de Cabet de 1848, *De qué manera soy comunista* y *Mi credo comunista*, y no informa sobre su traductor, que quizá fue Tresserra (1971 a: 102). Entre el puñado de miembros del grupo de cabetistas que enumera el mismo Elorza, Monturiol, Terradas, Orellana, Paula Coello, Clavé o Suñer y Capdevila, no aparece nuestro novelista (1970: 101). En todo caso, este elenco, del que advierte de su carácter no exhaustivo, coincide con el núcleo que muy poco después fundará el Partido Demócrata español y en el que es seguro que se halló Tresserra.

El 12 de diciembre de 1847 los cabetistas catalanes fundaron *La Fraternidad*, periódico que desde su aparición “se presentó al lector como órgano del partido socialista español, depositario de la verdad social, tal y como la misma quedara expuesta por los escritos de Cabet” (Zavala, 1971 a: 102). Zavala considera a Tresserra uno de los cofundadores de la publicación comunista, aunque no aporta más datos sobre su participación (1971: 140). Debe destacarse la caracterización socio-cultural que realiza esta

¹⁴ Zavala especula que bajo la firma con la letra “T” se halla el nombre de Tresserra (1971: 101).

investigadora de los militantes cabetistas, a los que considera “jóvenes con dinero, con formación y al tanto de las ideas europeas” (*ibíd.*).

Todo ello inclina a pensar que el jovencísimo Tresserra fue introducido en la órbita de los socialistas utópicos de Barcelona por medio de su círculo de amistades, y que colaboraba en *La Fraternidad* como cajista y redactor. Cabe especular con la idea de que años más tarde, en las tertulias madrileñas donde nuestro autor coincidirá como veremos con Rodríguez-Solís, Tresserra relatase sus inicios revolucionarios y aludiese a sus actividades como cajista; anécdota que recordaría el historiador republicano cuando tuvo que escribir la semblanza del catalán, y que, a falta de más datos, le sirvió para clasificar socialmente a Tresserra.

En las páginas de *La Fraternidad*, además de reproducirse los textos de Cabet, se ofrecían todo tipo de noticias relacionadas con los preparativos de la expedición icariana a los Estados Unidos que preparaban los adeptos catalanes. El tono mesiánico de sus artículos, entreverados de referencias religiosas y llamadas a un sacrificado apostolado, queda bien reflejado en el siguiente fragmento aparecido en el número 10 de *La Fraternidad*, con fecha del 9 de enero de 1848, y que reproducía el *Noticiero Balear* tres días más tarde:

¡Por fin ha llegado el momento feliz de la realización del porvenir de la Humanidad!

El comunismo desde hoy va a ser la ciencia universal: ella lo explicará todo.

La Humanidad falta de una base gira vacilante hacia todos los polos.

Desde hoy sujeto a leyes eternas el hombre será la imagen de Dios.

La era universal empieza en la fundación de ICARIA. El 20 de enero es la época fijada para la regeneración del mundo.

Todas las medidas están tomadas; la responsabilidad pesa entera sobre M. Esteban Cabet; y M. Esteban Cabet es el Reformador del siglo XIX.

Ante un hecho de esta naturaleza los hombres de fe deben arrostrar todos los compromisos... la abnegación y el sacrificio es el emblema de los nobles corazones. Los icarianos todos depositamos nuestra existencia en las aras de la Humanidad.

La doctrina de Cabet se orientaba hacia el establecimiento de un comunismo basado en la concienciación y educación de todos los individuos. Como explica Maluquer de Motes, se confiaba en que el ejemplo del comportamiento personal y colectivo que daban los

icarianos habría de extenderse paulatinamente al resto de la población. Asimismo, se preconizaba el cambio de la humanidad eliminando la causa primera de las desigualdades: la propiedad privada, a la cual renunciaban los acólitos en favor del grupo. En esta nueva sociedad cada ciudadano produciría según su capacidad y consumiría según su necesidad (1977: 256).

La favorable acogida a estas ideas por parte de los intelectuales pequeño burgueses de Barcelona - Zavala dice que en este lugar “hay más entusiasmo que en ciudad francesa alguna” (1971 a: 102)- se explica, según Elorza, porque

su fe en la propaganda pacífica, la profesión de respeto a las instituciones establecidas, la confianza en el poder de las ideas y el rechazo teórico de la solución revolucionaria, podrían hacer digerir a los mecanismos de control moderados unos pensamientos que, al propio tiempo, al llevar a sus últimos supuestos las reivindicaciones igualitarias y de supresión de todo privilegio, características de la Revolución Francesa, parecían adecuarse a las aspiraciones de los artesanos y proletarios catalanes (1970: 101).

Juan Rovira e Ignacio Montaldo organizaron el viaje a Estados Unidos que involucró a sesenta y ocho expedicionarios. Fue subvencionado mediante las aportaciones de los suscriptores de *La Fraternidad* y el dinero recibido de los cabetistas franceses. La juventud de Tresserra y el hecho de que en su obra posterior no se halle referencia alguna a tal experiencia sugieren que nuestro escritor no formó parte de esta avanzada. De hecho, otros correligionarios de primera línea como Terradas u Orellana permanecieron también en España. La razón quizás se halla, como expone Maluquer de Motes, en que, no obstante su entusiasmo inicial, Terradas pronto comenzará a denunciar las taras utópicas que según él desacreditaban al ideario de Cabet; de modo que se negó a colaborar con la propaganda de la colonia estadounidense. El pionero de los icarianos catalanes se proclamó ya por entonces demócrata, republicano y socialista, y, en contra de las directrices pacifistas de Cabet, proclamó la legitimidad de los pueblos para recurrir a la revolución, incluso violenta, para sacudirse a sus tiranos (1977: 264).

A pesar de que la colonia americana se mantuvo durante varios años, no alcanzó los resultados esperados. En el asentamiento pronto comenzaron las disputas y desavenencias, que quedan de relieve en estas palabras del mismo Cabet cuando se acercó en 1849 a visitarla: “C’est le médecin espagnol Rovira qui se presente le premier et m’attaque

personnellement avec la dernière inconvenance, m'accusant d'avoir trompé et abandonné les deux premières avantgardes" (*apud* Riera, 2002: 20)¹⁵.

El ímpetu inicial de los cabetistas catalanes fue cediendo pues ante el fracaso de las colonias hasta llegar al abandono del proyecto utópico. Circunstancia a la que contribuyó de modo decisivo la ola de represión desatada en España a raíz del levantamiento popular de 1848 en París. El general Narváez recibió plenos poderes del Parlamento y la Corona para reprimir los tímidos ecos españoles y, de paso, para desactivar a los emergentes grupúsculos socialistas. Las autoridades prohibieron la circulación de *La Fraternidad* el 5 de marzo de 1848, privando al grupo de recursos y visibilidad pública.

A partir aproximadamente de 1850, el cabetismo catalán se diluye en el naciente Partido Demócrata español, que resultará en gran medida de la unión de otras agrupaciones de socialistas utópicos que existían en el país. Como explica Elorza: "En el grupo democrático se funden la mayoría de los cabetianos, con Clavé y Monturiol a la cabeza, y fourieristas como Garrido, Sixto Cámara, Francisco Javier Moya, etc." (1970: 9).

El joven Tresserra seguirá los pasos de sus correligionarios. El fracaso del comunismo icariano, del que fue testigo en primera persona, marcará profundamente su pensamiento revolucionario y le llevará en adelante a abominar de todas las escuelas del socialismo utópico. El catalán no desperdiciará ocasión ni en sus novelas ni en sus folletos para desautorizar a aquellos que pretenden suprimir la propiedad privada, reivindicación usual de estas doctrinas, convirtiéndose en un acérrimo defensor del librecambismo y de la democracia individualista. Sin embargo, esta primera militancia contribuyó decisivamente a perfilar su concepción de la actividad política. Muestra de ello será que, en consonancia con lo predicado por Cabet, Tresserra, a lo largo de su vida, hará de su conducta personal el eje de su discurso propagandístico. De modo que no dudará en exponer su propia vida por la causa cuando sea preciso, y no dejará de desafiar con sus escritos a la censura a despecho de las represalias que tal actitud le acarrearán continuamente.

Asimismo, de sus orígenes icarianos nuestro autor parece haber preservado el ideal pedagógico popular como piedra angular de su programa regenerador. Como apunta Elorza, los Terradas, Orellana o Montaldo, tras hacer balance de su experiencia cabetiana, consideraron que el fracaso había sido determinado por la insuficiente preparación intelectual del pueblo, de ahí que el primer objetivo pasase a ser la difusión de la cultura y la

¹⁵ Maluquer de Motes se ha ocupado de estudiar las vicisitudes de la colonia icariana en Illinois, cuyo fracaso parece ser que se debió a las actitudes dictatoriales del propio Cabet, quien incluso llegó a ser expulsado de la colonia por sus propios acólitos (1977: 266 a 274).

moralidad socialista; “Icaria ha sido sustituida por una utopía pedagógica, que esconde formalmente la persistencia del enfrentamiento con las clases privilegiadas y la orientación política democrática” (1970: 104).

Cuando el Partido Demócrata español comienza su andadura en 1849, Tresserra ronda los veinte años, su credo ideológico está inmaduro y como el de la nueva agrupación política recibe influencias de diversas corrientes. La primera novela de nuestro autor de la que tenemos noticia, *La marquesa de Bella-Cruz* de 1851, es reflejo de esta confusión teórica que caracteriza al movimiento democrático europeo y español a mitad de siglo. En dicha obra, el ropaje de una trama y peripecias melodramáticas esconde un mensaje político y filosófico. El tono deja al descubierto la candidez del joven revolucionario y la herencia de la retórica y el discurso utopista. En el siguiente párrafo hallamos un buen ejemplo; escribe Tresserra:

Fórmense leyes para todos y no para algunos solamente, arregladas a la moral y según las pasiones, inclinaciones y afecciones que Dios ha grabado en los corazones de los hombres; y los defectos de la sociedad se desmoronarán por su propio peso. Dad a cada uno lo que es suyo, y por sí solo se establecerá una igualdad de la que nadie podrá quejarse (p. 247).

Nuestro escritor, de acuerdo al humanitarismo de los primeros románticos sociales galos, apela a la conciencia de los burgueses: “Emplee el rico una parte de lo que gasta en lo superfluo, en escuelas públicas, por ejemplo, en cátedras de moral, y al paso que disminuirá el escándalo, aumentará la instrucción que es la extirpación de la pobreza y el crimen” (p. 248). En las disertaciones del joven republicano se aprecia también la impronta del fourierismo; como en el párrafo que reproducimos a continuación, donde el catalán reivindica los falansterios del reformador francés:

Ceda la sociedad entera al impulso de la regeneración moral a que nuestros siglos se sienten impelidos, y como por encanto se erigirán escuelas, talleres y casas de asilo. En las primeras se instruirá al niño en todas las ramas del saber humano, según su talento y su aplicación; en los segundos trabajará el hombre, según su constitución, disposición e inclinación, en talleres cómodos y elegantes,

bajo un régimen higiénico; y en las casas de asilo se albergarán los infelices dementes y los heridos por la mano de la fatalidad (*ibíd.*)¹⁶.

En una novela que escribirá Tresserra casi veinte años después, *Vicente de Paul o el amor por caridad de Dios* (1867)¹⁷, hallamos un personaje de evidente tono autobiográfico cuyas vivencias parecen constituir un eco de esta época de su juventud, cuando nuestro escritor toma la decisión de convertirse en un abnegado revolucionario. Se trata de Ceferina de la Cruz, hermana de la caridad en la orden de Vicente de Paul. El catalán la describe así:

Ceferina era de rostro atezado, tenía ojos negros y una mirada lánguida en extremo. Su actitud constantemente meditabunda infundía cierto sentimiento de compasión hacia ella, como ante una persona por cuyo rostro adivinamos terribles sufrimientos del alma. No obstante, esta mujer fascinaba, no sabemos si por su hermosura o por su tristeza, por su rostro o por su alma... (p. 14).

Este personaje novelesco, que se entrega por entero y desinteresadamente a procurar el bien del prójimo, le sirve a Tresserra para trazar un paralelismo entre la labor de estas religiosas y la de los militantes demócratas españoles. Paralelismo que, en todo caso, se correspondía como veremos con una experiencia personal de nuestro autor, ya que en 1864, en ocasión de la epidemia de cólera que se desatará en Barcelona, Tresserra trabajará como enfermero voluntario junto a monjas de esta congregación en el Hospital de Hostafranchs. La descripción que traza nuestro novelista del ingreso de Ceferina en la orden actúa como espejo del suyo propio en la órbita del cabetismo catalán: “Ceferina tenía por segundo nombre el de Sinecia, por tercero Evarista ¿Por qué la llamaban de la Cruz? Porque al ingresar en la orden, aceptando una costumbre que viene a ser como un segundo bautismo, después de mucho reflexionar, se dijo: «La cuestión consiste en echarse una cruz encima»” (p. 108). La adopción de un sobrenombre era una práctica habitual en las logias masónicas y las sociedades carbonarias a las que perteneció Tresserra, por lo que la alusión adquiere un significado preciso. Resulta también revelador el tercer nombre que escoge Ceferina: Evarista, que se corresponde con uno de los seudónimos que usará Tresserra: Evaristo Ventosa. Es preciso advertir que esta novela la publicó con el nombre de Enrique Werty de Guzmán en 1867, cuando probablemente se hallaba en España viviendo en la clandestinidad.

¹⁶ Para un estudio completo y exclusivo respecto al movimiento fourierista español véase A. Elorza (1975 b).

¹⁷ En adelante VP.

Por lo que este personaje parece ser también un guiño a sus lectores para que no les cupiese duda de la identidad del autor. Es decir, Tresserra parece partir de la presunción de que su seña de identidad ante el público es precisamente la fama de abnegado demócrata.

La entrega total a la causa que asume Tresserra conlleva sacrificios personales. Uno de ellos, del que encontramos continuos lamentos del autor en sus escritos, es el de la separación de la familia. Hacia 1850, el catalán debió contraer matrimonio y tener su primera hija. En la dedicatoria que dirige en *La mujer ajena*¹⁸ de 1865 a su hija Enriqueta, donde alude a su inminente ingreso en el mundo de los adultos, escribe Tresserra: “va a poner el pie en su resbaladizo escenario de un momento a otro”; es decir, contaría entre doce o quince años; y añade, “de aquí que haya elegido esta obra como la más oportuna para dedicarte, como ofrenda oportuna de mi amor”. Debido a su juventud le aconseja que si aún no comprende cuanto en ella se relata le pregunte a su madre, y se despide con estas palabras: “Enlazado entre ambas ten la seguridad de que, *por lo menos en espíritu*, se hallará siempre quien de corazón te ama” (p. III). Por otro lado, son numerosos los personajes femeninos a los que Tresserra dará el nombre su hija¹⁹. Todas estas Enriquetas comparten invariablemente una serie de rasgos: la juventud, la pureza y la circunstancia de que se hayan privadas de la compañía del padre. El hecho de que en su novela de 1851 encontremos ya al primer personaje de una muchacha con dicho nombre sugiere que debió nacer por estas fechas. En *Vicente de Paul*, a propósito del padre de uno de estos personajes femeninos, escribe el narrador:

¿Sabéis lo que es un padre que ama a su hija, en una edad en que todos los encantos se reúnen para embelesar y fascinar su alma, al verse obligado a vivir lejos de ella? Es un hombre obligado a vivir con el corazón fuera del pecho... Hay tormentos que se sufren con horror y se imponen imposibles, porque hay sobre todos los derechos, un algo que es muy superior a todos ellos, este algo se llama deber (p. 241).

Tresserra redacta sus novelas desde la conciencia de que su hija las leerá, de modo que las usa como medio para comunicarse con ella. Dice en un pasaje de la misma obra: “Llevarse a su hija al extranjero era exponerla a la falta de cuidados que un hombre solo no

¹⁸ En adelante MA.

¹⁹ Hallamos una Enriqueta en *La marquesa de Bella-Cruz* (1851), *El poder negro* (1863), *La mujer ajena* (1865) y *Vicente de Paul* (1867).

puede prodigar a la apenas naciente pubertad” (*ibíd.*). Aquí el autor parece que se excusa ante Enriqueta por la imposibilidad de que le acompañe en sus misiones internacionales. Lo cual nos pone ante la pista, que como veremos otros datos corroboran, de que sus viajes fuera de España debieron ser muy frecuentes.

Antes de cumplir los veinte años, Tresserra ya se ha prodigado en el periodismo, ha publicado escritos literarios y milita en asociaciones subversivas. Su compromiso a favor de la causa republicana es ya absoluto. El ambiente de su infancia y adolescencia, a caballo entre la órbita del filántropo Josep Tomás Ventosa en Villanueva y la Geltrú y la “escuela revolucionaria” de Terradas en Barcelona, unido a su curiosidad intelectual y amor por las letras, le encaminaban a involucrarse por entero como publicista y activo miembro en el proceso de creación del primer Partido Demócrata español que comenzará a partir de 1849.

2. EL NACIMIENTO DEL PRIMER PARTIDO DEMÓCRATA

Como apunta Eiras Roel, “el nacimiento y organización del Partido Demócrata es la repercusión en nuestro suelo de la magna conmoción del 48 europeo” (1967: 110). Las barricadas de París, que luego se fueron extendiendo a otros puntos del continente, “eran la expresión de la utopía del pueblo y la democracia que subían al escenario de la historia a través de *La primavera de los pueblos*” (Bahamonde, 1994: 294). Este estallido tuvo eco en España en forma de varios intentos de sublevación popular que fueron sofocados por Narváez, que para tal fin fue revestido por el Parlamento de prerrogativas casi dictatoriales. Para Bahamonde, los sucesos de Madrid respondieron a una estrategia conspiradora de los progresistas, aunque sus apoyos eran más complejos: “De forma embrionaria, y a veces confusa, se manifestaban los planteamientos democráticos y populares, mezclados con las primeras piezas del discurso republicano, que empieza también a tomar cuerpo con las respuestas de Levante y Cataluña” (*ibíd.*). La formación del Partido Demócrata venía gestándose desde tiempo atrás; nuevas ideas flotaban en el ambiente y el Partido Progresista, otrora el representante de las corrientes ideológicas más avanzadas, acusaba el desgaste de su ineficaz participación en el sistema isabelino. La iniciativa para constituir una nueva facción a su izquierda, como explica Eiras Roel:

germina en una especie de clima revisionista de los principios de la revolución que hasta la fecha habían mantenido los partidos históricos del liberalismo. Cobraba gran predicamento la figura de Mazzini, cabeza del republicanismo italiano, que anidaba en la organización de los carbonarios. Se critica a la monarquía constitucional, muchos progresistas ven estrechas las miras de su partido. Y, a su vez, se registra un auge de la conciencia social en las masas (1967: 133).

A partir de 1849, Tresserra aparece asociado a todos los episodios de carácter revolucionario que tienen lugar en Barcelona hasta el fin del bienio progresista en 1856. Nuestro autor personifica el surgimiento de una hornada de republicanos formados exclusivamente en el ideario democrático y socialista, lo cual contrastaba con la procedencia progresista, de estirpe romántica y doceañista, de los más veteranos. Muchos de los compañeros de Tresserra eran mayores que él; Terradas y Monturiol habían nacido durante

la primera década del siglo, y Anselmo Clavé y Francisco de Paula Coello habían nacido ambos en 1824. Mientras otros catalanes como Manuel Angelón de 1831 o Alfonso Joarizti de 1835 forman la nueva generación de revolucionarios que actúan en Barcelona y que, como veremos, alcanzarán su madurez política durante el Sexenio Democrático.

Víctor Balaguer bautiza a esta última generación, que forma parte de las sucesivas promociones de intelectuales catalanes que protagonizarán la *Renaixença*, como la de “Los Juegos Florales”, ya que a ella se debe la recuperación de este festejo literario a partir de 1859 “y la rehabilitación de la lengua y las poesías catalana” (1863, v. V: 807). Balaguer se interesa en separarla de la anterior, a la que denomina como romántica, a pesar de que, como hemos visto, entre los miembros de ambas a menudo mediaban escasos años; razona el historiador y poeta catalán que los segundos se caracterizaban por un empuje y vitalidad que superaba cierto sentimiento trágico típico de los románticos (1863, v. III: 373). Los *Jocs Florals* fueron puestos en marcha - relata Balaguer- por la iniciativa de “siete escritores catalanes que se dirigieron al Ayuntamiento constitucional de Barcelona pidiéndole apoyo y protección para restaurar los juegos floreales. Esta demanda halló favorable acogida en el municipio barcelonés, el cual se ofreció a costear las flores de oro y plata” (1863, v. V: 802). Entre estos escritores estaba el propio Balaguer y otros como Joaquín Rubio de Ors o Antonio Bofarrull; mientras que en la larga lista de los adjuntos que prepararon el evento se encuentra Tresserra junto con otros significados literatos catalanes de orientación republicana, como Antonio Altadill, Manuel Angelón o Francisco J. Orellana (*Jocs Florals*: 1859). Balaguer, finalmente, encuadra a Ceferino Tresserra entre los novelistas más representativos de este grupo generacional, en el que figuran autores como el propio Bofarull o Lorenzo Pujol (1863, v. V: 837).

Así pues, como decíamos, los excabetistas catalanes se unirán a las facciones fourieristas de otros puntos de España, con el grupo de Sixto Cámara y Fernando Garrido a la cabeza. La tercera tendencia que se integrará en el Partido Demócrata será la de los viejos progresistas exaltados como Calvo de Rozas, García Uzal u Ordaz Avecilla, junto con otros jóvenes del mismo partido como Becerra o Martos. En un principio, este grupúsculo, como apunta Eiras Roel, “ostenta la iniciativa y la representación del partido”, aunque en realidad “la masa activa son los republicanos, los que llevan decenios conspirando y sublevándose, y sus jóvenes e inmediatos continuadores” (1967: 143). Esto es, gente como Terradas en el primer caso o Tresserra en el segundo. De cualquier modo, el primer paso hacia la constitución de un nuevo partido político tendrá lugar en el seno del progresismo liberal. En 1848, Ordax Avecilla había pedido a su grupo que declarase clara y terminantemente cuáles

eran sus principios, y ante la disparidad de criterios que se manifestaron, él mismo publicó un programa donde reivindicaba un catálogo de derechos y libertades de orientación plenamente democrática. Otros jóvenes correligionarios de Avecilla, como Nicolás María Rivero, Manuel Aguilar y Aniceto Puig, se adhirieron con entusiasmo al manifiesto segregacionista. Según Eiras Roel, este documento, además de suponer una especie de acta de fundación del partido, marcó la aparición de un nuevo modelo de propaganda revolucionaria, el del “demócrata de cátedra que fundamenta su credo político en profusas teorías” (p. 162). La reunión inaugural, explica Francisco Cánovas, se celebró en casa del diputado progresista de extrema izquierda Manuel Aguilar; asistieron a ella más de trescientas personas. De aquí nació a su vez una red de comités y grupos de fuerza dirigidos a organizar a la masa militante por todo el país (1997: 494).

De esta heterogénea amalgama de elementos ideológicos surge una agrupación que “va a nacer falta de disciplina interna y con el morbo de peligrosas divergencias” (Eiras Roel, 1967: 141). El acuerdo en torno a una serie de principios básicos, como la reclamación del sufragio universal masculino y el reconocimiento de las libertades individuales, actuará como frágil vínculo que mantendrá unidas a las distintas banderías al menos hasta el estallido revolucionario de 1868.

A lo largo del reinado isabelino, los conflictos domésticos serán generados principalmente por dos focos de discusión. De un lado, el medio de alcanzar estos objetivos dividirá a los demócratas entre los partidarios de la sublevación armada y aquellos que acatan la legalidad del sistema. Por el otro, el debate doctrinal en torno al papel que cabía asignar al Estado en un régimen democrático; mientras los socialistas defendían la existencia de un poder público intervencionista y vigilante, los individualistas sostenían que este debía limitarse a garantizar los derechos económicos, políticos y sociales de los ciudadanos. El ideal republicano, aunque en principio era compartido por todos los demócratas, como vendrían a demostrar los acontecimientos de *La Gloriosa*, cuando gran parte del elemento ex progresista del partido aceptó el sistema monárquico constitucional de la Carta Magna de 1869, no constituía un argumento principal para todos sus miembros. La utilización del membrete de marras por la nueva agrupación, en todo caso, quedó descartada desde el inicio porque, como explica Eiras Roel, “necesitaban constituir un partido autorizado y esto de ningún modo podían hacerlo bajo el signo y el nombre de república”; su sola mención, además, inspiraba miedo a amplios sectores de la ciudadanía y “restaba a las ideas democráticas la adhesión de muchos timoratos” (1967: 142).

Sin embargo, el acatamiento de la institución monárquica para militantes como Terradas, Garrido o Tresserra no fue más que una maniobra posibilista dirigida a obtener una mayor visibilidad pública. Estos entendieron siempre sus actividades políticas en clave republicana y no desperdiciarán ocasión para subrayarlo. Nuestro catalán, en su primera novela, da inequívocas muestras de cuál es su opinión al respecto, pero también se muestra consciente de los límites que debe respetar. Al aludir sobre lo que a su juicio define a una sociedad justa y perfecta escribe que sería aquella en la que “no habría más que dos aristocracias (permítasenos esta palabra): la del corazón y la de la sana inteligencia... Estas, de común acuerdo, serían los únicos reyes del mundo” (MB: 465).

Prueba de la disparidad de sensibilidades y credos que se cobijaban bajo la égida de la democracia española fue la constitución, por parte de algunos sectores del partido, de diversas sociedades de carácter carbonario que actuaban por su cuenta y a menudo sin la aquiescencia del comité central. Estas iniciativas tuvieron casi siempre como inspiradores a los demócratas salidos de las escuelas fourieristas. Una de las más importantes fue la de “Los hijos del pueblo”, que en 1849 solo en Madrid contaba con mil doscientos miembros y tenía ramificaciones en otras regiones de España y en el extranjero. Tras su primer año de operaciones, dice Clara Lida, las autoridades descubrieron los hilos de la sociedad secreta, “que estaba formada según el esquema piramidal del carbonarismo, con un Directorio de 5 personas y una Junta auxiliar o Gran Consejo compuesto por 14 miembros” (1972: 44). Otras nuevas irán apareciendo más adelante, como la “Joven España”, integrada en la internacional “La Joven Europa” de Mazzini. No obstante, en un primer momento, la filial española se amparará en la legalidad al registrarse como sociedad pública de carácter literario. Debido a la prohibición del asociacionismo por parte de los gobiernos isabelinos, esta clase de subterfugios estuvo muy extendida durante el periodo. Como explica Zavala, la proliferación de coros de obreros, escuelas de trabajadores y asociaciones culturales tuvo su razón de ser en la voluntad de formar organizaciones políticas clandestinas (1971 b: 185).

Con toda seguridad Tresserra se integró desde muy joven en semejantes grupos camuflados, como indica el modo en el que se presenta a sí mismo en la portada de *La marquesa de Bella-Cruz*, donde se lee que el autor es miembro de “distintas sociedades científicas y literarias”. Igualmente, en el relato antes mencionado sobre el asesinato de su correligionario Coello, nuestro autor narra el proceso de formación de “la comunidad democrática” de Barcelona²⁰. Las escenas, detalles y diálogos que ofrece Tresserra en el

²⁰ Francisco de Paula Coello era uno de los demócratas más célebres y activos de la década de los cuarenta en Barcelona. Había recibido el testigo de la jefatura simbólica del republicanismo barcelonés de manos de

folleto evidencian que, pese a su juventud, ya en 1849 forma parte del núcleo de cabecillas revolucionarios de su ciudad junto a los Montaldo o Terradas. La reserva con la que se celebran las reuniones que describe y los ritos que las rigen delatan la ideología y objetivos republicanos de la sociedad. Nuestro autor traza un cuadro preciso de aquellos primeros años de actividad del Partido Demócrata, y lo hace con el habitual tono mesiánico de las escuelas cabetianas. Entreveradas en la narración hallamos proclamas como la siguiente: “¡Tened fe en la palabra de los mártires; ellos os han dicho esperad, pero no os impacientéis![...] el día que caigan los tiranos no está lejos, tan solo falta que el pueblo lo sepa” (PC: 52). Tresserra se detiene a describir los últimos instantes de vida de Coello, quien, rodeado de los jefes de la agrupación, exclama moribundo: “mi vida no importa... pero nuestra vida política debe significarnos mucho: la obra de nuestra propaganda deber ser inmortal” (p. 28). Asimismo, alude con detalles a la redacción conjunta de un *Catecismo democrático* que efectivamente llegaría a publicarse en 1852. De hecho, J. Buxader atribuye la autoría de este documento a los “N. Monturiol, A. Terradas, F. de P.Coello, P. Montaldo, **Ceferí Tresserra**, J. A. Clavé, etc.” (2005: 15).

En 1851, Bravo Murillo sube al poder y sustituye a Narváez. Los tiempos que anteceden al Bienio Progresista se caracterizan por la escasa tolerancia del Gobierno hacia las nuevas corrientes ideológicas. En Barcelona, continúa el estado de sitio, los demócratas son perseguidos y encarcelados arbitrariamente, cuando no liquidados como en el caso de Francisco de Paula Coello. La prensa y propaganda de los grupúsculos republicanos circulan de modo muy restringido. Las siguientes palabras de Garrido reflejan el ambiente adverso de los cincuenta en el que Tresserra y el Partido Demócrata nacen a la vida pública:

La prensa estaba subyugada, y la aplicación rigurosa de los derechos y leyes vigentes imposibilitaba el ejercicio de la libertad de imprenta. Entre los periódicos más perseguidos figuraban el *Diario Español*, que después del destierro de sus directivos y patronos, contaba en la cárcel con cuatro o seis editores y se veía agobiado por multas, condenas y denuncias sin cuento (1860 a: 12).

Abdón Terradas cuando este hubo de marchar al exilio francés en 1842. Sin embargo, sufrirá igual suerte que su maestro y padecerá sucesivos destierros -Francia, Argel, Ibiza,...-. En 1851, fue asesinado en Barcelona a manos de la Ronda, grupos armados al servicio de la policía pero que actuaban al margen de la legalidad.

Nuestro escritor había comenzado con apenas quince años su carrera periodística en la órbita del grupo cabetista y, durante los años siguientes, no cesará de publicar artículos en los fugaces órganos de prensa subversiva catalana. Desgraciadamente gran parte de estas cabeceras han desaparecido y tan solo conocemos de su existencia por alusiones. Es el caso de *El Anunciador de Catalunya* o de *El Libertador*, periódico este último creado en 1854 por iniciativa de Monturiol, Clavé, Tutau y el mismo Tresserra, pero que tras la publicación de unos pocos números, y convertido luego en *La Propaganda Democrática*, hubo de clausurarse por orden de la autoridad (Riera Tuèbols, 2002: 19). Nuestro escritor, como vimos, también había colaborado en *El Diario* de Villanueva y la Geltrú, dirigido por su amigo Josep Pers. Puig Rovira dice que Tresserra, dentro de los límites impuestos tanto por los objetivos de la publicación como por la vigilancia de la censura, usó este periódico como plataforma desde la que inocular su discurso humanitarista: “des del primer moment manifesta les idees avançades, com ara quan al número 15 publica un article sobre «La pena de muerte», mostrant-se audaçment contrari a la seva aplicació” (2001: 14).

Salvo excepciones como la del *Diario*, cuya supervivencia se explica probablemente por el talante moderado de sus artículos, resulta casi imposible acceder a estos primeros escritos tresserrianos de la década de los cincuenta. Es también el caso de *Julio el Bastardo*, pieza dramática de Tresserra que la imprenta de Narciso Ramírez dio a la luz en 1852, pero de la que solo tenemos noticia por elencos bibliográficos como el de Molins, cuyas fuentes a menudo son igualmente inasequibles (1970: 698). Estos datos, de cualquier manera, nos ponen sobre la pista de la copiosa actividad periodística y literaria que debió desarrollar Tresserra durante el primer lustro de los cincuenta.

Volviendo al panorama político-social, cabe apuntar que el de 1853 será un año de malas cosechas y de carestía del grano, principal sustento de las clases populares. El campesinado ve empeoradas sus condiciones de vida debido a una desamortización que les ha perjudicado, haciéndoles cada vez más dependientes de las abusivas condiciones que les imponen los agiotistas e intermediarios. Ello irá creando un progresivo descontento entre la población que se traducirá en el estallido de infructuosos motines por todo el país. Los demócratas y progresistas desplegarán una intensa campaña de oposición y crítica al gobierno que acabará por calar entre la opinión pública. A las protestas por el deficiente suministro de alimentos, sumarán la denuncia de los escándalos de corrupción derivados de las irregulares concesiones para la construcción de ferrocarriles, actividad que se multiplica en España desde 1848.

A pesar de las dificultades que encuentran para constituir órganos de prensa, los republicanos consiguen que se escuche su voz y vuelcan sus aspiraciones en atraerse el apoyo de todos aquellos perjudicados por el régimen isabelino. La doctrina democrática se presenta a sí misma como la única capaz de sacar al país de la crisis económica y moral que atraviesa. Al respecto resulta muy elocuente el siguiente fragmento de una alocución de Sixto Cámara en el Teatro del Príncipe de Madrid en 1854:

Si aquí ahogáis mi voz, si para emitir mis ideas en la prensa necesito depósito y editor responsable; si para presentarme en los comicios o aspirar al sufragio de mis conciudadanos he de poseer riquezas y satisfacer censo; yo desde luego os lo digo, en nombre de pueblo, del derecho, del buen sentido, protesto contra vuestros actos, contra vuestra Asamblea y contra sus decisiones que nada constituirán justo, estable, ni importante, toda vez que ya la reacción triunfa de nuevo, y que una decepción más espera a las que han vertido su sangre para reconquistar el derecho de todos (*apud* Garrido, 1869: 16).

En Barcelona, el Capitán General de Cataluña, Juan Zapatero y Navas, es el encargado por el Gobierno para sofocar todo movimiento subversivo. El brazo de hierro que aplicará para acallar las disidencias le convertirá en una verdadera leyenda negra para los barceloneses. Los testimonios dedicados a describir la brutalidad y crueldad de los métodos de este militar abundan en las crónicas de la época, independientemente de su signo político. Uno de ellos es el de Francisco Rispa y Perpiñá, quien escribe que “el miedo a las delaciones y esbirros tenía en sobresalto continuo a todos los ciudadanos” (1932: 99). Según este cronista, por entonces en las filas del progresismo catalán, él mismo había sido objeto de una orden de fusilamiento, aunque finalmente logró escapar de la sentencia. Pero reconoce que quienes más expuestos se hallaban a sufrir la violencia legal de Zapatero eran los demócratas; dice Rispa y Perpiñá: “Valor y abnegación santa y sublime se necesitaba en aquellos días para pertenecer al Partido Republicano de acción” (p. 20). Y es que, escribe con admiración, “ni la calumnia, ni las deportaciones a Ultramar, ni el asesinato oficial del fusilamiento sin formación de causa, ni el cometido por la policía secreta, le hacía desistir de ostentar con orgullo y altivez sus creencias y actitudes políticas” (p. 22). A continuación, añade: “Que consten aquí algunos de aquellos nombres meritísimos que formaban el núcleo principal de esa gente en Cataluña [...]: Hermanos Clavé, Coello, Monturiol, **Tresserra**, los dos hermanos Torres, los dos Ballesté, Poy Bofill, Torrens, Columbrí...” (*ibíd.*). Las

abundantes referencias a nuestro escritor que hallamos en los escritos de correligionarios respecto a este periodo indican que Tresserra se ha convertido en uno de los líderes del republicanismo de Barcelona.

En el año de 1854 también las cosechas serán pésimas, por lo que crecerá el descontento popular y la propaganda antigubernamental, lo cual a su vez desencadenará una represión más feroz. Incluso varios generales progresistas de la oposición serán desterrados por Bravo Murillo. Todo ello coincide, además, con la llegada a España de una oleada de revolucionarios europeos huidos de sus países, que en contacto con los grupúsculos nacionales tratarán de promover levantamientos populares. De hecho, señala Clara Lida, Marx y Engels verán en las saturnales españolas de 1854 la huella de propaganda subversiva extranjera, especialmente de refugiados franceses, alemanes e italianos (1971: 55).

A la influencia política e ideológica de los revolucionarios profesionales debemos añadir el empuje de las juntas y comisiones obreras que se articulan en las ciudades que, como Barcelona, experimentan una mayor actividad industrial. El asociacionismo obrero crece imparablemente a pesar de las prohibiciones y persecuciones. En 1854, más de treinta mil obreros catalanes se asocian en la “Unión de Clases” bajo el mando de comisiones de los distintos ramos de la producción. El malestar social es generalizado y las revueltas se suceden en toda España. En julio, O'Donnell y Dulce lanzan un pronunciamiento que desencadenará *La Vicalvarada*. El día 14 de ese mes se inicia la sublevación popular en Barcelona y se extiende por todo el país hasta que finalmente Isabel II acepta a Espartero como primer ministro.

Rispa y Perpiñá relata que nada más conocerse la destitución del gobierno moderado los demócratas de Barcelona salieron a las calles para dar vivas a la República “a despecho de los peligros de la policía” (1932: 12). Estos pronto comprenderán que las promesas de cooperación, emitidas en un primer momento por Espartero para granjearse su apoyo, carecen de una verdadera voluntad política. De hecho, pese al compromiso adquirido con los demócratas catalanes de destituir al execrado Zapatero, el duque de la Victoria lo mantendrá en su cargo. Dice Rispa y Perpiñá: “Comenzó el sanguinario general por considerar los hechos revolucionarios como delitos comunes, de manera que las bajas causadas en lucha abierta desde las barricadas, exponiéndose al peligro de las balas enemigas, para Zapatero eran asesinatos vulgares” (p. 103). Pero este hecho no arredrará a Tresserra y sus correligionarios, que continuaron desplegando una intensa campaña de propaganda y organizaron diversos actos públicos en los que criticaba duramente al Gobierno. Uno de los más concurridos se celebró el día 8 de diciembre de 1854 en el Salón de Ciento de las Casas

Consistoriales de Barcelona. Allí se pronunciaron diversos discursos: Montaldo habló sobre el derecho al trabajo; Monturiol se refirió a la libertad de conciencia; Joan Abellà a la libertad de reunión; y, finalmente, Ceferino Tresserra habló sobre la libertad de imprenta (Reventós, 1987: 98).

El diario barcelonés *El Àncora*, en su número del 26 de enero de 1855, informa de que Tresserra, junto a otras personalidades como Juan Mañé y Flaquer, Víctor Balaguer o Miguel Joarizti, funda un “Círculo Liberal”. Se señala en el diario que los principales objetivos de la nueva asociación son los de “difundir las ideas libertades por medio de la lectura, la reunión, la discusión y la enseñanza: reunir en un centro común todos los elementos liberales, organizar el partido para guiar la opinión y propagar su doctrina”. Más adelante, el 1 de julio de 1855, aparece en el mismo diario *El Àncora* una lista de los candidatos demócratas a las Cortes entre las que aparece Tresserra junto a Francisco Pi y Margall; este último quedará en segundo lugar detrás de José María Canals, y serán los dos únicos demócratas que obtengan el respaldo necesario para acceder a las actas de diputados. Estas actividades públicas, como veremos enseguida, pondrán a Tresserra en el punto de mira de las autoridades.

Ante la pasividad del gobierno esparterista en la resolución de los problemas más apremiantes se irán sucediendo las revueltas y las huelgas. Conrado Roure relata en sus memorias cómo Anselmo Clavé, en el incendio que se produjo en la fábrica Arnau, instó a los obreros a que no robasen la caja de caudales; anécdota que aprovecha para justificar las algaradas barcelonesas:

los actos de aquellos días de revueltas que, aunque fue violenta, fue honrada, fueron severamente castigados por las autoridades liberales que subieron al poder, encarnizándose en la persecución contra Clavé, Columbrí, **Tresserra**, Armengol, Barceló y otros, a los que deportaban y encerraban, cuando no hacían con ellos algo peor bajo el manto de la justicia (1925, v. I: 70).

Otro de los protagonistas de estas algaradas populares, Alberto Columbrí, encuadernador de profesión al tiempo que publicista republicano, en un libro que escribiría pocos años después, da noticia directa de las actividades de Tresserra durante aquellos días. Informa de que en 1854, y como consecuencia de estos primeros disturbios del Bienio, él mismo fue detenido junto a nuestro escritor y otros activistas como Ballester, Pitol o Trallé y Soler. Casi todos ellos fueron puestos en libertad al no haberse podido demostrar su responsabilidad en los hechos de los que se les acusaba: la quema de una fábrica (1857: 26).

Aunque poco después, como veremos enseguida, no tuvieron tanto fortuna y fueron puestos a disposición del temido Zapatero.

En 1855 la tensión es máxima: persiste la carencia de alimentos, las asociaciones obreras proliferan por doquier y se suceden los motines populares. Como apunta Clara Lida, en marzo será descubierta por la policía una trama urdida por revolucionarios extranjeros que planeaban proclamar la República en España (1970: 62). En julio de 1855 se convocó una huelga general en toda Cataluña que iniciaron los trabajadores del sector textil, y cuya reivindicación principal era la del reconocimiento de la libertad de asociación para los obreros. En septiembre circulará un manifiesto por Barcelona que, según Bahamonde, salió de la pluma de Pi y Margall y que fue de indudable importancia para la cristalización del movimiento del asociacionismo; el texto decía así:

No pretendemos que atacéis la libertad del individuo, porque es sagrada e inviolable, ni que matéis la concurrencia porque es la vida de las artes; ni que carguéis sobre el Estado la obligación de socorrernos, porque conocemos los apuros del Tesoro. Os pedimos únicamente el libre ejercicio de un derecho: el derecho de asociarnos. Hoy se nos concede solo para favorecernos en el caso de enfermedad o de falta de trabajo; concédasenos en adelante para oponernos a las desmedidas exigencias de los dueños de los talleres; establecer, de acuerdo con ellos, tarifas de salarios, procurarnos artículos de primera necesidad a bajo precio, organizar la enseñanza profesional y fomentar el desarrollo de nuestra inteligencia, atender a todos nuestros intereses (*apud* Bahamonde, 1994: 330).

Para frenar la peligrosa escalada de huelgas a más gremios, Espartero aceptará las condiciones propuestas por el colectivo obrero, pero el rápido final de su Gobierno dará al traste con el reconocimiento de este derecho. Luego, Narváez y O'Donnell se mostrarán reacios a regularlo y pronto a reprimirlo, situación que culminará con la prohibición total del asociacionismo en 1866.

Desde inicios de los años cuarenta, cuando se registra el apogeo de las organizaciones igualitarias, sociedades secretas y de las primeras agrupaciones gremiales, la doctrina tanto de los socialistas y comunistas como de los republicanos europeos, girará en torno a la idea de la fuerza de la asociación. En España, hasta que sea legalizada en 1887, la reivindicación de este derecho centrará gran parte del discurso del movimiento obrerista.

En 1855, Tresserra publicará un folleto dedicado a la materia: *El porvenir de las asociaciones de la clase obrera; origen y estado actual de la cuestión del trabajo en Cataluña*. La única referencia que hemos hallado de este escrito procede de la bibliografía de escritores catalanes de Elías Molins; por ella sabemos que constaba de ochenta páginas y que fue impresa en el establecimiento de Narciso Ramírez, editor comprometido con la causa republicana (1970: 698)²¹.

En todo caso, como luego veremos al ocuparnos por extenso de la libertad de asociación, este será un tema de obligada referencia, casi omnipresente, en las novelas del catalán. En *Los misterios del Saladero*²², por ejemplo, presentará la impunidad de un grupo de delincuentes como consecuencia de la falta de esta libertad; escribe:

No es conforme a la naturaleza del hombre que su espíritu quede estacionario, y habiendo de progresar, sino progresa en la virtud, progresará en el vicio. Nada acelera este mismo progreso tanto como la emulación nacida de las asociaciones, y, según la clase, naturaleza y condiciones de esta, así serán buenos o malos los impulsos en cuya virtud se ha de verificar el progreso (p. 450).

Tresserra acometerá la cuestión desde muy diversos ángulos, incluido el filosófico: “Dentro de la libertad sean cuales sean las tendencias, instintos, pasiones, inclinaciones y manifestaciones del individuo [...] la libre asociación, ¿no asimilará a los unos para cumplir su destino especial con los otros?” (p. 298).

Al iniciarse el 56, el republicanismo parece asomar por todas partes: se suceden los altercados y motines que esgrimen el objetivo de derrocar la monarquía. Desde la prensa progresista y moderada se culpa de tal estado de agitación a la actividad de sociedades secretas nacionales y extranjeras. En realidad, como dice Clara Lida, es muy difícil desentrañar quién se hallaba detrás de estos movimientos: “Aunque todo parece indicar que fue la miseria en que vivía el pueblo el principal motivo” (1970: 67).

Las continuas huelgas y motines desembocaron en un escenario de conflictividad social insostenible. El 14 de julio de 1856 O'Donnell recibió el encargo de Isabel II de formar gobierno para sustituir a Espartero; “las disposiciones inmediatas –dice Bahamonde– adquirieron todos los tintes de golpe de Estado”. En primer lugar, el nuevo gabinete

²¹ En el diario madrileño *La Iberia*, el día 18 de octubre de 1855, se informa de que *La Voz del Pueblo* reproduce en sus páginas algunos fragmentos de este folleto de Tresserra. Desgraciadamente no hemos podido localizarlo.

²² En adelante MS.

procedió a la declaración de Estado de sitio, y dio a los capitanes generales de cada provincia amplios poderes para sofocar cualquier altercado del orden. En segundo lugar, declaró nulas las acciones de la Corte Constituyente que preparaban un nuevo texto constitucional, para reinstaurar la Carta Magna de 1845 (1994: 333)²³.

Al saberse en Barcelona la noticia de la caída de Espartero, los elementos más exaltados del progresismo y el republicanismo levantaron barricadas en la ciudad. Las fuerzas del orden trataron de disolverlas abriendo fuego, de modo que causaron la muerte de numerosos civiles. El pueblo barcelonés reaccionó con la recomposición de la Milicia, que volvió a sembrar la capital catalana de barricadas. Miguel Morayta en su *Historia General* (1896) relata los combates y contabiliza más de quinientas bajas entre muertos y heridos, todos ellos republicanos; pero se lamenta de la imposibilidad de establecer una lista exhaustiva de los caídos. Escribe Morayta:

Puso el gobierno de O'Donnell especialísimo cuidado en ocultar el número de muertos y heridos en Barcelona, en Madrid y en las demás capitales donde hubo combate más o menos serio; y como las familias de las víctimas del pueblo, siquiera en los primeros momentos, no las tenían todas consigo, tal oscuridad reina en la materia, que mi diligencia no ha podido conseguir más que tal cual noticia suelta respecto a este particular. Los nombres de los valientes defensores de la libertad en 1856, quedan así olvidados en esta mi HISTORIA (1896: 177).

Por suerte para Tresserra, el general Zapatero había tomado medidas represivas contra él antes de la caída de Espartero. El Capitán General de Cataluña había prendido a un alto número de demócratas catalanes bajo la acusación de complicidad con un motín que había tenido lugar en Valencia a consecuencia de una nueva convocatoria de quintas (Eiras Roel, 1967: 224). Columbrí registra el hecho en sus memorias:

El día 26 de abril de 1856, a las altas horas de la noche, fueron presos y conducidos al cuartel de mozos de las escuadras, don Pablo Armengol, don **Ceferino Tresserra**, Don Narciso Targarona, por equivocación con su hermano don Francisco, y el autor de este libro. Ninguno de nosotros pudo atinar la causa

²³ Como explica Bahamonde, la abortada Constitución reproducía aspectos del ideario progresista de 1837 y lo completaba. Así, su principio básico era el de la soberanía nacional, de la que se hacían derivar todos los poderes públicos; y la codificación de un amplio ramillete de libertades y derechos individuales – libertad de imprenta, derecho de petición, igualdad ante la ley, igualdad ante empleos públicos...- (1994: 320 a 322).

de aquellas prisiones, y ni aún conseguimos saberla después, a pesar de que el mismo general Zapatero nos había notificado el porqué de su disposición gubernativa por la cual se nos prohibía residir en Barcelona (1857: 157).

Alberto Columbrí narra el episodio de su detención. Según él, cuando Zapatero les anunció su intención de deportarlos se justificó diciéndoles: “Para no tener que fusilarles a ustedes”. Luego les conminó a que eligiesen un punto de residencia fuera de Cataluña, Aragón y Valencia. Explica Columbrí, que describe a Tresserra con una actitud altiva ante el temido general, que nuestro autor le pidió a Zapatero ser enviado a Madrid, pero le fue denegado, a lo que contestó: “pues entonces elójalo usted” (p. 158). Finalmente, será deportado a Granada en un vapor que salió del puerto de Barcelona el 2 de mayo de 1856, y en el que viajará con Columbrí hasta Málaga. Este último continúa relatando que Clavé, Monturiol y muchos otros de sus correligionarios también fueron deportados o encarcelados, de modo que se produjo una depuración de elementos republicanos barceloneses. Declara el encuadernador:

Los demócratas de Barcelona no conspirábamos. Todos los trabajos políticos que en aquella época emprendíamos fue [sic] la propaganda de nuestros principios por medio de pequeños folletos legalmente publicados. Dos solamente llegaron a ver la luz pública: el primero de **Tresserra**, se titulaba las *Dos Banderas*; el segundo, mío, estaba dedicado a un breve examen de las causas que habían producido la caída de Espartero, y el advenimiento de los moderados al poder en 1843. Es verdad que ambos folletos fueron demandados ante el tribunal del jurado, pero lo es también que alcanzaron una absolución unánime. Nuestros confinamientos fueron en mi concepto hijos del capricho de la autoridad militar (p. 163).

Teniendo en cuenta que este folleto de Columbrí fue publicado en 1857, periodo en el que persistía la feroz restricción a la libertad de imprenta, su testimonio debe tomarse con cautela, ya que sin duda escribía bajo la autocensura. Sobre todo en lo que respecta a su mentís sobre la pasividad de los republicanos en los motines y revueltas populares. Por otro lado, tampoco de este escrito de Tresserra que cita se halla rastro por ninguna parte²⁴. En

²⁴ No obstante debe conservarse algún ejemplar ya que Maluquer de Motes parece haberlo consultado; el investigador ofrece además su título completo: *Las dos banderas del pronunciamiento de 1854; o sea rasgos*

todo caso nos informa sobre el hecho de su activismo y sobre la importancia que va cobrando dentro del republicanismo barcelonés, en el que destaca ya como uno de sus principales propagandistas. Al respecto escribe Maluquer de Motes: “Clavé, Montaldo, Monturiol, junto con **Ceferino Tresserra** y Juan Bautista Guardiola, figuraron al frente del Partido Republicano barcelonés durante todo el bienio progresista” (1977: 273).

Extremo que viene a confirmar la información que aporta Eiras Roel. Según este historiador, nuestro catalán llegó a Granada el 2 de mayo del 56, y desde allí escribió una larga misiva a su carcelero que luego sería publicada en forma de folleto: *Carta de un demócrata confinado, dirigida al excelentísimo señor don Juan Zapatero, Capitán General del ejército y principado de Cataluña*²⁵. Explica Eiras Roel que en ella:

Tresserra rechaza la acusación oficial de la complicidad de los demócratas barceloneses con los amotinados de Valencia, lo mismo que la publicación de folletos socialistas, pero confiesa la “simpatía natural” que sentía por aquel motín contra las quintas. No queda claro, por tanto, la intervención de los demócratas en esto sucesos, aunque sea muy verosímil. Ni en su confinamiento se recata de exponer un completo programa de reformas radicales que exigían el país y el pueblo: reformas en el capital, el trabajo, en los derechos y libertades ciudadanas, en la enseñanza, en las leyes, en la tributación, en la economía del Estado, y hasta en la religión y la familia (1967: 224).

No sabemos cuánto duró exactamente su deportación; las pistas ciertas con las que contamos sobre su regreso a Barcelona son ya de principios de 1858. *La Iberia*, del 9 de julio de 1856, informa de que el folleto recién citado de Tresserra, según extracta del diario granadino *La Constancia*, fue publicado el 6 de ese mes, y que inmediatamente fue denunciado por el fiscal de esta ciudad. Es decir, tres meses después del inicio de su expulsión, el catalán continúa en Andalucía. Por ello, y en atención al episodio antes relatado por Morayta, cabe conjeturar que este incidente le sirvió para salvar la vida. El levantamiento popular de julio de 1856 en la localidad barcelonesa de Gracia, en el que resultaron muertos el comandante militar y seis oficiales del ejército, dio lugar a una reacción de Zapatero aún más indiscriminada y brutal de lo que acostumbraba contra los

de la Unión progresista-moderada. *Propaganda democrática*, aunque no señala la editorial barcelonesa que lo distribuyó (1977: 394).

²⁵ Tampoco hemos podido localizar ningún ejemplar de este escrito.

demócratas. Columbrí escribe que fusiló a todos los que, sin demasiadas pruebas, consideró implicados en los episodios, y que metió en la cárcel a muchos otros al “dar carácter de delito común al acto revolucionario” (1857: 164).

En Andalucía, coincidiendo con el confinamiento de numerosos republicanos catalanes, se multiplicaron considerablemente las algaradas populares. Clara Lida informa de que el 16 de julio del 56 la policía descubrió una sociedad obrera secreta en Sevilla “organizada por un catalán”, quien con el pretexto de ofrecer ayuda a los trabajadores necesitados, creando un fondo común de cuotas diarias de a cuartos, obligatoria para cada obrero, articuló una red de propaganda subversiva (1970: 73). En otros lugares de esta misma región, se sucederán sublevaciones que también parecen haber sido instigadas por activistas catalanes deportados. El carácter irreducible de Tresserra y su asunción temeraria de la lucha revolucionaria inclinan a pensar que seguramente se hallase implicado de algún modo en estos episodios. Eiras Roel subraya el hecho de que Tresserra, en su carta a Zapatero, se muestre gratamente sorprendido por la alta conciencia democrática que ha encontrado entre el proletariado andaluz (1967: 224); comentario que asimismo contribuye a suponer que se introdujo en los círculos obreristas de esta tierra.

A pesar de los repetidos fracasos de los levantamientos democráticos, la experiencia del Bienio Progresista tuvo varias consecuencias positivas para el joven partido. En primer lugar, su fulgurante salto a la primera línea de la escena nacional: todo el país conoció de su existencia, y a partir de entonces se les debía tener en cuenta en cualquier intento revolucionario. En segundo lugar, el 30 de noviembre de 1854, por vez primera en las Cortes españolas, veintiún diputados demócratas, entre los que estaban Ordax Avecilla, José María Orense o Estanislao Figueras, habían votado contra la monarquía. Explica Morayta que

para la casi la totalidad de los políticos de entonces, aquellos votos semejaron una revelación, por ser muy pocos los que sospechaban que el Partido Republicano pudiese ostentar aquellas fuerzas, y menos por ser representados por una veintena de hombres, lo bastante viriles para pronunciarse contra un monarca reinante y abrirse a un porvenir de privaciones y peligros (1896: 88).

Dentro del mismo Partido Demócrata, no obstante, y como expresión de la problemática convivencia de corrientes enfrentadas, el balance de los hechos dará lugar a análisis divergentes. Para Garrido, la frustrada revolución popular fue responsabilidad ante

todo de la traición del Partido Progresista; mientras que Pi y Margall prefería cargar la culpa a sus propios correligionarios, a quienes acusaba de timidez revolucionaria (1982: 23).

Otro efecto importante que se derivó del Bienio fue, como apunta Clara Lida, que “mientras la primera mitad del XIX se caracterizó esencialmente por la búsqueda de soluciones políticas, la revolución de 1854 marca el punto decisivo en la toma de conciencia del proletariado español e inclina la balanza hacia los problemas sociales” (1970: 60). Todo ello revertirá en beneficio del movimiento democrático, que aparecerá como el paladín de la causa popular. Aunque es cierto que el partido carecía de un bloque definido y claro de ideas, incluía en su programa una serie de medidas, como la abolición de las quintas y de los impuestos de consumo, que resultaban atractivos a sectores ajenos o marginados tradicionalmente del debate político. El Bienio, además, pondrá de relieve la existencia de una nueva forma de propaganda política, mucho más incisiva y audaz. El nuevo ambiente cultural post-romántico alumbró el surgimiento de un potente movimiento revolucionario. Como escribe López Cordón:

La aparición en escena pública de demócratas y krausistas entre el Bienio y el Sexenio es el acontecimiento cultural español que frente a la juventud romántica y literaria de la primera mitad del siglo, falsamente inconformista y sin programa concreto, pretenden hacer del rigor intelectual y de la seriedad personal, la mejor justificación de su presencia en la vida pública y de sus esfuerzos de transformar el país (1975: 91).

Tresserra aparece como uno de los ejemplos más completos de este nuevo tipo de reformista. Hereda no obstante la tradición conspiradora y subversiva de los liberales románticos y su característico método de pronunciamiento; al que dicho sea de paso permanecían fieles muchos otros movimientos revolucionarios europeos. Como propagandista total, es decir, en su condición de hombre de letras y de acción, no desdén ninguna de las vías que puedan llevarle al triunfo de sus ideas.

3. TIEMPO DE SOCIEDADES SECRETAS

Durante la década de 1850 parte de la actividad política del Partido Demócrata se desarrollará en la órbita de sociedades secretas, aunque como dijimos no todos sus miembros se mostrarán de acuerdo con sus métodos. El fenómeno del asociacionismo clandestino adquiere en este periodo una extraordinaria complejidad debido a la proliferación de sus afiliados. Junto a la vieja institución de la masonería, que si bien mantiene estructuras tradicionales va sumando elementos de los nuevos tiempos, aparecen diversas sectas que compiten y se enfrentan con las logias. Lo cierto es que la mayor parte de estas organizaciones presentan ahora un sesgo definitivamente político. El asociacionismo obrero, empujado a la ilegalidad, se verá obligado a articularse bajo estas formas, y a menudo aparecerá ligado a la carbonería e incluso a la masonería. Especialmente importante en España será la primera, que, aunque llevaba activa desde prácticamente su fundación en Italia en los años veinte, experimentará en este periodo un espectacular desarrollo en paralelo al del movimiento republicano. El carbonarismo, como explica Giuseppe Leti, podría definirse “come una massoneria che dall’idea scende all’azione, dall’astratto al concreto, dall’enunciazione dei principi alla loro applicazione nella vita nazionale” (1966: 70). Sin embargo, no puede establecerse una identificación absoluta entre republicanos y carbonarios, pues muchos de aquellos serán masones. Todo ello se refleja fielmente en las memorias de Conrado Roure. En primer lugar, fijémonos en la importancia que confiere a estas organizaciones en la Barcelona de mitad de siglo:

Al terminar la carrera de leyes me hallé como quien dice obligado a afiliarme a la francmasonería barcelonesa por interés propio. Se nos brindaba como un refugio para quienes no teníamos otro medio de vida que el ejercicio de nuestra carrera, y en la mencionada secta nos cobijábamos cuantos nos llamábamos demócratas (1925: v. I, 238).

Continúa diciendo Roure que “las logias se convirtieron en clubes y las claves secretas se usaron para algo más que para levantar actas masónicas y anotar rituales”; según él, esta institución desarrollará un papel fundamental en la historia política del país durante el siglo XIX: “En la afinidad existente entre la masonería y la democracia de acción, esto es, los prohombres liberales y republicanos, se halla la solución de muchos problemas a primera vista indescifrables históricamente” (p. 252). Por ejemplo, achaca el fracaso de la República

del 73 a masones que actuaron a traición, como Práxedes Sagasta. De esta manera, justifica el descrédito que por entonces alcanza a la institución: “el ideal masónico, bastardeado por la ambición política, fue un caos en que la opinión popular comenzó a vacilar y a extraviarse” (p. 253). Roure también alude a la competitividad y animadversión que existía entre masones y carbonarios:

Nuestro insigne apóstol, don Francisco Pi y Margall, en algunos de sus escritos atacó a los masones, pero sus ataques no fueron dirigidos porque anatimizara a las sociedades secretas, no. Fue sencillamente porque él era carbonario y entre las sectas secretas existe la misma rivalidad y antagonismo que entre los religiosos (p. 255).

Los comentarios de Roure sobre las relaciones entre la democracia barcelonesa y la masonería, unido a los datos a los que antes aludíamos -pertenencia de Tresserra a sociedades científicas y literarias o su integración en la “Comunidad democrática” de Terradas-, no dejan lugar a dudas sobre su participación en las logias durante el primer lustro de los cincuenta. No obstante, nuestro autor se mostrará muy crítico tanto respecto a la masonería como al carbonarismo, de modo que intentará impulsar un proceso de refundación de ambas instituciones en nuestro país.

Pero antes de entrar a analizar este papel, debemos volver al punto donde lo dejamos: Granada en julio de 56. La siguiente noticia que hemos hallado sobre la ubicación precisa de Tresserra se encuentra en una de sus novelas, *Los misterios del Saladero* de 1860. En una nota a pie de página, y a propósito de un suceso acaecido en la cárcel madrileña, el autor nos informa de que el 25 de julio de 1857 se encontraba allí recluido (p. 227). Es decir, estamos ante un vacío de un año durante el cual no podemos sino hacer conjeturas sobre cuáles fueron sus actividades. Laguna que se explica por la dificultad de hallar crónicas o documentos propagandísticos de demócratas correspondientes a esta época, que se caracterizará por la encarnizada represión de toda disidencia por parte de los distintos gobiernos que irán sucediéndose. Debido a la deportación que sobre él pesaba, resulta poco probable que Tresserra volviese a Barcelona; pero incluso en el caso de que esta hubiese expirado, allí era excesivamente conocido y se exponía a ser represaliado con cualquier excusa. Por ello, nos inclinamos a creer que continuó en Andalucía.

Como decíamos, en esta región será donde tengan lugar las manifestaciones más recurrentes e intensas de republicanismo. Los estallidos campesinos de Arahal, capitaneados

por el líder socialista Sixto Cámara, quien junto con otros correligionarios intentó proclamar la República, tuvieron una enorme repercusión en la sociedad debido a las severas represalias gubernamentales a las que dio lugar. Como escarmiento a los rebeldes Narváez fusiló a cien individuos y encarceló a otros cincuenta que luego fueron indultados. Los sublevados, al grito de “mueran los ricos”, habían asaltado e incendiado el cuartel de la Guardia Civil, las casas de los notables y los archivos notariales de esta localidad. El movimiento fue animado y apoyado según algunos historiadores por el Partido Demócrata en pleno (Paredes, 1996: 270); aunque otros matizan y opinan que fueron “llevados adelante por elementos republicanos apeados de las posiciones menos radicales y espontáneas de los dirigentes del Partido Demócrata” (Bahamonde, 1994: 334).

Los sucesos de Arahal tuvieron lugar en julio de 1857, y Tresserra dice que se hallaba recluso en el Saladero a finales de ese mismo mes. Cabe especular con que tras los levantamientos, en el caso de que Tresserra hubiese permanecido en Andalucía, fuese arrestado y conducido a Madrid, donde sería posteriormente indultado. También existe la posibilidad de que Tresserra pasase en el Saladero todo el periodo que señalábamos, y que fuese encarcelado a raíz de la inmediata persecución a los demócratas que siguió al ascenso de Narváez al poder tras la destitución de O'Donnell en octubre de 1856.

La siguiente referencia que hallamos sobre el catalán se la debemos a Fernando Garrido. Escribe este: “Habiendo llegado **Tresserra** a Madrid [de Italia] recientemente iniciado en el carbonarismo, propuso a un grupo que siempre había conspirado y propagado y al que no hemos referido varias veces, la formación de una organización revolucionaria que tuviese por base la forma y los reglamentos carbonarios” (1869: 358). El 1 de febrero de 1858 la Junta Nacional del Partido Demócrata, constituida según Garrido en jefatura del Falansterio Nacional a partir de los reglamentos traídos por Tresserra, hace circular un manifiesto en el que se insta a la insurrección armada y donde se señala a la República como única forma legítima de gobierno en España (*ibíd.*)²⁶.

De este modo, el barcelonés llegaría en enero de 1858 a Madrid. Es decir, su viaje a Italia tuvo lugar entre julio de 1857, fecha en la que dice hallarse en la cárcel y de la que saldría poco después gracias a una amnistía política que promulgó el Gobierno ese mes, y enero de 1858. Información que Rodríguez-Solís viene a corroborar. Dice el escritor republicano que Tresserra ingresó a principios de este año en el madrileño periódico de *La Discusión*, debido a la aparición de unos artículos de Pi y Margall donde este

²⁶ Escribía Garrido: “donde quiera que se establezcan Juntas o poderes revolucionarios se debe desde luego proclamar como forma política del Estado la REPÚBLICA DEMOCRÁTICA” (1869, v. III: 81).

opuso el principio de la autonomía individual como base de la democracia, declaración que produjo tan extraordinario efecto que los redactores de *La Discusión*: Sres. Martos, los Cuestas y Ortiz de Pinedo abandonaron el periódico, entrando luego en él Roberto Robert, **Ceferino Tresserra** y Juan Dios de Mora (1893: 486).

La principal fuente de información sobre las andanzas de Tresserra en Italia nos la proporciona una de sus obras: *La judía errante*²⁷ de 1862. En ella, valiéndose de los esquemas folletinescos, nuestro autor se propone reproducir la vida interna en la clandestinidad de las asociaciones de obreros y de los grupúsculos de propagandistas republicanos. Para la ocasión crea al personaje de Arturo, joven revolucionario miembro de una sociedad secreta: “La Nueva Alianza” (LNA). Arturo es hijo de un rico comerciante de Granada, que había sido “víctima de las inicuas persecuciones de la reacción política del año 1843”, y que al morir, “en uno de los asesinatos en masa, autorizados por el militarismo de aquella época”, queda a cargo de un tutor italiano; tenía entonces siete años (p. 77). El futuro conspirador estudia ciencia en Inglaterra, filosofía en Alemania, en Francia modales y armas, y música y dibujo en Italia. Constituye por lo tanto el modelo del perfecto activista: instruido en una pluralidad de disciplinas y presto a la acción; en suma, un republicano de pluma y espada como el mismo Tresserra. El italiano que hace las veces de preceptor de Arturo recibe el nombre de “M...”, y es descrito como persona de “fogosidad asombrosa, audacia sin freno, talento extraordinario”; un político que “más tarde habría de representar un gran papel para su patria, y ser admirado y reconocido en toda Europa” (p. 79). Tresserra urde la semblanza de modo de que no le quepa duda al lector de la época de que el trasunto de tal personaje es Giuseppe Mazzini. Quien efectivamente se contó entre los artífices de la unidad italiana en 1860, y que estaba considerado como el revolucionario más influyente de aquellos tiempos. Y añade el catalán: “Era, en fin, el jefe, el gran maestro de LNA, cuya sociedad, descartada de todas las ridiculeces de las sociedades secretas, tenía por objeto la propaganda de la nueva idea, y el levantamiento de todos los pueblos de Europa contra sus opresores” (p. 79). No resulta difícil reconocer en la agrupación ficticia de esta novela a la “Joven Europa” y a sus filiales nacionales. Todo lo cual, unido a la misión real que

²⁷ En adelante JE.

desempeñará Tresserra en este ámbito, sugiere que en su paso por Italia nuestro novelista recibió el encargo de refundar la “Joven España”²⁸.

En *La judía errante* hallamos los ecos de lo que parece haber sido un contacto personal entre Tresserra y Mazzini. El catalán, tras presentar un retrato elogioso de las dotes intelectuales de este, sorprendentemente pasa a enjuiciar con dureza el carácter del jefe revolucionario italiano. Escribe: “pero sobre todas las cualidades que poseía descollaba su vengatividad”; dice luego que “M...” odiaba la modernidad ya que según él “la Revolución Francesa había cerrado la era de los grandes hombres”; y, en un tono que sugiere un orgullo patriótico herido, añade: “dudaba de que España hubiese tenido hijos como Padilla y tribunos como Argüelles”. Tresserra replica: “No había podido hacerse cargo que los hombres de cierta talla, no son nunca hijos de sí mismos, sino de las circunstancias; y que las circunstancias jamás son obra de un solo hombre” (p. 78).

Pese a estos rifirrafes, la doctrina mazziniana será sin duda una de las fuentes de inspiración principales del pensamiento filosófico, político e incluso literario de nuestro autor. Baste aquí de momento referir que un estudioso italiano del mazzinismo, Giovanni Stiffoni, considera que Tresserra se halla entre el reducido grupo de dirigentes republicanos españoles, entre los que incluye a Castelar y Garrido, decisivamente influidos por las ideas del revolucionario genovés²⁹. En lo relativo a la institución de la carbonería, nuestro catalán no se contentará con ofrecer a sus compatriotas un nuevo modelo organizativo de sociedad secreta, sino que difundirá un programa dirigido a la reforma integral de estos organismos. Extremo que tendremos ocasión de estudiar al hilo del análisis del concepto tresserriano del principio de asociación, materia con la que aparece indivisiblemente ligado.

Los reglamentos importados de Italia por Tresserra fueron aplicados de inmediato. El acto de fundación de la nueva sociedad tuvo lugar en Madrid, y precisa Garrido que fue “en una casa de la calle Minas donde habitaba Vich”. Allí se reunieron “cierta noche, Tello,

²⁸Como explica Anna Ossani “la «Giovane Europa» fu fondata a Berna il 15 di aprile di 1834 da sette Italiani, cinque Tedeschi e cinque Polacchi, sotto la guida di Giuseppe Mazzini. Attiva fino al 1836, l' associazione puntava a realizzare una federazione dei popoli europei su base repubblicana. Il movimento si sviluppò idealmente dalla «Giovane Italia» creata da Mazzini a Marsiglia nel 1831”. A finales de la década de 1850 Mazzini realizó varias tentativas para revitalizar esta organización, para lo cual requirió el apoyo de los revolucionarios españoles (1973: 76). Como explica Isabel María Pascual la relación epistolar entre los José María Orense o Fernando Garrido con Mazzini y otros republicanos italianos se hará frecuente desde la década de los cincuenta (2002: 318). El líder genovés trataba asimismo de recabar apoyos para formar una “Liga Ibérica” que cooperase con sus compatriotas en el proceso de la Unificación Italiana. Pero, como escribe Isabel María Pascual, “esa iniciativa quedó interrumpida en junio de 1859 por el alzamiento republicano contra el Gobierno de O'Donnell, que organizaron Sixto Cámara y Fernando Garrido, y en el que participó Díaz y Pérez. Descubierto por el Gobierno, aquel fracaso revolucionario, unido a la muerte de Cámara, supuso un mal auspicio para la «Legión Ibérica» en ciernes” (p. 352).

²⁹Stiffoni para llegar a esta conclusión se basa en la lectura del folleto de Tresserra, *¿Los anarquistas, los socialistas y los comunistas, son demócratas?* (1861), y en la novela *Los misterios del Saladero* (1972: 16).

Lozano, Juan Sala, Federico Beltrán, Cervera, Quiles, Guisasola, y constituyeron la primera choza con todas las formalidades y accesorios, acordando que se diese entrada a otras personas de gran importancia en el partido” (1869: 358). Así pues, se creó lo que en la terminología fourierista de Garrido fue el Falansterio Nacional, que debía actuar como Consistorio del Partido Demócrata español y que, a la postre, lo integraron una treintena de hombres escogidos entre los principales de la democracia española de la capital. Comenta Garrido que pronto se extendieron sus ramificaciones a otras provincias “y en Cataluña y en Andalucía, la propaganda fue inmensa, llegando en el último punto a constituirse más de 80 000 asociados” (1869: 359). Su composición era interclasista y variopinta; además de obreros, intelectuales y políticos, militaban campesinos, propietarios y militares. Respecto a quién se puso a la cabeza de la nueva sociedad se hallan distintas informaciones. Según Garrido, fue José María Orense (p. 366), mientras que Nicolás Díaz y Pérez, también integrante del Falansterio, sostiene que fue Roque Barcia (1894: 477). No obstante, ambas fuentes coinciden en señalar a José María Rivero, en ausencia del titular, como su director cuando la sociedad fue desarticulada por la policía. De ahí que Garrido acuse a Rivero de dejación: “Formando con **Tresserra** la comisión de correspondencia, cayó en tan punible incuria que de todas las provincias llovían comunicaciones preguntando qué hacía aquella autoridad suprema que no aprovechaba los momentos para organizar, dar vigor, cohesión y unidad al Partido Republicano” (*ibíd.*).

Este escrito de Garrido data de 1869, es decir, poco después de consumada la primera escisión del partido como consecuencia del rechazo de ex progresistas como Rivero o Becerra al credo federal. Lo cual explica el tono altamente violento e injurioso que usa el historiador al referirse a sus antiguos compañeros³⁰. Además de ello, Garrido busca limpiar la memoria de su correligionario y mejor amigo dentro de la agrupación, Sixto Cámara, quien fue responsabilizado del fracaso de la sociedad por esta facción y que moriría un año después de los hechos. De modo que el gaditano cuenta que “Cámara se dirigió a Cataluña advirtiendo de la peligrosidad del Directorio del partido”; Becerra y Rivero acusaron entonces a Cámara “ante el Falansterio aduciendo los documentos y queriendo hacer que recayese sobre él la nota de traidor” (p. 360).

Para tal episodio, el testimonio de Nicolás Díaz y Pérez parece ser más ecuánime; según este, “[l]a francmasonería, así que tuvo conocimiento de los trabajos y organización

³⁰ Muestra de ello es el siguiente párrafo: “Estas gentes son capaces de llevar a la disolución a los partidos mejor organizados, porque la multitud se desconsuela y desalienta al ver tales contradicciones y tan repugnantes apostasías” (1869: 294).

de los carbonarios se reveló contra estos” (1894: 477). Es decir, sugiere que la sociedad secreta pudo ser denunciada a traición por algún masón del Partido Demócrata. En el mismo lugar también refiere cómo Rivero se negó en un principio a formar parte de la naciente sociedad, y que solo lo hizo a condición de no someterse a sus reglas de iniciación y juramentos. Curiosamente, Enrique Vera y González, adepto incondicional de Pi y Margall, refiere justo lo contrario al hablar de los inicios de esta sociedad:

Rivero aceptó desde luego el ingreso en esta asociación a la que pertenecían ya importantes demócratas. Mucho se resistió Pi y Margall a hacer lo propio, porque nunca ha sido partidario de las asociaciones secretas; pero ante las excitaciones y ruegos de Barcia, Orense, Figueras y Garrido, y en vista de que todos sus compañeros de redacción acogían calurosamente el proyecto, hubo al fin de acceder, ingresando en la asociación carbonaria a condición de no sujetarse a las fórmulas de iniciación (1886: 599).

De nuevo la fecha de redacción del escrito, 1886, nos ayuda a contextualizar las palabras de Vera y González, quien además se debe tener en cuenta que no había vivido directamente los hechos que narra, como en cambio sí lo hicieron Garrido o Díaz y Pérez. Tras la primera década del sistema restauracionista, una vez que el federalismo vuelve a ser legalizado, Pi y Margall trata de consolidar su partido dentro del régimen, y se disputa el electorado republicano, entre otros, con Ruiz y Zorrilla, quien representa la vieja vía insurreccional de las sociedades secretas. Es decir, al apologista pimargalliano Vera y González le interesa proyectar un perfil significativamente legalista y democrático de su líder, lo cual casaba mal con su pasado de conspirador. En todo caso, como veíamos en la cita de Conrado Roure, los antecedentes carbonarios del teórico del federalismo eran innegables.

Volviendo al episodio de la desarticulación policial de la sociedad secreta, dice Díaz y Pérez:

Alguien delató el carbonarismo al gobierno, la policía se presentó en la Carrera de San Jerónimo 41, esquina Cedaceros, invadió la casa donde estaba la redacción de *La Discusión*, encontrando en el cajón de una de las mesas de sus redactores la lista de todos los carbonarios y la de los jefes de provincias, con este epígrafe: “Lista de fundadores, redactores, accionistas, corresponsales y

suscriptores de *La Discusión*”. En un cajón de otra mesa (en la que escribía Roberto Robert), se encontraron, además, diez o doce ejemplares del programa antes citado (los demás los retiró Manuel del Palacio, arrojándolos a la casa inmediata), que no constaban fuese de ningún centro carbonario, y sí solo del Partido Demócrata. Al día siguiente, que fue el del Corpus, llamaron a declarar ante el juzgado a todos los redactores de *La Discusión*. Detúvose solamente entre ellos a Roberto Robert, sin duda por haberle encontrado en su mesa el programa democrático y se expidieron órdenes para prender a **Ceferino Tresserra**, que se encontraba en Cataluña propagando el carbonarismo. Fue preso en Barcelona, el motivo principal de esta prisión, fue el haber encontrado la lista y el oficio en el cajón donde tenía sus papeles y correspondencia **Tresserra** (1894: 78)³¹.

Garrido añade que la prisión de los trece miembros directivos de la sociedad, que era la “Choza” principal, produjo su completa dispersión al haberla dejado sin jefatura (*ibíd.*). Nicolás Díaz y Pérez nos informa sobre la suerte que corrieron los detenidos:

La causa contra este [Tresserra], Robert, Lozano, Javier Ramírez y los demás individuos de la Choza sorprendidos en la Plaza Mayor, duró largo tiempo, y no terminó sino por una amnistía amplia dada en 1860, con ocasión de los sucesos de San Carlos de la Rapita y para comprender en ella al conde de Montemolín³² (1894: 478).

³¹Garrido, en este caso, ofrece una versión coincidente con la de Díaz y Pérez, de modo que escribe: “Y habiendo marchado **Tresserra** a Barcelona en la semana siguiente, fue registrada la redacción de *La Discusión* donde se buscaban indicios y comprobantes de la existencia del carbonarismo. Los cajones de la mesa de Roberto Robert, que era redactor, los que ocupaba **Tresserra** y otros fueron descerrajados por la policía que no logró ponerse en la pista ni adquirir mayores datos. **Tresserra** fue sorprendido al desembarcar en Barcelona, preso y trasladado a Madrid, quedando en el Saladero, incomunicado después de haberle recogido los retratos de Orsini y los cuadros sinópticos de los derechos democráticos, que recientemente había publicado” (1869: 363).

³² En abril de 1860, Carlos Luis de Borbón, conde de Montemolín, y aspirante carlista al trono de España, desembarcó con sus tropas en San Carlos de la Rápita (Tarragona), precedente de Baleares, con la intención de derrocar la monarquía de Isabel II. Julio Aróstegui dice que gran parte de los insurrectos desconocían los objetivos de su avanzada; aunque, de cualquier modo, se trata de un episodio mal conocido. Como sigue diciendo este historiador: “El intento acabó en rápido desastre que costó la vida al general Ortega y la prisión a las personas de don Carlos Luis y Fernando, a quienes en su cautiverio en Tortosa se les arrancó una renuncia a sus derechos dinásticos al trono, antes de ser de nuevo desterrados” (1997: 135). Poco después, el 1 de mayo de 1860, el Gobierno del general O'Donnell promulgaría una “amnistía general completa a todas las personas sujetas a responsabilidad por cualquiera clase de delitos políticos cometidos desde el 19 de octubre de 1856” (Joaquín Tomás, 1997: 325). Tal medida, a pesar de que sirvió para que un elevado número de demócratas recuperasen la libertad, causó un gran revuelo en los medios liberales de la época, ya que se interpretó como

Es decir, hacia mayo de 1858 Tresserra ingresará por segunda vez en la cárcel del Saladero, y no salió de ella hasta la promulgación de la amnistía en mayo de 1860, fecha en la que será publicada su novela *Los misterios del Saladero* en Barcelona por Salvador Manero. En 1859, sin embargo, será este mismo editor quien se encargue de dar a la luz el relato de Tresserra sobre el asesinato de Paula Coello. Ello nos pone en la duda de que permaneciese durante todo este tiempo encarcelado, aunque también cabría la posibilidad de que redactase y enviase este escrito desde su reclusión. Todo indica que, al menos, una parte de la novela debió ser redactada entre rejas, pues este será uno de los reclamos de los prospectos que el editor Manero hará circular para publicitar la obra de Tresserra. Leemos en uno de ellos que el autor escribe con pleno conocimiento de causa ya que:

Las arbitrarias persecuciones políticas de las que apenas se halla libre nuestra patria, le han dado ocasión de reunir esa caudal de datos, del que no en vano podría hacer alarde el más entendido investigador en cárceles y presidios. Pero no es esto solo: tiene esta novela el mérito, si así puede llamarse, de haber sido escrita dentro de la misma cárcel conocida en Madrid con el nombre de El Saladero (Dionisio Hidalgo, 1861, v. II: XX)³³.

una intolerable quiebra de la legalidad que descubría un vergonzoso trató de favor del Gobierno isabelino hacia su aparente enemigo, el carlismo (Morayta, 1896: 276 y ss).

³³ Ejemplo de esta práctica lo encontramos en la colaboración del general Pierrad en 1870 con el mismo Tresserra, Calvo Romeral y Jesús Cañete para la redacción de *Historia y panorama de la guerra de Francia*, cuando aquel se hallaba preso en Montjuïc (López Cordon, 1975: 380); o en la información que proporciona Rodríguez-Solís acerca de Fernando Garrido, de quien dice que durante sus largos años pasados en prisión no dejó de publicar artículos en prensa en ningún momento (1893: 541).

4. LA LITERATURA REPUBLICANA EN LA DÉCADA DE 1860

El golpe policial que había recibido el republicanismo clandestino no supuso, sin embargo, su completa desaparición. Según Garrido, que pudo escapar a la redada, a principios de 1860 el movimiento carbonario lo invadía todo (1869: 365). Un sector de los demócratas, en su mayoría miembros socialistas, seguirá apegado a la vía insurreccional. Garrido, desterrado por el gobierno de Narváez, recorrerá Europa en busca de ayudas para un levantamiento español, de modo que entrará en contacto con los jefes más destacados del republicanismo continental. Según Clara Lida, “el contacto principal es con Mazzini, que escribe a Sixto Cámara alentándole a formar una expedición de correligionarios que vaya a Italia”, por entonces a punto de concluir su proceso de unificación (1975: 85). En 1859, se crea la “Legión Ibérica”; el reclutamiento de miembros le será encargado a Sixto Cámara en Lisboa; en Barcelona a Garrido; en Madrid a Carlos Beltrán; y en Zaragoza a Ruiz Pons y Pablo Soler. La muerte accidental de Cámara en la frontera española-portuguesa finalmente dio al traste con el plan originario: el levantamiento simultáneo en estas ciudades. Díaz y Pérez, que había asumido el mando de la Legión al caer Cámara, quedó aislado de sus compañeros al ser detenidos en Madrid los cuadros de mando.

Desde la cúpula dirigente del partido, sin embargo, se habían dado instrucciones de abandonar el método insurreccional como medio de lucha política. Como observa Eiras Roel, “[a] partir de estos años 60, al parecer, pasa la época de las sociedades secretas republicanas, debieron perder eficacia e importancia” (1962: 58). Las referencias que hallamos sobre ellas en este periodo disminuyen considerablemente. La represión del Gobierno, la pérdida de vidas y la desmoralización que seguía a los repetidos fracasos se hallaban detrás de esta decisión.

La estrepitosa derrota del levantamiento de Loja en 1861, que acabó con un alto número de fusilados y con la práctica de casi seiscientos consejos de guerra a los implicados, en este sentido debió suponer un duro revés a los planes revolucionarios armados. Pero en realidad, lo que irá sucediendo es que esta vía queda restringida a ciertos sectores o individuos que, aún dentro del Partido Demócrata, no actuarán en su nombre. En 1863, como señala Clara Lida, se descubre la preparación de un levantamiento por la República Ibérica en Lisboa, también se registran movimientos de miembros de sociedades secretas españolas en Italia; en marzo del 64 Garrido compra armas en Marsella, y se entrevista con Mazzini en Londres (1975: 99).

Pero del otro lado, la brutal represión de las autoridades gubernamentales que seguía a cada insurrección fallida generaba una campaña pública de protestas y rechazo a la monarquía que les obligaba a levantar la mano con los republicanos, quienes lo aprovecharán para volcar su actividad en tareas propagandísticas. En este periodo se registra un notable incremento de sus publicaciones. La legislación sobre imprenta se hace más permisiva y surgen una serie de editores comprometidos con la causa republicana, como por ejemplo Salvador Manero de Barcelona, de quien nos ocuparemos con detenimiento más adelante, ya que de sus prensas saldrán gran parte de las obras de Tresserra. Todo ello coincide, además, con la familiaridad que va adquiriendo la sociedad española con el nuevo partido, lo que dificultaba al Gobierno un silenciamiento que le habría obligado a adoptar medidas restrictivas de carácter cada vez más impopular.

De ahí que sea a partir de este periodo cuando cobre auge un tipo de político demócrata, como Emilio Castelar o Francisco Pi y Margall, cuyo perfil más intelectual que de acción indica los nuevos derroteros que seguirá la revolución española. Los frentes de discusión que en adelante provocarán las fracturas más pronunciadas dentro del partido, y a la larga su desmembramiento, se trasladarán al debate teórico entre las corrientes socialistas e individualistas. *La fórmula del progreso* de Castelar, aparecida en 1858, supone una de las manifestaciones más claras de las brechas doctrinales que se registran en el interior del movimiento. En esta obra, el político gaditano subrayaba la preponderancia de la autonomía del individuo sobre la soberanía popular, de modo que, en oposición a los postulados intervencionistas del socialismo, defendía la inviolabilidad del derecho a la propiedad privada; escribía el gaditano: “La democracia consagra el derecho de la propiedad, sin el cual ni la sociedad es posible, ni la libertad es segura. El derecho de propiedad es tan natural, tan legítimo, tan fundamental como todos los demás derechos individuales a cuyo número pertenece” (1870: 165). Asimismo, Castelar exponía su creencia en el progreso natural de toda sociedad hacia la forma de gobierno democrático; la actividad política en este sentido aparecía como un mero instrumento pacífico de aceleración de este proceso. Tal teoría venía a deslegitimar el recurso de la vía armada que caracterizaba a gran parte de la facción socialista. José María Orense, desde las páginas de *La Razón*, afirmará que ser demócrata resultaba incompatible con cualquier forma de socialismo. Garrido, que al inicio de los sesenta es todavía el adalid de la corriente atacada por Castelar y Orense, reacciona a través de sus escritos. Se declara socialista “en cuanto que era partidario del principio de asociación para todos los fines legítimos de la vida, pero no aceptando en modo alguno el

socialismo por el Estado” (Eiras Roel, 1967: 255). Garrido usará la biografía que escribe sobre Sixto Cámara en 1860 para defender sus tesis y atacar a los individualistas:

Ya vendrá, dicen, y sentados a orillas del camino por donde corren los partidos atropellándose unos a otros para alcanzar el triunfo, esperan que pase el carro de la Victoria, dirigido por el genio del Progreso, en el cual ostentarán la Democracia como un hada benéfica derramando bienes en torno a ella, para subir a él, exclamando: ¡Ya hemos triunfado! Los que así piensan olvidan que los hombres son los instrumentos de las ideas: que si bien la ley del progreso es infalible, es solo con la condición de que los hombres la realicen (1860: 26).

La crítica directa y ácida a las teorías castelarianas son buena muestra del enfrentamiento indisimulado que se declaró en las filas demócratas. Garrido usa el ejemplo de un camarada caído, Sixto Cámara, para oponerlo al de los políticos de cátedra; en su opinión, estos se limitan a lanzar discursos floridos que resultan del todo estériles. Como decíamos, el modelo que representa Castelar será el que vaya ganando posiciones en los mandos dirigentes de la agrupación. De hecho, el mismo Garrido se verá desplazado por Pi y Margall, de perfil análogo al del orador gaditano, como representante más acreditado del socialismo demócrata.

La polémica se ha colocado ya en el primer plano del partido y no cesará de repetirse, manifestándose en otros frentes y abriendo nuevas grietas. Pero en 1860 casi todos coinciden en la necesidad de permanecer unidos contra un enemigo común: el sistema isabelino. El Partido Demócrata convocará una asamblea a la que concurrirán todos sus notables; en ella se tratará de alcanzar un acuerdo sobre un credo bajo el que puedan cobijarse las distintas corrientes. Finalmente se llegará a un pacto substanciado en la conocida como “Declaración de los 30”, cuyo breve texto reproducimos:

Los que suscriben, declaran que consideran como demócratas indistintamente a todos aquellos que, cualesquiera que sean sus OPINIONES en filosofía, en cuestiones económicas y sociales, profesan en POLÍTICA el principio de la PERSONALIDAD HUMANA, o de las libertades individuales, ABSOLUTAS E ILEGISLABLES y el del sufragio universal, así como los DEMÁS principios POLÍTICOS fundamentales consignados en el derecho democrático (ACS: 71).

El vago acuerdo alcanzado no fue capaz de ahorrar a sus militantes en torno a un programa preciso, y menos aún de designar un líder con capacidad de conciliar a las distintas tendencias. Respondía más bien a una estrategia política dirigida a contentar a todos los miembros y a proyectar a la opinión pública una imagen de armonía que, como vemos, no reflejaba la realidad de la agrupación. No obstante, algunas voces de acreditados demócratas alertaron sobre el riesgo de indefinición y confusión que acarrearía para el futuro una convivencia artificial e interesada. La más rotunda en este sentido fue la de Tresserra, que sostendrá la opción de escindir al Partido Demócrata. Nuestro autor no rubricará el documento; de modo que, como dice Morayta, se situará entre los “demócratas conspicuos que no quisieron pasar por esta declaración, en su odio al socialismo” (1896: 311).

Pero antes de entrar a analizar la actuación de nuestro novelista en esta polémica, conviene situar sus coordenadas vitales y avanzar algunos apuntes de su pensamiento político. En 1860, tras salir del Saladero, Tresserra comienza a frecuentar Madrid, resulta ya muy popular en los ambientes demócratas de esta ciudad, ha trabado contacto con los máximos representantes del movimiento y ha colaborado en sus periódicos más señeros. Pero el hecho de que la mayor parte de sus obras durante esta década vayan a aparecer en Barcelona, además de que allí permanece su familia, indica que sus viajes a su tierra natal serán habituales. Esto es, vive a caballo entre Madrid y Barcelona. En la capital, parece discurrir su carrera política y periodística; mientras que en la otra ciudad desarrolla preferentemente su actividad literaria. A ello inclina a pensar la significativa ausencia de alusiones a Tresserra en los sucesos políticos catalanes durante el periodo.

Como dijimos, nuestro autor se decanta por el credo democrático de los individualistas. Sus publicaciones de estos años no dejan lugar a dudas sobre su posicionamiento radical contra las teorías socialistas. Se integra de este modo en la órbita ideológica de los Castelar, Francisco de Paula Canalejas, José de Echegaray, Francisco Fernández y González o Miguel Morayta; quienes desde la tribuna del Ateneo de Madrid lanzan una denodada campaña de defensa y difusión de la doctrina del libre cambio. Una serie de circunstancias sugieren que Tresserra frecuentó estos círculos ateneístas. En primer lugar, y la más significativa, es que colabore en periódicos donde escriben estos, como *La Razón* del marqués de la Albaida, que sostendrá una línea inequívocamente antisocialista. En segundo lugar, es revelador el homenaje que Tresserra dedica en una de sus novelas a Castelar. A principios de los sesenta, decía Echegaray que “la mayor gloria, por entonces, era ser amigo íntimo” del tribuno gaditano (Ruiz Salvador, 1970: 219); algo de lo que parece haber podido presumir nuestro catalán. En la portada de la edición de *La judía errante* de

1862 que hemos consultado leemos: “Dedicada a Emilio Castelar: ardiente demócrata, sabio escritor, orador eminentísimo, dedica este libro en prueba de su respetuoso cariño, de su sincero afecto, de su alta admiración el último de sus correligionarios, el más invariable de sus amigos” (p. 4). Una prueba documental más la hallamos en un libro, *Defensa de la fórmula del progreso*, que los adeptos a Castelar publicarán en 1870. El escrito contiene una lista de demócratas individualistas; entre ellos figuran importantes miembros de la democracia como García Ruiz, Becerra, Figueras, Chao o Salmerón, que encabezan esta facción en las distintas provincias españolas; y también hallamos a Tresserra, que consta como representante en Gerona desde 1865 (Castelar, 1870: 166 a 177).

De lo que sí hemos hallado constancia es de la participación de Tresserra en los debates en torno al libre cambio que tuvieron lugar en el Ateneo de Barcelona. *El Lloyd Español* informa de que el 1 de febrero de 1863, nuestro autor intervino en una seminario de título “La aspiración al libre cambio, ¿podrá llegar algún día a traducirse en un hecho real?”. El redactor del periódico escribe:

Contestó don **Ceferino Tresserra** en sentido librecambista. A pesar de lo esclarecido que fue dicho señor en sus apreciaciones, nos parece, sin embargo, que podría haber salido más airoso en su contestación, si, limitándose un poco más al puro desenvolvimiento del tema propuesto, hubiera dejado a un lado sus opiniones políticas personales³⁴.

Lo cual era mucho pedir; para el catalán la economía, la religión o cualquier otra materia, como iremos viendo, resultaban inseparables de la política. Como decíamos, Tresserra se contará entre los miembros del partido más decididos a poner en marcha un proceso de escisión. Escribía en un artículo de *La Razón* del 8 de diciembre de 1861:

Aunque con un mismo nombre, nuestro partido contiene dos grupos perfectamente distintos, que parten de principios opuestos entre sí e irreconciliables; la unión falaz que hasta ahora ha habido entre nosotros, solo puede conducir a nuestra ruina común. Formemos dos campos; a un lado de la línea divisoria colóquense los que quieren verdaderamente la realización de la

³⁴ El recelo del redactor hacia las alusiones políticas de Tresserra se explica en que el Ateneo barcelonés, como indica Vicen Vives, cifraba su idiosincrasia particular respecto al madrileño en el rechazo a politizar las discusiones y foros que se celebraban en su seno (1961: 209).

autonomía humana; y todo lo esperan de la libertad en todas las esferas de la vida. Al otro lado vayan los que solo reconocen la personalidad del hombre en el orden político, los que todo lo esperan en el orden económico y social de organizaciones impuestas por el Estado. El momento es supremo; mañana tal vez será tarde. Pensad y elegid.

En un folleto de ese mismo año, *¿Los anarquistas, los socialistas y los comunistas son demócratas?*, volverá a exponer clara y rotundamente su visión sobre el panorama que atraviesa el Partido Demócrata y la conveniencia de fundar dos banderías distintas. Los acontecimientos que se registrarán durante el Sexenio y la Restauración, cuando las disputas internas dividan en hasta cuatro tendencias al republicanismo español, dotan a este escrito de un carácter profético.

Tresserra comienza su folleto relatando un episodio de la Revolución Francesa. Al pie de las Tullerías, Grangeneuve y Chabot “conversaban sobre los males de la patria y los medios de salvarla”; la situación es crítica, la aristocracia está reorganizando sus fuerzas y recupera terreno, Robespierre y Danton parecen indecisos y no actúan. Los dos diputados citados temen el final de la revolución y meditan cómo poner en alerta al pueblo sobre el delicado momento. Grangeneuve, al fin, halla una solución que propone a su amigo: “Si mañana apareciese el cadáver de un representante del pueblo francés cruelmente asesinado al pie mismo de las verjas de las Tullerías, ¿crees tú que el pueblo entero no atribuiría...?”. Tresserra añade luego que “[p]ocos minutos después todo se hallaba reducido a que Grangeneuve quería la gloria de ser la víctima y Chabot también” (p. VII). Dice nuestro autor que siempre leyó este episodio con lágrimas en los ojos, y confiesa no estar seguro de si dicha actuación encierra un bien o un mal, sino solo “un gran desprecio de la vida por un gran amor a la libertad” (*ibíd.*). A continuación, expone lo que a su entender significa para él esta lección de abnegación y fidelidad al propio ideario: “Más que la vida vale para el hombre político la fijeza de sus principios y yo así lo declaro, por lo menos a lo que a mí hace. Mi religión, mis esperanzas, mi felicidad, todo cuanto más amo, para mí y para mis hijos se resume en esta palabra: Democracia” (p. VIII). Por ello, afirma que está dispuesto a asumir el “suicidio político” como los dos diputados franceses:

Yo he concertado conmigo mismo, *para obligar al Partido Demócrata a reformarse*, ofrecerme de blanco de los tiros de mis propios correligionarios. Amo más la gloria de llamarme, ser, y ser tenido por demócrata que mi vida;

pero mi conciencia está segura de reportar un beneficio a la causa de la democracia y no temo arrostrarlo todo...

Si Chabot está dispuesto, Grangeneuve aguarda con toda la sangre fría que es capaz un hombre de principios fijos (*ibíd.*).

Esta última referencia podría estar dirigida a algún compañero individualista prominente que bien podría ser Orense o Castelar. Parece que Tresserra les está incitando a dar el paso adelante para formar un nuevo partido. El hecho de que aluda a ello como “suicidio político” y de que se ofrezca como “el blanco de los tiros de mis propios correligionarios” pone de manifiesto la existencia de fuertes rivalidades y tensiones internas. En los capítulos siguientes del folleto, Tresserra entra a analizar con detalle los puntos insalvables de fricción. Escribe:

Preciso es confesarlo: esa vasta agrupación de hombres conocida en España con la denominación de PARTIDO DEMÓCRATA así en el orden ideológico, como en el de sus aspiraciones prácticas, se halla profunda y radicalmente dividida. Desde su nombre, que no significa lo que en él todos invocan, y lo que todos invocan que cada uno entiende a su manera; todo es confusión, divergencias, oscuridad. ¿No es hora todavía de que la democracia se entienda? ¿No es ya tiempo que sepamos quiénes somos, cuántos somos, de dónde venimos, dónde estamos y a dónde vamos? (p. 11).

Tresserra declara el cansancio que le produce escuchar a sus propios correligionarios decir que la democracia se realizará por sí sola en toda Europa, coincidiendo en este caso con las críticas lanzadas por Garrido a Castelar. Cita a sus oponentes políticos, los conservadores, cuando dicen: “¡Cuidado... la democracia avanza!”, y usa irónicamente su temor para dirigirlo contra la desunión y confusión que observa en su grupo: “Si es cierto lo primero, plegue al cielo no lo sea lo segundo; es decir, si la democracia es el caos, guárdenos Dios de que la democracia avance” (p. 10). Dice ser consciente del escándalo que sus palabras pueden causar entre sus camaradas, y de que se está exponiendo a que le tachen de renegado. Sin embargo, desvela que un número considerable de miembros del partido al oído le confiesan que están de acuerdo con él. Esto es, Tresserra observa cómo muchos medran y buscan no enemistarse con nadie. Otros le reprochan que está ayudando a sus enemigos, mostrando las flaquezas del partido a la luz pública. Dice que este razonamiento

le parece ilógico pues resulta tan absurdo como ocultar una enfermedad en vez de buscar su remedio.

El principal punto de divergencias lo resume así: “Observo que la democracia proclama como el primero de sus dogmas la autonomía individual y, sin embargo, veo que se llaman demócratas los que proclaman la soberanía popular; como si esa soberanía no pudiese convertirse en el poder más tiránico de todos, el de muchos contra uno” (p. 11). Para él, distinguir entre individualistas y socialistas es un absurdo, ya que solo debería haber demócratas, de lo contrario, escribe Tresserra, la democracia aparece como “caja de todas las antinomias” (*ibíd.*). Cree que la causa primera de los males del partido es el equívoco generado en torno al mismo significado de la palabra democracia. Así, señala que etimológicamente significa el gobierno del pueblo por el pueblo, pero “[n]ada más vacío de sentido común; nada que determine menos una idea política, una noción de gobierno, una forma de derecho público: no prejuzga nada; reconoce el hecho de que emane del pueblo, y esto le basta para revestirlo de todos los atributos de la justicia” (p. 12). Para Tresserra la democracia es la libertad absoluta, y las trabas que imponen a esta las escuelas socialistas y comunistas, amparándose en doctrinas igualitarias y propugnando la intervención del Estado, suponen un quebranto fundamental que la desbarata y que conducen irremisiblemente a la tiranía. El núcleo del folleto es pues la demostración de la incompatibilidad entre el credo democrático y las escuelas anarquistas, socialistas y comunistas; asunto del que nos ocuparemos con profundidad más adelante.

A continuación, hace un repaso a varios artículos aparecidos en los distintos periódicos demócratas para ilustrar la confusión ideológica que reina en el partido. Se detiene a analizar algunos de Garrido publicados en *La Discusión* entre 1860 y 1861 para confrontarlos luego con otros de las mismas fechas de José María Orense en *La Razón*. Llama la atención sobre una serie de incongruencias doctrinales que se derivan de ambos, y que acaban por vaciar de contenido la “Declaración de los treinta”, a la que tilda de “incongruente e ineficaz” (p. 73). Con tono conciliador reconoce la gran labor desarrollada por el periódico socialista de Pi y Margall a favor de la democracia, y disculpa sus “incoherencias” por la dificultad que entraña la labor diaria de confeccionar un periódico. En cambio, se muestra mucho más duro con *El Pueblo* de Bernardo García, político muy controvertido como veremos, en quien observa grandes imposturas. Escribe: “su redactor en principio siendo socialista clara y terminantemente, luego clara y terminantemente dijo que no lo era” (p. 69). Tras analizar con detalle distintos artículos de García escribe Tresserra: “¿Pueden verse mayores contradicciones? No lo creo. ¿Admite o no *El Pueblo* todas las

libertades en absoluto?” (*ibíd.*). Nuestro escritor trata de evidenciar lo dañino que puede ser a la larga el pacto alcanzado por la “Declaración de los treinta”; y sobre todo quiere denunciar la existencia dentro del Partido de individuos más interesados en armar una agrupación con posibilidades de alcanzar el poder que de defender un ideario coherente: “¿Quién no ve en la mano que lo redactó una habilidad extraordinaria? ¿Hay en ella alguna contradicción con los principios fundamentales de la democracia ni con ninguno de los principios prácticos que de ellos derivan? NO. Y sin embargo hay contradicción entre los firmantes” (p. 72).

Tresserra escribe también su folleto para desmentir ciertas acusaciones de las que había sido objeto por parte de los conservadores. En un artículo suyo, probablemente aparecido en *La Razón*, había acuñado una frase que parece que hizo fortuna en la prensa: “La democracia es al socialismo lo que la gallina al huevo”. El ministro de Gobernación del gabinete de Narváez, José Posada Herrera, la usó en un debate del Congreso como argumento contra la democracia y para atacar a José María Orense. Tresserra protesta ante la descontextualización de la que ha sido objeto su enunciado, y se justifica:

Yo dije entonces y repito ahora que si “por socialismo se entiende la libre asociación para todos los fines de la vida, en la esfera particular, el socialismo es a la democracia lo que el huevo es a la gallina”, pero que si se entiende por socialismo la realización por el Estado, en parte o en todo, de cualquiera de las teorías societarias inventadas por Cabet, Fourier, Saint-Simon, Owen u otros; cualquiera de las ideas sobre el trabajo o la propiedad como las de Proudhon, Luis Blanch, Bebeff, Morely, etc.; cualquiera de las filosofías como las de Pierre Lerú, Considerant, Mably, Condorcet, Rousseau; añado ahora que en este caso, el socialismo es a la democracia lo que la enfermedad es a la salud, lo que la muerte es a la vida... donde principia lo uno termina lo otro (p. 74).

Seguramente este folleto le valdría a Tresserra la enemistad de gran parte del partido. Circunstancia de la que es consciente, pero dice que “le repugnan aquellos que quieren estar a bien con todos” (*ibíd.*). Como comprobaremos, las siguientes novelas que irá escribiendo en los años inmediatos tendrán como uno de los temas principales la hipocresía. Nuestro escritor la señalará en la actitud de burgueses, clérigos, aristócratas y también en políticos de todas las tendencias. En algunos personajes novelescos tresserrianos es seguro que a sus contemporáneos no les resultaría difícil ver el retrato en clave de figuras relevantes.

Como es sabido, prevaleció la postura de aquellos que, a pesar de las diferencias, prefirieron conservar la unidad del partido. Tresserra quedaría por lo tanto en evidencia respecto hacia sus compañeros socialistas, a quienes dedicaba duras palabras:

Si los socialistas, sin embargo de lo dicho, no lo consideran así, o se engañan, en cuyo caso declaro que su error es una grave necedad, o nos engañan, en cuyo caso me abstengo de calificarles. Mas yo no tengo ningún derecho a creer lo segundo y sí lo primero. Y ¿por qué? Porque conozco muy personalmente a los socialistas españoles, porque oigo todos los días hacer una apreciación diversa del verdadero sentido de la indicada declaración, y finalmente porque la índole de su propaganda no ha variado en un ápice después de haberla suscrito (ACS: 72).

No obstante estas críticas, mantuvo estrechas relaciones de amistad con militantes socialistas como Garrido o Pi y Margall³⁵. En este sentido, el catalán parece haberse distinguido por llevar las diferencias al estricto terreno de las ideas, salvaguardando sus escritos de las alusiones personales. Así inclina a pensar el hecho de que lleve a cabo proyectos editoriales con progresistas como Víctor Balaguer o con socialistas como Fernando Garrido. Caso paradigmático de ello será su estrecha colaboración con este último; ya que entre 1859 y 1861 ambos redactaron conjuntamente dos obras, que publicaría en Barcelona Salvador Manero, bajo el seudónimo de Evaristo Ventosa: *Españoles y marroquíes* y *La regeneración de España*.

Pero quien probablemente no perdonó a Tresserra sus comentarios fue Bernardo García, director primero de *El Pueblo*, diario al que como hemos visto atacó agriamente Tresserra, y más tarde de *La Discusión*, *La Igualdad* y *La Democracia*. Así hace pensar el hecho de que cuando nuestro escritor muera en 1880, este último periódico sea el único de entre los identificados con los antiguos republicanos que ni siquiera dedique unas líneas a la memoria de su correligionario. Son abundantes las referencias que se hallan en escritos del periodo sobre Bernardo García en las que este aparece retratado como un político taimado y ambicioso. Aunque se trate de una cita algo extensa, reproducimos a continuación un fragmento de un curioso informe de un policía secreto al servicio del Gobierno isabelino; el

³⁵ Años más tarde, cuando Tresserra parta a Francia con el ejército garibaldino, en una carta que enviará a la *Igualdad* el 16 de noviembre de 1870 dedicará “especiales saludos a Pi, Casaldueiro, Paul y Angulo y Figueras”, es decir, todos ellos políticos de distintas facciones dentro del republicanismo.

hecho de que su redacción esté destinada a un fin estrictamente policial, y no a su publicación, a nuestro entender le confiere credibilidad:

D. Bernardo García, últimamente director del periódico *La Discusión*, está casado con la viuda de Sixto Cámara; y así como este hizo que su mujer envenenase al primer marido para casarse con ella, así también parece que García denunció a Cámara cuando intentaba huir de Badajoz para casarse con esta mujer si aquel moría. Como así se verificó.

Son muchos los demócratas que odian a García, que por otra parte ha sostenido *La Discusión* viviendo opulentamente, merced al dinero de los hijos del primer marido de su mujer. Bernardo García es ambicioso, cobarde y carece de talento, pero unido como estaba a Sixto Cámara hizo que se le conociese y se le juzgue como persona útil para alguna cosa.

Sirve, sin embargo, para algo, aunque para nada decente; sirve para calumniar, para desacreditar a sus correligionarios, para mentir, para rebajar la importancia de los demás; y esto se explica, porque a pesar de su escaso talento comprende que el único medio de crecer en importancia es achicar la talla de los demás. No tiene simpatías con nadie, y si alguno de los que le rodean aparenta quererle, es solo por interés personal; por la esperanza de algún provecho de su desahogada fortuna (*apud* Clara Lida, 1973: 137).

Flores García, quien estuvo a las órdenes de Bernardo García primero en *La Igualdad* y más tarde en *La Discusión*, relata varias anécdotas en sus memorias que se corresponden a la perfección con este perfil. Por ejemplo, revela que tras el golpe de Estado del general Pavía que acabaría con el Sexenio Democrático, hizo presión a los redactores de *La Discusión* para que apoyasen la República de Serrano, con el fin de que él fuese mantenido en su cargo de Embajador de España en Portugal y llevar a cabo la Unidad Ibérica (1913: 218).

Destacamos este aspecto porque al estudiar la vida interna del Partido Demócrata resulta muy complejo desentrañar cuáles eran los caminos que encontraban los militantes republicanos para alzarse a los puestos más representativos de la agrupación. Las enemistades con ciertos individuos podían acarrear consecuencias. La desigual trayectoria de Tresserra, que como veremos parece columpiarse entre la notoriedad y el ostracismo, es

muy posible que pudiese ser explicada si conociésemos con exactitud las relaciones personales que nuestro catalán mantuvo con determinados miembros.

Durante el siglo XIX en España se dio predominantemente un tipo de partido político de corte personalista que se ahormaba en torno a un líder carismático. Son agrupaciones que, como explica Carlos Dardé, “descansan sobre la base del comité. A través del cual se integran en su estructura no la masa, sino unos cuantos notables a los que se pretende llegar” (1974: 461). Pero en este sentido el Partido Republicano presenta algunas peculiaridades; en primer lugar, su origen como amalgama de distintas corrientes significó de partida la existencia de distintas personalidades, cada uno de las cuales contaba con su camarilla de adeptos. A ello habría que sumar la vocación regionalista, es decir, anticentralista, con la que nació la organización democrática; lo que en la práctica supuso la existencia de delegaciones provinciales que actuaban al margen de las directrices del Directorio madrileño³⁶.

Ejemplo de esta confusión la hallamos en la lista, aparecida en *La Igualdad* el 14 de noviembre de 1868, de los treinta miembros del Partido Republicano más votados para formar el Comité central de Madrid; y que nos ofrece un fiable baremo sobre la popularidad de la que gozaba cada político al inicio del Sexenio. El más votado es José María Orense, quien, sin embargo, desarrollará un papel marginal en su partido cuando este llegue al poder. Segundo es Castelar seguido de Figueras, Pierrard y Francisco García López; quienes en mayor o menor medida sí ocuparán puestos de máxima importancia. Pero Pi y Margall, que será el republicano más significado durante la etapa de mando del partido, tan solo aparece en el undécimo lugar. Tresserra ocupa el puesto vigésimo tercero por delante de correligionarios como Eduardo Chao, que ejercerá de ministro de Fomento durante la presidencia de Figueras. No cabe duda de que la tribuna de los oradores, las páginas de la prensa y la publicación de folletos, esto es, las sedes de la propaganda republicana, eran el mejor escaparate para darse a conocer dentro del movimiento. Pero también es cierto que políticos como Garrido, Orense o Tresserra, caracterizados por la claridad, rotundidad y

³⁶ No existen estudios específicos dedicados a indagar este aspecto de la vida política del Partido Republicano durante el Sexenio. Lo más aproximado son los estudios de Gregorio de la Fuente en torno a las élites dirigentes de la Revolución del 68. Dice este, incluyendo a los altos miembros del Partido Republicano Federal, que los revolucionarios se reparten el poder jerárquicamente siguiendo no solo criterios políticos (ideología, amistades, banderías, etc.), sino también criterios sociales (estudios, profesión, riqueza, derechos políticos, capital simbólico, edad, experiencia política, etc.); lo cual implica que las élites de 1868 eran en mayor o en menor medida interclasistas, pero puntualiza que “los propios miembros de las élites revolucionarias no se percibían como iguales y establecían entre ellos relaciones jerárquicas propias de las estructuras de poder de base clientelar” (2000: 232).

firmeza a la hora de exponer sus ideas, conforme el Partido Demócrata vaya acercándose al poder, parece que sufrirán una progresiva pérdida de influencia y serán desplazados a posiciones subalternas. Serán otros como Castelar o Pi y Margall, más habilidosos a la hora de conciliar tendencias, quienes acaben por tomar las riendas de la agrupación. Advenedizos y republicanos de última hora lograrán hacerse con cargos relevantes, al igual que subirán como la espuma, seguramente gracias a los contactos adecuados, otros políticos poco significados en los años de lucha clandestina y arriesgada.

Por otro lado, complemento fundamental de la carrera política de Tresserra será su labor como publicista de la democracia, que como decíamos llevará a cabo sobre todo a través de la prensa y la literatura. La década de 1860 será la de su consagración como escritor republicano. No obstante, su celebridad en los círculos heterodoxos le vendrá a raíz de la publicación del *Cuadro sinóptico del derecho democrático* (1857). Rodríguez Solís, en la reseña biográfica citada, comenta la difusión que alcanzó este escrito:

Miles y miles se vendieron de esta hoja que muchos consideraron como el Evangelio del pueblo, y no había casino ni sociedad obrera de Cataluña que no lo poseyera manteniéndole oculto para los desconocidos, pero descubierto y estudiado y aprendido de memoria por todos los hijos del pueblo, por todos los demócratas (1893: 493).

Garrido informa de que “fue denunciada y recogida de Real Orden, a instancia del obispo de Barcelona, después del término legal que marcaba la ley, pero que a pesar de esto se vendía subrepticamente” (1869: 386). *La Iberia* ofrece la noticia del secuestro de este escrito del catalán el 18 de octubre de 1859. Aunque desgraciadamente no se conservan ejemplares de esta obra, podemos hacernos una idea de su naturaleza gracias a la descripción que hace Tresserra en la contraportada de su catecismo de 1870 de otra obra suya similar: *Tabla democrática*. Escribe nuestro autor:

Consiste en una gran lámina de papel brístol y en un rico grabado alegórico, conteniendo la explicación clara y minuciosa de los derechos y libertades del hombre, con relación a sus deberes, además de una delicado mapa representando la Federación de España y Portugal por Estados independientes.

Véndese a cuatro reales en las principales librerías de España, y en casa del autor (CFRD)³⁷.

En esencia, este “cuadro” seguía la estela de los catecismos, en los que Tresserra también se prodigaría. Dicho formato era utilizado por todas las facciones ideológicas. En España había desempeñado una labor pedagógica de primer orden desde las Cortes de Cádiz, ya que los catecismos facilitaban el acercamiento de ideas y programas políticos a capas de la población que, por distintas circunstancias, no podían acceder a otras lecturas (Sánchez Hita, 2003: 543). Los cuadros sinópticos de Tresserra van un paso más allá, pues el hecho de compendiar todo el contenido en una sola hoja abarcable en una misma visión, lo convertía en lecturas aún más asequibles. Asimismo, el acompañamiento de ilustraciones y grabados, junto a la baratura que resalta el autor, denotan la vocación didáctica y popular de estos escritos tresserrianos.

Probablemente fue la fama que adquirió a raíz de estas publicaciones uno de los acicates que encontró para retomar con más fuerza que nunca su proyecto inicial de ser un novelista al servicio de la causa democrática. Desde la publicación de la *Marquesa de Bella-Cruz* de 1851, hasta *Francisco de Paula Coello* de 1859, no encontramos ninguna obra suya de carácter literario. Durante los cincuenta, parece haber dedicado toda su energía a la actividad periodística y política, además de que sus distintas estancias en cárceles, las deportaciones, la vida clandestina y los viajes, le impedirían disponer de las condiciones apropiadas para la escritura. Sin embargo, no debe descartarse que durante estos años cultivase también algún tipo de género literario, y que fuesen las desfavorables condiciones de distribución derivadas de la activa censura imperante las que hayan impedido la supervivencia de sus obras.

A partir de 1860, como vimos, cambia la situación: el movimiento republicano vuelca sus esfuerzos en la labor propagandística, tendencia que se ve facilitada por el hecho de que los demócratas han conquistado un espacio en la opinión pública que las autoridades ya no están en disposición de eliminar en bloque.

La trayectoria de Tresserra se corresponde con esta efervescencia editorial. Entre 1859 y 1867 saldrá a la luz la mayor parte de su obra ensayística y literaria. Con *Los misterios del Saladero* de 1860, nuestro autor inaugura un subgénero narrativo, el de la novela filosófico-social, que generará una corriente de textos de orientación política que será emulada por sus

³⁷ En adelante el *Catecismo de la Federación Republicana Democrática* (1870) lo citaremos como CFRD.

correligionarios. La característica principal de este modelo será la de convertir la literatura en una plataforma eminentemente propagandística. Para ello, Tresserra mezclará distintos géneros y contenidos dirigidos a tres objetivos principales: denunciar las fallas e injusticias de la sociedad española, difundir el credo democrático y proveer de un medio de aprendizaje y conocimiento intelectual a todos los lectores.

Por consiguiente, Tresserra usa *Los misterios del Saladero* para difundir entre el público español su óptica individualista de la democracia. Gran parte de esta novela “filosófico-social” está precisamente destinada a combatir la doctrina de los socialistas y su incompatibilidad con la piedra angular de la democracia: la libertad. Owen, Cabet, Fourier, Luis Blanch, Proudhon, escribe Tresserra, incurren en el error capital que consiste “en sacrificar la libertad a la igualdad, la personalidad humana a la solidaridad” (MS: 903). Encontramos una refutación pormenorizada de cada uno de los sistemas socialistas; y concluye:

La utopía, el socialismo y en una palabra el comunismo, siempre han sido un obstáculo al progreso y se han opuesto a la marcha de la civilización. La Humanidad ha adelantado a pesar de la utopía y ha obtenido sus progresos con la extensión sucesiva de la propiedad, la libertad, la igualdad ante la ley, con el perfeccionamiento y depuración del matrimonio y de la familia, con la influencia de las ciencias, las letras y las artes (p. 908).

Gracias al rastro que nos ofrecen estas publicaciones podemos hacernos una idea aproximada de sus movimientos a lo largo del periodo. En 1862, sus viajes a Barcelona debieron ser frecuentes como demuestra su colaboración con un editor de esta ciudad, Salvador Manero, quien publicará dos obras de nuestro autor. La primera de ellas fue *El libro del obrero* (1862)³⁸, conjunto de artículos, poesías y cuentos, tanto en catalán como español, elaborado por las principales personalidades literarias y periodísticas de Cataluña. El objeto de este proyecto editorial era el de confeccionar un libro dedicado a los obreros miembros de las sociedades corales de Euterpe dirigidas por Anselmo Clavé; regalar un ejemplar a cada uno de ellos, y posteriormente comercializarlo con el fin de donar sus beneficios a la asociación musical. La idea y la coordinación de los autores corrió a cargo de Tresserra como declara él mismo en el prólogo de la obra. Salvador Manero subvencionó la

³⁸ En adelante LO.

iniciativa, imprimiendo y distribuyendo el libro gratuitamente. En *El libro del obrero* encontramos la firma de progresistas como Víctor Balaguer o Mañé y Flaquer, republicanos como Manuel Angelón o Antonio Altadill, y tradicionalistas católicos como A. Blanch. Tresserra, en la introducción, que dirige y dedica a Clavé, ensalza el hecho de que el libro sea fruto de una contribución desinteresada de gente adscrita a muy distintas ideologías; dice:

Tiene un valor inestimable. Prueba, primero, que tratándose de coronar el mérito no hay oídos sordos entre nuestros hombres de letras; segundo, que es tal el interés a favor de nuestras clases obreras, que ante él no hay partidos, no hay divergencias de opiniones entre nuestros publicistas; y, tercero, que todos cierran los ojos al hacer el bien, y lo hacen sin mirar por qué conducto (p. 6).

Cada texto responde a diferentes perspectivas sobre cómo auxiliar, educar y moralizar a la clase obrera, de modo que del conjunto de propuestas que contiene el libro resulta un reflejo del heterogéneo arco ideológico de la España de aquellos días. El de Tresserra, titulado “Algunas consideraciones sobre la familia proletaria”, invita a reflexionar a los trabajadores sobre la responsabilidad de traer hijos al mundo, recomienda por lo tanto el ahorro y una concienzuda planificación dirigida a procurar a sus vástagos una vida digna. En el artículo asoman las teorías por entonces en boga de Malthus sobre la escasez de los recursos. Nuestro autor volverá a reproducir íntegramente este texto en su novela del mismo año: *La judía errante* (pp. 329 a 337). Obra que como estudiaremos más adelante fue denunciada y prohibida por las autoridades eclesiásticas de Barcelona, y posteriormente incluida en el *Índice* de libros prohibidos del Vaticano, “honor” que solo compartió durante este siglo otra novela española, *María la hija de una jornalero* (1847) del también republicano Wenceslao Ayguals de Izco. Circunstancia esta que sin duda contribuiría a relanzar el nombre de Tresserra entre el lectorado español. Nuestro catalán, en la publicación de la misma novela que habría de salir luego, ya mutilada por la censura, en una nota al final del volumen se defenderá de las acusaciones de haber propagado teorías sediciosas, que fue el motivo esgrimido por las autoridades para secuestrar su obra. Asimismo, añade que la parte filosófico-social que pensaba incluir en el segundo tomo se la reserva para otro lugar que el lector sabrá encontrar; apelación que pone de relieve la existencia de un circuito clandestino de publicaciones. A modo de desafío encubierto apostilla: “Nuestra pluma, puesta al servicio de la civilización santa de los pueblos, siempre

estará dispuesta a trabajar en bien de la humanidad; siempre en favor del oprimido; siempre procurando la extinción de los hombres máquinas y el aumento de los hombres instruidos e independientes” (p. 665). En *La judía errante*, Tresserra insiste en su crítica a las facciones socialistas del partido, pero sobre todo se afana en presentar la cara amable de la actividad de las sociedades secretas republicanas; de modo que hace depender su existencia de la injusta legislación isabelina sobre el derecho de asociación.

En los tres años siguientes, nuestro autor publicará otras tres novelas: *El poder negro. Novela filosófico-social* (1863), *Los hipócritas. Novela filosófico-social* (1864)³⁹ y *La mujer ajena. Novela de costumbres* (1864); todas ellas en las prensas barcelonesas de Salvador Manero. Como decíamos, estas actividades editoriales de Tresserra, y el hecho de que haya constancia de su colaboración en varias publicaciones catalanas de esta época, como *El Metrónomo*, dirigido por Anselmo Clavé (Torrent, T.I: 91), o la revista científica *Bertoldo* (*El Lloyd Español*: 3-V-1866), nos sugieren que durante la década de los sesenta su presencia en Barcelona se produjo de manera intermitente. No obstante, sus contactos con el núcleo de republicanos de su ciudad natal parecen haberse limitado al terreno editorial. En este sentido su trayectoria resulta similar a la de otros escritores como Roberto Robert, Figueras o Pi y Margall, también catalanes, que establecieron su residencia y lugar de militancia republicana en Madrid⁴⁰.

En el prefacio de uno de sus folletos, *¿Hay Dios? Estudio crítico-filosófico de la cuestión de las cuestiones* (1871)⁴¹, dice Tresserra: “he corrido muchas tierras, he sufrido muchas vicisitudes...” (p. II). Como venimos explicando, la ausencia de unas memorias que den noticia de sus pasos impide que podamos fijarlos con precisión, en especial durante esta época. La única información al respecto con la que contamos nos la proporcionan las poco certeras referencias que hallamos en sus novelas. Y estas, más citas como la anterior, inclinan a pensar que durante los años previos a la revolución del 68 Tresserra no se limitó a trasladarse entre Barcelona y Madrid, sino que emprendió distintos viajes al extranjero. La exigencia de realismo y verosimilitud que anida en la poética del catalán le obligaban a tener un conocimiento personal de los personajes y ambientes que recrea en sus novelas. Es por ello que estas suelen tener como escenarios lugares conocidos personalmente por el autor.

³⁹ En adelante LH.

⁴⁰ Tresserra parece seguir una tendencia generalizada en ciertos sectores del republicanismo catalán. Pere Gabriel dice que a partir de 1856 un nutrido grupo de activistas catalanes, que en el futuro ocuparán los puestos de mando del Partido Republicano Federal, se instalan en Madrid, aunque continuaron manteniendo relaciones con Barcelona. Siguieron así la estela de una primera hornada se se había radicado en la capital desde 1847 capitaneada por Figueras, Pi y Margall o Antonio Ribot y Fontseré (1994: 342).

⁴¹ En adelante HD.

Su primera novela transcurre en tierras catalanas; la segunda fundamentalmente en Madrid y en el presidio madrileño que le da título, el Saladero; *La judía errante*, en cambio, comienza en Granada, su primer lugar de deportación, de ahí pasa a relatar la formación italiana del personaje de Arturo con Mazzini, para narrar luego las incidencias de la organización secreta en Madrid. Es decir, el catalán parece trasladar a las novelas su propio recorrido vital. *El poder negro* de 1863 sitúa la acción casi en exclusiva en la capital de España, aunque algunos personajes con resonancias autobiográficas hacen incursiones a Inglaterra. Las dos siguientes, *Los hipócritas* de 1864 y *La mujer ajena* de 1865, vuelven a tener como escenario Madrid; aunque la primera de ellas comienza situando la trama “en pueblo francés a orillas del Ródano” (p. 9). En Francia también transcurre *Vicente de Paul o el amor por caridad de Dios* de 1867, si bien las especiales condiciones en las que fue redactada, en la clandestinidad, y su carácter de novela histórica, al menos en apariencia, impedían que se repitiese la frecuencia.

Algunas menciones a lugares y acontecimientos extranjeros y el haz de personajes internacionales que pueblan sus obras también inducen a creer que salió con frecuencia de las fronteras españolas. Hipótesis que vienen a reforzar las profusas comparaciones que hallamos entre el estado político y social de España y el de otros países europeos, que, como veremos, denotan a menudo un conocimiento directo de estos aspectos. La vena viajera de Tresserra parece corresponderse con su carácter independiente: no se decide a establecerse en ningún lugar, no forma camarillas regionales, como harán muchos federalistas catalanes, y abomina de las componendas partidistas. Su trayectoria posterior durante el Sexenio Revolucionario y la Restauración también refuerza esta impresión, ya que como comprobaremos se trasladará de residencia en varias ocasiones.

Respecto al panorama del Partido Demócrata, cabe apuntar que las disputas internas siguieron corroyendo la unidad de la agrupación, lo cual se manifestaba en el cruce de diatribas entre individualistas y socialistas a través de sus órganos editoriales. La caída del poder de la Unión Liberal en 1863, debido a su fracaso en el intento de crear una vía intermedia entre moderados y progresistas, condujo de nuevo al gobierno a los sectores más reaccionarios. Representados, primero, por Miraflores, desde marzo del 63 hasta septiembre del 64, y luego por Narváez. La salida de O'Donnell dio lugar a una división entre los demócratas. De un lado, notables del partido como Rivero, encabezando a los *pactistas*, sostenían la oportunidad de armar un frente común de republicanos y progresistas contra los moderados. Por el otro, se colocarán aquellos conocidos como los *intransigentes*, y que se niegan a colaborar con ninguna de las otras fuerzas políticas, e incluso postulan la vuelta a la

clandestinidad ante las medidas de represión a las libertades que adopta el Gobierno. Finalmente, las tesis de los primeros acabarán por imponerse como línea oficial de acción del Partido. No obstante, los socialistas, identificados con la opción tendente al retraimiento, no acatarán sus directrices y seguirán actuando por su cuenta a través de distintas sociedades secretas. Esto es, de nuevo se pone de manifiesto la ausencia de un liderazgo y políticas comunes que acusa la democracia española. Como dice Eiras Roel, muchos están de acuerdo en afirmar que de la alianza con los progresistas de finales de 1863 salió la Revolución del 68, y aunque repugnó a muchos demócratas este fue el primer paso para la posterior expulsión de Isabel II (1967: 282). El proceso de acercamiento culminará en marzo de 1865 cuando los republicanos sellen públicamente con el general Prim un pacto de colaboración y oposición común contra el régimen monárquico de los Borbones.

La opinión de Tresserra respecto a las nuevas polémicas la podemos entresacar de sus novelas del periodo. En *Los hipócritas* reafirma su fe en los postulados individualistas, y ataca a los miembros de su partido que fluctúan a la hora de definir su credo:

¿Acaso los principios no son antes que todo? Mas los que tales preguntas dicen no tienen fe en su idea. Hay en el fondo de la sociedad una clase inmensa que a imagen del redentor cristiano, parece destinada a apurar la copa de todos los sufrimientos de los hombres. Esta desgraciada clase ha servido de instrumento a todos los partidos, de ninguno ha recibido palabra de consuelo. El primero que derrame una gota de bálsamo en su herida la tendrá para siempre al pie de su bandera. ¿La democracia no lleva en sí este bálsamo? Tan social como política, ¿no se propone destruir el proletariado, última forma de esclavitud antigua? Enaltecedora de la dignidad del hombre como la filosofía que le dio la vida, ¿no ha de levantar a todo ser caído, y hacer de igual condición y poner en iguales condiciones a todos nuestros semejantes? Apoyado el Partido Demócrata de esta clase numerosa, corrompida también, pero solo por la ignorancia y la miseria, sostenido por la ciencia, armado de la razón y la justicia, ni aún ahora sería realmente débil, ni aún ahora tendría tal vez que sucumbir en la lucha interior de los partidos. Bastaría para sostenerse, que, fiel a su principio, tuviera suficiente serenidad para cruzarse de brazos ante los resultados más o menos alarmantes del ejercicio de nuestras libertades, la suficiente energía para tirar su espada allí donde se menoscabase en lo mas mínimo la libertad de un individuo. La alarma

podría proceder unas veces del uso de la libertad misma, otras de su violación flagrante (p. 453).

Tresserra, como vemos, cree firmemente en que el establecimiento y garantía de las libertades individuales es el único camino que existe para asegurar la igualdad social y para remediar las condiciones de miseria en las que vive el pueblo. Expresa su recelo y desconfianza respecto a las convicciones de sus propios correligionarios y, una vez más, parece reclamar la inflexibilidad y coherencia ideológicas. Todo ello inclina a pensar que se mostrase reacio a pactar con los progresistas. Tresserra, aún siendo incondicional de las teorías individualistas, comúnmente relacionadas con el pactismo, se caracterizará siempre por su rechazo a cualquier componenda con los no demócratas. Durante el Sexenio, cuando se plantee de nuevo la disyuntiva entre el retraimiento y la colaboración con los monárquicos, nuestro escritor se situará firmemente del lado de las posturas intransigentes.

Asimismo, parece descartar la oportunidad de recurrir a la violencia para alcanzar sus fines políticos:

No necesitamos hoy del terror para ser fuertes; el derecho y solo el derecho es nuestra arma de defensa y de combate. Rechazamos el terror, no solo por lo injusto, sino por lo ineficaz e inútil. ¡Quiera Dios que lo rechacen con nosotros todos los partidos! ¡Quiera Dios que ninguno se deje llevar por las reminiscencias del 93! Lección tremenda para los mismos terroristas, como habéis visto, señor conde; pero hoy ya hemos aprendido toda la enseñanza que contenía (LH: 463).

Hasta 1866, cuando tendrá lugar el primer levantamiento revolucionario de importancia contra el régimen isabelino, el hecho más destacado en las filas del partido será la destitución de Castelar de su cátedra de Historia en la Universidad Central de Madrid, que vendrá directamente ordenada por Narváez a raíz de la publicación de un artículo del gaditano: “El rasgo”⁴². La medida desencadenó una ola de protestas estudiantiles en las

⁴² En “El rasgo”, Castelar dejó en evidencia a la monarquía isabelina al desmontar con argumentos jurídicos irrefutables que el patrimonio de la Corona pertenecía a la nación española; por lo que sus gestos de cesión de una parte de sus bienes reservándose un tanto por ciento, usado por los moderados como propaganda de la magnanimidad de la reina, encubría en realidad un robo al Estado. El artículo, aparecido el 21 de febrero de 1865 en *La Democracia*, periódico dirigido por el propio Castelar, decía así: “No podemos comprender cómo se dice en este momento que la Reina cede generosamente al país su propio patrimonio. No. El Patrimonio

calles de Madrid durante la noche del 10 de abril de 1865 a las que el Gobierno contestó con una brutal represión que causó numerosas víctimas. Morayta describe así el trágico desenlace de la que se conocería como “la noche de San Daniel”:

Seiscientos o setecientos infantes y dos escuadrones de la civil, comenzaron a hacer descargas y a acuchillar a todos cuantos veían en la Puerta del Sol y calles de la Montera, Carretas, Alcalá, Carrera de San Jerónimo y todas las del centro de Madrid. Animados a cada momento por Narváez, González Bravo y Gutiérrez de la Vega, iban ciegos de furor atropellando e hiriendo y matando como en una cacería salvaje a cuantos encontraban; sin respetar niños, ni mujeres, ni ancianos, llegando su barbarie a disparar contra los vecinos pacíficos que desde los balcones de sus casas contemplaban tan lamentable escena (1896: 389).

La mayor parte de los compañeros docentes de Castelar abandonaron sus puestos universitarios en señal de solidaridad con este y como protesta contra la medida del Gobierno, que suponía una injerencia y merma de su libertad de cátedra. Se desencadena así la primera “cuestión universitaria”. El escándalo público alcanzó tales dimensiones que Isabel II se vio precisada a deponer a Narváez, que fue sustituido de nuevo por el líder de la Unión Liberal Leopoldo O'Donnell, cuya primera acción al frente del Gobierno fue la de restablecer a Castelar en su puesto⁴³.

Sucesos como el de “la noche de San Daniel”, sumados a la campaña propagandística que emprenderán los demócratas contra el *Syllabus* de Pío XI⁴⁴, contribuyeron a aumentar la popularidad del nuevo partido en España, captando las simpatías de gran parte de la juventud de las clases medias. En este contexto, la asamblea de los demócratas supuso a su vez un nuevo acercamiento entre los sectores socialistas e individualistas, de manera que parece que vuelve a reinar entre ellos un clima de unidad. Como dice Eiras Roel: “la inminencia de la revolución y el ansia de derruir los obstáculos tradicionales reúne el bloque” (1967: 313).

Real es del país, es de la nación. La Casa Real devuelve al país una propiedad que es del país y que, por los desórdenes de los tiempos y por la inercia de los gobiernos y de las Cortes, se hallaba en sus manos”.

⁴³ Véase Paloma Ruipérez (1975)

⁴⁴ Encíclica de Pío IX publicada en 1864, en la que se condenaban todos los errores cometidos por la civilización occidental desde 1789, el racionalismo y el liberalismo incluidos. Más adelante nos ocupamos más por extenso de la materia.

Los síntomas de agotamiento del régimen isabelino parecen cada vez más evidentes. La alternancia entre O'Donnell y Narváez, ambos políticos ya en franca decadencia, no basta para contener el creciente y generalizado descontento social. En tal estado de cosas, las facciones políticas excluidas del sistema suman sus fuerzas contra el enemigo común.

La revuelta del cuartel de San Gil en 1866, orquestada por la oposición unida, constituirá el primer aviso serio contra la estabilidad del trono de los Borbones. No obstante, la mala organización del golpe, debida a la falta de entendimiento y coordinación entre sus impulsores, dio al traste con sus objetivos. Vera y González, en la biografía que escribió sobre Enrique Pérez de Guzmán, marqués de Santa Marta, relata como este, junto con otros ilustres del movimiento democrático como Rivero y Pi y Margall, celebraban reuniones en casa del aristócrata para preparar el levantamiento. El mismo autor, explica que Pérez de Guzmán fue el encargado por el Partido para pactar con Prim y articular las fuerzas populares madrileñas; y que fue la traición de los elementos progresistas, que actuaron por su cuenta sin informar a los republicanos, la causa del fracaso final (1894, v. I: 116). Tras la intentona las autoridades cerraron los periódicos de la oposición, ensañándose especialmente con los órganos editoriales de los demócratas⁴⁵.

El Gobierno adoptará numerosas medidas represivas contra sus adversarios políticos. Morayta describe las condiciones de semi-clandestinidad en la que quedaron los elementos de la oposición:

Hiciéronse visitas domiciliarias con pretexto de buscar armas y prender insurrectos, al punto de ser muy pocos los progresistas y demócratas de algún viso que no vieran invadidas sus viviendas. A la sombra del estado de sitio que se declaró en toda España, dictáronse las órdenes más draconianas, ya para impedir que los teatros terminaran a hora avanzada, ya para que después de las doce no pudieran circular por las calles más de dos personas juntas. Las cárceles se llenaron de sospechosos, y Madrid vino a semejar un cementerio, donde solo se oía el casco de los caballos, de las patrullas y del capitán general Hoyos, que a trote largo corrían a toda hora calles y plazas (1896: 441).

⁴⁵ Escribe Miguel Morayta: “Cerráronse y sellaron (junio 23) las redacciones de *La Discusión*, *El Pueblo*, *La Democracia*, *Las Novedades*, *La Iberia*, *La Soberanía* y *La Nación*, y los dueños de estos periódicos, muchos de los cuales tenían imprenta, que también se cerró y selló, viéronse así despojados de su propiedad y obligados a pagar durante muchos meses los alquileres de las casas que no usaban” (1896: 441).

Ante tal panorama, muchos de los jefes demócratas y progresistas se vieron precisados a marchar al exilio, de modo que, según Hennessy, “se dispersaron y resultaron aún más divididos por polémicas y rivalidades personales” (1966: 37). Castelar y Pi fijarán su residencia en París, donde ambos malvivirán traduciendo obras francesas y se rehuirán mutuamente. A la misma ciudad acudirán Becerra y Martos, mientras que Garrido viajará por diversos países tratando de recabar apoyos para un alzamiento. El panorama en el bando demócrata no auguraba un futuro halagüeño; así describía Nicolás Estévanez el estado de desunión del movimiento en París:

Tuvimos el disgusto de ver a los emigrados completamente reñidos los unos con los otros, no tanto por la disparidad de caracteres, las opiniones dispares y la diversidad de apreciaciones en el juicio de los hechos, como por los celos, las rivalidades y chismes. Cada personaje tenía su camarilla, cada subpersonaje la tenía también. Pi y Margall y Castelar, a cual más laborioso, por su mismo exceso de labor se comunicaban rara vez uno con otro, y mucho menos con los demás emigrados; trabajaban asiduamente para la prensa hispano-americana y para los editores de París (1903: 244).

En España, permanecieron pocos demócratas, de entre los más destacados Salmerón y Orense, que no salieron de la capital. Dice Morayta que la emigración tomó proporciones colosales: “en pocos días abandonaron sus residencias de Madrid y de varias provincias un número considerable de progresistas y demócratas, pudiendo asegurarse que solo continuaron habitando en sus domicilios, los que carecieron de medios metálicos para dejarlos” (1896: 447). Rodríguez-Solís se refiere al periodo como “los terribles años de 1866, 1867 y 1868” (1893: 566).

La confusión que siguió a la disgregación de los elementos del Partido durante el trienio que antecede a la *Setembrina* contribuye a hacer aún más difícil de seguir la siempre escurridiza pista de Tresserra. La última noticia directa que hemos hallado sobre él lo sitúa en Barcelona. En una carta de Antonio Quevedo, director del hospital de Hostafranchs, que remite a *El Lloyd Español*, y que sale publicada el día 1 de noviembre de 1865, se informa de que nuestro escritor se incorporó, junto con otros dos voluntarios, como “enfermero gratuito” al personal de la clínica -el cual estaba compuesto fundamentalmente de monjas de la Caridad Cristiana- con el objeto de atender a los noventa enfermos coléricos que albergaba. Ese año se desató una epidemia de cólera en toda España que provocó, según

Juan Jesús Martín, más de ciento veinte mil muertos; las provincias más castigadas fueron Valencia, por cuyo puerto entró el letal bacilo, Zaragoza, Gerona y Barcelona (2007: 49)⁴⁶. El director y doctor del Hospital del Hostafranchs dedica a Tresserra y a los otros dos civiles voluntarios encendidos elogios:

Su abnegación les ha constituido allí a todas horas, y así han auxiliado al cuerpo médico en su vida médica científica, como han pasado días y noches junto a los enfermos, aceptando las más repulsivas consecuencias del cargo que pidieron y alcanzaron. Todos han llegado al sumo en el cumplimiento del pacto moral implícito con el que llegaron a formar parte de este establecimiento (*El Lloyd Español*: 1-XI-1865).

La conducta de Tresserra parece que no fue la más seguida por sus paisanos literatos e intelectuales. Conrado Roure dice al respecto que la epidemia de cólera provocó un verdadero éxodo de los bohemios barceloneses:

Como la mayoría de los habituales del café, músicos, novelistas y pintores, durante aquellos días de paralización de la vida ciudadana podían ejercer en cualquier lugar, abandonaron Barcelona, emigrando a sitios lejanos que se hallaran libres de la horrorosa epidemia. Roberto Robert y yo tuvimos que quedarnos para cuidar la confección de *Un troç de paper*⁴⁷ (1925, v. II: 30).

Rodríguez-Solís relata que en Madrid los militantes progresistas y demócratas formaron varias asociaciones, como la de los *Amigos de los pobres*, destinadas a proveer a

⁴⁶ La pandemia a escala mundial tuvo comienzo en 1863 y se prolongó hasta 1873. Su origen fue Arabia, desde donde se propagó luego a todos los continentes. Explica Juan Jesús Martín que en España, debido a la labor de ocultación que trató de llevar a cabo el Gobierno unionista de O'Donnell, no disponemos de estadísticas exactas de la mortandad que provocó el cólera. En todo caso, se pueden estimar que en los ochenta días que duró la epidemia en Barcelona, entre el 11 de agosto y el 29 de octubre, fallecieron 4.230 de sus habitantes (2007: 49).

⁴⁷ Joan Torrent describe esta revista, fundada en 1865 por Albert Sicilia Llanas, como un diario satírico de temática más literaria que política y fundamentalmente redactado en catalán. Todos los autores firmaban con seudónimo; entre ellos, además de Robert y Roure, figuraban Angelón, Altadill, Lasarte o Clavé (1966, v. I: 62). Es decir, todos los amigos y correligionarios republicanos de Tresserra, por lo que la hipótesis de su colaboración en *Un troç de paper* resulta más que probable.

los coléricos de “asistencia facultativa, medicinas, ropa, todo”; medida que granjeó a estos partidos numerosas adhesiones haciendo aumentar su popularidad (1893: 566)⁴⁸.

Como decíamos, a comienzos de 1866 la situación política se recrudece para los demócratas y progresistas, que se ven precisados a volver a la clandestinidad. La siguiente referencia que hemos hallado sobre los movimientos de Tresserra nos llega gracias a una noticia de prensa en la que se alude a una nueva obra que publicó nuestro autor por entonces. En *El Lloyd Español*, el día 24 de junio de 1866, leemos: “Sepulcros Blanqueados. Este es el título de una novela filosófico-descriptiva, inspiración del aventajado y acreditado escritor don **Ceferino Tresserra**. El nombre de este señor es una suficiente garantía que asegura el mérito de esta obra, digna en nuestro concepto de la mayor recomendación”. Resulta llamativo que la nota bibliográfica omita el lugar de publicación y las señas editoriales de la novela; y también debe subrayarse que la ubicación poco habitual donde se ofrece la noticia: en la sección de sucesos locales. Estas circunstancias invitan a pensar que la voluntad de los redactores era la de ofrecer a su público, cuyas simpatías hacia el Partido Demócrata se presuponen, una publicidad discreta e implícita hacia un autor comprometido como Tresserra, que por entonces seguramente se hallase viviendo en la clandestinidad. El hecho de que *Sepulcros Blanqueados*⁴⁹ sea una novela de la que no se encuentra referencia bibliográfica en parte alguna contribuye a abonar la presunción de que fue editada y distribuida bajo secreto; y que fueron muy pocos los ejemplares que se pusieron en circulación.

Mejor suerte correrá la siguiente novela de nuestro autor: *Vicente de Paul o el amor por caridad de Dios* (1867), lo cual se explica en el hecho de que Tresserra la publicó con

⁴⁸ Morayta se explaya algo más en la descripción del episodio, y escribe: “Hubo de creerse por muchos, que el Gobierno nada hacía, y excitándole en el noble pecho de los madrileños, a cuyo ejemplo hicieron lo propio los barceloneses y los habitantes de otras ciudades, el sentimiento de caridad, primero calladamente, y después respondiendo a las solicitudes de los periódicos, se constituyeron en asociación que tomó el nombre de *Amigos de los pobres*. Aprovechase para ello la misma organización política de los partidos liberales, bastando tres días para que cada distrito tuviera a su frente una junta numerosa, de la cual formaron parte, médicos, boticarios, enfermeros y enfermeras voluntarios y un número inmenso de gentes de todas las clases sociales, resueltas a dar su vida por la salvación de sus semejantes. Aquellas juntas contaron desde luego con fuertes cantidades en metálico, con sábanas, mantas, colchones y ropas de todo género, y en suma con cuantos medios podían desearse para acudir a las mayores necesidades. Bastó que tan pronto se diese un caso, acudieran a él personas de regular posición provistas de medicinas, ropas, dinero y de quien se colocara al lado del colérico, a fin de servirle de enfermero, para que la moral se levantara y la epidemia comenzara a decrecer” (1896: 404).

⁴⁹ La expresión *sepulcros blanqueados* es una metáfora que emplea Jesús en el Evangelio de San Mateo para comparar a los fariseos con sepulcros blanqueados, relucientes por fuera, pero llenos de podredumbre en su interior. Esta metáfora y sus variantes, como *blanquear sepulcros*, *blanqueador de sepulcros*, etc., se sigue empleando para tachar a alguien de hipócrita, farsante, fariseo o inconsecuente con sus ideas. El título de la novela desaparecida invita a pensar que en esta obra Tresserra continuó cultivando uno de sus argumentos narrativos preferidos: el de la hipocresía de los mandos isabelinos, especialmente la de los clérigos, como inclina a pensar la matriz cristiana de la expresión escogida.

un seudónimo: Enrique Werthy de Guzmán⁵⁰. Aunque no es más que una hipótesis, el sobrenombre con el que firmó esta obra inclina a pensar que se trate de una suerte de homenaje encubierto al marqués de Santa Marta al que antes aludíamos, y cuyo nombre era Enrique Pérez de Guzmán⁵¹. Vera y González describe al aristócrata republicano como el mayor financiador del partido, una especie de mecenas de la democracia española que puso bajo su manto protector a Pi y Margall y que subvencionó numerosos periódicos y actividades propagandísticas (1894). Pudiera ser que el marqués, que permaneció en España entre el 66 y el 68, y que fue respetado probablemente por su posición, diese cobijo y auxilio a algunos de sus correligionarios republicanos que no se exiliaron, como pudo haber sido Tresserra. Todo lo cual explicaría el seudónimo usado por el catalán⁵².

La novela se fue publicando por entregas – a razón de cuatro semanales-, según se lee en el periódico *El Tajo* del 19 de octubre de 1867, en la librería Fando de Toledo. Lo que invita a pensar que quizás Tresserra se hallaba escondido en esta localidad castellana; y bien pudiera ser en alguna propiedad que poseyera aquí el acaudalado marqués de Santa Marta⁵³.

De cualquier modo, el análisis de la novela no deja lugar a dudas sobre la autoría de nuestro escritor⁵⁴. El prólogo está a cargo del prebistero Emilio Moreno Cebada, que viene presentado como “Predicador de S.M y del arzobispo de Toledo, y examinador sinodal en varias diócesis”. En él alaba el cristianismo del autor; opina que dicha novela “entraña un pensamiento profundamente religioso, y tan moral, que difícilmente podría encontrarse otro que fuese más”; de ahí que se extrañe de que no venga firmada con un nombre verdadero, dice Moreno: “no sabemos por qué causa ha ocultado su nombre bajo el seudónimo de

⁵⁰ Rogers y Lapuente en su *Diccionario de seudónimos* (1977) atribuyen a Tresserra este sobrenombre (1977: 469). También Rodergas y Calmell en el suyo sobre seudónimos de artistas catalanes (1951: 350).

⁵¹ El término “Werthy” que introduce Tresserra en su seudónimo podría responder a su voluntad de homenajear al estadounidense Christopher Sholes, el inventor de las máquinas de escribir. Este estableció la disposición moderna de los teclados de tales ingenios, que, de izquierda a derecha, y empezando por la primera fila por arriba, iniciaba el orden alfabético con las letras: QWERTY. Estos cinco caracteres unidos dieron lugar a una de las denominaciones que, en adelante, recibiría la disposición de los teclados modernos (*Nueva Enciclopedia del Mundo*, v. XII: 6231). El invento de Sholes data del mismo año de 1867 en el que Tresserra acuña el seudónimo de Enrique Werthy de Guzmán, pero el tipógrafo estadounidense no patentará y comercializará su modelo de máquina de escribir hasta 1873. Por ello, resulta probable que Tresserra conociese de la existencia del nuevo ingenio a través de revistas de divulgación científica extranjeras, cuya lectura estaba generalizada entre las clases ilustradas españolas de la época.

⁵² Explica Vera y González que los amigos del marqués le insistían para que huyese de España, pero que este se negó a marchar al exilio. Su participación en la revuelta era sobradamente conocida de las autoridades, al respecto dice su biógrafo: “se observó, de todas suertes, mucha arbitrariedad en las sentencias, pues personas muy significadas en la insurrección no fueron perseguidas ni molestadas, mientras otras que habían tenido en ella intervención escasa, fueron condenadas a las penas más terribles” (1894: 140).

⁵³ Enrique Pérez de Guzmán estaba entre los veinte mayores propietarios de tierra a escala nacional, y su fortuna era una de las más abultadas del país; Gregorio de la Fuente extrae el dato de un estudio de Rosa Congost “La lista de los mayores contribuyentes de 1875” (1983) (2000: 219).

⁵⁴ Además, tanto la bibliografía de Tresserra elaboradas por Elías de Molins (1972: 698) como la de Palau y Dulcet (1948, v. VII: 112) incluyen esta novela.

Enrique Werty de Guzmán” (p. VI). Estas declaraciones nos sugieren dos hipótesis; o bien que el prebitero realmente desconocía la identidad de Tresserra y que no se había leído la novela; o bien que se contaba entre los militantes católicos críticos con los aires regresivos que el *Syllabus* de 1864 había llevado a la Iglesia española. En apoyo de la primera opción, resulta el hecho de que el prologuista arremeta contra filósofos como Voltaire y Renan, cuando la esencia de las doctrinas de este último impregnan cada una de las páginas de la novela de nuestro catalán. Además, si Moreno Cebada hubiese conocido a Tresserra no resultaba lógico que se extrañase del uso de un seudónimo para encubrir su identidad; ya que las autoridades eclesiásticas llevaban dos décadas persiguiendo sus escritos, y en aquel periodo los demócratas sufrían una férrea persecución policial. Pero podríamos sostener la segunda de las opciones si partiésemos de la premisa de que precisamente era ese estado de cosas el que pudo empujar a Moreno Cebada a hacer un ejercicio de cinismo con el objeto de burlar la censura y hacer pasar la obra como perfectamente católica, para así combatir “desde dentro” las doctrinas del *Syllabus*.

En efecto, la obra que escribe Tresserra nada tiene que ver con las sólitas hagiografías sancionadas por el catolicismo de la época. En realidad, su objeto es rebatir punto por punto, como tendremos ocasión de comprobar, la famosa encíclica de Pío IX. El racionalismo, la separación de religión y política y la caridad como atributo esencial del Dios cristiano, son las guías filosóficas del libro; Descartes y Vicente de Paul aparecen como las caras de una misma moneda. En definitiva, nuestro catalán presenta encubiertamente a las divisas de la Revolución Francesa como el verdadero núcleo de la doctrina cristiana. En la novela leemos párrafos como el siguiente:

Sabemos que el Evangelio práctico lo es todo. La fórmula del derecho moderno es la libertad: de la libertad en la igualdad; de la igualdad en la fraternidad, se reasume en esta palabra: cristianismo. El cristianismo es un sentimiento y una ley: ley de Dios y sentimiento de bondad. Practicarlo es proceder en armonía con la razón absoluta y relativa a un tiempo mismo (p. 882).

Tras estas palabras, el autor justifica la elección de este santo como protagonista del mensaje filosófico-social que contiene la novela:

Vicente de Paul nos ofrece un ejemplar acabadísimo de todo esto [...] Ni es fanático ni intolerante, es solo cristiano, es decir, caritativo y humilde [...] Es

bajo el influjo irresistible de una idea, el impulso de un sentimiento poderoso que se obra, y esto es santo, es bello, es adorable... He aquí a nuestro Abate [...] Es, pues, un modelo; por esto lo hemos adoptado en el drama anterior (*ibíd.*).

Como decíamos, respecto a esta etapa pre-revolucionaria que va de 1866 a septiembre del 68, no podemos hacer más que conjeturas sobre los movimientos de Tresserra. La publicación de la novela recién comentada parece abonar la hipótesis de que el escritor permaneció en España. A pesar de la prohibición de toda manifestación pública a los demócratas decretada por el gobierno de González Bravo, las actividades del partido continuaron en la clandestinidad. Aunque la plana mayor revolucionaria se hallaba en Francia, y muchos otros emigrados estaban activos en Portugal y en Gibraltar, “en Madrid se estableció una junta revolucionaria –dice Eiras Roel- que trabajaba en el mayor sigilo, dirigiendo a sus prosélitos y a sus ramificaciones en las principales provincias con circulares subversivas” (1967: 331). Una de ellas con fecha de febrero de 1868, que, según Ibo Alfaro, publicista republicano, fue obra de José María Orense, jefe de estos grupúsculos clandestinos, decía: “Españoles, somos en este momento el pueblo más vilipendiado de Europa; que brillamos de nuevo como en 1808, 1812 y 1820: que despierte el león de su letargo. Españoles: ¡Viva la Republica federal! A proclamarla y defenderla. Salgamos de nuestro envilecimiento” (*apud* Ibo Alfaro 1871: 373). Asimismo, periódicos como *La Revolución* o *El Relámpago* circulaban subrepticamente por el interior del país. Los demócratas que permanecieron en España incluso llegaron a articular un levantamiento en Cataluña en 1867, finalmente fracasado. El Gobierno tomó represalias y en todas partes se llenaron las prisiones de agitadores y de sospechosos; y continúa diciendo Eiras Roel: “muchos demócratas figuraron entre los detenidos: como Anselmo Clavé [...]; Federico Carlos Beltrán, Ríos y Portilla, Salmerón y otros antiguos redactores de *La Discusión*; Mariano García Criado, los catalanes Cardeñas y Sardá, etc., etc.” (1967: 331).

Resulta muy probable que Tresserra siguiese la misma suerte que estos correligionarios, y que pasase en la cárcel gran parte del periodo; lo cual explicaría la ausencia de noticias respecto a sus movimientos. Ibo Alfaro, una vez triunfante la Revolución, escribirá que estos núcleos clandestinos tenían la misión de “organizar las fuerzas democráticas de Madrid, armarlas y municionarlas cuanto los recursos permitan. Darles plan y bandera el día del combate”; y añade que de ellos saldrán las milicias republicanas madrileñas que, desde septiembre de 1868, operaban en la capital con el fin de frenar cualquier contraofensiva reaccionaria (1871: 369).

El hecho de que, como veremos enseguida, la primera referencia en el Sexenio sobre nuestro autor sea del 29 de septiembre de 1868 y lo sitúe en Madrid, además de que aluda a su incorporación a estas neófitas fuerzas del orden democrático, viene a avalar la presunción de que Tresserra había permanecido durante este tiempo en esta ciudad – viviendo clandestinamente o en prisión-, o en la cercana Toledo. Máxime cuando muchos otros destacados demócratas no regresaron a España hasta pasados varios meses, como por ejemplo Pi y Margall ausente hasta enero de 1869, al ser elegido diputado a Cortes, o Castelar quien también se demoró unos meses antes de regresar. Si contemplamos la hipótesis que antes arrojábamos de que el marqués de Santa Marta hubiese extendido su manto protector sobre Tresserra, pueden servirnos los comentarios de Vera y González, quien informa de que pese a la estrecha vigilancia a la que estuvo sometido el de Santa Marta en La Granja de Segovia, lugar donde pasó la mayor parte del periodo entre 1866 y septiembre de 1868, “supo burlarla en muchos casos para recibir y contestar comunicaciones y avisos de sus correligionarios”; y en sus estancias madrileñas “prosiguió ocupándose con la misma actividad de siempre en su campaña política y revolucionaria”; de modo que estableció redes de acción con los Rivero o Figueras, con quines organizará la Junta Revolucionaria de Madrid (1894: 142).

Al estallar la Revolución, escribe Eiras Roel: “Figueras reunió a su club republicano, que era el de Antón Martín, en la casa de Joarizti, y al que pertenecían, además, Chao, Castrovido, León Gaillet, Ramón Chies y otros; se sacaron armas y municiones que tenían ocultas en diferentes puntos y se distribuyeron entre los demócratas de los barrios bajos” (1967: 368). La estrecha relación que como veremos mantendrá Tresserra con los nombres citados durante septiembre de 1868 podría abonar la hipótesis de que nuestro novelista formaba parte de este grupúsculo madrileño que sobrevivió en la clandestinidad en las vísperas de *La Gloriosa*. Como explica Gregorio de la Fuente:

En los centros clandestinos típicos predominaban las relaciones personales y una estructura formal mínima, reducida, la mayor parte de las veces, a una cúpula directiva compuesta de un presidente y un secretario; en los casos más desarrollados, por el contrario, sus miembros se distribuían en comisiones de armamento, propaganda, etc. El resto de la organización estaba constituida por una estructura informal más amplia cuya dimensión real dependía de la capacidad que, en un momento determinado, tuvieran los directivos para movilizar a sus allegados y correligionarios (2000: 72).

Según continúa diciendo Gregorio de la Fuente, el Centro Democrático de Madrid tenía encomendada la organización armamentística y la formación de grupos de civiles con experiencia en las barricadas (p. 21); actividad en la que era ducho Tresserra, y en la que por lo tanto pudo resultar muy útil.

5. LA GLORIOSA

En la ciudad belga de Ostende se había sellado en 1866 la alianza revolucionaria entre progresistas, elementos descontentos de la Unión Liberal y demócratas–republicanos, que culminará con la sublevación de la escuadra marítima en Cádiz el 18 de septiembre de 1868 y con la posterior ocupación del Ayuntamiento de la ciudad. El general Juan Prim, erigido en cabecilla de la insurrección, hizo público su célebre manifiesto de “¡Viva España con honra!” en el que se declaraba la libertad y la soberanía nacional del pueblo español. Al día siguiente, el presidente del Gobierno, González Bravo, dimitió en Madrid y fue sustituido por un gabinete de urgencia encabezado por José Gutiérrez de la Concha. El 29 de septiembre las tropas gubernamentales bajo el mando del general Pavía opusieron escasa resistencia al contingente de sublevados en el Puente de Alcolea, en la provincia de Córdoba. La Revolución se había consumado y por primera vez en la historia contemporánea de España un monarca reinante, Isabel II, tomaba el camino del exilio.

Las Juntas Revolucionarias que se formaron en las ciudades ante la deserción de los dirigentes isabelinos se hicieron con el control de las instituciones. A menudo estas fueron organizadas por los elementos republicanos y demócratas de cada localidad que habían permanecido ocultos durante el periodo de represión. Será el caso de la Junta Revolucionaria de Madrid, que se hizo cargo de mantener el orden público hasta que se formó el primer gobierno del Sexenio, el 8 de octubre. Escribe Ibo Alfaro:

La sección de armamento publicó una orden disponiendo que las juntas de distrito procedieran sin pérdida de tiempo a la creación de la fuerza ciudadana con el nombre de los Voluntarios de la libertad, y diesen cuenta del número de individuos con que contaba cada distrito, para atender a ellos con armas y equipos; cuya orden expresaba, además, la organización que debía recibir la fuerza, y que el nombramiento de jefes y oficiales debía hacerse por votación entre los mismos voluntarios (1871, T.II: 56).

Como veremos enseguida, Tresserra se integró inmediatamente en este cuerpo de los Voluntarios de la Libertad⁵⁵. Una vez constituido el primer Gobierno revolucionario, que fue

⁵⁵ Rodríguez-Solís relata en sus *Memorias* (1931) cómo se integró en uno de estos cuerpos, a partir de la Junta de Lavapiés, al poco de triunfar la Revolución de 1868: “Desde las primeras horas de la tarde nos dedicamos,

presidido por el general Francisco Serrano, se nombró un gabinete de mayoría progresista en el que figuraban Juan Prim, Práxedes Sagasta y Ruiz Zorrilla, más otros políticos de procedencia progresista y algunos de la Unión Liberal. Orense, Joarizti o Rivero, miembros del Gobierno Provisional formado por la Junta, vieron de nuevo como los demócratas eran marginados del poder⁵⁶. Ello provocará que en algunas ciudades los republicanos opten por mantener las Juntas Revolucionarias. Como dice Manuel Rolandi:

Algunas de estas Juntas, llegaron a considerarse y a ejercer como las verdaderas autoridades locales, y este fue el caso, por ejemplo, de la Suprema de Madrid, que durante algún tiempo llegó a constituirse como un gobierno paralelo al del primer gabinete ministerial presidido por el general Serrano, e incluso a nombrar rector de la Universidad Complutense de Madrid al krausista Sanz del Río (2006: 16).

Finalmente, el Partido Republicano acató la legalidad del nuevo gabinete de Serrano y ordenó a sus militantes que desarticulasen las Juntas; como continúa diciendo Rolandi:

El general Prim conseguiría finalmente anular las actividades de dichas Juntas y desarmar a los Voluntarios de la Libertad, mediante la hábil maniobra de ofrecer y situar a algunos de sus dirigentes más destacados en puestos secundarios de la Administración y prometerles que las tan ansiadas reformas se llevarían a efecto en el plazo del tiempo más corto posible (*ibíd.*).

La siguiente cita, que tomamos de Eduardo María Villarrasa, historiador adscrito a las corrientes canovistas que surgirán a partir de 1875, nos proporciona la primera información directa que hemos hallado de Tresserra en este periodo. El autor describe cómo se suceden los acontecimientos en Madrid el 29 de septiembre de 1868:

Era aquello una actividad vertiginosa. Mientras unos se dirigen a romper las lápidas de la plaza de Isabel II y del príncipe Alfonso, para escribir en su lugar

con el mayor empeño y la más grave actividad, a convertir los hombre sueltos en grupos, y los grupos en compañías, resultando que al siguiente día contábamos con un batallón de Voluntarios de la Libertad” (1931 a: 102).

⁵⁶ Gregorio de la Fuente elabora un cuadro estadístico comparativo entre los miembros de la Junta de Madrid en septiembre de 1868 y los que formarían el Gobierno provisional un mes después; de 46 integrantes el grupo se quedó reducido a 30; y de los 9 republicanos que originariamente figuraban en la Junta madrileña, solo uno, José María Orense, integró el Gobierno provisional. (2000: 127)

los nombres de Topete y Prim, mientras otros andan a caza de agentes de policía para entregarles al furor popular, una multitud de hombres armados del pueblo, parodiando una guardia de infantería, y trayendo a su frente al demócrata catalán don **Ceferino Tresserra**, se dirigen a custodiar los edificios del Banco de España, de la Fábrica Nacional del sello y de la Casa de la Moneda. No dejaba de ser una escena digna de ser observada el ver a aquellos hombres de la última clase social, sosteniendo terciado un fusil inservible, verles pasear frente a aquellos edificios con la mayor normalidad del mundo, orgullosos de que un personaje como **Ceferino Tresserra** les hubiese confiado la custodia de caudales tan respetables, y siendo la admiración y quizás la envidia de multitud de chicuelos que les contemplaban con devoto respeto, esperando el día en que ellos se elevasen a tanta altura (1875: 317).

Antes de la Revolución, la prensa reaccionaria había agitado el miedo a una sublevación popular presentándola como una orgía de violencia y caos, táctica que se renovará en ocasión de todos los episodios que se vayan produciendo a lo largo del Sexenio⁵⁷. Sin embargo, el destronamiento de Isabel II tuvo lugar en medio de una serena y cívica reacción popular, salvo algunas excepciones en ciudades como Valladolid y Sevilla⁵⁸, que fue el pie al apelativo de *La Gloriosa* que recibiría por entonces la Revolución de Septiembre. Villarrasa, por lo tanto, al reconstruir las escenas de aquellos días, con la manifiesta intención de desprestigiar y desacreditar el triunfo de la sublevación, se ve precisado a usar otras argumentaciones, en este caso, la comicidad que a su juicio se derivaba del contraste entre los imponentes edificios oficiales y los “hombres de la última clase social” que los custodiaban.

Así pues, la Junta Revolucionaria Provisional, por votación, nombró a Tresserra jefe de una de las Milicias nacionales, rebautizada como Voluntarios de la Libertad. Su

⁵⁷ Véase Solange Lissorgues (1995) e Iris Zavala (1987 a y 1971 b)

⁵⁸ En general la explosión de anticlericalismo que siguió a la Revolución del 68 no cuajó en actos violentos contra personas o bienes; no obstante, sí se registraron algunos episodios de este cariz, los cuales, como luego veremos, serán aventados y exagerados por la publicística católica durante la Restauración. Buena muestra de ello lo constituye este fragmento de la *Historia de los heterodoxos españoles* (1880-1882) de Menéndez Pelayo: “En una exposición briosamente escrita, que dio la vuelta a España, ha denunciado el Sr. Mateos Gago el inaudito vandalismo de la Junta sevillana, que echó por tierra la iglesia de San Miguel, verdadera joya del arte mudéjar; ordenó en un día el allanamiento de las parroquias de San Esteban, Santa Catalina, San Marcos, Santa Marina, San Juan Bautista, San Andrés y *Omnium Sanctorum*, y otras y otras iglesias hasta el número de 57 (!); destruyó los conventos de San Felipe y de las Dueñas y consintió impasible los fusilamientos de imágenes con que se solazaba por los pueblos la partida socialista del albéitar Pérez del Álamo y la quema de los retablos de Montañés para que se calentaran los demoledores. Si aquella expansión revolucionaria dura quince días más, nada hubiera tenido que envidiar Sevilla a la vecina Itálica” (1948: 420).

disolución decíamos que creó cierto malestar entre los republicanos. Comienza así a gestarse la división entre colaboracionistas y partidarios de la retracción del nuevo sistema. Escribe M. Lara en su crónica sobre los acontecimientos:

La Junta Revolucionaria de Madrid ha dispuesto que continúe encargado del mando de las fuerzas del pueblo que custodian el Banco de España, Casa de la Moneda y Fábrica Nacional del sello, el conocido demócrata D. **Ceferino Tresserra**, quien desde los primeros momentos del alzamiento de la capital se presentó con paisanos armados en dichos establecimientos para evitar cualquier agresión (1869: 168).

Lara no ofrece fechas sobre la prórroga de la autoridad de Tresserra, es decir, no podemos precisar si se refiere al periodo inmediatamente posterior a la constitución de la Junta revolucionaria de Madrid o la del Gobierno provisional. La alineación de Tresserra con los intransigentes durante el Sexenio – a excepción del episodio de las sublevaciones cantonales-, como veremos, hace suponer que seguramente renunciase temprano a su cargo. Además, resulta significativo que no hayamos encontrado ninguna otra referencia sobre el desempeño de esta labor, lo que contrasta con la profusión de noticias de prensa que aparecen sobre su actividad política y periodística. Todo ello inclina a suponer que cesó como jefe de las milicias al poco de constituirse el gabinete progresista.

Apenas un mes después de la huida de Isabel II, el Gobierno provisional hará pública su intención de dar forma monárquica al nuevo sistema político, cerrando de esa manera el debate abierto en la opinión pública sobre la posibilidad de instaurar una República en España. Mientras, en Madrid, la plana mayor del Partido Demócrata celebrará diversas reuniones durante el mes de octubre de 1868 en los locales del antiguo Circo Price:

En esta reunión –escribe Rolandi- un grupo importante de dirigentes, como el propio José M^a Orense, Estanislao Figueras, **Ceferino Tresserra**, Vizcaorondo y Joarizti, presentaron una proposición, en la que se pedía a la dirección del partido que declarara abiertamente “*que la forma peculiar de gobierno del Partido Republicano es la República Federal*” (2006: 16).

Veinte años después de su constitución, el Partido Demócrata podía proclamar abiertamente su ideario republicano federalista. Con orgullo escribirá más tarde Rodríguez-

Solís que “semejante proposición colocaba de un solo golpe a la democracia española al frente de toda la democracia europea” (1893: 614). La sesión fue presidida por Francisco García López, y Tresserra firmó la proposición en calidad de secretario junto con Antonio Orense, Mariano Rojas, Guisasola y Vizcarrondo. El rebautizado Partido Republicano Federal comienza así una campaña de divulgación de su programa político por todo el país. Dice Rodríguez-Solís en sus memorias que: “Desde el 17 de septiembre de 1868 en que se sublevó en Cádiz la escuadra bien se puede asegurar que la vida de los revolucionarios no fue vida” (1931 a: 97). Tresserra y sus correligionarios tenían encomendada la ingente tarea de convencer al pueblo español, considerado como el más monárquico de Europa, ya que asociaba lo más glorioso de su pasado a esta institución, de la oportunidad de imprimir un giro copernicano a su historia y establecer una República Federal. Al respecto reflexionaba así Nicolás Estévanez:

En los últimos meses del año 1868 fue sorprendente el resultado de la propaganda federal. Venían haciéndola durante medio siglo pensadores ilustres y elocuentes, sin ninguna resonancia ni eficacia alguna; pero bastó la que se hizo durante un par de meses en reuniones tumultuosas y en ambiente revolucionario, para que en noviembre de aquel año hubiera ya un Partido Federal organizado, nutrido y poderoso. Es que toda propaganda para ser útil debe hacerse en una atmósfera adecuada [...] Millares de hombres que jamás habían prestado atención a los propagandistas y que los tenían por insensatos o por ideólogos, acudían con entusiasmo y fe al *meeting* y al *club* (1903: 275).

En todo caso, la situación en el resto de Europa no era demasiado dispar. Gracias a la labor historiográfica y propagandística de las clases conservadoras y de amplios sectores del progresismo, incluso de los demócratas, la misma noción de República, en el imaginario colectivo, había quedado asociada a la Convención francesa de 1793. Escribía Castelar: “si el movimiento democrático se ha paralizado en Europa tanto tiempo, si las varias reacciones han tenido tal número de sectarios, si la República ha aterrado a tantas generaciones, débese indudablemente a la época siniestra del Terror” (*apud* Castro Alfín, 1994: 35). De hecho, como precisa Miguel Martínez Cuadrado, por entonces pocas habían sido las experiencias de este tipo en el espacio europeo, y tan solo había conseguido consolidarse la República Federal de Suiza (1969: 73).

Como no podía ser de otro modo, Tresserra participó en primera línea en esta campaña de difusión entre los españoles del ideario republicano federal, tanto en calidad de orador y jefe político como de publicista. El uno de diciembre de 1868 *La Igualdad* informaba de la celebración de una manifestación masiva de los republicanos por las calles de Madrid, y se jactaba del apoyo que había demostrado poseer la agrupación: “Los que dudaban de nuestra fuerza numérica ya han debido convencerse de nuestra fuerza. Los que decían que el Partido Republicano se componía de masas turbulentas e indisciplinadas tienen que reconocer, mal de su grado, que esas masas tienen el instinto del orden”. Dice el redactor del periódico federal que ochenta mil republicanos abarrotaban la plaza de la Armería, pero que se hizo un profundo y respetuoso silencio para escuchar los discursos de García López, José María Orense, Blas Pierrad, Castelar y Tresserra.

En estos primeros años del Sexenio nuestro autor dedica sus escritos a la misión pedagógica popular. En los últimos meses de 1868 salen dos obras suyas. La primera, el *Cuadro sinóptico del derecho democrático* que, según Elías Molins, alcanzó gran éxito (1972: 698). Dicho escrito fue probablemente una actualización de su también famosa *Tablas del derecho democrático* de diez años atrás. Tampoco parecen haber sobrevivido ejemplares de esta obra descrita por Palau como una “Hoja de 7 x 5,3 cm” (1948, v. VII: 112). La segunda fue el *Catecismo democrático republicano*⁵⁹, dirigido, como su propio nombre da a entender, a transmitir a su público los rudimentos del pensamiento democrático y republicano. En este texto, como veremos, el catalán expone en lenguaje sencillo y directo el contenido fundamental de los derechos, deberes y libertades que defendía su partido.

Como indican las referencias sobre sus actividades durante el primer tramo de la Revolución, Tresserra desempeña, además, diversos cargos relevantes en calidad de jefe republicano de Madrid. Su nombre aparece ligado a las actividades y asambleas del aparato central del partido. *La Igualdad* informa de que el 14 de noviembre tiene lugar de nuevo en el Circo Price las elecciones para la formación del comité electoral democrático-republicano de la capital. De entre 13.735 militantes elegibles, se publica la lista de los 30 más votados; y, como antes apuntábamos, Tresserra aparece como el número vigésimo tercero, recibiendo 6.017 votos. El organismo quedó compuesto finalmente de esta manera: Presidente: José María Orense; secretarios: Ceferino Tresserra, Antonio Orense, Juan Vizcarrondo y Ordax Avecilla.

⁵⁹ En adelante CDR

Por otro lado, Nicolás Díaz y Pérez contará años más tarde que durante los primeros meses de la Revolución las actividades de las logias se hicieron públicas y que incluso sacaron a la luz sus manuales y reglamentos. Alude a la participación de nuestro escritor en esta efervescencia masónica: “en el templo .:. de la calle de San Cipriano número 1 se dieron conferencias públicas sobre los fines de la Org. Por Tristán Medina, Díez Quintero, **Ceferino Tresserra** y otros...” (1886: 492). No tenemos noticia de cuál fue el contenido de estas conferencias, pero es de suponer que Tresserra continuó defendiendo los postulados mazzinianos, es decir, que su discurso girase en torno a la obsolescencia de estas agrupaciones. Pérez Galdós retratará estas reuniones en uno de sus *Episodios Nacionales*, concretamente en *España trágica* (1909), donde comenta la proliferación de sus reuniones públicas y la naturaleza de estas; dice el canario: “Cierto que las formas rituales habían decaído enormemente, y que las iba sustituyendo el positivismo cooperativo; pero aún quedaba solemnidad, y persistían los arrumacos y las simbólicas garatusas” (1993: 4274). Desde una perspectiva claramente condenatoria escribía al respecto Menéndez Pelayo:

La francmasonería, sociedad no ya secreta, sino pública y triunfadora, se exhibía en ostentosos alardes, nuevos en España, cuales fueron el entierro masónico del brigadier D. Amable Escalante, presidido por el ministro de Marina, y el del infante D. Enrique, muerto en duelo por el duque de Montpensier. *La Reforma*, *La República Ibérica*, *La Libertad del Pensamiento* y otros periódicos aparecieron paladinamente como órganos cuasi oficiales de la secta (1948: 423).

Escribe Zavala que solo entre septiembre de 1868 y enero de 1869 nacieron más de cien periódicos, de los cuales sesenta dedicaban sus contenidos preferentemente a la política (1971 b: 305). Según Antonio Asenjo:

enorme fue la sacudida que la exaltación política del momento produjo en la prensa nacional, la cual se multiplicó por manera inaudita, como lo demuestra el hecho de que solo en Madrid, desde octubre de 1868 a fines de 1870, salieron a la luz, según datos por nosotros compulsados, trescientos sesenta y tantos

periódicos, de los cuales noventa corresponden a los tres últimos meses de 1868, es decir, a periódico por día (1933: 25)⁶⁰.

En este periodo, Tresserra aparece como redactor de los principales órganos de prensa republicana, como *La República Federal*, *La Discusión* o *La Igualdad*⁶¹. Pero seguramente también colaboró en otras cabeceras menos importantes y de vida efímera que proliferaron en este estallido de la libertad de expresión. La mala calidad del papel usado ha hecho difícil la conservación de muchas de ellas; lo que propicia que lamentablemente se haga imposible una reconstrucción exacta de la trayectoria periodística de Tresserra.

El número de periodistas experimentó un auge espectacular, convirtiéndose esta profesión en la tribuna inexcusable de los hombres de letras y de los políticos. Escribía Andrés Sánchez:

En nuestra patria uno de los medios de escalar los más altos puestos, así las notabilidades como las inutilidades, es el periodismo. Se escribe primero en una gacetilla: si se tienen fuerzas se escribe de vez en cuando una novela para el folletín, mala generalmente, o en una revista [...], se escriben después algunos sueltos, quizás alguna de esas correspondencias que se figura venidas de Barcelona, París o Londres, y que han sido escritas sobre la mesa de la redacción; al cabo un artículo de fondo y he aquí un artista hecho y derecho (1873: 42).

Se delinean varias tipologías de periodistas, desde aquellos que ejercen una notable influencia en la opinión, Mesonero Romanos definía a estos como “una potencia que quita y pone leyes, que levanta pueblos a su antojo, que varía en un punto la organización social”;

⁶⁰ Lo cierto es que, como indica Jean-François Botrel, respecto a la creación de periódicos en España solo contamos con estadísticas fiables a partir de 1879 (1975: 25). Añade Botrel que, en todo caso, los datos de los que se disponen respecto a este periodo permiten sostener que resultaba mucho más fácil crear un periódico que mantenerlo; en 1871, se fundaron 49 diarios de carácter político, pero al final de año tan solo quedaban 30 (p. 33). Según Jean-Louis Guereña en 1868 existían 267 diarios políticos, de los cuales noventa y cuatro de ellos eran de signo republicano y ciento cuatro de orientación monárquico-demócrata. Al año siguiente se eleva la cifra de diarios hasta 296 para ir decayendo progresivamente durante los años que restaban del Sexenio (1982: 90).

⁶¹ *La Igualdad* se erigió en el portavoz más acreditado del Partido Federal durante el Sexenio. Creado el 11 de noviembre de 1868, se fusionó poco después con otra importante cabecera democrática, *El Amigo del Pueblo*. Como indica Mercedes Cabrera, el diario no solo era el órgano de expresión del partido, sino que también actuaba como centro de reunión de sus dirigentes (1975: 125). En algunos de los momentos más conflictivos del periodo, por ejemplo, cuando el Gobierno de Ruiz Zorrilla, Prim y Sagasta prohibió las manifestaciones republicanas, llegó a alcanzar una tirada diaria de 36.000 ejemplares; como media durante el Sexenio, señala Cabrera, *La Igualdad* distribuyó 15.000 periódicos (p. 127).

hasta aquellos otros anónimos y pseudo letrados, el costumbrista José María Andueza explicaba la profusión de este tipo así: “todos los muchachos que aprenden por casualidad en la escuela a leer y escribir, se creen con derecho para aspirar al rango de literatos-periodistas” (*apud* Rubio Cremades, 2002: 85).

Todo parece indicar que el catalán se ganaba la vida con la escritura y que, dado la escasa remuneración que tal actividad reportaba, estaba lejos de vivir en la opulencia; como dice Guillermo Carnero, para los literatos “vivir de la pluma fue la gran batalla y la gran novedad del siglo XIX” (1997: XXIV).

Para entender las condiciones económicas de un publicista y político republicano como Tresserra resulta muy útiles las memorias de Francisco Flores García. En primer lugar, porque este compartía oficios e ideología con nuestro catalán; y, en segundo lugar, porque lo trató personalmente durante estos tiempos. No obstante, debido a la lejanía desde la que rememora los tiempos del Sexenio, en 1913, esto es, casi cuarenta años después, se hace preciso recibir su reconstrucción con cierta cautela. Flores García conoció a Tresserra en la tertulia del Café Imperial, lugar frecuentado por la bohemia literaria madrileña, la cual estaba compuesta en su mayoría por jóvenes llegados de provincias a la capital con la intención de “hacer carrera literaria, política o universitaria”; entre ellos el mismo Flores García, originario de Málaga (1913: 158). Este local, situado entre la Puerta del Sol y la Carrera de San Jerónimo, cuenta el autor que era conocido como “la Antesala del Saladero”, pues de allí salían hacia dicha cárcel casi todos los periodistas “que se enredaban entre las mallas de la ley” (p. 48). Flores señala cuáles eran los contertulios habituales de su mesa en El Imperial:

Ceferino Tresserra, un periodista catalán que hacía versos revolucionarios. Pepe Sierra, gacetillero de *La Igualdad*, algo bohemio también, aunque no tanto como Zapata, poeta suelto y prosista intencionado; Mariano Vallejo más atildado y mejor vestido que el resto de la reunión; Ernesto Fernández y Gutiérrez, un muchachote santanderino, alto, recio [...] Senén Canido (hoy magistrado del Tribunal Supremo)... (p. 159).

Como vemos, parece motejar a Tresserra de joven recién llegado de provincias para triunfar en la capital, como parece que eran el resto de los contertulios. Sin embargo, en 1868 nuestro hombre contaba casi cuarenta años y gozaba de una considerable reputación como revolucionario en los medios demócratas. Flores lo recuerda también como periodista

“que hacía versos revolucionarios”, lo cual no se corresponde con la fama de que disfrutaba Tresserra por entonces como novelista y propagandista de primera línea de la democracia. Circunstancias que a nuestro juicio deben imputarse a las consideraciones anteriores. Lo que es seguro es la presencia de Tresserra en esta tertulia y otras de la misma clase, pues son varias las referencias que se encuentran⁶². De cualquier modo, las memorias de Flores García ofrecen un magnífico retrato de la bohemia literaria que frecuentó Tresserra durante los primeros tiempos de la Revolución. Las anécdotas que narra ayudan a asomarse a las dificultades cotidianas que afrontaban estos publicistas y políticos republicanos, quienes parecen haber padecido situaciones cercanas a la indigencia. De hecho, Flores escoge un episodio que tiene de protagonista a Tresserra como símbolo de la penuria económica de aquellos días; escribe: “Una tarde, acababa yo de entrar en El Imperial, cuando **Ceferino Tresserra**, pegando su boca a mi oído, me preguntó: -¿Has comido?”. Le responde que sí y le entrega a Tresserra su capital, nueve reales, para que el catalán pueda almorzar algo, pues según le confiesa no había probado bocado en todo el día. Una hora después llegó al Imperial un hombre que preguntaba por Flores, y este continúa relatando:

Era un mozo del figón de la calle de los Jardines y venía a decirme que un parroquiano de su establecimiento, al ir a pagar la comida, había dado una peseta falsa, que no tenía otra y que me llamaba para que yo le sacase de aquel apuro. ¡Pobre Ceferino! Estaba prisionero por una peseta: la que yo le había dado [...] Llegamos al figón, rescaté a **Ceferino Tresserra**, y ambos volvimos alegres y triunfantes a nuestra tertulia del Café Imperial, donde aún seguían discutiendo de política, hablando de literatura y “haciéndola” (1913: 170).

La pobreza del escritor en la España de entonces era proverbial, y objeto de un sinfín de chanzas y retratos costumbristas. Este de Manuel Ossorio y Bernard describe en tono humorístico lo que era una realidad dramática: “La misión del escritor tiene algo de milagrosa, pues necesita regularmente descifrar cada 24 horas los tres siguientes problemas dignos de los más eminentes matemáticos: primero, dónde ha de almorzar; segundo, dónde ha de comer; y, tercero, dónde ha de dormir” (1877: 38). Tresserra, a pesar de ser un hombre público y ocupar un lugar destacado en la política nacional, seguramente no contaba con

⁶² Como la de Pepe Estrañi, quien, en su *Autobiografía*, también lo sitúa en la tertulia de El Imperial junto a algunos de los nombres referidos por Flores, más José Montí “y otros intelectuales de la época” (1919: 87). Rodríguez-Solís, en cambio, incluye a Tresserra en la tertulia del Café Madrid junto a personalidades de la democracia como Garrido, Estévanez, Rubau, Castrovido y Joarizti (1931 a: 145).

demasiados recursos. Desde luego, como ilustra la anécdota citada del figón, Flores le recuerda como al típico revolucionario de la época que malvive en la capital, que se pasa el día en cafés discutiendo de política y escribiendo, y, como él mismo cuenta, consumiendo poco: “En el Imperial –dice Flores- salvo algunos amigos de buena familia, los demás éramos allí plantas parásitas y solo de tarde en tarde hacíamos algún pequeño gasto” (p. 166). Aunque las condiciones en las que nacen las memorias de Flores García desaconsejan otorgarles demasiada confianza – más adelante nos ocupamos de este punto-, no parece haber razón para dudar sobre este recuerdo concreto.

Las memorias de Luis Taboada, otro escritor de perfil similar al de Flores, es decir, joven de provincias llegado a Madrid en tiempos de la Revolución para conquistar la gloria literaria, y que en el futuro actuaría como secretario personal de Ruiz Zorrilla y José María Rivero, ofrecen un testimonio semejante en cuanto a la penuria económica de Tresserra. Taboada relata que coincidió durante algunos meses en el año 1870 con el catalán en una pensión madrileña de la calle Preciados: “yo formaba parte de aquella colección de seres infelices condenados a garbanzos crónicos y a las chinches que por clasificación les correspondían” (1900: 25). A parecer el establecimiento daba cobijo a veintidós huéspedes que se veían obligados a vivir en una austeridad que rayaba la miseria: “En una alcoba del comedor, amplia, si bien oscura y desprovista de todo adorno, había tres camas; dos de ellas pertenecientes a una pareja de músicos: un segundo violín y un viola. La tercera era de Tomás Bretón, -cuando era desconocido- y otros músicos”⁶³. Luego, añade:

Formaba también el numero de los huéspedes de doña Genoveva, un novelista muy conocido, republicano acérrimo y enemigo irreconciliable de la clerecía, contra la que desataba en improperios todas las tardes, de doce a una, mientras almorzábamos. Se llamaba **Ceferino Tresserra**, era catalán de los de acento dulce, y había escrito una novela sensacional titulada *Los misterios del Saladero* (p. 26).

Sigue Taboada ofreciendo anécdotas que ilustran la alegre pero inhóspita bohemia en la

⁶³ Ángel S. Salcedo, biógrafo de Tomás Bretón, califica los primeros años del célebre músico en Madrid de “terribles”. Cuando Bretón coincidió con Taboada y Tresserra en la pensión de la calle Preciados contaba veinte años. Llegó a la capital procedente de Salamanca junto a su madre y sus hermanos, después de un tiempo buscando trabajo sin éxito, y ante la escasez de recursos de la familia para mantener a todos sus miembros, Tomás hubo de quedarse solo en la ciudad, sin prácticamente dinero y afrontando todo tipo de penalidades. Circunstancias que asimismo acreditan la modestia del lugar que habitaba junto a Tresserra (1924: 34).

que vivían aquellos días buena parte de los letraheridos: “mi único consuelo estaba reducido a oír tocar el violín y a conversar con **Tresserra** sobre literatura, pues no debo ocultar al lector que ya por aquel entonces sentía cierto deseo de lanzarme a la vida de las letras” (p. 30). Como vemos, la semblanza a nuestro autor, que a pesar de su pobreza gozaba de fama como novelista y político republicano, parece más cercana a la realidad que la trazada por Flores. Al igual que este último, Taboada encontró en la escritura en prensa la puerta de acceso al ruedo literario madrileño; así declara:

Comencé a colaborar en un gran número de periódicos semanales de Madrid y de provincias. Hubo un día que escribí seis artículos, no todos pagados, pues en esto del cobro he sido víctima muchas veces de la insolvencia de los editores. Algunos me encargaban trabajos que yo, en mi inexperiencia, escribía puntualmente y que no cobraba nunca... Mi firma aparecía casi a diario en los periódicos, donde publicaba artículos de todas clases, incluyendo los cómico-políticos (p. 138).

Por otro lado, muchos demócratas que contaban con cierta fortuna a menudo la donaban para la causa. Resulta ilustrativo el caso de Guisasola, que, como cuenta Vera y González, cedió un cuantioso premio de la lotería que había ganado para ayudar a fundar un periódico republicano⁶⁴. Tresserra, como sosteníamos antes, quizás procediese de una familia de la pequeña burguesía catalana. El compromiso absoluto adquirido con la causa, en un hombre que hacía además de su conducta el espejo de la entrega incondicional que proclamaba, implicaría en caso de contar con recursos su donación a tales fines. Como indica Gregorio de la Fuente los partidos políticos se subvencionaban con las aportaciones de sus miembros más acaudalados, circunstancia que luego se reflejaba en la posición decisoria que ocupaban en los comités de dirección del grupo (2000: 21). Aunque todo parece indicar que no fue rico, lo cierto es que al tiempo que mal que bien se mantenía a sí mismo, debía hacer lo propio con su familia. Y ello porque de lo contrario habría faltado a uno de los preceptos cardinales del discurso moral republicano, el que aludía a la responsabilidad del *pater familias*, obligado a procurar una vida digna a los suyos con los frutos de su esfuerzo personal, esto es, de un trabajo productivo⁶⁵. Cuesta imaginar a un hombre íntegro, como todo hace suponer que fue Tresserra, y que predicaba continuamente sobre este aspecto,

⁶⁴ Vera y González dice sobre Guisasola que este era un “hombre generoso y entusiasta como pocos, le regaló [a Bernardo García] al efecto 30.000 reales que acababa de ganar a la lotería” (1886: 756).

⁶⁵ Véase J. L. Aranguren (1974), M. Victoria López Cordón (1975), Carmen Pérez Roldán (2001) y Alicia Mira Abad (2007).

descuidando la manutención de su esposa y sus dos hijos. Vimos cómo el catalán se consideraba a sí mismo un obrero de la inteligencia, lo que unido a su frenética actividad revolucionaria, que le impediría ocuparse de otros oficios, no deja lugar a dudas de que Tresserra vivía de sus escritos.

El 61 por ciento de las elites revolucionarias del 68, según Gregorio de la Fuente, estaban formadas por ejercientes de profesiones liberales; lo cual quiere decir que no solo eran personas instruidas, aspecto de por sí relevante dados los altos niveles de analfabetismo existentes en España, sino que habían realizado, en la mayoría de los casos, estudios universitarios. El resto pertenecían al comercio -18 por ciento-, o desarrollaban alguna actividad funcional -13 por ciento-. Respecto a los que vivían exclusivamente de sus ingresos como periodistas y novelistas, sector donde todo parece indicar que debemos situar a Tresserra, dice Gregorio de la Fuente que representaba el 6 por ciento de las elites revolucionarias juntistas; sin embargo, su peso en el aparato de la burocracia estatal, preferentemente en las Cortes, era proporcionalmente mayor, del 11 por ciento. Añade este investigador que aquellos que se dedican a la actividad periodística en exclusiva son numerosos en la esfera estatal, comparativamente más que el gremio de los comerciantes, pero que “su peso decrece a medida que se pasa de la esfera local a la estatal, lo contrario que sucede con los comerciantes” (2000: 185 a 198).

De acuerdo con estos esquemas puede trazarse un perfil aproximado de Tresserra: es un periodista y novelista a tiempo completo que no había recibido formación universitaria, lo cual mermaba sus posibilidades laborales en otros ámbitos, fuente de la que otros correligionarios como Castelar, catedrático universitario, o Pi y Margall, abogado, extraían gran parte de sus ingresos. Las difíciles condiciones en las que residirá en Madrid parecen indicar también que no contaba con recursos económicos alternativos como la posesión de bienes inmuebles. Todo ello probablemente le colocaba en una posición de inferioridad respecto a otros compañeros de partido, cuyo estatus laboral les dotaba de más jerarquía. Escribe Gregorio de la Fuente:

En resumen, los miembros más influyentes de las elites revolucionarias de 1868 no solo eran profesionales (abogados, periodistas), comerciantes (banqueros, financieros) y funcionarios (militares, empleados cesantes) sino también, frecuentemente, propietarios de bienes raíces y, presumiblemente, rentistas, aunque, desde luego, la cuantía de las rentas variase muchos de unos casos a otros (2000: 218).

Uno de los medios de financiación que hallaban bohemios como Tresserra era, según Flores García, el de la escritura de romances de ciegos y pliegos de cordel; escribe el malagueño:

Yo di con un filón en forma de impresor y editor de romances de ciego [...] vivía en la calle de Postas 3, el señor Rufino y pagaba los romances a 19 reales -un napoleón- y alguna vez, si la composición le entusiasmaba se corría con una pesetilla más [...] Solo se entusiasmaba con lo muy disparatado en la esfera del bandidaje de los milagros. Todas las semanas le llevaba un romance al señor Rufino, algunas veces dos a la par (p. 163).

Pero el mayor sostén de los sufridos hombres de letras se hallaba en las salas de representaciones y teatros de dudosa reputación que en cantidad considerable funcionaban por Madrid en aquella época⁶⁶. Sigue contando Flores García,

Uno de los recursos de algunos literatos de aquella reunión del Café Imperial era el teatro de la Infantil (hoy Romea), donde actuaba una modestísima compañía de verso. Allí se representaban cuatro piezas todas las noches, y al final de cada una se bailaba un *can can*, muy moderado el primero, algo fuerte el segundo, fortísimo el tercero... y el cuarto para hombres solos... El empresario de la *Infantil* era un ex sargento del ejército, que parecía bruto y era listísimo, que pagaba a los cómicos sueldos inverosímiles (por lo cortos) y que no abonaba derechos de representación; sencillamente porque solo representaba en su Teatro las obras que compraba de antemano, máximo nos pagaba 10 duros por pieza (p. 162).

Más adelante, añade Flores: “Le vendíamos algunas piezas, imponiéndole desde luego la condición de no firmarlas, teníamos cierto pudor en ese sentido” (p. 163). Es probable que Tresserra se prodigase también en este campo de la escritura dramática. Aunque, al menos durante este periodo, parece que tuvo más fortuna que su compañero Flores. En febrero del

⁶⁶ Como explica Jesús Rubio Jiménez en los años previos a *La Gloriosa* se fueron multiplicando los locales de espectáculos, mientras cerraban los grandes teatros, ya que el público prefería los teatros populares o los cafés-cantantes. En este tipo de establecimientos, una vez triunfante la Revolución de 1868, comenzaron a programarse piezas de talante político que se mezclaban con todo tipo de variedades (1997: 413).

69 estrenaría una pieza en tres actos, *Gutenberg*, en un importante teatro de Madrid, el Novedades. Esta interesante obra narra la vida del inventor de la imprenta y de las dificultades que hubo de arrostrar para dar a conocer su trascendental descubrimiento. Tresserra se vale de este tema para urdir una apología del progreso y la libertad de conciencia en lucha permanente con un oscurantismo que encarna la Iglesia católica; esto es, trata de engarzar el drama histórico con las problemáticas de su actualidad, en especial en lo referido a la salvaguarda de la libertad de expresión. Pues, a pesar de que esta había sido recogida formalmente por la Constitución promulgada en 1869, numerosas periodistas continuaron siendo encarcelados por delitos de opinión⁶⁷.

Alcanzó gran resonancia en la época el estreno de *Macarroni I* (1870), sátira teatral de Navarro Gonzalvo contra el rey Amadeo de Saboya. “La partida de la porra”, bandas de matones al servicio del gobierno, habían irrumpido en una de sus representaciones madrileñas para reventar el espectáculo; lo cual generó un gran escándalo entre las filas republicanas, ya que suponía en la práctica la rehabilitación de la censura⁶⁸.

Resulta muy probable que Tresserra estrenara más obras teatrales durante el Sexenio. Así hace suponer el elenco bibliográfico de Molins, en el que aparecen hasta cuatro dramas de nuestro autor sin fecha (1972: 693). El título de una de ellas, *La medalla republicana*, obliga a pensar que pertenece a este periodo, ya que antes del 68 y después del 74, tales alusiones explícitas a la República estaban terminantemente vetadas⁶⁹.

Nada más empezar el año 1869 se celebraron las elecciones a Cortes Constituyentes que había convocado el Gobierno provisional presidido por el general Serrano. Los republicanos concurrieron con las más altas expectativas a los primeros comicios que se celebraban con un sistema de sufragio universal masculino. Con la intención de evitar el caciquismo que había caracterizado los procesos electorales de la etapa anterior, se cambió el sistema de circunscripciones pasando del distrito al de la provincia⁷⁰. Con un altísimo

⁶⁷ Joaquín Álvarez Barrientos dice que la institución de la censura se mostró muy activa en España respecto a las representaciones teatrales durante todo el siglo XIX debido al “poderoso influjo sobre el público”; de modo que el teatro será objeto de una minuciosa reglamentación y vigilancia censoria por parte de las autoridades (1997 b: 256). Véase también Romero Tobar (1975).

⁶⁸ Sobre la repercusión de este suceso en la política y sociedad madrileñas de la época véase Julien Lanes Marsall (2004).

⁶⁹ Explica Jesús Rubio que la catalogación exhaustiva del teatro decimonónico isabelino y del Sexenio, en especial del abundante que se produjo en Madrid, se halla aún a la espera de realizarse (1997: 409). Respecto a la obra de Tresserra ha resultado infructuosa la consulta de las siguientes bibliografías a las que hemos tenido acceso: Cotarelo y Mori (1904), Nancy Mémbrez (1986), Iglesias Martínez (1986-1991) y Julián Paz (1934-1935). Ninguna de ellas recoge las piezas a las que se refiere Molins.

⁷⁰ Un decreto de 9 de noviembre de 1868 regulaba las normas de los procesos electorales, cuyas disposiciones constituían una importante renovación y progreso respecto al derecho y régimen anterior; por ejemplo, podían votar todos los varones mayores de 25 años, o el sufragio se declaró secreto, igual, personal y directo.

porcentaje de participación en el ejercicio del voto, cercano al 70 por ciento del censo, los resultados arrojaron una clara victoria de la coalición gubernamental, compuesta, como explica Carmen Pérez, “por progresistas, unionistas y demócratas, que, aunque se presentaron unidos en esta ocasión, acabaron dividiéndose por la cuestión del candidato al trono” (2001: 252).

Pese a que el Partido Republicano acatará el dictamen de las elecciones de febrero, su comité central emitirá un manifiesto ese mismo mes denunciando las irregularidades observadas durante los comicios. Según Ibo Alfaro, acusaban al Gobierno provisional de Serrano de haber montado “la máquina administrativa como una máquina electoral” y de por lo tanto haber manipulado y controlado la votación. El manifiesto venía firmado entre otras personalidades del republicanismo madrileño por Tresserra (1871: 394)⁷¹.

Gracias al periódico *La Igualdad*, en su número del 12 de diciembre de 1868, sabemos que Tresserra se presentó a las elecciones de febrero del 69 como diputado por la circunscripción rural de la provincia de Madrid, junto a Chao, Taille y Balló; correligionarios con los que hizo la campaña electoral –y que como veíamos formaron uno de los grupos de republicanos que actuaron en Madrid entre 1866 y 1868- y con quienes firmó el siguiente manifiesto aparecido en el citado medio:

Estamos en el momento supremo de la Revolución de Septiembre. Los días 16, 17 y 18 van a fallar sobre la suerte de la libertad y de la patria. De ellas saldrá nuestra ignominia o nuestra glorificación. ¡Electores de la circunscripción rural de Madrid, votad por la REPÚBLICA! Si ella sale triunfante de las urnas, ¡qué severa lección daremos a Europa!, ¡qué grandioso espectáculo al mundo! La nación, embrutecida por los frailes y corrompida por los reyes; la que el régimen constitucional prostituyera; la que era objeto de triste menosprecio para unos y

Asimismo el decreto establecía una larga serie de garantías y sanciones severas destinadas a asegurar la aplicación práctica de la ley electoral (Fernández Domínguez, 1992: 111 a 116).

⁷¹ Carmen Pérez ofrece un catálogo de las irregularidades que fueron denunciadas por la coalición republicana, entre ellas, la coacción de los mandos militares a los soldados para que apoyasen a los candidatos ordenados, la duplicidad de cédulas que permitían a determinados sujetos votar en varias ocasiones o “la discriminación que hubo hacia los republicanos en el reparto de las candidaturas a las puertas de los colegios” (2001: 252 a 254). Fernández Domínguez explica como llevó a cabo el fraude electoral el primer Gobierno provisional: “con el pretexto del mantenimiento a toda costa y en todas partes del orden público, para asegurar la libertad del sufragio y la legalidad electoral, el Gobierno provisional, por medio de circulares dirigidas a los gobernadores civiles, manifestó que estos tenían «el deber de evitar que la opinión publica se extravíe por los que, interesados en el triunfo de la reacción, se fingen partidarios de las tendencias más exageradas, o compran los malos instintos con el oro que se comienza a derramar para quiméricos manejos antirrevolucionarios». Todo lo cual suponía un claro intervencionismo por parte del Gobierno y una violación a la avanzada ley que ellos mismos habían aprobado (1992: 120).

de más triste compasión para otros, habrá afirmado para siempre sus destinos, purificando su honra e inmortalizando su nombre. Europa entera volverá otra vez sus ojos a Occidente para ver salir de nuevo el sol de su redención. Un rey, el mejor de los reyes, pensadlo bien, es la NEGACIÓN DE LA SOBERANÍA NACIONAL. El principio hereditario lo pone fuera de su alcance; lo hace superior a ella. La nación ni puede suprimir, destituir o cambiar un magistrado, se ha dado un amo, no una institución. Y la nación que sustituye un magistrado, sabiendo que para suprimirlo, destituirlo o cambiarlo necesita hacer una revolución, merece bien su látigo en castigo de tamaña insensatez.

El escrito exige también la codificación constitucional de los principios que durante las dos últimas décadas habían caracterizado los programas del Partido Demócrata. Esto es, viejas reivindicaciones como la abolición de las quintas y los consumos; y las libertades de imprenta, de culto o de asociación. También se pide la implantación de la educación primaria y la justicia criminal gratuitas, además de la articulación del jurado popular. En el aspecto económico es de tinte librecambista, se inspira por lo tanto en los presupuestos individualistas que siempre defendió Tresserra. De modo que reclama “declarar inmediatamente la libre introducción de todas las materias”, y “la rebaja inmediata de contribuciones hasta reducirlas a una sola y a lo estrictamente necesario para el mantenimiento de un gobierno LIBRE, JUSTO Y BARATO”. Dicen los autores del manifiesto que para que todo ello sea realizable resulta imprescindible declarar asimismo “La AUTONOMÍA COMPLETA DEL MUNICIPIO como fuente de verdadera independencia de los pueblos”; esto es, la configuración de un régimen federal. Concluye el escrito con una frase que se aviene a la perfección con la biografía de Tresserra, “Tales son nuestros principios: tales nuestras aspiraciones, no ya de hoy, sino de toda nuestra vida”. Este manifiesto constituye un buen ejemplo del tipo y contenido de propaganda que los republicanos pusieron en circulación durante Sexenio. En él se dibuja además la postura que mantendrá Tresserra durante toda la etapa revolucionaria y que le hará alinearse con los sectores intransigentes del Partido, es decir, con aquellos reacios a hacer de estos principios objeto de ningún tipo de negociación.

Tresserra se quedará a las puertas de obtener el acta de diputado que, en cambio, sí le corresponderá a su compañero de circunscripción Eduardo Chao. De este modo, no integrará el grupo de republicanos que formaron parte de las primeras Cortes democráticas

españolas⁷². El catalán, a pesar de su aparente popularidad y de haber quedado por delante de Chao en las elecciones al Comité electoral de Madrid, fue presentado en segundo lugar. Como decíamos, se desconocen qué mecanismos internos regían el establecimiento de este tipo de jerarquías, aunque todo indica que la fortuna de cada cual desarrollaba un papel crucial⁷³. Tampoco nos es dado calibrar el efecto que supuso para la carrera política de Tresserra el haber quedado fuera del Parlamento. Lo cierto es que durante el Sexenio este fue el lugar donde se fraguaron los prestigios y reputaciones de los políticos españoles. Casi la totalidad de los numerosos periódicos que por entonces se fundaron en Madrid dedicaban a diario sus secciones principales a comentar los discursos de los oradores en el Congreso. La confusión se acrecienta con el incesante baile de nombres que caracterizó el desenvolvimiento de la política nacional. La frenética actividad de estos años produjo un continuo ascenso y descenso de políticos, que de un día para otro, o bien se veían relegados al más absoluto ostracismo, o bien de repente se encontraban al frente de un alto cargo administrativo. La historia del Partido Republicano se urde con una serie de personalidades que hoy resultan absolutamente desconocidas y que, sin embargo, durante ciertos periodos parecen haber desempeñado papeles fundamentales en los destinos del país. El caso de Tresserra representa una tipología concreta: la del político que verá decaer progresivamente su estrella a medida que la agrupación en la que llevaba militando desde siempre empezaba a contar con posibilidades reales de alcanzar el poder.

Gracias a la prensa de la época podemos saber que nuestro catalán desplegó una intensa actividad en diversos clubes revolucionarios. Hennessy apunta que la pertenencia a estos resultaba incompatible con el desempeño de cargo alguno dentro del partido (1966: 97). Hecho que explicaría que tras las elecciones de febrero su firma desapareciera de los manifiestos que irán emanando del Comité Central; y también su paulatino alejamiento de los puestos más visibles de la agrupación republicana. Cabe afirmar por lo tanto que las actividades de Tresserra no han variado respecto a las que desarrollaba antes de la Revolución; esto es, continúa difundiendo su ideario a través de cuantos medios encuentra

⁷²Como dice Carmen Pérez, el número exacto de republicanos que sacaron acta varía según las fuentes, “aunque la mayoría coincide en afirmar que los federales obtuvieron 69 diputados” (2001: 256). Martínez Cuadrado explica que en todo caso la gran popularidad de algunos candidatos como Figueras, Pi, Castelar, García Ruiz, Gil Vergés y Tutau hizo que estos consiguiesen doble y hasta triple acta de diputados de los 85 que, según él, fue el número de escaños que finalmente obtuvo el Partido Federal (1969: 83).

⁷³Al respecto se lamenta Margarita Caballero, quien contrasta el relativo volumen alcanzado por los estudios en torno al funcionamiento de las elecciones y las Cortes durante la Restauración, de modo que parece que es a partir de esta época que nacen en España estas instituciones (1994: 5). Situación que hasta la fecha parece no haberse subsanado.

disponibles, y dedica especial atención a la base popular militante; cuyo sentir era expresado fundamentalmente en los clubes.

El periódico *La Discusión*, el 11 de febrero de 1869, informa de una reunión republicana celebrada en el teatro Rossini de Madrid para debatir sobre la libertad de cultos en la que participa el catalán:

Levantada la sesión se verificó la manifestación a favor de la independencia de la Iglesia y del Estado, dirigiéndose la comitiva por el Prado, Carrera de San Jerónimo, Puerta del Sol y calle de Alcalá. Delante del palacio de Buenavista se nombró una comisión compuesta de los señores Castelar, Sorní, Bernabéu, Merino, **Tresserra**, Belenzátegui, Santiso, Sánchez Rubio y Gaya, los cuales subieron con el objeto de ver al general Serrano; pero enterados de que se hallaba ausente, se dirigieron al ministerio de la Guerra, donde fueron recibidos por el general Prim y el ministro de Gracia y Justicia. El ministro de la Guerra declaró que el Gobierno provisional dejaba a las Cortes la cuestión acerca de las relaciones que deben mediar entre la Iglesia y el Estado.

Todo ello tiene lugar en el contexto de los debates celebrados en el Parlamento acerca de la polémica redacción que finalmente adoptó el texto constitucional. Dice Rolandi que

La Cámara terminaría aprobando una solución de compromiso, aceptando la confesionalidad restringida del Estado, por la que el gobierno continuaría manteniendo el culto y a los sacerdotes católicos, aunque garantizando la libertad de cultos de otras religiones, tanto para los españoles como para los extranjeros residentes en España (2006: 20).

Tresserra, en coherencia con la postura de su partido, abogará por la total separación de ambas instituciones. Su contribución más directa a esta trascendental materia la encontramos en la publicación de *¿Hay Dios? Estudio crítico-filosófico de la cuestión de las cuestiones*; que aparecerá en 1871 tanto en forma de cuaderno independiente en una editorial de Madrid, como en la *Enciclopedia Republicana Federal Social* (1872: 412 a 440). El escrito tiene un carácter eminentemente filosófico, por lo que el autor cree verse en la obligación de disculparse ante sus lectores por haber abandonado momentáneamente la tribuna del político, y escribe: “no hay cuestión religiosa que no entrañe lo político y lo

social; no hay cuestión política que no entrañe lo social y lo religioso; no hay cuestión social que no entrañe lo religioso y lo político” (HD: 7). En este escrito, que más adelante analizaremos con detalle, desde lo que él denomina el punto de vista de la razón pura, trata de demostrar que resulta imposible afirmar tanto la existencia como la inexistencia de Dios. Evidencia así Tresserra una visión agnóstica que consiguientemente le lleva a defender la total secularización del Estado y la sociedad.

La nueva Constitución que establece la forma monárquica se aprueba en junio de 1869. El general Serrano será nombrado Regente en espera de la llegada del nuevo rey, mientras que Prim se hace cargo de la jefatura del Gobierno. Ante la negativa de los republicanos a pactar con el general progresista, su gabinete ministerial lo formarán en exclusiva miembros de su partido y diputados conservadores. Algunos integrantes del antiguo Partido Demócrata se muestran proclives a colaborar sin reservas con el nuevo sistema monárquico auspiciado por Prim. Será el sector conocido como el de los “cimbrios”, y que se nutrirá fundamentalmente de ex progresistas como Rivero, Martos o Becerra⁷⁴.

Más grave serán otras divisiones que comienza a fraguarse entre las distintas facciones del republicanismo, y que ya no solo reproducen las viejas disputas entre individualistas y socialistas. La más destacada fue aquella que los dividió entre benévolo e intransigentes. Los primeros estaban representados por los Castelar, Pi y Figueras, es decir, por los políticos que desde el advenimiento de la Revolución se habían convertido en los líderes del Partido y que habían ido copando los puestos del Directorio. Estos se mostraban favorables a seguir las reglas del sistema establecido por la Constitución del 69. Del otro lado, se hallaban los que fueron conocidos como los intransigentes, cuyas cabezas más visibles fueron Roque Barcia, Nicolás Estévanez, Francisco García López o Ceferino Tresserra; todos ellos figuras históricas del republicanismo que, a diferencia de los anteriores, presentaban un acentuado perfil de hombres de acción curtidos en los duros años de represión isabelina. Este sector se caracterizó por su rechazo a aceptar cualquier fórmula de gobierno distinta a la republicana y por denunciar sin tregua las transgresiones que en la práctica hacían las autoridades progresistas de la Constitución que ellos mismos habían promulgado. Efectivamente, el caciquismo continuaba disfrutando de un fuerte arraigo, sobre todo en las zonas rurales del

⁷⁴ La denominación de “cimbrios”, como apunta Ángel Esteban Navarro, surgió a partir de un párrafo del documento donde estos militantes expresaron su disensión respecto a la línea oficial del rebautizado como Partido Republicano; el cual decía así: “hemos marchado a la pelea, abrazados a los principios populares como aquellos antiguos cimbrios que combatían encadenados para mejor defender sus mujeres, sus hijos y su hacienda” (1994: 94). Los cimbrios justificaban su apoyo a los gubernamentales porque, en su opinión, esa era la manera más eficaz de defender el sufragio y las libertades individuales que se habían conquistado con *La Gloriosa*; propugnaban por ello, a diferencia de lo que hacía sus ex compañeros de partido, que la democracia era compatible con la institución monárquica.

país, y los mandos revolucionarios en vez de procurar su erradicación a menudo prefirieron instrumentalizar sus mecanismos de control electoral. A pesar de la salvaguarda constitucional del básico derecho a la libertad de expresión, era notorio que el Gobierno progresista sufragaba a grupos de matones dedicados a amedrentar a periodistas y escritores de la oposición. Asimismo, numerosas reformas urgentes que habían sido prometidas nada más ser proclamada la Revolución, se demoraban inexplicablemente. El asunto de las quintas fue sin duda uno de los que más contribuyeron a soliviantar los ánimos de una población que pronto comenzaría a impacientarse por la ineficacia del nuevo sistema.

Sin embargo, aún deberá pasar tiempo antes de que las disensiones cobren fuerza y amenacen la estabilidad del republicanismo. Las elecciones de enero y las manifestaciones populares multitudinarias que tienen lugar estos meses crean un clima de optimismo que actúa como vínculo de unión del Partido. Como explica Carmen Pérez, los pactos federales que se celebran a partir de mayo en todas las regiones de España, y que tienen su primer modelo en el catalán de Tortosa, al que pronto se adhieren las regiones de Valencia y Aragón, contribuyen a reforzar la confianza y la concordia entre las filas del movimiento (2001: 40). Este proceso culminará el 30 de junio en Madrid con la firma del Pacto Nacional por los representantes de los distintos pactos regionales ya suscritos. Tal acuerdo, expone Rolandi, venía a consagrar un programa y principios políticos básicos: articulación federal del Estado a partir de gobiernos regionales una vez proclamada la República; la Unión de España y Portugal; la indisolubilidad de la nación, esto es, la condena de cualquier forma de separatismo; y la reserva del recurso a la insurrección armada para el caso de que fuesen conculcados los derechos individuales que eran la base de la Federación (2006: 27).

La estructuración recién alcanzada por el movimiento federal, que le dotaba de una fuerza verdaderamente temible, asustó al Partido Progresista. Esa es la única razón que se halla, según Rodríguez-Solís, para explicar las actuaciones del Gobierno del general Prim (1893: 643). En septiembre de 1869, Sagasta, en calidad de ministro de la Gobernación, da orden a los gobernadores civiles de todas las provincias de prohibir el uso de emblemas republicanos, además de que limita la libertad de asociación, reunión, manifestación y de prensa; actuaciones que constituían una clara provocación hacia las bases del Pacto Nacional de los federales. Los republicanos no tardaron en reaccionar; los gerifaltes del partido, Castelar, Figueras o Salmerón, en octubre de 1869, ordenan el comienzo de la primera insurrección armada del Sexenio. Las motivaciones fundamentales son tres: los recientes recortes de los principios de la Revolución del 68, la Constitución pro-monárquica aprobada en junio y la prorrogación de la ley de quintas.

De las informaciones encontradas no nos consta que Tresserra haya salido de Madrid para participar en estas sublevaciones, como sí hicieron sus paisanos Suñer y Capdevila o Pierrard, que fueron a distintos puntos de Cataluña (Rodríguez-Solís, 1893: 644)⁷⁵. Como era de esperar, las tropas gubernamentales sofocaron con facilidad los levantamientos republicanos. Tras ello, los diputados federales acordaron el retraimiento y la suspensión de su actividad parlamentaria. Sin embargo, un mes después, y a pesar de que la actitud de los progresistas no había variado, se reincorporaron a sus escaños. Los intransigentes protestaron airadamente contra el proceder de sus correligionarios, aunque la sangre todavía no llegaría al río y el partido acordará la oportunidad de aparcar las disensiones internas.

Entre los días 6 y 31 de marzo de 1870 se celebra la primera Asamblea Federal en Madrid, en la cual se reafirmarán los principios federales como base del Estado democrático. De ella saldrá, además, un nuevo directorio presidido por Pi y Margall, que se consagra definitivamente como máxima referencia del partido, y por Orense, Figueras, Castelar y Vicente Urgellés (Carmen Pérez, 2001: 42). Este pacto desencadenará también la primera escisión importante que sufrirá el republicanismo durante el Sexenio. García Ruiz y otros miembros pertenecientes al ala más conservadora de la agrupación emiten “la Declaración de la prensa”, manifiesto que ataca al federalismo y hace profesión de fe republicana unitaria. La práctica totalidad de la militancia y órganos del movimiento rechazarán la propuesta y cerrarán filas en torno al compromiso federal⁷⁶.

La postura de Tresserra en este sentido es meridiana, y en coherencia con su ideario de siempre, defenderá la República Federal. Expresión de su firme apoyo a este proyecto será su *Catecismo de la Federación Republicana Democrática* de 1870. Escrito que se configura como una suerte de constitución paralela a la del 69, que viene a completar además a su anterior catecismo. En él explica la partición de los órganos de gobierno según un criterio regionalista y municipalista; establece las diferentes funciones de lo que serían sus órganos de administración, y, por último, señala las atribuciones que competen a los distintos poderes. Tresserra dice que está “dirigido a que el ciudadano lo aprenda de memoria y así no pueda ser engañado por sofismas. Sin jactancia, si no se hace lo que allí se dice o no es democrática o no es federal” (p. 3). En la contraportada se lee lo siguiente: “Este folleto se

⁷⁵ Autores como por ejemplo Conrado Roure ofrecen un exhaustivo elenco de los cabecillas de la sublevación republicana en Cataluña entre los que no aparece Tresserra; de ello creemos que se puede colegir que nuestro autor no tomó parte en estos episodios (1994: 17)

⁷⁶ Por ejemplo el director de *La Igualdad*, con fecha del 18 de mayo de 1870, declara que su periódico: “admite y sostiene la interpretación dada a la República Federal por el Directorio del partido, autoridad que apoyará, defenderá y sostendrá hasta tanto la futura Asamblea Federal, expresión de nuestras aspiraciones como grupo político, revoque o renueve esta autoridad”.

vende al precio ínfimo de 4 cuartos en las principales librerías, pero también puede solicitarse por encargo, pedidos a la imprenta o al autor en su domicilio: Carrera de San Jerónimo 33, principal”. Tresserra dedica significativamente este catecismo “a los clubes, comités, sociedades obreras y sociedades patrióticas republicanas”; esto es, a la militancia popular de base, con exclusión por consiguiente del Directorio del partido. El catalán aparece ahora alejado de este, y, como nos indican las noticias de prensa, muy implicado en las labores de los clubes republicanos. Estos proliferan en todas las ciudades, y en las grandes capitales incluso cada barrio suele contar con uno propio. En general, se pueden considerar como el lugar donde los republicanos intransigentes ejercen su apostolado. Como explica Pérez Roldán, los clubes republicanos

[p]or un lado, examinaban y criticaban los actos del Gobierno y discutían cuál debía ser la organización del Partido Republicano y las bases sobre las que debía asentarse la república federal. Por otro, enseñaban al pueblo qué era la República Federal, cuál era su diferencia con la República Unitaria o con la monarquía, y organizaban conferencias y cursos sobre los temas políticos y sociales que más les interesaban (2001: 182).

Numerosos testimonios de la época, incluidos el de amplios sectores republicanos, dedican palabras muy duras de condena hacia ellos. Los clubes a menudo aparecen descritos como contubernios de extremistas y radicales, cuyas alocuciones hacen gala de una violencia verbal injustificada y una demagogia sin límites. Ese es el carácter que les atribuye Flores García en las memorias que venimos citando; de hecho confiesa que se arrepiente de haber colaborado con ellos (1913: 52 a 55). Galdós recogerá esta imagen de los clubes federales en sus *Episodios Nacionales*; en *España trágica* describe así al de la calle Yedra:

local destartalado, sombrío y sucio, donde tarde y noche se congregaba un pueblo bullicioso, entusiasta de ideales antes adorados que comprendidos. En aquel antro se respiraba, con los densos olores, el malestar social, ineducación agravada por la clásica pobreza hispana. Las conversaciones duras, entreveradas con discursos en tono agresivo y rugiente, versaban sobre estos temas invariables: dar disgustos al Gobierno; oponerse a la elección de Rey, pues ni reyes ni curas nos hacían maldita falta; tener, en fin, bien dispuestos los fusiles

y los corazones para defender la libertad, el federalismo y los derechos del pueblo (1993 b: 4273).

Los clubes contaban también con diversos órganos de prensa; el más renombrado fue *El Combate* dirigido por el controvertido Paul y Angulo. Este, debido a la radicalidad de sus artículos, y al evidente efecto desestabilizador que causaba en su partido, incluso fue acusado de estar al servicio de la oposición. El mismo Flores García, que colaboró junto a Paul y Angulo en el citado periódico, confiesa haber escrito artículos deliberadamente demagógicos con el único objeto de darse a conocer en los pagos de la política nacional; práctica que describe como muy común entre los periodistas federales de la época (p. 83). De hecho, Galdós convierte a Paul y Angulo en uno de los personajes representativos de los federales intransigentes del Madrid del Sexenio, y le atribuye unos caracteres acentuadamente negativos, incluso se podría decir que esperpénticos (1993 b: 4325 a 4332).

Varios historiadores republicanos se han ocupado en el mismo sentido de estos clubes. Caso paradigmático de nuevo es el de Vera y González, que habla del siguiente modo de *El Tribunal del Pueblo*, periódico republicano de orientación intransigente aparecido en 1872 y costeadado por Mateo Nuevo: “en los 33 números que llegó a publicar apenas hizo otra cosa que fulminar acusaciones apasionadísimas contra Pi y Margall, y excitar al Partido a la Revolución violenta” (1886: 339). Hennessy, historiador moderno del periodo, define a los intransigentes de los clubes federales como “revolucionarios profesionales, periodistas malhumorados y frustrados buscadores de empleo”; y cita una serie de ejemplos: el general Contreras, ex moderado y ex esparterista; extremistas sociales como Luis Blanc o Córdoba y López; y otros que se unirían más tarde, como “el antisocialista pero humanitarista ingenuo, Roque Barcia el *enfant terrible* de la prensa intransigente, cuyos motivos eran los del intelectual mal pagado y peor recompensado”. El mismo historiador inglés continúa diciendo que estos federales no constituían un grupo homogéneo, sino que respondían a una actitud mental más que a un programa político y social (1966: 163).

Parece indudable que en el sector intransigente se agruparon una buena porción de exaltados y arribistas de la política, pero no podemos desconocer que los clubes que los cobijaban también desempeñaron la fundamental misión, para un movimiento de vocación popular como era el republicano, de ofrecer una plataforma donde escuchar y expresar el verdadero sentir de la militancia de base. Nicolás Estévez, como veremos uno de los pocos intransigentes que han salido biemparados de la historiografía republicana, se preocupa en sus memorias por redimensionar la imagen negativa que de ellos se había

comunicado. Respecto al club federal de la calle Yedra, el mismo al que hemos visto que se refería Galdós, en el marco de una defensa apasionada de estos espacios, escribe Estévanez: “Allí no estaba monopolizada la tribuna, como en otros círculos; cada noche se daba a conocer, haciéndose aplaudir o haciéndose expulsar, algún nuevo orador, y los hubo de todos los calibres. En la calle Yedra se discutía lo presente y lo pasado, lo grande y lo pequeño, lo humano y lo divino” (1903: 303).

Los clubes actuaban como vigilantes de la actuación del Directorio de su propio partido. En *La Igualdad* del 27 de marzo de 1870 se hace la crónica de una sesión de la Junta Republicana Federal del distrito de la Latina en la que Tresserra defiende esta idea:

El ciudadano Antonio Tomás hizo varias observaciones sobre la forma de gobierno, y los ciudadanos **Tresserra**, Robles Barroeta y Rodríguez, en elocuentes frases, manifestaron que es necesario en toda organización la obediencia a las disposiciones de los elegidos para representar al partido en todas sus agrupaciones; a los cuales en su día podría pedírseles estrecha cuenta de sus actos, si no habían correspondido a la confianza que en ellos se había depositado, y que todos tenían el deber de acudir a todos los llamamientos del partido, puesto que no es bastante llamarse republicanos y asistir a oír discursos, sino que es preciso trabajar activamente a favor de la causa republicana federal.

Otros artículos del mismo periódico hacen referencia al trabajo de nuestro autor en la “Liga abolicionista de las quintas”, de las que fue portavoz en el club del Congreso al que también perteneció. En *La Igualdad* del día 26 de marzo de 1870 se da cuenta de otra reunión de este círculo y de los trabajos de Tresserra al frente de esta Liga, en él se denuncian los abusos de “La partida de la porra” y la persecución a los republicanos. En otra reseña a una de estas reuniones se informa de cómo en un club republicano de Madrid se debate sobre la política nacional e internacional, actuando en este caso como una suerte de tertulia pública dirigida a mantener informada a la militancia:

Ceferino Tresserra sostuvo que los actuales gobernantes no tratan de hacer rey a Montpensier ni a ningún otro, interesados como están en ser reyes de hecho, por más que no lo sean de nombre. Después de esto, explicó por qué la “Liga abolicionista de las quintas” no había llevado más adelante sus trabajos, y expuso algunas dificultades que habían surgido contra esta patriótica asociación.

Pero el orador, lo mismo que Luis Coll, que le siguió en el uso de la palabra, exhortó a que no se retrocediera ante ningún género de contrariedades. Los aplausos de la reunión manifestaron la aprobación (*La Igualdad*: 4-IV-1970).

La historiografía republicana que posteriormente construyó la memoria de los derrotados del Sexenio, como veremos, se caracterizará por una condena casi unánime al sector intransigente del partido. Lo cual se ha transmitido inevitablemente a una buena parte de los historiadores modernos, que en sintonía con la versión heredada de las facciones castelarianas y pimargallianas, a menudo culpabilizan a los intransigentes de haber sido el principal enemigo del movimiento. Se les acusa de haberse dejado llevar por la codicia de los cargos y prebendas administrativas que habrían de resultar de una articulación federal del Estado. Queda fuera de duda que muchos fueron los oportunistas que debido al auge que tomaba el Partido Republicano procurasen tomar posiciones ante un eventual triunfo de *la Federal*. Asimismo, resulta probado, por la violencia que se observa en numerosos discursos y artículos aparecidos aquellos días, que algunos miembros de la intransigencia se comportaban como incendiarios gratuitos. Pero al analizar su actuación, se dejan de lado ciertos factores, en primer lugar, el hecho de que la Revolución estaba defraudando a la mayoría de la población que la había recibido con entusiasmo. No solo no mejoraban las condiciones de vida de los ciudadanos, y se perpetuaban la mayor parte de las prácticas abusivas de las autoridades, sino que se violaban sistemáticamente los principios que habían sido emblema de la sublevación y que habían sido consagrados por la Carta Magna⁷⁷.

De la misma manera, si bien resulta fundado especular con la codicia de sinecuras que animaba a algunos intransigentes, no puede despreciarse la acusación que estos a su vez dirigían a los benévolo de que ellos, en realidad, al apoyar a toda costa el nuevo sistema lo que procuraban era no perder los privilegios que efectivamente estaban ya disfrutando como diputados a Cortes. Es decir, estas imputaciones creemos que a menudo no sirven para explicar la postura de intransigentes como Garrido, Estévanez o Tresserra que llevaban toda una vida de sacrificios, peligros y adversidades por la causa sin haber obtenido a cambio más que penalidades. Como analizaremos con profundidad más adelante, se da la circunstancia de que no existe un cuerpo historiográfico sobre el Sexenio que personifique a este sector intransigente; porque no lo elaboraron, porque ha desaparecido o porque ha sido

⁷⁷ Los encarcelamientos por delitos de opinión fueron muy frecuentes en el primer tramo del Sexenio. Se hace muy habitual al consultar la prensa del período encontrar noticias sobre el encarcelamiento de periodistas. Caso por ejemplo de *La Federación Española* que informa el 11 de noviembre de 1870 que algunos de sus compañeros de redacción, J. J. Mercado y L. A. Arredondo y M. Foncillas han sido trasladados al Saladero.

ignorado. Tresserra constituye un prototipo del republicano que en los primeros tiempos de la Restauración, por un lado, renunció a la militancia política, y, por el otro, no dejó memoria de su visión sobre lo acontecido; es decir, representa, valga la redundancia, a los no representados en la historiografía.

Como se desprende del discurso que antes citábamos de Tresserra, la cuestión sobre quién sería el monarca elegido para ocupar el trono de España constituía el principal foco de atención del debate político nacional. Las candidaturas que manejó el gabinete del general Prim fueron descartándose por motivos comúnmente relacionados con las suspicacias diplomáticas que despertaban la nacionalidad de los nombres. Estos fueron los casos de Antonio de Orleans, duque de Montpensier, hijo del rey de Francia, Luis Felipe de Orleans; y de Leopoldo de Hohenzollern-Sigmaringen de Prusia; de hecho, uno de los argumentos esgrimidos por los alemanes para declarar la guerra a Francia fue precisamente el de evitar que crease una alianza dinástica con España. Por otro lado, Fernando de Coburgo, rey de Portugal, y los españoles Espartero y Casto Méndez Núñez, el héroe del Callao, rechazaron la corona por desinterés personal. Finalmente, Amadeo de Saboya, el hijo de Víctor Manuel II, rey de Italia, será quien acepte la desprestigiada corona española el 2 de noviembre de 1870. Como era de esperar, salvo el Partido Progresista, el resto mostró su rechazo al monarca elegido. Y aún dentro del gobierno muchos habían trabajado por otras candidaturas, lo que colocaba a Amadeo de Saboya en una precaria situación.

El asesinato de Prim, su principal valedor, el día 27 de diciembre, en la víspera de la llegada a Madrid del nuevo rey, vendrá a mermar todavía más los apoyos del monarca. Huelga insistir en que esta elección fue contestada enérgicamente, y desde el principio, por el Partido Republicano. Que además de su oposición natural a cualquier representante de la institución monárquica, sumaba la animadversión que le producía la Casa Saboya por el trato que había dispensado a los héroes republicanos Mazzini y Garibaldi. Amadeo I no solo era considerado progresista, sino que era pública su pertenencia a la masonería. Circunstancias que, además de excitar el odio de las clases monárquicas y conservadoras del país, no contribuía a granjearle simpatías entre los republicanos, en su mayoría carbonarios. Como cuenta Nicolás Díaz y Pérez, la coronación del italiano desató una gran polémica en el seno de las logias españolas, y sobre todo en los sectores republicanos y carbonarios: “públicos fueron los escándalos que Barcia, Morayta, **Tresserra** y otros dieron en las Llog.” (1886: 499).

Teniendo en cuenta la concepción de las sociedades secretas de Tresserra, todo nos inclina a pensar que el escándalo que refiere el autor sería en forma de diatriba de nuestro

catalán contra la masonería. Precisamente, una de las principales críticas que dedicará el novelista a la vieja institución será la de admitir en su seno, en flagrante contradicción con sus principios fundacionales, a miembros de la realeza. En referencia a los masones, el catalán escribía en *La judía errante*:

Ellos se revistieron con el traje de todas las religiones, se adaptaron a todas las costumbres, vivieron en todos los climas y adoraron a Dios en todas partes como a gran arquitecto del Universo, pero llevando tan allá estos principios que, teniendo por norte el reinado de la fraternidad universal, de la igualdad absoluta de todos los hombres, aceptaron en sus talleres aprendices que eran reyes, maestros que eran sacerdotes, oradores que eran despóticos mandarines, y hermanos terribles hembras (p. 51).

El Partido Republicano, a partir del nombramiento de Amadeo I, intensificará su propaganda antimonárquica hasta el paroxismo; Nicolás Estévanez se refiere a este hecho:

Desde que el rey fue elegido y proclamado, arreció la agitación política, se apasionó la prensa como nunca, fue más vehemente la opinión republicana y también la reaccionaria. Se ha hablado mucho de *El Combate*, célebre diario de Paul y Angulo, que, en efecto, era procaz y rebasaba los límites de la conveniencia; pero no hacían menos algunos diarios borbónicos, ya carlistas francos, ya alfonsinos con caretas (1903: 340).

El clima de crispación como es sabido terminará por abocar al monarca italiano a la renuncia del trono español, y al consiguiente advenimiento de la Primera República española. Pero antes de que esto suceda, Tresserra se verá reclamado por otras aventuras políticas, de entre las que destaca su enrolamiento en el ejército garibaldino que combatirá en Francia contra la Prusia de Bismarck.

6. EL SUEÑO DE LA REPÚBLICA UNIVERSAL

Cuando en España la política nacional gira en torno a la cuestión dinástica, estalla la guerra franco-prusiana. En un primer momento, los republicanos patrios repudiaron la invasión de Guillermo I de Prusia y de Bismarck, pero también expresaron sus deseos de que claudicase el aborrecido Napoleón III. Por ello, cuando el 4 de septiembre de 1870 se proclama la III República Francesa, el optimismo cunde entre sus filas. En consonancia con su óptica internacionalista, los federales españoles se mostraban convencidos de que la consagración del régimen republicano en el país vecino impulsaría *per se* la proclamación en escalada de la República en otros países del continente, y por supuesto en España. Como explica López Cordón esta postura de los federales evidencia su incompreensión del verdadero rumbo que habría de tomar la política internacional: “siguen creyendo que, como en el 48, las conmociones no pueden sacudir a un solo país, y que por lo tanto, a favor de la paz o a favor de la guerra, todos deben comprometerse. Siguen pensando más en términos de equilibrio que de hegemonía” (1975: 385). El partido manifestará una absoluta repulsa a la invasión germánica; “los bárbaros teutónicos”, como se dirá en sus periódicos, amenazaban de nuevo a la civilización latina (*La Igualdad*: 1-X-1870). Esto es, el europeísmo que alentaba sus ideales les hacía incomprensible la actuación por la fuerza de Prusia, que se comportaba como si el camino hacia una Europa unida mediante los lazos de la fraternidad no existiese.

Enseguida se comienza a hablar de una Legión Española que habría de acudir en auxilio de la República Francesa. Pi y Margall viaja a Burdeos con este fin, mientras que Castelar y Orense se encuentran con Leon Gambetta en Tours para negociar el envío de voluntarios. Según Hennessy, incluso se especuló con la idea de mandar diez mil catalanes (1966: 138). Sin embargo, dicha empresa encontró insuperables problemas de financiación como sugiere una carta que Paul y Angulo dirige a Guisasola, aparecida en *La Igualdad* el 8 de octubre de 1870, para decirle que no cuenta con recursos ni armas para formar el contingente. Además, la posibilidad de revueltas e insurrecciones armadas en España provocará que los mandatarios del Partido acaben por considerar imprudente desprenderse de tan elevado número de milicianos. De cualquier modo, la guerra adquiere a los ojos de los sectores federales el valor simbólico del comienzo de una nueva era republicana para Europa. Buena muestra de ello es el siguiente artículo sin firma de *La Igualdad*, también del 8 de octubre de 1870:

En todos los corazones renace la esperanza. Francia empieza a ver que no está sola, Garibaldi ha llegado; Castelar ha llegado, el anciano Orense, Zukaw han llegado; Gambetta también ha llegado. El genio de la República protege a nuestro país. La Francia bonapartista estaba aislada, abandonada, despreciada, casi entregada a sí misma. La Francia republicana ve llegar de todas partes los testimonios de afección y de solidaridad, y acepta fraternalmente la alianza de sus amigos de Francia, España e Italia.

López Cordón informa de una carta aparecida en *La Igualdad* en la que Tresserra, Jesús Calvo Romeral y Jesús Cañete ofrecen al general Pierrard, que se haya preso en Montjuïc, la colaboración en una obra titulada *Historia y panorama de la guerra de Francia* (1975: 380). Por desgracia, parece que tampoco han sobrevivido ejemplares de tal escrito, aunque todo inclina a pensar que se trataría de la típica publicación, mezcla de crónica periodística, texto literario y relato histórico, que generaban los acontecimientos de actualidad en la época. Sea como fuere, el libro nos indica que Tresserra se interesó vivamente desde el principio en este evento, que estaba ampliamente informado sobre el mismo y que esta fue una de las causas que le impulsaron a incorporarse al ejército internacional republicano que se formaría para tomar por partido por Francia.

Como decíamos, el ardiente entusiasmo de los federales españoles y sus promesas de implicación en el conflicto fue progresivamente enfriándose: todo se redujo a un apoyo moral que se manifestaba en los discursos de sus oradores en las Cortes y en la profusión de artículos de prensa pro-galos. No obstante, el propósito del envío de una Legión Española seguirá adelante, aunque en términos mucho más modestos que los inicialmente proyectados; de forma que el contingente quedará reducido a varios centenares de voluntarios, entre los que se hallará Tresserra. Parece que nuestro catalán fue el único dirigente republicano no militar, y de cierta veteranía, que se aprestó a alistarse en el ejército. En una carta aparecida en *La Igualdad*, Tresserra informa de que marcha hacia Bayona junto con Felipe Cancelas, y pide disculpas a sus correligionarios por no haberse despedido personalmente:

Adiós, pues, queridos amigos; os debía un abrazo antes de partir y os pago mi deuda saludándoos simplemente y suplicándoos que hagáis extensivo mi saludo a todo el Partido, pues no me he despedido personalmente de nadie por *no influir*

ni ser influido. Con todo, ya sabéis que es siempre vuestro de corazón y os desea salud y fraternidad (*La Igualdad*: 29-IX-1870).

Esto es, Tresserra partió de incógnito desde Madrid a Francia a finales de septiembre⁷⁸. Solo comunicó su marcha al diputado republicano Santamaría a través de un parte, según informa *La Igualdad* el 29 de octubre de 1870. En otra carta suya fechada en Dole el 16 de noviembre de 1870, aparecida en el mismo diario, informa de que se encuentra ya en campaña con el ejército garibaldino. Envía “saludos especiales a Salvochea, Figueras, Pi, Casaldueiro y Paul y Angulo”; añade que les “quiere” y lamenta de nuevo haberse insubordinado, pide “que no se enfaden por haberse ido” (*La Igualdad*: 16-XI-1870). Esto es, contra el criterio del Directorio Federal que había optado por ahorrar las fuerzas españolas, Tresserra por iniciativa propia parte hacia Francia. Así explica él mismo sus razones para alistarse en una carta de despedida fechada el 29 de septiembre y que publicará *La Igualdad* el 1 de Octubre de 1870:

La nación revolucionaria por excelencia combate en estos momentos por la República. La República no tiene nacionalidad determinada, ni raza, ni colores; es un modo de vivir de los pueblos tan pronto se ven mayores de edad, se consideran dignos de regirse por sí mismos y se sienten conocedores del derecho y la justicia. El altar de la República está en todas partes; sus sacerdotes son todos los hombres de conciencia recta y capaces de abominar el régimen personal de los gobiernos. Francia lucha y lucha con toda desesperación. Suyas son las simpatías y el alma de todos los pueblos latinos sus hermanos [...] Yo, queridos amigos, que oigo esta voz, este rugido, creo que ha llegado el momento de trocar la pluma por la carabina, abandonar la tribuna por el campamento [...] Habla el cañón y es menester el cañón conteste [...] Las grandes causas – y nunca la historia presentará una más grande- solo triunfan por los grandes sacrificios [...] Si Francia sucumbe, sucumbe Europa. No tengo tanto valor o tanta bajaza; quiero vivir por la República o morir por ella en estos momentos en los que el dado de la suerte está aún al lado. Quien ama una idea debe probarlo; quien escriba y hable a favor de la República sabe que no es español, ni italiano,

⁷⁸ De hecho, en septiembre de 1870, el nombre de nuestro escritor desaparece de la lista de colaboradores de la revista de *La Federación Española*, donde venía escribiendo desde el 5 de mayo de 1870 junto a los gerifaltes del republicanismo patrio y extranjero – en la cabecera las firmas de Latino Coelho, Giuseppe Mazzini o Rochefort eran habituales-.

ni belga, ni francés, sino republicano; que allí donde ondee su bandera, allí ondea su nacionalidad; allí donde se la combate, tiene el deber de prestar sus brazos y su sangre para defenderla. Voy, pues, a cumplir con un deber de mi conciencia, amigos míos, que ni nada tiene de aventurero ni de meritorio. Si muero en su cumplimiento, creed que me sorprenderá la muerte con el nombre de la República en los labios y la imagen de mis ojos en el corazón. [...] Si vencemos a Alemania tendrán derecho los españoles a reclamar la recíproca ayuda de los franceses: ¡Que no puede España en ningún tiempo aceptar el papel de protegida!

En el mismo periódico, y durante los meses siguientes, aparecerán una serie de comunicados y cartas de Tresserra. Así, el 4 de octubre de 1870, la primera noticia del diario es un telegrama de nuestro escritor que dice: “Cien españoles salen hoy para Burdeos mandados por Felipe Cancelas: organízase la Legión. Orense parte también; gran entusiasmo; detalles por el correo, comuníquese a los periódicos republicanos; Gascón marcha también”.

En Burdeos se establecerá el punto de encuentro de los distintos contingentes españoles para sumarse al ejército internacional dirigido por Garibaldi. En *El Imparcial*, diario de tendencia progresista y en continua algarada con la prensa republicana durante el Sexenio, encontramos una carta de un corresponsal en Burdeos, que firma con las iniciales R.B, donde se describe en tono sarcástico la acogida a los republicanos españoles en la ciudad francesa:

Hace cosa de quince días se presentó aquí el célebre **Tresserra** acompañado de un joven que vestía el honroso uniforme de combatiente de la infantería española. Dio la casualidad que dicho día se celebró reunión pública en el gran teatro. **Tresserra** pidió la palabra y dijo venir autorizado por el Directorio republicano español para organizar la legión que iba a formarse en ayuda de los franceses y que no dudaba de su buen éxito, contaba para ello con la protección del pueblo de Burdeos y la cooperación del jefe militar que tenía el gusto de presentar al público. Aplausos y vivas sonaron por espacio de largo rato. Excuso decir a ustedes que **Tresserra** habló mucho y mal, pero como la mayor parte del público no le entendía la cosa pudo arreglarse. Enterado de quien vestía aquel uniforme de comandante, he sabido que es nada menos que D. Felipe Cancelo, alférez del

regimiento [...] La farsa sostenida por la gravedad de **Tresserra** no ha podido ser más peregrina. Pero he aquí que a los pocos días vienen de Bayona setenta voluntarios que se alojan en el Hotel de los Archivos y les dan una manta y dos haces de paja para dormir a cada uno, los alimentan con dos ranchos y a los cuatro días se sublevan. Diciendo que no quieren ranchos, que no quieren paja y que no quieren jefes militares. Orense se asusta, **Tresserra** pronuncia cuatro discursos, los militares amenazan con la ordenanza y los meten en el ferrocarril y los mandan con Garibaldi para que este los haga entrar en orden. Treinta y tantos se niegan a marchar y los tiene usted aquí muertos de hambre, pues el Comité les ha negado todo auxilio. Orense les dice que se vuelvan a España, y el jefe militar los recibe a guilletazos [sic] en el café, como hizo la otra noche con un ciudadano que tuvo el atrevimiento de presentarse a pedirle la cédula de vecindad que le recogió cuando se alistó.

Este hecho ha sido comentado por cuantos lo presenciaron, y sabemos que el cónsul de España se negó a proceder como de justicia debía [...] Esto es cuanto ocurre respecto a la tan cacareada Legión Española Republicana. R.B (*El Imparcial*: 26-X-1870).

El tono del artículo remite a la contienda ideológica que sostenían los distintos partidos a través de sus órganos de prensa⁷⁹. *El Imparcial* aprovecha la ocasión para ridiculizar las iniciales pretensiones del Partido Republicano de formar un nutrido ejército que, finalmente, se había visto reducido a unos pocos centenares de hombres. Las maliciosas referencias a las dotes de orador de Tresserra sugieren que este era conocido por la opinión pública también por tal actividad. Nuestro escritor contestará a través de la prensa republicana a las informaciones ultrajosos del periódico progresista:

⁷⁹ En el trasfondo de las continuas polémicas que se generarán entre ambas cabeceras se hallaban motivos no solo estrictamente ideológicos, sino también crematísticos. Como informa Mercedes Cabrera, en determinados tramos del Sexenio, *La Igualdad* consiguió arrebatarse a *El Imparcial* el liderazgo en la opinión democrática que había venido ejerciendo sin rivales (1975: 125). El episodio de la Legión Española generará este tipo de ataques; de modo que la prensa enfrentada a la republicana pondrá en circulación lo que, según los federales, no son más que bulos. Otro ejemplo de un probable infundio sobre la Legión Española lo hallamos el 10 de enero de 1871: *La Igualdad* inserta una carta de José María Orense en la que desmiente que su hijo Antonio haya desertado del ejército e informa de que continúa y siempre ha estado al lado de Garibaldi. Como enseguida veremos, gracias a las crónicas escritas por soldados garibaldinos italianos, sabemos de la veracidad de la información de Orense, cuyo hijo Antonio efectivamente se mantuvo al lado de Garibaldi peleando valerosamente durante todo el tiempo que duró la contienda franco-prusiana.

Hoy he visto por casualidad una indecente correspondencia de *El Imparcial*, fechada en Burdeos. No contiene una palabra de verdad. Si valiese la pena, la contestaría, pero dista mucho de semejante honra. Lea V. la carta que bien pronto pienso remitir a *La República Ibérica*. Defendáenos de todos los infames ataques de la reacción. Por Dios, no creáis nada malo de nosotros. No somos nadie, no somos sabios, no somos héroes; pero somos buenos y honrados republicanos. Diga usted al Directorio que es mentira haya usado yo de su nombre para nada, *absolutamente para nada*. Toca llamada ¡Adiós!⁸⁰.

Tresserra marcha de Madrid a Bayona, y de allí a Burdeos, donde se reunirá con José María Orense para organizar la Legión Española; aunque el marqués de Albaida, debido a su avanzada edad, no se integrará en el ejército. El siguiente destino del contingente será Nevers. En *La Federación Española* aparece el 28 de octubre una carta de Federico Eolas, militar republicano, fechada en esta ciudad el 20 del mismo mes, en la que refiere que se halla al frente de la avanzada española, y en la que dice haber pronunciado un discurso tras Orense y Tresserra. Un telegrama de nuestro catalán a *La Igualdad*, aparecido el 21 de octubre y enviado desde Burdeos, dice: “Parten ahora para reunirse con Garibaldi 200 legionarios españoles. Voy con ellos. Sucesivamente irán saliendo otros. Entusiasmo”. El 29 de octubre, en el mismo periódico, se informa de la incorporación de otros cien legionarios españoles que ya han entrado en combate: “Santa María diputado. Parten 100 legionarios españoles, se reúnen con sus compatriotas que se han batido heroicamente haciendo algunos prisioneros; armonía; entusiasmo. **Tresserra** perfectamente”; y lo firma “El presidente del Comité Dargance”. Como contabilizará más adelante nuestro novelista, el montante final de los españoles incorporados al ejército garibaldino será de unos trescientos hombres.

El catalán escribe una carta a su correligionario y amigo, Joaquín Cañete, que este envía a *La Igualdad* para que sea publicada el 27 de octubre. En ella le informa de que ha partido de Nevers hacia Dole, al mando de una división española, para reunirse allí con el ejército de Garibaldi y con el resto de voluntarios españoles que se seguían incorporando desde Bayona, Burdeos, Lyon, Marsella y otros puntos. Tresserra relata ciertas cuestiones relativas a los pasos de sus compatriotas por las fronteras y a sus gestiones para facilitar la incorporación de todos los elementos posibles al ejército en el departamento de Jura. Dice: “los Comités de salvación y armamento proveen de todo. Mandaré con la mayor brevedad

⁸⁰ Postdata a la carta fechada el 9 de noviembre en Auton y aparecida en *La Igualdad* el 16 de noviembre de 1870.

instrucciones sobre el itinerario de las diversas fronteras españolas” (*La Igualdad*: 27-X-1870). Nuestro escritor ejerce labores de intendencia y organización, a pesar de que, como le dice a su amigo, “[y]o no ocupo ningún grado ni título entre los nuestros; pero lo soy todo, soldado y general, es decir, los comités y las autoridades, tanto civiles como militares, se entienden conmigo únicamente. Los *fulls de rute* van con mi nombre; cobro y pago los socorros; doy boletas y distribuyo alojamientos, etc.” (*ibíd.*). Al carecer de formación militar específica parece ser que Tresserra se veía inhabilitado para asumir cargos oficiales dentro de la jerarquía del ejército.

Nuestro autor explica de este modo a Cañete cómo transcurren sus días de campaña:

El prefecto, el *maire* (con la firma del Ayuntamiento), el Comité de salvación y armamento, así como el de protección de la Legión Española de Burdeos, me han entregado al partir despachos y cartas particulares para el general y demás autoridades que, a la verdad, Cañete, confieso ingenuamente no merecer. En fin, ya escribiré desde Dole, si es posible, extensamente. No puede V. figurarse lo ocupado que estoy, no sosiego un solo instante, ni duermo, ni paro... Adiós, vamos a partir. El entusiasmo es grande. ¡Qué bien irá la blusa garibaldina a la española! A mí me cabrá la honra de ser el que primero habrá proporcionado a mis paisanos el glorioso distintivo de los soldados de la libertad. Muchas fatigas nos aguardan, pero no importa: la República Francesa, que es la República del mundo, así lo exige. ¡Viva la República Universal! (*ibíd.*).

Como cualquier otro republicano europeo de la época, Tresserra sentía veneración por el legendario Garibaldi. En España, desde la década de los cincuenta, la prensa democrática había publicado numerosos artículos y folletos dedicados a ensalzar las hazañas de *El Héroe de dos mundos*. No obstante, fue a través de las novelas de folletín como el lector español se familiarizó con su figura. Muy populares fueron sobre todo *Garibaldi en Sicilia o la unidad italiana* que escribió Antonio Altadill en 1860; y *Las Memorias de Giuseppe Garibaldi* redactadas por Alejandro Dumas padre, y cuya traducción sacó en su folletín *La Discusión* también en 1860. Como explica Ferrer Benimeli, para los lectores de la prensa democrática liberal de Madrid: “Garibaldi é, soprattutto, l’uomo sensibile, amato e acclamato dal popolo, generoso sino all’estremo, per il quale la spada e la guerra non hanno altro significato che la

libertà dei popoli e l'unità d'Italia” (1984: 482)⁸¹. En suma, Tresserra va en pos del mayor mito republicano de la época; a quien juzga además como el único capacitado para mandar semejante ejército: “Nadie mejor que Garibaldi para ser nuestro jefe, porque es general ciudadano, no pertenece a nación ni raza alguna, sino a las filas del pueblo uno y libre” (*La Igualdad*: 16-XI-1870).

Del siguiente párrafo parece desprenderse que esta no es la primera vez que iba a tratar personalmente con él, así dice el catalán: “Mañana abrazaré a Garibaldi, del cual tengo ya una carta, harto lisonjera para mí, diciendo que me aguarda a las once de la noche para presentarme las gentes y *ofrecerme sus respetos*. Orense ha puesto en mí su confianza y no dudo que mi conducta alcanzará a que el héroe de Mantana me la conceda igualmente” (*ibíd.*). Quizá pudieron encontrarse en el viaje de Tresserra a Italia en 1857 cuando este conoció a los carbonarios mazzinianos; o incluso haber actuado de contacto con él en algún momento representando al Partido Demócrata español. Lo cierto, en todo caso, es que no existe documentación alguna que avale estas suposiciones.

La intervención de Garibaldi en la guerra franco-prusiana se produjo por su propia iniciativa⁸². Desembarcó en Marsella con algunos miles de italianos el 7 de octubre, desde donde partió a Tours, sede del Gobierno de la República Francesa durante la contienda. La autoridad republicana estableció el cuartel general de las tropas internacionales en Dole, pueblo al este de Francia, en el departamento del Jura Central. Allí llega Garibaldi el 13 de octubre, acompañado de su estado mayor. A esta ciudad se irán incorporando las tropas españolas para formar un batallón que, como explica Tresserra, goza de independencia: “Nuestra susceptibilidad de españoles no tiene motivo de queja. Garibaldi es español entre los españoles republicanos. Por otra parte, vamos unidos, con nuestra oficialidad, nuestra bandera, nuestra completa autonomía” (*ibíd.*). El principal jefe de la Legión Española será Antonio Orense, militar de graduación e hijo del tribuno republicano José María Orense. Gran parte de los voluntarios compatriotas habían combatido en la Guerra de África y probablemente habían formado parte de las distintas legiones ibéricas que se venían organizando en las últimas décadas⁸³.

⁸¹ Para la imagen de Garibaldi en España véase también Isabel María Pascual (2001).

⁸² Alarmado ante las noticias sobre el rápido avance de las tropas del príncipe Guillermo de Francia, ofreció sus servicios mediante un telegrama fechado en Caprera el 7 de septiembre de 1870: “Ripeto: sostenere con tutti i mezzi la Repubblica francese, che, rinsavita dalle lezioni del passato, sarà sempre una delle maggiori colonne della rigenerazione umana” (*apud* Aroldi, 1973: 124). El Gobierno francés se demorará casi un mes antes de contestar; finalmente Gambetta, por comunicado oficial, le dirá que sus servicios son bienvenidos.

⁸³ Tresserra refiere anecdóticamente que aquellos que combatieron contra los marroquíes comparan la ciudad de Dole con Tetuán al parecerles poco agraciada; y añade nuestro escritor: “Pero aquí está Garibaldi. Aquí nos recibió como españoles y nos dirigió palabras altamente lisonjeras. Aquí lo vemos todos los días. Aquí se nos

Para reconstruir con fidelidad la vida militar de los voluntarios garibaldinos y cuanto aconteció en la guerra de los Vosgos, se hace necesario recurrir a la abundante historiografía italiana que existe sobre el episodio⁸⁴. Las crónicas de Cesare Aroldi sobre la contienda, que nos servirán de hilo conductor para acercarnos a este episodio de la vida de Tresserra, son un buen ejemplo de la rica bibliografía garibaldina. El perfil de este escritor italiano, federalista seguidor de Cattaneo y Alberto Mario, es muy similar al de nuestro catalán. Aroldi escribió novelas y dramas de inspiración republicana, ejerció de periodista, además de traductor al italiano de varios escritos de Emilio Castelar, y desarrolló durante toda su vida una militancia política a caballo entre la tribuna y la barricada. Aunque partidario del socialismo, Aroldi, al igual que Tresserra, no pierde ocasión para exaltar la ciencia y el racionalismo como guías del camino hacia el Progreso, que políticamente viene encarnado por la institución de la República Universal. Su participación en la guerra franco-prusiana tiene su fundamento en una concepción cosmopolita del republicanismo: “La causa che abbiamo sposato é quella di tutte le nazioni, dell’umanità. La via che dobbiamo percorrere é tracciata a caratteri di sangue, non l’abbandoneremo mai, qualsiasi cosa avvenga” (1973: 130). Sentimiento que conjuga con un fuerte patriotismo: “crebbe nell’animo nostro il desiderio di mostrare all’Europa come gli italiani si battono anche fuori del loro paese” (p. 131). Como vemos, tal visión es análoga a la de nuestro escritor. Para los hombres que se alistaron en el ejército internacional de los Vosgos, el sueño de una República Universal había pasado a ser una experiencia real. Alberto Mario, un importante teórico del federalismo italiano, y también soldado garibaldino en Dole, lo expresa muy bellamente cuando compara la sensación experimentada en otras batallas en su país; escribe: “In Francia per contra v’era qualcosa di piú grandioso, di piú elevato che ci spingeva. Non eravamo soldati d’una nazione, d’un governo o d’una fazione. Eravamo soldati dell’umanità. Eravamo fratelli d’ogni paese che acclamavamo e combattevamo tutti quanti per un principio unico, per la Repubblica” (1875: 355).

ha uniformado, armado y revistado en una abrir y cerrar de ojos. Aquí se nos ha puesto a disposición de luchar en la defensa de la República; y este pueblo para nosotros es, por consiguiente, más bello que el Paraíso” (*La Igualdad*: 16-XI-1870).

⁸⁴ Veáse, a modo indicativo, Cesare Aroldi (1973), Ricciotti Garibaldi (1896) o Alberto Mario (1875). En España, en cambio, resulta prácticamente imposible hallar información sobre la suerte de los españoles que participaron en la guerra. La atención que en un primer momento suscitó la contienda franco-prusiana, y que se refleja en la relevancia que le otorgaron periódicos como *La Igualdad*, se diluirá a partir de diciembre ante las exigencias de la actualidad de la política nacional. Este mes tendrá lugar el asesinato del jefe del gobierno Juan Prim, hecho que coincidirá con la coronación de Amadeo I de Saboya como rey de España. La posterior explosión de la Comuna de París contribuirá a desplazar aún más la atención sobre estas jornadas.

Tresserra calcula el número de efectivos del ejército internacional en unos cincuenta y cinco mil hombres, y cree que progresivamente pueden llegar hasta los cien mil (*La Igualdad*: 16- XI- 1870). Sus cálculos, sin embargo, fueron demasiado optimistas, la suma total de voluntarios ni siquiera alcanzaría los cuarenta mil soldados. El periódico inglés *The Times*, una vez concluida la guerra, minusvalorará las victorias obtenidas por este ejército aludiendo a su superioridad numérica. Esto motivará una contestación de Garibaldi que reproduce Alberto Mario en sus memorias:

L'esercito dei Vosgi – che solo negli ultimi giorni, e quando tutto era quasi finito, poté chiamarsi esercito-, salvo 2000 italiani circa, alcune centinaia di **spagnoli**, greci e polacchi, - un migliaio di franchi tiratori di Ricciotti, due battaglioni di mobili, e poca artiglieria, cioè un numero totale di sette o otto mila uomini da potersi contare- non aveva gente di cui potersi fidare, perché novizi, male armati e peggio disposti a combattere (1875: 376).

Las palabras de Garibaldi pueden tomarse como una justificación, pero, en todo caso, reflejan la agrupación de una vasta cantidad de personas de diversos países dispuestos a dar la vida desinteresadamente por un ideal. Tresserra, sin duda animado por ello, describe con admiración la mezcla de nacionalidades del contingente: “Hay aquí húngaros, polacos, griegos, argelinos, irlandeses, noruegos, franceses, italianos, españoles, norte-americanos y americanos españoles. Se hablan, por consiguiente, todas las lenguas, se ven y admiran todos los trajes y armamentos” (*La Igualdad*: 16- XI- 1870).

Cesare Aroldi se lamenta en su escrito del poco apoyo que les brindó el Gobierno de la República Francesa, y escribe: “i nostri volontari sono ancora sez’abiti, privi di tutto. Entusiasmo ce n’è” (1875: 129). Informa luego de que paulatinamente fueron llegando el armamento y las provisiones necesarias, sobre todo, para combatir el intenso frío. Tresserra refiere en una carta que debían soportar temperaturas de hasta cinco grados bajo cero; queja constante en las crónicas de otros voluntarios (*La Igualdad*: 16- XI- 1870). Aroldi, apunta que el fervor republicano es su mejor aliado: “Continua la pioggia ed il freddo. La più parte dei nostri soldati é sprovvista di coperte e d’abiti invernali; ma tutto si sopporta allegramente” (1875: 129).

Entre noviembre y enero, el ejército garibaldino permanecerá en el cuartel de Dole a la espera de entrar en combate. Durante este tiempo, sin embargo, los voluntarios republicanos no permanecieron ociosos, sino que, como cuenta Tresserra a su amigo Cañete,

desempeñaban tareas de intendencia: “no me es posible darle a V. una idea de la rapidez con que aquí los hechos se suceden, se amontonan y multiplican. Falta el tiempo para todo”. Tresserra se disculpa así de su escasa correspondencia, que en efecto deja de hacerse habitual en *La Igualdad* a partir de noviembre. Y continúa: “ya llevo dos viajes desde Burdeos a esta, para lo cual se necesita atravesar la Francia de parte a parte, y no me queda ni un minuto disponible”. El catalán se detiene a describir a su correligionario el día a día de su experiencia en el campamento:

Nosotros nos hallamos alojados en un gran colegio de jesuitas, que lleva el nombre de *Les Horfelins*, porque está destinado a la educación de niños huérfanos y nobles de Francia. Es un verdadero convento. Los individuos ocupan dos grandes estancias del piso de abajo, [...] no hay más abrigo que una manta y duermen en camas de paja; están todos contentos. Yo, que sin perder la categoría de soldado, gozo de algunas prerrogativas que no merezco, pues se me ha agregado al estado mayor en calidad de teniente honorario, habito un gabinete muy bonito con vistas al campo, sobre una alameda de grandes árboles y pasando el río por debajo de mis ventanas. Es una celda de una hermana de la caridad que se ha refugiado a las buhardillas con las demás, que se hallan al servicio doméstico de los educandos. Todos los días se hace el ejercicio dos veces, particularmente el de guerrillas, según la táctica de De la Concha, que dicen nuestros oficiales ser la mejor para estas tierras. Se toca diana a las cuatro de la mañana. Retreta a las ocho y silencio a las diez. De ocho a diez nadie diría sino que nuestra legión es un gran coro de orfeonistas. Se canta la Marsellesa en español, que yo les he arreglado del mejor modo que me ha sido posible, el himno de Pierrard y el de la Revolución alternan con malagueñas y payeras, etc. Aunque a cuatrocientas leguas de nuestra patria, parece que nos hallamos e ella. Nos acordamos de todo.

En atención a su experiencia revolucionaria y a su rango en el Partido Republicano, Tresserra relata como ejerce de “patriarca” del contingente español:

Yo, como ya soy viejo y conozco la historia de casi todos, les refiero las virtudes y sacrificios, los méritos y talentos que les adornan, pero con el toque de silencio todo concluye con un grito de ¡Viva España! ¡Viva la República Francesa! ¡Viva

Garibaldi! Así se duermen arrullados por un triple y gran pensamiento (*La Igualdad*: 16-XI-1870).

La última noticia directa que hallamos de nuestro escritor es la de su salida de Dole. Tresserra le sigue contando a su correligionario Cañete:

Amigo mío: Como decía a V. en la carta de ayer, salimos de Dole a las cinco y media de la tarde. No sabíamos dónde íbamos. Hoy a las doce de la mañana hemos llegado a Autun, departamento del Saone y Loire, capital Maçon, inmediato a la Borgoña. Es un hermoso país. Estamos alojados en el *Petit Nembrari*, que es un gran colegio, que cuenta más de trescientos alumnos, destinados casi todos ellos a la carrera militar. Es un edificio aislado, al pie de una colina y con jardines alrededor. En este momento acabo de almorzar con el director del seminario, persona muy distinguida, y prete...

Garibaldi ha establecido aquí su nuevo cuartel general, y como somos su escolta, desde su llegada a la nuestra no ha habido más diferencia que la de ocho horas. ¡No puede V. imaginarse el frío de esta noche!... Bien lo vale Garibaldi y la República. En este momento, dan otra vez orden de marchar. Hace días que nos hallamos aquí. ¿Dónde vamos? Tampoco lo sé, ni yo ni nadie. Corremos la Francia como el viento (*ibíd.*).

Desde noviembre a enero, cuando se producen los enfrentamientos directos entre el ejército garibaldino y el prusiano, los legionarios españoles realizarán distintos desplazamientos por el país de acuerdo con las órdenes que reciben del Gobierno de la República Francesa. El dos de diciembre tiene lugar una refriega con los prusianos a resulta de la cual los republicanos sufrirán serias bajas, pero en la que no participaron los voluntarios españoles. Finalmente, la ciudad de Dijon será el escenario elegido por las autoridades galas como campo de batalla de prusianos e internacionalistas. Aroldi precisa como ha quedado organizado el ejército de los Vosgos:

Le tre prime brigate erano cosí costituite: la prima al comando del generale Bossack, composta da un reggimento di guardie mobili, di cui un battaglione di franchi tiratori, di buon numero d'inglesi, di **spagnoli** capitanati da Orense, e da una compagnia del genio; la seconda sotto il comando del colonnello Marie,

composta tutta di francesi; la terza, sotto gli ordini di Menotti, composta di un reggimento di guardie mobili francesi, di un battaglione italiano comandato dal maggiore Ravelli, di un altro comandato da Stallo e di un battaglione nizzardo comandato dal De May, nonché di una compagnia del genio (1973: 124).

Así pues, el 18 de enero del 71, la compañía de españoles, con Antonio Orense a la cabeza en calidad de lugarteniente y miembro del estado mayor, queda encuadrada en la quinta brigada, junto a los carabineros genoveses y otros guardias móviles. Al mando de todo ellos se encuentra Canzio, mítico general garibaldino. Así le describe Alberto Mario: “Canzio e il primo tra i primi. Il coraggio di questo colonnello é proverbiale e non ha certo bisogno dei miei encomi per essere onorato” (1875: 304). Todos los cronistas hablan en tono igualmente elogioso de este militar, que al parecer se distinguía también por una temeridad y audacia sin límites de la que, como veremos, dieron buena cuenta los legionarios españoles.

El 21 de enero de 1871 comienza lo que la literatura garibaldina bautizará como “Las tres jornadas de Dijon”. El ejército de los Vosgos recibe el encargo de arrebatarse el control de esta ciudad al ejército prusiano. Precisamente será la quinta brigada de Canzio quien reciba el bautismo de fuego, y con ella los españoles. A propósito resultan oportunas las siguientes palabras de una novela de Tresserra: “Nada hay más imponente y lúgubre que un campamento en la víspera de una batalla. Se ríe, se canta, se duerme, sí, pero en aquellas risas, en aquellos cantos, en aquellos sueños, hay revuelto un algo que estremece las carnes y eleva el pensamiento a regiones misteriosas” (VP: 542). Estas frases parecen reflejar una experiencia bélica previa que, como antes apuntábamos, pudo tener lugar con el mismo Garibaldi. Contrastan con el ardor guerrero que se desprende de la correspondencia de nuestro catalán durante aquellos días; pues lo cierto es que, en consonancia con el sentimiento pacifista y fraternal que alentaba las doctrinas democráticas, en sus escritos Tresserra se mostró siempre contrario al recurso de la fuerza militar. Decía en *Vicente de Paul*:

La guerra es un castigo para las naciones, pero figuraos si será odiosa a Dios que permite que víctimas y verdugos caigan despedazados a la vez entre sus manos [...] la Guerra es la barbarie contra la barbarie hecha hombre. Se llama saña; y aún que la pudiéramos considerar justa, que es la guerra llamada de defensa, es

un semillero de horrores ante los cuales la humanidad no puede fijar una mirada sin terrible estremecimiento (p. 613)⁸⁵.

A su regreso a España tras finalizar la contienda, Tresserra escribirá un folleto en el que informa de haber “gemido largos días en un hospital militar de la Francia republicana (HD: II). Es decir, nuestro escritor cayó herido durante una de las tres jornadas de Dijon, aunque no precisa en cuál de ellas. Sabemos que la quinta brigada de Canzio participó en primera línea en todos los combates, dejando siempre un alto número de heridos. Las referencias a la primera batalla del 21 de enero coinciden en resaltar su dureza: “La quinta brigata ebbe in quel giorno il suo battesimo di fuoco e, onere sommo ed ambito, fu messa in prima linea, [...] Orde della prima linea di battaglia: «a destra la compagnia **spagnola** piú verso Daix, nel centro quella dei carabinieri genovesi e a sinistra, quasi presso la strada nazionale, il battaglione Perla»” (Aroldi, 1875: 171). Los garibaldinos, y particularmente los pertenecientes a la brigada de Canzio, según Aroldi, combatirán en dramáticas condiciones, incluso se les ordenará ahorrar cartuchos ante la escasez de munición. Así describe este autor el enfrentamiento entre prusianos y voluntarios republicanos: “Vi fu un momento di grande incertezza. Canzio avrebbe voluto spingersi verso Daix dove sloggiare il nemico che si era fatto minaccioso per numero e per audacia” (p. 173). Pero este no recibe órdenes, y deberá esperar a la llegada de un despacho de Garibaldi en el que le ordenará atacar Daix a bayoneta:

Era davanti la compagnia degli **spagnoli**, veniva appresso Razetto coi suoi carabinieri genovesi, seguivano da ultimo due compagnie del battaglione Marsala [...] Il nostro attacco alla baionetta fu così improvviso e così inaspettato per i prussiani, che non avevano visti, che ne furono maledettamente sconcertati. I nostri diedero prove mirabili di valore e di audacia. I prussiani facevano un fuoco indiavolato su di noi; ma ben presto, viste alcune case occupate dalle camicie rosse, si diedero alla fuga (*ibíd.*).

⁸⁵ Tal ambigüedad hacia la violencia resultaba propia de los revolucionarios decimonónicos. Su máximo héroe militar, Garibaldi, insistía a menudo en su repudio a las guerras; decía el general: “Voi conoscete i miei principi: sono quelli dell’umanità, della libertà ed emancipazione dei popoli; in America come in Europa io gli ho difesi con tutte le mie forze. La fratellanza degli uomini e l’eguaglianza nei loro diritti e doveri furono sempre i moventi delle mie azioni, ed é da piú di quarant’anni che io muovo ai despoti la guerra per tale santissima causa. Per questo non crediate che io ami la guerra: che anzi la detesto come la cosa piú mostruosa del mondo; eppure io sono costretto a farla dacché i preti e i tiranni hanno calpestato e calpestano le nostre piú sacrosante franchigie” (*apud* Aroldi, 1875: 138).

Finalmente los internacionalistas alcanzarán sus objetivos militares, aunque a costa de un abultado número de bajas. Anota Aroldi que “Un giornale locale che é uscito in questo momento fa salire il totale delle nostre perdite nella giornata del 21 a 2.000 uomini e 12.000 dei prussiani” (p. 168). Uno de los hijos de Garibaldi, Ricciotti, quien también redactará más adelante una crónica sobre las batallas de Dijon, al referirse a la misma refriega, dice: “Potemmo giudicare dell’accanimento del combattimento dal numero di feriti (la maggior parte **spagnoli**) che passavano diretti a Arnay le Duc” (1896: 53). Otro cronista soldado, Achille Bizzoni, reproducirá las palabras, en dialecto genovés, que Canzio prorrumpió tras el enfrentamiento: “Non ho piú brigata; me l’hanno quasi distrutta questi pruscien de m...” (1874: 217). A juzgar por estos comentarios, el veintiuno de enero los españoles sufrieron numerosas pérdidas, por lo que resulta muy probable que Tresserra cayese herido el primer día de combate.

Nuestro escritor había dejado ya escritas las sensaciones que volvería a experimentar en los campos de batalla franceses:

El silencio que sucede al fragor de las armas es pavoroso: no se articula una voz, no se pronuncia una palabra, y no obstante, se oye allí el acento de la muerte y se escucha la voz de las sepulturas. Es una tumba en cuyo seno yacen muertos y vivos en revuelta confusión... Se ve brillar formando mil sinuosidades por el llano y la pendiente, algo parecido a los riachuelos que surcan la pradera; aquel brillo es siniestro, aquella cosa que se desliza y reluce como la serpiente entre la hoja seca de los bosques, son los raudales de sangre que lo inundan todo. Los vivos yacen con la cabeza apoyada en el pecho de los cadáveres; los muertos parece que, henchidos de cólera, miran aún a su derredor con ojos de fuego... De sus labios entreabiertos parece brotar una palabra de guerra y exterminio (VP: 571).

Tras la primera jornada, los garibaldinos fueron capaces de mantener sus posiciones de defensa y rechazaron la acometida de los prusianos, cinco veces superiores en número; pero continuaban temiendo que estos consiguiesen deshacer su barrera y entrasen en la ciudad de Dijon. Lo intentarán de nuevo el día veintidós, obligando al ejército de los Vosgos a reorganizar la defensa de la ciudad. Aroldi relata que fue llamado por Garibaldi para que ordenase a Canzio el avance de alguna compañía de su brigada por la parte izquierda de la

ciudad, lugar desde donde atacaban los prusianos. Los elegidos serán “il battaglione dell’Isère e la campagna degli **spagnoli**”; y continúa diciendo Aroldi:

La battaglia si fece vivissima mentre volgeva il tramonto. La carica eseguita da Canzio coi carabinieri di Razetto e col battaglione Marsala scosse l’ala sinistra del nemico così che, dopo brevi istanti, esso si diede alla fuga. I nostri carabinieri genovesi lo inseguirono e non si arrestarono che quando lo seppero a Pouilly [...] L’ala destra prussiana -sessantunesimo reggimento Pomerania- resisteva, malgrado che i francotiratori di Ricciotti dalle finestre dell’Usine Bargy la bersagliassero con vivissimo fuoco di fronte, e il battaglione dell’Isère e la compagnia degli **spagnoli** di fianco [...] La lotta davanti alla muraglia della fabbrica aveva assunto un aspetto diabolico (1875: 180).

Los españoles parece ser que desempeñaron un papel muy destacado en la defensa de Dijon, como indican los numerosos elogios que recibieron de sus correligionarios italianos⁸⁶. En *La Igualdad* apareció un telegrama de Garibaldi dirigido a José María Orense con fecha de 26 de enero, en el que se suma a los elogios a la Legión Española:

Mi querido Orense. Su hijo es digno de V., de la valiente nación a la que pertenece y de la causa santa que estamos sirviendo. Además de valiente, él es muy amable y le quiero como a un hijo. No sea V. celoso. Es necesario aumentar la Legión Española que se ha comportado heroicamente en todos los encuentros y que por ese motivo está diezmada. Haga todo lo posible para adquirir españoles que serán muy precisos. Entiéndase por eso con el Comité de Marsella franco-italiano; avíseme.

El único relato de un español sobre los mismos hechos que hemos localizado procede de una breve carta a *La Igualdad*, precisamente del elogiado Antonio Orense, que apareció el 25 de enero del 1871, y en las que este resume las tres jornadas de Dijon:

⁸⁶ Por ejemplo, Achille Bizoni escribe respecto a los integrantes de la compañía de Canzio: “Una brigata che fece valorosamente il suo dovere e che mostrosi in ogni maniera degna di quel brillante ufficiale che la comandava, temerario fino alla follia in presenza del pericolo, pieno di spirito e di brio nella mordace conversazione, con un cuore poi impostato di buon volere per farsi credere tu’altri [...] Il capitano Orense, promosso a maggiore, doveva prendere il comando della legione **spagnola** che al fuoco non si mostrò seconda a nessuno, neppure al di lei capo che diede non comune prove di coraggio e d’una freddezza veramente eccezionali” (1874: 217).

Dijon, 23 de enero de 1871. El día 20 del corriente fuimos fuertemente atacados, y los españoles e italianos que formaban parte de la quinta brigada a mis órdenes se cubrieron de gloria. Cinco horas sostuvimos un fuego terrible de los prusianos, cargándoles cinco veces. La compañía española cumplió heroicamente, perdiendo mucha gente: el capitán Olías, levemente herido.

Llegó la noche y mantuvimos las posiciones. De la compañía perdimos, entre muertos y heridos, a la mitad. Hoy, tercer día, ha sido fortísimo el ataque. Grandes refuerzos les han venido y nos han atacado en toda la línea; a las cuatro y media nos han cargado cuatro escuadrones de caballería. Nos atacaron dos columnas de infantería, las dejamos... y entonces rompimos un fuego tan nutrido que un batallón prusiano quedó en el campo y le hemos tomado hasta la bandera. Es el regimiento real número 61. Toda nuestra línea ha marchado adelante y hemos ocupado las posiciones del enemigo. El ala derecha al principio floja, porque los movilizados cedieron; luego avanzaron y concluyeron por tomar las posiciones enemigas. Mañana recibirán, como acostumbran, grandes refuerzos, y nos atacarán; pero nuestra tropa ha ganado mucha fuerza moral. Calculo la fuerza hoy del enemigo a nuestro frente en 30.000 hombres con 24 piezas de artillería. El Sr. Canzio, hijo político de Garibaldi, que manda la quinta brigada y de la cual soy segundo jefe, se ha cubierto de gloria. Su sangre es fría y su serenidad es admirable.

Por lo tanto, la tercera batalla transcurrió en análogas condiciones y con el mismo resultado de victoria para los soldados internacionalistas. Tresserra pudo haber caído herido en cualquiera de ellas. Timoteo Riboli, médico personal de Garibaldi, a la vez que coronel médico en jefe de la armada de los Vosgos, explicará en un escrito posterior cuáles eran los medios y el modo en que actuaban los servicios sanitarios que acompañaban al ejército:

Si noti che ogni brigata aveva la sua ambulanza, ogni reggimento un medico, ogni legione pure, oltre l'ambulanza principale [...] diró che il corpo sanitario di tutta l'armata coi contrasti e scarsi mezzi che si avevano; coi nemici sempre alle prese, coll'ansia nel cuore del sospetto e del tradimento, codesto corpo ha fatto maraviglie e fu superiore a quanto si poteva desiderare (*apud* Mario, 1875: 319).

Si las cifras de caídos en el bando republicano ascendieron a varios millares, según este mismo doctor: “Nelle tre giornate a Dijon ebbi cinquecento feriti” (*ibíd.*). Tresserra hubo de ser trasladado a un hospital militar, o bien al improvisado Arnay le Duc, como antes escribía Ricciotti Garibaldi, o bien al Forte de Langres, el destino alternativo de los heridos según Aroldi (1875: 191). El catalán había descrito con anterioridad la impresión que le causaban estos lugares: “en un hospital de guerra, lo que se presenta a los ojos del filósofo se parece a un enigma; y este enigma descifrado solo os dirá: flaqueza humana, ignorancia y barbarie de los pueblos” (VP: 613). No obstante, su sacrificio y el de muchos otros idealistas republicanos contribuyó a que las camisetas rojas se alzaran con el triunfo a costa de la hecatombe sufrida por el ejército prusiano.

El 30 de enero el Gobierno de la República Francesa comunicará a Garibaldi la firma del armisticio con Prusia. Poco después, sin embargo, le informaron de que sus tropas habían quedado fuera del pacto y que debían permanecer en campaña en los Vosgos. La Legión Española quedó reintegrada en la primera brigada bajo el mando de Bossack, con Canzio como coronel brigadier. Los prusianos continuaron acechando a la ciudad de Dijon, aunque no se producirán ya más combates directos. A pesar de ello, una parte del ejército será movilizad hacia distintas ciudades cercanas como Changy o Bourg. El 13 de febrero Garibaldi presentará su dimisión al frente del ejército internacional y ordenará su disolución⁸⁷.

El 17 de marzo de 1871 aparecía en *La Igualdad* la noticia del regreso de Antonio Orense a Madrid, y de su elección como diputado por el distrito de Chelva, en la provincia de Valencia. Es de suponer que por esas fechas regresase junto a él Tresserra, quien, sin embargo, no irá a Madrid sino a Camuñas, pueblo de la provincia de Toledo en el que continuará su convalecencia. Allí escribió el catalán lo que constituye la nota autobiográfica más extensa que hemos podido encontrar. En ella refiere que hace muchos años en Madrid, hablando informalmente con Arturo Lengo, correligionario a quien dedica el escrito, su plática acabó derivando hacia el tema de la naturaleza de Dios, y que ahora encuentra la ocasión, ante las alabanzas y ánimos que recibió de aquel, para trasladarlo al papel:

Después ha pasado mucho tiempo; he recorrido muchas tierras, he sufrido muchas vicisitudes, he visto muchos horrores, he gemido largos días en un

⁸⁷ Este fue su comunicado: “Ai dipartimenti che mi hanno fatto l’onore di eleggermi deputato all’Assemblea Nazionale. Ho accettato il mandato di deputato per venire a portare il mio voto alla Repubblica. Con questo ultimo dovere la mia missione é compiuta e io rimetto nelle vostre mani i poteri che voi mi avete delegato. Sono, con riconoscenza, vostro devoto” (*apud* Aroldi, 1875: 192).

hospital militar de la Francia republicana; pero al fin, vuelto a mi primitiva patria y habitando accidentalmente en un pueblo de la sencilla provincia de Toledo entre pájaros y árboles, entre corazones más puros que el azul de su cielo, más tiernos que la flor de sus almendros y, sobre todo, más que los vencejos que anidan en la derruida torre de su iglesia, porque *son republicanos casi todos sus naturales*, he vuelto a pensar en nuestra conversación de una noche, y me he dicho: esta es la ocasión (HD: II).

La dedicatoria está fechada según el calendario revolucionario francés: día 15 del mes floreal del año 88, y la redactó nuestro autor en el citado pueblo de Camuñas. Es decir, teniendo en cuenta que el mes floreal comprendía las fechas de entre el 20 de abril y el 19 de Mayo del calendario tradicional, quiere decir que Tresserra concluyó su escrito el 5 de mayo de 1871. Si atendemos a que los demás españoles de la legión garibaldina regresaron a España entre finales de febrero y principios de marzo, indica que Tresserra pasó aproximadamente un mes y medio en Francia recuperándose; y que luego pasaría otro tanto en la localidad de Toledo, desde donde regresó a Madrid.

Pero durante su estancia en Camuñas, nuestro escritor no se limitó a curar sus heridas de guerra, sino que continuó desplegando su apostolado revolucionario. Relata Marcelino Menéndez Pelayo en su *Historia de los heterodoxos españoles* (1880-1882):

Desde el principio de la revolución se había establecido en Camuñas, pueblo de la Mancha Alta, un centro de propaganda anticatólica, sostenido por D. Félix Moreno Astray, sacerdote apóstata de la diócesis de Santiago, que se titulaba pastor evangélico, y por varios misioneros republicanos (Araus, **Ceferino Tresserra**, etc.). Todos procedían de concierto en cuanto a descatolizar el pueblo; pero en los medios variaban, inclinándose **Tresserra** y los suyos al racionalismo, y teniendo por órgano *El Trueno*, periódico que empezó a publicarse en Camuñas, al cual servía de antídoto *El Pararrayos*, dirigido por D. Ambrosio de los Infantes, cura de Madridejos. No pararon los revolucionarios de aquel microscópico cantón hasta arrojar del pueblo al prior D. Francisco de la Peña Martín, que desde Turleque protestó contra la intolerable tiranía que ejercían en Camuñas un cierto señor de horca y cuchillo, un maestro ateo y un barbero que no le iba en zaga. Estos tres personajes de sainete llamaron en 1874 a Moreno Astray (**Tresserra** había preparado sus caminos), desafiando a los curas a discusión

pública. El efecto fue terrible, y siquiera tengamos que rebajar mucho de las afirmaciones de *La Luz*, periódico protestante, cuando dijo «que la población en masa se había convertido al Evangelio», es lo cierto que llegaron a apostatar 90 familias. A los incautos camuñenses se les ofreció un canal de riego, una fábrica, dos millones en dinero... El cacique del lugar puso centinelas a la puerta de la iglesia para impedir la entrada, vejó y aun hizo apalear a los que se confesaban, formó causa al ecónomo, que tuvo que refugiarse en Madridejos. Camuñas se convirtió en una especie de Ginebra manchega y contrabandista. Y llegó la execrable tiranía de Moreno Astray y de los suyos, dócilmente patrocinados por el alcalde, hasta empeñarse en enterrar civilmente a un niño de familia católica, sin poder, no obstante, arrancárselo de los brazos a su pobre madre, que fue con él hasta el cementerio y allí le inhumó con sus propias manos (1948: 451).

Según el historiador local de Camuñas, José Ariza, existen dos teorías para explicar el desvío anticatolicista que experimentó este pueblo toledano hasta convertirse, usando la expresión de Menéndez Pelayo, en la “Ginebra manchega”. La primera se halla cercana al relato del prohombre santanderino, aunque desprendida de los malévolos comentarios que le provoca su rechazo visceral al protestantismo. Esto es, un rico hacendado del pueblo, Luis Villaseñor y López de la Oliva, “en su afán de culturizar a la población por un lado y por otro atacar a la institución eclesiástica establecida, habría contactado con los evangelistas, trayendo a Camuñas un pastor protestante, D. Félix Moreno Astray” (1985: 32). Este último efectivamente era un sacerdote apóstata de la diócesis de Santiago, que se aproximó al evangelismo en torno a 1870 en la capilla de la calle Madera Baja, en Madrid. Escribe Ariza:

Las malas lenguas consideraban maliciosamente que la protestantización de Moreno fue como la de otros clérigos, que se encontraban a disgusto con su dogma y sus obispos “y que amaban a Dios un poco menos que a las libras esterlinas”. Pero su vida como pastor protestante no fue envidiable en riqueza o bienestar materiales, y, sin embargo, en ella permaneció hasta el final. Aparece como pastor de la iglesia de Camuñas en las Asambleas Generales de la Iglesia Cristiana Española de 1871 y 1872 (p. 33).

La segunda teoría nos llega a través de las memorias de Federico Fliedner, pastor protestante alemán que con veinticinco años había abandonado su país con la misión de

difundir este credo entre los españoles. Darío A. Santamaría considera a Fliedner como una figura clave para el desarrollo de la fe evangélica en España; y entre sus méritos reseña la fundación, en 1873, de la Librería Española y Extranjera en Madrid, primer establecimiento patrio dedicado en exclusiva a ofrecer bibliografía sobre la materia; además de la redacción en 1878 de “la primera biografía de Lutero firmada en España por un protestante después de siglos de deformación de la figura del Reformador” (1980: VI). Según Fliedner, la rápida y sorprendente apostasía colectiva de los camuñenses se produjo de la siguiente manera:

unos habitantes del pueblo al ir a Madrid, habían entrado en una iglesia evangélica. Lo que allí oyeron de la nueva doctrina, o mejor dicho del Evangelio eterno, les agradó. Provistos de Nuevos Testamentos volvieron a casa y al poco tiempo se les unieron tantos amigos que pidieron urgentemente un pastor. Entonces fue allá Astray, que educado en un seminario de curas en Galicia, ya pertenecía desde hacía bastante tiempo a la iglesia evangélica de Madrid, donde había seguido recibiendo instrucción. Desde entonces celebran regularmente los domingos y una vez a la semana un culto; al mismo tiempo Astray y su señora han empezado con un colegio de niños y niñas, al que acudieron tantos que ni les alcanzaban sus pocas fuerzas ni había lugar suficiente en la casa. El movimiento en el pueblo fue tal, que el capellán romano se vio sin trabajo y puso pies en polvorosa (*apud* Rodríguez Domingo, 1997: 162).

Según Ariza merece mayor credibilidad la primera opción, ya que fue Luis Villaseñor, una especie de cacique local de Camuñas de orientaciones heterodoxas, quien, enemistado con las autoridades eclesiásticas del lugar, había puesto todo su empeño en introducir el credo evangélico entre sus paisanos (1985: 33). Lo que resulta aún más oscuro es el papel desarrollado por Tresserra en este curioso episodio. Dice Menéndez Pelayo que nuestro autor se contó entre una suerte de avanzada de misioneros racionalistas, de modo que más que integrar el grupo de prosélitos protestantes hubiese hecho un frente común con estos contra la presencia católica en Camuñas. Esta opción parece ser la más lógica si tenemos en cuenta que fue precisamente en este pueblo donde, al mismo tiempo que se inmiscuía en las disputas locales, Tresserra redactó el *Estudio crítico-filosófico sobre la cuestión de las cuestiones* (1871) al que antes aludíamos, en el que exponía un ideario netamente agnóstico.

7. LA PRIMERA REPÚBLICA ESPAÑOLA

El primer Gobierno de Amadeo de Saboya fue presidido por Serrano, quien formará un gabinete mixto de progresistas y conservadores. El Partido Republicano ejercerá una enconada oposición desde todos sus foros de propaganda, aunque la dirección oficial remarcará en todo momento su rechazo a la insurrección armada. No obstante, el sector intransigente irá cobrando cada vez más relieve y se atraerá las simpatías de buena parte de la militancia, de modo que la vía de la revuelta popular continúa latente y suma adeptos. Como explica Rolandi, pese al clima de enfrentamiento, el Directorio Federal Nacional encaró las elecciones de marzo del 71 con optimismo; confiaba en obtener una mayoría de votos que acabase por convertir los comicios en un referéndum sobre el mismo sistema parlamentario (2006: 28). Calculaban que en caso de un triunfo electoral del republicanismo las Cortes se verían obligadas a proclamar la República, lo cual habría supuesto en un mismo golpe la desautorización y deslegitimación del discurso político de los intransigentes. En ese sentido, el sector benévolo llevó a cabo una intensa campaña de concienciación del electorado dirigida a procurar la absoluta limpieza de las elecciones. Se pedía a todos los ciudadanos que se hiciesen responsables de denunciar las prácticas caciquiles que el Gobierno progresista no había querido erradicar. Sin embargo, de poco sirvieron sus advertencias, los comicios, como indica Rolandi:

Se celebraron finalmente entre los días 9 y 11 de marzo de 1871, en medio de una larga serie de arbitrariedades y de ya tradicionales trampas gubernamentales. El resultado final sería un nuevo triunfo de las candidaturas pro-gubernamentales (unionistas) y el escamoteo de la victoria republicana en cerca de 70 distritos electorales, sin que, no obstante, pudieran impedir que estos ganaran claramente en 31 distritos y obtuvieran más de 100 escaños en el nuevo parlamento (2006: 30).

Todo ello provocará la agitación de los sectores intransigentes del Partido, que denunciaron la inutilidad de participar en un sistema parlamentario corrupto y adulterado. Como apunta Carmen Pérez, entre el 30 de abril y el 17 de mayo, se celebró en Madrid la segunda Asamblea Federal, que presidió José María Orense, y a la que asistieron ciento treinta y un delegados llegados de cuarenta y tres provincias españolas. Pi y Margall y

Figueras actuaron como vicepresidentes, y Rodríguez-Solís, López Vázquez, Oleaga y Santos Manso como secretarios (2001: 44).

Tresserra no pudo tomar parte en la Asamblea, pues no regresaría a Madrid probablemente hasta el mes de junio, fecha en la que se publicó su estudio crítico-filosófico sobre la religión. Extremo que queda confirmado por la contraportada del folleto, donde se informa de que se vende en el domicilio capitalino del autor: Carrera de San Jerónimo 33. Todo indica que el catalán se incorporó de nuevo al sector intransigente; ya que su nombre no consta entre los más de cien republicanos que obtuvieron acta de diputado en estos comicios. Es decir, seguramente prorrogó su retraimiento personal para reintegrarse en el círculo de los clubes federales madrileños.

Entre marzo y mayo de 1871 se produjeron los episodios de la Comuna de París, que supondrán una suerte de experimento de federalismo popular⁸⁸. El Partido Republicano mostró al principio su apoyo moral a los sublevados, e incluso designó una comisión oficial formada por Nicolás Esteváñez, Fermín Salvochea, García López, Sardá, Sepúlveda y Ravella, con el objeto de observar de cerca los acontecimientos⁸⁹. Más adelante, sin embargo, el grueso del republicanismo marcará distancias con la Comuna al observar el giro anarquizante que iba adquiriendo y el desorden caótico en el que había sumido a Francia. En gran parte, estas posturas derivarán de una eficaz campaña llevada a cabo por la prensa conservadora de toda Europa, que, como apunta Hennessy, conseguirá trasladar a la opinión pública una imagen extraordinariamente negativa de la Comuna (1966: 155)⁹⁰.

Pocos meses después de sofocado el levantamiento comunal, la imprenta de Juan Martínez de Madrid publicará una novela titulada: *Los Rojos. La Revolución de 1871*, que aparece firmada con el nombre de Ceferino Tresserra. La obra consta de dos tomos

⁸⁸ Tras el armisticio entre Francia y Prusia, el Gobierno francés queda en una situación de debilidad y se ve obligado a aceptar las condiciones de Bismarck, que exige ocupar simbólicamente París. Ello provocará un alzamiento revolucionario el 18 de marzo de 1871 por parte de una población aguijoneada por la pésima situación económica del país, lo que había producido una carestía generalizada de alimentos, y por la eficaz propagación de los movimientos anarquistas y socialistas en París. La Guardia Nacional, milicias autónomas de composición popular que habían llevado el peso de la resistencia parisina contra el ejército prusiano, se rebelará contra el Gobierno de Adolphe de Thiers, presidente de la III República, que se retirará hacia Versalles con las tropas leales. La Guardia Nacional quedó así como el único gobierno efectivo de la capital francesa; su primera acción fue la de convocar elecciones a la Comuna. La experiencia duró apenas dos meses; finalmente, el ejército gubernamental de Versalles, muy superior en número y medios a los sublevados, penetró en la ciudad con facilidad para derrotar a la dispersa autoridad comunera, que se había organizado por barrios (*Nueva Enciclopedia del Mundo*, 1990, v. IX: 4272 a 4274).

⁸⁹ Como explica López Cerdón, los republicanos verán en el acontecimiento la aplicación del modelo federalista de Proudhon, es decir, la organización del poder desde un criterio municipalista y perfectamente democrático. Adolecían, a juicio de la historiadora, de información suficiente sobre lo que realmente estaba ocurriendo, de modo que interpretaban los hechos de acuerdo con sus propios ideales (1975: 397 a 415).

⁹⁰ Para la imagen de la Comuna en España durante 1871 véase también Álvarez Junco (1971), López Cerdón (1974 y 1975) y Solange Lissorgues (1995).

voluminosos; respecto al segundo de ellos, que está en nuestro poder, nos hallamos en condiciones de afirmar sin género de dudas que no es fruto de la pluma de nuestro catalán. Razones tanto de estilo como de contenido inclinan a sostenerlo. De un lado, el autor parte de la idea de confeccionar una novela de acción que tenga por escenario el París revolucionario; es decir, parece elegir este marco como un mero reclamo, y no como un elemento sustancial del argumento del libro. Por otro lado, la ausencia de una óptica republicana -el narrador simpatiza ligeramente con los comuneros, pero se desentiende de sus motivaciones- resulta manifiesta. Ambas circunstancias, si atendemos a la trayectoria descrita por la narrativa tresserriana en la década anterior, aparecen como una negación de la poética del catalán. Las dos bibliografías que venimos citando, la de Molins y la de Palau, incluyen *Los rojos* entre la producción novelesca de Tresserra (1972: 698); (1948-1955, v. VII: 112). Sin embargo, más autorizada a este respecto nos parece la referencia de Ferreras en su catálogo de novelista decimonónicos, que atribuye esta novela a Juan de la Puerta Vizcaíno al considerar que se trata de una continuación de una obra suya anterior: *El sitio de París* de 1870 (1972: 177). En todo caso, el primer tomo, del que no hemos hallado ejemplar, como señala Ferreras en el mismo lugar, pudo haber sido obra del catalán. El hecho de que otro autor y un editor se valgan del nombre de Tresserra para firmar el libro evidencia en todo caso que este gozaba de reconocimiento público como novelista⁹¹.

Respecto al Partido Republicano, cabe apuntar que el Directorio Federal surgido de la segunda Asamblea, y formado por Francisco Pi y Margall, José María Orense, Emilio Castelar, Víctor Pruneda, Roque Barcia, Fermín Salvochea y Adolfo Joarizti, insistirá en condenar cualquier intento de proclamación de la República por medio de las armas. Tal postura suponía en la práctica la anulación del Pacto Nacional que habían firmado todos los comités regionales hacía poco menos de un año y, según el cual, este recurso quedaba legitimado en caso de que se atropellasen las libertades y derechos fundamentales. Los intransigentes no dejarán de denunciar la pasividad de su Directorio ante la evidencia de que dicho supuesto se estaba produciendo. De ahí que cuando Castelar, en unas ambiguas declaraciones hechas en las Cortes, insinuó la disposición del Partido a colaborar e incluso a pactar con el Gobierno del general Serrano, la fricción entre las dos banderías se hizo inevitable. Periódicos como *La Igualdad*, que hasta entonces habían mantenido un criterio

⁹¹ El volumen que tenemos en nuestro poder sobrepasa con holgura el millar de páginas, y es producto de la suma de cuadernos de entregas. En su parte final incorpora, además, un anexo con diversos documentos verídicos sobre el proceso judicial abierto contra los comuneros. Estos rasgos son prueba de que la obra disfrutó del favor del público, circunstancia que impulsó al editor a prolongarlo de un modo que a todas luces resulta artificioso.

de conciliación, adoptarán a partir de ahora una clara política de inspiración intransigente; esto es, condenarán todo pacto con progresistas y moderados. La mayor parte de la prensa republicana de provincias se sumará a las críticas al Directorio Central. En muchas localidades se formarán comités que declaren su autonomía respecto a cualquier directriz emanada del aparato del Partido en Madrid. Como indica Rodríguez-Solís, únicamente continuaría como defensor de la política moderada del Directorio el periódico madrileño *La Discusión* (1893: 683); a cuyo frente se hallaba el inquietante Bernardo García.

La crisis dentro del republicanismo adquiere dimensiones preocupantes, y se exterioriza a través de la masiva convocatoria de manifestaciones federales por todo el país que tienen como objeto principal de su ira a la jefatura del Partido. En su biografía sobre Pi y Margall, Vera y González se ocupa de narrar una de las reuniones de los intransigentes de Madrid celebrada en el Circo Price; dice que en ella declararon la más absoluta oposición a todos los gobiernos de forma monárquica: “la única conducta conforme al honor, dignidad y razón de ser del Partido, que rechaza la benevolencia y expectación para con sus enemigos, por ser contraria a las aspiraciones e intereses que la República Federal ha de realizar”. Abogaban consecuentemente por el retraimiento en las elecciones para diputados a Cortes; y también por “la independencia del Partido Federal de toda jefatura” (1886: 356), lo cual suponía la confirmación de la ruptura definitiva con el Directorio. Vera y González menciona a los protagonistas de la reunión:

Hablaron en pro de la proposición Lacalle, **Tresserra**, Coll y Casaldueiro, que dijo que los republicanos no podían estrechar la mano de Ruiz Zorrilla, porque estaba teñida con la sangre de las víctimas de Jerez, Valencia y Málaga. García López pronunció un fogoso discurso diciendo que querían la libertad y la República como medio de llegar a la reforma social, que era el objetivo de la Revolución y abogó por el retraimiento en las próximas elecciones y se declaró contrario a toda jefatura (*ibíd.*).

El mismo escritor reproduce uno de los manifiestos que los intransigentes difundieron por la prensa republicana:

La actitud del Gobierno para con ciertas individualidades de nuestro Partido ha despertado pequeñas ambiciones, haciéndoles soñar con la alta investidura de diputados. Nosotros creemos que la inmensa mayoría del Partido está por el

retraimiento, que entraña la Revolución, y no por farsas cortesanas que serían ridículas sino fueran crueles. Podrá ser cierto lo que dicen algunos republicanos de que en la reunión del Circo no estuvo todo el Partido Federal de Madrid, pero nosotros nos atrevemos a preguntarles ¿y detrás de vosotros, quién está? En el Circo hubo más de 6.000 ciudadanos, y vosotros apenas llegáis a media docena, de suerte que la cuestión está todavía en pie, y al resolverla el Partido creemos que lo hacía en el sentido y con el criterio revolucionario que se notó en dicha reunión y que tan terrible efecto ha causado en las más elevadas regiones; prueba clara de que el tiro ha dado en el blanco y que el golpe no se ha dado en vano. En épocas como la presente la osadía, la audacia y el valor lo son todo, y nosotros no nos cansaremos de repetir aquí la célebre frase del gran Danton que encaja de molde en las críticas circunstancias por que atravesamos: “Republicanos españoles: audacia, audacia y siempre audacia” (*apud* Vera y González, 1886: 328).

El espíritu de la militancia de Tresserra asoma en las últimas palabras del párrafo. Vera y González registra estas acusaciones para más adelante refutarlas; en todo caso reconoce que: “la reunión del Circo fue la primera manifestación vigorosa de disidencia en el campo federal” (p. 327). Ilustres republicanos como Nicolás Estevanez y el general Juan Contreras, hasta entonces considerados incondicionales de Pi y Margall, se unirán a las proclamas de los intransigentes, lo mismo que la mayoría de la base popular republicana, descontenta por la ineficacia de la Revolución respecto a sus problemas más acuciantes.

En julio de 1872 la polémica cobraría aún mayor relevancia al manifestar Pi y Margall la conveniencia de presentarse a las elecciones que iban a celebrarse en abril de 1873. El presidente del Directorio esgrimía para ello el compromiso de Ruiz Zorrilla, que había sustituido a Serrano en la jefatura del Gobierno, de controlar y combatir toda irregularidad en los comicios; además de que, señala Rodríguez-Solís, para Pi constituía una inconsecuencia “haber acudido a las urnas con los gobiernos conservadores y no hacerlo con uno liberal” (1893: 683). Los intransigentes, como era de esperar, rechazaron la argumentación de Pi y decidieron boicotear con su abstencionismo la tercera Asamblea Federal Nacional que este había convocado.

Asimismo, celebraron una reunión paralela en la redacción del *El Combate*, periódico que abanderaba las tesis intransigentes, en la que se planteó abiertamente la necesidad de organizar sublevaciones armadas por todo el país. Consecuencia de ello serán los

levantamientos de octubre y noviembre del 72 en El Ferrol, Andalucía y Murcia, que fueron resueltos sin dificultad por las fuerzas del orden. Pi y Margall y otros diputados benévolo emitieron entonces en las Cortes un comunicado de condena contra sus correligionarios sublevados; en él se rechazaba toda actuación fuera de la legalidad vigente al considerar que esta respetaba las libertades y derechos propios de un sistema democrático. A partir de entonces, comenta Rolandi: “Los líderes intransigentes se decidieron, finalmente, a romper sus ya escasas ligaduras con el Directorio Federal, al que acusaron de estar sometido a la *«dictadura funesta de Pi y Margall»*, y crearon un Consejo Provisional de la Federación Española, con autonomía total” (2006: 37). El general Contreras fue nombrado presidente, García López, Nicolás Estévanez y Córdoba y López actuarían como secretarios. De este consejo emanó un manifiesto de un tono altamente injurioso con los benévolo que circuló por los ambientes republicanos. En él se declaraba la desvinculación absoluta de las directrices que emitiesen los diputados federales electos, a quienes se les acusaba de traicionar las bases del movimiento. Consiguientemente, se apostaba por el levantamiento armado como medio legítimo para proclamar la República. El Directorio de Pi contraatacó con un escrito en el que se insistía en la vía de la legalidad a través de los pactos puntuales entre ellos y con los demás partidos. La mayoría de los comités provinciales y locales republicanos del país desoyeron sus llamadas y se sumaron a las tesis defendidas por los intransigentes. A ello contribuyó en gran medida el anuncio del gobierno de Zorrilla de una nueva llamada a quintas de cuarenta mil hombres. Las sublevaciones carlista y cubana, que estallaron en el 72, habían provocado que se suspendiese el proyecto de ley que modificaba el sistema de reclutamiento, y que pretendía instaurar el servicio militar obligatorio masculino sin exenciones por pago. En *La Igualdad*, el 28 de septiembre de 1872, se lee el siguiente artículo, cuyo tono violento ilustra sobre el estado de la cuestión:

El incalificable proyecto de los 40.000 quintos, esa horrenda traición, propia sola de viles cortesanos de un extranjero imbécil, es un cartel de desafío arrojado a la faz de una nación noble y valerosa. Exigir al pueblo, después de tantas promesas y juramentos, 40.000 de sus más vigorosos y escogidos hijos para convertirlos en máquinas que a sangre y fuego sostengan el trono y el cadalso [...] es una insensatez que prueba la degeneración a que el indiferentismo y la división de los buenos ha arrastrado a nuestra pobre patria.

La llamada a filas encontró la desobediencia de gran parte de la población, de modo que tan solo se presentaron veintitrés mil individuos (Rolandi, 2006: 38). En este contexto de abierta división entre los intransigentes y benévolo, que parecía iba a conducir a una escisión definitiva del republicanismo, la sorprendente renuncia al trono español de Amadeo I de Saboya el 11 de febrero de 1873 aparcó las diferencias y produjo un nuevo reagrupamiento. Una vez más la unidad del movimiento venía impuesta por circunstancias externas y por pragmatismo político.

La espantada del rey italiano fue consecuencia de su hartazgo ante los desplantes y traiciones de aquellos que debían haber constituido su apoyo natural: los sectores monárquicos y los demócratas progresistas. A ello se sumaba su repulsa a las constantes manipulaciones a las que trataban de someterle los distintos jefes del Partido Radical: Rivero, Zorrilla y Martos. De este modo, las Cortes no tuvieron otra alternativa que propiciar la Primera República española. Pi y Margall, en un folleto sobre el reinado del rey saboyano, explicaba así la situación precaria en la que se había encontrado Amadeo I desde el inicio:

estaba a merced de los radicales, y los radicales poco menos que a merced de los republicanos. A la primera cuestión que el rey se quisiera sobreponer a sus ministros, o, no atreviéndose a tanto, se propusiera salvar de algún modo sus compromisos personales o la integridad de su conciencia, su caída era inevitable. Más de una vez había manifestado ya el deseo de abandonar el trono: lo avivaban, así la triste y difícil situación, como en las pasiones que en torno suyo surgían (1890: 53).

La proclamación de un régimen republicano satisfizo a un sector importante de la intransigencia, que desde entonces se mostrará favorable a actuar dentro de los cauces legales del sistema y a colaborar con los benévolo. Esta será la postura de Tresserra, quien, como apunta Vera y González, firmará un manifiesto del Consejo provisional de la Federación, junto con otros carismáticos republicanos como Fernando Garrido, Pérez Costales, Ramón Cala o Díaz Quintero, dirigido a la reconciliación del Partido Federal, y que, según el biógrafo de Pi, fue “de indudable importancia, así por el número como por la calidad de las adhesiones que había recibido, y estaba inspirado, sin duda, en el buen deseo de unir a benévolo e intransigentes” (p. 377). Tresserra, por lo tanto, se reintegra en la

oficialidad del partido, como demuestran tanto este manifiesto como su posterior asunción del cargo de gobernador civil de Soria.

A nuestro escritor siempre le había parecido “infamante” el sostenimiento de un monarca por unas Cortes que se autodenominaban democráticas. Lo que unido a los abusos e ilegalidades cometidas por los gobiernos progresistas había provocado su repetido retraimiento personal. El establecimiento de un sistema republicano, aún si su advenimiento no había sido demasiado ortodoxo, parece haber colmado sus expectativas políticas y haberle inclinado a acatar las reglas institucionales. No obstante, algunos de sus correligionarios intransigentes permanecerán fieles a las consignas mazzinianas, según las cuales la República solo podía instaurarse como consecuencia del empuje y clamor popular⁹². La española no había nacido así, sino gracias a la renuncia de un rey y con el voto obligado de una mayoría de diputados monárquicos. Además, tras la fuga de Amadeo, de acuerdo con la ley, las Cortes deberían haber sido disueltas, sin embargo, los progresistas radicales habían optado por proclamar la República inconstitucionalmente; según Hennessy, los federales intransigentes, movidos por la fiebre de la empleocracia, tan solo estaban dispuestos a aceptar “la República para los republicanos” (1966: 187).

El Directorio presidido por Pi acató la maniobra ilegal de los progresistas con la esperanza de legitimar la proclamación más adelante mediante un proceso de votación y de discusión en Cortes de una nueva Constitución federal. Pi y Margall justificaba así su apoyo al nuevo régimen:

Si en 1873 no hubiese habido en España republicanos, hubiera sido preciso improvisarlos. Aún habiéndolos, y no en corta cantidad ni desprovistos de muchos envidiables prestigios, fueron no pocos los monárquicos que sobre los restos aún calientes de la monarquía pudieron, sin asombro de nadie, proclamarse republicanos. Hombres hubo que habiéndose levantado consejeros de un rey, se acostaron ministros de la República. Vino la República sola, sin que nadie la trajese. La impusieron las circunstancias (1890: 58).

Esta postura del jefe federal exasperó a los diputados intransigentes más contumaces, que declararon una vez más su ruptura con el Directorio y se convirtieron en su principal oposición parlamentaria. Las masas republicanas se movilizaron por todo el país organizando

⁹² Véase Giuseppe Mazzini (2004), Mastellone (1994), Nozzoli (1984) y Ossani (1973).

manifestaciones multitudinarias; las más importantes fueron las convocadas permanentemente ante las Cortes de Madrid. El clima de desconcierto en el que se hallaban sumidos los partidos que habían apoyado la Constitución del 69, unido a la presión que ejercía la militancia federal, dejaba en evidencia que solo resultaría posible formar un gobierno de tinte republicano. Circunstancia que acataron los jefes progresistas; es decir, se vieron obligados a pactar con los federales y a formar un gobierno mixto. Figueras fue nombrado presidente del ejecutivo, mientras que Castelar, Pi y Salmerón ocuparon carteras ministeriales.

Una de las primeras medidas que adoptará el nuevo gabinete será la de abolir la ley de quintas y formar un ejército de voluntarios. En gran parte del país, los intransigentes se harán cargo de esta tarea, de modo que de facto se delegó en ellos la reorganización de la milicia nacional. Pero al contrario de lo que había supuesto el Gobierno republicano, como explica Hennessy, estas no se dirigieron a combatir al carlismo, sino que fijaron su prioridad en la construcción “desde abajo” de la República Federal (1966: 194). El 8 de marzo una parte del sector intransigente de Barcelona tratará de proclamar el Estado catalán; y en el resto del país se registrarán diversas huelgas y ocupaciones de tierras. Paralelamente, crece el descontento entre la oficialidad del ejército: a la ausencia de recursos en las arcas del Estado, que impide el cobro de sus pagas, se suma la histórica desconexión entre esta institución y un republicanismo que siempre les había contemplado con recelo. Todo ello provocará que en las altas jerarquías y la oficialidad castrenses la opción alfonsina comience a adquirir multitud de partidarios.

El 9 de marzo de 1873, Tresserra fue designado gobernador civil de la provincia de Soria por el gabinete presidido por Figueras. El decreto que lo ratifica lleva la firma de Pi y Margall, por entonces ministro de Gobernación⁹³. Según relata el mismo Pi y Margall, los nombramientos del primer Gobierno republicano, en coalición con los progresistas, se produjeron en un ambiente de tirantez continua; dice el catalán: “el simple nombramiento de un gobernador de provincia era motivo de largos debates” (1902, v. V: 336). Parece ser que en las filas de los federales se desataron las ambiciones personales por obtener un cargo público. Este fue el caso, según Vera y González, del feroz intransigente Córdoba y López, que a pesar de haber fustigado a Pi en los años anteriores desde las páginas de *El Tribunal del Pueblo* solicitó y obtuvo de este un gobierno de provincia (1886:427). Pi y Margall relata que Estévanez, siendo gobernador de Madrid, “asediado como todos los gobernadores

⁹³ “Ceferino Tresserra. Ministerio del Interior. Serie Personal”. 1873. Archivo Histórico Nacional. FF.CC. Legajo 4992.

de todos los tiempos por más o menos molestos pretendientes, tuvo la humorada de mandar escribir en la puerta de su despacho este letrero: «el gobernador no tiene ni destinos, ni dinero, ni nada que dar»” (1902, v. V: 115). Al respecto escribe el protagonista del episodio en sus memorias que los pedigüños en su mayoría no eran republicanos, sino “eternos pretendientes, los mosquitos de todas las situaciones, los cesantes de oficio, pues hubo personas que pidieron veinte veces un destino [...] Para darle un destino a un republicano había que sacarlo de su casa poco menos que a la fuerza como me había sacado Figueras a mí” (1903: 407).

Desgraciadamente, no tenemos noticias directas sobre las circunstancias en las que se produjo el nombramiento de Tresserra. La actualidad política del momento estaba saturada de asuntos mucho más trascendentes, por lo que hallar referencias en la prensa resulta imposible⁹⁴.

Los gobernadores civiles nombrados por las autoridades republicanas parecen presentar un perfil definido; según Hennessy, abundan entre ellos los abogados y médicos, pero “sobresalen la mayoría de periodistas federales: gran número de ellos fueron nombrados gobernadores civiles o embajadores; entre los primeros cabe mencionar a Flores García, Altadill, Tresserra, Clavé y del Val. Los diplomáticos incluían a Mellado, Martra, Robert y Fernando García. Garrido aceptó un puesto en Filipinas” (1966: 103). El mismo historiador apunta que de treinta y nueve gobernadores civiles nombrados por Pi, treinta y dos de ellos eran catalanes (p. 101). Pero no especifica si estas designaciones se corresponden con su mandato de ministro de la Gobernación o con el periodo durante el cual ocupó la presidencia del Gobierno; el primer cargo lo ejerció desde febrero a julio del 73, y lo simultaneará con el de presidente desde junio y hasta julio.

Para comprender cómo se fraguaban las designaciones resultan muy útiles las memorias de Nicolás Estévez, donde el republicano canario da cuenta de las circunstancias en que se produjeron sus nombramientos:

Pocos días después de proclamada la República me escribió el señor Figueras, presidente del Poder ejecutivo: “Contreras va a ser nombrado capitán general de Cataluña y quiere que vaya VD. a la misma capital de gobernador civil. Navarrete y otros señores piden que vaya VD. de gobernador a Cádiz. Yo creo

⁹⁴ Las noticias que se encuentran se limitan a reseñar el nombramiento. Como esta de *La Convicción* de Barcelona del 12 de marzo de 1873, donde se lee: “Madrid, 10 de marzo, a las 10:35 de la mañana. *La Gaceta* publica un decreto nombrando gobernador de Soria al señor **Tresserra** (don Ceferino)”.

que VD. debe reingresar en el ejército. Dígame VD. qué hacemos”. Le contesté: “Aceptaré el cargo civil en el que VD. considere que puedo servir útilmente a la República; pero no me hable VD. de volver al ejército, porque he renunciado para siempre a la milicia” (1903: 399).

Dice luego Estévanez que permaneció en espera de una resolución que no llegó. Pero la crisis ministerial del 24 de febrero - el gabinete radical quiso deshacerse sin éxito de los ministros republicanos Pi y Figueras y por ello se vio precisado a disolverse-, cambiará la situación dejando al propio Figueras al frente del Gobierno. Esa misma noche, de madrugada, el nuevo presidente mandará llamar a Estévanez para comunicarle que ha sido nombrado gobernador civil de Madrid, para tratar de frenar la sublevación realista que se estaba preparando en Barcelona (*ibíd.*). Asimismo, dice Estévanez que Figueras, antes de su espantada al extranjero, le ofrecerá también la cartera del ministerio de la Guerra (p. 437). Esto es, todo indica que las designaciones para los cargos de responsabilidad gubernamental dependían ante todo de una red de relaciones personales.

De cualquier modo, el nombramiento de Tresserra, que tuvo lugar bajo la presidencia de Figueras y que fue sucesivamente ratificada por sus sustitutos, Pi y Margall, Salmerón y Castelar, parece haber respondido más a una recompensa por su dilatada trayectoria en las filas del movimiento, que a una decisión basada en afinidades personales. Así inclina a pensar además el hecho de que Castelar, durante los últimos días de su mandato, nombrará a Tresserra gobernador civil de Salamanca; cargo que no obstante no pudo llegar a ejercer nuestro catalán por la prematura caída de la República.

Las prerrogativas de gobierno obligaban a los republicanos en el poder a cubrir tres tipos de cargos políticos de suma importancia: las carteras ministeriales, las gobernadurías civiles y las plenipotenciarias en el extranjero. El primero de ellos constituía el de mayor responsabilidad y relevancia y en principio se reservó para los gerifaltes del republicanismo. Así, los Castelar, Salmerón y Pi, antes de ocupar la más alta dignidad en el Gobierno pasaron por distintos ministerios. Pero del mismo modo, otros republicanos menos significados desempeñaron la misma función como Eleuterio Maisonnave, Ramón Pérez Costales, José Cristóbal Sorní o Federico Tapia. Hay que tener en cuenta que en el arco de diez meses, y debido a las frecuentes crisis de gobierno que se irán declarando, se nombrarán hasta una decena de gabinetes ministeriales distintos. Resulta muy aventurado concretar cuáles eran los criterios que guiaban los nombramientos, pero como decimos la inestabilidad del periodo y los continuos cambios parecen indicar que todo reposaba en las

relaciones personales entre los sucesivos responsables. Además de que no deben perderse de vista las indicaciones de Gregorio de Fuentes que antes citábamos según las cuales, a parte de la trayectoria política y la instrucción, desempeñaba un papel fundamental la posición económica del aspirante.

Son abundantes las anécdotas que se hallan en la crónica republicana, acerca de los nombramientos, como la de Flores García que dice:

Se dio el caso de nombrar un ministro únicamente porque era catalán y dicha región tenía que estar representada en el Gobierno. Por cierto, que aquel buen señor emprendió un viaje a la isla de Cuba para estudiar sobre el terreno las necesidades de su departamento y al llegar a la Habana se encontró con la noticia de que ya no era ministro (1913: 219).

Pi y Arsuaga, en la *Historia de España* que escribió al alimón con su padre, Francisco Pi y Margall, relata como este hubo de soportar las chanzas de los diputados al conocerse algunos nombramientos de su gabinete. Parece ser que en las paredes del Congreso algunos colgaban carteles en los que se escribía: ¿Quién es Pedregal?, ¿quién es Cervera?, ¿quién es Palanca?; hombres que recibieron el cargo de carteras ministeriales, y que si bien gozaban de la confianza de Pi y Margall, resultaban desconocidos en los pagos de la política nacional (1902, v. V: 186).

Ante tan repetidas e insólitas improvisaciones, según Flores García, en las filas del federalismo se instaló un estado de codicia generalizado: todos los diputados querían ser ministros, todo los militantes reclamaban un cargo en la Administración (1913: 219). Algunos como Bernardo García, del que antes nos ocupamos al hilo de sus rencillas con Tresserra, Fernando Garrido o Roberto Robert, fueron designados como embajadores españoles en el extranjero. Otros como Nicolás Estévanez pasaron de gobernadores civiles a ministros. Mientras que Antonio Altadill o Fernández y López ocuparon la misma dignidad que Tresserra durante todo el periodo⁹⁵. Es decir, resulta difícil establecer correspondencias claras entre las jerarquías de los cargos desempeñados, salvo el de los primeros escalones de

⁹⁵ Bernardo García ejerció como ministro plenipotenciario de España en Portugal, mientras que Fernando Garrido fue nombrado Intendente General de las Islas Filipinas, ambos ocuparon estos cargos desde marzo de 1873 hasta el golpe de Estado de Pavía el 3 de enero de 1874; Roberto Robert, en cambio, murió en Madrid justo antes de poner rumbo a Berna, donde debía haberse colocado al frente de la Embajada española en la República Federal de Suiza. Por su parte, Antonio Altadill, al hacerse con la gobernaduría civil de Murcia, hubo de acometer durante su mandato el espinoso asunto del Cantón de Cartagena; Fernández y López ocupó el puesto de gobernador civil de Pontevedra.

la jefatura – Castelar, Pi, Salmerón y Figueras-, y el peso real de sus ocupantes en el movimiento. Harían falta estudios específicos sobre esta materia de los que de momento no disponemos. Respecto al caso concreto de nuestro catalán, y en atención a sus servicios prestados al republicanismo patrio, su nombramiento como gobernador civil no parece que pudiera suscitar demasiadas controversias.

Tal puesto llevaba anejas una serie de prerrogativas de la máxima importancia respecto al territorio bajo su jurisdicción. El gobernador civil, según la definición que ofrece Mascareñas, era el jefe superior de una provincia y sus funciones correspondían a la esfera de la acción del Gobierno, representando así la máxima autoridad en la esfera local (1976: v. X: 639)⁹⁶.

El mandato de Tresserra comienza en el mes de marzo, aunque el decreto del gobierno que ratifica su nombramiento lleva fecha de 9 de abril⁹⁷. La situación del catalán no sería cómoda si tenemos en cuenta que Castilla y León, y en especial la provincia de Soria, pasaba entonces por ser una de las zonas de España menos afectas al republicanismo. Pérez Rioja resume el sentir colectivo de los sorianos durante este periodo a partir de dos notas dominantes: el franco rechazo hacia la idea republicana y la exteriorización del apego al tradicionalismo religioso (1985: 477). Resulta fácil imaginar que la acogida a un personaje como Tresserra, representante de la vanguardia ideológica del país y que poco tiempo atrás había publicado un folleto muy difundido contra la religión católica, fue todo menos cordial. Julio Valdeón destaca también, junto a la desidia general de los castellanoleoneses frente a la revolución, su actitud “enormemente timorata respecto al clero” (1986, v. IX: 40).

Gracias a la tesis doctoral de Soledad Iglesias González, dedicada a estudiar las condiciones socio-políticas y económicas en que se desarrolló el Sexenio Democrático en Soria, podemos conocer algunos pormenores de la actuación de Tresserra durante su mandato. En primer lugar, dice la investigadora que es Soria ejemplo de “ciudad que se mantuvo pasiva ante los acontecimientos y no es de extrañar siendo un lugar donde la

⁹⁶ Este cargo tuvo su origen en el Gobierno de José Bonaparte y fue recogido por primera vez en la Constitución de 1812. La denominación de gobernadores civiles data de 1834 y se alterna a lo largo de este siglo con el de gobernadores de provincia. Al tiempo de ejercer Tresserra el cargo, las prerrogativas las regula el Real Decreto de 30 de noviembre de 1833, en cuyas disposiciones se establece que el gobernador civil es el supervisor general de todos los poderes del Estado y la máxima autoridad sobre ellos en su territorio. Una Real orden de 26 de enero de 1850 aprobó una nueva instrucción dirigida a los gobernadores “que destacó la importancia del cargo y de los intereses que la ley les confía, y les recordó que la institución es tutelar, y tiene por principal objetivo la protección de los intereses morales, intelectuales y materiales del país, encomendados al celo, inteligencia y laboriosidad de los gobernadores” (Mascareñas, 1976, v. X: 631 y ss.).

⁹⁷ “Ceferino Tresserra. Ministerio del Interior. Serie Personal”. 1873. Archivo Histórico Nacional. FF.CC. Legajo 4992.

revolución fue impuesta desde arriba” (1989: 181). Es decir, que fue articulada en exclusiva por la Junta de Gobierno de la provincia, “pero en este caso de la capital pues todos sus componentes eran vecinos de la ciudad de Soria” (p. 171). La Junta estaba formada por los notables de la localidad: profesionales liberales, propietarios y comerciantes – siendo estos además un arco social muy minoritario en este espacio-; y, a diferencia de otros lugares, carecía de representación popular. La inmensa mayoría de los integrantes de la Junta Revolucionaria procedían de las filas del progresismo monárquico y del unionismo (*ibíd.*); circunstancia que a su vez contribuiría a complicar la acogida a un político como Tresserra. En suma, Soria era, en palabras de Soledad Iglesias, una típica “ciudad provinciana rural” (p. 70)⁹⁸. Respecto al Ayuntamiento de la capital al tiempo de comenzar Tresserra su mandato, dice Iglesias que, pese a que habían penetrado en él algunos elementos republicanos, también mantenía un claro dominio de monárquicos progresistas (p. 308).

Al hacerse cargo del Gobierno civil de Soria, el catalán, con motivo de la insurrección de los radicales, se dirige el 24 de abril a los ciudadanos de la provincia dando cuenta de lo ocurrido y comunicando la disolución de la Comisión permanente de las Cortes. Así terminaba el comunicado:

Ciudadanos: Demos gracias a la Providencia porque no se ha derramado ni una gota de sangre para dominar el conflicto a que los eternos enemigos del orden querían entregar a esta Nación tan celosa de sus derechos y tan firmemente resuelta a defender sus nuevas instituciones. ¡Confianza en el Gobierno que vela paternalmente sobre tan sagrados intereses! ¡Hoy más que nunca, QUE RESUME EN SU MANO TODOS LOS PODERES, debemos prestarle nuestro leal concurso! Ciudadanos: La República es símbolo de orden, de paz, de fraternidad; es lábaro de redención para todos los que sufren; es esperanza inmaculada de la justicia social.

⁹⁸ Dice esta historiadora que durante los años del Sexenio Soria capital no logra superar los 6.000 habitantes. La estructura socio-profesional de la ciudad refleja asimismo un ambiente más propio de una localidad rural que de una capital de provincias: el veinte por ciento son artesanos, un cuatro clérigos, y un veinticuatro sirvientes; las profesiones liberales representan tan solo el cinco por ciento, mientras que jornaleros y labradores cuentan cada uno con un nueve por ciento (p. 106 a 157). Los datos de las elecciones de 1869 en Soria capital, por ejemplo, dio los siguientes resultados: monárquicos-demócratas 2.315 votos; 650 para los absolutistas, y tan solo 249 para los republicanos. En el total de la provincia el sesenta y nueve por ciento de los sufragios fueron para los gubernamentales, y el treinta para los absolutistas, siendo prácticamente nula la presencia de republicanos (p. 200). Es decir, Soria se contaba entre las provincias españolas más reacias al ideario federalista.

Habitantes de la provincia de Soria: ¡Viva la República!, ¡Viva el Gobierno de la Nación! ¡Viva el heroico pueblo de Madrid! (*apud* S. Iglesias, 1989: 321).

Para reconstruir este episodio de nuestro autor asimismo resulta muy útil, sobre todo en lo relativo a la “intrahistoria” de su mandato, el escrito que venimos citando de Flores García, quien vivirá una experiencia similar. Este destaca el ambiente adverso en el que se producían las tomas de posesión de los gobernadores republicanos, ya que “llegaban a sus provincias respectivas y se encontraban con unas diputaciones y unos ayuntamientos de la situación anterior, que les eran completamente hostiles y que ni siquiera se tomaban la molestia de disimular su hostilidad” (1913: 173). Flores García, en un primer momento actuó como secretario de Francisco Jiménez de Guinea que fue nombrado gobernador civil de Guadalajara; este era un “discípulo de Salmerón, buen escritor, también periodista”, es decir, de un perfil parecido al suyo propio (p. 183). Jiménez de Guinea ante los numerosos desplantes y desacatos a su autoridad decidió encarcelar al pleno del Ayuntamiento y a la Diputación de esta ciudad. La gravedad del asunto hizo que Pi y Margall le llamase a Madrid; para aplacar la polémica periodística que había despertado el caso el presidente envió al susodicho a Cádiz a ejercer el mismo puesto. Flores, en ausencia de Jiménez de Guinea, ejerció como gobernador civil de la ciudad manchega durante todo el periodo republicano (p. 187).

Las distintas anécdotas que relata sobre su experiencia giran en torno al ambiente extremadamente adverso que encontró, y sobre el entramado de relaciones caciquiles con el que tuvo que lidiar a lo largo de su mandato. Así, cuenta que se le presentó en su despacho un ex bandido, José Ayllón, indultado por Isabel II justo antes de su exilio, y que había sido nombrado guarda mayor de la Diputación junto con otros ex bandidos de su cuadrilla, que actuaban como su escolta personal. El Gobierno provisional le había asignado dicha tarea, y luego los sucesivos gabinetes tuvieron a bien mantenerle en su puesto porque resultaba muy útil para controlar los procesos electorales. Escribe Flores: “Muchos pueblos de la provincia, todos los cercanos al Valle de la Alcudi, votan por unanimidad lo que quiere Joselito, unas veces por simpatía y otras por miedos” (p. 191). El arraigo de esta clase de prácticas fue una de las máximas preocupaciones de los republicanos, que durante su etapa de gobierno ensayaron distintas medidas para erradicarlas.

Antes de las elecciones de mayo del 73 las autoridades federales enviaron una circular a todos los gobernadores civiles para que velasen por el escrupuloso seguimiento de la ley

electoral; y para que impidiesen el nombramiento de candidatos oficiales. Decía Pi y Margall:

No tiene el ministro que suscribe por el mejor de los gobernadores al que procure el triunfo a más candidatos adictos a la causa, sino al que sepa conservarse más neutral en medio de la contienda de todos los partidos. El que más respete la ley, el que mejor garantice el derecho de todos los candidatos y la libertad de todos los electores, ese será el que se muestre más merecedor de gobernar una provincia. No ha venido la República para perpetuar abusos, sino para corregirlos y extirparlos (Pi y Margall, 1902, v. V: 160).

Asimismo, el ministerio de Gobernación de la República emitió un decreto mediante el cual se rebajaba la edad de 26 a 21 años para ejercer el derecho de sufragio. Tresserra enviará una serie de circulares el 2 de mayo a los alcaldes y los presidentes de mesa de los distritos electorales, en las cuales establecerá una batería de disposiciones dirigidas a salvaguardar las instrucciones de Pi sobre la neutralidad y legalidad que debía imperar en los comicios (Soledad Iglesias, 1989: 315).

No obstante, parece ser que numerosos republicanos no tuvieron en cuenta las consignas de Pi y Margall. Leemos en la *Historia de España* de este:

Entre algunos gobernadores se estableció un pacto para apoyarse mutuamente. Triunfaron veintiuno. No era posible romper por completo con el pasado. No pudo la neutralidad del Gobierno evitarlo todo. Contó mas de una vez el señor Pi y Margall, al que esto escribe, que si el ministerio de la Gobernación estuvo desierto durante los días de las elecciones, no pudo evitar que el telégrafo funcionase constantemente. Había desahuciado desde luego a todos los pedigüenos de actas, pero los gobernadores le preguntaban constantemente sobre quienes eran sus candidatos predilectos. El señor Pi contestaba a todos que no apoyaba el Gobierno a ninguno y que se atuvieran los jefes de las provincias a la circular del 5 de mayo. No eran pocos los gobernadores que insistían hasta rayar en la pesadez. Hasta tal punto, decía el señor Pi y Margall, tiene este pueblo arraigado el hábito de la servidumbre (1902, v. V: 164).

Algunas informaciones sitúan a Tresserra en el grupo de estos gobernadores corruptos, aunque los datos aparecen algo confusos. Soledad Iglesias, que hace eco del suceso, dice que Francisco Gómez Cuartero, gobernador civil de Guadalajara pactó con Tresserra el cambio de circunscripciones, esto es, el catalán se presentaría como diputado por Guadalajara, mientras que el otro haría lo propio por Soria (1989: 317). Sin embargo, como vimos, fue Flores García quien ejerció esta dignidad en Guadalajara durante todo el Sexenio, en ausencia de Jiménez de la Guinea, y no Gómez Cuartero. Asimismo, Carmelo Romero en su estudio sobre los diputados presentados en Soria a lo largo de la historia parlamentaria no registra para este periodo correspondiente ni el nombre de Tresserra ni tampoco el de Gómez Cuartero (1980, v. II: 280)⁹⁹. Sin embargo, sí lo hace el más fiable *Índice histórico de diputados* del Congreso, que adjudica a Gómez Cuartero una acta entre el 10 de mayo de 1873 y el 8 de enero de 1874 por la circunscripción y el distrito de Soria; pero no a Tresserra, que sencillamente no consta que haya ocupado un escaño en la Cámara Baja española (*Índice histórico de diputados*, 2007).

No hemos logrado hallar más información respecto a este episodio salvo una referencia del conde de Romanones, pero la distancia de los hechos sugiere que se vale de otras fuentes. En tal escrito, relativo a los cuatro presidentes federales de la Primera República, dice el famoso parlamentario:

puestos de acuerdo quince o dieciséis de ellos [gobernadores civiles], resultaron elegidos Diputados por el sencillo procedimiento de que el gobernador de Soria hacía elegir Diputado al gobernador de Guadalajara y el de Guadalajara al de Soria y así hasta el número que hemos dicho. Pi hasta pasadas las elecciones no se enteró de este truco, y eso que no se separaba de él una cartera donde llevaba apuntados todos los nombres de los candidatos (1939: 70).

Las elecciones constituyentes de mayo de 1873, con una abstención del sesenta por ciento y el retraimiento de los políticos monárquicos, habían propiciado el triunfo del federalismo y la proclamación de Pi y Margall como presidente de la República en junio del

⁹⁹ Para las elecciones de mayo de 1873, periodo en el que debería haberse producido el cambalache de actas los diputados electos por Soria en sus distintas circunscripciones, fueron elegidos: por el distrito de Almazán, José Matías Belmar; por Burgo de Osma, Joaquín Castelló y Castro; por el distrito de Soria: Basilio de la Orden Oñate y Ramón Benito Aceña; y por el distrito de Ágreda: Joaquín Boceta (1980, v. II, 280).

73¹⁰⁰. Aunque este hecho despertó cierto optimismo entre las filas del Partido Republicano, el panorama económico, político y social del país pronto les devolvería a una realidad nada halagüeña. A las guerras de Cuba y las insubordinaciones carlistas, se sumarían los levantamientos cantonales llevados a cabo por sus mismos correligionarios. Para tratar de sofocar los numerosos puntos de conflicto, además, los republicanos contaban con unos mandos del ejército que no controlaban y que incluso les eran francamente contrarios. Las arcas del Estado se hallaban vacías, lo que imposibilitaba llevar a cabo las reformas sociales que habían prometido; circunstancia que amenazaba con dilapidar la confianza de la masa social que les había apoyado. Como explica María Victoria López, no menos importante resultó ser el aislamiento internacional que padeció España en las esferas diplomáticas; tan solo Suiza y Estados Unidos reconocieron oficialmente la legitimidad de la República española. A su vez, dentro de este contexto adverso, el rumbo político que tomaba Europa, con la hegemonía recién conquistada por Alemania, representante de un nacionalismo monárquico y belicista, desautorizaba el proyecto europeísta y republicano del que el Gobierno federal español se tenía a sí mismo por depositario (1980: 134). Los recientes sucesos de la Comuna de París, y el auge que cobraba la Internacional obrera, asustaban a las clases medias y altas de Europa, que llevaban asistiendo durante a décadas a una feroz campaña de satanización, orquestada fundamentalmente por la prensa conservadora, contra unos movimientos populares que azotaban la estabilidad de los regímenes liberales. En España, los episodios cantonales serán equiparados a los de la Comuna buscando interesadamente endosarle a estos todos los desmanes violentos que habían acaecido en París.

Como colofón a la desbordada situación de desgobierno del país, el Partido Republicano, que debía encarar desde el poder los distintos frentes abiertos, culminará en el momento más inoportuno el proceso de desmembramiento que les había amenazado desde su fundación. Como explica Hennesy, a fines de mayo, el federalismo se reorganiza en distintas facciones; a la derecha se sitúan Castelar y Salmerón; en la izquierda radical Roque Barcia y Contreras; mientras que aquellos que, en principio, representaban una suerte de opción intermedia y potencialmente conciliadora, en realidad, se hallaba integrada por hombres de fluctuante trayectoria, como Estévanez, García López, José María Orense o Ramón Cala; quienes, en todo caso, serán los principales apoyos de Pi (1966: 234). Las

¹⁰⁰ Las elecciones se caracterizaron por la apatía de la población, retraimiento y escaso apoyo a los federales. Los republicanos obtuvieron trescientas cuarenta y tres actas. Dice Hennesy que 26 de los 49 gobernadores civiles fueron elegidos diputados (1966: 194)

máximas preocupaciones de este al frente del ejecutivo serán, como apunta Jutglar, “restaurar el orden, proceder a un mínimo de reformas indispensables, resolver las tres o cuatro cuestiones de mayor urgencia y, especialmente, poner en marcha – con la mayor rapidez posible- el mecanismo capaz de elaborar una nueva Constitución a fin de dejar sin pretextos a los intransigentes cantonalistas” (1975, v. I: 505). Al tratar de aplicar sus políticas, Pi hallará toda clase de trabas por parte de unas Cortes que, para su desconcierto, eran de mayoría federalista. Sus reformas no satisficieron a nadie y la propaganda de la Internacional empezaba a escamotearle apoyos dentro un campesinado, que descontento por la carestía alimentaria, estaba llamado en principio a constituir su principal sostén social.

En distintos lugares del país estallan revueltas populares, que serán alentadas tanto por la desesperante situación económica, como por algunos sectores de la intransigencia que se muestran impacientes por proclamar la Federación. Ante las insurrecciones cantonales de Alcoy y Cartagena, a las que seguirán otras en Andalucía, el 13 de julio Pi enviará una circular a todos los gobernadores civiles del país en la que les insta a mantener el orden vigente con firmeza. Decía así: “Obre V. S. enérgicamente en esa provincia. Rodéese de todas las fuerzas de que disponga, principalmente de las de voluntarios, y sostenga a todo trance el orden”; a continuación, el presidente de la República les pone el ejemplo de la milicia de voluntarios de Madrid, “todos sus comandantes, sin excepción, han ofrecido su apoyo a las Cortes y al Gobierno, para sostener la tranquilidad y salvar la República Federal contra todo género de perturbadores” (Pi y Margall, 1874: 148). En prevención de los escrúpulos que pudiesen asaltarles, pues a menudo los sediciosos eran correligionarios y amigos del partido, les decía Pi: “V. S. puede, por lo tanto, obrar sin vacilación y con perfecta conciencia”, pues justifica, “el sistema político ofrece todos los derechos” (p. 149).

Flores García cuenta que recibió un telegrama privado de Pi y Margall para que apresase a un cantonalista, José García Villmor. Las leyes, no obstante, prohibían la detención nocturna y alevosa que aconsejaba el presidente. El joven republicano no quería transgredir la normativa y pensó en dimitir; finalmente, llegará a la conclusión de que encarcelar al rebelde era el único camino posible para mantener la legalidad, aunque para ello antes tuviese que conculcarla (1913: 119 a 223). Flores García usa esta paradoja como alegoría de lo que fue el mandato republicano: por un lado, atrapado en una moralidad y legalismo de los que habían hecho su bandera, y, por el otro, viéndose obligados a aplicar esa rigurosidad contra sus propios correligionarios.

Aunque en Soria los escasos republicanos intransigentes del lugar no protagonizaron intentos de insubordinación contra la República, parece ser que Tresserra también hubo de

afrontar situaciones que pusieron a prueba sus convicciones personales. Durante toda su carrera política se había significado como un acérrimo opositor de las quintas y, sin embargo, debido al estallido de revueltas por todo el país, se verá obligado a acatar la movilización de la República de 80.000 hombres de la reserva. Dice Soledad Iglesias que se desconoce si se presentaron voluntarios sorianos para formar el ejército, “aunque creemos que no sería así por las dificultades que hubo en Soria para la declaración de mozos útiles para la reserva” (1989: 342). El único modo de formar el contingente era pasar por las operaciones tradicionales de la quinta, que incluía entre otras disposiciones la declaración de mozos útiles ante la Comisión provincial. La de Soria había solicitado al Gobierno de la República, explica Iglesias, la suspensión de esta llamada; y Tresserra se verá obligado a emitir una circular de denegación de la demanda, en la que asimismo convocaba a todos los ayuntamientos para que hiciesen la presentación de mozos útiles ante la Comisión provincial (p. 343). Estos son los términos extremadamente duros en los que Tresserra mediante comunicación oficial se dirigía a los insumisos:

Dado principio en el día de hoy a la declaración de mozos útiles para la reserva con los del Ayuntamiento de esta capital, se ha promovido un conflicto que podría comprometer el orden público. Entregados al Tribunal de Justicia los que aparecen culpables, se procede a la instrucción del sumario para que caiga sobre ellos el peso de la ley [...]; y el que de cualquier modo que sea, interrumpa aquellos actos o intente perturbar el orden público, será sometido a la acción de la justicia sin consideración de ningún género, pues estoy resuelto a reprimir con mano fuerte toda tentativa de desorden y que el imperio de la ley sea una verdad (*apud* Iglesias, 1989: 343).

Finalmente, las exenciones que establecía la nueva normativa de las quintas, como las circunstancias de pobreza o ser hijo de viuda, hará imposible el reclutamiento de soldados: solo catorce mozos pudieron ser declarados útiles en la ciudad de Soria (p. 345).

Los levantamientos a los que hubo de hacer frente Tresserra como gobernador civil fueron exclusivamente de signo reaccionario. La proclamación de la República en febrero tuvo como efecto inmediato el del recrudecimiento de las partidas carlistas, sobre todo en las zonas del país en las que contaban con más adeptos, como era el caso de Soria. Como dice Soledad Iglesias: “Son numerosas las invasiones carlistas en estos años por la provincia,

recorriendo los pueblos, no infructuosamente, ya que robaban caballos y armas y pedían raciones y bagajes a los vecinos” (1989: 349).

Se dio una estrecha relación entre la popularidad carlista y el ascendente del clero sobre la población. De modo que en lugares como Castilla León, donde la Iglesia gozaba de una considerable influencia, sus ministros se mostraron activamente reacios a acatar la nueva legalidad, sobre todo en lo concerniente a las disposiciones normativas que afectaron a sus antiguas prerrogativas y privilegios. Caso paradigmático de ello lo representa Isidoro Gutiérrez, el gobernador civil de Burgos, que fue nombrado por el Gobierno provisional al principio del Sexenio. Como todos sus colegas, recibió una circular de Madrid el uno de enero de 1869 en la que se le ordenaba la incautación de los archivos, bibliotecas, gabinetes y demás colecciones de ciencia, arte o literatura que estuviesen a cargo de las catedrales, cabildos, monasterios y órdenes militares. Los carlistas se opusieron al decreto e hicieron una llamada a sus partidarios para que no acatasen la orden. Cuando Isidoro Gutiérrez se disponía a cumplir con su deber, para lo cual se había personado en la catedral de Burgos, unos exaltados, explica Julio Valdeón, “acometieron con tal furia al gobernador civil que este cayó al suelo y, atándole del cuello con una faja, fue arrastrado hasta sacarle fuera del templo por la puerta del sarmental y fue cosido a puñaladas” (1986: 42). Ibo Alfaro da noticia de un suceso similar ocurrido el 24 de marzo de 1870: el obispo del pueblo soriano de Osma hubo de ser arrestado “con gran aparato de la guardia civil, y se le condujo a Madrid” debido a su escandalosa oposición a acatar la Constitución del 69 (1871: v. I, 705).

Sobre este obispo, de nombre Pedro María Laguera, explica Soledad Iglesias que al principio de la Revolución mantuvo una actitud cautelosa respecto a la nueva situación. Sin embargo, cuando de las Cortes revolucionarias comenzaron a emanar leyes tendentes a recortar la autoridad y dominio del clero en la vida pública, planteó una abierta batalla de oposición. Así, desde su púlpito exigió a los gobernadores civiles que respetasen “la santidad de la vida religiosa y la legitimidad de los derechos que asisten a las comunidades que la profesan” (*apud* Soledad Iglesias, 1989: 223). En todas las pastorales que envió este obispo al clero y a los fieles de la diócesis, explica Soledad Iglesias,

se ve una constante preocupación por los escritos y los libros heréticos que atentan contra la religión católica y la Iglesia; condena y prohíbe todos los escritos que circulan por sus diócesis, se refiere en especial a folletos de Roque Barcia, *Los miserables* de Víctor Hugo, *La judía errante* de **Ceferino**

Tresserra, la *Vida de Jesús* de Renan y un folleto de Julio Llorente Peñafort (p. 225).

Ante tales salidas de tono del clero, Ruiz Zorrilla, actuando en calidad de ministro de Gracia y Justicia, lanzará un decreto, dirigido a los arzobispos, obispos y gobernadores eclesiásticos del país, para que mantengan informado al Gobierno sobre sus acólitos rebeldes, es decir, sobre aquellos que en sus homilías incitaban a la desobediencia a las leyes. Trataba así el ministro de controlar a los elementos carlistas que actuaban en connivencia con ciertos sectores de la Iglesia. El arzobispo de Osma, en una vehemente misiva, contestará a Ruiz Zorrilla que tal precepto violaba lo establecido en el Concordato firmado entre España y la Santa Sede. La reacción del Gobierno de Madrid no se hizo esperar, y Jose María Laguera fue detenido el 24 de febrero de 1870 (p. 229). Se perdió así la oportunidad de que pronunciase lo que habría sido un memorable sermón sobre el nombramiento como gobernador civil de su provincia de Ceferino Tresserra, cuyas novelas, como decía Soledad Iglesias, prohibía leer a sus fieles.

Estos sucesos acreditan la importancia del carlismo en la provincia de Soria. Burgo de Osma era su foco más relevante: en la temprana fecha de agosto de 1869 se había registrado en una intentona de sublevación. De hecho, la única oposición a Amadeo I que se formuló en esta región procedió de los partidarios del infante don Carlos, no de los republicanos, que eran prácticamente invisibles en la zona. Para formarse una idea acerca de la dificultad que entrañaba instaurar la nueva legalidad en Soria resulta útil el dato que ofrece Soledad Iglesias, que dice que tan solo durante el reinado de Amadeo I se sucedieron en el cargo de gobernador civil hasta seis ejercientes (1989: 232).

Tresserra durante su mandato se verá obligado a lidiar continuamente con las partidas carlistas. En marzo será capturada una en el pueblo de Olmillos, circunstancia que comunica el alcalde de Burgo de Osma a Tresserra. Durante abril, la provincia de Soria se convertirá en lugar de paso de fracciones carlistas procedente de regiones limítrofes, registrándose numerosos incidentes en distintos puntos de su territorio (Soledad Iglesias, 1989: 350). El Gobierno central de la República dicta disposiciones extremas dirigidas a castigar a todos aquellos que presten algún tipo de ayuda a los insurrectos; de ellas se hará eco Tresserra en sus circulares. En una del 12 de abril de 1873 advierte de que se ve precisado a perseguir y castigar con dureza a los integrantes de una avanzada carlista que habían asesinado al sobreguarda de montes del Estado Ildelfonso Garrido; dice así:

El Ayuntamiento, el alcalde, el cura párroco, el juez municipal y todo el vecindario de Muriel de la Fuente se ha hecho cómplice implícitamente del crimen tan horrible como incalificable en el mero hecho de no haber defendido por todos los medios la vida del inocente Garrido, que deja en la más espantosa miseria a su infeliz viuda y cinco hijos de menor edad. Conducta tan inhumana como incalificable no puedo dejarla sin castigo inmediato gubernativo para que sirva de escarmiento a los que por apatía, amor a ciertas ideas o cobardía imiten el ejemplo de Muriel de la Fuente (*apud* Soledad Iglesias, 1989: 587).

En verano, los carlistas consiguen importantes triunfos, el Gobierno republicano autoriza a las diputaciones provinciales a establecer tributos de guerra a los insurrectos. Tresserra, dice Iglesias, “propone que se estudie la forma para que los pueblos rechacen a las pequeñas partidas “que continuamente acuden a proveerse de dinero, raciones y caballos”, e insta a que se imponga “una contribución de guerra a los carlistas y que se lleven a cabo las fortificaciones oportunas en la capital y en los pueblos de la provincia” (1989: 353)¹⁰¹.

En lo que respecta al panorama general, cabe apuntar que Pi y Margall, desde el Gobierno, según su propia versión, trató de conciliar a las distintas facciones del partido, pero que los elementos intransigentes se lo impidieron siempre oponiéndole toda clase de trabas y exigencias inasumibles. El 18 de julio, el presidente, acosado por la crítica situación que atraviesa el país, presenta su dimisión. Los federales pimargallianos, una vez caída la República, al relatar lo sucedido responsabilizarán del fracaso ante todo a sus propios correligionarios. El mismo Pi y Margall delineará las pautas de esta interpretación en *La República del 73. Apuntes para escribir su historia*. Al comienzo de la obra se lee: “Volvía los ojos hacia mi partido, y no veía sino dudas, vacilaciones, desconfianzas, cuando no injurias” (1874: 4).

Hennessy, evidenciando una óptica afín a la del federal dimisionario, explica cómo transcurrieron los meses siguientes:

¹⁰¹ Tresserra elabora una suerte de decreto con seis artículos y otro adicional. Sirva como ejemplo del tono del enunciado el siguiente artículo: “Vienen obligados a la contribución e indemnización de que habla el artículo anterior, todos y cada uno de los que residan en ese término municipal, así de la matriz como de los agregados. Los carlistas que se hallen en el caso que expresa el final del primer párrafo del artículo precedente pagarán doble cuota de la que se imponga a los liberales. Las Contribución será girada en proporción a la riqueza imposible de los que hayan de contribuir, y los que no la tuvieran en los amillaramientos, pagarán la cantidad que estime conveniente la Comisión con arreglo a los signos exteriores de la riqueza (*apud* Soledad Iglesias, 1989: 576).

Durante el resto de 1873, el conflicto fue mantenido entre aquellos que, siendo federales solo de nombre, estaban dispuestos a sacrificar el federalismo en aras de una política de orden, y aquellos cuyo federalismo era el amargo fruto de la desilusión y de la ambición frustrada y que no tenían nada que perder con la cruel explotación de los temores y agravios locales (1966: 222).

Una vez sofocadas la mayor parte de las revueltas cantonalistas, los esfuerzos de los insurgentes se concentraron en el irreducible cantón de Cartagena. Nicolás Salmerón, sustituto de Pi en la presidencia, había recurrido al ejército para reprimir los levantamientos de Levante y Andalucía. Correrá la misma suerte que su antecesor: dimitirá del cargo apenas mes y medio después de haberlo asumido para no tener que firmar la pena de muerte de dos correligionarios. Castelar tomó las riendas de la República y dirigió todas sus energías a someter a los rebeldes. Martínez Campos y Manuel Pavía, los dos militares al mando del ejército estatal encargados de pacificar al país, se erigieron así como los árbitros de la situación política, y, a la postre, optarán por prescindir de Castelar. El 28 de diciembre tiene lugar el golpe de Estado de Martínez Campos. El 3 de enero de 1874 el general Pavía convoca una reunión para formar un Gobierno nacional de conciliación bajo presidencia de Francisco Serrano; alfonsinos, radicales y conservadores, más el republicano unitario García Ruiz, serán los encargados de preparar la vuelta de la monarquía borbónica.

Entre la dimisión de Pi y Margall como presidente del Gobierno y la caída de la República, el mandato de Tresserra como gobernador civil continuará girando en torno a la sofocación del conflicto carlista. Bajo el Gobierno de Castelar el ejecutivo intensificará sus acciones represivas tomando medidas extraordinarias de guerra autorizadas por las Cortes. Nuestro catalán emitirá numerosos comunicados a los sorianos llamándoles a la colaboración. Algunos de estos documentos, por su desubicado lirismo y su vena filosófica, recuerdan ciertamente a los folletos y ensayos políticos del autor. Dice en uno de ellos:

Dignificado el ciudadano español por la más grande de las revoluciones, enaltecido por la consagración de los DERECHOS DEL HOMBRE torpemente negados hasta entonces, derrocado el imperio de las monarquías que le tiranizaban y empobrecían, caído el poder de la teocracia que pervertía su conciencia en infames supersticiones; hoy, todos estos elementos del mal congregados en las agrestes montañas del Norte y en los formidables desfiladeros del Este, a la sombra de una bandera negra como su conciencia y

manchada de generosa sangre rugen con inaudito esfuerzo al contemplar perdida su última esperanza y desvanecerse como una sombra sus locas ambiciones. Es que do quiera sea una realidad la proclamación de los DERECHOS DEL HOMBRE, do quiera que las cadenas de la conciencia hayan caído rotas y despedazadas, allí no vuelve a brotar ni a germinar el fruto de estas dos grandes maldiciones: EL DESPOTISMO Y LA TEOCRACIA (*apud* Soledad Iglesias, 1989: 581).

La suerte de Tresserra corre paralela a la del movimiento federal. Como apuntábamos, bajo el mandato de Castelar, el 20 de diciembre de 1873, es nombrado gobernador civil de Salamanca, cuando Eleuterio Maisonnave es el ministro de Gobernación. El documento tiene fecha de 30 de diciembre del 73, y es firmado por Castelar al día siguiente, aunque aparece timbrado el 13 de febrero del 74. Sin embargo, el pliego que contiene la dimisión de Tresserra, que es aceptada por Francisco Serrano, lleva fecha del 31 de enero del 74¹⁰². Lo más probable es que nuestro escritor ni siquiera llegase a ocupar el cargo en Salamanca; ello quizá explique la demora de casi un mes que se produce entre la salida de Castelar y su renuncia. Seguramente se debió a un mero formalismo necesario para nombrar a un dirigente acorde con el Gobierno de conciliación de Serrano.

¹⁰²Ceferino Tresserra. Ministerio del Interior. Serie Personal”. 1873. Archivo Histórico Nacional. FF.CC. Legajo 4992.

8. LA VUELTA DE LOS BORBONES

La inestabilidad política del Sexenio con sus frenéticas sucesiones de gobiernos impidió llevar a cabo la tarea reformadora que tanto había esperanzado al país. Su fracaso fue ante todo el de la burguesía progresista y el de las corrientes de pensamiento idealista de signo republicano.

El nuevo régimen, tras derrotar definitivamente al carlismo, reducir a los cantonalistas y lograr la momentánea pacificación de Cuba, se presentó a sí mismo mediante sus órganos de propaganda como el garante del orden y la paz social, generador de un desarrollo económico sostenido y, ante todo, como el único sistema posible de acuerdo con la historia del país. La conciliación de un amplio sector de la clase política conllevó una nueva institucionalización del fraude electoral. El caciquismo rural y el clientelismo se consolidarán como prácticas necesarias y dignas de amparo por parte de las autoridades de la Restauración. Al pisar el suelo del país, Alfonso XII se declaraba “tan buen católico como liberal” (Bahamonde, 1994: 432); frase que resume el programa político ideado por Cánovas del Castillo, que actuará como cerebro y ejecutor de las nuevas estructuras de gobierno.

La Constitución que se promulgó en 1876 respondía al espíritu positivista que estaba por implantarse. Su redacción era ambigua y admitía interpretaciones diversas dirigidas a satisfacer sobre el papel a los derrotados del Sexenio. Por ejemplo, dejaba abierta la posibilidad tanto del sufragio universal como del restringido; y en la trascendental cuestión de la confesionalidad del Estado, ni establecía con rotundidad la unidad católica ni tampoco la desestimaba, pues permitía la libertad de cultos en privado. El poder legislativo y ejecutivo eran compartidos por las Cortes y el monarca. Cánovas articuló un sistema de turnos políticos basados en el bipartidismo; para ello necesitaba un antagonista, y el elegido fue Sagasta, jefe del Partido Fusionista primero, y del más tarde llamado Partido Liberal. Quedaron excluidos del juego político diseñado aquellas opciones que se consideraban radicales. Del tradicionalismo, algunos sectores partidarios del infante don Carlos, que irían evolucionando hacia el integrista religioso. Y de la izquierda, Ruiz Zorrilla, que preconizará un republicanismo radical y seguirá conspirando desde el exilio. El movimiento obrero salido de la Internacional quedará marginado hasta finales de la década de los ochenta, cuando Sagasta promulgue la ley de la libertad de asociaciones. Según Clara Lida, la caída de la República tendrá como primera consecuencia el desengaño de las masas populares de la democracia liberal. Dice la estudiosa:

El hueco dejado por el republicanismo como partido popular fue ocupado en menos de un lustro por la doctrina inequívoca del bakunismo [...] Mientras el movimiento anarquista hace suyas las reivindicaciones populares, el republicanismo federal queda definitivamente consagrado como uno más entre los partidos burgueses (1972: 124).

Idea que, a nuestro juicio y como tendremos ocasión de exponer más adelante, admite numerosas objeciones. En todo caso, cabe apuntar que tal óptica explica en gran medida el ocultamiento del que han sido objeto republicanos como Tresserra, que representaban una facción del movimiento de vocación inequívoca y mayoritariamente popular.

Por otro lado, una consecuencia cierta de la fallida experiencia del 73 fue la definitiva desintegración del republicanismo español. En 1874 muchos de sus militantes marcharán al exilio, aunque durante los años siguientes regresaron casi todos gracias a la renuncia que hará el canovismo a las represalias políticas. Algunos republicanos destacados durante el Sexenio abjurarán de su militancia o se mostrarán definitivamente desencantados de la política. Otros continuarán defendiendo sus ideales desde algunos de los partidos resultantes, aunque de forma más testimonial que eficaz pues partían de la premisa de que el sistema les cerraba toda opción de poder.

¿Qué fue de un republicano intransigente como Tresserra? No lo sabemos con exactitud. Lo cierto es que su nombre no aparece en ninguna de las listas de los partidos republicanos que se irán formando tras 1875. Aunque no debe descartarse rotundamente su participación, como veremos enseguida, los datos con los que contamos invitan a pensar que abandonó la carrera política. Hasta 1880, año en el que fallece, lo único seguro es que continuó escribiendo para la prensa y para el teatro. En este terreno, la situación de Tresserra es como si se hubiese retrotraído a los tiempos anteriores a la *Setembrina*. Las pistas más fiables sobre su estado de ánimo y pensamiento nos las proporciona una serie de cuatro artículos, aparecidos entre 1875 y 1878 en *El Imparcial*, dirigido ahora por Isidoro Fernández Flórez. “La Tierra de Jauja” del 25 de noviembre de 1878 es seguramente el más significativo. Tresserra escoge este título con una clara intención: denunciar un nuevo triunfo en España de las fuerzas opuestas al Progreso. Para ello traza una comparación entre el estado social, político y económico del país y el de otras naciones occidentales. Inventa la figura de un labriego de la Mancha, a quien se le desafía a que adivine de qué lugar se le está hablando. Tresserra enumera las condiciones de vida de las que disfrutaban la generalidad

de los campesinos en el enigmático país que debe descubrir el pobre e ignorante español. Así, explica que en ese lugar los campesinos ganan suficiente como para procurarse una casa digna, para enviar a sus hijos al colegio e incluso a la universidad; su trabajo no es extenuante, disponen de maquinaria de riego, no necesitan talar árboles ni cazar pájaros; las mujeres de los campesinos, y por supuesto ellos también, saben leer y escribir, tienen máquinas de coser en casa... Al cabo, el labriego manchego se apresta a contestar cuál es el nombre de tal lugar: “La tierra de Jauja”. Y dice nuestro escritor:

Para este labrador – y para no pocos habitantes de nuestra muy feliz España- es, y no puede menos de ser, la mismísima *Tierra de Jauja*... cualquiera de los Estados agrícolas de la actual República de Norteamérica.

¿Os reís carísimos lectores de la cándida inocencia del labriego mencionado? Pues a fe que no ha de faltarle defensa contra toda burla, con preguntar quién tiene la culpa de su ignorancia y de su atraso. ¿Qué puede saber el del estado de civilización y de progreso que alcanzan otras naciones? ¿Es responsable de que se le tenga con los ojos cerrados y se le impida ver, por más que quiera, hasta lo que en su propio rededor sucede? Lo que uno no sabe es como si no existiese para él.

Continúa Tresserra enumerando una serie de descubrimientos científicos e inventos tecnológicos que habrían arrancado la misma expresión de los labios a los antepasados y que, sin embargo, forman por entonces parte de la vida cotidiana. Quiere así el catalán arremeter contra el inmovilismo, contra la retórica de la imposibilidad de la utopía, de un mundo mejor, que forma la sustancia del discurso oficial de la Restauración. Añade: “*La tierra de Jauja* del mundo moral, político y social es también un hecho cierto, aunque en su justificación no nos permitiremos decir aquí ni siquiera una palabra”. Comentario que, por un lado, sugiere que Tresserra sigue escribiendo sobre política en otros foros y, por el otro, que de nuevo se sabía amordazado por la censura. Contra esta última arremete cuando hace depender todos los avances del siglo, que tanto maravillan al mundo, incluidos a los sostenedores “liberales” del entramado canovista, de las libertades de aprender, enseñar, pensar y discutir que, sin embargo, prohíbe el Gobierno de España. Y concluye de este modo:

Hoy nos horroriza saber que Giordano Bruno fue llevado a la hoguera por haber adivinado la pluralidad de mundos y afirmado sus movimientos en la inmensidad de los espacios. Nos espanta saber que Galileo vistió el humillante sarmiento y murió encerrado en los calabozos, ciego y abandonado por haber dicho que la tierra giraba alrededor del Sol. ¿Quién, sin embargo, hoy no repite estas palabras *e pur si muove*? ¿Quién no se descubriría la cabeza ante la soberbia estatua levantada al gran Giordano?

No queramos imitar al pobre labrador manchego, que ni aún sabe lo que en su tiempo pasa. No queramos que para la pobre España sea, como en realidad es, una *Tierra de Jauja* cualquier nación de Norteamérica o de la civilizada Europa, ya que solo en España no se permite enseñar, ni creer, ni pensar, ni discutir *libremente*.

El resto de los artículos publicados en el mismo periódico responden a este mismo estilo acibarado; en ellos se ocupa de cuestiones como la precariedad laboral femenina, la empleocracia o la incineración de cadáveres. Tresserra continúa siendo el reformador combativo que siempre fue. El mensaje que defiende no ha cambiado: la necesidad de pensamiento científico, de educación, de procurar una vida digna a las clases menesterosas; la reivindicación de la participación de la mujer en la vida pública; la necesidad de regeneración global de la mentalidad española, etc. Pero se aprecia un tono distinto respecto a sus anteriores escritos: ahora es más incisivo y mordaz; poco parece quedar del grave a la par que entusiasta reformador apremiante e implicado. Tresserra más que tratar de persuadir se limita a consignar una vez más, y parece que sin esperanzas de ser atendido, su credo democrático y republicano. Se diría que se haya desencantado, pero no de sus ideas.

Asimismo, la publicación de estos artículos nos proporciona un dato: al menos desde 1875, Tresserra opta por permanecer en España en vez de marchar al exilio más o menos voluntario de otros republicanos. Vale la pena destacar también un breve comentario que hallamos en el artículo del 27 de marzo de 1876, “En busca de una ocupación cualquiera”, donde dice Tresserra: “suplicamos al lector que en este instante no nos considere un novelista”. O bien Tresserra era inmodesto y fatuo, al dar por sentado que el público naturalmente conocía sus novelas, o bien gozaba realmente de fama como tal. La cierto es que desde que publicó *Vicente de Paul* en 1867, y quizás el primer tomo de *Los Rojos* en 1871, había pasado mucho tiempo sin prodigarse en este campo. Aunque, vistos los antecedentes, no debe descartarse que escribiese otras novelas que hayan desaparecido. La

única obra literaria perteneciente a esta etapa de la que tenemos noticia es una pieza teatral, y comparte el título con uno de sus artículos de *El Imparcial*, concretamente con el del 9 de agosto de 1875: *Las máquinas de coser*. Dicho drama es también expresión del posibilismo reformista al que aludíamos, aunque su tono melodramático sugiere su destinación a un público eminentemente popular. En este sentido, parece que Tresserra no abjuró de la misión pedagógica que había venido desarrollando. La obra, según se lee en la portada del libreto publicado, fue “[e]strenada con extraordinario aplauso en la noche del 10 de agosto [de 1876] en el teatro del Buen Retiro de Barcelona”. Por otro lado, los artículos citados aparecieron en el madrileño *El Imparcial*, y en ellos se da a entender que el autor vive en la capital, pues alude a sus frecuentes paseos por la Puerta del Sol (*El Imparcial*: 9- VIII- 1875). Esto es, parece que Tresserra continúa alternando residencia entre Barcelona y Madrid.

De la omisión de su nombre en los estudios sobre el catalanismo de los primeros años de la Restauración, y por ende del federalismo de Valentín Almirall, puede colegirse que no se implicó en el proyecto regionalista, como en cambio sí harían muchos de sus correligionarios republicanos catalanes de su misma generación. Lo mismo cabe apuntarse respecto a su integración en los partidos resultantes de la escisión del Federal durante la Restauración: no hemos hallado ninguna pista. En todo caso, en atención a su trayectoria anterior, caracterizada por su apostolado intransigente, y a las circunstancias que rodearon a la refundación del movimiento, podemos realizar algunas especulaciones que inclinan a decantarse por su renuncia a la militancia política. Las siguientes palabras de Miguel Morayta reflejan elocuentemente el estado de fragmentación del movimiento federal al que dio lugar la República del 73:

El Partido Republicano resultó dividido en cuatro facciones a cuyo frente estaban los señores Pi, Figueras, Ruiz Zorrilla y Castelar, con la particularidad de que Pi ni siquiera saludaba a Figueras ni a Castelar; ni Figueras a Castelar ni a Pi; ni Castelar a Pi ni a Figueras; la votación del 3 de enero había resultado un rompimiento definitivo entre Castelar y Figueras y Pi, como entre Figueras y Pi lo fueron los sucesos que determinaron la fuga de Figueras cuando fue encargado de formar ministerio (*apud* Dardé, 1974: 435).

Esta cita de Miguel Morayta pone de relieve que el personalismo que caracterizó al republicanismo español durante el Sexenio no solo no desapareció tras el fracaso al que

había conducido, sino que se vio incrementado hasta al grado máximo. Todos los partidos republicanos que se formarán tendrán como cabeza a un ex presidente de la República y se aglutinarán en torno a las ideas de su líder; como apunta Dardé, es tal el personalismo de los partidos que “que casi obliga a designarlos por los nombres de sus jefes” (1974: 461). Teniendo en cuenta que Tresserra se había distinguido por su rechazo a las camarillas, y que nunca parece haberse mostrado servil con ninguna personalidad concreta, resulta difícil pensar que abrazase el ideario de alguno de ellos. Recordemos que su intervención a principio de los sesenta en las polémicas del Partido Demócrata se había dirigido a señalar la necesidad de que las agrupaciones políticas se ahormasen principalmente en torno a un credo preciso y firme. Cuando analicemos con profundidad su pensamiento ideológico, comprobaremos, además, como este no encajaba en ninguna de las franjas doctrinales en las que quedó dividido el republicanismo español tras el 75.

Castelar será el primero que acepte las reglas parlamentarias establecidas por Cánovas del Castillo. En un manifiesto emitido en París en 1876 aconsejó a sus seguidores acudir a las elecciones, y declaró que antes que federal, republicano o cualquier otra cosa, él era español. Tras su llamada a la colaboración, Castelar fundará el Partido Posibilista, cuyo ideario abjuraba no solo del federalismo, sino que aparecía como una profunda corrección de cuanto había apoyado durante el Sexenio. Todo ello le granjeará la animadversión de buena parte de sus ex correligionarios. El nombre de Tresserra no aparece entre los apoyos de Castelar, ni en la terna de los integrantes de su directorio, ni entre sus posteriores diputados (Dardé, 1974: 438 y ss). A pesar de que nuestro catalán había coincidido con el gaditano en defender las ideas del individualismo y el liberalismo económico, y que durante un periodo parece que estuvieron unidos¹⁰³, como veremos luego, las discordancias entre ambos eran notables. Resulta difícil creer que un intransigente como Tresserra, que se había negado a participar en el sistema bajo la más avanzada Constitución de 1869 y con un rey como Amadeo, aceptase ahora voluntariamente hacerlo con un Borbón, además dentro de un régimen parlamentario vacío de verdadero contenido democrático. Como dice Dardé, Castelar “fue el único republicano que concurrió a elecciones, cuando el sistema declaró ilegales a los partidos republicanos, los ayuntamientos se nombraron por real orden, faltaba libertad en prensa [...] – esto es- cuando el retraimiento estaba muy justificado” (p. 440).

La segunda opción que cabe manejar sería la de que Tresserra se hubiese unido a las filas capitaneadas por Nicolás Salmerón y Ruiz Zorrilla, convertido ahora en ferviente

¹⁰³ Recordemos que Tresserra, como citamos anteriormente, le dedicaría su novela de 1862: *La judía errante*.

republicano. Ambos formarán una agrupación que tratará de representar al sector centrista del movimiento. El ex presidente radical, a diferencia de los otros jefes de gobierno del Sexenio, optó por permanecer en el exilio parisino, desde donde no cesó de urdir proyectos de levantamientos. Trataba de actuar, además, como elemento aglutinador de las distintas banderías republicanas surgidas a raíz del descalabro del 73. Como explica González Calleja, durante el segundo lustro de los setenta, Ruiz Zorrilla llevará a cabo una serie de intentos de sublevación:

Algunos confidentes informaron de sospechosos viajes a París de Sagasta y de otros notables constitucionalistas, y de acuerdos revolucionarios con Salmerón, Castelar, Ruiz Zorrilla, Ferrer, Estévanez y Garrido. Trataban de impulsar un movimiento cívico militar inspirado en la *setembrina*, con la consabida ecuación revolucionaria de “juntas + pronunciamiento (2005: 35).

Pero, por un lado, las profundas divergencias entre las distintas personalidades republicanas y, por el otro, la eficaz actuación de las fuerzas del orden canovistas, desbarataron todos los intentos de unificación de Zorrilla. Señala González Calleja que “a pesar de estas dificultades, desde el último lustro de la década de los setenta los refugiados políticos republicanos siguieron manteniendo viva la llama de la rebeldía” (p. 34). En París, los Garrido o José Paul y Angulo continuaban conspirando sin perder la esperanza de traer la República mediante un levantamiento armado.

Teniendo en cuenta los datos de los que disponemos sobre los movimientos de Tresserra entre 1875 y 1880, que aunque escasos son fiables, parece ser que no formó parte de estos grupos de resistencia republicana. El sistema de control policial del que se dotó la monarquía de Alfonso XII para neutralizar todo intento de insurrección, y que contaba con una nutrida red de espías e infiltrados tanto en España como en el extranjero, hace difícil pensar que hubiesen permitido a nuestro catalán, en caso de hallarse activo, tal libertad de movimientos. Sus estancias en Madrid, Barcelona y La Coruña, ciudad donde residió los últimos meses de su vida, sugieren que Tresserra se desplazaba por el interior del país con normalidad. Su pasado político le hacía ser un sospechoso de primer orden sometido a estrecha vigilancia; y cualquier actividad inquietante habría provocado con seguridad la intervención policial sobre su persona. Además, el catalán no aparece asociado en parte alguna a estos grupúsculos de conspiradores exiliados. Ruiz Zorrilla no regresará a España hasta 1895, y lo hará para morir al poco tiempo en Burgos; mientras que Salmerón, que

progresivamente irá apartándose de la vía conspirativa auspiciada por Ruiz Zorrilla, para fundar en 1891 el Partido Republicano Reformista, permanecerá en la capital de Francia hasta 1881. Esto es, durante el primer lustro de la Restauración los republicanos destacados como Garrido, Paul y Angulo o Salmerón que no se avinieron con el nuevo estado de cosas, debieron continuar sus actividades políticas en el exilio. Así, la única posibilidad de integración de Tresserra en el centrismo republicano habría sido como contacto desde el interior del país.

Pero tampoco ayuda a sostener esta hipótesis el programa político bajo el que se presentarán los Salmerón y Ruiz Zorrilla. En primer lugar, estos eran partidarios de una República unitaria, es decir, rechazaban el credo federalista que Tresserra siempre defendió. En segundo lugar, como dice Dardé, este partido fue “de dos personas y un manifiesto. No tuvo otra vida” (1974: 445); adolecía por lo tanto de lo que para el catalán sería un injustificable personalismo. De cualquier modo, el ecléctico e improvisado conjunto de principios que conformaba el discurso republicano de esta agrupación constituye el elemento que más nos inclina a descartar la integración de Tresserra en ella. Junto a las solitas reivindicaciones democráticas de los derechos y las libertades individuales, Ruiz Zorrilla y Salmerón elaboraron un paquete de medidas económicas de tinte claramente intervencionista que, como explica Dardé, desató un alud de críticas en todos los frentes políticos; fueron incluso tildados de enemigos de la propiedad privada (p. 449). Como vimos, mucho tendría que haber cambiado en pocos años el ideario de Tresserra, firme defensor durante toda su vida de la libertad económica absoluta, para aceptar estos postulados. En fin, también conviene recordar que en 1872, nuestro novelista, integrado en el grupo de los federales intransigentes, había firmado un manifiesto de repulsa a cualquier pacto de colaboración con Zorrilla, a quien en el mismo documento se le acusaba de tener teñidas sus manos con la sangre de los republicanos insurrectos andaluces, que habían sido ajusticiados por orden del entonces ministro de Gobernación.

El tercer sector republicano que resultará de la división del 74 será el representado por Pi y Margall. En este caso, la colaboración de Tresserra debe descartarse por cuestiones de fechas, pues no será hasta 1882 cuando el ex presidente refunde su Partido Federal. Aunque no podemos descartar que entre 1875 y 1880 se mostrase cercano a su correligionario y paisano; la distancia en cuestiones económicas parece ser que actuó siempre como obstáculo para que se diese una plena sintonía entre ambos. Rodríguez-Solís ofrece además una amplísima lista de nombres de los federales que tras la Restauración permanecieron fieles a Pi y Margall, entre los que no se encuentra a nuestro catalán (1893: 763).

En definitiva, Tresserra parece haber quedado en una situación de orfandad política, sin encaje en partido alguno. Hasta que documentos futuros no arrojen luz sobre este tramo también oscuro de la vida de nuestro catalán, poco cabe añadir al respecto.

De su fallecimiento en La Coruña el 6 de abril de 1880 tan solo sabemos lo que se dice en la siguiente necrológica aparecida en el diario madrileño *El Demócrata* el 14 de abril del mismo año:

Los periódicos de La Coruña nos participan la triste nueva del fallecimiento del distinguido escritor, nuestro particular amigo, el consecuente demócrata D. Ceferino Tresserra, ocurrida en dicha localidad.

Asociándonos a sus palabras, trasladamos lo que acerca de esta desgracia escribe nuestro apreciable colega *El Noroeste*. Dice así: “Ayer fue conducido al cementerio el cadáver del que fue en vida nuestro querido amigo y correligionario, Ceferino Tresserra. Residente en nuestra tierra desde hace bastantes meses; entusiasta por ella, como lo demostró en unas interesantes correspondencias que vieron la luz en *La Publicidad*, en ella deja sus cenizas, víctima de una agudísima afección hereditaria, o por lo menos la misma de la que falleció su señora madre.

Como consecuente demócrata, como literato, como bueno en todos los conceptos, deja Tresserra en la memoria de sus amigos un recuerdo indeleble. Un día con más espacio y más tranquilidad, publicaremos una concisa biografía suya, y un estado de las obras más notables de la que es autor. Falleció lejos de su familia; para esta será un motivo más de aflicción; debe consolarla que Tresserra ha encontrado, por el cariño con el que era atendido, una familia en la de Adolfo Vilarelle y en este un hermano del alma. Tenemos una verdadera satisfacción en declararlo así, porque nos consta y cumplimos un deber al hacerlo.

Numerosos amigos formaron el cortejo fúnebre. Todos los diarios estaban representados, formando el duelo y llevando los cordones. En el duelo, además, hemos visto a los Sres. Costales y Tapia¹⁰⁴.

¹⁰⁴ Ramón Pérez Costales y Federico Tapia fueron ambos destacados dirigentes federales coruñeses; el médico Pérez Costales incluso llegó a ocupar la cartera de ministro de Fomento durante la Primera República bajo el Gobierno de Pi y Margall.

Por desgracia, parece que no se conservan ejemplares de los periódicos gallegos citados, especialmente del *Noroeste*, donde se anunciaba la publicación de una reseña biográfica que sería de inmensa ayuda. Del texto reproducido se colige en primer lugar que el padecimiento de Tresserra debió ser prolongado, circunstancia que también inclina a descartar su participación en política durante estos últimos años. El diario de Madrid *El Globo*, dirigido por Emilio Castelar, el 12 de abril de 1880 ampliaba la información a este respecto:

Víctima de una pertinaz dolencia, y después de siete meses de grandes sufrimientos, falleció el día 7 en la Coruña el consecuente demócrata y distinguido escritor, don Ceferino Tresserra.

Su amor al estudio y su inquebrantable fe política en los principios liberales, que no pudieron desviar ni torcer jamás las mayores adversidades, le hacían digno de la consideración general y de la estima de sus correligionarios.

Dice *El Globo*, por lo tanto, que fueron siete los meses que Tresserra pasó confinado por la enfermedad en casa de su amigo coruñés, aunque es muy probable que sus síntomas se manifestasen con anterioridad. Por otro lado, ambas notas hacen referencia a su firme compromiso con la democracia y a su condición de literato, y se le tilda de correligionario también en ambas. La brevedad de la nota, el sabor a fórmula hecha que de ella se desprende y la censura de la época, que ni siquiera permitía hacer mención al republicanismo de nuestro autor, reflejan la atmósfera sombría en que se hallaba sumido el movimiento en estos años inmediatamente posteriores a la Restauración.

Muy a propósito resulta una escena que encontramos en la novela *La araña negra* (1892-1893) de Blasco Ibáñez. En ocasión del entierro en París del protagonista de la trama, el capitán Álvarez, personaje que guarda numerosas semejanzas con Tresserra, se reúne una partida de exiliados republicanos participantes en *La Gloriosa* en el cementerio de Bagnoires. Estos son retratados como hombres sin esperanza y sin fe, enredados en disputas estériles y divididos por el rencor y el recelo. Blasco los describe “como náufragos de las borrascas revolucionarias que la persecución había barrido más allá de los Pirineos” (2001, v. II: 422). Forman una bandada esparcida por los cuatro puntos de París que tan solo se junta para enterrar a los camaradas muertos. El cuadro blasquista resulta desolador: el cielo gris y plomizo descarga una lluvia pertinaz sobre el cementerio que agudiza la impaciencia de los republicanos por enterrar al héroe. El panorama llena de pensamientos tétricos al personaje

del joven Agramunt, claro trasunto biográfico de Blasco, y que representa a las nuevas generaciones de republicanos nacidos tras la fallida experiencia republicana. Agramunt, pues, se pregunta si vale la pena ser patriota, revolucionario, mártir de una idea, por un pueblo ingrato que olvida a sus benefactores y les deja morir en la miseria. Blasco escenifica el entierro de la República del 73. Agramunt vence su vacilación, se rebela contra la desesperanza, sube a un montículo y pronuncia un discurso que por un momento enardece los ánimos de sus camaradas; les urge a la Revolución, dice que sin duda llegará pronto. Todos acaban gritando al unísono: ¡Viva la República! Pero Blasco evidencia que de estos viejos republicanos no cabe esperar el advenimiento deseado:

Los individuos del cortejo, una vez desvanecida la impresión que les había causado el discurso, entablaron en el interior de los dos ómnibus violentas discusiones sobre el porvenir, o se enzarzaron en la apreciación de hechos pasados, hasta el punto de levantar la voz, no importándoles dejar al descubierto sus malas pasiones y mostrando sus envidias o sus rencores [...] En cuanto entraron en la gran ciudad se separaron casi sin saludarse, y cada uno se fue por su lado, para no verse más hasta que la muerte de alguno de ellos volviese a reunirles (p. 426).

La nota necrológica de *El Noroeste* aludía a que en el entierro de Tresserra estaban representados todos los periódicos, se sobreentiende que del bando demócrata; quizá lo que allí ocurrió se asemejase a la lúgubre escena descrita por Blasco. La lacónica reseña de Castelar deja esa misma impresión de condolencia transida de viejas pendencias. En el sepelio de nuestro catalán se asistía también al soterramiento de una voz y una memoria republicana, que se perdía casi para siempre.

CAPÍTULO II

IDEARIO POLÍTICO Y FILOSÓFICO DE CEFERINO TRESSERRA

,

1. LA HERENCIA DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA

Las fuentes más directas a donde acudir para conocer el ideario político y filosófico de Ceferino Tresserra son sus varios ensayos aparecidos en forma de folletos, los dos catecismos políticos que publicó aprovechando la libertad de imprenta establecida por *La Gloriosa*, y los artículos periodísticos que escribió a lo largo de su vida, fundamentalmente en la prensa barcelonesa y madrileña. Pero junto a estas fuentes, sus obras literarias, sobre todo las novelas, constituyen caladeros inexcusables para organizar y completar el pensamiento tresserriano. La ausencia de una definición precisa de lo que constituía el género novela, y de una categorización de sus distintos subgéneros durante el siglo XIX, impulsó a menudo a los escritores a apostillar sus obras como “novela de costumbres contemporáneas”, “novela original de costumbres españolas”, “novela histórica”, “historia anovelada”... Estos subtítulos cumplían la función de orientar temáticamente a los lectores, aunque en otras ocasiones también actuaban como declaración de intenciones del autor. Ambos motivos parecen ser los que impulsaron a Tresserra a acuñar el membrete de “Novela filosófico-social”, que acompaña a cuatro de las siete novelas que escribió¹⁰⁵.

Cualquier lector de nuestros días sin duda quedaría sorprendido al encontrar intercalados entre las páginas de una obra de ficción extensos ensayos sobre una variada gama de asuntos de carácter científico, económico o sociológico. Sin embargo, no debió ser el caso de los lectores asiduos de Tresserra, quien hizo de esta práctica su seña de identidad como novelista. La hibridación de registros que hallamos en sus novelas filosófico-sociales refleja con fidelidad esa misma “hibridación profesional” de Tresserra. Como ponía de relieve el bosquejo biográfico que hacíamos, se hace difícil adjudicarle una profesión concreta o predominante. A nuestro juicio, resulta erróneo considerarle, por ejemplo, o bien un político que escribe novelas o bien un novelista metido en tareas políticas; así como tampoco sería exacto definirle como un literato y político, pues se vaciaría la figura y la obra de Tresserra de una de sus facetas fundamentales: la de pensador y reformador. Ninguna resulta separable de las demás. De hecho, en su primera novela, *La marquesa de Bella-Cruz*, nuestro autor aúna ambas facetas al señalar que la misión del novelista en el siglo XIX no es

¹⁰⁵ *Los Misterios del Saladero. Novela filosófico-social*. Barcelona. Imprenta y librería de Salvador Manero. 1860; *La judía errante. Novela filosófico-social*. Barcelona. Imprenta y librería de Salvador Manero. 1862; *El poder negro. Novela filosófico-social*. Barcelona. Imprenta y librería de Salvador Manero. 1863; *Los hipócritas. Novela filosófico-social*. Barcelona. Imprenta y librería de Salvador Manero, 1864.

otra que la de “los filósofos de la antigüedad” (p. 159); esto es, la de educar y moralizar. Más adelante, en uno de sus folletos en los que se ocupa de la “existencia de Dios”, advertirá a sus lectores:

Sé que alguno podrá acusarme de haber abandonado, si quiera por un momento, la política por una cuestión religiosa. Mi contestación es esta: no hay cuestión religiosa que no entrañe lo político y lo social; no hay cuestión política que no entrañe lo social y lo religioso; no hay cuestión social que no entrañe lo religioso y lo político. Todo es filosofía: la filosofía es *trimurti*, *trilogía*, *trinidad* (HD, III).

Cuando Tresserra escribe sus novelas lo hace por lo tanto con la intención de “filosofar”. Lo cual se manifiesta tanto en la inserción en estas de los textos extraliterarios a los que antes aludíamos, como en el plan general de sus obras, es decir, en sus argumentos y sus tramas. Así, los personajes, las situaciones o los ambientes que urden el universo novelesco de nuestro autor encierran una significación social, filosófica o política precisas. Operación que lleva a cabo sin perder de vista el horizonte de una puntillosa y expedita censura que le obliga a agudizar sus recursos; de modo que para franquear tal barrera, sin por ello renunciar a comunicar su mensaje subversivo, Tresserra echa mano de todo tipo de ardidés lingüísticos, símiles, metáforas y metonimias.

Un caso representativo de cuanto decimos lo hallamos en la curiosa trama de la locura del conde de Morlotte, en torno a la cual gira su novela filosófico-social de 1864, *Los hipócritas*, que nos servirá como pórtico del análisis del pensamiento tresserriano que nos proponemos realizar aquí. Y ello porque su argumento fundamental es el de presentar a sus lectores las enseñanzas que la humanidad debe extraer de un acontecimiento que, en su opinión, se cuenta entre los más trascendentales de la historia: la primera Revolución Francesa; referencia inexcusable de los librepensadores decimonónicos como Tresserra.

En 1793, el conde de Morlotte tenía apenas diecisiete años; mientras celebra una fiesta en su palacio, en el que se halla reunida la flor y nata de la aristocracia española, se tiene conocimiento de la muerte de Luis XVI de Francia en la guillotina. El joven aristócrata incapaz de entender ni de asimilar el regicidio pierde la razón. En 1848, cincuenta y cinco años después, la escena se repite: la familia Morlotte celebra una fiesta a la que concurre lo más granado de la Corte de Madrid. Como en aquella ocasión, alguien irrumpe en el salón principal mientras se baila el *minué* para anunciar el destronamiento de un rey francés a

manos del pueblo de París. El conde de Morlotte, demente desde 1793 y convertido ahora en un anciano, escucha la noticia y recibe de nuevo un fuerte impacto que en esta ocasión le produce el efecto contrario, es decir, le devuelve la cordura. Dice Tresserra: “un hombre que recobra la razón después de cincuenta y cinco años de haberla perdido, ofrecerá indudablemente a los ojos del filósofo una serie de fenómenos sumamente extraordinarios” (p. 365). Así, nuestro autor ha encontrado una excusa para proporcionar a sus lectores todo un caudal de conocimientos pluridisciplinarios de raíz “filosófico-social”. Pero lo que aquí nos interesa es la tarea que se encomienda al doctor Alfonso, médico de amplia cultura y de ideas democráticas y republicanas, claro portavoz de la ideología del catalán, y que no es otra que la de poner al corriente al conde de Morlotte “de lo sucedido en el más importante medio siglo que cuenta la historia de la civilización del mundo” (p. 383). Esto es, de los acontecimientos registrados en España y Europa entre 1793 y 1848. Para ello, el doctor “adopta el sistema más sencillo”, que consiste en tomar como punto de partida “la historia política y militar del último periodo de Francia”, ya que “es el nervio de la civilización moderna” (*ibíd.*).

Así, la Revolución Francesa, “la revolución más grande y trascendental de los siglos” (p. 318), es presentada como el punto de arranque de una nueva era para el conjunto de la humanidad: la del Progreso. Las explicaciones del doctor Alfonso expresan un claro objetivo: presentar como indisolublemente entrelazados los cambios políticos con los adelantos científicos, los avances del conocimiento humano con el establecimiento de nuevas y más justas costumbres sociales. Cuando el médico humanista explica al conde de Morlotte en que consiste el telégrafo, la electricidad o el vapor, y las aplicaciones que de estos inventos se han hecho, este queda escandalizado: “¡Es risible el demonio de vuestra civilización!... Quereisme hacer creer cosas estupendas de estos tiempos. En los míos se atribuían a las brujas; ahora os lo atribuí a vosotros mismos”; a lo que replica el doctor: “No conde, no; a las ciencias” (p. 422). Genaro Montí, correligionario de Tresserra, escribía en vísperas de la proclamación de la Primera República española que “la Revolución Francesa fue preparada por la Ciencia” (1872: 190); lo cual constituía un lugar común del ideario del republicanismo español decimonónico al que se adhiere Tresserra en *Los hipócritas* mediante una bien urdida trama novelesca.

A este respecto, resulta significativo el capítulo de la novela titulado “Comparación entre dos fechas”, que comienza así: “La noticia de la muerte de Luis XVI, había infundido en Madrid un terror pánico, un espanto sobrenatural: el destronamiento de Luis Felipe solo conmovió un tanto los fondos públicos, y si después las consecuencias alcanzaron algo más,

no fueron estas acompañadas de los estragos y horrores de la primera revolución” (p. 342). En 1848, los salones aristocráticos de la capital de España, frecuentados ahora también por burgueses enriquecidos, encajan la noticia sin demasiados sobresaltos. Escribe Tresserra: “aunque tal vez a todos sorprendiera, a nadie alteraba, ni indignaba, y era de todos aceptado como un acontecimiento que en nada se refería a la vida íntima de los pueblos ni a sus intereses morales” (p. 345). Las oligarquías están resignadas y acostumbradas a estos episodios revolucionarios, pues incluso ellos mismos las saben inevitables, pero siguen sin querer entender las profundas significaciones filosóficas y transformaciones sociales que anuncian. Permanecen ciegos porque tales progresos atentan contra sus privilegios e intereses mercantiles. La alta burguesía y los aristócratas, que, claro está, son “los hipócritas” que facilitan el título de la novela, se preocupan ante todo de las repercusiones que tendrá la revuelta parisina en la Bolsa, pregunta uno: “¿Cuánto han bajado los fondos franceses?” (*ibíd.*). En *La regeneración de España* (1860) de Evaristo Ventosa, seudónimo que comúnmente se atribuye a Fernando Garrido¹⁰⁶, pero que como decíamos también fue usado por Tresserra, encontramos expresada esta misma idea:

A los que se empeñan en negar las leyes del progreso, la historia de España en el presente siglo debería servirles de prueba irrecusable; y a los que combaten las ideas de la libertad, proclamadas por la filosofía moderna, debería bastarles para comprender su error con ver los resultados que ha dado a España la libertad, a pesar de haber sido aplicada en tan exiguas proporciones, y de tener que luchar contra tantos obstáculos para echar raíces en la opinión pública y en las instituciones (p. 72).

Los profundos cambios de todo orden que han tenido lugar en Europa entre 1793 y 1848 son para Tresserra consecuencia de las contradicciones sociales que vino a poner de relieve la Revolución Francesa. Pues, como escribirá el catalán en otra de sus novelas filosófico-sociales, *Los misterios del Saladero*, “el pasado estaba unido artificialmente, la sociedad no respondía a todas sus necesidades, nuestra época es de reconstrucción” (p. 602). Pero los “hipócritas” continúan negando la misma realidad, no quieren aceptar las grandes lecciones que se deben extraer de aquel acontecimiento, y es más, lo condenan y calumnian.

¹⁰⁶ Tanto Rogers y Lapuente (1977: 458) como José Fernández Bremón (1907: 136) atribuyen el seudónimo de Evaristo Ventosa en exclusiva a Fernando Garrido.

El krausista y demócrata Manuel de la Revilla, todavía en 1872, esto es, casi cuando se iba a cumplir un siglo del evento, escribía:

Sin temor de equivocarnos pudiéramos asegurar que aún no se ha formulado un juicio exacto acerca de la Revolución Francesa. Producto para unos del desenfrenado movimiento de una turba de bandidos, inspirados por el espíritu del mal; epopeya sublime e inmaculada para otros, es sin duda para todos un oscuro problema, cuyas causas, carácter y resultados desconocen, cegados por el espíritu de partido o por el interés del momento, enemigos ambos los más acérrimos de la imparcialidad histórica (1872: 255).

Otro de los intereses principales que impulsan a Tresserra a escribir *Los hipócritas* es el de poner en circulación en el panorama nacional una visión remozada y apologética de la Revolución Francesa. Especialmente sobre su etapa democrática y republicana, conocida como la de la Convención o del Terror; intención que el autor subraya al escoger el año de 1793, y no el de 1789, como fecha de inicio del hito histórico. Conviene recordar que cuando Tresserra escribe y publica esta novela, el Papa Pío IX da a la luz su encíclica *Quanta cura*, a la que acompaña una lista de ochenta proposiciones titulada *Syllabus complectens praecip nostrae aetatis errores* en la que se condenan el librepensamiento, el agnosticismo, el materialismo, el nacionalismo, el anticlericalismo, el regalismo, el liberalismo, la masonería, el panteísmo, etc. Es decir, que la Iglesia católica repudiaba expresamente todo aquello que se consideraban los frutos filosóficos, sociales y políticos de la Revolución Francesa de 1789¹⁰⁷. *Los hipócritas* aparece pues en un momento en el que la materia ha adquirido de nuevo protagonismo en el debate público. En todo caso, las agrias censuras a lo que, nuestro escritor denomina la “gran epopeya de los siglos” (ACS, I), arrancaban de antiguo.

La primera interpretación histórica sobre el evento que gozó de una considerable difusión fue la conservadora y condenatoria de Edmon Burke, quien desde Inglaterra, y en la prematura fecha de 1790, con sus *Reflexiones sobre la Revolución Francesa* delineó las

¹⁰⁷ El *Syllabus* respondía fundamentalmente a dos realidades históricas: de un lado, la afirmación de una corriente católica liberal en Francia y Bélgica, que propugnaba la separación de la Iglesia del Estado y la convivencia de ambas en el marco de las sociedades modernas; y, de otro, a la renovación intelectual que experimenta asimismo el catolicismo en Alemania, por ejemplo con las propuestas de Dollinger de no acatar el dogmatismo del Vaticano. Como explica Solange Lissorgues, el Congreso que se celebró en Malinas en 1863, dirigido a acoger estas nuevas visiones religiosas, “actuó así como desencadenante de la preocupación de la Curia Romana, recelosa ante lo que significaba una pérdida de poder” (1997: 30).

líneas maestras de una historiografía que recorrería un largo camino. Burke acusaba a los revolucionarios franceses de haber destruido la armonía que hasta entonces había regido las relaciones entre de los distintos estamentos; y de haber ultrajado y destruido los valores tradicionales y naturales que dotaban de cohesión a la sociedad, cuya salvaguarda pertenecía por derechos históricos y divinos a las instituciones del Antiguo Régimen. Burke, como señala Alonso Moreno, escribía bajo el influjo de la experiencia de la Revolución de los Estados Unidos, cuya memoria se encontraba fresca en ciertos sectores conservadores ingleses, y que suscitaba un gran rechazo (1979: 40). Según Burke, el estallido revolucionario francés fue provocado por una puñado de hombres ambiciosos y sin escrúpulos, procedentes de la masonería, que habían pervertido al pueblo con las ideas enciclopedistas. La Revolución Francesa, por lo tanto, había venido a quebrar un mundo donde hasta entonces reinaba el orden, la armonía y la paz social¹⁰⁸. Esta fue la versión que adoptaron la Iglesia católica y gran parte de los sectores conservadores europeos, entre ellos los españoles, y que fue alimentada y renovada a lo largo de la centuria. En nuestro país, por ejemplo, la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, en manos de los gestores culturales afectos a la monarquía isabelina, como explica Gil Novales, fue fundada a mitad del siglo “como reacción conservadora ante el temor que había despertado el 48 francés y su posible influjo en España”. Dicha institución se mostrará “sistemáticamente contraria a todo lo que tenga que ver con la Revolución Francesa”, prolongándose esta actitud incluso a la Restauración alfonsina, y haciendo especial hincapié en los excesos democráticos de 1793 (1989: 384).

Por lo tanto, con *Los hipócritas* Tresserra interviene en el incesante y polémico debate de la España de la época en torno a los significados, consecuencias y causas que habían producido la Revolución Francesa. La interpretación que cada cual extraía del evento constituía un índice fiable, no solo de su filiación política, sino incluso de la propia cosmovisión. Al redactar su novela, el catalán partía de esta premisa, de modo que cuanto en

¹⁰⁸ Como explica Charles Porset la idea de que la masonería había sido la gran responsable de la preparación de la Revolución Francesa dará lugar a una abundante literatura en toda Europa. Ejemplo de ello serán los escritos del abate Lefranc, quien en 1791 escribía “la masonería es la que ha engañado a los franceses para que encaren la muerte sin aspavientos; les ha enseñado a manejar con intrepidez el puñal, a comerse la carne de los muertos, a beber en sus cráneos y a ganar a los pueblos salvajes en barbarie y credulidad”. Por su parte, el abate Barruel, dice Porset, “daría a este mito su expresión más conocida: la Revolución es el resultado de un complot, preparado por los filósofos y tramado en las Logias”; escribía el clérigo francés: “En la Revolución Francesa todo ha sido previsto, meditado, compuesto, resuelto, estatuido: todo ha sido efecto de la mayor infamia, puesto que todo ha sido preparado y realizado por los únicos hombres que conocían la trama de las conspiraciones urdidas tempranamente en las sociedades secretas y que han sabido escoger y provocar los momentos más propicios para los complots” (*apud* Porset, 1987: 231).

ella se dice admite ser reconducido a la realidad nacional del periodo. Merece la pena detenerse en este párrafo en el que Tresserra describe el impacto social que produjeron los episodios revolucionarios franceses del 93 en España:

Falto este país de comunicaciones, sin prensa periódica, muerto el espíritu público; no veía, ni oía, ni sabía más que aquello que por las vías oficiales se le comunicaba; y las vías oficiales no comunicaban sino lo que les convenía y les convenía tener al pueblo ignorante de todo. Prueba de esto es que la nobleza, en aquellos días en que se jugaba su porvenir y se decretaba su muerte, se entregaba sin reservas a grandes festines y espléndidos festejos. Nunca la Europa ha pasado por una ignorancia tan grande respecto de sus verdaderos destinos; pero nación alguna miró tan poco, con más desprecio la Revolución Francesa que España; que era, sin duda, la que en orden a ilustración política se hallaba más atrasada de todas. Se burlaba de su poderío como del poderío del gigante de la fábula. Todo llegaba a sus oídos desfigurado, transformado, sofisticado.

Parte fundamental del ideario de Tresserra lo constituye la denuncia de la instrumentalización que, según él, lleva a cabo la Iglesia católica del sentimiento religioso. Así, el catalán no desperdiciará ninguna ocasión para subrayar el apoyo mutuo que se brindarán los mandos conservadores y la jerarquía eclesiástica. De este modo, continúa escribiendo en el mismo lugar:

La superstición religiosa revestía de formas ridículas, y al propio tiempo espantosas, a cuanto sucedía allende de los Pirineos. Sus grandes figuras eran demonios; las víctimas de la justicia popular, que vengaba en ellos largos siglos de crímenes y desolaciones, eran santos. En el púlpito, en la tertulia, en palacio y en la taberna, se pronunciaban sus nombres adulterados: nadie sabía pronunciar Rousseau ni Robespierre, como antes no había sabido pronunciar Verniau ni Voltaire. Se compadecía a Luis XVI en el Temple pero no se le perdonaba la CARTA concedida a los franceses. No se tenía conocimiento alguno de los hechos [...] ¡Curioso periodo! Puede verse en los papeles de aquella época el cuadro más negro que la ignorancia de un pueblo y la estupidez de un Estado hayan nunca ofrecido a los ojos humanos. Parecía que

Francia pertenecía a otro hemisferio y que los franceses no tenían más hombres que la corte y la nobleza, el clero y los mercenarios suizos que defendían las Tullerías (LH: 318)¹⁰⁹.

Nuestro novelista continúa haciendo un sarcástico retrato de las reacciones supersticiosas que el acontecimiento había provocado en la beata sociedad española de fines del XVIII; así, por ejemplo, escribe: “En todos los conventos de monjas se daba fe y propalábanse centenares de milagros referentes a la muerte del rey. Se aseguraba por unos, que desde el Temple a la plaza en que fue ejecutado, había aparecido un reguero de fuego marcando la señal por donde pasaron las ruedas del coche que lo había conducido” (p. 328). Tresserra, como antes veíamos, cuando compara este episodio con el de 1848, observa que la superchería popular y las historias fabulosas en gran parte han desaparecido ya de España. Todo ello gracias precisamente a esas porciones de libertad y ciencia que, aunque mínimas, habían ido penetrando en nuestro país. Pero la insensibilidad y ceguera de las clases dirigentes, que siguen dando la espalda a las lecciones de la historia, a juicio del catalán, continúa siendo la misma. Luego añade: “¡Cuadro elocuente de nuestra historia que la generación actual contemplaría con asombro si un oscuro velo no lo encubriese de tinieblas!” (*ibíd.*). Esto es, persiste otro elemento que enlaza la actitud de las gobernantes españoles de 1793 y 1848: la manipulación y ocultación de la verdad histórica, política y filosófica al pueblo español. Para que no quepa duda de esta continuidad añade: “Los frailes de diversas órdenes de predicadores contribuyeron grandemente a semejante resultado. Hacían coro con ellos una profusión de libelos inflamatorios que contaban de la Francia revolucionaria cosas estupendas” (*ibíd.*). Al lector español de 1864 no se le podía escapar la referencia al *Syllabus* y a la ingente cantidad de literatura reaccionaria que surgiría en nuestro país a raíz de *La primavera de los pueblos* de 1848. Buen ejemplo de este corpus será una obra de 1859 titulada *Víctima y verdugos. Cuadros de la Revolución Francesa*,

¹⁰⁹ Explica Alonso Moreno que en 1793, la Corte de Carlos IV, en alianza con la Inquisición, se propuso cortar todo influjo revolucionario que pudiese llegar del otro lado de los Pirineos. Fernán Núñez, el embajador de España en París, comunicaba puntualmente acerca de todos los sucesos que se registraban en Francia, y alertó al Gobierno de Madrid sobre las intenciones de los asamblearios de extender la chispa revolucionaria a España. Sin embargo, a pesar del férreo cordón de seguridad implantado, las noticias sobre los acontecimientos se fueron filtrando a través de tres cauces fundamentales: los libros y cartas procedentes del extranjero, los viajeros españoles y jóvenes pensionados en Francia, y los emigrados y residentes franceses en España. Dice Alonso que “[l]as medidas tomadas por el Gobierno español no fueron suficientes, en modo alguno, para evitar la introducción en España de obras que de alguna manera propagaban la existencia y las peculiaridades de la Revolución” (1979: 96).

aparecida en la publicación católica *El Padre de Familia*, donde, en referencia a los libros apologéticos como *Los hipócritas*, se lee:

Este género de obras ha sido uno de los medios empleados por el genio del mal para falsear la verdad histórica, para hacer amables la impiedad, el espíritu de insurrección y todos los demás principios antisociales proclamados por la revolución de Francia, cuyo influjo continúa siendo explicación principal de los más graves trastornos que hoy afligen a las sociedades modernas. Suscita la admiración de aquellos hechos bárbaros y de aquellos hombres desalmados, inspirando odio y desprecio a sus víctimas, es un poderoso y seguro medio de corromper la conciencia pública (*apud* Gil Novales, 1989: 383).

En todo caso, Tresserra se burla de la visión que aplica la Iglesia católica y los reaccionarios recalcitrantes sobre el acontecimiento, a los que considera ridículamente anacrónicos. De ahí que en su novela se proponga rebatir principalmente otras interpretaciones de signo liberal, que aunque más o menos apologéticas, a su juicio se hallan lejos de comprender con profundidad la trascendencia real de la Revolución Francesa. Como vimos, la historiografía sobre el evento había nacido con Burke bajo el signo del rechazo ideológico, y su influjo fue constante a lo largo del siglo XIX, pero a partir sobre todo de los años treinta, coincidiendo con la caída de Carlos X, surge en Francia una corriente de historiadores que lanzan una nueva mirada hacia 1789. Constituyeron la prolífica escuela que Roger Picard denomina de los “historiadores románticos”, ya que sus trabajos fueron conscientemente concebidos desde “la imaginación, el lirismo, el espíritu filosófico, la creencia en el progreso, el amor a la humanidad, la fe en el pueblo y la piedad universal” (1947: 208). Los Thiers, Mignet, Guizot o Michelet darán una interpretación de los episodios revolucionarios radicalmente divergente de las que hasta entonces eran “oficiales”. Y lo harán, como explica Picard, con pasión, a veces con objetividad, pero rara vez con imparcialidad, ya que al cultivar la historia “cada uno confiesa una creencia, una filosofía, una preferencia política o un sentimiento de clase” (p. 211). En general, la historiografía europea del XIX sobre la Revolución, sin distinción de escuelas ni nacionalidades, en opinión de Moreno Alonso, es “apasionada, en muchos casos poco documentada, escasamente crítica, con una metodología, en fin, muy elemental” (1979: 44).

El relato sobre las disputas entre partidarios del absolutismo, del constitucionalismo, de la democracia e incluso de una suerte de proto-socialismo, que se habían producido

durante el estallido revolucionario de 1789, proyectará su sombra sobre las colisiones análogas que se irán registrando durante todo el siglo XIX. Los Thiers, Guizot o Mignet, colaboradores activos en la instauración de la Monarquía de Julio, ofrecerán una visión tendente a legitimar el régimen constitucionalista de Luis Felipe de Orleans. Mitificaron así la etapa comprendida entre 1789 y 1791, durante la cual se había establecido un régimen de gobierno entre la Asamblea Nacional, trasunto del Parlamento, y el rey, ambos moderados por una Constitución votada en conjunto. Consecuentemente, el marqués de Mirabeau y La Fayette, artífices de la etapa constitucionalista de la Revolución, fueron objeto de los mayores elogios por parte de estos historiadores. A su vez, rechazaron los subsiguientes episodios, en especial, el de la Convención, bautizado como el “Reinado del Terror”, por sus persecuciones indiscriminadas y por haber albergado en su seno la semilla del socialismo que, por los años treinta, comienza a intranquilizar a la burguesía liberal francesa. La Ilustración, frente a la condena categórica que recibía de los católicos por su impiedad e inmoralidad, es señalada por estos historiadores como el sustrato ideológico sin el cual no hubiera sido posible la Revolución. Los Montesquieu, Voltaire o Rousseau son elevados consecuentemente a la condición de padres espirituales de la modernidad.

En nuestro país, habrá que esperar a la proclamación del Estatuto de 1834 para que comiencen a difundirse estas nuevas interpretaciones, y se hará fundamentalmente a través de las traducciones de los autores franceses citados. Como explica Gil Novales, la publicación en España de las versiones en castellano de la *Historia de la Revolución de Francia* (1836) de Adolphe de Thiers, que según Moreno fue la que disfrutó de mayor difusión en España (1979: 37), y la *Historia de la Revolución Francesa* de Mignet (1840) “permiten la aparición de juicios que ya no son totalmente antifranceses, aunque tampoco sean prorrevolucionarios” (1989: 368).

En *Los hipócritas*, Tresserra ofrece a sus lectores una extensa lista de obras inspiradas en la Revolución Francesa que se hallan en circulación por las librerías del país. A cada una de las cuales les dedica su correspondiente comentario en función de su “veracidad” histórica (p. 390). Para iniciar al conde de Morlotte en el conocimiento de la historia francesa, el doctor Alfonso escoge la citada obra de Thiers, y lo hace por ser esta

la más a propósito, es decir, como la más sencilla, la menos filosófica, lo que menos podría contrariar su espíritu poco fortalecido para recibir las fuertes impresiones de la verdad, y por ser una extensa cronología (no minuciosa) y a la cual para ser perfecta le falta consignación y ordenación regular de un sin

número de fechas: obra que es un compendio de la Historia de Francia escrito bajo el punto de vista perverso de la doctrina de *mister* Guizot, de la cual Thiers es un digno aprovechado apóstol (*ibíd.*).

Parece que Tresserra elige esta obra por la consideración de la que gozaba, todavía en la sociedad española de los sesenta, como máxima instancia de la verdad de 1789; de modo que las críticas que le dedica están destinadas a socavar la autoridad de Thiers entre sus compatriotas. El catalán, amén de su repudio a las monarquías constitucionalistas que ensalzaba el historiador francés, tampoco podía mostrarse de acuerdo con su postulación de la alta burguesía como la única y gran protagonista de las partes constructivas de la Revolución. Thiers propugnó un esquema de la revolución bipolar que hará fortuna: de un lado, la de 1789, buena y necesaria, obra de la alta burguesía liberal; y, por el otro, la del 93, nefasta y plebeya, pero inevitable¹¹⁰. También resulta significativa la puya que Tresserra dedica a François Guizot, quien, como el mismo Thiers, había sido una personalidad muy influyente en la época tanto en su condición de político como en la de historiador. En sus obras, Guizot interpreta el devenir de Europa occidental desde la óptica de la burguesía triunfante, de modo que para él la historia culmina con la revolución de 1830, que significa el triunfo definitivo de la burguesía y el fin de la lucha de clases. Extremo que resultaba inaceptable para un fervoroso demócrata y republicano como Tresserra.

Nuestro autor no se contenta con criticar el fondo ideológico de estas obras, sino que, como vimos en la cita, entra a enjuiciar su metodología. De entre el grupo de los historiadores románticos, Thiers representa a la escuela descriptiva, caracterizada por la tendencia a acopiar datos, a la minuciosidad erudita y, en suma, por su afán documentalista. En cambio, para Tresserra, como pone en boca del doctor Alfonso, “los hechos de la historia suponen el conocimiento de las causas originarias con relación a los sucesos presentes y pasados, interiores y exteriores de un pueblo” (p. 384). Es decir, las obras historicistas deben tender hacia una interpretación totalizadora de los hechos, a una síntesis explicativa, o, lo que es lo mismo, a hacer filosofía de la historia. Aparece aquí con claridad el aliento

¹¹⁰ Rafael Altamira en una reedición a la obra de Thiers explicará la vigencia que casi cien años después conservaban gran parte de las apreciaciones del francés; sobre todo la interpretación sobre los tres momentos fundamentales de la Revolución de 1789; los protagonizados por la Asamblea Nacional, la Convención y el Directorio; escribía el célebre historiador español, adhiriéndose a los postulados de Thiers: “los dos primeros realizan el cambio de la sociedad y del Estado y asientan las bases de los nuevos tiempos, esparciendo a los cuatro vientos de Europa los principios del régimen liberal [...] El Directorio es un calmante que apaga la fiebre cruel y suicida del Terror” (1973, v. I: XV). Sin embargo, a juicio de Moreno, la obra del historiador francés adolece de una metodología rigurosa, y la suya se acerca a más a los presupuestos de una crónica periodista que se corresponden con el oficio que originariamente desempeñó Thiers (1979: 37).

hegeliano que como iremos viendo impregna el pensamiento de Tresserra. Las teorías del alemán contemplaban el devenir de las naciones y la humanidad como un proceso ininterrumpido hacia un fin concreto y cierto, de modo que cultivar la historia implicaba llegar a conocer esta evolución. Como señala Román Cuartago, la historia de la que se ocupa por doquier la filosofía hegeliana no es otra que la “del transcurso del principio de la razón y de la realidad”, una historia de “*génesis absoluta*, cuyo relato cobra forma en el sistema de la ciencia especulativa, en la que se da cuenta de los avatares de la razón en su trato – una relación de diferencia e identidad - con la realidad” (2005: 5). Desde esta perspectiva, que es la que adopta Tresserra, la Revolución Francesa aparece como el acontecimiento que por vez primera reconcilia ambos polos en la praxis histórica.

Sin duda, el historiador que mejor aplicará a los sucesos de 1789 este punto de vista hegeliano será el francés Jules Michelet, que se convertirá en el referente inexcusable de todos los estudios de inspiración democrática sobre el periodo. Para Michelet, con la revolución que lleva a cabo el pueblo francés, representado por un puñado de grandes hombres que habían sabido interpretar los deseos de la nación y de la opinión pública, este conquista para siempre su libertad contra la tiranía secular de los reyes absolutistas. La Revolución Francesa viene a demostrar que la historia de la humanidad se orienta indefectiblemente hacia la realización de la democracia, de modo que Michelet hace de esta fuerza inmanente el tamiz por el que juzga todos los fenómenos y acontecimientos.

En la novela que venimos citando, Tresserra se adhiere a esta óptica idealista. Cuando el doctor Alfonso le pregunta al conde de Morlotte a cerca de su opinión sobre lo acaecido en Inglaterra a Carlos I, y en Francia a Luis XVI, este le responde que las causas se hallan sin duda en “la defección de los demás monarcas de Europa; y, sobre todo, en los enciclopedistas”, los cuales habían inoculado ideas irreligiosas a parte del pueblo (p. 385). El doctor, que esperaba esta contestación, quiere saber de dónde ha extraído esas explicaciones; el conde le responde que fueron, de un lado, los frailes franciscanos que le educaron y, de otro, los libros sobre historia que leyó. “Y esos historiadores – se interesa el doctor- ¿eran ingleses, españoles o franceses?”; a lo que el conde responde que eran todos españoles (*ibíd.*). A continuación, le dice el doctor: “¡Bah! No tenéis conocimiento a fondo de otra cosa sobre este suceso sino que el Parlamento inglés decretó la muerte de Carlos I, y esto no es tener conocimiento alguno de la verdad del hecho” (*ibíd.*). Tresserra arremete de nuevo contra los historiadores documentalistas, y por lo mismo reivindica a aquellos otros que son capaces de deducir de los hechos sus pertinentes enseñanzas filosóficas. En *Los hipócritas*, sin embargo, el catalán no cita directamente a Michelet, aunque sí lo hace en

otros escritos suyos¹¹¹. La razón de ello seguramente se halle en que este historiador no fue demasiado difundido en nuestro país hasta la Restauración, cuando se tradujeron la mayor parte de sus escritos; antes obviamente, apunta Moreno Alonso, su obra no ejerció influencia en la intelectualidad española (1979: 73)¹¹². Tresserra, quien parece haberse manejado con soltura en francés, seguramente conoció y estimó las obras de Michelet; pero debido a que su repaso historiográfico se dirige a señalar una guía práctica de lecturas para aquellos que quieran ser informados de acuerdo al “lenguaje moderno de la política y de la ciencia” (p. 385), se detiene en el análisis de las obras que andaban más en boga en la época y que se hallaban al alcance de sus lectores.

De este modo, el doctor Alfonso divide las obras sobre la Revolución Francesa en tres categorías distintas, según su inspiración absolutista, doctrinaria o democrática. Siguiendo el criterio de su divulgación en España, escoge a tres escritores representativos de cada una de las escuelas: François René de Chateaubriand, Alphonse Lamartine y Alphonse Esquiros, respectivamente. El conde de Morlotte va leyendo párrafos de algunas de las obras de estos; y precisa Tresserra: “inútil es decir que doctor había escogido en los mencionados libros los pasajes aquellos que condensaban perfectamente las tres ideas mencionadas” (p. 388). De esta forma, el anciano conde “tenía establecidos perfectamente a la vista los tres puntos sobre los que eternamente girará la filosofía: la autoridad, el eclecticismo y la libertad; el absolutismo, el doctrinarismo y la democracia...” (*ibíd.*). Tresserra obviamente dedica sendas críticas a los dos primeros escritores:

Ayer Chateaubriand hubiera sido considerado como el genio de la revolución y de la impiedad; hoy le contemplamos como un canto de la reacción elocuente, como las últimas palabras de un moribundo. Lamartine, cuya inteligencia, quizá sin saberlo él mismo, pertenece a los segundos, sin dejar de amar la revolución, respeta demasiado a la reacción (*ibíd.*).

La fama y prestigio de los que gozaba Chateaubriand en nuestro país, sobre todo durante la primera mitad del XIX, lo convirtieron en uno de los principales referentes del panorama cultural español. No es extraño que Tresserra lo escoja como modelo de

¹¹¹ En su folleto de 1861, Tresserra, a propósito de las significaciones del término “fraternidad”, pone en boca del historiador francés la siguiente frase: “usad como M. Michelet de las palabras amor e instinto que lo contienen todo, o bien la palabra solidaridad que todo lo reúne” (p. 33).

¹¹² Gil Novales afirma que antes de este periodo tan solo se había traducido una obra de Michelet al castellano, *Las mujeres de la Revolución*, y en la tardía fecha de 1863 (1989: 385).

historiador absolutista, y que, como hacía con Thiers, aproveche para tratar de desacreditar su autoridad en la materia, y también para aclarar ciertos equívocos que circulaban en torno a la ideología del vizconde francés. La imagen que de Chateaubriand se tenía en España era objeto de controversia; para unos resultaba ser un neto “servil”, para otros en cambio aparecía como una especie de protoliberal. La ambigua trayectoria política descrita por el escritor favorecía estos debates. En 1823, Chateaubriand jugó un papel destacado en la Santa Alianza que derrocaría a los liberales españoles; sin embargo, años después, pasaría a defender la legitimidad y conveniencia de las monarquías constitucionales. Como explica Gil Novales “sus argumentos no dejarán de tener eficacia en la España moderada posterior a 1843” (1989: 373).

El mismo caso representa la cita que hace Tresserra de Alphonse de Lamartine, y que se refiere a su archiconocida en España *Historia de los girondinos* (1847); obra que fue traducida al castellano el mismo año de su publicación en Francia, y que luego será profusamente reeditada en la prensa, a menudo en forma de folletín, a lo largo del siglo. Lamartine, al igual que Victor Hugo, se contará entre el grupo de literatos románticos que más contribuirá a difundir una imagen elogiosa – y poética – de la Revolución Francesa; aunque no por ello dejó de señalar y condenar taxativamente los excesos a que había dado lugar. Seguían por lo tanto el esquema bipolar de Thiers o Mignet, según el cual la primera fase había sido gloriosa, y la segunda, desde 1793, de triste memoria. Así expresaba Lamartine su visión sobre la Revolución: “si fue una locura aquel gran movimiento nacional se parece a esa locura de la cruz que dura desde hace dos mil años, que socavó el viejo mundo, que enseñó a los amos y esclavos el nuevo nombre de hermanos y que renovó los altares, los imperios, las leyes y las instituciones del universo” (*apud* Picard, p. 79). A pesar de ser un autor de inclinaciones abiertamente democráticas, a veces incluso con ribetes socialistas, militó en partidos políticos de todo signo y dio su apoyo a las monarquías constitucionalistas, además de que profesó una exaltada fe cristiana. Para Tresserra, estas dos últimas circunstancias descalificaban a Lamartine como consecuente republicano, de ahí que lo escoja como representante de la escuela doctrinaria. En su elección seguramente influyó también el hecho de que la *Historia de los girondinos* (1847) pasaba por ser una suerte de evangelio de sus correligionarios, no en vano Hennessy lo reputa como el folletín predilecto de los federales (1966: 104). Tresserra por lo tanto parece querer neutralizar o redimensionar el entusiasmo de los republicanos respecto a este autor. Sin embargo, pese a sus reparos, él mismo debió ser un asiduo lector de esta obra. Nos lo demuestra la cita suya que antes mencionábamos en la que el catalán relataba el episodio protagonizado por

Grangeneuve y Chabot, diputados partidarios de Robespierre y Danton respectivamente, quienes al pie de las Tullerías “conversaban sobre los males de la patria y los medios de salvarla” (ACS: I); episodio que tomó Tresserra con casi total seguridad de un pasaje de *La historia de lo girondinos* de Lamartine¹¹³. Aunque nuestro autor también disfrutaría de estas obras literarias, como prueba la alusión a este pasaje, con sus críticas a Lamartine parece querer reconducir a sus lectores hacia fuentes documentales más científicas y filosóficas. A este respecto, López Cordón señala que gran parte de las ideas políticas de muchos de los correligionarios de Tresserra venían en parte de la lectura de los escritores humanitaristas como Hugo, Lamartine, Dumas o Sue (1975: 26). Extremo que disgustaba al catalán, como prueba el hecho de que forjase la “Novela filosófico-social”, entre otras cosas, como antídoto de las novelas carentes de rigor científico.

El doctor Alfonso, tras haber adiestrado a su paciente el conde sobre el progreso inexorable de las sociedades europeas hacia la libertad y la democracia, y después de haberle hecho conocer los juicios de Chateaubriand y Lamartine sobre los acontecimientos de 1793, le da a leer la obra que él considerada más ajustada a la verdad, y que, de las tres propuestas, es la única de naturaleza filosófico-histórica. Escribe el catalán: “El libro que tenía a la vista [el conde] era el famoso de Alfonso Esquiros, la *Historia de la Montaña*; el párrafo que leía era el de un discurso de Danton” (p. 388). Al poco de comenzar a ojear el escrito el anciano Morlotte recibe una fuerte impresión: “parecía que sus blancos cabellos materialmente se erizaban, sus dientes crujían y todo su cuerpo temblaba como el de un azogado” (*ibíd.*). Y no era para menos; Esquiros en su obra elevaba a los altares a los Danton, Robespierre o Marat, quienes eran satanizados por la mayoría de los historiadores, fuese cual fuese su tendencia, al imputárseles la responsabilidad de la locura sanguinaria del Reinado del Terror. El autor pretendía así resaltar los valores democráticos y republicanos que, a pesar de todo, estos personajes habían colocado por vez primera en el centro de la vida pública de su época. Ensalzaba asimismo las medidas populares que se tomaron bajo su Gobierno, y, en especial, la implantación del sufragio universal masculino y la redacción de una más amplia *Declaración de los derechos del hombre* (1789).

En *Los hipócritas*, Tresserra sigue la estela marcada por Esquiros, esto es, se apunta al rescate histórico del Gobierno de la Convención. De este modo, presenta la fecha de 1793 como la del verdadero inicio de la Revolución, ya que es cuando por primera vez se

¹¹³ Eduardo Chao, en la *Ilustración Española y Americana*, del 8 de septiembre de 1878, reproduce este mismo pasaje de Chabot y Grangeneuve citando su fuente, que es la obra de Lamartine. La lectura de ambos no deja dudas sobre la deuda de Tresserra.

establece en un país de la Europa moderna una república democrática. El rechazo colectivo que suscitaba este tramo de la Revolución Francesa, machaconamente aventado por los sectores conservadores durante gran parte del XIX ante cualquier conato revolucionario, aconsejaba no mostrarse excesivamente apologista. Al respecto, como citábamos anteriormente, escribía Castelar: “si el movimiento democrático se ha paralizado en Europa tanto tiempo, si las varias reacciones han tenido tal número de sectarios, si la República ha aterrado a tantas generaciones, débese indudablemente a la época siniestra del Terror” (*apud* Castro Alfin, 1994: 35). Es por ello que para reivindicar la Convención, a menudo Tresserra o bien recurre a ciertas estrategias metonímicas o bien lo hace veladamente. Es el caso de un pasaje de *Los hipócritas*, cuando presenta a uno de sus personajes de ideas absolutistas, el médico Tourneill. El catalán relata la muerte del padre del personaje, firme opositor de la Revolución de 1789, y escribe: “a quien (sea dicho de paso) el filo de la guillotina al cortar su cuello cortó en sus labios la palabra ¡Viva el rey! Justificando de este modo la razón con la que el Tribunal de Salud Pública aplicaba en él la ley de sospechosos” (p. 29). Tresserra ataca sutilmente el núcleo de la leyenda negra que pesaba sobre la Convención, según la cual, Robespierre, al frente del Comité de Salud Pública, había desatado una persecución indiscriminada contra todos aquellos que se le habían opuesto y también contra inocentes sobre los que no pesaban cargo alguno. Nuestro autor trata así de combatir las exageraciones a las que había dado lugar el episodio en la mayor parte de la historiografía sobre la Revolución. De cualquier modo, más adelante, al referirse de nuevo al mismo asunto, acata la convencional condena a los excesos de la guillotina, aunque otra vez con matices:

No necesitamos hoy del terror para ser fuertes; el derecho y solo el derecho es nuestra arma de defensa y de combate. Rechazamos el terror, no solo por lo injusto, sino por lo ineficaz e inútil. ¡Quiera Dios que lo rechacen con nosotros todos los partidos! ¡Quiera Dios que ninguno se deje llevar por las reminiscencias del 93!, lección tremenda para los mismo terroristas, como habéis visto, señor conde; pero hoy ya hemos aprendido toda la enseñanza que contenía (p. 463).

Tresserra entona el *mea culpa* en nombre de los republicanos de 1793, al tiempo que reparte responsabilidades; entre líneas, el recordatorio es claro: las atrocidades históricas resultan imputables a todas las ideologías. El mismo Esquiros sostuvo una postura similar en

su *Historia de los mártires de la libertad* (1851), obra traducida al español en 1869, donde la visión positiva de la Revolución se combina ahora con una mayor tolerancia, el rechazo a la violencia y la confianza en la misión propagandística: “Aún cuando el Terror fuese necesario, - escribe Esquiros- aún cuando salvase la Revolución, o por lo menos la Francia, hoy han cambiado los tiempos, no se llega a la libertad sino por la libertad” (*apud* Gil Novales, 1989: 380).

Para nuestro autor, en todo caso, la Primera República Francesa vino a poner fin a “la tiranía de diez siglos, al despilfarro de cien reyes, cuya planta tronchaba la cabeza de los pueblos” (p. 385); también a proclamar de una vez para siempre ante todos los mandatarios del mundo “el derecho de los pueblos de darse el gobierno o el rey que mejor les plazca”, ya que este es su “moderno derecho” conquistado en 1793 y combatido “solamente por el huracán de las pasiones políticas, pero no en nombre de la justicia ni de los fueros sagrados de los pueblos” (p. 341).

Con *Los hipócritas* Tresserra se inserta en la corriente de autores procedentes de las filas del radicalismo democrático, republicanismo federal, socialismo utópico, cristianismo social o hegelianismo, que trataron de rehabilitar en España, como apunta Varela Suanzes, “los tan denostados principios de la Revolución Francesa”, los cuales “se ligarán con el espíritu liberal de las Cortes de Cádiz y con su fruto máspreciado: la Constitución de 1812” (2006: 3). Tresserra sigue aquí, como en tantas otras cosas, los pasos de su admirado maestro revolucionario de juventud: Abdón Terradas. Como vimos, en 1846 este había traducido la *Historia popular de la Revolución Francesa desde 1789 hasta nuestros días* de Cabet, obra que con toda seguridad leyó el adolescente Tresserra. Otros correligionarios republicanos de nuestro autor, como Ordax Avecilla, Sixto Cámara o Martínez Villergas, en décadas anteriores, habían tratado de ofrecer a la opinión pública española, como hace Tresserra a mitad de los años sesenta, una visión de la Revolución Francesa divergente de la absolutista y la doctrinaria, que eran las hegemónicas, pero su influjo parece ser que fue escaso¹¹⁴. El caso más interesante para nuestro objeto lo representa Fernando Garrido; pues, aunque no elaboró una obra monográfica del evento, en muchos sus escritos se encuentran

¹¹⁴ Según Moreno Alonso, aunque el lector español mostrará preferencia por las traducciones de los autores franceses, las interpretaciones aventadas desde el liberalismo progresista patrio serán muy interesantes, caso de las obras de Flórez Estrada o Martínez de la Rosa. Este último en *El espíritu del siglo* (1835-1851), a juicio de Alonso, pergeñará “la mejor historia contemporánea universal” del país; donde la Revolución Francesa aparece como el punto de partida de la época y el desencadenante de las revoluciones de España. Martínez de la Rosa, en consonancia con su discurso y práctica política en nuestro país, defenderá el periodo de la monarquía constitucional y condenará sin paliativos a la Primera República Francesa y a la época del Terror (1979: 217).

alusiones a la Revolución Francesa que resultan elocuentes sobre la óptica que le aplicaron los republicanos. En la *Historia del reinado del último Borbón* (1869), dice Garrido:

París había dado en 1789 el gran ejemplo de la nueva evolución en que entraba la humanidad; París había agitado el mundo; París había sido el foco del gran incendio que ponía en combustión al mundo para purificarle. Todos los elementos que se creían heridos, todos los intereses egoístas que temieron ser suspendidos y observaron como desaparecía su poder, se agitaron en violenta sacudida, y formaron concluyentes sus esfuerzos para impedir la propagación del incendio (1869, v. III: 7).

La Revolución Francesa es presentada como la irrupción en la historia de las ideas democráticas que vienen a corregir un largo y oscuro periodo de tiranía monárquica. No obstante, la lectura de Garrido adquiere unos tintes socialistas que no encontramos en la interpretación tresserriana. Así, el tribuno gaditano, en *Historia de las clases trabajadoras* (1870), acusa a la clase media, a quien identifica con la monarquía constitucional, de haber traicionado al pueblo: “se enseñoreó del campo y después de la batalla y guiada por el egoísmo, se opuso, como habían hecho los vencidos poderes, a que la atención se extendiera a la clase trabajadora (1870, v. II: 353). Para Garrido la República de 1793 “es la expresión rigurosa del pensamiento popular, sin las mixtificaciones egoístas de la clase media” (*ibíd.*). Ideas que chocan con el concepto de ciudadanía interclasista que alentaba el republicanismo de Tresserra, y por ende con su interpretación del estallido revolucionario francés de 1789.

En definitiva, la trama novelesca que inventa nuestro catalán en *Los hipócritas* en torno a la locura del conde de Morlotte y las enseñanzas del doctor Alfonso refleja y contiene las notas más sobresalientes de su pensamiento filosófico y político. El personaje del aristócrata representa a la sociedad española isabelina, una sociedad anclada en una mentalidad arcaica, irracional y supersticiosa, propiamente de otra época, condenada a ser arrasada por la historia. Especialmente sus clases dirigentes, quienes, aunque se obstinan en negar la marcha del progreso, no renuncian, sin embargo, a la parte material que este representa, es decir, a los avances tecnológicos o los beneficios económicos que les reporta el desarrollo industrial. El doctor Alfonso viene a recordar que el progreso de las sociedades humanas es un movimiento histórico irrefrenable que engloba una totalidad, de la cual resultan inseparables la ciencia de la política, la economía de la moral, la razón de la democracia.

Por otro lado, Tresserra teje el proceso de instrucción del conde de Morlotte como una alegoría de la acción de la razón humana actuando sobre el pensamiento oscurantista. Incluso un fanático del absolutismo como el de Morlotte, pese a sus arraigados prejuicios iniciales, poco a poco será persuadido de la irrefutable verdad que contienen los principios que le expone el doctor. Lo que tiene lugar por el simple hecho de que se presta a escuchar y leer todo aquello que la educación supersticiosa recibida le impulsaba antes a reputar de blasfemo, perverso y calumnioso. Tresserra declara así su confianza ilimitada en el poder de la palabra, de la razón y de la educación cuando a estos se les deja operar en libertad. Al final de la novela, ni que decir tiene que el conde se declarará “austero republicano”; así, sentencia el anciano: “Cada día bendigo más y más los progresos de la moderna civilización. Bendigo el año 1793 y compadezco al rey, mi pariente. Fue una víctima más en holocausto a la justicia... Sin aquello no habiéramos llegado a esto” (p. 871).

El referente fundamental de las ideas de nuestro autor hay que situarlo por lo tanto en el magma ideológico que precedió y luego desencadenó la Revolución Francesa. Cuando alrededor de los años cincuenta, Tresserra madura un ideario filosófico propio, al que ya se mantendrá fiel durante el resto de su vida, los paradigmas filosóficos y políticos proclamados por los pensadores más notables como Kant, Rousseau, Voltaire, David Ricardo, Malthus o Hegel, todos ellos por entonces desaparecidos, continúan conservando su vigencia. El amplio catálogo de pensadores y escuelas activos en época de nuestro autor, en sustancia, no harán sino extremar, subrayar, matizar o desarrollar los principios de aquellos; situación que se prologará hasta más o menos el decenio de 1870, cuando las teorías idealistas dan muestras de una insuperable fatiga y las corrientes positivistas y materialistas comienzan a imponerse como configuradoras de un nuevo paradigma. En consecuencia, el universo filosófico de Tresserra se nutre del caudal de ideas que había puesto en circulación la Ilustración francesa e inglesa, y que luego habían sido remozadas por el idealismo alemán; prestando ambos movimientos la base filosófica en la que fundamentarán sus doctrinas políticas diversas escuelas de signo democrático y republicano. Pese a las divergencias y disputas que se entablarán entre las distintas tendencias forjadas al calor del racionalismo y de las teorías del progreso, todas ellas compartían una ambición común: construir una nueva Europa, más justa, laica, librepensadora y democrática sobre las ruinas que dejaba el Antiguo Régimen en su lenta e inexorable caída. Tresserra fue uno de tantos que, llevado de la mano del libre examen que proclamaba este vasto movimiento, se adhirió con entusiasmo al proyecto.

En las manos de nuestro autor, los principios racionalistas e idealistas no parece que adopten visos de originalidad, como por otra parte no parece haberlo hecho en manos de ningún otro pensador español del periodo. Pero tampoco podría decirse que abraza sin más un referente concreto. Su pensamiento se construye a partir de un rico y variado haz de influencias que, no obstante, encuentran siempre el tamiz de un puñado de principios básicos, sólidamente interiorizados por Tresserra, que a la postre conforman una cosmovisión personal y coherente. De hecho, el método que se revela como más eficaz a la hora de clasificar su ideario es el de situar al catalán entre los distintos polos entre los que oscilaban materias como la economía o la religión que la filosofía de la época hacía su objeto preferente de debate. Es en esos espacios donde se hallan los matices, precisiones y combinación de ideas que, como decimos, acaban por dotarle de una bien trabada interpretación personal de la realidad y que, consecuentemente, le otorgan cierta peculiaridad.

Asimismo, el interés que demuestra Tresserra hacia todas las disciplinas de estudio le lleva a incorporar a sus reflexiones observaciones médicas, antropológicas, astronómicas o físicas. Como consecuente idealista no puede dejar de aspirar a la integración de todo lo humano en una totalidad. Es significativo que para Tresserra los personajes más valiosos de su época sean los Franklin, Humboldt o Laplace, todos ellos republicanos, pero principalmente hombres de ciencia. Esta curiosidad intelectual que caracteriza a Tresserra produce en su cosmovisión un efecto que creemos beneficioso; pues, aunque no abandona los postulados idealistas, la multiplicidad de fenómenos de los que se ocupa le proveen de una variada gama de puntos de vista que, a la postre, matiza la estolidez en la que caen otros intelectuales procedentes del sustrato hegeliano. El pensamiento de nuestro autor se caracteriza por presentar “un idealismo de orden teórico compatible con un realismo de carácter práctico”, que José Luis Abellán identifica como enseña de los individuos procedentes de las llamadas escuelas “del sentido común” (1984: 349); las cuales disfrutaban de un especial arraigo en la tradición filosófica catalana, influida por el empirismo inglés de los Locke y Hume, del eclecticismo de Cousin y por la escuela escocesa del *common sense*. Esto es, el célebre *seny* catalán que, dice Méndez Bejarano, prendió en esta región de España por analogía de temperamento con Escocia (1928: 389). Según Heredia Soriano el “sensualismo mitigado” en el que cabe incluir a las escuelas del sentido común representaron las corrientes de pensamiento “más genuinas” de la época isabelina en España:

Frente a la ideología pura o sensualismo riguroso, que privilegiaba al menos metódicamente el elemento exterior del pensamiento, subrayó la importancia del principio inmanente de la conciencia; frente al racionalismo o idealismo, que confiaba poder descubrir el secreto de toda realidad, señaló los límites de la razón humana; frente al tradicionalismo, que hizo de la fe criterio positivo de verdad científica, afirmó nuestra capacidad natural para adquirirla sin acudir a ciertos expedientes sobrenaturales; frente a la escolástica, que concebía la filosofía como ciencia general de Dios, el hombre y el mundo, redujo el ámbito filosófico al estudio de las facultades intelectuales y morales del hombre, defendiendo la primacía metódica de la psicología sobre la lógica (1997: 379).

Creemos que Tresserra participa de esta actitud o predisposición que caracteriza a los profesantes del *common sense*, y que, como decíamos, a veces parece alejarle de otros idealistas de su época, quienes apegados tercamente a su fórmula del “espíritu absoluto”, a la postre acaban por convertirlo en un criterio dogmático y rígido de interpretación que devuelve una imagen de la realidad excesivamente abstracta. De hecho, como tendremos ocasión de comprobar, a pesar de que el sello de la filosofía dialéctica de Hegel en las ideas del catalán es inconfundible, el haz de referentes intelectuales de Tresserra es muy variado: Locke, Kant, Betham o Cousin parecen haber ejercido una influencia decisiva en su manera de contemplar la realidad.

Dice Picard que “los reformadores sociales del siglo pasado estaban todos más o menos imbuidos del espíritu romántico” (1947: 46); espíritu romántico del que, en todo aquello que encerraba de rebelde, también alcanzó a la cosmovisión de Tresserra. Por su parte, Montesinos define al romanticismo como “una fusión o confusión de la literatura con la vida, es la vida misma organizada en obediencia al propósito de hacer de ella un poema, un vasto drama, una novela vertiginosa” (1982: 116); lo cual resulta igualmente aplicable al catalán. Tresserra es un librepensador de estirpe romántica que no obstante adquiere un compromiso total con la realidad. El optimismo que le insufla la creencia en un inexorable camino de la humanidad hacia su perfeccionamiento, abonado por las luchas por la libertad que se declaran a la vez en toda Europa, destierran el fatalismo y la soledad de su alma también romántica. Tresserra es un literato, filósofo, político y reformador que se implica por entero en un mundo que, aunque es percibido como hostil, resulta en su revigorizada óptica ante todo como transformable, susceptible de alcanzar el absoluto infinito.

Para terminar este capítulo introductorio a su ideario, valga esta cita que tomamos de su catecismo de 1870, y en la que hallamos condensado el idealismo, la rebeldía, el compromiso y la cuna del pensamiento político-filosófico tresserriano. Explica el barcelonés que el régimen de una República democrática y federal

es posible en todas las naciones del mundo porque lo bueno, lo mejor, lo justo, no solo es hacedero sino necesario. Los pueblos serán siempre esclavos y objeto de los derechos de los mandarines y de las clases privilegiadas, mientras no se rijan por los principios de Libertad, Igualdad, Fraternidad, cuyas palabras, por su orden, representan las de REPÚBLICA, DEMOCRACIA, FEDERACIÓN (p.40).

2. RACIONALISMO

Nuestro escritor hace continuos llamamientos a una razón que debe dedicarse “al rebuscamiento de la verdad en todas las esferas de la ciencia”, ya que esta no es sino el “espíritu que preside la vida humana como el alma a la vida del cuerpo” (LH: 478). Puesto que “las cosas suceden todas por el mero hecho de obedecer a ciertas leyes naturales” (MS: 271), la misión fundamental de la humanidad es descubrir el mayor número posible de ellas a través del raciocinio. Los pensadores como Tresserra que hacen de la razón el atributo esencial de la condición humana acaban por desplazar la fe en una providencia divina hacia la capacidad de entendimiento y transformación de la realidad que posee el hombre. Las formulaciones metafísico-religiosas sobre el origen y desarrollo de la sociedad pierden su sentido, de ahí el siguiente discurso de Tresserra sobre cuál debe ser el nuevo culto de la civilización:

“Los dioses se van”, decía un filósofo hace cerca de dos mil doscientos años, y aquellos dioses se fueron. Vinieron otros, más humanos en un sentido y menos hombres en otro; el fin del reinado de esos se anuncia también, y otros vienen... Los dioses que vienen no se los comulgará el hombre en sangre y carne, ni nadie temblará ante su colérica mirada, porque no amenazan para después de la muerte con el fuego del infierno; ni ninguno esperará de ellos la gran recompensa de contemplar estáticos y eternamente su faz circuida de rayos. Los dioses que vienen no entregarán a nadie las llaves del cielo para abrirlo o cerrarlo a su antojo ni levantarán cadalsos, ni hogueras, ni mazmorras para calcinar el pensamiento humano en la frente del hombre, ni mandarán que se les erijan templos repletos de oro y pedrerías para hospedaje de sus sacerdotes. Los dioses que vienen no comerán del Estado cómplice de sus perversidades, ni de la sangre y el sudor de los pueblos, cómplices de su ignorancia. Los dioses que vienen son más poderosos que los que se van, más grandes, más adorables; no han creado al hombre por medio de un soplo, para permitirle que luego caiga en pecado y condenarle a arrastrarse sobre la tierra como la culebra y después levantar su sentencia *sacrificando en una cruz a su inocente único hijo*. Los dioses que vienen no son monstruos, ni farsantes, ni guardan con flamígera espada las puertas de las cuevas de los ladrones, llamadas pagodas, mezquitas o iglesias...

No, los dioses que vienen han levantado la prohibición impuesta al hombre sobre el árbol de la ciencia del bien y del mal y han dicho al nuevo Adán: come de la ciencia libremente; y a Eva: excita todas tus seducciones para que coma más y más; y a la serpiente tentadora: silba sin cesar a sus oídos para que nunca se vea harto del fruto de la ciencia [...]. Analizad, raciocinad, arrancad sus secretos a la física, a la química, a la zoología y a la geología, y sabréis, podréis y valdréis más, infinitamente más, que todos vuestros presentes y pasados dioses (HD: 35).

Para Tresserra, por lo tanto, es solo a la “diosa razón” que se le debe rendir culto, como habían pedido los Voltaire o Condorcet, y como se había proclamado en el primer estallido revolucionario francés. Victor Cousin en sus *Discursos políticos* (1851) declaró que los principios podían resumirse como “la comprensión y el amor por la Revolución Francesa”; y que así como Descartes había abolido la autoridad clásica en filosofía, sustituyéndola por la libertad de especulación y pensamiento, el evento de 1789 había venido a consagrar a la conciencia humana como la única autoridad moral o dogma para la existencia (Hearder, 1973: 53). Como Cousin, Tresserra, en sus novelas filosófico-sociales, usará ambas referencias, Descartes y la Revolución Francesa, para presentar su concepción del racionalismo. Si en *Los hipócritas* la República de 1793 aparece como la primera plasmación histórico-política de la razón humana, en otra novela suya, *Vicente de Paul o el amor por caridad de Dios*, René Descartes comparece como símbolo del primer paso dado en la era moderna hacia la soberanía del ser humano. En el siglo XVII, escribe Tresserra en la novela citada, “la poesía, las artes, la filosofía y la teología, principiaban a agitarse en un modo especial en Francia” (p. 49); Pascal y, sobre todo, Descartes, muestran el rumbo de una novedosa manera del hombre de enfrentarse con la realidad. En *El discurso del método* (1637), este último invocará en el camino del conocimiento a la rigurosidad científica como contrapeso necesario del instinto especulativo humano, de modo que intentará asentar toda idea y pensamiento sobre una base incommovible.

Tresserra rinde homenaje al filósofo en varios pasajes en los que parafrasea sus principios: “Toda enseñanza es una revelación demostrativa. Se demuestra por el ejemplo práctico y el ejemplo teórico” (p. 202). Pero lo que aquí nos interesa subrayar es el valor que otorga a Descartes en cuanto iniciador de una nueva cadena de solidaridad humana conducente al Progreso, basada en la dupla inseparable de raciocinio y experimentación. La razón para Tresserra es una función natural del ser humano, quien en todas las épocas se ha sentido impulsado hacia la verdad, los grandes hombres han ido acumulando así

conocimientos revelados en su conciencia: “Una idea formada en el cerebro de un hombre llámese Confucio o Platón, Sócrates o Epicúreo, Galileo o Descartes, incendia toda la atmósfera fluida: no hay más que una luz: el ojo es el sol” (MS: 46). Gracias a la ley de la solidaridad humana se avanza en el progreso de la razón universal, lo cual resulta, según Tresserra, “de la naturaleza comunicable de la inteligencia”; y continúa diciendo:

Ejemplos, discursos, literatura, descubrimientos, ciencias, moral, etc.; todas estas corrientes por las cuales se corresponden las almas; todos esos esfuerzos sin lazos visibles, cuyo resultado, sin embargo, impele al género hacia un equilibrio, hacia un nivel medio que se eleva constantemente; todo este vasto tesoro de utilidades y conocimientos adquiridos, de donde cada uno saca sin disminuirlo, y que cada uno aumenta sin saberlo..., todo eso es la solidaridad (PN: 405).

El catalán eleva a Descartes a símbolo del esfuerzo individual de aquellos que se entregan a la causa común de ensanchar el entendimiento de la especie humana y que se insertan en una cadena ininterrumpida de contribuciones a las ciencias, pues, se pregunta: “¿Cuál es el punto de partida de las Matemáticas, de la Astronomía, de la Medicina, de la Filosofía del Derecho, de las Religiones? ¿Cuál es su punto de llegada?” (VP: 48). Tresserra se siente como un humilde eslabón de esa cadena que iniciaron los griegos, revigorizó Descartes y alcanzó su apogeo en la Ilustración dieciochesca con su fruto más característico: la *Enciclopedia*. Los republicanos del XIX se sentirán pues herederos políticos de los recopiladores sistemáticos del conocimiento; escribía Blasco Ibáñez en su *Historia de la Revolución Española* (1892-1893) que “la monarquía y la Iglesia recibieron una cruel puñalada con la publicación de la *Enciclopedia*” (1930: 18). Los Diderot, Saint-Pierre o Bailly “los esforzados campeones del progreso”, como los describe el correigionario de Tresserra Genaro Montí,

allegaron materiales nuevos para cimentar con solidez el mundo del porvenir. Montesquieu deduciendo las leyes de la historia, Rousseau soñando una sociedad reformada, Buffon estudiando la naturaleza y enlazando todas las cosas creadas, Laplace ensanchando el Universo para llevar hasta los últimos confines del espacio los destellos del pensamiento, y Voltaire atacando al fanatismo y haciendo resonar su homérica carcajada en las bóvedas del Vaticano (1872: 191).

Sigue diciendo Montí que sería exagerado “hacer una completa apología de la *Enciclopedia*”, pero que también sería ingratitud desconocer que “merced a su tendencia a unificar todos los trabajos del hombre y presentarlos como una sola obra, nuestro siglo ha podido ser sintético y popularizar extraordinariamente el estudio, considerando las ciencias y las artes como ramas de un solo tronco” (p. 192). El correligionario de Tresserra nos ofrece la percepción del individuo decimonónico sobre el desarrollo filosófico experimentado en su siglo respecto a la Ilustración, donde, a través de una cadena de solidaridad, el idealismo alemán toma el testigo del espíritu enciclopedista dieciochesco. Como dice Groethuysen: “El siglo XVIII está dominado por la antinomia entre el racionalismo inherente a la naturaleza del hombre, por una parte, y por otra, el irracionalismo de la vida tal como el curso de la Historia lo presenta” (1981: 124). En la óptica de los ilustrados, el sino de la humanidad es asistir a una pugna incesante entre las luces y el oscurantismo, mientras que el individuo racionalista del XIX es ya percibido como “histórico”, esto es, sujeto a las cambiantes coyunturas histórico-sociales.

Escribe Tresserra: “No hay un hombre sobre la tierra cuya condición no haya sido determinada por un millar de hechos, a los cuales son extrañas sus determinaciones” (PN: 404). Es aquí donde cobra todo su sentido la ley de la solidaridad humana como eje de la sensibilidad idealista. En la carrera de los siglos, las sucesivas generaciones van legando a las siguientes los adelantos llevados a cabo por la razón, las distintas épocas forman estadios de conocimiento que tienden a acumularse. Pregunta Tresserra a sus lectores: “¿Pero qué queréis que lo finito abarque y comprenda lo infinito, el menos al más, lo menor a lo mayor?” (HD: 26), da así a entender que la verdad, el absoluto de la razón, resulta inasequible al hombre individual, pero no al hombre-especie considerado en una dimensión diacrónica que no tiene fin. De esta manera, la ley del progreso aparece como el fruto lógico de la aplicación del racionalismo a la historia, ya que el desarrollo y difusión de la razón condicionan determinantemente a los individuos de cada época histórica, y por ende a las sociedades que forman. De ahí la insistencia de los racionalistas decimonónicos en la necesidad de hacer extensivo el conocimiento a todas las capas de la población, esto es, de educarlas. A mayor extensión de una mentalidad racionante, mayor será la cadena de solidaridad, mayor será por lo tanto el progreso conjunto de la humanidad. Así, para filósofos como Tresserra la ignorancia es la primera culpable de la miseria, la tiranía o la injusticia; la falta de educación es, en suma, “la causa alegórica del mal” (VP: 203).

El catalán parte de la creencia de que “nadie nace perverso sino con tendencias que solo desarrollan el ejemplo y la circunstancia” (MS: 525). Y por ello, los nuevos “dioses de la razón” que vienen le dicen al hombre: “*levanta altares a la virtud y abre profundísimos pozos al vicio y a la ignorancia*”. Según Tresserra, “somos amor y luz” y “el bien es una sopa embriagadora”; estos dioses también le dicen al hombre: “goza de su néctar deleitoso, embriágate en el bien; no consientas tiranos y rinde culto solamente a la razón: el mal no es otra cosa que la oscuridad del entendimiento; instruid y educad y moralizareis” (HD: 35).

Para Tresserra “buscar la razón de ser de las cosas es estudiarlas” (VP: 127), ya que “el hombre para saber deducir, debe saber pensar; para saber pensar, debe saber remontarse a los orígenes del pensamiento, a las ideas puras, despojándose de todo conocimiento convencional” (p. 865). A la hora de reflexionar “nada hay más perjudicial y de más funestos resultados” que permitir la entrada a “influencias extrañas a la pura razón”, es decir, “a las opiniones del deseo, a repugnancias del gusto o a fantasmas de la mente” (HD: 7). Y esto es lo que se propone en uno de sus folletos, *¿Hay Dios?* (1871), al tratar de solucionar “la cuestión de las cuestiones”: la existencia de Dios. Más que el análisis de las conclusiones a las que llega, lo que aquí nos interesa es observar el método que sigue Tresserra para rebatir desde el “racionalismo puro” tanto a los deístas, que desde hace siglos se hallan enredados en “el eterno galimatías del escolasticismo religioso”, como a los materialistas, “que creen que la vida es un soplo y el soplo nada...”. Cree Tresserra que la solución existe y que “basta estudiar detenidamente la materia para zanjarla”; lo cual lleva a cabo con el sencillo procedimiento de “establecer un silogismo enfrente de otro” (*ibíd.*).

Visto que la causa efecto es un perfecto apotegma, pero lo es igualmente el hecho de que todo efecto es precedido por una causa, pregunta Tresserra que quién o qué es la causa de Dios. Señala que “esto no se puede responder”, de manera que “dos axiomas se contradicen”. Por lo tanto, inquiere a sus lectores: “*no comprender la no-existencia* de una cosa, ¿desde cuándo, en sana lógica, es *comprender su existencia misma*? Y viceversa: *no comprender la existencia* de algo, ¿arguye, por ventura, hoy ni en ningún tiempo, *comprender su no-existencia*? (p. 11). Habría que reconocer que no cabe esperar respuestas concluyentes sobre la materia y que, por lo tanto, toda investigación resulta inútil, pero no es así, ya que “demostrar que no se ha sabido, ni se sabe, ni jamás se sabrá nada sobre la existencia de Dios, sería demostrar la verdad absoluta en la cuestión” (p. 12). Se apresta pues a este objetivo.

Como primer paso el catalán examina los conocimientos de sus coetáneos respecto a la materia y sus propiedades. Proceso que le lleva a concluir que “las demostraciones de la

física, unidas a la balanza del químico, al telescopio y al microscopio, los estudios geológicos y zoológicos, nos afirman en los conceptos siguientes: *La materia es indestructible*” (p. 16). Desafía a los deístas a buscar algo que exista fuera de la materia o que sea distinto a ella, ya que “no hay más que materia, no hay más que una materia; la materia es lo infinito e inmanente; la materia es indestructible, es eterna, unas son sus leyes, idénticamente rigen en el Cosmos que lo cósmico; es, en una palabra, *causa y efecto a un mismo tiempo*” (p. 19). Por ello, recrimina a los sostenedores de la existencia física y espiritual de Dios que, en tal caso, este “no podría concebirse en manera alguna más que como fuerza de la materia y sería entonces tan materia como el áspid o el hombre, tan cuerpo como el nitrógeno o el oxígeno” (*ibíd.*). Desde este punto de vista, resultarían absurdos los atributos divinos concebidos tradicionalmente por las teologías. No obstante, conjetura Tresserra que los deístas pueden esgrimir el argumento de que, en coherencia con estos principios, es decir, si todo es inmanente y está escrito en las leyes de la materia, la libertad, la razón o la moral humana, no existirían o serían determinaciones fijas de ella. En este punto el escritor se sitúa del lado de los deístas, y concede que sus adversarios no pueden atribuir ni razón ni moral a la materia y que, sin embargo, aceptan que la naturaleza es sabia o proclaman que en el mundo todo se verifica con constante regularidad, que este “cambia periódicamente, se reproduce con orden, decanta la observancia del sistema, encierra la unidad en la variedad y señala el fin por los medios”. Consecuentemente les pregunta “¿dónde buscar, pues, su origen o maravillosas fuentes? Ya que en la materia no – por no atribuir razón a la materia - tendréis que ir a buscarlas fuera de ellas” (p. 21). De acuerdo con este postulado materialista, el hombre quedaría reducido a simple autómatas de la naturaleza. Ya que “la elección de nuestros actos desde luego no es nuestra, propiamente dicho, porque no es potestativa de nosotros. La voluntad no es más que un acto de fuerza que nos llevará aquí o allí, según obren en la sangre o los nervios la electricidad o el magnetismo” (p. 22).

Teniendo en cuenta el estado de conocimiento de la ciencia y la razón, solo queda asumir “que nada existe fuera de la materia”, y que “una cosa no debe buscarse sino donde puede estar”; por lo tanto, pregunta Tresserra: “¿dónde ir a buscar lo inmanente sino en la materia?” (p. 27). Pero asimismo se debe reconocer con los deístas que la materia no tiene voluntad, de lo que se colige que “hay algo en la materia que no es materia” (*ibíd.*). La cuestión llega así a un callejón sin salida: “La razón nos dice lo inmanente *existe*, y la razón nos dice lo inmanente *no existe*”. Esto es, frente a la cuestión de la existencia de Dios nos

hallamos ante una “declaración terminante de la impotencia de la razón” (*ibíd.*). El catalán, silogismo tras silogismo, ha llegado al punto de partida:

¡Materialistas y deístas, la ley os coloca fuera de la ley; la razón os declara fuera de la razón! Os volveréis locos y no saldréis nunca de este dilema [...] Es una ley natural que marca el límite de la inteligencia, y es en vano rebelarse en contra de ella. El deísta lo confiesa, sin saberlo, cuando habla de *los recónditos misterios de la divinidad*; el materialista cuando afirma que la materia es *necesariamente inmanente*. Hemos venido, por fin, a esta conclusión: NO SE SABE NADA (p. 28).

A juicio de Tresserra, esto no debe desconsolar al ser humano, sino que debe impulsarle a depositar su confianza en la razón con redoblado entusiasmo, pues sus límites, aunque evidentes, son siempre pasajeros. La ley del progreso que rige todos los fenómenos de nuestra especie, a lomos de una cadena de solidaridad constantemente perfeccionada por la extensión de la educación y la libertad a todos los individuos, hace inagotables las posibilidades de conocimiento. La humanidad está expuesta a un solo peligro derivado de la inaplazable necesidad que experimentamos de ordenar la realidad: “lo que la razón no explica solo la superstición lo alcanza a explicar” (PN: 488). Por ello, parte del programa de racionalización que Tresserra pretende llevar a cabo en la España de su tiempo pasa por el desenmascaramiento de los falsos profetas de las disciplinas paracientíficas, que entonces florecían por doquier. Contra estas también arremete nuestro escritor:

El magnetismo, el palangenismo, y otras evocaciones, no resisten a la crítica de los conocimientos de la época y a la práctica constante que les niega y las rechaza. Entre el sueño y la vigilia, entre lo presente y lo ausente, entre lo de hoy, lo de ayer y lo de mañana, entre la vida y la muerte, no sabemos ver lo que tantos otros con sus estereóscopos (*sic*) ultramundanos (p. 489).

En la óptica de Tresserra, todo aquello que la razón y las ciencias experimentales no refrendan no puede ser creído y, por lo tanto, cae del lado de la pura charlatanería. Reconoce la existencia de fenómenos que escapan a las explicaciones racionales, pero sentencia: “lo que tengan de sobrenaturales lo ignoramos” (*ibíd.*). Como iremos viendo, el caso

paradigmático de ello es para Tresserra el de las religiones, usadas a lo largo de la historia como un medio de extorsión y dominación de conciencias.

El siguiente párrafo es el que cierra su estudio crítico-filosófico, y lo dirige contra el obtuso dogmatismo tanto de los deístas como de los materialistas; su racionalismo tocado de idealidad y relativismo a partes iguales se halla aquí perfectamente condensado:

Cada día, cada hora, cada instante, la humanidad marcha un paso hacia delante y hacia arriba, de dentro a fuera, del centro a la circunferencia. No pretendáis buscar la *causa de las causas*, porque no la hallaréis ni en la materia ni fuera de la materia; mas adoradla en la humanidad, en la naturaleza, en el hombre, huyendo de revestirla de atributos: esto es *antropomorfismo*; es el delirio de los hombres que buscan esclavizaros o robaros; es el afán de los necios que tienen horror al vacío o al no ser. No hay no ser, no hay vacío. Ante lo infinito de la vida ¿qué es una vida accidental? ¿Hay alguno que se sienta horrorizado por no acordarse de su vida en el claustro materno? ¿No vivía sin embargo? ¿Hay alguno que sienta la necesidad absoluta de la proclamación de un dios personal, solo por no acordarse de nada ni tener conciencia de su vida durante el trascurso del sueño? Si la causa de las causas *es* y existe por *sí misma*, el mejor tributo de reconocimiento que pueda rendírsele es proclamarla *Misterio*; el mejor culto el reconocimiento de *Incomprensible*. Crea el hombre en el progreso indefinido, y, si después de todo, necesita una religión que lo eleve a esperanzas sin fin, grave en el frontispicio de sus templos estas palabras: -¡SOY INMORTAL! ¡NADA ES HOY PEOR QUE AYER; NADA SERÁ MAÑANA PEOR QUE HOY!
(HD: 35).

Tresserra encaja, pues, en el modelo del pensador racionalista impregnado de hegelianismo tan característicos de los sectores republicanos españoles del siglo. Los profesantes del racionalismo en España, dice Heredia Soriano, se propusieron, de un lado, “continuar la obra kantiana en sus aspectos más puramente metafísicos”, y, por otro, “llevar hasta sus últimas consecuencias el ideario de la Revolución Francesa”; de modo que lo que se constituyó “era una tendencia puramente crítica y dialéctica- librepensadora- y bajo este signo influyó considerablemente en la filosofía y política española del momento” (1997: 383).

En cuanto a la formulación sobre la naturaleza y alcances de la razón humana que realiza Tresserra, puede resultar algo gratuito la indagación de cuáles fueron sus precisos inspiradores. Las apologías y llamamientos a la razón resonaban en Europa desde hacia siglos y, en el XIX, salvo en el caso de los retrógrados más recalcitrantes, era unánimemente invocada con devoción, incluso por escuelas que luego en la práctica y la teoría se revelaban antagónicas. A la mitad de la centuria, cuando Tresserra forma su ideario, esta situación resultaba particularmente manifiesta, el culto a la razón formaba la atmósfera en que se desenvolvía toda expresión filosófica o política. Sin embargo, los escritos del catalán dejan entrever que acudió preferentemente a una de sus fuentes más egregias: Immanuel Kant. En todo caso, sería algo bizantino dilucidar hasta qué punto Tresserra toma las ideas directamente de este o le llegan de segunda mano. El arraigo de la doctrina kantiana en la cosmovisión europea, particularmente en el XIX, fue tan pronunciado que muchos de los principios que estableció pasaron a confundirse con la esencia misma de la actividad filosófica. De cualquier forma, la devoción de Tresserra al filósofo de Königsberg queda acreditada en párrafos como el siguiente, que pone en boca de uno de sus personajes novelescos de tintes autobiográficos, dice Edo de *El poder negro*: “Declaré la Edad Media aristotélica; el renacimiento platónico. Que el siglo XVII pertenecía a Descartes; el siglo XVIII a Locke, y el siglo actual a Kant; cuyos modelos, aunque rotos y esparcidos entre el polvo de la tierra, reconocí también de origen” (p. 306). Muchos otros rasgos dan muestras de la admiración del catalán. A este respecto resulta significativo que acuñe una nueva denominación, “racionalista pura”, derivada del célebre título de *La crítica de la razón pura* (1781) de Kant, para designar la facción demócrata en la que se integra, en vez de usar el término “individualista” que era de uso común. También llama la atención que en el subtítulo del estudio sobre “la cuestión de las cuestiones” que hemos venido citando, Tresserra precise que se lleva a cabo “según el racionalismo puro”. Fue precisamente Kant quien mediante esa “razón pura” había puesto por primera vez en duda, sino a Dios, sí a las pruebas de su existencia; llegando a la misma conclusión a la que llegaría Tresserra casi un siglo después: no hay datos estrictamente racionales que puedan llevarnos a afirmar la existencia de un ser supremo. Otras muchas ideas del catalán parecen indicar una matriz kantiana, como su concepción de la naturaleza humana como esencialmente bondadosa; pues había sido Kant quien postuló que la maldad no era más que una propensión del ser humano, cuyo desarrollo dependía de sus circunstancias, de modo que la educación apropiada podría corregirla. Y, sobre todo, en el método crítico del que se vale Tresserra en

sus análisis hallamos un claro eco de las premisas kantianas: ¿qué puedo saber?, ¿qué debo hacer?, ¿qué debo esperar?, ¿qué es el ser humano?

Kant postuló también que todo saber es accesible, pero que la labor indagadora de la mente humana nunca tendría fin. He aquí la semilla de los dictados del progreso que brotarían con fuerza en la filosofía de la historia de otro alemán, Georg Hegel, a su vez formado en la doctrina kantiana. Sin embargo, a pesar de que el sustrato hegeliano del pensamiento de Tresserra resulta indudable, en sus escritos no hallamos citas explícitas al padre de las teorías dialécticas.

En todo caso, estas corrientes filosóficas, independientemente de los canales por donde les llegaron, constituyeron los cimientos sobre los que los demócratas y republicanos españoles del periodo edificaron sus doctrinas. Todos ellos, como señala José Luis Abellán, compartieron un aspecto fundamental: “la ilimitada confianza en la razón que, al convertirse en el único instrumento para explicar el mundo y mejorarlo, aparece como razón absoluta”; aunque se manifieste en formas distintas, “como espíritu en Castelar, como idea en Pi y Margall, como espíritu absoluto en Fabié...” (1984: 565). A continuación, nos ocuparemos de desentrañar el sentido y alcance que adquieren estos principios en el pensamiento de nuestro autor.

3. IDEALISMO

Tresserra parte de la convicción de que el progreso continuado de la humanidad hacia su perfeccionamiento social y moral constituye una ley de la naturaleza. Para el catalán, “[e]l progreso es el movimiento hacia lo mejor; es el tránsito de lo menos perfecto a lo más perfecto; de lo más pequeño a lo más grande; es a la vez una expansión, una elevación y un perfeccionamiento; en una palabra, significa engrandecimiento del ser” (VP: 47). El doctor Alfonso se lo explica al conde de Morlotte de la siguiente manera:

Suponed el progreso arrancando de un punto céntrico, y que ese punto es Dios; que de aquel parten infinitos rayos formando a su vez nuevas estrellas, y así sucesivamente, id añadiendo a la punta de cada rayo nuevos focos de luz y resplandores... no acabéis nunca, y he aquí una idea perfecta del Progreso (LH: 431).

Como toda ley natural se manifiesta forzosamente, “la civilización no ha se ha detenido nunca”, y cuando se la trata de contrariar, “Dios ha querido que fuese para avivarla. El caballo en lenta y acompasada marcha también se duerme, y es necesario aguijonearle para que dormido no se derrumbe a un precipicio” (LH: 389). Puesto que “cada progreso es origen de nuevos e infinitos progresos”, y no se puede predecir “lo que un invento está llamado a producir en el mundo”, el progreso forma además una sucesión ininterrumpida y solidaria: “aniquilad, borrad de ella un solo eslabón de la cadena de los siglos y veréis como faltándonos la solución de continuidad no comprenderéis nada de allí en adelante” (p. 431). Todo arte, industria o ciencia se hallan íntima e indisolublemente entrelazadas entre sí, de modo que si fuese posible suprimir una sola de estas disciplinas, “que no es posible - precisa Tresserra-, ese gran foco de infinitas luces y resplandores con que he comparado el Progreso, se ofuscaría repentinamente como si el centro de nuestro sistema solar se ofuscara o aniquilase; la vida misma no sería posible; la sociedad misma perecería” (*ibíd.*). Dice el catalán que cuando se observa “la misteriosa engravación [sic] de los sucesos al través de los siglos, de los años, de las estaciones, de los días...” todo se comprende como fruto de un proceso, ya que “nada se verifica en el mundo dentro del tiempo que atraviesa y del espacio inmenso que le rodea, que no sea un grano más amontonado sobre otro en la gran pirámide cuyo punto final debe tocar al cielo” (p. 389).

En su pretensión de conciliar las innovaciones políticas de la Revolución Francesa con la totalidad del saber alcanzable, los teóricos de la escuela idealista alemana desarrollaron una alternativa filosófica al proyecto de la *Enciclopedia* francesa: el pensamiento sistemático. Así, postularon que el conjunto de conocimientos no debía compilarse de manera aditiva, sino fundarse a partir de una directriz articuladora. Como apunta Höffer, Fichte la hallará en la idea de un fundamento básico, Schelling en la idea de lo absoluto y Hegel en el movimiento autónomo del espíritu (2003: 230). La filosofía de la historia de este último, como apuntábamos antes, disfrutó de gran predicamento en los sectores liberales más avanzados de nuestro país, de hecho, José Luis Abellán afirma que en España todos los hegelianos fueron republicanos¹¹⁵. Según este mismo estudioso, ello se debió a que el panteísmo y los principios del progreso que exponía la teoría dialéctica les dotó de una doctrina apropiada para combatir en el terreno ontológico el fuerte arraigo del catolicismo ortodoxo en la sociedad española decimonónica (1984: 565). Méndez Bejarano escribió que el racionalismo hegeliano tuvo su primer asiento patrio en Sevilla “dentro de un *coetus selectus* universitario que hizo explosión al perder a su caudillo, el inteligente Contero, y esparció sus luces por toda España”; pero precisa que su influencia real fue escasa al verse eclipsado por el empuje krausista (1928: 389). Este lugar crítico que postula el débil arraigo de la dialéctica de Hegel en nuestro país viene siendo cuestionado desde hace algún tiempo. García Casanova articula sus estudios dedicados a la materia en torno a la tesis central de que el hegelianismo constituyó una pieza clave del mundo intelectual español del XIX¹¹⁶. En todo caso, no cabe duda que su mayor presencia se registrará entre principios de los años cincuenta y el fin de *La Gloriosa*; es decir, su suerte quedó unida a la de los republicanos españoles, de ahí que Abellán opine que “su fracaso fue el mismo” (1984: 565)¹¹⁷.

¹¹⁵ García Casanova precisa que no todos los hegelianos son republicanos, pero sí todas las máximas figuras de este movimiento eran hegelianos (1982: 84).

¹¹⁶ Nos referimos a *Hegel y el republicanismo español del siglo XIX* (1982) y *La filosofía hegeliana en la España del siglo XIX* (1978).

¹¹⁷ Son de sobra conocidas las discusiones desatadas en los medios académicos en torno a las causas que se dieron en la España de la segunda mitad del siglo XIX para que la escuela krausista se aclimatase tan profundamente en una parte de la intelectualidad del país— véase sobre todo el trabajo de Juan López-Morillas *El krausismo español: perfil de una aventura intelectual* (1980)–. Al respecto estamos de acuerdo con Juan José Gil Cremades cuando escribe que “quizá no está en la bondad o en la maldad de las ideas, y en su capacidad de adaptación al contexto español, el por qué del triunfo – esto es, del mayor influjo cultural- del krausismo sobre el hegelianismo. La razón de ello estaría en la distinta distribución de unos y otros en centros de poder, lo que determina que la recepción adopte en cada caso distinto sesgo. No son las ideas, ni una determinada concepción de la filosofía de la historia aplicada a la circunstancia española, como la capacidad organizativa, que puede hacer de los krausistas en un determinado momento un grupo cultural de presión” (Lacasta Zabalza, 1984: XI). Más adelante entraremos a analizar el tratamiento historiográfico que recibió la República durante el largo periodo de la Restauración; a nuestro juicio, es en la marginación y ocultación sistemática a la que se sometió al movimiento republicano, irremisiblemente asociado al hegelianismo, donde deben buscarse los motivos de su aparente invisibilidad.

Se suele afirmar la existencia de dos ramas hegelianas, una de izquierdas y otra de derechas, encabezadas en el panorama español por Pi y Margall y Castelar respectivamente. García Casanova sigue esta clasificación partiendo de la premisa de que resulta útil en la medida que nuestros compatriotas hicieron una lectura fundamentalmente política de Hegel, de modo que usaron de la dialéctica sobre todo como método de análisis crítico de la experiencia histórico-cultural (1978: 17). En cambio, Lacasta Zabalza cree que tal proceder supone trasladar una problemática específica y compleja de la filosofía germana al escenario español, de modo que prescinde de ella y prefiere hablar de los hegelianos españoles individualmente, ya que cree que existió una heterogeneidad entre ellos apreciable más allá de sus posturas ideológicas (1984: 290).

Lo cierto es que el pensamiento de Tresserra resulta difícil de subsumir en alguno de los dos grupos clásicos a los que no referimos, hegelianos de izquierdas o derechas, pues como trataremos de explicar presenta coincidencias y discrepancias con ambos. Ninguno de los pensadores patrios citados, en todo caso, incorporó notables variantes a los ejes discursivos del sistema hegeliano. El concepto de espíritu absoluto y su movimiento dialéctico en los que Hegel funda la ley del progreso, conserva su tinte religioso en Castelar, y adquiere un claro fondo agnóstico en Pi y Tresserra, pero en esencia se mantiene inalterado. Escribe nuestro autor: “La tesis contiene la antítesis” (VP: 115), frase que repetirán incansablemente Castelar y Pi. El filósofo alemán enseña que la verdad es dialéctica en el sentido de que debe ser entendida como un proceso sin fin que se va desarrollando a partir de la acumulación de juicios que siempre son finitos y coyunturales. En dicho proceso se realiza la “unidad de determinaciones diferentes”, lo cual supone que en la dialéctica hegeliana lo uno y lo múltiple no son antitéticos. La unidad se realiza en la multiplicidad empírica de la experiencia; lo uno es negado por la pluralidad, pero ambos conceptos no están aislados, sino que en virtud de la mediación dialéctica que los relaciona, pese a su carácter contradictorio, surge una síntesis que los aúna. La verdad experimenta un impulso a desplegarse, en modo que, según Hegel, “la idea, concreta en sí y desarrollándose, es un sistema orgánico, una totalidad, que *contiene en sí una gran abundancia de fases y de momentos*” (2005: 56). Escribe el hegeliano Tresserra:

En este mundo, todos los hombres, por insuficientes que nos parezcamos los unos a los otros, todos, ejercemos nuestra influencia en ese doble movimiento

de la vida particular y colectiva de la especie... Ora somos para los unos afirmación, ora para los otros negación; tesis o antítesis; en la múltiple evolución de todos los días, de todas las horas, de todos los instantes por los que incesantemente atravesamos, no hacemos más que el trabajo de composición y descomposición de la vida universal y eternamente progresiva. Todos venimos a realizar una misión providencial (PN: 320).

De acuerdo con esta doctrina, el motor de la historia es la contradicción entre principios opuestos, de lo que se desprenderá que la totalidad del proceso dialéctico “equivale a una historificación de la razón, pero no a su relativización, pues hay un perfeccionamiento cualitativo” (Höffer, 2003: 240). El descubrimiento de esas oposiciones y de su resolución definitiva es la tarea de la filosofía de la historia. Para los idealistas la ley del progreso se extrae de la aplicación del racionalismo a la evolución histórica. En la óptica de Tresserra, ideas como libertad, derecho o justicia, representan verdades absolutas reveladas por la razón humana que atraviesan incólumes el curso de los siglos. La medida de la plasmación de estas en la realidad, es decir, en las instituciones y costumbres que rigen la vida de los pueblos, marca la cercanía o alejamiento en que se halla una sociedad de la perfección. Fernando Garrido escribe: “progresar es para la sociedad marchar hacia el establecimiento de las instituciones democráticas, es democratizarse” (*apud* Aja, 1976: 56). Garrido, para demostrar la validez de su sistema de ideas, dice extraerlo del estudio de la evolución histórica, “pero nada más lejos de la realidad”, objeta Eliseo Aja, pues, continúa diciendo este, “la Historia constituye para él [Garrido] solamente una fuente inagotable de argumentos que sirven de base a los principios democráticos que defiende” (p. 37). En este sentido, leemos a Tresserra afirmar: “Se enseña por esa triste maestra de los siglos, que cada vez que las sociedades han dado un paso en la senda del Progreso ha sido por haberse sabido romper un pedazo de aquella vara (la vara de la ley de los gobiernos tiránicos), un trozo de aquel cetro devastador” (ACS: 28). Frase que constituye una muestra, de las muchas que se hallan en los escritos del catalán, de la oportunidad de aplicarle a este los razonamientos de Aja sobre la instrumentalización de la historia que lleva a cabo Garrido.

El motor dialéctico del Progreso es para Tresserra la libertad del individuo. Esta constituye el atributo esencial de la condición humana, y de ella derivan una haz de derechos naturales con los que toda persona viene al mundo. La historia conduce a la humanidad hacia una organización regida por la justicia, la cual se va verificando en la medida que la libertad es reconocida por el derecho positivo. En *Espanoles y marroquíes* (1861), así

sintetiza el catalán su credo: “El derecho no es más que la justicia escrita por medio de una sola palabra, libertad” (p. 19).

El eje del discurso de Tresserra lo constituyen por lo tanto las relaciones que se establecen entre las libertades del individuo y el derecho legal, relaciones que explican y resuelven todas las contradicciones existentes. Define la libertad como “el uso de las facultades del hombre en sus manifestaciones intelectuales, morales y materiales”; y el derecho como “el poder inviolable de usar mis libertades según mi voluntad ilustrada” (CDR: 3). Consecuentemente, la libertad aparece como “la manifestación misma del derecho” (PN: 195).

Siguiendo la estela de los pensadores ilustrados como Lessing, Herder o Rousseau, Hegel había incorporado a su sistema filosófico la idea de la comunidad como totalidad orgánica, en la que tanto sus miembros como las funciones sociales y políticas que de ella se derivan se hallaban interrelacionadas. Tresserra también se hace eco de este enfoque para explicar la natural interdependencia existente entre los dos principios dialécticos que escoge como cardinales:

Entre el derecho y la libertad existe la diferencia que entre un cuerpo y sus propiedades. El hombre nace con sus derechos como nace con los órganos que lo constituyen; pero así como los órganos le serían inútiles sin los sentidos y los sentidos inútiles sin los órganos, de la misma manera el derecho sin la libertad o la libertad sin el derecho serían la propia negación de su objeto (CDR: 4).

De esta manera, los derechos del hombre en sociedad son “el conjunto de las funciones necesarias para el desarrollo libre de sus facultades con relación a todos los fines de la vida” (p. 13). Por consiguiente, los derechos aparecen como inherentes a la personalidad humana; esto es, son absolutos y ahistóricos y “nadie puede atacarlos en sí mismos porque están fuera del alcance de todo poder”. Pero no sucede lo mismo con las libertades del individuo, pues estas “por medio de la fuerza y maldad de los hombres, pueden atacárseme con infames atropellos de mi persona e impedir que exprese o ejecute aquello que piense, crea, sienta o quiera” (CDRF: 6). He aquí la expresión dialéctica del Progreso según Tresserra, donde el derecho actúa como principio absoluto y la libertad como piedra de toque de su plasmación histórica; los encuentros y desencuentros entre ambas en los distintos periodos evidencian el camino del Progreso.

Los derechos del hombre se resumen en diez: siete que pertenecen al orden individual: a la vida, a la asistencia, a la defensa, a la instrucción, al trabajo, al fruto del trabajo personal y a la familia; y otros tres del orden social: a la votación de todos los poderes, a la sanción de las leyes y a la revocación de todos los cargos públicos (CDRF: 5). También son diez las libertades individuales del hombre que, a juicio de Tresserra, cabe identificarse: de culto, de imprenta, de reunión, de manifestación, de enseñanza, de asociación, de profesión, de petición, de comercio y de industria (p. 6). Asimismo, cada derecho implica un correlativo deber, ya que “todos los derechos son de aplicación práctica y trascendental en el orden de la sociabilidad humana, y solo a los deberes en perfecta relación con los derechos es debida la armonía entre los hombres” (CDR: 14). En su catecismo de 1870 ofrece a sus lectores un cuadro sinóptico donde establece las redes de correspondencias que se dan entre las tres esferas:

<u>Derechos</u>	<u>Deberes</u>	<u>Libertades</u>
1 -A la vida	-De vivir	-Todas
2- Al trabajo	-De trabajar	-Reunión, asociación, profesión e industria
3- A la familia	-De cuidar de mi familia y respetar la ajena	-Cultos, imprenta y enseñanza
4- A la defensa	-De defender mi integridad personal y la de los oprimidos	-Reunión, asociación, profesión, petición y sanción de las leyes
5- A la asistencia	-De contribuir a la asistencia del necesitado	-Reunión y asociación
6- A la instrucción	-De instruirme y fomentar la instrucción	-Cultos, enseñanza, asociación e instrucción publica
7- A la propiedad y libre acumulación y empleo	-De respetar la propiedad ajena, cualquiera que sea la forma en que se manifieste de los beneficios de mi trabajo(CDRF: 19).	-Comercio, industria y profesión

A su vez, Tresserra divide en cuatro grupos las facultades del hombre de las que derivan sus derechos: “intelectuales, sensitivas, voluntativas y ejecutivas”, y cuyo fin “es el

desarrollo, conservación y reproducción de su ser” (ACS: 17). En una primera fase del desarrollo de la humanidad, la de “estado salvaje” o de “estacionarismo precario”, los fines del hombre en la tierra son los de satisfacer sus necesidades de alimento, vestido y albergue. Pero este no puede vivir solo y aislado en la naturaleza, pues acabaría por sucumbir a los rigores del hambre, la intemperie, enfermedades y otras “miserias que le combaten y le vencen al fin a edad temprana”. La única manera de dar satisfacción a sus necesidades y de reproducirse es “asociar su fuerza a otra fuerza, su ingenio a otro ingenio” (*ibíd.*). Entra de este modo en funcionamiento la ley de la solidaridad que da lugar a la segunda fase, la del “estado social de mejoramiento progresivo”. Ahora, el hombre unido al hombre explota en común los dones gratuitos de la naturaleza, y se beneficia de los servicios que se prestan los unos a los otros. La explotación conjunta de la naturaleza genera utilidades, mientras que los servicios que se prestan entre sí generan valores. El estado social del ser humano fomenta por lo tanto otras cuatro necesidades básicas que deben ser satisfechas: de libertad, de seguridad, de compañía y de enseñanza (p. 18).

La vulneración u obstaculización de cualquiera de estas libertades, o necesidades, supone conculcar el derecho natural. En el ámbito de las relaciones sociales, la piedra de toque de su dialéctica se resume consecuentemente en la siguiente frase: “Contrariedad de derecho: falta de libertad”. Allí donde se observa una injusticia dice Tresserra que “se puede estar seguro de que nos hallamos en este caso”, pues “cada trasgresión de la ley natural por la ley escrita produce un mal directo y un sinnúmero de indirectos” (PN: 195). Y, por el contrario, la coincidencia entre derecho y libertad da lugar a la constatación de la justicia, que Tresserra define como el “orden admirable que reina en todas las leyes de la naturaleza cuyo triple carácter de infalibilidad, bondad y belleza alcanza su conciencia en la razón y proclama en sus movimientos la conciencia” (ACS: 16). Así, la justicia es la balanza apreciativa de las relaciones entre el individuo y la sociedad a la que pertenece; es, en suma, “el compás regulador que determina los límites de lo que a cada uno corresponde. Lo que contraria a las leyes del ser, así en el orden físico como moral, es injusto, porque la Justicia, de otro modo, es la ley de todas las armonías” (*ibíd.*). Observa Tresserra que esto se explica porque “el hombre no puede ejercer ninguna de sus facultades sino en relación con el mundo externo”, ya que “la actividad humana, así moral como física, se refiere siempre al mundo real” (p. 17). La organización de una comunidad o un Estado que los individuos se den a sí mismos en el uso libre de sus facultades es por lo tanto la que determina su grado de justicia social. Según Tresserra, toda sociedad que quiera llamarse así misma perfecta tiene que construirse a partir de estas tres bases: estabilidad, progreso y perpetuidad. La primera viene

representada por el pacto, la segunda por la propiedad y la tercera por la familia, de modo que:

Si el pacto es de tal naturaleza que contraría la estabilidad social es injusto; si la propiedad se halla constituida de tal modo que contraría el progreso, es injusta; si la familia se halla organizada de manera que contraría su perpetuidad, es injusta. Resultando de aquí ser las leyes de la producción y del trabajo inaplicables, la sociedad imposible (p. 18).

La justicia social existe en aquellas sociedades cuyas leyes salvaguardan los principios que se derivan de cada una de las tres bases. Los principios derivados del Pacto son: “1- Todos los hombres tienen iguales derechos (ilegislables) libertades y deberes. 2- La libertad de uno tiene su límite en la libertad del otro. 3- Los derechos de uno garantizados por la fuerza de todos. 4- Los cargos públicos electivos. 5- Las leyes hechas por todos y sancionadas por todos”. Mientras que los de la Propiedad serían: “1- Reconocimiento de este derecho en el primer ocupante. 2- Transmisión por herencia, venta o donación. 3- Transacciones libérrimas de la propiedad. 4- Los servicios pagados a los que los prestan. 5- El fruto de los servicios sagrados e inviolables”. Y, por último, la sociedad debe salvaguardar los principios que se derivan del reconocimiento de la Familia: “1- Matrimonio y divorcio. 2- El padre es el representante del hijo menor de edad. 3- El hijo es el representante del padre difunto”. Y apostilla Tresserra: “He aquí las tablas de la ley, permítaseme la expresión, de una sociedad justa, perfecta” (*ibíd.*).

Razón, libertad, derecho o justicia, son todos conceptos cardinales para republicanos como Pi, Castelar o Garrido. Luego, en sus escritos, cada uno de ellos interpretará o combinará estos principios con un mayor o menor grado de originalidad, aunque sin abandonar nunca los márgenes del hegelianismo. Nuestro catalán procede de igual forma, y aplica una perspectiva personal a la teoría dialéctica y a sus conceptos básicos a partir de lo que parece ser un intento de conjugar distintas corrientes de pensamiento. Así, la influencia fundamental de Mazzini sobre el catalán respecto a la teoría de los derechos, deberes y libertades, queda matizada por el peso del materialismo en la cosmovisión tresserriana. Este elemento que le acerca al individualismo irreligioso de las escuelas socialistas, se ve atemperado por el radical rechazo de Tresserra a todo sacrificio de la libertad individual, particularmente en terreno económico, en aras de una igualdad que actúa como fundamento base de las teorías de Proudhon o Feuerbach.

Aunque luego entraremos a analizar con profundidad el sistema de ideas de ciencia económica que maneja nuestro autor, es pertinente referirnos aquí a la influencia que ejercerán las doctrinas de los librecambistas ingleses y franceses a la hora de ensamblar su particular visión metafísica. En concreto, creemos que las reflexiones en torno a la naturaleza de los derechos y libertades de Tresserra tienen una de sus referencias principales en la doctrina económico-jurídica de Frederic Bastiat. En su obra *La ley* (1850), este había remarcado la naturaleza ilegislable de los derechos vinculados a la personalidad, a la libertad y a la propiedad; los cuales hacía derivar de los tres elementos constitutivos de la condición humana: existencia, facultades y producción. Estos, escribía Bastiat, “no se deben a que los hombres hayan dictado leyes. Por el contrario, la pre-existencia de personalidad, libertad y propiedad es lo que determina que puedan hacer leyes los hombres” (*apud* Barry, 2007: 20). Partiendo de este supuesto, el economista francés supeditó el concepto de ley, y su legitimidad, al reconocimiento que esta hiciese de la libertad de cada individuo para el desenvolvimiento de sus capacidades para alcanzar las propias metas: esto es, la ley debía limitarse a actuar como protectora que garantizase su cumplimiento.

Bastiat revigorizaba así la clásica distinción entre derecho positivo y derecho justo que, como hemos visto, constituye la apoyatura fundamental del discurso jurídico tresserriano. Para ensamblar su concepto de libertad, el catalán también parece haberse inspirado en el individualismo radical de Bastiat, para quien toda injerencia en la libertad de las personas constituía un atentado a la condición humana. Como veremos al hablar sobre el concepto de pacto y de Estado que utiliza Tresserra, este tiene su raíz en el reconocimiento de la soberanía de cada persona como anterior a la de cualquier organización social. Es a través del pacto que sujetos de igual soberanía establecen los términos de su convivencia, con el solo límite de la justicia que deriva del positivo ejercicio y satisfacción de las necesidades del hombre. No obstante, Tresserra se separa del librecambismo a ultranza de Bastiat, que consagra la libertad de competencia como regla estructural de las relaciones sociales, ya que en opinión del catalán es la libertad de asociación la que desempeña este papel. De hecho, el apóstol francés del *laissez faire* se mostrará indiferente respecto a la democracia, e incluso receloso al ver en esta un germen de socialismo. Tresserra, en cambio, no concibe la verdadera libertad fuera de un régimen democrático y republicano, y aunque como Bastiat dedicará muchas páginas a combatir las teorías socialistas, tomando de hecho en estas lides numerosos argumentos económicos del francés, su concepto de libertad viene articulado ante todo en su dimensión política.

4. ANTICLERICALISMO

Como antes veíamos, Tresserra encomienda a la razón humana y a las ciencias experimentales la facultad de establecer los criterios de lo verdadero y lo falso. Pero ambos instrumentos encuentran límites en la condición finita de los individuos y en la condición infinita de lo existente, de modo que todo aquello que queda fuera de su dominio, o bien es definitivamente irresoluble, o bien solo es provisionalmente irresoluble. Ello determina que en materia religiosa el catalán adopte una postura agnóstica¹¹⁸. Desde el momento en que el estado de conocimiento humano no permite resolver una cuestión determinada, como es el caso de la existencia de un ser supremo, toda especulación al respecto se convierte en inútil, cuando no en sospechosa de ocultar intereses espurios.

Tresserra por lo tanto busca situarse en un punto intermedio entre el idealismo cristianizante o panteísta, y el materialismo radical de las doctrinas abiertamente ateas. Se comporta así como uno de sus personajes novelescos, Hugo Lugorio, “culto, bueno, triste, filósofo”, cuyas máximas y aforismos en torno a la idea del amor humano y divino, “escritos con caracteres místicos y pluma de estoico”, respiran “idealidad y escepticismo a un tiempo” (VP: 533). A estas mismas características responde la retahíla de frases que encontramos en su estudio crítico-filosófico sobre la “cuestión de las cuestiones”:

Con Jesucristo decimos: “no os cuidéis de las cosas de arriba”. Con Büchner, el materialista más formidable y popular de Europa en la época actual, decimos, “¿cómo desconocer que nada se hace de nada?”. Con el *Éxodo*: “grano de arena es el hombre”; y con Suñer y Capdevila (excomulgado con cuya amistad se honra el que estas líneas escribe), decimos: “si me preguntáis quién ha hecho el mundo, os responderé que ni yo lo sé ni vosotros tampoco” (HD: 34).

El idealismo de Tresserra, construido en torno a los ejes libertad-derecho y razón-progreso, cifra la trascendencia humana en su capacidad para alcanzar la perfección y la justicia, y deja de lado la idea de lo sobrenatural. Pero cabría preguntarse de dónde procede, según Tresserra, este atributo de la especie. Hegel opinaba que el pensamiento es como un sujeto que crea el resto del mundo material, como si tuviera vida propia. Marx sostiene exactamente lo contrario: que el pensamiento y la conciencia son productos del ser humano,

¹¹⁸ El término “agnosticismo” no aparece en ninguno de los escritos de Tresserra. El primero en usarlo en su acepción moderna fue T. H. Huxley en 1869.

que a su vez, es un producto más de la naturaleza; de modo que para este la idea surge de la materia, y el pensamiento no es más que una sustanciación de lo material adaptado a la mente material del hombre. A Tresserra no le satisface este razonamiento, pues si la libertad y la razón proceden de la materia estos rasgos humanos pasarían a considerarse atributos de la misma, lo cual es negado por la física y el resto de las ciencias; o, por el contrario, deberían ser equiparados a las propiedades conocidas, lo cual constituye un absurdo. Por lo tanto, antes de caer en el determinismo al que irremediablemente conducen, según él, las teorías materialistas, pero sin caer tampoco en la abstracta idea hegeliana del espíritu absoluto, prefiere guardar un prudente silencio. Al catalán le basta con saber que su conciencia existe y que posee una serie de facultades cuyo uso satisface las necesidades que le apremian. Esta misma conciencia le asegura en la verdad tangible del movimiento de la historia hacia un mejoramiento continuado de la humanidad, de lo que deduce que el Progreso actúa como una ley inexorable de la naturaleza. Es por ello que Tresserra se mantiene en los cotos del idealismo, pero en la medida que vacía de trascendencia su concepción teleológica, su pensamiento adquiere un barniz materialista.

Tal visión explícitamente agnóstica de Tresserra solo aparece en sus escritos a partir de la Revolución del 68, fundamentalmente en el folleto del 71 que venimos citando. La razón de ello se halla con seguridad en los límites que imponía la censura eclesiástica, muy activa durante todo el periodo isabelino, y extraordinariamente suspicaz respecto a estas cuestiones como veremos más adelante. De todas formas, antes de la *Setembrina*, difícilmente habría hallado el catalán un editor que en España se atreviese a publicar un folleto en cuya portada se leyese esta cita de Laplace: “Señor, no he tenido necesidad de semejante hipótesis (Dios) para demostrar el sistema del Universo”. Bien lo sabía nuestro escritor, quien por mucho menos había visto cómo su novela *La judía errante* había ingresado en la lista de libros prohibidos por el Vaticano. El mismo Tresserra se encarga de subrayar la antigüedad de su agnosticismo al relatar en el prefacio del folleto del 71 que las ideas que expone son fruto de una conversación mantenida con Arturo Lengo muchos años atrás, y que este entonces le había conminado a formar un libro con ellas (HD: II).

Pero lo cierto es que en gran parte de su obra los términos “Dios” y “Providencia” aparecen con cierta asiduidad, aunque muy pocas veces en un sentido estrictamente católico. En este terreno, Tresserra se revela particularmente agudo a la hora de establecer relaciones metonímicas entre lo que le es dado decir y lo que efectivamente quiere comunicar. Las invocaciones aparentemente ortodoxas a Dios suelen descubrir su matriz impía por el contexto en el que las sitúa el autor. En su novela *Vicente de Paul* de 1867,

escrita como apuntamos bajo seudónimo y seguramente desde la clandestinidad, hallamos numerosos ejemplos de esta estrategia tresserriana. Al final de la obra, el catalán justifica la elección del santo francés del siglo XVII del modo siguiente:

La fórmula del derecho moderno es la libertad: de la libertad en la igualdad; de la igualdad en la fraternidad, se reasume en esta palabra: cristianismo. El cristianismo es un sentimiento y una ley: ley de Dios y el sentimiento de bondad. Practicarlo es proceder en armonía con la razón absoluta y relativa a un tiempo mismo. Vicente de Paul nos ofrece un ejemplar acabadísimo de todo esto [...] Ni es fanático ni intolerante; es solo cristiano, es decir: caritativo y humilde [...] Es bajo el influjo irresistible de una idea, al impulso de un sentimiento poderoso que se obra, y esto es santo, es bello, es adorable... He aquí a nuestro Abate [...] Es, pues, un modelo; por esto lo hemos adaptado en el drama (VP: 882).

A parte de los motivos circunstanciales que debieron empujar a Tresserra a dedicar una novela a un santo, clandestinidad, subsistencia, etc., aparece clara la intención de denunciar el abismo que se abría entre la praxis de la Iglesia católica de su tiempo y la doctrina de sus emisarios históricos. Tanto el retrato de Dios como el de Vicente de Paul que encontramos en esta obra se orientan a simbolizar el amor incondicional que encarna el espíritu absoluto. El escéptico idealista, Hugo Lugorio, escribe una serie de aforismos que no dejan lugar a dudas sobre su inspiración cristiano panteísta:

La ley que empuja a los astros al recorrer su órbita en los espacios; la ley que incendia el éter y forma la luz; la ley que da voz al rayo, movimiento a las olas del amor, color a las flores, canto a las aves, prosodia a los ojos; esto es Amor. El amor es germinación de toda vida con tendencia a lo infinito del ser. Es concentración del todo en el átomo. En los éxtasis del amor el corazón es panteísta; ¡qué unidad más absoluta encierra el amor en la variedad más asombrosa de las cosas!" [...] ¡Amad, amad y obedeceréis a Dios! El amor es múltiple: hay más variedades de amor que estrellas cuentan los cielos! [...] Yo creí en el alma el primer día que amé a una flor; creí en la eternidad, el primer día que amé a una mujer; creí en dios, el día que esta mujer me dijo: "te amo" (p. 529).

Dios y el cristianismo aparecen como la doctrina no solo del amor hacia todas las cosas creadas, sino como patrocinadores históricos del progreso humano a través de la instrucción y el uso desprejuiciado de las capacidades intelectuales. La divinidad toma la forma característica del espíritu universal y ese espíritu es la razón de Dios que gobierna el mundo. Es decir, Tresserra adopta en este caso una perspectiva perfectamente castelariana en la que el catolicismo y la filosofía aparecen imbricados en síntesis hegeliana. Sin embargo, insistimos en que probablemente la causa de que defienda este enfoque religioso, que contrasta con el que sostendrá cuando rijan la libertad de conciencia y expresión, debe buscarse en las peculiares condiciones en que se hallaba Tresserra al escribir *Vicente de Paul*. Constituye, pues, una muestra más del posibilismo de nuestro catalán: las circunstancias ciertamente no permitían ir más allá.

En realidad, parece ser que nunca creyó en la divinidad, menos aún bajo su forma católica. En *Los misterios del Saladero* de 1860 encontramos esta cuña que resulta significativa: “Una parábola de Jesucristo, un capítulo de Plutarco y una novela de Rousseau bastan para producir una revolución en un ánimo preparado. Y Rosenda había llegado y se había visto defendida por la palabra de Dios, y se creía pura, y se sentía fortificada por la fe, y finalmente, solo se reconocía desgraciada” (p. 199). La igualación del Mesías católico con filósofos de otras épocas descubre su clara intención de desacralizarlo, esto es, de presentarlo como un ser mortal, un personaje meramente histórico. Lo hará en otras ocasiones, pero nunca con la sincera admiración de un Renan, la ambigua devoción de un Castelar, o desde el misticismo laicista de un Mazzini, quien tuvo a Jesucristo por el ser humano más sublime de todos los tiempos. De hecho, cuando Tresserra se vea libre de los rigores de la censura a partir del 68 se mostrará mordaz al referirse al Hijo de Dios católico. En uno de sus escritos, lo sitúa entre los personajes creados por las “fábulas” religiosas; es incluido en la lista “enviados de Dios” como Zoroastro, Confucio, Numa, Moisés o Mahoma:

incluso Jesucristo, hijo y consustancial al Padre (tercera persona de la Santísima Trinidad cristiana) [todos ellos] no son más que filósofos *a su manera*, que han querido armonizar a Dios con sus pensamientos, buenos o malos, con toda la ignorancia de sus tiempos y las funestas imperfecciones de la sociedad en que aparecieron (HD: 31).

Lo mismo cabría apuntar de las invocaciones a la Providencia que hallamos diseminadas en sus escritos. En realidad, esta es desmentida a cada paso desde el momento en que Tresserra insiste machaconamente en que el origen de todas las injusticias y sufrimientos sociales se halla en la imperfecta organización de las instituciones y en las irracionales leyes y costumbres vigentes; todo cuanto tiene lugar entre los hombres y entre estos y el mundo depende por la tanto del estado de ignorancia en el que continúa la especie.

No obstante, su respeto y admiración hacia la orden de la Caridad fundada por Vicente de Paul sí parecen haber sido sinceros. Lo prueba el hecho de que en más de una ocasión opondrá a sus miembros como ejemplos de conducta¹¹⁹. Como vimos en el capítulo biográfico, establecía un paralelismo entre el personaje de una monja de la orden, Ceferina de la Cruz, y su propia trayectoria como apóstol de la idea democrática. Tresserra reconoce en el espíritu de abnegación, caridad y amor incondicional hacia una idea de estas religiosas, la propia misión regeneradora y benéfica que muestran él y sus correligionarios demócratas. A ello se debe sumar la experiencia personal del catalán junto a las hermanas de la Caridad que relatábamos en el hospital barcelonés de Hostasfranchs, en ocasión de la epidemia de cólera que se desató en Barcelona en 1865.

En todo caso, todos aquellos que practiquen el amor fraternal y la tolerancia son para el catalán dignos de las más altas consideraciones, independientemente de cuál sea su credo. Vicente de Paul es ejemplo de ello, desde el momento que, como recuerda Tresserra: “las cuestiones políticas eran para el Abate un terreno candente: nunca quiso penetrar en ellas” (VP: 641). El novelista siempre hará distinciones entre el buen fraile y aquel hipócrita, y se dolera de los excesos cometidos en España contra ellos, pues “los hechos parciales de algunos individuos de una orden no debieran hacerse extensivos a la colectividad. Sin embargo, a este progreso no hemos llegado todavía” (LH: 468).

Tresserra, “sin negar a Dios ni apostrofarle”, sostiene en todo caso que las religiones pertenecen a una etapa de la humanidad que ha sido superada gracias a los adelantos de las ciencias y las conquistas de la razón humana. Una vez que se ha llegado al conocimiento de que todo fenómeno natural responde a unas leyes igualmente naturales y fijas, los hechos narrados en los distintos libros sacros han sido desautorizados, y, consecuentemente, “toda teogonía o teología queda desde el momento rebajada al nivel de fábula” (HD: 30). No

¹¹⁹ Ejemplo de ello lo hallamos en su primera novela, *La marquesa de Bella-Cruz*, donde la huérfana niña Zalamera exclama: “Oh! ¿Por qué no pasó antes un Vicente de Paul...?” (p. 143).

merecen más estima que el de su valor histórico-literario y el de contener el recordatorio de la oscuridad por la que vagó la humanidad durante siglos:

La *Biblia* queda en el lugar que le corresponde, en la línea del *Corán*, del *Talmuth*, del *Darmasastra*, del *Candon*, del *Zandavesta* y de las *Vedas*; libros que rebelan la tristísima abyección por que han pasado los pueblos en su infancia.... La *Trinidad* de los cristianos y el *Trimurti* de los bramanes, el *Bel* de los druidas y el *Alá* de los mahometanos, el *Pachaca-Mac* de los idólatras negros y el *Vitzliputzli* de los idólatras amarillos, el *Oromazes* de los fetichistas parsos y el *Fo* de los fetichistas del budismo, son todos un mismo Dios, no obstante de no parecerse ninguno entre sí, como no sea en lo disparatado del concepto que les dio origen y en los atributos vengativos, sanguinarios y enormemente malvados (*ibíd.*).

Gran parte de la batería de argumentos que usa el catalán para desautorizar el pensamiento religioso de sus coetáneos procede del bagaje científico que atesora, lo cual constituye un rasgo común de los secularizadores decimonónicos españoles que, como indica Francisco Pelayo, se valían de estos instrumentos para combatir la intransigencia religiosa (2001: 145). En especial, Tresserra se apoya en los estudios antropológicos que comienzan a estar en boga por entonces. A aquellos que aducen la universalidad de la creencia en seres sobrenaturales y su carácter de idea innata, contesta en primer lugar que las ideas innatas simplemente no existen en el hombre, lo cual es algo que “los progresos de las ciencias lo tienen demostrado de modo irrefutable” (p. 32). Añade que, de cualquier modo, ni siquiera resulta necesario recurrir a las ciencias para demostrar la falsedad del aserto, basta con comprobar como las distintas religiones se anatimizan entre sí, como sus dogmas son antagónicos y como se hacen guerras las unas a las otras en nombre de ese supuesto mismo Dios; “esto no es universalidad de una idea - escribe Tresserra-, sino la negación universal de la misma” (*ibíd.*). Nuestro autor incide en dos argumentos: la incoherencia interreligiosa y la variabilidad doctrinal de cada uno de los credos. Según él, probado está que ni Moisés dice lo que Jehová, ni Cristo lo que Moisés y tampoco “los Concilios lo que Cristo, ni el Papa (infalible últimamente) lo que los Concilios; como no dice Mahoma lo que Alá, ni Confucio lo que Brama, y así sucesivamente” (p. 33). Pero hay todavía un dato que para Tresserra pruebe de modo irrefutable sus opiniones: la existencia de numerosas culturas de los cinco continentes, de las cuales ofrece una relación, que no

contemplan la idea de un Dios-Creador; y apostilla: “ni siquiera los japoneses que son muy ilustrados, tienen idea alguna de un dios creador o ser supremo; y lo que es más, en su lengua, como sucede con la china, ni siquiera tienen palabras para expresar semejante idea” (*ibíd.*).

En su catecismo del 68, con la intención de mofarse de la exaltada doctrina católica a la que había dado lugar el *Syllabus* de Pío IX, y que predicaba la perdición del alma de aquellos que no la aceptasen, introduce una estadística sobre el número de profesantes de las distintas religiones que existían en el mundo. El balance final a que da lugar en manos de Tresserra es el siguiente: “siendo los habitantes del globo 1000 millones y el de católicos 159 millones, restan a favor del infierno 841 millones” (CDR: 22).

Fue Ludwig Feuerbach quien más había contribuido a popularizar en Europa los estudios antropológicos para cargar contra los fundamentos de las religiones, y su eco no cabe duda que resuena en la exposición tresserriana. Este materialista alemán, procedente de la izquierda hegeliana, se había convertido en uno de los referentes principales del ateísmo europeo de la época, y aunque nuestro autor como vemos rechaza igualmente, por resultar indemostrable, la afirmación de la no existencia de Dios, comparte con Feuerbach no pocos principios y argumentaciones. Una de estas últimas es la de presentar la mutabilidad de las distintas religiones a lo largo de los siglos y el determinismo social al que se hallan sujetas, lo cual vendría a demostrar su carácter histórico y por lo tanto su propensión a desaparecer. Feuerbach, sin abandonar la perspectiva dialéctica de la historia, como tampoco lo hará Tresserra, establece las sucesivas concepciones teológicas por las que ha atravesado la humanidad como el eje de los cambios que se operan en todos los órdenes de la vida humana. Y en esto el catalán también coincidía con él, al menos en parte, cuando aludía a las religiones como una suerte de infancia de la humanidad que su época presente ha superado. De hecho, ambos conciben los cultos religiosos como una enajenación y una objetivación de las propiedades humanas, que se atribuyen esenciadas a un ser sobrenatural que las posee en máximo grado, de modo que ocurre como si el hombre se duplicase para contemplar su propio ideal en la imagen de Dios. Tresserra pide que se busque a la divinidad

en la humanidad, en la naturaleza, en el hombre, huyendo de revestirla de atributos; esto es *antropomorfismo*; pues, de lo contrario, las religiones no representan más que el delirio de los hombres que buscan esclavizaros o robaros; es el afán de los necios que tienen horror al vacío o al no ser. No hay

no ser, no hay vacío. Ante lo infinito de la vida ¿qué es una vida accidental?
(HD: 35).

Tal argumento, en clave dialéctica, vendría a establecer que el pensamiento religioso constituye la antítesis de la razón, pero mientras Feuerbach encuentra la síntesis de ambas en la forja de una nueva fe depurada de divinidades, Tresserra prefiere pensar que la síntesis es de momento insasequible a la mente humana.

También resulta muy probable que Tresserra leyese con interés a Auguste Comte, padre del positivismo. La sustancia de la doctrina de este contenía una interpretación radical del racionalismo que es la misma que alienta los escritos del catalán. Afirmaba Comte que la ciencia racional provee del único conocimiento posible y que el hombre no puede acceder a la verdad absoluta como pretenden los idealistas. Su sistema se forma, pues, a partir de la siguiente base: “considerando como absolutamente inaccesible y vacío de sentido para nosotros la búsqueda de aquello que se llaman causas, sean primeras o finales”, el carácter fundamental de la filosofía positiva, continúa diciendo Comte, “es contemplar todos los fenómenos como sujetos a unas leyes invariables naturales, cuyo descubrimiento preciso y su reducción al menor número posible son el objetivo de todos nuestros esfuerzos” (*apud* Alexandrian, 1983: 324). Todo lo cual casaba con el espíritu científicista y pragmático de Tresserra. Pero este tampoco podía comulgar por entero con el sistema comtiano, ante todo, porque el francés acompañaba el rigor cartesiano de sus postulados de una parafernalia pseudo-mística, no en vano el positivismo se presentaba a sí mismo como una religión atea, que incluía la ordenación de ministros y toda un recua de “ángeles guardianes” y santos “sociolátricos”. Y Tresserra, en su labor regeneradora de las sociedades secretas de su tiempo, por mucho menos había abominado y ridiculizado los rituales de las logias masónicas.

Al “sincretismo” de las inspiraciones feuerbachianas y positivistas que dan lugar al materialismo *sui generis* que profesa el catalán, debe ser añadido otro elemento que creemos que es el que aporta a su doctrina el sello de optimismo incombustible que la peculiariza. Y es el de las teorías del astrónomo francés Laplace, por quien Tresserra parece haber probado una admiración sin límites¹²⁰. En su folleto de 1871, tras haber

¹²⁰ Le sitúa en la cima de los grandes hombres de su época, escribe, por ejemplo: “a cuanto más ha alcanzado la asombrosa potencia de los sabios Laplace, Humboldt, etc., ha sido a dar una *fórmula de las fuerzas del Cosmos*” (HD: 26). Además, como ya apuntamos, en su folleto sobre la existencia de Dios Tresserra incorpora en su portada una cita suya: “Señor, no he tenido necesidad de semejante hipótesis (Dios) para demostrar el sistema del Universo”.

expuesto la incapacidad de la razón para entender la causa de las causas, protesta ante aquellos que deriven hacia “un frío estoicismo, una triste indeferencia de los sucesos del mundo, de la vida y de las cosas”, pues de sus teorías “menos que de ninguna se desprende” (p.35). Los “nuevos dioses” lo explorarán todo, incluidos los múltiples mundos cósmicos descubiertos por el ilustrado francés Laplace:

Los dioses que vienen dicen al hombre: mira a tu alrededor, penetra en los abismos de lo infinito; cada estrella es otro mundo bañado de luz y resplandores; la vida se agita en todas partes. Lo que en una estrella es un siglo en otras es un instante. En unos mundos no hay noche que vaya aletargar los sentidos de sus habitantes, pues son esferas que circulan alrededor de mil soles de colores diversos; en otros no hay ni frío ni calor, pues nace de ellos mismos una temperatura igual y proporcionada a las existencias de que están poblados; en innumerables, sin duda, no hay que esforzarse en sostener la vida por medio de una grosera nutrición, sino así como en nuestro planeta se prodiga espontáneamente sin cultivo ni plantación y el agua en abundantes manantiales, allí se prodiga, sin trabajo alguno, todo lo necesario a la vida. El ser en la vida universal es éter como es piedra; es la metamorfosis. Allí y aquí todos los seres son hermanos. El débil suspiro de un niño agita los aires en todas direcciones de lo infinito (p. 37).

La imaginación de Tresserra vuela a la infinitud del universo y se deja seducir por la existencia de otros mundos, quizás mejores, con seguridad innumerables, en cualquier caso, todos ellos esperando a que la mente humana los vislumbre. La huella de la literatura de Julio Verne que triunfa por entonces en toda Europa con novelas como *De la tierra a la luna* (1865) o *Alrededor de la Luna* (1867), y de otros escritores que cultivan la ciencia-ficción, caso de Camilo Flammarion y su *La pluralidad de los mundos habitados* (1862) o Miguel Estorch y su *Lunigrafía* (1855-1868), aparece del todo evidente en las ideas que expone el catalán. Como dice Juan Vernet Ginés, los viajes del ser humano al espacio será una temática muy presente en la época, que propiciará el surgimiento de numerosos escritos pretendidamente científicos a caballo entre la especulación fantasiosa y el cálculo físico y matemático (1997: 422).

El idealismo de Tresserra, pues, se hace no trascendente ante el horizonte de una realidad infinita y en continua metamorfosis, y se desprende de lo sobrenatural, y también

lo desprecia, por su inferioridad respecto al porvenir que promete la asombrosa capacidad reflexiva e inventiva del hombre.

El concepto de religión que configura nuestro escritor a partir de una mixtura de variopintas influencias parece haber sido original en el panorama español. Hennessy señala que dentro del movimiento republicano podían distinguirse dos polos fijos entre las que oscilaba la “postura oficial” de los republicanos en la materia. De un lado, estaría la representada por el idealismo castelariano, fundado sobre un catolicismo sentimental renovado por las corrientes del pensamiento moderno. Del otro, el ateísmo de Suñer y Capdevila, quien había escandalizado a la sociedad española de la época al haber rebatido cáusticamente en el Congreso, por descontado durante el Sexenio Revolucionario, nada menos que el dogma católico de la Inmaculada Concepción¹²¹. Según Hennessy, “el ateísmo de Suñer y Capdevila fue aceptado tan entusiasta y ciegamente por la prensa republicana como el ideal castelariano de la Iglesia libre en una sociedad libre” (1967: 112). En todo caso, el componente agnóstico y aun materialista resultaba minoritario entre los demócratas españoles; lo que no obstaba a que las críticas a las prácticas de los clérigos fuesen muy frecuentes en sus discursos. Esto es, el sentimiento anticlerical que desde los comienzos había caracterizado a los republicanos rara vez desembocaba en una cosmovisión estrictamente atea o agnóstica. De modo que lo que solían reclamar “era una reconversión de la religión; que la Iglesia dejase de ser un poder antiliberal y antidemocrático para hacer de la religión un fenómeno individual propio de la conciencia de cada individuo” (Suárez Cortina, 2001: 14).

¹²¹ La polémica fue iniciada en un debate en Cortes el 6 de abril de 1869 cuando los diputados se hallaban discutiendo los términos en que la Carta Magna debía establecer las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Suñer y Capdevila presentó una enmienda, firmada por Eduardo Chao, Juan Tutau, E. Palanca, Gumersindo de la Rosa, Pablo Alsina y Fernando Garrido, que decía: “Pedimos a las Cortes Constituyentes se sirvan declarar que los artículos 20 y 21 del proyecto de Constitución sean sustituidos por el siguiente artículo 20: Todo español y todo extranjero residente en territorio español está en el derecho y en la libertad de profesar cualquier religión o de no profesar ninguna”. Ante lo que consideraron intolerables blasfemias, gran parte de los parlamentarios trataron de atajar el discurso de Suñer y Capdevila, quien a pesar de la trifulca continuó exponiendo sus ideas. Declaró así que su causa era la de que los españoles abjurasen todos de la religión, se declaró abiertamente ateo y rebatió desde presupuestos materialistas e históricos la virginidad de la Madre de Dios (Sánchez Martín, 1987: 52). El escándalo que siguió a la polémica adquirió escala nacional y fue tema de conversación obligada de los españoles durante un largo periodo. Menéndez Pelayo se referirá más adelante a estos episodios en su *Historia de los heterodoxos españoles* (1887): “La discusión fue no debate político, sino pugilato de impiedades y blasfemias, como si todas las heces anticatólicas de España pugnasen a una por desahogarse y salir a la superficie en salvajes regodeos de ateísmo. Dos o tres individuos de la minoría republicana (Sorní, Soler, el médico D. Federico Rubio) hicieron, con más o menos llaneza, profesión de católicos; de los restantes no se tuvo por demócrata y revolucionario quien no tiró su piedra a los cristales de la Iglesia, quien no renegó del agua del bautismo. Castelar y Pi y Margall vinieron a quedar oscurecidos y superados por Robert, Díaz Quintero, Suñer y Capdevila, Garrido y García Ruiz (1947, v. V: 345).

Las virulentas críticas a la jerarquía católica solían venir acompañadas del enaltecimiento de la verdadera doctrina cristiana que sus corrompidos representantes, los curas, no hacían sino pervertir. El muy anticlerical Fernando Garrido apelaba continuamente a los valores de igualdad y libertad que, según él, constituían la esencia del mensaje de Jesucristo. Desde entonces empezó a escucharse la tan traída frase de que Cristo había sido el primer socialista. La cabecera de una importante revista del movimiento republicano, dirigida por Rodríguez-Solís durante el Sexenio, *La Ilustración Republicana Federal*, ofrece un buen ejemplo de este sincretismo; Carmen Pérez nos describe su portada: “estaba constituida por un dibujo que representaba a la República como una matrona con un león a los pies; en el fondo máquinas de vapor, fábricas, barcos, etc, debajo el lema: «Amaos los unos a los otros. CRISTO. Todos los hombres son hermanos»” (2001: 88). De modo que, señala Suárez Cortina, la prioridad de los republicanos españoles fue la defensa de la libertad de conciencia y la secularización del sistema educativo... pero no ponían en cuestión la catolicidad de la sociedad española” (2001: 16)¹²². Castelar, en su prólogo a *La Federación Universal* de Garrido, escribe: “La Libertad, la Igualdad, la Fraternidad, ¿no son el reflejo de la trinidad divina en el alma?” (Garrido, 1868: 8). Frase que condensa su programa filosófico y que remite a las dramatizaciones cristianizantes de la Revolución Francesa de los folletines de Lamartine, a los cuales tan aficionados eran los federales españoles. Por lo demás, el sólido arraigo del catolicismo en la sociedad del país desaconsejaba a los dirigentes republicanos no creyentes hacer demasiado hincapié en especulaciones metafísicas que podían escamotearle apoyos. De hecho, el periódico conservador *El Pensamiento Español* tras el escándalo desatado por el discurso de Suñer y Capdevila al que antes aludíamos, escribía días después: “La república se ha hecho imposible, ningún católico puede ya ser republicano “ (*apud* Hennessy, 1966: 112).

El irreverente Suñer y Capdevila expuso su visión netamente materialista en un folleto cuyo título, *Guerra a Dios* (1869), anuncia bien a las claras tanto las intenciones provocativas del autor como el grosero ateísmo, propio de las primeras escuelas materialistas europeas, que contenía. Escribe el médico barcelonés en *Guerra Dios*: “Os he probado que la idea de Dios es una función de nuestro organismo, y que la formación de

¹²² Como explica Emilio La Parra, el programa secularizador del liberalismo español desde sus inicios, programa que heredarán y extremarán luego los demócratas y republicanos, defendía la religión católica al considerarla como un elemento imprescindible de la esencia española, y no se cuestionaba su importancia en la conciencia colectiva del país (2001: 55 a 74).

nuestro organismo, y que la formación de toda idea, se debe exclusivamente a la acción recíproca del mundo mayor y del mundo menor, del Universo y del hombre, de lo de fuera y de lo de dentro” (1869: 11). Como veíamos anteriormente, Tresserra incluye una cita suya en *¿Hay Dios?*, y se declara honrado de que el “excomulgado” se cuente entre sus amigos. A pesar de las dispares conclusiones a las que llegan uno y otro algunas de sus elucubraciones cuentan con puntos comunes. Seguramente tuvieron ocasión de departir sobre sus conceptos de la religión en el Ateneo barcelonés durante la década de los sesenta. Como vimos, nuestro catalán había sido un asiduo frequentador de sus tertulias y en ella debía coincidir más de una vez con Suñer y Capdevila, también activo socio de este foro catalán. Sánchez Martín sitúa a Suñer, Monturiol y Angelón, esto es, los correligionarios de Tresserra, como integrantes de un grupúsculo de republicanos ocupados de discutir sobre los avances y teorías científicas punteros de Europa; al respecto escribe:

Un dato interesante para el estudio del darwinismo en España podría aportarlo este grupo de republicanos catalanes. A diferencia de las revistas colectivas de la época, o de otros almanaques, los Democráticos de estos socios del Ateneo poseen la característica de que sus autores, amigos de muchos años, colaboraban y discutían estrechamente entre sí. No sería raro pues que entre este grupo hubiera un foco de discusión no solo del transformismo sino también de las diferentes concepciones materialistas y panteístas (1987: 42).

Lo cierto es que Tresserra no menciona a Darwin en sus escritos, lo cual resulta llamativo, pues lo más probable es que tuviese conocimiento de sus teorías a través de estos amigos con los que compartía militancia y proyectos editoriales, como la revista científica *Bertoldo*, donde como vimos colaboró nuestro autor a mediados de la década de los sesenta¹²³. Las coincidencias de la exposición filosófica de Tresserra con la de Suñer, en todo caso, resultan evidentes. Para atacar la supuesta inmutabilidad de la doctrina católica ambos recurren a una perspectiva historicista; dice Suñer: “si recorriéramos las religiones, iríamos observando que el concepto de las mismas se va modificándose según las condiciones de los tiempos, según las circunstancias en que los hombres se hallan, en una palabra según todas las condiciones a las que se halla sujeto el hombre probablemente en el

¹²³ En todo caso, las tesis contenidas en *El origen de las especies* no resultarán habituales en los debates culturales españoles, según Francisco Pelayo, hasta la Restauración; y añade que se hace imposible encontrar referencias a Darwin antes de 1868, ya que sus obras no se tradujeron al castellano hasta 1876 (2001: 153).

camino de sus vidas” (*apud* Sánchez Martín, 1987: 65). Pero es en el salto materialista que da Suñer al explicar el origen de las ideas y moral humana donde las concepciones de ambos se separan. Así, para negar la existencia de Dios el médico catalán acude a la química y a la fisiología, explicando por ellas el nacimiento de las ideas, de modo que para él el hombre es un compuesto material y sus funciones han nacido con él. Escribe Suñer: “Cada hombre piensa por la actividad de sus órganos y no por la actividad de sus elementos que lo componen”, así toda idea es posterior al ser porque es una función del ser organizado de modo peculiar, y concluye: “he aquí como siendo Dios una idea, un pensamiento humano, Dios es posterior al hombre”(1969: 12)¹²⁴.

De entre los correligionarios más renombrados de Tresserra, quizá sea Pi y Margall quien comparte más puntos con él en materia religiosa. El padre del federalismo español, también influido por Feuerbach, sostuvo que Dios no era sino el símbolo de la propia conciencia del hombre, y a lo largo de su obra dedicó severas críticas al pensamiento religioso por haberse mostrado históricamente como principal enemigo del avance de las luces. Pero, como señala José Luis Abellán, al cabo, Pi no hace desaparecer a Dios de su filosofía, ya que el panteísmo que le da soporte consagra la idea monista de una divinidad que es “el alma de la naturaleza” (1984: 585).

Decíamos antes que los ataques y críticas que recibirá la Iglesia por parte de los sectores republicanos vendrán motivados ante todo en razones de praxis político-social y no en objeciones de fondo filosófico. El anticlericalismo de los federales, como señala Pura Fernández a propósito de Rodríguez-Solís, quien se tenía a sí mismo por cristiano, girará en torno a la “la reivindicación de un Estado laico y el respeto público por todas las creencias”, desde la convicción de que “los malos ministros de la Iglesia católica y el fanatismo religioso constituyen el cáncer del país, el freno del Progreso y de la Ciencia” (2006: 88).

¹²⁴ Como explica Sánchez Martín, el pensamiento de Suñer aparece como un claro reflejo de las escuelas materialistas de Moleschott y Büchner (1987: 89). Este último, que como vimos Tresserra definía como “el materialista más formidable de toda Europa”, parece prestar al médico catalán bastantes elementos de su discurso. Büchner descalificaba como científicos a aquellos que osaban teorizar sobre Dios y el alma o especular sobre la naturaleza de la realidad. En su obra *Fuerza y materia* (1855), que tuvo gran resonancia y contribuyó a popularizar el materialismo, el alemán, dice Gustavo Bueno, “insistió en que sólo la ciencia, con la observación y el experimento, puede proporcionar una concepción justa de las cosas. El progreso científico es innegable y hasta inevitable, y los descubrimientos de la ciencia llevan a eliminar todo dualismo entre el espíritu y el cuerpo y toda idea de una divinidad. Todas las cosas están constituidas de fuerza o materia o, mejor dicho, de fuerza-materia, ya que no hay diferencia entre una y otra. Son únicamente dos aspectos de la misma realidad. La fuerza es el movimiento de la materia. Puesto que el movimiento es la naturaleza de la fuerza, puede considerarse el movimiento (material) como la realidad fundamental” (2007: 58).

Estas serán también las notas fundamentales que articulen el profuso discurso anticlerical que hallamos en la obra de Tresserra.

En primer lugar, el catalán incidirá en la necesidad de proclamar la libertad de cultos, que en su catecismo del 68 viene definida de este modo:

El uso de la facultad que tiene el hombre de adorar buenamente a Dios según su conciencia. Así como no hay ser humano capaz de hacer pensar a un hombre según la voluntad de otro, tampoco en el sagrado de la conciencia de cada uno hay hombre capaz de imponer leyes a su arbitrio. El hombre en su foro interno es absolutamente libre (CDR: 21).

Cuando esta libertad es vulnerada, los ministros de las religiones “interpretan el ser supremo a su manera, le revisten de atributos horrorosos y convierten su esencia en esencia del mal y la opresión” (p. 22). El paso siguiente al reconocimiento de este derecho natural, en la terminología tresserriana, es la declaración de aconfesionalidad del Estado, que, según la definición del catalán, consiste

en que el Estado democrático no paga religión ninguna. Dentro del dogma de la libertad de cultos, no caben preferencias. El Estado eclesiástico no supone más que una profesión como la de médico, abogado, etc., o un oficio como el de carpintero, albañil, zapatero [...] Entre estas profesiones y oficios y el ejercicio de los curas o ministerio sacerdotal, no hay, en buena lógica, ninguna diferencia. El que necesite una misa, una penitencia por sus pecados, un bautizo, un casamiento o un entierro, que pague al sacerdote que estos servicio les preste (p. 28).

Con la habitual tendencia a la introducción de estadísticas, como aval demostrativo de cuanto expone, Tresserra ofrece a sus lectores las cifras anuales que salen de las arcas públicas para sostener el aparato eclesiástico. Asegura escandalizado que entre la península, islas adyacentes y colonias ultramarinas estas “ascienden a cerca de ¡¡¡3 000 000 000 reales!!!”. Suma “impúdica” que es la que se necesita para mantener a un improductivo clero formado por “más de 60 mil curas; 5 mil monjas, 49 obispos y 5 arzobispos” (p. 29). No se recata ni de desvelar el sueldo de los arzobispos, deteniéndose con delectación en el que percibe el de Toledo, primado de España, quien se embolsa “nada menos que 160 000

reales” (*ibíd.*). El catalán ataca así todos los flancos de la institución religiosa, sin olvidarse de la gravosidad que representa para el país también desde el punto de vista económico.

Como se observa, una vez conquistada la libertad de expresión por la que tanto había luchado, Tresserra supo hacer uso de ella. Pero cuando los tiempos no permitían tales expansiones, el catalán y sus correligionarios recurrieron a todo tipo de subterfugios para escapar del lápiz rojo del censor y poder transmitir sus reivindicaciones y denuncias. Un caso característico lo hallamos en el modo en que a menudo era reclamada la tolerancia religiosa: a través del elogio y la defensa de los profesantes de la fe judía y protestante. El siguiente párrafo de *La regeneración de España* (1860), que en este caso creemos perteneciente a Garrido, hallamos un lamento por las consecuencias nefastas que para el país tuvo la expulsión de los judíos en 1492 por los Reyes Católicos:

Sumisos a todas las vejatorias y onerosas condiciones que les ha impuesto siempre el fanatismo de las naciones en que han vivido, no hay ejemplo en la historia de que hayan conspirado contra los poderes constituidos, ni de que hayan tomado parte en las sediciones y revueltas, consagrando toda la actividad de su inteligencia a la industria y el comercio, con la cual han contribuido a la prosperidad de los pueblos que, profesando el principio de la tolerancia religiosa, les ha permitido vivir bajo el amparo de sus leyes (RE: 668).

Dentro del posibilismo que imponía la legislación sobre imprenta, Garrido como vemos introduce subrepticamente su reivindicación de la libertad de cultos. Y añade: “a pesar de que España es todavía la nación más intolerante entre todas las católicas”, lo cual en la época a menudo venía interpretado como un elogio, concede que al menos algo han cambiado los tiempos “desde aquellos en que bastaba la más ligera sospecha de que un hombre fuese judío para que lo quemaran vivo” (p. 671). Parecida estrategia usa Tresserra en *Los hipócritas*; así, el doctor Alfonso tranquilizará al conde de Morlotte cuando este se entera de que las órdenes religiosas casi han desaparecido de España: “Pues qué, ¿no hay religión?”, pregunta alarmado el noble, ante lo que el doctor responde que por supuesto que sí, pero que el hecho de que no haya frailes “es otro de los progresos de nuestra civilización”. Morlotte se interesa por saber si tampoco quedan ya iglesias o curas, y obtiene la siguiente respuesta del sabio republicano: “Tranquilizaos respecto de este punto. España todavía es el país que cuenta en el mundo con más iglesias y más sacerdotes, excepción hecha de algún pequeño Estado de Italia” (p. 444).

El argumento principal que esgrimían los republicanos contra el catolicismo patrio era el de haber constituido un freno histórico al desarrollo cultural, social y económico de la nación. En la misma obra recién citada, *La regeneración de España*, se halla expresada claramente esta idea. Evaristo Ventosa, que esta vez presta el nombre a la pluma de Tresserra, habla de los adelantos y beneficios que la ciencia ha reportado al país a pesar de su modesta penetración:

Y todo ello ¡Gracias a la libertad! ¡Gracias a la Revolución! ¡Gracias al Progreso! que destruyó la Inquisición, que cerró los conventos y las escuelas de tauromaquia establecidas por el despotismo para abrir las universidades y para crear escuelas de ingenieros civiles y de montes, hidráulicos e industriales: que suprimiendo los diezmos, atacando por sus bases los vínculos y mayorazgos; desamortizando la mayor parte de la propiedad civil y eclesiástica, realizando reformas no menos importantes en los diversos ramos de la Administración pública, han facilitado el desarrollo de la riqueza nacional, abriendo nuevas fuentes al trabajo y ensanchando las esferas y los medios de acción de la industria y el comercio (1860: v. II: 1142).

La histórica alianza entre las monarquías absolutistas y la Iglesia católica, y el control despótico sobre todos los aspectos de la vida pública a la que, a juicio de Tresserra, había dado lugar, constituirá también un argumento recurrente en sus invectivas anticlericales:

La soberanía de Dios ha sido manoseada e invocada para deducir y probar por ella la soberanía de los reyes: esta es toda la realidad del sistema, y en este sentido es como se dice: derecho divino por oposición al derecho humano. Como Dios no se vale de medios sensibles para comunicar el poder civil, a lo menos en estos tiempos, de aquí la dificultad de las pruebas; puesto que, de lo contrario, señalaría la persona encargada, como también el modo de ejercerlo, y la manera en que la Iglesia tiene al Papa y a la jerarquía eclesiástica. Todo ello se justifica en el derecho divino por haber recibido directamente de Dios su investidura. Del mismo modo es también como los reyes se han llamado sus representantes o lugartenientes en la tierra, instituidos por él para ejercer el poder soberano; de donde les vino la expresión de reyes de derecho divino, que se han aplicado perfectamente a los monarcas absolutos. Así, pues, desde el momento que estos

quieren o pueden tomar su voluntad por regla, sin dar cuenta de sus decisiones, este derecho responde a todo, legitima todas las usurpaciones y no consiente la menor intervención de los súbditos (LH, 471).

En el mismo lugar, dedica un extenso estudio a las justificaciones usadas a lo largo de la historia por los adalides del absolutismo en torno a la delegación mediata o inmediata que Dios hacía del poder civil a los monarcas. El mensaje que se halla tras este farragoso discurso tresserriano es el de denunciar que “Roma no perdió un solo momento de fortalecer la autoridad de los reyes, tolerando hasta lo absurdo la predicación de la obediencia ciega” (p 476). Para tal fin, a lo largo de la historia, ambas instituciones habían tejido una inmensa red de medios coactivos, tanto morales como materiales, entre los que Tresserra destaca las artes y la literatura, instrumentalizadas desde tiempos inmemoriales para intimidar y adoctrinar a las masas ignorantes y por ello indefensas. Para el catalán, es en estos espacios de relaciones entre poder civil y poder religioso donde se debe buscar:

La afirmación absoluta del derecho divino de los reyes, afirmación que no puede desconocerse fue un derecho real y positivo que dominó con absoluto e irresistible imperio de otras épocas y que se vinculó a ciertos apellidos, que, perdiéndose en la noche de los tiempos, vienen resonando de siglo en siglo hasta el presente como propietarios, *humano divinoque jure*, de distinguidas razas y vastos territorios... (p. 477).

Como hemos visto, Tresserra no ahorra argumentos para trasladar a su público la idea de que progreso y religión son conceptos de difícil avenencia, cuando no antagónicos. Al hacerlo, forja un ideario de signo agnóstico que, depurado de excesos tanto idealistas como materialistas, encajaba mal en la radicalizada sociedad española del Sexenio y la Restauración.

5. LA CIENCIA DE LA ECONOMÍA POLÍTICA

En coherencia con el resto de su ideario filosófico, cuya piedra angular se sitúa en la necesidad de otorgar la más absoluta libertad al individuo, Tresserra no podía sino tomar parte por la escuela librecambista. El catalán se contó entre los fervientes partidarios del *laissez faire, laissez passer* acuñado por el economista francés Quesnay. Estas escuelas expresaban la confianza en que la armonía económica de toda sociedad sobrevenía cuando se dejaba actuar en libertad, esto es, sin la injerencia de ninguna institución externa como el Estado, a las leyes y reglas que las actividades de los mercados iban dictando en su natural desenvolvimiento. El interés personal de cada individuo por alcanzar sus metas y satisfacer sus necesidades actuaba como resorte primero de todo el sistema. Escribe Tresserra: “La aspiración a la riqueza es inmensa, constante, universal, indomable; ha triunfado en casi todo el globo de nuestra nativa aversión al trabajo” (PN: 400). Como antes veíamos, su fe librecambista quedaba reflejada en la importancia que confería al derecho a la propiedad privada, que en la doctrina de Tresserra aparece blindado a toda usurpación, sobre todo si esta viene revestida de forma legal. En este sentido dice nuestro autor: “la iniciativa particular hará más dentro de un Estado donde el individuo goce de libertad absoluta y de la inmunidad de todos sus derechos, que lo que hasta aquí han hecho y harán en lo sucesivo todos los gobiernos juntos” (ACS: 60). Esto es, en la óptica de Tresserra el derecho a la propiedad privada constituye uno de los pilares básicos de toda sociedad que se tenga a sí misma por justa.

En cuanto que nuestro autor es un pensador netamente idealista, se muestra convencido de que los principios que defiende responden a unas leyes inapelables. Y también como consecuente idealista piensa que todo fenómeno humano se halla sujeto a una totalidad indivisible. Es por ello que en materia económica, la ciencia, la razón, el derecho, la libertad o el progreso, resultan ser conceptos que no solo se encuentran íntimamente ligados a las transacciones mercantiles, sino que son los que las explican. La ciencia de la economía política, al haber puesto de relieve las leyes que rigen la producción, el consumo y la distribución de todo mercado, en opinión de Tresserra, “ha descubierto todo un sistema social justo, donde la libertad se hermana con la seguridad; el comunismo con la personalidad; la solidaridad en todo; la autonomía en todo” (PN: 519). Añade sarcásticamente que la economía política “ciencia sin entrañas, como ha dicho alguno, que no trata sino del vil interés, que considera al hombre como máquina; como mercancía, como un número”, ha venido también a realizar los sueños del “filántropo” Cabet al convertir en

realidad las promesas del comunismo icariano, ya que representa “el seguro para todos los casos de la vida. Es el seguro de vuestro pan, el de vuestros hijos, el de vuestras esposas” (PN: 518). Tresserra recuerda que es gracias a la economía política que se ha podido explicar rigurosamente qué son el valor y el precio, también los fenómenos a los que da lugar la división del trabajo, además de que “se ha santificado la propiedad particular, se ha desentrañado la índole natural del salario, se han descubierto las leyes de la población...” (p. 515). La economía política ha creado a su vez las cajas de ahorro, “que son la primera etapa para crear capitales”, los montepíos, todas las clases de bancos (de crédito, de descuentos, de socorros mutuos), y las compañías de seguros (sobre la vida, contra incendios, pedriscos, inundaciones, naufragios, robos, quiebras...) (p. 526). En suma, a esta impopular disciplina se deben conocimientos e instituciones que, según Tresserra, bastan para resolver, en caso de que sean eficaz y racionalmente aplicados, la miseria generada por las sociedades industriales.

En esta materia, el catalán también parece haber formado su sistema de ideas a partir de la conciliación de doctrinas de diferentes escuelas librecambistas. En todo caso, como la gran mayoría de los partidarios de la libertad de mercado, nuestro autor tiene en Jeremy Bentham uno de sus referentes cardinales. Para Tresserra, los estudios del padre del utilitarismo inglés resultaban tan trascendentes para el pensamiento económico y filosófico europeo como lo habían sido los de Newton en el campo científico (MS: 468). La gran aportación de los escritos de Bentham a su época fue la de oponer “el principio de utilidad” al “principio de felicidad individual”. Opinaba que la búsqueda que hace cada hombre de sus propios fines egoístas no hace aumentar la felicidad pública, es decir, no hay una armonía natural de intereses como la que habían postulado Adam Smith o David Ricardo, sino que el sumo bien se hallaría cuando el mayor número de personas posible encontrase una máxima felicidad. De este modo, según Betham, a los gobiernos correspondería el cometido de crear una armonía artificial de intereses por medio de la legislación. Al referirse a cuáles deberían ser las funciones del Estado en materia económica, escribe Tresserra: “Solo corresponde al legislador tomando al hombre y la sociedad, sin pretensión de cambiar su naturaleza, limitarse a regular sus actos para que todos los fenómenos económicos se realicen con libertad, sin oponerse a ella más que para prevenir o corregir abusos” (MS: 903).

También son eco de las enseñanzas del economista inglés los motivos que usa nuestro autor para explicar los beneficios que comportan los establecimientos particulares frente a los públicos, ya que los primeros se basan en un interés pecuniario que “recibe con la edad

mayor incremento”, mientras que los segundos se rigen por la negligencia propia del desinterés (MS: 480). Junto al absentismo estatal, Tresserra exige racionalidad y eficacia al aparato público y, ante todo, la sanción legal de la libertad de comercio, para que así se multipliquen los servicios disponibles para la ciudadanos, ya que “ninguna especulación más útil para la economía que la de excitar la industria por medio de una recompensa, dando a cada uno una cierta porción de utilidades” (p. 492). Muchas son las citas que pueden entresacarse de sus escritos que no dejan lugar a dudas sobre su inspiración benthamita, por ejemplo, Tresserra desautoriza las teorías utopistas de Campanella porque ignoran que “el aguijón para el trabajo es el INTERÉS PERSONAL; ÚNICO MÓVIL económico del ejercicio de la industria” (MS: 894); o las de Owen porque instituyen “un *Papa industrial* que decide las vocaciones de los trabajadores y esto debe dejarse a las leyes naturales del mundo económico que lo hacen por sí mismo” (p. 897). De Bentham, pues, Tresserra aprende que las leyes de la economía no pueden proporcionar la igualdad universal, porque la desigualdad de los individuos es asimismo una ley natural, pero que sí resulta posible por medio de la legislación asegurar la libertad de cada miembro de la sociedad para que disfrute y ofrezca sus utilidades en paridad de condiciones. Y en atención a que el fin en la tierra de los hombres es desarrollar sus facultades y satisfacer sus necesidades, el libre juego del mercado le otorga al mismo tiempo el derecho y el deber de participar en él.

Además de la doctrina de Bentham, que aporta los cimientos de las ideas económicas de Tresserra, los otros dos grandes puntos de referencia del catalán, a juzgar por la abundancia de citas que hallamos en sus escritos, son Frederic Bastiat y Thomas Malthus. El primero de ellos, apóstol del librecambismo más ortodoxo, reivindicó la ley de la competencia junto al incentivo fundamental del interés personal como los dos principios rectores de la dinámica económica: “Me es por completo imposible concebir la fraternidad forzada legalmente -escribía Bastiat-, sin que resulte la libertad legalmente destruida y la justicia legalmente pisoteada” (*apud* Manuel Rojas, 2007). Aserto al que Tresserra podría añadir que esa misión pertenece a “las prodigiosas leyes de la concurrencia que son el progreso” (ACS: 41). Bastiat opinaba que el orden espontáneo no debía restringirse simplemente al mercado, sino que lo consideraba un fenómeno que se producía como resultado de la libertad en toda la sociedad, y que habría de extenderse a todo el continente. Proceso que culminaría, en caso de permitir operar libremente a las leyes naturales de la economía, en la división internacional del trabajo y en la especialización de la producción. Idea que, como veremos más adelante, Tresserra une a su defensa de la libertad de asociación y a su proyecto de una Federación Internacional.

Gran parte de los escritos de Tresserra en esta materia están dedicados a rebatir las teorías y consignas económicas de sus correligionarios socialistas. Bastiat, azote de todas las escuelas igualitaristas de la época, les dedicó mordaces críticas; en especial, a los postulados de Proudhon. Inyectivas estas últimas que resuenan en el fondo de las argumentaciones que el catalán opuso a los Garrido o Pi. En primer lugar, Tresserra reprocha que estos no acepten las desigualdades individuales, “que son un hecho real, positivo e indestructible y buscan la ley de su empleo como elementos naturales de las combinaciones sociales”, ya que, en su opinión, cuando el comunismo las deja de lado “no resuelve el problema social, sino que pasa por encima de él” (MS: 606). Y, en segundo lugar, recrimina a los socialistas que cierren los ojos a las reglas que, como ha demostrado la ciencia económica, rigen el mercado. Circunstancia que desespera a un Tresserra que, en estas lides, a menudo abandona su habitual tono conciliatorio y didáctico; escribe:

Para ellos [los socialistas] son estas diabólicas invenciones, sofismas de hombres inhumanos, teorías crueles que deshonran o que llaman muy graciosamente economía política inglesa. Así, algún valor se necesita en el día para no desertar su puesto, y defender los principios de la ciencia del incesante fuego de ataques enconados y pertinaces; enconados como el mismo egoísmo, pertinaces como la misma ignorancia (PN: 527).

Y es que el examen de las teorías comunistas y socialistas sobre la distribución de la riqueza “demuestra de una manera evidente los desvaríos a los que conduce la negación de los principios, entre los cuales hallamos principalmente contrariados el fundamento de la propiedad” (*ibíd.*). La falta de respecto a este derecho que, según el catalán, contiene el programa económico de los socialistas, avasalla las más elementales libertades de los individuos, ya que

hacen penetrar el Gobierno dentro del santuario de la voluntad de los particulares, sustituyen a la acción privada la acción gubernativa en todas las cosas, dan al poder social facultades tan ilimitadas que, con respecto al individuo, casi pueden llamarse omnipotentes, y convierten los derechos del hombre en obligaciones sociales; al Gobierno en tiranía, y a las sociedades políticas en reuniones de esclavos sujetas a aquel o aquellos que se dicen representantes del Estado (MS: 902).

Al hacer un reconocimiento expreso y taxativo de la inviolabilidad del derecho a la propiedad privada, a la herencia y al del primer ocupante como fundamentos inexcusables del credo democrático, Tresserra imagina los improprios que recibirá de los anarquistas, los socialistas y los comunistas:

¡Expoliador! ¿Cómo no sois expoliador, si reconocéis el derecho del primer ocupante, si queréis la propiedad particular y libre? ¡Os contradecís: reconocéis la tierra y el agua como un don gratuito de la naturaleza, y, por consiguiente, común como el aire y el sol, y, sin embargo, la declaráis esclava de la herencia y de todas las transacciones del propietario! ¡Sí, sois un tirano, porque me priváis a mí del derecho que tengo sobre todo, solo porque he nacido después que vos! ¡Sois un vampiro de la sangre del pueblo, porque consagrandolo la propiedad en manos de los que la tienen consagráis el robo hecho a todos mis ascendientes! ¡Sois privilegiado [sic] y aristócrata porque cerráis vuestros oídos a mi voz que reclama con el derecho al trabajo y a la asistencia, mi derecho a la vida, que solo concedéis a los que manifiestan su patente de usurpadores! Me arrojáis atado de brazos en medio de las oleadas de una concurrencia desastrosa donde no puedo menos de perecer ahogado! ¡Dais el grito de *¡sálvase quien pueda!* y oponéis a mi pecho una barrera inquebrantable para que no me escape de los horrores del hambre y del incendio! ¿Y os llamáis partidario de la libertad absoluta, de la igualdad más completa, de la fraternidad universal?... ¡Sois además un impostor! (ACS: 19).

A continuación, en el mismo escrito, rebate minuciosamente cada una de las objeciones planteadas por estos; y lo hace sin disimular su hastío ante lo que considera falta de rigor y sobre todo ignorancia de los “modernos adelantos de la economía política”, pues si estos hubiesen estudiado al menos sus rudimentos “no pronunciarían las palabras restitución y repartición en el sentido en el que lo hacen” (p. 42). A la proclama de comunistas y anarquistas que dice que la tierra es de todos y que aquellos que se la apropiaron para sí deben restituirla, Tresserra contesta que no existe derecho alguno para arrebatarla al que la tiene, entre otras cosas, “porque el propietario no os causa ningún perjuicio poseyéndola; no os hace pagar nada por ella”; además, añade el catalán, “en sí misma la tierra vale poco” (p. 39). Para sostener esto último recurre a la teoría del valor

elaborada por Bastiat, y escribe: “cuando se compra un pedazo de tierra se pagan escasamente la suma de valores acumulados en ella por el propietario y las contingencias sociales que determinan la mayor o menor demanda de sus frutos: nada más” (*ibíd.*). Cita *Las armonías económicas* del francés para explicar que “no hay ninguno que vea mejorar su remuneración por el solo hecho del mejoramiento del medio en que se ejerce. Esta acción y reacción de la prosperidad de todos y recíprocamente constituye la misma ley del valor” (*ibíd.*). De lo cual, sigue parafraseando Tresserra, se vendría a deducir que “solo tienen valor los servicios, es decir, los trabajos ahorrados por el que los presta al que os utiliza” (ACS: 40). Ante esto los menesterosos podrían objetar que ellos siguen sin poseer tierra, a lo que contesta el catalán que no todos pueden ser propietarios, sino que se impone “una de las más bellas leyes de la economía: la división del trabajo” (*ibíd.*).

De igual modo, nuestro autor desautoriza tanto la reclamación de los comunistas de una explotación común de la tierra y de un reparto proporcional de sus frutos, como aquella otra de los socialistas de gravar los latifundios con elevadas tasas que irían a manos de los desposeídos; Tresserra sin contemplaciones escribe: “lo primero es un absurdo; lo segundo un atentado” (p. 43). Desafía a cualquier comunista a que le explique en qué manera puede llevarse a efecto la explotación de la tierra en común, y en común la repartición de los frutos a condición de que “se haga seriamente y no a guisa de novela como *La República* de Platón, *La ciudad del Sol* de Campanella, *La teoría de las atracciones* de Fourier o el *Viaje a Icaria* de Cabet” (*ibíd.*). Declara no entender qué quieren decir frases como “todo es de todos” o “cada uno para todos”, que andan de boca en boca entre tales “filántropos”. Para Tresserra estas peroratas ante todo constituyen un atentado al sentido común: la mayoría de las cosas, dice, no son susceptibles de partición y, menos aún, de repartición entre chinos y franceses, ingleses y rusos; e invita a que se haga comunismo con un puñado de pasas de Málaga o con una botella de champagne. Más seriamente añade:

Nadie puede producir para sí sin producir para todos los demás, ¿es esto lo que quieren decir? No, porque en tal caso nada nuevo nos propondrían los comunistas: es precisamente lo que sucede. Mas si en vista de dislates tan monstruosos me dicen: dividiremos el mundo en pequeñas asociaciones relacionadas entre sí solo por los lazos de la fraternidad, pero libres e independientes: quieren decir que cada uno trabajará en lo suyo y consumirá de lo suyo, lo cual establece entre comunidad y comunidad lo tuyo y lo mío, negación del comunismo (*ibíd.*).

Respecto al derecho al trabajo y a la asistencia que reclamaban los socialistas y comunistas, “trabajando cada uno según su voluntad y fuerzas y repartiendo a cada uno según sus necesidades”, célebre frase de entonces debida a Proudhon, Tresserra objeta que eso es inconcebible en cualquier sociedad, “en primer lugar, porque la voluntad y las fuerzas del individuo no tienen porque hallarse en relación a sus necesidades” (ACS: 44). Los comunistas, dice el catalán, se quejan de que la mayoría de la población trabaja y que en cambio solo unos pocos recogen los frutos de ese trabajo. Lo cual ocurre según él porque el fruto pertenece naturalmente a aquel que lo produce, y que no existe derecho alguno que habilite a los que nada producen a obtener los frutos del trabajo ajeno. Solo resulta exigible el pago de los servicios que cada cual haya prestado libre y voluntariamente a partir de lo que se hubiere convenido con antelación (p. 45).

Tresserra felicita socarronamente a los socialistas porque a diferencia de las otras escuelas igualitaristas, al menos transigen con la propiedad particular. Sin embargo, también se apresta a descubrir las incoherencias que presentan en este aspecto. A juicio de nuestro autor, lo que sucede en realidad es que las teorías socialistas sobre los tipos de producción, tomadas de la doctrina de Saint-Simon, que los dividía en tres categorías: el capital, el talento y el operario; y el criterio proudhoniano de remunerar todos los trabajos por igual según el tiempo empleado, desbaratan y falsean tal defensa de la propiedad privada. Para el catalán el socialismo no es más que una etapa del comunismo, y su presunto respeto a la propiedad esconde una mentira, cuando no una contradicción con sus propios postulados. Pone el ejemplo de la exigencia socialista del pago de cánones:

Si entienden que no es mío el pago que he recibido a cambio de un servicio que he prestado, si entienden que no es suyo el servicio que he prestado a cambio del pago que he recibido; los socialistas no saben lo que es mío y lo que es suyo. Y si me niegan la facultad de prestar mayor número de servicios que los que yo utilizo, y me privan de su cobro, o de acumularlos, o de cambiar los acumulados en la forma que quiera: digo que los socialistas me niegan lo mío. Y si quieren sujetar a otra ley que a la natural de la oferta y la demanda el pago o cambio de mis servicios; digo que los socialistas quieren sujetar lo mío a lo suyo (p. 53).

Dice saber que los socialistas le recriminarán que la mayoría parte en desigualdad de condiciones para concurrir a un mercado libre, sobre todo porque no dispone de las mismas

armas, que se hallan acaparadas en las manos de unos pocos. A ello objeta el catalán que armas tan solo hay dos: capital e instrumentos de trabajo; y que por lo tanto lo que están exigiendo es un servicio, lo cual implica que deben entregar algo a cambio. “¿Qué ofrecéis por ello?”, pregunta Tresserra, y da la respuesta que a su juicio deriva de las teorías socialistas: “Nada, porque no venimos a pedir un servicio sino una restitución” (ACS: 54). Pero teniendo en cuenta lo que significa en verdad el capital dicha exigencia encierra un robo, ya que aquel no es sino “la resta entre los servicios de más prestados y los servicios de más recibidos”; o lo que es lo mismo, “el capital presente es el trabajo pasado, así como el trabajo presente es el capital futuro”, e inquiere: “¿qué hay de despojo en que uno compre menos goces que servicios presta?” (*ibíd.*).

En suma, cada reivindicación igualitarista es confrontada por Tresserra con los principios económicos que, según él, “rigen por naturaleza entre el capital y el trabajo, entre el productor y el consumidor” (p. 55); y de resultas viene a probar así la inconsistencia y la ignorancia que en su opinión caracterizan a las doctrinas de los Proudhon, Cabet, Owen o Louis Blanc. Y sentencia luego:

Donde veáis que el Estado, en nombre de todos, quita a uno lo suyo para darlo a otros, allí principia el socialismo. Donde veáis que el cambio de los servicios no se verifica por la oferta y la demanda, libre, entre individuo e individuo, allí termina el socialismo y principia el comunismo, que acaba a su vez por pretender dar a cada uno lo que quiera consumir en pago de lo que quiera o pueda producir (p. 53).

Como se observa, las ideas económicas de nuestro autor en gran parte se van construyendo a la defensiva de las doctrinas comunitaristas. También nacen de una apropiación, que a menudo resulta original, de las exposiciones de los principios del librecambismo llevadas a cabo por algunos de sus ponentes más representativos. Pero el catalán, al igual que en los demás campos del pensamiento, no se acomoda a una autoridad concreta, sino que selecciona de cada una de ellas los postulados que se avienen con su visión pluridisciplinaria. Al cabo, en este terreno configura una doctrina que aunque no puede calificarse de sistemática, sí resulta coherente consigo misma y con el resto de sus conceptos políticos y filosóficos.

Ello se observa en las distancias que toma respecto a los conceptos de Estado y justicia que Bastiat elabora en términos estrictamente económicos. En lo relativo a la justicia, por

ejemplo, dice el librecambista francés que resulta imposible poner de acuerdo a todos los individuos sobre su contenido, mientras que no sucede lo mismo respecto a lo que es injusto, donde en su opinión se podría alcanzar un consenso: nadie desea que le arrebaten lo suyo, esto es, sus propiedades. En esta materia, el tan pragmático como idealista Tresserra no puede coincidir por completo con los planteamientos del francés, y sus teorías adquieren necesariamente otros puntos de vista. La justicia para nuestro autor resulta un fin objetivo y de precisa definición, en el que el Estado desarrolla además el papel de regulador de una amplia gama de derechos individuales, es decir, no solo los de raíz económica.

Esta perspectiva tresserriana nos pone de nuevo sobre la pista de las escuelas económicas inglesas de base benthamita, y, concretamente, sobre uno de sus renovadores más destacados: Stuart Mill. Aunque no se hallan citas directas a este autor en los escritos del catalán, las ideas de Mill resuenan en las llamadas a la moralidad y responsabilidad particular que caracterizan el librecambismo del republicano español. Este economista y filósofo inglés quiso ir más allá del mero “Estado vigilante”, de modo que su liberalismo económico se hizo también político, y postuló la activa intervención legislativa de los poderes públicos en aspectos como el de la duración de la jornada laboral máxima, o el de la regulación del trabajo de mujeres y niños. Tresserra, a pesar de la desconfianza instintiva que mostraba respecto a todo intervencionismo estatal, hizo de reivindicaciones como las de Mill parte fundamental de sus discursos filosófico-sociales. El abstencionismo de la Administración pública para nuestro escritor venía marcado sobre todo por el derecho a la propiedad privada, y no respecto a las condiciones en que los individuos entraban a competir en el mercado. Pero incluso con relación al primer supuesto, hallamos apelaciones a la regulación jurídica de prácticas librecambistas manifiestamente dañosas e inmorales. Es el caso del triste espectáculo que ofrecen las calles del centro de Madrid, repletas de anuncios de casas de prestamistas que practican la usura; dice Tresserra que en este caso la ley de la oferta y la demanda se traduce en que la abundancia de miseria genera la oferta de usura, y se lamenta que este hecho antes prohibido constituya ahora una práctica legal (PN: 198).

Otro gran atractivo que pudo hallar en las teorías de Mill fue su aportación ética al utilitarismo. El “hedonismo cualitativo” de este vino a poner de relieve la necesidad de establecer una jerarquía humana de los placeres, ya que, como explica Höfftied, para el inglés no importaba únicamente el goce supremo pues era “mejor ser una persona descontenta que un cerdo contento” (2005: 260). La práctica de la moral y responsabilidad individual aplicada a la economía será un punto fundamental de las ideas tresserrianas en la materia, como lo serán en el resto de las áreas de su pensamiento.

Pero como apuntábamos antes, entre los economistas más citados por Tresserra destaca Malthus, preconizador de las leyes de la población. Los principios maltusianos alertaban a las confiadas y cada vez más opulentas sociedades capitalistas de que el aumento de la densidad demográfica que registraba el siglo no iba acompañada de un aumento proporcional de recursos, y que estos además eran limitados. En caso de darse desajustes pronunciados entre ambos factores las consecuencias podrían ser catastróficas. Las teorías de Malthus fueron a menudo aventadas contra los excesos optimistas de los librecambistas como Bastiat, a quienes se les reprochaba su ligereza a la hora de juzgar los efectos benéficos que habían de operar por sí mismas las leyes naturales del mercado. Para Tresserra la cuestión de la población “está enlazada con la moral y la política, la economía nacional y la economía doméstica; el Estado, la familia, el individuo, están también interesados, en el presente, en el porvenir, por su fuerza como por su felicidad” (PN: 520). Mantener bajo control el equilibrio entre la densidad demográfica y los medios de subsistencia es una cuestión que, según el catalán, debe ser encargada “a la razón y a la prudencia humana” (p. 522). Por eso se muestra preocupado ante las airadas y pasionales discusiones que habían provocado en la opinión pública las enseñanzas de Malthus. Escribe nuestro autor que se han formado dos bandos antagónicos: uno que le acusa “de haber ultrajado a la vez a la humanidad y a la razón, y de haber despreciado los principios de la moral y la economía política”; y otro que le considera como una suerte de sabio profeta (*ibíd.*). Efectivamente, las recomendaciones de controlar la natalidad que se deducían de las teorías maltusianas provocaron un gran escándalo en la época. Los católicos, de un lado, veían vulnerado el designio divino de la procreación; pero, por otro, cosechó muchas críticas en diversos sectores por considerar que arrebató un derecho fundamental de la personalidad humana, como sería el de tener descendencia. Tresserra observa cómo una cuestión tan delicada ha sido objeto de generalizaciones que no son más que “abstracciones tan desprovistas de razón como inhumanas” (p. 528). En este caso, dice sarcásticamente que “jamás el eclecticismo fue más tópico y más oportuno”, pues “por todas partes se encuentran errores y por todas partes se descubre algo de verdad” (*ibíd.*).

Nuestro autor no pone en duda la veracidad de las conclusiones alarmantes de Malthus, y parafraseándole escribe: “Es un principio proclamado que la humana especie tiende a multiplicarse en proporción geométrica, y que su alimento se multiplica solo en proporción aritmética” (LO: 155). Asimismo, constata que “desde hace algunos años la población aumenta en razón inversa de los medios de subsistencia, de lo cual debe seguirse un grande aumento también en la miseria y en el malestar de las clases inferiores de las

sociedades modernas” (PN: 516). Tresserra avala su aserto mediante las estadísticas demográficas de Francia en las últimas décadas, “que demuestran cómo el aumento de población ha ido acompañado de la disminución proporcional del consumo y la producción”, lo cual ha repercutido en primer lugar en la clase obrera, ya que al aumento de los precios que esto ha supuesto no se ha visto compensado por la subida de los jornales (p. 519). Como el aumento de la población no puede ser ni indefinido ni ilimitado se hace urgente la adopción de medidas correctoras. Explica Tresserra que los estudios de Malthus y Quetelet han aislado dos tipos de obstáculos que caben oponerse a la natalidad descontrolada: de un lado, “los primitivos”, que son los que impiden su aumento; y de otro, los “destructivos”, que son los que eliminan el exceso de población una vez que este se ha verificado. Quetelet describe el modo de acción de los primeros aplicando el cálculo matemático a la teoría de la población, de manera que, dice nuestro autor, “ha descubierto que la resistencia o la suma de los obstáculos al crecimiento de la población se halla representada por el cuadrado de la velocidad con que tiende esta a aumentarse”. Así, conociendo el obstáculo que se opone al incremento de individuos podemos determinar la ley de su aumento; y al contrario, observando esta ley, podemos deducir el valor del obstáculo que se le opone (p. 515). Toda la exposición tresserriana se dirige a llamar la atención sobre el peligro real en el que se halla la humanidad de afrontar grandes hambrunas si en cada nación no se elaboran planificaciones rigurosas dirigidas a mantener un equilibrio entre la población y los recursos.

Como es habitual en nuestro autor, se hace eco de las objeciones que oponen los sostenedores de las opiniones contrarias y se dispone a rebatirlas. Así, señala que los críticos de Malthus advierten de que la mayor parte del planeta sigue sin haber sido explotada y que los recursos son todavía abundantísimos. A lo que Tresserra contesta que la inmigración comporta una serie de adversidades notables: gobiernos tiránicos, leyes represivas, lenguas y costumbres diversas, etc., que no todos están en disposición de enfrentar. Pero la mayor resistencia que encontraron las leyes maltusianas fueron respecto a las recomendaciones de control de natalidad, donde muchos quisieron ver el ataque a un instinto innato del hombre dictado por la ley de la conservación de la especie. Reacciones igualmente exaltadas se registraron en los partidarios de realizar controles, llegando algunos incluso a proponer que se prohibiesen los matrimonios entre pobres. Otros se conformaban con recomendar a los obreros que no trajesen al mundo más hijos que aquellos a los que estuviesen en disposición de ofrecer una vida digna. Opción esta última que será la que apoye vehementemente Tresserra. Para él constituye un precepto moral de la mayor importancia que “el hombre no

debe casarse, no debe exponerse a ser padre, sin antes haber pensado, y muy seriamente, en los medios de mantener a sus hijos y tal vez a su misma esposa” (LO: 155). Por lo demás, resulta obvio que “una población robusta y satisfecha da al Estado más fuerza y seguridad que una población mucho más numerosa, pero pobre, enfermiza y descontenta” (PN: 522). En su opinión, basta para justificar la doctrina maltusiana el hecho de “que una de las progresiones que representa la propagación de nuestra especie sea más rápida que la otra”, lo cual se estaba verificando en la época. En definitiva, según Tresserra “si el hombre como el bruto, no escucha más que sus instintos, y se imagina que la familia es un hecho que no debe caer bajo el imperio de la razón” (*ibíd.*), existe un peligro cierto de futuras catástrofes para la humanidad.

En el próximo apartado, cuando nos ocupemos de los remedios a la pobreza que ofrece el catalán, volveremos a referirnos a las leyes de población de Malthus. Baste aquí de momento consignar la siguiente frase que contiene el espíritu del programa de actuación tresserriano: “trabajo incesante, orden y economía, una inalterable prudencia y una gran moralidad” (p. 537). Aplicando su idealismo a la ciencia económica, añade: “en último resultado todos los sistemas sociales se reasumen en una u otra de estas palabras: servidumbre o libertad. La historia nos presenta a la vez al hombre máquina y al hombre dueño de sí mismo. Escoged: somos una sociedad de hombres libres” (*ibíd.*).

Por lo tanto, Estado e individuos responsables, razón y planificación, libertad y moral, son los parámetros que definen las ideas económicas de nuestro autor.

6. DEMOCRACIA, REPÚBLICA, FEDERACIÓN

Todo el pensamiento de Tresserra, sea del orden que sea, se dirige al mismo fin: la Democracia. Este es el sistema que demanda la razón, es la meta del progreso de su época y la plataforma del progreso del futuro; es la verdadera religión, y también es la conquista de la justicia en todas las esferas de la vida humana. La ciencia y la filosofía modernas han conducido hasta ella, y solo a través de ella pueden prosperar. La democracia, en suma, encarna a la misma verdad, y esta, escribe nuestro autor: “Es una, sola e indivisible, así en el trascurso de los tiempos como en cualquier lugar de los espacios; es eterna como Dios, inmutable como Dios, y es, en todas partes, como Dios. No hay más que un sistema de gobierno verdaderamente conforme con el derecho humano: la doctrina democrática” (CRD: 6). La firmeza axiomática con la que Tresserra acostumbra a exponer sus ideas tienen pues el centro de irradiación en su fe sin fisuras en la democracia. Escribe:

Cuanto más los derechos del hombre vienen absorbidos en uno o algunos, tanto más las sociedades rayan en la imperfección y en el absurdo; lo que es igual a decir, que tanto más rayan en el absurdo y la imperfección, cuanto más se separan del dogma de la democracia, que es la doctrina que consigna más perfectamente la indivisibilidad de los deberes y los derechos (CRD: 14).

Dice Tresserra que los otros partidos políticos confiesen sin rubor “*no aspirar a lo justo por no verse precisados a defender lo imposible*”; el suyo, en cambio, parte de la convicción de que lo justo no solo es posible, sino que perseguirlo constituye un deber de la conciencia de cada uno de sus miembros. Afirma que cuantos se llaman demócratas se hallan en la creencia de que propagan y defienden la justicia, ya que la democracia es “sinónimo de tan precioso atributo”. Por ello se siente legitimado para arengar de esta forma a sus correligionarios: “Hay que reconocerlo con un valor verdaderamente heroico, con una fe ciega, fanática, con un entusiasmo inquebrantable” (ACS: 13). En fin, desde cualquier ángulo que se observe, a juicio de nuestro autor, la realización de la democracia no puede ser tomada en ningún caso como un acto de filantropía, sino de la más elemental justicia hacia el pueblo, ya que:

Ellos pagan en último resultado todas las contribuciones del Estado, y carecen de voz y voto en los negocios de dominio público; de voz porque no tienen como quisieran libertad de reunión ni de imprenta para tratar de aquellos asuntos de su exclusiva incumbencia; de voto porque el derecho electoral se detiene en las puertas de sus casas. Sufren y tienen que sufrir en silencio; no son considerados como capaces para discernir sobre las cuestiones de la sociedad en que viven y pagan, sin embargo, solos, todos sus gastos (PN: 513).

Pero también es preciso trasladar a la población cuál es el verdadero significado de la democracia. Etimológicamente, como vimos, decía Tresserra que significa “gobierno del pueblo por el pueblo”, pero según él esta descripción solo sirve para confundir a las gentes, y añadía: “nada que determine menos una idea política, una noción de gobierno, una forma de derecho público: no prejuzga nada; reconoce el hecho con tal de que emane del pueblo, y esto le basta para revestirlo de todos los atributos de la justicia” (ACS: 12). Lo mismo ocurre en su acepción histórica, pues en Grecia se degollaba a los esclavos en su nombre, los romanos la usaban para hacer la guerra y conquistar a otros pueblos, o en Francia, escribe Tresserra, “la veo establecer la tasa o prohibir un culto” (*ibíd.*). Es por ello que debe entenderse en su sentido filosófico, y precisa que en este caso “más que un partido político es una escuela”. De acuerdo con esta perspectiva, la palabra democracia significa “la razón, la razón pura explicándose sobre el hombre y sus derechos, el hombre y sus deberes, el hombre y sus libertades, el hombre y sus facultades, el hombre y sus intereses, el hombre y la sociedad” (*ibíd.*).

Tresserra se inscribe así en la línea de los postulados democráticos defendidos por la facción republicana adscrita a Castelar, donde nuestro catalán se integró hasta al menos el estallido de la Revolución de 1868. El gaditano, en *La fórmula del progreso* (1859), había señalado a la democracia como la negación de las revoluciones, ya que ante todo representaba a la paz; reputaba así que las sacudidas francesas y sus ecos durante todo el siglo solo eran consecuencia de la ausencia de democracia. Escribía Castelar: “La democracia es el resultado de toda la ciencia moderna. La filosofía ha consagrado el criterio del hombre; la industria ha domeñado todas las fuerzas de la naturaleza contrarias a nuestras fuerzas; y la democracia viene a consagrar nuestro criterio político, y a domeñar las fuerzas sociales que se oponen al libre desarrollo de nuestro espíritu” (1870: 5).

En todo caso, buena parte de la doctrina democrática de Tresserra, como sucede respecto a sus ideas económicas, viene expuesta a través de su refutación de los preceptos de anarquistas, socialistas y comunistas, a quienes no considera verdaderos partidarios de este sistema. Para el catalán, la democracia es la libertad absoluta, y las trabas que imponen estas escuelas, amparándose en consignas igualitaristas y propugnando la intervención del Estado, suponen un quebranto fundamental que la desfigura, y que conducen irremisiblemente al despotismo. Según nuestro autor, a lo largo de la historia, la influencia de las doctrinas utopistas fue tan dañina como la de los gobiernos absolutistas; escribe:

La utopía, el socialismo y en una palabra el comunismo, siempre han sido un obstáculo al progreso y se han opuesto a la marcha de la civilización. La humanidad ha adelantado a pesar de la utopía y ha obtenido sus progresos con la extensión sucesiva de la propiedad, la libertad, la igualdad ante la ley, con el perfeccionamiento y depuración del matrimonio y de la familia, con la influencia de las ciencias, las letras y las artes (MS: 908).

Somete a los “utopistas” a un ataque en todos los frentes. Así, se mofa del mesianismo alucinado de muchos de ellos, pues simplemente “no es racional aceptar que un solo hombre tenga la llave de la felicidad, que por medio de su sistema sea capaz de reconstruir la sociedad”. Alude luego a las agrias disputas que entablan entre sí, y señala sarcásticamente que el campo de la utopía se encuentra en una situación anárquica “pues sus representantes, si bien convienen en destruir lo existente y en proclamar el comunismo, se atacan unos a otros cuando se trata de la manera de organizarlo” (p. 907). Tresserra no acepta que se declaren como los únicos defensores de las clases desfavorecidas, y dice:

yerran gravemente los representantes modernos de la utopía cuando pretenden ser los únicos que abrigan tales simpatías, los únicos que se proponen tan noble objeto, y cuando acusan de insensibilidad y de egoísmo a los hombres que rechazan los deplorables medios de los que intentan ellos valerse para alcanzarlo (p. 912).

Pero el principal reproche que les dedica es el de cobijarse bajo la denominación de demócratas. Para Tresserra, las teorías de los Owen, Cabet, Fourier, Luis Blanc o Proudhon, incurren en una violación fundamental de la democracia “que consiste como dice mister

Alfredo Sumestre, en sacrificar la libertad a la igualdad, la personalidad humana a la solidaridad” (MS: 903). Para nuestro autor, la libertad constituye “el primero de los derechos”, y por lo tanto “la igualdad política se subordina a esta” (p. 904). La democracia, según Tresserra, tiene “como primero de sus dogmas la autonomía individual”, y, sin embargo, observa que algunos de sus correligionarios proclaman que la soberanía popular se halla por encima de esta, “como si esa soberanía no pudiese convertirse en el poder más tiránico de todos: el de muchos contra uno” (ACS: 10).

Las relaciones de preferencia y los contenidos mismos de las parejas de términos “libertad” e “igualdad”, y “autonomía individual” y “soberanía nacional”, marcarán las enconadas disputas que socialistas e individualistas sostendrán dentro del Partido Demócrata. Los primeros esgrimirán la soberanía popular, poder del que hacen emanar todos los derechos y libertades, como legitimación para operar a través del Estado en pos de alcanzar su fin prioritario: la igualdad social. Mientras que los otros consideran que los derechos y libertades son anteriores y superiores a la soberanía nacional, y que una vez constituido el Estado mediante un sistema democrático, este debe limitarse al reconocimiento y protección de aquellos. Así, el acérrimo individualista Tresserra escribe:

Si hay entre el individuo y la sociedad el menor antagonismo natural la sociedad carece de razón de ser, porque lo uno no es más que el complemento de lo otro [...] Una sociedad, por numerosa que sea, que tiranice a uno solo de sus individuos es una sociedad imperfecta, la base social, verdadera, justa y lógica, consiste en el derecho, que es la libertad del hombre (MS: 296).

El principio de soberanía nacional no determina, según el catalán, “más que una de las bases de la constitución de un pueblo libre”. En sí misma tan solo señala la capacidad de la que disfrutaban las distintas naciones “para regirse por el sistema y la forma política que elijan para todos por medios de todos”. Pero para que sea legítima, esto es, plenamente democrática, su primera e improrrogable actuación debe ser la de declarar los derechos del hombre en sociedad como sagrados e inviolables (CDR: 12). Por lo tanto, para Tresserra los verdaderos demócratas “no son los partidarios de la soberanía popular, sino los de la soberanía del derecho, que es la libertad de uno limitada por la libertad de otro” (ACS: 62).

Pi y Margall, representante más destacado de la facción socialista republicana, declarará que la revolución viene a sancionar todas las libertades del hombre, que es el reconocimiento de la soberanía individual que ha hecho la ciencia moderna “al consignar

que somos la fuente de toda certidumbre y todo derecho”, ya que la revolución “[t]iene por principio y fin el hombre, por medio el hombre mismo, es decir, la razón, el deber, la libertad, cosas en el fondo idénticas” (1982: 244). Pi declara con otras palabras lo mismo que defiende Tresserra: la soberanía del individuo debe erigirse en el principio directriz de la organización social. Como explica Hennessy, en la óptica de Pi el hombre es soberano y como la soberanía es, según la define, “absoluta e indivisible, el hombre es la fuente de toda ley; todo poder que busque imponerse desafiando al individuo es una negación de la soberanía” (1967: 245). Tresserra acusará precisamente a los socialistas como Pi de conculcar este precepto al defender el intervencionismo estatal en materia económica. El autor de *La revolución y la reacción* subsanará esta aparente contradicción mediante la postulación de dos autonomías diversas: de un lado, la del individuo; del otro, la de la colectividad; correspondiéndole a cada una de ellas un ámbito propio e impenetrable. La autonomía de las personas comprendía los actos de la vida individual, como la libertad de pensamiento y de conciencia, mientras que la autonomía colectiva, explica Jutglar, estaba formada para Pi y Margall por “los actos de la vida social o lo que es lo mismo todos los relativos a la propiedad, al cambio, a la organización del poder y a la administración de los intereses generales” (Pi y Margall, 1982: 77). Así, el presidente de la República Federal defenderá la legitimidad de la intervención del Estado a través de instituciones y leyes en su calidad de depositario y sujeto de los derechos de la comunidad, pues según él, “[l]a libertad económica debe estar regularizada y subordinada al interés colectivo [...] El Estado deber ser no solo la garantía sino la realización del derecho. Mientras el derecho no sea una realidad ¿cómo ha de garantizarlo el Estado? Y el derecho ¿cómo se realiza en las sociedades, sino por instituciones y leyes?” (p. 78). A esta separación de ámbitos, el individual y colectivo, Pi añade un elemento que actúa como puente entre ambos y que les reviste de legitimidad: el pacto; pues “el Estado republicano federal no es un fin en sí, sino un medio de descentralización del poder y de facilitar la expresión de la soberanía absoluta del individuo, que permita sustituir todo poder por un contrato” (*apud* J.L. Abellán, 1984 595). Entre el individuo y el Estado, igualmente soberanos, no caben más que pactos desde el momento que, escribe Pi, “[a]utoridad y soberanía son contradictorias. A la base social *autoridad* debe, por lo tanto, sustituirla la base social *contrato*” (1982: 72). Para él todo contrato es un “acto de justicia conmutativa”, y como la revolución se compromete a armonizar las fuerzas económicas, o lo que es lo mismo, “a resolver el oscurísimo problema del trabajo y del capital”, el sujeto colectivo en virtud de su soberanía se halla capacitado de ejercer sus derechos, esto es, de intervenir para instaurar la justicia (p. 229).

Individualistas y socialistas disienten por lo tanto a la hora de resolver el choque de derechos e intereses entre dos entes soberanos: el Estado y el individuo. Ante tal situación solamente existen dos caminos, dice Tresserra, la fuerza o el convenio, “si se apela a la fuerza se contraría el derecho del uno por el abuso del otro; los dos se hallarán fuera del derecho: si se apela al convenio no hace más que usar entrambos del derecho que tienen de convenirse como quieran” (ACS: 23). Solo, pues, cabe resolver la contradicción de intereses mediante un pacto “libre, libérrimo” entre ambas instancias, un pacto que para ser justo debe expresar el consentimiento explícito, implícito o tácito (p. 25). Por lo tanto, el sujeto particular siempre conservaría su propiedad en caso de no alcanzar un pacto con el Estado, es decir, con el representante de la soberanía colectiva. El razonamiento de Tresserra parte de este principio: si el individuo puede pactar con el individuo, el individuo puede pactar con la sociedad. Lo cual se desprende tanto de la pregunta que lanza a sus lectores, “¿Qué es primero, el individuo o la sociedad?”, como de la respuesta que él mismo da: “El individuo es primero; la sociedad es un compuesto de individuos” (ACS: 58). De ello deduce que además de un atropello a la libertad, encierra un error de lógica, ya que el compuesto no puede contrariar a sus componentes, y el todo no puede estar en contradicción con sus partes. En este caso, a Tresserra no le falta razón siempre que se le reproche a un hegeliano como Pi. En definitiva, la libertad económica que para los socialistas pertenece al Estado, lo cual incluiría por ejemplo la regulación y establecimiento del derecho al trabajo; para Tresserra, en cambio, constituye un pilar básico de la personalidad humana, y por ende de un sistema auténticamente democrático. De modo que insiste el catalán:

El derecho no supone ni puede suponer sino que nadie igual a mí puede impedirme su ejercicio o el goce de la cosa sobre la cual tengo derecho. En virtud del derecho es que formo luego el pacto y solo el pacto obliga según sus términos. Cada uno tiene derecho a trabajar, consecuencia: ninguno tiene derecho a impedir a otro que trabaje, pero ¿quién tiene obligación a darle trabajo? Solo aquel con el cual lo haya pactado así (*ibíd.*).

Algunos socialistas acusaban a correligionarios como Tresserra de querer reducir las funciones del Estado a la meramente legislativa y judicial y, en gran parte, llevaban razón¹²⁵.

¹²⁵ Pablo Correa y Zafrilla, estrecho colaborador socialista de Pi, resumía así la posición de sus adversarios individualistas: “sostenían que la libertad absoluta de contratación y cambio regulada únicamente por el principio económico de la oferta y la demanda; es decir, defendían el antiguo dejar pasar, dejar hacer de los

La postura de Tresserra se resume con precisión en la siguiente frase: “Los que quieran que el Estado se encargue de hacer algo que quiera y pueda hacer el individuo; los que quieren que el Estado impida hacer algo que pueda y quiera hacer el individuo, estos no son demócratas” (p. 62). La confianza en la libertad y la fe en el fatalismo de las leyes naturales que rigen el progreso se hallan en la base de su rotundidad.

Sin embargo, peculiariza a Tresserra su defensa a ultranza de la institución misma del Estado. En general, el antiestatismo será una característica de todo el movimiento republicano español durante el XIX, que verá en su maquinaria un instrumento secular del autoritarismo absolutista. Pi, por ejemplo, concebía su teoría del pacto y la armazón federativa como paso previo de un objetivo final: la destrucción de toda forma de poder o autoridad. Los librecambistas radicales también contemplaban el ente estatal con abierta hostilidad. En los escritos de Bastiat la cosa pública aparece como un ente perverso en sí mismo, por lo que el pensador francés sostenía que las sociedades libres deberían ir vaciándola progresivamente de competencias hasta lograr la desaparición del Estado o reducirlo a una mínima existencia. En sus obras, Tresserra se hace eco de la instintiva aversión y prejuicios históricos que albergan muchos de sus correligionarios hacia el Estado. A su juicio ello sucede porque “examinan la cosa, no en sí, sino por los resultados prácticos, sin observar que en la práctica se ha contrariado la naturaleza de la cosa [...] Donde han visto gobierno han visto tiranía” (ACS: 28). Pide a los demócratas que sean capaces de lanzar una nueva mirada:

Porque la experiencia nos haya demostrado que un martillo, una sierra, una maza en manos de un ignorante o un loco han producido males sin cuento ¿hemos de gritar: ¡guerra a la sierra, al martillo, a la maza!? A nadie puede ocurrírsele. Lo que se ha de examinar es si estos instrumentos son útiles, necesarios, indispensables al servicio de la humanidad, y si lo son no abolirlos, sino instruir en su manejo a los ignorantes y arrancarlo de las manos de los locos (p. 30).

Arremete luego contra los utopistas de diversas épocas que también quisieron hacer desaparecer la institución del Estado, desde los anabaptistas del siglo XVI hasta los Owen,

fisiócratas franceses; respecto de la propiedad la querían individual, y después de individualizada, irreformable, concediendo al propietario hasta el derecho de abusar en perjuicio de la sociedad; en enseñanza, combatían la gratuita y obligatoria; limitaban, en fin, la acción del Estado casi a las funciones puramente judiciales” (*apud* Jutglar, 1982: 78).

Saint-Simon o Fourier. Para Tresserra proclamando los unos el dogma de la perfección humana y los otros el de la irresponsabilidad, caen en la ingenuidad y contradicción de los anarquistas, de hecho, dice el catalán que eso son en el fondo. Se burla nuestro autor diciendo que allí donde existe la perfección, “las leyes externas sobran evidentemente”. Estos, además, se contradicen porque no solo aceptan leyes, “sino que las proclaman para las cosas más ínfimas e insustanciales aplicadas por el poder más tiránico y absoluto”. Pone el ejemplo de Proudhon, quien a menudo se llama así mismo anarquista, y que luego consagra instituciones y cargos que inevitablemente reúnen todos los caracteres del poder: ley, gobierno y forma (ACS: 28). En suma, muchos socialistas en realidad no saben lo que quieren, rechazan los gobiernos, pero quieren sociedad, y señala Tresserra que sin pacto no es posible la sociedad, de aquí que luego añadan: queremos pacto sí, pero gobierno no. Todo se reduce a juicio del catalán como siempre a la inconsistencia reflexiva de sus correligionarios:

En vez de llamar gobierno a estos poderes, en vez de llamar poder a la delegación, quieren darle otros nombres. Tienen horror a la palabra. Ven que hasta ahora los gobiernos por su especial constitución han sido poderes absorbentes, más o menos absolutos, siempre tiránicos, y les cuesta aceptar semejante denominación hasta el punto de negar la cosa por el nombre, cuando en realidad solo niegan el nombre y no la cosa (*ibíd.*).

Gracias a las libertades políticas que trajo consigo *La Gloriosa*, el Partido Demócrata pudo finalmente adoptar el membrete de republicano que el régimen isabelino había prohibido. La mayoría de los comités demócratas del país declararon, reunidos en Asamblea nacional en octubre de 1868, que el sistema político que defendía su partido era el de la República Federal. Tresserra, como otros correligionarios publicistas, emprendió la tarea de explicar a la opinión pública española en qué consistía esta forma de gobierno.

Para nuestro autor, el régimen republicano es el más adecuado al sistema democrático porque siendo la doctrina de la democracia “la expresión genuina del progreso dentro de la libertad y el derecho, la forma republicana, cuya base es siempre la elección y temporalidad de los poderes, es sin duda la que mejor corresponde a su esencia” (CDR: 7). De ahí que sea absurdo hablar de una monarquía democrática, ya que esta es siempre supone la atribución de algún tipo de autoridad a personas cuyo único aval son privilegios “ominosos” y

“ridículos”: “Si la democracia es, pues, la igualdad, y la monarquía el privilegio, lo uno es la negación evidente de lo otro” (p. 8).

Parte de la definición de lo que es una República la realiza Tresserra a través de la refutación de los argumentos que esgrimían aquellos adversarios políticos que consideraban que tal régimen era impracticable en el pueblo español. En primer lugar, porque este no se hallaba suficientemente ilustrado. A ello el catalán contesta que, en caso de que tal extremo resultase cierto, que en su opinión no lo es, aún se haría más necesario y justificado su advenimiento, pues

bajo ningún gobierno puede la instrucción desarrollarse y extenderse mejor ni más rápidamente que bajo el Gobierno Paternal de la República (sic). A su nombre un pueblo de mediana ilustración se transforma, como por encanto, elevándose a la grande cima, porque nada hay que haga amar tanto la instrucción y la cultura como la libertad. El día en que el hombre, los mismos pueblos, se contemplan en el lleno de su dignidad, se apresuran a instruirse, educarse y moralizarse (CRDF: 40).

Asimismo, a aquellos que les acusan de cándidos e ilusos y de querer una “República de ángeles”, el catalán responde que efectivamente la inmoralidad pública aleja a un país de este sistema, pero que, en un auténtico régimen republicano, para prevenir y atajar los abusos funciona el principio cardinal de la revocabilidad de los gobernantes, el cual garantiza la honorabilidad de los delegados del poder. Así, solo la República Democrática es el sistema que hace posible “la *Libertad*, la *Igualdad*, la *Fraternidad*”, ya que se caracteriza por ser también el gobierno “de la *tolerancia* y del *amor* por la INSTRUCCIÓN Y LA MORALIDAD” (p. 41). La República, en suma, hace posible que un pueblo alcance su dignidad; fuera de ella la vida de los ciudadanos es “la del idiota y su persona la del esclavo a merced del látigo de los señores, llámese gobierno de las castas o el sostén de las fuerzas vivas del Estado” (p. V).

Así como la fórmula de la libertad es la democracia, y a su vez la fórmula de la democracia es la República, para evitar que degenere en “tiranías, cesares o napoleones”, Tresserra postula que “la fórmula de la República Democrática, en su prístina esencia, es el sistema FEDERATIVO” (p. VI). Con su exposición teórica sobre este, Tresserra trata de poner orden en el desconcierto que reina, también entre sus propios militantes, respecto a la naturaleza de la República Federal que apoya su partido. Dice observar cómo se confunden

las distintas formas; se llaman federales aquellos que defiende la fórmula unitaria, se convierten en sinónimos federación y confederación, e incluso dice el catalán que “se acusa de separatistas a los que quieren no sabemos que unidad de legislación, y de antifederales a los que hablan de perfectas autonomías regionales” (CRDF: VII). La República Democrática Federal, desde la perspectiva tresserriana, es aquella que “organizándose en Estados libres, cada uno de ellos legisla y administra por sí sobre sus intereses y dispone de sus propias fuerzas”. Es la que más garantías ofrece a los derechos del hombre y mejores seguridades a la República porque “hallándose la suma de fuerzas que constituye el poder de la nación repartida entre los diversos Estados que la componen, son imposibles las reacciones y monopolios del gobierno central por carecer de medios para llevarlos a cabo, sin que por esto quede desatendido el derecho y la libertad de todos” (p. 2). La distingue de la confederación republicana, pues “una República Federal está sujeta a una misma ley fundamental, a que obedecen todos los Estados”; mientras la confederación solo es alianza ofensiva y defensiva entre Estados, con convenios parciales entre sí como naciones distintas. Además, añade que un sistema republicano confederado no presupone la forma democrática, y aduce el ejemplo de la admirada Suiza ya que advierte que esta República “se compone de cantones independientes, que goza cada uno de ellos de libertades distintas, y en algunos carecen de las más principales como la de cultos, imprenta, comercio, etc.” (p. 3).

El carácter distintivo de la República Democrática Federal es por lo tanto: “1º La común garantía de los derechos del hombre; 2º La independencia de los Estados; 3º La inviolabilidad e indivisibilidad de su territorio” (*ibíd.*). Este sistema tiene por piedra angular su Constitución, donde se hallan consignados los principios democráticos sobre los que se funda y el catálogo de libertades y derechos del hombre. Esta Ley Fundamental obliga a todos los Estados de la Federación por igual:

Juramentados entre sí y mediante un pacto indisoluble, declarando que en ninguno de los cuerpos legisladores de la Republica, ya sean generales o parciales, puede legislarse (ni siquiera dar curso a tal pretensión) sobre lo que constituye la absoluta garantía de los derechos del hombre, consignando cuáles son estos derechos y especificando bien claramente los principios que constituyen su formal garantía (p. 7).

La independencia de los diferentes Estados que forman la República se entiende dentro del derecho establecido en la Constitución, y se debe basar en la división de poderes entre

las dos autonomías que comprende: la municipal y la provincial, cada una de las cuales cuenta con sus poderes legislativo y ejecutivo (p. 10). Tresserra apuesta por un sistema bicameral: la representación del supremo poder de la República Federal radica en el Presidente o en un Consejo Supremo, en la Cámara General de Diputados y en el Senado o Gran Jurado de la República. Cada una de estas instituciones disfruta de una serie de competencias relacionadas con los intereses colectivos de la nación; en especial, aquellos relativos a la defensa en caso de agresiones exteriores y a la salvaguarda de los derechos y principios fundamentales. El catalán declara preferir una República sin presidente, pues de lo contrario se corre el riesgo de crear una suerte de rey constitucional; para evitarlo debe nombrarse un poder legislativo en Cortes permanentes. Las Cortes nombran el ministerio, y el ministerio, que es el poder ejecutivo, está sujeto a la sanción de todos sus actos por aquellas. Cuando un ministro no goza de la confianza de la mayoría de las Cortes, presenta su dimisión y después de admitida nombra al que debe reemplazarle. Dice Tresserra que de este modo las Cortes hacen los oficios del rey, y así el pueblo es verdaderamente soberano. Por otra parte, el Senado actúa como una suerte de instancia arbitral destinada a resolver los conflictos que puedan surgir entre los diferentes Estados, de modo que

solo examina y sanciona aquellas leyes o acuerdos de Gobierno que afectan los intereses de los Estados como tales, oye las quejas de estos y dirime sus contiendas. El Senado es un elevado cuerpo político cuya misión es atender a la armonía de los Estados entre sí y de los negocios de la Federación entre las demás potencias (p. 18).

La visión tresserriana sobre la República Federal, como vemos, gira en torno a dos premisas básicas: descentralización del poder público en entes municipales, provinciales y nacional; y garantía de la inviolabilidad de los principios democráticos fundamentales y de los derechos y libertades del hombre a través de una Constitución común e ilegible. A diferencia del federalismo estrictamente pimargalliano, que incide en la comunidad municipal como base de la sociedad, el de Tresserra pone su acento, como era común en los individualistas, en la institución familiar. Para nuestro autor, la convivencia entre los individuos se funda en la base que establecen tres principios: pacto, propiedad y familia. Son las familias las que pactan y forman municipios, y no los municipios los que definen la existencia de las familias. La República de abajo a arriba de Pi y Margall, que pretende con esta dirección ir destruyendo toda concentración de poder, en la óptica de Tresserra es

siempre horizontal, desde el momento en que la Constitución Federal garantiza la igualdad de los Estados y consagra instituciones que están por encima de las autonomías básicas. Siendo sagrada e inviolable la propiedad y siendo respetado el pacto entre individuos y sus familias, estas pactan entre sí y con los distintos entes públicos de igual a igual.

Poco más cabe apuntar sobre las peculiaridades tresserrianas en torno a esta cuestión. Nuestro autor se limita a entresacar su concepción de la República Federal de su doctrina sobre los derechos, libertades y principios democráticos. Los dos catecismos que venimos citando son sus aportaciones teóricas a la materia, cuya vocación marcadamente didáctica y popular impone a esta exposición una serie de limitaciones.

A ello se suma que antes de la Revolución del 68, como escribe Pi y Margall, los republicanos mal podían hablar de la idea de Federación, cuando estaba penada la misma mención de la República (1874: 8). Palabras que el catalán dedicaba a defenderse de las acusaciones de sus adversarios conservadores, y de algunos correligionarios como García Ruiz, según las cuales el federalismo fue una flor espontánea y exótica traída a España precipitadamente al calor de *La Gloriosa*. En la *Historia de España en el siglo XIX* (1902) que escribió junto a su hijo Pi y Arsuaga, el filósofo catalán recordaba que venía defendiendo la idea de la Federación desde 1854, año en que publicó *La reacción y la revolución* (1902, v. V: 279). Tal lugar teórico fue acuñado durante la Restauración y se cuenta entre el puñado de convenciones historiográficas sobre el movimiento que, solo en tiempos relativamente recientes, ha sido cuestionada y volteada¹²⁶. No en vano, en 1869, Garrido defendía la existencia de una añeja tradición federalista española, cuyo origen situaba en el proyecto de Constitución del catalán Ramón Xaudaró y en la cabecera republicana *El Huracán* de la década de 1840 (1869: 261). El socialista gaditano, asimismo, dará muestras de sus convicciones federalistas en obras anteriores. En *La Regeneración de España*, Evaristo Ventosa, con la voz de Garrido, escribirá: “en un Estado normal, cuando su nacionalidad esté constituida y consolidada, la FEDERACIÓN es la única forma política adaptable a la índole de aquellos pueblos” (1860: 14).

Tresserra también dejará muestras en sus escritos que acrisolan la antigüedad de su apoyo a las ideas federativas. En *La judía errante*, por ejemplo, al hilo de su defensa del asociacionismo, hace decir a uno de sus personajes republicanos que la única vía para corregir las injusticias sociales llegará “[p]or la asociación de todos los operarios, de todos los industriales, de todas las ramas del saber humano..., por pueblos, por provincias, por

¹²⁶ Véase al respecto Elorza, Antonio y Trías, Juan J. *Federalismo y reforma social en España (1840-1870)*. (1975).

naciones enteras!” (p. 338). Frase que expresa, por un lado, la autocensura con la que escribe nuestro autor, que es consciente de los límites que debe respetar; y, por otro, la matriz internacionalista del principio federativo que defendían los republicanos españoles.

Asociación y Federación, como veremos, se presentan como caras de una misma moneda y ambas se proyectan en una doble dimensión nacional e internacional. Dice López Cordón que desde la perspectiva de los demócratas republicanos europeos la Revolución no se considera como algo local y aislado, y que levanta por todas partes deseos de emulación y solidaridad (1975: 42). La organización de una República Federal europea aparece así como la expresión jurídico-política del sentimiento cosmopolita que alienta las doctrinas de los revolucionarios liberales decimonónicos. Con este sentido Pi y Margall, el máximo pontífice de la idea federativa en España, dará su definición más acabada de la Federación en *Las nacionalidades* (1877):

La Federación es un sistema por el cual los diversos grupos humanos, sin perder su autonomía en lo que les es peculiar y propio, se asocian y subordinan al conjunto de los de su especie para todos los fines que les son comunes [...]. Establece la unidad sin destruir la variedad, y puede llegar a reunir en un cuerpo la humanidad toda sin que se menoscabe la independencia ni se altere el carácter de las naciones (1877: 115).

En la era moderna, cabe sostener que el europeísmo como idea con proyección política y cultural cobró un primer impulso importante a partir del humanismo renacentista; desde entonces Europa no solo fue considerado como un espacio geográfico. Puede retrotraerse o posponerse el origen de esta idea colectiva, pero en todo caso, como escribe Martínez Gutiérrez, resulta indudable que “la raíz directa del proceso de integración europea se encuentra en los siglos XVIII y XIX” (2001: 93). En la Ilustración, serán Betham, Kant o el abate Saint-Pierre, quienes sienten las bases de un pensamiento internacionalista articulado en torno a la creación de un ente solidario entre las naciones de Europa. Kant, en *La Paz perpetua* (1795), dice Martínez Gutiérrez que “plantea a la sociedad de su tiempo un modelo de federación de estados fundamentada en la superioridad del derecho de gente, pero no se aborda al continente desde una perspectiva político-social” (*ibíd.*). Tal empresa será vislumbrada por los reformadores, filósofos y políticos decimonónicos; toda vez que el proyecto de una Europa unificada tenderá a aparecer, aunque bajo heterogéneas definiciones, como una vaga aspiración de ciertos sectores. Así, personajes tan diversos

como por ejemplo Napoleón y Cabet perseguirán el mismo sueño de dotar a Europa de una articulación solidaria reunida bajo unos mismos principios políticos. También Auguste Comte, igualmente distante de los anteriores personajes, postulará la creación de “La Republica Occidental”, cuya dirección habría de encomendarse a “cinco naciones solidarias desde Carlomagno: Inglaterra, Francia, Italia, Alemania y España”. Como explica Alexandrian, el fundador del positivismo francés, a través de sus discursos políticos llamaba a una Revolución europea conjunta que tendría por objetivo “la descomposición necesaria de las nacionalidades exorbitantes”, de manera que cada nación habría de renunciar a sus pretensiones guerreras y a sus colonias “y apoyándose en sus vecinas, únicamente, crearía junto con ellas una verdadera solidaridad” (1988: 343).

Los movimientos republicanos del continente convertirán también tal ambición, bajo la égida del principio federativo, en una de las piedras angulares de su discurso democrático. Giuseppe Mazzini será sin duda el gran teorizador de la Federación europea y quien mejor representará el espíritu patriótico y cosmopolita a un tiempo de los movimientos demócrata-liberales del XIX. En España, el portavoz del sistema de ideas del italiano fue Garrido; en su obra *La Federación Universal* (1860) hacía suyos los principios federativos basados en los binomios libertad /asociación y nación /federación que Mazzini convirtió en ejes de su programa. El gaditano y Tresserra, en *La regeneración de España*, escribirán que su Partido ante todo es de carácter universal, ya que “no aspira a constituirse en España sino en Europa, la democracia es la expresión de la solidaridad entre los pueblos” (1860: 297).

Como explica Martínez Gutiérrez, el otro gran referente de la Federación europea será Proudhon al haber establecido:

un sólido aparato teórico sobre el que construir la idea de la integración de los pueblos, la esencia del principio federativo es justamente diseñar un sistema para alumbrar un entramado jurídico-político que permita la convivencia de los pueblos y naciones, conjugando los intereses de cada uno de ellos a través de la idea de federación (p. 97).

Dice Hennessy que los republicanos “con mentalidad hegeliana sostenían que el federalismo era la síntesis del proceso histórico del siglo XIX” (1966: 5); extremo que sin duda habría suscrito nuestro catalán. La mejor expresión del sincero europeísmo de base federativa que profesó Tresserra la encontramos en las cartas que envió a *La Igualdad* al tiempo de incorporarse al ejército garibaldino, donde recordamos que escribía:

La nación revolucionaria por excelencia combate en estos momentos por la República. La República no tiene nacionalidad determinada, ni raza, ni colores; es un modo de vivir de los pueblos tan pronto se ven mayores de edad, se consideran dignos de regirse por sí mismos y se sienten conocedores del derecho y la justicia. El altar de la República está en todas partes; sus sacerdotes son todos los hombres de conciencia recta y capaces de abominar del régimen personal de los gobiernos (*La Igualdad*: 1-X-1870).

A pesar de que el tema de la Federación Universal no se halla desarrollado por extenso en los escritos tresserrianos, su trayectoria política no deja lugar a dudas de que este elemento formaba parte fundamental de su pensamiento político, como por otra parte de la gran mayoría de los republicanos europeos de la época. Tresserra, miembro de sociedades republicanas de carácter internacional, llevó en más de una ocasión a la práctica su sentimiento federalista europeo, pues como escribía: “quien ama una idea debe probarlo; quien escriba y hable a favor de la República sabe que no es español, ni italiano, ni belga, ni francés, sino republicano; que allí donde ondee su bandera, allí ondea su nacionalidad; allí donde se la combate, tiene el deber de prestar sus brazos y su sangre para defenderla” (*La Igualdad*: 29-9-1870).

CAPÍTULO III

LOS CAMINOS A LA DESMEMORIA

1. LA HISTORIA CONTADA POR LOS VENCEDORES

Como hemos comprobado, la reconstrucción de la trayectoria de Ceferino Tresserra encuentra numerosos obstáculos. Al principio del trabajo anunciábamos que uno de los intereses de este estudio era el de tratar de comprender cuáles son los mecanismos que operan en un ámbito concreto para o bien conservar en la memoria o bien desterrar al olvido a determinadas personalidades públicas de su historia. Consecuentemente, dedicamos los próximos apartados para indagar estas circunstancias con relación al caso particular de Ceferino Tresserra y Ventosa, político y escritor republicano español.

Como escribe Álvaro Ribagorda: “Probablemente la principal función social que ha cumplido siempre la historia ha sido la legitimación o deslegitimación del presente a través de su proyección en el pasado” (2002: 551). La historiografía que se produjo durante el periodo inmediatamente posterior a la Revolución del 68, el de la Restauración, al consolidarse durante las siguientes décadas, impuso una serie de imágenes e ideas naturalmente negativas sobre su antecedente histórico que se fueron comunicando a las siguientes generaciones de historiadores. Y ello porque, como continúa diciendo Ribagorda, la institucionalización de la historiografía que tuvo lugar a partir de 1875 fue la de reforzar esa función:

la historia se utilizó como una forma de legitimar las distintas formas de poder establecidos y cohesionar a los distintos pueblos que formaban la sociedad española, resaltando los principios y valores comunes a partir de los cuales se estaba creando un imaginario colectivo de la nación española, identificada con el Estado de la Restauración (*ibíd.*).

Las sucesivas coyunturas políticas de nuestro país, como iremos viendo, no configuraron espacios más propicios desde los que llevar a cabo un reexamen del cúmulo de clichés y prejuicios vertidos e interiorizados como “verdad histórica” por gran parte de los españoles. El Sexenio Democrático y en especial la Primera República son por lo tanto episodios que siguen presentando campos vírgenes de estudio o necesitados de una revisión desde la perspectiva y metodología crítica modernas.

Durante la Restauración, la práctica totalidad de los foros dedicados a construir una lectura determinada del pasado, como la prensa, enseñanzas medias, universidades, ateneos,

archivos y bibliotecas, etc., se hallaban bajo el control del Gobierno, por lo que disfrutaron de una difusión privilegiada y continuada a lo largo del tiempo. Y, como advierte Ángel Duarte, “los creadores de la Restauración tuvieron como uno de sus móviles levantar un edificio político que neutralizase cualquier hipótesis de alternativa republicana” (2000: 12). De este modo, Cánovas del Castillo convirtió las Academias en “armas de legitimación” del sistema restauracionista con el fin de “monarquizar a las clases intelectuales” (Peiró Martín, 1995: 36)¹²⁷. La desmemoria de Tresserra y de tantos otros personajes de trayectoria similar, asociados al movimiento democrático y republicano anterior, se comenzó a fraguar a partir de una serie de inercias interpretativas generadas sobre todo en esta etapa.

Jover Zamora distingue diversas fases por las que atraviesa la fama de la experiencia republicana durante la Restauración. La década que va de 1873 a 1883 abarcaría la primera, durante la cual políticos, historiadores y literatos promotores del nuevo sistema van forjando una imagen del periodo que se transmite al imaginario colectivo y que persistirá hasta mucho después. Esta etapa se caracteriza por una férrea censura de imprenta, incluso está prohibido hacer mención de la República o usar términos derivados de esta voz. La pacífica transición a la monarquía alfonsina llevó aparejada la consigna de silencio y de olvido del Sexenio, de modo que solo se hará referencia a este episodio para condenarlo. Su difusión se debió sobre todo a la prensa, y fue obra en gran medida de los ideólogos y escritores afines a las clases terratenientes del sur del país, cuyos miembros nutrieron el grueso del aparato administrativo y político de la Restauración. Como escribe Jover Zamora, “[l]a oscura y espontánea formación meridional del mito pondrá, pues, especial énfasis en el desorden, en la crisis de autoridad, en la inseguridad resultante para vidas y haciendas, en las aristas anticlericales y aún antirreligiosas de la revolución iniciada en 1868” (1991: 63).

Asimismo, por entonces el positivismo irrumpió con fuerza entre las clases intelectuales del país, que hacen de esta corriente de pensamiento el tamiz por el que pasar toda opinión política, filosófica o literaria. José Luis Abellán señala que el positivismo acabó convirtiéndose ante todo en una reacción contra el idealismo (1984: 74); y será precisamente a estas escuelas a las que los propagandistas de la Restauración asocien el Sexenio. De modo que su antecedente histórico queda etiquetado como un ensueño utópico que, en clave determinista, incluso había atentado contra las leyes naturales que regían la organización de las sociedades civilizadas. Se crea así la antítesis entre Estado metafísico, la

¹²⁷ Durante el período que va de 1875 a 1881, los miembros de la Academia de la Historia, apunta Peiró, se dedican al reclutamiento de apoyos entre las capas medias y altas de la sociedad para convertir a la institución en plataforma de la misma propaganda que había convertido a los conspiradores alfonsinos en la autoridad legítima (1995: 43).

República, y Estado positivo, el implantado por la Restauración; que sería por lo tanto el único acorde con la realidad, e incluso con la ciencia¹²⁸. Todo ello, además, incardinado en el clima colectivo de una época donde la “radicalidad ideocrática llevaba a la satanización del adversario político, y a la afirmación excluyente y absoluta de la propia ideología” (Jover Zamora, 1991: 35). A juicio de Antonio Morales, tres aspectos cardinales presiden y definen la labor historiográfica durante la Restauración: el positivismo, el nacionalismo y la idea de “decadencia” (1997: 227).

La historiografía erudita conoce un notable desarrollo durante estos años del fin de siglo, pero volverá la espalda a la edad contemporánea; como dice Antonio Morales “[l]a España contemporánea, salvo algún momento elevado a mito nacional, como al Guerra de la Independencia, constituye, para los historiadores de la Restauración, el periodo más insuficientemente conocido” (1997: 248). Cuenca Toribio achaca esta marginación al “auge de la revolución positivista y a la hegemonía universitaria del romanismo y el medievalismo”, y añade que “la historiografía española contemporánea verá aplazarse su cultivo riguroso hasta adentrado el siglo XX” (2003: 193)¹²⁹. Todo ello fue también consecuencia del modelo ateneísta y academicista que fue implantándose a lo largo de la centuria en España, y que dio lugar a que el diletantismo fuese la nota característica de los historiadores patrios¹³⁰. El prestigio literario, alcanzado a través de la creación narrativa, y el prestigio social, a menudo “cimentado en los discursos leídos desde las tribunas de Ateneos, Academias o Parlamento, y luego voceados por la prensa”, serán dos condiciones suficientes para lanzarse a la redacción y publicación de textos de materia histórica (Peiró

¹²⁸ Al respecto apunta Antonio Morales que “[e]l Sexenio Revolucionario ha quedado atrás y con él la época de los gestos jacobinos y de las exaltaciones utópicas; el progreso histórico se entiende ahora bajo la fórmula naturalista de la evolución” (1997: 227)

¹²⁹ “Solo a partir de los primeros años del siglo XX, con las reformas educativas que fueron acometiéndose, la Historia comienza a abrirse camino en la enseñanza universitaria; de entonces data la creación de las secciones de Historia de Madrid, Valencia, Zaragoza y Sevilla; de 1907 es la Junta para Ampliación de Estudios de Investigación; de 1910 el Centro de Estudios Históricos. En el seno de estas nuevas instituciones se va gestando la profesionalización de los estudios históricos a lo largo del primer tercio del siglo” (Dolores de la Calle, 2003: 147).

¹³⁰ La situación de debilidad e insignificancia que caracterizó a la Universidad a lo largo del siglo XIX contrasta, como explica Peiró Martín, con la vitalidad de que gozaban las Academias y Ateneos, que serán los centros culturales donde se estudie e interprete la historia del país. En consonancia con los principios usados por los moderados en la construcción del nuevo Estado liberal, a quienes también competerán la articulación de las instituciones culturales, las cinco grandes academias que se desarrollan durante el periodo isabelino (Lengua, Bellas Artes, Ciencias Físicas, Exactas y Naturales, Historia y, por último, Ciencias Morales y Políticas), y que a su vez se desgajaban en una pléyade de establecimientos locales y nacionales, respondían a los criterios de centralización, jerarquización y uniformidad propios del modelo de Estado francés. Por lo tanto, serán los miembros de la Academia de la Historia y de los ateneos, principalmente del Ateneo de Madrid, los encargados de interpretar la historia de España. Estas instituciones constituirán una compacta organización que, en cierto modo, concentrará la vida cultural del país y que a menudo se pondrá al servicio del poder, ya que sus componentes frecuentemente serán los mismos que las integren (Peiró Martín, 1995: 30 a 31).

Martín, 1995: 26). Esto propiciará, continúa diciendo Peiró, “el desarrollo de una cultura burguesa que no era como en el resto de Europa, filosófica y científica, sino sobre todo literaria y artística” (p. 32). A la sombra de esta casta existió un reducido grupo de eruditos formados en las academias como funcionarios para las bibliotecas, archivos y museos del Estado. Estos basaban su labor en el acopio e investigación de materiales y, por lo tanto, constituyeron un foco más o menos profesionalizado y riguroso de historiadores. En todo caso, su trabajo quedó siempre en un segundo plano y no ejerció influencia alguna en la forja de una memoria colectiva sobre el Sexenio.

En definitiva, la tarea de enjuiciar los episodios revolucionarios recae fundamentalmente sobre unos políticos y escritores que acometen su labor desde el desconocimiento de las metodologías historiográficas modernas y desde una fuerte ideologización. Jover Zamora, en esta primera fase, destaca a tres figuras de la cultura española de su tiempo como responsables principales de la construcción de esta imagen negativa.

El primero de ellos es Castelar, presidente de la República del 73 en su último tramo. Como dijimos, en 1875 había aceptado participar en el sistema implantado por Cánovas del Castillo, a pesar de la disconformidad de sus postulados con todo lo que había constituido su discurso y trayectoria políticas anteriores. Al poco tiempo de caída la República, se lanza a defender una opción republicana que instaure un sistema político que “lejos de precipitarse a subvertirlo todo, se refrene, se domine y venga a ser conservador, y conservador cuidadoso de las tantas reformas que reporta” (1876: 8). De este modo, en consonancia con la retórica positivista que traían los cambios institucionales, Castelar asumió la vía del posibilismo republicano, y atacó la irracionalidad del movimiento federalista en el que hacía poco militaba como uno de sus líderes. El blanco principal de sus críticas se dirigió al cantonalismo, al que identificó con el separatismo y el socialismo, contraponiendo la condición de español a la de cantonalista. Castelar, tras la caída de la República, convirtió al patriotismo en el eje de su retórica política. Decía en un discurso pronunciado en Málaga el 24 de mayo de 1874: “Pongamos muy alta, para contrastar esta última fuerza de perturbación sobre todo, la unidad nacional; porque hay un sentimiento en los pueblos que está ante todos los intereses, una idea que está ante todas las ideas; el interés, el sentimiento, la idea de patria” (1902: 197). Su visión histórica de la nación giraba entorno a tres puntos. En primer lugar, la esencialidad democrática del pasado de España; Andrés de Blas, refiriéndose a la concepción de la historia del orador gaditano, apunta que para él “la historia medieval sería exponente de un poder popular enfrentado a la nobleza y aliado por razones

tácticas con el Rey” (1991: 75). En segundo lugar, consideraba a España como adalid de la causa de la libertad durante la Era Moderna; y, como ejemplos, esgrimía los episodios de 1812 y 1820. Y, por último, reivindicaba la colonización española de América, que según él había sido llevada a cabo sin el afán mercantilista que había empujado a otros pueblos. El prestigio del que gozaba Castelar entre los demócratas republicanos españoles y extranjeros otorgó a su discurso condenatorio hacia la Primera República una relevancia extraordinaria y ejerció un peso considerable en la opinión pública de la época.

Jover señala a Manuel de la Revilla como otra de las figuras instigadoras del mito que por entonces va fraguándose. De nuevo nos encontramos ante un intelectual militante de la Revolución del 68, por lo que el efecto de sus opiniones adquirió también gran eficacia. Sus críticas giraban en torno al carácter idealista del Sexenio, como pone de manifiesto el siguiente fragmento de un artículo suyo aparecido en 1876: “La escuela democrática que ha luchado en el Ateneo no es ya aquella escuela idealista y soñadora, enamorada de lo absoluto, refractaria a la realidad de la vida y de la historia, tan generosa y tan simpática, pero también tan impotente, que todos hemos conocido” (*apud* Jover Zamora, 1991: 76). Manuel de la Revilla alude al krausismo en el que hasta hacía poco militaba y en el que se había formado, y lo presentaba como gran responsable del desvarío revolucionario.

Como vemos, la consigna de silencio y olvido canovista solo podía ser disturbada en forma de agrias condenas hacia la etapa anterior. Únicamente los protagonistas de la Revolución de Septiembre que declaraban en público su “arrepentimiento”, y que, además, se habían integrado en el nuevo sistema político, disfrutaban de la posibilidad de expresar y difundir su análisis histórico de cuanto había ocurrido. La reprobación colectiva se fue haciendo inevitable. La parte de la sociedad española que había recibido llena de esperanzas y alborozo a *La Gloriosa*, y que se había ido desencantado conforme se sucedían los acontecimientos, salió de la experiencia septembrista con una insuperable sensación de cansancio y escepticismo. Como escribe Jover Zamora: “La decepción o la repulsa del idealismo, la conciencia de que era preciso volver a la realidad, era, pues, un sentimiento bastante generalizado por los años de la Restauración, sin que tal aceptación de la realidad comportara necesariamente entusiasmo por el nuevo régimen político” (p. 86).

Menéndez Pelayo completa la tríada de intelectuales que propone Jover Zamora, y cuya propaganda condenatoria contribuyó decisivamente a la cristalización del mito. Su repudia al sistema democrático republicano, en contraste con la de Castelar y Revilla, formaba parte de la ideología que siempre había defendido. En sus críticas, Menéndez

Pelayo situó como primera causa de la traumática experiencia del Sexenio su carácter irreligioso y anticlerical. Escribía el santanderino:

Desde 1868 a 1875 pasó España por toda suerte de sistemas políticos y anarquías con nombre de gobierno: juntas provinciales, Gobierno provisional, Cortes Constituyentes, Regencia, monarquía electiva, varias clases de república y diferentes interinidades. Gobiernos todos más o menos hostiles a la Iglesia, y notables algunos por la crudelísima saña con que la persiguieron, cual si se hubiesen propuesto borrar hasta el último resto de catolicismo en España (1947: 419).

Asimismo, el célebre polígrafo atacó globalmente a la cosmovisión revolucionaria como simiente perversa del ser nacional. La naturaleza de la raza española era católica y cuando trataba de apartarse de la doctrina de su Iglesia o negarla tenían lugar acontecimientos nefastos para la patria, como la Revolución del 68. Cuenca Toribio señala que Menéndez Pelayo con su *Historia de los heterodoxos españoles* (1880-1882), de donde entresacamos la cita anterior: “daba estado académico y científico a la existencia de dos Españas que la honda crisis experimentada por el liberalismo de corte doceañista durante el Sexenio, ante la emergencia del democratismo, había ya instalado en el terreno político” (2003: 192). Menéndez Pelayo construyó una visión apocalíptica de la Primera República que, debido a su enorme prestigio intelectual, hizo mella en la historiografía posterior, comunicándole el tono catastrofista del que aún no se ha desprendido por completo¹³¹; merece la pena por ello reproducir algunas de sus consideraciones:

Don Amadeo había renunciado a la corona de España, e imperaba aquí desde el 11 de febrero de 1873 una especie de República, unitaria primero y luego federal, que sucesivamente presidieron Figueras, Pi y Margall, Salmerón y Castelar. Más de media España, entre cantonales y carlistas, les negaba la obediencia, y hubo días de aquel estío en que el poder central apenas puede

¹³¹ Rafael García Serrano apunta que la consideración historiográfica del Sexenio Democrático ha venido siendo negativa “ya desde las primeras crónicas e historias que se publicaron al filo de la Restauración borbónica”; y que su influjo llega hasta nuestros días: “sobre el Sexenio sigue pesando una suerte de fatalismo, de sino romántico, que se aviene mal con los enfoques que hoy priman, que buscan explicar los éxitos y limar o endulzar aquellas partes de nuestro pasado que resultan disonantes” (2002: 7). Como iremos viendo, en la última década se ha producido una eclosión de estudios sobre este periodo histórico que, en gran medida, buscan *desmenendepelayizar* las interpretaciones heredadas durante más de un siglo.

decirse que extendiera su acción más allá de las tapias de Madrid. Eran tiempos de desolación apocalíptica; cada ciudad se constituía en cantón; la guerra civil crecía con intensidad enorme; en las Provincias Vascongadas y en Navarra apenas tenían los liberales un palmo de tierra fuera de las ciudades; Andalucía y Cataluña estaban, de hecho, en anárquica independencia; los federales de Málaga se destrozaban entre sí, dándose batalla en las calles a guisa de banderizos de la Edad Media; en Barcelona, el ejército, indisciplinado y beodo, profanaba los templos con horribles orgías; los insurrectos de Cartagena enarbolaban bandera turca y comenzaban a ejercer la piratería por los puertos indefensos del Mediterráneo; dondequiera surgían reyezuelos de taifas, al modo de los que se repartieron los despojos del agonizante imperio cordobés; y entre tanto, la Iglesia española proseguía su calvario (1947: 437)¹³².

Así, en esta primera fase se forjan una serie de ideas en torno al periodo que quedará en la memoria colectiva de los españoles durante la Restauración y aún mucho después. El federalismo es igual a separatismo; establecer en España la aconfesionalidad del Estado constituye una aberración histórica y filosófica; en nuestro país la institución de una República Democrática es inviable; el predominio del poder civil, en detrimento del militar, propicia la crisis de autoridad y el consiguiente desorden y caos social. Suficientemente ilustrativo de este proceso de satanización resulta ser la definición que se le da al término República en el Diccionario de la Real Academia: “Lugar donde reina el desorden por exceso de libertades”¹³³.

La década inmediatamente posterior a la Revolución de Septiembre, que como dice Jover Zamora “es de una intensa actividad mitificadora”, deja paso a los vientos liberales de los años ochenta que, en la terminología historiográfica, suele denominarse como la década “de los frutos tardíos del Sexenio” (*ibíd.*). La mayoría de las fuerzas políticas se incorporan al sistema de la Restauración, y Sagasta implanta el sufragio universal masculino, medida

¹³² Menéndez Pelayo es asimismo un buen representante de la historiografía de signo positivista que se cultivará durante la Restauración, donde, como explica Ribagorda, predomina la historia externa, ya que esta resultaba más acorde con las oligarquías que controlaban el aparato del poder. La historia debía “ser la de los grandes acontecimientos políticos, reyes y batallas, grandes personajes e instituciones, el objeto de estudio más promovido por la historiografía. Por el contrario, una historia de los pueblos, de las sociedades como sujeto del devenir histórico, podría haber contribuido a deslegitimar su poder si hubiese penetrado en amplias capas sociales” (2002: 559).

¹³³ Jover Zamora recoge la acepción aparecida en la edición de 1970, pero cuya redacción corresponde al primer periodo de la Restauración (1991: 91).

que, de cualquier modo, será más formal que efectiva. No obstante, continuará alimentándose una visión catastrofista sobre el periodo.

Antes aludíamos a la escasez de atención historiográfica rigurosa sobre el Sexenio que tuvo lugar en las décadas inmediatamente posteriores, y cómo los obras que se le dedicaron se inscribían dentro de un cultivo diletante de la materia histórica. Dentro de este panorama, Juan Valera y Antonio Pirala emprenderán la tarea de continuar la *Historia general de España* iniciada por Modesto Lafuente a mitad del siglo, de modo que cubrirán los acontecimientos acaecidos entre 1868 y 1874. En ella se exaltaban las esencias de la nación y su apego a la tradición; los caracteres que definen a España, a juicio de estos, son: “la tendencia al aislamiento, el instinto conservador y el apego a lo pasado, la confianza en su Dios y el amor a la religión, la constancia en los desastres y el sufrimiento en los infortunios, la bravura, la indisciplina, hija del orgullo y de la alta estima en sí mismo” (*apud* Álvarez Junco, 2001: 203). De acuerdo con el espíritu positivista de la época, ambos intelectuales hacen un tratamiento separado y autónomo de cada uno de los grandes acontecimientos históricos: la guerra carlista es aislada del contexto cantonal y viceversa; asimismo, las Cortes Constituyentes aparecen como un episodio sin conexión alguna con lo que más tarde sucede. En definitiva, carecen de una visión general e integradora (Antonio Morales, 1997: 233). En todo caso, merece la pena hacer referencia a este texto, publicado en 1890, pues, según Jover Zamora, la *Historia general de España* de Lafuente será hasta la guerra civil de 1936 “una especie de suprema instancia de consulta acerca del pasado común de los españoles y acerca de la historia de España considerado como un proceso global y unitario” (p. 103). En ella se aprecia la aparición de una nueva nota negativa: la de ilegalidad. La consolidación de un Estado de derecho al amparo de la Constitución del 1876 y de la legislación liberal de los ochenta, unido al positivismo jurídico de las clases ilustradas, se manifestará en esta nueva descalificación que se añade “al sistema de contravirtudes acuñado en los años setenta” (p. 108)¹³⁴.

La siguiente fase de la formación y consolidación del mito por parte de los acólitos del sistema restauracionista, apunta Jover Zamora que tiene lugar en la primera década del siglo XX. El alejamiento cronológico de los acontecimientos opera una “desdramatización” del

¹³⁴ En la misma línea se inscribe el proyecto de elaboración de una historia nacional capitaneado por Cánovas del Castillo y un grupo de intelectuales afines a partir de 1886. Esta obra fue concebida para competir precisamente con la *Historia de España* de Lafuente. Como explica Peiró Martín, estos historiadores pretendían afrontar la materia histórica de acuerdo con el nuevo espíritu patriótico que encarna el sistema de la Restauración. Asimismo, su estructura monográfica refleja el aliento positivista que la inspira, pero sin renunciar al providencialismo. En todo caso el proyecto acabará por truncarse, de modo que solo se publicaron ocho de los veinticinco tomos inicialmente previstos (1995: 153 a 160).

periodo, en palabras del historiador, que se une a la tarea demoledora que llevan a cabo los jóvenes regeneracionistas, pero también “a la experiencia viva – Jerez, Madrid, Bilbao, Barcelona...- de unas situaciones «socialistas» que el 73 apenas conoció realmente” (p. 111). De este modo, el socialismo y la truculencia que, en la óptica de la historiografía conservadora, definía al republicanismo setembrista va paulatinamente perdiendo fuerza tras la organización de una corriente obrerista auténtica de la mano de Pablo Iglesias. Como apunta Rafael Serrano García, los escritores regeneracionistas convirtieron el tramo histórico del Sexenio “en el paradigma de la mentira o superficialidad del liberalismo decimonónico” (2002: 6). El desarrollo de un fuerte movimiento regionalista en diversas zonas del país, dentro del cual se hallan implicados parte de los mismos sectores conservadores, a su vez vacía de sentido la sólita acusación de separatismo a la que tanto se había recurrido para agitar el rechazo contra la escuela federal. Del esquema levantado veinte años atrás se mantienen en pie, señala Jover Zamora, una serie de conceptos amalgamados en torno a la recriminación del candoroso idealismo y la crisis de autoridad que había caracterizado a la Primera República:

El desorden anárquico protagonizado por las clases populares; la concepción romántica de la política y la falta de preparación para las tareas de gobierno, la ausencia de realismo entre los dirigentes; la falta de eficacia y de firmeza en los cuadros administrativos encargados de transmitir y hacer cumplir unas decisiones; los brotes de indisciplina militar, son otros tantos aspectos relevantes en la imagen conservadora del 73, que en su momento habían quedado estereotipados en unas expresiones clave: “desorden”, “anarquía”, “plebeyez”, “sucesos” (p. 201).

Este esquema de los setenta permanecía vivo para media España en los años cuarenta del siglo XX. Aunque convivió, como veremos, con nuevas interpretaciones que irán acumulándose, su “oficialidad” hizo que disfrutase de unas plataformas de difusión privilegiadas, enseñanzas medias, universidades, etc., que aseguraron su permeabilidad sobre gran parte de la población y, especialmente, sobre los estudios que se acometerían posteriormente.

El efecto causado por esta historiografía sobre un personaje como Tresserra fue lógicamente el de condenarlo al olvido. Y ello, en primer lugar, porque la construcción de la imagen de la República perpetrada por los valedores de la Restauración se llevó a cabo

desde un presupuesto maximalista: no se condenó la actuación de un determinado líder o líderes a los que se responsabilizó de lo ocurrido, sino que se dirigió a culpabilizar a la cosmovisión revolucionaria en general, y a la republicana en particular. De este modo, bastó con crear un paradigma negativo de estos que les asimilase automáticamente, y que se basó en el puñado de ideas reduccionistas y prejuicios que hemos expuesto. Salvo las figuras de primer orden como Pi y Margall, Castelar o Salmerón, y algunos otros que con las dificultades descritas continuaron militando en los nuevos partidos republicanos, el resto de personalidades del movimiento fueron siendo sustituidas poco a poco por el modelo creado por la propaganda canovista. Un elocuente ejemplo de acuñación y aplicación de este modelo lo hallamos en la *Historia de la Revolución de Septiembre* de Eduardo María Villarrasa y José Ildelfonso Gatell. En esta obra, publicada en 1875, se advierte a las claras el rumbo que habría de adquirir la interpretación restauracionista del periodo y el perfil que construyeron para definir a los federales:

El partido demagógico intransigente, que, desconociendo todas las leyes de la historia y las conveniencias políticas pretendía levantar un sistema sin antecedentes en la nación, y casi pudiéramos decir en la humanidad, es la agrupación de los desheredados, no de la fortuna, sino del sentido común; hombres reñidos con todo lo posible, amigos y apasionados para todo lo utópico, que pretenden llegar a la fama postrera por el sendero de la extravagancia. Aspiran a imperar algunas semanas por el placer de arruinar lo que generaciones y siglos construyeron. A los adictos de tamaña idea, oféndelos toda grandeza social, religiosa y artística (1875: 411).

El espécimen de republicano quijotesco hizo fortuna, y la continúa haciendo, en gran parte de la historiografía posterior, incluso en la elaborada por algunos sectores del bando republicano. El carácter maximalista de tal interpretación propiciaba que la representatividad de aquel complejo magma ideológico se concentrase en unos pocos personajes, fundamentalmente en dos: Pi y Margall y Castelar. Como a continuación veremos, los mismos líderes republicanos contribuyeron decisivamente a consolidar este prisma interpretativo polarizado. Sin embargo, no podemos desconocer que el Partido Demócrata primero, y más tarde el Republicano Federal, fue pionero en España en su vocación por constituirse en una agrupación política de masas, y que cifró en la diversidad regional uno de sus fundamentos ideológicos y organizativos. Ambas circunstancias

rompían la tendencia personalista que había caracterizado hasta entonces a los grupos políticos del Estado liberal español, y presuponía la apertura de su jerarquía a una multiplicidad de individuos. Circunstancias que, sin embargo, a menudo se dejan de lado al adentrarse en el análisis del movimiento republicano español; cuando, como es sabido, la ausencia de un líder sólido fue una de las causas del fracaso de la Primera República¹³⁵.

¹³⁵ Como enseguida veremos la historiografía reciente en torno al republicanismo español del siglo XIX tiende a remarcar la heterogeneidad del movimiento, de modo que se está superando el enfoque personalista que hasta hace poco ha venido primando. Al respecto es de destacar sobre todo el trabajo de Román Miguel González (2007) sobre las distintas culturas republicanas que se forjaron en el XIX.

2. LA MEMORIA DE LOS VENCIDOS

Pese a las consignas de silencio, olvido y condena provenientes del aparato oficial, el sistema liberal canovista concedió cierto espacio a los republicanos derrotados para que elaborasen su propia versión sobre lo acontecido durante el Sexenio. Seguramente, salvo en determinados círculos, esta historiografía republicana sería escasamente difundida en la época, pero ha permitido a los historiadores posteriores contar con un contrapeso a la adversa memoria que construyeron los conservadores.

En todo caso, como trataremos de demostrar, gran parte de la responsabilidad de que Tresserra haya quedado fuera del relato político y cultural de la época recae igualmente en el corpus bibliográfico que legaron sus correligionarios. La corriente de historiadores que mantuvo su vinculación ideológica con el republicanismo cultivó una historiografía que, dice Jover Zamora,

parece gravitar más bien hacia la memoria personalizada y no exenta de finalidad polémica, que hacia la monografía histórica: Morayta y Pi y Arsuaga [...] mantienen la vieja confrontación entre republicanos conservadores y republicanos federales, entre castelarismo y pimargallianismo, que diera al traste con la experiencia política del 73 (1991: 109).

Efectivamente, el principal rasgo que se observa al consultar estos escritos es su indisimulado carácter polemista. Baste a modo de ejemplo la siguiente consideración de Nicolás Estévanez, acólito de Pi y Margall: “Ni en tiempo de la República, en el ardor de la lucha, vivas las pasiones, fuimos tan maltratados por los monárquicos de todos los matices como después por los historiadores novelistas ¡republicanos!” (1903: 418). Tales características obligan a recibir dicho corpus bibliográfico desde una perspectiva vigilante y crítica. En primer lugar, debemos plantearnos cuál es su alcance representativo, es decir, tratar de comprender si la historiografía legada por estos historiadores ofrece una mirada suficientemente panorámica y comprensiva del movimiento republicano español del periodo. Todo lo cual se reflejará de modo diáfano a la hora de explicar posteriormente lo acontecido al Partido Federal durante su periodo de dominio.

Cada grupo republicano resultante del desmembramiento del 74, como vimos, tendrá a su cabeza a un ex presidente de gobierno durante el Sexenio: Castelar y su Partido

Posibilista; Salmerón y Ruiz Zorrilla en el Partido Reformista; y Pi y Margall con el Partido Federal. Y cada uno de ellos contará con su correspondiente pléyade de propagandistas e historiadores, que editan periódicos y publican libros dirigidos a ofrecer una versión de lo que ocurrió exculpatoria y justificativa de la actuación de los respectivos líderes. Pero sus textos no solo se dirigirán a dirimir responsabilidades pasadas, sino que se proyectarán hacia las disputas políticas del presente desde el que se elaboran. Esta construcción del recuerdo del Sexenio surge con fuerza a partir de la mitad de la década de los ochenta y principios de los noventa, es decir, cuando el movimiento republicano, tras el periodo de dispersión y aturdimiento que había seguido al golpe de Estado de Pavía, comienza su reorganización con más ardor. También coincide con la definitiva consolidación del turnismo bipartidista que da el poder a los liberales de Sagasta, lo cual supondrá una mayor apertura de la libertad de expresión.

Las relaciones personales entre republicanos, los apoyos y adscripciones políticas que establecen entre ellos durante la Restauración, desempeñan por lo tanto un papel determinante en la construcción de la memoria de la experiencia republicana. Personajes como Figueras, Orense, Joarizti, García López, Tressera y muchos otros republicanos destacados en la historia del partido que, durante la Restauración y por distintas razones, desaparecerán de la escena política, no participarán en la elaboración del recuerdo. Inevitablemente su peso en los acontecimientos tenderá a diluirse. Es decir, la historia del republicanismo isabelino quedó en manos de ciertos sectores del antiguo partido que, al tiempo de lanzar una mirada sobre el pasado, se hallaban inmersos en luchas políticas coetáneas. De este modo, lo acontecido durante el Sexenio, y en especial durante el mando de los federales, proyectó su sombra también sobre el pasado del partido, que a la altura de 1875 contaba con más de veinticinco años de existencia oficial y algunas décadas más sin organización precisa. Ello tuvo como consecuencia inmediata que los protagonistas del Partido Federal durante el Sexenio tendieron a acaparar más espacio e importancia de los que realmente habían disfrutado en su momento. De manera que lo acontecido durante los seis años del periodo revolucionario eclipsa las décadas anteriores durante las cuales se había formado y desarrollado el vasto movimiento republicano. Una ojeada a los periódicos de la época o a los folletos propagandísticos del Partido en los años anteriores a la República, nos muestra que, por ejemplo, Pi y Margall o Castelar tenían un predicamento inferior sobre la masa federal que otros como José María Orense, Fernando Garrido o Estanislao Figueras, cuya presencia pública, tanto durante el República como durante la Restauración, fue menor que la de aquellos. Este fenómeno se observa con mayor claridad

en la gran cantidad de personalidades republicanas que en su momento parecen haber gozado de una considerable influencia, y que asaltan al estudioso que se adentra en esta bibliografía, y de los que hoy se desconoce prácticamente todo.

La memoria republicana se forjó a partir de dos tipos fundamentales de obras: de un lado, las de naturaleza historicista, las cuales pretendían ofrecer una visión panorámica de la trayectoria del republicanismo en España, y preferentemente de lo acontecido durante el Sexenio; y, de otro lado, las de vocación biográfica, grupo en el que se incluyen las memorias, relatos de recuerdos personales, biografías de correligionarios, autobiografías y en general los escritos concebidos desde la perspectiva de la vivencia directa y personal. Debido al diletantismo que como vimos caracterizó al cultivo de la historia en este periodo, a menudo no resulta sencillo trazar una línea divisoria clara entre ambas clases de obras. De cualquier forma, en mayor o menor medida todas ellas respondían a ese espíritu polemista al que aludíamos, y por lo tanto se hallaban a menudo fuertemente condicionadas por la bandería pasada y presente de cada autor.

A continuación, nos ocuparemos de analizar sumariamente las obras de intencionalidad historicista, teniendo en cuenta para ello las diferentes agrupaciones republicanas que se formaron tras la Restauración.

Castelar, con su sonada defección de las filas del federalismo al poco de la caída de la República, como antes veíamos, adoptó una mirada condenatoria sobre el periodo. Esto provocó, en primer lugar, el rechazo frontal de muchos de sus ex correligionarios para quienes, a partir de entonces, pasará a encarnar la figura del traidor al movimiento. Vera y Gonzalez, incondicional pimargallista y poco riguroso historiador del periodo, nos da el tono de este tipo de escritos con el siguiente fragmento en el que narra el comportamiento de Castelar durante el año 73: “Caúsame verdadera pena haber de citar con frecuencia en esta obra el nombre de tan desprestigiado político, que precisamente ahora está dando al país el bochornoso espectáculo de nuevas apostasías” (1886: 365). Las acciones de Castelar en el pasado del Partido Demócrata, otrora ensalzadas unánimemente por los republicanos, serán observadas bajo este nuevo prisma. En segundo lugar, la actitud de Castelar supuso su deslegitimación para trazar la trayectoria de un Partido y de unos ideales de los que había abjurado. El sello historicista que siempre habían caracterizado a las creaciones castelarianas no desapareció, pero adquirió un talante definitivamente filosófico. Todo aquello relacionado con la “intrahistoria” del republicanismo español quedaba así fuera de sus intereses y, en cierto modo, de su competencia. Obras de Castelar como *Un año en París* (1875), *Europa en el último trienio* (1883) o *Patria* (1902) reflejan el republicanismo

castelariano de la Restauración, marcado por su vocación de futuro y rechazo de los “errores” del pasado.

Miguel Morayta, catedrático de historia en la Universidad de Madrid, se integró en las filas del partido posibilista castelariano, ejerciendo de este modo de principal paladín historiográfico de su líder. Su *Historia general de España desde los tiempos antehistóricos hasta nuestros días* (1886-1896) supone el principal ejemplo de esta literatura apologética. En ella encontramos continuas alabanzas al líder republicano y abundantes justificaciones históricas acerca de la carrera política de este. Morayta no duda en introducir recuerdos, cartas y conversaciones personales mantenidas con Castelar, de modo que, a la postre, como señala Peiró, no hace sino construir “una historia de partido”, esto es, al servicio de la memoria castelariana. Además, añade este historiador, a partir de una metodología manifiestamente anacrónica: “los ideales de modernización política e intenciones historiográficas innovadoras aparecían desfasados en relación con el estado de los conocimientos históricos en los noventa” (1995: 167). En su obra, Morayta introduce a cada paso notas a pie de página como la siguiente:

Como dato histórico, y en demostración de cómo entonces no se improvisaban las carreras, conviene recordar que Castelar, aclamado en todas partes, no pudo ser diputado en aquellas Cortes ni en ninguna de las que siguieron hasta catorce años después; otro tanto sucedió a Martos, Ortiz Pinedo... quienes habiendo tenido tanta parte en aquella revolución, aceptaron, considerándose en ello honrados, un modestísimo empleo campo auxiliares de la Gobernación (1896: 213).

Por otro lado, la famosa alocución parisina de Castelar en la que antepuso su patriotismo español a cualquier fórmula política significó su adhesión a la consigna canovista de equiparar el federalismo al separatismo. En este sentido, la obra de Morayta también permanece fiel a los postulados castelarianos y consagra la unidad de la patria como uno de los pilares básicos de su discurso historicista.

Asimismo, Castelar contará con un nutrido grupo de acólitos dedicados a ensalzarle como líder del republicanismo. Andrés Sánchez es un buen representante de ellos; en una biografía autorizada del gaditano, que vio la luz en 1873, prefigura ya lo que apuntábamos respecto a la apropiación del pasado del Partido. Explica el autor que durante los cincuenta la agrupación democrática se hallaba huérfana de un guía, y que tan solo existía una terna de

candidatos, entre los que cita a Cristobal Sorní, Sixto Cámara, José María Orense, Garrido, Pinedo, Guisasola, Martos...; la publicación de *La fórmula del progreso* en 1858 indicó claramente que solo Castelar podía ocupar ese lugar (1873: 51). Todo lo cual choca con lo realmente acaecido en el movimiento, que como vimos se hallaba profundamente dividido y que en ningún momento supo ahormarse en torno a un líder, menos aún en torno a la figura de Castelar.

Ruiz Zorrilla y Nicolás Salmerón, con su partido reformista, trataron de ocupar y representar al sector centrista del republicanismo, es decir, equidistante de Castelar, situado a la derecha, y de Pi y Margall, a la izquierda. A diferencia del partido posibilista, tardaron casi una década en integrarse en los cauces legales de la Restauración. Este prolongado retraimiento, y la terquedad zorrillista en la táctica del pronunciamiento militar, les dotó de cierto prestigio entre los nostálgicos del Sexenio. Pero el republicanismo de nuevo cuño de Ruiz Zorrilla, quien durante los años anteriores había dado muestras constantes de fe monárquica, le inhabilitaba para reivindicar el pasado republicano. Su concepción de la República miraba hacia el futuro, ya que se presentaba como una surte de enmienda a posteriori de los que, según su análisis, habían sido los errores mortales de la Revolución. Su diagnóstico, como expone Carlos Dardé, giró en torno a tres puntos principales. En primer lugar, planteó que la búsqueda desesperada de un monarca había desalentado y desprestigiado el proceso revolucionario, de modo que los inconvenientes de entronizar a un rey debían ser fácilmente suplidos con la elección de un presidente republicano. En segundo lugar, la falta de apoyo del ejército a la República, a juicio de Ruiz Zorrilla, fue la herida de muerte con la que había nacido el nuevo sistema. Y, por último, la disparatada idea federal que, según él, la historia del país hacía impracticable, había supuesto un lastre para la articulación de un sistema democrático nacional (1997: 563 a 565). De ahí que su propuesta fuese la de restablecer la Constitución del 69, con la salvedad de su forma republicana, y que centrase su discurso en la necesidad de conformar un movimiento cívico-militar de convicciones democráticas. Según Andrés de Blas, toda la vida política de Ruiz Zorrilla durante la Restauración “será un intento de repetir por su cuenta lo logrado por Prim y sus colaboradores en 1868” (1991: 38).

Ello propiciará el progresivo distanciamiento de Nicolás Salmerón, partidario de alcanzar la República con métodos pacíficos. En 1886 formalizará su ruptura con Zorrilla al reintegrarse en la política española acatando la legalidad canovista¹³⁶. No obstante, en su

¹³⁶ Para los encuentros y desencuentros políticos entre Zorrilla y Salmerón véase Fernando Martínez López (2006: 32 y ss).

primer discurso en las Cortes de la Restauración recordará a sus colegas parlamentarios el origen ilegítimo de la monarquía alfonsina, ya que esta había venido de la mano de un golpe de Estado. Así pues, Salmerón más que reivindicar la experiencia republicana del 73 o tratar de explicar su fracaso, se preocupó por reclamar para el futuro de la nación una verdadera democracia, lo cual habría de llegar de la mano de la educación del pueblo español; decía en el mencionado discurso: “más queremos que sean las instituciones que acariciamos una ola aclamada por impulso general de la opinión, que traída por ese farragoso combate de los partidos políticos, en que apenas si se respira más que sangre y exterminio” (2006: 179). Salmerón dirigía así sus esfuerzos hacia un proyecto pedagógico a escala nacional, idea que se hallaba en consonancia con la escuela krausista a la que pertenecía.

De esta manera, el Partido Federal que reorganiza Pi y Margall a partir del segundo lustro de los ochenta aparece como el más autorizado para elaborar la memoria “oficial” de los derrotados. De aquí partirá el grupo más nutrido de historiadores que se ocuparán de lo acaecido durante la Primera República. Su conservación del principio federativo que desde 1868 había adoptado por asamblea el Partido Republicano les señalaba como los herederos principales de lo acontecido durante el 73. De ahí que la historiografía que cultivan los federales pimargallianos sea la más proclive a volver sobre el periodo y, consecuentemente, a tratar de depurar responsabilidades. *La República del 73. Apuntes para escribir su historia*, de Pi y Margall, inaugura esta escuela historiográfica y delinea sus pautas. El espíritu polémico que anima este escrito no puede resultar más evidente, así comienza la obra en la que relatará su experiencia al frente del ejecutivo: “Por cada hombre leal, he encontrado diez traidores, por cada hombre agradecido, cien ingratos, por cada hombre desinteresado y patriota, ciento que no buscaban en la política sino la satisfacción de sus apetitos” (1874: 4). Otras obras posteriores de Pi y Margall, como *Las nacionalidades* (1877), insistirán en la tesis de que no habían fallado las ideas que alentaban el movimiento federalista, sino las personas que lo habían encarnado.

A partir de este corpus, más abundante que el de las corrientes anteriores, se construirá luego la “defensa histórica” del periodo y la señalación de los culpables. Los peor parados serán, en primer lugar, los llamados sectores intransigentes del Partido y, en segundo lugar, los co-líderes republicanos, a quienes a menudo se les acusará de deslealtad a Pi y Margall. En lo relativo a los intransigentes, sobre todo los implicados en las revueltas cantonales, los escritores pimargallistas harán recaer la mayor parte de la responsabilidad del fracaso del Gobierno. Son objeto de una satanización que, a diferencia de la aplicada por los conservadores, no gira en torno a su insensato e incendiario idealismo, sino a la acusación

de estar movidos por la ambición de poder¹³⁷. Son los arribistas, los caciques populares que, escribía Pi, “no buscaban en la política sino la satisfacción de sus apetitos” (1874: 5). Como expusimos en el anterior capítulo, este arquetipo de republicano radical ha gozado de gran predicamento, y continúa gozando, en algunos historiadores modernos, que a falta de estudios pormenorizados, y arrastrados por inercias historiográficas, aplican sistemáticamente el modelo.

De la avanzada de historiadores pimargallianos destacan Vera y González, autor de sendas biografías de Pi y Margall y el marqués de Santa Marta; y, por supuesto, la historia panorámica de España en el siglo XIX elaborada por el líder del federalismo y su hijo, Pi y Arsuaga. Obra que constituye una abierta vindicación de la labor de Pi y Margall, sobre todo en lo que respecta al periodo de 1873. En sus páginas no se ahorran las invectivas contra los antiguos compañeros de partido, es más, los capítulos dedicados a explicar la experiencia de la Primera República están contruidos con una indisimulada intención de eximir a Pi y Margall de toda culpa en el fracaso¹³⁸. Escribía el hijo del filósofo federalista: “Castelar y Salmerón, que habían perdido en la federación su fe, intrigaban, especialmente Castelar, para evitar que las circunstancias reparasen el quebranto sufrido por Pi en la sesión del 8 y pudieran ofrecer ocasión de que el sistema federativo triunfase” (1902, v. V: 191). Asimismo, en este tratado histórico encontramos una elocuente muestra del carácter polemista de esta literatura, y de su condición de foro propagandístico de luchas políticas coetáneas con el trasfondo de la Restauración. Escribía Pi:

Mi propaganda no ha dejado de hallar contrariedades en algunos de nuestros antiguos correligionarios. Apenas he llegado a ciudad alguna a donde no se hubiese enviado estos libelos y hojas sueltas, donde se me llena de ultrajes, y copias de esas cartas donde se pone en duda la bondad de nuestros principios, presentándolos como un peligro para la unidad y la integridad de la patria (1902, v. VI: 678).

¹³⁷ Incluso Antoni Jutglar, principal panegirista moderno de Pi, se muestra de acuerdo con la visión de que los intransigentes han sido malinterpretados, y que procede caracterizarlos desde una perspectiva más amplia que aquella que parte de considerarlos como meros exaltadores y agitadores gratuitos; concede que a esta facción republicana debe reconocérsele el haber sabido conectar con la base popular de una manera eficaz (1975: 517 y ss.).

¹³⁸ Por ejemplo, encontramos capítulos con títulos como el siguiente: “Vindicación de Pi y Margall. Escrita por él mismo” (1902, v. VI: 278 a 343). En este escrito, dice que su intención es la de defenderse de las calumnias de las que fue objeto y, en sus propias palabras, para “sacar ilesa mi honra”, ya que, dice Pi, “mi rehabilitación política es lo que menos me preocupa” (p. 279).

Pero la obra más interesante para nuestro objeto es sin duda la que antes citábamos de Enrique Rodríguez-Solís: *Historia del Partido Republicano Español. (De sus propagandistas, de sus tribunos, de sus héroes y de sus mártires)* (1892-1893). Como escribe Pura Fernández, esta obra constituye una “imprescindible monografía histórico-sentimental, de elocuente subtítulo e imprescindible consulta para los analistas e historiadores de la centuria” (2006: 77). En ella el autor se encomienda la ingente tarea de reconstruir no solo la historia del Partido Demócrata, antecedente del Republicano Federal y que ya había alcanzado los cincuenta años de existencia, sino la de toda la tradición revolucionaria española. A pesar de que Rodríguez-Solís trata de mostrarse imparcial en todo momento, no puede sustraerse de su afinidad ideológica y militancia en el partido de Pi y Margall, circunstancia que inevitablemente le enfrentaba con otros sectores del republicanismo. De modo que, como explica Florencia Peyrou, Rodríguez-Solís a la postre “se sirvió de la historia de España para legitimar su proyecto político republicano federal” (2002: 519). Pero lo que a nosotros nos interesa es ante todo uno de los aspectos que presenta este libro y que lo diferencia de otros en apariencia similares: su carácter de recopilación biográfica de todos aquellos republicanos que desde principios del XIX habían llevado a cabo alguna acción relevante para el movimiento en España. Rodríguez-Solís realiza esta titánica tarea partiendo del convencimiento de que “la vida de los republicanos forma la historia del Partido, razón por la que damos tanta importancia a estos estudios biográficos” (1893: 537). En su obra, el escritor federal elabora y consolida una suerte de “santoral republicano”, en expresión de Pérez Galdós (1993 b: 4387), que quedará como referencia de las generaciones futuras de sus correligionarios. Pero una empresa de semejante envergadura requería de unos medios, recursos y condiciones de los que, como nos demostraba el caso de Tresserra, no disponía Rodríguez-Solís. Al confeccionar estos bosquejos biográficos, el abulense evidencia que a menudo no cuenta más que con recuerdos personales, algunas anécdotas narradas a vuelapluma y, sobre todo, con unas frases modelo o fórmulas que, a falta de mayor información, aplica sistemáticamente. A todo ello se le debe sumar el factor no menos importante de las afinidades personales, que influían decisivamente en la óptica interpretativa sobre hechos y personajes. No obstante, en comparación con otras obras de fines análogos, debe subrayarse que Rodríguez-Solís resulta ser considerablemente objetivo. Lo cual se traduce, por ejemplo, en las críticas que no ahorra a su líder, Pi y Margall, a quien reprocha la falta de decisión y energía que demostró en momentos clave, además de señalar su exceso de legalismo: “La República, la patria, la

política, le exigían de consuno el ser mucho menos escrupuloso. Como se dice con harta razón; proclamada la República Federal entonces, proclamada habría quedado, y lo que es más, aún subsistiría” (1893: 733). Respecto a los otros presidentes republicanos sostiene una actitud más distante, aunque siempre trata de mantener una mirada ecuánime. A juicio de Rodríguez-Solís también Salmerón pecó de leguleyo; mientras que respecto a Castelar escribe: “habremos de ser más rigurosos, y a fe que lo sentimos que de él aprendimos el amor a la democracia; amordazó la prensa, se desligó del Partido Republicano, dio el mando de las tropas a generales alfonsinos...” (p. 734). Asimismo, critica la actitud de los cantonalistas al haber traicionado al gobierno republicano no deponiendo las armas; de modo que en este aspecto sigue fielmente las líneas fundamentales de la interpretación pimargalliana (p. 735).

Así pues, proselitismo, personalismo, revanchismo y diletantismo, fueron las notas que caracterizaron a la historiografía republicana surgida al calor de su fracaso al frente del Gobierno. El estudio riguroso y desapasionado de cuanto había acontecido hubo de esperar a mejor ocasión, y esta no se produciría hasta mucho después. El corpus bibliográfico que hallaron los republicanos de las nuevas generaciones, que sin haber participado en la experiencia del Sexenio eran herederas directas del episodio, quedó de esta manera cerrado en la década de los noventa. En este sentido, el caso de Blasco Ibáñez resulta paradigmático. Quizás sea Ceferino Tresserra el único escritor social español que pueda identificarse como precedente del valenciano en España y, sin embargo, cuando Blasco comienza su carrera de político y novelista, poco más de diez años después de la muerte de nuestro catalán, ha desaparecido toda su huella. Pura Fernández advierte de los numerosos paralelismos que caben establecerse entre nuestro escritor y los primeros años de trayectoria del valenciano (2002: 17). El joven Blasco que escribe folletos, novelones y artículos de prensa; que conspira en sociedades secretas; que arenga al pueblo en la calle o que marcha escondido al exilio, sin saberlo, y sobre todo sin poder saberlo, está siguiendo a la letra los pasos de un catalán a quien le unían numerosas semejanzas.

La Historia de la revolución española en el siglo XIX, que el autor de *La barraca* escribió entre 1892 y 1893, se cuenta entre las primeras obras de carácter historicista y credo republicano que es acometida en esta época por alguien que no había participado directamente en la experiencia del 73. Las fuentes bibliográficas de las que se sirvió nos dan pues la medida de la memoria del periodo que había cristalizado veinte años después de los hechos. Una memoria republicana que en parte ha quedado ya constreñida a este grupo de obras aquejadas por los vicios señalados. A pesar de su fervorosa militancia federal, Blasco

recurre a un ramillete ecléctico de historiadores del movimiento, es decir, no solo se vale de las obras escritas por sus correligionarios, aunque por su mayor abundancia y por evidentes afinidades ideológicas la huella de las de estos es más pronunciada. Blanco Aguinaga sitúa como fuentes preferentes de Blasco a Pi y Margall y Fernando Garrido, esto es, los máximos exponentes de la publicística histórico-política de signo socializante y federalista; pero también a Miguel Morayta, que como veíamos defendió y representó la opción castelariana (1978: 167). Pura Fernández añade a otros dos historiadores: Rodríguez-Solís y Eduardo Chao, este último para Blasco resulta ser quien “ha tratado con criterio más avanzado la historia general de la patria” (2002: 19). Pero de Chao se vale para nutrir el relato de los acontecimientos ocurridos en la primera mitad del siglo, límite de la *Historia General de España*, heredera de la célebre iniciada por el padre Mariana, y que Eduardo Chao detuvo en 1851. Para lo relativo al Sexenio y, concretamente al periodo republicano, en su *Historia de la revolución española* Blasco Ibáñez dispensa un tratamiento propio de la óptica de un perfecto federalista pimargalliano; de hecho, la etapa correspondiente al reinado de Amadeo de Saboya está tomada a la letra, señala Pura Fernández, de un escrito del mismo Pi y Margall (2002: 19).

En lo que respecta a la revolución cantonal, Blasco justifica la actitud de su mentor político, que aunque se negó a que fuese sofocada, la desautorizó en nombre de la legalidad vigente. Explica Blanco Aguinaga que el joven historiador republicano no oculta al mismo tiempo su admiración por los insurgentes, y los justifica ya que, escribía Blasco, “en cuanto a la legitimidad y la lógica de dicho movimiento, nadie que sea federal puede negarla [...]”. Los hechos posteriores han venido a demostrar que el pueblo de 1873 pensaba con gran acierto” (*apud* Blanco, 1978: 207). Al no haber vivido personalmente los sucesos, el federalista valenciano es capaz de contemplar lo sucedido desde una perspectiva distinta a la de los historiadores implicados que le sirven como fuente, y claramente animada, además, por un espíritu de reconciliación. Pretende enviar un mensaje de concordia a las dispersas fuerzas republicanas, y se preocupa por presentar los episodios revolucionarios de antaño como simples calas del camino revolucionario al que debía conducir la historia al país. Escribía Blasco en la Introducción de su obra:

no ha terminado todavía esa gloriosa y continua evolución que en busca de la libertad emprendió el pueblo español a partir del año 1810 en sus inmortales Cortes de Cádiz; pero en vista de las diferentes etapas que ha seguido dicho movimiento y que una por una irán figurando en el curso de esta obra, no es

aventurado asegurar que al final de tantas transformaciones la nación, acabando con el eterno conflicto entre la autoridad y la libertad, hermanará una con otra y encontrará término a su revolución, dándose la forma de gobierno más en armonía con el espíritu del siglo y de los derechos populares. La historia de la revolución española es el despertar de una gran nación (1930: 3).

Así como indicábamos que la lejanía de los acontecimientos revolucionarios del 68 en la historiografía conservadora iba propiciando una mirada más indulgente y desapasionada, el paso del tiempo opera el mismo efecto en los historiadores de la otra orilla. El afán reconciliatorio, pero todavía polemista, de la obra de Blasco expresaba ya la voluntad de unificar al republicanismo. De cualquier manera, no será hasta una década después, en 1901, que se logre la primera gran coalición entre todos los partidos del movimiento. El fracaso de la Primera República ha perdido fuerza como obligada referencia retrospectiva; “para lo sucesivo -escribe Jover Zamora- el problema no consistirá ya en polemizar acerca de la ocasión pérdida; sino en integrar la común experiencia en un proyecto de futuro: en una utopía” (1991: 113). La crisis de 1898, la organización de un potente movimiento obrero y el progresivo desgaste de la monarquía constitucional, que asimismo formalmente había implantado numerosos puntos del programa liberal septembrista, configuran un nuevo escenario político y social que dejan obsoletas tanto las rencillas como la nostalgia del intento del 73. Para Jover Zamora, las novelas de la serie final de los *Episodios Nacionales* de Galdós dedicadas al Sexenio, que son publicadas alrededor de 1911, constituyen la mejor muestra de que “nos encontremos ante una manera de contemplar y de ponderar el pasado radicalmente nueva, [...] que rompe, por su complejidad, con los esquemas monolineales” (p. 134). La lectura galdosiana de este tramo histórico supone una subversión de los postulados que se han ido acuñando desde treinta años atrás: ni la República es desorden y anarquía, ni la Federación es separatismo, y lo más importante, la utopía no es, como había establecido la retórica positivista, “mero ensueño idealista divorciado de la realidad, arrollado por el curso efectivo y progresivo de la historia” (p. 138). En el segundo *Episodio* dedicado al Sexenio, *España trágica*, Galdós, a través del personaje de Segismundo, escribía:

yo he meditado en el problema político; ya veo muy claro que *La Gloriosa* de septiembre fue tan solo el acopio de materiales para la revolución que piden a

voces el alma y el cuerpo de nuestra raza. ¡Y, ahora, de lo que no es más que preparativo, queremos hacer un estado permanente! (1993 b: 4335)¹³⁹.

El cambio de coordenadas abre la posibilidad de mirar al futuro, pero también al pasado. Así, la República del 73 aparece como una estación intermedia del camino que debe seguir España hacia la madurez social y política que simboliza la forma republicana. Como señala Hans Hinterhäuser, en la quinta serie de los *Episodios Nacionales*:

Galdós eleva su empresa ético-pedagógica inicial a la categoría de lo mítico. Su sueño de la regeneración de España se configura en un símil poético; el ideal de la Revolución española se concreta en la visión futurista de una inmensa e ideal “Institución libre de Enseñanza”; el programa de educación nacional de los *Episodios* desemboca en la utopía goetheana de una provincia pedagógica (1963: 221)¹⁴⁰.

Galdós, a diferencia de Blasco Ibáñez, no siente necesidad de exculpar a los dirigentes de entonces; para él, dice Jover, “la clase política de la República no acertó, ni a defender con energía el régimen frente a sus enemigos domésticos, ni a estructurarlo y consolidarlo con decisión y racionalidad” (p. 148). De este modo, Galdós reproduce en estas novelas el clásico reproche, de matriz positivista, dedicado a los republicanos acerca de su exceso de idealismo; escribe en *La Primera República*: “A mi parecer la media docena de hombres que simbolizaban el nuevo sistema de gobierno, lucían como faros luminosos en la esfera del ideal; mas en la acción se apagaban sus indecisas voluntades” (2002: 33). Por lo tanto, la intención del novelista es la de rescatar el episodio como expresión alegórica de una tarea que España deberá realizar tarde o temprano. De esta manera, la República del 73 pasa a ser

¹³⁹ La quinta serie es la única de los *Episodios Nacionales* cuya materia histórica fue vivida personalmente por Galdós desde la madurez. Para Hinterhäuser esta circunstancia determina, a través de los personajes que actúan de portavoces de su discurso ideológico, que Galdós “se presente a sí mismo, o un poco como le hubiera gustado ser”, de modo que defiende “posiciones políticas que entonces no eran las suyas” (1963: 75 y ss.). Sobre la interpretación historicista a través de las novelas de Galdós véase también Peter A. Bly (1988).

en la mirada de Galdós “un trasunto inmaduro de la más noble utopía política” (Jover Zamora, 1991: 98)¹⁴¹.

Animados por este nuevo contexto ideológico y social que determinan las nuevas lecturas del pasado revolucionario, sobre todo debidas a aquellos que no habían conocido personalmente el periodo, salieron a la luz un nutrido grupo de obras de carácter autobiográfico redactadas por protagonistas de antaño. Casi todos ellos compartían una circunstancia: a pesar de su participación activa en la historia del movimiento republicano decimonónico, lo habían hecho en cierto modo desde la retaguardia, es decir, sin ocupar los puestos de máxima visibilidad pública. Como pone de relieve el estudio biográfico de Tresserra que hemos presentado, el análisis de este corpus bibliográfico resulta fundamental para comprender la suerte historiográfica de autores como el nuestro. Además de que constituyen un mosaico de miradas que permiten enriquecer y matizar las visiones panorámicas y partidistas tan frecuentes en la historiografía republicana. De hecho, son imprescindibles para acercarnos a la intrahistoria del partido, y sobre todo para penetrar los intrincados mecanismos que regían su funcionamiento interno. Como apuntábamos anteriormente, esta colección de obras exige un ejercicio de contextualización análogo al que sometíamos al corpus restauracionista. Ya que, lógicamente, la mirada sobre el periodo que contienen se veía igualmente enturbiada cuando el redactor, al momento de confeccionar el escrito, se hallaba inmerso en disputas políticas coetáneas, o si demostraba interés en justificar determinadas actuaciones personales. Todo ello, como a continuación veremos, se aprecia en mayor o menor medida. Pero, de un lado, la distancia temporal de los acontecimientos, y, por el otro, el nuevo rumbo que va tomando el republicanismo, atemperan considerablemente el afán polemista en casi todas ellas.

Desconocemos si este conjunto de memorias y libros biográficos alcanzaron una verdadera difusión o quedaron restringidas al fiel círculo republicano y a su red heterodoxa de publicaciones, de los que nos ocuparemos más adelante. Lo cierto es que en 1915, y con ocasión del aniversario de la Revolución de Septiembre, Miguel Morayta se lamentaba de la indiferencia que observaba en el país hacia aquel periodo de la historia reciente: “Cuando veo, que hasta los periódicos más radicales, no consagran la menor atención al aniversario de aquel inmenso suceso, siento lástima, por la supina ignorancia de nuestra historia que ello representa” (1915: 210). En todo caso, la proliferación de esta clase de textos a partir de

¹⁴¹ Para Hinterhäuser, la concepción galdosiana de la historia pasa por el tamiz de “cierto idealismo histórico basado en el lento caminar de la civilización hacia su perfección guiada por una Providencia amiga de la libertad” (1963: 115).

principios del siglo XX parece responder a dos circunstancias: de un lado, el auge que experimenta de nuevo el republicanismo español, lo cual motivaría el interés hacia su pasado; y, de otro, todo invita a pensar que tuvo otra de sus causas en un factor generacional: los protagonistas del 73 alcanzaban la edad de la despedida y, en su condición de hombres de letras, quisieron dejar memoria escrita de su vida.

Rodríguez-Solís fue uno de los republicanos históricos que cogió la pluma para redactar sus memorias. Citamos de Pura Fernández:

Según su prologuista, Roberto Castrovido, las *Memorias de un revolucionario* fueron redactadas hacia 1917, y vieron la luz en 1931 merced a la iniciativa de los albaceas y sobrinos del propio Rodríguez-Solís. Es muy posible que este se sintiera estimulado por la iniciativa de algunos correligionarios políticos como Nicolás Estévanez, antiguo compañero en la redacción del periódico *El Combate* en 1872, que comenzó a publicar en *Los Lunes de El Imparcial*, entre 1899 y 1900, los *Fragmentos de mis memorias*. Estévanez, a pesar del éxito alcanzado, interrumpe su autobiografía por su regreso a París, pero la reedita con el mismo título en un volumen en 1903, recuerdos a los que acude a menudo Rodríguez-Solís como apoyatura o complemento de lo que narra él mismo (2006: 88).

Resulta interesante subrayar el comentario de Pura Fernández acerca del éxito que obtuvieron las memorias de Estévanez; extremo que corrobora el hecho de que el mismo Pérez Galdós usase poco después, para la redacción de los citados *Episodios Nacionales*, no solo referencias contenidas en esta obra, sino también a la figura de Estévanez, que pasó a convertirse en un personaje galdosiano. Es decir, este republicano gozará de nueva celebridad al comenzar el siglo XX. Para tal fin, desarrollaron un papel fundamental tanto la publicación de sus memorias, como probablemente su gran amistad con Rodríguez-Solís que, como decíamos, se convirtió en el albacea del panteón de los republicanos ilustres. En la historia del partido que antes comentábamos, uno de los retratos más elogiosos que hallamos es el que hace el abulense de su íntimo amigo Estévanez; dice de este:

Estévanez es el ídolo de los republicanos y el jefe reconocido de los hombres de acción, que le adoran por su sencillez y le admiran por su valor [...] ¡Qué importa que a estas alturas del siglo no sea ni eximio, ni ilustre, ni aún reverenciado como a tanta medianía... Las almas honradas rinden homenaje a su constancia y

honradez. Es de los que puede acreditar en las cicatrices de su piel la cifra de su españolismo y de su valor, y en los adornos de su pecho los veneros tejidos con la espada en los campos de África y América (1893: 707).

La alusión al olvido que envuelve a Estévanez a los inicios de la década de los noventa, fecha de redacción de este fragmento, contrasta con la relevancia pública que de nuevo adquiere su figura veinte años después. Su caso nos proporciona un ejemplo de los vaivenes sufridos por ciertos personajes en la memoria pública y republicana; y, sobre todo, deja al descubierto dos factores que resultaron fundamentales para que se hiciese posible esta “resurrección”. De un lado, la redacción de las propias memorias por parte de Estévanez; y, del otro, cabe especular con que también ejerció cierta influencia el privilegiado papel que le concedía Rodríguez-Solís en su “santoral republicano”; además de otros elogios similares de sus correligionarios más adeptos. Ello lo sugiere la circunstancia de que Galdós, al redactar sus *Episodios Nacionales*, recurriese a la *Historia del Partido Republicano* de Rodríguez-Solís como fuente de información; de hecho, el historiador republicano quedó a su vez convertido en personaje galdosiano¹⁴².

De entre la profusión de textos de esta clase que se publicaron a partir de principios del XX, se hace posible distinguir distintas tipologías. Una de ellas la constituyen obras como *Recuerdos de mi larga vida* (1925) de Conrado Roure, en las que se retrata preferentemente el ambiente republicano de regiones concretas, en este caso de Cataluña. Tales escritos nos proporcionan una visión sobre otra cara del movimiento comúnmente postergada en los estudios del periodo, ya que nos permiten tomar el pulso a un republicanismo alejado de las intrigas políticas del aparato central del partido y de sus tribulaciones al frente del Gobierno. Casos como el del posterior desarrollo del catalanismo, a partir de un ala del antiguo Partido Federal catalán encabezada por Valentín Almirall, o de los mismos estallidos cantonales, que suelen ser explicados exclusivamente desde el enfoque condenatorio pimargalliano, dejan al descubierto la convivencia de sensibilidades muy distintas dentro del mismo paradigma ideológico republicano. Más adelante nos detendremos en este punto.

Otro tipo de relato biográfico nos lo ofrece Francisco Rispa y Perpiñá con *Cincuenta años de un conspirador (Memorias político-revolucionarias) 1853-1903* (1932). A pesar del tiempo transcurrido entre los hechos que narra, y de la desaparición de personajes a los que

¹⁴² En *Amadeo I*, Galdós dice de él “el bueno y cristiano Rodríguez-Solís que solía convidarme a comer en su modesta casa” (1993 a: 4387).

alude en tono poco lisonjero, mantiene el espíritu autojustificativo de los escritos de los setenta a los noventa. En este caso, Rispa y Perpiñá, militar de orígenes progresistas convertido posteriormente al federalismo, y más tarde partidario del republicanismo zorrillista, desmiente datos, subvierte la interpretación de ciertos episodios...; en resumen, a su libro constituye un poco decoroso ejercicio de autorreivindicación personal.

Finalmente, resulta posible realizar una considerable agrupación con los relatos biográficos de personajes que, habiendo pertenecido al bando federal durante el Sexenio, a partir de la Restauración renunciaron a sus antiguos ideales políticos y aceptaron sin oponer resistencia alguna el nuevo estado de cosas. Estos, a menudo, lanzan una mirada a su pasado revolucionario imbuidos de la retórica positivista y condenatoria que auspició el canovismo. Son los casos de las memorias “jocoserias” de Manuel del Palacio (1903) o Pepe Estrañí (1919). Pero de entre ellas destaca la obra de Flores García *Recuerdos de la Revolución (Memorias íntimas)* de 1913, en la que, como vimos, se relataban episodios directos sobre Tresserra. Flores García contaba con apenas veinte años cuando estalló la revolución; una vez fracasada la República, se declaró públicamente escéptico y apolítico, es decir, abandonó su militancia republicana. Posteriormente se dedicó por entero a la escritura dramática, actividad que le granjeará una considerable fama en su época sin eco en las historias literarias. Su defección determina que su mirada sobre aquellos acontecimientos tome el carácter de “confesión de pecados juveniles”, es decir, de ensueños idealistas muy en consonancia con la propaganda historiográfica de la Restauración.

3. CEFERINO TRESSERRA EN LA HISTORIOGRAFÍA REPUBLICANA

Una vez abocetado este proceso de formación y fijación de la fama del movimiento republicano decimonónico en la memoria colectiva española hasta la primera década del siglo XX, y que como hemos visto queda cristalizado en un heterogéneo corpus bibliográfico, nos proponemos comprender de qué manera y en qué medida pudo afectar a la conservación del recuerdo de una individualidad como Tresserra. Antes apuntábamos que la historiografía oficial no tenía ningún motivo para conservar su nombre, a todos los efectos no había sido sino un federalista más, esto es, irreligioso, separatista, utópico, etc. Por lo tanto, eran sus correligionarios los señalados como responsables de tutelar su memoria; sin embargo, fueron estos los que más decisivamente contribuyeron a labrar su “invisibilidad histórica”. El carácter personalista que tomó la historiografía republicana en un primer momento, traducido, sobre todo, en las lecturas o bien pimargallistas, o bien castelarianas del Sexenio; y el talante maximalista que adquiriría después, cuando la unidad republicana asume la herencia del 73 como lección meramente simbólica; jugaron en contra de un político independiente y de trayectoria peculiar como hemos visto que fue Tresserra. Con todo, su aportación a la historia del republicanismo fue lo suficientemente significativa como para que, al menos, quedasen rastros de ella.

En las décadas anteriores a la caída del sistema isabelino, el gran historiador del movimiento demócrata en España será sin duda Fernando Garrido. A él se deben la mayor parte de los escritos dedicados a describir el nacimiento y desarrollo de los grupúsculos revolucionarios a escala nacional. Las sucesivas generaciones de republicanos, como Rodríguez-Solís o Blasco Ibáñez, acudirán a estas fuentes para reconstruir la intrahistoria del Partido y conocer sus antecedentes. Los textos de Garrido por lo tanto comenzarán desde entonces a determinar la exigua repercusión futura de la figura de Tresserra. En primer lugar, porque Garrido fue adalid de las corrientes socialistas, enfrentadas a las individualistas con las que Tresserra se identificó. Aunque nuestro catalán aparece a menudo en estos escritos, lo hace de modo testimonial. El fuorierista gaditano, con quien Tresserra mantendrá arduos debates ideológicos a inicios de los sesenta, parece respetarlo, pero evidentemente no muestra el mismo interés por él que por sus compañeros socialistas, a quienes atribuye el mérito de constituir el segmento más activo y vigoroso del partido.

A parte de la obra de Garrido, que nosotros sepamos, no existen otras que ofrezcan una panorámica nacional detallada sobre el republicanismo durante este periodo; que precisamente será en el que Tresserra cobra más relevancia. Debemos dirigirnos a las de

ámbito local, en el caso de nuestro autor el catalán. Y, lamentablemente, el escrito de esta época que más información contiene sobre el nacimiento y desarrollo del republicanismo en Barcelona, *Francisco de Paula Coello* (1859), fue redactado precisamente por el mismo Tresserra para la *Colección de crímenes célebres españoles* que dirigía otro republicano, Manuel Angelón. En este texto, nuestro autor declinó el autorretrato, y el protagonismo se cede a los Montaldo, Clavé o Terradas, que por entonces eran ya veteranos de la lucha revolucionaria. No obstante, de esta década de los cincuenta que Tresserra pasa en su tierra natal, y que se corresponde con sus primeros años de militancia, se encuentran numerosas referencias a sus actividades. Como vimos, su nombre aparece asociado a todas las revueltas populares de signo democrático que tienen lugar en la ciudad condal. Pero el estado embrionario en el que se hallaba el movimiento y la feroz censura gubernativa, especialmente encarnizada con los escritos demócrata-republicanos, no configuraban el escenario propicio para alumbrar obras de estas características, y menos aún una semblanza del, por otro lado, aún jovencísimo Tresserra.

La construcción de la memoria del republicanismo catalán llegará más tarde, y lo hará de la mano del grupo que desde su formación permaneció vinculado a esta tierra. A partir de su primera deportación a mitad de los cincuenta, las estancias de Tresserra en Cataluña fueron intermitentes y parece ser que breves; es decir, sus continuos movimientos y sucesivas residencias harán que quede descolgado del particular rumbo que adquirirá el federalismo catalán. Los casos de Figueras o Pi y Margall, en este sentido, resultan muy similares al de nuestro novelista. Todos ellos, al haberse afincado en Madrid, a pesar de su importancia para el republicanismo, quedarán asociados al movimiento nacional y no al particular catalán. A ello debe sumarse la incidencia posterior que cobrará la *Renaixença*, que en buena medida llegará de la mano de los correligionarios de Tresserra en sus primeros años. La superficial integración de este en el despertar de la cultura catalana determinará su marginación posterior en esta historiografía. Compañeros de nuestro escritor, probablemente de trayectoria menos interesante tanto política como intelectualmente, han sido merecedores de estudios y reediciones de sus obras por su valor representativo del por entonces incipiente catalanismo. El hecho de que Tresserra escribiese toda su obra en castellano, al menos de la que se tenga noticia, y sostuviese una visión eminentemente cosmopolita de España y Europa, lo cual le alejaba de toda veleidad localista, parece haberle escamoteado el interés posterior de muchos de sus paisanos historiadores. Es decir, nuestro autor tampoco encajaba

con el esquema interpretativo y organizativo de cierta historiografía catalana. Una vez más, por lo tanto, sus peculiaridades labraban su ulterior marginación¹⁴³.

La memoria de las actividades del partido durante las décadas de los cincuenta y sesenta en el ámbito nacional se construirá, pues, fundamentalmente a partir del año 1874. Y como antes dijimos, quedará irremisible y profundamente marcada por cuanto había acontecido durante el Sexenio. La historiografía en gran parte revanchista, justificatoria y personalista proyectará este carácter sobre las etapas anteriores. Esto se manifestará en la pérdida de relevancia de figuras como Orense o Garrido, claves durante el periodo de formación del movimiento, que, sin embargo, durante la Primera República ocuparon puestos subalternos. El caso de Tresserra es asimilable al de los dos republicanos recién citados, ya que sus momentos de más brillo en la historia del Partido correspondieron sobre todo a cuando este actuaba en la clandestinidad. Como antes decíamos, conforme los federales aumentan sus posibilidades de acceso al Gobierno, el astro de políticos como Garrido o Tresserra parece ir diluyéndose.

De esta manera, la publicística republicana en la era restauracionista se concentró en la polarización Castelar / Pi y Margall, figuras en torno a las cuales se fue construyendo la trayectoria global del Partido. En este sentido, la labor desarrollada por los federalistas, como vimos, fue más intensa y voluminosa. Esto también perjudicará la suerte historiográfica de Tresserra, ya que siempre militó del lado de los individualistas, opción republicana que quedó asociada a Castelar, el “traidor”, y a sus corrientes conservadoras y unitaristas, con las que tampoco se identificaba Tresserra. A ello se unía la circunstancia antes mencionada de que el catalán había dedicado severos ataques a las corrientes socialistas representadas por la facción de Garrido, Pi o Rodríguez-Solís. Tras el desastre del 73, Tresserra seguramente se mantuvo fiel al individualismo y al federalismo, es decir,

¹⁴³ Como acertadamente señala Piqueras Arenas “en la medida en los que los republicanos habían desarrollado una concepción de la articulación del Estado alternativa a la centralista, desde posiciones federales o autonómicas, y contaban con una rica tradición de organizaciones propias o una destacada presencia en territorios con rasgos nacionales diferenciales, la investigación sobre estas realidades territoriales ha avanzado con mayor rapidez y seguridad” (2002: XXI). La perspectiva de estos estudios localistas en torno al republicanismo decimonónico ahonda, sobre todo en regiones como la catalana, en todo aquello que conecta con el posterior desarrollo del nacionalismo. Rasgos que resultan del todo evidentes en obras como *Federalisme i autonomia a Catalunya* de González Casanova (1974) o en la síntesis de textos en torno al tema, bajo la dirección de Lordi Llorens i Vila (1993), *El federalisme català*. En esta historiografía se dejan de lado a los oriundos como Tresserra que llevaron a cabo tareas políticas en otras zonas de España. Por ejemplo, Pere Gabriel advierte de como la historiografía catalana “ha tendido a minimizar en exceso la importancia del federalismo orgánico de Estanislao Figueras, como si gracias a la actuación de Almirall hubiera desaparecido fácilmente”. Ello contrasta con lo que a juicio de Pere Gabriel fue la realidad del republicanismo catalán de los primeros tiempos de la Restauración, donde el apoyo a al federalismo orgánico de Figueras en ciudades como Barcelona resultaba claramente mayoritario (2002: 171 y ss.).

quedó en tierra de nadie, sin partido que le pudiese acoger; pero sobre todo sin paladines historiográficos.

Desde 1874 a 1880, Tresserra parece haberse alejado de la política y no haber encontrado acomodo en ninguno de los partidos republicanos resultantes, lo que a su vez contribuyó a menguar aún más la reivindicación de su labor anterior. Un caso que presenta semejanzas al de nuestro escritor lo hallamos en Figueras, fallecido en 1881. Pese a haber sido presidente de la República, y para muchos correligionarios el más carismático de sus líderes, el cultivo de su memoria, traducido en la bibliografía que ha generado, resulta insignificante en comparación a la que se halla de Castelar, Salmerón o Pi, activos durante los años siguientes en los que se forja la memoria republicana.

Asimismo, la fecha de fallecimiento de Tresserra, el 6 de abril de 1880, recién implantada la Restauración, también jugó en contra de la conservación de su memoria: su muerte tuvo lugar en medio de la indiferencia general. El ambiente político, social y cultural determinaba el olvido de personajes que, como él, personificaban a la escuela democrática y republicana que el aparato oficial se empeñaba en defenestrar y sepultar en el olvido. A ello se sumaba la adversa situación que atravesaba el republicanismo en 1880: se hallaba disperso, amarrado por el sistema y con su base popular decepcionada y exhausta. El contexto invitaba a pasar por encima la desaparición de uno de aquellos hombres que había contribuido a instalar el satanizado gobierno republicano

Obviamente, una de las consecuencias inmediatas de su muerte será también la de impedir que Tresserra participe directamente en la construcción de la lectura del pasado, lo cual podría haberse producido mediante la redacción de sus propias memorias. En parte puede imputársele a un azar adverso el hecho de que tampoco ninguno de sus más allegados correligionarios nos haya legado escritos dedicados a nuestro autor, que es el cauce que han encontrado muchos otros de trayectoria pareja para ocupar un lugar en la historia del movimiento.

En lo que respecta a la literatura biográfica que surgió a inicios del siglo XX, la lejanía de la muerte de Tresserra de este periodo hace que su presencia sea meramente testimonial. Cuando los Estévanez, Rodríguez-Solís o Flores García toman la pluma para recordar sus mocedades revolucionarias, Tresserra es un vago recuerdo, un rostro que probablemente se mezcla con los de muchos otros desaparecidos hace demasiado tiempo. E insistimos, este bloque de escritos proveniente de sus propios correligionarios compuso el conjunto de datos que iban a encontrar los estudios posteriores como fuente de reconstrucción del periodo, y en particular de personalidades como Tresserra. Bloque que si bien no quedaría constituido

definitivamente hasta las primeras décadas del siglo XX, durante las cuales tuvo lugar la desaparición física de aquellos que le habían tratado en vida, a la altura de los inicios de los noventa ya se hallaba muy perfilado. Prueba de ello es el caso al que antes aludíamos de las fuentes historiográficas que encontró Blasco Ibáñez al acometer la redacción de su *Historia de la revolución española* en 1891. Tresserra, decíamos, es su más claro antecesor en las letras españolas decimonónicas; la producción de la primera época de Blasco, así como sus actividades conspiradoras y políticas, suponen una clara continuidad del modelo que Tresserra había representado seguramente en modo más definido que el de cualquiera de sus correligionarios. La polifacética actividad intelectual y artística del catalán, unida a sus numerosas peripecias revolucionarias, le distinguían de por ejemplo los Estévanez o Garrido: hombres preferentemente de acción, aunque sobre todo el segundo también se hubiese prodigado en el ensayismo político; o de un Pi y Margall, en el extremo contrario, como arquetipo del intelectual puro. Quizá solo Rodríguez-Solís, que a las actividades de los anteriores añadió también una interesante obra literaria, podría equipararse a Tresserra.

El cúmulo de circunstancias que hemos descrito, muerte prematura, desinterés de los socialistas por su memoria, etc., propició que el joven Blasco, que con veinte años se sintiera lleno de ardor republicano y quiere conocer y transmitir la vida de sus correligionarios veteranos, no puede encontrar ya a Tresserra. La vaga nota que sobre el catalán elaboró Rodríguez-Solís era acaso la única puerta disponible para que el valenciano hubiese tenido acceso a un fiel retrato de la vida y obra de Tresserra¹⁴⁴. Pero una serie de circunstancias, la mayor juventud de Rodríguez-Solís, perteneciente a una generación posterior a la de Tresserra, o la escasez de trato personal entre ambos, impidieron que el conservador de la memoria republicana pudiese comunicar un conocimiento profundo de nuestro escritor

A la altura de los años noventa, debido sobre todo al modo en el que sus correligionarios han levantado acta del republicanismo decimonónico, la invisibilidad de Tresserra se ha consumado. Por ello, cuando a inicios de siglo el nuevo escenario político-social español cree las condiciones para lanzar una mirada más limpia sobre la Primera República, la figura de Tresserra no puede integrarse en la elaboración del nuevo recuerdo

¹⁴⁴ En el capítulo anterior, aludíamos a un personaje blasquista, el del Capitán Álvarez de *La araña negra*, cuya figura parece inventada por Blasco para presentar el tipo de militante “ideal” e inexistente que habría hecho posible la supervivencia de la República. Pues bien, las semejanzas entre los caracteres de Tresserra y Álvarez son tantas, empezando por la perfecta integración de la dualidad entre el hombre de letras y el de acción, que pareciera que el valenciano se hubiese inspirado, sin conocerlo, en nuestro autor.

que se crea, ni apoyar la lectura proyectiva a la que sirve de base. Y todo ello a pesar de que su vida y su obra podrían haber constituido un modelo de referencia de primer orden.

En el imaginario colectivo de la sociedad española, la República antes de la Restauración, explica Jover Zamora citando a Joaquín Romero Maura, había sido contemplada como “el régimen que debía de hacer de España una nación moderna de ciudadanos conscientes”, pero debido a los repetidos desengaños y fracasos históricos,

aquella República adquirió paulatinamente la figura de un Edén político que los españoles no alcanzarían si antes no lo merecían. Las virtudes cívicas primero, para luego traer la República. Una vez hechos a este nuevo punto de vista, los jefes dedicaron buena porción de sus actividades a la crítica “didáctica” en las Cortes, y a la instrucción fuera de ellas (1991: 122).

De estas palabras se desprende la acusación de idealismo a los republicanos, a quienes la historiografía conservadora había caracterizado como políticos desconectados de la realidad social y enredados en impotentes y ridículas cuestiones metafísicas. Tal efigie consiguientemente ocultaba la gran labor que muchos de ellos habían desarrollado como pedagogos populares, pues tal consideración habría añadido una nota distorsionadora a la imagen que se buscaba transmitir. Así pues, como vimos, Galdós con su reelaboración del mito en los *Episodios* finales propone a los españoles la tarea de una educación para la plena ciudadanía con el fin de propiciar la República, idea que implícitamente señalaba la ausencia de esta como motivo del fracaso del Sexenio. Pero cabe puntualizar que esto no constituía ninguna propuesta novedosa, ni tampoco una línea de continuidad de la escuela krausista, a la cual se suele situar como origen exclusivo de los esfuerzos pedagógicos españoles durante el XIX. Gran parte del republicanismo patrio desde su difuso nacimiento en los cuarenta había colocado entre sus prioridades la de educar a la masa popular haciéndola partícipe de una cultura científica y racionalista. Como tendremos ocasión de comprobar, la misión pedagógica popular, esto es, la formación de ciudadanos instruidos, constituyó la piedra angular tanto del discurso propagandístico como de las actividades políticas de militantes como Tresserra.

Tal circunstancia pone en evidencia que el “rescate histórico” de la Primera República se lleva a cabo desde la asunción de gran parte de las ideas reduccionistas e injuriosas acuñadas por los conservadores; en este caso, la del idealismo quijotesco. El cual siguió vigente tanto en sectores pro-republicanos como en los adversos al republicanismo. Resulta

significativa la lectura que en 1939 hará el conde de Romanones sobre las coincidencias entre la primera y la segunda experiencias republicanas; escribía: “a veces el pretérito se convierte dentro del pretérito en verdadera actualidad. Tal acontece hoy con la efímera República Española de 1873, tan olvidada de las actuales generaciones” (1939: 5). A su juicio las circunstancias se están repitiendo, particularmente en lo relativo a los inspiradores y guiadores de la “aventura” política; así, dice: “cuando los sabios pretenden gobernar los pueblos, lo conducen con frecuencia al fracaso” (p. 6). Romanones insiste además en el clásico cliché del antagonismo natural entre los españoles y el sistema republicano:

¿Fracasó la República por falta de hombres? Ya hemos visto las condiciones eminentes que reunían sus primeras figuras. ¿Fracasó por ser una forma de gobierno imperfecta? Tampoco. Pues en otros países tiene honda raíces y a su sombra se desarrolla la vida del Estado con normalidad. La causa de su fracaso es bien clara. La República exige un clima social y racial adecuado que no existe, que no existirá nunca en España. Cuantos esfuerzos se intenten para implantarla en nuestro suelo, resultarán baldíos (p. 173).

Siguiendo con Jover Zamora, este considera que la interpretación galdosiana supuso “un giro con respecto a la vieja esperanza romántica de septembristas y federales, para los cuales bastaba un advenimiento de la República para que esta ejerciera su acción taumátúrgica sobre el conjunto de la sociedad” (1991: 189). Idea esta, la del rígido e ingenuo formalismo, corolario de la anterior, que también contribuyó a ocultar el aspecto pedagógico que desde el principio se había encomendado la democracia española. La literatura republicana del periodo, la prensa, los folletos y, en general, la copiosa cantidad de libros que durante décadas salieron de la pluma de activistas republicanos, continúan a la espera de un estudio sistemático y riguroso que seguramente corregiría este prejuicio historiográfico vigente aún en la actualidad. Los escritos de Tresserra suponen en este sentido una significativa muestra.

La redefinición histórica del republicanismo decimonónico, por lo tanto, la realizan sus herederos del siglo XX desde un maximalismo análogo al que había caracterizado a la mitificación negativa. La Primera República pasa ahora a ser el símbolo de una bella utopía cuyos errores deben servir para alumbrar el camino de una futura experiencia. Pero, al fin y al cabo, no es más que un símbolo que no necesita de nombres propios, puesto que estos son sustituidos por juicios sumarios ordenados en unos pocos arquetipos. Tresserra, político

independiente, de vocación popular y volcado en la misión pedagógica, no casa con los moldes acuñados por ningún frente historiográfico: queda fuera por lo tanto del relato de la historia.

4. LAS INERCIAS DE LA HISTORIA

La revisión de las bases sentadas por el corpus bibliográfico, tanto restauracionista como republicano, que se consolida en las dos primeras décadas del siglo XX, quedó a expensas de las corrientes historiográficas que habrían de derivarse de las posteriores coyunturas históricas. Y estas tampoco sirvieron para establecer las condiciones necesarias para un estudio continuado, ecuánime y riguroso del movimiento republicano. La dictadura de Primo de Rivera, por obvias razones ideológicas, no supuso tampoco un escenario favorable. Asimismo, el periodo de formación, desarrollo y caída de la segunda República, cuya perduración probablemente hubiese fomentado y consolidado el interés por su antecedente, tampoco ofreció unas condiciones propicias. El triunfo del franquismo, cuya retórica nacionalista tanto guardaba en común con la auspiciada por la Restauración, sirvió para revitalizar gran parte de los lugares comunes que el canovismo había utilizado para deslegitimar a la República del 73 y al movimiento democrático. Una vez más, y ahora con una virulencia desconocida, todo lo asociado a la idea de República era objeto de censura o escarnio; incluido el pasado remoto de su movimiento. El siguiente fragmento, perteneciente a un ideólogo franquista, Mauricio Carlavilla, resulta esclarecedor:

Que fuera Morayta, el heterodoxo y anarquista quien historia enseñara en nuestra primera Universidad, sobradamente podrá explicar la conciencia histórica, madre de la política, formada en la llamada intelectualidad universitaria... Mentalidad masónica y antinacional fue la formada por este traidor en muy numerosos intelectuales, a su vez llegados a profesores de Universidades e Institutos, en ejercicio muchos aún... ¿arrepentidos?... ¿rectificando?... ¿o militando vergonzantes en su heterodoxia y antipatriotismo? (1956: 22).

Parte fundamental de la retórica franquista, puesta en marcha para la legitimación histórica del sistema implantado, fue la idea del contubernio judeo-masónico comunista que trataba de destruir España¹⁴⁵. El siglo XIX, época asociada al apogeo del poder masónico, en

¹⁴⁵ J. A. Ferrer Benimeli, en su obra dedicada a esta materia, *El contubernio judeo-masónico comunista*, explica cómo el aparato propagandístico del régimen de Franco elaboró a partir de la idea del contubernio una historiografía sobre el pasado del país que señalaba a las logias como las grandes responsables de la

la historiografía de esta etapa aparecía por lo tanto como el inicio de un proceso de corrupción nacional, perpetrado por los intelectuales y políticos liberales de las logias. Como Menéndez Pelayo hiciese décadas atrás, se apelaba a un pensamiento español incontaminado y de raíz católica que el ideario republicano decimonónico había venido a adulterar. “Ideas masónicas todas ellas – escribe Carlavilla-; es decir, «importadas» por una entidad extranjera y al servicio de Inglaterra, su aliada; por lo tanto ¿qué tenían de nacionales?” (p. 339). La consolidación del régimen franquista, y su consiguiente neutralización de una alternativa republicana, propiciará que la historiografía universitaria vaya progresivamente atenuando este tipo de lecturas tan fuertemente ideologizadas. Pero a pesar de los espacios que se irán conquistando para un cultivo de la historia más riguroso y científico, las condiciones para el rescate de la memoria de Tresserra continuaban sin ser favorables. La visión que se aplicaba sobre el periodo, en realidad, no supuso más que una actualización de la lectura que habían hecho sus propios protagonistas decimonónicos.

El marxismo fue el otro gran enemigo de la dictadura del general Francisco Franco, y fue integrado en el saco común de la memoria extraordinariamente injuriosa que los historiadores del régimen habían construido en torno a la Segunda República. Es decir, República y comunismo aparecían como términos complementarios, cuando no como sinónimos.

Sin embargo, a lo largo de la práctica totalidad del siglo XX, las corrientes de pensamiento marxista serán la que más contribuyan a difamar al liberalismo democrático, que en España fue encarnado sobre todo por el movimiento republicano. Los marxistas crearán a su vez una imagen acusadamente negativa de este, aunque fundada en motivos opuestos a los esgrimidos por los conservadores. Esta animadversión, además de por evidentes discrepancias ideológicas, se explicaba por la disputa con el republicanismo del apoyo de la masa social de izquierdas, que desde la segunda mitad del siglo XIX en Europa compartían diversas corrientes: marxista, anarquista, socialista y liberal demócrata. El industrialismo desaforado que había contribuido a generar este liberalismo, propiciando la creación de una empobrecida clase obrera, y que luego no había sabido paliar, había generado el nacimiento de movimientos exclusivamente obreristas. Por lo tanto, en la óptica

decadencia de la raza española. Por ejemplo, en el periódico falangista *Amanecer* de Zaragoza se publicaba el 19 de septiembre de 1936: “La Masonería ha conspirado siempre contra la patria, contra cualquier Patria, y de un modo especialísimo contra la gran Patria española; la Masonería ha conspirado contra nuestra sagrada Religión, que es la Religión de nuestros mayores, en la que nuestros padres han muerto, y en la que nosotros queremos morir” (*apud* Benimelli, 1982: 296).

marxista, los republicanos no constituían sino una cara más de la burguesía, es decir, eran considerados igualmente como enemigos de la masa popular.

A este respecto, Marx y Engels se ocuparon de analizar el Sexenio Revolucionario, al que presentaron como ejemplo de revolución burguesa que había fracasado, entre otras cosas, por su incapacidad para representar a la clase obrera. De este modo, la acusación de idealismo vertida por los propagandistas conservadores es usada por los marxistas en sentido contrario: en realidad, el desapego y desconocimiento de las dificultades reales del proletariado que evidenciaba el republicanismo derivaba del enfrentamiento natural entre sus intereses burgueses y los de aquel. La lección que debía extraer el movimiento obrero de la Revolución del 68 era por lo tanto la de desconfiar definitivamente de los partidos políticos tradicionales. Marx escribía a propósito de los dirigentes republicanos españoles:

Los viejos trahombres del republicanismo federal, Castelar y comparsa, se echaron a temblar ante el movimiento, que les rebasaba; no tuvieron más remedio que ceder el poder a Pi y Margall, que intentaba una transacción con los intransigentes. Pi era, de todos los republicanos oficiales, el único socialista, el único que comprendía la necesidad de que la República se apoyase en los obreros (1975: 189).

Para Marx y Engels, los republicanos puros, que serían todos menos Pi y Margall, no son más que “burgueses sin disfrazar, cuyo primer designio era dar al traste con el movimiento obrero” (p. 199). La salvedad hecha con Pi, a quien se le reconocen ciertos méritos por sus preocupaciones sociales, creará una prolongada huella en la izquierda española de raíz anarquista y comunista que explica también a su mayor consideración histórica.

Lo que nos interesa es perfilar el nuevo haz de ideas que a partir de las corrientes marxistas acompañarán a la memoria historiográfica del republicanismo decimonónico europeo y español. En primer lugar, se le acusa de ser un movimiento exclusiva y excluyentemente burgués que practica un proteccionismo y paternalismo popular que, en realidad, esconde una mera forma de caridad. Por lo tanto, la democracia burguesa y su sistema económico liberal son presentados como una organización dirigida a la explotación consciente del proletariado. En segundo lugar, y como consecuencia de la idea anterior, el programa social que defendía el republicanismo es motejado de tímido reformismo encaminado a preservar los intereses de su clase, que se oponen radicalmente a los de las

clases populares. Y, por último, desde un plano filosófico, coincidiendo con la retórica de matriz materialista que usarán los doctrinarios europeos de fin de siglo, el marxismo asocia el idealismo con la utopía y atribuye este carácter a las escuelas del socialismo y republicanismo democrático. El materialismo dialéctico, al igual que hiciera la propaganda positivista de Cánovas del Castillo, se arrogaba así una suerte de refrendo científico. El eje del discurso marxista será la teoría de lucha entre las clases, según la cual, sus oscilaciones a través de los siglos determinan todos los cambios sociales. Idea que resultaba radicalmente opuesta al objetivo final proclamado por el republicanismo decimonónico: la consecución de la fraternidad y armonía entre los distintos estamentos mediante la equiparación de todos los individuos en la condición de ciudadanos. De este modo, tal pretensión del credo democrático será motejada por el comunismo de quimérica, falsa y espuria.

Muy someramente, este será el prisma que aplicará la historiografía marxista al juzgar al movimiento revolucionario decimonónico anterior a la Internacional. A pesar de que en la actualidad se acepta como hecho consumado la derrota política e ideológica del marxismo en el ámbito occidental, su influencia en todos los campos del pensamiento, debido a su pronunciada presencia a lo largo del siglo XX, continúa siendo considerable. Una buena parte de sus pautas ideológicas continúan vigentes. El caso de Tresserra, como iremos viendo, nos ofrece una apropiada plataforma para revisar algunas de ellas.

Así pues, el escenario social, político y cultural español de la mayor parte del siglo XX no resultó propicio en modo alguno para rescatar del olvido a personajes como nuestro catalán. Como apunta Nigel Towson, “[l]os republicanos no interesaban, en un principio, por ser el centro, en un país que siempre se consideró dominado por dos extremos en pugna” (1994: 13). Esto es, por un lado, el sector reaccionario representado sucesivamente por los monárquicos y los regímenes autoritarios de Primo de Rivera y Francisco Franco; y, por el otro, el radical de izquierdas que aglutinaba sin demasiados matices al movimiento obrero comunista, socialista y anarquista. De este modo, como continúa diciendo Towson, “se olvidaba así hasta qué punto los republicanos también contribuyeron a formar- más que nadie, hasta cierto momento- la cultura de la izquierda, e incluso inspiraron y organizaron la movilización obrera” (*ibíd.*). El mismo historiador, y estamos de acuerdo, señala la Guerra Civil (1936-39) como la causa primera de esta tendencia a la polarización ideológica, cuyos efectos contiguos son la germinación en la mentalidad colectiva de una visión simplificadora de la historia española reciente (p. 17).

No ha sido hasta las últimas tres décadas en las que finalmente parecen haberse creado las condiciones necesarias para acometer el estudio sereno y desprejuiciado sobre el periodo.

En este arco de tiempo son numerosos los trabajos dedicados a aplicar una nueva mirada sobre el movimiento republicano español. Quizá el principal reto consista en revisar la ingente cantidad de inercias interpretativas que a lo largo del tiempo han ido acumulando distintas escuelas historiográficas. Como hemos visto, la mayoría de ellas enturbiadas por intereses ideológicos inmediatos. A propósito escribe Ángel Duarte:

Los historiadores hemos construido una serie de imágenes dispersas que más bien han favorecido un desorden interpretativo. Entre esas representaciones usuales destaca, como en Roure, la de un republicanismo ineficaz, anclado en viejos esquemas y recuerdos, dividido, tribal y familiar, indisciplinado y, como la política monárquica, caciquil. O bien hemos aludido a los republicanos como los gestores de un proyecto pusilánime y poco claro, encajonados entre el fracaso de la Primera República y la incapacidad de derrumbar, o corregir, la monarquía (2000: 12).

Concretamente, desde el segundo lustro de la década de los noventa, parece registrarse un creciente interés por el movimiento republicano decimonónico; y una de sus vetas más apreciables es la de la revisión historiográfica, que afecta sobre todo a los trabajos surgidos en los estertores del régimen franquista. De este modo, el interés se desplaza comúnmente hacia el análisis de que cómo los historiadores de este periodo sentaron las bases de una lectura histórica del pasado republicano que, en principio, debía romper con los antiguos clichés decimonónicos. Al respecto dice Román Miguel que “en los últimos años se ha reaccionado contra las tesis sentadas desde la década de 1970 por un importante sector de historiadores del movimiento obrero, los cuales, en líneas generales, venían a afirmar que el Sexenio habría sido para el movimiento obrero español lo que 1848 y la Comuna de París fueron para el francés” (2007: 59). Para Román Miguel los estudios de Antoni Jutglar en torno a la figura de Pi y Margall y al federalismo, llevados a cabo desde los postulados del materialismo histórico, marcaron una línea interpretativa ya obsoleta, la de considerar al republicanismo como una reacción eminentemente burguesa, que no constituía más que una radicalización del pensamiento liberal, y que, además, “jamás traspasaría sus límites – concebidos como frontera del socialismo científico- y que, por ello, jamás pretendería la transformación estructural del sistema político liberal ni del sistema económico capitalista” (p. 60). Santiago Díez coincide con las apreciaciones de Román Miguel, y añade que este corpus de obras, correspondiente a las décadas de los sesenta y setenta del siglo XX,

registraron el único *boom* de estudios históricos sobre la materia, por lo que se impone una profunda revisión del periodo (2002: 80). Como dice Hoyo Aparicio, las investigaciones recientes se muestran más “proclives al diálogo interdisciplinar, han coincidido en su empeño por superar las rigideces, las simplificaciones y los planteamientos dicotómicos” derivados de los modelos teóricos más en boga hasta hace poco como el del materialismo histórico o la teoría de la modernización (2002: 61). En este escenario, los nuevos enfoques vienen a subrayar el carácter complejo del republicanismo y de lo acontecido durante el Sexenio Democrático. Aunque se ha venido reconociendo cierta heterogeneidad al movimiento, ha prevalecido durante mucho tiempo una manera de contemplarlo como a un agente histórico unívoco; de ello derivaban “las interpretaciones del republicanismo histórico como ineficaz o incapaz de una acción unitaria y de erigirse en alternativa de lo existente, o interpretaciones respecto a algunos de los líderes republicanos como exclusivistas, personalistas”; el cambio de perspectiva que se ha operado ha dado lugar así a la aceptación de la “existencia de varias *culturas republicanas*” (Román González, 2007: 56). En este sentido resultan interesantes los estudios llevados a cabo por Gregorio de la Fuente en torno a las élites revolucionarias del Sexenio; para este

mientras que los enfoques estructuralistas otorgaban el protagonismo de la revolución a una clase social, nuestra alternativa considera como principal actor a unas élites políticas que adquirieron relevancia en el curso de la propia revolución al ser capaces de colaborar entre sí y de movilizar a diferentes organizaciones y grupos sociales contra el Gobierno isabelino (2002: 31).

De la Fuente cree que la historiografía surgida en los años setenta del siglo XX privilegió la mirada sobre las causas económicas que habían dado lugar a la Revolución de Septiembre, de modo que “en el fondo, lo que ventilaba en esta polémica era la autonomía de la política respecto de las estructuras económico-sociales”; en la actualidad, a su juicio, debe tenderse a conciliarlas (p. 46). Para Piqueras Arenas, en cambio, el balance que cabe hacer respecto a esta historiografía es que se mostraron demasiado preocupadas en hacer una historia del pensamiento político, además fuertemente condicionada por las disputas ideológicas del periodo en el que se elaboraron (2002: XX). A juicio de este historiador en los últimos años los estudios parecen orientados hacia otros objetivos, como el de conocer el sustrato sociológico y la diversidad, de modo que “el republicanismo tiende a inscribirse

entre los movimientos sociales, y en un sentido más amplio, ocupa un lugar privilegiado en la reciente historia social” (p. XXV).

Todos estos nuevos estudios parecen converger en la reclamación del cuestionamiento y redefinición de una serie de conceptos clave como idealismo, burguesía republicana, utopismo o melodramatismo, como condición necesaria para llegar a una mirada lo más ecuánime posible sobre aquel periodo histórico y sus protagonistas. Ya que, desde nuestra actual perspectiva, parece evidente que estos términos arrastran a menudo la lectura de historiadores comprometidos con intereses políticos e ideológicos pasados, de modo que se imponen nuevas contextualizaciones.

Fundamentalmente, y a modo de resumen, tres son los aspectos que pueden destacarse para ilustrar la utilidad del estudio de Tresserra y que colisionan con los esquemas historiográficos que hemos expuesto; del mismo modo que pueden contribuir a aclarar algunas de las cuestiones que ocupan a las más recientes hornadas de historiadores dedicados al republicanismo decimonónico.

En primer lugar, su valor como representante de un ala del movimiento federal volcada en la misión pedagógica y en la consiguiente forja de un humanismo popular. Pese a la derrota política de los federales, gracias a labor de difusión y agitación cultural desempeñada durante décadas por figuras olvidadas como la de Tresserra, se fue creando un movimiento interclasista que consiguió aglutinar a una parte importante del país; así como crear una nueva alternativa cultural, ideológica y vital que llega hasta nuestros días. Al respecto escribe Duarte que

a pesar de sus debilidades y contradicciones, el republicanismo fue un movimiento de recurrente continuidad y amplia implantación social y geográfica. Los grupos republicanos, en toda su compleja pluralidad, constituyeron en los años 1880 y 1890 uno de los movimientos militantes más claramente mayoritarios (1994: 12).

Hecho que contrasta con las ideas comúnmente aplicadas para juzgar al dirigente republicano, como son las del ensimismamiento burgués o el intelectualismo quimérico y elitista; o aquellas otras que aluden al desplazamiento de todo el proletariado español hacia las ideologías obreristas a partir de la Restauración. Estas perspectivas van modificándose progresivamente; así, escribe Carlos Dardé: “En los últimos años se ha destacado – frente a la opinión predominante anteriormente que tendía a subrayar la disociación entre obrerismo

y socialismo marxista- que el republicanismo fue la opción política mayoritaria de la clase trabajadora, durante las décadas finales del siglo” (1997: 558).

En este sentido, el estudio de la obra novelística de Tresserra revela, como veremos más adelante, la existencia de una vocación pedagógica popular inequívoca que contribuye a explicar la perduración del republicanismo en amplias capas de la población. La prolífica literatura republicana del periodo ha sido subsumida en una serie de paradigmas no menos inexactos e insidiosos; cuyo papel en el desarrollo del movimiento está aún por ser estudiado. Antonio Elorza advertía hace tiempo que la investigación de esta literatura ayudaría a esclarecer la pluralidad del federalismo español, formado por multitud de orientaciones en función de sus diferentes perspectivas geográficas y sociales (1975: 12). Pero como veremos, lo cierto es que los estudios sobre esta narrativa no llegaron a producirse, de modo que continuamos moviéndonos en los esquemas forjados hace treinta años. Frente a esta dejación, las novelas de nuestro escritor revelan múltiples perfiles sumamente interesantes y escasamente atendidos. Por ejemplo, descubren el papel fundamental que se les otorgaba como medio de comunicación y adoctrinamiento no solo del público lector, sino de sus militantes y activistas. Como veremos en los capítulos pertinentes, partes de sus novelas se constituyen en verdaderas circulares en clave que contienen instrucciones para sus correligionarios; o incluyen opúsculos de carácter ideológico articulados a la manera de los catecismos que tan frecuentes resultaron en la propaganda republicana.

En segundo lugar, como ya hemos apuntado, Tresserra representa una novedosa tipología de político del periodo, que resulta en cierto modo equidistante de los dos modelos en los que se suele clasificar a los federales de la setembrina: o bien el de radical intransigente y violento, o bien el del intelectual desconectado de la realidad. Uno de los rasgos que parecen singularizar a Tresserra es la posición intermedia que ocupó entre los cuadros dirigentes del partido y la base popular. Numerosos episodios de su vida nos lo muestran moviéndose con naturalidad entre las distintas esferas, en coherencia con su mentalidad democrática y vocación pedagógica. El acercamiento a la vida de Tresserra nos ofrece asimismo un ejemplo de entrega incondicional y absoluta por una causa ideológica. Sus luchas, sacrificios y padecimientos personales son la encarnación de otra cara del idealismo, esto es, la plasmación vital de la fe sin fisuras en unas ideas por las que se está dispuesto a dar todo, incluida la propia vida. A menudo, nuestro escritor protagoniza episodios que tan solo pueden ser calificados de heroicos. Esto contrasta con la esperpéntica imagen que nos devuelve el apelativo de idealista aplicado a los republicanos de *La*

Gloriosa; y que es producto de la acumulación de tópicos históricos adversos. Pero también colisiona con la mentalidad y clima “posmoderno” en el que surge nuestro trabajo. Raymond Grew, a propósito de Giuseppe Garibaldi, advierte del desconcierto que asalta a menudo a los investigadores modernos del general italiano: “Il naturale istinto dello storico vorrebbe ridurre la figura di Garibaldi a piú normali proporzioni, ma nello stesso tempo ciò lascia, in qualche modo, insodisfatti” (1984: 553). El embarazo del historiador ante comportamientos humanos que desbordan lo que, desde nuestra perspectiva, es considerado “lógico”, creemos que es un fenómeno frecuentemente observable. En este sentido se recurre a términos como “romanticismo” o el mismo “idealismo”, que sirven para encuadrar escenarios históricos apropiados y sugestionadores. Esto, que no deja de ser cierto, necesita a su vez de una adecuada contextualización dirigida fundamentalmente a distinguir entre lo que fue la retórica decimonónica, ciertamente henchida de epopeyismo, y lo que eran los efectivos comportamientos individuales. Es decir, todos los propagandistas del Partido Republicano apelaban al heroísmo, al altruismo, al amor ilimitado a la libertad, etc.; también la ingente cantidad de republicanos cobardes, arribistas, taimados, ambiciosos...; pero solo unos pocos ajustaban su conducta personal a sus prédicas. Tresserra fue uno de ellos. Lo cual, en nuestra opinión, constituye un dato relevante que debe ser tenido en cuenta a la hora de entrar a enjuiciar ciertos aspectos de su pensamiento, trayectoria y vida. Y al hacerlo, para evitar anacronismos, resulta imprescindible llevar a cabo un extrañamiento de la propia mentalidad.

Por último, nuestro escritor resulta ser también exponente español de un prototipo de revolucionario transnacional que podría designarse como el del soldado garibaldino. Tales sujetos compartían una serie de rasgos: eran republicanos de firmes convicciones democráticas, avezados en la escritura y la acción revolucionaria, procedentes sobre todo de un país latino y decididamente inmersos en proyectos políticos de vocación universalista. El alistamiento de Tresserra a las órdenes del general Garibaldi en la guerra franco-prusiana es el episodio que mejor ejemplifica este compromiso real que demuestra nuestro autor por la República Federal Europea. Aspecto este que resulta ser uno de los menos atendidos por la historiografía sobre el movimiento, tanto de la remota como de las más reciente. Nigel Towson advierte de ello cuando dice que, pese a lo logrado en los últimos tiempos, quizás continúa siendo necesario “un tratamiento más interdisciplinario y global del republicanismo español que permita a su vez proyectar sobre él estudios comparados y situar el debate en el debido contexto internacional” (1994: 21). El caso de nuestro escritor ofrece una óptima plataforma también para iluminar el enfoque interdisciplinario e internacionalista reclamado

por este historiador. Pues como iremos comprobando, no resulta posible acercarse a la vida y obra de Tresserra sin acometer una pluralidad de cuestiones de raíz histórica, filosófica, sociológica o literaria, incardinadas en el panorama europeo de su época.

CAPÍTULO IV

LOS CÁNONES LITERARIOS DE LA MARGINACIÓN

El hecho de que dediquemos un trabajo de estas características a Ceferino Tresserra y Ventosa, un absoluto desconocido incluso para la gran mayoría de los expertos de la literatura española del siglo XIX, nos sitúa ante el deber de contrastar el interés que creemos que encierran este autor y su obra con una tradición crítica que los ha venido marginando. Por lo tanto, trataremos aquí de concretar y explicar los motivos de este abandono; es decir, nos ocuparemos de estudiar los mecanismos que operan en un sistema literario bien para conservar, o bien para desterrar al olvido, a un autor concreto, en nuestro caso a Ceferino Tresserra. Ello nos obliga a fijarnos tanto en la naturaleza como en el proceso de formación de los cánones literarios y sus consecuentes paradigmas críticos, ya que es a partir de estos que se forja la memoria cultural de cada ámbito específico; que respecto a los intereses de nuestro trabajo se corresponde tanto con el occidental en general como con el español en particular. Por lo tanto, en los apartados que siguen, trataremos, primero, de situar el debate sobre el canon literario tal y como está planteado en la actualidad, lo que nos permitirá más tarde explicar el alcance que persigue nuestra exposición y presentar sus fundamentos epistemológicos; y, en segundo lugar, articularemos un marco teórico lo más amplio posible del paradigma crítico bajo el que comúnmente se ha venido encuadrando la novela popular, parcela donde se sitúa la narrativa tresserriana. Este último aspecto nos servirá después para contrastar los esquemas propuestos por la tradición crítica respecto a esta literatura con la colección de novelas de nuestro autor.

1. NATURALEZA DEL CANON LITERARIO

En la actualidad, el canon literario consiste en una lista de autores u obras que representa la suma de lo más valioso, o bien para un ámbito concreto, sea este regional, nacional o internacional, o bien respecto a escuelas, movimientos o tendencias artísticas consideradas historiográficamente. La conformación del canon responde a la necesidad de ordenar que se experimenta ante la incesante multiplicación de las obras literarias. Seleccionar es inmanente al acto de la lectura, y ningún lector de ninguna época o lugar se ha hallado en el lance de escoger libremente de entre la totalidad de los libros existentes. Según la tipología de los cánones elaborada por Fowler, ese imposible canon total sería el “potencial”; estarían luego el “accesible”, que se correspondería con el catálogo de libros realmente disponible en un momento dado; los “selectivos”, que serían aquellos efectivamente al alcance de cada lector; el canon “personal”, formado por las elecciones individuales; y el “crítico”, que reuniría a las obras tratadas reiteradamente por las instituciones académicas. De este modo existiría un sexto tipo, el canon “oficial”, que resultaría de la masa de cánones personales (Harris, 1998: 42 y ss).

Wendell V. Harris añade a la lista de Fowler otros dos tipos, ya que considera que se debería distinguir, por un lado, entre un canon “diacrónico”, a su vez formado por dos categorías de obras: aquellas ampliamente consolidadas por la tradición, esto es, que pertenecen al “cielo canónico”, y aquellas otras fluctuantes que estarían en una suerte de “limbo canónico”; y, por el otro lado, Harris opina que debe considerarse la existencia de un canon “del día”, que incumbiría a las obras más valoradas en ciertos periodos y que son candidatas a ingresar en el diacrónico (1998: 45).

Por lo tanto, el catálogo de obras disponibles para un ámbito y tiempo concreto es siempre el resultado de la aplicación de algún tipo de criba, lo cual implica el uso de una serie de criterios mediante los que operarla. Harris observa que habitualmente se señalan dos: la estimación personal lograda por una obra y la valoración histórico literaria; pero advierte de que existen muchos más criterios que tienden a superponerse, de modo que resulta difícil imaginar una selección canónica que realmente se base solamente en uno (p. 40). De ello se debe concluir que no hay un canon literario único sino muchos; que no hay formación, sino más bien constantes selecciones de textos, y, por último, como apunta el mismo Harris, que “no hay ninguna selección basada en un criterio único y ninguna forma de escapar a la necesidad de seleccionar” (p. 57).

A su vez, de la existencia de unos criterios selectivos se deriva la presencia de unos agentes o autoridades del sistema literario con capacidad para establecerlos y aplicarlos. Tanto las autoridades como los criterios se hallan sujetos a las transformaciones que se van derivando de los sucesivos contextos socio-históricos. En este sentido, el progresivo proceso de conversión de las sociedades aristocráticas en sociedades liberales, que tiene lugar en Europa a partir del siglo XVIII, dará como resultado un sistema literario caracterizado por la disgregación de ambos elementos, que antes se hallaban unidos. El escritor del Antiguo Régimen daba forma estética a valores e ideologías que emanaban de un poder político del que dependía y al que representaba; y lo hacía en el marco de las instituciones culturales que estos mismos poderes tutelaban. Por lo tanto, el escritor gozaba de una autoridad artística incontestada, merced a la cual elaboraba unas reglas del buen gusto literario que ninguna otra instancia estaba en disposición de discutir. La progresiva consolidación de la hegemonía social burguesa supondrá la paulatina desaparición del monopolio que las clases aristocráticas venían ejerciendo sobre la cultura; el aumento de la alfabetización y el desarrollo del mercado del libro, junto con otros factores derivados de la nueva articulación del poder, configurarán un escenario cada más complejo.

El romanticismo será el movimiento que refleje en forma artística los profundos cambios socio-históricos que experimenta Europa, ya que en gran parte nacerá como reacción a los postulados culturales que representaba el Antiguo Régimen. Decía Víctor Hugo, uno de sus más conspicuos representantes, que el romanticismo:

No es el fondo, y esta es su verdadera definición, más que el liberalismo en la literatura... La libertad en el arte, la libertad en la sociedad; es ese el doble fin a que deben tender por igual todos los espíritus consecuentes y lógicos. Ya hemos salido de la vieja fórmula social, ¿por qué no salir también de la vieja fórmula poética? (*apud* Picard, 1947: 14).

De esta manera, la rígida preceptiva literaria de los neoclásicos será sustituida por la proclamación de la libertad creativa del escritor; toda autoridad que trate de situarse por encima de este queda en cierto modo abolida. Sin embargo, la necesidad de selección de lecturas y poéticas no desaparecerá; al contrario, se hará más apremiante debido al aumento del número de escritores, de la producción de obras y del público consumidor, pero ahora recaerá en otras instancias. Surgirá de esta forma una crítica literaria tendente a profesionalizarse, favorecida por la proliferación de órganos periodísticos; y cobrará más

importancia la opinión de otros escritores, del público y de las editoriales o librerías, figuras por entonces aún no bien delimitadas. La amalgama de todos estos agentes dará lugar a un nuevo poder, el de la opinión pública, indisolublemente vinculado al nacimiento de una burguesía fuerte. Según Jürgen Habermas, esta autoridad tuvo precisamente su origen en la crítica literaria privada:

El arte, descargado de sus funciones publicitario representativas (de la Iglesia y de la Corte) se convierte en objeto de libre elección y de inclinaciones cambiantes. El gusto, de acuerdo con lo que a partir de ahora se orienta, se manifiesta en los juicios – libres ya de las trabas para entrar en competición unos con otros- de los profanos; porque, en el público, todo el mundo puede aducir competencia (2004: 77).

Por otro lado, la concepción propiamente ilustrada de la historia como un movimiento silencioso e imperceptible, como “un desarrollo de la sociedad que, en el fondo, es una inmovilidad que no altera en nada las viejas y venerables instituciones legítimas de la sociedad” (Luckács, 1976: 23), se correspondía con una concepción análoga de la literatura, esto es, era considerada como un fenómeno de valor universal y de carácter ahistórico. Los cambios socio-políticos que se registrarán durante el siglo XIX también provocarán un vuelco considerable en este aspecto. La Revolución Francesa, las guerras y revueltas que se desencadenarán en todo el continente y la posterior caída de Napoleón Bonaparte, convertirán a la historia en una vivencia de masas a escala europea. Durante los decenios que van de 1789 a 1814, cada pueblo europeo ha soportado más mutaciones que en los siglos anteriores; esas experiencias combinadas con el conocimiento de que están sucediendo en todo el mundo, señala Luckács, “trae la conciencia de que la historia es un ininterrumpido proceso de transformaciones y que, por último, esa historia interviene directamente en la vida de cada individuo” (p. 19). La formación de ejércitos de liberación en las guerras napoleónicas provocará asimismo el surgimiento de una propaganda nacionalista encaminada a convencer a las masas de que tomen partido en las contiendas; la apelación a la independencia y a la peculiaridad patria de este modo “se enlaza necesariamente con un nuevo despertar de la historia nacional, con recuerdos de la pasada grandeza, de los momentos de humillación” (p. 20). Este nuevo patriotismo arraigará en el mundo cultural europeo, y particularmente en el campo de la literatura. Y lo hará en un aspecto fundamental: cada país volverá su mirada al pasado en busca de las obras

acumuladas a lo largo de los siglos; se multiplican así las antologías y las historias de la literatura nacionales. La atemporalidad y el universalismo, criterios que guiaban la conformación del canon literario neoclásico, se verán de esta manera progresivamente relegados.

Las corrientes de pensamiento idealista, que tienen su origen en las obras de Hegel, serán las encargadas de dotar de un fundamento filosófico al sentimiento historicista y nacionalista surgido del nuevo escenario europeo. Como vimos, sus teorías se articularán a partir de la constante dialéctica que se observa entre la realidad efectiva y los principios sobre los que se supone descansa su legitimidad, o sea, las ideas absolutas y universales; dialéctica que definirá a la historia como un proceso ininterrumpido cuyo último objetivo sería la realización de la conciencia de la libertad. Y esa concretización de lo universal en el mundo “no puede ser otra cosa que la constitución de un orden humano que combine necesidad y libertad, determinación y voluntad” (2005: 5). Lo cual será encarnado según Hegel por el Estado nacional; puerta de entrada de los individuos a la historia (p. 13). Cada nación, sujeta a su propio proceso histórico, representará una etapa distinta y peculiar del espíritu universal; y la literatura aparecerá como la manifestación más genuina de las múltiples idiosincrasias nacionales, del espíritu de cada pueblo. La literatura cobra de este modo una nueva dimensión política: aparece no solo como un medio de adoctrinamiento, sino también como un emblema identitario. Los cánones literarios servirán ahora de “espejo cultural e ideológico de la identidad nacional, fundada en primer lugar en la lengua” (Sulla, 1998: 11), pues esta pasa a considerarse la máxima expresión del *volkgeist* hegeliano.

“Las sanciones del canon son legitimidades que se alcanzan por un esfuerzo historiable”, dice José-Carlos Mainer, ya que:

Nuestra idea de la literatura medieval española (y francesa, italiana...) se construye sobre la atribución de la hegemonía artística y social a las obras escritas en un dialecto románico vacilante que hemos dado en llamar español, con manifiesto olvido de las obras latinas y de los auténticos usos coetáneos de la lengua escrita: de ese modo privilegiamos un a priori historiográfico como es el de construir una “historia española”(o francesa o italiana). Importándonos bien poco las razones de la conciencia lingüística medieval o la misma inexistencia de la idea de nación en el siglo XIII (1998: 273).

Tendencia canonizadora que arranca del romanticismo, y cuyas notas distintivas - libertad creativa, historicismo y nacionalismo- prefiguraron la naturaleza de los cánones literarios que continúan vigentes en la actualidad. Y ello porque estos, además de guiar las imprescindibles selecciones de lecturas, son la expresión, como dice Mignolo, de la necesidad de las comunidades humanas “de estabilizar su pasado, adaptarse al presente y proyectar su futuro” (1998: 251).

Decíamos que la elaboración de los cánones se halla condicionada por las transformaciones históricas, de ahí que, como señala André Lefevére, este

suele proyectar las “refriegas” de su propia época sobre el pasado, consiguiendo el apoyo de aquellos escritores que canoniza por tener una determinada ideología, una determinada poética, o ambas. Una cultura manipula su pasado en función de lo que los grupos dominantes de esa cultura desearían que fuese su presente (1997: 151).

Pero a diferencia de lo que sucedía en el Antiguo Régimen, en las sociedades liberales no existirá una autoridad que ostente de modo incontestable la potestad de canonizar o por el contrario de marginar a una obra o a un autor determinado. Desde el siglo XIX, el sistema literario se regirá por una autoridad múltiple que operará distintas selecciones de lecturas, ya que la atomización del poder privará a los escritores de referentes claros y unívocos. Asimismo, la desaparición de un código artístico selectivo, y la consiguiente proclamación de la libertad creativa, fomentará el antagonismo entre unos escritores y otros; los cánones tienden ahora a transformarse tan solo en poéticas dominantes permanentemente expuestas a ser sustituidas. La entrada en escena de otro agente, el público lector, gracias al crecimiento del alfabetismo y al desarrollo de los medios de producción y distribución de las obras literarias, dará lugar a una controvertida nueva autoridad que contribuirá de modo decisivo a establecer un panorama cada más heterogéneo.

Así, las instancias que inciden en la configuración de los distintos tipos de cánones pueden ser clasificadas en: público, editores, escritores y crítica profesional. Ninguna de ellas puede ser sometida a una categorización monolítica, entre otras cosas, porque todas se hallan en permanente proceso de evolución. Asimismo, cada estamento se manifiesta a través de sus propios medios y ejerce influencias en ámbitos distintos según sea el canon del que tratemos; estando todos ellos sometidos además a una relación de interdependencia. Si la canonicidad de una obra emanase del acuerdo diacrónico de todas las instancias no

cabrían las discusiones respecto de lo que constituye la literatura canónica. Pero esto resulta imposible de asimilar en la práctica y, como veremos, lo que se observa son brechas y desacuerdos tan pronunciados que a menudo los distintos tipos de cánones se forman por oposición de unos con otros, esto es, a partir de criterios antagónicos. A continuación, haremos un somero recorrido por el concepto crítico con el que habitualmente se caracteriza a estas autoridades principales.

En primer lugar nos ocuparemos del público. El surgimiento de este como autoridad con capacidad selectiva de lecturas tiene lugar en paralelo al desarrollo de las sociedades liberales. El abaratamiento y mejoramiento de los procesos de producción de papel y el descenso de la población analfabeta convertirán a la lectura en un fenómeno de masas. Todo ello dará lugar al nacimiento de la industria del libro, que, como tal, se regirá por las leyes de la oferta y la demanda del consumidor; la literatura aparece por lo tanto por vez primera como un sustancioso negocio. En adelante, los escritores deberán seguir no solamente unas reglas del arte, ahora ya imprecisas, sino los gustos de un público que interpretará un editor. En 1887, el escritor italiano Emilio de Marchis, en el prólogo a su *Il cappello del prete*, escribirá: “L’arte é cosa divina, ma non è male di tanto in tanto scrivere anche per i lettori” (2006: 3). Esta frase expresa elocuentemente el progresivo proceso de divorcio que se irá registrando entre las distintas autoridades con capacidad selectiva. Ello sucede, a juicio de Habermas, porque cuando las leyes del mercado penetran en la esfera reservada a las personas en su calidad de público se produce el efecto de que “el raciocinio tiende a transformarse en consumo, y el marco de la comunicación pública se disgrega en el acto, siempre uniformizado, de la recepción individual” (2004: 190). Ha nacido la llamada cultura de masas; se generaliza así la producción de obras literarias destinadas conscientemente a un público caracterizado por su multiplicidad y por su supuesta falta de exigencia. A partir del último tercio del XIX, cuando de Marchis escribía su epigramática frase, empieza a verificarse lo que Bourdieu denomina el proceso de “autonomización del arte”. Los escritores tienden a diferenciarse entre aquellos que escriben con su mirada puesta en el perfeccionamiento artístico, y aquellos otros que escriben para el público, o lo que es lo mismo, para vender. De esta manera, según el sociólogo francés, el campo de la cultura comienza a funcionar como una economía al revés, una economía antieconómica que, sobre todos los planos, jerarquías, instituciones..., se contrapone sistemáticamente al sector en el cual la lógica del mercado es preponderante. Es decir, el éxito del público determinaría una proporcional desvalorización artística (2005: 207). El canon que se deriva de esta autoridad sería aquel que Harris nombraba como el “canon del día”. La figura del editor encarna el

filtro más importante de esta selección y, en principio, realiza su tarea con el fin primordial de maximizar sus ganancias. En este sentido, como estudiaremos más adelante, se orientan las críticas de una larga lista de intelectuales desde la mitad del siglo XIX hasta nuestros días a la denominada “industria cultural”. Theodor W. Adorno, por ejemplo, imputa a esta un plan conscientemente dirigido a anular la autonomía del artista y a hacer desaparecer el sentido crítico de la opinión pública (1976: 7). De momento, baste con apuntar que la selección operada en función de los gustos del público mayoritario es presentada a menudo como el reverso del canon crítico.

En segundo lugar, aparece la autoridad formada por lo que podríamos denominar como lectores profesionales, y que a su vez incluye dos categorías: la de los críticos literarios y la de los integrantes de las instituciones académicas. Estos últimos son los más directos herederos de la función que hasta el siglo XVIII cumplían las distintas instancias culturales; la sociedad les encomienda la tarea de, entre otras cosas, enjuiciar las obras literarias. Aunque a menudo un mismo individuo puede desempeñar su actividad en ambos espacios, debe tomarse a críticos e instituciones universitarias por separado, ya que cada una de ellos se sitúa en una esfera de la sociedad distinta. Mientras que los críticos literarios desarrollan su labor en los medios de comunicación, los pertenecientes a las instituciones académicas lo hacen en el haz de sedes educativas oficiales. Los primeros actúan como mediadores entre el público y las obras, pues para que estas resulten visibles en el sistema literario necesitan ser publicitadas. Es decir, su influencia es inmediata y resulta ponderable respecto a las selecciones del “canon del día”, aunque pueden repercutir también en el futuro ingreso de una obra en el “diacrónico”. Sin entrar a valorar cuál es el grado de independencia del que disfrutan, resulta obvio que en su quehacer se hayan sometidos a una serie de presiones que imponen los intereses mercantiles y editoriales de los órganos en y para los que trabajan. En cambio, los lectores profesionales del ámbito académico disfrutan en principio de una mayor autonomía.

Frank Kermode describe la institución universitaria como una comunidad profesional dotada de autoridad no indiscutible para definir o indicar los límites de un tema, imponer valoraciones y dar validez a interpretaciones. La Universidad mantiene complejas relaciones con otras instancias de carácter público, y “en la medida de que tiene, de modo innegable, un aspecto político penetra en el mundo del poder; pero por sí misma, añadiremos, es poco poder el que tiene” (1998: 92). Son de algún modo los guardianes de la “cultura oficial”, aunque en su seno se puedan registrar profundas divergencias sobre cuáles son los perfiles de esta. Creemos, no obstante, que a pesar de la progresiva autonomía que han ido

conquistando estos espacios, no puede entenderse su representatividad fuera del ámbito político y de su interacción con los poderes que la dotan de legitimidad. Y desde el momento en que sobre ellos recae la tarea de interpretar y construir la imagen que una cultura tiene de sí misma, su efecto sobre la sociedad es directo, y su poder consecuentemente nada desdeñable. Las antologías, preceptivas, estudios e historias literarias que producen sus miembros y que constituyen sus instrumentos pedagógicos, suponen un índice computable del específico estatus canónico del que disfruta un autor o una obra determinados. Estos trabajos exegéticos, aunque en última instancia son fruto del criterio personal de sus autores, están condicionados por unos códigos que rigen la actividad académica, tales como el deber de fundamentación racional de acuerdo a prácticas consensuadas; pero también, en el peor de los casos, pueden verse subordinados a las directrices impuestas por los poderes de los que dependen. En este tipo de obras hallamos la confrontación dialéctica de los miembros con unas tradiciones nacionales que no pueden ser desconocidas. La acumulación de sus juicios a lo largo del tiempo, con sus reformas, supervivencias y novedades, son el indicador más certero del carácter dinámico de los cánones literarios. Según la clasificación que venimos manejando, la selección que realizan los lectores profesionales se correspondería con la del canon “oficial”, del que se derivarían el “pedagógico” y el “diacrónico”.

Por último, nos encontramos con la autoridad compuesta por los mismos artistas, cuyos dictámenes resultan ser los más complejos de concretizar. Los criterios para confeccionar los cánones asociados al éxito de público son fácilmente identificables: número de ventas de una obra, facilidad para adquirirla, adaptaciones a otros formatos, etc.; así como también lo son aquellos que guían la actividad de los críticos profesionales, y que se sustentan en juicios de valor tendentes a establecer jerarquías, o bien entre los libros, o bien entre los autores. Pero no ocurre lo mismo respecto a la selección que operan los escritores entre sí a través de sus propias creaciones. Todo autor está inscrito necesariamente en un determinado contexto literario, de modo que sus obras se construyen desde la mirada de espectador e intérprete que dirige sobre las de sus colegas. Estas influencias, huellas, rastros y preferencias, que a la postre conforman las poéticas de los cánones, como decimos, resultan ser mucho más difíciles de señalar pues a menudo dependen de la lectura interpretativa y subjetiva que de las obras haga un tercero.

Para Harold Bloom, sin embargo, esta sería la autoridad más importante y la que selecciona el canon final, ya que sostiene que “el valor estético emana de la lucha entre textos” (2002: 48). Como más tarde veremos, estas tesis han sido profusamente rebatidas

por críticos de medio mundo que alertan sobre su interesado olvido de los factores sociales, históricos, ideológicos, etc., que interfieren en el fenómeno literario. En la dirección opuesta a las ideas de Bloom, se orienta la teoría de los campos elaborada por Bourdieu, quien se ocupa de objetivar las distintas fases que atraviesa una determinada obra hasta alcanzar un “estatus artístico”. Para Bourdieu, los libros y autores que alcanzan la canonización no deben esta a su inmanente mérito estético, sino a todo un proceso de producción del valor y sentido del arte en el que están implicados otros escritores, editores, traductores, lectores, galeristas, etc., además del sistema educativo (2005: 334). En todo caso, la selección que pueden llevar a cabo los escritores no puede desligarse completamente de la asociada al público o a la de los lectores profesionales; lo contrario supondría partir de la ilusoria idea de que los “verdaderos” escritores son individuos impermeables a todo estímulo ajeno a su numen artístico. En este sentido resulta ilustrativa la anécdota que ofrece Helmut Kreuzer sobre Schiller; el escritor alemán confesó a su amigo Humboldt que en más de una ocasión había cedido a los requerimientos materiales del mundo y de su época, ya que, decía Schiller, “[i]nizialmente piace fare il sovrano degli spiriti, ma a quale sovrano non capita di diventare il servo dei suoi servi pur di mantenere il dominio?” (*apud* Kreuzer, 1976: 26). El crítico alemán quiere así dar a entender que a menudo resultará difícil establecer la frontera entre los escritores que en principio “escriben para el arte” y aquellos otros que lo hacen para complacer algún tipo de expectativas; de modo que habría que tener en cuenta no solo las relaciones entre Schiller y sus contemporáneos de éxito, entre Schiller y el público de su época, sino también las de Schiller contra Schiller (*ibíd.*).

Aunque no resultaría posible encontrar una época en la que se haya dado un consenso sin fisuras en torno al contenido y significación de lo considerado como artístico, durante los dos últimos siglos el desacuerdo se ha ido progresivamente agudizando. El proceso de atomización de las autoridades con potestad para decidir las reglas del arte ha ido alejando cada vez más la posibilidad de alcanzar definiciones incuestionables. Los cánones literarios oficiales, basados precisamente en la presunción de que existen criterios legítimos y válidos con los que establecer jerarquías artísticas, aparecen en el centro de un debate que se debe enmarcar en dos coordenadas socio-históricas precisas: la posmodernidad y la consolidación de una cultura de masas.

La conciencia historicista que surgió tras la Revolución Francesa y la idea de progreso ilimitado que la acompañó, que antes asociábamos a la filosofía hegeliana, entrará en una crisis profunda a finales del siglo XIX. Cuando Nietzsche dijo que cualquier intento por escapar a la historia se encontraba históricamente determinado, estaba poniendo de relieve la

quiebra del historicismo teleológico decimonónico; el cual, según él, convertía al “mundo en una exposición y a los contemporáneos que gozan de ella en espectadores indiferentes” (Habermas, 2006: 5). Según Gianni Vattimo, Nietzsche y Heidegger “y junto con ellos todo ese pensamiento que se remite a los temas de la ontología hermenéutica” fueron quienes pusieron la bases “para construir una imagen de la existencia en estas nuevas condiciones de no historicidad o, mejor aún, de posthistoricidad” (2000: 12). Continúa argumentando el filósofo italiano que lo posmoderno se caracteriza así “como la disolución de la categoría de lo nuevo, como experiencia del fin de la historia, en lugar de presentarse como un estadio diferente de la historia misma, pero no se toma como algo catastrófico, sino como elemento que forma parte de la percepción de la historicidad” (*ibíd.*).

Desde esta perspectiva posmodernista, todo fenómeno queda estigmatizado como coyuntural, lo que consecuentemente lleva a poner en duda la existencia de criterios morales, filosóficos o estéticos de valor universal y atemporal. Como explica Habermas:

Para Nietzsche la situación de partida es clara. Por un lado, la ilustración historicista no hace más que reforzar las escisiones que las adquisiciones de la modernidad llevan anejas y que cada vez se hacen sentir con más fuerza; la razón que se presenta en esa forma cuasirreligiosa que es el humanismo culto ya no desarrolla ninguna fuerza sintética capaz de sustituir el poder unificante de la religión tradicional. Por otro lado, la modernidad tiene cerrado el camino de vuelta a una restauración. Las imágenes religioso-metafísicas de las viejas civilizaciones son ellas mismas ya un producto de la ilustración, demasiado racionales, por tanto, para poder oponer todavía algo a la ilustración radicalizada que la modernidad representa (*ibíd.*).

Se inaugura con Nietzsche una corriente de pensamiento que ha dado en llamarse posmoderno, y cuyo discurso gravita en torno a la idea de la crisis de sentido que padecen las sociedades actuales. En su estudio sobre los orígenes de la posmodernidad, Perry Anderson rastrea los primeros usos del término en la crítica literaria hispánica de principios del siglo XX a partir de los comentarios de Ricardo Palma y Rubén Darío. Más tarde el vocablo reaparecerá en el ámbito historiográfico anglosajón de la mano de intelectuales como Arnold Toynbee. Sucesivamente lo posmoderno se usará para caracterizar diversas corrientes artísticas, en especial en el campo de la arquitectura (2000: 9 a 27). Pero su primera formulación filosófica data de 1979 y corrió a cargo de Jean-François Lyotard,

quien en *La condición posmoderna* se refería a la posmodernidad como un cambio general de las circunstancias humanas. Esta reflexión nació de un encargo del gobierno canadiense para contar con un informe sobre el estado del conocimiento contemporáneo. Las conclusiones de Lyotard fueron que la llegada de la posmodernidad estaba ligada al surgimiento de una sociedad posindustrial, en la que el conocimiento es la principal fuerza de producción, una fuerza de producción que sobrepasaba los límites nacionales pero que al mismo tiempo ha perdido sus tradicionales legitimaciones: el idealismo y el progresismo. De este modo, el rasgo definitorio de la condición posmoderna lo establecía Lyotard en la pérdida de credibilidad de las metanarrativas o grandes relatos -como el del perfeccionamiento ilimitado de la sociedad-, en los que se habían apoyado las filosofías idealistas y positivistas, y las subsiguientes ideologías a las que habían dado lugar.

Estas circunstancias habrían provocado, a juicio de Lyotard, la actual crisis de sentido que caracteriza a las sociedades occidentales, y que se evidencia en la inexistencia de proyectos comunes o de una razón imputable a la humanidad que consigan crear un suficiente consenso, y que encuentren bases indiscutibles sobre las que fundarse. Escribe el filósofo:

“Posmoderno” probablemente no es un buen término, pues implica la idea de “periodización” histórica y “periodizar” es una idea todavía “clásica” o “moderna”. “Posmoderno” indica simplemente un estado de ánimo o mejor, de pensamiento. Podría decirse que se trata de un cambio en relación con el problema del sentido. Simplificando mucho, lo moderno es la conciencia de la falta de valor de muchas actividades. Lo que tiene de nuevo es el no saber responder al problema del sentido. (1992: 1).

El siguiente paso para la divulgación de la posmodernidad como concepto clave de la edad contemporánea lo dará Habermas con *La modernidad como proyecto inacabado* (1979). Este ensayo supuso la primera reacción contra las tesis de Lyotard; Habermas sostenía que, en el ámbito occidental, se atribuía a la evolución de la estética la culpa de lo que a todas luces era la lógica comercial de la propia modernización capitalista. La modernidad del proyecto ilustrado tiene dos vertientes. La primera encarnada por la ciencia, la moralidad y el arte, que, al no estar ya fundidos en una religión revelada, se diferencian por primera vez en unas esferas de valor autónomas, gobernadas cada una de ellas por sus propias normas. La segunda, trata de verter el potencial de esos dominios

recién liberados al flujo subjetivo de la vida cotidiana, en el cual pudieran interactuar para enriquecerlo. Esta última vertiente representa, a juicio de Habermas, el programa que se había extraviado; pues en lugar de integrarse a los recursos comunes de la comunicación cotidiana, cada esfera ha tendido a convertirse en una especialidad esotérica cerrada al mundo de los significados ordinarios.

Hacia 1981, explica Anderson, ha cristalizado el concepto de posmodernidad gracias a las exposiciones de Lyotard y Habermas; de manera que queda caracterizado por su dispersión discursiva; tendríamos “por un lado, una visión filosófica de conjunto sin ningún contenido estético significativo, por el otro una comprensión estética sin un horizonte teórico coherente”. Lo posmoderno desde entonces, en gran medida, ha pasado a ser “la condena de las ilusiones alternativas” (2000: 66).

Ello produce una extraordinaria disparidad de definiciones, de la que es buen ejemplo el volumen colectivo coordinado por Hal Foster, titulado *La posmodernidad* (1985), en la que colaboraron algunos de los más señeros teóricos del fenómeno. Así, Rosiland Krauss y Douglas Crimp, caracterizan el postmodernismo como ruptura eminentemente estética respecto a los postulados del modernismo; Craig Owens y Kenneth Frampton, en la línea de Nietzsche y Lyotard, sitúan su origen en el declive de los mitos modernos del progreso y de la superioridad; o Frederic Jameson y Hean Braudillard consideran que la posmodernidad encierra una nueva cosmovisión esquizofrénica del espacio y del tiempo. Salvo Habermas, quien aporta el ensayo que citábamos antes, todo ellos comparten la creencia de que el proyecto de la modernidad es ahora profundamente problemático. Estamos de acuerdo con Hal Foster cuando dice que tal vez la mejor manera de pensar el posmodernismo sea, pues, “la de considerarlo como un conflicto de modos nuevos y antiguos, culturales y económicos, el uno enteramente autónomo, el otro no del todo determinativo; y de los intereses invertidos en ellos” (1985: 11).

A pesar de que el término encuentre, como vemos, numerosos detractores y genere arduas polémicas, el campo de los estudios literarios contemporáneos puede ser observado bajo esta óptica posmoderna, en el sentido de que se caracteriza por la falta de consenso respecto a un metarrelato o marco definitivo que explique la función, sentido y naturaleza del arte. La desconfianza hacia los discursos humanísticos ha provocado una incesante búsqueda de certezas racionales en todos los ámbitos del pensamiento, y la única instancia capaz de ofrecerla ha sido la ciencia. En el terreno de los estudios literarios, este clima cultural se fue traduciendo en lo que Pozuelo Yvancos describe como un cambio de paradigma, del decimonónico basado en estudios histórico-biográficos se pasó al

paradigma formalista-estructuralista nacido en pos de la sistematización científica del hecho literario, y que se caracterizará por una rigidez epistemológica dirigida a alcanzar enunciados de validez universal y ahistórica (2000: 19). Como escribe Loretta Innocenti, a lo largo del siglo XX, se ha negado la legitimidad de la valoración estética, no se habla de valor sino de interpretación a partir de la conciencia de sus mecanismos formales y sus funciones estructurales; todo lo cual ha desplazado los análisis sobre la literatura a la función social, ideológica o política que también desempeña, aunque no exclusivamente como dichas ópticas dan a entender (2000: 15). El formalismo tratará de estudiar las obras en sí mismas, desatendiendo todo aquello extraliterario. El abuso de este paradigma llevará al estructuralismo que pretenderá descubrir los constituyentes básicos de toda obra para devolver el texto a su origen. Al estructuralismo le seguirán las teorías de la recepción, cuyo nuevo giro hacia el contextualismo histórico provocará un nuevo exceso formulista; “privarse de la luz histórica –como dice Noel Salomon- resulta tan pobre, mezquino y mutilante, como puede ser reducirlo todo a la historia” (1974: 17). Pozuelo Yvancos, resume de este modo el posterior movimiento registrado en la crítica literaria:

Gracias a la difusión de Ingarden de la teoría literaria de la filosofía fenomenológica de Husserl, que se situaban en la base tanto de las propuestas formalistas como en las de las teorías de la recepción, se ha podido ver que la oscilación en la dominación de la obra o del lector, lo era en el seno de un mismo paradigma que se llamaría semiótico, que establecía el conocimiento de la obra según distintos estratos (2000: 19).

La teoría literaria hodierna en gran medida ha abandonado este circuito semiótico, pero no por desconocer que en realidad se producen interrelaciones entre los diferentes estratos que forman parte del proceso de creación y recepción de una obra, “sino porque ha desplazado el centro de su atención a la relación del circuito semiótico con el sujeto que lo estudia”, lo cual nos ha colocado ante la evidencia de que “el objeto literario es una consecuencia de un lugar teórico previo” (*ibíd.*). En definitiva, ante el descrédito de las innumerables teorías y paradigmas que se han ido sucediendo, y la consecuente proliferación de versiones o teorías híbridas surgidas al calor de estas, se ha generado un clima dominado por la confusión que ha abonado los postulados del posmodernismo.

En la actualidad, nos hallamos inmersos en la dinámica que impone la irrealizable y vaga obligación de legitimar empíricamente todo enunciado. Y como tal pretensión resulta

quimérica, la ausencia por parte de los estudios de una coartada epistemológica irrefutable deja a estos al albur de todo tipo de impugnaciones. Castoldi dice al respecto que la concepción del texto como una máquina corresponde a la necesidad de recuperar certezas tras la crisis de la idea de progreso; y que la competencia entablada por las disciplinas filológicas con la ciencia ha impedido ver la contribución específicamente cognoscitiva de la literatura, óptica que se hace preciso recuperar (2000: 111). La postura de Castoldi expresa una tendencia reactiva al proceso de autorreflexión y autocuestionamiento puesto en marcha por la crisis del sentido de los “grandes relatos”. Como apunta Lyotard, la posmodernidad se ha caracterizado por su propensión a invalidar las posibilidades del lenguaje; de modo que se cuestiona la capacidad de este para transmitir enunciados empíricamente objetivos, lo cual afecta directamente a la legitimidad de la exégesis literaria: “Freud, Duchamp, Bohr, Gertrude Stein, Rabelais, Sterne son posmodernos desde el momento que centran su interés, en las paradojas, en que continuamente confirman la inconmensurabilidad de lo que hablamos” (1992: 9).

La resistencia a esta atmósfera posmoderna viene a menudo encarnada en forma de críticas neoimpresionistas, de las cuales las teorías de Harold Bloom a las que antes aludíamos constituyen un buen ejemplo. Habermas identifica a este respecto para el ámbito filosófico dos posturas fundamentales que toma de Stephen Toulmin: la de los absolutistas y los relativistas; los primeros serían aquellos

que reducen los conocimientos teóricos, las ideas práctico-morales y las evaluaciones estéticas a argumentos deductivamente concluyentes o a evidencias empíricamente constructivas. En la medida en que los argumentos son concluyentes en el sentido de ilación lógica, no producen nada sustancialmente nuevo, y en la medida en que tienen un contenido sustancial, se apoyan en evidencias y necesidades que pueden ser interpretadas de forma diversa con ayuda de distintos sistemas de descripción y a la luz de teorías cambiantes, y que no ofrecen, por tanto, ningún fundamento definitivo. Mas por otro lado, Toulmin critica igualmente las concepciones relativistas, que no pueden explicar la peculiar coacción sin coacciones que ejerce el mejor argumento, ni dar cuenta de las connotaciones universalistas de pretensiones de validez tales como la verdad de las proposiciones o la rectitud de las normas (1999: 45).

En el ámbito literario, como iremos viendo, puede establecerse una identificación análoga entre las dos posturas extremas entre las que oscila el debate de los cánones literarios. De un lado, los absolutistas serían aquellos que defienden la objetividad de unas esencias artísticas, que no solo pueden ser identificadas, sino que también sirven para establecer jerarquías entre obras y autores a partir de los cuales postular cánones literarios que gocen de legitimidad. Por otro lado, los relativistas son aquellos que tienden a recalcar el subjetivismo que en última instancia se halla detrás todo juicio estético, además de señalar los numerosos factores extraliterarios que inevitablemente lo condicionan. De entre estos últimos, el que más polémica genera es el factor ideológico. Desde el momento en que cualquier texto es susceptible de ser interpretado en clave política, el debate en torno a las obras que componen los cánones literarios oficiales se ha desviado en gran medida hacia este aspecto, de modo que los relativistas tienden a ver en estos elencos canónicos el reflejo de ideologías y valores dominantes. En opinión de Enric Sullá, esto explica la razón por la que el canon ha suscitado ataques y defensas, “considerándolo unos, los detractores, como inequívocamente reaccionario, y otros, los defensores, como el núcleo de la cultura occidental, con la que se identifican naciones, tradiciones literarias e individuos” (1998: 12).

En el escenario de la posmodernidad, el relativismo alcanzaría a los principios morales y a los sistemas éticos al hallarse igualmente incapacitados para ofrecer una coartada universalista. En este contexto entra en crisis la jerarquía en la que la tradición había fundado la transmisión de valores, entra en crisis por lo tanto el canon. Habermas lo explica como consecuencia de la desvirtuación continua a la que se halla sometida la esfera de la opinión pública, donde cualquier independencia real es negada, lo cual desautorizaría a la clase intelectual para establecer o predicar normas u orientaciones ecuménicas. El filósofo denuncia asimismo la escasa relevancia de esa esfera de opinión que ilusoriamente aparece potenciada por los progresos tecnológicos comunicativos, sin embargo, es justamente a través de estos que cada vez la opinión pública se ve más invadida y vaciada de procesos de elección, promoción y legitimación, que serían los propios de una sociedad cívica, pero son en realidad los del mercado. En cambio, Vattimo aplica una óptica distinta y menos suspicaz, ya que considera que

una vez desaparecida la idea de una racionalidad central de la historia, el mundo de la comunicación generalizada estalla como una multiplicidad de racionalidades locales – minorías étnicas, religiosas, sexuales, culturales o estéticas (como los punk, por ejemplo) -, que toman la palabra y dejan de ser

finalmente acallados y reprimidos por la idea de que solo existe una forma de humanidad verdadera digna de realizarse, con menoscabo de todas las peculiaridades, de todas las individualidades limitadas, efímeras, contingentes (1994: 17).

La ausencia de referentes, en el marco de una cultura de masas, da pie también a posturas alarmistas como la de Castoldi, que opina que la posmodernidad ha hecho del arte una mercancía más; y que la expresión más elocuente de la sociedad actual es Internet, entropía del saber liberado de toda referencia ética (2000: 118). El público estaría por lo tanto inmerso en un zoco inabarcable, que incluso recordaría al catálogo imposible de todos los libros al que aludíamos, pero carecería de referentes fiables mediante los que guiarse. Los intermediarios que se le ofrecen, de un lado, los editores y medios de comunicación, del otro, los lectores profesionales, se hallarían al servicio de intereses ajenos a la estética, espurios; además de enredados en estériles disputas que deslegitimarían sus opiniones.

A grandes rasgos, este es el escenario en el que se desarrolla el debate en torno a los cánones literarios en la actualidad. A propósito resultan oportunas estas palabras de Domingo Yndurain:

En todas las edades ha existido la tendencia a suponer que las creencias humanas básicas y fundamentales, como pueden ser la lengua, la organización social, el arte, el discurso lógico, la ciencia, no sólo no son creaciones positivas, sino que son impedimentos para que el hombre acceda directamente a la realidad de las cosas, y para que pueda alcanzar una comunicación verdaderamente humana con los otros hombres. Parece como si las épocas clásicas coincidieran con los momentos de valoración positiva de las creaciones señaladas, mientras que en la no clásicas, se despreciasen tales logros e, incluso, se tratase de destruirlos bien para acceder a otros nuevos, bien a regresar a una edad inocente y espontánea, previa a todas esas complicaciones que han corrompido a los individuos y a la especie humana. Y cuanto más se retroceda hacia ese origen o principio puro e incontaminado, mejor (Espronceda, 2003: 13).

Pocos no estarían de acuerdo en convenir que la nuestra es una edad no clásica que desconfía no solo de su presente, sino también de su pasado y de su futuro. Al cabo

coexisten, como según Yndurain siempre lo hicieron, una miríada de tendencias: revolucionarias, revisionistas, conciliadoras, destructoras, regresivas, conservadoras, contemporizadoras... Estamos de acuerdo con Hal Foster cuando escribe que: “En la política cultural existe hoy una oposición básica entre un postmodernismo que se propone deconstruir el modernismo y oponerse al *statu quo*, y un postmodernismo que repudia al primero y elogia al segundo: un posmodernismo de resistencia y otro de reacción” (1985: 17). Todo lo cual nos sitúa ante una evidencia: el universo de ideas se va tejiendo a través de la dialéctica que se entabla entre unos y otros; de ahí que el camino más sensato sea en nuestra opinión el de adoptar una postura sencillamente dialéctica.

2. DEFENSORES Y DETRACTORES

En principio, podríamos identificar la postura de los defensores de los cánones con la de aquellos que ante el indiscriminado revisionismo al que se somete la herencia de la tradición cultural pretenden salvaguardar lo que consideran su esencia. En este sentido, la existencia de un censo de autores legado a través de los siglos, el cual asimismo ofrece una poética diacrónica que da contenido y sentido al arte, supone un referente fundamental que representa unos valores y conceptos legítimos de cultura. Dentro de este bloque de defensores pueden identificarse a su vez un haz de motivaciones y argumentaciones diversas. Se hallan desde aquellos que conjuran al canon literario como reducto de un humanismo definitivamente perdido, hasta aquellos que desde una actitud pragmática lo contemplan como una convención fidedigna que cumple una función social necesaria.

Harold Bloom, gracias a la repercusión alcanzada con su libro *El canon occidental* (1995), se ha constituido en el adalid de los señalados como absolutistas. A pesar de reconocer que al menos desde el siglo XIX nadie posee autoridad suficiente para imponer un canon occidental, asegura que “la elección estética ha guiado siempre cualquier aspecto laico de la formación del canon” (2002: 32). Para Bloom, como antes veíamos, “la estética es ante todo un asunto individual más que social” (p. 26), y sería la originalidad de un autor de “manera que o bien no puede ser asimilada o bien nos asimila de tal modo que dejamos de verla como extraña” (p. 13), más su capacidad de absorción y refundación de la tradición, lo que le procuraría una canonicidad sancionada sucesivamente por los escritores que se van sintiendo a su vez elegidos.

Para interpretar correctamente las tesis de Bloom deben ser enmarcadas en su preciso contexto: el ambiente universitario norteamericano. Ello nos permite entender la virulencia y rotundidad de unas afirmaciones que son ante todo una reacción contra otras tesis no menos radicales, las de las escuelas de estudios culturales estadounidenses inspiradas en las ideas de los Derrida y Foucault¹⁴⁶. Como apunta Pozuelo, estas últimas “no buscan solo formar

¹⁴⁶ Debido a la enorme repercusión alcanzada por las teorías de Bloom, estas han sido objeto de numerosas interpretaciones. Carlos Gamero, en un ensayo dedicado precisamente a analizar la teoría agonística, a la luz de la trayectoria personal del crítico norteamericano, desliza una serie de circunstancias. Una de ellas sería el origen humilde y judío del autor que, según Gamero, le habría llevado a afrontar desde el principio una serie de dificultades que acabaron por convertirle en el prototipo de “persona hecha así misma”, permanente a la defensiva y tendente a la automarginación personal. Otra no menos relevante, sería la de la enfermedad que padeció el hijo de Bloom, y cuya tratamiento requería de enormes recursos económicos; lo cual le habría obligado a ampliar su actividad profesional a un gran público con la intención de obtener a toda costa más dinero que el que le reportaba su actividad universitaria. De este modo, el muy inteligente Bloom, habría sabido dar con un tema que conectaba a la literatura con la sensibilidad de una parte importante de la sociedad

parte de un pluralismo interpretativo, sino que planean cuestionar las bases mismas de la noción de cultura o de literatura” una vez que, como postulan los teóricos del posmodernismo, “se declara rota la idea de la identidad cultural consensuada por la tradición liberal centroeuropea” (2000: 19). Es decir, los estudios de Bloom tienen como trasfondo filosófico la renuencia al relativismo cultural, y como marco una sociedad norteamericana de composición multiétnica, multirreligiosa y multilingüística. Tanto absolutistas como relativistas buscan articular una identidad individual y colectiva que de sentido a ser estadounidense. Bloom representaría la facción que considera que la identidad está ya formada y que los nuevos sujetos tan solo deberían adoptarla; mientras que los miembros de los estudios culturales abogan por construir una nueva a partir del crisol cultural que ofrece la realidad estadounidense. *El canon occidental* del crítico absolutista ha sido objeto de ataques tanto en lo relativo al método seguido para confeccionarlo como en cuanto a la selección a la que ha dado lugar. Una de las acusaciones más repetidas ha sido la de anglocentrismo, ya que de los veintiséis autores que cita Bloom casi la mitad pertenecen a la tradición de la lengua inglesa. María Teresa Gramuglio se refiere a este hecho irónicamente: “No sé si es natural que para un norteamericano toda la literatura del mundo tienda a estar contenida en el ámbito anglosajón, pero lo menos que puede decirse es que a cualquier lector occidental le resulta rarísimo un siglo XIX sin ningún autor francés” (1998: 48). Estamos también de acuerdo con la opinión de esta estudiosa cuando tilda de arbitrario al libro, “porque en él, Harold Bloom desplaza en realidad el proceso institucional y secular de la formación del canon [...] y lo reemplaza con su propio sistema de lecturas” (p. 45). Negar que factores de hegemonía política, ideológicos, históricos o sociales interfieren decisivamente en el sistema literario del que resulta todo canon, como veíamos que hacía el crítico norteamericano explícitamente, supone sencillamente negar la evidencia.

Lo esencial de la controvertida postura sostenida por Bloom es compartida por George Steiner en su *Presencias Reales* (1989). Este libro también nace como reacción a determinados sectores de la crítica académica occidental, a los que Steiner considera inmersos en una absurda e infinita dinámica de trabajos exegéticos secundarios que solo contribuyen a generar confusión y abultamiento. Observa el autor que las disciplinas

norteamericana, como es el relativo a los problemas identitarios que plantea la enseñanza de los grandes autores de la tradición occidental (2003: 5 y ss.).

humanísticas han sido infectadas por las peores prácticas del periodismo moderno; esto es, el acercamiento frívolo, precipitado, fungible, con que el periodista encara la realidad se corresponde con el que los lectores profesionales aplican a sus análisis literarios. Para Steiner, la posmodernidad no constituye una fase novedosa de la historia de la humanidad, pues considera que siempre hubo periodos como el actual dominados por el bizantinismo. Por economía de tiempo se necesita un canon, pero las condiciones modernas han supuesto una merma metafísica del disfrute de las creaciones excelsas que atesora. Por otro lado, el crítico no niega las contribuciones hechas por las teorías formalistas y estructuralistas al estudio literario, pero se plantea una pregunta: ¿hasta dónde puede llegar su sistematización? El fracaso siempre se produce cuando “proceden hacia arriba desde lo fonético, lo léxico y lo gramatical hasta lo semántico y estético” (1991: 23). En definitiva, para Steiner la labor de la crítica resulta fútil cuando no viene realizada por aquellos al menos tan dotados de sentido, talento y temperamento artísticos como los mismos escritores a los que se pretende enjuiciar; tratar de hacerlo a partir de teorías o paradigmas revela la incompreensión sobre la naturaleza trascendente del verdadero arte.

El estudioso judío, en el fondo, se sitúa junto a aquellos que como señalaba Yndurain postulan el retorno a un estado primigenio del arte o del pensamiento donde todo era pureza. Desgraciadamente, como de hecho el mismo Steiner señala, nunca existió tal lugar, y hacer tabla rasa cien años de crítica literaria resulta simplemente imposible, además de injustamente reduccionista. No vemos motivo para proclamar la necesidad de una mirada incontaminada y límpida, que dicho sea de paso nadie menos que él posee, para gozar de la “presencia real” de una obra artística.

Por otro lado, críticos como Harris, una vez asumida la imposibilidad de alcanzar enunciados normativos en torno a lo que debe ser considerado como artístico, fundamenta su defensa de los cánones literarios en la tarea socio-cultural útil y legítima que desempeñan; así, escribe Harris:

La tradición crítica liberal que apoyaba la canonicidad en los valores estéticos podrá quizá explicar los desacuerdos surgidos entre distintos grupos sociales, ¿pero cómo explicar los desacuerdos cuando han nacido en el mismo seno de la homogénea institución universitaria?, tendremos que asumir que las discusiones del canon se ven obligadamente ceñidas a la de los procesos de su formación, de su constitución (*apud* Pozuelo, 2000: 46).

Siguiendo esta misma línea de argumentación, Frank Kermode se muestra interesado en legitimar ese proceso de formación de los cánones. Sostiene que aquellas obras que los integran no lo hacen gracias a comentarios e interpretaciones cambiantes, sino a su inagotable capacidad de generar estas interpretaciones y comentarios en distintos contextos históricos. Para legitimar este proceso se hace a su vez inevitable legitimar a la institución en la que tiene lugar: la Universidad. Para Kermode esta, como cualquier otra institución, ha nacido para responder y ordenar una necesidad social, en este caso, la de conservar y transmitir la cultura. Dicha institución consiste en “una comunidad profesional dotada de autoridad (no discutible) para definir (o para indicar los límites de) un tema, imponer valoraciones y dar validez a sus interpretaciones” (1998: 92). Posee necesariamente una estructura jerárquica que se perpetúa a sí misma, “pues su continuidad depende del derecho de los viejos a instruir a los jóvenes y los jóvenes se someten porque no hay otra modalidad de sucesión”. Derecho este último que reposa en la premisa de que los más veteranos están en posesión de “un nivel de competencia en parte tácito y en parte dependiente de técnicas que pueden ser estudiadas y aprendidas” (*ibíd.*). A diferencia de otra institución como la Iglesia, la Universidad permite la variación de objetos e incluso las revoluciones, pero estas deben ser admitidas por esa misma jerarquía; se aprecia la originalidad. El canon adquiere por lo tanto valor como elemento que dota de estabilidad a la institución y hace posible “la perpetuación de una conversación sobre los textos dentro de los hábitos comunes aceptados y consensuados por una comunidad interpretativa” (Pozuelo, 2000: 53). A Kermode no le preocupa la reforma del canon, pues de hecho está en conformidad con la misma naturaleza de la labor interpretativa de la institución, sino el ataque mismo a su existencia.

Unos ataques que, como explica Loretta Innocenti, provienen de la tradicional identificación del canon con el discurso de la autoridad y la imposición de valores nacionalistas, de raza o de clase social dominante, en todo caso, con algo que desde el revolucionarismo debería ser cancelado (2000: 16). La misma estudiosa señala que hay dos modos para ingresar en los cánones: por agonía o por evolución. El primero se corresponde con la lucha entre autores por la supervivencia, es una especie de darwinismo literario que dejaría en pie al más fuerte. El segundo parte de contemplar a los cánones como una suerte de tratados de paz sobre fronteras; es una sistematización que tiende a dar estabilidad mediante la formación de una enciclopedia de valores colectivos (p. 17). Innocenti resalta que es inútil sustraerse a la necesidad de selección, y alerta de que “distruggere un canone non é mai un gesto liberatorio, equivale ambiguamente al tentativo di frantumare vecchi monumenti per rimpiazzarli con dei nuovi” (p. 16). La argumentación de Innocenti

constituye pues una suma de las tesis de Bloom y Kermode. Alberto Castoldi, en la línea de los anteriores estudiosos, considera al canon oficial como un baluarte contra el mercantilismo y relativismo moral característico de los tiempos actuales; además de como un referente ético y cultural que supera la ideología que en su día puedo sustentar, propone por lo tanto “pensare al canone in una accezione assai più vasta, piuttosto in funzione di un'esigenza di identità che non di gerarchia di valore” (2000: 115).

Pero precisamente las objeciones que suelen oponer los relativistas a los cánones occidentales son de raíz identitaria. Sostienen que el nuevo escenario social, caracterizado por el pluralismo y la multiculturalidad, impone una reforma de la identidad eurocentrista que transmiten estas tradiciones basadas en una literatura escrita por “hombres, blancos y muertos”. Así, gran parte de los embates que reciben los censos invariablemente encabezados por los Cervantes, Shakespeare, Dante, Goethe..., parten de unos postulados posmodernistas que son usados como arietes contra el acervo histórico. Escribe Lyotard: “Una ciencia que no ha encontrado su legitimidad no es una ciencia auténtica, desciende al rango más bajo, el de la ideología o el de instrumento del poder, si el discurso que debía legitimarla aparece en sí mismo como referido a un saber precientífico, al mismo título que un «vulgar» relato” (1991: 33). Desde el momento en el que no se encuentra una coartada empírica con la que armar la defensa estética de los clásicos, queda la puerta abierta para la homologación de toda la literatura como una simple cuestión identitaria. Resulta fundamental en este sentido el concepto de la “otredad” auspiciado entre otros por Bajtín o por el círculo de Bajtín¹⁴⁷, y que, según Zavala, se dirige a descifrar “las voces opositivas dentro de una cultura, a los enunciados reducidos al silencio, y que recobran la voz en el carnaval y a través de la dialogía polémica” (1991: 17).

Unidos en esta reivindicación de las voces que se consideran consciente y repetidamente silenciadas por la tradición occidental, aparecen los que se dicen representantes de colectivos o minorías sociales (feministas o gays) y étnicas (por ejemplo, los afroamericanos en Estados Unidos). Siguiendo esta línea de trabajo, Jonathan Culler opina que el objetivo prioritario de las humanidades tiene que ser el de enseñar la diversidad, y se pregunta: “¿se debería, en interés de la representación de la alteridad, tratar de incluir una muestra «representativa» de las obras de tradiciones no occidentales y de las tradiciones minoritarias dentro de la cultura occidental?” (1998: 149). Su argumentación se dirige a contestar afirmativamente, pero sugiere que debe combatirse en dos frentes:

¹⁴⁷ Iris Zavala elige esta denominación para eludir el debate en torno a la autoría de ciertos estudios de los que se duda si corresponde a Mijail Bajtín o a miembros de su grupo de estudio (1991: 13).

transformación de los cánones y resistencia a los cánones. Para Culler, aquellos que se apegan a la cultura consuetudinaria no hacen sino acogerse a cosmovisiones ya obsoletas, y concluye que “lo que la vieja justificación implica es el universalismo y el fundacionalismo” (p. 144).

Estas posturas, como se observa, parten de identificar la enseñanza de la literatura ante todo como un medio de transmisión de valores no necesariamente estéticos. Desde este punto de vista, Henry Louis Gates cree que el canon occidental eurocentrista “se ha convertido en enseñar un orden estético y político en el que ni las mujeres ni las personas de color han podido jamás descubrir el reflejo o la representación de su imagen, o escuchar los ecos de sus voces culturales” (1998: 180). El “gran canon de las obras de arte occidentales” representaría una especie de vuelta a “ese país medieval de nunca jamás”, donde los negros y otras etnias “eran los subyugados, los mudos, los invisibles, los no representados, los irrepresentables” (p. 181). Como requisito para la actuación y el cambio social, Gates señala la obligación de incluir en los censos oficiales y pedagógicos las obras que reflejen la identidad propia de estos colectivos y sujetos tradicionalmente marginados.

Como en el caso de Bloom, nos hallamos ante corrientes condicionadas por el contexto norteamericano en el que surgen. Aparte de que todo parece indicar que en Europa se avanza en la misma dirección, en algunos puntos constituye ya parte de la realidad cotidiana, la discusión teórica resulta válida también para nuestro objetivo. Lo que ponen de relieve las argumentaciones de Culler o de Gates es el encaje de una visión multiculturalista en el seno de tradiciones consolidadas como las europeas, que puede hacerse extensivo a otras manifestaciones culturales como las emanadas de una sociedad de masas. En atención a que las obras de Ceferino Tresserra que nos proponemos analizar han quedado encuadradas en este ámbito, concretamente en el de la novela popular, dicho debate nos servirá, por lo tanto, para que más adelante podamos emitir nuestro juicio acerca del lugar que cabe adjudicar a su literatura en la tradición crítica española, que la ha venido marginando por motivos diversos, de entre los que destacan los ideológicos. De esta manera, la discusión se plantea con el objeto de dilucidar cuál es el camino apropiado, o bien el de la integración progresiva y selectiva de obras silenciadas por el determinado proceso de constitución tomado por los cánones, o bien el de la refundación profunda del patrimonio cultural, de tal forma que se elimine todo aquello que no se corresponda con una visión acorde a las nuevas realidades sociales. Está en juego consecuentemente la concretización de las funciones sociales que se le atribuyen a la literatura, ante todo en el tema vital de los planes educativos nacionales.

Como decíamos, algunos estudiosos en nombre de colectivos sociales proponen soluciones extremas. Es el caso de las tesis feministas de Lillian S. Robinson, que opina que las obras maestras que fundamentan los cursos de la tradición humanística occidental, y que son de autoría masculina en su práctica integridad, “contribuyen al conjunto de informaciones, estereotipos, deducciones y conjeturas sobre el sexo femenino que se hallan generalmente en la cultura”, por lo que los cánones heredados transmiten una ideología sexista (1998: 117). Robinson señala que las actuaciones de las feministas han venido tomando dos direcciones; por un lado, la de incluir autoras en los elencos canónicos, proceder que implica la legitimación de estos; y, por otro, estudiar una tradición alternativa de literatura escrita por mujeres que desafíase la óptica machista de la tradición. Para la investigadora ambas posturas resultan insuficientes, pues “ni en sus momentos más radicales, ninguna de estas interpretaciones ofrece un desafío fundamental al canon en tanto que canon; ya que deberíamos considerar si los grandes monumentos son tan grandes, al fin y al cabo” (p. 121). Por ello propone ir más allá de la insistencia en la representación de la literatura de mujeres en el canon occidental “para considerar precisamente cómo la inclusión de los textos de las mujeres altera nuestra visión de la tradición” (p. 127). Es decir, sugiere una “cirugía radical en la lista de los autores masculinos normalmente representados”. Así, los estudios literarios no deben presentarse como un compendio de lo mejor, sino como registro de la historia cultural. De esta manera, según Robinson, urge preguntarse si a pesar de que una escritora no sea lo suficientemente “buena” debería sustituir a otros autores “en nombre de la verdad de la cultura”, sobre todo aquellos manifiestamente misóginos (*ibíd.*). Sostiene Robinson que el feminismo hasta el momento ha pecado de pluralista, de generoso y de un exceso de culpabilidad (p. 128).

Como se observa, al hilo de las tesis de Gates, Culler o Robinson, las polémicas que genera la materia de los cánones tienen sus raíces fundamentales en el carácter eurocentrista que se les atribuyen y en lo que se reputa como su ilegítima pretensión de universalismo. Los argumentos que esgrimen estas corrientes multiculturalistas, al fin y al cabo, como apunta Enric Solla, se basan en juzgar la cultura, y sobre todo la literatura, según parámetros de “raza, clase y género”, lo cual “pone de manifiesto el retorno de una concepción de lo literario como «reflejo» y «representación»” (1998: 17). Parece obvio que en sus manifestaciones extremas estas posturas conducen a una concepción empobrecedora de la cultura que esconde una nueva absolutización de ideas que, atacando el universalismo europeo, busca sustituirlo por uno nuevo, y no necesariamente más tolerante. A menudo, dice Harris, aquellos que arguyen la diversidad como criterio selectivo de los cánones

practican lecturas que más bien parecen censuras ideológicas que “tratan de desacreditar cualquier texto que se pueda demostrar que apoya la autoridad, el elitismo o el capitalismo” (1998: 58). Estamos también de acuerdo con Harris cuando escribe que “atribuir todos los procesos de selección de obras a la influencia del poder es radicalmente simplista, excepto si poder e influencia se definen de forma tan amplia que incluya cualquier motivación social” (p. 57). De este modo, el estatuto canónico de un texto literario solo puede entenderse como el resultado de múltiples causas, por lo tanto, como continúa diciendo este estudioso, “atribuir cualquier fenómeno cultural a un único «poder», sea el capitalismo o los prejuicios masculinos o la corrupción política o la avaricia económica o el idealismo moral, es tan ingenuo como pensar que es posible ignorar dichos poderes” (p. 60).

Una defensa del multiculturalismo exenta, al menos en principio, de este tipo de implicaciones e imposiciones ideológicas la encontramos en la tesis de Walter Mignolo. Este advierte que a menudo los valedores de las literaturas minoritarias, al arremeter contra el canon y querer hacer canónicos sus textos, se arriesgan paradójicamente a devolver la colonización cultural que, en su opinión, ha venido ejerciendo el legado eurocéntrico. De este modo, en vez de tratar de integrar las tradiciones periféricas en la del centro, sostiene que todas son centrales pues pertenecen a culturas distintas que deben convivir en un mismo espacio (1998: 247). Mignolo propone aislar dos tipos de aspectos que plantea la disciplina:

Aquellos en los que defendemos nuestros valores culturales (raza, género, clase) en la formación de un canon literario; y aquellos en los que defendemos nuestros principios cognoscitivos (empirismo, racionalismo, comprensión, interpretación, etc.) junto con nuestros valores culturales al adquirir, transformar y transmitir el conocimiento (p. 250).

Al primer tipo de necesidad le correspondería lo que el crítico denomina un “canon vocacional”, que representaría el conjunto de valores que dota de identidad a una comunidad o colectivo determinado; mientras que debería formarse paralelamente un “canon epistémico” fundado en la historia y que justificase la situación de la disciplina en cada momento dado. Ello sucede porque en sociedades plurales como las modernas, lo canónico para quienes representan el poder “no ha sido, no es y no puede ser representativo de las comunidades marginales” (p. 251). De ahí su propuesta de separación de cánones:

Deberíamos ser capaces de comprender que, como miembros de distintas comunidades vocacionales, estamos representados por distintos cánones; que, como colegas en una misma disciplina, deberíamos tener un canon básico de la disciplina que aplicaríamos, desarrollaríamos y transformaríamos de acuerdo con las condiciones sociales e históricas sobre las que y a partir de las cuales teorizamos (p. 263).

De ello Mignolo concluye que “la formación del canon suscita el problema básico de la universalidad o el regionalismo de la literatura” (p. 258); él se inclina por conferir al fenómeno literario una naturaleza esencialmente territorial. De este modo, mientras queda claro cuáles serían las obras del canon vocacional, Mignolo se identifica con la tradición chicana, estigmatiza el canon epistémico de raíz europea al considerarlo reflejo de una cultura dominadora; esto es, quedaría reducido a poco menos que un “instrumental académico”. Mignolo sugiere así que en modo alguno un indígena latinoamericano puede reconocerse en la *Odisea* de Homero, al igual que no resulta posible que un europeo lo haga en el *Popol Vuh*; pero cabe cuestionarse en qué basa la rotundidad de este aserto; ¿y si no se produce la identificación pero sí el placer del conocimiento? Mignolo no contesta a estas preguntas, ya que sus tesis se articulan a partir de una concepción igualitarista que se muestra recelosa de cualquier jerarquización, lo cual impide la eventualidad de establecer criterios comunes; es más, se parte de la imposibilidad de poder alcanzarlos. Estamos de acuerdo con Todorov cuando escribe que

Sin dar la espalda definitivamente a los valores universales, se pueden plantear como un terreno de acuerdo posible con el otro, más que como una posesión previa. Se puede ser consciente de que no se posee la verdad y, sin embargo, no renunciar a buscarla. A fin de cuentas, es posible el acuerdo entre representantes de culturas diferentes (o entre las partes de mi ser que pertenecen a una y otra cultura), si existe voluntad de entendimiento: no hay solamente “puntos de vista”, y lo propio del hombre es ser capaz de superar su parcialidad y su determinación local (1991: 148).

En todo caso, el mismo Mignolo luego contradice la desconfianza que muestra hacia la cultura europea al identificar las características que definen el canon epistémico de la disciplina literaria: “el empirismo, racionalismo, comprensión e interpretación” (p. 250).

Esto es, como Todorov, sostiene que existen esos puntos de apoyo para un consenso, pero no acepta que estos hayan nacido de un lado determinado.

Por ello, a sabiendas de la impertinencia del planteamiento, cabría preguntar de qué tradición derivan esos criterios, ¿no son acaso frutos en su mayor parte de la cultura occidental?, ¿no se formó la disciplina de los estudios literarios a partir de unas obras literarias occidentales? Si se persiste en el empeño de llevar la literatura al puro reflejo de valores, muy bien podríamos concluir que son precisamente el empirismo, el racionalismo, la comprensión y la interpretación, esto es, los principios que esgrime Mignolo como patrimonio común, el conjunto de valores que en gran parte han guiado la formación de los cánones que se reputan de opresivos. Es más, una manera legítima de interpretar a los clásicos es como transmisores y representantes de la duda, el cuestionamiento, la interrogación, la indagación y la curiosidad por lo ajeno. Los textos de Shakespeare o Cervantes no solo invitan a la discusión sobre la compleja y múltiple variedad del mundo y de los seres humanos, sino que ellos mismos están planteados desde esa conciencia. Es decir, representan esos valores “epistémicos” compartidos. Se debe decidir, por lo tanto, si esto es un hecho cultural eurocentrista o si por el contrario pertenece al acervo de toda la humanidad. Robinson decía que “en nombre de la verdad de la cultura” habría que suprimir, olvidar o corregir todo aquello impregnado de misoginia, ¿Platón por ejemplo? No parecen darse cuenta, o no quieren darse cuenta, de que aquello cuanto plantean, los instrumentos con los que lo plantean y las condiciones desde la que lo plantean fueron producidas dentro y como consecuencia de la trayectoria descrita fundamentalmente por la tradición occidental de raíz europea: ¿la ciencia literaria que actúa como plataforma de estos debates es occidental o es universal? Si algo caracteriza en la actualidad a la cultura de Occidente es el haber sometido a juicio a su propia tradición, por lo que Robinson o Mignolo al usar legítimamente su derecho a cuestionarla no hacen otra cosa que integrarse plenamente en ella, aunque lo hagan a través de posturas ribeteadas de mesianismo fundamentalista, por cierto también habituales en la tradición eurocéntrica. Algunas de estas corrientes multiculturalistas incurren en lo que parece un interesado olvido: la fortaleza que ha demostrado poseer el patrimonio cultural europeo, fundamentalmente en los dos últimos siglos, estriba en gran parte en su voluntad de indagación y autocuestionamiento incesante, lo que le ha llevado a aceptar el mestizaje con otras culturas. Esta circunstancia lo ha dotado de un potencial de universalismo seguramente sin parangón con las demás tradiciones. El multiculturalismo nunca se olvida de atribuir a los hombres, blancos y muertos el colonialismo, la opresión, las guerras; y, sin embargo, olvida a menudo que también fueron

hombres, blancos y muertos quienes junto aquellos, y a menudo contra otros hombres, blancos y muertos, crearon las condiciones para que, por ejemplo, debates como este entablado en torno a los cánones se produzca. Culler, a quien antes citábamos, dice que “cuando se piensa en el futuro de nuestra sociedad multilingüística y multirracial, se hace difícil imaginar que se establezca una cultura común basada en los griegos y en los clásicos.” (1998: 150). Lo que se hace difícil, por el terror que causa, es imaginar una cultura que se haya olvidado de por qué se les recuerda. En este planteamiento de Culler se observa perfectamente ese reduccionismo empobrecedor basado en la idea del reflejo, según la cual los griegos y los clásicos representan ante todo una historia ignominiosa en la que los pueblos europeos devastaban al resto de los pacíficos habitantes de la tierra. Se establece una equivalencia extraordinariamente simplista y errónea entre hegemonía política y hegemonía cultural, mezclando conceptos distintos de trayectorias muy divergentes.

En la dirección opuesta, conviene no perder de vista que, como apunta Pozuelo Yvancos, “a menudo la defensa de los clásicos, es cierto, se programa como un cierre de filas, paralelo al que excluyó un día a ese clásico hoy venerado del canon tradicional de su tiempo” (2000: 68). Ninguna de las dos posturas en sus manifestaciones extremas, esto es, aquellas que quieren, o bien preservar o imponer a toda costa determinados cánones, o bien recusarlos en nombre de criterios tan circunstanciales como los motivos que esgrimen, contribuyen a avanzar en la indagación de esas obras y el proceso histórico que nos las ha legado, tarea que a nuestro parecer es la que corresponde al investigador. Si de escoger caminos se trata, puede asimismo optarse por el del continuo cuestionamiento, asumiendo el vértigo de saber que no tiene fin.

Este es el punto de partida de las teorías que Pozuelo Yvancos amalgama bajo el mismo membrete de “sistémicas”, a pesar de que provienen de críticos y escuelas que no tienen contacto entre sí. Los representantes más destacados de estas serían Lotman, Bourdieu, Dubois y Schimidt. Todos ellos parten de reconocer la imposibilidad de ofrecer una definición o consideración estática de ideas y conceptos como la misma literatura o el canon literario; y, además, coinciden en postular la necesidad de un tratamiento “interrelacionado de diferentes sistemas y códigos que los rigen” (2000: 77). La premisa de partida es por lo tanto que todos estos fenómenos tienen lugar en un momento socio-histórico concreto que da lugar a una óptica condicionada, destinada a su vez a mutar en consonancia con la incesante evolución de coordenadas. Como explica Pozuelo:

La propia idea de canon exige la consideración particular e histórica de su descripción en la medida en que el concepto de valor que los soporta es un punto de vista que interviene en la propia constitución del objeto canónico y no superior a él. En la medida en que las normas están cargadas de valor y en la medida en que el canon constituye en sí mismo un objeto normativo no podemos abstraer de su descripción el punto de vista valorativo que lo instituye, y ese punto de vista es histórico por necesidad y pertenece al propio objeto de la búsqueda (p. 82).

Las teorías sistémicas estudian el conjunto de agentes y factores que intervienen en el fenómeno literario como productor de jerarquizaciones y estratificaciones de la heterogeneidad de la literatura. De ello resulta que el interés de los estudios que plantean radica en dilucidar por qué ha resultado ser elegido un libro concreto y no otros. Se pretenden estipular cuáles son las fuerzas reguladoras que actúan dentro de una determinada cultura para procurar la conservación, tratando de comprender el juego dialéctico entre lo viejo y lo nuevo, lo alto y lo bajo, en la que se insertan y en la que los estratos no canonizados pugnan por un lugar dentro del sistema.

En este sentido nos parece que la teoría de los campos de Bourdieu ofrece una plataforma útil para nuestro objetivo; pues sistematiza convincentemente las esferas y distintos espacios que configuran el sistema literario, así como las relaciones de interdependencia que lo rigen. Bourdieu busca explicar el proceso mediante el cual una determinada obra adquiere estatus artístico y canónico. Para ello parte de la existencia de distintos campos, económicos, sociales y culturales, y sus consiguientes microcampos en los que compartimenta el universo de las relaciones humanas en cada sociedad. Los campos no pueden ser explicados simplemente como una suma de individuos, sino por la relación de fuerzas que se establece entre ellos y que resultan objetivables. Lo que se halla en disputa son una serie de capitales, entendidos no solo como formas de interés económico, sino sobre todo como valores simbólicos. Los cuales se originan y definen en consonancia con el “habitus” de clase que rige las relaciones entre individuos de cada campo. El “habitus” sería “el sistema de las disposiciones socialmente constituidas que, como estructuras estructuradas y estructurantes, constituyen el principio generador y unificador del conjunto de las prácticas y de las ideologías características de un grupo de agentes” (Bourdieu, 2006: 29). Así es que la legitimación del orden social no necesita mecanismos de disciplina o de persuasión, pues “de todas las formas de persuasión oculta la más implacable es aquella

ejercida por el simple orden de las cosas” (p. 19). El habitus permite explicar la lógica práctica que se observa en las conductas, y subraya el carácter espontáneo con el que estas se desarrollan, excluyendo como “antropología imaginaria” todas las formas de economicismo y utilitarismo fundadas sobre la hipótesis de la “elección racional”. La competencia entre los distintos agentes no es vivida como tal, no son guiados por una actitud cínica, sino como producto del habitus que les aboca espontáneamente a relaciones de fuerza y que, especialmente en el campo artístico, son vividas como relaciones de sentido. En el microcampo que forma el sistema literario el principal capital simbólico en disputa entre los distintos agentes consiste en alcanzar la posición que permita definir el arte. De ahí que Bourdieu afirme que “los autores, las escuelas, las revistas, etc., existen en y por las diferencias que los separan” (p. 62). El habitus del campo artístico aboca a una permanente confrontación entre sus agentes que, en vez de responder a un fin teleológico e inmanente atribuido ilusoriamente al arte, se correspondería con la lógica de un juego de reglas objetivables ajenas, en su mayoría, a simples motivos estéticos.

Según el sociólogo francés, aquellos que aspiran a integrar el campo del arte se ven obligados a cotejar sus producciones con aquellas consagradas en modo tal que procuren la obsolescencia de estas últimas, y consecuentemente también el gusto del público al que se hallaban legadas. Así, en cada fase, las galerías, las casas editoriales, etc., tienden a distribuirse según su “edad artística”, esto es, como escribe Bourdieu “secondo la anzianità del suo modo di produzione artistica, e secondo il livello di canonizzazione e di divulgazione di tale schema generatore (che è nello stesso tempo uno schema di percezione e di valutazione)” (2005: 226). Una vez muy avanzado el proceso de autonomización del campo cultural, que se refleja en el estatus aparentemente independiente del que disfruta el artista en la sociedad respecto a otros campos, la negación de las relaciones de fuerza y del interés económico es más marcado que en otros espacios. Las condiciones y posibilidades de las que disfruta cada artista para participar en esta lucha, dependen a su vez de cada habitus. De ahí que, para Bourdieu, el microcosmos social en el que se producen las obras culturales constituye

un espacio de relaciones objetivas entre posiciones – la del artista consagrado y la del artista maldito por ejemplo- y solo se puede comprender lo que ocurre en él si se sitúa a cada agente o cada institución en sus relaciones objetivas con todos los demás. En el horizonte particular de estas relaciones de fuerzas específicas, y de las luchas que pretenden conservarlas o transformarlas, se

engendran las estrategias entre los productores, la forma de arte que preconizan, las alianzas que sellan, las escuelas que fundan, y ello a través de los intereses específicos que en él se determinan (1997: 60).

Los gustos estéticos serían, por lo tanto, una plasmación de los *habitus* de la posición ocupada en el espacio social y de la formación recibida. De este modo, para Bourdieu el valor atribuido a una obra artística no sería el producto de una individualidad, el autor o el lector, sino de un proceso de producción del arte y de la creencia en el valor del arte en el que se hallan implicados, en primer lugar, los sistemas educativos, además de los editores, traductores, lectores, etc. La creación, la circulación y la difusión de las obras son el fruto de todo el campo de producción, de todas las categorías de agentes e instituciones que con su trabajo, y con el valor que atribuyen a las obras de arte, contribuyen a hacer existir el mundo cultural. Este punto de vista le lleva a concluir al sociólogo que la tarea exegética realizada por los lectores profesionales no sería un simple auxilio destinado a favorecer la comprensión y la apreciación de las obras literarias, sino “un momento della produzione dell’opera, del suo significato e del suo valore” (2005: 241). Bourdieu dirige su teoría a desenmascarar lo que, en su opinión, no es más que una concepción carismática y sacralizada de la cultura; pretende así “liberar el discurso crítico de la tentación platónica del fetichismo de las esencias – de lo literario, de lo poético o, en otro ámbito, de lo matemático, etc.” (1997: 72). Aquellos que se obstinan en ignorar las condiciones sociales de la producción y la recepción de las obras artísticas convierten la cultura en un instrumento de dominio, pues no permiten reconocer la violencia simbólica que ejercen. Bourdieu trata de demostrar que la razón no es una esencia universal, pues esta no tiene origen en una facultad humana, o sea, en la naturaleza, “sino en la historia misma de esos microcosmos sociales singulares donde los agentes luchan, en nombre de lo universal, por el monopolio legítimo de lo universal” (1997: 218). Por consiguiente, la belleza tampoco podría considerarse una “esencia”, y quedaría reducida a su naturaleza de ficción (2005: 356).

La operación teórica y práctica que Bourdieu propone queda resumida en el siguiente párrafo:

Un análisis realista del funcionamiento de los campos de producción cultural, lejos de abocar a un relativismo, invita a superar la alternativa del nihilismo antirracionalista y anticientífico, y del moralismo del diálogo racional para proponer una verdadera *Realpolitik* de la razón. Pienso en efecto que, salvo si

se cree en los milagros, solo cabe esperar el progreso de la razón de una acción política racionalmente orientada hacia la defensa de las condiciones sociales del ejercicio de la razón, de una movilización permanente de todos los productores culturales con el propósito de defender, mediante intervenciones continuadas y modestas, las bases institucionales de la actividad intelectual. Todo proyecto de desarrollo del espíritu humano que, olvidando el arraigo histórico de la razón, cuente con la única fuerza de la razón y de la prédica nacional para hacer progresar las causas de la razón, y que no apele a la lucha política para tratar de dotar a la razón y la libertad de los instrumentos propiamente políticos que constituyen la condición de su realización en la historia, continúa todavía prisionero de la ilusión escolástica (1997: 218).

Aplicado a la materia de los cánones literarios, la propuesta de Bouerdieu consistiría por lo tanto en estudiar y explicar los mecanismos de formación de las jerarquías que estructuran la historia de las ciencias y las artes; lo cual coincide plenamente con nuestras intenciones al estudiar a un autor como Tresserra. Pero al hacerlo, Bourdieu exhibe cierto titanismo nietzscheano, como cuando dice: “Dio é morto, ma il creatore increato ha preso il suo posto” (2005: 258), que acaba por resultar incomprensible desde el momento en que denuncia a cada paso estas actitudes, a las que señala como el eje nodal de la impostura en que se funda la sucesión de escuelas artísticas o científicas. Desconcierta su insistencia, a menudo además en un tono gratuitamente beligerante, en tildar de heréticas o revolucionarias sus propias teorías. Bourdieu acaba por proponerse a sí mismo como el ajusticiador de ese “creador increado” que desenmascara. Por ello conviene recordar que al contextualizar y sociologizar los gustos artísticos no está inaugurando ninguna nueva vía, sino que simplemente se suma a una ola relativizadora de añeja raíz. No obstante, Bourdieu rechaza la etiqueta de relativizador, lo cual a nuestro entender constituye siempre una postura legítima en tanto que se aporte un instrumental teórico validable, como hace él en ocasiones. Pero al extremar sus tesis hasta reducir toda manifestación humana a un código sociológico, incurre inevitablemente en la paradoja descrita por Habermas sobre algunos relativistas, quienes se encuentran “en la peculiar posición (por lo demás autocontradictoria) de pretender que su doctrina está de algún modo por encima de la relatividad de que adolecen los juicios en todos los demás ámbitos” (1999: 45). Lo cual le resultaría imputable a Bourdieu porque, que nosotros sepamos, olvida explicarnos su propio habitus y ante todo el capital simbólico en pos del cual nace su teoría de los campos. ¿Es la virulencia de

Bourdieu a la que antes aludíamos consecuencia de una asunción resignada de las reglas de su campo y de su habitus? Cuando propone su *Realpolitik*, que dirige al saneamiento definitivo del mundo cultural, descubrimos que no; ya que el estudioso dice perseguir y actuar en nombre del “progreso de la causa de la razón”, con lo que nos topamos finalmente, y para nuestro alivio, con al menos un ser humano impelido por el altruismo y un puro amor a la verdad: él mismo. En resumen, Bourdieu se propone inconscientemente como el verdadero iniciador del empirismo occidental, esto es, como un “creador increado”.

Nos hallamos en una permanente encrucijada que Max Weber describía de este modo:

In ogni epoca c'è e rimarrà sempre una differenza insormontabile tra una argomentazione che si diriga al nostro sentimento e alla nostra capacità di entusiasmarci [...] ed un'argomentazione la quale si diriga invece al nostro potere ed al nostro bisogno di ordinare concettualmente la realtà empirica, in maniera tale da pretendere una verità empirica (*apud* Moretti, 2000: 75).

Como el mismo Bourdieu, estamos a favor de escoger el segundo camino. Pero sin olvidar que muy a menudo la verdad empírica radica en el reconocimiento de la propia impotencia. Esto es, no nos parece un acto liberador reducir las verdades escurridizas a sus partes efectivamente empíricas, pues esto nos conduce a tener una semi-verdad y consecuentemente una semi-falsedad. Eso creemos que acaba haciendo Bourdieu al afirmar el carácter exclusivamente sociológico e histórico del valor artístico. Que no se pueda demostrar más que un encadenamiento de juicios estéticos, en última instancia siempre subjetivos, que *Fortuna* y *Jacinta* de Galdós reúne más mérito literario y estético que *La mujer ajena* de Ceferino Tresserra es un hecho; como también lo es que escribir una novela como la primera está al alcance de pocas mentes escogidas, mientras que probablemente no sucede lo mismo con la del novelista catalán. Como iremos viendo a lo largo de este trabajo, resulta posible objetivar una serie de factores socio-históricos y culturales que han contribuido a conservar la memoria de Galdós y su obra, y otros que han determinado que Tresserra haya caído en un absoluto olvido. Sobre estos procesos centramos los esfuerzos de nuestra investigación, sin necesidad de entrar a enjuiciar las distintas obras desde un punto de vista artístico. Pero también sin llegar a considerar que tales factores objetivables resuelven y explican las jerarquizaciones entre obras operadas por la tradición.

3. LA ESTRUCTURA DEL CANON CRÍTICO: LITERATURA Y PARALITERATURA

Uno de los efectos más notables del desencuentro entre las autoridades que señalábamos como dotadas de capacidad selectiva para configurar los cánones literarios ha sido el establecimiento de la división entre literatura y paraliteratura, literatura artística y literatura industrial, arte y *kitsch*, etc. Existen numerosas denominaciones que en resumen vendrían a precisar la frontera clara entre las obras artísticas y las obras no artísticas. La asunción de esta dicotomía, como iremos viendo, funciona como una idea generalizada y asumida por todas las autoridades del sistema literario. En el espacio de la crítica académica, este paradigma divisorio goza de una indiscutible vigencia. Sin embargo, no es menos cierto que en el escenario actual de los estudios literarios, que hemos caracterizado por sus fuertes disensiones internas, por la existencia de posturas antagónicas y por la indudable crisis de teorías; esta parcelación sumaráísima ha venido siendo cuestionada y ha dado lugar a debates no menos procelosos que los suscitados en torno a la naturaleza del canon. De hecho, ambas polémicas se hallan estrechamente conectadas al tener su origen en un mismo argumento: la imposibilidad de la sistematización científica del fenómeno literario.

La segmentación entre literatura y paraliteratura tiene como primera consecuencia la negación de individualidad a las obras pertenecientes a esta segunda categoría, frente a la singularidad atribuida al arte verdadero. De esta manera, se tiende a considerar a toda la paraliteratura como un bloque homogéneo. El canon crítico u oficial, en definitiva aquel que en la práctica designa qué es o qué no es artístico, actúa en este sentido con una doble función; por un lado, fijando un elenco de nombres o libros, y, por otro lado, actúa como una suerte de código normativo. Al respecto dice Juan Carlos Mainer:

Cierto es que, desde un principio, la literatura se presenta como un conjunto de normas y, en tal sentido, como una forma de inmutabilidad: es poética y retórica y, si se quiere, “gramática” [...]. Pero también la literatura es un canon de nombres prestigiosos, una lista de modelos de imitación, en cuyas posibles variaciones y significados anida la perspectiva de la historia (1994: 23).

Para Pozuelo, la principal manifestación del canon no son las obras o los autores que censa, sino el repertorio que genera; y por esto último entiende “el conjunto de normas y

elementos que gobiernan la producción de textos y sus usos; afecta, por lo tanto, tanto a la producción como al consumo”, es decir, funciona como una idea generalizada en todas las autoridades del sistema literario. Continúa diciendo Pozuelo: “la familiaridad que un lector tiene con un género, el conjunto de conocimientos, prejuicios, acuerdos, presuposiciones, sin los cuales no se daría la comunicación literaria, pertenece al ámbito del repertorio” (2000: 88). El canon reclama de esta manera la existencia de una periferia a partir de la cual delimitar su propio código. Gran parte de lo que va siendo expulsado del reino de lo artístico y que, por consiguiente, queda fuera del canon crítico, tiende a engrosar lo paraliterario.

Según Lotman, la cultura se autopropone a sí misma como espacio interno, con un orden limitado y delimitado frente al externo. En el orden de las producciones literarias, la paraliteratura le sirve de argumento para desarrollar el principio de que los textos no literarios, los definidos como sub-literatura y las periferias a los sistemas, son correlativos a la literatura y precisos en el orden de su concepto (1970: 339). Las teorías de la escuela de Tartú, donde se inscriben los trabajos de Lotman, parten así de considerar a la cultura como un mecanismo generativo y estructurador que basa sus fronteras en la conciencia y la autorganización. En toda tradición literaria, según estas tesis, trabajarían dos mecanismos contrapuestos: por un lado, uno que tendería a fomentar la variedad, Lotman lo denomina “estética de la diferencia”; y, por el otro, aquel que propicia la uniformidad, “estética de la identidad”, y que es el que inclina a entender la propia cultura como un lenguaje rigurosamente organizado. El dinamismo del sistema literario y la estructura de la que se le dota para comprenderlo se debería a que: “I nostri organi di senso reagiscono a piccole dosi di stimoli, che al livello della coscienza vengono percepiti come un movimento continuo. In questo senso la continuità è una predevibilità compresa. Il suo contrario è l'imprevedibilità, il cambiamento realizzato nella modalità dell'esplosione (Lotman, 1993: 17). La previsibilidad y la estética de la identidad provocan así que en una determinada etapa del desarrollo de una cultura llegue el momento de su autoconciencia, que da lugar a la formación un modelo artificial y esquemático que es elevado al nivel de unidad estructural. De manera que, como escribe Lotman, “superpuesta a la realidad de esta o aquella cultura, dicha fisonomía ejerce sobre ella una potente acción ordenadora, organizando integralmente su construcción, introduciendo armonía y eliminando contradicciones” (1970: 398).

Con el objeto de disponer de un marco desde el que analizar la trayectoria crítica de la obra de Tresserra, en este apartado trataremos de exponer como se desarrolló la autoconciencia del ámbito cultural occidental que dio como resultado la separación drástica entre bloques de creaciones literarias. Esto es, el proceso que ha perfilado el paradigma de lo

considerado como paraliteratura, literatura popular o literatura de masas¹⁴⁸. De acuerdo con lo que Lotman apuntaba, este paradigma se ha construido a partir de una especie de deformación del código artístico, como su reverso; aunque se explica y percibe como una estructura asimilable a coordenadas precisas y coherentes.

Álvarez Barrientos y Rodríguez Sánchez de León ofrecen una definición de la novela popular que nos proporciona una útil síntesis del perfil crítico que se ha dado en acuñar:

Texto en el que se relatan acontecimientos total o parcialmente ficticios que se ofrecen a lectores ajenos a las exigencias estéticas y especialmente interesadas en los efectos inmediatos de su lectura [...] [U]n rasgo indiscutible en la caracterización de los libros populares es el de su destino como textos para el consumo de los extensos sectores semiletrados que concentran en ellos su tiempo de ocio y proyectan también sobre ellos el imaginario colectivo [...] El tema esencial de este tipo de literatura, encaminada a entretener a lectores sin pretensiones, sería la aventura, la acción (con la salvedad de la novela rosa, cuyo tema monográfico es, por supuesto, el amor), o en el caso de la novela policíaca, la intriga. No, en cambio, los argumentos de corte psicológico, social o político, ni la literatura costumbrista, ni la que pretende indagar en la condición humana. Literatura, en suma, elemental, que procura ofrecer al lector un entretenimiento acrítico y de fácil digestión, que ni requiere especial esfuerzo intelectual ni, por supuesto, que le haga pensar (1997 a: 276).

Por contraste con las notas aplicadas para caracterizar a la novela popular, en su condición de anticanon, podemos obtener una definición de lo que se considera literatura artística; que sería por lo tanto aquella innovativa, reflexiva y la destinada, paradójicamente, a ser consumida por un público minoritario. Este último elemento nos sitúa ante una coordenada socio-histórica precisa: el desarrollo de la sociedad de masas y su correlativa cultura de masas. Concepto que, como apunta Umberto Eco, resulta ser extraordinariamente “ambiguo, genérico e impropio” (2004: 30), ya que se usa para designar manifestaciones artísticas de muy diferentes formatos, que van desde la televisión a la música, pasando por el cómic y la novela.

¹⁴⁸ En atención a que la novela popular decimonónica, que es el campo donde debe situarse la narrativa de Tresserra, ha quedado encuadrada del lado de lo paraliterario, cuando aludamos genéricamente a la paraliteratura o cualquiera de los términos equivalentes, fundamentalmente lo estaremos haciendo en referencia a la novela popular.

La noción de cultura de masas, en su siglo aproximado de existencia, ha generado arduas controversias que, en cierto modo, reproducen las dos posturas extremas que observábamos en el debate sobre los cánones literarios; y que, para este caso, Umberto Eco designó con la dupla de “apocalípticos e integrados”. Los primeros serían aquellos que entienden la cultura en general, y la literatura en particular, como un fenómeno de esencia minoritaria; la cultura de masas sería por lo tanto una especie de anticultura. Eco ofrece un elenco de los argumentos y notas esenciales que los “apocalípticos” airean al tratar la cuestión, y que en resumen serían los siguientes: la cultura de masas se basa en la estandarización y homogeneización del gusto; la masa, al no poseer una conciencia definida de grupo, no se halla en disposición de exigir una cultura determinada y se ve constreñida a aceptar la que se le impone; la masa nunca innova y los productos culturales que consume tienden a provocar simples emociones sin que haya lugar para la reflexión; de este modo forjan opiniones comunes y refuerzan lo consabido; proyectan, por lo tanto, modelos oficiales; son destinadas al simple entretenimiento superficial; estos productos son fruto de un circuito comercial por lo que están sujetos a la ley de la oferta y la demanda; el efecto que causa sobre la cultura superior es la de nivelarla con cualquier otro producto bajo; y, finalmente, los medios de comunicación, plataforma principal de exhibición de la cultura de masas, alientan una visión pasiva y acrítica del mundo, pues saturan de información anegando toda perspectiva histórica (2004: 68 a 74).

Para Eco la primera expresión de este enfoque catastrofista sobre la posibilidad de desarrollar una “verdadera cultura” de dimensiones multitudinarias se debe a Nietzsche; pues, según Eco, “en el filósofo alemán existía ya en germen la tentación presente en toda polémica sobre este asunto: la desconfianza ante el igualitarismo, el ascenso democrático de las multitudes, el razonamiento hecho por los débiles y para los débiles, el universo construido no a medida del superhombre sino a la del hombre común” (2004: 60). En las palabras de Eco encontramos, en forma de acusación, uno de los factores más polémicos derivados de esta cuestión: los límites que se deben imponer al elitismo cultural. Será precisamente este argumento el que con más frecuencia esgriman los “integrados” para desautorizar a sus antagonistas “apocalípticos”; los primeros reprochan a los segundos que sus críticas tienen origen en un arraigado prejuicio: considerar a la masa como un grupo gregario de hombres en contraste con aquellos pocos individuos autorresponsables y dotados de capacidad de discernimiento. Ortega y Gasset, en *La rebelión de las masas* (1930), fue de los primeros en delinear este enfoque. El filósofo español negaba la capacidad de crear o inventar a los “hombres medios” de los que se nutre la masa; una vez consolidada esta como

clase hegemónica de la sociedad, sus individuos reclamarían el “derecho a la vulgaridad intelectual”, ya que solo serían capaces de absorber en su conciencia lugares comunes y prejuicios. Esta consustancial pobreza de ideas regiría toda expresión cultural de la sociedad de masas, cuya racionalidad se hallaría plegada al dominio y a la limitada aptitud de absorción de las multitudes (Ortega y Gasset, 1955).

No obstante, dentro del bloque de los que venimos denominando apocalípticos se hace posible distinguir multitud de opiniones. La que ha desarrollado, y continúa desarrollando como veremos, un papel más visible en el debate cultural es aquella que, aún reproduciendo la idea de que la verdadera cultura es un asunto de minorías, tiende a imputar ese monopolio, no a la natural incapacidad de la masa para sumarse a ella, sino a un plan conscientemente orquestado por los agentes del poder económico, político y social para impedírselo. En este sentido se encaminaron las tesis de los Adorno o Horkheimer al frente de la conocida como “Escuela de Frankfurt”. Tras la Segunda Guerra Mundial, estos intelectuales postularon la existencia de un proceso histórico de raíz moderno-europea encaminado a la autodestrucción de la obra puesta en marcha por la Ilustración. Proceso determinado por la debilidad de las instituciones tradicionales en su tarea de socialización frente a los profundos cambios económicos y tecnológicos registrados; y por su creciente reificación de la cultura, convertida ahora en mercancía, en la que los objetos del trabajo y de la actividad del hombre se transforman en fuerzas autónomas, independientes, mas allá del control humano. Ello da lugar al hombre atomizado de la sociedad de masas que está gobernado por la ciega necesidad. Tanto Adorno como Horkheimer rechazaban el término de cultura de masas y lo sustituyeron por el de “industria cultural”, ya que el primero inducía a pensar que esa cultura es generada por la propia masa o el pueblo, cuando en realidad no es más que “l’integrazione volontaria, dall’alto, dei suoi consumatori [...] Essa inoltre riunifica i campi, separati per secoli, dell’arte «alta» e dell’arte «bassa». A danno di ambedue” (Adorno, 1979: 5). Por lo tanto, según estas corrientes, al consumidor se le haría creer que es soberano, pero en verdad se le ignora para dispensarle un producto enajenante y falso, antiartístico, concebido expresamente para procurar su alineación. Escribe Adorno:

la técnica de la industria cultura ha llevado solo a la estandarización y producción en serie y ha sacrificado aquello por lo cual la lógica de la obra se diferenciaba de la lógica del sistema social. Pero ello no se debe atribuir a una ley de desarrollo de la técnica como tal, sino a su función en la economía actual.

La necesidad que podría acaso escapar al poder central es reprimida por el control de la conciencia individual (2003: 166).

En oposición a estas posturas “apocalípticas” encontraríamos el bloque de los “integrados”, aquellos que, según Eco, en el desarrollo de una cultura de masas aguardan esperanzados “el nacimiento de una nueva aldea global, donde una sensibilidad renovada se nutre optimísticamente no de los contenidos, sino de la forma misma y de la alucinante multiplicidad de los mensajes” (2004: 23). Los apologistas de la cultura de masas enfatizan el carácter insólito de este proceso histórico; nunca antes tantos individuos habían tenido acceso a formas de saber o de arte; esto es, el fenómeno de la cultura de masas ha facilitado la democratización de un patrimonio antes monopolizado por reducidos grupúsculos. Gianni Vattimo, a propósito del nuevo escenario de la posmodernidad, explica el nuevo proceso:

En la sociedad de los medios de comunicación, en lugar de un ideal de emancipación modelado sobre el despliegue total de la autoconciencia, sobre la conciencia perfecta de quien sabe como están las cosas (bien sea el espíritu absoluto de Hegel o el hombre liberado de la ideología como lo concibe Marx), se abre camino un ideal de emancipación que tiene su propia base, más bien, sobre la oscilación, la pluralidad y, en definitiva, sobre la erosión del mismo “principio de realidad” (1994: 15).

Asimismo, estos defensores reprochan a los apocalípticos que partan de una desconfianza instintiva, que esconde un pesimismo humano arbitrario, al considerar que en sí misma la acumulación y generalización de informaciones y obras, tanto las superficiales como las valiosas, solo puede fundar un conocimiento colectivo degradado. Vattimo, sin caer ni en excesos derrotistas ni en la propagación de un optimismo irreflexivo, opina que el nuevo escenario ofrece posibilidades distintas al “infierno de la negación de lo humano”. Para el italiano se trata de abrirse “a una concepción no metafísica de la verdad, que la interprete, no tanto partiendo del modelo positivo del saber científico como partiendo de la experiencia del arte y del modelo de la retórica” (2000: 19).

En todo caso, se observa que incluso los más fervientes panegiristas de la cultura de masas aluden habitualmente a la potencialidad que encierra el fenómeno, más que a los frutos producidos en su más de un siglo de existencia. Lo cual responde al hecho que antes señalábamos: la dicotomía cultura verdadera / cultura degradada funciona como una

categoría perceptiva, que, a pesar de su naturaleza artificial e historiográfica, se halla en tal modo interiorizada que se superpone a la realidad y acaba por definirla.

En la búsqueda de un equilibrio entre los dos polos del debate, Eco advierte del apriorismo arbitrario de ambos, ya que “un aumento cuantitativo de la información, por desordenado y opresivo que parezca, puede producir resultados imprevistos, según la ley por la cual en la circulación de las ideas no hay neutralización reformista” (2004: 23). Los apologistas pecarían de un ingenuo liberalismo cultural al creer “que la multiplicación de los productos industriales es de por sí buena, según una bondad tomada del mercado libre, y que no debe ser sometida a crítica y a nuevas orientaciones” (p. 75). Pero del otro lado, el error de los apocalípticos-aristocráticos consistiría en pensar que la cultura de masas es radicalmente mala precisamente porque es un hecho industrial, “y que hoy es posible proporcionar cultura que se sustraiga al condicionamiento industrial” (*ibíd.*).

En este sentido resulta pertinente referirse las investigaciones sobre la opinión pública llevadas a cabo por Lazarsfeld. En ellas, el trabajo de campo sobre el que se sustenta arroja conclusiones opuestas a las de los Adorno o Horkheimer; de modo que el sociólogo norteamericano sostiene que no es cierta la suposición de que los medios de comunicación disfruten de un poder omnímodo frente a sus receptores en lo relativo a las opiniones políticas, por poner un ejemplo, del mismo modo que tampoco ejercen esa insuperable influencia respecto a las cuestiones culturales. Es decir, existe una idea generalizada tendente a sobrevalorar el poder comunicativo de los *mass media* en la transmisión de ideas. Lazarsfeld llega a la conclusión de que las ideas penetran en las personas, de forma total pero muy lentamente, y debido casi siempre a la acción interna del “vecino sobre el vecino”, sin ninguna influencia aparente de los medios de comunicación de masas. Escribe:

Hay evidencia de que las ideas pueden comunicarse al Grupo Políticamente Inerte a través de los medios de comunicación de masas. Pero considero que la presunción merecedora de un estudio más profundo es la de que el Políticamente Inerte acepta ideas con mayor facilidad de sus vecinos que constituyen el Grupo de Ciudadanos Participantes y estos, a su vez, son más aptos para recibir las sugerencias de los Divulgadores menores a quienes han aceptado la transmisión de criterios ejercida por los Grandes Divulgadores y los Grandes Discípulos (1979: XI).

Por su parte, Habermas, como Eco, desacredita a los apocalípticos por la falta de empirismo y por el simplismo que encierra la asimilación automática que estos establecen entre cultura de masas y pensamiento acrítico; aunque coincide con aquellos al denunciar que frecuentemente la intención de los promotores de la industria cultural sea la de homogeneizar a los individuos, finalidad que a menudo realizan con éxito indudable. No obstante, Habermas observa que dentro del mismo sistema donde se producen estos abusos se hallan también mecanismos correctores. Con este objetivo el filósofo alemán propone el engrandecimiento de un espacio público donde sea posible establecer consensos entre sujetos iguales:

Ciertamente que la formidable ampliación del potencial de comunicación está, por ahora, neutralizada por formas de organización que aseguran flujos de comunicación en una sola dirección, y no flujos de comunicación reversibles. La cuestión de si una cultura de masas hecha a la medida de los medios de comunicación de masas desarrolla fuerzas tendentes a una integración regresiva de la conciencia depende ante todo de si “la comunicación (se encarga) de asimilar a los hombres a través de su aislamiento”, y de ningún modo de si las leyes del mercado penetran cada vez más profundamente en la propia producción (1997: 474).

El debate en torno a la cultura de masas entablado en los medios intelectuales desde hace más de un siglo, inscrito en las coordenadas posmodernas que describíamos, ha dado lugar, como dijimos al principio del capítulo, al cuestionamiento de la parcelación entre literatura y paraliteratura. Salvo contadas excepciones, la crítica universitaria dio la espalda a los estudios sobre la cultura de masas hasta la década de 1960; cuando se comienza a registrar un creciente interés hacia la materia. Desde entonces, los enfoques aplicados a la novela popular, considerada la primera manifestación de la cultura de masas, se han dividido en dos grandes líneas de estudio. Por un lado, aquella que privilegia su faceta sociológica haciendo hincapié en el público lector de esta literatura y en la industria editorial que la genera; parte por lo tanto de considerar a la novela popular como una mercancía de rasgos uniformes producida por una serie de mediaciones extraliterarias que interactúan entre sí. Por otro lado, esta literatura, como todo mensaje codificado, es portadora de un sistema de ideas concreto. La segunda línea de investigación se ocupa consecuentemente de analizar la

ideología que refleja la novela popular. Esto es, tradicionalmente la naturaleza o función artística de esta narrativa ha sido dejada de lado, dándose por descontado que carecía de ella.

Probablemente uno de los primeros en denunciar la arbitrariedad epistemológica que encerraban estos enfoques fue Helmut Kreuzer en Alemania a inicios de los sesenta. Este llamó la atención sobre el hecho de que la crítica, en vez de considerar que existe una diferencia de grado artístico entre la alta y la baja literatura, percibe a ciertas obras como pertenecientes a categorías radicalmente distintas. Esto es, la dicotomía entre literatura y paraliteratura no se extrae metodológicamente sino que se considera un presupuesto para el método, en cuanto presupone ya la diversidad sustancial de la paraliteratura. (1979: 21). Pero esta, como dice Kreuzer, no es ni un género literario ni una forma esencial de literatura con rasgos propios y específicos, sino un complejo de obras pertenecientes a los mismos géneros, la novela, el drama, la lírica, etc., que cualquier otra creación literaria (p. 22). Pero, como es sabido, esta esquematización subyace en los juicios que en los medios académicos continúan circulando acerca de la novela popular. En vez de confrontarlas, analizarlas y diferenciarlas según su calidad, las investigaciones se dirigen a todas aquellas que de antemano son consideradas como subliteratura.

El apriorismo crítico es un rasgo característico de la abundante bibliografía generada en torno a esta materia; las vastas generalizaciones y la ausencia de estudios casuísticos constituyen la norma. Habitualmente se escogen una serie de ejemplos paradigmáticos que se aplican de forma automática a parcelas inmensas de distintas literaturas nacionales, obviando de este modo las peculiaridades que les son propias y que condicionan decisivamente a las obras. Especialmente llamativo respecto a la novela popular decimonónica son los casos de los Sue y Dumas, cuyas figuras, elevadas a exponentes del cultivador de la novela popular de la época, designan con su ejemplo a una legión de escritores no solo franceses, sino de todo el ámbito occidental. Sus circunstancias y trayectorias personales, que como veremos contribuyeron en una nada desdeñable medida a configurar este paradigma, a menudo son extrapoladas y aplicadas a otros novelistas populares con una flagrante actitud acrítica.

En definitiva, los conceptos de paraliteratura y cultura de masas se hayan unidos estrechamente, y ambos también en permanente proceso de transformación. El escenario actual de los estudios literarios, a pesar de sus supuestas crisis de valores y seguridades, proporciona una inmejorable plataforma desde la que afrontar con una actitud abierta y antidogmática las numerosas cuestiones que plantean ambos términos.

Umberto Eco, en el prefacio de una reedición de *Apocalípticos e Integrados* de 1977, comentaba las sucesivas reacciones que habían desencadenado las publicaciones de su libro. En 1964, cuando salieron los primeros artículos, que luego él mismo reuniría en un volumen bajo el título mencionado, la separación entre literatura y paraliteratura que el semiólogo cuestionaba era aceptada axiomáticamente; incluso resultaba escandaloso dedicar un análisis crítico a un cómic o sencillamente aludir a sus valores artísticos. Las reacciones apocalípticas resultaron virulentas y mucho más abundantes que las encomiásticas. Sin embargo, la reedición diez años más tarde de algunos de esos mismos artículos se produjo en un escenario radicalmente distinto; escribía Eco: “estos temas ya no resultan tan ofensivos y excéntricos como entonces le pareció a mucha cultura bienpensante; el estudio cada vez más profundo de los fenómenos de comunicaciones de masas se ha difundido hoy” (2004: 22). Por último, en el prefacio de la edición del 77, advertía del incesante interés que había adquirido la cuestión de la cultura de masas en los medios intelectuales, y se felicitaba de su definitiva consolidación en los estudios académicos; lo cual no ha dejado de incrementarse desde entonces a nuestros días. De cualquier modo, como pone de manifiesto el debate entablado en torno a los cánones literarios durante los últimos años, las polémicas no se han aplacado y, aunque bajo etiquetas y apariencias distintas, podemos observar que el intercambio de argumentos reproduce en el fondo el registrado entre los apocalípticos e integrados de Eco.

Al tiempo de redactar este trabajo, el suplemento cultural *Babelia* del diario *El País* del 3 de febrero de 2007 incluía dos extensos apartados relacionados con la cuestión que nos ocupa. El primer de ellos llevaba por título “Novela gráfica. La literatura se rinde al cómic”, y estaba compuesto por una abultada serie de artículos; de hecho constituía el argumento principal de ese número del suplemento. La aparición de este nuevo formato venía presentada como un acontecimiento cultural de primera magnitud. Del cómic, el género paraliterario por excelencia, había surgido la novela gráfica, que sería una especie de cómic extenso guiado por la ambición de aspirar “como la mejor literatura” a la indagación “a través del arte de las luces y sombras de la condición humana” (Max, 2007: 2). Álvaro Pons, quien traza la trayectoria de la novela gráfica, sitúa su nacimiento, a pesar de sus precedentes en el siglo XIX, en la publicación de *Contrato con Dios* del norteamericano Will Eisner en 1978; quien definirá por primera vez el término alejándose de cuestiones formales y centrándose “en el control absoluto del artista en todos los aspectos de la creación- acercándose de esta manera al escritor de narrativa- y la orientación adulta de la temática de la historieta” (2007: 2). A continuación, dice Pons que el prestigio de la novela

gráfica se fue forjando en circuitos independientes o alternativos “que alimentó en cierta medida la interpretación elitista que contraponía la novela gráfica al cómic tradicional” (*ibíd.*).

El otro trabajo del mismo suplemento al que nos referíamos, y que no guardaba relación alguna con el asunto de la novela gráfica, era de Juan Goytisolo y se titulaba “Literatura y mercado”. En él se reproducen a la letra la mayor parte de los presupuestos enunciados por la escuela de Frankfurt de los Adorno y Horkheimer. Así, dice el escritor:

Los pesos pesados del mundo editorial sólo quieren publicar lo que, acertadamente o no, consideran productos de venta fácil y marginan aquellas novelas que, en razón de su complejidad o por su voluntad innovadora, no responden al conformismo y pereza intelectual de una mayoría anestesiada por la telebasura o las revistas sobre la gente guapa (2007: 9).

Según Goytisolo existe una buena porción de excelentes creadores contemporáneos que arriesgan e innovan con sus obras y que, sin embargo, resultan absolutamente desconocidos para el público mayoritario; es decir, son víctimas de una marginación orquestada por las grandes editoriales y medios de comunicación, que prefieren dispensar como artística un tipo de literatura que, en realidad, no constituye más que remedos inauténticos y torpes de la verdadera gran literatura. De este modo, la cultura de masas ha acabado por producir un público acrítico, relegando el arte a la “calidez de lo confidencial” (*ibíd.*); o lo que es lo mismo, a ciertas elites.

Entre ambos artículos se pueden extraer una serie de consecuencias interesantes que podrían sustanciarse en la célebre frase lampedusiana: “todo tiene que cambiar para que todo siga igual”. El nacimiento de la novela gráfica pone de manifiesto que sin duda se ha producido una dialéctica fructuosa entre lo considerado popular o paraliterario y lo culto o artístico; fenómeno que por lo demás resulta ser muy común en la historia de la cultura. Conviene no olvidar que el mismo género de la novela, hoy indiscutidamente consagrado como una de las manifestaciones artísticas más significativas de la modernidad, en su día recibió un trato tan peyorativo como viene recibiendo el cómic. Los guardianes de la “cultura verdadera” clamaban aún en el siglo XIX contra un género literario que consideraban propio de mujeres, jóvenes y semiletrados, y que por lo tanto era indigno de ostentar el marbete de artístico. Álvaro Pons, en referencia a la novela gráfica escribe que ya es hora de abandonar la idea de que el cómic es un formato de consumo exclusivamente

juvenil (2007: 3). Como vemos, las acusaciones resultan muy similares. Max, uno de los más destacados cultivadores españoles de la novela gráfica española, escribe, también en *Babelia*, que “ya no se dirá impunemente, como se pudo leer no hace mucho en este mismo suplemento, que el lenguaje de los tebeos es simple y vulgar” (2007: 2). Todo parece indicar, sin embargo, que el camino de este nuevo formato hacia el reconocimiento pleno y unánime de su rango artístico, sea algo más azaroso de lo que se desprenden de las declaraciones de Max; en cambio, todo parece sugerir también que finalmente como sucedió antes con la novela acabará por disfrutar de una posición incontestable en el reino de la alta cultura.

¿Cuáles han sido las autoridades que han refrendado el reciente estatus adquirido por el nuevo formato? De lo que se desprende del artículo de Pons que citábamos, habrían sido unos cuantos iniciados que un tanto “elitistamente” comenzaron a diferenciarlo de los cómics tradicionales. El ejemplo de la obra de Eisner habría contribuido a su vez a dotar al género de una forma canónica que luego habría sido emulada por sus colegas; el paso del punto de ventas de los kioscos o supermercados a las librerías tradicionales al lado de la “literatura alta”; y, finalmente, la sanción artística definitiva se debería al reconocimiento recibido por parte de los lectores profesionales. Es decir, parece que nos encontramos ante un acuerdo perfecto de todas las autoridades del sistema literario, público, editoriales, escritores y crítica. Estas parecen ser las condiciones necesarias para que un género artístico nazca como tal. Una vez que esto sucede comienzan a establecerse selecciones, como muestra el elenco de autores de novela gráfica que ofrece el artículo, o sea, a “canonizarse” ciertos nombres en detrimento de otros. Selección que en un primer momento parece recaer en el acuerdo entre críticos, lectores, editoriales y escritores. Esta secuencia que observamos en el nacimiento del nuevo género se corresponde a la letra con la seguida por la novela, luego llamada popular o de folletín, en la mitad del siglo XIX. Como iremos viendo, será el esquema historiográfico auspiciado por el canon crítico el que tienda luego a explicar este proceso de un modo radicalmente distorsionado.

Los polos de opinión que identificábamos tanto para el debate del canon, esencialistas y relativistas, como para el entablado sobre la cultura de masas, apocalípticos e integrados, aparecen perfectamente representados en estos artículos de *Babelia*. Por un lado, los apologistas de la novela gráfica celebran la “artisticidad” alcanzada por el icono de la paraliteratura del siglo XX: el cómic; circunstancia que vendría avalada porque el nuevo género ha comenzado a indagar, como decía Pons, “en las luces y sombras de la condición humana”. Por otro lado, Goytisolo teme que la autoridad para definir lo artístico recaiga

sobre el mercado, las editoriales sin escrúpulos y el público mayoritario, cuyo gusto estético se halla irremediabilmente atrofiado por el clima cultural que respira. Para este escritor, a diferencia de Pons y otros valedores de la novela gráfica, la artisticidad de las obras no radica en la temática de la que se ocupan ni de las intenciones que las animan, sino en su efectiva intrepidez formal o su capacidad para innovar y descubrir nuevos horizontes expresivos. Al cabo, las disensiones que se aprecian entre ambas posturas derivan del uso de criterios distintos a la hora de definir lo que es o no es artístico; de modo que todo remite inexorablemente a la percepción subjetiva de los distintos agentes. Las condiciones sociológicas de los individuos que componen cada uno de estos grupos determinan a su vez la eficacia dialéctica y la visibilidad de sus conceptos estéticos.

4. LOS RASGOS DEL PARADIGMA DE LA NOVELA POPULAR

4.1 LITERATURA INDUSTRIAL

A pesar de que los estudios acerca de la cultura de masas desde los años sesenta no han dejado de incrementarse, en lo relativo a sus orígenes en el XIX, la referencia doctrinal sigue siendo en gran medida lo dicho veinte o treinta años atrás. Las distintas definiciones que se han venido dando respecto a esta narrativa giran en torno a tres notas fundamentales: su carácter eminentemente mercantil, su naturaleza no artística y su función ideológicamente consolatoria. A continuación nos ocuparemos por separado de cada uno de estos aspectos.

Literatura industrial, literatura de consumo o literatura de masas forman un conjunto de denominaciones dirigidas a subrayar el primer punto del paradigma. A una sociedad de masas le corresponde como decimos una cultura de masas, que en su forma inequívocamente peyorativa pasa a denominarse industria cultural, y como apunta Eco: “nada tan dispar a la idea de cultura (que implica un sutil y especial contacto de almas) como la industria (que evoca montajes, reproducción en serie, circulación extensa y comercio de objetos convertidos en mercancía)” (2004: 34). Parte fundamental del esquema crítico acuñado para la novela popular radica por lo tanto en su asimilación a cualquier otra mercancía de consumo, de lo que se desprende la siguiente idea: toda novela popular es siempre la misma novela popular. La existencia de un tipo de literatura concebido para un público multitudinario al que se le presuponen ciertos gustos y al que se le ofrece aquello que busca forma parte de la percepción colectiva del modo en que funciona el sistema literario. Bourdieu lleva más allá esta idea al afirmar que la oposición entre dinero y arte constituye el principio generador de la mayor parte de las críticas en materia de teatro, cine, pintura o literatura (2005: 231). En todo caso, lo que a primera vista se presenta como un fenómeno incuestionable, como trataremos de mostrar aquí, encuentra numerosas resistencias cuando se pretende formular coherentemente.

En primer lugar, nos ocuparemos de los orígenes de la novela popular. Algunos estudiosos afirman que casi desde la misma aparición de la imprenta comenzaron a organizarse redes editoriales especializadas en la publicación de literatura de bajo perfil o de simple entretenimiento con fines estrictamente lucrativos; Vittorio Brunori, por ejemplo, cree que estas funcionaban en Holanda ya desde el siglo XVI (1978: 21). No obstante, existe

cierta unanimidad en situar el nacimiento de la novela popular, en su acepción de literatura industrial, con la aparición de los folletines alrededor del decenio de 1840. Con todo, algunos prefieren retrotraer los inicios a los precedentes novelescos de esta narrativa; caso de Bianchini que los sitúa en la novela negra y gótica inglesa del siglo XVIII, al considerar que esta literatura moldeó el público y el estilo característicos del folletín (1969: 21). En todo caso, serán una serie de factores socio-históricos, como el aumento de la alfabetización, los avances en la industria del papel y la multiplicación de los periódicos y revistas, que tienen lugar a partir del siglo XIX, los que por primera vez hagan posible la existencia de un sustancioso negocio en torno a los libros.

Del contacto entre la prensa y la literatura nació un fenómeno editorial sin precedentes: el folletín. Tendrá lugar en 1838, cuando *Le Siècle* parisino publique diariamente, en la parte baja de sus hojas, fragmentos sucesivos de *Lazarillo de Tormes*. Pero será la aparición en este mismo formato de *Los misterios de París* de Eugène Sue en el periódico parisino *Journal des Débats* entre 1842 y 1843, el hito que suele señalarse como inaugurador del fenómeno de la literatura industrial. Pronto otros autores como Alexandre Dumas padre o Frédéric Soulié, que también publicarán sus novelas en folletín, como lo harán de hecho casi todos los escritores de la época, tales los Balzac o Sand, contribuirán a consagrar la novela como el género literario preferido del público lector. Se suele establecer una relación directa entre el espectacular auge que experimentará la prensa y la aparición de los folletines, a los que se hace responsables de haber habituado a la adquisición diaria de periódicos a capas de la población hasta entonces ajenos a tal rutina. En *L'Impartial* francés del 7 de diciembre de 1843 se dirá que: “un giornale senza fougillean è oggi impossibile più che mai” (*apud* Brunori, 1978: 27). Neuschäfer apunta que también resultó fundamental en este proceso de fidelización conjunta a la prensa y al folletín la política de abaratamiento de precios que practicaron editores de la época como Girardin y Dutacq, quienes redujeron los abonos de sus periódicos de ochenta francos a cuarenta con el objeto de ampliar su público (1979: 213).

El éxito de los folletines de los periódicos supondrá la aparición de un sinfín de novelas en este formato. Circunstancia de la que se aprovecharán las editoriales dedicadas a la novela por entregas -fenómeno que existía con anterioridad-, ya que asimismo experimentarán un notable crecimiento. Con el tiempo, las diferencias entre ambos productos literarios – el folletín y la novela por entregas- tenderán a difuminarse, ya que en realidad tan solo les distinguía su sistema de distribución. Como apunta Romero Tobar, “sus rasgos formales son análogos y la imaginación popular terminó por identificarlos y fijar

su estereotipo” (1976: 72). De hecho, dice Ferreras, que en realidad no existe diferencia entre el escritor que escribe por entregas, es decir, en folletines, y entre aquel que publica por entregas (1972: 75). Igualmente esta narrativa se distribuyó mediante la venta directa del volumen.

El público, pues, reclamaba incesante y masivamente la lectura de novelas, y el mercado se las proporcionaba. Este aumento de la demanda llevó a algunas editoriales a planificar los textos, al uso de taquígrafos y, en suma, a la formación de talleres literarios en los que escribientes redactaban al dictado de los folletinistas más famosos. Muy divulgadas en la época fueron las denuncias judiciales que Maquet, uno de los “asalariados” del taller de Dumas, entabló contra este al reclamar la paternidad de buena parte de la obra del autor de *El conde de Montecristo* (1844-46). La indudable existencia de este tipo de prácticas editoriales, provocó, como apunta Romero Tobar, que en muchas de estas obras “la huella del estilo personal sea prácticamente inexistente, y que todo sean fórmulas narrativas que se reiteran de manera automática” (1976: 100). El mismo Romero Tobar opina que esto tiene lugar cuando “el fenómeno de la mediación de los editores sobre los autores se institucionaliza” (p. 102). De ahí que algunos estudiosos como Ferreras opinen que “solo social y económicamente es posible desentrañar el significado de un novelar dictado por editores e inspirado por lectores” (1972: 12). Será el crítico literario francés Charles Augustin Sainte-Beuve, coetáneo del fenómeno, quien bautice a esta narrativa como “literatura industrial” (Amores, 2004 a: 81). No obstante, como luego veremos, el rechazo de Sainte-Beuve hacia la novela de folletín, cuyas obras señeras de entonces ensalzará en un primer momento, tendrá su raíz en el desprecio hacia una cultura accesible para la plebe y en sus riñas personales con los Hugo o Sue; esto es, no en lo estrictamente relacionado con su contenido o su estética.

Con el paso del tiempo, cuando se forje el paradigma negativo de esta novelística, se acabarán por superponer las nociones de folletín y novela popular; las cuales, en principio, respondían a fenómenos diversos: mientras el primero aludía al canal de distribución de la obra literaria, el segundo designaba sus rasgos formales. Equivalencia que, desde tal lugar teórico, se suele fundamentar en la decisiva influencia que ejercería el modo de publicación sobre la estructura narrativa. La serialización de la novela obligaría al autor a tender “cebos” que asegurasen la fidelidad del lectorado para la próxima entrega, de ahí la continua presentación de situaciones límite, peripecias y aventuras que quedaban en suspenso cada vez que el capítulo o la entrega iba a concluir. Esto determina que las obras sean articuladas mediante un “mecanismo tensor que introduce y potencia una estructura dramática” (Caudet,

1995: 248); estructura que Caudet asimila a la del drama clásico y que se compone de: prótasis, peripecia, anagnósis y catástrofe (Galdós, 2001: 109). Los folletines, señala Ferreras, “siempre son variaciones o versiones de una misma estructura novelesca” (1972: 190). Asimismo, el abultamiento artificioso, en forma de interminables diálogos o excursos del narrador, actúa como recurso dirigido al mismo fin: dilatar una entrega, rellenar otra ante el apuro del editor o prolongar una obra exitosa. Un catálogo de temas o motivos novelescos cerrado, que se repiten incansablemente bajo apariencias y personajes a primera vista distintos, dotarían al folletín de una nueva capa de mecanización que contribuiría a esclerotizar una estructura ya de por sí inmóvil y reiterativa. La equiparación de la novela de folletín a cualquier otra mercancía de consumo saldrá triunfante en la historiografía literaria, de modo que acabará por configurar uno de los perfiles principales de su paradigma.

Pero como venimos afirmando, desbrozar sistemáticamente las diferencias que separan a esta literatura de la considerada culta encuentra no pocos obstáculos, sobre todo cuando se pretende hacer a partir de su carácter de “literatura de consumo”. Principalmente se plantean tres tipos de cuestiones: aquellas relativas a su medio de difusión, a las intenciones de sus productores, tanto editores como autores, y, por último, las que conciernen a su fruición, es decir, al público al que se destina esta narrativa.

Respecto a la primera de ellas, se advierte que deriva en gran parte de la confusión terminológica que generan los apelativos peyorativos que esta literatura recibe: de masa, de consumo, industrial, etc. En este sentido, se debe tener en cuenta que desde la invención de la imprenta el canal de difusión que usan todas las obras literarias es el mismo, por lo que también son las mismas las mediaciones mercantiles e ideológicas a las que se hayan sujetas. En realidad, pues, lo que se denomina despectivamente como industria es, como apunta Eco, “un sistema de condicionamientos con los que todo operador de la cultura debe contar, si quiere contar con sus semejantes” (2004: 36). En una economía de mercado toda literatura tiene carácter de mercancía, pues toda esta hecha para ser consumida. Estamos de acuerdo con las tesis de Franco Rositi, quien defiende que la existencia de la cultura de masas funciona como elemento estructural de toda la sociedad, cuya estructura es de tipo flexible, muy diferente por ello a otras culturas eminentemente populares o religiosas. La cultura de masas es pues, dice Rositi, “asumida por nosotros no solo como un conjunto de objetos culturales, sino también como un conjunto de modelos de comportamiento operantes” (1980: 33). Así la literatura de masa que correspondería a una sociedad así articulada, como explica Giuseppe Petronio, indicaría en todo caso el desarrollo y consolidación de la literatura en una sociedad de masas, sería entonces un hecho

cronológicamente determinado y relacionado con todos los fenómenos que ha provocado y que caracterizan a la sociedad de masas; e incluiría por lo tanto toda la literatura moderna desde la Revolución Francesa (1979: 34). La literatura de masas sería, pues, a juicio de este crítico, otra cosa distinta, aquella que en todos sus aspectos, tanto de contenido como de lenguaje, traduce las estructuras mentales de una forma particular de organización social en la cual vivimos y a la que denominamos de masas (p. 84). Adorno y Horkheimer, continúa diciendo Petronio, identifican el arte de la edad de las masas con la industria cultural, sin margen de residuo, y no ven ningún espacio para obras de arte o de cultura que pueda llamarse humana; parten de este modo de una consideración extraordinariamente estrecha de lo artístico, pues para estos la literatura o la misma actividad literaria no existen, solo merecen el marchamo de artísticas un puñado de obras, “il resto è divertimento, evasione, apologetica del potere, astuzia corruttrice” (p. 45).

Como vemos, bajo la denominación de “literatura de consumo” o “literatura de masa” resulta habitual encontrar los prejuicios orteguianos sobre la esencia minoritaria del arte. Pero también, y en mayor medida, reacciones contra la fagocitación que el sistema capitalista efectúa sobre el mundo de la cultura, ahora irremediamente sometido a sus dinámicas de mercado. Circunstancia que no deberían mezclarse con cuestiones de otro orden, como las estéticas o las ideológicas.

En segundo lugar, decíamos que desde el punto de vista de las miras, los propósitos o los designios seguidos tanto por los autores como por los editores a la hora de crear o publicar las obras tampoco se puede inferir sistemáticamente un juicio valorativo sobre estas. Guido Monpurgo, en tal sentido, distingue entre niveles de uso; de modo que a la postre divide la literatura entre aquella que un autor destina conscientemente al consumo o al mero entretenimiento, “literatura de masa”; y aquella otra que nace con la voluntad de ser artística, esto es, que contendría una reflexión formal sobre el arte o que está confeccionada sin tener en cuenta a un público, “literatura verdadera” (1979: 23). Pero de esa intención del autor, por lo demás nada fácil de objetivar y más bien siempre de naturaleza dialéctica, como tratamos de poner de relieve con la anécdota de Schiller, resulta obvio que no se puede deducir un fenómeno empírico, y menos aún elevarla a criterio estético a partir del cual juzgar una obra. Esto es, como recuerda Kreuzer, la ciencia literaria debe analizar la realidad objetiva de los textos, y no puede partir de los propósitos del autor, o de su voluntad de complacer a un cierto público (1979: 25). *El Quijote* de Cervantes es quizá el caso más paradigmático: su autor declara, y no hay razón para no creerle, que su obra nace para denunciar los estragos que causa entre los españoles del siglo XVII la lectura de libros de

caballerías absurdos. Cuatrocientos años después, esta obra es leída por lectores de todo el mundo cuando no queda rastro de esos libros; además de que ha dado lugar a una infinitud de interpretaciones sobre las motivaciones de su creación, casi todas ellas distintas a la única explícitamente referida por Cervantes.

Para adaptarse a un público mayoritario, además, se haría necesario contar con una idea precisa de quién es este y qué quiere leer. Evidentemente no existe una fórmula cerrada cuya aplicación consiga epatar *ipso facto* a la masa. Con todo, el concepto de hombre masa que el autor elabora a partir de unos códigos que él mismo identifica, de modo que su presunción psicológica pasa a formar parte de su poética, sería en cierto modo objetivable y podría considerarse, como hace Eco en sus análisis semióticos, “un dato real que actúa como componente de una intención operativa” (2004: 200). Pero, como salta a primera vista, estos estereotipos quedarían presos de un inevitable subjetivismo que multiplica los posibles “hombres-masa” a tantos como autores e intérpretes se apresten a ello. En la práctica, lo que ocurre comúnmente es que el autor que escribe “literatura de consumo” se vale de “una *koiné* estilística creada por otros experimentos literarios” (Eco, 2004: 82). Pero en ninguno de los casos implicaría que tal obra de consumo careciese *per se* de “valores literarios”; salvo que tomemos como criterio de artisticidad, como habitualmente ocurre, el carácter innovativo y autorreferencial de las obras; más adelante entraremos en este punto. Por lo tanto, la valoración y categorización estética de un texto concreto, antes de entrar a juzgar su realidad objetiva, deberían quedar intactas independientemente de la presunta vocación con la que es escrita y publicada.

La tercera cuestión es seguramente la más problemática. El hecho de considerar al “público de masa” como un ente homogéneo y definido, que en la práctica es lo que sucede, constituye uno de los grandes equívocos que anidan en la despectiva denominación de literatura industrial. El concepto de hombre-masa se revela extraordinariamente complejo cuando se trata de objetivar a partir de la recepción que este hace de la literatura; es decir, al entrar a establecer las equivalencias que se dan entre la interpretación que hace el heterogéneo público de la obra al leerla y la intencionalidad del autor al escribirla. Los estudios semióticos de Eco han tratado de esclarecer estos niveles de correspondencia analizando distintas estructuras a partir de los grados de competencia de los lectores. De este modo, busca determinar cuál es la incidencia de la clase social, la formación intelectual, la edad o el sexo en la lectura que se realiza sobre libros concretos (2004: 199). Se plantea el problema por lo tanto de si es posible alcanzar “una estructura objetiva de la obra que, por un lado, permita la variabilidad de las fruiciones, y por otro justifique una fundamental

coherencia” (p. 203). Lo que en el campo reducido de lo “artístico” sucede con naturalidad, dice Eco, ya que un autor ofrece su producto a una comunidad de lectores con un código compartido y con una supuesta capacidad de elevarse al nivel del artista, resulta inasimilable en el horizonte de un producto destinado a la masa. No obstante, continúa diciendo Eco, el crítico debe tratar de determinar un modelo de fruición estética ejemplar para estos productos; y, para el caso, él parte de considerar que estos productos tienden a proporcionar efectos lúdicos, eróticos, pedagógicos etc., esto es, no estrictamente estéticos, mediante el uso de medios que, al menos en apariencia, sean artísticos. El italiano reconoce que hay objetos que admiten una variedad de reacciones que escapan del control del investigador, de hecho “el objeto es producido precisamente en despreocupada referencia a una multitud de otros (aunque por comodidad, se reúnan en el modelo hipotético del hombre-masa)” (p. 207). Explica así que el único modo de obtener una respuesta a las reacciones variadas de un público multitudinario es a través de estudios empíricos interdisciplinarios (psicológicos, sociológicos, económicos, políticos o antropológicos). El lector profesional, en espera de estos estudios o a falta de estos, puede realizar un análisis sobre las estructuras accesibles que adquiriría, en todo caso, carácter de hipótesis de trabajo. Tras la obtención y acumulación de datos procedería realizar una reflexión crítica, pero sin olvidar que la fruición, en consonancia con la sociedad, se halla en un permanente proceso evolutivo. Todo ello obliga al investigador a asumir una serie de responsabilidades que pasan ante todo por armar “una noción lo más articulada posible del periodo histórico en que vive, intentar definir la función del producto referido a los valores que ha asumido como parámetro” (p. 210).

A la postre, Eco, a pesar de su cuestionamiento sistemático de la frontera entre literatura y paraliteratura, en *Apocalípticos e Integrados* presupone que el análisis semiótico puede proveer de instrumentos fiables de reconocimiento de lo verdadero y lo falso artístico, como demuestra su elaboración del concepto de *kitsch* que veremos luego. Sus estudios sobre los folletinistas más destacados como Sue y Dumas se realizan desde esa conciencia que al cabo reproduce inevitablemente la clásica dicotomía. No obstante, nos interesa detenernos a observar su método de análisis y las conclusiones a las que llega porque creemos estas han ejercido una influencia considerable a la hora de establecer el paradigma crítico de la novela popular decimonónica. En *Il superuomo de massa* (1976) y *Lettore in fabula* (1983), Eco entra a analizar ejemplos de obras de masa concretas, y de acuerdo con su propuesta metodológica, deja de lado toda consideración estética. En lo que respecta a la literatura en cuanto mercancía de consumo, lo que aquí nos interesa, sus tesis a grandes

rasgos se dirigen a atribuir a Sue el descubrimiento de estructuras y mecanismos narrativos capaces de atraer la atención de todo tipo de públicos; labor que, teniendo en cuenta la trayectoria del novelista francés, este habría llevado a cabo con plena conciencia. Identifica así una serie de factores de raíz psicológica y antropológica, como la “alegría del reconocimiento”, la “satisfacción de la espera” o la “función consolatoria”, que le sirven para aplicar finalmente un corte entre la literatura y la paraliteratura. Sentencia Eco: “il romanzo popolare tende alla pace, l'altra mette il lettore in guerra con se stesso. Questa è la discriminante, tutto il resto può essere (e spesso) in comune” (1976: 19). De este modo, el semiólogo italiano, pese a sus reiteradas llamadas al estudio casuístico de obras y autores, acaba por elevar ciertas estructuras particulares de casos concretos, principalmente las de *Los misterios de París* de Sue, al lugar de paradigmas de valor general. Lo que por otra parte, en su caso y a nuestro entender, resulta respetable desde el momento en que advierte del riesgo que asume como investigador al tomar parámetros que expone en modo no dogmático y subrayando su carácter de hipótesis de trabajo.

Sin embargo, la crítica normalmente ha preferido obviar las llamadas a la cautela y a la constante y múltiple investigación, para seguir la tendencia particularmente acentuada en los estudios sobre literatura popular de consagrar arquetipos y emitir juicios globales. En cualquier caso, los esquemas propuestos por Eco a partir del análisis que realiza sobre estructuras concretas de obras concretas, como iremos viendo, son susceptibles de revisión tanto respecto a las pautas metodológicas que sigue como a las interpretaciones a las que llega. Sus estudios ante todo no resuelven satisfactoriamente cuestiones tales como los criterios que guiaban al público para preferir una obra u otra o a un autor u otro; puesto que parte de considerarlas aglutinadas bajo mecanismos sociológicos más o menos infalibles que todas ellas incorporan. Efectivamente, a menudo se pasa por alto que la fama y éxito de determinados folletinistas dependían de las veleidades del público. No todas las novelas de Sue y Dumas disfrutaron de igual éxito; mucho menos aún las de sus colegas que trataban de aplicar la aparentemente sencilla técnica del entreguista. Las subidas y bajadas de las ventas de los periódicos dependían a menudo de la acogida que tuviese su folletín. Como explica Neuschäfer, la estrategia de marketing pura y simple no bastaba para dar salida a cualquier novela, menos todavía la pretensión de los autores de adoptar una técnica narrativa exitosa; esto es, resulta evidente que determinadas novelas populares de la época conseguían comunicar a sus lectores algo que a estos les pareciese muy significativo, que lograse subyugarles (1979: 217). La abrumadora oferta de novelas obligaba más que nunca a usar criterios de selección de lecturas, del mismo modo que obligaba a los escritores, y si se

quiere a los editores, a confeccionar novelas que atrajesen por su especificidad a un público que tenía mucho donde escoger. La escasez de estudios parciales sobre diversos autores y temáticas de folletines; impide a menudo saber cuáles eran esos criterios y cuáles fueron las variantes ensayadas.

4.2 SUBLITERATURA

Llegamos así al segundo rasgo que se usa genéricamente para caracterizar a la llamada novela popular y que constituye seguramente la idea principal que sustenta el paradigma negativo que la acompaña: su carencia de valores estéticos. Subliteratura, folletín o literatura *kitsch* son algunas de las denominaciones usadas para enfatizar este aspecto. En esta identificación se ha basado fundamentalmente su expulsión de los cánones críticos. Pero como explicábamos, dicha marginación no puede entenderse fundada solamente en criterios estéticos, sino que responde a un proceso socio-histórico complejo, el cual ha tenido como resultado la constitución por parte de las ciencias literarias de unos esquemas organizativos y explicativos determinados. En tal forma que, al establecerse un canon crítico oficial, paralelamente se ha constituido un anticanon, el cual viene definido por un repertorio de contravirtudes extraído por contraste de las poéticas derivadas del primero.

Ahora nos ocuparemos de situar el origen histórico de este proceso. En primer lugar, se debe tener en cuenta que la novela de folletín al irrumpir en el sistema literario captó inmediatamente el interés de todo el arco de lectores; como apunta Hauser, su aparición en el XIX “significó una democratización sin precedentes de la literatura y una nivelación casi absoluta del público lector. Nunca ha sido un arte tan unánimemente reconocido por tan diferentes estratos sociales y culturales, y recibido con sentimientos tan similares” (1968: 43). Sand, Dumas, Hugo, Balzac o Sue, los escritores más prestigiosos de Europa en la mitad del siglo XIX, publicaban sus obras en formato de folletín y por entregas.

Como enseguida veremos, los mayores elogios iban para el autor de *Los misterios de París*. Pero no solo del público, sino principalmente de sus compañeros artistas y de los críticos literarios más exigentes. Petronio, cita entre los entusiastas admiradores de Sue a Sainte-Beuve y Balzac, aunque estos más tarde tratarán de desprestigiarle, y también a Lamartine o Sand (1980: 31). A esta última, Fleur de Marie, la heroína suesca por excelencia, le parecía el personaje femenino más original, poético y conmovedor de la literatura moderna (Bianchini, 1969: 126). La misma Sand probó suerte en la escritura de folletines, aunque no se consideraba especialmente dotada para ello, como, a su juicio, sí lo estaban los Dumas o Sue, maestros en crear suspense (p. 81). En las apreciaciones de Sand respecto a la narrativa de sus colegas hallamos dos enfoques distintos: por un lado, en la primera resalta los valores literarios que ella, como todos los agentes del mundo cultural, celebraron en la nueva novelística; por otro lado, en la segunda, se refiere en tono elogioso a

la facultad de generar expectación de Dumas y Sue. Sin embargo, a partir de determinado momento, las alabanzas al mérito poético de estos autores tenderán a desaparecer, de modo que las críticas se centrarán en analizar en exclusiva esa capacidad, que Sand definía como virtud, de conquistar la atención de los lectores. Es esta última perspectiva la que nos ha sido legada como núcleo fundamental de la idiosincrasia de la novela popular decimonónica.

Pero insistimos, dicho enfoque ignora de partida el hecho de que las obras de Sue y Dumas resultaron del máximo agrado para todas las autoridades del sistema literario, y no solo al tiempo de su aparición, sino al menos hasta tres décadas después. Aproximadamente a partir de 1870 el “arte del corte”, las intrigas, las peripecias... pasan a representar elementos ignominiosos en todo escritor que se tenga a sí mismo por artista. La historiografía que se irá construyendo posteriormente hará hincapié en los testimonios, que también los hubo aunque abrumadoramente minoritarios, de aquellos que durante el auge de la narrativa de folletín criticaron sus técnicas, fundamentalmente la del “arte del corte”. Fue el caso, por ejemplo, de Jérôme Paturôt, quien en los años cuarenta escribía:

É soprattutto nel taglio, signore, che si vede il vero “feuilletonista”. Bisogna che ogni numero cada bene, che sia legato al successivo con una specie di cordone ombelicale che chiami, che provochi il desiderio, l’impazienza di leggere il seguito. Parlavate d’arte poco fa: l’arte é questa. É l’arte di farsi desiderare, di farsi aspettare (*apud* Bianchini, 1969: 18).

Otros intelectuales coetáneos como Karl Marx o Edgar Allan Poe también se pronunciarán contra la narrativa de Sue, aunque por motivos diversos, de modo que serán después ensalzados como críticos visionarios. En resumen, se hace presión sobre unos y se ignoran otros, ¿por qué esta animadversión y este interés en desprestigiar una narrativa? La degradación que pudo alcanzar la industria del folletín, con los talleres literarios de Dumas y los centenares de pretendidos imitadores de Sue, pasa a representar el escalafón más bajo de la literatura, de modo que la visión sobre la legión enturbió la capacidad de distinguir individualidades. En el desarrollo diacrónico de la literatura, las formas en un primer momento dominantes se convierten luego en periféricas, reflexión que le lleva a Massimo Romano a considerar que la literatura popular se halla siempre en retraso respecto a la culta, “in quanto nasce da un processo di cristallizzazione di miti, temi, situazioni e linguaggio, creati dallo scrittore originale”; de lo que deduce que el sistema primario es siempre utópico en tanto que proyecta nuevos modelos de realidad, mientras que el segundo es siempre

consolatorio en tanto que repite esquemas narrativos ya descubiertos y aceptados gracias al sistema primario (1977: 51). La idea que subyace en esta definición es aquella de que todo fenómeno literario que alcanza repercusión, sea esta en forma de éxito de público o reconocimiento intelectual, genera una ola de emuladores que se acogen al nuevo formato, de modo que va así perdiendo la originalidad y peculiaridad primigenia hasta convertirse en un arte degradado.

Sin embargo, se pasa por alto que este esquema explicativo, que es el que comúnmente se usa para vaciar de espesor artístico a la literatura popular, no resulta aplicable al fenómeno del folletín desde el momento en que esta narrativa en todos sus aspectos, empezando por el poético, en la época de su nacimiento pasó indiscutiblemente por ser la literatura de vanguardia. Esto es, lo que distingue el caso de los Sue o Dumas, forjadores de la novela de folletín, es que su condición de pioneros de un movimiento artístico no les ha servido para alcanzar al mismo tiempo el reconocimiento de los cánones; pues han sido sus epígonos los que han terminado por definir el modelo original, vaciándolo de las virtudes estéticas que en un principio fueron señaladas por todos los estamentos literarios. También los Stendhal, Balzac, Dostoievski o Galdós, con su narrativa exitosa y reconocida, generaron una considerable legión de imitadores; posteriormente estos últimos fueron siendo olvidados y marginados de los cánones críticos, pero el lugar de los pioneros, aunque con los altibajos propios de los choques generacionales, fue siendo respetado. ¿Por qué los degradadores “realistas” no arrastraron como hicieron los folletinistas epigónicos a los padres del modelo? Probablemente porque los Sue o Dumas han sido “canonizados” como los padres de la corriente paralela a la artística: la de la cultura de masas, esto es, del anticanon. A continuación, por lo tanto, nos detendremos a analizar el encuadre cultural y socio-histórico en el que tuvo lugar este proceso.

Al respecto resulta útil fijarse en la aplicación que Bourdieu lleva a cabo de su teoría de los campos al caso concreto de la separación entre literatura y paraliteratura que se observa a partir de 1870. El sociólogo analiza la competencia que entablaron los escritores partidarios del “arte por el arte” contra aquellos otros escritores que disfrutaban del apoyo entusiasta y mayoritario del público lector, de las editoriales punteras, las cuales ingresaban cantidades de dinero fabulosas y, también, de las oligarquías políticas, con las que los prestigios literarios solían hallarse en buenas relaciones. Por un lado, se situaban los intelectuales como Flaubert o los hermanos Goucourt, “ricos en capital cultural y pobres (relativamente) en capital económico”; por el otro, los empresarios de la industria y el comercio, “ricos en capital económico y pobres (relativamente) en el capital cultural” (1997:

66). Los primeros enarbolarán la bandera de la independencia respecto a la demanda del mercado y exaltarán el desinterés de todo lo ajeno a lo artístico que guiaba su escritura. Asimismo, denunciarán continuamente lo que por contraste con su actitud altruista caracteriza a esos otros escritores recompensados por los poderes económicos y políticos; esto es, los novelistas por entregas o los folletinistas (*ibíd.*). Bourdieu llama la atención sobre este panorama sociológico comúnmente ignorado, y lo usa para explicar la extraordinaria campaña de desprestigio que emprendieron los “escritores artistas” contra sus colegas de éxito. Neschäfer ofrece datos reveladores al respecto al comparar la renta desorbitada de cien mil francos anuales que recibía Ponson de Terrail, el más afamado folletinista del momento, y los dos mil que alcanzaba el sueldo de un empleado medio; cantidad máxima que asimismo podían aspirar a generar Flaubert o los hermanos Goncourt con sus novelas. De ahí que Neuschäfer diga que no debe extrañar que en el famoso diario de estos últimos se comente con envidia los ingresos que Ponson recibe por sus folletines; y que del mismo modo “compensassero l’inferiorità economica accentuando particolarmente la loro superiorità intellettuale”. Lo que lleva a este crítico a afirmar que la “envidia social” es un motivo que debe ser tomado en cuenta para poder comprender los juicios despreciativos que autores como los Goncourt dedicarán a la “literatura trivial” y “la corrispondente arroganza dei letterati «classici» che difendono la loro condizione minacciata con l’idea di un’arte «pura»” (1979: 214).

Mediante estas luchas por el capital simbólico artístico, en terminología de Bourdieu, o lo que es lo mismo, por la capacidad de definir el concepto de lo artístico que se entablan en el último tercio del XIX, comienza el proceso de autonomización del arte al que antes aludíamos. Se verificará progresivamente de este modo la ruptura entre las autoridades público y editoriales, de una parte, y “verdaderos escritores” y lectores profesionales, de otra. Consecuentemente se crea el lugar teórico de la cultura popular o de masas opuesta y antitética a otra cultura verdadera, pura y artística. Bourdieu ofrece el ejemplo representativo del retrato que realiza Flaubert en *La educación sentimental* (1869) del medio intelectual francés de entonces. El campo literario y artístico se construye en cuanto tal en virtud de la oposición que sus miembros plantean a un mundo burgués definitivamente consolidado como poder hegemónico, lo cual le confiere la potestad de afirmar sus valores y de legitimarlos mediante los instrumentos de la autoridad. Los marginados intelectuales de la bohemia denuncian que esta burguesía trata de imponer un arte degradado. Todo ello se produce en una atmósfera social marcada por el recuerdo del fracaso de la Revolución del 48. Evento histórico que ha sido percibido por sus coetáneos como una derrota del pueblo y

las clases medias motivada por la traición de unos enriquecidos capitalistas, otrora revolucionarios ahora reaccionarios, que han temido llevar hasta las últimas consecuencias los postulados democráticos sobre los que habían basado su oposición ideológica a la sociedad aristocrática. En *La educación sentimental*, a juicio de Bourdieu, todo ello encuentra reflejo. Flaubert describe los salones sociales donde los burgueses triunfadores, que controlan el aparato del poder, se relacionan con una casta de intelectuales que dependen de ellos y que ansían las prebendas y puestos oficiales que aquellos están en posición de repartir. Por otro lado, se sitúan las nuevas hornadas de artistas y escritores relegados de estas componendas. En su mayoría proceden de provincias, han recibido una sólida formación humanística pero tienen vetado el acceso a las carreras prestigiosas, copadas por la nobleza y clase alta y media parisina. Nace así la bohemia en oposición a los intelectuales oficiales (2005: 118 y ss). Su campaña tendrá éxito: la retórica de su programa estético acabará por imponerse como el discurso autorizado sobre la naturaleza del arte.

Sin embargo, Gramsci advierte de que aún en 1930 los folletines de Dumas, Sue o Hugo disfrutaban del favor del público mayoritario, y escribe que conviene recordar que esta literatura “oggi degradata alle portinerie ed al sottoscala, è stata molto diffusa tra gli intelletuali, almeno fino al 1870” (1950: 121). Más adelante apunta que el superhombre de Nietzsche en parte procede de la influencia de las novelas por entregas de Dumas y Balzac, y sarcásticamente añade que comprende el pudor del filósofo alemán al justificar sus conceptos filosóficos en sus lecturas de adolescencia. Le recrimina, por tanto, que ensalce a Balzac “come scrittore d'arte e non come creatore di figure romanzesche del tipo d'appendice. Ma el nesso reale pare certo culturalmente” (p. 122). A la altura de 1930 el divorcio entre las autoridades, por un lado, público y editoriales, por el otro, escritores “artistas” y lectores profesionales, como pone de manifiesto la anterior cita de Gramsci, se ha consumado definitivamente dando lugar a la esquematización rígida de cultura verdadera y cultura de masas. En las opiniones de Ortega y Gasset acerca de la novela se aprecia el vuelco que se ha producido en los gustos literarios de la clase intelectual de su época respecto a aquella otra que leía con placer a Hugo, Sue o Balzac:

La aventura no nos interesa hoy, o, a lo sumo, interesa solo al niño interior que, en forma de residuo un poco bárbaro, todos conservamos. El resto de nuestra persona no participa del apasionamiento mecánico que la aventura del folletín acaso nos produce. Por eso, al concluir el novelón nos sentimos con mal sabor de

boca, como habiéndonos entregado a un goce vil y bajo. Es muy difícil que hoy quepa inventar una aventura capaz de interesar nuestra sensibilidad (1969: 169).

Ortega y Gasset considera que la novela como género está agotada por falta de temas; señala que el interés principal lo encierra su estructura formal y que la novela verdaderamente artística es aquella “esencialmente retardaría”, esto es, la novela “tiene que ser un género moroso” (p. 170). Todo lo contrario, por tanto, que el cuento, el folletín y el melodrama, de ahí que Ortega diga que “el gran Balzac nos parece hoy irresistible” (p. 164). Es la óptica del intelectual modernista que asume el divorcio definitivo entre el público de masas y el arte, dice explícitamente el madrileño: “El punto de vista del autor o del crítico no puede ser el mismo que el del lector incualificado. A éste le importa solo el efecto último y total que le obra le produzca y no se preocupa de analizar la génesis de su placer” (p. 180). El siguiente párrafo de Ortega expresa resumidamente el modelo narrativo que en adelante determinará la poética de los cánones críticos:

Una necesidad puramente estética impone a la novela el hermetismo, la fuerza a ser un orbe obturado a toda realidad eficiente. Y esta condición engendra, entre otros muchos, la consecuencia de que no puede aspirar directamente a ser filosofía, panfleto político, estudio sociológico o prédica moral. No puede ser más que novela, no puede su interior trascender por sí mismo a nada exterior (p. 203).

Así pues, la clase intelectual en las primeras décadas del siglo XX acusa a la mayor parte de la narrativa decimonónica, tanto a la folletinesca como a la proveniente de las escuelas del realismo, de repetitiva, de carente de reflexividad artística, de panfletaria, de excesivamente melodramática y de estar sobrada de acción. La trayectoria del género, como apunta Bourdieu, después de Balzac, tiende a excluir lo “novelesco”,

Flaubert, con el sueño de un “libro sobre la nada”, y los Goncourt, con la ambición de una “novela sin peripecias, sin intriga y sin entretenimientos de poca monta” contribuyeron efectivamente al programa enunciado por los propios Goncourt, “acabar con lo novelesco”. Programa que se ha proseguido, de Joyce a Claude Simon pasando por Faulkner, con la invención de una novela en la que

todo vestigio de relato lineal ha desaparecido, y que se revela a sí misma como ficción (1997: 69).

El canon crítico elaborado por artistas y críticos a partir del modernismo presenta un importante punto de inflexión; este no se opone al arte clásico, sino al realismo o al simbolismo, movimientos artísticos del siglo XIX que, como dice Todorov “son tan «modernos» como él”; y continúa diciendo el mismo estudioso:

El espíritu del modernismo domina el arte europeo de 1910 a 1970 (de forma aproximada); sus manifestaciones son variadas pero muchos rasgos se repiten a menudo: 1. La abstracción, o renuncia a la representación de las formas concretas del mundo; de golpe este arte se siente universal. 2. El carácter sistemático: la obra es el producto de un sistema consciente y racional. 3. El gusto por lo nuevo (que el modernismo comparte con los movimientos de vanguardia): la obra afirma su originalidad y rechaza la relación con la tradición (ya no se imita: ¡ni al mundo, ni a los antiguos!). 4. La clara separación entre “gran arte” o “verdadera cultura” y la “cultura de masas” o “el arte popular” (2005: 45).

Este elenco de rasgos aporta las notas fundamentales del código normativo del canon crítico que informa el modelo vigente y prestigioso mediante el que se suelen elaborar las historias de la literatura de Occidente. Modelos que tienden a recoger tan solo una mínima parte de las producciones literarias, lo cual produce el efecto, a juicio de Bourdieu de “que toda la representación del campo y de su historia resultada falseada” (1997: 68). Fuera de esta selección queda fuera sistemáticamente todo aquello etiquetado como procedente de la cultura de masas.

En concreto, quizás sea la exaltación de la originalidad lo que más ha contribuido a labrar la condenación artística de la novela popular, esencialmente considerada como repetitiva. Como dice Octavio Paz: “el nuevo paradigma axiológico de la modernidad es la novedad, todo se valora en función de su valor transgresivo, todo tipo de ruptura que consiga romper esquemas tradicionales y consiga crear expresiones nuevas” (*apud* de Marchis, 2003: 123). La modernidad, sigue diciendo Octavio Paz, debe ser entendida “como renuncia a las ventajas de las condiciones cíclicas del tiempo y como crítica a la eterna verdad cristiana, en nombre de una verdad precaria del cambio, lleva en literatura también a

la transformación radical del sistema aristocrático de los valores y a la creación de un nuevo paradigma burgués” (p. 124). En la segunda mitad del siglo XIX, como explica Habermas,

emergió ese espíritu romántico la conciencia de la modernidad que se liberó de todos los vínculos históricos específicos. Se establece una oposición abstracta entre la tradición y el presente, y en cierto sentido, todavía somos contemporáneos de esa clase de modernidad estética que apareció por primera vez a mediados del siglo XIX, desde entonces la señal distintiva de las obras que cuentan como modernas es lo nuevo (1985: 20).

Para justificar historiográfica y estéticamente esta continua mutación, como apunta Todorov, se declara que el arte evoluciona necesariamente “hacia su propia esencia, hacia una pureza creciente (Blanchot en Francia, Greenberg en Estados Unidos), o incluso hacia una representación cada vez más completa del mundo (el surrealismo es forzosamente mejor que el realismo); y dejamos al margen todas las obras que no entran en el esquema” (2005: 5). Así, la novela popular caracterizada por su sustancial unidad temática y formal, por los juegos de repetición y simetrías con otras obras que garantizan al lector una continuidad y en cierto modo la invariabilidad; con una lengua a menudo monolítica y uniforme y que rechaza el principio de inestabilidad absoluta que rige a la “literatura artística”, choca frontalmente con el modelo consagrado para explicar la trayectoria de la novela, y no puede sino ser condenada a los sótanos de la cultura. Las siguientes palabras de Adorno y Horkheimer reflejan como precisamente uno de los principales reproches que se dedican a la literatura popular o de masas es el de su repetitividad, es decir, su desdén por lo novedoso:

La novedad del estadio de la cultura de masas respecto al estadio liberal consiste justamente en la exclusión de lo nuevo. La máquina rueda sobre el mismo lugar. Mientras, por una parte, determina ya el consumo, descarta, por otra, lo que no ha sido experimentado como un riesgo [...] Para ello sirven el ritmo y el dinamismo. Nada debe quedar como estaba, todo debe transcurrir incesantemente, estar en movimiento. Pues el triunfo universal del ritmo de producción y reproducción mecánica garantiza que nada cambie, que no surja nada sorprendente (2003: 178).

Del paradigma de la novedad se desprende una paradoja: la obra concebida en pos de un arte cada vez más puro, en realidad se halla inexorablemente determinada por las anteriores a las que debe superar, de modo que se configura en gran medida a partir de la búsqueda de la diferencia y de la ruptura permanente con la tradición o con la historia; las obras por lo tanto tienden a convertirse en completamente históricas y no en “puramente artísticas”. De ahí que otro de los rasgos propios del código normativo de los cánones críticos modernos sea el de la autorreflexividad de la novela. Ello determina que para la comprensión y deleite del género se haga cada vez más necesario el conocimiento de la trayectoria diacrónica; como indica Bourdieu, el valor artístico atribuido a una novela a menudo “sólo puede captarse por comparación histórica” (1997: 70). De ello se deriva que muchos estudiosos definan la paraliteratura a partir de la carencia de este rasgo; como hace Tortel, por ejemplo, cuando dice que la novela paraliteraria puede compartir con la otra todos los elementos salvo “l’inquietudine rispetto al proprio significato e la messa in causa del proprio linguaggio” (*apud* Petronio, 1980: 25). Pero a este argumento se le podría objetar que tan solo es válido desde el romanticismo y las vanguardias, de manera que el concepto de arte no sería igual para todas las épocas, aunque a pesar de ello se estudian como una continuidad. Como señala Guido Morpurgo a la literatura antigua no se le puede atribuir las propiedades de la moderna, mientras que no sucede lo mismo al contrario (1979: 23).

La dicotomía arte verdadero/ de masas parte por lo tanto del enfoque que convierte criterios estéticos, en este caso el de la reflexividad formal, en criterios históricos, lo que apareja la presunción de una definición universal y atemporal de lo artístico difícilmente sostenible. Como pone de manifiesto Kreuzer solo se habla de paraliteratura a partir del XVIII, y sobre todo en lo referido a las novelas, cuando es claro que a mucha poesía y teatro anterior canonizada por la crítica académica, la oficial y la artística, les serían aplicables a la letra los presupuestos tanto de repetición de modelos como los de su vocación de llegar a todo tipo de público (1980: 37). Ironiza Petronio al respecto al juzgar que en estos casos el crítico literario se comporta como un arqueólogo que no sabe distinguir entre lo interesante y lo bello, es decir, algunas obras por el mero hecho de ser antiguas son automáticamente consideradas artísticas (1980: 12).

Se observa así que este esquema, legitimado y renovado continuamente, aplicado a fenómenos como el de la novela del XIX puede dar lugar a flagrantes anacronismos. La repetitividad, unánimemente anatemizada a partir de las escuelas modernistas y vanguardistas, durante el siglo XVIII se correspondió con el concepto de imitación a los

clásicos, siendo uno de los postulados principales de la estética neoclásica. Una imitación que debía ser guiada siempre por la razón y que distinguía entre la copia, que sería una servil e inauténtica apropiación, y la imitación inteligente. Los escritores decimonónicos, continuadores en tantos aspectos de la cultura de la Ilustración, no profesaron la aversión que desde el siglo XX arraigaría hacia el seguimiento de modelos que se tenían por acertados. El clima romántico había despertado y proclamado la libertad creativa del genio, su independencia de los patrones tradicionales, en gran parte como reacción a la rigidez neoclásica que buscaban suplantar. Pero a mediados del siglo, el determinismo que los nuevos escritores rechazan es precisamente aquel establecido por los románticos, quienes a su vez fueron consagrando nuevos modelos que luego serían objeto de emulación.

Conviene no olvidar, como apunta Rosa María Adrada, que “a pesar de los significativos cambios que se producen a finales del siglo XVIII y principios del XIX en las ideas literarias, todavía a mediados del XIX se sigue explicando la decadencia literaria del momento por el «desprecio orgulloso de los modelos consagrados por la admiración de los siglos»” (2000: 152). El establecimiento del criterio de la originalidad como pieza clave del juicio estético no comenzará a articularse sino hasta finales del siglo XIX. La narrativa de Walter Scott, por ejemplo, que dio lugar al género de la novela histórica, fijó un modelo que sin ruborizarse y con explícita confesión tomaron escritores ahora canonizados de toda Europa; caso por ejemplo de Manzoni. Luego sucederá lo mismo con el paradigma conocido como realista de los que Stendhal, Dickens o Balzac fueron pioneros; de modo que los Galdós o Clarín en España los señalaban como patrones de sus creaciones sin embarazo alguno, como luego sucederá con las novelas de Zola o Dostoievski; pues no pensaban que dicha circunstancia les restase mérito literario alguno. El modernismo que nacerá como reacción al realismo, siguiendo la dinámica de la sucesión agresiva entre escuelas, negará a sus precedentes la vigencia artística al tiempo que, por lo mismo, les canonizará en la secuencia histórica como su precedente. Y ello tendrá lugar una vez que dentro el microcosmos cultural de Occidente se han producido dos fenómenos fundamentales, y estrechamente conectados, como son la autonomización del arte y el desarrollo de una cultura de masas. Ambos provocarán que el criterio de lo original sea elevado a directriz discriminante. De un lado, porque la autonomización significa un movimiento del arte hacia sí mismo, lo cual lo desliga cada vez más de lo exterior creando así un mundo emancipado; el enaltecimiento de lo nuevo se constituye en dinámica fundamental debido a que es el camino más franco que encuentran los artistas para hacerse visibles, diferenciarse y

conquistar un espacio dentro de él. Por otro lado, como hemos visto, porque lo novedoso, al actuar como anatema fulminante del reino de lo artístico, facilita la cada vez más apremiante tarea selectiva a la que empuja la inabarcable multiplicidad de obras.

En definitiva, creemos que es a partir de la conciencia de estas dinámicas generadoras de juicios artísticos de donde debe partir la labor del crítico a la hora de estudiar las diferencias que se establecen entre tan vastos campos literarios. De modo que estamos de acuerdo con Kreuzer cuando señala que el concepto de paraliteratura solo puede ser científicamente significativo según una prospectiva histórica de la sociología del gusto (1979: 39). De lo contrario se corre el riesgo de promover modelos de análisis infundados

Una muestra de estos intentos infructuosos de encerrar lo paraliterario en una fórmula, la encontramos en la elaboración del concepto de lo *kitsch* que lleva a cabo Umberto Eco. Según este, dicha etiqueta le correspondería a la obra que:

- 1) toma procedimientos prestados de la vanguardia, y los adapta para confeccionar un mensaje comprensible y disfrutable por todos, 2) emplea tales procedimientos cuando son ya notorios, divulgados, sabidos, consumados, 3) construye el mensaje como provocación de efectos, 4) lo vende como arte, 5) tranquiliza al consumidor convenciéndole de haber realizado un encuentro con la cultura, de forma que no se plantee otras inquietudes (2004: 112).

Como vemos, la repetitividad o la emulación de modelos destaca como elemento que determina la paraliterariedad, aunque para Eco debe ser combinado con otros que en resumen apuntan hacia la idea de la impostura artística. Lo *kitsch* por lo tanto es definido como “una forma de desmedida, de falso organicismo contextual, y por ello, como mentira, como fraude perpetrado no a nivel de los contenidos, sino al de la propia forma de la comunicación” (p. 116). Este método parte de una concepción de lo artístico cuyo referente es el paradigma al que venimos refiriéndonos; esto es, aquel que eleva como criterios discriminantes la originalidad y la autoreflexividad. Eco, consecuentemente, al obviar las condiciones socio-históricas de las que derivan estos criterios que toma como barómetro, alimenta una idea universalista y dogmática del arte que, a nuestro juicio, falsea sus análisis sobre la naturaleza de la paraliteratura.

Pero el clima posmoderno en el que estamos inmersos ha dejado en evidencia el ideal del progreso ilimitado que late en el trasfondo a esta concepción estética; como expone Vattimo, este ideal “es algo vacío y su valor final es el de realizar condiciones en que

siempre sea posible un nuevo progreso. Y el progreso, privado del «hacia donde» en la secularización, llega a ser también la disolución del concepto mismo de progreso, que es lo que ocurre precisamente en la cultura entre el siglo XIX y el siglo XXI” (2000: 15).

Se debe subrayar una evidencia a menudo ignorada en virtud del peso que ejerce el criterio de lo original: la repetitividad en ningún caso podría ser un signo por sí mismo de inferioridad artística. Para Todorov, el paradigma de lo novedoso como eje de la modernidad se halla en el fondo vacío de contenido aunque esta misma vacuidad no estaría exenta de significado, sino que “expresa una adhesión a la idea de progreso bajo su forma más simple, aquella que quiere que todo lo que venga después sea mejor que aquello que había antes” (2005: 7). En coherencia con esta perspectiva, a toda obra considerada artística habría de exigírsele un marchamo de innovación que, en la mayoría de las ocasiones, sería harto difícil de demostrar. Llevado al extremo supondría exigir que cada obra literaria pretendidamente artística reinventase cada vez la literatura, contuviese la tradición y la refundase. De este modo solo la radical y continua vanguardia podría ingresar en el “cielo canónico”.

Como se aprecia, esta idea se halla muy cercana a la esencia de las tesis de los Adorno, Steiner o Bloom, según las cuáles solo a un reducido grupo de obras se les podría conceder el plácet de lo verdaderamente artístico. Lo cual resulta muy respetable como opinión o juicio estético personal, pero mucho menos si tales veredictos pretenden erigirse en criterios explicativos de la historia literaria o cultural.

Implica tal teoría asimismo que se haga una especie de consustancial negación de novedad a todas las consideradas novelas populares, de este modo todos habrían de ser iguales a la primera, pero ¿cuál sería esta, *Los misterios de París*?, ¿explica la obra de Sue todas las novelas populares? Creemos que la ausencia de rigurosos análisis de novelas populares impide alcanzar los consensos críticos, particularmente respecto a su función estética, que se han venido estableciendo con ligereza en torno a esta narrativa. En definitiva, resulta incuestionable que el determinismo que emana de las poéticas dominantes se halla detrás de este apriorismo crítico marcadamente prejuicioso y reduccionista.

4.3 CONSOLACIÓN

El tercer estigma que soporta la novela folletinesca decimonónica, y en general toda la literatura considerada de masa, sería el relativo a su carácter de lectura de efectos sedativos dirigida a un público ansioso de evadirse de una realidad insatisfactoria. Así, algunos críticos que, como Díez Borque, consideran que este es uno de los rasgos definitorios de la literatura popular moderna, recurren como clave explicativa de estas obras al concepto de la alienación, que tiene lugar “cuando el individuo entiende mediante fórmulas acuñadas por otros; cuando no utiliza los modelos conceptuales de un medio, sino que comprende mediante ellos; cuando no utiliza los modelos imaginativos de un medio, sino que imagina y siente mediante ellos” (1972: 31).

De esta manera, comúnmente se acusa a la novela popular de fomentar el conformismo ideológico y la asunción acrítica de la realidad. Adorno cree que la existencia de literatura de masas tiene su fundamental razón de ser en este fin; y señala:

Però anche i suoi difensori non potranno contraddire apertamente Platone quando sostiene che ciò che è falso in sè, oggettivamente, non può essere buono e vero per gli uomini, neppure soggettivamente. I prodotti che l'industria culturale escogita non servono come indicazioni a una vita felice e neppure a una nuova arte della responsabilità morale, sono solo esortazioni a ottemperare a un fenomeno dietro cui si nascondono interessi potenti; e l'accettazione che essa propaganda rafforza una cieca ed oscura autorità (1979: 13).

Desde la mitad del siglo XIX, críticas semejantes a las de Adorno fueron aplicadas al folletín por personalidades como Marx y Engels, quienes sentarán las bases de gran parte de la crítica ideológica que ha venido recibiendo la novela popular durante el siglo XX. Las escuelas marxistas explicarán las propiedades de los productos literarios reconduciéndolos directamente a la estructura de los modos de producción o a los intereses políticos y económicos de sus agentes. Se trata de la teoría del reflejo, según la cual, en lo relativo a la narrativa decimonónica, un escritor burgués a través de su obra inevitablemente debía expresar la moral burguesa en la que se había formado, defendiendo, por tanto, un discurso social perjudicial para el proletariado. Los folletines, en su mayor parte elaborados por escritores procedentes del satanizado estrato, y publicados a través de sus órganos editoriales, no podían ser sino vehiculadores de una ideología dirigida a la conservación de

los privilegios de su clase. El siguiente párrafo de un estudioso actual, Vittorio Brunori, resulta revelador sobre la presencia de esta óptica del reflejo aplicada a la novelística que nos ocupa: “La letteratura populista della seconda metà del XIX secolo si rende dunque interprete degli interessi della borghesia e raccomanda con calore alle plebi «docilità» e «rassegnazione»: termine niente affatto guerreci, anzi specchio di quelli requisiti di «buona condotta» che gli industriali chiedono agli operai per assumerli” (1978: 77).

Como vimos, la difusión de la prensa burguesa experimentará un aumento espectacular gracias al fenómeno del folletín. Neuschäfer apuntaba que para ello resultó fundamental la política de abaratamiento de precios que practicaron algunos editores, lo cual les impelió a compensar las pérdidas, introduciendo, por primera vez, la publicidad en las cabeceras; y también a buscar un posicionamiento político generalista que rompiese la fuerte identificación con la que se fidelizaban pequeños y concretos grupos. Todo ello acabó provocando la modificación de las estructuras, ideas y opiniones de los periódicos (1979: 213). Para Habermas, este giro de la prensa hacia un terreno social neutro supuso una contradicción de la sociedad liberal, pues en un primer momento esta había nacido para fomentar la libre circulación de pensamientos dirigida a crear un espacio de opinión pública regido por las reglas de la racionalidad. Paso previo al establecimiento de una bonanza general que debería derivarse de la libertad de comercio. De ahí que las masas, a través de los socialistas, una vez alcanzados los derechos políticos básicos, denunciasen la falsedad de las estructuras de la sociedad liberal que en la práctica negaba el acceso de todos a la prosperidad capitalista. Los liberales, a partir de la aceptación de esta contradicción, harán un nuevo enunciado y relativizarán la libertad de opinión (2004: 161). Esta fue en lo fundamental la crítica marxiana a la publicidad burguesa que luego hicieron extensiva a los folletines, que de este modo fueron motejados de vehículos de la impostura ideológica burguesa. Los filósofos fundadores del comunismo consagrarán en sus escritos a Sue como símbolo del falaz socialismo de la narrativa de la clase hegemónica. Y como vamos viendo, en terreno de la crítica tradicional a la novela de folletín, decir Sue es poco menos que decir todos los folletinistas decimonónicos.

Los análisis que hallamos en *El manifiesto comunista* de Marx y Engels de 1848 sobre “los economistas, los filántropos, los humanitarios, los que pretenden mejorar la suerte de las clases trabajadoras, los organizadores de beneficencia”, esto es, los demócratas y republicanos burgueses, pero que en realidad “quieren perpetuar las condiciones de vida de la sociedad moderna sin las luchas y los peligros que surgen fatalmente de ellas”(2005: 182), serán los que durante el siglo XX se apliquen a la novela popular decimonónica. La

crítica marxista convertirá el derribamiento de las sociedades liberales en condición sine qua non de todo movimiento revolucionario. Escribían Marx y Engels con relación a sus antecedentes de la izquierda:

Por transformación de las condiciones materiales de vida, este socialismo no entiende, en modo alguno, la abolición de las relaciones de producción burguesas –lo que no es posible más que por vía revolucionaria-, sino únicamente reformas administrativas realizadas sobre la base de las mismas relaciones de producción burguesas, y que, por lo tanto, no afectan las relaciones entre el capital y el trabajo asalariado, sirviendo únicamente, en el mejor de los casos, para reducirle a la burguesía los gastos que requiere su dominio y para simplificarle la administración de su Estado (p. 183).

He aquí la idea marxista, reformismo versus revolución, que disfrutará de una aceptación general durante gran parte del siglo XX. No obstante, conviene tener en cuenta que si bien *El manifiesto comunista* fue publicado por primera vez en 1848, como explica Stedman Jones, entonces pasó casi inadvertido e “incluso en la Europa Atlántica el impacto del *Manifiesto* fue débil antes de 1914” (2005: 1). Sin embargo, como comprobaremos enseguida, los esquemas historiográficos, ideológicos o estéticos marxistas serán aplicados, una vez que el movimiento se sitúe en el centro de la vida política a partir de la década de 1910, para labrar la condenación ideológica de los folletines del XIX en nombre de su supuesto retraso o desfase.

Frente a las minoritarias opiniones lanzadas entonces por Marx o Engels, que luego han sido reproducidas hasta la saciedad por la crítica, la inmensa mayoría de los comentarios suscitados por la novela social a mitad del siglo XIX y en las siguientes décadas, en cuanto a su naturaleza política, como iremos comprobando, fue la de acusarla de peligrosidad ideológica y de ejercer una perniciosa influencia revolucionaria. Esto es, se ha minimizado hasta lo anecdótico el efecto denunciado hasta la saciedad por sus contemporáneos. Paralelamente a los elogios estéticos que recibía la narrativa de folletín, los sectores conservadores la acusaron inmediatamente de haber propagado el pensamiento socialista entre la población. A raíz de las revoluciones democráticas del 1848, en Francia una ley de 1851 gravará con tasas los folletines con el objeto de restringir su difusión y controlar sus contenidos; medidas que tendrán sus réplicas en casi todas las demás naciones del continente. La aplicación de algún tipo de censura sobre la narrativa de temática social se

prolongará durante mucho tiempo, de modo que se establecerá una relación automática entre los movimientos revolucionarios y la difusión masiva de esta novelística. En el sentido contrario, los sectores conservadores, en particular la Iglesia católica, pasará de una condena global al género de la novela en nombre de la moralidad, a su abierta instrumentalización con fines proselitistas; las novelas del padre Bresciani en Italia fueron seguramente el mejor ejemplo.

Volviendo a Sue, cabe apuntar que el autor francés era percibido en su época, tanto por parte de sus detractores como de sus adeptos de toda Europa, como una especie de apóstol del socialismo y de las teorías humanitarias. Como luego veremos con detenimiento, esta será la imagen de la que goce en nuestro país. En Francia, cuando no padecía algún tipo de medida represiva, cárcel, multas o exilio, ejercía como diputado socialista de la Asamblea Francesa. E incluso el Gobierno de su país, a raíz del impacto social causado por los contenidos de sus obras, se vio obligado a realizar algunas reformas institucionales, sobre todo en el terreno penitenciario, directamente inspiradas en novelas como *Los misterios de París* (1842-1843). En definitiva, los incondicionales de Sue se encontraban por todo el continente y se repartían entre todas las clases sociales, en especial entre las menesterosas que veían en el literato un redentor. Junto a esta imagen mitificada paralelamente surgieron voces que le acusaban de dandi, de impostor ideológico, de ser en realidad un interesado socialista que difundía un credo reaccionario con el que se llenaba los bolsillos. Las biografías del escritor francés y diversos testimonios de la época resultan ser de una extraordinaria ambigüedad, de modo que su trayectoria admite interpretaciones incluso antagónicas. Lo cierto es que antes de su apoteósico éxito de *Los misterios de París*, Sue era un perfecto ejemplo de vividor parisino ajeno a toda inquietud ideológica e incluso inclinado al legitimismo monárquico. Fue a raíz del efecto causado por sus obras entre los revolucionarios y las bases populares cuando el novelista se declaró fervorosamente partidario del socialismo. A partir de aquí, comienzan lo que no pueden ser sino especulaciones sobre la sinceridad de su conversión. Lo cierto es que a su muerte en 1857, en el exilio saboyano, acababa de escribir *Los misterios del pueblo* (1848-1856), obra que incluso incitaba al pueblo a la rebelión armada, y que a su lado se hallaban los revolucionarios más importantes del siglo: Mazzini y Garibaldi, con quienes había trabado una profunda amistad. Pero si Sue fue un mero oportunista o un convencido filántropo, sin olvidar que difícilmente cabe reducir a los seres humanos a categorías monolíticas, en todo caso atañe solo a este novelista. El problema desde el punto de vista epistemológico ha sido que su figura, interpretada indefectiblemente además desde el prisma de la impostura, se ha

elevado a estereotipo de la gran mayoría de los folletinistas sociales del XIX. Se ha ignorado así que Soulié, por ejemplo, fue un afamado folletinista pero también un activo carbonario; o que Garibaldi escribió una novela por entregas con fines abiertamente proselitistas. Estos casos y muchos otros similares, el de Tresserra en nuestro país como trataremos de demostrar, han sido minimizados cuando no ocultados bajo el peso del paradigma sueco. Como iremos viendo, el efecto historiográfico de la trayectoria de Sue se ha extendido al modelo narrativo que popularizó, de forma que sus circunstancias personales han sido asimiladas a las estructuras narrativas de la novela popular del XIX.

De cualquier manera, las literaturas occidentales están repletas de ejemplos en que las intenciones de un escritor de transmitir cierto mensaje son traicionadas por la interpretación que hacen luego los lectores de la obra; además de que, como podría demostrar el caso de Sue, el fenómeno se halla sujeto a una relación continuamente dialéctica. El problema que suscita la recepción de la novela de folletín es que se ha venido explicando monolítica y categóricamente como un intercambio cerrado entre una industria aviesa que comunicaba un mensaje sedante, y un lector uniforme que lo recibía en actitud acrítica. Al respecto resulta clarificadora la cita de Hauser inspirada paradójicamente por los comentarios de Marx sobre Balzac: “Probablemente no hay otro ejemplo en toda la historia del arte que muestre más claramente que el servicio que un artista presta al progreso no depende tanto de sus convicciones y simpatías personales como de la fuerza con que representa los problemas y contradicciones de la realidad social” (1968: 43).

En todo caso, como venimos sosteniendo, fueron las opiniones de Marx y Engels en *La Sagrada Familia* (1844) acerca de la literatura de Eugène Sue las que contribuyeron, eso sí, a partir del siglo XX, a forjar decisivamente el paradigma crítico de esta narrativa en cuanto a su función ideológica. El hecho de que el folletín social propugnase la armonía de clases dentro de los esquemas de la sociedad liberal, en consonancia con el pensamiento idealista y socialista de la época, desde la perspectiva marxista y su idea de la inevitable confrontación entre las clases, suponía una muestra más del interesado discurso de la burguesía dirigido a neutralizar la unidad del proletariado. Marx y Engels, partiendo de los análisis elogiosos de críticos literarios de la época, como Bauer o Szilinga, sobre *Los misterios de París*, en *La Sagrada Familia* realizaron una meticulosa recusación ideológica a la narrativa sueca; “El medio mágico gracias al cual Rodolphe realiza sus salvatajes y todas sus curaciones maravillosas – leemos en la obra citada-, no consiste en sus bellas palabras, sino en su dinero contante y sonante. Así son los moralistas, dice Fourier. Se necesita ser millonario para imitar a sus héroes” (1977: 220).

Sin embargo, en atención al contexto socio-histórico donde surgieron, las doctrinas democráticas que caracterizaron a novelas como las de Sue contenían proyectos que en muchos aspectos suponían un giro copernicano de la realidad social. Sin necesidad de adentrarse en lo que sería un proceloso debate sobre los perfiles de lo “revolucionario”, y sobre todo sin convertirlo en criterio discriminante entre lo literario y lo paraliterario, postulamos que en gran parte el discurso pedagógico que caracterizó a un sector de la novela popular decimonónica, y en atención a su cronotopo, constituía en el sentido lato del término un hecho revolucionario.

Para comprender el efecto que produjo el folletín en la sociedad en la que surgió, y para poder juzgarlo ideológicamente, se hace por lo tanto necesario un gran esfuerzo de contextualización histórica que se echa en falta en la gran mayoría de los estudios sobre la novela social del XIX. Situación que creemos derivada de la decisiva influencia ejercida por unas corrientes marxistas que se hallaban en plena vigencia cuando a partir de las décadas de 1960 y 1970 los estudios en torno a la cultura de masas experimentaron un auge; el cual revirtió en el interés hacia la narrativa de folletín, considerada como decimos la primera de sus manifestaciones. Ocurrió que escuelas literarias e investigadores no necesariamente vinculados al marxismo adoptaron los juicios ideológicos de esta corriente. De hecho, de nuevo se tomó el modelo de Sue acuñado por Marx y Engels más de cien años atrás sin hacer apreciaciones demasiado divergentes a las de estos. Ello quizá se explique en la eficacia con la que los dos grandes teóricos del comunismo y sus posteriores epígonos consiguieron presentar sus tesis no solo como “científicas”, sino como absolutamente novedosas. Al respecto explica Stedman Jones que en el *Manifiesto* Marx y Engels:

No solo suprimieron la prehistoria religiosa del comunismo, sino también toda forma de prehistoria intelectual. No hicieron mención alguna a la deuda intelectual del *Manifiesto* con los historiadores clásicos alemanes, ni tampoco con la denominada Escuela Histórica Alemana de Derecho, dedicada a historiar las formas de propiedad, ni con Adam Smith o Simonde de Sismondi ni con sus obras sobre el funcionamiento de la sociedad comercial, ni con la crítica de Proudhon contra la propiedad y la comunidad, ni con los avances de la tradición iusnaturalista del siglo XVII con su concepción histórica de la comunidad y de la propiedad privada (2005: 6).

La historiografía marxista tendió desde sus inicios a arrogarse en exclusiva la legitimidad teórica y práctica de la causa de la justicia social, o, lo que es lo mismo, de la izquierda. De este modo, a otros movimientos que luchaban por los mismos objetivos, socialistas utópicos, republicanos, demócratas e incluso anarquistas, debido a la exitosa campaña propagandística del comunismo, que les descalificó porfiadamente, les fueron arrebatados los galones del humanitarismo. En nuestra opinión, las ópticas aplicadas a partir de 1960 a la narrativa social del XIX, envueltas en un clima ideológico marcado por el empuje del marxismo, constituyen una clara muestra del éxito retórico obtenido por sus portavoces.

En todo caso, los nuevos trabajos que se produjeron al calor del interés hacia la cultura de masas, además, tendieron a homologar y aunar los distintos aspectos del modelo de la novela popular. Esto es, integraron bajo un mismo paradigma su función mercantil, su estructura narrativa repetitiva, y por tanto antiartística, y su carácter de discurso aliado a la autoridad coyuntural.

A este respecto, de nuevo debemos citar los análisis de Umberto Eco sobre el folletín francés del XIX, ya que, a tenor de la profusión de referencias que se hallan en estudios posteriores de medio mundo, han sido estos los que forjaron el marco crítico que actúa como referente aún en la actualidad. Eco incide en la importancia que desarrolla la búsqueda de suspense en esta narrativa, que deriva de su “*struttura sinusoidale*”, mecanismo dirigido a recrear incesantemente crisis con sus correspondientes resoluciones, dando lugar a la siguiente estructura: “tensione, scioglimento, nuova tensione, nuovo scioglimento, e così via” (1976: 65). Lo cual pone en marcha otro mecanismo, el de “la alegría del reconocimiento”, que deriva del uso de abundantes lugares comunes, de modo que el lector sabe lo que sucederá pero queda preso del interés para “satisfacer su espera”. Esta es la estructura interna de la novela popular que luego debe ser puesta en relación con las demás estructuras externas. Así, Eco trata de explicar estas obras: “a partire di una dialettica tra opere come fatto estetico e società come fattore esplicativo, dove il sociale determina l'estetico ma lo studio della struttura di un'opera getta nuova luce sulla situazione di una società o almeno di una cultura” (p. 33). Se trata de hacer funcionar el principio de circularidad entre estructuras independientes, como la narrativa, la histórica o la biográfica, que luego se deberán conectar: “Il risultato sarà l'omologia strutturale tra elementi del contesto formale dell'opera (dove per forma si intende anche la forma che assumono i cosiddetti contenuti, i caratteri, le idee espresse dai personaggi, gli eventi in cui sono coinvolti), ed elementi del contesto storico-sociale” (*ibíd.*).

Para analizar la novela popular Eco propone el análisis, entre otras, de las obras de Sue, y el italiano se detiene sobre todo en *Los misterios de París*. Advierte de los intereses ideológicos que impulsaron a Marx y Engels a tildar a Sue de reaccionario enmascarado, y también que pueda admitirse que tuvo importancia social al desvelar las miserias sociales, descubrirlas y dar dignidad literaria a individuos hasta entonces marginados (1985: 57). Pero cree que el problema en una obra destinada a circular entre un lectorado interclasista es más sutil, pues el autor cuenta con el presupuesto de partida de satisfacer gustos, necesidades y cosmovisiones heterogéneas, por lo que indudablemente tenderá a usar argumentos e ideas que disfruten de un vasto consenso social (1976: 55). Eco confía en los análisis semióticos para desvelar las motivaciones y mecanismos usados por Sue para conseguir tal fin, de modo que llega a la conclusión de que en sus folletines: “Sue si scopriva socialista, ma diventa di fatto solo un umanitarista languoroso e conciliatore” (p. 57). Estas novelas serían en realidad vehiculadoras de una ideología tímidamente reformista dirigida, en todo caso, a la conservación del *statu quo*. Advierte en repetidas ocasiones de que en el caso de la figura y la obra del novelista francés interactúan una serie de factores estrictamente particulares, por lo que se hace necesario una investigación casuística; dice Eco que por lo tanto:

sarà assolutamente scorretto dire che la scelta del genere “romanzo d`appendice” deve portare necessariamente a una ideologia conservatrice o blandamente riformistica; o che una ideologia conservatrice e riformistica debba produrre un romanzo d`appendice. Possiamo solo dire che in Sue i vari elementi di questo puzzle si sono composti così (p. 70).

Sin embargo, Eco traiciona luego esta cautelosa declaración para aventurar un paradigma estructural que reputa de válido a la hora de determinar si nos hallamos ante una novela popular, pues escribe que esta “non può essere rivoluzionaria, perche altrimenti anche il modello narrativo in cui il pubblico si riconosce e quegli procura gradevoli consolazioni salterebbe in aria” (p. 95). El mecanismo de esta narrativa es necesariamente consolatorio porque la secuencia de crisis/ resolución/ crisis en la que se basa, aplicada a las contradicciones sociales, implica que existen fuerzas sociales que pueden sanarlas, pero “queste forze non possono essere quelle popolari, perchè il popolo non ha potere, e se lo prende abbiamo la rivoluzione e quindi la crisi. I risanatori devono appartenere alla classe egemone” (*ibíd.*). De ahí el inevitable maniqueísmo de personajes, y sobre todo la presencia

de un “superhombre de masas”. Esta sería la figura protagonista de la trama que reúne todas las virtudes y que encarna el bien con mayúsculas, es aquel que “sovrappone la propria giustizia a quella comune, distrugge i malvagi, ricompensa ai buoni, ristabilisce l’armonia perduta” (p. 120). Por ello, para Eco, la novela popular no puede nunca ser revolucionaria, sino solamente caritativa y consoladora a través de una justicia fabulesca. En resumen:

La tranquillità che nel romanzo di consumo assume la forma della consolazione come reiterazione dell’atteso, nella formulazione ideologica assume l’aspetto della riforma che muta qualcosa affinché tutto resti immutato. Cioè la forma dell’ordine che nasce dall’unità nella ripetizione, dalla stabilità dei significati acquisiti. Ideologia e struttura narrativa si incontrano in una fusione perfetta (p. 75).

Como decimos, Eco oscila continuamente entre la reconvención a los análisis casuísticos y la proposición de fórmulas de aplicación universal. Como es sabido, la tendencia general al acercarse a sus estudios ha sido la de acogerse a esto último. Lo cierto es que los análisis semióticos no son infalibles, e incluso en el postulado para *Los misterios de París* pueden hacerse interpretaciones distintas que lleven por lo tanto a conclusiones divergentes. Dependerá a menudo de la elección y el peso que demos a cada uno de los factores que entremos a analizar. Así sucede, por ejemplo, si le otorgamos mayor atención al contexto histórico social de las novelas de Sue. Neuschäfer en este sentido subraya el hecho de que la temática de *Los misterios de París* constituye un acontecimiento literario revolucionario, ya que Sue por primera vez se sumerge en las clases pobres, presenta el drama de pequeños burgueses, señala reformas necesarias, lo cual en 1842 tal acercamiento era cualquier cosa menos natural (1979: 222). Por otro lado, Neuschäfer ve en la titánica figura de Rodolphe, que para Eco es el estereotipo de superhombre de masas, el reflejo una visión dialéctica y compleja de la sociedad, ya que este personaje se enfrenta a tensiones sociales lo cual significa no solo que estas son generadas por el mundo, sino también que son identificadas como irresolubles (p. 226). Así, para este estudioso los héroes de los primeros folletines no solo salvan a los pobres y llaman al orden a los malvados de la clase baja, también castigan y mandan a la ruina a los malvados que se enriquecen. Ofrecen de esta forma una base de valoración de la pequeña burguesía que evidencia una guerra ideológica en dos frentes: la paz y el orden de una tranquila armonía familiar burguesa que se defiende contra la desestabilizadora movilidad tanto de los peligros de revoluciones

populares como del capitalismo salvaje (p. 230). Esto es, se corresponde con una visión democrática progresista propiamente decimonónica, pero no revolucionaria marxista; lo que en todo caso no debería conllevar un juicio de valor.

Asimismo, Neuschäfer interpreta la muerte de Fleur de Marie, tras la reintegración en su dignidad aristocrática, como un guiño de Sue al realismo de la vida que compensaría el principio del deseo del lector al final plenamente feliz; cita así el texto de Sue en el que este justifica la muerte de su heroína porque: “non può sopportare le terribili esperienze del periodo trascorso in miseria” (*apud* Neuschäfer, 1979: 226). En cambio, Eco cree que Fleur Marie debe morir por necesidades ideológicas, no puede reinar feliz y contenta porque se derrumbarían “tutte le identificazioni possibili con la situazione-romanzo nel suo complesso” (1976: 71). El hecho de que la heroína haya ejercido la prostitución, lo cual una vez rescatada de todos sus perseguidores comienza a torturar su conciencia, la incapacitaría para reintegrarse entre la sociedad bienpensante; según Eco “è quello che esattamente il lettore per bene deve attendersi dalla giustizia divina e dal senso delle convenienze” (*ibíd.*). Los análisis de Marx y Engels se dirigen del mismo modo a subrayar el final que Sue reservaba a Fleur de Marie como muestra del discurso conservador del novelista:

Una vez que ha comprendido que sus descarriamientos son crímenes infinitos contra Dios, el hombre no puede asegurarse la gracia y la salvación más que dándose íntegramente a Dios, muriendo integralmente para el mundo y las preocupaciones terrenales. Una vez que ha comprendido que mediante un milagro divino fue arrancada de su condición humana, Flor de Maria está obligada a transformarse ella misma en santa para ser digna de semejante milagro (1977: 193).

Como veremos al hilo del estudio de la novelística de Tresserra, nuestro autor parece coincidir con la óptica de Marx o Eco respecto a la inoportunidad que encierra la muerte de la ex prostituta suesa; de modo que recreando una trama y personajes análogos se permite introducir un final opuesto, es decir, en el que la ex meretriz es reinsertada sin mácula de pecado en la vida digna, puesto que el pecado lo comete la sociedad que genera injusticias. Pero, en todo caso, como venimos reiterando, no cabe emitir veredictos incontestables al respecto, y resulta recomendable objetivar en lo posible la mirada del investigador con relación a su contexto. A nuestro juicio, esta última circunstancia se pasa por alto en los análisis de Eco sobre lo revolucionario. Al tiempo de realizarlos, su óptica pertenece

inexorablemente a los planteamientos marxistas, y sin compartírselos, acepta la visión de estos respecto al edulcorado reformismo de las producciones suecas. No obvia el contexto socio-histórico de la mitad del siglo XIX, pero pone el acento en el contraste entre el potencial rupturista del comunismo y los postulados conciliadores de los socialismos utópicos y los liberalismos democráticos; e inevitablemente escribe desde la conciencia de la importancia histórica que cobraría más adelante el movimiento obrero bajo la égida de las doctrinas de Marx y Engels. Sin olvidar, además, que en la década de 1970, cuando el italiano publica estos artículos, el marxismo continuaba constituyendo una alternativa ideológica factible a los regímenes occidentales.

En la actualidad, desde la caída del muro de Berlín y la desintegración del bloque soviético, las coordenadas históricas han mutado radicalmente; el marxismo ya no encarna o monopoliza el marbete de lo revolucionario, y ha dejado de representar una amenaza para las democracias capitalistas. Ello provoca inevitablemente una transformación interpretativa de la novela de folletín. Tildar de contenido ideológico social democrático, reformista o liberal democrático a una obra, no implica como entonces un juicio despectivo o condescendiente, sino incluso más bien todo lo contrario. Como más adelante veremos, ello se observa sensiblemente en las nuevas lecturas que desde la época presente se están llevando a cabo sobre los socialismos utópicos o las escuelas idealistas democráticas decimonónicas, de modo que se aprecia una tendencia general a revalorizar el “visionarismo” de sus teóricos, además de su “modernidad”. ¿Quién puede asegurar que en el futuro no se produzca un nuevo vuelco que revigore los postulados marxistas? Habrá que reconocer por lo tanto que el estudioso o el crítico debe hacer un gran esfuerzo de contextualización socio-histórica no solo del periodo en el que se presenta su objeto de estudio, sino también del periodo desde el que lo acomete.

Antes apuntábamos que el criterio de la originalidad en terreno de la estética de la literatura esconde a menudo la idea de una evolución sin freno del arte hacia su propia perfección, lo cual resulta ser una idea insostenible en nombre de la cual se condena lo repetitivo. En lo relativo al análisis del mensaje ideológico o cosmovisionario que necesariamente contiene toda obra literaria, la posmodernidad parece haber instituido un criterio igualmente falaz respecto a lo consolatorio. La frontera de lo artístico y lo paraliterario, como veíamos en la definición de Eco¹⁴⁹, se hace recaer a menudo en el signo del discurso de cada obra; de manera que si esta aspira a ser considerada artística o

¹⁴⁹ Decía Eco: “Il romanzo popolare tende alla pace, l'altra mette il lettore in guerra con se stesso. Questa è la discriminante, tutto il resto può essere (e spesso) in comune” (1976: 19).

intelectual debe ser inexorablemente antiarmónica. Detrás de ello hallamos por lo tanto un designio axiomático, en realidad nada dialéctico, que obliga a entender la modernidad en clave de crisis perpetua e irresoluble.

5. EL CANON Y LA LITERATURA DE FOLLETÍN EN ESPAÑA

Escribe José-Carlos Mainer que “las sanciones del canon son legitimidades que se alcanzan por un esfuerzo historiable” (1998: 272); extremo igualmente aplicable al canon crítico español que, como en el resto de Europa, tiene su origen más claro en el clima historicista y nacionalista que se genera a principios del siglo XIX. Nuestro censo de celebridades literarias también será objeto de una instrumentalización identitaria dirigida a fijar una determinada imagen del propio pasado a través de la selección de los nombres que se considerará representativos del *volkgeist* español. Para Mainer, las bases de este canon pueden rastrearse ya en 1813 en un proyecto de reforma educativa para unificar la retórica y la gramática elaborado entre otros publicistas de la época por José Manuel Quintana. En él la literatura nacional aparece por vez primera entendida “como expresión natural de una lengua, unos temas, unas actitudes y unos héroes que son patrimonio colectivo” (1994: 32). En este proceso de consolidación de un canon, Mainer señala otra cala importante en la publicación de la *Biblioteca de Autores Españoles* a partir de 1846, cuya selección de las glorias literarias nacionales “significa, por sí misma, la consagración de un canon mixto donde el discurso político y el estudio histórico alternan con la creación artística” (p. 36). Ambos episodios delinean según este estudioso las dos notas fundamentales que en lo sucesivo caracterizará al canon crítico español: de un lado, es “mucho más ideológico que literario, lo que coincide poco con la tendencia general europea después de 1800”; y, de otro lado, es un canon que expresa un “escaso acuerdo de la literatura española consigo misma” (p. 24). Este último elemento determina que se trate de un canon “roto”, en el sentido de que se basa “en la negación política e histórica – nada fácil- de una parte de su propia tradición estética” (p. 39).

Ese “desacuerdo consigo misma” de la literatura española que destaca Mainer se manifestará en modo diáfano en el uso abusivo que se hará de la separación entre paraliteratura y literatura aproximadamente a partir de 1870. Muy elocuente al respecto resulta el siguiente párrafo de un artículo de Clarín, uno de los adalides de la novela de arte en España y consolidadores de la dicotomía, decía este en 1882:

No cabe duda de que hemos adelantado algo desde los tiempos en que estaba la novela en manos de Fernández y González [...] tampoco es discutible que Pérez Escrich, Tárrago, Ortega y Frías, etc.,etc., contribuían en todo lo que podían a que se abismase en la necedad el público que los leía, pero el progreso realizado

no debe envanecer a nadie, si se considera que todo eso no era literatura, pertenecía al género de las coplas de los ciegos, sin más diferencia que la de los lectores de unos y otros papeles (2005: 118).

Como iremos viendo, la “cruzada” que emprendieron los miembros de la llamada generación del 68 contra la novela popular se hizo fundamentalmente en nombre de la dignidad artística española; ya que la ausencia de una narrativa propia, normalmente equiparada a una novela realista, se reputaba como una imperdonable carencia de nuestra cultura respecto a la de los vecinos europeos. Discurso que enlazaba con el sentimiento del atraso general de España en todas las demás disciplinas, no solo artísticas, respecto al resto del continente, y que impregnó la actividad intelectual de nuestros compatriotas del XIX. La percepción de una anomalía patria, abonada por la sensación de decadencia que se va apoderando del país a medida que pierde jerarquía en el escenario mundial, condiciona y se vincula con la elaboración de la historia de la literatura nacional. De este modo, la incapacidad de los españoles por levantar una novela original encajaba a la perfección con los esquemas derivados de esta conciencia colectiva; sobre todo desde el momento en que este era el género representativo de la modernidad social, política y económica que se le resistía a España. Escribía Pardo Bazán en *La cuestión palpitante* (1881): “Allá en Inglaterra y Francia la novela tiene un ayer; acá en España, solo un *anteayer*” (1970: 165).

Sin embargo, pese a los lamentos de los escritores españoles, en realidad, la situación del mundo literario de la mayor parte de sus vecinos europeos no era muy diferente. El advenimiento de la novela realista, que como decimos en nuestro suelo acabará por equipararse a cierta idea de la novela moderna del XIX, en lugares como Alemania, Italia o Bélgica se retrasará tanto o más que en España. En dichos países, las críticas hacia el excesivo peso de las traducciones francesas se produjeron en igual medida, e incluso superior, alertándose asimismo sobre el peligro que corría el carácter nacional de resultar anegado por los gustos francófilos del público.

Inglaterra fue la única que parece haberse librado de la tutela gala. Desde el siglo XVIII, según Alborg, las peculiaridades socio-históricas de esta nación, concretamente el carácter forjado en el puritanismo, impregnó a una burguesía inglesa cuyo espíritu “utilitario se manifiesta en la literatura” dando lugar al arquetipo de un “burgués sobrio, racional, práctico y respetable, que experimenta desapego por todo aquello que no responde al sentido común o no se inspira en el sentimiento piadoso” (1996, v. IV: 173). De ese modo, el realismo aparece vinculado a la moral victoriana. A partir de la mitad del XIX, los

Dickens y Collins usarán la novela para, desde cierto idealismo, atacar y denunciar las falsedades e injusticias que escondía el orden económico autosatisfecho de los ingleses. Caso distinto será el de Alemania, donde el peso de la tradición romántica de Goethe y Schiller ejercerá una influencia decisiva en la práctica totalidad del siglo, impidiendo de este modo el desarrollo de una literatura realista; cabe añadir asimismo que en esta nación los folletines franceses serán profusamente traducidos dando lugar a un ejército de epígonos nacionales. En Alemania también se opusieron a la literatura francesa realista, pero carecieron de una propiamente nacional que le hiciese frente y los folletines galos coparon el mercado, mientras que Balzac disfrutó de poco predicamento (Alborg, 1996, v. IV: 201). En Italia, se repitieron los anatemas contra la influencia francesa, y no hubo novela propia realista hasta los setenta. Según Alborg, por un lado, debido a la vitalidad de la que gozaba el clasicismo, y por el otro, debido a las luchas políticas del *Risorgimento* que saturaban toda la vida del país. El *verismo* se desarrollará muy tarde y cuando en toda Europa se reacciona contra el naturalismo en el que en gran parte se inspira (p. 225).

La percepción de la anomalía española por parte de nuestros realistas vino probablemente del no haber hallado, como Goethe en Alemania o Manzoni en Italia, un referente contemporáneo de la novela. Lo cual no quería decir que no hubiesen existido novelistas nacionales en absoluto o que todos hubiesen sido meros imitadores de los peores autores extranjeros, que fue el paradigma que fueron creando juicios categóricos como el de Clarín. Y tampoco quería decir que una verdadera novela nacional debiera construirse a partir de los postulados realistas, pues estos en modo alguno se correspondían con una poética artística de dimensiones europeas; ese papel, en todo caso, habría que atribuírselo a la luego caracterizada como literatura folletinesca. Como veremos más adelante, cada tradición europea tiende a explicar el surgimiento del realismo en modos divergentes entre sí; aunque existe cierta conformidad en aceptar que su origen más claro se encuentra en la novela histórica romántica (Salvador Fernández, 1992: 77).

En nuestro país, el comienzo claro del proceso de autonomización del arte que, como apuntaban Gramsci o Bourdieu se verifica en Europa a partir de 1870, adquiere por las mismas fechas una virulencia inusitada marcada por el afán de hacer tabla rasa de una trayectoria narrativa que se considera vergonzante y fracasada. Afirma Joan Oleza que fue en la atmósfera de exaltación intelectual de los 70, durante *La Gloriosa*, cuando se comenzó a elaborar “la tesis del renacimiento de la novela española, que enlazaba con el brillante momento inaugural del siglo XVI”; y para sostener este discurso era necesario partir de dos premisas: primera, que la anterior narrativa patria había sido una ruina; y segunda, que

existía una nueva generación señalada para fundar una nueva novelística patria (1995: 257). Así, una vez que los realistas se hagan con el prestigio literario, el canon crítico respecto a la trayectoria de la novela se construirá a partir de la idea de que, hasta el advenimiento de estos, en España no se habían escrito novelas modernas, esto es, realistas. Consecuentemente toda la producción anterior quedará marginada, incluso como veremos se dará durante mucho tiempo por inexistente.

Pero la realidad es que los proyectos de fundación de una novelística española moderna llevaban en marcha desde principios del siglo XIX. El éxito apoteósico de las novelas históricas de Walter Scott produjo en España el mismo efecto que en el resto del continente; proliferó de este modo una ola de cultivadores de la novela histórica que recurría al catálogo de episodios del pasado de su país. El gusto historicista que contribuye a propagar el romanticismo toma dos direcciones en la novela del género. Una que conduce al pasado en busca de los cimientos de una sociedad, la del Antiguo Régimen, que va dando señales inequívocas de colapso: la evocación histórica aparece así como el consuelo de un pasado mejor que el presente cambiante y conflictivo en que habitan. Luckács denomina al espíritu que lo alienta como “reaccionario y esencialmente “seudo-histórico”, y este sector será el que, en un primer momento, se erigirá como la cara oficial del romanticismo (1976: 23). La otra dirección nace de la emergente burguesía, que otorga un carácter radicalmente opuesto a su viaje literario al pasado: va en busca de unas raíces que expliquen la hegemonía que empieza a disfrutar en el presente, esto es, provista de una concepción hegeliana de la historia, aunque esta no sea muy consciente. Como explica Luckács:

Se ha producido una gran inflexión conceptual en la idea del progreso humano, si se compara con la Ilustración. El progreso no se entiende ya como una lucha, en lo esencial ahistórica, de la razón humanista contra la sinrazón del absolutismo feudal. La racionalidad del progreso humano se desprende, según la nueva concepción, de la lucha interna de las fuerzas sociales en la historia misma. Esta ha de ser la portadora y realizadora del progreso humano. Aparece la lucha de clases en el centro del problema. De ahí surge una historiografía nacional que trata de periodizar las historias nacionales (p. 25).

Luckács hace derivar la novela histórica de Walter Scott de este fundamento, aunque advierte de que el novelista escocés no conoció la filosofía hegeliana y que “es inútil indagar sobre la influencia de otros escritores, historiadores o filósofos sobre Scott”; en realidad,

para este investigador, son los acontecimientos históricos y sociales acaecidos en Europa los que constituyen la verdadera génesis de la novela histórica (p. 28). Rubén Benítez, ya en terreno español, considera que “Hegel impregna el programa liberal de crear una épica moderna que transmita las vicisitudes y cambios de la sociedad española”, pero así como el teatro encuentra un Martínez de la Rosa o un duque de Rivas, la poesía lírica y épica a Espronceda y la prosa breve a Larra, la novela queda sin su regenerador (1997: 650). Para Alborg, otra de las causas de que la novela social o de costumbres contemporáneas quedase marginada por la crítica se halla en la atención puesta en exclusiva sobre el género histórico, a pesar de que no alcanzase a producir obras señeras (1996: 694). Opinión esta última que redundaría en “el desacuerdo consigo mismo” de la literatura española y que, sin embargo, comienza a ser puesta en duda; de modo que las novelas históricas escritas por Larra o Espronceda, así como la de algunos de sus colegas coetáneos, están experimentando una notable revalorización toda vez que han comenzado a ser objeto de análisis. Lo cierto es que, junto con las de misterio y las costumbristas, las novelas históricas inundaron el mercado. La novela se va consolidando como el género literario preferido por el público lector, lo que plantea a los escritores nacionales la formación de una novela original española que pueda competir con la cultivada por los autores foráneos.

En 1834, Alcalá Galiano llama la atención sobre el contraste entre la abundancia de novela histórica española y la casi ausencia total de “novelas corrientes” que traten sobre la vida cotidiana. Larra, dos años después, apunta Rubén Benítez, propone la creación de una literatura nueva, “hija de la experiencia y de la historia [...] apostólica y de propaganda” (1997: 649). En definitiva, existe ya la conciencia de que la novela puede resultar un arma social de primera magnitud y de que constituye el género representativo del siglo. Sin embargo, según el esquema habitual que durante mucho tiempo ha sido usado para explicar la trayectoria del género en España a lo largo del XIX, forjado por la escuela realista, estas llamadas cayeron en saco roto, de modo que nadie recogió el guante lanzado por los primeros románticos. F. J. Moya, en 1848, seguirá reivindicando una novela “que analice, que instruya... que favorezca y produzca el progreso, que pulverice los vicios sociales y descorra el velo que oculta los destinos” (Zavala, 1971 a: 56). Tanto desde el sector progresista como desde el tradicionalista, se advierte de que la influencia francesa anega el genio nacional y de que ejerce una influencia perniciosa sobre las costumbres y la moralidad españolas. Pero el nuevo Cervantes que debe restituir el maltrecho orgullo de España, otrora creadora del género, se demora; aunque los intentos por improvisar uno se sucederán durante las décadas siguientes.

Ayguals de Izco, desde las páginas del *Dómine Lucas*, revista que él mismo edita, se lamentará en 1846 de la escasez de novelas nacionales, aunque su *María o la hija de un jornalero* (1845-1846), según él mismo, viene a paliar esta ausencia, “observamos con disgusto que carecíamos con muy leve excepción de novelas contemporáneas que, a la par de ser originales, interesasen por su mérito” (*apud* Benítez, 1979: 44). Para Rubén Benítez, si bien lo conseguido por Ayguals está lejos de merecer excesivos elogios, al menos su intento sirvió para “dar a la historia política y social de España categoría de materia novelable y exaltar de ese modo la realidad vital de sus contemporáneos”. Ayguals se comparó a sí mismo con Cervantes, pues dijo que “también en su época había escritores que deliraban y en vez de escenas sencillas y naturales relataban con rimbombante estilo maravillosas aventuras de caballeros andantes” (*apud* Benítez: 47). De la opinión que el novelista vinarocense tiene sobre la literatura que cultiva se desprende que marca distancias respecto al romanticismo, entendido en su acepción de exageración fantasiosa, y también curiosamente respecto al folletín que él mismo se encargó de popularizar entre el público español. Su principal exegeta, Benítez, siempre atento ante cualquier hinchamiento de la verdadera valía de Ayguals, se apresta a puntualizar que “nadie en la sociedad literaria madrileña parece tomar en serio su pretensión de regenerador de la novela” (*ibíd.*). Lo cual efectivamente puede ser deducido de un prólogo de Mesonero Romanos a una edición de la década de 1840 de su *Panorama matritense* (1835), donde escribía:

La pintura festiva, satírica y moral de las costumbres populares había tenido, como toda tarea literaria, que refugiarse en el periódico y subdividirse en mínimas producciones para hallar auditorio; el mismo Cervantes, escribiendo en tal época, hubiérase visto precisado a reducir sus cuadros a tan pequeña proporción, y su inmortal novela, arrojada en medio de nuestra agitada sociedad, apenas habría conseguido lectores sino dispensándoles los capítulos a guisa de folletín (*apud* Montesinos, 1980: 13).

Mesonero Romanos, escribe Montesinos, había publicado esta obra “bajo la declaración expresa de que con él intentaba suplir la falta de novela española moderna”; tarea poco menos que imposible, según Mesonero, por culpa de la aluvión de traducciones extranjeras y la “tiranía” que imponía el ya por entonces triunfante sistema de las entregas (*ibíd.*). Otra vez se halla la referencia de Cervantes y, como en los comentarios de Ayguals, una implícita autocomparación. Mesonero Romanos, autor canónico de la literatura

decimonónica española como representante de la escuela de la novela costumbrista, contribuyó a su vez a la animadversión contra los folletines que culminará en la generación realista. La irrupción de Fernán Caballero en el panorama literario español, con su novela *La gaviota* (1849), es saludada por los representantes del tradicionalismo como el advenimiento esperado del nuevo Cervantes. De nuevo aparecen aunados, o confundidos, los criterios estrictamente literarios con los ideológicos. A propósito escribe Zavala: “Frente al espíritu renovador de los escritores de los folletines, Fernán Caballero representa la ley y el orden: la literatura comprometida con el trono y el altar. Su obra surge como una especie de polémica novelesca contra los excesos de demócratas y progresistas” (1971 a: 124). Esta investigadora, por lo tanto, para explicar la favorable acogida dispensada a *La gaviota* de Fernán Caballero aduce razones de oportunidad política; en este caso de la alarma lanzada por los reaccionarios, y también por muchos progresistas, a raíz de los acontecimientos de París en 1848. *La primavera de los pueblos*, aldabonazo en Europa del peligro de revoluciones populares, como antes veíamos, desencadenó un alud de invectivas contra el contenido social de la literatura de folletín, a la que se responsabilizó en parte de las agitaciones de las clases humildes. Sánchez Llamas, a partir del estudio del canon isabelino de la literatura femenina, llega a la conclusión de que Fernán Caballero personifica como ningún otro autor contemporáneo los perfiles de este canon; que el mismo estudioso caracteriza de la siguiente manera:

Bajo el término de canon isabelino consideramos prácticas culturales que privilegian el contenido virtuoso en la definición de la belleza estética fusionando una lectura conservadora y aristocrática del neoclasicismo con las propuestas más tradicionales del movimiento romántico. A la nostalgia de las antiguas costumbres hemos de añadir otros temas recurrentes en este proyecto intelectual: defensa de las instituciones monárquicas y eclesiásticas, intenso nacionalismo antirrevolucionario y hostilidad a la cultura impresa de origen francés traducida en España desde 1833 (2000: 65).

Este programa estético de indudables raíces ideológicas que, como insiste Sánchez Llamas, encarna Cecilia Böhl de Faber con un perfil más definido que ningún otro novelista de la época, será el que abraza y difunda la Academia de Arte – del mismo modo que, como vimos, la Academia de Historia mantuvo una interpretación de la historia del país tendente a justificar al partido conservador en el poder- hasta tal punto de que se aprecian “claros

vínculos entre prestigio cultural, lealtad política y canonicidad” en el periodo que va de 1833 a 1868 (p. 65).

La crítica de las últimas décadas pugna por asignar un nuevo lugar, no tan prominente, a Fernán Caballero. Por ejemplo, Rubén Benítez, opina que “[e]xaltar en demasía su faceta renovadora puede resultar exagerado. Porque, en efecto, aireó nuevos focos de atención narrativa, pero también se mantuvo hipotecada a un cierto subjetivismo romántico, sentimental y discriminatorio” (1997: 663). El ideologismo del canon español tiene una piedra de toque en los vaivenes críticos padecidos por Fernán Caballero en los últimos ciento cincuenta años. Correspondería analizar cuáles fueron los motivos para alzarla al centro de la poética realista española, cuando en realidad podrían haberse aducido muchos otros ejemplos que fueron paulatinamente ocultados. Parece obvio que en este caso nos hallaríamos con un fundamento ideológico que en la actualidad se manifiesta en sentido inverso; esto es, el acendrado tradicionalismo de Cecilia Böhl de Faber es ahora el que tiende a mermar su consideración crítica. En la cita anterior que hacíamos de Clarín sobre la trayectoria de la novela española durante el XIX, este ignora el concurso de Fernán Caballero, de forma que pasa de Fernández y González, quien por cierto también tuvo veleidades cervantistas¹⁵⁰, a su propia generación. Sin duda, también en este caso la distancia ideológica entre Clarín y la escritora de origen alemán actuó como barrera al reconocimiento que, en cambio, sí le tributaron otros escritores de la generación realista como el padre Coloma, unido a ella en la defensa del catolicismo ultramontano.

Lo cierto es que en 1882 el futuro autor de *La Regenta* sigue reclamando lo mismo que venían reclamando los intelectuales españoles desde varias décadas atrás. Pero algo había cambiado, el panorama literario español contaba entonces con escritores como Galdós, dice al respecto Montesinos que este

se vio ante el folletín un poco como Cervantes ante los libros de caballerías, despreciables, no porque fueran de caballerías, sino por estar llenos de disparates. Galdós no llega a decirlo, pero creo que también pensaba que sin disparates, sin forzar las cosas, una ficción vertiginosa era cosa perfectamente legítima (*apud* Caudet, 1995: 257).

¹⁵⁰ Fernández y González en sus primeros años de actividad, según Tobar, escribía en una revista literaria granadina que debía frenarse la invasión de novelas extranjeras y crear una novela nacional; de modo que postulaba sus propias creaciones como ese punto de partida esperado (1976: 37).

La inexistencia de una novela original patria al tiempo de la irrupción de los Galdós, Valera, Bazán, etc., circulaba por lo tanto como un arraigado lugar común que venía siendo esgrimido poco menos que por todo aquel español que se enfrascaba en la redacción de una novela; de modo que los literatos se postulaban sucesivamente a sí mismos como los esperados “Mesías”. Durante mucho tiempo nadie se puso de acuerdo sobre si Cervantes se había reencarnado, pero lo cierto es que estos intentos produjeron inevitablemente que las novelas españolas de todo tipo se fueran acumulando, de modo que mal que bien una novelística patria existió, y, al menos, en cuanto a su cantidad no fue nada desdeñable.

Uno de los textos que suele reputarse como el acta fundacional del intento por fin exitoso será el artículo galdosiano “*Observaciones sobre la novela contemporánea española*”, aparecido en la *Revista de España* en 1870. El escritor canario reclamará en él “la sustitución de la novela nacional de pura observación, por esta otra convencional y sin carácter, género que cultiva cualquiera, peste nacida en Francia...” (1990: 125). Para Galdós es, pues, la observación, -“Cervantes la poseía en alto grado” dice-, de la realidad nacional y no la emulación de lo extranjero, la que debe guiar un programa que tendrá en la clase media, “la más olvidada por nuestros novelistas”, su “fuente inagotable de inspiración” (p. 130). En el discurso del canario, junto a la sumaria e injuriosa condena a la novelística española anterior, se aprecia cierta ponderación de su labor como disparadero de la afición del público a la novela; escribe: “De este modo se inician los grandes periodos de la literatura novelesca, que no llega a producir sus grandes y más preciados frutos sino después de una lenta y laboriosa prueba” (p. 131). El folletín ha cumplido su función, pero penosamente, “es imposible que en país alguno ni en ninguna época se haga ensayo más triste y de peor éxito, que el que los españoles hacen de algunos años a esta parte para tener novela” (p. 123).

En España, como sabemos, la campaña entablada por los escritores llamados realistas bajo la advocación del “arte por el arte”, como sucedía contemporáneamente en otros países de Europa, surtió efecto y doy por finalizada la cuestión: estos habían fundado por fin la novela original española. Toda la producción anterior, de acuerdo al esquema galdosiano, quedó reducida a antecedente fallido, torpe e inauténtico. Una copiosa cantidad de textos, desde artículos de periódico y ensayos críticos pasando por novelas, como *La desheredada* (1881) o *Tormento* (1884) del mismo Galdós, se dedicarán a difundir la idea del alumbramiento definitivo de la novela española contemporánea a costa de parodiar a la literatura de folletín.

Las siguientes palabras de Pardo Bazán evidencian el proceso de segregación puesto en marcha por estos autores entre la literatura artística y la paraliteratura; proceso que indefectiblemente da lugar a la consolidación de nombres canónicos y anticanónicos: “Por lo demás, ni Chateaubriand ni Víctor Hugo ni Lamartine hicieron de la novela artículo de consumo general, fabricado al gusto del consumidor. Esta empresa industrial estaba guardada para el irrestañable e impertérrito criollo Dumas, abogado de los folletines, a cuya intercesión se encomiendan aún tan dañinos escritores” (1970: 87). Para la gallega, junto a Sue, Dumas encarna un “tipo de literatura secundaria, no del todo ínfima, pero tampoco comparable a la que forjan grandes escritores con los cuales no pueden medirse el autor de *Los tres mosqueteros*” (p. 89). En España, a juicio de Pardo Bazán, son representantes de esta paraliteratura los Orellana, Escrich o Fernández y González; de quienes dice que son “los que ayer fueron negocio de su edad”, pero que ya desaparecieron “arrastrados por la incontrastable corriente del tiempo, de nuestros actuales horizontes literarios, y los que no bajaron a la tumba muérense en vida, de la indiferencia el público inteligente, del desdeñoso silencio de la crítica y, en suma, del olvido, que es la peor muerte para un escritor” (1970: 169). Lo cual, como vimos no era del todo cierto, ya que la novela de folletín disfrutaría aún por mucho tiempo de una buena salud. En realidad, Pardo Bazán como Galdós necesitan extender esta idea, ya que los “escritores” se disputaban con ellos el espacio editorial que buscaban conquistar. El siguiente párrafo condensa el lugar teórico con el que continuamente se etiquetará a la narrativa de folletín, que, según Pardo Bazán, es:

la novela que lee cada quisque cuando se aburre y no sabe como matar el tiempo; la novela de las suscripciones; la novela que se presta como un paraguas; la novela que un taller entero de modistas lee por turno; la novela que tiene los cantos grasientos y las hojas sobadas; la novela mal impresa, coleccionada de folletines, con láminas melodramáticas y cursis; y la novela, en suma, más antiliteraria en el fondo, donde el arte importa un bledo y lo que interesa únicamente es saber en qué parará y cómo se las compondrá el autor para salvar a tal personaje o matar a cuál otro (p. 89).

Todo este proceso iniciado por los realistas tiene lugar a partir del fracaso de *La Gloriosa*, que supondrá una cesura en casi todos los órdenes de la vida social del país y, en particular, en el campo de la literatura. Los acontecimientos políticos del Sexenio coinciden, o mejor precipitan, la aparición de una nueva generación de escritores que, a salvo de las

indudables particularidades que les separan, muestran la aparición de una sensibilidad artística distintiva, como dice Zavala, “más que una escuela o un grupo homogéneo, encontramos un conjunto de individuos unidos por una idea común: proclamar la independencia del arte” (1971 a: 174). La nueva hornada, siempre atenta a cuanto sucede en el país vecino, pese a su frecuente retórica galofóbica, se coloca así bajo la bandera del arte por el arte que enarbolan en Francia los Flaubert o Goncourt. Como decíamos, el realismo en España se asimilará a la misma idea de lo artístico, al respecto escribe Zavala: “En adelante, la novela se va convirtiendo en traslado de las cosas reales, de la vida, apuntando siempre contra el romanticismo fantástico o el candoroso idealismo. La reacción antirromántica toma el nombre de realismo” (p. 172). Dos notas principales, pues, merecen el rechazo de la generación realista: la tendencia a la imaginación desproporcionada, identificada comúnmente con lo romántico, y, por otro lado, el idealismo, consecuencia de un clima de politización generado también por el romanticismo y que desembocará en el descalabro de la Revolución del 68, según la percepción de estos escritores. A medida de estas generalizaciones se construye paralelamente un arquetipo grotesco del novelista isabelino: individuo iletrado, intruso, ganapán, capaz únicamente de dar a un público analfabeto aquello que puede digerir sin problemas, en suma, un Ido del Sagrario.

Parte indisoluble y consecuente del proyecto de los realistas por conquistar el cetro del arte fueron sus discursos destinados a subrayar su especificidad. Así, de un lado, proliferaron sus proclamas de autoafirmación artística; que lógicamente se hicieron a costa de aquellos que les habían precedido y contra aquellos miembros del sistema literario con los que se disputaban tanto el público como los ingresos editoriales. Y, por otro lado, su postulación de una ruptura radical respecto a las poéticas literarias anteriores, dirigidas a enfatizar lo novedoso de sus obras y, por lo tanto, a señalar la enorme distancia de sus producciones respecto a la novelística hasta entonces existente. Esto es, el canon artístico que los realistas supieron conquistar se configuró necesariamente a partir de las diferencias. Ello les obligó a crear, como según Bourdieu hicieron los Flaubert o los Gouncourt en Francia, lugares teórico-críticos repletos de falsos conceptos y de instrumentos prácticos de clasificación dirigidos a construir semejanzas y desacuerdos nominándolos (2004: 226). Como explica Joan Oleza, el debate en Francia en torno al realismo se desata a partir de la lucha entre lo oficial y lo moderno; lo realista es lo moderno, la novedad, más aún que un concepto con claros perfiles; y un rasgo fundamental es presentarse en sociedad como iconoclasta, desafiante, provocador. Se extiende así la idea de que el realismo es la estética de los tiempos que corren, “es la modernidad” (1995: 260). Y tal debate tendrá un eco

inmediato en nuestro país. Como ha demostrado Romero Tobar, las discusiones en torno a la nueva tendencia artística se hacen corrientes en España desde la década de 1850 (2006: 50). Los novelistas regeneradores españoles – Galdós, Pardo Bazán, Valera, etc.- asumen el término realismo a partir de la década de 1870 como enseña del renacimiento español del género de la novela; aunque, como aclara Oleza, este existía de alguna u otra manera desde el romanticismo en su acepción de “explorar lo real-contemporáneo” (1998: 412).

En los discursos teóricos de los realistas españoles se aprecia con claridad su conciencia de ser literatos inmersos en la disputa por el dominio de la representatividad de lo artístico y de lo contemporáneo. Sin embargo, Galdós, en 1897, siente la amenaza de las nuevas generaciones que, valiéndose de un discurso beligerante contra los prestigios artísticos consolidados, semejante al que en su día le había aupado a él, escribía:

Hemos llegado a unos tiempos en que la opinión estética, ese ritmo social hartamente parecido al flujo y reflujo de los mares, determina sus mudanzas con tan caprichosa prontitud, que si un autor deja transcurrir dos o tres años entre el imaginar y el imprimir su obra, podría resultarle envejecida el día que viera la luz [...] en el orden literario, parece que es la ley de la volubilidad estética, y de conjunto la vemos pasar ante nuestros ojos, fugaz y antojadiza, como las modas del vestir (2005: 54).

Lo cierto es que el mismo Galdós décadas atrás se había aprovechado de esta misma dinámica para irrumpir en el panorama literario. Pardo Bazán, quien hizo causa común con el canario en el proyecto de regenerar la novela española, escribía en *La cuestión palpitante* en 1881, cuando todavía la canonización del realismo/ naturalismo encontraba arduas resistencias:

Al literato no le es lícito escandalizarse mínimamente de un género nuevo, porque los periodos literarios nacen unos de otros, se suceden con orden, y se encadenan con precisión en cierto modo matemática: no basta el capricho de un escritor, ni de muchos, para innovar formas artísticas; han de venir preparadas, han de deducirse de las anteriores. Razón por la cual es pueril imputar al arte la perversión de las costumbres, cuando con mayor motivo pueden achacarse a la sociedad los extravíos del arte (1970: 35).

Pardo Bazán, como Galdós, en su campaña de aclimatación a España del proceso segregador de una cultura artística y verdadera y otra cultura popular, caracterizada por su inautenticidad y manchada por su afán crematístico, que tiene lugar en Europa al mismo tiempo, contribuirán a instalar en el sistema literario la nueva dinámica de la modernidad con su inseparable culto a lo novedoso. Así comenzaba *La cuestión palpitante*:

Es cosa de todos sabida que, en el año de 1882, naturalismo y realismo son a la literatura lo que a la política el partido formado por el Duque de la Torre: se ofrecen como última novedad, y, por añadidura, novedad escandalosa. Hasta los oídos del más profano en letras comienzan a familiarizarse con los dos *ismos*. Dada la olímpica indiferencia con que suele el público mirar las cuestiones literarias, algo desusado y anormal habrá en ésta cuando así logra irritar la curiosidad de unos, vencer la apatía de otros, y que todo el mundo se imagine llamado a opinar sobre ella y resolverla (p. 25).

Volviendo al tema de la elaboración de una poética para el realismo español, cabe apuntar que de acuerdo con las proclamas de Galdós y compañía, la nueva novela realista debía escribirse a partir ante todo de la observación de la realidad social y con el proyecto de retratar a la clase media del país. Tal idea lógicamente implicaba la consideración de que hasta entonces la narrativa patria había obviado ambos factores. De ahí que el anticanon que de ello derivaba, y que como vimos se construye normalmente en términos antagónicos, hiciese necesario catalogar a las anteriores producciones de fantasiosas (opuestas a la realidad observable) y repletas de personajes estereotipados (exclusivamente nobles y gente humilde del pueblo). En cambio, en otros países como Francia, las distancias que marcaron los Flaubert o Goncourt frente a los “fabricantes de libros” se dirigió a elementos sensiblemente distintos, como fue sobre todo la denuncia de la sobreabundancia de peripecias y producción de efectos de intriga, sustanciados en las críticas que recibía el arte del corte; así como su desprecio hacia el sustrato utopista a veces, y burgués conservador otras, que, según ellos, caracterizaba a los folletines de los Dumas o Sue. El hecho de que Balzac o Stendhal desde décadas atrás hubiesen realizado ya conseguidas novelas de inspiración netamente realista, obligaba a los nuevos adalides del arte, a los artistas opuestos a las convenciones, a buscar argumentos diversos.

Otra peculiaridad de los “fundadores” patrios de la novela española la obtenemos de nuevo del carácter “roto” del canon al que venimos aludiendo. Los Galdós y Clarín luchan

por la independencia del arte en clave patriótica, es decir, reclaman la atención a sus producciones poniendo como coartada el decoro artístico de España que ellos obviamente personifican. Retórica nacionalista que actúa como elemento fundamental de la apelación que hacen estos escritores a la complicitad del lectorado, o sea, a que compren y lean sus novelas. En 1876, por ejemplo, el krausista Manuel de la Revilla, embarcado en el mismo proyecto renovador que Galdós, escribirá que con *Doña Perfecta*, que se publicó ese mismo año, se ha dado un paso adelante para que en nuestro país “alcance la novela la alta importancia y decisiva influencia de que goza en las demás naciones” (*apud* Sotelo, 1999: 408). No en vano escribe Pardo Bazán que las novela de Pereda, Galdós, Alarcón – y consecuentemente también las suyas- “llevan a cabo una restauración, retratan nuestra vida histórica, psicológica, regional; escriben el poema de la moderna España”; de modo que “la patria va reconciliándose consigo misma por medio de las letras” (1970: 65).

Las coincidencias con la situación de los abanderados del arte por el arte franceses en torno a la década de 1870 a la que antes aludíamos son abundantes. En primer lugar, la tipología sociológica se corresponde; Galdós como Flaubert, por ejemplo, son escritores que provienen de provincias periféricas del país y que llegan a la capital en busca de gloria literaria. Están en posesión de un talento artístico fuera de dudas, pero a la hora de encontrar un destino o dar salida a sus producciones se encuentran a menudo con las puertas cerradas. En España como en Francia, estos autores se toparon con un sistema literario clientelar en el que buscaron acomodo; al respecto escribe Pura Fernández:

Numerosos escritores participaron de la agitación revolucionaria, y numerosos también engrosaron las filas de lo que Clarín bautizó como ministerialismo literario o, en expresión más gráfica, vates del presupuesto. Núñez de Arce, Campoamor, Alarcón, Echegaray, y tantos otros, sirvieron a la Administración pública, y se sirvieron de ella a la vez para favorecer destinos entre los aspirantes a literatos afines, gestados en los salones aristocráticos de la Restauración, donde se hermanaban solidariamente política y literatura. Alejandro Sawa no escapó a este perfil, y merced a la intercesión de Campoamor y Alarcón se arrimó a las ubres del ministerio de la Gobernación, al poco de llegar a Madrid desde Málaga (2005 a: 109).

La fundación de la Asociación de Escritores y Artistas en 1872, que aunque en principio actuó como una mera sociedad de socorros mutuos, acabará por convertirse en el

primer intento serio realizado en España para “independizar el arte” desde el asociacionismo intelectual, refleja este panorama de precariedad económica en el que se hallaban los autores españoles de la época, y las servidumbres extraliterarias que debían soportar. En sus estatutos, señala Jean-François Botrel, se hallan las motivaciones fundamentales que llevaron a su creación y que se resumen en “la triste suerte que arrastran los hombres que viven de las letras y de las artes en este país” (1974 a: 180). Los loables fines de formar una comunidad solidaria presta a socorrer a los compañeros en dificultades económicas acaba siendo enturbiado, entre otras cosas, por las contiendas ideológicas que se desatan en su seno, ya que, como apunta Botrel, la mayor parte de los escritores asociados “no son más que escritores secundariamente y, por consiguiente, tienen su comunidad de intereses fundamentales en otras estructuras”, sobre todo en las de la actividad política a través de los distintos partidos (p. 196). El apoyo económico que constituye el fundamento principal de la agrupación, sin embargo, ocupa un lugar gregario en el programa vocacional con el que se presentan ante la sociedad; en cambio, como apunta el mismo investigador, las proclamas de patriotismo son “una constante en las palabras, o las intenciones al menos, de los dirigentes de la Asociación, en la medida que contribuir al «fomento y brillo de las artes de las letras, da un cierto lustre a la patria»” (p. 197).

A la hora de estudiar la trayectoria crítica de la narrativa de los Galdós, Bazán, Pereda o Clarín, se debe tener en cuenta por lo tanto que estos representarán no solo un nuevo programa estético, que como veremos no fue tan novedoso, sino también un nuevo grupo de agentes en un sistema literario que se encontraba copado por los más afamados folletinistas como Manuel Fernández y González, Pérez Escrich o Rafael del Castillo. Estos ingresaban grandes sumas de dinero por sus obras al contar con el favor de todo el arco de lectores, además de que resultaban agraciados por las prebendas de los salones aristocráticos que citaba Pura Fernández. La nueva hornada de literatos se veía imposibilitada a integrarse en el entramado de intereses políticos y mercantiles que existía en torno a los poderes fácticos. Cabe pensar que muchos de ellos rechazaban poner sus producciones al servicio de intereses ajenos al arte con los que no comulgaban. Pero lo cierto es que parte fundamental del programa regenerador de la novela llevado a cabo por escritores como Galdós o Clarín fue la reclamación de profesionalizar la literatura para disfrutar de autonomía artística, lo cual solo era posible mediante la aceptación del público de su obra. De acuerdo con lo anteriormente expuesto quiere decir que no solo estaba en juego la definición del arte, sino también el elemento menos desinteresado de la conquista de un espacio editorial.

En el caso español, ambas disputas aparecen confundidas, aunque evidentemente los nuevos escritores realistas apelaban exclusivamente a la dignidad artística y al prestigio cultural de la patria. En definitiva, para existir como escritores el único camino franco que encontraron era el de convencer a todos los agentes del sistema literario de que ofrecían algo radicalmente nuevo, distinto y mejor; y si no lograban convencerlos, decidieron que al menos lo proclamarían a los cuatro vientos. Ello no obsta a que luego efectivamente llevaran razón; lo que aquí nos interesa es observar los efectos que su irrupción literaria produjo en la mirada crítica sobre toda la narrativa española anterior.

Lo cierto es que tales preocupaciones de tinte económico son fácilmente identificables en los discursos teóricos de los realistas. Así, Galdós se refería a las “circunstancias tristísimas de la literatura considerada como profesión”, pues aquel que “se empeña en ser literato a secas, viviendo de su pluma, bien podría ser canonizado como uno de los más dignos mártires que han probado las amarguras de la vida en este valle de lágrimas” (2005: 28). Dice el novelista canario que a pesar de ello existe un numeroso público, que la gente lee novelas, y que de lo que se trata es de conciliar el arte con el negocio, pues: “La entrega, que bajo el punto de vista económico es una maravilla, es cosa terrible para el arte” (p. 30). Como es sabido, Galdós salió triunfante en su propósito, de modo que se contó entre el grupo de escritores que lograron vivir más que dignamente de los réditos que les proporcionaba su trabajo intelectual. De otro lado, Pardo Bazán abordará la cuestión de otro modo, quizás un poco más agresivo; pues acusará a los españoles de cicateros a la hora de adquirir literatura: “Dos pesetas se gastan pronto en el café, en una butaca para el teatro, en cohetes, en naranjas ¡pero en una novela! Todo español se tienta el bolsillo. Novela tengo yo de Alarcón, Valera o Galdós, que ya he prestado a una docena de personas acomodadas” (1970: 178). Ponía el ejemplo de los escasos beneficios que le reportaban sus libros a Valera, y añade: “el novelista español no saca provecho materialmente hablando, tampoco gana mucha honra, ni esas ovaciones embriagadoras que elevan a veinte palmos del suelo a los autores dramáticos. Para estos son todas las ventajas, las pecuniarias y las literarias, amén de verse libres y exentos de la *innoble competencia que la novela por entregas*¹⁵¹ y las malas traducciones del francés hacen a los noveladores que se precian de respetar el idioma y el sentido común” (*ibíd.*). Como se observa, tanto Galdós como Pardo Bazán, al igual que veíamos antes hacían sus colegas franceses, tales los hermanos Goucourt, experimentan un claro rechazo hacia los entreguistas también por su éxito de público y su acaparamiento del

¹⁵¹ La cursiva es nuestra.

espectro editorial, en el que indisimuladamente reclaman un espacio para poder vivir de las letras.

Esta pugna que mantienen los realistas con el ámbito literario de su época, y en la que está en juego su supervivencia como escritores, quedará reflejada en sus producciones novelescas. Como apunta David T. Gíes, la inseguridad económica de la clase media española es uno de los temas más frecuentemente tratados por los novelistas del último tercio del siglo: “Desde Galdós y Pardo Bazán hasta Alas y Blasco Ibáñez reconocemos los terrores de inseguridad que asaltan a los que intentan llegar a los portales de la respetabilidad burguesa o mantener su puesto en la jerarquía económica del día” (1999: 182).

Luis Carreras, crítico literario, novelista y periodista, escribió en 1867 una serie de artículos que aparecieron bajo el elocuente título de *Los malos novelistas españoles generalizados en Fernández y González...*, que contienen una interesante reflexión sobre el estado de la narrativa española de la época poco antes de la aparición de la generación realista. Sus críticas hacia las producciones de los más afamados literatos de entonces se apoyan en tres puntos fundamentales: la nulidad artística y la insensatez de sus obras; la nefasta influencia que estas ejercen en la formación intelectual del pueblo y, por último, su acaparamiento absoluto del mercado editorial. Las dos primeras notas serán recogidas a la letra por los Galdós o Clarín, no obstante el tercero de los elementos será comúnmente silenciado o convertido en acusación de adocenamiento consciente del pueblo, preanunciando ya las batallas futuras de los “artistas” contra el Leviatán de la industria cultural. Escribe Luis Carreras, previo repaso de las cifras desorbitadas que ingresan los “malos novelistas españoles”:

¡Cómo, García Gutiérrez vive pobre, Hartzenbusch vive pobre, Pi y Margall vive pobre, Ortiz de la Vega ha vivido pobre, tantos otros dignos y apreciables viven pobres, y no les distinguiríamos de esa turba que especula con sus facultades!
¡Cómo, para los fabricantes habrá oro, las riquezas, la gloria, todo, y para los vates solo el elogio! (1867: 12).

Como se aprecia, el crítico distingue entre casos particulares, pero todavía no lo hace entre estilos, escuelas o poéticas; esto es, se dirige hacia ciertos sectores de la industria, pero no hacia toda la novela decimonónica española de las últimas siete décadas. Las proclamas de Clarín cuando pocos años más tarde escribe sobre la narrativa anterior a Galdós: “todo

eso no era literatura, pertenecía al género de las coplas de los ciegos” (2005: 118), marcan un giro crítico sustancial. De las apreciaciones de Carreras hacia la evidente degradación de la industria del folletín, generalizada ya por entonces en Europa y a la que este se acoge, se ha pasado al proyecto de fundación de una novela original española bajo un programa estético definido por una poética realista y por su espíritu desinteresado, artístico y patriótico.

El modo en el que Galdós presentará ante el público y la crítica su primera serie de los *Episodios Nacionales* (1872-1912) ofrece un ejemplo muy esclarecedor sobre las pautas que seguirán los realistas al ingresar en el sistema literario. Como explica Ferraz Martínez, en 1885, el escritor canario declaraba que sus novelas históricas de tema contemporáneo constituían una absoluta novedad en el panorama nacional; esto es, forjó el tópico de que sus novelas eran un fruto espontáneo (1992: 16). Para explicar una de las claves de la excelente acogida que tuvieron sus *Episodios Nacionales*, escribía el canario, en el prefacio a una reedición de las primeras series, que el éxito entre el público español derivaba en gran parte: “de la circunstancia feliz para mí, de no existir en la literatura española contemporánea novelas de historia reciente, ha dependido el buen éxito de estos libros y la estimación que por sus condiciones literarias no habrían alcanzado nunca” (2005: 62). Sin embargo, como solo hasta hace relativamente poco tiempo ha sido puesto de manifiesto, este género de novelas contaba con una nutrida tradición que se remontaba ni más ni menos que hasta el siglo XVIII. Galdós no hacía sino extender el esquema historiográfico aplicado a las novelas contemporáneas al género de novela histórica contemporánea. Dice Ferraz:

Del estereotipo de la falsa novela apartada de la realidad, se valen tanto críticos como autores que propugnan una literatura realista [...] Se establece una correspondencia entre novela histórica y realismo, mientras que, por otro lado, quedan asociados lejanía histórica y desmesurada fabulación apartada de la realidad, características que se adscriben a la narrativa pregaldosiana. Este resumen crítico bipolar está en la base de las afirmaciones de Galdós del año 1885 sobre las novedades de sus *Episodios Nacionales* (1992: 21).

Sigue diciendo Ferraz que este modelo interpretativo se fue aplicando desde entonces, revelándose de una gran utilidad para la nueva hornada de autores: “En ese cuadro la ausencia de novelas de historia contemporánea española es un hecho más de los que pone de relieve el abatimiento del género novelesco, es una prueba más de la novela nacional y la

realista. Admitir la existencia de novelas históricas contemporáneas habría supuesto un elemento perturbador en ese esquema” (p.16). Con más motivo, la admisión de una narrativa anterior del género de costumbres contemporáneas habría perturbado el elemento ancilar de levantamiento de la nueva novela nacional. Este relato historiográfico que se va forjando desde la década de 1870, recibe el fundamental refrendo de Menéndez Pelayo, una de las máximas autoridades de la crítica literaria del país, en la respuesta que este dio al discurso de ingreso de Galdós en la Real Academia Española en 1897. Como escribe Ferraz: “El contexto novelesco en que irrumpe la innovadora creación galdosiana queda sumariamente definido por Menéndez Pelayo como «ñoñeces y monstruosidades»” (p. 38). Advierte el mismo estudioso que, no obstante, los Menéndez Pelayo o García Blanco a diferencia de los escritores realistas, al menos registrarán la existencia de novelistas anteriores, aunque bajo juicios sumarios tan adversos como los auspiciados por aquellos (p. 43). Este último historiador de la literatura española decía acerca de Ayguals de Izco: “No patrocina directamente las paradojas comunistas ni suscribe las horrendas afirmaciones de Proudhon, sino que se mantiene en los límites del panfilismo humanitario, con puntas de irreligiosidad y, más aún, insipiencia teratológica” (*apud* Benítez, 1979: 2). Como se observa, asoma en este comentario la repugnancia ideológica que suscitaba el folletín social a los conservadores como Blanco García; elemento que asimismo contribuyó en gran medida a sellar el silencio general sobre la novelística isabelina.

En definitiva, desde el último tercio del XIX hasta mediados del siglo XX pueden distinguirse, según Ferraz, tres fases de consolidación del esquema explicativo aplicado a la trayectoria de la novela de historia contemporánea, pero que puede hacerse extensivo a toda la narrativa decimonónica pregaldosiana. Una primera en la que se consagra la dicotomía categórica entre los *Episodios Nacionales* y la novela histórica anterior; y por lo mismo, entre sus novelas contemporáneas y los folletines. Una segunda, en la que las historias de la literatura nacional, como la más representativa de Julio Cejador, hacen sucintas referencias a títulos novelescos precedentes, pero en todo caso bajo el prisma condenatorio de los realistas. Y, finalmente, la tercera fase la fija Ferraz en los estudios de Pío Baroja, que enfrascado en investigaciones sobre su estimada novela popular, llamará la atención sobre la existencia de no pocos ejemplos de novelistas anteriores a Galdós que habían cultivado la novela histórica contemporánea y que la memoria literaria patria había arrojado al olvido (p. 43). Pero la excepción de Baroja no impedirá que se consume este molde historiográfico puesto en marcha desde décadas atrás. Los Unamuno, Valle Inclán, Azorín, etc., se declararán radicalmente hostiles a la poética realista, es decir, conformarán la promoción de

escritores que una vez que los sesentayochistas se hayan consagrado como los campeones de las reglas del arte, les disputarán esta supremacía proponiendo una estética que también presentarán en términos antagónicos. Sin embargo, cuando logren su objetivo y pasen a ocupar el centro canónico, lanzarán una mirada más ecuánime hacia sus antecesores. Buena muestra de ello son estas palabras de Pérez de Ayala:

Autores cuya obra está envuelta y bañada por una atmósfera religiosa total en el siglo XIX no hay sino dos: Galdós y Clarín. Pues esta atmósfera gravita sobre la obra de todos los escritores del 98, sensiblemente, evidente en: Unamuno, Azorín, Maeztu, Grandmontagne, Valle-Inclán, Baroja. Todos ellos (sé que esta afirmación todos ellos me la repudiarán) son la prole diversa fecunda del patriarca Galdós. El sentido de reverencia ante la vida (superación de la literatura amena) y la conciencia ética de España frente a la Humanidad (como conocimiento de sí propio y como deber) que representan ante todo los del 98, son herencias galdosianas y en nuestra literatura aparecen por primera vez con Galdós (*apud* McDermott, 1999: 278).

Esto es, como escribe Patricia McDermott, “a la larga los jóvenes escritores que llegarían a ser los clásicos modernos del siglo XX reafirmaron el canon decimonónico establecido por la España liberal” (p. 277). Las radicales divergencias que los noventayochistas airearon en un primer momento fueron dando paso a la apreciación de las afinidades. Finalmente, acabaron por asimilar el canon de aquellos a quienes tanto habían despreciado, pero cuya condición de pontífices del arte de su tiempo habían reconocido desde el inicio. Como acertadamente apunta Bourdieu, “la ortodossia letteraria o artistica si costituisce contro l’ortodossia, ma anche con questa ultima, in nome di ciò che essa é stata” (2005: 225). Quedó por lo tanto refrendada la idea de que la novela pregaldosiana había sido, como escribía Pérez de Ayala, de mero entretenimiento y carente de mérito literario alguno. El proceso de autonomización del arte, comenzado con los realistas en los setenta, y a partir del cual se va estableciendo la separación entre la literatura verdadera y otra producida para el consumo de las masas iletradas, no solo será heredado por la posterior generación sino que, como ponían de manifiesto los comentarios de Ortega y Gasset antes citados, se verá considerablemente potenciado. A ello contribuyó la buenísima salud de la que siguió gozando la novela popular durante las primeras décadas del siglo XX; de modo que el esquema legado por los realistas decimonónicos respecto a la narrativa pregaldosiana

(inverosímil, disparatada, degradante) *mutatis mutandis* siguió siendo útil para los nuevos sostenedores de la bandera del arte puro.

Visto de esta perspectiva resulta obvio que los estudios literarios deben recibir con cautela y cuestionar sistemáticamente aquellos dictámenes que, en forma de manifiestos artísticos más o menos conscientes, emanan de los propios escritores sobre su quehacer o el de sus antecesores. Sin embargo, en España hubo de esperarse mucho tiempo hasta que se produjese una seria revisión del cúmulo de descalificaciones que los realistas habían vertido sobre el folletín, y que buena parte de los modernistas prorrogaron, de modo que una imagen sumaria y reduccionista de esta literatura pasó como cosa juzgada hasta mediados del siglo XX.

El exordio de la nueva mirada sobre la narrativa isabelina en todo caso no auguraba un panorama mejor. Imbuido de la retórica catastrofista y acomplejada propia del canon “roto” español, en los años cincuenta del siglo XX Fernández Montesinos trazó un panorama de la novela pregaldosiana aún más desolador que el descrito por los realistas: la novela española no es que hubiese sido de escasa calidad, sino que prácticamente no había existido, pues todo lo habían copado las sonrojantes traducciones y emulaciones de la literatura extranjera. Por las mismas fechas, Reginald Brown con su obra *La novela española 1700-1850* (1953) sostuvo la tesis opuesta. Su estudio llamaba la atención sobre la existencia de una producción española que resultaba significativa en cuanto a su cantidad y a su especificidad; escribía Brown: “entre 1834 y 1844, como se pudo comprobar en la bibliografía que sigue, se cuentan hasta treinta obras que, bajo algún que otro disfraz, merecen nuestra atención como esbozos de novela realistas de costumbres” (1953: 32). Montesinos saldrá al paso y en su *Introducción a una historia de la novela en España en el siglo XIX* (1955) hará una recensión minuciosa de los ejemplos aducidos por el investigador americano; pero para entonces lo que parecía haber sido un negro vacío narrativo de casi un siglo comenzó a clarearse. El panorama historiográfico que, antes de los estudios de Brown, se aceptaba como válido lo ofrece Alborg certeramente resumido en el siguiente párrafo:

En el primer tercio del siglo XIX, España produce una muy mediocre novela romántica, del género histórico, imitación de la extranjera, desarrolla un copioso costumbrismo nacional, curioso y pintoresco, pero que apenas influye en la novela posterior, cuando no se convierte en rémora, y se deja inundar por todo género de traducciones. El paréntesis se cierra al fin con Fernán Caballero, quien a mediados del siglo publica las primeras novelas realistas, propiamente

nacionales, aunque muy en tono menor, hasta que a partir de la Revolución de Septiembre, en 1868, se inicia la gran época del realismo (1996: 358).

Los estudios de Brown, en palabras de Alborg, “vienen a derribar todo el tinglado precedente” (p. 359); de manera que a partir de este momento la novela pregaldosiana pasa a ser materia estudiable. Desde entonces, Fernán Caballero va siendo desbancado de su puesto preferente como precursor del realismo, y muchos son los postulados para ocupar su lugar. El mismo Brown lo halla en *El Dios del siglo* (1848) de Jacinto Salas Quiroga, donde “no solo hay cuadros costumbristas sino descripciones realistas”; dice luego respecto a la narrativa española iniciada en la década de 1840: “En todas estas novelas se reflejan muchos aspectos del espectro social contemporáneo; la lucha por la vida en la época de guerras y estrecheces de toda clase, el poder del dinero y la falta de escrúpulos para conseguirlo mediante el juego, el casamiento interesado y el deshonor de otras personas”; lo que, junto con ejemplos similares que haya en otras obras, le lleva a proclamar que “la novela realista de costumbres daba inequívocas señales de vida con bastante anterioridad, y con un sello mucho más definido de la época, que en *La gaviota* de Fernán Caballero” (1953: 37). Rubén Benítez, observa vislumbres de realismo, aunque combinados con rasgos antirrealistas, en *La protección de un sastre* (1840) de Miguel de los Santos Álvarez (1998: 651). Zavala, en esta misma línea, opina que “el surgimiento de la gran novela realista se venía preparando en las páginas de las novelas sociales y los folletines” (1971 a: 12). En definitiva, el resultado cierto fue que el cuadro quedó considerablemente enriquecido al haberse generado un estado de investigación y revisión sobre este hasta entonces desconocido periodo, aunque no por ello profusamente enjuiciado.

Del mismo modo, pero en la dirección opuesta, una lectura de la gran novela realista exenta de los prejuicios de sus cultivadores hacia los folletinistas ha ido poniendo en evidencia que estos, en su quehacer regeneracionista, se apropiaron de no pocos elementos característicos del folletín. Se acepta ya con cierta unanimidad que, como dice Francisco Caudet, la novela popular “de manera dialéctica, fue insuflando en la novela realista [...] elementos básicos de su estructura”, dándose por lo tanto “un fenómeno de absorción y transformación de unos sistemas de signos en otros” (1995: 256).

La ilusión de escuelas y movimientos que se suceden en secuencias cronológicas bien delimitadas y con perfiles fácilmente identificables, va dejando paso consecuentemente a otro escenario caracterizado por el entrecruzamiento, la yuxtaposición y, en definitiva, por una actitud revisionista respecto a la significación y contornos de conceptos como

romanticismo, folletinismo, realismo, costumbrismo o literatura popular. El uso de estas etiquetas, de las que parece ser que no podemos sustraernos, exige de continuo el matiz, la apreciación minuciosa alejada de las excesivas simplificaciones que en su peor expresión, como nos enseña lo acontecido en torno a la literatura de folletín, llevan a marginar a centenares de novelistas en una simple línea crítica.

Pero a menudo no son solo motivos epistemológicos los que interfieren en una limpia comprensión y estudio del fenómeno literario, junto a ellos ejercen una considerable influencia los de raíz ideológica. Todo lo cual, como venimos afirmando, resulta ser un rasgo especialmente característico del canon diacrónico español. La ideología y los valores tradicionalistas triunfantes en la vida política del país durante tanto tiempo, y tan repetidas veces, han contribuido decisivamente a dotar de un perfil concreto a la historia literaria española. Estas trayectorias imponen inercias críticas e interpretativas que inevitablemente generan automatismos de los que no siempre resulta fácil sustraerse o corregir, como serían por ejemplo la desaparición de autores y corrientes heterodoxas o el arraigo de paradigmas poéticos que acaban por confundirse con elementos identitarios nacionales.

A este respecto, resultan esclarecedoras las siguientes palabras de Pura Fernández, que precisamente se inscriben en el marco de un estudio destinado a rescatar la memoria de un autor tan “raro y olvidado” como Tresserra, Rodríguez-Solís, no por casualidad correligionario de nuestro catalán. Dice la investigadora:

Ya se sabe que, en España, a la autocensura personal ha acompañado siempre, hasta ayer mismo, una normativa (explícita o implícita) destinada a sujetar los excesos del verbo, lo que ha contribuido considerablemente a que se redujera, desde el principio, la nómina de rarezas literarias. A este proceso ascético y depurativo que ha caracterizado a las Letras españolas, en palabras de Juan Goytisolo, ha contribuido la frecuente purga bibliográfica a que se han visto sometidos, en bibliotecas y centros de lectura, los libros ajenos a cierto proyecto de cultura canónica nacional (2006: 67).

La historiografía literaria franquista, en consonancia con el repudio global dirigido a la sociedad liberal decimonónica, contempló con recelo a escritores como Galdós o Clarín que encarnaban con perfil más claro el progresismo filorrepublicano y anticlerical. Solo con la conquista lenta y marginal de espacios universitarios de investigación por parte de ciertas individualidades se fue reconstruyendo el canon liberal legado por los realistas a los

modernistas. Más adelante, coincidiendo con el interés que despertarán la literatura popular y los estudios sobre la cultura de masas en los ambientes universitarios europeos a partir de los años 60, y también al socaire de las disputas entabladas entre Brown y Montesinos, algunos investigadores se ocuparon de la literatura decimonónica pregaldosiana. Joaquín Marco fue uno de estos pioneros; al respecto resulta interesante el retrato que realiza él mismo, y a posteriori, sobre el ambiente crítico de los sesenta y setenta en el que se generaron sus estudios:

Enlazaba también con el gusto por lo popular, una cierta atracción por la literatura que trataba de obreros (jornaleros), cárceles y bandidos, aunque sin ánimo revolucionario. La falsa resurrección del folletín español pretendía enlazar con la problemática novela proletaria-social del momento. Pero, de hecho, Ayguals, que se entendía como socialista y revolucionario, [...] no deja de ser un ejemplo más del conservadurismo y de la moralina que ni siquiera abandona los postulados católicos (2004: 29).

En sus palabras asoma ese prejuicio marxista, tan extendido entre los intelectuales de izquierda de la época, respecto a la novela popular decimonónica juzgada bajo el prisma de su timorato reformismo. Víctor Carrillo, por ejemplo, en este sentido reprocha a Ayguals de Izco que en sus novelas “no busca la destrucción de los fundamentos del orden social burgués”, por lo que no pueden considerarse literatura revolucionaria de izquierdas (1974: 163). Siguiendo en lo fundamental esta estela, Juan Ignacio Ferreras e Iris Zavala, en torno a los años setenta, realizaron una valiosísima tarea de rescate de escritores que, en un principio, habían sido tradicionalmente marginados por su orientación progresista, entre ellos Ceferino Tresserra. Pero, ambos, como Marco o Carrillo, también quedaron algo defraudados con el “edulcorado revolucionarismo” hallado. Ferreras aborda el estudio desde una perspectiva eminentemente sociológica que pone al descubierto el engranaje mercantil de la producción de la novela por entregas, arribando finalmente a generalizaciones que encierran tanto la advertencia de la necesidad de monografías como una implícita defección: de su estudio se colige que no es más que paraliteratura merecedora de escasa atención. Zavala, en cambio, centra sus trabajos en el contenido ideológico de la saga de folletinistas que hace descender de Ayguals de Izco en Madrid, y de los grupúsculos catalanes asociados fundamentalmente en torno al cabetismo. Partiendo de las prácticas de los socialistas utópicos franceses realiza una comparación con sus émulos españoles, de la que resulta que

la timidez agitadora, cuando no la abierta oposición a toda idea subversiva, es la nota característica de estos escritores pregaldosianos presuntamente de izquierdas que, en realidad, profesaron un vago filantropismo de origen pequeñoburgués. Ante la decepción mejor o peor ocultada de estos dos críticos, algo chasqueados por la ausencia de un incipiente materialismo dialéctico, los folletinistas se quedaron sin paladines. La bandera del democraticismo liberal que enarbolaron los Ayguals, Garrido, Rodríguez-Solís o Tresserra, resultaba poco atractiva para la contienda ideológica de las décadas de 1960 y 1970.

Romero Tobar, por las mismas fechas, ofrece una nueva mirada totalizadora sobre el fenómeno de la novela popular que sirve, por un lado, para poner de relieve una buena porción de interrogantes que aún quedan sin contestar, y que convierten en provisionales casi todas las apreciaciones respecto a esta narrativa, y, por otro lado, a partir de un corpus de treinta novelas representativas, siguiendo la estela de Ferreras, traza un panorama sobre la forma y contenido del folletín. Sus conclusiones no difieren en exceso de las del anterior autor y postulan la degradación artística y la mecanización de todos los elementos como sello característico del género.

Así, el impulso que recibió el tratamiento crítico de estas novelas cuatro décadas atrás, y que dio lugar a una proliferación de estudios en torno a la cultura popular, actuó al mismo tiempo como cortapisa de futuras profundizaciones, ya que destilaban una indisimulada desilusión crítica. No obstante, hubo quienes recogieron el guante y los frutos llegaron. Algunos fueron muy valiosos como, por ejemplo, el estudio de Rubén Benítez sobre Wenceslao Ayguals de Izco: primera monografía realizada desde una metodología moderna sobre un folletinista español. Destacan sobre todo las investigaciones de Pura Fernández en torno a una gama variada de aspectos desconocidos sobre el periodo, como por ejemplo las redes editoriales heterodoxas, y sobre un puñado de autores olvidados como Francisco de Sales Mayo, Rodríguez-Solís o López Bago; trabajos todos ellos que desafían manifiestamente los lugares críticos urdidos por la historiografía literaria española tradicional.

Queda mucho por revisar y esclarecer; el atractivo del estudio de esta novelística no se hallará con seguridad en el descubrimiento de calidades artísticas deslumbrantes, sino en el derribo de una buena porción de paradigmas obsoletos y de añejos conceptos e ideas que vienen atravesando décadas y más décadas sin ser cuestionados.

6. MÉTODO Y UTILIDAD DE UN ESTUDIO SOBRE CEFERINO TRESSERRA

El provecho que podemos obtener de la antecedente exposición sobre los cánones literarios se halla en que nos dará la medida de las aportaciones que pueden derivarse del estudio de la obra y figura de Ceferino Tresserra. Y ello porque la narrativa de nuestro autor, como trataremos de demostrar en los siguientes apartados, aún reuniendo todos los rasgos que remiten a la parcela de lo que venimos denominando como paraliterario, no encuentra acomodo en los esquemas críticos presentados. Su caso sirve para demostrar hasta qué punto estos adolecen de reduccionismo y de generalizaciones sin base real. El análisis de su obra no servirá por lo tanto para poner de relieve cómo el proceso de formación de unos cánones nacionales e internacionales, junto con el desarrollo correlativo de unas poéticas, puede llevar a desfigurar la perspectiva sobre un periodo cultural y sus producciones en consonancia con pautas extraliterarias, sean estas ideológicas, historiográficas o sociológicas.

Es decir, no nos guía la intención de cuestionar ni los nombres de los elencos canónicos ni las jerarquías estéticas que de estos se desprenden. Nuestra voluntad, en cambio, es señalar los efectos distorsionadores que a menudo han venido presidiendo sobre el tratamiento crítico de aquellas otras obras, autores y poéticas expulsados del recinto privilegiado en el que habita lo canónico. Partimos de la idea expuesta por Lotman de que la cultura, como amalgama compleja de diversos fenómenos, está integrada por diferentes estratos que se desarrollan a distintas velocidades, de manera que al efectuarles un corte sincrónico se revela la presencia simultánea de varios estadios (1993: 24). Sin embargo, la epistemología literaria tradicional ha tendido a aplicar una óptica que difuminaba o anulaba esta visión panorámica, dando lugar a caracterizaciones cercenadas y falseadas sobre los periodos culturales. La trayectoria de la novela popular ofrece el ejemplo más claro a este respecto; nacida en el siglo XIX, hace un largo recorrido que llega hasta nuestros días, pero en vano se la buscará en las historias de la literatura, al menos en la generalidad de las españolas, más allá de su periodo de formación. En todo caso, cuando aparece lo hace sin salvedades bajo la óptica categóricamente negativa que hemos expuesto; y ello a pesar de que nadie podría negar que la insuficiencia de estudios monográficos rigurosos desautoriza las generalizaciones y juicios sumarios que viene recibiendo esta vastísima parcela de la narrativa. Como escribe Pozuelo, “la equivocación de muchas historias de la literatura radica en tomar los modelos autointerpretativos de la cultura [...] y estudiarlos en la misma serie

que comprende la actividad de estos o aquellos escritores, lo que representa un error de lógica” (2000: 98).

Tras la irrupción al inicio de la Restauración de los realistas en el mundo de las letras, ni los lectores, ni los críticos, ni los editores, ni la gran mayoría de los escritores, es decir, el sistema literario activo durante el periodo isabelino y el Sexenio, sufrieron la repentina mutación de horizontes culturales que el relato construido por los Galdós o Pardo Bazán al presentarse a sí mismos en sociedad y ante la historia, y luego refrendado por el estamento de los lectores profesionales, da a entender. Más desenfocada aún resulta ser la interpretación que harán de sus antecedentes una vez que ocupen los púlpitos del prestigio artístico, o lo que es lo mismo, accedan a la canonización crítica ya en su época. Lo cual sucede porque los cánones forzosamente generan un isomorfismo, propio de todo proceso cognoscitivo, que deriva en una lectura del presente hacia el pasado; y como explica Lotman, “[l]a retrospección histórica (como serie científica que proyecta presente-pasado) reconstruye una unidad falsa entre los acontecimientos, uniformando lo dispar y reduciendo lo casual e imprevisible a predecible” (*apud* Pozuelo, 2000: 101). Como resulta evidente, por más que la estructuración historiográfico-literaria tienda a distorsionar este hecho, ni Tresserra ni ninguno de los literatos coetáneos a él escribían sus obras con la conciencia de que estaban preparando el advenimiento de la novela realista de Galdós y compañía, menos todavía con la esperanza de que estos diesen con la forma “verdadera” de lo que en ellos no eran sino desmayados atisbos.

El conocimiento de la mirada deformada a la que pueden dar lugar las etiquetas literarias no conduce necesariamente a prescindir de ellas, pero sí a relativizar y matizar en lo posible su función; estamos de acuerdo con Romero Tobar cuando dice que “no se les puede conceder más valor que el de alumbrar la perspectiva” (1998: XXI). Esto es, no deberían determinarla en el modo decisivo en que, como tratamos de mostrar, en la práctica resulta habitual. Para el caso español se hace necesario encarar la novela producida en el periodo isabelino, dice Marie-Linda Ortega, “con concepciones estéticas propias que permitan considerar su peculiaridad sin reducirla empleando criterios inadaptados ni someter a juicios de valor” (2002: 9). De modo que al usar conceptos tales como realismo, romanticismo o melodrama trataremos de hacerlo partiendo de una noción lo más articulada posible del periodo histórico en el que nos hallemos, buscando así que estos reflejen la mentalidad cultural de sus coetáneos antes que la construcción diacrónica de la que han sido objetos. En cuanto a los juicios estéticos que puedan merecernos ciertas obras de aquella época, o las del mismo Tresserra, optamos comúnmente por considerarlos irrelevantes para

nuestros objetivos; nos basta con saber que disfrutaban de aceptación entre cierto público y que respondían a una serie de impulsos y coordinadas histórico-estéticas que las produjeron.

Dice Eco respecto al mal gusto, parafraseando a Benedetto Croce, que “todo el mundo sabe perfectamente lo que es, y nadie teme individualizarlo y predicarlo, pero nadie es capaz de definirlo” (2004: 95). Ya hemos visto como este hecho es el que nutre ciertas argumentaciones de raíz posmoderna usadas para desautorizar la legitimidad estética de todo canon tradicional. Las consecuencias a las que conducen también las hemos señalado, y se resumen en la proclamación del reinado de un radical subjetivismo que, paradójicamente, habría nacido de un imperativo científico. Este recelo sistemático de las jerarquías lleva así a la homologación de todas las obras, de manera que se reivindica la elaboración de las historias literarias a partir del retorno a la teoría del reflejo social, es decir, se le mutila al fenómeno literario de gran parte de su trascendencia estética. Y ello ocurre porque, como continúa diciendo Eco, el mal gusto “es tan difícil de definir que para ello se recurre al juicio de los expertos, es decir, de las personas de gusto, sobre cuyo comportamiento se establecen las bases para definir, en precisos y determinados ámbitos de costumbres, lo que es de buen y de mal gusto” (*ibíd.*). Pero desde el momento en que siempre resulta posible identificar la estratificación social de los sujetos, y sobre todo reconducir las opiniones que emiten a su limitada e interesada perspectiva, no existen “expertos” libres de sospecha, no existe por lo tanto juicio estético que goce de una autoridad, legitimidad o altruismo incuestionable.

Sin negar las “presencias reales” de las que habla Steiner, y sobre todo sin apreciar la necesidad de hacerlo como vimos que hacía Bourdieu, nuestra labor en este trabajo se dirige a señalar e interpretar algunos de esos condicionantes que pudieron determinar los juicios de las personas de gusto, en concreto respecto a la narrativa de folletín. Ello no tiene porqué restar un ápice de valor estético, por ejemplo, a la producción galdosiana; ni tampoco significa que postulemos que las apreciaciones y juicios de Clarín resultan ser falsos o intencionadamente injuriosos. Lo más grave que puede suceder es que las opiniones del escritor canario y el “asturiano” queden redimensionadas a una escala más humana, permítasenos decir también más realista, que la que nos devuelven a menudo los discursos críticos basados en el “gigantismo del genio” al que tiende casi inevitablemente toda historiografía canónico-literaria.

Galdós, que se mostró menos interesado en presentarse como un ser extraordinario e inmaculado que algunos de sus exegetas, advertía en el siguiente fragmento de sus propias flaquezas; entre las cuales, a nuestro juicio, se cuentan las de haber injuriado a sus antecesores novelistas españoles por propio interés. Escribía el canario:

Somos muy vanidosos, pero este vicio es una pequeña sombra proyectada por las grandes excelencias de nuestra época. Todos los grandes progresos traen su cortejo de pequeñas flaquezas. La participación de todos en la vida pública, la seguridad que tiene el individuo de influir personalmente en la suerte de la sociedad, esto que es la mayor de las conquistas ¿no ha de ser causa de que todos nos creamos ya con un pie en el templo de la fama y de que tengamos ambición, a veces infundada, y de que procuremos, en cuanto nos sea posible, intervenir más que los demás, hace prevalecer nuestra opinión, y rodear de todo el prestigio posible a nuestra querida persona? Esto es un pequeño mal que va fatalmente unido al resultado de un inmenso bien (2005: 40).

Puede resultar casi blasfemo u oportunistamente iconoclasta poner en tela de juicio a escritores cuya bibliografía, en expresión de Pozuelo, tienen dimensiones oceánicas, como sería el caso de la generada por Galdós. Cabe pensar que la grandeza del autor de *Fortuna y Jacinta* bien la merece; lo que nos resulta insostenible es que el valor de un Tresserra, por ejemplo, sea en comparación tan inferior que resulte justo que haya generado apenas una cuantas líneas de crítica, además por lo común manifiestamente inexactas. Desde luego, nosotros partimos de que tal estado de cosas desvirtúa el conocimiento de la literatura de nuestro país, y por lo tanto tratamos de comprender cuáles han sido las circunstancias que han conducido a ello; y también cómo puede contribuirse a corregirlo.

Los principios culturales no pueden ser presentados con una pretensión de universalidad, pues como expone Habermas:

El halo de reconocimiento intersubjetivo que se forma en torno a los valores culturales no implica todavía en modo alguno una pretensión de aceptabilidad culturalmente general o incluso universal. De ahí que las argumentaciones que sirven a la justificación de estándares de valor no cumplan las condiciones del discurso. En el caso prototípico tienen la forma de crítica estética (1997: 40).

La única salida del atolladero al que nos conduce la vana añoranza de formular científicamente los discursos de disciplinas humanísticas continúa siendo el poco rutilante y proceloso de los consensos intersubjetivos, desprovistos además de la intención de alcanzar algún tipo de unanimidad. En este sentido, creemos por lo tanto útiles y necesarios los

proyectos encaminados a despejar y facilitar espacios donde entablar debates presididos por unas condiciones dialécticas lo más abiertas posibles, que a la postre puedan dar lugar a la adopción de certezas no empíricas y seguramente también interinas. A ello, por ejemplo, se aplica la teoría de la racionalidad elaborada por Habermas, quien al mismo tiempo advierte de que en tal cometido no se puede descuidar el hecho de que “el concepto de racionalidad sólo puede ser accesible por la vía de un análisis empírico de orientación histórica del cambio de las empresas racionales” (1997: 57).

El escenario actual caracterizado por el confusionismo y la indudable bancarrota de las pretensiones universalistas, toda vez que, como señala Toulmin, “la crítica de la modernidad ha pasado a convertirse en crítica de la racionalidad propiamente dicha” (2001: 36), es un caldo de cultivo propicio para estudios que como el nuestro se dedican a cuestionar estructuras tradicionales consolidadas. Habrá que reconocer que nuestra investigación se hace posible y cobra sentido, entre otras cosas, por los colores de este panorama. Pero descubrir y denunciar fallas y paradojas, o ver conspiraciones históricas en las que el mundo ha sido retratado del revés, donde todo se halla manipulado y todo debe rehacerse, pone en riesgo al investigador de endosarse un papel de mesías justiciero que, a la postre, implica caer en esos escurridizos universalismos y atemporalismos que se pretenden denunciar. Para paliarlo al estudioso no le queda más remedio que contextualizarse a sí mismo; pues la legitimidad de toda relativización solo puede alcanzarse a partir de la conciencia de la propia relatividad. Tal actitud de partida puede conducir, por un lado, a la esterilidad de no pocas críticas de aliento posmodernista que por no equivocarse acaban por no afirmar nada, salvo que nada es lo que parece; pero, por otro lado, también puede llevar a asumir de antemano la rebatibilidad e interinidad de las propias apreciaciones sin por ello amedrentarse, es decir, sin tener miedo a opinar. En fin, al investigador solo le queda confiar en que el sentido común y la honestidad intelectual le acompañen, y que ello sea reconocido intersubjetivamente. La institución universitaria como decía Kermode tiene su razón de ser en la fundamentación de las opiniones según unas reglas consensuadas susceptibles de ser modificadas a su vez mediante una aprobación alcanzada por medio de razonamientos. Nada nuevo bajo el sol, y tampoco nada mejor.

El carácter “roto” que presenta el canon español resulta ser una buena piedra de toque para detectar hasta qué punto las circunstancias socio-históricas pueden inclinar los juicios y las apreciaciones críticas. Como dice Mainer: “la historia de la literatura española tiene una indisimulada nostalgia por construirse sobre un esquema dominante que es particularmente reacio al reconocimiento de los dominios ajenos a ese modelo” (1998: 293). Ello lo observa

el mismo Mainer en la insistencia de los programas escolares en cuestiones tales como “[e]l problema de España en los escritores españoles” o los mismos principios de agrupación generacional en torno a cuestiones ideológico-políticas que “parecen recordar demasiado la exigencia de ese plus educacional que se demanda a nuestra literatura” (p. 294). No sería difícil convenir en que el origen de estas características, esquema dominante, didactismo, ideologismo, etc., se halla en la historia política patria de los dos últimos siglos, marcada indudablemente por las sangrientas pugnas entre tradicionalistas y reformistas, y por el sentimiento de profundo retraso respecto a los vecinos europeos profesado por gran parte de la clase intelectual española afecta al progresismo derrotado. España en las últimas décadas se ha transformado considerablemente. La instauración de un sistema democrático que ha permitido la convivencia pacífica de todos los españoles, la plena integración en la Unión Europea, la prosperidad económica y el flujo continuo de personas e ideas, han situado a nuestro país en un corto espacio de tiempo en unas condiciones socio-históricas objetivamente homologables a la de los países más avanzados del planeta, lo que consecuentemente a contribuido a atenuar en gran medida la retórica catastrofista de la eterna anomalía patria. Todo ello está produciendo un movimiento revisionista de la historia que tiende a acomodar esta a la nueva situación de la que disfruta nuestra nación. A este respecto, y en referencia a la trayectoria de la novela española moderna, creemos que resulta significativa la siguiente afirmación del hispanista Russell P. Sebold:

Tristemente, los que más han rebajado las letras españolas de los primeros siglos modernos, no son los franceses, ni los ingleses, ni otros extranjeros, sino los propios españoles y los hispanistas, y merced a éstos, durante largos años España pasó por ser el único país occidental que no tuvo siglo XVIII; España pasó por ser el país que tuvo ese absurdo romanticismo que no duró sino diez años; y España ha pasado por ser el país que no sabía lo que era el realismo, mientras Stendhal, Balzac, George Sand, Flaubert, Dostoievski, Tolstoi, Dickens y Thackeray publicaban numerosas novelas realistas antes de 1870. No pretendo que los Ayguals de Izco y los Salas y Quiroga se coloquen al mismo nivel que los novelistas europeos que acabo de mencionar; mas entre saber cuáles son las técnicas de la moderna novela realista y la más absoluta ignorancia de ellas, hay una diferencia trascendental, cuando se considera la potencialidad del país para la producción de obras maestras del género en los decenios inmediatos (2004: 36).

Podrían citarse muchos más ejemplos para avalar esta tendencia a exhumar nuevos documentos, a inaugurar perspectivas o a proponer enfoques que son consecuencia de una óptica y circunstancias generadas por contextos socio-históricos distintos. Ahora vemos que los españoles, después de todo, no se comportaban de un modo tan “genuinamente español” como se creía. Nuestro trabajo, nos guste o no, surge de algún modo como consecuencia de este clima novedoso en la historia del último siglo en España..

Martínez Martín advierte, en un trabajo sobre los contenidos bibliográficos de las bibliotecas madrileñas en el periodo isabelino, cómo la arraigada idea del retraso patrio respecto al mundo cultural europeo occidental ha lastrado buena parte de la conciencia colectiva contemporánea, “alimentado por la generalización de una idea de aislamiento y de una sociedad encorsetada en su propia especificidad cultural y ajena a la cultura que se gestaba en el resto del continente” (1991 b: 6). Continúa diciendo este estudioso:

No hay que buscar artificios de aproximación con Europa que legitimen el proceso de incorporación de España a un contexto institucional común, porque tal legitimidad es indudable, no es necesario recuperar un pasado común, con la hipótesis del converso, porque tal pasado existe. Pero sí es preciso situarlo en su justo término, matizando los nexos con Europa y sus características, sin que el afán de integración del presente desfigure por exceso la realidad histórica, sin que su proyección acabe por edificar un pasado irreal y de cimientos frágiles. Ni la sociedad madrileña del siglo XIX estuvo aislada, ni fue el producto, excepto para diversos sectores de las elites, de un secular y acentuado cosmopolitismo (p. 24).

Como decimos, nuestra intención es guiarnos por el espíritu investigador que se destila de estas frases. Al hilo de la cita de Martínez Martín cabe referirse al proceso de la construcción de la Unión Europea, pues este hecho resulta ilustrativo sobre los vientos que mueven a la historiografía. Dicho hito, impredecible antes de la Segunda Guerra mundial, impulsa naturalmente la búsqueda de precedentes en el pasado remoto y de las circunstancias que hacían adivinar el curso finalmente seguido. Resulta obvio que si tal unidad no hubiese llegado a producirse o hubiese fracasado, esas pistas de la historia, esos hechos contingentes, habrían sido ignorados o habrían pasado inadvertidos; y, en la dirección opuesta, habría provocado el afloramiento de aquellas otras trazas que

demostrasen su inviabilidad. En cambio, la azarosa pero finalmente exitosa articulación de un espacio europeo común tiende a que las piezas históricas que la hacían presumible cobren visibilidad y, sobre todo, armen un relato histórico coherente. Todo proceso cognoscitivo dirigido a obtener visiones panorámicas sobre el tiempo pretérito, como veíamos, adquiere una perspectiva basada en el eje presente-pasado.

Gran parte de las conclusiones y miradas que conforman el trabajo que presentamos no tendrían sentido fuera el marco socio-político actual, que es el que facilita que haya medios, recursos e interés por la figura de un soldado español de la República europea del XIX como fue Ceferino Tresserra. Es desde el contexto hodierno de nuestro país y europeo que cobra sentido una investigación semejante, y es el que hace posible que presentemos a nuestro escritor catalán como miembro de un movimiento, el republicano decimonónico, que perfectamente puede ser invocado como precedente de la realidad contemporánea, esto es, como un proto-proyecto de la actual Unión Europea. Esta circunstancia explica el hecho de que los estudios relacionados con esta materia hayan escaseado hasta tiempos bien recientes, y que el interés por estos grupúsculos revolucionarios de composición paneuropea y miras democráticas sea un fenómeno novedoso. Hasta ahora esta perspectiva había poco menos que pasado desapercibida, pues ningún foco del presente la iluminaba.

Asimismo, como venimos señalando, en la actualidad existe la conciencia colectiva de la obsolescencia de las teorías marxistas que, en la misma medida que durante su vigencia contagiaban incluso a los no adeptos, condiciona al crítico actual. La estrepitosa caída del bloque soviético a partir de 1989, impensable pocas décadas atrás, ha contribuido a “modernizar” ideológicamente a escritores como Tresserra, cuyo mensaje democrático-reformista resulta bastante más cercano a las coordenadas actuales que, por ejemplo, buena parte de la novela social de la mitad del siglo XX. Es por eso que las producciones folletinescas, estudiadas fundamentalmente en los años setenta del XX, admiten desde nuestra perspectiva una interpretación radicalmente divergente. Las funciones extraestéticas del canon, sobre todo la ideológica, se atenúan en la medida en que seamos conscientes de estas mediaciones. Se debe aceptar que las selecciones de lecturas son imprescindibles, y el concurso de criterios ideológicos seguramente inevitable, lo cual desde nuestro punto de vista no constituye intrínsecamente un hecho reprochable. El peligro se presenta cuando el criterio ideológico, divorciado del estético, actúa como discriminante entre las distintas obras o como eje de una selección; o del lado contrario, como motivo fundamental de marginación. Creemos que en el caso de una parte de la novela popular decimonónica española, a menudo los criterios ideológico-políticos, enmascarados de criterios estéticos,

han desarrollado un papel fundamental en el proceso de satanización y ridiculización al que fue sometida.

Hoy en día, una vez volteada la suerte histórica del sistema de ideas que cabe atribuir a una parte de las novelas populares, como las de Tresserra, estas podrían ser susceptibles de una reivindicación ideológica como primeros enunciados literarios españoles de orientación claramente democrática. ¿Esto sería positivo? En nuestra opinión no, pues el hecho de que las novelas de Tresserra sean portadoras de una serie de valores ideológicos y morales derivados de una mentalidad democrática las hace histórico-culturalmente significativas, pero no les confiere mérito estético literario alguno. Para aquellos que sostienen que el canon literario debe reflejar los principios en los que se basa una sociedad, el primer aspecto quizás convertiría a las novelas de Tresserra en merecedoras de reivindicación. Creemos, sin embargo, que tal postura conduce a un empobrecimiento de las funciones que cumple la literatura. La utilidad de nuestro trabajo no reside pues en la rehabilitación de este autor hasta ahora olvidado, sino en el rescate que tratamos de hacer a través de su figura de una fragmento del mundo cultural español de la época que ha sido falseado cuando no ocultado.

En resumidas cuentas, se trata de trabajar a partir de diversos filtros contextualizadores que contribuyan en la medida de lo posible a que el investigador conjure el peligro continuo en el que se halla de cometer anacronismos. Al mismo tiempo que se trata de vencer las paralizaciones a las que puede arrastrar la conciencia de la eventualidad a las que se hallan sujetas las propias opiniones. Al fin y al cabo, no se busca otra cosa que ampliar el horizonte de conocimientos hasta donde sea posible, en este caso, sobre el panorama cultural de este apasionante periodo de la historia de España.

CAPÍTULO V

LA REPÚBLICA LITERARIA EUROPEA: 1840-1870

1. LA MISIÓN PEDAGÓGICA DE LA DEMOCRACIA EUROPEA Y ESPAÑOLA

El ideal pedagógico de difundir las luces del siglo entre todos los individuos aparece como pieza clave de los discursos políticos, filosóficos y sociales de las escuelas republicanas del XIX. La democratización del poder no resulta posible sin la democratización del saber. Como dice Juan Sinisio Pérez, a partir de las revoluciones liberales que dan comienzo con la francesa de 1789 “la educación adquirió el valor de panacea para establecer un orden natural y armónico entre quienes antes eran súbditos de un régimen absolutista y ahora ya tenían el rango de ciudadanos conocedores de sus derechos y responsabilidades” (2001: 99). Escribe Tresserra: “Nuestro objeto es instruir y practicar; instruir en todas las prácticas del saber humano; practicar en cuanto cabe dentro del actual orden de cosas” (JE: 309). Los folletines sociales, como iremos viendo, en manos de escritores como Tresserra llegarán a convertirse en las principales tribunas desde las que cumplir la misión apostólica y pedagógica de la democracia. En los próximos apartados nos ocuparemos de analizar con profundidad este aspecto. Es en gran medida a partir de la perspectiva que nos otorgará su análisis que pretendemos acometer la revisión del paradigma crítico comúnmente aplicado a la narrativa popular española del XIX.

La historiografía hispánica surgida en torno al republicanismo decimonónico como vimos en los primeros capítulos parece obstinada en ignorar la importancia capital que este movimiento confería en sus doctrinas a la educación popular. Incluso se observa a menudo cómo los federales españoles son precisamente acusados de dejación y de haber actuado de un modo paternalista dirigido a neutralizar la emancipación intelectual de la masa. Sin embargo, como explica Trías, el programa político republicano osciló siempre entre dos polos: el logro de la revolución burguesa nacional y la autonomía del pueblo, que se substanció en los dualismos que culminarían en la enfrentamiento entre Castelar y Pi (1975: 54). La breve y accidentada experiencia de 1873 impedirá que lleven a cabo sus propuestas regeneradoras; y, como veíamos, su derrota política arrastrará la condena historiográfica. Así, respecto al segundo punto, la emancipación del pueblo, las críticas fundamentales provendrán de las escuelas marxistas. Como en tantos otros aspectos, Marx y Engels se apropiaron del ideal pedagógico que desde hacía muchas décadas venía enarbolando el republicanismo heredero del 93 francés; de manera que los comunistas acabarían por enseñorearse de él y convertirlo en su bandera ideológica. Como apunta Clara Lida, estos acusarán sin tregua a los republicanos de querer usar a las masas en beneficio propio y de

que evitaban educarlas para que no desarrollasen una conciencia de clase (1972: 93). Despojado el discurso republicano de su propaganda constante a favor de la universalización del saber, las invectivas contra su falso y burgués filantropismo adquirirían mayor consistencia. Tresserra y muchos otros correligionarios anónimos que habían volcado sus esfuerzos en difundir la cultura entre las masas ignorantes representaban una tipología republicana que no cuadraba o simplemente pervertía el modelo historiográfico fijado por los adversarios conservadores y comunistas. De este modo, las iniciativas de todo tipo llevadas a cabo en pos de la educación popular durante varias décadas fueron poco a poco borradas de la memoria, proceso al que contribuyó en gran medida el desconcierto, división y enfrentamiento en que se halló sumido el bando federal tras la caída de la Primera República española.

La acusación a los dirigentes republicanos de ensimismamiento pequeño burgués ha recorrido un largo camino y ha sido usada como razón de fondo de su fracaso político final. El vínculo entre los militantes republicanos y el pueblo se suele reputar de superficial y débil, cuando no se da por inexistente. Para López Cerdón la influencia ejercida por el movimiento federal en la masa proletaria fue pobre, aunque no desdeñable. Dice la historiadora que este contacto se observa en una triple perspectiva: de algún modo formaron a una pequeña elite intelectual de obreros; su abundante propaganda sobre los antagonismos sociales contribuyó a despertar cierta conciencia de clase entre las clases desposeídas; y, finalmente, dieron cabida y desarrollaron una cultura falsamente popular pero diferenciada de la de los dirigentes. Pero, añade López Cerdón, los republicanos se acercaron al pueblo llano un poco con el mito del buen salvaje, pues salvo unos pocos el resto no tenía contacto directo con ellos (1975: 110). Hennessy enfatiza esta misma idea al afirmar que los federales desconocían absolutamente cuál era la verdadera idiosincrasia del pueblo español, y que tenían de ellos una visión ingenua, romántica e idealizada (1966: 88). En resumidas cuentas, el republicanismo federal fue, según la visión historiográfica tradicional, un intento interesado, además de fallido, de sumar al pueblo a las revoluciones liberales, llevado a cabo desde cierto “despotismo ilustrado” de raíz burguesa.

No pretendemos recusar aquí y en bloque un conjunto de ideas tan fuertemente arraigado en los estudios del periodo. En lo que respecta al ámbito de nuestro país, sin embargo, resulta claro que a la hora de establecer este esquema se han dejado fuera de consideración un buen número de factores sin cuyo concurso figuras como las de Tresserra resultan inexplicables. A nuestro juicio, una buena parte de la carga peyorativa que contiene la perspectiva tradicional a la que aludíamos una vez más deriva de la larga sombra de la

retórica marxista en torno al concepto de burguesía. La dictadura final del proletariado a la que según Marx conducía inexorablemente la descomposición de la sociedad capitalista, chocaba frontalmente con la armonía de clases que preconizaba y articulaba todo el ideario del republicanismo democrático. La satanización a la que fue sometido el término burgués – cuya incorporación a nuestro léxico, como apunta Vicens Vives, no se produce hasta 1869, ya que antes para el mismo concepto se recurría a términos como capitalista o industrial (1961: 191)-, presentado sin matices y como enemigo de los intereses del pueblo, se dirigió a remarcar las irreconciliables posiciones de clase. Sin embargo, lo que pretendían en un principio los demócratas era elevar a los desposeídos a la categoría jurídica, social y económica de las clases medias o de los industriales, sin por ello mermar las propiedades de los estratos más altos. Mientras que lo que postulaban las escuelas socialistas y comunistas más radicales era igualar a todos bajo el mismo rasero, preferentemente mediante la aplicación de expropiaciones estatales. Escribía Tresserra respecto a los objetivos de la democracia:

Tan social como política, ¿no se propone destruir el proletariado, última forma de esclavitud antigua? Enaltecedora de la dignidad del hombre como la filosofía que la dio la vida ¿no ha de levantar a todo ser caído, y hacer de igual condición y poner en iguales condiciones a todos nuestros semejantes? (LH: 453).

El obrero que viese reconocidos sus derechos y facultades de actuación podría convertirse en propietario, esto es, en ciudadano; lo cual habría de venir de la mano de una democracia pacífica, progresiva y reformista basada ante todo en la universalización del acceso a la enseñanza. En este sentido, el elemento central de la ciudadanía lo constituía la existencia de la opinión pública, espacio de debate e intercambio de ideas entre sujetos iguales. Opinión pública y ciudadanía, principios del pensamiento kantiano, formaban así la base doctrinal republicana que consecuentemente consagraba a la instrucción popular como uno de los pilares de su discurso teórico y práctico.

Como decimos, tradicionalmente se ha dedicado escasa atención a estos factores ancilares de la democracia española del XIX, pero recientes trabajos tienden a exhumar documentos y a inaugurar perspectivas que dejan obsoleta una buena parte de esta construcción historiográfica¹⁵². Especialmente revelador para nuestra materia resulta ser un

¹⁵² En esta línea se inscriben trabajos como los de J. Pro Ruiz (1995), cuya reflexión teórica y sus discrepancias con los debates historiográficos tradicionales le llevan a ocuparse de la historia de las elites. En particular, se

estudio de Florencia Peyrou que pone de manifiesto la máxima importancia que los primeros republicanos concedieron a la educación popular; y cómo ello se tradujo en la creación, entre 1840 y 1843, de una tupida red de centros, puntos de reunión, gabinetes de lectura y demás establecimientos públicos destinados principalmente a tal fin. En estos lugares, como escribe Peyrou, “no sólo se teoriza acerca de la ciudadanía sino que ellos mismos son pequeños laboratorios donde las clases populares aprenden, experimentan, ponen en práctica la condición ciudadana” (2006: 4). Explica la investigadora que en el desarrollo de estas iniciativas se parte de considerar al pueblo como amalgama de pobres y ricos, campesinos y terratenientes, esto es, no se tiene en cuenta la extracción social de los individuos; a diferencia por lo tanto de los progresistas, para quienes el término pueblo equivalía a las clases medias con exclusión de la plebe (p. 6). Entre las prácticas que se llevan a cabo en estos centros de reunión destaca la de la publicación de “diarios del pueblo” de vocación inequívocamente interclasista. Ejemplo de ello lo constituye *El Huracán*, en cuyo número del 4 de mayo de 1841 se lee cómo reservan espacio para las “comunicaciones de interés de las clases más desvalidas cualquiera que fuese el estilo y lenguaje en que estuvieran extendidas [...]”. Aplaudimos que cada uno se exprese como alcance cuando tiene que mencionar un hecho que le interesa denunciar” (*apud* Peyrou: 8). Todos aquellos excluidos del sufragio por el modelo censitario, esto es, que se ven privados de voz, encuentran de esta manera un medio de expresión, un espacio público de encuentro entre ciudadanos iguales; “el pueblo aprende así a *interesarse* por la política, adquiere una *virtud cívica*, un

discute la aplicación mecánica del concepto de *clase* a la España del siglo XIX, en la que predominaban otro tipo de identidades y de alineamientos; en consecuencia, la idea de una clase burguesa como grupo dominante que definiría la sociedad, la cultura y la política del XIX, es rechazada de plano. En su lugar, se propone un concepto más apto para dar cuenta de la pluralidad del poder, como el de *élites*. Sobre el funcionamiento del poder de esas elites, se insiste en la importancia de las relaciones personales y las diversas formas de lealtad, intercambio de favores, patronazgo y clientelismo que permitían. El análisis de estas redes permite trabajar con rigor sobre la forma y características de esas relaciones, alcanzando conclusiones en cuanto a la existencia de un poder social que no se agota en las dimensiones política y económica del poder. Se propone analizar el espacio social esencialmente como un espacio de relación, valorando el “capital relacional” de familias e individuos como un componente fundamental de su posición, y una forma específica de acceso a las elites. La aparición de clases sociales en la España del siglo XX puede analizarse desde esa perspectiva de las redes, como consecuencia de una determinada configuración de las relaciones personales, capaz de generar una cultura específica de clase y una identidad (1995: 47 a 69). De la Fuente Monge sigue esta perspectiva para analizar el estallido revolucionario de 1868, de modo que reputa de contradictorio que la burguesía se hallase tan fraccionada entre sí; sostiene consecuentemente que *La Gloriosa* no se puede explicar solo por motivos de clase; escribe: “en la Revolución de 1868 participaron grupos de muy diferente extracción social, pero la dinámica del movimiento se ajustó, en gran medida, a pautas jerárquicas que permiten distinguir a unas elites políticas implicadas directamente en la toma del poder. Estas elites revolucionarias eran social y políticamente heterogéneas y no cabe identificarlas en bloque con una sola clase social. Tampoco su programa político, en la medida que existió, buscó sustentarse en una clase social, sino más bien en el conjunto de la sociedad” (2002: 39).

compromiso con la vida pública que contrasta con la defensa de la vida privada, del *homo economicus* de los liberales doctrinarios” (p. 7). Los republicanos ensayarán en cada provincia del país todo tipo de asociaciones destinadas a este mismo objetivo de instruir y ofrecer espacios a la opinión pública; con esta vocación se creará una ingente cantidad de sociedades de socorros mutuos, agrupaciones gremiales o círculos científicos y literarios. Las autoridades gubernamentales, alertadas por su multiplicación, comenzarán a prohibirlas y perseguirlas. Considera Peyrou que en el breve periodo del que dispusieron los republicanos para tejer su red de centros de instrucción, desde septiembre de 1840 al mismo mes de 1843, estos “lograron construir una identidad ciudadana en ciertos sectores de las clases populares urbanas que se materializó en actos simbólicos de ocupación del espacio público que proliferan en el año de 1842” (p. 8). A partir de entonces, gran parte de los motines callejeros que tendrán lugar en diversas ciudades de España será protagonizados por el modelo de ciudadano republicano, vigilante y participativo que fomentaban estas asociaciones.

Como vimos en el capítulo biográfico de Tresserra, debido a las restricciones legales establecidas por el régimen isabelino, las sociedades republicanas fueron empujadas a la clandestinidad durante las décadas de 1850 y 1860. La demanda de libertad de asociación, omnipresente en todos los programas y consignas del movimiento, adquirió precisamente tanta relevancia porque su prohibición impedía la formación de una masa ciudadana. Tres serán las actividades fundamentales que desarrollarán las sociedades secretas: la conspiración política, la constitución de fondos de ayuda a los obreros y la instrucción y educación popular. Sin embargo, el primer punto acabará por ser identificado como su objeto exclusivo. Tresserra es consciente de este interesada asimilación, y por ello usará sus novelas para desmentirla mostrando a sus lectores, bajo capa de tramas novelescas, las verdaderas actividades que se desarrollaban en su seno. Esta idea sobre el carácter exclusivamente conspirativo y político de las sociedades secretas se ha comunicado a la historiografía sobre el movimiento federal, que por lo común también ha tendido a ignorar la importante labor que trataron de llevar a cabo en otras facetas como la educativa.

Fenómeno parejo lo ofrece el caso de la masonería. Como es sabido, su condición de asociación secreta ha contribuido a generar en los dos últimos siglos una gran cantidad de bulos y falsas acusaciones, muchos de ellos puestos en circulación interesadamente por sus antagonistas ideológicos y por los gobiernos autoritarios que al mismo tiempo impedían legalmente cualquier forma de reunión. Como viene a demostrar un estudio de Álvarez Lázaro sobre la masonería española, en realidad, a lo largo del XIX, y en especial en la

segunda mitad, su verdadera vocación fue la de organizar grupos de adultos donde, fuera del marco oficial, se celebraban reuniones dirigidas a la formación sistemática y continua de sus miembros en los valores del librepensamiento y la tolerancia. La masonería, en definitiva, a juicio de Álvarez:

Adoptó el idealismo educativo como el medio idóneo para estructurar una sociedad auténticamente humanitaria. Consecuentemente con su respeto y sostén de los valores de libertad, neutralidad filosófica-política, tercera vía educativa que, evitando a la vez el monopolio confesional y estatal de la enseñanza, debía promover una educación independiente y universalista (2005: 36).

Como veremos al analizar el concepto de asociación y la práctica asociativa de Tresserra, nuestro autor no solo trató de encauzar las actividades de las sociedades secretas republicanas hacia estos fines, sino que intentó depurar de ellas todo aquello ajeno a las tareas pedagógicas y cooperativistas. En ese sentido se encaminó su intento de redefinición y fundación de los grupos clandestinos a partir de las enseñanzas recibidas en Italia por activistas mazzinianos. En *La judía errante* presentará a sus lectores el funcionamiento interno de estas sociedades republicanas durante el reinado de Isabel II. Uno de sus miembros, el demócrata Tomás, tratará de convencer a Herrera, correligionario reacio al ingreso en la asociación secreta, precisamente por dar crédito a las calumnias que circulaban sobre ellas; le dice Tomás a este último:

Amigo mío ¿crees que somos masones, carbonarios o marianos? No. En nuestras recepciones no se da la luz a nadie, ni se sangra ni purifica al neófito, ni se arma a nadie de un puñal de dos puntas; en fin, no caben entre nosotros ninguna de esas fórmulas ridículas que entre ignorantes, en otros tiempos, podrían ser de algún resultado. Nosotros solo combatimos la ignorancia (p.309).

El primero de los cuatro objetivos de estas sociedades, escribe Tresserra, es; “[l]a formación de buenos y entendidos ciudadanos” (*ibíd.*). En las sesiones que celebran, individuos de todas las clases sociales y profesiones discuten en libertad sobre una variada gama de temas, reciben formación, exponen sus dudas. Representan, en resumen, la continuación de las asociaciones republicanas que describía Peyrou y que se habían visto obligadas a pasar a la clandestinidad desde 1843. Pregunta el catalán a través del personaje

de Tomás: “¿qué encierra esto de atentatorio en contra del actual orden de cosas, en contra de las venerandas instituciones del Estado, en contra de las bases, en fin, sobre las que descansa la sociedad, la familia, el orden? No sabemos ver nada de aquello que se dice con temeraria insistencia” (p. 340). Luego inquires cuál es el peligro que puede representar para la sociedad el hecho de que los obreros dejen de ser ignorantes: “¿los instruyen los que tal dicen?, ¿dejan acaso la libertad de enseñanza para los que quieren instruirles? No, luego si son ignorantes ¿sobre quién recae la culpa?” (*ibíd.*). Dice en otro lugar nuestro escritor: “Dadme libertad y os prometo instrucción; dadme instrucción y ya veréis cómo de ella nacerá la libertad. Pero si me negáis una sola de las dos, me negáis la otra al mismo tiempo” (PN: 510). Tresserra desmiente el carácter sedicioso que le atribuyen interesadamente los órganos propagandísticos del poder; explica Tomás que la suya no es una asociación política, si por política se entiende el querer gobernar: “Nosotros no conspiramos para gobernar –le dice a su correligionario–, sino para enseñar a gobernarse a cada uno por sí mismo”. A ello replica Herrera que lo hacen en secreto, y el otro contesta:

¿sin duda crees que nos sería lícito abrir cátedras para enseñar a nadie? Hoy la enseñanza es el privilegio de todos los gobiernos [...] ¿por qué pertenecemos tú y yo a la escuela política, filosófica, económica que resume su credo en una sola palabra libertad-derecho, sino porque precisamente nos duele semejante estado de cosas? (JE: 308).

En definitiva, a juicio de Tresserra la existencia de sociedades secretas se justificará siempre en tanto no se acepte “como absolutamente justo el principio de la ASOCIACIÓN Y ENSEÑANZAS LIBRES” (PN, 500).

El corolario fundamental del principio de asociación es pues la libertad de enseñanza; considerada esta como la potestad de los individuos para fundar y establecer escuelas al margen de las oficiales. Escribe inesperadamente Tresserra en un pasaje de una de sus novelas:

En aquel momento, es decir, cuando ambos compañeros salvaban el dintel de la puerta, Ricardo estaba pensando precisamente en la excelencia de la institución de semejantes cátedras, y a buen seguro que si en España hubiese habido libertad de enseñanza como en Bélgica, Inglaterra o Estados Unidos, él hubiera sido su fundador (PN: 143).

Las revoluciones liberales en Europa, como dijimos, hicieron de la educación uno de sus principales campos de batalla. Como explica Vicente Lorenzo, será a partir de entonces que la enseñanza adquiriera los rasgos que aún hoy delinear la mayor parte de los sistemas educativos occidentales, como la libertad de enseñanza, la gratuidad, la obligatoriedad, la universalidad, los programas y métodos de enseñanza, la estructura del sistema educativo o su relación ente los diferentes niveles (2005: 84).

Durante la mayor parte del siglo XIX, los gobiernos españoles se reservarán para sí el monopolio educativo. Los intentos de reforma que progresistas y demócratas tratarán de aplicar en el sistema educativo se verán continuamente frustrados debido a la brevedad de sus experiencias en el poder, pero sobre todo a la oposición sistemática que les planteará la Iglesia católica, aliada de los conservadores.

El Concordato firmado entre el Estado español y la Santa Sede en 1851 supondrá en la práctica la delegación de la instrucción pública en el estamento eclesiástico. De este modo, la Iglesia asumió la función de vigilante de la ortodoxia en todos los niveles de la educación. Como explica Juan Sinesio Pérez, el Concordato en apariencia cedía el control al Estado, pero, en realidad, la jerarquía católica se aseguraba la instrucción en las universidades, colegios, seminarios y escuelas públicas o privadas de toda clase, ya que como estipulaba su artículo dos: la enseñanza que se impartiese en todos ellos debían ajustarse y estar conformes con la doctrina de la religión católica. Por lo tanto, correspondía a los obispos el derecho de velar por la pureza de la fe y de las costumbres, además de por la educación religiosa de la juventud, ya que en el artículo tres se facultaba a los obispos a intervenir en caso de que apreciaran algún desvío de la ortodoxia. Finalmente, el veintiocho entregaba a los obispos la formación del clero en los seminarios, lo que a juicio de Juan Sinesio Pérez “significó un extraordinario desfase entre la formación del clero español y el ascenso de los sectores partidarios de una sociedad laica” (2001: 116).

La Ley de Instrucción Pública de 1857, siendo ministro de Fomento Claudio Moyano, y que se mantendrá en vigor durante más de cien años, en coherencia con lo ratificado en el Concordato de 1851, legitimó de facto el intervencionismo eclesiástico en todas las esferas del pensamiento. A partir de los años cincuenta, por tanto, los intentos de reforma no van a provenir de la Administración sino de algunos grupos de ilustrados que van a intentar influir por los resquicios que deja el sistema. Las universidades eran las menos afectadas por el intervencionismo estatal y tenían un funcionamiento de algún modo autónomo. En ellas ejercieron la docencia, cuando les fue permitido, los profesores republicanos, federalistas,

socialistas o krausistas. De cualquier modo, su poder de influencia sobre la población quedaba muy restringido; en primer lugar, porque solo un mínimo porcentaje podía acceder a la enseñanza universitaria y, en segundo lugar, porque esta institución padecía una debilidad estructural y logística endémica, además de que no gozaba del prestigio y la autoridad cultural que poseían las Academias o Ateneos, controladas en su mayor parte por las clases conservadoras.

En la bibliografía de Molins se halla la referencia a una obra de Tresserra, *Contestación al opúsculo de D. Eduardo Vilarrasa: La jurisdicción y las aspiraciones del clero a la enseñanza* (1864), publicada en Barcelona por el editor Salvador Manero (1972: 698), de la que no hemos encontrado rastro en parte alguna¹⁵³. En todo caso, su título resulta elocuente y nos remite a la doctrina pedagógica que predicaba nuestro autor. Tresserra no se resignó a la orfandad de una educación popular, laica y científicista en la que la legislación isabelina dejaba a la inmensa mayoría de los españoles. De modo que hubo de desempeñar su misión pedagógica a través de la militancia en sociedades secretas. Escribía respecto a los fines de estas: “Nuestro objeto es instruir y practicar; instruir en todas las prácticas del saber humano; practicar en cuanto cabe dentro del actual orden de cosas” (JE: 309).

Castelar encarna una tipología reconocible del republicano decimonónico que acude a las universidades para formar elites intelectuales, como harán también los krausistas. En cambio, Tresserra representa otra tipología desatendida en los estudios del periodo: la del pedagogo popular que trata de formar ciudadanos independientemente de su estatus social, pues todo individuo está llamado, según los principios democráticos por los que lucha, a participar en igualdad en la vida pública. Nuestro catalán, desaparecido de la historiografía como muchos otros correligionarios de trayectoria similar, explica que una vez ya consolidada la Restauración y expandido el obrerismo antiburgués “la esperanza republicana permanezca en el corazón de la gente [del pueblo llano] aguardando quien venga a aventarla” (2000: 92). El estudio de Ramiro Reig, de donde entresacamos esta cita, se inscribe en la corriente de trabajos a los que antes aludíamos y que se dirigen a revisar lugares comunes acumulados durante más de un siglo respecto al movimiento democrático español del XIX. En esta ocasión le toca el turno a la idea del desarraigo popular respecto a la República. El investigador advierte sobre la existencia de un considerable número de individuos de las clases humildes que se mantienen fieles a los ideales setembristas mucho

¹⁵³ Eduardo Maria Vilarrasa fue un autor catalán de diversas obras de orientación ultramontana y carlista. Como vimos en el estudio biográfico de Tresserra, Vilarrasa escribió una obra, *Historia de la Revolución de Septiembre* (1875), en la que trataba de denigrar a nuestro novelista. Circunstancia que indica que la contestación tresserriana a su opúsculo no debió ser demasiado lisonjera.

después del Sexenio Democrático. Para estos trabajadores: “la República no es una forma política de gobierno, sino una forma de organización de la sociedad caracterizada por tres elementos: la proximidad del poder, la dignificación del trabajo y la toma de la palabra” (Reig, 2000: 84). Cuando en 1886 se promulgue la ley de asociaciones, y con ella el republicanismo se reorganice y recupere parte de su visibilidad pública, el centro de este renacimiento serán los *casinos republicanos*. Como apunta Reig, en estos se reúnen los que tienen “otras ideas”, y también:

los que no pisan la Iglesia, los que odian la guerra y protestan por los consumos, los antiguos federales, los masones, los maestros laicos, los societarios, en fin, todos los que están en contra del sistema encuentran asilo en la isla del progreso. Con semejante clientela representa el polo opuesto a la reacción, concentrada en los círculos carlistas o clericales, y al elitismo de los círculos de notables, y ofrece un espacio de sociabilidad democrático e ilustrado donde el obrero, con su blusa a cuestras, es reconocido con su dignidad de ciudadano. Al casino republicano van los trabajadores a escuchar a los “grandes prestigios” y a “tomar la palabra” y opinar sobre todo lo divino y lo humano (2000: 93).

Estos casinos promovían y sufragaban a través de colectas entre sus miembros el establecimiento de escuelas laicas y todo tipo de talleres de enseñanza tanto para niños como para adultos (*ibid.*). El trabajo de Reig se encamina a demostrar la continuidad del republicanismo septembrista entre la masa popular hasta su transformación en el autodenominado “republicanismo radical”, que irrumpiría en la escena pública a raíz de la crisis de 1898. El discurso aventado por este nuevo movimiento, no obstante, conectaba con el núcleo doctrinal que sus antecesores republicanos llevaban inculcando en el pueblo desde muchas décadas atrás: fe en el progreso, defensa de las libertades, laicismo, reformismo social. Ideas que poco a poco habían ido asimilando y que transmutadas al lenguaje llano quedarían enunciadas, según Reig, en una serie de consignas como “que los curas no engañen al pueblo, que los ricos no vivan del sudor de los obreros [...] que haya instrucción y todos puedan vivir de su trabajo” (p. 96). Estas afirmaciones elementales, continúa diciendo el estudioso,

no son radicales en el sentido marxista de ir a la raíz de los problemas y postular un cambio revolucionario del sistema socioeconómico. Pero tampoco se las

puede considerar inofensivas o propias de la pequeña burguesía. Son las cuatro o cinco cosas que un obrero de la época, respondiendo a una hipotética encuesta, hubiera considerado fundamentales, las que el hombre del pueblo pondría en primer lugar su si un día le dejaran arreglar el mundo (*ibid.*).

Estos casinos restauracionistas recogían la herencia de los centros de reunión creados por el primer republicanismo español en la década de 1840; de las sociedades secretas de las dos décadas siguientes y, finalmente, de los innumerables clubes federales que habían proliferado en cada provincia de España al calor de las libertades de *La Gloriosa*. Todos ellos compartían una misma vocación: la de ofrecer espacios a aquellos individuos que, independientemente de su condición social, deseaban expresarse en libertad e instruirse sin tuteladas gubernativas o religiosas, esto es, un sitio donde poder ejercer su *derecho natural* a la ciudadanía. La trayectoria de nuestro escritor muestra precisamente cómo un sector del republicanismo dirigió sus mayores esfuerzos a la tarea de allegar la democracia a los estratos desamparados. Tresserra creó, militó y promocionó durante el reinado isabelino sociedades políticas que al tiempo eran lugares de reunión y educación popular. Y durante el Sexenio, como vimos, centró su actividad en los controvertidos clubes republicanos, que fueron seguramente los primeros experimentos de democracia directa que tuvieron lugar en nuestro país. La historiografía republicana de los Castelar y Pi y Margall, como vimos, responsabilizó del fracaso de sus gobiernos en gran parte al exceso oratorio de los clubes federales. Sin embargo, parece ser que fue gracias a estos espacios que el legado ideológico del idealismo español pudo ser transmitido a una buena parte del pueblo llano, difundiendo así cierta mentalidad democrática.

A esta misma conclusión llegan otros estudiosos como Pere Gabriel, quien, en referencia al ámbito catalán, insiste en la penetración popular lograda por el republicanismo militante desde el punto de vista de la formulación de una cultura política popular que iba a estar durante muchos años en la base de la realidad popular catalana. Destaca sobre todo la cultura de clubes federales; dice Pere Gabriel: “Basta el análisis de unos pocos centros republicanos para poner de manifiesto la complejidad de su actuación y su inserción en el marco de una definición cultural espacialmente intensa”. Así, según este investigador, en la primera etapa de la Restauración “se inauguró una práctica muy consistente de ritualización de unas formas de agitación política y preparación de movilizaciones masivas, con un calendario cada vez más establecido de grandes conmemoraciones y efemérides, que iban

desde el recuerdo de la lucha anticarlista en cada uno de los pueblos y ciudades de Cataluña hasta la celebración del 14 de julio y de la Comuna de París” (2002: 178).

La desaparición de la memoria colectiva de figuras como la de Tresserra responde por lo tanto, e insistimos una vez más, a que no encajaba en los esquemas narrativos moldeados por cuatro frentes historiográficos para explicar los acontecimientos que habían dado al traste con la República del 73: el conservador, el marxista, el castelariano y el pimargalliano.

Una vez establecido el papel cardinal que otorgaban los republicanos a la educación, corresponde analizar, desde la óptica de Tresserra, cuál era la naturaleza de esta. Para él, en cuanto a su aspecto político, la educación aparecía como uno de los derechos y deberes naturales e inalienables de todo individuo. Como vimos, el catalán sostiene la existencia de una inapelable ley de la solidaridad que hace posible la acumulación y la transmisión de todas las ramas del saber entre los seres humanos de distintos tiempos y lugares. La suma de conocimientos científicos, filosóficos, artísticos, económicos, etc., constituye por lo tanto un patrimonio común de la humanidad; la universalización de tal tesoro encierra consecuentemente un acto de justicia o, lo que equivale a decir, un derecho sagrado de las personas. En lo relativo a la dimensión metafísica de la enseñanza, para Tresserra tal actividad desarrolla y pone en funcionamiento atributos humanos como la inteligencia, la voluntad o el espíritu, que de otro modo quedan atrofiados y desnaturalizan al individuo; “Fuera del hombre ¿qué hay? – pregunta nuestro escritor- Todo menos perfectibilidad, que solo el hombre es perfectible; y el único guía del carro del progreso [...] Es menester vivir, ver, conocer... Y todo esto no es más que estudiar” (PN: 607). Los distintos órganos de los que se componen el alma y el cuerpo, y que se expresan en la idea hegeliana de las partes relacionadas con el todo, participan de inclinaciones e instintos que no siempre resultan acordes con sus propios intereses; esto es, representan una suerte de tesis y antítesis. De esta manera, la armonía del individuo consigo mismo y con la sociedad solo puede alcanzarse mediante la instrucción moral y el ejercicio intelectual. Así, escribe Tresserra:

Si hay algunos de ciertos instintos y sentimientos excesivamente desarrollados, que se hagan superiores a todo, es verdad, la educación nada puede y ahí están no pocos ejemplos que por desgracia lo demuestran. Mas creed que la inmensa mayoría de los hombres, ley orgánica y social, tienen las facultades medianamente desenvueltas, y que en esas organizaciones sienta su imperio la educación, la cual impotente como todo para derogar facultades, si existen, y

para darlas si faltan, puede refrenar los males instintos con la ayuda de los buenos, la reflexión y la instrucción (LH: 600).

En su proyección metafísica la educación adquiere por lo tanto para Tresserra rango de ley natural, y como desde su perspectiva todo fenómeno se incardina en una suerte de totalidad, en la vertiente política y social, la misma naturaleza humana conduce al imperativo categórico del régimen democrático. No hay progreso sin democracia, de la misma manera que no puede haber democracia sin educación. Tresserra se vale de este argumento para desautorizar a aquellos que justifican los sistemas monárquicos a partir de las desigualdades innatas entre individuos, y de las cuales derivan la legitimidad de los privilegios legales que disfrutaban determinados estamentos. Nuestro escritor se indigna con quienes se obstinan así en ignorar la influencia decisiva que ejerce la instrucción y el aprendizaje a la hora de definir las capacidades y actos de cada ser humano; y dice sarcásticamente: “tanto impide esa libertad e igualdad de diferencia de la organización, como la estatura y la fisonomía” (*ibíd.*). Es el acceso a los instrumentos de formación lo que, según Tresserra, determina las distinciones sociales:

No decís por qué unos son ricos y otros pobres (ya que esto sería inicuo en los labios de cualquiera), sino porque a unos les suponéis instruidos y a otros no. Seréis libres -se dice- cuando seáis instruidos. Pero ¿se puede ser instruido sin ser libre? A esta pregunta se cierra los ojos y se continúa midiendo la instrucción por el oro (PN: 514).

Los demócratas denunciaban que el aparato estatal isabelino, debido al ineficaz, insuficiente y teocrático sistema de educación y, sobre todo, a la prohibición de la libertad para asociarse, negaba a los individuos su derecho a recibir una educación laica y gratuita. Todo ello con la intención de impedir que el pueblo se convirtiese en una suma de ciudadanos participativos. Los conservadores, como veíamos, consideraban la incultura y el analfabetismo como un atributo natural de la plebe. Para estos la ciudadanía no se vinculaba a la condición humana, como postulaban los republicanos, sino a la propiedad, como denuncia Tresserra. En el debate de las Cortes constituyentes de 1869, Cánovas del Castillo, el futuro artífice de la Restauración borbónica, decía significativamente: “El sufragio no es un derecho político general, sino que está condicionado a la posesión de determinadas capacidades que eviten la irrupción en la política de las masas ignorantes y desposeídas”

(*apud* Rolandi, 2006: 21). Durante el siglo XIX, como explica Jover Zamora, las oligarquías españolas no solo tuvieron una concepción fuertemente jerarquizada de la sociedad, como era ordinario en tal contexto histórico, sino una proclividad dicotómica que les inclinaba a ver en las clases inferiores no solo a sus subordinados socialmente, sino a los ajenos, a seres pertenecientes a otro casta. Cree Jover que la influencia decisiva que ha ejercido la narrativa galdosiana en el imaginario colectivo patrio respecto a la idiosincrasia de la sociedad española decimonónica, debido a la “demofilia, liberalismo y cristianismo viscerales” del escritor canario, ha podido devolver un cuadro sutilmente deformado de las verdaderas distancias existentes entre los distintos estratos sociales (1992: 200). El siguiente discurso de Ramón de Campoamor, uno de los poetas más celebrados por la clase elevada española de entonces, sirve para calibrar la apreciación del historiador:

La soberanía de la democracia tiene por base el sufragio ilimitado, el voto universal, que es rebajar el pueblo a la plebe o subir la plebe a pueblo; es entregar la propiedad a las gentes sin hogar, es degradar la inteligencia hasta la imbecilidad, es rebajar en el reino natural al reino humano.

Para nosotros, para donde se extingue el postrer rasgo del carácter de la personalidad, donde se apaga el último rayo de sol de la cultura, concluye la aptitud para ejercer derechos. Los demócratas, sin duda por una expansión de mal entendida benevolencia, se empeñan en suponer razón en todos aquellos para quienes la bibliografía es una ociosidad y el pensamiento una carga (*apud* Jover Zamora, *ibíd.*).

¿Era posible un sistema democrático en sociedades con una mayoría de la población todavía analfabeta? Esta era la pregunta que lanzaban muchos opositores a la democracia, y que, claro está, contestaban negativamente. Pero compartían la misma opinión teóricos señeros de la misma como Tocqueville e incluso ilustres demócratas como Garibaldi, de quien no cabía dudar de sus simpatías hacia el pueblo. Estos creían inviable un sistema de libertades republicanas allá donde las gentes habían sido educadas en la superstición religiosa. Esto es, eran muchas las voces que proclamaban que la instrucción de las masas debía preceder a la implantación de la democracia (Aroldi, 1973: 139). En cambio, otros como Tresserra enfocaban la misma cuestión mediante una pregunta distinta: ¿era posible que el pueblo ignorante alcanzase sus derechos y libertades, particularmente los referidos a

la educación, por un sistema que no fuese el republicano democrático? En uno de sus catecismos se lee:

Bajo ningún gobierno puede la instrucción desarrollarse y extenderse mejor ni más rápidamente que bajo el Gobierno Paternal de la República. A su nombre un pueblo de mediana ilustración se transforma, como por encanto, elevándose a la grande cima, porque nada hay que haga amar tanto la instrucción y la cultura como la libertad. El día en que el hombre, los mismos pueblos, se contemplan en el lleno de su dignidad, se apresuran a instruirse, educarse y moralizarse (CRDF: 40).

Para Tresserra, fuera de este régimen recordamos que escribía que la vida del ciudadano era “la del idiota y su persona la del esclavo a merced del látigo de los señores” (p. V). Puesto que el sistema democrático federal además de ser el de “la *Libertad*, la *Igualdad*, la *Fraternidad*”, representaba también “el Gobierno de la *tolerancia* y del *amor* por la INSTRUCCIÓN Y LA MORALIDAD” (p. 41).

En el discurso de los republicanos españoles a menudo conceptos como propaganda e instrucción aparecen confundidos, pues la doctrina democrática es considerada a un tiempo medio y fin de su programa educativo. Así lo entendía, por ejemplo Sixto Cámara, que decía: “cumplamos con nuestro deber, preparando a las masas populares por la organización, y por la instrucción acerca de sus verdaderos intereses y derechos, para su advenimiento a la vida pública, para la práctica de la libertad, a que la debemos la realización de nuestras creencias sociales” (*apud* Garrido, 1860 a: 31). Los republicanos decimonónicos oscilarán de continuo entre dos vías de lucha: la propaganda y la revolución. El pacifismo internacional predicado en sus doctrinas contrastaba con el continuo llamamiento a la insurrección armada popular, supuesto legítimo en el caso de que los derechos y libertades naturales fuesen conculcados, como sucedía por ejemplo respecto al acceso a la educación. La trayectoria de Tresserra refleja esta ambigüedad, pues como vimos no desdeñó ninguna vía que le condujese al triunfo de sus ideales democráticos. En este caso se mantendrá obediente a las consignas del partido acatando en cada momento las líneas de actuación que este fijaba, ya fuesen dirigidas a la legitimación del uso de la violencia o a la actividad meramente propagandística. De cualquier forma, la concepción de la lucha política de Tresserra tiene su raíz en la doctrina mazziniana que proclamaba el “esfuerzo educativo de cada uno al beneficio de todos” (Mazzini, 2004: XXI). El pensador italiano rechazará la idea

de la igualdad inmediata difundida por las escuelas socialistas, ya que consideraba que esta solo podía alcanzarse mediante una educación lenta, esto es, sin llegar a plantear una lucha abierta de clases (Ossani, 1973: 71). En *Los hipócritas* (1864), el doctor Alfonso encarna la paciencia y abnegación que debe guiar al buen republicano en su misión educativa:

Tenía el doctor un profundo conocimiento del corazón y la inteligencia humana. Sabía que en ciertas disposiciones del ánimo conviene sembrar mucho para recoger muy poco, y que solo a medida que la nueva siembra llega a bonificar el terreno, se obtiene mayor cosecha a menos siembra. No tenía, pues, confianza en sus palabras el doctor en toda su extensión, pero juzgaba por ellas un excelente resultado para el porvenir (LH: 479).

En el polo opuesto encontramos al personaje de Edo de *El poder negro* (1863). Este representa la figura de un muy ilustrado republicano que, sin embargo, no comparte sus conocimientos con el prójimo, porque dice: “la ley de imprenta me hace vago” (p. 609). Edo cree que al fin y al cabo la tiranía acabará cayendo por su propio peso, como bien ha aprendido en las teorías hegelianas que domina. Tresserra maltrata a este personaje, al que recrimina su indolencia, pues “[e]l egoísta más monstruoso es aquel que sabe y no enseña” (p. 607). Para el catalán, como predicaba Mazzini, educar al pueblo constituye el primero de los deberes de los consecuentes republicanos.

Desde los inicios de su militancia revolucionaria, nuestro autor tuvo contacto directo con diferentes experiencias pedagógicas. Durante su infancia y adolescencia seguramente asistió a los talleres de educación popular que Josep Tomás Ventosa había establecido por iniciativa propia en Villanueva y la Geltrú. Más tarde en Barcelona, como miembro del grupo cabetista, que fijaba entre sus prioridades y dogmas la instrucción del prójimo, también hubo de conocer de primera mano los métodos pedagógicos del comunismo icariano. Su pertenencia a distintas sociedades científicas y literarias barcelonesas durante la época le pondría, asimismo, en contacto con los proyectos de educación ciudadana a los que antes nos referíamos. En cuanto a su formación teórica, todo indica a que sus profusas lecturas de Kant y Humboldt vendrían a reforzar en su imaginario el papel ancilar de la enseñanza. No obstante, es de nuevo Mazzini, cuya figura genera en Tresserra una tensa relación dialéctica entre el rechazo, la admiración y la influencia, quien parece haberle comunicado la sustancia básica de su ideal pedagógico. Escribía el italiano en *Dei doveri dell'uomo*:

La questione vitale che s'agita nel nostro secolo è una questione di educazione. Si tratta non di *stabilire un nuovo ordine di cose colla violenza*; un ordine di cose stabilito colla violenza è sempre tirannico foss'anche migliore del vecchio: si tratta di *rovesciare colla forza la forza brutale che s'oppone oggi a ogni tentativo di miglioramento*, di proporre al consenso della Nazione, messa in libertà, d'esprimere la sua volontà, l'ordine che par migliore e di *educare* con tutti i mezzi possibili gli uomini a svilupparli ad operare conformemente (2002: 15).

No cabe duda de que el catalán dedicó todas sus energías a lograr tales fines con los medios señalados por Mazzini. Por otro lado, Tresserra relaciona con esta materia los postulados kantianos y hegelianos sobre la libertad de expresión. Así, la reclamación del derecho de asociación se complementa con los principios básicos de la libertad de enseñanza y la libre emisión del pensamiento. Escribe el catalán en su *Catecismo* del 68: “La imprenta es el arma más poderosa de la inteligencia humana. Es el terror de los tiranos, de los hipócritas y de los ignorantes que se atribuyen el dictado de los sabios” (p. 23). Para Kant, el principio de soberanía popular consustancial a todo sistema democrático solo puede ser realizado bajo el uso público de la razón, todo debate relativo a las materias de interés común debe estar presidido por “un espíritu de libertad, pues, en lo que concierne a la obligación general de los hombres, a todos se exige el que estén racionalmente convencidos de que esta coacción es conforme a la justicia para que no caigan en contradicción consigo mismos” (Habermas, 1991: 140). De este modo, Kant sitúa la causa de la existencia de todas las sociedades secretas en la prohibición o limitación de la libertad de pensamiento, ya que esta es “el único paladín de los derechos del pueblo” (*ibid.*). Explica Habermas que, en el contexto de las personas privadas raciocinantes, opera lo que Kant llama la “coincidencia pública” y Hegel “la opinión pública”; de modo que en ella encuentra su expresión “la generalidad empírica de los puntos de vista y de las opiniones de muchos” (p. 149).

Cuando el sistema democrático al que da lugar la Revolución del 68 abra la puerta de la libertad de pensamiento, el catalán se valdrá de diversas obras teatrales como instrumento educativo de las clases populares. En lo tocante a esta libertad dedicará una pieza dramática a Gutenberg, que en la pluma tresserriana, y en un tono indisimuladamente melodramático, aparecerá revestido con los atributos de un héroe del humanismo progresista. Escribe nuestro autor:

Si la palabra es la reverberación de las ideas del uno en el alma de los otros; si la escritura da forma a la palabra inmaterial, la hace evidente, rompiendo los estrechos límites de las leyes del sonido y adquiere así cierta perpetuidad; la imprenta, señora, realiza el último prodigio del fenómeno divino... Habla a miles y miles de espíritus a la vez; es el trueno que rasga los aires y conmueve el firmamento, con relación al blando cefirillo que apenas oyen las delicadas mariposas del campo. Con la escritura solamente, la humanidad tiene la cabeza en la luz y el cuerpo en las tinieblas; con la imprenta, la creación se inundará de claridad eterna (GU: 40).

Los impedimentos que hallará Gutenberg en el camino para desarrollar su invento serán superados por la inercia idealista de la óptica tresserriana: “¡Paso a la idea!... – escribe el catalán- ¡Paso a la libertad de pensamiento!” (p. 38). La razón al cabo no puede sino triunfar sobre sus más encarnizados enemigos: el analfabetismo y la superstición religiosa. “¡Rugid, genios del mal... que estáis vencidos! ¡Tiembla negra ignorancia sobre tu trono de crímenes y horrores! ¡Agitad cuanto queráis, cielos y tierra!... ¡Las armas del error y la mentira no prevalecerán jamás contra mi prensa!... ¡Gracias, Dios de bondad!” (p. 37). El republicano Genaro Montí, al reflexionar en un artículo precisamente sobre la conquista humana que representaba la imprenta de Gutenberg, escribía proféticamente en 1872:

Escribamos sin tregua, leamos sin descanso, a la pálida luz de nuestra libertad, antes que puedan anublarla las sombras de la reacción. Quizá a estos serenos días sigan pronto días tristes y sombríos en que hasta el cielo lllore la muerte de nuestras libertades, y es preciso que aprovechemos, para la siembra de nuestras ideas, el calor benéfico de la libertad, evitando el hielo funesto de la reacción. Arrojemos, pues, las semillas con mano pródiga, y esperemos tranquilos. Aún el viento que las desparrame será nuestro auxiliar, pues las llevará con sus alas misteriosas a las rocas más escarpadas y a los lugares más inaccesibles. ¡Sembremos, pues! (1872: 194).

Los acontecimientos vendrían a confirmar los peores temores de Montí y, finalmente, la efímera y convulsa República del 73 impidió que los republicanos pudiesen aplicar las reformas educativas de sus programas políticos. Eran conscientes de que la educación del

pueblo resultaba crucial porque constituía la única garantía para un porvenir democrático. Sin la conversión de la masa ignorante en una ciudadanía celosa de sus derechos y libertades, la República era sencillamente inviable. Esta suposición era tanto un cálculo pragmático como un impulso genuinamente idealista. La vida repleta de sinsabores y peligros que arrostraron muchos militantes de la causa encontraba su combustible en la fe sin fisuras que profesaban a la libertad y a la razón. Estaban convencidos de que una vez que el individuo experimentase el gozo de sentirse racionante y libre, nada podría sustraerlo ya de la lucha por la democracia. Este es sin duda el *leitmotiv* del activismo pedagógico de Tresserra.

Escribe el catalán en una de sus novelas: “¡Libertad absoluta!...Siempre lo mismo, se me dirá irónicamente”(MS: 62). Como Wilhelm von Humboldt, que junto con Kant parece haber sido su filósofo predilecto, Tresserra pensaba que la libertad era la más imprescindible de las condiciones de partida de todo plan educativo. Humboldt, a quien el Gobierno prusiano encargará la organización del sistema estatal de enseñanza, hará hincapié en la necesidad de universalizarla, proporcionando formación humana completa a todos los individuos de la sociedad. Para él todos los grados de aprendizaje revestían la máxima importancia, de manera que no estableció jerarquías entre la elemental y la universitaria, que aparecía como la prolongación y la conclusión de la educación general impartida en las etapas escolares precedentes (Hohendorf, 2006: 6). La concepción y práctica pedagógica de Tresserra se inspiró en las líneas demarcadas por Humboldt, de modo que propugnaba la enseñanza de unos conocimientos políticos, culturales y científicos básicos que debían universalizarse. No obstante, la precariedad de los medios a su disposición y los obstáculos que hallaba en el contexto socio-político de la época, impulsaron a Tresserra a priorizar la educación en los valores democráticos. Pues, como hemos visto, desde su punto de vista la condición previa para la adquisición de una cultura era poseer conciencia ciudadana. De ahí que en el catecismo de 1870, dirigido a las gentes sin instrucción, el catalán, con relación a los significados de los derechos, deberes y libertades, escriba en el prefacio: “el que lo lea y aprenda de memoria, el ciudadano que lo estudie y profundice, adquirirá por lo menos el conocimiento bastante para no dejarse sorprender y engañar por la sutileza del sofisma ni la seducción de la forma, contra la esencia real de la cosa” (CRDF: VIII).

Para Humboldt y Tresserra parte fundamental de esta planificación pedagógica será la supresión del trabajo infantil en favor de la escolaridad obligatoria, caballo de batalla de

todas las escuelas humanitarias del XIX, y que aparecerá como reivindicación temprana en la obra del catalán¹⁵⁴.

“Instruid y educad y moralizareis” (HD: 36), escribe a menudo Tresserra. La doctrina educativa de Humboldt o la de Mazzini dará prioridad a la base moral sobre todo aprendizaje cultural y científico, idea que sostiene también nuestro autor. De este modo, el catalán divide en dos aspectos todo proceso de formación de la personalidad: “La instrucción se refiere al saber; la educación al proceder” (VP: 202). La transmisión de lo primero corresponde al maestro, lo segundo queda en manos de la familia. Ninguna de estas dos facetas puede desasociarse: “Con la instrucción es preciso derramar la educación moral, promover hábitos de trabajo, ofrecer recursos y medios de ejercerle; de otro modo, puede la simple instrucción ser más perjudicial que útil” (PN: 511). Es decir, advierte Tresserra de que la posesión de cultura no libra al hombre de las conductas perversas o dañinas, pues “la educación determina casi siempre el uso que de la instrucción debe hacerse”; luego añade: “toda enseñanza es una revelación demostrativa”, compuesta de un ejemplo práctico y otro teórico, “la educación es pues la enseñanza práctica-demostrativa” (*ibíd.*). El amor y los cuidados que cada familia prodigue a sus miembros determinan consecuentemente la base moral y cívica de cada sociedad. Tresserra sitúa en la institución de la familia y en la consecución de la igualdad jurídica y social de las mujeres las esperanzas de un porvenir democrático: “más que la cartilla de urbanidad, más que el mejor libro de moral, más que el mejor libro de un mecenas, vale en este ramo el espejo de una buena madre” (JE: 77). Como analizaremos con profundidad más adelante, consecuentemente ambas reivindicaciones constituyen ideas transversales del programa de regeneración moral de los republicanos sobre la mentalidad española.

¹⁵⁴ “Es claro: el hijo del jornalero es pobre y las universidades no son gratuitas – escribe Tresserra en su primera novela-; el hijo de un jornalero es preciso que trabaje apenas tiene fuerzas para ello, sin curar de instruirse, porque su padre apenas gana para sí y para su mujer; esto es innegable. Pues bien, la moral aconseja que ningún hijo tome oficio ni carrera sin tener conocimiento de muchos ó de todos ellos. Los padres no podrán pues contar con los débiles brazos de sus hijos y esta seguridad disminuirá el exceso de procreación” (MBC: 280).

2. EL APOSTOLADO A TRAVÉS DE LA LITERATURA

Los principios idealistas y racionalistas que alientan el pensamiento de nuestro autor reflejan las esperanzas en el seguro alumbramiento de una nueva era democrática y laica. La lucha por la universalización del saber formaba parte de un vasto proyecto de dimensiones europeas, pero de vagos contornos, dirigido a cambiar la faz del continente. Serán los hegelianos como Tresserra quienes más contribuyan a difundir entre las clases populares de España los nuevos vientos de la modernidad. Como escribe José Luis Abellán, la inmanencia de las teorías idealistas de los republicanos “fundamenta el proceso de secularización de la cultura, permitiendo la liberalización política y religiosa del hombre, al tiempo que pone las bases de un nuevo humanismo progresista” (1984: 565). La doctrina de la Iglesia católica se vio por lo tanto seriamente amenazada por estas corrientes filosóficas y políticas, por lo que se opuso a las nuevas ideas con todos los medios a su alcance. Las pugnas entre las dos cosmovisiones enfrentadas se dirimió preferentemente en un espacio: el de la opinión pública. El duelo en España será muy desigual desde el momento en que la Iglesia católica, religión oficial del Estado, pondrá a su servicio el aparato policial, militar, judicial y burocrático, en manos de sus aliados conservadores que ejercen el poder civil, para condenar, censurar o anular cuando les resulte posible las manifestaciones ideológicas de sus adversarios. Además, como antes veíamos, contaban con el control absoluto del sistema educativo. Las siguientes palabras de Gil de Zárate resultan elocuentes, que en 1855 se lamentaba de esta circunstancia:

La cuestión de la enseñanza es una cuestión de poder: el que enseña, domina; puesto que enseñar es formar hombres, y hombres amoldados a las miras de los que los adoctrinan. Entregar la enseñanza al clero es querer que se formen hombres para el clero y no para el Estado; es trastornar los fines de la sociedad humana; es trasladar el poder aquellos que por su misión tienen que ser ajenos a todo poder, a todo dominio; es, en suma, hacer soberano al que no debe serlo (*apud* Sinesio Pérez, 2001: 95).

De un lado, la imposibilidad de establecer escuelas ajenas a la ortodoxia católica y, de otro, los estrechos márgenes para la divulgación de pensamiento que dejaba la legislación sobre la imprenta, serán factores decisivos que impulsen a buscar alternativas proselitistas a

los propagandistas de la democracia. La literatura en general, y la novela en particular, aparecerá como el medio más adecuado para lograr estos fines. En primer lugar, porque a las autoridades no les resultaba posible prohibir toda la literatura en bloque, como sí habían podido hacer con las asociaciones obreras. En segundo lugar, el carácter ficticio de la escritura literaria ponía a disposición de los autores subversivos todo un catálogo de estrategias metonímicas con el que burlar la censura, lo cual resultaba mucho más difícil de conseguir a través de la prensa. Y, en tercer lugar, porque el consumo de novelas estaba bastante extendido, al menos, en ciertas capas de la población.

En las primeras obras literarias de Tresserra se hallan ya delineadas las pautas fundamentales de su narrativa: el compromiso pedagógico y el proselitismo republicano, misiones que como dijimos a menudo aparecen confundidas. Resulta interesante contrastar el prólogo de José Pers y Ricart a *Los misterios de la Villanueva* (1850) con el de nuestro autor a *La marquesa de Bella-Cruz* (1851); pues en las diferencias que presentan se aprecia con claridad la vocación pedagógica que distinguía a la narrativa social que cultiva nuestro autor de otra tipología de folletines. Pers trata de justificar el membrete de “misterio” que aparece en el título de la novela, y previniendo a sus lectores dice:

¿Será social y revolucionaria, lo cual divide a la gente y excita odio?, ¿será escuela de inmoralidad social so pretexto de descripción de costumbres contemporáneas o manifestación de las llagas que harto sabemos nos corroen?, ¿será antirreligiosa para sustituirlo por un brutal y estúpido escepticismo? Lejos de nosotros tales ideas, no es esta la misión que al novelista de este siglo creemos encomendada (1991: IX).

El prudente autor confiesa que sus intenciones al publicar esta obra son las de entretener, defender los valores morales - los católicos se sobreentiende - y dar a conocer la historia y costumbres de la ciudad catalana de Villanueva y la Geltrú. Como apuntábamos, Tresserra colaboró en la redacción de este texto con unos pasajes que, en la medida de lo posible, se escabullían de los deseos de Pers. Pero fue en la novela que por las mismas fechas escribió en solitario donde expuso su propia concepción de este género, que era opuesta a la de su amigo vilanovino. En el prólogo leemos:

No es una obra la que se presenta al lector en la *Marquesa de Bella-Cruz* como otras muchas que bajo un título más o menos retumbante y misterioso encierran

una serie de rasgos poéticos, de intrincadas escenas, sin fondo filosófico y puramente una novela: no. La presente obra lleva un fondo de más elevado objeto. Pero ¿es una obra concienzuda?, ¿es un parto de una imaginación fecunda?, ¿es un sistema filosófico? (p. IV).

Su novela, advertirá Tresserra, es un instrumento con el que combatir “a favor de la gran causa de la Humanidad”, que no es otra que la de universalizar el saber y acabar con la miseria y la injusticia (*ibíd.*). Declara que su carrera literaria ha tomado esta senda y que “la seguirá cada día con mayor vehemencia; sin nunca olvidar en lo más mínimo los deberes del soldado y la misión del novelista del siglo XIX” (p. 165). Y esa misión, como iremos viendo, es la de mostrar la realidad social en toda su crudeza, explicarla y analizarla para después proponer los remedios que la razón y la ciencia ponen al alcance de la humanidad. El catalán se inserta así en la corriente de escritores que se usarán indisimuladamente la literatura con fines utilitaristas. La novela en manos de Tresserra se convierte en un vehículo de ideologización y denuncia, pero también en un medio para transmitir a los lectores conocimientos de toda índole. En suma, nuestro autor entiende que la novela puede transformar la realidad social.

La insistencia en la función moral y pedagógica que debía desempeñar la literatura fue uno de los caracteres más pronunciados del mundo cultural de la Ilustración. De ahí que el género de la novela, identificado comúnmente con el recreo superficial femenino, a lo largo del siglo XVIII disfrutase de poca estima en los estrados considerados más cultos. No obstante, ya por entonces, escritores de prestigio como Voltaire o Rousseau escribirán novelas con fines proselitistas para proponer valores que rivalizaban con la moral ortodoxa. De hecho, algunos de los temas que caracterizarán a la novela del llamado romanticismo social del XIX habían sido ya aventados por la narrativa dieciochesca, como los alegatos contra la pena de muerte, el régimen de prisiones o la pobreza del pueblo. El movimiento ilustrado español participó también de estas inquietudes. Como dice Rubén Benítez resulta indudable que las novelas de Martínez Colomer o los Montegón, conscientemente o inconscientemente, se pusieron al servicio de una ideología (1997: 644). El romanticismo vendrá a acentuar el proselitismo literario, ahora, además, bajo el signo de la polarización ideológica que caracterizará a las nuevas sociedades liberales. Este aspecto del romanticismo, según Ferreras, constituye “una verdad incontrovertible que pocos críticos quieren admitir, o que soslayan muy concienzudamente al subrayar el individualismo, el yoísmo de los románticos, como si el yo, o el individuo, fueran entidades abstractas del

mundo”; así, para este estudioso los escritores españoles románticos pueden ser clasificados en dos bloques políticos bien definidos, “moderados y progresistas, siendo ya todos ellos liberales” (1976: 143).

En un pasaje novelesco de *El poder negro*, Tresserra nos desvela sus referentes patrios del romanticismo al dedicar sendos elogios a Espronceda y Larra (p. 306). Este último, veinte años antes que el catalán, había reclamado en términos parecidos cuál debía ser la misión de la novela en el siglo XIX:

Hija de la experiencia y de la historia y faro, por lo tanto, del porvenir; estudiosa, analizadora, filosófica, pensándolo todo, diciéndolo todo en prosa, en verso, al alcance de la multitud ignorante aún; apostólica y de propaganda; enseñando verdades a aquellos a quienes interesa saberlas, mostrando al hombre no como debe ser, sino como es, para conocerle; literatura en fin, expresión de toda la ciencia de la época, del progreso intelectual del siglo (*apud* Benítez, 1997: 294)

Asimismo, Espronceda, uno de los primeros literatos españoles en declararse abiertamente republicano, había ya incorporado a su obra la temática social mediante constantes alusiones a la actualidad con clara intencionalidad política. No resulta casual que Rodríguez Solís le dedicase una monografía, *Espronceda. Su tiempo, su vida y sus obras. Ensayo histórico-biográfico* (1883), donde, como explica Pura Fernández, “revela su creencia en el apostolado ideológico que ha de acompañar a la labor literaria”, y donde presenta al poeta romántico como “un republicano a ultranza” (2006: 84). Es decir, los escritores republicanos del periodo alto isabelino se reconocían como herederos de una parte de la tradición romántica española, la de aquellos que había usado las letras como arma de lucha social.

Parte fundamental de la cultura literaria de los escritores sociales de nuestro país pertenecientes a la generación de Tresserra, la conformarán también los autores extranjeros, en su mayoría franceses. Especialmente a partir del romanticismo, las literaturas nacionales europeas se caracterizarán por la adopción de acuñaciones léxicas, imágenes poéticas, topoi, personajes, motivos y temas provenientes del escenario internacional. Como apunta Romero Tobar, “los estímulos creadores que llegaban de otras tradiciones literarias, las inexcusables rememoraciones intertextuales o el diálogo literario entre escritores de lenguas distintas

fueron notas dominantes en el romanticismo y en todas sus derivaciones posteriores” (1998: XXVII).

Víctor Hugo, a partir de la década de 1830, cosechará un éxito apoteósico en España convirtiéndose en el ídolo de los románticos españoles, y desbancando al rey absoluto que era Walter Scott, cuyo conservadurismo había influido en el romanticismo patrio. En la década siguiente se registra el triunfo en Europa de una nueva hornada de novelistas franceses como Dumas, Sue, Sand o Balzac, que ponen sus obras al servicio de las nuevas teorías humanitarias. Todos ellos habían comenzado sus carreras cuando la prensa política experimenta un auge sin precedentes; entre 1830 y 1848, además, aumentará la conflictividad social, conjunto de circunstancias que, como apunta Hauser, contribuyen a su vez a intensificar la tendencia política de la literatura (1968: 34). En este periodo, como veíamos anteriormente, la actividad literaria se convierte en un negocio altamente lucrativo gracias al sistema de la novela por entregas y el folletín. De este modo se perfilan dos facetas: literatura política como negocio, pero también como arma de ideologización consciente. Señala Zavala que por estos años los Balzac, Sue o Sand “coinciden en reclamar el papel del artista como instrumento social”, al tiempo que destacan la utilización espuria que la industria hace de estas intenciones (1971 a: 180).

Como vimos en el capítulo anterior, diversos factores, como los intereses de la escuela del naturalismo y su posterior triunfo, la influencia de la doctrina marxista o el desarrollo de un industrialismo desaforado, inclinarán a la historiografía a acentuar en su relato sobre este periodo literario los caracteres más desfavorables. La mercantilización de la literatura aparece de esta manera como la idea base que explica y determina todos los rasgos estéticos, ideológicos y sociales de la novela. Traducido a la imagen panorámica que se formará sobre este tramo de la historia de la literatura, que se extiende entre 1840 y 1870 aproximadamente, es que la novela se convierte en una mercancía más. En este cuadro general, las intenciones humanitarias que proclaman los más afamados escritores, que a su vez se convierten en los más adinerados, quedan bastardeadas sin solución. La eficacia de la propaganda antiburguesa de los comunistas, dirigida entre otras cosas a sustraer todo apoyo popular al liberalismo democrático, hará el resto. De esta manera, los románticos sociales serán juzgados en el futuro en cuanto estetas, bajo el prisma además del radical antimelodramatismo de las poéticas realistas y modernistas, obviando que sus intenciones habían sido primordialmente las de educar al pueblo, por lo que habían tratado de adecuar sus medios expresivos a la mentalidad, gustos y posibilidades de este. Es decir, se mutila del estudio factores decisivos de su poética que al cabo desfiguran cualquier análisis estético o

ideológico. Estos últimos, como vimos, no han faltado, aunque han sido realizados comúnmente con los parámetros de la ideología marxista, naturalmente hostiles. Nuestro cometido aquí es el de enfocar la literatura de la época desde este ángulo pedagógico y proselitista que también admite, y que creemos que es el que presta la perspectiva más apropiada para entender la narrativa de escritores como Tresserra.

En un primer momento, la literatura de los románticos sociales, como los denomina Roger Picard (1947), fue una vulgarización de las doctrinas de los Saint-Simon, Charles Fourier y demás socialistas utópicos, quienes habían coincidido en defender la función social del arte. Dice Alexandrian que los socialistas románticos fueron una suerte de poetas de la economía política (1983: 7). Según Picard, la totalidad de estos escritores expresarán en sus obras “una especie de socialismo humanitario, una filosofía social apoyada en las nociones de justicia, progreso y de libertad” (1947: 47); lo cual les lleva a asumir su quehacer literario como un apostolado: “la palabra misión aparece continuamente bajo la pluma de los románticos”, dice Picard (p. 66). Las consignas de estas escuelas son claras: hay que transmitir las nuevas ideas humanistas hasta al último de los individuos; hay que denunciar las injusticias que padecen los más desvalidos y, ante todo, hay que educar a los ignorantes. Víctor Hugo, el más celebrado de estos escritores, decía que su intención era la de “transformar a la multitud en pueblo por medio del libro”, y, como apunta Picard, cumplirá “incesantemente su función de educador” (p. 106). A lo largo de su dilatadísima carrera, y a pesar de sus oscilaciones políticas, acabó por convertirse en un mito viviente, en la personificación de la República Universal. La cita que encabeza una de sus novelas más conocidas, *Los miserables* (1862), resulta representativa del espíritu que alentaba a estos autores, escribía Hugo:

Mientras, a consecuencia de las leyes y de las costumbres, exista una condenación social que cree artificialmente infiernos en plena civilización, y enturbie con una fatalidad humana el destino, que es divino; mientras no se resuelvan los tres problemas del siglo: la degradación del hombre en el proletariado, la decadencia de la mujer por el hambre, la atrofia del niño por las tinieblas; mientras en ciertas regiones sea posible la asfixia social; en otros términos, y desde un punto de vista más dilatado aún, mientras haya ignorancia y miseria sobre la tierra, los libros de igual naturaleza que éste podrán no ser inútiles (1999: 11).

Estos novelistas acabarán por elevar la concepción utilitarista de la literatura a cotas insospechadas; “los románticos – escribe Picard- abandonaron la doctrina del arte por el arte en favor del arte social, y la poesía puramente individualista por las aspiraciones de orden más general” (p. 65). Todo ello provocó lo que Hauser califica como la primera crisis del *l’art pour l’art*, y que en lo sucesivo esta doctrina tenga que luchar “no solo contra el idealismo de los clasicistas, sino también con el utilitarismo tanto del arte social como del burgués”; su conclusión es que “probablemente no ha habido ninguna otra época en la que se haya cultivado tan poco una estética puramente formal” (1968: 30). La idea colectiva de las sociedades decimonónicas es que la novela constituye el género literario más elevado del nuevo humanismo liberal.

No es de extrañar que en este escenario Mazzini, desde los años treinta, reclame a los escritores de todos los países del continente la confección de una narrativa europea para el pueblo. Según el revolucionario italiano, el literato debía interpretar artísticamente el clima filosófico e histórico de cada época de forma tal que resultase accesible para todas las inteligencias. Mazzini diferenciaba la figura del genio, que es capaz de captar de un modo sintético ese espíritu de la época, de la del intelectual, que debe ser una suerte de transmisor u obrero moral y filosófico entregado a la labor mesiánica (Ossani, 1973: 80). La literatura se configura como un instrumento de lucha política caracterizada por su naturaleza educativa y moral (p. 32). Según Nozzoli, Mazzini no tuvo en cuenta los cambios que se operaban en el sistema literario, y siguió confiando en la solitaria aportación del intelectual humanista. Por ello criticará la industria del folletín y el afán crematístico de la literatura, pero tampoco articulará una alternativa en pos de la independencia económica de los escritores (1984: 53). Desde la óptica de Mazzini, la misión del novelista del siglo XIX es, en definitiva, la de ser soldado y filósofo, la de aunar acción y arte, de modo que su vida sea ejemplo de su mensaje humanitarista, “inteso a convertire tale filosofia del progresso in fede ed a diffonderla attraverso la forma «sociale» della predicazione e della rivelazione, che è appunto la forma della letteratura” (Ossani, 1973: 33).

Las abundantes y continuas colaboraciones entre republicanos de todo el continente dirigidas a fundar la República Federal Europea bajo los principios democráticos tienen su correlato en el imaginario colectivo de una República Europea de las Letras. Escritores como Tresserra evidencian su adhesión a esta etéreo espacio de encuentro entre revolucionarios de todo el continente, donde una serie de autores son consagrados como modelos literarios y padres espirituales del pueblo. Para el catalán, Hugo, Sand o el carbonario Soulié resultan tan importantes para la causa de la humanidad como Mazzini o

Garibaldi. En vísperas de su incorporación a las camisas rojas del general italiano en el Jura escribía Tresserra: “Muchas fatigas nos aguardan, pero no importa: la República Francesa, que es la República del mundo, así lo exige. ¡Viva la República Universal!” (*La Igualdad*: 27-10-70). La galofobia de tantos literatos españoles a lo largo del XIX, que se lamentaban y avergonzaban de la tutela cultural francesa, no existe en aquellos que como Tresserra sienten y experimentan el cosmopolitismo republicano. Los grandes autores franceses son percibidos como correligionarios que pelean por un ideal compartido. Para Tresserra, la formación de una novela española no viene en ningún caso alentada por razones patrióticas, como proclamará el grueso de los realistas, sino estrictamente utilitarias. El catalán quiere ayudar con sus novelas a divulgar la doctrina democrática y a educar a sus lectores, y para ello recurre sin reparos a un instrumento: la novela folletinesca de extraordinario y probado éxito. Ello no impide que luego manipule a su antojo el modelo para adaptarlo a las circunstancias patrias cuando lo considera necesario. De lo que resulta que al cabo Tresserra forjará, como veremos, una tipología original de novela popular; innovación que, en todo caso, no realiza en nombre de la regeneración literaria española. Desde su interiorizada militancia europeísta y humanitarista, se muestra ante todo preocupado por las lacerantes cuestiones sociales.

En el campo político, el ideario de una República Federal Europea se manifiesta tangiblemente en la existencia de sociedades secretas, congresos, apoyos y colaboraciones logísticas de carácter internacional, o incluso en proyectos jurídico-políticos definidos como la redacción de constituciones para federar naciones. En el caso de la República Europea de las Letras, sin embargo, los elementos que la revelan resultan ser menos concretos. Su rastro se teje a través de los contactos entre intelectuales de ideología afín, en los profusos intercambios de correspondencia, en las colaboraciones entre los órganos de prensa republicanos, las traducciones de obras o el trasiego transnacional de temáticas revolucionarias.

A este último supuesto pertenece el modo en que la figura de Garibaldi pasará a convertirse en un héroe popular internacional. El general italiano será objeto de numerosas semblanzas literarias debidas a la pluma de algunos de los escritores más leídos y aclamados. Dumas redactará sus memorias, George Sand escribirá una biografía del general italiano o Victor Hugo dedicará numerosos poemas a exaltar a Garibaldi. De hecho, este último escritor abandonará su puesto de diputado en la Asamblea Francesa en señal de solidaridad y protesta debido el trato dispensado por su patria a Garibaldi tras las jornadas de Dijon. También autores republicanos de nuestro país escribirán obras sobre el general con

clara vocación propagandística: caso de Antonio Altadill y su *Garibaldi en Sicilia o la unidad italiana* (1860), o Evaristo Escalera con su *Garibaldi y sus glorias* (1860); otros como Ayguals de Izco o Víctor Balaguer dedicarán diversos poemas a la figura del *Héroe de dos mundos* (Ferrer Benimeli, 1984: 484 y ss). Pero, en la dirección contraria, cabe recordar que el mismo Garibaldi, partiendo de los modelos literarios usados por aquellos que habían glosado sus hazañas, se internó en la narrativa con obras como *Clelia: il governo dei preti: romanzo storico político* (1870). En su prefacio, el militar aporta tres motivos que le llevan al cultivo de la literatura: en primer lugar, es su intención la de guardar memoria y homenajear a todos los camisas rojas fallecidos por la causa de la unidad italiana; en segundo lugar, con su novela pretende alertar a la juventud italiana sobre el peligro del clericalismo para su patria; y, por último, confiesa Garibaldi que escribe empujado por la necesidad de reunir algo de dinero para su subsistencia (2006: 1).

Muchos otros casos constituyen muestras de cómo se entrelazan la acción política y la literatura con vistas a configurar un espacio narrativo europeo de signo democrático y republicano. El formato de la novela popular será el vehículo predilecto.

La controvertida figura de Eugène Sue, desprendida de las ópticas de corte reduccionista a las que ha inducido comúnmente el paradigma del folletín, aparece como el más claro ejemplo del padrinazgo espiritual que ejercieron algunos escritores sobre la República Literaria Europea. Un estudio de Jean-René Aymes sobre la imagen de este escritor en nuestro país en las décadas centrales del XIX resulta ilustrativo. Dice el investigador que Sue, como persona desconectada del autor, no es conocido en España, ni despierta interés, lo cual a juicio de Aymes “es una sorprendente anomalía, porque hubiera sido oportuno y eficaz para sus adversarios subrayar una contradicción entre los aspavientos aristocráticos de su comportamiento público y su credo socialista” (1996: 394). En este comentario de Aymes se revelan los efectos de la caracterización de lo que ha sido objeto el novelista. En realidad, las inectivas dedicadas a Sue por sus contemporáneos franceses en atención a su repentina conversión socialista, lo cual contrastaba con su inmediato pasado de dandi, constituían una mínima parte que quedaba ocultada por la montaña de elogios que recibía, en primer lugar, de sus correligionarios, muchos de ellos de extracción humilde que no le reprochaban su procedencia. Ha sido la posterior construcción historiográfica la que ha tendido a entresacar aquellas citas que encajaban con el paradigma urdido, y a ignorar las abrumadoramente mayoritarias, incluso de sus adversarios, que no ponían en duda la sinceridad de la militancia subversiva de Sue. El contexto histórico-social de la época, imbuido del mismo clima melodramático que reflejan muchos de sus folletines, era

escenario de bruscas transformaciones como esta que no resultaban ni escandalosas ni demasiado sorprendentes. Mazzini, de quien no cabe dudar acerca de su integridad y coherencia ideológicas, pese a que en un primer momento se había mostrado crítico con el realismo literario de Sue, pasará los últimos tiempos de su vida junto al novelista francés en el exilio suizo. El intelectual italiano asesorará al francés en la redacción de *Los misterios del pueblo* (1850), obra en la que Sue comentará las prohibiciones de las que había sido objeto su narrativa por los gobiernos de Austria, Prusia, Rusia e Italia, de modo que, apunta Aymes,

Sue se vanagloriaba de esas persecuciones, desafiando públicamente a todos los gobiernos y creyendo en el advenimiento irreversible de la República Democrática [...] Su optimismo se fundaba no solo en la validez que atribuía a su credo político, sino también a la eficacia movilizadora del apoyo que proporcionaba a ese credo el éxito asombroso de sus novelas por toda Europa (p. 402).

No debe extrañar por lo tanto que sobre cualquier otra circunstancia, como apunta el mismo Aymes, privase el enjuiciamiento del contenido ideológico y religioso de sus obras, y que fuese identificado en España como propagador del sansimonismo y los falansterios de Fourier (p. 400). En 1848, decía sobre él un diario católico como *La censura*:

Desde que Eugène Sue y otros escritores de su calaña empezaron a remover el hediondo lodazal de vicios y maldades en que vive encenegada la sociedad civil de estos tiempos, los traductores y zurcidores de novelas y poemas [...] han andado en España como a porfía sobre quien traduciría o imitaría más servilmente a aquellos escarbadores de inmundicias (*apud* Aymes: 401).

Palabras que contrastan también con cierta parte de la crítica que ha querido minimizar hasta lo anecdótico la influencia ideológica ejercida por esta narrativa. Al respecto, y en referencia a Sue, escribe Montesinos: “pocos dieron importancia a las tesis o doctrinas sociales que el autor pretendía inculcarles, aunque algunos de sus más fervientes promotores, como Ayguals de Izco, le jalearon muy a sabiendas de lo que hacían” (1982: 93). Comentario que actúa como fondo de la tesis que sostiene este investigador: el folletín tuvo una vocación casi exclusivamente mercantil, y se limitó a satisfacer viles apetitos de un público de gusto

atrofiado. En todo caso, Montesinos reconoce en autores como Ayguals su inclinación propagandística y pone de relieve la existencia de redes de confraternización ideológica entre escritores extranjeros. De hecho, el mismo Sue, en el apogeo de su gloria, se prestará a escribir el prólogo de *Maria, la hija de un jornalero* (1845) del escritor de Vinaroz como muestra de solidaridad con la democracia española. En contrapartida, Ayguals, como enseguida veremos, fue el máximo responsable de la divulgación de la narrativa sueca en España.

La prensa republicana europea constituirá también una plataforma privilegiada donde urdir una identidad literaria común. Además de como soporte de publicación de folletines de autores extranjeros y nacionales comprometidos, estos órganos actuarán como voceadores de las novedades bibliográficas más significativas para la ideología republicana. Las colaboraciones de los intelectuales destacados de cada país en los medios periodísticos afines será una práctica frecuente. Rodríguez-Solís se refiere por ejemplo a una carta de Víctor Hugo a un periódico del Partido, en la que el francés da ánimos y se solidariza con la democracia de nuestro país, al que dedica palabras altamente elogiosas, y exageradísimas: “Hay un pueblo que por espacio de mil años ha sido el primer pueblo de Europa...” (*apud* Rodríguez-Solís, 1893: 612 y ss). Respecto a la presencia española en el extranjero, quizás fue Emilio Castelar quien cobró más renombre fuera de nuestras fronteras. En Francia, Portugal o Italia, gracias a la publicación de sus artículos y discursos en la prensa demócrata, se granjeará la admiración y elogios de los cabecillas de la República Federal Europea. Su epistolario, repleto de intercambios de “cartas íntimas” con los Dumas, Hugo, Renan, Gambetta, Mazzini o Garibaldi¹⁵⁵, da fe de la repercusión alcanzada por el orador gaditano y de su condición de representante patrio en los foros democráticos internacionales.

Pero más allá de estas colaboraciones entre los intelectuales de todos conocidos, estimados en ocasiones por aquellos que no necesariamente se identificaban con la ideología que propagaban, existió una legión de escritores anónimos que constituían la verdadera base de esta República Literaria. Picard refiere como siguiendo el ejemplo de Sue o Dumas surgió una nutrida hornada de autores procedentes de las clases humildes, una especie de proletariado de las letras, que se valió de la novela popular para dar cauce a sus sentimientos y reivindicaciones (1947: 291). En la doctrina mazziniana, de la que Tresserra se hace eco, late siempre la exhortación moral de compartir los conocimientos a todo aquel que los tenga y de propagar el credo democrático a todos aquellos que lo profesen. En la presentación del

¹⁵⁵ Castelar, Emilio. *1868-1898. Correspondencia*. 1908. Madrid. Presentación de Adolfo Calzado. Estudio tipográfico sucesores de Rivadeneyra.

Libro del obrero (1862), a cargo de nuestro autor, este escribe significativamente que dicha obra sale a la luz para que “los obreros de la inteligencia rindan un tributo de amor a sus hermanos, los obreros de la materia” (p. 5). La misma conciencia de humilde militancia en la República Literaria se aprecia en su correligionario Conrado Roure. Este, al referirse a Lasarte, afamado autor catalán de la época, dice que pertenecía a “la clase de literatos que nosotros, los que podríamos llamarnos *populares*, bautizamos con el nombre de *floreros*”, y añade que no por ello Lasarte “desdeñaba nuestra democracia literaria y acudía a las reuniones de la *Rebotiga*” (1925, v. II: 125). Igualmente significativos resultan los comentarios de Arturo Masriera quien a cuarenta años de distancia, es decir en 1924, cuando redacta sus memorias, recuerda a “toda la pléyade de los obreros de la pluma que integran la historia literaria de aquella España de Isabel II”, entre quienes cita a Antonio Altadill, Manuel Angelón o Roberto Robert, y a “otros poetas y escritores de gran nombradía en aquella época, y hoy casi olvidados, que fueron **Ceferino Tresserra**, novelista, historiador y poeta a la vez...” (1924: 270). La mención de estos literatos surge a partir de su descripción de la costumbre tan difundida en la segunda mitad del XIX de los álbumes literarios; Masriera compara aquellos usos del pasado con los del presente desde el que escribe y se sorprende de las distancias que median entre las mentalidades de uno y otro periodo; escribe: “moda bien intencionada y algo cursi, costumbre loable y recuerdo de unos valores intelectuales que hoy cada uno aprecia según su cultura, su refinamiento o su sectarismo artístico” (p. 269).

Igual que multitud de ciudadanos procedentes de todos los estratos sociales empuñaron las armas para combatir en todo el continente por el credo republicano, otro tanto empuñó anónimamente la pluma con los mismos objetivos. Desgraciadamente no existen, o no hemos sido capaces de localizar, estudios de carácter transnacional dirigidos a establecer los puntos de contacto existentes entre los autores considerados de segunda, tercera y hasta cuarta fila ahormados en torno a la literatura combativa. De hecho, a menudo es difícil hallar incluso las investigaciones de ámbito nacional que se ocupen de esta materia. Como antes explicábamos, el paradigma negativo de la literatura de folletín, extendido por todo el ámbito occidental, ha venido disuadiendo de la confección de estudios monográficos, sin los cuales no resulta posible conocer y ordenar la variedad de la novela popular de la época. De entre la muchedumbre de escritores de folletines que tomaron el modelo de los Sue o Dumas en Francia, Italia, Portugal, Alemania, etc., con seguridad muchos de ellos fueron soldados de la República Literaria que han sido automáticamente subsumidos en el estereotipo del fabricante de letras necio y mercantilizado.

Otro de los ángulos desde el que se hace necesario encarar la República Literaria Europea es el que nos ofrece su recepción entre el público. Como antes decíamos, este resulta ser un fenómeno extraordinariamente poliédrico que, no obstante, en lo relativo a la novela popular, ha dado pie a interpretaciones sentenciosas e uniformes. De modo que se suele insistir en la atracción que esta ejercía como paliativa de una serie de instintos psicológicos, de entre los cuales destacaba el de la curiosidad. El mecanismo dirigido a generar intriga y así fidelizar a los lectores, sustanciado en lo que denominábamos “arte del corte”, aparece como el factor que califica y define a esta literatura. Pero pueden igualmente aducirse ejemplos de cómo este tipo de novelas eran capaces de provocar reacciones mucho más complejas, y probablemente más nobles. Hennequin, reflexionando acerca del impacto de ciertas obras en un público masivo, y preferentemente popular, opina que los que leen un libro “se estremecen de placer al hallar expresadas en una lengua perfecta las ideas tan queridas que acariciaban en silencio y son ellos por el espíritu hermanos del hombre que las hizo brotar primero en sus obras” (*apud* Noël Salomon, 1984: 30).

Picard relata una anécdota sobre los trabajadores de la imprenta donde publica Lammenais que ilustra la existencia de estos fenómenos. Los tipógrafos, con las pruebas aún frescas de los libros del escritor francés en las manos, salían precipitadamente de los talleres para ir a leerlos en los cafés de la vecindad, y “los obreros, al escuchar aquellas inflamadas exhortaciones, decían que sentían ganas de coger el fusil y echarse a la calle” (1947: 330). Picard ofrece este ejemplo como prueba del fervor que despertaba la lectura de ciertos autores en los estratos más populares y como estos podían incluso desencadenar revueltas políticas. Para este investigador resulta indiscutible que las novelas humanitarias de 1830 a 1848 “moldearon la opinión pública y no dejaron de tener influencia sobre la legislación, como lo prueba que en 1848 se suprimieron las penas corporales, se reformara el régimen penitenciario y se aboliera la pena de muerte en asuntos políticos” (p. 166). Como analizaremos más adelante, la encarnizada persecución por parte de la censura europea de esta literatura, a raíz de las revoluciones de 1848, evidencia que muchos folletines fueron percibidos en su época como algo más que meras lecturas con las que pasar el tiempo.

En España, el fenómeno adquirió resonancias similares, aunque la tendencia general es la de minusvalorar sus efectos. No obstante, algunos historiadores como López Cordón no pasan por alto el hecho de que son las obras de los Hugo, Lamartine o Michelet las que parecen proporcionar la base ideológica de los militantes federalistas patrios (1975: 31). Columbrí, el correligionario y amigo de Tresserra, narra como un obrero preso junto al que marcha le ofrece ocupar su lugar, prestándole su identidad, para que él escape, pues al saber

escribir resulta más útil a la causa; “y no me avergüenzo en confesarlo- escribe el encuadernador-: a mi vista crecía el mérito de mi amigo, porque al comparar mi corazón con el suyo, no me sentía con fuerzas suficientes para haber hecho otro tanto con él, a ser trocados los papeles...” (1857: 53). Columbrí, él mismo un modestísimo escritor republicano, es una clara expresión del fervor que profesa hacia sus “correligionarios” Sue o Hugo, cuyos personajes y escenas le sirven continuamente para comunicar ideas y crear símiles. Por ejemplo, uno de los cabos que vigila la remesa de presos en la que él mismo se hallaba encadenado “era por sus figuras y sus maneras, fiel retrato del gran novelista francés Eugène Sue que nos ofrece en sus tan celebrados *Los misterios de París* con el nombre de Esqueleto” (p. 114). Y este nombre de “Esqueleto” seguirá usando para referirse al sujeto a lo largo de su obra. Más adelante exclama Columbrí: “¡Ojalá brillase en mi mente la arrebatadora elocuencia de un Víctor Hugo, para producir el convencimiento de lo bárbaro de la pena de muerte!” (p. 168).

Gramsci escribió su célebre ensayo sobre la literatura popular, *Letteratura e vita nazionale* (1950), al comprobar estupefacto como los folletines de Sue o Hugo seguían conectando con los intereses estéticos, políticos y filosóficos del pueblo italiano de la década de 1930. Según el italiano sucedía porque los escritores cuarentayochistas habían logrado comprender y hacer propia la visión de la vida del pueblo llano (1950: 103). Esta es la opinión también de Noël Salomon para quien no puede explicarse el éxito de estos folletines en un público interclasista solo por el medio de producción, ya que “fenómenos así hunden sus raíces en las motivaciones del lector mucho más que en la organización de los circuitos comerciales, por muy importantes que resulten estos” (1984: 30). Las alusiones de Gramsci a la novela popular decimonónica tenían la intención de convocar a sus compatriotas escritores para fundar la novela popular artística italiana. En su opinión, este género contenía una vertiente educativa y lírica que resultaba compatible con su condición de mero pasatiempo. Y, sobre todo, era capaz de desinhibir en el pueblo una serie de deseos, como el de elevar la propia personalidad proponiéndose modelos ideales, el de conocer a través de las aventuras otros modos de vida y mundos vedados, o el de “educarsi conoscendo un modo di vita che si ritiene superiore al proprio” (p. 119). Aunque desde la perspectiva marxista de Gramsci los folletines decimonónicos adolecen de timidez revolucionaria y acusan su perspectiva pequeño-burguesa, reconoce a los Sue o Hugo la contribución decisiva, al menos en Francia, a la difusión “in maggior o minor grado, in un modo che puo essere più o meno simpatico, questo moderno umanismo, questo laicismo a suo modo moderno” (p. 107).

Pero será la retórica marxista ortodoxa, como venimos diciendo, la que más contribuya a desprestigiar ideológicamente a la novela popular de XIX. Los propios Marx y Engels habían dirigido críticas demoledoras a Eugéne Sue, a quien consagraron como representante de esta narrativa. Defendía Marx, sin embargo, que no todos los literatos escribían con fines utilitarios, y que de ninguna manera se debía considerar su tarea como un medio, pues era un fin en sí mismo; “desde luego el escritor necesita ganar dinero para vivir y escribir pero en ningún caso debe vivir y escribir para ganar dinero...” (1977: 78). Encomendaba así al intelectual comunista la tarea de concienciar y educar al proletariado a través de la literatura, lo cual era una idea que habían puesto en circulación y venían practicando desde hacía muchas décadas una legión de escritores republicanos. Como en tantas otras ocasiones, el marxismo se apropiaba, en forma de suplantación, de procedimientos y discursos de los fundadores de la izquierda.

Ayguals de Izco que, en lo relativo a la novela de folletín, es a la historiografía española lo que Sue a la europea, ha sido analizado bajo este prisma. Benítez dice que a este autor se le pueden aplicar los juicios vertidos por Vissarion Belinsky a Sue, pues ambos novelistas “describen al pueblo desde una perspectiva de la burguesía, como una masa irracional sin organización ni fines, sin fuerza moral ni revolucionaria, solo tienen posibilidad de redención los seres que se incorporan a la ética de la burguesía industrial, basado en el trabajo y el respeto por la propiedad individual” (1997: 682). No nos compete a nosotros valorar estos juicios, pero sí podemos afirmar que resultan improcedentes para explicar la trayectoria de otros escritores considerados como meros epigonistas tanto de Sue como de Ayguals, caso de Tresserra. En el mismo lugar, y bajo el epígrafe “Decadencia de un género. Folletinistas menores”, Benítez se refiere de pasada a nuestro autor y tilda a su novela *Los misterios del Saladero* de “obra muy cercana a las de Sue” (p. 692). Como trataremos de demostrar cuando analicemos la obra de nuestro autor, creemos que dicho juicio admite tantos matices que debe ser tildado de incorrecto. En lo que atañe a la ideología del catalán y su concepción del pueblo, baste apuntar de momento que por supuesto que nuestro autor defendía que el obrero debía trabajar, pero lo que lo interesaba eran las condiciones en que lo hacía; que efectivamente predicaba el derecho a la propiedad privada, lo cual solo puede motivar una censura ideológica desde una rígida asunción de la teoría marxista; que no es que contemplase al pueblo como “una masa irracional sin organización ni fines”, sino que esta era ciertamente la situación en la que se encontraban las clases humildes desde el momento que no podían asociarse, no tenían acceso a la educación

y a menudo tampoco tenían conciencia de clase, de ahí que las prioridades y esfuerzos de los republicanos se dirigiesen a revertir tales condiciones.

En 1867, en París, se creó la Liga para la Paz y la Libertad, una especie de embrión de la actual Unión Europea; a ella acudieron los sacerdotes de la República Federal Europea: Garibaldi, Mazzini, Hugo, Stuart Mill, Reclus y Castelar, entre otros. Poco años antes, en 1864, había tenido lugar en Londres organizado por Marx el congreso de la Primera Internacional. Por entonces, pocos hubiesen sospechado que el primero de los eventos estaba condenado a caer en la desmemoria de la historia europea, mientras que el segundo iba a marcar un hito que convulsionaría el pensamiento y las sociedades occidentales durante décadas. Sin embargo, la crisis de 1870 producida por el surgimiento del nacionalismo agresivo, excluyente y bélico de Prusia, supuso un profundo cambio de coordenadas socio-históricas que alejaría por decenios del imaginario europeo la posibilidad de aunar solidariamente a las naciones en torno a los vínculos de una ideología democrática compartida. Los comunistas supieron aprovechar el nuevo escenario. Así, decía Engels:

Los sueños quiméricos de la República Europea y de la paz eterna bajo la égida de la organización política se han vuelto tan ridículos como las frases sobre la unión de los pueblos bajo la égida de la libertad, del comercio... Solo los proletarios son capaces de fraternizar bajo la bandera de la democracia comunista, puesto que la burguesía tiene que defender en cada país intereses particulares, y como el interés es para ella, elemento determinante, no puede elevarse por encima del nacionalismo (*apud* del Rosal, 1958: 53).

Como es sabido, las actuales coordenadas histórico-políticas han mutado en sentido adverso para el marxismo, de modo que lo que ayer habría sido tildado de quimérico y anacrónico, resulta ser hoy visionario y precursor. Nadie puede imaginar con certeza cuál será el escenario mundial dentro de varias décadas, no se puede determinar por lo tanto el grado de envejecimiento que experimentarán nuestras tesis. El único antídoto que existe contra el paso del tiempo, y no del todo eficaz, es el que procura depurar la propia mirada mediante la conciencia de la interinidad de valores morales e ideologías. Eso sí: resulta vano pensarse por encima de estos.

3. EL CIRCUITO DE EDITORIALES HETERODOXAS ESPAÑOLAS

La existencia de escritores comprometidos con la causa de la democracia no habría sido posible sin la existencia paralela de un entramado de editores, impresores y librerías igualmente fieles a estos ideales. Como es de suponer, también esta materia ha sido objeto de escasa atención. Al respecto escribe Pura Fernández: “Falta un estudio riguroso en torno a la edición republicana en la España decimonónica, edición que termina por ampliarse a una labor de difusión del pensamiento heterodoxo y de la educación política de los ciudadanos, ideario que cimenta las bases del republicanismo democrático del siglo diecinueve” (2005 b: 105). No obstante, la serie de estudios dedicados por esta misma investigadora a la materia vienen revelando la existencia de sólidas redes de editoriales, todas ellas dedicadas a dar a la luz un corpus de obras discrepantes con el programa político y cultural de la España oficial.

Tresserra publicó la mayor parte de sus libros gracias a editores que, como él, militaban activamente en el republicanismo democrático. Pero el catalán, además, hizo de estas redes editoriales objeto de sus creaciones novelescas. De hecho, al analizarse el conjunto de las obras de nuestro autor asoma su mirada panorámica al mundo de los empresarios de las letras españolas de la época. Así, registra la existencia de los grupos dedicados a imprimir y distribuir literatura de marcado carácter político en condiciones de semiclandestinidad. En *La judía errante*, uno de los principales personajes de la sociedad secreta “La Nueva Alianza”, será Enrique Beltrán, propietario de una imprenta en la que trabajan como cajistas sus correligionarios Miguel y Roberto. Tresserra pone en relación las distintas áreas de acción del grupo, las de educación, conspiración y cooperativismo obrero, con las labores editoriales de sus miembros. El maligno Negrín, agente de las fuerzas de la reacción que persigue a los miembros de la “La Nueva Alianza”, se frota las manos ante el descubrimiento de la adquisición por Enrique de una nueva imprenta, pues sabe que no se resistirá a publicar en ella y podrá aprovechar la ocasión para encarcelarlo (JE: 206). Las medidas represivas que deben arrostrar estos editores demócratas contrastan con las facilidades que encuentran aquellos otros comprometidos con las autoridades isabelinas y la Iglesia católica. A lo largo de la obra de Tresserra aparecen varios ejemplos del folletinista asalariado por el poder. Babel, en *El poder negro*, es uno de ellos; este oscuro escritor publica novelones piadosos y fervientemente católicos que contrastan con la inmoralidad de su vida privada. El catalán denuncia así la hipócrita utilización de la novela que llevan a

cabo los cuadros de mando de Isabel II, que entregados a una vida de lujo, derroche e impudicia, divulgan cínicamente una literatura que predica una conducta cristiana que transgreden sistemáticamente.

Fuera del terreno de la literatura política, Tresserra retrata el mundo corrupto y superficial de los editores y libreros de más renombre, donde prima el amiguismo y el afán de ganancias. Y esto sucede hasta tal punto que para él puede medirse el mérito de los escritores según sea su reconocimiento público, cuanto más desconocidos resulten mayor será su valor literario. Enriqueta, también en *El poder negro*, engaña a su enamorado Aquiles, un sensibilísimo poeta de ideas filantrópicas, contándole que ha leído sus versos en una reunión donde se hallaban presentes los más prestigiosos literatos de la Corte, y que estos habían quedado encandilados por la belleza y profundidad de sus odas. Le dice también que un reputado editor se había aprestado a comprar y publicar toda la obra del autor de esos versos pagando una cantidad fabulosa. En realidad, el dinero que entrega Enriqueta al desdichado Aquiles sale de su propio bolsillo. Ha inventado la historia para rescatar a su enamorado de la melancolía en la que se halla sumido por el desdén que le dispensan los editores madrileños. Apostilla el narrador:

¡Ay! Se consumen en la inercia y rodeados de todo género de privaciones un buen número de jóvenes almas en estos grandes centros de población de Europa que anidan en sus pliegues el genio y el saber, pidiendo en vano que una mano amiga se alargue a la suya ardiente y temblorosa. Aquiles era de este número... (PN: 225).

El personaje de Soledad de *Los misterios del Saladero* es inventado también por Tresserra para denunciar la cara cruel del ambiente literario de Madrid. Soledad es hija de un médico de posición acomodada de una ciudad gallega; la muchacha pasa el día enfrascada en la lectura a través de la cual escapa de la tediosa vida de provincias, que imagina una cárcel en comparación con la excitante vida de las heroínas de los folletines. Soledad envía a su novelista favorito de Madrid las poesías que escribe; el literato le contesta por cortesía diciéndole que varios poetas de renombre han alabado sus versos. Se inicia así un intercambio epistolar con algunos escritores de la capital. Estos, pese a ponderar favorablemente en sus cartas cuánto les envía Soledad, en realidad, se mofan y compadecen a la pobre muchacha que creen constituye una nueva víctima de la fiebre novelesca que corroe a la juventud. Para acentuar la burla, sin embargo, publican a Soledad

en periódicos de amigos. La poetisa resuelve partir hacia Madrid, idea que le parece descabellada a su padre, que piensa que “aquella infeliz estaba atacada de un delirio o de una monomanía funesta, y quiso atajar en ella esa enfermedad moral” (p. 269). El catalán se solidariza con el padre, esto es, se hace eco de la idea colectiva sobre lo pernicioso de cierta literatura, y exclama el autor: “¡A cuántas mujeres como esta ha trastornado la cabeza!” (p. 271). Ante la negativa del médico, imbuido de prejuicios acerca de la mujer escritora, la hija esgrime a George Sand como prueba del numen literario femenino. Le muestra también sus poesías publicadas y los comentarios elogiosos de algunos escritores afamados de Madrid aparecidos en la prensa. El padre acaba por convencerse, circunstancia que merece un comentario interesante de Tresserra: “se persuadió de que las mejores firmas de la literatura española (confundía los mejores con los más pródigos) apoyaban a Soledad” (p. 274). Al cabo, una vez en Madrid, la muchacha descubrirá la burla y todo acabará por conducirla a la prostitución en el burdel de la Duquesa. Tresserra a raíz de las lecturas de Soledad, alude a varios puntos del folletín en términos inequívocamente paródicos que descubren su conciencia de la degeneración en que a menudo caía este formato narrativo. El hecho de que Tresserra se burle de Soledad como émula imposible de George Sand, su escritor predilecto, descubre cierto orgullo artístico de nuestro autor, cuya intención de poner distancias entre su novela y la de los folletinistas banales queda patente; esto es, el catalán se rebela contra el intrusismo de gente como Soledad, que es descrita en tonos pocos lisonjeros. En el mismo sentido debe entenderse su comentario respecto a la confusión entre prodigalidad y mérito literario. En definitiva, la relación sentimental que la *literata* mantendrá con un gacetillero y folletinista mediocre, que acabará por abandonarla cuando obtenga un puesto administrativo en Filipinas, es la excusa que urde Tresserra para hacer una pintura significativamente adversa del mundo de las letras madrileño, donde todo es superficialidad.

Por contraste con estas caracterizaciones, el catalán usa su obra para reivindicar a los editores comprometidos con las causas de la democracia, la libertad y la belleza artística. Efectivamente, cuando Tresserra reemprende su carrera novelística a partir de 1860, el negocio de las entregas no ha cesado de multiplicarse desde su fulgurante aparición en los años cuarenta. Prolifera todo tipo de novelas, aunque aquellas de corte progresista han menguado considerablemente. Las medidas represivas adoptadas en toda Europa contra el folletín a raíz de las sublevaciones populares del 48 surte sus efectos, y disuade a muchos escritores de tomar partido por las ideas subversivas. Los escritores de la República Literaria Europea, que como Tresserra mantienen el compromiso ideológico a través de sus novelas, son cada vez menos visibles, pero forman una minoría compacta y decidida. Al modelo

extraordinariamente negativo que tradicionalmente se aplica a la novela y a los novelistas españoles del periodo pregaldosiano, se añadía una imagen acorde de los editores que la habían promocionado. En este esquema explicativo se marginaba a todos los elementos que pudieran perturbarlo, pero, como indica Pura Fernández:

Paradójicamente, buena parte de este sector tan denostado por producir una literatura industrial y empobrecedora entronca con una sólida red empresarial dedicada a la edición de un nutrido corpus heterodoxo, que aglutina fundamentalmente a los llamados *soldados fieles de la prensa y de la República*; periodistas y escritores aunados en torno a un núcleo de doctrina variopinta, pero contemplada como solidariamente unida por su mismo carácter heterodoxo y por su tendencia a la formación de opinión de los ciudadanos. Así, demócratas y republicanos de todas las facciones – integrados en una unidad impracticable en el propio terreno de la política militante–, librepensadores, masones y anticlericales, conviven y comparten órganos de expresión periodística y editorial en una suerte de fuerzas editoriales de resistencia (2005 b: 107).

Continúa explicando Pura Fernández que estas redes parecen consolidarse a partir de 1860; aunque contaban con algunos ilustres precedentes. Caso por ejemplo del editor Benito Hortelano, que “convirtió en 1845 su casa en editorial y delegación literaria del Partido Progresista” (*ibíd.*). El mismo Hortelano da fe en sus memorias de esta hibridación:

Con mis empresas no he sido solo guiado por el deseo de hacer fortuna sino que siempre han sido encaminados al bien de mi patria y del partido que he creído buenamente era el que podía hacer la felicidad y engrandecimiento de la nación, combiné un proyecto con el cual daba impulso a la literatura nacional. Bien sabía que tal proyecto no me había de producir utilidades positivas pero, en cambio, me acompañaba el orgullo de que la historia de mi país me dedicase una página como el iniciador y el fundador de la novela española moderna (1936: 119).

Hortelano, que había comenzado como cajista de una imprenta, había participado en la creación de Sociedad Tipográfica de Madrid junto a otros colegas del gremio. La siguiente

nota del año 1846 que insertamos, perteneciente a un miembro anónimo de esta asociación, resulta sumamente reveladora del carácter combativo de este sector:

No es solo el espíritu especulador de nuestra época, como ha sentado con sobrada ligereza algún crítico, el que ha creado la novela de folletín, ni tampoco el que ha generalizado en todas las clases el gusto a este género de novelas de leyendas [...] ha sido necesario apelar al artificio de la fábula para preparar al pueblo a la instrucción, arrojando en él por este medio la semilla que ha de producir el saludable y benéfico resultado, tanto más humanitario y filantrópico, cuanto es mayor la resistencia que le opone el antiguo sistema de ideas y costumbres (*apud* Alborg, 1996: 699).

Pero incluso durante el reinado de Fernando VII se registraron ya casos de personajes como Cabrerizo, Bergnes de las Casas o Delgado que, en mayor o menor grado, habían tratado de imprimir a sus aventuras editoriales un sello de activismo político. Quizá el caso más representativo es del valenciano Cabrerizo. Este, durante la década de 1810, creó una colección de novelas originales españolas con el propósito de conjugar la actualidad contemporánea y el género triunfante de la novela histórica, proyecto que “se convierte poco a poco en propaganda política” (Ferraz, 1997: 604). Los novelistas históricos en nómina de Cabrerizo, como por ejemplo Adbón Terradas, el maestro revolucionario de Tresserra, recurrirán al clásico “instruir deleitando” para inocular su ideología tratando al tiempo de escabullirse de la implacable censura absolutista (Ferraz, 1992: 112). Todo ello le hace concluir a Ferraz que en la actividad de editores como el valenciano “no debe verse como excluyentes el comercialismo y la ideología” (p. 136).

En todo caso, deberá pasar mucho tiempo hasta que una vez rota la tutela artística del Antiguo Régimen, la figura del editor quede definida. Durante el XIX, lo habitual será verla confundida con la del librero y la del impresor, de modo que no resultaba extraño que un mismo sujeto desempeñase todas ellas a un tiempo. Como explica Martínez Martín, en este periodo la tarea de editar libros tendrá mucho de “aventura sujeta al empeño, la suerte y las relaciones personales, cuando no a la casualidad” (2002: 16). El mismo investigador resume en cinco las fórmulas de publicación de las que disponían los autores isabelinos. En primer lugar, a través de las subvenciones y premios creados por el aparato del poder estatal, para lo cual resultaba necesario hallarse en relaciones, comúnmente de amistad, parentesco o filiación política, con sus redes clientelares. La segunda y la tercera vía remiten a algún tipo

asociacionismo entre particulares, o bien encaminado a la publicación de una obra determinada, o bien a grupos de obras. La cuarta, según Martínez Martín, se encarna en la figura de empresarios como Francisco de Paula Mellado, que vinculó todas las actividades: impresión, edición, difusión y otros negocios. Y, por último, y la más común, será la publicar libros mediante una triple relación contractual entre autores, impresores y editores; sistema que resultaba especialmente gravoso para el primero, pues vendía su obra por una cantidad normalmente ínfima y los derechos pasaban al editor o impresor de por vida. Esta fórmula estaba marcada por la inestabilidad empresarial y, sobre todo, por la desprotección de los autores, que en caso de que sus obras cosechasen éxito no percibían ningún tipo de ganancia creciente (2002: 16 a 21). Supuestos a los que habría que añadir el de la autoedición.

Benito Hortelano, al que antes nos referíamos, es ejemplo de editor emprendedor que asume su actividad como una apuesta de riesgo en la que las quiebras y las recuperaciones, en función de la aceptación del veleidoso público, marca el ritmo de la actividad. Pero más interesante para nuestro objeto resulta ser el caso de Ayguals de Izco, cuya trayectoria correspondería al supuesto asociativo, ya que todas sus iniciativas en el mercado del libro presentaron una inequívoca voluntad de proselitismo republicano. Sin duda constituye el antecedente inmediato de las redes heterodoxas en las que se integrará Tresserra a partir de la década de 1860. Como explica Benítez, Ayguals basó su actividad sobre la tríada negocios, política y literatura. Hacia 1841, fundó junto a Martínez Villergas y otros escritores una empresa editorial, la Sociedad Literaria de Madrid, que se erigirá en la máxima responsable de la difusión de Sue en España y de una gran cantidad de libros patrios afines al humanismo progresista de la época. “Un libro que no tenga tendencia social – se lee en el *Cancionero del pueblo* (1844) de Ayguals-, que no se proponga ningún fin moral, es a mis ojos una obra inútil que no sirve para nada” (*apud* Benítez, 1979: 30). Hasta 1856 se contará entre las editoriales más importantes de España, pero sus feroces críticas a Espartero desencadenaron una campaña de persecución contra la Sociedad Literaria que culminará en estas fechas con la prohibición total de editar libro alguno. Durante mucho tiempo, Ayguals será acusado de disfrazar su vil mercantilismo con las galas de la filantropía. Al respecto, escribe Víctor Carrillo que “es muy fácil caer en la tentación de pensar que el editor de Sue está motivado simplemente por razones económicas. Esta afirmación nos parece demasiado ingenua, son obras de un militantismo consciente y activo” (1974: 166). Para este estudioso, un ejemplo representativo de ello lo hallamos en su colección *El Novelista Universal*; los títulos que la constituyen evidencian que Ayguals y

sus socios persiguen la unidad ideológica antes que la literaria; a pesar de la aparente incongruencia de publicar junto a colecciones anticlericales otras obras de marcado carácter tradicionalista y católico, lo que era un medio de obtener capital con el que subvencionar las otras de ideología afín (*ibíd.*). A continuación, Carrillo realiza un análisis sobre la temática de las novelas de Alfonso García Tejero, uno de los autores destacados de la sociedad, del que se desprende que el anticlericalismo, junto a la reivindicación de una literatura original española, son los motivos más recurrentes de su propuesta literaria.

En este sentido resultan elocuentes los elogios que Ayguals de Izco recibirá muchos años después de su desaparición por parte de Pi y Margall, quien vio en el de Vinaroz un sincero precursor del ideario republicano; escribía el ex presidente:

Autor de muchas novelas de espíritu verdaderamente innovador, imitadas de las francesas, escritas con amplio criterio social, donde se defendía a los pobres jornaleros contra las odiosas divisiones de clases y las imposiciones de los ricos sobre los desheredados de la fortuna. *María o la hija de un jornalero* y otras de la misma índole adquirieron una popularidad asombrosa. Sus obras fueron más leídas que las de todos sus contemporáneos [...] Ayguals fue propagador infatigable del proletariado español. Estas pinturas reales de la vida del obrero en España eran humanitariamente bellas. Si la pluma del novelista no decretaba leyes en beneficio de los humildes abandonados, por lo menos decía la verdad y sostenía los sagrados derechos de los infelices para enseñarles a pedir sus justas reivindicaciones sociales. Ayguals de Izco era más propagandista que buen escritor (1902, v. VI: 715).

Las actividades de Ayguals en el mercado del libro, como dice Pura Fernández, se encaminaron a la formación de “un modelo de *ciudadano lector* al que dirigirá novelas por entregas acomodadas al humanitarismo romántico, prensa y textos históricos, triunvirato editorial concebido como un didáctico maridaje entre la amenidad y la formación moral, social y política” (2005 a: 103). Como señala esta investigadora, junto a la publicación de novelas y libros, las asociaciones del tipo de la de Ayguals editarán periódicos y revistas que compartirán esa vocación didáctico-proselitista, y que a menudo serán la plataforma de lanzamiento de las obras luego publicadas a su vez en volumen (*ibíd.*). Desde 1845, como apunta Zavala, los periódicos popularizan la novela por entregas sobre todo gracias a las iniciativas de un puñado de sociedades, casi todas ellas capitaneadas por ilustres miembros

de la democracia española. Además de la de Ayguals, desempeñaron una labor destacada la *Biblioteca Universal* (1845) de Fernández de los Ríos o la *Biblioteca Ilustrada* (1851) de Eduardo Chao (1971 b: 100). De estos núcleos brotaron luego otras organizaciones cuyo propósito fundamental fue la edición de libros a precios populares; de hecho, “la baratura anunciada en los prospectos despertó la alarma de los sectores católicos porque aumentaba el lectorado” (Ferraz, 1997: 604).

La ausencia de estudios panorámicos de las actividades de estos grupos filo-republicanos impide conocer las conexiones que establecieron entre ellos y las posibles líneas de continuidad que siguieron sus aventuras editoriales. Lo cierto es que cuando a mediados de los cincuenta se decreta la prohibición de publicar a la asociación de Ayguals, este se esfuma de la escena pública y su grupo parece desintegrarse. Desconocemos si establecieron algún tipo de vínculo con otros colectivos de editores afines que surgirán, sobre todo en Barcelona, por la misma época del cierre. Los Juan Pons, López Bernagosi o Salvador Manero, en cuyas prensas publicaron buena parte de su obra los escritores republicanos más importantes como Fernando Garrido, Rodríguez-Solís, Antonio Altadill, Manuel Angelón, Francisco J. Orellana o Ceferino Tresserra, parecen recoger el testigo de los editores de la capital. Los autores citados representan a una nueva hornada de activistas caracterizados por su radicalismo democrático originario sin conexión alguna con el viejo progresismo. Todo indica que se produce una cesura entre esta nueva camada de literatos y la de aquellos que habían alcanzado su cénit creativo durante la vigencia de los postulados románticos. A los novelistas recién citados que escribieron sobre todo entre 1850 y 1870, salvo la excepción de Rodríguez-Solís, que publicará la mayor parte de su obra en la Restauración, la historiografía literaria española les califica comúnmente de folletinistas postrománticos, productos híbridos del languidecente romanticismo y del embrionario realismo, o directamente de sello poco definido, aunque lo más común es, como venimos explicando, que ni siquiera ocupen espacio. Gran parte de esta borrosa imagen se debe a la insuficiencia de estudios y a la rigidez epistemológica a la que suele arrastrar el etiquetismo literario.

Más preciso se muestra Romero Tobar, siempre atento a estas negligencias, al motejar a esta generación de escritores de primera bohemia literaria española. Este crítico observa que presentan elementos, de condición social, estilo literario, etc., que resultan discordantes con las pautas marcadas para los considerados románticos (1998: XXI). Desde 1854, la profesionalización del escritor se había hecho más accesible gracias a la multiplicación de editoriales, pero también más competitiva por la proliferación de vocaciones: convertirse en

literato aparecerá como la bella quimera de buena parte de la juventud española de la época. Dice Romero Tobar que los puestos en la Administración ya no eran tan apetecibles “para los jóvenes que portaban el estigma de la desilusión, evitar el ingreso en los abrevaderos del mundo oficial y atarse solo a la libre creación implicaba ser un bohemio”. Por estas fechas, Valera, por ejemplo, en la revista de *Ambos Mundos* decretará el fin del romanticismo. Los intelectuales son conscientes de que viven en una época de cambios; este es precisamente el rasgo que para Romero Tobar define a estos autores: la sensación de la inestabilidad de todo (*ibíd.*).

Este aspecto sin duda caracteriza el horizonte de expectativas de Tresserra, a quien se debe considerar miembro de esta primera bohemia española; escribe nuestro autor:

En ninguna época se ha mostrado la sociedad más inquieta, más impaciente, más atormentada que hoy sobre todo en los países donde más alto se enarbola la bandera de la civilización. Todo en ellos es turbulencias, agitaciones y desórdenes. Los lazos que en las épocas pasadas mantenían unidos los diferentes modelos, clases, órdenes, corporaciones y demás fraccionamientos en que se hallaba constituida la sociedad se han roto, o faltan muy poco para que se rompan todos a la vez; por lo que chocan continuamente entre sí, y hay siempre conflictos, luchas, guerras sangrientas y desastrosas (MS: 602).

Es esta conciencia de la fragilidad del *statu quo* la que les impulsa a concebir proyectos políticos revolucionarios y a entregarse a ellos con fe incondicional. También muchos editores, impelidos por este mismo clima de incertidumbre y de horizontes expeditos, dedicarán sus esfuerzos a levantar el nuevo mundo. El más significativo en la carrera de Tresserra, a tenor del número de colaboraciones, parece haber sido Salvador Manero. Como apunta Pura Fernández, este, que tiene buena parte de su fondo en catalán, junto a otros editores barceloneses como Jané Hermanos y Juan Pons o José Miret, configuran el tejido de empresarios del mundo del libro cuya “especificidad editorial viene marcada por la militancia política” (2005 b: 111). Explica Pura Fernández que Manero, cuyas actividades arrancan al menos desde 1858, como indica la nómina de autores que integran su colección *Librería Nacional y Extranjera Salvador Manero*, se mostraba muy al tanto de las novedades bibliográficas europeas. El barcelonés desplegará una intensa actividad dentro del campo de la edición heterodoxa, canalizada fundamentalmente a través del “Establecimiento Tipográfico Editorial que lleva su nombre y que gestiona durante

décadas, a menudo en colaboración con otras imprentas, como El Porvenir –de Buenaventura Bassas, filomasón- o como impresor para otras empresas como El Iris Editorial de Rafael Ribas” (p. 106). En la nómina de Manero se hallan sobre todo, como continúa diciendo Pura Fernández, “compañeros de militancia masónica (o filomasónica) y política, como Fernando Garrido, Roque Barcia, Rosendo Arús y Arderíus, Odón de Buen y Luis Carreras”, además del grupo de novelistas catalanes de pasado cabetista que luego formarían la vanguardia del Partido Demócrata español, como Ceferino Tresserra, Antonio Altadill, Eusebio Blasco, F.J. Orellana o Roberto Robert (*ibíd.*).

Al final de *El poder negro*, salido de las prensas de este editor catalán, hallamos un catálogo de los libros y revistas publicados y vendidos en la “Librería de Salvador Manero” entre el periodo de 1859 y 1863. Cuatro son los escritores españoles que destacan por el número de obras: tres publica Francisco J. de Orellana¹⁵⁶, seis Víctor Balaguer¹⁵⁷, tres Fernando Garrido¹⁵⁸ y, finalmente, cuatro Ceferino Tresserra¹⁵⁹. Habría que añadir, además, otros dos libros, *La regeneración de España* (1859) y *La guerra de África* (1861), aparecidos bajo el seudónimo de Evaristo Ventosa y que, como dijimos, cobijaba las identidades de Garrido y Tresserra. El catálogo incluye poco más de cuarenta obras de casi todas los géneros, poesía, teatro, tratado históricos y científicos, novelas, etc.; y de él se colige que los intereses editoriales de Manero son fundamentalmente dos; por un lado, difundir las corrientes de pensamiento laicista y demócrata-republicano y, por el otro, reivindicar la cultura y lengua catalanas. Ambos aspectos se hallan contenidos en una de sus publicaciones rotativas, *La Revista de Cataluña. Periódico quincenal de historia*, que el editor reunió en dos gruesos volúmenes en 1862. Entre sus redactores, además de los cuatro recién citados, se contaban otras importantes figuras de la democracia española como Roberto Robert o Anselmo Clavé, y cabecillas de la *Renaixença* como Mañé y Flaquer o José Leopoldo Feu. Escribe Manero en el prospecto de esta obra:

Vemos el progreso laborioso, pero seguro, de nuestra patria y queremos acudir con nuestra piedra al edificio de la regeneración española, que ya majestuoso se

¹⁵⁶ *Flor de Oro*, *Quevedo*, *Novela histórica* y *Cristóbal Colón*. *Historia popular*. En ninguna de ellas consta la fecha exacta de publicación.

¹⁵⁷ *Lo trovador de Monserrat*. *Poesías catalanas*, *Ausias March*. *Drama histórico en cuatro actos*, *Don Juan de Serrallonga*. *Drama en cuatro actos y un prólogo*, *Italia*. *Colección de cantos en lenga caralana*, *Don Juan de Serrallonga*. *Novela*, *La bandera de la muerte*. *Novela*,

¹⁵⁸ *Obras escogidas*, *La democracia y sus adversarios* y *Biografía de Sixto Cámara*.

¹⁵⁹ *Los Misterios del Saladero*. *Novela filosófico-social* (1860), *¿Los anarquistas, socialistas y comunistas son demócratas?* (1861), *La judía errante*. *Novela filosófico-social* (1862), *El poder negro*. *Novela filosófico-social* (1863).

levanta: vemos el inmenso fruto que sacan otros pueblos de la difusión periódica de las luces, y queremos contribuir con cuanto podamos a que el nuestro siga tan provechosas vías; vemos desarrollarse la afición a las lecturas útiles entre los hombres que mejor conocen sus intereses, y pretendemos hacer algo para que esa afición arraigue, y se difunda... (1862, v. II: 11).

Muchas otras actividades dan testimonio del compromiso adquirido por un colectivo de editores catalanes con la democratización de España. La publicación del *Libro del obrero* (1862), a iniciativa de Tresserra, constituye una buena muestra de cómo estos incluso llegaban a prestar sus servicios desinteresadamente a favor de la causa. Nuestro autor, en la carta que abre la obra y que dirige a Anselmo Clavé, director de las Escuelas Corales de Euterpe formadas por obreros a la que se dedica, escribe que con sus solas fuerzas le habría resultado imposible llevar a cabo el ambicioso proyecto de reunir en un mismo lugar a todos los prestigios literarios de Cataluña; y más aún sufragar los gastos materiales que implicaba la empresa. Informa de que Narciso Ramírez, editor también de algunas obras de Tresserra¹⁶⁰, “ha impreso todos los ejemplares a precio de coste, mientras que Salvador Manero ha hecho su administración gratis”, y añade, “el producto líquido, deducidos gastos se destina al señor Clavé, en beneficio de sus sociedades corales” (p. 5).

Este tipo de colaboraciones pone de manifiesto que existía un sólido tejido de editores, libreros, impresores, cajistas y escritores fieles a los ideales republicanos que afrontaron la labor editorial como un estrado más de la misión regeneradora y apostólica que se habían encomendado. Las actividades de estas redes se prolongarán durante los difíciles tiempos que vivirá el republicanismo en los primeros lustros de la Restauración, e incluso tenderán a acrecentarse. La trayectoria política y literaria de Rodríguez-Solís ofrece un claro ejemplo de la línea de continuidad editorial que seguirán estos colectivos tras el fracaso de *La Gloriosa*. Como señala Pura Fernández, Rodríguez-Solís publicará su primera obra, *Reseña histórica de las monarquías españolas*, en la *Biblioteca Revolucionaria* de Manero (2006: 80). El joven escritor entró de este modo en el circuito de la edición republicana democrática

¹⁶⁰ La desaparecida *Porvenir de las asociaciones de la clase obrera; origen y estado actual de la cuestión en Cataluña* (1855); y, también, según el catálogo de Palau y Dulcet, en 1873 sacará en Barcelona la tercera edición de *¿Hay Dios? Estudio crítico-filosófico de la cuestión de las cuestiones*, publicado en primer lugar en la imprenta madrileña de J. García en 1871. (1948: 112). A ello se debe sumar otra obra desaparecida de Tresserra, *Julio el Bastardo o Del patíbulo al poder* (Molins, 1972: 698). La dificultad de encontrar escritos publicados por Narciso Ramírez sugiere que su empresa fue objeto de una ardua persecución por parte de las autoridades isabelinas. A la espera de profundizaciones, puede arrojar la hipótesis de que este editor padeció una prohibición similar a la que Espartero decretó respecto a la Sociedad Literaria de Madrid capitaneada por Ayguals de Izco.

para no abandonarlo hasta el final de sus días. Desarrollará una intensa labor propagandística en estos medios, tanto en calidad de autor como de promotor; pues él mismo acabará por embarcarse “en numerosas empresas editoriales dando a la luz publicaciones combativas como la *Federación Española. Revista Republicana Federal* (1870-1872)” (p. 81). Sus obras serán publicadas en imprentas como la de Manuel Galiano, también editor ocasional de Tresserra¹⁶¹, o, ya en la Restauración, en las de José María Faquinet, sobrino del revolucionario Roque Barcia.

Junto al colectivo de editores, el concurso de una serie de mecenas y valedores de la democracia procedentes de la nobleza y la alta burguesía comprometidos con el Partido Republicano resultará crucial. Como apunta Pura Fernández, se hace necesario conocer “la labor de proyección y protección socio-culturales desempeñada por algunos hombres de negocios españoles, que entrelazan la pasión por las letras literarias y por las letras de cambio, merced a su fe en el ideario del republicanismo, del laicismo, del progreso y de las libertades” (2008: 2). Enrique Pérez de Guzmán, el marqués de Santa Marta, al que aludimos en el primer capítulo como sostén fundamental de Pi y Margall y también presumiblemente de Tresserra, fue de uno de ellos. Este aristócrata parece ser que donó grandes cantidades de dinero para la causa, puso sus altas influencias al servicio de sus correligionarios y asumió, además, cargos de cierta relevancia en el ejecutivo del partido. Rodríguez Solís menciona a otros personajes, como por ejemplo Antonio Malo de Molina, que también aportaron parte de su fortuna para sufragar los gastos de publicación de la propaganda republicana (1893: 517). De nuevo es gracias a los trabajos de Pura Fernández que contamos con información sobre las figuras de algunos de estos desconocidos mecenas ideológicos. Uno de ellos es el que dedica a Adolfo Calzado, banquero español afincado en París, que desplegará sus recursos y contactos en las altas esferas para favorecer las carreras literarias de los Castelar, Fernando Sawa o Galdós. El escritor canario precisamente ridiculizará en la figura de su personaje de ficción Torquemada la impostura de la burguesía comercial madrileña; pero como indica Pura Fernández, también se dieron ejemplos en contrario:

Algunos de los hombres de negocios y de las casas de banca no sólo militaron en las filas de las letras de cambio, algunos aplicaron parte de sus ganancias al apoyo de causas políticas, periodísticas y literarias. Así, tenemos a los

¹⁶¹ *Catecismo democrático republicano* (1868). Palau y Dulcet (1948: 112).

progresistas J.B. Reig, Surrá y Rull, a los futuros demócratas radicales como Lorenzo Calvo –banquero filipino afincado en París–, que apoyó la intentona del general Torrijos, o a los republicanos José María Orense, marqués de Albaida, y Cosme Echevarrieta, hijo del banquero Horacio Echevarrieta (2008: 2).

Como decimos, la investigadora se centra en analizar el caso de Adolfo Calzado. Este banquero había conocido a Castelar durante el exilio del político en Francia en los años anteriores a *La Gloriosa* y, desde entonces, la amistad íntima y la colaboración continua en todo tipo de actividades culturales marcará la trayectoria de ambos. A partir de 1875:

Calzado y Castelar, en pro de la República política y literaria, urden un sistema de patronazgo y clientelismo paralelo al que imperaba en la Restauración, y su actuación sincopada en la Asociación de Artistas y Escritores Españoles les permitió dirigir los destinos de la corporación profesional desde los primeros años de la década de 1880, con una estrecha vinculación con el exilio republicano en Francia (p. 5).

Estos mecenas, a diferencia de los impresores y editores, que en último término contaban con obtener un rendimiento económico de sus actividades, lo cual en principio no debería implicar una merma a la sinceridad de su compromiso ideológico, no tenían en el horizonte ningún tipo de ganancia. Su labor por lo tanto era netamente altruista. Los mecenas artísticos es sabido que han abundado en diversas etapas históricas, lo que resulta menos frecuente es que estas tareas de patronazgo y protección se realicen con un trasfondo político. En el XIX, y en todo el continente, proliferarán los casos de nobles y ricos burgueses que financian generosamente la propaganda ideológica, democrática, republicana o socialista, que se dirigía a atacar abiertamente sus privilegios de clase. Para el ámbito español, que nosotros sepamos, salvo los estudios monográficos y aislados de Pura Fernández, adolecemos de trabajos panorámicos que nos permitan valorar con suficiencia el impacto de estas actividades en el movimiento republicano. La convención historiográfica apunta normalmente hacia un escaso apoyo de las altas instancias hacia la democracia española. Pero lo cierto es que en la trayectoria de figuras como Pi y Margall o Castelar sus mecenas desarrollaron un papel imprescindible. Muchas obras políticas, literarias y filosóficas que influyeron determinadamente en el pensamiento español de la época, y

consiguientemente en la historia de nuestro país, vieron la luz gracias a la generosidad de nombres ahora anónimos. El conocimiento de estas actividades creemos por lo tanto que no es baladí, antes al contrario, su estudio aparece como cala ineludible para poseer una visión coherente y rigurosa del periodo.

En este caso los estudios encuentran una dificultad añadida a las habituales en el ámbito del movimiento republicano, la cual viene definida por el mismo concepto de “altruismo”, que resulta ser controvertido por su dudosa y escurridiza “cientificidad”. El clima posmoderno, marcado por la fatiga que acusan las ideologías y las religiones, tradicionalmente señaladas como resortes de este tipo de conductas altruistas, determina en nuestra época que se sospechen imposturas tras cualquier comportamiento magnánimo. Lo heroico, lo rotundamente bueno y bello, no existe, mientras la perversidad campa a sus anchas y no hay problema en indicarla a cada paso. Cosas que seguramente suceden también por una mala digestión colectiva de la psicología freudiana, y una indigestión manifiesta de retórica religiosa. Lo que aquí nos interesa apuntar es que debemos mostrarnos vigilantes ante la aplicación de ciertas ópticas coetáneas a contextos histórico-sociales distintos. En este caso, para evitar anacronismos se debe tratar de reconstruir en lo posible los parámetros de la mentalidad colectiva de la época, y hacerlo sin entrar a enjuiciarlos. Sin duda una de las claves más importantes se halla en la capacidad de las corrientes del idealismo para desinhibir en los individuos el deseo de entregar la propia vida en pos de una causa. Hoy en día el término “idealista” denota ingenuidad, candidez, quimerismo; según el *Diccionario de la Real Academia Española*, en la primera de sus acepciones, es idealista aquel que “que propende a representarse las cosas de una manera ideal” (2007), esto es, de una manera fantasiosa o inexistente.

Tresserra, en su primera novela, financiada por el mecenas de Villanueva y la Geltrú, Josep Tomás Ventosa, escribía:

Mientras haya un mendigo, un jornalero sin trabajo, una ramera, un ladrón, un asesino, nadie tiene el derecho a lo superfluo, por cuanto el valor que en él se emplea, es una deuda del necesitado [...] Empleé el rico una parte de lo que gasta en lo superfluo, en escuelas públicas por ejemplo, en cátedras de moral, y al paso que disminuirá el escándalo, aumentará la instrucción que es la extirpación de la pobreza y el crimen (MBC: 248).

Se trata de una apelación moral que el Tresserra de diez años más adelante, cuando se convierta en un individualista fervoroso, no habría formulado. Para entonces se había convencido de que no existe teoría, sistema o ideología que pudiese ignorar la base egoísta que también anidaba en las conductas humanas. Sin embargo, igual que estaba dispuesto a dar la vida con diecisiete años por el credo cabetista, estaba dispuesto a darla con cuarenta y cinco por el republicanismo tintado de “frío” liberalismo económico. La abundancia de editores que arriesgaban sus caudales y su posición, los mecenas que se implicaban en empresas a menudo atentatorias de sus intereses de clase, y los activistas como Tresserra que ponían por completo sus vidas al servicio de unas ideas, denotan unas coordenadas socio-históricas complejas para cuya comprensión el investigador hodierno debe realizar un esfuerzo añadido de extrañamiento de la propia mentalidad. Es en este sentido, como veremos más adelante, en el que debe enfocarse la estética melodramática, igualmente estigmatizada por los derroteros tomados por el “buen gusto” durante el siglo XX, y que constituye la savia de este periodo fundamental de la modernidad.

Como denunciábamos con anterioridad, al hilo de la exposición de las tesis de Bourdieu, los cotos del arte verdadero han venido librándose de la sombra de ambigüedad que se cierne sobre cualquier conducta humana. La musa literaria de los autores canonizados suele disfrutar de una aureola misteriosa que les protege de las múltiples corrupciones a las que se hallan expuestos el resto de los mortales. Por contraste, los escritores del reino de lo paraliterario naturalmente aparecen representados como aquellos que han vendido su alma al diablo, diablo que es la industria. Como se observa, la tesis que tratamos de sostener en nuestro trabajo respecto a Tresserra y algunos de sus correligionarios, supuestamente folletinistas mercantilizados, es radicalmente contraria. En todo caso, no disponemos de datos sobre los números de ventas ni tampoco de baremos fiables con los que calibrar la verdadera acogida que tuvo entre el público de la época este tipo de obras. Resulta claro, sin embargo, que si nos ceñimos al caso de nuestro catalán, podríamos asegurar que su pluma no le produjo grandes beneficios como a Fernández y González, por ejemplo; y que tampoco estaba entre sus expectativas las ganancias del empresario editorial Ayguals de Izco.

Tresserra seguramente era, como él mismo vimos que se definía, “un obrero de la inteligencia”; esto es, vivía de los escasos recursos que le generaba su actividad periodística, teatral y literaria. Las anécdotas que mostrábamos en el capítulo biográfico, recordemos el pasaje en el que Flores García le rescataba de un figón madrileño por unos cuantos reales, parecen corroborar la impresión de que a nuestro autor, como a la mayor parte de sus colegas de la época, su profesión de literatos apenas les permitía subsistir. Circunstancia que

unida a su compromiso político, y los riesgos personales que aparejaba, inclinan a pensar que era un idealista neto, es decir, alguien que puso su vida desinteresadamente al servicio de los principios ideológicos que había abrazado. Todo ello, en nuestra opinión, constituye una irrecusable conducta magnánima que debe actuar como dato de estudio, aunque no como pie de valoraciones de su mérito literario. Galdós y Clarín seguramente pensaban con sinceridad que mediante sus obras prestaban un servicio necesario para su país y que los únicos dictados que seguían eran los de su numen. Las diferencias que ha registrado la historiografía con evidente arbitrariedad entre ambos grupos de escritores son que las intenciones declaradas por autores como estos dos últimos, es decir, por literatos canonizados, no constituyen un dato de estudio, sino la base a partir de la cual se generan esos estudios. Por lo tanto, tales declaraciones normalmente se dan por inatacables, no se cuestionan; cuando, sin embargo, existen numerosos elementos para hacerlo. Lo cual contrasta con la monolítica caracterización que reciben aquellos otros desahuciados en los sótanos paraliterarios.

4. LA CENSURA

Otro de los elementos que a menudo se dejan de lado en el análisis de la literatura y el pensamiento del siglo XIX en España es el del condicionamiento que padecían a causa de la existencia de una resolutive censura. A la hora de acometer el estudio de novelistas como Tresserra, que se vieron permanente hostigados por ella, no tenerla en cuenta desvirtuaría cualquier acercamiento a su obra. La censura aparece como un compañero de escritura determinante de la poética de muchos de estos autores. Manuel Abellán advierte de lo común de estos descuidos respecto a las letras españolas en general:

Asombra que no existiendo duda alguna sobre el papel nefasto y tergiversador de las actividades censorias a lo largo de la historia y experimentando a diario tan cerca las mil y una formas solapadas del control ideológico, censura y propaganda, una singular obstinación y parálisis mental afecte la iniciativa investigadora de quienes por oficio deberían haber involucrado sistemáticamente un fenómeno tan generalizado como la censura en el acercamiento a la literatura contemporánea (1987: 8).

A lo largo del siglo XIX, salvo las contadas y breves experiencias de poder de los progresistas, y el más prolongado periodo del Sexenio, durante los cuales se instauró la libertad de imprenta, aunque siempre vigilada, los distintos gobiernos de signo moderado aplicaron en nuestro país algún tipo de control sobre la libre circulación de ideas. Tendencia que tuvo su origen en las medidas tomadas por el Gobierno de Carlos IV a raíz de la Revolución Francesa, acontecimiento que encenderá las alarmas de las autoridades absolutistas de toda Europa. Desde entonces, la España oficial podría decirse que se convierte en enemiga de toda corriente intelectual moderna de raíz revolucionaria o reformista.

Mercedes Cabrera clasifica los sistemas implantados por la legislación de imprenta en España durante el siglo XIX en tres categorías. Una primera que tilda de absolutista preventiva, caracterizada por un control previo de toda publicación, y que se correspondería con el reinado de Fernando VII. El segundo, el liberal represivo, que funcionó en los periodos en que las fuerzas progresistas se alzaron al poder - 1820-1823, 1844, 1854-1856, 1868-1874- y que se distinguieron por su aperturismo dirigido a extender lo más posible la

libertad de expresión. Por último, se identifica el sistema moderado, que será el de más larga implantación, ya que cubrirá la mayor parte del reinado de Isabel II, y que se definiría como una matización del sistema liberal que da lugar a un mayor control, sanciones más rigurosas, y a mayores posibilidades de intervención discrecional del poder, llegando en ocasiones a reintroducir el sistema preventivo con cláusulas de depósito previo (1975: 51).

El decreto de 11 de abril de 1805, que reorganiza el sistema de examen de libros existente hasta ese año, crea la figura de un juez supremo de imprentas con jurisdicción propia, que, al mando de un grupo de censores, se encargará de velar por la ortodoxia moral de las publicaciones españolas. Los miembros de este cuerpo tendrán responsabilidad personal por lo que a menudo se mostrarán muy celosos. Posteriormente, los gobiernos de Fernando VII elevaron a cotas insospechadas el control sobre los textos, convirtiendo de hecho a España en un fortín casi impenetrable para toda idea que resultase molesta a las autoridades absolutistas y eclesiásticas. El decreto de 22 de octubre de 1820, surgido a partir del ascenso de los liberales al Gobierno, retomaba el criterio represivo sentando las bases en torno a las cuales se movería la legislación a partir de la muerte de Fernando VII: supresión de la censura previa, fijación de requisitos de publicación, establecimiento de la figura de responsables, enumeración de delitos y sanciones correspondientes, juicio por jurado, etc. Con el reinado de Isabel II se verificará una mayor apertura, aunque en ningún momento dejarán de articularse mecanismos represivos. El reglamento de imprenta de Javier de Burgos de 4 de enero de 1834 implanta un sistema mixto de libertad y control que perfila el sistema censor, que completaba al de 1820, y que caracterizará al Estado liberal español durante la mayor parte del XIX. Asimismo, en estas fechas se promulga otro reglamento que crea la figura del editor responsable, que disfrutará también de larga vigencia. El decreto de la libertad de imprenta de 10 de abril de 1844, como apunta Mercedes Cabrera, le otorgará un perfil claro: ningún periódico podía ser publicado sin que el jefe político tomase conocimiento de la identidad del editor, quien decidía sobre su aptitud; se debía prestar depósito de 120.000 reales: “Todo escritor tenía que mandar al jefe político un impreso antes de publicarlo, y en virtud del artículo 50 si aquel encontraba que el impreso comprometía la tranquilidad pública, la ley le facultaba para suspenderlo” (1975-59).

Por lo tanto, instituciones culturales como las academias, manejadas a placer desde el Gobierno, y sobre todo la Iglesia católica, serán las encargadas de establecer lo que es dado leer y escribir a los españoles. La praxis censoria se centra desde 1834 en tres puntos fundamentales: referencias directas a las personas de la autoridad, la intangibilidad de las

formulaciones dogmáticas de la Iglesia y la defensa de los principios políticos y económicos del liberalismo doctrinario (Romero Tobar, 1976: 112).

Según Romeu de Armas, mediante estos sistemas mixtos “se coaccionó muchas veces de manera más eficaz la libre emisión del pensamiento” (Botrel, 1997: 23). Toda vez que el miedo a la censura colocaba a autores y editores en una incómoda incertidumbre, la prudencia resultaba altamente aconsejable. Alcalá Galiano, al poco de ser implantado este régimen que, en palabras de Botrel, “ni reconoce una libertad absoluta ni mantiene las trabas anteriores” (*ibíd.*), se quejará del modo en que venía aplicado: “La susceptibilidad del Gobierno español respecto a la política de tiempos pasados es verdaderamente extraordinaria [...] Los Borbones han extendido un manto protector sobre los monarcas de la casa de Habsburgo” (*apud* Ferraz, 1992: 113).

De este modo, se fue fraguando una de las tradiciones más represivas a la libertad filosófica, política y científica de los estados liberales de Europa, lo que, según el mismo Alcalá Galiano, explicará la escasa contribución española a las luces del siglo (*ibíd.*) El profuso cultivo de géneros antiguos como el de la fábula a lo largo del XIX, caso insólito en el resto del continente, estuvo probablemente motivado por la intransigente aplicación de legislación sobre imprenta. Como explica López Freire, los autores “disfrazaron de fábula la sátira política para zaherir, bien a personas, bien a instituciones. La fórmula fabulística les permitía vadear la censura, alegando, llegado el caso, que no habían pretendido decir lo que el censor quería interpretar” (1997: 545).

La censura se cebó preferentemente con la prensa, y muy especialmente en la demócrata republicana, donde escribía Tresserra. Prueba de este enconamiento lo constituye la ley Necedal de 13 de julio de 1857 que, como expone Botrel, exigía un depósito de 300.000 reales para crear un diario y 60.000 para los demás periódicos; posteriormente Cánovas del Castillo la modificó con decreto de 22 de junio de 1865 para establecer la suma a depositar en 100.000 reales; para ser de nuevo aumentadas por las leyes de Posada Herrera del 6 de mayo de 1866 y de González Bravo de 7 de marzo de 1867 (1975: 29). En uno de sus folletos, Tresserra transcribe las siguientes palabras de su correligionario José María Rivero: “Es menester saberse hacer cargo de por qué *La Discusión* no ha escrito ni poco ni mucho sobre ciertos asuntos cuidando de mucho de evitar las persecuciones de que ha sido objeto y de no dar gusto a sus adversarios, llevándola ante los tribunales de imprenta” (ACS: 69).

Fernando Garrido, que debido a su incontinencia verbal será encarcelado y deportado en varias ocasiones, se mostrará siempre osado y desafiante. En referencia a la etapa de Gobierno de Bravo Murillo escribe en uno de sus folletos:

La prensa estaba subyugada, y la aplicación rigurosa de los derechos y leyes vigentes imposibilitaba el ejercicio de la libertad de imprenta. Entre los periódicos más perseguidos figuraban el *Diario Español*, que después del destierro de sus directivos y patronos, contaba en la cárcel con cuatro o seis editores y se veía agobiado por multas, condenas y denuncias sin cuento (1860 a: 12).

El decreto de Bravo Murillo conserva el editor responsable, y, además, contemplaba nuevas figuras represivas, como la del “delito contra la sociedad”, que comprendía a aquellas publicaciones que “propaguen doctrinas contrarias al derecho de propiedad excitando a las clases menesterosas contra las acomodadas” (Cabrera, 1975: 61). A juicio de Garrido, en el periodo posterior marcado por la promulgación de ley Nocedal de 1857, las condiciones de escritores y periodistas incluso llegaron a empeorar:

El lector comprenderá viendo la palidez de este sencillo y verídico relato que, escribiendo bajo la ley de imprenta de Nocedal, calificada de tiránica hasta por el mismo Gobierno que la conserva vigente, no me es posible escribir de otra manera so pena de correr el peligro de que esos apuntes biográficos no llegaran a sus manos. Solo el deseo de consagrar en esta obra el recuerdo de amistad a la memoria de Sixto Cámara pone la pluma en mis manos, para escribir sometién dome a las restricciones que me impone la ley de Nocedal (1860 a: 4).

Efectivamente, como apunta el socialista gaditano, la ley Nocedal significó el endurecimiento de las exigencias requeridas para la publicación de un periódico al elevar el volumen de los depósitos que se debían realizar, y al exigir la firma de todos los artículos. “Lo que si es justo es que desaparezca toda legislación especial sobre la imprenta” (MS: 420), escribe inesperadamente Tresserra en una de sus novelas. El catalán, como Garrido, clamará sin cesar contra los estragos que causaban estas trabas, y para burlarlas se valdrá en sus escritos de todo tipo de ardides metonímicos. Así, en *Los hipócritas*, el narrador describe el páramo intelectual en que el Gobierno de Carlos IV había convertido España ante el

temor de que se propagasen las ideas revolucionarias que convulsionaban a la vecina Francia, y exclama: “¡Periodo notable aquel! ¡Cuadro elocuente de nuestra historia que la generación actual contemplaría con asombro si un oscuro velo no lo encubriese de tinieblas” (LH“ 328). Con sutileza logra relacionar en una pincelada ambas etapas, que caracteriza con el control eclesiástico del pensamiento, lo cual da lugar a un engaño al pueblo orquestado conscientemente por sus mandatarios.

Cuando Tresserra inicia su carrera de novelista a principios de la década de 1850 se endurece la presión censoria sobre la narrativa. A partir de 1848, como vimos, las autoridades habían comenzado a identificar los disturbios populares con la propagación de los folletines de los Sue, Soulié o Dumas. Benito Hortelano relata la anécdota de cómo antes de la sublevación del pueblo de París, los ministros del Gobierno moderado y la mismísima reina Isabel II se contaban entre los apasionados lectores de *El judío errante* (1845). Estos se mofaban de los obispos cuando clamaban contra el anticlericalismo de tales obras y pedían su retirada de la circulación, aunque lo común era que atendiesen sus demandas (1936: 141).

En 1849, una real orden de 6 de enero incluye las obras por entregas entre las sujetas a la obligación de depósito legal, ley que marca el inicio de una escalada represiva de las instituciones censorias contra la literatura. Como dice Pura Fernández: “Es precisamente en el mercado de la novela por entregas donde surge con más fuerza la redefinición de la figura legal del editor responsable –el que asume las posibles sanciones derivadas de la infracción de la normativa de imprenta–, pero dotada ahora de connotaciones sociológicas” (2005 b: 105). Otra real orden de 15 de julio de 1850 daba a las autoridades y fiscales “la consigna de extremar la severidad ante los ataques solapados contra las personas reales y frente a las malévolas insinuaciones, ya con tendencia a inculcar en el pueblo esas funestas teorías –se refiere a la democracia y al socialismo–, cuya aparición cuesta a la Europa caudales de sangre, ya condenando la forma de Gobierno establecido”. Como consecuencia, se recomendaba prohibir los escritos “que contengan doctrinas dirigidas a relajar los lazos sociales, a atacar la propiedad, a vulnerar la religión del Estado, o a ofender las buenas costumbres, ora se publiquen en folletines de periódicos, ora en folletos o libros” (*apud* Elorza, 1975: 274).

El Concordato que firmará el Gobierno español con la Santa Sede en 1851 afianzará las prerrogativas que asume la Iglesia como centinela de la ortodoxia en todos los niveles de la difusión de pensamiento. En su artículo 31 se lee:

Su Majestad y su Real Gobierno dispensarán asimismo su poderoso patrocinio y apoyo a los obispos en los casos que lo pidan, principalmente cuando hayan de oponerse a la malignidad de los hombres que intenten pervertir los ánimos de los fieles y corromper sus costumbres, o cuando hubiera de impedirse la publicación, introducción o circulación de libros malos o prohibidos (*apud* De la Cruz, 2005: 7).

La ley del 2 de abril de 1852 vino finalmente a establecer la censura previa de los folletines que aparecían en la prensa y la obligación a los editores de prestar depósito; medida que calcaba la adoptada por las mismas fechas en Francia contra la novela popular. La década de 1850 será por lo tanto un periodo especialmente difícil para los escritores que defienden el ideario republicano, corriente que por entonces era considerada como la principal enemiga del sistema liberal. “Todos estos defensores de la libertad – comenta Iris Zavala-, aún en sus profundas diferencias, se vieron como desertores y maleantes, gangrena a expulsar. Desde 1848 se recrudece la censura de manera que se hace muy difícil encontrar folletos y documentos de esta época” (1987 b: 153). La imposibilidad para hallar escritos tresserrianos en la década de 1850 constituye una buena muestra de ello; salvo la novela *La Marquesa de Bella-Cruz* de 1851¹⁶², no se localiza ejemplar alguno de sus folletos o escritos literarios.

Sabemos, sin embargo, que nuestro catalán continuó escribiendo porque las referencias dispersas de sus correligionarios así lo atestiguan. De un lado, Columbrí relata como la totalidad de los folletos propagandísticos de los demócratas eran denunciados ante el tribunal del jurado y que, aunque casi siempre obtenían la absolución de este, los secuaces de Zapatero, Capitán General de Cataluña, lo prohibían de igual modo. Con todo, dice Columbrí, dos de ellos llegaron a salir a la calle, uno de su pluma dedicado a explicar las razones de la caída de Espartero y otro de Tresserra titulado *Las dos banderas* (1857: 163), del cual, como apuntábamos, no se halla rastro. Por otro lado, Garrido alude a otro escrito de nuestro autor que sufrirá los rigores de la censura: “**Tresserra** publicó por entonces –se refiere aproximadamente a 1857- su famoso *Cuadro sinóptico del derecho democrático* que fue denunciado y recogido de real orden, a instancia del obispo de Barcelona, después del término legal que marcaba la ley, pero que a pesar de esto se vendía subrepticamente”

¹⁶² Aunque de ninguna de las obras tresserrianas que han sobrevivido se hallan demasiados ejemplares, el caso de esta novela es aún más significativo. Tan solo la Biblioteca Nacional de Cataluña conserva un volumen que procede del fondo Tusquets Cabirols. No se encuentra rastro de ella ni en la bibliografía de Molins (1972) ni en la de Palau y Dulcet (1948-1955). El hecho de que fuese publicada en la ciudad de Villanueva y la Geltrú, en la imprenta además de su joven amigo José Pers y Ricart, explica el hecho de que, al menos, y a través de colecciones privadas de gente de aquella localidad, se haya podido conservar algún volumen.

(1869: 361). No obstante la difusión de la que parece haber disfrutado esta obra, salida de las imprentas de Manero, tampoco ha sobrevivido ejemplar alguno.

Otros tres folletos corrieron la misma suerte: *El porvenir de las asociaciones de la clase obrera; origen y estado actual de la cuestión del trabajo en Cataluña* de 1855¹⁶³; *Carta de un demócrata confinado, dirigida al excelentísimo señor don Juan Zapatero, Capitán general del ejército y principado de Cataluña*, del año siguiente¹⁶⁴; y *Contestación al opúsculo de D. Eduardo Vilarrosa: La jurisdicción y las aspiraciones del clero a la enseñanza*, de 1864, al que nos referíamos con anterioridad. Aunque con toda seguridad fueron más los libros que Tresserra daría a la luz gracias al circuito clandestino que parecen haber tejido los republicanos. La denuncia de la presión de la censura se convirtió en uno de los principales caballos de batalla de los demócratas catalanes.

Como vimos en el primer capítulo, será precisamente Tresserra quien pronuncie uno de los discursos más sonados en la época sobre la libertad de imprenta, en la reunión que se celebró el día 8 de diciembre de 1854 en el Salón de Ciento de las Casas Consistoriales de Barcelona (Reventós, 1987: 98). La asfixia a la actividad intelectual en Cataluña alcanzó tales cotas que, en 1858, un grupo formado por los más prestigiosos escritores de esta región, obviamente de entre aquellos que aún estaban en libertad, pues los encarcelamientos y destierros de Zapatero habían mermado significativamente su número, elevó al Gobierno de Madrid una carta petitoria. En ella se rogaba a las autoridades centrales que conminasen al Capitán General a una interpretación flexible y ponderada de la legislación sobre imprenta, ya que su extremado celo estaba anegando el genio literario patrio y convirtiendo Cataluña en un páramo intelectual (Zavala, 1987 b: 153).

Así pues, para el estudio de la obra de aquellos escritores como Tresserra que buscaron hacer del folletín un instrumento de concienciación, educación y propaganda, se hace imprescindible tener muy en cuenta este tipo de factores extra-literarios que determinaba el contexto socio-histórico. Como advierte Manuel Abellán, “la crítica literaria, tradicionalmente avezada en el establecimiento y reconstrucción de textos, ha privilegiado la autonomía del texto literario desdeñando la multiplicidad de condicionamientos a los que ha estado sometida” (1987: 9). Pretendemos no caer aquí en semejantes descuidos que dan lugar

¹⁶³ La única referencia que hemos hallado de este escrito procede de la bibliografía de escritores catalanes de Elías Molins, y por ella sabemos que constaba de ochenta páginas y que fue impresa en el establecimiento de Narciso Ramírez, editor como decíamos comprometido con la causa republicana (1970: 698).

¹⁶⁴ Como decíamos en el capítulo biográfico, no hemos podido localizar ningún ejemplar. Lo que sí es seguro es que debe existir alguno, ya que Eiras Roel tuvo acceso al texto. Este historiador redactó su trabajo sobre el Partido Demócrata en 1967, por lo que el documento desde entonces ha podido sufrir vicisitudes y extravíos que lo hayan hecho ilocalizable.

a juicios arbitrarios, harto frecuentes respecto a la narrativa decimonónica, y especialmente respecto a la producida durante el reinado de Isabel II. Uno de ellos, convertido, además, en directriz clave del paradigma del folletín español, es el de acusar a los autores republicanos de haber reflejado en sus obras una temática revolucionaria rezagada respecto a la realidad social de su tiempo. Así, Ferreras, aunque concede que algunos folletinistas escribieron con miras propagandísticas, cree su intento rotundamente fallido, pues todo se redujo a una “falsa conciencia que se vendía por entregas”, “a un obrerismo sentimental” (1972: 187). Para este estudioso los escritores supuestamente políticos del periodo “se limitan a reflejar una doctrina, lo menos radical posible, que ya se encontraba en el ambiente, nunca tratan de concienciar”; se lamenta a continuación Ferreras de que no se escriba sobre las huelgas y los disturbios obreros (*ibíd.*). Lo cual supone desconocer, en primer lugar, que la censura existente difícilmente hubiese permitido tales expansiones, y, en segundo lugar, que las huelgas, desde la concepción de los socialistas e individualistas españoles, no constituía un instrumento cardinal para la lucha social, como sí lo será para las escuelas comunistas, porque quedaba subsumido por el principio asociativo, canal válido por sí mismo para procurar la emancipación obrera. No obstante, Ferreras opina que nuestro autor constituye una excepción dentro del panorama del folletín español, ya que a su juicio Tresserra “supo verter su ideología en novelas y panfletos políticos”, de modo que “escribió quizás las únicas verdaderas novelas sociales españolas, superiores a las de Ayguals de Izco” (1972: 277). No podemos sino mostrarnos de acuerdo con esta opinión. Sin embargo, creemos que hasta que no se continúen realizando más trabajos monográficos y profundos sobre otros escritores coetáneos que también presentan rasgos muy interesantes, como Manuel Angelón, Antonio Altadill o Roberto Robert, por no salir del círculo republicano catalán de nuestro autor, no estaremos en condiciones de formular generalizaciones como las que emite Ferreras.

La denuncia, el secuestro de libros, los encarcelamientos, las multas y demás medidas represivas a escritores y editores por parte de las autoridades censorias ejercerán un efecto disuasorio en muchos de ellos. Y también dará lugar a un fenómeno complejo: la autocensura. Las manifestaciones de esta son casi siempre imprevisibles, pues activa distintos y personalísimos mecanismos narrativos en función de la idiosincrasia de cada autor. Categorías del comportamiento escurridizas, y en principio ajenas a las tareas creativas, como la valentía, el arrojo o la firmeza, desarrollan en este aspecto un papel de primer orden. En tales circunstancias, los hay que son capaces de agudizar sus recursos para zafarse de los tachones del censor sin por ello renunciar a comunicar su mensaje. Otros se verán atenazados por el miedo a las consecuencias de una denuncia, cárcel, pérdida de

medios de subsistencia..., y acabarán por decir algo distinto de lo que piensan. De cualquier manera, la institución de la censura, de acuerdo al tiempo y lugar en que ejerza su misión represiva, fija ciertas líneas que en ningún caso les son dadas traspasar a los escritores. La obra de Tresserra sirve para ejemplificarlo; por mucha audacia e ingenio que aplicase nuestro autor al redactar sus novelas, jamás podría haberse permitido, por ejemplo, dotarlas del fondo agnóstico que, como vimos, era la entraña de su cosmovisión. De esta manera, la historiografía sobre el periodo, a la hora de establecer que en la España de Isabel II el pensamiento ideológico era, en última instancia, religioso, lo cual resulta muy común, debe tener en cuenta y analizar las condiciones efectivas que existían para que circularan corrientes opuestas.

La autocensura se imponía también por otros cauces más sutiles y difíciles de detectar que el de la legislación de imprenta. Zavala señala la importancia que ejerció el continuo ensalzamiento de una cultura casticista y autocomplaciente a través de las instituciones y academias oficiales, todo lo cual enraizaba con el clima nacionalista del periodo (1987 b: 154). Defender el cosmopolitismo y fomentar la autocrítica de la nación, como hacían los demócratas y republicanos, suponía de este modo enfrentarse con la opinión mayoritaria y más popular. Se exponían así a ser acusados de antipatriotas y traidores; membrete poco menos que insoportable para el español de la época. Botrel alude también a las recompensas otorgadas por los diferentes gobiernos en forma de premios, subvenciones, prebendas y cargos administrativos a aquellos escritores, editores y libreros que se mostraban complacientes con las autoridades (1997: 27). Dada la penuria a la que se enfrentaban la mayor parte de los que se dedicaban al cultivo de las letras, no resulta difícil imaginar cómo dichas medidas contribuirían a persuadir a más de un escritor sobre las bondades de sus dirigentes; y por lo mismo a disuadirles de denunciar que el emperador iba desnudo.

A pesar de estas duras condiciones, el caso de Tresserra o Garrido, que hicieron de la audacia su sino narrativo, demuestra la existencia de autores que desafiaban permanentemente al estado de cosas y que se acostumbraron a escribir bajo la amenaza del lápiz rojo del censor. Para ello recurrirá a un sinfín de estratagemas, de entre las que destaca el uso del seudónimo que, como explica Zavala, se contó entre los usos más difundidos entre los escritores patrios del XIX (1987 b: 151). Nuestro catalán en los duros meses que pasaron todos los republicanos entre abril de 1866 a septiembre de 1868, como dijimos, se vio en la necesidad de inventar el nombre de Enrique Werty de Guzmán con el que firmó su *Vicente de Paul* (1867). En este siglo, apareció, además, el nuevo fenómeno de la poliseudominia que, apunta Romero Tobar, “recorre las redacciones periodísticas como acto de

fragmentación de los individuos y de comunión colectiva de los grupos” (2002: 98). De la misma opinión es José Fernández, quien, en su obra recopilatoria de seudónimos decimonónicos, escribe: “sin estas claves, grande será la confusión el día de mañana para distinguir a los autores y su reglamentada propiedad” (1907: VII).

Como ya hemos señalado en varias ocasiones, Tresserra y Garrido compartieron el nombre de Evaristo Ventosa, gracias al cual se permitirían la osadía de escribir y publicar respecto al Partido Demócrata, en 1860, que “su forma de gobierno es la República Democrática Federal; su medio de llegar al poder la propaganda y la revolución” (RE: 191). ¿Descuidos del censor o rendijas de libertad? Lo cierto es que seguramente fuese Manero, el editor de la *Regeneración de España*, a la que pertenece esta frase, quien de acuerdo a la figura del editor responsable sufriese las consecuencias de una probable sanción. Mencionar términos como “república” o “federación”, vetados de raíz por la monarquía isabelina, se contaba entre los motivos que acarreaban la censura fulminante. Escribía Pi y Margall al poco de dejar el poder: “desde 1856 a 1868, mal podíamos defender la federación cuando se nos prohibía hasta hablar de república” (1874: 8). Protestaba así contra las acusaciones vertidas por sus adversarios moderados, y también algunos republicanos unitarios, de haber traído a España la exótica planta del federalismo a raíz de un empacho de los escritos de Proudhon. Idea que sorprendentemente hizo fortuna en la historiografía española hasta tiempos muy recientes, en los que ha quedado suficientemente probada la existencia de una añeja tradición federalista.

Lo cierto es que a los escritores de entonces no les quedaba otra opción que atacar o defender indirectamente ciertos principios. Testimonios sobre ello abundan por doquier en los textos de los autores republicanos del periodo. Durante el Sexenio escribía Castelar respecto a su *Fórmula del progreso* (1858):

Si con atención se lee el folleto, echarase de ver en muchos pasajes mi opinión republicana y federal, siempre que paso junto a los problemas relativos a la organización del poder público. Hay un pasaje en que hablando yo de los pueblos donde la fórmula del progreso está ya realizada, solo menciono los Estados Unidos. En este pasaje me detengo a contemplar la república y la ofrezco cual enseñanza práctica de política y administración a mis lectores. Era mi único medio de expresar nuestras ideas (1873: 73).

El choque más cruento que experimentó Tresserra con la censura se produjo en 1862 a raíz de la publicación de *La judía errante* en la imprenta de Salvador Manero. León Carbonero y Sol da noticia de las recusaciones de que fue objeto esta novela en su *Índice de los libros prohibidos por la Inquisición española* de 1872 – a los que añadió todos aquellos vetados por los obispos españoles desde 1819, fecha de abolición del Santo Oficio, hasta el año señalado-; así la distribución y publicación de *La judía errante* fue condenada, entre otros, por el Obispo de Segorbe el 27 de agosto de 1863, por el de Tortosa el 18 de julio de 1863, y por el de Jaca el 12 de abril de 1863 (2001: 371). De las acusaciones que recibió esta obra de Tresserra podemos hacernos un idea gracias a una nota final bajo el título “Cuatro palabras del autor” que Tresserra insertó en el volumen que saldría después:

El decreto del M.I.S. Vicario de esta diócesis condenando la novela cuyo fin acabamos de escribir, nos pone en el caso de decir algunas palabras a los lectores que hayan tenido la bondad de seguirnos hasta aquí.

Solo un exagerado celo, la poca costumbre de leer cierta clase de obras, y más que esto el juzgarlas por la parte y no por el todo, por la exposición y no por el desenlace, pudieron, sin duda, inclinar el ánimo de la autoridad eclesiástica a fulminar un anatema como el que se ha fulminado contra nuestra pobre novela.

Publicada está la obra. Leída habrá sido por gran número de personas; a ellas, pues, apelamos para que nos digan si en alguna de sus páginas hay escenas *cuya lectura no puede menos de herir el pudor de las doncellas y excitar la sensualidad de los jóvenes*; sin leer, en otras, terribles castigos para la sensualidad y el vicio. Si han encontrado sátiras injuriosas a las esposas del Señor, cuando entre los personajes que figuran en la novela no hay ninguna monja, ni siquiera una novicia. También habrán tenido ocasión de juzgar si el aconsejar a los obreros a que antes de casarse procuren depositar en una caja de ahorros sus pequeñas economías; para que más tarde los individuos de su familia no vivan en la miseria, primer escalón del crimen, es imbuir sentimientos contrarios a la castidad conyugal, y si, al contrario, esto no es *subordinar la generación a la MORAL* más bien que otra cosa alguna. Su fallo, en fin, nos dirá si hemos nombrado en alguna página de nuestra obra sociedad, congregación o institución de beneficencia o caridad cristiana, ni mucho menos dicho que algunas de *ellas* sean foco de crímenes y conspiración... (p. 665).

Continúa diciendo nuestro autor que ante los inconvenientes surgidos lo mejor es dejar el segundo tomo de la obra que tenía pensado sacar para otro escrito distinto, donde podrá desarrollar suficientemente la parte filosófico-social que tenía intención de incluir. Esta apelación sugiere la existencia de un circuito clandestino de publicaciones al que el lector avezado sabría acceder. Y, a modo de desafío encubierto, apostilla: “Nuestra pluma, puesta al servicio de la civilización santa de los pueblos, siempre estará dispuesta a trabajar en bien de la humanidad; siempre en favor del oprimido; siempre procurando la extinción de los hombres máquinas y el aumento de los hombres instruidos e independientes” (p. 666). No resulta posible determinar si el volumen de *La judía errante* se correspondía con el que originariamente dispensó Manero por entregas, o si bien sufrió mutilaciones al ser reeditado. Lo cierto es que los dos ejemplares de esta obra que hemos podido consultar presentan entre sí una serie de notables diferencias en sus contenidos; por ejemplo, en uno de ellos falta la nota final del autor recién citada. Ambas, sin embargo, llevan la misma fecha y las mismas señas editoriales. Lo que cabe deducirse de este caso es que las autoridades eclesiásticas disfrutaban de un poder censorio elevado que ejercían a través de su “imperio moral”, pero que este no era inmediatamente vinculante. De cualquier forma, como nos demuestra el caso de Tresserra, sus campañas de persecución y condena podían resultar lo suficientemente efectivas como para interrumpir la publicación de una obra, y seguramente también para aplicar recortes significativos. El escándalo al que dio lugar esta obra del autor republicano debió alcanzar una resonancia pública considerable, pues de resultas de los anatemas emitidos por la jerarquía católica catalana el Vaticano se avino a incluir a *La judía errante* en su *Index Librorum Prohibitorum* en 1864 (2002, V. XI: 892). Distinción que durante este siglo solo les cupo a otras dos novelas españolas: *Cornelia Bororquia* (1799) y *María la hija de un jornalero* (1845) de Ayguals de Izco.

Como comprobaremos enseguida, la incidencia de la censura en general, y la de este episodio de su vida en particular, constituye un factor ancilar a la hora de analizar con rigor la obra y la poética de Ceferino Tresserra.

CAPÍTULO VI

LA LITERATURA DE PROPAGANDA REPUBLICANA DE CEFERINO TRESSERRA

Cuando Tresserra comienza su obra narrativa, al inicio del decenio de 1850, una serie de coordenadas histórico-culturales caracterizan el mundo literario español. En primer lugar, la polarización entre las fuerzas tradicionalistas y las progresistas tiende a proyectarse en todo los ámbitos de la sociedad dando lugar a cosmovisiones dicotómicas; en la literatura, se refleja en la preponderancia del arte utilitarista sobre el esteticismo. En segundo lugar, los escritores patrios tienen por modelos creativos a las celebridades de la narrativa gala, sobre todo aquellos que cultivan la denominada novela social, como Sue, Soulié, Sand, Dumas o Hugo; cuyo éxito interclasista se consolida. En tercer lugar, los sistemas de las entregas y del folletín consiguen allegar la novela a un número cada vez más crecido de lectores, convirtiendo la literatura en un fenómeno masivo y en un negocio sustancioso. Y, por último, el movimiento romántico es ya percibido por gran parte de los sectores intelectuales como una etapa cultural liquidada. Lo cual se traduce en las numerosas parodias y vulgarizaciones de sus señas de identidad de la que es objeto; circunstancia que no impide que muchos de sus presupuestos continúen vigentes al haber sido interiorizados de tal modo que pasan a formar parte de la entraña de cualquier manifestación artística.

Como vimos, a partir de estos ingredientes la historiografía literaria española ha venido elaborando tradicionalmente un retrato del periodo narrativo de 1840-1870 de caracteres marcadamente negativos: la mercantilización, la depauperación artística y la inundación de traducciones e imitaciones extranjeras son sus señas de identidad. De esta manera se reputa a esta etapa de la novela nacional como de sequía creativa. Es el periodo en el que campan a sus anchas los pésimos epigonistas de Ayguals de Izco, quien a su vez fue ya considerado como un desmayado imitador de Sue. Tanto el novelista español como el francés representan ante todo la impostura ideológica, o bien consciente, se les acusa de haber usado oportunistamente la temática política para lucrarse, o bien inconsciente, pues, según la retórica marxista, como burgueses no hicieron otra cosa que transmitir mediante sus obras un sistema de valores reaccionario.

Frente a tal estado de cosas, el estudio de la obra de escritores como Tresserra puede contribuir a revelar la inconsistencia que se deriva de este tipo de juicios masivos, a los que suele conducir el manejo de una historiografía articulada en torno a cánones y etiquetas literarias. Nos ocuparemos de exponer cómo el catalán consigue hacer un uso novedoso, reflexivo y crítico de la novela popular sin por ello abandonar las enseñanzas del género. En concreto, en los próximos apartados, nos fijaremos en la inadecuación de las ideas vertidas en torno a la función ideológica del folletín, pues en nuestra opinión, en manos de Tresserra,

este formato se convierte en un arma proselitista y de educación del ciudadano. De modo que postulamos que sus novelas populares deben ser inscritas en la tradición de la literatura “apostólica y de propaganda”, esto es, del arte utilitario con fines sociales, que venía fraguándose desde el movimiento ilustrado, que luego fue popularizada por los románticos progresistas, y que la novelística social francesa consiguió aupar al centro del sistema literario europeo de la época.

La narrativa de Tresserra forma parte fundamental de su militancia política en el republicanismo y ella misma es expresión de ese compromiso. En las novelas del catalán, todos sus elementos parecen dirigidos a encajar la cosmovisión de raigambre kantiana y de hechuras hegelianas dentro del molde de la novela popular. Para lograrlo ensaya una combinación de sucesos y temas novelescos habituales en el género con el propósito aleccionador y propagandístico. Nuestro escritor evidencia saber muy bien qué tiene entre manos, de manera que manipula a su antojo las convenciones del género y se permite dejar numerosas muestras de su impronta personal. Las reglas del folletín son una guía que sigue obedientemente sin que por ello renuncie a hacer un uso distinto. Se da una suerte de dialéctica entre el respeto y la burla hacia el paradigma de la novelística, ambos calibrados, de forma que sus novelas nunca dejan de ser folletines, pero tampoco pueden ser asimiladas a otras obras en apariencia análogas.

Junto a ello, se aprecia que Tresserra es consciente en todo momento de la existencia de ciertos límites que debe respetar para que su ideario sea eficazmente inoculado en el lector. La censura actúa en este sentido como un elemento mesurador que le obliga a la sugerencia, a la elipsis y al uso de la metonimia. Nuestro autor no busca halagar a sus lectores, y tampoco es su intención la de facilitar su evasión a mundos previsibles, pero no por ello renuncia a entretenerle. En tanto no estorbe su principal objetivo de educar y de propagar su credo democrático, acepta el catálogo de personajes, escenas y lances del imaginario folletinesco, cuya popularidad aparecía asimismo como un reclamo para captar lectores. Es por eso que Tresserra puede ser considerado como un autor plenamente utilitarista. Las reflexiones en torno a un programa estético regenerador quedan fuera de sus intereses, pues primero urge reformar las estructuras políticas y la mentalidad social; finalidades que acaparan todas sus energías creativas. Ello unido a la presión censoria que obstaculiza el uso de otros formatos de escritura más adecuados para los discursos políticos, como el ensayo o el artículo periodístico, le hace afrontar la literatura como un medio óptimo para divulgar sus doctrinas, y no solo como un fin estético en sí mismo. No obstante, esta postergación no significa que el catalán renuncie a toda reflexión sobre el género. Como

veremos, se muestra muy al tanto de las corrientes novelísticas de su época y posee una amplia cultura literaria, y es a partir de este conocimiento que elabora sus obras, pero siempre en función de su idoneidad propagandística.

1. SOMETIMIENTO Y TRANSGRESIÓN DEL PARADIGMA DE LA NOVELA POPULAR

1.1 MELODRAMA Y PARODIA

Escribe Marie-Linda Ortega que se impone la necesidad de estudiar la literatura producida en el periodo isabelino con concepciones estéticas propias de aquella época “que permitan considerar su peculiaridad sin reducirla empleando criterios inadaptados ni someter a juicios de valor” (2002: 9). Estamos de acuerdo con esta postura, y, en nuestra opinión, llevarla a la práctica pasa por aplicar una perspectiva limpia de prejuicios sobre la estética melodramática.

Resulta incontrovertible que en los esquemas que rigen los cánones y la historiografía literarias occidentales lo melodramático constituye una etiqueta apestada cuya carga descalifica poco menos que automáticamente al autor que la soporta. Hecho que, desde nuestro punto de vista, deriva del modo en el que se produjo la canonización del modelo de realismo-naturalismo a partir de 1870. Desde entonces, dentro del mundo del arte, que se haya inmerso en el progresivo desarrollo de una cultura de masas y otra de elites intelectuales, como vimos, muchos de los “auténticos escritores” comienzan a despreciar el gusto del gran público. Ha comenzado la autonomización del arte, o lo que es lo mismo, la carrera de la novela hacia sí misma. Las confrontaciones entre escuelas y los grandilocuentes anuncios del surgimiento de abismos literarios entre las generaciones estaba servido. Un arte como el melodramático de esencia democrática y concebido para el disfrute de todos los públicos no podía sino ser irremediablemente condenado por las altas instancias. Lo cual contrasta, dicho sea de paso, con su ininterrumpida presencia *mutatis mutandis* hasta nuestros días. La ortodoxia realista a la que dará lugar este proceso en sus primeras fases establecerá una serie de pautas dirigidas a conjurar los elementos melodramáticos de las novelas. En primer lugar, la realidad queda homologada con lo estrictamente cotidiano, entendido casi siempre como existencia tediosa. En segundo lugar, lo melodramático es equiparado y reducido a la exageración de la imaginación fantasiosa. Y, en tercer lugar, se establece que la objetividad de la mirada del escritor debe implicar la desaparición de una visión dualista. En adelante, los escritores que aspiren a los laureles del reconocimiento artístico deberán tener en cuenta estas reglas.

Como apunta Peter Brooks, desde las coordenadas que fija la narrativa “intelectual”, que el crítico americano asocia a la canonización de escritores como Gustave Flaubert, los

autores que las siguen adoptan ante la estética melodramática una actitud inspirada en un materialismo de matriz estoica, y marcada por una tendencia al deconstructivismo que se traduce en el uso de un lenguaje vigilante y sospechoso de sí mismo (1980: 259). Flaubert, a juicio de Brooks, es el primero que ve “il vuoto de la essitenza” y lo deja así, sin buscarle significados y “accentandolo come principio regolatore de ogni ambizione umana” (*ibíd.*). Trama y acción son voluntariamente desdramatizados, reducidos a lo insignificante, las escenas quedan despojadas de significado con el fin de denunciar su verdadera naturaleza inauténtica e ilusoria. Por ello, apunta Brooks, quienes aceptan la tradición “flaubertiana” aceptan el descentramiento de la conciencia moderna y la ausencia de una intrínseco sentido como fundamento de la escritura; de ahí que para este investigador resulte lícito sostener “che il melodramma rappresenta un rifiuto di questo decentramento vertiginoso e forse liberatorio, la ricerca de una nuova pianezza, di un nuovo centro etico. Il melodramma diviene cosí una sorta di poesia del centro” (p. 262).

En España, se hallan numerosos ejemplos de cómo algunos escritores patrios de la Restauración, embarcados en el proyecto de fundación de la novela moderna, hacen obediente profesión de antimelodramatismo. Pardo Bazán, por ejemplo, suprimió pasajes y recortó lances de unas memorias que novelaba, no porque no hubiesen ocurrido, sino porque le parecían excesivamente “folletinescos” (González Herrán, 2004: 21). Expresiones que suenan a “disculpa de realista” de la misma autora como la siguiente: “no digáis que esos acontecimientos parecen increíbles, más increíbles son a veces la historia y la vida”; o frases como esta: “a veces la realidad deja tamañita a la novela”, serán frecuentes en su narrativa (*ibíd.*). Pereda introduce a uno de sus personajes en un ambiente tenebroso, y parece que se ve obligado a decir: “me estaba pareciendo un paisaje de melodrama” (Bonet, 2004 a: 13). El autor santanderino salpicará sus novelas con sorpresas, golpes inesperados, atmósferas crispadas, o frases tremendistas, lo que, a juicio de Bonet, es prueba de la contaminación de Pereda de sus abundantes lecturas de los peores folletines (p. 12). Pero donde la impronta folletinesca en la narrativa de Pereda surge con mayor brío, explica el crítico, “es en ciertos giros hiperbólicos del habla, en la mímica, el cinematismo, las coloraciones lívidas del personaje y ello con el aditamento de algún símil psicosomático.... Una pulsión corporal que se adecua por completo a la retórica del folletín y remite a clichés tan esparcidos en los Ayguals de Izco, Fernández y González...” (p. 14). Galdós asimismo se contará entre los grandes “enemigos” de lo melodramático; doña Lupe le pide explicaciones a Fortunata de este modo: “Esto, sí... Maximiliano maltratado... tú entrando en casa tan tarde y con esos modos de traidora de melodrama” (1985: 432). El siguiente fragmento de un artículo de

Clarín, aparecido el 3 de enero de 1895 en *Las Novedades* de Nueva York, esto es, cuando lo melodramático representa ya lo desfasado, lo antiartístico, refleja elocuentemente la campaña de desprestigio soportada por la etiqueta:

La mayor parte de los que se ponen a juzgar sin haber nacido ni estudiado para ello, a falta de criterio original y nutrido de ideas, tienen que proceder por fórmulas y frases hechas; y por eso se nota esta abrumadora monotonía de las gacetillas críticas que parecen una circular, según son de semejantes: “¡Melodrama! ¡Vade retro!”. El señor Guimerá puede consolarse leyendo la carta que Sardou acaba de escribir a un *revistero* italiano quejándose de que se haya censurado el último drama del autor de *La Haine* tachándolo de *melodrama*, sólo porque hay en él escenas horribles, grandes y cruentos crímenes. La verdad es que la palabra melodrama es una de esas que han adquirido tal vaguedad en el sentido, que no cabe hoy ya emplearla con rigor técnico. Si se atiende a su etimología, fácil es ver que nada nos dice de lo que se quiere hoy expresar con tal palabra. “El drama llora, el melodrama lloriquea”, dice Sardou. Esto es más ingenioso que exacto. En rigor ya no se sabe a punto fijo lo que se quiere decir cuando se dice melodrama; pero, por si acaso, Dios libre a todo autor español, y al parecer también francés, de que los *revisteros* de teatros encuentren melodramáticos los recursos patéticos de sus obras (Cervantesvirtual, 2008).

Aunque Clarín se refiere al ámbito teatral tal concepto resultaría perfectamente extrapolable a la narrativa. El autor de *La Regenta* se lamenta de un uso abusivo al que sin duda él mismo había contribuido a difundir entre la crítica española, donde el término melodramático funcionaba a menudo como sinónimo de folletín. Pero en 1895, Clarín, convertido en el crítico literario más respetado y temido del país, no necesita ya arremeter contra los folletines, es más, reclama el matiz y la precisión terminológica.

Como decía Romero Tobar, las etiquetas literarias pueden resultar útiles para iluminar las perspectivas de largos periodos, pero se revelan defectuosas, pues inducen continuamente a errores, cuando se tratan de poner en relación con obras concretas. De la aplicación habitual de la que son objeto estos estándares estéticos derivan los baldíos debates en torno, por ejemplo, al melodramatismo que se aprecia en las obras realistas, o el

realismo que aparece en las obras melodramáticas¹⁶⁵. La compartimentación entre escritores basada en rígidos periodos cronológicos y preceptivas artísticas genera una gran cantidad de estudios exclusivamente dirigidos a denunciar los hibridismos y la imposible pureza de las obras. Lo cual supone que el interés se vuelca no en el fenómeno literario, sino en el método historiográfico con el que viene tratado. Y todo ello cuando resulta obvio que las obras literarias no es que respondan todas algún tipo de hibridismo, sino que resultaría imposible que no fuese así.

Como iremos viendo, las novelas de nuestro autor presentan numerosos rasgos de lo que podría ser una preceptiva ortodoxa realista, tanto en lo relativo a las técnicas como al sustrato filosófico desde el que están concebidas. Pero no es menos cierto que también se hace posible identificar en ellas muchas de las características que se señalan como propias de la poética romántica, sobre todo en lo que atañe a su vertiente melodramática. Lo cual, como trataremos de demostrar, no significa que las novelas de Tresserra respondan al esquema crítico trazado por los realistas respecto a los contornos de lo melodramático. Esto es, a nuestro juicio, para analizarlas cabalmente se hace necesario recurrir a una perspectiva diferente sobre el melodrama. En este sentido nos acercamos a las tesis de Peter Brooks, que parten de considerar al melodrama no como un género o categoría circunscrito al teatro, sino como un movimiento histórico-literario que cubre la práctica totalidad del siglo XIX europeo. Movimiento que, no obstante, comienza a dar síntomas de agotamiento hacia 1870; es decir, una vez que el modelo flaubertiano se va erigiendo como hegemónico (1980: 7).

Los diálogos grandilocuentes entre sus personajes, los conflictos que desembocan en finales apoteósicos, desmesurados, que se resuelven en la victoria o el fracaso rotundo de unos valores sobre otros, o la expresión amplificadora de los sentimientos, son elementos melodramáticos que se hallan en abundancia en la novelística tresserriana. El aliento de esta estética en la escritura de nuestro autor queda reflejado de modo diáfano en sus piezas teatrales. Caso de ello es *Gutenberg*; donde leemos exclamar al inventor de la imprenta:

¹⁶⁵ Un ejemplo muy representativo lo hallamos en la polémica crítico-literaria sostenida entre Isaac Rubio y González Sobejano a propósito de un artículo de 1974 del primero titulado: "Ibsen y Galdós". Rubio sintetiza el contenido de su exposición: "Galdós, en cuanto portavoz de una burguesía que comienza a prevalecer en la sociedad española, encierra su visión de la realidad en las formas del melodrama, mientras que Ibsen, testigo lúcido de las contradicciones entre la teoría y la práctica de esa misma clase, recupera la tragedia y le da un contenido que aun es evidente en el teatro de nuestro tiempo. Naturalmente, esta tesis quedaba justificada, o así lo espero, por un método coherente y una documentación substancial" (1981: 58). Gonzalo Sobejano consideró que la propuesta de Rubio era una provocación, de modo que le contestó con otro artículo "Echegaray, Galdós y el melodrama", en el que negaba rotundamente la posibilidad de asociar al novelista canario con tal etiqueta, para cuya caracterización y esencia recurre a Echegaray, autor que en su opinión encarna lo melodramático.

La verdad divina, tras innumerables siglos viene cautiva en un puñado de libros manuscritos que guardan avaros su tesoro común en vez de esparcirlos y vulgarizarlos entre los hombres... ¡Rompase de una vez el sello que encierra las cosas santas!... ¡Alas a la verdad!... ¡Que el espíritu humano vaya a buscar por medio de la palabra, no ya escrita con grandes gastos por la mano que se fatiga y la atención que se perturba, sino multiplicada como las gotas que forman las olas de los mares, por una máquina infatigable, donde beban a placer todas las almas que vengan a este mundo...! (GU: 14).

La elección del tema, el significado que se le atribuye, la propia conciencia de Gutenberg sobre la trascendencia de su descubrimiento, todo ello viene determinado por la imaginación melodramática de Tresserra. El evento se muestra repleto de simbolismos; cada aspecto de esta escena se dirige a enfatizar y condensar en sí el significado histórico que conllevará el invento de la imprenta para la humanidad. Este drama fue concebido para ser representado durante los años del Sexenio, de modo que la voluntad de trenzar el momento histórico que atraviesa el país con el episodio protagonizado por Gutenberg resulta evidente. Autor y espectadores viven una atmósfera similar a la que representan los personajes del drama: el mundo tal y como hasta entonces se ha conocido se encuentra a la espera de cambios radicales. El melodramatismo se ajusta a la perfección a este estado anímico y a la gravedad del periodo.

En las novelas de Tresserra hallamos ecos indudables tanto de estas técnicas teatrales del melodrama como del espíritu de intensificación que es consubstancial a esta estética. Un ejemplo donde se perciben con claridad estos rasgos nos lo ofrece un tema muy caro para nuestro autor: el del padre mortificado por la separación de sus hijos. Le dice el personaje de Mario de *La mujer ajena* a su hija Enriqueta: “Sin tu inocente cariño el mundo sería para mí más triste y solitario que el sepulcro; eres el único lazo que me ata a la vida, la última dicha que me ha dejado el cielo después de arrebatarme una tras otra todas las esperanzas” (MA: 605). Un sentimiento común, como es el del apego de los padres hacia sus hijos, viene expresado en términos hiperbólicos, el autor quiere subrayar mediante la acumulación de imágenes cargadas de simbolismo la importancia que le confiere. Según explica Tresserra en el prólogo de *La mujer ajena*, escribió esta obra pensando en que su hija, de la que se hallaba separado, la leería. Por ello no puede caber duda de que, particularmente en un pasaje como este, trata de expresarse con sinceridad y veracidad. Esto es, queremos decir

que el catalán percibe, vive y recrea sus propias experiencias vitales de un modo que podría catalogarse de melodramático.

Los documentos oficiales que promulgará durante su mandato como gobernador civil de Soria constituyen también una prueba elocuente de esta mentalidad, que Tresserra exterioriza sin viso alguno de artificiosidad. Las siguientes palabras corresponden a una circular dirigida a los ciudadanos de su provincia ante los repetidos episodios de insubordinaciones carlistas que se estaban produciendo en 1873:

Dignificado el ciudadano español por la más grande de las revoluciones, enaltecido por la consagración de los DERECHOS DEL HOMBRE torpemente negados hasta entonces, derrocado el imperio de las monarquías que lo tiranizaban y empobrecían, caído el poder de la teocracia que pervertía su conciencia en infames supersticiones. Hoy, todos estos elementos del mal congregados en las cunas de las agrestes montañas del Norte y formidables desfiladeros del Este, a la sombra de una bandera negra como su conciencia y manchada de generosa sangre, rugen con inaudito esfuerzo al contemplar perdida su última esperanza y desvanecerse como una sombra sus locas ambiciones. Es que do quiera sea una realidad la proclamación de los DERECHOS DEL HOMBRE, do quiera las cadenas de la conciencia hayan caído rotas y despedazadas, allí no vuelve a brotar, no germina el fruto, de estas dos grandes maldiciones: EL DESPOTISMO Y LA TEOCRACIA. (*apud* Soledad Iglesia, 1985: 580).

Dice Vargas Llosa respecto a Víctor Hugo que su titánica vida ejemplifica a la perfección “los borrosos límites entre el superhombre como ficción y como proyección de una mentalidad de contexto y como proyección en cierto modo de las experiencias vitales de un autor” (2004: 18). Algo similar podría apuntarse respecto a Tresserra, cuya vida repleta de acontecimientos y experiencias a menudo análogas a las que protagonizan sus personajes novelescos, puede generar confusión respecto a las fuentes de su numen narrativo. ¿Cuáles son las diferencias que pueden darse entre la percepción de la realidad de escritores como Hugo o Tresserra o la de intelectuales que, como Flaubert o Clarín, llevaban una vida provinciana y tranquila? Nos situamos aquí en ese borroso límite al que se refiere Vargas Llosa y que añadiría un elemento perturbador más a la problemática que plantea el afán realista de “reproducir la realidad”. El caso de nuestro catalán nos muestra como a la hora de

realizar sus recreaciones literarias de la sociedad en la que vive, como mandan los cánones de la escuela realista-naturalista, recurre a la observación, a la experiencia o a la autoridad de los estudios científicos. Sin embargo, los resultados a los que da lugar su narrativa son en numerosos aspectos distintos de los producidos, con un mismo instrumental, por escritores como Flaubert o Clarín. Cabe pensar que ello ocurre por la distancia de temperamentos y talentos artísticos, con lo cual estamos de acuerdo, pero añadiendo una circunstancia no menos decisiva: Tresserra, a la par que usa las técnicas realistas, cultiva una estética de tonos melodramáticos, porque la época en la que vive, su propia mentalidad y sus experiencias vitales son ellas mismas melodramáticas.

Explica Brooks que cabe entender el melodrama como un producto de la liquidación del imperio de lo sagrado en la mentalidad colectiva operada gracias al derrocamiento de las instituciones que lo representan: iglesia y monarquía, y que tiene lugar a partir de la Revolución Francesa. La moral y el concepto de virtud asociados a estas quedan obsoletos, deben construirse unos nuevos, también una nueva religión y unas nuevas leyes. El melodrama aparece por lo tanto como la manifestación literaria del choque violento entre el orden viejo y el del porvenir. De ahí, según Brooks, su imprescindible dualismo: “Il mondo è classificato secondo un tacito e costante manicheismo” (1980: 19). Las obras del melodrama tienden a lo hiperbólico, se reconducen a lo absoluto de contraposiciones: tinieblas y luz, salvación y condenación; de modo que sus personajes parecen situados exactamente en el punto de intersección de fuerzas éticas primordiales. El centro de los intereses de la escena del drama reside en la representación de valores espirituales operativos que son, al mismo tiempo, señalados y disimulados en la superficie de la realidad. El melodrama aspira a desenmascarar el mundo de las apariencias para alcanzar la realidad más escondida y verdadera, de modo que la técnica que lo caracteriza existe justamente para determinar y dar luz a este universo moral subrepticio. En el melodrama las cosas dejan de ser lo que son y se convierten en vehículos de metáforas cuyo tono sugiere otro orden de la realidad.

Apunta Brooks que “il desiderio di esprimere tutto sembra una caratteristica fondamentale della tecnica melodrammatica” (p. 16); es decir, nada se ahorra en estas obras, los personajes lo dicen todo, incluido lo que no se puede decir. Estos rasgos señalan la oportunidad, según el crítico, de definir al melodrama como un arte esencialmente democrático, pues expresa el triunfo de la palabra antes oprimida que pasa por encima de la censura o de las hipocresías tranquilizantes (p. 66).

La exageración y la condensación de significados en el lenguaje, en las tramas, en los caracteres de los personajes, son las técnicas que encuentra el melodrama para dar cauce a las inquietudes que pretende representar. Lo cual implicaba una tendencia hacia un estilo irreal y alejado de cualquier naturalismo; vertiente que acabará por identificar en exclusiva al conjunto de estas obras, aún cuando no cabe señalar un implacable determinismo hacia estos rasgos. No en vano, apunta Brooks, el germen de este género teatral se halla en la pantomima, un teatro popular y callejero en el que estaba prohibido el diálogo y donde la palabra hablada eran gestos subrayados. Desde la Revolución Francesa, gracias a la libertad de expresión que viene a establecer, este teatro adquiere un nuevo rol: pasa a convertirse en un instrumento natural para la puesta en escena de eventos de la actualidad y de sátiras político-sociales; y añade Brooks: “Il teatralismo era sempre spinto all'eccesso e la vita reale pareva mirare a imitarlo, nell'epica storica della Rivoluzione e nelle battaglie sanguinose dell'Impero che la nazione stava recitando collettivamente” (p. 113). Esta estética aparece pues como el reflejo de la mentalidad colectiva de una época que es percibida por sus propios coetáneos como tiempo de cambios trascendentales y titánicos.

Para Brooks, la evolución del teatro moderno liberado de los géneros tradicionales está estrechamente unida, además, a la formación de la narrativa decimonónica, la cual quedará impregnada irremediabilmente por la estética melodramática. En primer lugar, porque las novelas nacían con la vocación de llegar a un gran público, y para ello debían tener muy en cuenta el gusto de este por la teatralidad. *Los misterios de París* de Sue son, según el investigador, la expresión más elocuente de la fusión entre el melodrama teatral y la novela (p. 121). De hecho, el folletín heredaría del género una buena cantidad de sus rasgos y caracteres. Pero su influencia será más prolongada y llegará a todos los estratos literarios. Quizá ningún otro escritor como Victor Hugo personifica mejor este espíritu consubstancial al melodrama, y tampoco ningún otro se mostrará más consciente del papel que podía desempeñar la literatura en la época; escribía:

Hoy día el escritor ha reemplazado al sacerdote; aquél recoge la luz del altar y la derrama en el seno de los pueblos... consuela, maldice, reza y profetiza. Su voz no solo recorre la nave de la catedral, sino que puede resonar de uno al otro confín del mundo. La humanidad se convierte en su rebaño, escucha sus poesías, las medita... Una hoja de papel, frágil instrumento de una idea inmortal, puede novelar el globo... El pontífice de este terrible y majestuoso poder, no depende

pues ya de los reyes, ni de los grandes, sino que ha heredado su misión de Dios
(*apud* Picard, 1947: 51).

Para Brooks, sin embargo, los grandes representantes de este sentido melodramático de la novela no son los folletinistas como Dumas o Sue, o los románticos como Hugo, sino Henry James y Honoré Balzac. Respecto a este último el investigador opina que este género constituye un asunto central de su obra, y subraya la ingente cantidad de referencias al teatro que se hallan en sus novelas, lo cual a su juicio prueba que escribía para un público cuyo gusto estaba formado en las representaciones melodramáticas (p. 149). Según Brooks, las meticulosas descripciones de Balzac se dirigen a adjudicar un significado oculto bajo la superficie a los objetos y ambientes. Asimismo, como sucede en el melodrama tradicional, el autor nos introduce en el mundo de los significados hiperbólicos, y nuestra entrada tiene lugar en forma de expresionismo moral que se puede definir como la fuerza operada en el plano de la representación hasta que este deje ver el plano de la significación; de ahí la batería de preguntas con las que el novelista martillea a sus lectores acerca de sus personajes y escenas (p. 167). Balzac se vale de esta estética en cuanto modalidad de la acentuación, es decir, usa sus mecanismos de esencialización y concentración de significados para construir las tramas, personajes y argumentos de sus novelas. La narrativa de Balzac, concluye Brooks, es, además, totalizante y prometeica, pues nace con la vocación de reorganizar el mundo en nuevos contextos unitarios a partir de la extrapolación de los signos oscuros de la realidad, que Balzac denomina como altas esferas de lo ideal (p. 197).

La colección de novelas filosófico-sociales de Tresserra, como veremos, está concebida a su modo como un vasto proyecto legislativo dirigido a reordenar el sistema de valores de la sociedad en su conjunto, de lo que deriva un afán prometeico y totalizante similar al que Brooks aprecia en la narrativa de Balzac. Tresserra, de la misma manera, recurre a las técnicas melodramáticas de intensificación de los sentidos ocultos, de ahí la insistencia con la que conmina a sus lectores a que no pasen por alto los significados de las tramas y sucesos aparentemente convencionales que narra: “Esta obra no es un cuento inventado para entretener al vulgo en sus horas de ocio – escribía en el prólogo de *La mujer ajena-*, ni tiene de novela más que la forma: en el fondo es un libro de moral social” (p. I).

Una de las modalidades a las que recurre frecuentemente Tresserra para facilitar este objetivo es el de abrir un canal de comunicación directo con sus lectores a través de retahílas de preguntas, como veíamos que hacía Balzac según Brooks; escribe nuestro catalán:

¿Había perdido en aquella terrible noche la lucidez de sus facultades intelectuales? ¿Se había convertido en un idiota y se negaba a formarse con claridad en su mente las ideas más vulgares? ¿Había perdido la memoria y estaba condenado a continuar la senda de la vida a tientas y en medio de negras tinieblas? No, el pasado aparecía en su alma con todos sus recuerdos, y hasta evocaba algunos que por insignificantes debían haber quedado sepultados en el olvido. ¿Cómo no se acordaba, pues, del hombre a quien pertenecía aquella voz tan conocida para él? (MA: 723).

Tresserra, al insistir en este hecho, obliga a sus lectores a penetrar un sentido que esconde la apariencia primera, que a la postre revelará un alcance moral preciso, en este caso el de la aparición de una justicia que ajusta cuentas del pasado. Las detallistas descripciones que hallamos en sus novelas responden también al impulso de no ahorrar nada al lector, de decir cuanto sea posible, como es propio de la novela realista y en particular de la de Balzac; pero también responden a la voluntad del autor de convertir a objetos y escenarios en portadores de sentidos. En el caso de nuestro autor, el horizonte de un examen censorial y la conciencia de la subversividad del mensaje que quiere transmitir contribuyen a su vez a multiplicar la presencia de estas técnicas de condensación e intensificación de significados. En definitiva, cabe afirmar que la pulsión de una estética melodramática, fundamentalmente en el sentido que les confiere Brooks, delinea la poética narrativa de Tresserra.

Seguramente el contacto de nuestro autor con estas técnicas de escritura se produjo como consecuencia de la tutela de la cultura gala sobre la española. Pero no es menos cierto que, como apuntábamos antes, el melodrama encajaba a las mil maravillas con el contexto histórico y personal del autor. En el siguiente párrafo, que citamos anteriormente, se aprecia como percibía el catalán los tiempos en los que le había tocado vivir:

En ninguna época se ha mostrado la sociedad más inquieta, más impaciente, más atormentada que hoy sobre todo en los países donde más alto se enarbola la bandera de la civilización. Todo en ellos es turbulencias, agitaciones y desórdenes. Los lazos que en las épocas pasadas mantenían unidos los diferentes modelos, clases, órdenes, corporaciones y demás fraccionamientos en que se hallaba constituida la sociedad, se han roto, o faltan muy poco para que se

rompan todos a la vez; por lo que chocan continuamente entre sí, y hay siempre conflictos, luchas, guerras sangrientas y desastrosas (MS: 602).

Él mismo se hallaba participando en primera línea de este proceso de transformación de la sociedad española. La pugna entre la cosmovisión republicana y la tradicionalista católica formaba por lo tanto parte de su realidad externa, pero también personal. Es decir, no podía sino interpretar la realidad de acuerdo con una perspectiva polarizada, o lo que es lo mismo, en clave melodramática. Algo que por lo demás sería imputable a la inmensa mayoría de las personalidades del XIX, al menos españolas, y, también por supuesto, a la narrativa patria de esta centuria, incluida a la parte más abultada de la realista-naturalista. Así lo aprecia Rodríguez Marín cuando dice que “uno de los grandes motivos de la novela del XIX es el enfrentamiento entre distintas cosmovisiones, que da un enfoque dualista de la vida, presente en distintos terrenos (moral, social, político...) y fondo de varios temas específicos” (Baulo, 1996: 66). Asimismo, Baker observa respecto a la novelística madrileña del periodo isabelino que una de sus características fundamentales es que la separación entre la cotidianidad y la historia, sea la pretérita o la contemporánea, pasa por el melodrama; el contenido, el fondo, todo remite a esta estética que, según el estudioso, se basa en una sistemática complicidad entre el narrador y el lector, que se deja manipular porque puede acceder así a las realidades a las que se refiere (Patiño, 2004:31).

En la mente de nuestro escritor sin duda se halla este compromiso, que incluye la compartida conciencia del insoslayable dualismo; así, leemos en *La judía errante*: “Nuestros lectores conocen ya las respectivas posiciones de cada uno de los principales personajes del cuadro que los componen. El bien y el mal van a verse cara a cara y a medir sus fuerzas. El duelo está aceptado por ambas partes. Bandera contra bandera” (p. 342). Cada facción es representante de unos valores irreconciliables, y el autor declara abiertamente cuáles son los suyos. Como precisa Brooks, parte esencial de la retórica de lo melodramático tiende siempre a lo enfático y lo sentencioso con el telón de fondo de un conflicto ético que el mundo debe dirimir (1980: 59).

En España, la oposición política, social y filosófica presentada por los sectores tradicionalistas en alianza con la Iglesia católica contra la nueva mentalidad laica y republicana surgida de la Revolución Francesa dio lugar a lo largo del siglo a un incesante y sangrienta conflictividad. El tono apocalíptico de los representantes del orden amenazado no desmerecía en cuanto al melodramatismo al de sus oponentes. Donoso Cortés, insigne

político conservador y portavoz intelectual de esta casta, escribía a propósito de las doctrinas que defendía Proudhon:

M. Proudhon es inexplicable e inconcebible considerado en sí aisladamente. M. Proudhon no es una persona, aunque lo parece; es una personificación. Siendo contradictorio e ilógico, como lo es, el mundo le llama consecuente, porque él es una consecuencia; es la consecuencia de todas las ideas exóticas, de todos los principios contradictorios, de todas las premisas absurdas que el racionalismo moderno viene planteando de tres siglos a esta parte; y así como la consecuencia contiene a sus premisas y las premisas contienen su consecuencia, esos tres siglos contienen necesariamente a M. Proudhon, como M. Proudhon lleva en sí esos tres siglos necesariamente. Por esta razón, el examen del uno y el examen de los otros dan un mismo resultado; todas las contradicciones proudhonianas están en los tres siglos últimos, y en M. Proudhon están las contradicciones de los tres últimos siglos; y las unas y las otras están en su estado de concentración en la obra más notable, desde cierto punto de vista, del siglo presente: en el *Sistema de las contradicciones económicas* (1978: 123).

Esta conciencia de la incompatibilidad entre las cosmovisiones católica y racionalista también impregnará a la narrativa de signo tradicionalista que surgirá, como apunta Solange Lissorgues, “como antídoto contra las dañinas novelas de Alejandro Dumas, Ayguals de Izco, Victor Hugo y Eugène Sue” (1996: 169). El jesuita italiano Bresciani, autor de novelas históricas de inspiración ultramontana, y muy afamado en la época, narraba en *El hebreo de Verona* (1850) los sucesos acaecidos en la Roma revolucionaria de Mazzini y Garibaldi; la finalidad del autor en esta obra, explica la misma Lissorgues, “que confiesa haberse hallado «en medio de todos los disturbios y trastornos de Italia», y de haber contemplado «su pavoroso aspecto», es convencer a los lectores católicos del «exterminio con que amenazan las sociedades secretas a pueblos y reyes»” (p. 176).

Aquellos que como Tresserra pretendieron introducir en nuestro país el libre examen, el espíritu cientificista y las libertades políticas se toparon con la formidable y enconada oposición del sector que ostentaba la autoridad civil y eclesiástica. Los conflictos entre unos y otros se retroalimentaban en la literatura que producían, y esta, casi inexorablemente, adquiriría tonos melodramáticos.

Por lo tanto, a nuestro juicio, a las obras de Tresserra le resultarían aplicables una buena porción de rasgos de lo melodramático en el sentido que le confiere Brooks al término; del mismo modo que no lo serían en la acepción tradicional que suele soportar la etiqueta. Pues, de hecho, cuando uno se adentra en la narrativa de nuestro autor una de las intenciones principales que se percibe es precisamente la de parodiar la exageración fantasiosa, los relatos inverosímiles y, en suma, todos aquellos elementos que luego fueron usados para defenestrar tal estética.

La propensión a la parodia del melodrama en nuestro catalán se aprecia de modo diáfano en el diálogo intertextual que, en la mayor parte de sus obras literarias, entabla con los maestros de la novela de orientación social, fundamentalmente con Dumas y Sue. Diálogo que, a pesar de la fama de ser un vulgar epígono de estos que arrastra Tresserra en las escasas líneas críticas que se le han dedicado, suele producirse en calidad de enmienda tresserriana hacia aquellos aspectos de la narrativa de aquellos que por su carácter fabuloso, excedido o inverosímil podían restar eficacia a los objetivos señalados. Así, como iremos comprobando, gran parte las obras del catalán se construyen a partir de un juego de espejos entre las escenas y personajes elevados a enseña del género y las correcciones, matices y volteos que él les aplica. Por ejemplo, los títulos de dos de sus novelas, *Los misterios del Saladero* y *La judía errante*, más que el homenaje a Sue que en un principio sugieren, esconden una recusación en toda regla a la poética suesa y al socialismo de su autor. Baste de momento señalar que el catalán presenta la trama de *La judía errante* como la “continuación” de la conquista de una herencia que no han merecido alcanzar “ni los hijos de Fourier ni los de Loyola” (p. 5). Asimismo, la reconstrucción histórica del París del siglo XVII que hallamos en *Vicente de Paul* evidencia la voluntad de Tresserra de desmontar el escenario lustroso e irreal que Alejandro Dumas había pergeñado para las aventuras de sus mosqueteros. La elegante capital francesa aparece descrita de acuerdo a unas pautas que el catalán considera más cercanas a la verdad de la época: sus calles son estrechas, están mal empedradas y cubiertas de lodo e inmundicia; la nula iluminación hace de París el feudo de ladrones y de toda clase de hambrientos ganapanes que subsisten como pueden en una época de decadencia, guerras dinásticas y tiranías monárquicas. La guardia real, esto es, los mosqueteros y arqueros que Dumas había elevado a símbolos de las virtudes galas, en la novela de Tresserra vienen descritos con trazos casi naturalistas: es una ronda de escasos miembros, mal equipados y peor pagados, que desempeñan su labor con desidia. El cardenal Richelieu también es objeto de una redimensión tresserriana que nos lo devuelve convertido en un hombre político taimado, astuto y ambicioso, pero no más ni menos que los

mandatarios de su tiempo, esto es, aparece como un producto de las atrasadas sociedades absolutistas, nada que ver con el sádico refinado del retrato de Dumas. No es casual que los héroes de esta novela no sean ni soldados ni nobles, sino el abate Vicente de Paul y los miembros de su orden, que ante un panorama desgarrador de guerras y miserias, y en tanto las luces de la razón dan sus primeros chispazos, no pueden hacer otra cosa que aplicar modestos paliativos mediante la práctica de la verdadera caridad cristiana.

A propósito de este juego de asunción y traición que caracteriza a la poética de Tresserra resulta oportuna aludir a los estudios de Francisco Caudet en torno a las relaciones existentes entre la narrativa restauracionista y la isabelina, comúnmente explicada desde el punto de vista de una “división tajante entre folletín y novela realista” (1995: 255). A juicio de este estudioso, “el folletín, de manera dialéctica, fue insuflando en la novela realista [...] elementos básicos de su estructura”, dándose, por lo tanto, “un fenómeno de absorción y transformación de unos sistemas de signos en otros” (p. 256). Mediante el ejemplo de las novelas de Galdós, creadas a partir de “la amalgama, el injerto y la imbricación de textos plurales”, explica Caudet que el escritor canario era consciente de que “el público tenía necesidad de experimentar sensaciones irreales y que había una mecánica literaria, que algunos prefieren llamar paraliteraria, consistente en la serialización de lo anómalo y lo fantástico”; pero Galdós “quería ceñirse- sin mentiras, sin trampas, sin exageraciones- a la descripción fiel y verdadera de la realidad.” (p. 257). Así, partiendo de unos cuadros de costumbres de los que había nacido, según él, el cuento, se hacía necesario “introducir dramaticidad, movimiento”, lo cual “bien podría tomarse del folletín o - era lo mismo- del cacumen fecundísimo de Ido del Sagrario” (p. 258). Es decir, como expone Caudet, se produjo una apropiación de las estructuras denigradas de manera que el canario, finalmente, “convirtió el folletín, con el que mantuvo una relación dialéctica, problemática, incluso tensa –por todo ello muy rica, muy fértil, muy...dialógica- en un esencial mecanismo estructural” (p. 260).

Tresserra, como en parte Galdós, recurre al mecanismo exitoso del folletín como vehículo de acercamiento a un amplio público al que pretende comunicar un mensaje que, aunque mucho más desnudo en cuanto a su significación política, nace de una preocupación, los males de España - fanatismo, atraso, ignorancia, etc.-, y una manera de afrontarlos: la reivindicación de una mentalidad tolerante y democrática, en lo fundamental hermanadas. La gran diferencia de partida que existe entre Tresserra y Galdós, es que el primero se desentiende de las polémicas planteadas por las cuestiones formales estéticas que, a partir del último tercio del XIX, centran el debate literario en España y en Europa. Ello no quiere

decir que el catalán padezca ceguera frente a la compleja naturaleza de la novela, sino que el contexto socio-histórico desinhibe a escritores como él, embarcados en la lucha sin cuartel por difundir la modernidad en España, de tales preocupaciones. En la narrativa de Tresserra, no obstante, hallamos otro tipo de reflexión, aquella encaminada a extraer la máxima eficacia proselitista de las estructuras del folletín.

A este respecto, resulta oportuno aludir a la exploración teórica en torno a la novela popular realizada por Gramsci. El escritor italiano proclamó la necesidad de levantar de nuevo “una literatura popular artística”; dice Caudet que para ello “aducía los testimonios-pruebas irrefutables de que esta literatura era posible y de que se había llevado a la práctica de Hugo, Balzac, Dostoievski...” (1995: 255). Caudet recuerda que existen dos categorías básicas de folletín o, en general, de literatura popular:

Una, llamada literaria, fantástica o novelesca; otra, histórica, verídica, que se identifica con lo real. A la primera categoría pertenecen las creaciones en las que lo heurístico prima sobre lo histórico y real. En la segunda ocurre lo contrario. Pero esta división no toma en cuenta que, en ambos casos, se produce una relación dialéctica entre la realidad y la ficción. Lo que pasa es que a menudo uno de esos dos ejes binarios alcanza un mayor- pero en ningún caso exclusivo- protagonismo. La concepción gramsciana de la “literatura popular artística” pretendía precisamente que lo heurístico y lo fantástico estuvieran siempre al servicio de una iluminación de lo real, que fueran mecanismos encargados de potenciar el imaginario creador en el sentido de despertar en cada individuo- y por adición, en el colectivo nacional- la conciencia social y política (p. 252).

La propuesta de Gramsci nacería del conocimiento del peligro que entraña que esta literatura “se convierta en una abstracción tergiversadora, en un texto mentiroso que desfigure la realidad y hasta que la haga irreconocible” (p. 249). Como veremos, la narrativa tresserriana pertenece a la categoría de lo verídico o real referida por Caudet. Y, sin duda alguna, el uso que hace el catalán de los filtros heurísticos se encaminan a transformar sus novelas en lo que el mismo estudioso denomina “metonimia significativa de la realidad” (p. 251). La estrategia de distanciamiento del folletín enajenante que Tresserra practica en sus obras, y que hemos venido describiendo, nace por lo tanto con ese mismo fin: alejar los peligros de falseamiento de la realidad, porque en caso de no hacerlo sus novelas corrían el riesgo de perder eficacia propagandística.

Así, nuestro autor, como Galdós, también entra a parodiar ciertas convenciones del melodrama, pero, como veremos enseguida, las motivaciones que mueven a uno y otro difieren sustancialmente. Un ejemplo paradigmático de este contraste lo hallamos en el cruce entre las vicisitudes de dos personajes, ambos dedicados a remedar el paradigma de heroína de los folletines: la Rosenda de *Los misterios del Saladero*, y la Isidora Rufete de *La desheredada*. Respecto a esta última obra nos resultan útiles los comentarios de José Escobar, que se fija también en la elaboración conceptual de lo melodramático llevada a cabo por Peter Brooks. Dice Escobar, siguiendo al crítico norteamericano, que la “estética de lo excesivo” supone “un esfuerzo por hacer interesante lo real y lo ordinario y la vida privada por medio de una expresión dramática intensificada”; y que dicha táctica forma parte consustancial de la poética de Galdós. Precisa no obstante que bajo su pluma adquiere una nueva faz marcada por la tendencia a la metanarrativa, de manera que “la parodia del melodrama en Galdós no es meramente sátira de las novelas por entregas. Es una operación autorreflexiva” (1986: 364).

Tresserra, en cambio, se contenta con descubrir, ridiculizar, en suma, parodiar los excesos de esas “dramatizaciones ficticias de la existencia” que podían adulterar sus denuncias del mundo real. Sin embargo, al hacerlo, ambos escritores usan motivos literarios similares. En *La desheredada*, dice Escobar, “el funcionamiento de la fabulación melodramática en la vida real se constituye en tema de la novela”; Isidora Rufete confunde y funde realidad y ficción; la protagonista basa sus pretensiones nobiliarias en un documento, propio del paradigma folletinesco, que resulta ser falso pues es producto de un delirio de su padre, enfermo mental. Circunstancia de la cual es sabedor el lector en todo momento. Como explica Escobar: “Esta falsificación del documento produce metonímicamente una descalificación del discurso melodramático [...] rechaza intertextualmente el esquema clásico del melodrama del pobre huérfano que al final resulta ser hijo de padres ricos, como en tantas novelas leídas con imaginación quijotesca por Isidora” (1986: 367).

En *Los misterios del Saladero* encontramos una situación prácticamente calcada. Anselmo falsifica la seña de identidad que actúa como aval del parentesco de Rosenda con el barón: le graba a fuego la marca de las armas de familia que recibió la niña extraviada nada más nacer. La filiación nobiliaria de la heroína de nuestra novela es una absoluta farsa que el lector también conoce desde el principio. Tresserra introduce así un elemento distorsionador del estereotipo del género que, no obstante, actuará como desencadenante de toda una serie de peripecias concordantes con la acción folletinesca clásica. Pero mientras que en la novela de Galdós esta misma tensión sirve para ilustrar un discurso artístico y

realista, desvelando la inconsistencia y pobreza literaria de estos episodios; en *Los misterios del Saladero* apunta a revelar un sentido filosófico-social: la absurdidad de la sociedad de castas del Estado liberal español. Sirve, además, para desacreditar a un personaje, el de barón de T., que aparece como crédulo y fantasioso, esto es, de imaginación folletinesca; pues acepta sin dudar la rocambolesca historia inventada por Anselmo para convencerle sobre su paternidad sobre Rosenda. Hay, por lo tanto, una sátira directa contra la ingenua credulidad del lector del folletín. Pero no puede olvidarse que la circunstancia que da pie a la trama de la hija pérdida es presentada por Tresserra como real, al igual que la cadena de ilógicas casualidades que implican a Florentina, la embajadora ex cantatriz, en la desaparición de la verdadera hija del barón.

El autor no derriba el edificio del folletín, esto es, evita entablar una batalla contra la inverosimilitud de las novelas, y se limita a descargar de las tramas de las suyas todo aquello que podría restarle eficacia al mensaje ideológico que vehiculizan. Así pues, trata de respetar las convenciones que dotan de movimiento a la novela y que colman ese apetito de acción que presupone en su público.

De cualquier modo, cabe apuntar que el tema de los descendientes ilegítimos, especialmente en la nobleza, no debe ser catalogado como mera convención literaria, que es lo que ocurre a menudo en la práctica, sino que hunde sus raíces en una sociedad que no reconoce el divorcio, que reduce a la mujer a objeto sexual y que condena hipócritamente el adulterio. Es decir, respondía a una realidad con la que convivían los españoles del siglo XIX. Todo ello viene oportunamente señalado por Tresserra, que si conserva estos lances estereotipados y a menudo degradados es por la carga metonímica de lo que son portadores. En *La desheredada*, como escribe Escobar, “Isidora al final no será hija de padres ricos como sucede en el clásico esquema melodramático, sino que se queda reducida a una vulgar prostituta, personaje típico de una novela naturalista” (1986: 368). Tampoco Rosenda resulta proceder de una cuna más lustrosa que la de Rufete, pero, en cambio, ello no le impedirá abandonar su condición de prostituta. Tresserra concede al folletín lo que es del folletín, y en su apresurado epílogo dejará a todos los personajes valiosos en casa del barón, quien purgará su imbecilidad en compañía de Rafael y Rosenda, una vez que Isolina le obliga a admitir al hijo bastardo y a su esposa como legítimos herederos de su fortuna. Pero no ha hecho falta que Rosenda sea aristócrata para resultar ser mejor persona de la que era, el milagro lo ha obrado el amor, el hecho de que ha sido tratada como un ser humano. En la creación galdosiana, según Escobar, “la conclusión es que la metaficción melodramática en esta novela sirve para desvalorizar el proyecto existencial de este personaje que transforma su

vida mediocre en melodrama”; de modo que Galdós parodiando el moralismo del género “nos suministra, en realidad, el mensaje ideológico de su propia novela realista” (p. 368). Aunque resulte sorprendente, cabría apuntar lo mismo respecto a *Los misterios del Saladero*, si bien con ciertos matices: principalmente el de que la parodia de Tresserra actúa como capa de un mensaje ideológico distinto; pero al igual que aquel, critica al folletín en cuanto que contribuye a ocultar una realidad verdaderamente conflictiva que no necesita de aderezos melodramáticos para resultar interesante.

Lo que va de la novela de Galdós a la de Tresserra se aprecia claramente al fijarnos en quién articula la parodia. Mientras que en *La desheredada* es un discurso metaficcional del narrador el que dispone las piezas para que el lector contemple el contraste entre lo imaginado por Isidora y lo que, en realidad, constituye su vida; en *Los misterios del Saladero*, es el personaje de Anselmo quien maneja los hilos de la “deconstrucción” melodramática. El criminal, además de engañar al barón respecto a su hija, es responsable de falsos duelos, es un falso amante de Florentina, es un falso bienhechor; Anselmo se encarga de urdir todos aquellos episodios que, usualmente, el personaje de folletín se limita a protagonizar. Tresserra, claro está, anda detrás de sus actuaciones, y lo hace muy conscientemente como demuestra al poner en boca de aquel las siguientes palabras: “Señor barón, si lo que a nosotros dos se refiere respecto a este negocio, se contase en una novela, se habrían de reír de ello: lo creerían inverosímil” (p. 435). El autor descubre en Anselmo un filtro heurístico que, de un lado, le permite introducir gran cantidad de acción propiamente folletinesca, y, por el otro, llamar la atención al lector sobre el origen de esta: las maquinaciones de un malvado que se vale de la credulidad y mentalidad novelesca y bobalicona de sus adversarios. De esta manera, quedan a salvo los elementos de entretenimiento que deben epatar al público; pero también se embrida el desapego de la realidad, ya que el lector, en última instancia, conoce que todo responde al juego de Anselmo, cuyo único móvil es el dinero. Dice Escobar, que en la novela de Galdós “el paradigma melodramático y el realista funcionan como una serie de espejos contrapuestos en que lo melodramático se refleja en lo realista y viceversa” (p. 368); extremo que, como vemos, cabría también aplicar a la obra tresserriana.

El cuadro paródico que realiza el catalán en *Los misterios del Saladero* se completa con la construcción de sus personajes secundarios. Rafael constituye un claro reverso del superhombre del folletín: es un lánguido romántico sin energía e incapaz de defender a su amada de los ataques de sus enemigos. La sociedad en la que vive le rechaza, se siente desplazado y debe combatir para encontrar su lugar y sentido a la vida: hay claras

resonancias de los personajes masculinos de Balzac. Jurkeorks representa la otra cara del médico sabio y filantrópico de los folletines, ya que Tresserra lo dibuja como un loco peligroso que no distingue los límites de la ciencia y que persigue la fórmula de la inmortalidad. “La duquesa averiada”, en palabras de Galdós, o “más mala que la landre”, según expresión de Ido del Sagrario, en *Los misterios del Saladero* no es una vieja aristócrata celosa de una muchacha virtuosa y humilde. La Duquesa de nuestra novela es la gobernante de un prostíbulo: una celestina moderna que se aprovecha de la mala suerte de las mujeres pobres, a quienes esclaviza y obliga a prostituirse. Encarnación por lo tanto de una maldad próxima, cierta y cotidiana en la realidad española. Nada que ver con esa fantasiosa mujer ricachona del estereotipo, que para Tresserra puede ser estúpida y frívola, pero que carece de la capacidad de infringir un verdadero daño social.

Asimismo, Tresserra dirige sus dardos contra Cecilia Böhl de Faber. Pepito, el falso barón de la Floresta, parece ser un trasunto paródico, o enmienda republicana, a la aleccionante figura, en sentido católico, de Gaviota. Ambos personajes son de Cádiz, de familia humilde. Muestran desde la infancia cualidades que les peculiarizan y que seducen a los de su entorno: Pepito la belleza y la astucia, Gaviota, el canto. Sus familiares hacen infructuosos esfuerzos por corregir la precoz tendencia al hedonismo que demuestran. Cádiz se les queda pequeño, de ahí, ambos van a Sevilla, ciudad que dejan para dar definitivamente el salto a Madrid. Aquí las trayectorias se diversifican, Pepito parte al extranjero, Gaviota entra en relaciones con un torero y abandona a su marido alemán. A la postre, para Pepito, a diferencia de Gaviota, no habrá castigo de la Providencia, sino de la justicia humana, que, como se halla corrompida por los poderosos, supondrá su puesta en libertad y la conservación intacta su fortuna. Así pues, el paralelo trazado por Tresserra se dirige a desacreditar la moral católica que confía en un ajuste de cuentas terrenal efectuado por intercesión divina. En cambio, la realidad es que los perversos como Pepito salen triunfadores de sus empresas gracias a una sociedad cuya hipócrita moral facilita estas prácticas.

En suma, casos como el de la narrativa de Tresserra evidencian que no hubo de esperarse al advenimiento de la Generación del 68 para que se generalizase la percepción de las degeneraciones a las que había dado lugar la estética melodramática. De modo que autores como el nuestro combatieron mediante la parodia los rasgos enajenantes y absurdos que acabarían luego por caracterizar a la novela popular del periodo en su conjunto.

1.2 RETRATO, ANÁLISIS Y DENUNCIA DE LA REALIDAD

La presentación ante el mundo literario de la época de los Galdós, Clarín o Bazán se realizará, como dijimos, enarbolando la bandera de la literatura realista. El realismo aparecerá como el membrete de una nueva novelística que se colocará bajo la égida filosófica del positivismo. Dice Zavala que “la reacción antirromántica toma el nombre de realismo” (1971 a: 172); y José Luis Abellán que el positivismo acaba convirtiéndose ante todo en una reacción contra el idealismo (1984: 74). Se fragua así una suplantación de etiquetas: positivismo y realismo, por idealismo y romanticismo. Las nuevas divisas enfatizan su fidelidad a la fuente de la que hacen depender toda su doctrina: la verdadera realidad del mundo. La montaña de improperios y descalificaciones vertidas por estos nuevos autores sobre sus antecesores presuntamente fantasiosos – o lo que resultaba equivalente, melodramáticos-, unida a la derrota total y sucesiva de la ideología que representaban, el idealismo, sepultó en el olvido y equiparó bajo un mismo paradigma extraordinariamente negativo a centenares de escritores españoles del periodo. Este esquema crítico hizo fortuna, de modo que en la historia de la literatura española se fija un preciso antes y después a partir de la aparición del realismo en el último tercio del XIX. El resto de la narrativa del siglo queda así englobada con la etiqueta del romanticismo, parcelada en distintos grados de intensidad, pureza y calidad artística.

Las querellas bizantinas a las que han dado lugar las dictaduras de las preceptivas, escuelas y movimientos han llevado progresivamente a un cuestionamiento generalizado de los enfoques que tradicionalmente se han venido usando en el campo de la historiografía literaria. De manera que se va imponiendo una visión tendente a señalar las hibridaciones, las superposiciones y continuidades que cabe descubrirse en toda obra. Estamos de acuerdo con Gullón cuando señala la necesidad de “verter en clasificaciones flexibles los modelos estancos del presente” con vistas a configurar un panorama que resulte coherente histórica y artísticamente (1990: 14).

Desde hace algunas décadas se vienen denunciando las imprecisiones y falseamientos que ha generado el esquema crítico usado tradicionalmente para definir y calificar a la narrativa isabelina; sobre todo en lo relativo a su ausencia de realismo. Los estudios de Brown alrededor de la década de 1950 supusieron el pistoletazo de salida al llamar la atención sobre “los muy abundantes rasgos realistas dispersos en novelas solo consideradas antes por la crítica por su carácter romántico” (1953: 32). Los Salas y Quiroga, Ayguals de Izco, Navarrete o de los Santos Álvarez, según el crítico norteamericano, no escribieron

“una sarta de cuadros de costumbres, como se ha querido pensar”, sino que sus obras denotan “la inscripción de la novela realista, el novelista no describe, narra, el fondo actúa en función de la intriga, no es color local, es extensión vital de las actividades del personaje” (p. 36). A partir de estos estudios de Brown son muchas las muestras exhumadas con el propósito de demostrar la anticipación realista de la novela pregaldosiana.

La irrupción de los folletines en la prensa en los años cuarenta acabó con la hegemonía que venía ejerciendo la novela histórica, de modo que, como señala Monserrat Amores, desde entonces “se confirmó sin reservas la novela de costumbres contemporáneas como el modelo de prosa de ficción a seguir” (2004 a: 82). Mesonero Romanos abogaba en 1839 por la necesidad de cultivar una narrativa que describiese las costumbres, pintase los caracteres y que desenvolviese las pasiones de los españoles de la época; el célebre costumbrista, dice Amores, era consciente de que tal género era el más popular en el resto del continente, y lanzaba su propuesta como correctivo a la inmoralidad que difundían las novelas de Balzac, Sand o Sue entre sus compatriotas (*ibíd.*). La larga lista de cultivadores españoles de “novelas de costumbres contemporáneas” que ofrecen los estudios de Russell Sebold vienen a demostrar que las llamadas de Larra o Mesonero obtuvieron respuesta. Para este crítico dichos subtítulos “funcionaban como sinónimos de *realista*, término que no se introduciría en España hasta finales del decenio de 1860”. En todo caso, apunta Sebold que desde antes de 1840 “bastaba la frase de costumbres para indicar que una narración versaba sobre temas de la realidad actual” (2004: 34). Dice este mismo investigador que “se ha despreciado la novela folletinesca; y sin embargo, fue precisamente durante los años de su mayor cultivo cuando se elaboraron la definición y las principales técnicas de la moderna novela realista” (p. 36). Para Sebold, la definición de la estética que está implícita en las obras de Balzac, Dickens, Dostoievski y Galdós es aquella en la que se representa una lucha entre las clases sociales que involucra el dinero y en las que prima la representación de la sociedad y todas sus capas mediante la objetividad de la observación; elementos que él juzga presentes en numerosas novelas españolas del periodo isabelino, como, por ejemplo, *El dios del siglo* (1848) de Salas y Quiroga (*ibíd.*).

Patiño, respecto a esta última obra, observa que su autor “hace del habitáculo, del vestido y de la vivienda una piedra de toque del diseño de los personajes”; pues no en vano, señala esta investigadora, Balzac fue su gran maestro (2004: 9). El mismo Salas en el prólogo de su novela incluía una declaración de principios que revela una poética, al menos en cuanto a sus intenciones, inscrita en las pautas de la escuela que nos ocupa:

Sin condenar nosotros, de modo alguno, el sistema de nuestros colegas, los novelistas franceses, de dar tormento a la imaginación de los benévolos lectores, hacinando misterios que cada cual se afana en adivinar, verdaderos enigmas que a veces son logogrifos, hemos adoptado otros principios más modestos que consisten en narrar con naturalidad y exponer con sencillez los hechos que forman el tejido de nuestra fábula, sin más precauciones oratorias que las necesarias, deseando que estas páginas sea tan fáciles de leer como de escribir han sido (1848: III).

Para Patiño esta obra es todavía deudora de los modelos del folletín “pero incura ya en otro canon distinto del romántico e inequívocamente realista” (1998: 330). Brown, respecto *El dios del siglo*, opina que “la novela refleja aspectos de la sociedad contemporánea poco atendidos en obras similares, y derivados muchos de ellos de la experiencia personal: la corrupción de las altas jerarquías del ejército, los negociados del suministro de armas...” (*apud* Benítez, 1997: 651).

En definitiva, este tipo de discusiones a la postre conduce a encoger aún más las definiciones de las etiquetas literarias buscando una precisión que se antoja imposible; pues al cabo casi cualquier obra, si esa es la intención, puede ser óbice para crear una etiqueta propia. Eso es lo que ha sucedido en gran parte a la hora de trazar el concepto de la literatura realista. No es nuestra intención en este trabajo la de adentrarnos en el bosque teórico levantado en torno a los perfiles de la poética de marras. Tampoco la de entrar a valorar la procedencia de aplicar nuevas denominaciones que han ido surgiendo como “realismo romántico” o “pre-realismo”. Aquí nos limitaremos a describir las características de la narrativa de nuestro autor, recurriendo cuando sea necesario, y a efectos únicamente operativos, no descriptivos, a términos como realismo o melodrama.

Y ello porque también en este aspecto la producción narrativa de Tresserra constituye una muestra de la inexactitud con la que se ha venido catalogando a la novelística del periodo isabelino, ya que para definir la poética de nuestro autor debe aludirse forzosamente a una buena cantidad de directrices que usualmente designan el cultivo de una narrativa realista.

Con relación a la “Novela filosófico-social” que cultiva Tresserra debe apuntarse que la mixtura que ensaya en ella de lo novelesco con lo filosófico y lo social es una tríada encaminada hacia un fin primordial: mostrar la “verdadera” realidad, analizarla y, como esta es manifiestamente imperfecta, educar al ciudadano en las soluciones que caben aplicarse para corregirla. La estrategia de distanciamiento de ciertas convenciones narrativas que

Tresserra practica en sus obras tiene su origen en esta misma vocación: conjurar los peligros de falseamiento de la realidad. La fantasía desbocada de cierta narrativa social merece su reprobación porque las inverosimilitudes en las que a veces desembocaba podían recortar la eficacia de la novela como vehículo de denuncia del mundo real. De ahí la profusión de advertencias a sus lectores del tipo: “el cuadro no es exagerado”(MS: 126); “la escena que vamos a narrar parecerá a algunos inverosímil, quizás imposible” (JE: 242); o “para no merecer del lector el dictado de inverosímiles” (MA: 565). Todas ellas denotan una preocupación constante del catalán por hacer descender directamente del mundo cotidiano a ciertas escenas y tipos de sus novelas que, debido a su ingreso en el panteón de las convenciones folletinescas, habían acabado por ser desfiguradas y por perder su carácter apodíctico de la sociedad real.

Escribe el catalán: “Las cosas suceden todas por el mero hecho de obedecer a ciertas leyes naturales” (MS: 271), idea que da base a su poética folletinesca. Las escenas y tipos melodramáticos de las creaciones tresserrianas, que en su mayor parte toma del acervo de la novela popular de la época, suelen encerrar una carga metonímica dirigida a homologarlas con la realidad social de su tiempo. La novedad de su acercamiento estriba en que Tresserra somete estos lugares comunes a un análisis interdisciplinario bajo su prisma idealista. “Contrariedad de derecho: falta de libertad”, escribía Tresserra; para él, allí donde se observa una injusticia se puede estar seguro de que nos hallamos en este caso, pues “cada trasgresión de la ley natural por la ley escrita produce un mal directo y un sinnúmero de indirectos” (PN: 195).

De este modo, su colección de novelas forma a la postre un mosaico de miradas sobre la sociedad española durante el reinado de Isabel II dirigidas a denunciar sus fallas. En ellas asistimos a las miserias e hipocresías de una nobleza inepta, corrupta y travestida de liberal; al juego despótico y arbitrario de la sucesión de partidos; al nepotismo institucionalizado en las cárceles, los tribunales y la administración; y, ante todo, al engranaje social injusto y corrupto, esto es, antidemocrático, que arrincona y postra en la miseria a la mayoría. A propósito, merece la pena reproducir parte del prólogo de la primera novela de Tresserra:

No es la siguiente obra que se presenta al lector una en la que como otras muchas que bajo un título más o menos retumbante y misterioso encierra una serie de rasgos poéticos, de intrincadas escenas, sin fondo filosófico y puramente una novela: no: la presente obra lleva un fondo de más elevado objeto. Pero ¿es una obra concienzuda?, ¿es un parto de una imaginación fecunda?, ¿es un

sistema filosófico? No. Es solo una débil e imperfecta pincelada del cuadro que ofrece la sociedad a los ojos de su joven autor (MBC: I).

En esta primera declaración de intenciones literarias, el catalán expresa ya las inquietudes que guiarán su carrera novelística: la de convertir la escritura de novelas en un medio de conocimiento, instrucción y denuncia. Continúa diciendo Tresserra que el se considera a sí mismo un artista y que como tal se ha dedicado a estudiar muy de cerca los defectos y virtudes de la baja sociedad (p. II). Y todo ello porque:

La misión del novelista del siglo XIX no es la de contar un romance oído de la boca de sus mayores, no: es la del filósofo de la antigüedad.... Ayer los hombres se contentaban con preguntar, hoy exigen más, quieren ver. No basta el *magister dixit*, es preciso saber darse razón de las cosas y las pasiones. Y si la novela es el retrato de las costumbres; pero el retrato que debe presentárnoslas con toda su deformidad las malas, con toda su grandeza las buenas; si la pasión ha de ser su fondo porque las costumbres no son más que el vestido de aquellas, tendremos aquí que en nuestro siglo en que las costumbres son diversas y encontradas, en que las pasiones rugen con exagerada violencia, en que la fe no existe; el novelista si quiere cumplir como filósofo exacto de la época, forzoso es decirlo, casi no podrá dar cuenta de otra cosa que de un gran grupo de miserias y quebranto... ¡Triste, se me dirá, es por cierto, la misión del novelista de la época! (p. 156).

Por lo tanto, el novelista debe dar cabida en sus obras a asuntos como el de la criminalidad, la miseria, la vida de los prostíbulos, etc., es decir, a todo aquello que rechazaba el buen gusto de la época. Teniendo en cuenta que ello formaba parte de la vida de los individuos de su sociedad, pregunta el autor: “¿podíamos pintar luz, flores, cintas de pureza...? No, porque entonces nos hubiéramos separado de la verdad del cuadro; no hubiéramos cumplido con la santa misión, y pintores de capricho no nos hubiera cabido el dictado de filósofos de la época” (p. 158).

Por lo mismo, descalifica a aquellos novelistas que faltan a esta *santa misión*, pues así falsean la realidad y perpetúan las llagas sociales: “Hay mal y es preciso remediarlo”, escribe, y el único camino, según el catalán, es el de presentar *el mal* ante la opinión pública sea cuál sea este. Pregunta Tresserra a quién corresponde tal tarea y él mismo se contesta:

“¿Cuál es el retratista de las pasiones? El novelista” (MBC: 161). Las costumbres, continúa diciendo, no son más que el reflejo de las pasiones de los individuos, pero el artista no debe limitarse a plasmarlas en sus obras, a registrarlas, sino que debe “examinar las unas por las otras, deducir consecuencias y dar razón clara y patente de sus causas y de sus efectos, huyendo siempre de tanto terreno resbaladizo como las circunden, tal es la misión del novelista de la época” (p. 162).

Así pues, según nuestro autor, nada es indigno de integrar el retrato; cualquier detalle que ofrece la realidad revela un significado, y todos los individuos merecen por lo tanto ser objeto de un tratamiento literario. Leemos en una de sus novelas:

Cada figura es un libro cerrado en el que cuando menos hay ya escritas las primeras líneas de un poema, y cada grupo contiene algunos capítulos, concluidos, de una inmensa epopeya - no os riáis, lectores míos-. ¡La Historia de la Humanidad, la crónica de sus grandes hechos no son más que latidos del corazón humano... Cada uno de ellos podrá no ser más que una letra, una sílaba, pero todos juntos, aún los del corazón más pequeño, son una historia cuya versión al idioma vulgar, si fuese posible, nos asombraría! (MA: 33).

Tresserra insistirá continuamente en esta misma idea de que todo individuo encierra una historia digna de pasar a la literatura, y, así, dice en otro lugar: “Figuraos que es una novela ¿qué otra cosa es la vida del hombre?” (VP: 474).

En el siglo XIX, según Tresserra, el mundo ha padecido una radical transformación, y el arte debe sumarse a este proceso, es decir, debe ponerse al servicio del mejoramiento de la sociedad apoyándose en las luces de la razón. Quince años después de su primera novela seguirá defendiendo la misma receta literaria, así leemos en *La mujer ajena*: “Pintores y literatos ¿qué otra cosa son, en el verdadero sentido de la palabra, que fisiólogos de la naturaleza en todos sus órdenes? La fisiología es el estudio analítico del sentimiento y la práctica de la vida. Sin este estudio no habría artistas” (p. 59). El catalán hará de la fusión de las misiones del artista y el filósofo la piedra angular de su poética narrativa, y encontraremos a cada paso esa doble vertiente del novelista: “Una casa de juego es un gran cuadro para un verdadero artista, un baile de máscaras un gran libro para un verdadero filósofo” (*ibid.*); “Semejante dedal era un poema; mas para nosotros un terrible teorema” (LH: 27).

Como apuntamos, aunque Tresserra no renuncia a introducir en sus obras algunos de los lances folletinescos que constituían los rasgos identitarios de la narrativa de la época, se ocupa con frecuencia de recordar a sus lectores que tras estos episodios se halla siempre un mensaje de más calado. Así, en el prólogo de *La mujer ajena*, advierte:

Esta obra no es un cuento inventado para entretener al vulgo en sus horas de ocio ni tiene de novela más que la forma. En el fondo es un libro de moral social, o por tanto, un libro útil en el cual se trata de la vida íntima del corazón humano en sus infinitas fases, y en donde muchos se verán en él retratados como en la superficie de un espejo destinado a reflejar las manifestaciones espirituales de su ser (p. I).

Por si el lector ha echado en el olvido el aviso de sus primeras páginas, en el epílogo de la misma obra subraya su carácter metonímico:

¡Bah! Se exclamará aquí. Ha sucedido todo a manera y al gusto del autor de esta trama [...] No, diremos nosotros. La novela no debe ser como una comedia de magia donde es permitido que los personajes broten de los antros de la tierra o lluevan de los cielos. La novela debe reunir todos los caracteres de un hecho real de la vida, conforme al tiempo y al lugar al que se refieren. Si esto le falta, falta la primera de sus condiciones. [...] No es pues, al solo gusto del autor lo que ha llevado a los acontecimientos que veníamos desplegando al punto en que se encuentran, es la necesidad de reconocer y consignar lo que es un hecho constante en la vida, lo que se ve y palpa en todas partes: *Quien mal anda mal acaba* (p. 737).

Solo en una ocasión nuestro autor utiliza explícitamente el término de realismo. Ocurre en *Vicente de Paul* cuando el personaje de Amelia es víctima de un ataque de *delirium tremens* y el autor duda sobre la oportunidad de detenerse con minuciosidad sobre el hecho. Esta patología, dice Tresserra, “tiene algo de la asquerosidad de la desnudez, o de la desordenada vestidura de un loco”, y luego añade enigmáticamente: “El realismo es un peligro. El arte le mira de reojo, y lo que se llama su escuela, raramente lo es. El genio puede alguna vez mirarle de frente, suele cerrar los ojos al buen gusto. No nos permitiremos pues trasladar aquí el delirio de Amelia” (p. 274). Conviene recordar aquí las especiales

circunstancias en las que el catalán redactó esta novela, y el público católico y bienpensante al que dirigió su obra; es decir, no cabía aludir elogiosamente a esta corriente. La referencia en todo caso pone de manifiesto lo cita anterior a Romero Tobar, quien advertía de la generalización del debate sobre el realismo en la década de los sesenta. Pero como hemos visto, lo sustancial de su poética llevaba mucho más tiempo actuando como pulsión narrativa tanto en Francia como en España.

Como vimos al analizar el pensamiento de Tresserra, este se genera en medio de la efervescencia intelectual de signo cientificista que se respira en ciertas partes del continente y que él y sus correligionarios tratan aclimatar entre los españoles. Autores como el nuestro, que salen de España y que leen revistas y libros extranjeros, se muestran muy atentos a cuanto se piensa y se escribe sobre todo en París, que se erige en faro indiscutido de la cultura europea. La tutela de los patrones franceses sobre la cultura patria a lo largo de todo el siglo XIX es un lugar crítico frecuente, aunque paradójicamente parece establecerse un hiato en lo que respecta a las novelas con tintes realistas. Es decir, que al cabo, y desde el molde historiográfico tradicional, la ausencia de esta narrativa en nuestro país solo puede achacarse a un extraño y fatal determinismo que habría impulsado a los novelistas españoles a seleccionar, emular y degradar tan solo la peor literatura; de modo que el realismo que venía cultivándose en Francia desde 1830 pasaba desapercibido delante de sus ojos.

De ahí que Montesinos, ante el hecho de que Balzac fue difundido profusamente en España, se apreste a puntualizar que de este “se imitaron sobre todo sus defectos”, ya que “contribuyó de un modo considerable a la efímera e incomprensible moda de las fisiologías. Es decir, que los mejores no penetraron sus secretos, y si autores mediocres lo saquearon nada ganaron las letras con ello” (1982: 88).

Sin embargo, los escritores de entonces, como Tresserra, lógicamente eran ajenos a las enormes barreras que presuntamente se levantaban entre los distintos autores, pues todos ellos eran producto de una misma época y de un mismo sistema literario. Al cabo, los ejemplos estaban ahí, y cada novelista saqueaba impunemente sus modelos según su afinidad, intereses narrativos y, por supuesto, el propio talento artístico. Como por otra parte hacían los mismos Balzac, Hugo, Sue e incluso el “adánico” Flaubert. Las novelas del catalán abundan en citas a sus contemporáneos que evidencia el “sincretismo” de su gusto literario. Así, tan pronto recurría a Stendhal en calidad de autoridad respecto a la polémica sobre la igualdad entre hombres y mujeres – luego lo veremos-; como en *El poder negro* para describir a uno de sus personajes recurre al prestigio de escritores supuestamente antipódicos: “Respiraba toda la melancolía de un *Rafael* de Lamartine, y toda la espiritual

fuerza de una *Lelia* de Jorge Sand” (p. 71); más adelante citará a Balzac: “Uno es el amor del amante y otro es el amor de esposo. Ambos amores son dos cosas distintas que raramente van unidas, porque por lo común el matrimonio, que engendra el amor más santo y tranquilo de todos los amores, el amor de esposo, como dice Balzac, es la sepultura del amor que nosotros llamamos de amante” (p. 197). Citas que revelan, además, que Tresserra presume en su público la misma complicidad hacia esta heterogénea pléyade de novelistas.

Ha sido seguramente una determinada perspectiva historiográfica, generada a partir de contextos propicios para ello, la que a partir del abuso de las periodizaciones cronológicas y preceptivas literarias ha querido establecer correspondencias exactas entre etapas, proclamas, mentalidades y escritores. Respecto a la historiografía literaria española el esquema determinaba que todo escritor patrio activo durante el reinado de Isabel II profesase un ingenuo y puro idealismo, continuase anclado en un romanticismo degradado y tuviese como exclusivas referencias literarias a los Sue o Dumas. Conjunto de ideas aventadas desde la Restauración por unos escritores a quienes, como hemos visto, ya fuese inconsciente o conscientemente, les interesaba crear semejante estado de opinión porque de este modo franqueaban su ingreso en el sistema literario.

En realidad, la teoría y la práctica de la escuela llamada realista será todo menos homogénea, y desde luego lo será tan poco entre sí como respecto a la narrativa isabelina. Al cabo, las diferencias dependerán de la interpretación personalísima que cada escritor hará de una serie de elementos: observación, objetividad, arte o utilidad, etc.; muchos de los cuales, por no decir todos, formaban parte de las inquietudes de autores isabelinos, como demuestra el caso de Tresserra.

En suma, numerosos factores que se hallan presentes en los debates literarios nacionales entre 1850 y 1870, periodo en el que Tresserra escribe su obra, se reactivarán o continuarán vigentes veinte años después. Se discute en ambos periodos sobre la necesidad de crear una narrativa esencialmente española divorciada de unos moldes extranjeros, y también se repiten polarizaciones como las de arte o utilidad, o como las de espiritualismo o materialismo. Sobre todo, tanto en el decenio de 1860 como en el de 1880, se produce una gran cantidad de novelas que tienen su referente creativo en la realidad contemporánea. O lo que es lo mismo, la cesura radical proclamada respecto a la narrativa isabelina, luego subsumida bajo la etiqueta de folletinesca, resulta ser interesadamente falsa.

Así las cosas, la gran diferencia que cabría establecer entre escritores como Ayguals de Izco, Antonio Altadill, Manuel Angelón o Tresserra respecto a los conocidos como realistas de la Restauración, no estriba en los temas de los que se ocupan o en el grado de

verdad que consiguen reflejar en sus obras. Tampoco en la cosmovisión más o menos “moderna” desde la que lo hacen. El verdadero punto de inflexión entre unos y otros es, principalmente, la propensión demostrada por los “realistas” a emitir manifiestos y proclamas artísticas de alcance generacional. Elemento este que les sirve para franquear la visibilidad colectiva en el sistema literario y que les dota de un discurso que, repetido hasta la saciedad, acabará por ser interiorizado por todos los agentes del mismo. El proceso de autonomización del arte y el desarrollo de la cultura de masas configurarán un escenario propicio para que finalmente sean “canonizadas” tanto su óptica poética como la historiográfica.

En conclusión, la colección de novelas de Tresserra participan a partes iguales, sin que se de contradicción alguna, de lo que podríamos denominar como espíritu melodramático y realista; del mismo modo que se sirve a placer del catálogo de técnicas y rasgos de ambas estéticas, para a la postre configurar una poética y estilo propios.

2. LA NOVELA FILOSÓFICO-SOCIAL EN EL PANORAMA LITERARIO ESPAÑOL DEL SIGLO XIX

Para dar cauce a sus dos inquietudes primordiales, de un lado, mostrar la realidad y analizarla, misión del artista; y, de otro, explicar los vicios y proponer remedios virtuosos mediante la educación de sus lectores, misión del filósofo, el Tresserra novelista, que amalgama ambas facetas, desarrolla un formato narrativo que denomina “Novela filosófico-social”. El título expresa la intención de fundir dos discursos en principio distintos. Este membrete acompañará a cuatro de las siete novelas que escribió Tresserra¹⁶⁶, y forman la parte sustancial de su obra. Su primer escrito de carácter literario del que tenemos noticia, *La marquesa de Bella-Cruz* de 1851, es una especie de plataforma de aprendizaje del joven autor que va en busca de su propio modelo y que hallará a partir de 1860 con la aparición de *Los misterios del Saladero*. Las dos únicas novelas que carecen del lema: *La mujer ajena*. *Novela de costumbres* de 1865, y *Vicente de Paul o el amor por caridad de Dios*. *Novela histórica* de 1867, no obstante conservan parte del espíritu y de las hechuras del resto de las obras del autor. Todo indica a que fueron motivos de censura los que indujeron a Tresserra a ocultar en estas el título de filosófico-sociales; quizá debido a que el modelo había alcanzado difusión y se hallaba estigmatizado por los problemas que le había planteado con la jerarquía eclesiástica. Pero como decimos, aunque con algunas salvedades, ambas siguen la estela de las anteriores. *La mujer ajena*, cuyos prólogos y epílogos citábamos antes, parecen expresar la preocupación de Tresserra por que el lector advierta el mensaje filosófico-social que contienen, de ahí sus llamadas a no quedarse en la superficie de la trama. El caso de la segunda novela es distinto, pues como venimos reiterando fue escrita bajo seudónimo y desde la clandestinidad. El hecho de que se abstenga de apellidarla con el membrete de marras puede inducir a pensar que este había pasado a identificar a nuestro autor ante el público español, por lo que su inclusión podría haber desvelado su identidad. En todo caso, como iremos comprobando, en ambas obras encontramos diseminadas pistas que permitirían al lector familiarizado reconocerse ante el genuino modelo tresserriano.

¹⁶⁶*Los Misterios del Saladero. Novela filosófico-social*. Barcelona. Imprenta y librería de Salvador Manero (1860); *La judía errante. Novela filosófico-social*. Barcelona. Imprenta y librería de Salvador Manero (1862); *El poder negro. Novela filosófico-social*. Barcelona. Imprenta y librería de Salvador Manero (1863); y, finalmente, *Los hipócritas. Novela filosófico-social*. Barcelona. Imprenta y librería de Salvador Manero (1864).

El rasgo más característico de las novelas filosófico-sociales de Tresserra es el cóctel de géneros de escritura que hallamos en ellas. Los artículos periodísticos, cuadros costumbristas, ensayos políticos, científicos o filosóficos aparecen entrelazados, intercalados o injertos improvisadamente en una narración folletinesca que actúa como cauce de un sinfín de informaciones y enseñanzas. Se asemeja en este sentido a lo que Pura Fernández, respecto a las obras folletinescas de Pérez Escrich, define como “novelas baúl”, dado su carácter de escritos acumulativos y las estructuras que presentan “trufadas de acotaciones propias de la prensa ilustrada” (2005 c: 343). La urdimbre compositiva de las novelas filosófico-sociales del catalán también parece tener como referente fundamental a la prensa y a las revistas de la época, concretamente a aquellas forjadas por la tradición demócrata republicana española desde el Trienio Liberal.

Como explica Zavala, revistas como *El Zurriago* (1821) calificada por los liberales moderados o progresistas como “insidiosa y calumniadora”, había nacido con los propósitos de “ilustrar al pueblo” y de apuntalar la libertad constitucional (1972: 21). Cuando la desaparición del absolutismo propicie la vuelta de los exiliados liberales esta prensa continuará su andadura, siempre caracterizada por mezclar en sus cabeceras la literatura, la política y la difusión de las nuevas corrientes de pensamiento extranjeras. Desde 1845, esta será además la puerta de entrada a nuestro país de las novelas de costumbres sociales (p. 30). Como vimos, Tresserra fue un asiduo colaborador en esta prensa; práctica que sin duda quiso trasladar a su modelo novelístico filosófico-social.

Magnien Brigitte explica la multiplicidad de registros que ocupaban la sección del folletín en las revistas de variedades, especialmente durante la década de 1860; en ellas, dice la estudiosa:

Es frecuente que novelas y cuentos compartan el bajo de los diarios con otros textos de carácter diferente y muy heterogéneos; en estos casos el folletín novelesco, o se interrumpe, o se yuxtapone a ellos en el mismo número. Estos textos reproducidos de otras revistas, suelen ser poemas, artículos de moda, de vulgarización científica, de carácter sociológico y/o costumbrista, de crónica e historia literaria, reseñas de actos oficiales e informaciones, documentos... (1995: 31).

La cita de Magnien podría muy bien pasar por una descripción intencionada del modelo del catalán, pues sus novelas filosófico-sociales presentan un mimético carácter

híbrido. En ellas hallamos una variada gama de cuadros estadísticos, relatos costumbristas, breves reseñas de carácter científico o incluso, como vimos en otro capítulo, análisis críticos a parcelas bibliográficas. Los trasvases entre la actividad periodística y narrativa del catalán son resaltados sin complejos por él mismo desde el momento en que, como veremos, se permite intercalar en las novelas sus propios artículos y los de otros autores aparecidos anteriormente en la prensa.

El Tresserra novelista no solo aprovecha su faceta periodística, sino que en su narrativa topamos con la impronta de todos los registros de escritura empleados por el autor en su misión propagandística. Particularmente llamativo resulta ser el encuadre que lleva a cabo, previa oportuna transformación, del formato de los catecismos. Este género disfrutó de gran difusión y popularidad en nuestro país a lo largo del siglo XIX, a raíz sobre todo, como explica Sánchez Hita, de la Guerra de Independencia contra los franceses, durante la cual los catecismos se revelaron como un medio óptimo para la propaganda nacionalista y para la educación política de los ciudadanos (2003: 543). Esta misma investigadora escribe que dicho soporte, “con su sencilla estructura de preguntas y respuestas con sentido unívoco, propicia que los contenidos políticos sean memorizados – que no necesariamente aprehendidos - sin dificultad”; al mismo tiempo que la política, debido al originario uso religioso de los catecismos, adquiere de este modo ante sus lectores una suerte “de imagen sacrosanta” (*ibíd.*).

Los demócratas y republicanos españoles se apropiaron desde su aparición en España del sistema de los catecismos. La familiaridad de Tresserra con este género de escritura queda atestiguada desde los inicios de su militancia política. En 1852 participó junto a sus correligionarios catalanes, como Terradas o Monturiol, en la redacción del *Catecismo democrático* y más adelante redactará otros dos en solitario¹⁶⁷. Dentro de sus novelas encontramos diversas muestras de cómo nuestro autor recurre al sistema de preguntas y respuestas, inspirado sin lugar a dudas en el modelo de marras, para ilustrar a sus lectores sobre una variada gama de temas. En *La judía errante*, por ejemplo, el personaje del demócrata Tomás va resolviendo las objeciones que su correligionario Herrera le opone sobre la existencia de las sociedades secretas. Las breves preguntas de este último y las largas respuestas del primero, que aparece como vindicador de la labor que llevan a cabo estas asociaciones republicanas clandestinas, configuran a la postre un disimulado catecismo

¹⁶⁷ 1868. *Catecismo democrático republicano*. Madrid. Imprenta y librería de Manuel Galiano (1868); y *Catecismo de la Federación Republicana Democrática*. Madrid. Imprenta y librería de Moliner y Compañía (1870).

de las buenas sociedades secretas. Como veremos más adelante, Tresserra se vale de esta estructura para informar a sus lectores del modo de composición, desarrollo de actividades, funcionamiento y, sobre todo, para urdir una justificación ético-política de su existencia (pp. 303 y ss). Otro catecismo encubierto lo hallamos en *Los hipócritas*, donde el doctor Alfonso con sus largas réplicas a las breves preguntas de otro doctor, compone a la postre un opúsculo de carácter científico contra los estudios fisiológicos del doctor Gall (pp. 574 y ss.).

Entre los principales éxitos editoriales de Tresserra parecen haberse contado sus cuadros sinópticos, por lo que resulta lógico que estos se sumasen también a la promiscuidad de registros que presentan sus novelas. Estas grandes hojas, que facilitaban en un solo golpe de vista todo un catálogo de reivindicaciones ideológicas, constituían un medio de propaganda muy eficaz, también por su facilidad y baratura de publicación. Dicho formato encuentra su asiento en la narrativa del catalán a modo de exhaustivos cuadros estadísticos dedicados a las más variadas materias, desde los gastos del obrero barcelonés a las bondades de las teorías maltusianas.

Asimismo, resulta indudable la deuda del Tresserra novelista con el Tresserra dramaturgo. Los extensos diálogos que hallamos en sus novelas remiten a la declamación melodramática que caracterizó a sus piezas teatrales. Rasgo que, por otro lado, se encuentra presente en buena parte de la prosa decimonónica, como vimos que ponía de relieve el estudio citado de Peter Brooks, ya que resultaba extraño que los escritores no frecuentasen todos los géneros, especialmente aquellos dos, la novela y el teatro, que contaban con el mayor favor de público.

La intercalación de ensayos de carácter divulgativo es la modalidad de hibridación que sobresale por su frecuencia y voluminosidad en la prosa novelística del catalán. Los folletos que a menudo publicaba en los distintos órganos editoriales republicanos se multiplican en sus novelas. Extensos capítulos se dedican en exclusiva a la exposición crítica de materias preferentemente filosóficas, políticas o científicas. Se da una clara equivalencia entre todos los cuadernos publicados por el catalán y sus novelas filosóficos-sociales; es decir, estas últimas prestan “las galas de la fábula”, que decía el tipógrafo anónimo de Benito Hortelano, al mensaje ideológico republicano. Así, por ejemplo, *Los misterios del Saladero* tienen su correlato ensayístico en el escrito de las mismas fechas *¿Los anarquistas, socialistas y comunistas son demócratas?*, donde Tresserra fustiga a las teorías socialistas; o *La judía errante* y *El poder negro*, como *El porvenir de las asociaciones de la clase obrera de Barcelona*, giran en torno al principio asociativo. Incluso se da un caso de perfecta

homonimia, una obra suya de teatro y un artículo de *El Imparcial*, ambos aparecidos en el año 1876, comparten el título de *Las máquinas de coser*. La gran cantidad de artículos periodísticos y ensayos tresserrianos que no han sido conservados con seguridad vendrían a aportar más ejemplos de cómo el catalán aplica un original multiperspectivismo sobre una variada gama de temas.

De todo ello se puede colegir que la colección de novelas filosófico-sociales de Tresserra constituye, tanto en su forma como en su contenido, una perfecta síntesis de la labor propagandística llevada a cabo por los demócratas españoles a lo largo del siglo XIX. De un lado, porque la mezcla de géneros a partir de la cual se tejen las novelas de nuestro autor ofrece un sumario de todos los formatos usados por los republicanos españoles para divulgar sus doctrinas; y, de otro, porque el catalán suministra en ellas un repertorio casi exhaustivo de los discursos, temáticas, mitos, reivindicaciones y demás elementos que conformaron el ideario revolucionario del movimiento.

Recuerda en este sentido a una publicación en la que él mismo colaboró: *La Enciclopedia Republicana Federal Social. Resumen filosófico-histórico-político de todas las cuestiones sociales* (1872). Pi y Margall, Castelar, Nicolás Salmerón, Manuel de la Revilla, Orense y un largo etcétera de personalidades españolas e internacionales del espectro democrático de la época abordan en esta *Enciclopedia* una pluralidad de asuntos que, casi sin exclusión, podrían rastrearse en los pasajes de alguna de las novelas de Tresserra. Esto es, en las producciones de nuestro escritor, forma y cosmovisión se entrelazan en una coherente y bien urdida correspondencia en el sentido semiótico que les confiere Umberto Eco. Pues sus ideas no solo aparecen plasmadas en el plano discursivo, sino que se reflejan igualmente en su sistema de disposición. La vocación enciclopedista que se halla detrás de este formato narrativo, herencia de los ilustrados a quien considera sus antecedentes ideológicos, viene presentada con un inequívoco envoltorio idealista. Cabe interpretar de este modo la sorprendente mixtura de sus novelas, que remite sin duda a la idea de totalidad panteística que constituía el núcleo de la filosofía hegeliana. La novela se convierte en manos de Tresserra en una vasta síntesis de todos los géneros de escritura posibles; dirigidos, además, a satisfacer cualquier necesidad, ya sea intelectual o psicológica, que se les pueda plantear a sus lectores: instrucción, conocimiento, crítica, entretenimiento, curiosidad, emoción, catarsis, etc.

Hegel definió a la novela del XIX como la “moderna epopeya burguesa”. Victor Hugo, aunque primero lo hizo en el teatro, intentó crear una literatura que contuviese todos los géneros aún tiempo; logro que, como apunta Salvador Fernández, correspondió finalmente a

la novela (1992: 62). La idea de la fusión total de registros en un mismo texto anida ya en la teoría romántica de los géneros mediante su denodada defensa del hibridismo literario, lo cual supone una especie de homologación a la idea “del idealismo metafísico de que la verdad y la belleza radican en la síntesis de los contrarios” (p. 27). Por ello Hugo, frente a las visiones parciales de la tragedia y la comedia neoclásicas, apostó por el drama como género total, y más adelante trasladará esta misma pretensión a la novela. Vargas Llosa ve en el “progresivo engordamiento” de *Los miserables* (1862) - el francés empezó a escribirla en 1844 y a la primitiva historia de Jean Valjean le añadió luego otros contenidos- un crecimiento que es “a ratos desproporcionado, anárquico y torrencial, pero que precisamente esta naturaleza es la que permite que la novela pueda imitar el vértigo de la vida” (2004: 28).

El hibridismo que trajeron los vientos románticos soplando junto al pensamiento panteístico de las escuelas idealistas encontró una plataforma de expresión óptima en el sistema de las entregas y los folletines. Uno de los rasgos formales más característicos de esta narrativa, la serialización, facilitó la tarea de mezclar contenidos. Sin embargo, en virtud del prisma negativo desde el que tradicionalmente se estudia ha inclinado indefectiblemente a buscar interpretaciones en un sentido condenatorio. El abultamiento de diálogos, los largos excursos del autor, las unidades narrativas inconexas, etc., suelen aparecer como meros estigmas de la mercantilización. Como señala Botrel, estas mismas condiciones que “reobran a su vez sobre las características formales del producto” favorecieron, sin embargo, la accesibilidad y aceptación del público (1976: 152); y podríamos añadir que también el programa filosófico y político de un grupúsculo de folletinistas. Pura Fernández señala respecto a la “novela baúl” de Pérez Escrich inspirada en las revistas de temas varios que está destinada a un lector-hidra “que abarca todo el espectro del escenario doméstico” (2005 c: 343). Frente a esta categoría de autores, la existencia de otra tipología de folletinistas, que la misma Pura Fernández ha definido como la de los “soldados fieles a la República literaria”, da pie a interpretaciones en otra dirección sobre el hibridismo literario.

En este sentido, de nuevo resulta imprescindible referirse a la figura de Ayguals de Izco, ya que el éxito de su narrativa entre el público español obligó a los sucesivos cultivadores del género, sobre todo aquellos del ámbito de la literatura social, a tener en cuenta las pautas de su modelo narrativo. Y una constante de la poética de Ayguals, que a la postre configurará sus señas de identidad como narrador, será precisamente la de convertir a la novela en una miscelánea de registros de escritura. Escribirá el vinarocense en el prólogo de su más celebrada obra, *María la hija de un jornalero*:

Yo creo que pudieran muy bien escribirse verdaderas y acabadas historias que detallasen por do quiera todo el interés, toda la poesía, toda la amenidad, todos los alicientes de la novela, con solo eslabonar hábilmente la fábula con la realidad, siempre instructiva y respetable, de manera que la parte de invención no perjudicase a la veracidad de los sucesos (1849: 7).

Baulo apunta que Ayguals de Izco se consideró a sí mismo como creador de un nuevo género, el de “historia-novela”, que usó “con el fin de establecer dos categorías genéricas (de ahí el guión) independientes pero también interdependientes” (1996: 62). Efectivamente, el novelista republicano desvelaba estas intenciones a Eugène Sue en el prólogo recién citado, donde decía que al igual que el autor de *Los misterios de París* había dotado a la narrativa contemporánea de utilidad social y política, él se proponía “dar otro paso de no menor importancia: enseñar la historia ataviándola con las poéticas galas de la fábula”, lo que habría de lograr hilvanando “escenas sociales, que inspiren interés y cautiven la curiosidad del lector, sin desvirtuar los acontecimientos históricos” (1849: 6).

No obstante, la crítica suele negar a Ayguals el logro de tales propósitos al reprocharle que en sus novelas históricas se construyen dos series paralelas: “la historia política pasa por una; la historia de los personajes, por otra. Hay, claro está, conexiones entre las series, pero son superficiales y poco convincentes” (Benítez, 1979: 122). Esta apreciación respecto a la novela histórica preconizada por Ayguals puede ser igualmente aplicable a la novela filosófica-social de Tresserra. En su caso serían los ensayos, estadísticas y demás injertos los que se superponen a los episodios de ficción, de manera que a menudo están interconectados, pero no siempre fundidos en un mismo discurso. Lo cual, en virtud de los paradigmas críticos consagrados para la novela moderna, constituye un motivo de expulsión fulminante de los cotos de la literatura artística.

Sin embargo, en nuestra opinión, tal mezcolanza de registros, más que achacable a la falta de sentido estético o a la incapacidad artística, acusaciones que latén comúnmente en estos juicios, viene determinada por una serie de circunstancias que a menudo no son contempladas. Entre ellas, cabe destacar la cosmovisión idealista que alentaba las producciones de estos escritores.

Con relación a este último aspecto, resulta significativo el intercambio de elogios entre Ayguals y Sue que recogía el primero en una de las primeras ediciones de su *María*. Escribía el novelista francés: “las circunstancias actuales dan un nuevo interés de

oportunidad a la parte política de este libro, grave como la historia, apasionado como el drama, seductor como la novela, veraz como la estadística, consolador como la sana filosofía”; esto es, Sue alaba la mirada panóptica que la novela de Ayguals lanza sobre la realidad social de modo que, a su juicio, “resuelve admirablemente este problema tantas veces insoluble: «la variedad en la unidad»” (1849: 7). Comentario que apuntala la impresión de que, al escribir sus novelas, ambos autores parten de una vocación idealista, en el sentido de totalizadora, que les impulsa a construir novelas que abarquen todas las facetas del mundo en su conjunto.

Muy significativo al respecto resulta ser uno de los prospectos puestos en circulación por los editores de Sue para publicitar su *Matilde* (1842); en él se lee que dicha novela “reúne las ventajas de todos los géneros (novelescos) conocidos, las de la novela histórica de Walter Scott..., la novela psicología de George Sand [...] las de Balzac, porque el mundo se ve en las *Memorias de Matilde* al través de un microscopio que pone de bulto sus más imperceptibles pequeñeces” (Reginald Brown, 1953: 34). Tal afán totalizador, en cambio, en el caso de Ayguals se traduce en un proceder que parece ser novedoso en el panorama narrativo europeo: enhebrar cualquier clase de texto en el cedazo narrativo.

Todo parece indicar que el de Vinaroz fue el primero quien, a partir de *María la hija de un jornalero*, comenzó a incluir en sus obras un andamiaje de documentos ajenos a la ficción. En esta novela encontramos estudios históricos-sociales sobre centros de trabajo como la Fábrica de tabacos (1849: 25 y ss), que Ayguals toma de *El Manual de Madrid* de Mesonero Romanos; decretos emanados de las Cortes (p. 55 y ss.); un extenso ensayo crítico y bibliográfico sobre el teatro español (pp. 196 y ss); o un detallado informe de las sociedades de ayudas a los pobres que operaban por entonces en Madrid, donde se incluyen desde sus datos financieros a sus estadísticas de crecimiento (pp. 215 y ss). Tal práctica la repetirá Ayguals en sus siguientes novelas, como *La marquesa de Bellaflor* (1845) donde topamos con estudios meticulosos sobre varias cuestiones, como por ejemplo la institución de la Inclusa (1869: 155 y ss); o en *La bruja de Madrid* (1849), obra en la que el novelista transcribe famosos discursos como el de Thiers sobre la propiedad privada (1969: pp. 69 y ss).

En este último libro, Ayguals justifica el florilegio de documentos que conforma la novela a partir del propósito didáctico y propagandístico con el que la escribe:

En las noticias estadísticas y descripciones de monumentos he procurado ser verídico y lacónico a la par; y, por ultimo, he manifestado con franqueza mi

opinión sobre las más graves cuestiones de interés europeo, como entre otras LA ABOLICION DE LA PENA DE MUERTE, LA INDEPENDENCIA DE LOS PUEBLOS... (p. 727).

Otra de las puertas de entrada que utiliza Ayguals para suministrar a sus lectores información extraliteraria la constituyen las notas a pie de página, que abundan en sus novelas y que cumplen una variado haz de cometidos. Así, por ejemplo, en *La marquesa de Bellaflor* le sirve para incluir extensos párrafos de la *Historia de Espartero* de Flórez (1869: p. 12 y ss), o para mostrar una amplia gama de discursos de políticos contemporáneos (pp. 65 y ss.).

Las siguientes palabras de Benítez son una certera y sintética definición de la narrativa del autor de Vinaroz:

A diferencia de las de Sue las novelas de Ayguals impresionan por su estructura de obra abierta: el autor improvisa constantemente: vuelve atrás, se corrige altera sus propias leyes sin aviso. Todo en sus novelas, tanto en el contenido como en la forma es imprevisto, azaroso. Ese canal sirve como vehículo total: se encauza a través de él toda una doctrina económica, política y ética. La novela así entendida tiene más que ver con la prosa periodística que con el género novelesco. No hay caso similar en el folletín europeo (1997: 682).

Respecto a esta última apreciación de Benítez, cabe apuntar que desde luego tal práctica resulta ajena por completo a la poética de los máximos referentes de la narrativa social europea como Eugène Sue, Dumas o Soulié. Las obras que quizás más se acercan a la de Ayguals son las de Víctor Hugo, quien a menudo intercalaba en sus novelas capítulos ajenos a la ficción. Caso de este proceder lo hallamos en algunos pasajes de *Los miserables*, cuyo libro primero de la segunda parte, por ejemplo, está dedicado en exclusiva a rememorar la batalla de Waterloo, aun cuando tal evento está solo muy indirectamente relacionado con el argumento y trama principales de la novela (1999, v. II: 289 a 335). De cualquier manera, el alejamiento de Hugo de la historia de sus personajes no supone, como sucede en la narrativa de Ayguals o de Tresserra, un parejo distanciamiento del estilo y tono literarios; es decir, aun cuando se ocupa de escribir materia historicista Hugo no deja de escribir literatura, no cambia de lenguaje ni de género como hacen los españoles. Leemos en *Los miserables*: “Claude Guex había robado un pan; Jean-Valjean había robado un pan. Una

estadística inglesa demuestra que, en Londres, de cada cinco robos, cuatro tienen por causa inmediata el hambre” (1999, v. I: 95). Aquí se detiene la remisión extraliteraria de Hugo, en cambio, Ayguals o Tresserra no vacilarán en reproducir fielmente en las páginas de sus novelas no solo estadísticas que vengan a demostrar asertos como el del francés, sino todo un aparato de reseñas y documentos, sin que importe su naturaleza, que logren transmitir al lector la incontrovertible verdad de sus mensajes.

Dice Pura Fernández que “Ayguals construye un modelo de *ciudadano lector* al que dirigirá novelas por entregas acomodadas al humanitarismo romántico, prensa y textos históricos, trivirato editorial concebido como un didáctico maridaje entre la amenidad y la formación moral, social y política” (2005 a: 103). En este sentido resulta esclarecedor volver sobre la labor editorial llevada a cabo por el escritor republicano. Respecto a las publicaciones de la Sociedad Literaria, explicaba Carrillo que en sus colecciones Ayguals busca más que una unidad literaria una unidad ideológica (1974: 166). Así, es revelador que el mayor difusor de Sue en España, en un prospecto publicitario, informe a sus lectores de que los tratados y libros de carácter divulgativo como *Historia de los jesuitas*, que forman otra de sus colecciones, son complemento imprescindible para entender la historia oculta de esta orden, pues en ellas “hállanse ampliadas y comprobadas” las aseveraciones de Sue en su novela, de modo que, continúa diciendo la publicidad, “es en todos los conceptos de una importancia inmensa y de un interés particular para los lectores de *El judío errante*” (*apud* Carrillo, 1974: 172).

He aquí otra probable génesis del hibridismo narrativo de este escritor. El editor Ayguals que pone en circulación libros sobre historia económica, política y filosófica se transmuta en el Ayguals novelista que lleva a cabo la misma labor pero en la vasta síntesis de sus novelas, donde dicho sea de paso, también caben, como en las obras de Tresserra, los catecismos que el mismo edita y escribe¹⁶⁸.

Las peculiaridades de este hibridismo que en nuestro país, como veremos, sentará una sólida y longeva tradición, quizás tengan uno de sus fundamentos en la consuetudinaria y rigurosa institución de la censura. La presión que esta ejercía sobre la prensa y los libros divulgativos impulsaba a los escritores a fundir registros discursivos heterogéneos con el literario, siempre más difícil de secuestrar. Y ello se aprecia porque no son solo las creaciones de Ayguals, Pérez Escrich o Tresserra las que presentan tales características, sino

¹⁶⁸ Ayguals de Izco introdujo un *Catecismo democrático* en la *Cartilla del Pueblo* de 1842 según Francesc A. Martínez (2004: 62)

que parecen haber constituido una práctica usual en la novela patria desde la década de 1840. Por ejemplo, Cristina Patiño opina que *El Dios del siglo* (1848) de Salas y Quiroga, autor de una literatura romántica imbuida de preocupaciones sociales y de varios folletos políticos, “participa de un hibridismo inclasificable” (1999: 327). En esta novela, Salas conjuga el ideario democrático que quiere transmitir con el desarrollo de una acción casi detectivesca, y lo hace a través de la pluridiscursividad narrativa:

Recortes de periódicos, cartas mercantiles y personales, recibos de cobro, pagarés, billetes íntimos, evocaciones genealógicas [...] Estamos ante una novela de forma laberíntica, anticronológica como el mundo moderno: el lector es sometido a continuos traslados aparentemente arbitrarios que no buscan sino atraparlo (p. 329).

Otras muestras de esta propensión a hacer de la novela el género total la constituyen las obras de autores como Ros de Olano, cuyo *El doctor Lañuela* (1863) exhibe, a juicio de Alonso Seoane, una clara vocación trascendentalista, filosófica (1997: 707). Apreciación que también puede aplicarse a las novelas escritas por Salas y Quiroga o por nuestro Tresserra.

No obstante, en la práctica, el membrete que comúnmente calificaba a esta literatura de combate ideológico era el de “Novela social”. Así aparece en varias obras de la época como, por ejemplo, *Un alma y un bolsillo. Novela social* (1866) de Mariano Ponz, o ya en la Restauración en las primeras publicaciones de López Bago como *La torería. Luis Martínez El Espada. Novela social* (1886). La percepción de los contemporáneos es que las novelas con este subtítulo toman su inspiración de los “socialistas” como Sue o Souliè. Manuel Angelón, republicano catalán muy cercano a Tresserra, al escribir una novela histórica, *Los misterios del pueblo español durante veinte siglos* (1858-1860), añade el subtítulo “Novela histórico-social”, para que no quepa duda de su orientación ideológica y no sea confundida con otras del género histórico.

En esta última obra, Angelón parece apuntarse a la poética de Ayguals de Izco, de modo que el tejido sustancial de su novela lo forman las abundantes notas a pie de página y extensos ensayos que el autor dedica al ramillete de temas predilectos de la literatura republicana del periodo: la pena de muerte, la obsolescencia del absolutismo, la relación entre crimen y pobreza, etc. El correligionario de Tresserra elige una serie de personajes históricos -los capítulos se suceden con naturalidad pasando de Viriato a Zumalacárregui-

con la intención de amalgamar en sus obras mensajes sociales con una lectura filosófica de los acontecimientos históricos; “Confesémoslo francamente -escribe Angelón-: es una vergüenza para la humanidad pasada, y más aún para la humanidad presente, eso que llaman guerras, y que consiste en la destrucción del hombre por el hombre, ni más ni menos que las fieras destruyen a las fieras” (1858: 77).

En 1848, Mesonero Romanos escribirá en las páginas de *El Semanario Pintoresco Español*, respecto a la narrativa de Ayguals y de los escritores de su círculo, que cultivan novelas pretendidamente “filosóficas”, las cuales vienen descritas por el costumbrista como aquellas en las que “se ponen en ridículo las cosas y las instituciones más venerables y más solemnes que la sociedad ha establecido”, y donde se retratan “tipos inmorales” (*apud* Amores, 2004 a: 92). En *La bruja de Madrid* a propósito de los efectos provocados en Europa por la Revolución Francesa de 1848 escribe Ayguals: “hay debates de tal importancia, que es punible en todo escritor concienzudo no lanzarse al palenque para contribuir al triunfo de la humanidad. No sin desconfianza de nuestras escasas fuerzas emprenderemos tan espinosa misión. Tal será la parte filosófica de este libro” (1969: 31).

Esto es, los autores republicanos quieren dotar al género de la novela de significancia tanto social como filosófica. Tres parecen ser los rasgos característicos de la literatura que cultivarán: el tratamiento de la realidad de las distintas esferas de la sociedad, la vocación de convertirse en plataforma de propaganda ideológica e instrumento de educación para los ciudadanos y, por último, la mezcolanza desacomplejada de géneros dispares de escritura. Notas que se complementan con el catálogo de personajes, escenas, ambientes y temáticas popularizados por los novelistas franceses entre el público español, y que los escritores patrios adaptan a la idiosincrasia nacional.

En la intención de Tresserra de subrayar todas estas particularidades debemos situar por lo tanto el uso del membrete de “Novela filosófico-social”. Acuñación que revela, además, una doble intención de nuestro autor. De una parte, la más evidente de situar al lectorado ante el universo de la literatura de ideología democrática; y, por otra, la de resaltar su condición de “novelas de ideas”. El hecho de que refuerce con contundencia esta intención “filosófica” puede indicar que el catalán, a la altura de los años sesenta, considera que por sí misma la denominación de social ha perdido algo de su significado primitivo; pero también no cabe duda de que descubre el propósito de dotar de rigor científico al género. Para Tresserra la filosofía abarca un sentido mucho más amplio del que se confiere en la actualidad, de modo que incluso resulta intercambiable con el término de “ciencia”. Incluye así todas las disciplinas que conforman el conocimiento humano. Ambas, filosofía y

ciencia, tienen una raíz común: la razón humana. Y del mismo modo que el catalán dice que la facción del Partido Demócrata a la que él pertenece es la “racionalista pura”, o que escribe sobre la existencia de Dios desde “el racionalismo puro”, sus novelas constituyen un ejercicio literario que se basa en la razón “explicándose a sí misma”, único método válido para acercarse a la verdad. La novela filosófico-social es por lo tanto un ejercicio de aplicación de la razón pura a la temática literaria mediante todos los instrumentos que el ser humano encuentra a su alcance, esto es, mediante todos los géneros y todas las disciplinas. El naturalismo de Zola partirá de una premisa semejante pero desde los postulados estrictamente positivistas y el método experimental. Tresserra siente antes ese mismo impulso de acercamiento cartesiano a la novela, pero pertrechado de su cosmovisión eminentemente idealista.

Todo parece indicar que nuestro autor fue pionero al apellidar una obra con el membrete de “Novela filosófico social”. Tomando como referencia los catálogos tanto de la Biblioteca Nacional de Madrid como el del Patrimonio Bibliográfico Español, y las recopilaciones bibliográficas de Elías Molins, Palau y Dulcet y Juan Ignacio Ferreras observamos que las primeras obras que lo usan explícitamente son las de Tresserra, concretamente aparece en 1860 con *Los misterios del Saladero. Novela filosófico-social*. Cronológicamente, el siguiente en denominar de este modo a una novela será Antonio García del Canto en *Los tres hijos del crimen. Novela filosófico-social* de 1861, es decir, un año después de la del catalán. No hemos podido localizar esta obra a la que, en cambio, sí han tenido acceso investigadores como Zavala, que informa de que en ella García del Canto narra las luchas sostenidas en 1848 entre los demócratas y moderados españoles, ocasión que usa su autor para lanzar constantes diatribas contra la aristocracia y para reivindicar la igualdad de la mujer (1971 a: 147). Para Ferreras, García del Canto constituye un perfecto ejemplo del folletinista social de la peor especie: “en sus obras los trabajadores y los pobres no son nunca culpables, la culpa la tienen los nobles, los usureros, los malos hombres que seducen a las pobres muchachas del pueblo”; es decir, sus novelas se dirigen a halagar al obrero (1972: 162).

El siguiente autor, de acuerdo a las fuentes que hemos tenido acceso, que usó el membrete fue Fernando Antón con su *Luchas del siglo: novela filosófico-social* (1864) editada por Luis Tasso de Barcelona. Obra que, tanto en su andamiaje como en su orientación filosófico-social, no cabe duda de que bebe de las fuentes de la narrativa tresserriana. Como nuestro catalán, Antón se propone asestar puñaladas dialécticas a las escuelas igualitaristas desde una perspectiva demócrata-liberal; labor que lleva a cabo, como

hacía Tresserra en *Los misterios del Saladero*, a través de capítulos autónomos que constituyen verdaderos ensayos políticos, caso del tercero titulado “La pantera del socialismo” (1864: 16 y ss). Este autor incluye asimismo consejos prácticos para formar sociedades de construcción de casas mediante cajas de ahorro (pp. 60 y ss); o, en otros pasajes que también recuerdan a la poética de nuestro catalán, se dedica a pregonar las bondades del libre comercio (pp. 134 y ss) o del asociacionismo (pp. 155). La novela de Antón, como las de Tresserra, combina discursos sociales y filosóficos con episodios de ficción en los cuales el arte del corte no tiene cabida, ya que el autor para fidelizar lectores estima suficiente la complicidad ideológica que presume al suscriptor. Más alejadas en el tiempo aparecen novelas como *Los proletarios: novela filosófico-social* (1870), de otro destacado republicano, Fernando López Córdova, que nos orientan sobre la proliferación de esta narrativa.

Los autores citados, en principio, parecen ser novelistas menos difundidos y afamados que Tresserra, lo que unido a la mayor antigüedad de las obras de nuestro catalán, sugiere que se adhirieron a un subgénero novelístico que había recabado cierto apoyo de público. Seguramente, la inclusión de *La judía errante. Novela filosófico-social* en el *Index* vaticano contribuyó en gran medida a popularizar la denominación; cuya adopción por parte de otros novelistas cabe entender que suponía una inmediata identificación de sus propósitos ideológicos.

De cualquier manera, no nos proponemos realizar aquí un estudio exhaustivo de las novelas filosófico-sociales y su difusión, lo que nos apartaría demasiado de nuestro verdadero objetivo, que es el de analizar la narrativa de Ceferino Tresserra. Lo que pretendemos es más bien dejar noticia, acaso para futuras investigaciones, de la existencia de lo que parece haber sido una tipología literaria con sustantividad propia. A ello induce a pensar las numerosas alusiones sobre el subgénero que me hemos recogido. La mayor parte no ocultan su animosidad hacia las obras que se titulan filosófico-sociales. Dos son las motivaciones principales del rechazo que suscitan: por un lado, su adscripción a ideologías subversivas con las que identifican la etiqueta; de otro, su parentesco con el folletín.

Pero también se hallan algunas elogiosas. En este sentido, resulta sorprendente la definición de novela filosófico-social que hallamos en una preceptiva literaria escrita al alimón por el krauso-positivista Manuel de la Revilla y Pedro Alcántara García en 1877: *Principios generales de la literatura e historia de la literatura española*. Cuando dichos autores pasan a ocuparse de las tipologías de novela de su época, aunque precisan que existen multitud de géneros, aíslan aquellos que les parecen los más importantes, que serían:

el psicológico o de carácter, histórico, costumbrista, de aventuras o de intriga y enredo, filosófico-social, novela cómica, novela pastoril, novela fantástica, novela didáctica, y *novela corta o cuento*. No obstante, advierten de que por lo común estos géneros se mezclan entre sí, siendo muy frecuente que una misma novela pueda clasificarse en varios de ellos (2000: 35). Más adelante ofrecen una definición de nuestro subgénero:

La novela *filosófico-social* expresa y retrata la vida de toda la sociedad en todos sus aspectos, lo mismo en sus ideas que en sus hechos, en sus caracteres que en sus costumbres. Generalmente desarrolla los problemas más graves de las ciencias morales y sociales, mediante una acción grandiosa y complicada, confiada a caracteres que son verdaderos tipos y personificaciones de aspectos permanentes de la humanidad. Estas condiciones le prestan proporciones verdaderamente épicas y la colocan por encima de todos los demás géneros. Requiriendo esta novela en el artista una gran cultura científica, una poderosa idealidad, un exquisito conocimiento del corazón humano y un arte maravilloso para unir en sus tipos y en su acción lo ideal y lo real, lo filosófico y lo histórico, viene a ser el más difícil de los géneros novelescos, accesible solamente, por tanto, a genios de primera talla (*ibíd.*).

Lamentablemente estos autores no aportan ejemplos de cultivadores españoles, pero lo cierto es que debían tener en mente a alguno de ellos, pues su trabajo se presenta como un análisis sobre el ámbito de la literatura de nuestro país. Tal definición resulta por lo tanto significativa, pues proporciona una pista inestimable sobre la familiaridad del sistema literario con este género.

Pero, como decíamos, aquellas referencias de tintes condenatorios son las más habituales. Así, un crítico que firma con las iniciales A. C. en la revista de política y literatura *Escenas contemporáneas*, dirigida por Manuel Ovilo y Otero, tras hacer un repaso a las variedades de novelas más en boga en la época, decía en 1863 que el género del que nos ocupamos es el que “con más valimiento priva”, y añade: “para algunos llamado socialista, apedillado por otros tabernario, y que sus autores y propagandistas califican de filosófico-social”. Y continúa escribiendo:

Hacer una novela filosófico social es lo más fácil del mundo: el mecanismo se reduce a poner de manifiesto lo más repugnante que la sociedad encierra; a

presentar la virtud como imposible y como necesario el crimen, efecto de lo mal arreglado que anda todo. En cuanto a personajes, ya se sabe: un sacerdote glotón y lascivo, sin caridad y fanático, y una joven pura, angelical y bella, arrastrada por las leyes sociales al lodazal inmundo de la impureza; en torno a estos que han de ser los principales caracteres, giran y se confunden banqueros sin conciencia, meretrices *inocentes* y *honrados* asesinos. Con esto y un título apropiado, chocante y llamativo, se labran con facilidad pasmosas reputaciones y fortunas (1863: 101).

Se burla el crítico de las pretensiones de los autores de novelas filosófico-sociales que, según él, aun cuando proclaman que su norte es redimir a la clase obrera, lo único que consiguen es que los pobres malgasten sus escasos recursos en las entregas. Para A. C. tal narrativa tan solo sirve para fomentar el odio entre clases, santificar el suicidio, difundir el materialismo más grosero e incluso para arrastrar al crimen a sus lectores; y apostilla: “es verdad, en fin, que en tales obras, para los que sufren, para los desgraciados, nunca se pronuncian la hermosa, la divina sentencia del *Evangelio: Bienaventurados los que lloran*” (*ibíd.*).

Aunque no se refiere explícitamente al género filosófico-social, Menéndez Pelayo alude despectivamente a esta literatura, a la que emparenta con las corrientes más pujantes del pensamiento heterodoxo español durante la era isabelina; escribe el severo crítico santanderino:

Ingenios de floridas esperanzas y otros de mucho alcance rinden hoy tributo a la literatura heterodoxa, que antes no contaba entre nosotros más que un nombre ilustre, el de Quintana, y que desde entonces había tenido que contentarse con las novelas de Ayguals de Izco o de **Ceferino Tresserra**, o con los bambochazos de Roberto Robert, el de *La espumadera de los siglos* (1948: 471).

Por su parte, Julio Cejador, aunque tampoco cita directamente a la novela filosófico-social, consigna su existencia, de modo que segrega estas producciones del grueso de la novela popular; escribe: “El espíritu reflexivo y moralizador correspondiente al didáctico, social, humanitario de la novela folletinesca francesa, que también se fabricaba en España para el vulgo, tenía que colorear el cuento y la novela”; y luego añade: “Quedan como

románticos los novelistas folletinescos, fantásticos, sensibleros y demasiado moralizadores: Pérez Escrich, Ortega y Frías, Pilar Sinués, Julio Nombela, Faustina Sáez de Melgar” (1972: 46).

En la misma línea que Cejador se inscriben las referencias que hallamos diseminadas en los textos de los máximos representantes de la novela realista, caracterizadas además por el tono paródico que usaron siempre para referirse al folletín. Así, José María de Pereda en *Esbozos y Rasguños* (1888) recrea una conversación entre un editor y un aspirante a novelista que busca publicar sus escritos:

-¿De qué género es el libro de usted? -Filosófico-social-económico...-Basta, basta... No sirve.-¿Qué pretendía usted? -Si fuera una novela *patibularia, incendiaria, forajida, parricida o adulterina*, poniéndole algunas láminas *al cromo* y portadas alegóricas a diez tintas, tal pudiera haber en ella de horrores, que se la compraran a usted, a pesar de su poco nombre. -¿Cómo? -Porque este es el género que hoy priva, y tantos pedidos tengo de él, que acaso nos arreglásemos. ¿No podría usted dialogar su libro, introduciendo en él siquiera un par de frailes cínicos, una ramera *virtuosa*, un bandido filantrópico, un banquero ex presidiario, una marquesa adúltera... cualquier *cosa* así? Porque con un título *ad hoc*, verbigracia: *El cráneo del monje, La caverna del crimen, Cien generaciones de adúlteras, El puñal y el hisopo*, le daríamos a luz con éxito seguro (1989: 174).

Clarín alude de pasada a la novela filosófico-social cuando leemos en *La regenta*: “El señor Somoza expuso latamente varias vulgaridades relativas a la renovación del aire, a la calefacción, aeroterapia y demás asuntos de folletín semicientífico. Después volvió a la desgracia de aquella casa” (1999: 363). La misma mirada irónica sobre el género asoma en un relato, *¿Dónde está mi cabeza?*, de Galdós aparecido en *El Imparcial*. Un hombre al despertar descubre que nada tiene sobre los hombros:

¡Ah! -pensé- de fijo que mi cabeza está en mi despacho... ¡Vaya, que no haberseme ocurrido antes!... ¡qué cabeza! Anoche estuve trabajando hasta hora muy avanzada... ¿En qué? No puedo recordarlo fácilmente; pero ello debió de ser mi Discurso-memoria sobre la *Aritmética filosófico-social*, o sea, *Reducción a fórmulas numéricas de todas las ciencias metafísicas*. Recuerdo haber escrito diez y ocho veces un párrafo de inaudita profundidad, no logrando en ninguna de ellas expresar con fidelidad mi pensamiento. Llegué a sentir horriblemente

caldeada la región cerebral. Las ideas, hirvientes, se me salían por ojos y oídos, estallando como burbujas de aire, y llegué a sentir un ardor irresistible, una obstrucción congestiva que me inquietaron sobremanera... (Cervantesvirtual, 2008: III).

Estas menciones ponen de manifiesto que la categoría contaba con cierta reputación y conservaba su vigencia después de la eclosión narrativa que había experimentado a partir de 1860. Pero también evidencian que el término no poseía contornos precisos; para algunos evoca la novela de altos vuelos, para otros la vulgarización científica trasladada a lo literario y algunos como Galdós lo identifican con manifestaciones de los galimatías del pensamiento idealista.

De cualquier modo, la estela de la novela filosófico-social se prolongará durante un largo periodo; como demuestra la profusión de obras que, durante las primeras décadas de la Restauración, emplean el subtítulo o alguna de sus variantes, como *Los misterios del claustro. Novela filosófica* (1878) escrita por José Ramón Jiménez y publicada en Barcelona; o *El hombre. Novela metafísico-social* de Enrique García Ceñal que apareció en Madrid en 1887. De entre las que nos ha sido posible localizar destacan las obras del republicano Ubaldo Romero Quiñones, cuyas *Sensitiva. Novela filosófico-moral* (1875) o *Los huérfanos: novela filosófico-social* (1879) evidencian que la denominación continúa vigente.

Respecto a esta última obra, dedica significativamente a Manuel Ruiz Zorrilla, cabe apuntar que constituye un perfecto ejemplo de seguimiento de la narrativa forjada por Ayguals o Tresserra, pues está construida a partir de un florilegio de textos ensayísticos, políticos, filosóficos y sociales que se entremezclan en una trama novelesca que también recuerda a las habituales en la narrativa social republicana. En la subportada de la obra hallamos lemas como los siguientes: “Enseñar e instruir deleitando es la misión de la novela: aquellas que faltan a esta misión, no merecen la pena de leerse”; “elocuente testimonio del onanismo intelectual son esos frutos de insípidas lecturas que adormecen el humano entendimiento”. Romero Quiñones se lamenta en el prólogo de que a menudo la novela solo sirve para satisfacer la curiosidad, “pero nosotros –dice el autor-, amigos de la verdad, buscamos una madre para estos hijos perdidos en el alma humana y en las condiciones sociales que de fuera la impulsan; y en estas dos cosas pretendemos hallarlas” (1879: 13). Las similitudes en lo relativo al estilo, estructura narrativa y mensaje ideológico con la narrativa de Tresserra son tan numerosas que resulta indudable que el autor toma como

inspiración al catalán. Los profusos discursos de la voz del narrador en *Los huérfanos* sirven para encauzar todo un arsenal de conocimientos filosóficos, políticos, sociales y científicos que se alternan, como sucede en la novelística de Tresserra, con capítulos autónomos que contienen tratados, opúsculos y disquisiciones varias que, a la postre, configuran un libro cuya prosa comparte muchas más características con los discursos técnicos que con el literario. A menudo, Romero Quiñones echa mano de un recurso utilizado con frecuencia por Tresserra, como es el de reproducir textos propios; caso de un *Evangelio del obrero* (p. 30). Las novelas de ambos autores tienen asimismo en común la afición a introducir extensos diálogos entre personajes destinados, como los catecismos, a trasladar a los lectores una idea sintética de cuestiones políticas; y también la de incluir en las páginas de sus novelas gráficos estadísticos. Frases como la siguiente: “Los derechos naturales imprescriptibles del hombre son la propiedad, la justicia y la libertad; la propiedad que consagra su vida, la justicia que da a cada uno lo suyo; y la libertad, que garantiza el desarrollo de todas sus facultades” (p. 298); parecen calcadas a los que como vimos usaba nuestro catalán. En suma, incluso la curiosa, y a ratos enrevesada, trama que teje Romero Quiñones en *Los huérfanos*, donde los personajes preparan la fundación en un lugar despoblado de España de una ciudad regida por un sistema irreprochablemente demócrata-individualista, recuerda a los enredos tresserrianos.

Menos fiel al hibridismo literario se muestra la otra obra de este autor a la que antes aludíamos: *Sensitiva. Novela filosófico-moral*. Lo cual se explica seguramente por dos circunstancias: primera, el autor la publica en 1875, al poco de haber sido reinstaurada la monarquía y un régimen censorio riguroso; y segunda, su extensión no llega a las ciento sesenta páginas, lo cual acortaba sus posibilidades de ampliarla con documentos exógenos. De cualquier modo, las reminiscencias del modelo tresserriano persisten en el tono estilístico y la temática tratada, que es la de la emancipación de la mujer. “Es una verdad evidente – dice Romero Quiñones- que la estimación concedida a la mujer, está en razón directa de la cultura, sobriedad, buena moral e ilustración de un pueblo” (1875: 6). Expresión muy similar usará Tresserra, como veremos más adelante, como uno de los fundamentos de su discurso feminista. De hecho, por la mismas fechas, y de acuerdo a la coyuntura política del momento, nuestro catalán se verá constreñido, como igualmente le sucedería a Romero Quiñones, a limitar su discurso contestatario a la reivindicación de los derechos de las mujeres

Otro caso digno de mencionarse es el de las novelas folletinescas que Blasco Ibáñez escribió a principios del decenio de 1890. En *La araña negra* (1892-1893), por ejemplo, el

célebre autor valenciano se apuntará sin ambages a la tradición del hibridismo de la novela popular patria intercalando en su trama extensos títulos ajenos a la acción novelesca. Caso de ciertos capítulos dedicados a narrar acontecimientos históricos a modo de crónica, como “El 7 de Julio” (2002, v. I: 31 y ss;), “1823” (v. I: 87 y ss) o “El 22 de Junio” (v. II: 69 y ss); o de otros que reproducen sus propios artículos periodísticos, como “La orilla izquierda del Sena” (v. II: 241 y ss) o “Las hijas de la noche” (v.II: 249 y ss).

La tardía fecha de esta producción blasquista recién citada puede resultar sorprendente si tenemos en cuenta que por entonces los realistas, con Galdós a la cabeza, hacía casi dos décadas que habían “fundado” la novela española moderna. Ello ocurre porque si en las historias de la literatura española al uso, la novelística popular del periodo de 1840 a 1870 ha sido objeto de un tratamiento escaso y prejuicioso, la abultada corriente de continuadores de esta literatura a lo largo de la Restauración ha sido aún más desatendida.

Parece así inexplicable así el éxito indiscutible cosechado por la novela “médico-social” de Eduardo López Bago entre el público español en las décadas de 1880 y 1890. La obra de este autor perpetúa varios de los rasgos más característicos del modelo hibridista de la narrativa popular española; a propósito escribe Pura Fernández:

Los postulados teóricos que conforman la doctrina naturalista adquieren categoría de dogma en sus obras, lo que no obsta para que su indisciplina, básicamente formal, dote a las novelas de un carácter sincrético donde se entremezclan, en heterodoxa amalgama, grandes dosis de tremendismo, profusos excursos teóricos que les confieren un carácter de texto médico y sexológico con elementos propios del folletín y del melodrama (1995: 68).

López Bago se considera a sí mismo un escritor profesional, lo que a su juicio conlleva la exigencia de tener en cuenta al lector al que dirige sus novelas; esto es, adecua su prosa al horizonte de hábitos, gustos y posibilidades que cree detectar en el público español. Todo ello le llevará a apropiarse de no pocos elementos de la narrativa popular. Al respecto dice Pura Fernández que en sus obras se aprecia “cierto interés por halagar el gusto de un público mayoritario a la hora de confeccionar las novelas médico-sociales” (1995: 129). Y ello a pesar de que, como continúa diciendo Pura Fernández, “[e]xiste una notable palinodia entre el ferviente rechazo que manifiestan los naturalistas radicales por las obras escritas a luz de la imaginación y la fantasía – los folletines, las novelas idealistas- y el uso que de estos elementos hacen con generosidad en sus producciones” (p. 140).

No obstante, la narrativa de López Bago presenta mutaciones importantes respecto a la cultivada por autores como Ayguals o Tresserra. En primer lugar, sus novelas son bastante menos voluminosas, circunstancia que determina una mayor contención del autor a la hora de incorporar documentos exógenos. De modo que los conocimientos sociales, científicos, políticos o médicos que pretende transmitir a sus lectores son preferentemente integrados en el discurso del narrador. Pero ello no quiere decir que su importancia decrezca, al contrario, constituyen la enseña de su prosa; de hecho, como aprecia Pura Fernández, “[t]ales excesos de rigor documental dotan a estas novelas de un valor extra-literario”, que dice la investigadora fue señalado incluso por el inmisericorde fustigador de la heterodoxia Menéndez Pelayo (1995: 119).

De la siguiente manera describe López Bago en *El preso. Novela médico-social* (1888) las patologías a las que se hallaban expuesto los reclusos en la cárcel Modelo de Madrid:

Identidad de actitudes y casi de movimientos, de vicios y humores, de cara presidial, los párpados tumefactos, pitarrosos y contraídos delante de la luz, las mejillas incoloras, el linfatismo preponderante, la anemia por esa falta de oxígeno que viene aparejada como pena de asfixia, con la sentencia de la prisión, la tisis, la escrófula, el reumatismo, dando a todas las facciones igual palidez, y a los miembros idéntico escalofrío; el onanismo, la masturbación, *fellitrix* y *cunnilingue*, la pederastia, la tribadía. produciendo en todos los cerebros el mismo embrutecimiento, la misma extenuación en los cuerpos, la misma actividad interna, nerviosa, deprimente y erectil (1888: 104).

Autores como López Bago o Alejandro Sawa combinaron las teorías científicas de la época con el humanismo sentimental de Eugène Sue y Victor Hugo, creando la llamada escuela del naturalismo radical. Sus temáticas coincidían con las tratadas profusamente por los escritores republicanos isabelinos, como el anticlericalismo o la crítica al orden socio-moral imperante. Y a todo ello le añadieron su interés por la conducta fisiológica de los personajes, con especial incidencia en la patología sexual, rasgo que, dice Pura Fernández, convierte las obras de los naturalista radicales “en auténticas historias clínicas y manuales terapéuticos concebidas desde la perspectiva del tremendismo más estremecedor” (1998: 752).

Así pues, López Bago, al igual que Tresserra o Ayguals, se sitúa en los cotos de la literatura de combate ideológico y de educación al ciudadano; escribe en el apéndice a *El cura. Novela médico-social* (1885 y 1886):

Ante todo decir que la novela que ha dado en llamarse trascendental no es del mismo género que la novela naturalista, en la cual toda enseñanza se reduce a experimento. EL CURA, acaso por excepción, como se desprende y deduce del asunto mismo en ella tratado, al mostrar la llaga, muestra también el remedio (1885: 259).

Al redactar esta obra, López Bago se había encomendado la misión de que el naturalismo “recuperase su carácter revolucionario”, pues, según él, para que el movimiento prospere “tiene que luchar en las calles, ganar primero la opinión del pueblo, ser un héroe popular; su sitio no es la academia todavía. Es algo mejor que esto. La barricada. Y a la barricada fue conmigo, y en ella sigue hasta obtener triunfo” (p. 262).

El paradigma de la narrativa del naturalismo radical, como explica Pura Fernández, se configura por lo tanto a partir de:

El determinismo positivista como orden vital supremo – traducido, con frecuencia, en fatalismo mecanicista-; la fisiología como motor de la conducta de los personajes; el anticlericalismo radical; la sátira y la denuncia sociales; la concepción de la literatura como arma de combate político, filosófico y social; argumentos contruidos a la sombra de la herencia folletinesca y orlados de un abrumador pesimismo; todo esto, junto a la adopción de los temas relativos a las conductas sexuales como elemento central de las novelas (1995: 109).

Esta orientación de la narrativa lopezbaguiana hacia la doctrina del republicanismo radical de la época, nos sitúan una vez más en el terreno de la heterodoxia política y el enfrentamiento declarado contra la cultura oficial y casticista, vía segura en la España de casi siempre para acabar en los sótanos de la memoria. Es decir, existe toda una tradición de novelas sociales españolas de muy largo recorrido que ha sido soterrada bajo los esquemas dominantes. Sus autores señeros como Ayguals de Izco, Tresserra y López Bago, trazan la columna vertebral de lo que parece haber sido un sólido y heteróclito corpus narrativo, que

abarca como mínimo siete décadas y cuyas variantes, ramificaciones y modelos se hallan a la espera de ser estudiados con profundidad.

Esta marginación, e incluso desaparición, historiográfica de la narrativa popular española se explica en primer lugar, como ya hemos dicho, por la constitución de un canon novelesco fuertemente ideologizado. Pero a ello hay que sumarle el paradigma narrativo de raigambre esteticista desarrollado desde finales del XIX en las letras occidentales, que a la postre ha supuesto la anticanonización radical de la novela popular decimonónica.

En este sentido los apéndices que se encuentran en algunas de las obras de López Bago constituyen un testimonio muy valioso, por lo inusual y lúcido, de cómo asiste al proceso de autonomización del arte un autor que se sabe víctima propiciatoria de los derroteros hacia los que se encamina el sistema literario. En el apéndice a *El cura* (1885), en primer lugar, López Bago, como vimos que hacía Tresserra a principios de la década de 1850, arremete contra los escritores que idealizan la realidad, que apartan su mirada de lo turbio y lastimoso, son los que despectivamente denomina cultivadores de la *novela bonita*, por oposición a las críticas que naturalistas como él reciben por recrearse en la fealdad. Dice López Bago que pertenecen a este grupo los Valera, Alarcón o Selgás, cuyas novelas considera entregadas a un esteticismo vacío y moralmente reaccionario.

Se pregunta López Bago: “¿El estilo es acaso fundamental en la novela? No lo es; pero precisaba decir y probar de alguna manera la peregrina afirmación del *renacimiento*” (1885: 263). El adalid del naturalismo radical acusa a los escritores citados de haber construido una fabulación en torno al despertar de la novela española; López Bago denuncia que, en realidad, tales proclamas responden a una bien orquestada campaña publicitaria destinada a convencer al público de que se le ofrecía una nueva literatura de gran calidad. Transcribe una supuesta conversación mantenida por él con un de esos escritores que fustiga; uno de ellos – no desvela su identidad- le habría dicho: “No quiero hacer literatura pesimista. No quiero pintar fealdades. Y no quiero, en una palabra, escribir para *los tíos*, entendiendo yo por *los tíos* a la clase popular” (p. 264). Asegura el naturalista que tales autores en privado reconocen que el tal renacimiento de la narrativa española no sería más que un engaño, pero que había perseguido un noble fin: “Después de todo me queda un orgullo. Gracias a mi se lee la novela española, cosa que no sucedía antes. Pregunte Ud. a los libreros.... Ahora compran las nuestras y les gustan más ¿No es esto un triunfo? ¿No es esto, en contra de cuanto Ud. pueda decir, un *renacimiento*?” (*ibid.*). A lo que López Bago replica sentenciosamente: “Le di la razón, y de buena gana le hubiera dado las gracias; porque sin

querer y sin saberlo, ponía en mi poder la clave del hermoso periodo de *renacimiento*” (p. 265).

Así las cosas, para López Bago esa clave la constituye en gran medida la envidia que sienten tales autores hacia aquellos que, como él mismo, cuentan con un verdadero favor del público, lo que les permite vivir de su pluma. Pues afirma que, en realidad, los Valera o Alarcón necesitan para su sustento de las prebendas que reciben del poder, y que mienten cuando aluden al éxito comercial de sus novelas. Escribe el autor de *El cura*: “Cada libro nuevo tenía, al decir de sus panegiristas, un éxito fabuloso. Pero el secreto de las librerías era muy transparente. No había miles de ejemplares agotados al aparecer la producción” (p. 273). Se vanagloria López Bago de que, junto con otros como Galdós o Clarín, es capaz de vivir con dignidad y hasta con cierta opulencia de las ganancias que percibe por sus escritos. Niega rotundamente el manoseado aserto de que en España los escritores no pueden alcanzar la independencia económica; y tacha de meros envidiosos a aquellos que afirman tal cosa, pues la realidad la desmiente. Respecto a Galdós explica su éxito y popularidad por su capacidad de conectar con un gran público, y “por sencillísimas razones”, entre otras, “sabe andar mejor por las bibliotecas que por los salones aristocráticos” (p. 274). Así, concluye López Bago:

¡Quién sabe si, fijándonos bien en ello, radique en tales motivos de puro mercantilismo, la guerra sin cuartel que hacen los idealistas a los que no lo somos! De aquí resultaría la polémica literaria convertida en una cuestión de competencia entre mercaderes, cosa que a nosotros, que no queremos tener actitudes de artistas, y sí preferimos nuestro título de obreros, no había de rebajarnos, pues tenemos por honrosísimo llamar a las cosas por su nombre, y de aquí que la *gran república de las letras* sea sencillamente el *mercado literario* (p. 280).

La percepción de López Bago es que el sistema literario se divide entre aquellos que conscientemente se dedican a la escritura como labor profesional, y por lo tanto se preocupan y saben dar a su público aquello que este reclama; y aquellos otros que se parapetan en un supuesto amor al arte y cultivan un esteticismo vacío, y que son en realidad meros aficionados. Concluye así su apéndice: “¡Echemos de la literatura a los aficionados!, ¡Derrotemos a los pedantes! ¡Paso a los escritores de profesión!” (p. 291).

Volviendo al asunto del hibridismo narrativo, cabe apuntar que otros de los motivos que puede hallarse detrás de la propensión de los novelistas de nuestro país a ahorrar todo tipo de registros y géneros de escritura en torno a la obra literaria puede deberse a la confusión terminológica que reinaba en España en torno a la definición de novela. Pues conviene recordar que, a pesar de que este fue el género literario característico del XIX, a lo largo de la centuria incluso sus más egregios cultivadores estuvieron lejos de ofrecer una definición precisa de su naturaleza. En España, esta situación se vio agravada por el desdén que habían mostrado hacia esta los ilustrados, a la que por lo común dejaron fuera de sus preceptivas literarias. Para Ana Baquero, esta falta de tradición teórica es uno de los motivos fundamentales que explican la dispersión terminológica de los autores decimonónicos españoles a la hora de establecer en qué consistía el género (1999: 59). Como continúa diciendo esta investigadora, aún a finales del siglo autores como Clarín o Valera dudaban al denominar sus propias creaciones; este último, por ejemplo, precisaba a menudo que sus escritos aunque tenían apariencia de novelas no eran inmorales (p. 67). López Bago, aunque en un sentido radicalmente opuesto, muestra la misma vacilación en otro de sus apéndices: “Escribimos unas cuartillas a las que titulamos novelas, sin estar conformes con este título. No lo estamos, porque no tienen nuestras obras el carácter de las obras de amenidad, sino del estudio. No son novelas; pero sí son los libros de Balzac, los de Stendhal, los de Zola, *sátiras sociales*” (*apud* Pura Fernández, 1995: 75).

En el imaginario colectivo la novela será durante esta centuria, y más allá, el género abierto que todo lo admite, que abarca cualquier discurso y que puede presentar infinitas caras. Es el saco en el que todo cabe, que diría Pío Baroja, autor que como apuntamos fue un buen conocedor de la narrativa marginada del XIX.

La manifestación más clara del desconcierto patrio a la hora de establecer unas pautas claras de la definición del género lo constituía la profusión de subtítulos con la que los autores acompañan en la época a sus producciones. Esto es, el membrete de novela, por sí solo, apenas alcanza a sugerir unas señas de identidad básicas: narración en prosa de cierta extensión de episodios ficticios. De este modo, hay novelas apellidadas: históricas, de costumbres, de costumbres contemporáneas, cristianas, morales, histórico-religiosas, originales, españolas, catalanas, filipinas, sociales, festivas, para señoritas, arqueológicas, humorísticas... La mayoría de los subtítulos parece que servían para orientar al lector sobre el tema preferente de las novelas, es decir, sobre el subgénero al que pertenecían: histórica, humorística...; otros, como el de “morales” o “cristianas”, o el de “españolas” o “catalanas”,

alertan de que aunque se trata de novelas no son, o bien inmorales, o bien extranjeras, esto es, existe una percepción extendida de que estos son rasgos consustanciales al género.

No será hasta que se verifique el proceso de autonomización del arte que antes describíamos, y que situamos en el último tercio del siglo XIX, que se produzca en claro punto de inflexión. La novela alcanza una indiscutible dignidad artística sancionada por todos los agentes del sistema literario, y en especial, por aquellos que agrupábamos como lectores profesionales y escritores. Aunque el género no cesará de presentar una extraordinaria variedad de concepciones, de modo que continuará haciendo honor a su condición de prosa polifacética, el establecimiento de cánones novelísticos y sus consiguientes paradigmas críticos contribuirán a ir deslindando el campo de la narrativa. En el marco del desarrollo de una cultura de masas, que es ya percibida por todos los agentes, este proceso vendrá a trazar una línea férrea entre lo literario y lo paraliterio; y de este último lado caerán las novelas populares o folletinescas. La consagración de un modelo concreto del género, a la que darán forma las producciones de los autores que, como Flaubert en Francia o más tarde Galdós en España, ostentan el prestigio artístico irán creando un molde historiográfico.

En adelante, la lectura que se hace de la historia de la literatura toma como eje las obras canonizadas; de modo que, por un lado, aquellas que se apartan de las pautas que se derivan del paradigma consagrado tenderán a desaparecer de la memoria; y, del otro, las producciones anteriores serán contempladas como torpes anuncios de lo que en los autores canonizados adquiere una perfecta expresión.

En el caso español, como vimos, este proceso presentará la peculiaridad de que incluso se llegará a negar la existencia de precedentes, de modo que la historiografía recurrirá a menudo a la idea del genio espontáneo. Durante mucho tiempo, en la óptica de las historias de la literatura española, los Galdós, Clarín o Pardo Bazán serán creadores salidos poco menos que de la nada. A partir de la década de 1950, una vez que se comenzó a prestar cierta atención a la novelística patria llamada pregaldosiana, muchas han sido las investigaciones dirigidas a señalar la indudable deuda de estos escritores de la generación del 68 con los del periodo isabelino. Lo cual constituye una tendencia interpretativa que contribuye a perpetuar la misma óptica desenfocada; ya que las obras de estos autores se estudian solo con relación a obras posteriores que lógicamente no pudieron influirlas en ningún sentido. El efecto inmediato es el de eludir el estudio del contexto que les era propio a aquellas producciones, es decir, donde surgieron y donde fueron recibidas; único medio indicado para un cabal conocimiento de esta narrativa.

La evolución del género viene explicada así desde presupuestos “providencialistas”. El resabio bíblico, no en balde usamos “cánones”, es notorio: hay una serie de profetas, que serían en este caso los Ayguals, Salas y Quiroga, Tresserra o Fernández y González, que vienen anunciando un tanto crípticamente las señales del próximo advenimiento; y hay finalmente uno o dos Mesías, Galdós y Clarín, que vienen a establecer la “doctrina verdadera de la novela”. Se desconocen de este modo los numerosos condicionantes extraliterarios que rodean al sistema literario, y al mismo tiempo se incurre en una concepción paradójicamente idealista según la cual, el arte en general y la novela en particular, se hallan en una permanente marcha hacia la perfección de sí mismas.

Pero lo cierto es que la narrativa de los Ayguals o Tresserra continuó cultivándose en España durante largo tiempo; pero a partir de la Restauración, estigmatizadas ya como literatura antiartística, subversiva o alienante y destinada a un lectorado poco exigente. Se preparaba así su desaparición paulatina de la memoria cultural española.

3. ELEMENTOS DE LA NARRATIVA TRESSERRIANA

3.1 ESTRUCTURA

Los ejemplares que se conservan de las novelas de Tresserra resultan de la encuadernación de distintos fascículos, como atestigua la anotación del número de la entrega a pie de página cada treinta y dos hojas, que era el volumen habitual. El paradigma más difundido sobre este tipo de prácticas ha venido a establecer que esta serialización de la novela obligaba al autor a urdir estratagemas dirigidas a asegurarse la fidelidad de los lectores para la próxima entrega, de ahí la continua presentación de situaciones límite, peripecias y aventuras que quedaban en suspenso cada vez que el capítulo iba a concluir. Como vimos, esto se consagró como el emblema del género, de forma que *el arte del corte* pasó a ser el principal rasgo de la maestría de Sue y el que explicaba su apoteósico éxito.

En las novelas de nuestro catalán la huella de esta práctica resulta difícil de detectar. Incluso en una de sus novelas hallamos una alusión a ella con cierto aire de parodia. Tresserra narra como el personaje de Soledad se encuentra leyendo un folletín:

El autor iba desenvolviendo en aquel número una escena de amor, patética como una página de D'Arlincourt; brillante como una descripción de Walter Scott. Se sintió devorada por una ansiedad terrible por saber el fin de aquella escena que la inflexible mano del confeccionador del periódico había cortado despiadadamente a lo mejor... (MS: 267).

El desdén del catalán hacia el *arte del corte* se refleja, en primer lugar, en la arbitraria disposición de los capítulos de sus novelas, de modo que a menudo encontramos algunos que apenas rellenan dos páginas y otros que rebasan con holgura la extensión destinada a una sola entrega. En *Vicente de Paul*, por ejemplo, el libro uno de la primera parte consta de ciento veintisiete páginas, mientras que el libro uno de la segunda solo llega a veintidós. *Los hipócritas* presenta un caso similar, en su primera parte hallamos una sucesión de capítulos de dos páginas que no parece responder a causa alguna; en las primeras cincuenta hay diez capítulos. Caso contrario lo hallamos en la primera parte de *Los misterios del Saladero*, donde puede apreciarse cierta regularidad en la ordenación: está formada por once capítulos compuestos invariablemente de catorce páginas. Tendencia luego rota por las demás

secuencias, donde destacan la arbitrariedad de la parcelación y la extensión desigual de sus capítulos. En conclusión, el análisis global de sus novelas sugiere que Tresserra no apuesta por fidelizar a su lectorado mediante la creación sostenida de intrigas; sino parece más bien que confía, como iremos viendo, en la existencia de cierta complicidad previa, fundamentalmente ideológica.

La segunda consecuencia comúnmente atribuida a la serialización sería la de provocar el abultamiento artificioso de las novelas. Los interminables diálogos o excursos del narrador, aparecen como recursos dirigidos a dilatar una entrega, rellenar otra ante el apuro del editor, prolongar una obra exitosa, etc. La narrativa de nuestro catalán a menudo participa de esta evidente tara de la novela popular. El sistema de distribución obligaba a los autores a un método de escritura que en ocasiones podía entrar en contradicción con sus planes narrativos o exigencias de la propia poética. Tresserra dispensa con frecuencia capítulos dilatorios que poco o nada añaden a la guía temática y argumental que parece haberse trazado. De modo que a veces se deja guiar por cierta obligación de alcanzar una extensión prefijada para la obra. Salvo su primeriza *La marquesa de Bella-Cruz*, que apenas supera las quinientas páginas, y *La judía errante* que rebasa por poco las seiscientas cincuenta, el resto roza invariablemente los ocho o nueve centenares, como era preceptivo en la novela por entregas que lograba concitar el favor del público¹⁶⁹.

Como indica Pura Fernández, las novelas escritas y difundidas por entregas “solo alcanzan estatuto de novela autónoma cuando ha culminado el proceso narrativo con la distribución del último cuadernillo; hasta entonces está sujeta a toda suerte de vicisitudes e injerencias que, a la postre, conforman su fisonomía propia” (2005 c: 336). Respecto a un novelista como Pérez Escrich, folletinista cuyo estudio motiva la cita de Pura Fernández, estas mediaciones vienen preferentemente causadas por la acogida que el público lector hace de la obra. En un autor como Tresserra, las circunstancias extrañas al estricto proceso de creación, que determinan la naturaleza y rumbo de sus largas novelas, puede responder también a otras circunstancias, como sería la amenaza permanente de la censura. Las modificaciones sufridas por *La judía errante* constituyen un buen ejemplo de ello. Cuando el catalán está concluyéndola desvela cuál era el plan frustrado que había guiado su redacción:

¹⁶⁹ En el caso de *La marquesa de Bella-Cruz*, la reducida extensión parece responder a las limitadas posibilidades de la imprenta del joven Pers, que afrontó la publicación de la novela de su amigo como una especie de banco de pruebas de su recién estrenado negocio.

Necesitábamos presentar dos sociedades que trabajasen en secreto: una ocupada en auxiliarse y en instruirse, y la otra criminal [...] Una vez expuestas las consecuencias de una buena o mala asociación debíamos describir las ventajas de la asociación pública en grande escala, aplicada a la Economía política y así quería presentar el único socialismo posible, el que no es socialismo, esto debía constituir el segundo tomo, pero no podrá ser por los inconvenientes que han surgido (p. 665).

Como sabemos, los inconvenientes a los que se refiere fueron la denuncia de la jerarquía eclesiástica catalana y la consiguiente campaña de persecución desatada contra el autor. Pero no por ello Tresserra se arredró, de manera que prometía a sus lectores otra obra distinta donde podría “combinar el drama en mejor modo y desarrollar la parte filosófica social en mayor extensión que en ella” (*ibíd.*). *El poder negro*, su siguiente novela, saldará en alguna medida la deuda contraída por el escritor con su público. En ella insistirá en el asunto de las asociaciones clandestinas como eje filosófico-social del argumento y trama novelescas. La anterior cita de *La judía errante* desvela, además, cuál es el plan general que precede a la escritura de sus folletines: el autor parte de un tema filosófico-social que pretende desarrollar y en torno al cual va acomodando personajes, escenas, historias y otros asuntos relacionadas con la materia.

Pura Fernández cita una carta dirigida por Pérez Escrich a Fernández y González, en la que la investigadora identifica una perfecta descripción de la poética del folletinista:

Tú sabes que en la novela no se lleva un plan detallado, sino una idea general; la imaginación lo hace todo, los acontecimientos brotan de los puntos de la pluma, y muchas veces el que creemos personaje insignificante, crece... y se hace protagonista de la obra... Por consiguiente, no es posible adivinar adónde iré a parar en una novela de la que solo tengo escrita la cuarta parte” (*apud* Pura Fernández, 2005 c: 336).

Esto resulta aplicable a Tresserra, aunque con una particularidad: si bien aquello que en mayor medida guía su plan de escritura es la exposición lo más rica posible del tema filosófico-social elegido como eje, dicha pretensión queda a expensas de las perquisiciones del lápiz del censor. Esto es, Tresserra sabe muy bien lo que quiere decir y lo que quiere contar, pero el cómo va a hacerlo escapa a su control y queda sujeto a la lectura inquisitiva

que de ello van haciendo las autoridades civiles y eclesiásticas. Pero resulta indudable que como Escrich, y en lo que respecta a la parte que el catalán llama drama, improvisa y se corrige a lo largo de la novela. Los epílogos de *El misterio del Saladero* y *La mujer ajena* revelan como nuestro autor por compromiso, y no sin cierto fastidio, resuelve con pocos trazos tramas que se quedaron sin un suficiente desarrollo o que el autor dejó abandonadas en algún punto del camino. En la conclusión de esta última obra, exclama Tresserra: “Dedicaremos, antes de terminar esta historia, algunas breves líneas a esos lectores de novelas que arrojan el libro con desdén cuando el autor deja pendiente alguno de los hilos que forman la trama del argumento de su obra” (p. 779). Palabras que revelan cierta crítica del catalán hacia aquellos lectores “frívolos” que tan solo se interesan por las vicisitudes y destinos de los personajes. Ciertamente este tipo de consumidor de folletines tendría mucho que reprocharle a nuestro autor, quien como otros cultivadores de la novela de la época, a menudo siembra sus obras de tramas que se convierten en vías muertas, o se engolfa con personajes en un primer momento secundarios o se hastían de otros para dejarlos en un limbo narrativo. Práctica cuyo origen se encuentra seguramente en la obligación que contraían los entreguistas de prolongar sus novelas en caso de aceptación del público; lo cual les hacía crear una suerte de reserva temática de donde, en caso de necesidad u oportunidad, eran rescatados por el narrador. Las inverosímiles casualidades que frecuentemente jalonan a las novelas de folletín tienen en este proceder uno de sus orígenes.

Así pues, la premisa compositiva de la que parte Tresserra es ensayar una combinación de temas filosófico-sociales con un drama novelesco. Lo primero queda sujeto a las contingencias censorias, mientras lo segundo, además, depende de la musa caprichosa del autor. Cada uno de sus novelas se construye por lo tanto a partir de un argumento principal. En *Los misterios del Saladero* se trata del estado lamentable de las instituciones penitenciarias españolas. En *La judía errante* y *El poder negro* el catalán se ocupa del principio de asociación y de las consecuencias catastróficas que provoca en la sociedad que este derecho se halle restringido. En *Los hipócritas*, como comprobamos, Tresserra se vale de la trama novelesca para ilustrar a sus lectores sobre el inapelable camino tomado por las sociedades europeas hacia el progreso, esto es, hacia la República Democrática. *La mujer ajena*, en cambio, le sirve para mostrar los estragos morales y las desgracias humanas que acarrearán las hipócritas leyes y costumbres en torno a las cuales se articula la sociedad española durante el reinado de Isabel II. Y, finalmente, en *Vicente de Paul o el amor por caridad de Dios* el catalán denuncia el fariseísmo de la doctrina católica de su época, que

condena las libertades de conciencia y en la práctica traiciona los postulados de la caridad y el amor, todos ellos pilares de las enseñanzas cristianas.

Respecto a las tramas de ficción que se entrelazan con el fondo filosófico-social, se aprecia un denominador común: la persecución fraudulenta del dinero. La fabulosa herencia codiciada por ilegítimos pretendientes es el *leitmotiv* narrativo predilecto de Tresserra para desarrollar el asunto del vil materialismo. Salvo en *El misterio del Saladero*, donde el delincuente Anselmo urde una enrevesada estrategia para hacerse con la fortuna del barón T., y *La mujer ajena*, donde el apetito desaforado de dinero y su dolosa apropiación vienen encarnados en las vicisitudes del usurero señor Demon; el resto de sus novelas giran en torno a la existencia de una herencia amenazada.

A partir de estas guías temáticas y argumentales, y contando con el margen de improvisación a la que se hallan sujetos sus escritos, la poética de nuestro autor describe una recurrente arquitectura estructural. Las novelas se componen de cuatro grandes partes, cada una de las cuales cuenta con entre diez y veinte capítulos. Una excepción significativa la hallamos en *El poder negro*, donde el autor divide su obra en partes consecutivas hasta sumar ciento seis capítulos, siendo cada uno de ellos de extensión muy variable; lo cual quizás se explique con la circunstancia de que esta novela, la siguiente tras *La judía errante*, la escribió nuestro autor con mayor recelo hacia una censura que en cualquier momento podía dar al traste con el plan ideado.

En todo caso, el conjunto de su narrativa descubre una práctica reveladora: a partir del final de la segunda parte, lo cual suele corresponder con el transcurso de las trescientas primeras páginas, es decir, las dos últimas partes suelen ocupar el doble de extensión que las dos primeras, sus obras experimentan una mutación visible: la temática filosófico-social va apropiándose cada vez de más espacio para adquirir casi todo el protagonismo. Se aprecia por lo tanto que las primeras partes las dedica el autor a presentar el argumento y a sus personajes, lo que a menudo viene sazonado con una considerable porción de lances folletinescos. Esta demora en la introducción del excuso y el aditamento cabría en un principio pensar que responde a la táctica que Bonet llama de “vampirización del lector”, según la cual la primera preocupación del autor sería la de garantizarse la fidelidad del comprador de entregas, para lo que debe interesarlo vivamente planteándole intrigas que despierten su curiosidad (2004 b: 4). En *Los misterios del Saladero*, primera muestra del modelo filosófico-social de Tresserra, hallamos una variable respecto a la pauta del resto de su narrativa. En esta, dicha estratagema aparece con claridad, el catalán quiere combinar el acervo folletinesco y la espesura filosófica, pero todavía no se ha podido forjar ni una fama

ni un público, es un novelista casi inédito pergeñando un subgénero seguramente novedoso. Quizá a ello se debe el hecho de que en las primeras trescientas páginas de la novela se muestre como un autor obediente a las reglas del folletón. Los elementos habituales de esta narrativa aparecen y reaparecen continuamente; así debe interpretarse el descubrimiento de cartas secretas, las persecuciones, asaltos y demás escenas convencionales de acción. La finalidad de atrapar a sus lectores en una trama llamativa y llena de interrogantes parece evidente. Pero cuando el autor estima que este objetivo está logrado comienza a intercalar documentos extraños a la ficción, todos ellos relacionados con la temática filosófico-social: crónica histórica sobre el presidio madrileño, estado de las cárceles francesas, inglesas o americanas, enmiendas legislativas ensayadas por personalidades patrias, prolija exposición de la Panóptica celular de Bentham, adaptación de este modelo al caso español... A este repertorio teórico Tresserra va añadiendo las sólitas reivindicaciones del programa demócrata, como serían el jurado popular, el principio de asociación o la igualdad de la mujer. Al mismo tiempo, los protagonistas y antagonistas se aprecia como van adquiriendo una connotación filosófica y política.

En *La judía errante*, antes de que surgiesen los problemas con la censura, Tresserra parece que se había trazado el mismo plan de escritura seguido en la anterior novela. Una vez concluida la segunda parte de la obra, en la que hemos asistido a una convencional trama de sociedades secretas, leemos: “Nuestros lectores conocen ya las respectivas posiciones de cada uno de los principales personajes del cuadro que los componen. El bien y el mal van a verse cara a cara y a medir sus fuerzas. El duelo está aceptado por ambas partes. Bandera contra bandera” (p. 342). Como antes veíamos, el autor informa a sus lectores de que su intención de introducir el aparato filosófico-social que tenía previsto se ha frustrado. Desde este momento, Tresserra en realidad no renuncia a verter su mensaje político sino que ensaya estratagemas metonímicas, como la de urdir el catecismo de las sociedades secretas republicanas. De modo que lo que tienden a desaparecer son los textos extraliterarios.

A partir de la tercera obra, *El poder negro*, se aprecia un cambio. Las dos primeras partes, están dedicadas igualmente a tramas en apariencia vacías de significado político; cuando han transcurrido las trescientas primeras páginas de la novela, el lector aún no tiene claro en qué consiste la trama, tan solo reconoce retratos de personajes, historias a medio contar y cierto rumbo hacia la novela sentimental. El autor renuncia a manejar el suspense inmediato, las vueltas de tuerca han desaparecido igualmente; se limita a ir presentando con lentitud a sus protagonistas y a insertar de cuando en cuando excursos morales poco

incisivos. Tresserra parece consciente del desconcierto que puede causar entre sus seguidores y advierte a menudo: “Nada de lo que acabamos de leer son hojas perdidas para nuestros lectores” (p. 49). Todo ello nos revela que está siguiendo una estrategia y que está apelando a la complicidad de su público asiduo. Será a partir de la página cuatrocientos cuando Tresserra comience a dotar de sentido filosófico-social a la multitud de cuadros y personajes que llevaba presentados y, sobre todo, cuando comience a introducir una abrumadora cantidad de documentos extranovelescos.

Este *modus operandi* sugiere que Tresserra trata de despistar a los censores, quienes en la primera parte no podían haber encontrado motivo sancionable alguno. De ello podría deducirse lo que acaso constituía una convención de la praxis censoria conocida por los novelistas: a partir de la tercera parte de las obras, es decir, una vez dispensada una cantidad fija de entregas, la vigilancia inquisitiva tendía a relajarse. De este modo, en las trescientas primeras páginas, Tresserra intenta preparar sin ser advertido todo un aparato de reivindicaciones políticas, sociales y filosóficas que irán cobrando sentido más adelante. Como dice Romero Tobar, desconocemos prácticamente todo sobre los pormenores del modo en que se realizaba la censura literaria (1976: 75). Ante la abundancia de obras que debían revisar los miembros del inquisitorial cuerpo es plausible pensar que se viesan imposibilitados para llevar a cabo exámenes exhaustivos sobre todas las novelas que se publicaban.

No obstante, cabe objetar que a autores como Tresserra y editores como Manero sus manifiestas intenciones subversivas les acarrearían una más estrecha guardia de los órganos represivos. Pero ahí precisamente adquiriría sentido la misión apostólica que habían abrazado estos activistas del republicanismo; el ensayo de estrategias de despiste que dificultasen el secuestro de sus publicaciones formaba parte de su desafío permanente a las autoridades. Cabe apuntar, además, que la censura constituía siempre una medida impopular de los gobiernos cuyos efectos se revelaban a veces contraproducentes. Salvo en los periodos de más tensión política, que solían coincidir con la jefatura de Narváez al frente del Gobierno, las multas y prohibiciones debían ser argumentadas y se dirimían en un jurado de imprenta; es decir, en principio, los censores no podían practicar la arbitrariedad absoluta. Factores con los que contaban los editores y los literatos dispuestos a arriesgarse.

En *Los hipócritas*, cuarta novela filosófico-social del catalán, se aprecia cierta continuidad del modelo seguido en su anterior obra. La doctrina tresserriana se retarda hasta que no han sido consumidos varios centenares de páginas, durante las cuales el lector ha recibido una frenética sucesión de escenas que no constituyen trama alguna. Incluso en

determinados momentos, Tresserra parece cultivar la peor versión de los folletines, pues abundan las escenas francamente inverosímiles; las convenciones del género comparecen en tromba. Es solo más adelante cuando el catalán traza vínculos y desmiente algunos de los excesos a los que ha asistido el sufrido lector. Todo irá encajando progresivamente mediante las explicaciones racionales que aporta el narrador, de modo que las deshilvanadas tramas del principio finalmente aparecerán cohesionadas en una historia compacta y plena de sentido. Proceder que lleva a pensar que la intención de Tresserra es recrear una parodia de cierto tipo de cultivadores de la narrativa popular. Cuando se verifica esta transformación radical, el autor comienza a introducir el aparato teórico, en este caso, el de la defensa y demostración del principio del progreso hegeliano.

En *Los hipócritas* apreciamos, además, una evolución estructural que encontrará continuidad en las siguientes obras: los documentos extranovelescos tienden a disminuir y buscan una fusión con la trama novelesca. La figura del doctor Alfonso, de la que nos ocupábamos en anteriores apartados, aparece como el cauce óptimo para tal propósito. Los conocimientos enciclopédicos que posee en su calidad de médico, profesión que en la época contaba con la máxima consideración intelectual, sumado a la misión que desempeña en la trama, poner al corriente a Morlotte de los adelantos experimentados en Europa entre 1793 y 1848, funcionan como coartadas perfectas para vehiculizar la doctrina ideológica propuesta por Tresserra. El desarrollo de semejante estrategia inclina a pensar que al catalán cada vez le resultaba más arriesgado introducir injertos extraliterarios. En este sentido, cabe especular con el hecho de que *El poder negro*, donde estos abundaban, le acarrease de nuevo problemas con la censura. El género filosófico-social comenzaba a estar estigmatizado, y, consecuentemente, va alejándose del modelo estructural de las revistas republicanas y tiende a transformarse por lo mismo en un género cada vez más “literario”.

Dicha evolución aparece del todo evidente en *La mujer ajena*, que incluso pasará a apellidarse “Novela de costumbres”. Aquí Tresserra ya no introduce ningún escrito exógeno; esta vez la filosofía y el mensaje social deben ser entresacados del desarrollo de la ficción. O bien Tresserra buscaba así ampliar su público, recurriendo a un subgénero más popular como era este, o bien se le había hecho imposible seguir cultivando el que él había forjado. Nos inclinamos a sostener esta segunda opción. En primer lugar, porque en 1865, cuando es publicada *La mujer ajena*, se registra un recrudecimiento de las persecuciones del Gobierno a los demócratas, que constituyen por entonces el principal quebradero de cabeza de las autoridades. La tensión social resulta insoportable, el régimen isabelino comienza a dar signos ciertos de decadencia que van desembocando en una feroz represalia de toda

disidencia. Los republicanos contemplan el secuestro continuo de sus publicaciones. En segundo lugar, porque el prólogo y el epílogo de esta obra, que antes citábamos, evidencian el esfuerzo del autor por recordar a sus lectores que, pese a las apariencias, en ningún modo ha cambiado sus propósitos novelísticos, y que la transmisión de un mensaje filosófico-social sigue constituyendo el principal valor de su obra.

Lo sorprendente de esta novela es que a mitad de la misma se registra de nuevo un cambio sustancial en su poética. En la primera parte asistimos a la escenificación de un melodrama convencional cuyo eje son las desavenencias del matrimonio de César y Carmelina. El patetismo de los diálogos y la presentación de personajes manidos evocan en ocasiones a las peores muestras de la novela sentimental. Tresserra va planteando una serie de interrogantes sobre sus protagonistas que giran en torno a su carácter moral, no a las vicisitudes de sus destinos. De hecho, la acción y la trama son casi inexistentes: todo avanza de modo lento y cansino. Un censor avisado de la trayectoria de Tresserra sin duda quedaría sorprendido y aliviado, pues poco separa esta parte de la obra de una de, por ejemplo, Pérez Escrich. Solo después de haber atiborrado de lugares comunes cuatro centenares de páginas, el catalán comienza a introducir excursos morales y píldoras políticas que en contraste con lo que en él resulta habitual pueden ser considerados poco punzantes. Esta vez, el cambio operado guarda relación con el estilo. La voz del nuevo narrador se torna mordaz e irónica; y, sobre todo, se aprecia un cambio en la técnica narrativa, que se hace mucho más sofisticada. Baste como ejemplo comparar las descripciones que uno y otro narrador realizan del señor Demon; personaje que, además, había sido presentado con anterioridad. Al principio, Tresserra dice de él: “era esquilmador, avaro y usurero por decirlo todo de una vez” (p. 108). En cambio, en el capítulo primero de la parte tercera, titulado: “Un hombre de bien”, leemos un nuevo retrato, esta vez mucho más elaborado:

El señor Demon era un hombre metódico, puntual en todos sus negocios, grave hasta rayar la severidad, observador exacto de todos los deberes de un ciudadano honrado y de un celoso católico, conservador en política, censor incorruptible de las pervertidas costumbres de la Corte, y defensor acérrimo de los tiempos felices en los que había Inquisición, rey absoluto y frailes (p. 449).

A continuación, el foco de atención se dirige a los puntos de vista de sus vecinos y conocidos para completar una descripción que, a diferencia de la primera, está desprovista de las calificaciones del propio narrador:

Personas de avanzada edad, que le conocieron cuando niño- tal vez eran infames calumniadores o bromistas de mal género- que en cuanto a lo de echar de menos los frailes, había de parte del señor Demon cierto espíritu de parcialidad, que otros menos maliciosos calificarían indudablemente de gratitud, porque, según afirmaban tales calumniadores, más de una vez, mientras era niño, y más adelante cuando era un mozo hecho y derecho y tenía edad suficiente para entrar en quinta, el respetable señor Demon había saciado su hambre con la benéfica sopa de los conventos, maná de los vagos en los felices tiempos del rey absoluto. Sea lo que quiera, y como no nos hemos propuesto escribir la biografía del señor Demon, nos limitaremos a decir que este personaje era el modelo del barrio, la admiración de la parroquia y el sostén o columna de más de un establecimiento de beneficencia (*ibíd.*).

El lector, que en anteriores capítulos ha asistido a los viles tejemanejes del señor Demon, no puede sino apercibirse del sarcasmo del narrador: la imagen pública intachable del usurero contrasta con su ignominiosa actividad privada. Desde entonces, el tema filosófico-social ha quedado desentrañado: el juego de las apariencias en que se fundan las costumbres del país. Todos los personajes de la novela, ya sean burgueses, nobles, clérigos o populares, y también todas las instituciones, aparecen como partícipes y responsables de la gran farsa que es la sociedad española. El Gobierno porque no solo ampara mediante su legislación las prácticas de usureros como Demon, sino porque nutre sus puestos de mando con personajes de su catadura. La Iglesia católica porque sufraga su caridad hipócrita gracias al putrefacto dinero de estas “personas de bien”, al tiempo que les ofrece su manto protector mediante la bendición pública. La aristocracia y la alta burguesía porque tan solo se preocupan del lucro fácil a través de turbios negocios y del recreo lujoso, fatuo y deshonesto. Y, finalmente, también el pueblo aparece en cierto modo como responsable porque entretiene su indigencia material e intelectual con maledicencias de escalera. En *La mujer ajena*, Tresserra parece partir con un plan de escritura más detallado de lo que es habitual en su narrativa; lo cual se explica en la obligación que experimenta de fiar esta vez todo el argumento filosófico-social a una trama novelesca. Así lo sugieren los títulos que da a las cuatro partes en las que divide la obra: Prudencia, Justicia, Fortaleza y Templanza. Esto es, las cuatro virtudes morales, según las clasificaciones de Platón y Aristóteles, que rigen la conducta de los individuos honorables. Esas virtudes que precisamente escasean en la

sociedad isabelina, pues las costumbres, la legislación o las mentalidades que la caracterizan son caldo de cultivo de todo tipo de comportamientos inmorales.

En *Vicente de Paul*, escrita bajo el seudónimo de Enrique Werty de Guzmán, significativamente encontramos de nuevo esta cuádruple división: Prudencia, Justicia, Fortaleza y Templanza. Lo cual constituye la primera gran pista del catalán hacia sus fieles lectores para que pudiesen identificarle. Es, además, una inteligente estratagema de Tresserra destinada a desvelar el verdadero espíritu de una obra que se presenta como católica y resulta ser en verdad un canto al descreimiento. Las cuatro virtudes, de raíz griega y por lo tanto pagana, fueron sometidas luego a un proceso de cristianización por la escolástica que dio en añadir otras tres teologales que corregían su profanidad: la caridad, la fe y la esperanza. Mientras las otras son estrictamente “humanas”, esto es, tienen como objeto exclusivo a los actos del hombre, las otras tienen como objeto a Dios. Tresserra no menciona directamente ninguna de las virtudes teologales; estas si acaso aparecen a través de los actos muy “humanos” del abate, que en ningún momento es tratado desde el punto de vista de su santidad. Como antes decíamos, en esta novela Tresserra ensalza una religiosidad panteísta articulada en torno al amor, que aquí viene considerado como el misterio que pone en marcha todos los fenómenos. La fe, la caridad y la esperanza que encarna el abate son subsumidas en el amor incondicional que profesa por todo lo creado, y que tiene como complemento natural el amor por la libertad, esto es, por el racionalismo y el libre examen. De este modo, el catalán desvincula la conducta moral de los individuos de su creencia en un ente sobrenatural, y también de su obediencia a normas y costumbres que, aunque lleven la rúbrica de la tradición católica, atentan contra el principal mandato de Dios: el amor.

El título de esta novela no es inocente: *Vicente de Paul o el amor por caridad de Dios*. El abate tan solo encarna una de las formas de amor existentes, mientras que los Pascal o Descartes, protagonistas implícitos de la obra, encarnan otra distinta pero igualmente sagrada: el amor al conocimiento que hace progresar a la humanidad. Ninguno puede ir separado del otro. Hasta aquí el mensaje eminentemente filosófico que quiere transmitir Tresserra. El fondo social que se deriva de la trama y el argumento también debe ser deducido metonímicamente. La Iglesia católica debería ser la encargada de practicar esa religiosidad basada en el amor incondicional, apolítico y tolerante que representa Vicente de Paul; un amor que, en el siglo XIX, traiciona tanto por omisión como por comisión. Las doctrinas, los actos y las alianzas de la Iglesia católica se oponen al amor en todas sus formas y, especialmente, en aquella que tiende hacia el conocimiento, es decir, se declarara abiertamente enemiga del progreso, de la ciencia, en suma, de la verdad.

Nuestro autor, bajo las circunstancias más adversas, se las ingenia en esta novela para alcanzar el objetivo de todo autor que desafía a la censura: decir lo que se quiere decir y no se puede, haciendo creer que no se ha dicho e incluso convenciendo al censor de que se ha dicho lo contrario. El prólogo del presbítero Enrique Moreno de Cebada que acompaña a *Vicente de Paul* atestigua que el catalán se salió con la suya, y cómo. Resulta cómico que el muy católico prologuista ensalce la ortodoxia de la obra y que la oponga a los libros impíos, disolventes e inmorales de Renan o Voltaire, cuando son estos precisamente los padres espirituales del escrito tresserriano. La novela *Vicente de Paul* cumplió su cometido de convertirse en un “caballo de Troya” a la perfección, pues parece haber disfrutado de una mayor difusión de la habitual en las novelas del catalán, como demuestra el hecho de que aún se conserven ejemplares suyos en distintas bibliotecas religiosas españolas¹⁷⁰. Tresserra se preocupa por introducir en esta novela otras pistas dirigidas a señalar, a aquellos que estuviesen en grado de apreciarlo, que su modelo filosófico-social, como su mismo autor, se hallan presentes aún sea en forma clandestina. Por ejemplo, tras cerrar un extenso discurso sobre el amor, termina el libro segundo de la primera parte con estas palabras: “Dicho esto, a que nos hemos visto obligados por la fuerza de los hechos que venimos relatando en este *drama social*¹⁷¹, proseguiremos ahora dejando que hablen los hechos por sí mismos” (p. 206). O más adelante titulará un capítulo, el diecisiete de la parte tercera, de este modo: “Filosofar sobre una fisonomía”. La voluntad del autor de resaltar su subgénero resulta inequívoca. Parapetado por el uso de un seudónimo y por el tema elegido, que parece anunciar una hagiografía, Tresserra se permite rescatar su estigmatizado subgénero.

Ello se aprecia, en primer lugar, en el hecho de que hallemos de nuevo un narrador propenso al didascalismo y a introducir documentos exógenos, lo cual en esta ocasión lleva a cabo sobre todo en forma de extensas notas a pie de página. Y, en segundo lugar, en el vaciado que realiza el autor del subtítulo de novela histórica. Salvo contadas ocasiones, como es aquella en que se propone voltear el retrato dumesco de París, Tresserra no se preocupa en absoluto por recrear un escenario del pasado, sino que busca precisamente lo contrario: remitir la novela a las problemáticas de su época presente. Y por si el lector no lo ha advertido por sí mismo, el autor se encarga de subrayárselo; dice el catalán que las decisiones que toma su Vicente de Paul “eran propias a todos los tiempos de la Historia y a

¹⁷⁰ En el catálogo del Patrimonio Bibliográfico Español constan ejemplares de esta obra de Tresserra en la Biblioteca del Real Monasterio de Santa María de Guadalupe de Cáceres, y en la Biblioteca provincial de la Congregación de la Misión de San Vicente de Paul de Madrid. Además, esta novela se puede localizar en otras bibliotecas relevantes como la Nacional de Madrid. Todo ello apunta a una difusión mayor de la habitual en una obra de nuestro autor.

¹⁷¹ La cursiva es nuestra.

todos los instantes de la Humanidad, y muy particularmente en algunos casos, como si hablase para los presentes tiempos” (p. 242). De nuevo aquí hallamos un cambio sustancial a mitad de la obra: el narrador de la primera parte, convencional y algo lacrimoso, se transmuta luego en una voz irónica, a ratos sarcástica, que no para en barras a la hora de resaltar el mensaje filosófico-social de su obra. Circunstancia que parece confirmar que los censores bajaban la guardia una vez que las novelas habían rebasado su ecuador. En esta ocasión, además, toda vez que Tresserra se siente protegido detrás de su seudónimo, se permite mayores atrevimientos.

De lo hasta aquí expuesto se colige que nuestro autor dota de contenido filosófico-social a sus obras mediante dos procedimientos fundamentales: la urdimbre de una trama novelesca metonímica y la inserción de documentos extraños a la ficción. La narrativa del catalán, obligada por la vigilancia de la censura, irá evolucionando progresivamente hacia el uso exclusivo del primero de los métodos, esto es, las tramas tenderán a concentrar todo el mensaje filosófico social. Para ello ensayará a lo largo de su obra distintas técnicas de fusión.

La más rudimentaria la hallamos en su primera novela de 1851. Cuando el joven escritor todavía no ha construido una poética propia, los envenenamientos, las apariciones sorprendidas de legajos, cartas o documentos sirven tan solo como excusa novelesca para apoyar sus discursos humanitaristas; es decir, suelen carecer en sí mismos de valor metonímico y se limitan en todo caso a colorear el maniqueísmo desde el que están concebidos sus personajes. Escribe Tresserra al hilo de una escena en la que ha retratado a una familia obrera: “este cuadro despierta a nuestra imaginación un sinfín de ideas que no podemos permitirnos dejar de exponer” (p. 456). Como se observa, conjuga la acción trepidante, a la que dan lugar los enfrentamientos entre reaccionarios y revolucionarios, con las digresiones que al intruso narrador le van sugiriendo las distintas escenas. Pone así la primera piedra de lo que constituirá el futuro modelo filosófico-social; dice: “Hemos presentado en diferentes lugares una sombra del mal en la alta y la baja sociedad: hemos delineado sus causas y sus remedios fáltanos marcar su aplicación. Pero como no es este el objeto principal de la presente novela, nos contentaremos con decir dos palabras” (p. 464).

En *Los misterios del Saladero* aparece ya un catálogo extenso de variantes a través de las que nuestro autor consigue dotar de espesor filosófico-social a sus propuestas novelescas. Como dijimos, la acción trepidante de la primera mitad de la obra adquiere luego un significado político-social. Y ello sucede porque el escritor se detiene a realizar cuidadosas semblanzas de unos delincuentes que, en un primer momento, le habían servido tan

solo como apoyo de las escenas de acción. De ello deriva al cabo un exhaustivo estudio social sobre las condiciones que hacen posible la existencia de bandas organizadas de criminales.

En ocasiones, Tresserra ensaya la entera fusión entre mensaje y trama; sucede por ejemplo en la última parte, donde hallamos un conmovedor alegato contra la pena de muerte. Dos de los integrantes de “El Pacto Fraternal” han sido condenados al garrote vil por la Justicia. Tresserra se limita a narrar los sentimientos, ideas e inquietudes que les invaden en sus últimos instantes de vida. La reacción de cada uno de ellos casa perfectamente con la tipología psicológica que el lector ya conoce del personaje. La actitud fría de los fiscales, el efecto que van causando unas formalidades descritas minuciosamente por Tresserra, todo se relaciona con la trascendencia del momento. Al narrador le interesa trasladar un retrato verdadero de lo que pasa por el corazón humano en tal trance, no hay tremendismo ni escabrosidad. Uno de los sentenciados, de acuerdo con el temperamento que ya conocemos, se derrumba; el otro, en cambio, adopta una actitud cínica. El confesor les pregunta por el sentido que ha tenido la vida para ellos y si se arrepienten de sus actos. Dos pinceladas de Tresserra nos dan a entender que no pudieron elegir otro camino que el del delito. El bondadoso cura, nada recuerda al anticlericalismo zafio presumible en un folletinista republicano, tratará de que se confiesen para que sean perdonados por Dios, pero no lo harán. En la escena no se juzgan las terribles acciones que han cometido, en su lugar se transmite misericordia, solidaridad hacia unos malhechores que, ante todo y a pesar de todo, son seres humanos. Tresserra esta vez calla, no emite ningún juicio ni comentario; esta vez la apología de una idea no necesita del refuerzo de la digresión, habla por sí sola.

Otra de las fórmulas a las que recurre con asiduidad el catalán es la clásica del encadenamiento de distintas escenas y cuadros con un hilo común compartido, todo lo cual acaba por formar un mosaico de significado completo. Ejemplo de ello lo constituye *El poder negro*, donde el grupo de los tres protagonistas reciben una serie de direcciones de personajes misteriosos que deben visitar. Así, en primer lugar, dan en una casa donde hallan la miseria; en la segunda, en una casa de prostitución; y, en la tercera, visitan un gimnasio donde grupos de niños son víctimas de explotación laboral. Una variante de esta estrategia la encontramos en *Los hipócritas*: un perverso empresario va mostrando orgulloso el funcionamiento de una fábrica de su propiedad, de modo que actúa de cicerone por las distintas salas del recinto; todo lo cual al cabo constituye un verdadero museo de los horrores del industrialismo incontrolado (pp. 92 y ss). En este caso, por lo tanto, el narrador cede su papel de enjuiciador al propio personaje.

Pero como decíamos, la enseña de la novela filosófico social de Tresserra la constituye su rica mezcla de géneros. En *La marquesa de Bella-Cruz*, dice una nota a pie de página que motiva el título de un apartado, “Una palabra a tiempo”: “La lectura del presente capítulo nada tiene que ver con el argumento de la novela, el que haya leído hasta aquí sin escrúpulo puede pasarlo” (p. 156). He aquí uno de los embriones de los que nacerá el modelo tresserriano. Nuestro autor parece sentirse atraído por la introducción de textos ajenos a lo novelesco, pero al mismo tiempo evidencia cierta conciencia de lo anómalo de la práctica. Más tarde encontrará la solución en la estructura de sus novelas filosófico-sociales, donde combinará sistemáticamente documentos y ficción mediante el nexo que entre ellas establecerá el eje temático elegido.

En este orden, *El poder negro* ofrece un ejemplo diáfano del método: a una exposición teórica de más de cincuenta páginas sobre las bondades de las cajas de ahorro y la constitución de fondos de socorro entre obreros, le sigue un capítulo titulado “Teorías conformes con las prácticas” (p. 571), donde la historia ficticia de Valentín presta un ejemplo individual y realista que sirve para demostrar la veracidad del discurso teórico. Otro sistema lo constituye la inclusión de estadísticas de sesgo político o social. En *Los hipócritas*, las penurias económicas que debe arrostrar la costurera Eva son subrayadas por cuadros comparativos y pormenorizados del estipendio habitual de estas trabajadoras y del coste de los bienes básicos de subsistencia: pan, vestido, alojamiento, etc. (p. 26). Al lector no le puede caber duda de que los improperios, alarmas y demás lamentos que le sugiere al escritor la trágica situación de Eva se hallan justificados; y también que la heroína no es un simple reflejo de un estereotipo literario, como sería el de la joven y pobre obrera, sino de la misma realidad cotidiana. Este procedimiento se repite frecuentemente en las novelas de Tresserra dotándolas de ese aire de revista de variedades al que aludíamos. Práctica que encuentra su máxima expresión en el injerto de artículos que el mismo autor había publicado anteriormente en una revista; caso, por ejemplo, de uno sobre las cajas de ahorro que encontramos en *La judía errante* y que había aparecido en la *Gaceta economicista* de febrero de 1862 (pp. 311 a 337).

Sus famosos cuadros sinópticos también tienen cabida. Es el caso de *El poder negro*, donde hallamos uno sobre la ciencia de la economía política. A lo largo de veinte páginas Tresserra desgrana en breves frases los enunciados que resumen la naturaleza, beneficios y aplicaciones de esta. Relación que ocupa un mínimo espacio de la parte superior de la página y viene presentado en la letra habitual; mientras que el resto del espacio, casi la totalidad de la hoja, está dedicado a las notas a pie de página donde se realiza un análisis

riguroso y pormenorizado de cada uno de los puntos señalados en el elenco sinóptico (pp. 515 a 537). Aparato teórico que se combina con toda una trama ficticia que gira en torno a las vicisitudes de unos obreros menesterosos.

Las notas a pie de página que introduce Tresserra pueden desempeñar, además, otras funciones. Como la de mostrarnos las fuentes que utiliza el autor para elaborar sus documentos, como sucede en la siguiente: “Nos limitamos a extractar lo más importante que sobre la materia han escrito reputados autores, entre ellos, magistrados como Boueuguignon y Thouret” (MS: 388). O la de convertirse en un foro donde el escritor se desembaraza de la voz del narrador para aparecer con su propia personalidad, e informar de que, por ejemplo, el cuadro que incluye corresponde a un artículo suyo publicado en la revista *Ambos Mundos* (p. 294); o que una de las cartas reproducidas es real, de un amigo, y se halla en su poder (p. 598). Es decir, son injertos dirigidos a dotar de una capa de veracidad a la trama novelesca, efecto que se deriva de llevar el escrito literario a la esfera del mundo cotidiano.

Asimismo, dada la poética tresserriana, no resulta extraño que nuestro autor recurra con cierta frecuencia a la tradicional práctica de intercalar cuentos e historias ajenos a la trama principal de la obra. Ello sucede, por ejemplo, en *La judía errante*, donde encontramos la historia de María Vargas, española sentenciada por la Inquisición en 1730 por “tener relaciones con espíritus malignos que la instruían en la máximas más perversas contra la santa religión y el derecho sagrado de los reyes sobre la vida y las libertades de sus súbditos” (p. 197). Más habituales resultan sus “cuadros al vivo” o “*tablant vivant*”, así los llama indistintamente, que reproducen escenas y tipos que recuerdan las de los costumbristas. Los cuales, en ocasiones, asemejan a didascalias teatrales, como es el caso del siguiente que encontramos en *La marquesa de Bella-Cruz*, donde el inexperimentado autor al construir un “cuadro desolador” pone de relieve los intercambios con este género:

Una madre afligida frente a frente de sus hijas que les piden pan... al lado de una máquina con la que gana, bañándola con sus sudores, algunas monedas de cobre que no bastan para atender su alimento. Un padre desgraciado, que ya no sabe dónde ir a solicitar trabajo para sus brazos; que halla cerradas todas las puertas donde llama, que este padre es un hombre de corazón noble, inteligente, honrado. Unas niñas enfermizas, hambrientas y sin abrigo... Y por último término a su lado un hombre rico, poderoso y bueno en toda su magnitud. He aquí la parte material del cuadro. No es una simple pintura novélica (sic), desgarradora, pero imposible, no: es un cuadro del que hay

originales en cada ciudad, en cada pueblo, en cada barrio y hasta en cada familia. Originales que si en algo discrepan de nuestro cuadro, es porque en ellos falta la pincelada que representa a nuestro Leoncio (p. 456).

3.2 NARRADOR

Como en gran parte de la narrativa decimonónica, en las novelas de Tresserra encontramos un narrador omnisciente tradicional, es decir, con una visión demiúrgica de los hechos. Epple, respecto al específico de los folletines, destaca la ausencia absoluta de impersonalidad que suelen presentar, de ahí que se caractericen

Por imponer un punto de vista definitivo sobre el mundo - punto de vista, que por otra parte se liga ostensiblemente al del autor, a veces a través de acotaciones directas- en una doble dimensión: desde el punto de vista de los valores que defiende y desde el punto de vista de su proyección sentimental en lo narrado (1980: 122).

El estereotipo del narrador de folletines nos lo define como aquel que se provee de todas las prerrogativas de la omnisciencia, lo que da lugar a continuos abusos de superioridad. Es la voz que lo sabe todo, dice Vargas Llosa respecto al Hugo de *Los miserables*, y que experimenta “una necesidad compulsiva de decirlas, de mostrar, tomándose todo el tiempo que haga falta, su caudalosa sabiduría” (2004: 33). Sigue diciendo el escritor peruano que el lector de Victor Hugo, rasgo es extensivo al público de la novela popular en general, “debe dar un voto de confianza al que narra, rendirse a sus ucases, aceptar su personalidad sobresaliente que desborda todo el tiempo lo narrado y hace de sus personajes un pedestal para apoyarse, de la acción un trono desde el cual gobernar” (*ibíd.*). Los personajes de la novela popular se hallan sometidos a un permanente juicio del autor y, como este conoce sus pensamientos, suele mostrarse iracundo con las maldades e hipocresías de los antagonistas, mientras que no esconde su empatía hacia aquellos otros que actúan y piensan de acuerdo a su propia escala de valores. En resumen, las filias y las fobias del narrador de folletines permean un discurso que oscila de continuo entre la invectiva y el elogio.

Como sucede a menudo, el molde convencional en manos de Tresserra sufre una transformación que no llega a desdibujarlo porque conserva sus rasgos principales. En general, el narrador de sus novelas es heterodiegético y omnisciente. Tresserra quiere transmitir un mensaje ideológico, defender una tesis, de ahí que su tarea consista en minar la imparcialidad del lector atrayéndole a sus razones. Su originalidad estriba en el uso peculiar

de la omnisciencia neutral, que le lleva frecuentemente a alternar objetividad y subjetividad. Primero se limita a narrar, presenta la escena y a los personajes libres de comentarios para dejar al lector opinar por sí mismo, una vez que esto sucede, introduce su propio juicio; dice en *La judía errante*: “Ahora bien, permítasenos algunas reflexiones por nuestra cuenta...” (p. 338). Pero lo que ocurre comúnmente es que su juicio viene reforzado por un sinfín de razones que se apoyan en datos estadísticos, la autoridad de otros intelectuales o la rotundidad de la conclusión científica, de modo que, al cabo, Tresserra se comporta como un suministrador de verdades incontrovertibles. Lo que a fin de cuentas no es más que el reflejo de su cosmovisión idealista. Así, aunque se preocupe de razonar sus veredictos y aducir sólidos argumentos, la ilusión de objetividad se desvanece casi siempre ante la propensión del autor a los excursos. Tresserra a menudo entra a interpretar los hechos al lector, de manera que parece que dudara de su inteligencia, de su capacidad para aprehender el sentido justo que el narrador quiere conferirles.

Como proyección de su formación enciclopedista y de su espíritu pedagógico cabe interpretarse la tendencia de Tresserra a aprovechar cualquier ocasión para ofrecer a sus lectores explicaciones y píldoras científicas sobre los más variados asuntos; como sucede en el siguiente párrafo: “Me pareció en aquel momento que se verificaba en el cielo uno de esos fenómenos de la refracción de la luz por el enrarecimiento del aire, tan frecuentes en los tempestuosos hielos del Polo; conocidos con el nombre de paralelismo, por presentar la imagen de dos soles, el uno enfrente del otro” (VP: 35). Aparece así como un sabio con respuestas para todo, para al cabo urdir una “literatura vademécum” que brinda una ordenación casi exhaustiva del mundo a quien acepte su autoridad. Ello se traduce en algo que desde los parámetros narrativos actuales resulta casi blasfemo: la voz del narrador toma la palabra con asiduidad y, cuando lo hace, la suelta difícilmente. Tresserra cae a menudo en ese “estilo amplificatorio” que, como apunta Epple, ha sido uno de los elementos estilísticos que más han contribuido a desacreditar al género (1980: 154).

El narrador hace partícipe al lector de la construcción de la novela, no tiene ningún rubor en descubrirle el montaje de su estructura. Estas confidencias van desde el clásico anticipo de los folletines: “pronto saldremos de la oscuridad” (MS: 14); hasta la revelación y descripción de su poética narrativa, escribe Tresserra: “Antes de pasar adelante en la narración de los sucesos a que dieron lugar las combinaciones de Anselmo, nos precisa dedicar algunas páginas a otra materia de la mayor importancia, con objeto de deducir más adelante las oportunas observaciones” (MS: 449). El narrador actúa en ocasiones como un guía, como se aprecia en esta frase: “Conviene ahora que nos traslademos a una calle del

Ave María, y que de un golpe de vista abarquemos todo su conjunto” (PN: 394). También encontramos lo que Epple denomina “eco solidario del lector ficticio” (1980: 154): Tresserra hace extensibles sus sentimientos de espanto o sorpresa a la sensibilidad que presupone en su público: “la pluma se resiste a pasar adelante...”, pero justifica su crudeza: “somos historiadores y no podemos prescindir de esta narración” (MS: 525). Son muchas las ocasiones en que los remilgos del autor ante una realidad desagradable ceden ante su fidelidad a la verdad, táctica que a menudo resulta eficaz pues hace surgir un plus de atención que implica y hace partícipe al lector de sus experiencias y sentimientos. Otras veces, para conseguir el mismo efecto, el narrador finge desconocer el pensamiento de su personaje para, una vez desvelado este, mostrarse sobrecogido y así sumar su sorpresa, indignación o ira a la que presupone en el lector.

En todo caso, el narrador de la colección de novelas filosófico-sociales no resulta ajeno a las transformaciones a las que se hallan sujetos el resto de sus elementos, de modo que una visión panorámica sobre su obra permite apreciar los procesos de ensayo o evolución de distintas voces narrativas. Lo cual se verifica sobre todo a partir de *El poder negro*, novela donde Tresserra comienza a explorar nuevas perspectivas y donde se percibe a un narrador de tono sensiblemente acibarado. Sus problemas con la censura y la obligación de moderar la información ideológica le llevan a corregir su inicial planteamiento del modelo filosófico-social, en el cual el narrador se comportaba como un director de revista encargado de la totalidad de sus contenidos y también de la “maquetación” de la novela. Tresserra va desembocando en una voz que juega con las capacidades que le otorga una omnisciencia que anteriormente no cuestionaba. Dice, en un primer momento, “valiéndonos de la libertad que nos confiere nuestro carácter de novelista, diremos, sin obligarle a quitarse el sombrero ante nuestros lectores, que tenía la frente levantada y abultadas las sienes” (PN: 9). Para luego negar en el mismo tono burlesco ese poder: “Si hubiésemos tenido el lente de Asmodeo, al través de cuyos cristales se veía cuando un hombre decía o no la verdad, en aquel instante estamos seguros, Rodolphe amaba a Marta, más, mucho más que a Lila” (p. 479). Es precisamente el Asmodeo del *Diablo cojuelo* a quien parece haberse propuesto por modelo nada disimulado, pues las citas a este son numerosas. Incluso Tresserra se permite introducir un juego de espejos dentro de esta novela, escribe:

Esta estancia era la morada de un ser dedicado por completo a las letras, encerrado allí como la crisálida en su capullo, viviendo de un modo imaginario, yaciendo en un estado constantemente febril, y viéndolo, sin embargo, todo

desde allí, como Asmodeo a cuya vista se levantaban los tejados de las casas y se abrían las puertas del corazón de las demás (p. 247).

No solo el narrador lo contempla todo como Asmodeo, sino que uno de sus personajes posee esa misma cualidad que le confiere el estudio, el conocimiento y la ciencia, como no podía ser de otro modo en el idealista Tresserra. Este se apropiará a menudo de las lentes del diablo madrileño; escribe: “Lo que hasta el terminar la cena pasó entre ellos ya no nos interesa. Por lo tanto les dejaremos concluir en paz mientras nosotros, después de un ligero descanso, nos trasladamos a otra parte” (p. 30). Aún más claro resulta su referencia cuando invita al lector, “cogiéndole de la mano”, a penetrar junto a él en diversas fiestas que celebra la alta sociedad madrileña. Una de ellas tiene lugar en el Teatro Real, dice el narrador: “penetremos ahora en el teatro (de frac negro y guante blanco, sin cuyo requisito no nos dejarían entrar), y provistos nuestros lectores de sus billetes en la mano, veamos” (p. 64). En otras ocasiones, alecciona al lector sobre el uso de los prismáticos de que les ha provisto:

Dirijamos nuestros lentes tubulares [...] Mirad, sino, casi enfrente mismo del punto en que nos encontramos: ¿qué veis? Dad a vuestros anteojos la extensión necesaria y responded. Un hombre y una mujer solos; el uno con un ramo de flores en la mano, la otra con un codo apoyado en el antepecho del palco [...] Dad más extensión a vuestros anteojos, y aún veréis más, amables lectores. Habéis convenido en que ella es hermosa, miradla bien (p. 33).

Como veremos más adelante, este tipo de técnicas y comentarios responden a su intención de parodiar las convenciones más manoseadas del folletín. Añade el irónico narrador: “Pero volvamos a nuestros jóvenes. Es preciso que oigamos su conversación. Ya vuestros anteojos no os sirven. Venid conmigo y trasladémonos detrás de la misma cortina de su palco” (*ibid.*). Constituyen también una respuesta al asfixiante clima que vive la sociedad española a mediados de la década de 1860. En un autor como Tresserra no resulta casual ni inocente la referencia al demonio velezguevoareño. Si en *Los hipócritas* la Iglesia española y los gobiernos isabelinos son sutilmente presentados como remedos de la Inquisición y de la corte absolutista de Carlos IV; del mismo modo, en *El poder negro*, la presencia de Asmodeo sirve para emparentar al decadente Madrid del siglo XVII, gobernado por la tan odiada de los republicanos dinastía de los Hasburgo, cuya política solían

caracterizar como fanática y ruinosamente imperialista, con el inmoral y también decadente Madrid del decenio de 1860.

Estas dos últimas novelas citadas suponen un progresivo acercamiento de Tresserra hacia el mundo de las altas esferas que culmina en *La mujer ajena*. La voz del narrador, obligado por las circunstancias que antes describíamos, es ya el único instrumento de Tresserra para levantar una novela filosófico-social, que, además, debe sortear a un aparato censor cada vez menos permisivo. El tono distante, objetivo y sarcástico que adopta el catalán es el medio que encuentra para retratar el desolador espectáculo que ofrecen las oligarquías madrileñas; mientras el país se agita y todo anuncia una revolución, estas se divierten en bailes de máscaras. Así describe una de estas fiestas:

Eran las doce y la multitud inmensa, no hallando espacio suficiente en el salón para entregarse a ese movimiento ciego, a ese remolino incesante y confuso que marea, embriaga y embrutece, se esparramaba como el agua que rebosa de un vaso por los corredores, inundaba el salón de descanso, por asalto las mesas del café, y las últimas oleadas penetraban en el fondo e improvisaban innumerables orgías entre risas y gritos incoherentes que interrumpían tan solo el ruido de los tapones de las botellas de champaña (p. 536).

Pero dice Tresserra que no es su intención detenerse a narrar con detalle semejantes eventos, y añade:

Necesitaríamos, además, un Asmodeo que nos dotase de la facultad de la doble vista para penetrar en ese misterioso caos de miserias y grandezas, de honras perdidas y de inocencias amenazadas de embriaguez y libertinaje, de confusión y anarquía, de la cual se alzan como emanaciones venenosas las revelaciones que solo se permiten a los labios defendidos por la coraza de la careta (*ibíd.*).

Como vemos, la lente de Asmodeo no resulta ya ni suficiente ni necesaria, la inmoralidad se ha apoderado del país y se expande como la gangrena. En esta obra han desaparecido las humoradas del narrador: ya no se dedica a entretener al lector con juegos metanarrativos. Tresserra dará fin a la novela con el exilio voluntario a México del reducido puñado de personajes positivos que, saturados del hedor de la capital, no pueden sino

abandonar España. Todo en *La mujer ajena*, y en especial la voz de su narrador, se dirige a recrear un clima mefítico.

En otro orden de cosas, cabe apuntar que a lo largo de la obra narrativa del catalán el estilo indirecto predomina sobre el diálogo. Como observa Romero Tobar, el primero “permite la información omnisciente y franquea sin necesidad de forzadas transiciones la entrada del excuso didáctico” (1976: 153); sistema que se ajustaba con el afán proselitista de nuestro autor. En cualquier caso, en novelas tan extensas como las suyas se hallan espacios para la inclusión de los sólitos diálogos de las novelas por entregas. Según la caracterización que de ellos hace Ferreras estos suelen ser “manidos, falsos, melodramáticos y a veces interminables” (1972:152). En ciertas ocasiones, no cabe duda de que le serían imputables algunos de estos cargos a Tresserra; aunque por lo común resultaría injusto tildar a sus diálogos de convencionales, ya que suelen guardar decoro con el perfil del personaje y denotan un esfuerzo de imaginación y adecuación. Revelan, además, la intención del catalán de reflejar tipologías dialectales, lo que sucede especialmente respecto a los personajes populares. El cuidado por trasladar fielmente el vocabulario y los modismos marginales, deriva del deseo de Tresserra de levantar cuadros al vivo exactos y verosímiles; y se traduce en un repertorio extenso del léxico de germanía, sobre todo en *Los misterios del Saladero*.

En la mayor parte de sus novelas abundan las descripciones minuciosas, no solo de espacios y ambientes, sino de cualquier aspecto que ofrezcan sus “cuadros al vivo”. Romero Tobar atribuye esta tendencia generaliza en los folletinistas al gusto costumbrista imperante en la época, y a la doble función que cumplen, por un lado, como instrumento amplificatorio y, por el otro, como caracterizador social (1976:143). Pero, como veremos más adelante, en el caso de nuestro autor, este impulso también es posible que nazca de su admiración a la narrativa de Balzac, caracterizada por sus detallistas descripciones. La exhaustividad que encontramos en los estudios divulgativos de Tresserra, la aplica en igual medida a sus cuadros descriptivos. La gran tara del género del folletín, la tendencia al abultamiento gratuito y superficial, que formaba no obstante parte indisoluble del modelo, otorgaba a Tresserra todas las licencias para explayarse en unos pasajes descriptivos que, aunque bien coloreados, a menudo se encuentran desubicados y contribuyen a congelar la trama, provocando consecuentemente que el lector pierda el hilo narrativo.

3.3 PERSONAJES

A continuación nos ocuparemos de analizar el universo de personajes tresserrianos. En una escena de *Tormento* de Galdós, Ido del Sagrario, “excitadísimo y sin atender a lo que habla Felipe”, le explica a este el argumento de la novela que prepara:

He puesto en tal obra dos niñas bonitas, pobres, se entiende, muy pobres, y que viven con más apuros que el último día de mes... Pero son más honradas que el cordero Pascual. Ahí está la moralidad, ahí está, porque esas pollas huerfanitas que, solicitadas de tantos golosos, resisten valientes, y que son tan ariscas con todo el que les habla de pecar, sirven de ejemplo a las mozas del día. Mis heroínas tienen los dedos pelados de tanto coser, y mientras más les aprieta el hambre, más se encastillan ellas en la virtud (2001 a: 119).

Añadiré el estrambótico folletinista que “hay una duquesa más mala que la landre”, también hay un banquero que “cree que todo se arregla con un puñado de billetes”; dice Ido que él se inspira en la realidad y que esta enseña que la honradez se halla en el obrero, en el mendigo, mientras que la picardía en el rico, el noble, el ministro, etc.; “[a]quéllos trabajan, éstos gastan. Aquéllos pagan, éstos chupan” (p. 120). Galdós nos ofrece en versión literaria de lo que Eco denominará como “estructuras de consolación”; esto es, estereotipos narrativos halagadores y falsamente subversivos. Efectivamente, de acuerdo con el paradigma crítico acuñado para el folletín, sus personajes se construyen a partir de unas coordenadas acentuadamente maniqueas sin lugar a las medias tintas, en modo que los actantes pueden clasificarse sin problemas entre virtuosos y malvados. Se resalta asimismo que la esquematización ricos/ pobres funciona como una cómoda abstracción que facilita al autor el agrupamiento; son las oposiciones estereotipadas basadas en lo Epple denomina “el contraste fijo” (1980: 153). Todo ello desemboca en las estructuras preconizadas por Eco dirigidas a aunar a un público lo más vasto posible, o sea, interclasista, en torno a zonas no problemáticas de la moral social aceptada por todos. La abundancia de acción que caracteriza al folletín encuentra así un *deus ex machina* a partir del cuál “los personajes son lanzados a la búsqueda mutua de unos por otros” (Romero Tobar, 1976: 158); unos personajes “que siempre son los mismos, y también son esquemáticos” (Ferrerías, 1972: 256). Por lo común, al describirlos, el folletinista “solo entrega la filiación y las señas

exteriores de identidad: edad, condición social, nombre”, a menudo, con significación etopéyica (Romero Tobar, 1976: 125). Responden por lo tanto a modelos establecidos que carecen de individualidad: son repeticiones ya conocidas por el lector. El personaje así entendido suele encarnar simbólicamente la propuesta moral o ideológica del autor, de manera que la suerte de los protagonistas y antagonistas se halla ligada al mensaje que se quiere transmitir. A todo ello debemos sumar las típicas mediaciones que padece esta literatura, como la frecuencia del dictado, el apremio de la entrega, el intercambio de autores etc., que contribuyen a su vez a dotarla de una nueva capa de mecanización. De ello resulta que la profundización psicológica en los caracteres y actuaciones de los personajes son reputadas normalmente como incompatibles con la novela popular.

En la construcción de sus personajes, Tresserra de nuevo practica el doble juego de acatamiento y desacato de las convenciones del género. Como escritor moralista y pedagogo el catalán no puede prescindir de un esquema maniqueísta que le facilita la tarea de presentar las líneas que separan las conductas correctas de las incorrectas. En *El poder negro*, cuando todos los personajes de la trama han sido perfilados, avisa al lector de que “[l]os acontecimientos correrán desde ahora a su desarrollo sin interrupción alguna”, ya que “el campo está perfectamente dividido” (p. 663); y añade luego: “A un lado estaban los buenos; al otro los malos. EL PODER NEGRO de las pasiones aviesas y traidoras iba a luchar; presentábase en batalla contra el amor y la caridad ilustrada. Los siete pecados capitales se hallaban frente a frente de las catorce obras de misericordia” (p. 666).

Pero si bien acepta la caracterización del modelo del dualismo, como demócrata idealista no puede sustentarlo en la existencia de un bien y un mal monolíticos que se hallan eterna y providencialmente enfrentados. Para trazar tal división el autor, guiado por su espíritu ribeteado de positivismo, aplica de un modo algo *sui generis* las tres reglas preceptuadas por el crítico francés Hippolyte Taine. Así, se aprecia que Tresserra suministra cumplida información sobre la trilogía propia del personaje de novela naturalista, esto es: la raza, disposiciones innatas del hombre relacionadas con diferentes temperamentos y cuerpos; el medio, puramente físico, sirve para conformar los rasgos básicos del carácter; y, finalmente, el momento histórico, atención a los cambios que conlleva cada época. Pautas que nuestro autor no aplica de modo ortodoxo y sistemático, sino que más bien actúan como trasfondo mental que guía el trazo de los personajes en cuyo retrato se detiene con morosidad. Además, Tresserra pone su acento en el determinismo social, esto es, en la incidencia que ejercen el origen, la educación y los recursos sobre la personalidad de los individuos. De ello resulta que la mirada aséptica propia de la caracterización naturalista en

la narrativa del catalán se transmuta, sin por ello perder las pretensiones de cientificidad, en una interpretación idealista. Es esencialmente la falta de una organización y mentalidad democráticas en España el motivo que determina un engranaje social injusto, que a su vez genera la existencia de personas de conducta abiertamente inmoral. La ignorancia y la ausencia de referentes éticos son para el catalán, como nos ocupamos de ver en su momento, las verdaderas raíces del mal; el cual suele venir encarnado en las figuras de los hipócritas y los egoístas, esto es, aquellos entregados a apetencias materialistas.

De ahí que los personajes peor parados del universo tresserriano sean usureros como Demon, que al tiempo que practica todo tipo de fechorías, goza de fama de cristiano ejemplar ante la opinión pública. Es precisamente esa doble faz la que suelen presentar los “malvados” de nuestro autor. Dice un cura a propósito de las limosnas que entrega Demon: “Este rasgo de filantropía honra a nuestro piadoso hermano, y los periódicos harán su elogio porque es forzoso que el mundo tenga noticia de que en esta época de egoísmo y tibieza en la fe, latén aún corazones generosos” (MA: 415). El robo institucionalizado, el secuestro de la libertad, la perpetuación de las desigualdades para conservar los privilegios de unos pocos; todas estas realidades sociales de las que son responsables las oligarquías gobernantes, se cometen con la bendición de la Iglesia católica; de ahí que la hipocresía sea, a juicio del catalán, el rasgo sobresaliente de la sociedad española. Así describe Tresserra al personaje de Trilipón, hombre de negocios estimado en los círculos del poder político y financiero:

Era protestante en Inglaterra y miembro comisionista de varias sociedades bíblicas; renegado y circunciso en Egipto; adorador de la cruz de santa Sofía en Constantinopla, y en Madrid, lo mismo que en Roma, católico rojo, hasta el punto de dejarse descuartizar en vida antes de sospechar que fuese posible la salvación de las almas fuera de la santa madre Iglesia Católica Apostólica y Romana (PN: 265).

En la misma novela, Espinosa, político profesional que ha militado en todos los partidos, viene descrito como “una potencia social, quizás de tanto o más peso en los destinos públicos, que su propio amigo el usurero Santacruz. Es diputado a Cortes... ¡Diputado a Cortes, sí, y de la oposición!” (p. 333). Recordemos que Tresserra decía que “nadie, salvo muy cortas excepciones, nace perverso, y solo con disposiciones a la perversidad, que desarrollan el ejemplo y la circunstancia” (MS: 525). Es pues la España

isabelina que el catalán retrata en sus novelas el ambiente que propicia la existencia y el predominio de personas hipócritas y materialistas.

Del lado opuesto, los personajes estimados por Tresserra son aquellos cuyos caracteres presentan el reverso de estos vicios. Obviamente, entre las filas del bien abundan las figuras de republicanos; aunque no todos ellos, recordemos el caso del sabio Edo que no comparte sus conocimientos y que por lo tanto falta a un deber moral inexcusable. El equilibrio entre la educación intelectual y la instrucción ética es la virtud más característica de sus personajes ejemplares. Como vimos, el catalán distinguía entre la instrucción, que relacionaba con la conducta moral y que derivaba de las enseñanzas familiares, y la educación, consistente en el conocimiento aprendido a través del estudio. Esta segunda, se halla vetada a la mayoría de la población debido al sistema educativo isabelino. Lo que explica que en las novelas de Tresserra los personajes de extracción popular se dividan en dos grupos: aquellos que a pesar de sus duras condiciones mantienen una intachable conducta moral; y aquellos que, bajo el amparo de los círculos demócratas o de algún benefactor aislado, reciben educación intelectual. En *Vicente de Paul*, el huérfano Fernando, niño destinado a sobrevivir en las inhóspitas calles parisinas, es recogido por el abate salvándose así del destino cierto de ratero; bajo su protección consigue estudiar y se convierte en médico. Emilio, el hijo del mezquino y vil Antón Martín de *Los hipócritas*, gracias a su vocación por el estudio escapa de seguir los pasos de su padre, lo que hace de él un recto ciudadano y militante demócrata.

El elogio a la bondad natural del hombre del pueblo se había convertido en una idea vulgarizada por los folletines; recordemos, por ejemplo, a López Cordón cuando decía que los federales se acercaron a ellos con el mito del buen salvaje. Tresserra parece percatarse del descrédito que padece esta idea en forma de estereotipo literario, y mediante su propia experiencia y sus estudios sociológicos se apresta a indagar la verdad del lugar común. En *Los misterios del Saladero* analiza la historia personal y la procedencia social de los que debieron ser sus compañeros de cárcel durante el periodo que pasó entre rejas. De lo que resulta que la mayoría de los presos que encontramos son criminales sin posibilidad de haber elegido otra vía. Tresserra no les juzga, prefiere adoptar una mirada solidaria y comprensiva, pero tal determinismo descarnado no resultaría muy admisible, más adelante dirá que: “No pretendemos justificar ni tan siquiera disculpar el crimen sea cuales fueren en el hombre sus causas impulsivas [...] creemos al hombre libre y por consiguiente responsable ante sí y la sociedad en que vive de todos y cada uno de sus actos” (MS: 858). Pero lo cierto es que a los obreros españoles dadas las “altamente tristes y desgarradoras” condiciones en las que

vive solo el heroísmo puede apartarles de la delincuencia. El personaje de Manolo encarna esta tipología. Al construirlo se aprecia que Tresserra quiere huir del molde vulgarizado y como en tantas otras ocasiones busca la apoyatura en los estudios de tinte sociológico. La escena nos presenta a un malhechor que intenta atraerse a Manolo a su organización criminal; el autor, una vez presentado su cuadro, desvía la narración al excursio con la intención de “analizar lo que hay de cierto en las lúgubres expresiones del compañero de Manolo cuando le dice: «comerás pan y cebolla y no siempre que tengas necesidad de apagar tu hambre; no hay más que optar entre dos caminos o el crimen o el hambre»” (p. 859). Tresserra dice haber investigado profundamente la materia “siempre con la mayor imparcialidad” y concluye que, para su sorpresa, los asertos del criminal son falsos: “búsquese - escribe - la proporción entre los obreros y los no obreros relativamente al número total de los habitantes de las cárceles y presidios y se verá como no es esta clase predominante en ellos, relativamente a la clase y número de los demás. ¡Cuánto dice esto en favor suyo!” (*ibíd.*). Manolo, personaje tipo del pobre virtuoso frecuente en los folletines, recibe un refrendo científico, es una figura basada por lo tanto en la estricta realidad. Asisteremos de esta manera a las pruebas de fortaleza a las que es sometido por las circunstancias durísimas que debe afrontar en la cárcel. Esto es, en además “naturalista”, Tresserra ha colocado a su personaje en un ambiente hostil y límite para observar cuáles son las posibilidades de resistencia, y estas resultan ser heroicas. Pero como mandan las estadísticas, Manolo se salva del crimen, es ante todo representante de un tipo social: el buen obrero, que es un hombre real, y no solo una “figura de folletín”.

Donde más se distancia Tresserra de las convenciones del género es en la construcción de sus héroes. Estos son eminentemente intelectuales, como Aquiles que “[e]ra observador como Larra, austero como Locke, pintor como Walter Scott; por consiguiente severo como la misma verdad, y vario como la naturaleza” (PN: 343). Pero sobre todo destacan por sus dotes como pedagogos. El mismo Aquiles acabará como profesor de literatura de una ex prostituta; recordemos también al doctor Alfonso que enseñaba las luces del siglo XIX al anacrónico conde de Morlotte; o a David, el jefe de la sociedad filantrópica de *El poder negro*, dedicado a descubrir en cada uno de sus miembros la mejor ocupación según sus disposiciones naturales. En el universo de personajes tresserrianos no hallamos a hombres o mujeres que destaquen por su extraordinaria valentía, por su descomunal fuerza o por su insuperable audacia. De hecho, incluso aquellos adornados por la bondad, la inteligencia o cualquier don artístico, no lo están, digamos, en grado superlativo, pues nunca dejan de ser

individuos más o menos corrientes que no pretenden cargar en sus espaldas con el mundo entero.

Este punto conviene resaltarlo pues es en la preconización de los personajes del “superhombre”, fundamentalmente en los estudios al respecto de Eco, donde se ha encontrado a menudo la justificación teórica del carácter consolatorio de la novela popular. Según el análisis semiótico del italiano, la figura del superhombre desarrolla un papel estructural de primera magnitud que es precisamente el que determina el falso radicalismo de los folletines suecos y el de sus epígonos. Eco dice que las novelas populares, si bien enseñan que existen contradicciones e injusticias sociales, también enseñan que existen fuerzas que pueden sanarlas, pero como son tan fabulescas como la que encarna el Rodolphe de *Los misterios de París* dicha circunstancia anula cualquier subversividad real. La estructura narrativa del folletín, al estar basada en la ininterrumpida sucesión de crisis y sus correspondientes soluciones, se convierte de este modo en una máquina gratificatoria del lector. Observa Eco, además, que estas fuerzas con capacidad de reestablecer la justicia no son nunca populares, porque el pueblo no tiene poder, ya que si lo tuviese desencadenaría una revolución, por ello: “I risanatori devono appartenere alla classe egomane” (1976: 95). Todos los superhombres son por lo tanto “superburgueses” extraordinariamente dotados de inteligencia, moralidad, astucia, fuerza y.... dinero. Se caracterizan también, dice Eco, por decidir por cuenta propia qué es lo que le conviene a la plebe oprimida y como debe ser realizado; es decir, contemplan al pueblo desde un punto de vista autoritario y paternalista (p. 99). El superhombre se limita a imponer su propio criterio de lo justo, destruye a los malvados, recompensa a los buenos, y reestablece la armonía quebrada. Por ello, concluye Eco, la novela popular no es revolucionaria, sino caritativa, pues se dirige a consolar a los lectores con la imagen de una justicia de fábula (p. 120).

En sus novelas, Tresserra se propone claramente voltear el paradigma del superhombre folletinesco; de manera que parece comportarse como un consciente enmendador de los Sue o Dumas. El ejemplo más acabado de ello lo encontramos en la figura del benefactor y filántropo David de *El poder negro*. Para que sus lectores no pierdan de vista las diferencias de su héroe pone en boca de uno de los personajes comparaciones tan reveladoras como la siguiente: “Ese secreto sí que lo sabe todo Madrid. El enviado americano, ese hombre que quiere remedar al conde Montecristo, es simplemente su sobrino de usted, el barón de Quintanar” (p. 747). Pero el lector sabe que este nada tienen común en ambos personajes. David ni es un genio justiciero como el Rodolphe de *Los misterios de París* o el mismo Montecristo de Alejandro Dumas, ni un genio del bien como el Jean Valjean de *Los*

miserables; si puede considerársele un genio, lo sería en todo caso de la pedagogía. Y, como es sabido, el gran logro de todo pedagogo es el de enseñar a cada cual a valerse por sí mismo, a alcanzar su propia autonomía; habilidades que demuestra David al frente de su sociedad secreta. Las hazañas del héroe tresserriano consisten por lo tanto en tender una mano a aquellos que la necesitan, ya sea en forma de ayudas económicas para activar un negocio, ya sea en forma de contactos con otra gente con la que intercambiar sus servicios. Por ello, el principal cometido de la sociedad filantrópica que dirige desde la clandestinidad, “El tesoro de los pobres”, es el de estudiar a los grandes economistas, filósofos, científicos de su época con el fin de servir a la “causa del proletariado”. Tresserra, a través de los discursos y las exposiciones teóricas de David, va insertando distintos cuadros prácticos que acaban convirtiéndose en auténticos manuales novelados de cómo se pueden crear cadenas de favores entre obreros a partir del establecimiento de sociedades de instrucción y socorro. “La mayor parte de los obreros lo ignoran – dice David-, algunos lo dudan y otros lo niegan. A los que lo ignoran es menester demostrárselo, a los que lo dudan es menester combatir su error ofreciéndoles la prueba, la luz; a los que lo niegan... ¿Es posible que haya quien niegue la evidencia?” (p. 546). Por ejemplo, mujeres caídas en el abismo de la prostitución reciben préstamos para comprar máquinas de coser, al mismo tiempo que toman clases de Rodolfo y Ricardo, pintor y literato respectivamente que se hallan desocupados.

Los antagonistas de David y sus socios son el *poder negro*: jueces, políticos, banqueros o periodistas, que actúan en los círculos de las altas instancias del Estado isabelino. De ahí que el desenlace de la enrevesada trama de la novela venga planteado por Tresserra desde el punto de vista del bien contra el mal; es decir, de acuerdo con el clásico esquema dualista de los folletines. Pero, al mismo tiempo, las intenciones del catalán por alejarse de una aplicación convencional de este no pueden resultar más evidentes. Los dos bandos son convocados al circo, donde trabaja Lila, la heroína; y este será el lugar donde se diriman todos los hilos narrativos abiertos. Pero sorprendentemente, las acciones resolutivas no suceden allí, sino en los tribunales o en los despachos de abogados; son los actos jurídicos y argucias legales de David para desenmascarar a sus corruptos antagonistas los que constituyen la verdadera trama, que se desarrolla, además, a sus espaldas; pues tanto los personajes positivos como los negativos se hallan cómodamente sentados contemplando los números circenses. Los acontecimientos trepidantes y sorprendentes suceden en la pista, un espacio destinado a lo fantasioso, a lo ilusorio. La escena total adquiere a ojos del lector que quiera advertirlo un valor alegórico preciso: los dramas, las injusticias y las corrupciones descritas en la novela pertenecen al mundo real, a las leyes que rigen al país; lo demás es

circo, ficción, espectáculo inane. De ahí que el malvado Philipo, diputado a Cortes, para defenderse de las actuaciones de David y poder chantajearlo se apodere de las actas de las reuniones de la sociedad que este preside. Philipo se jacta de que esos papeles bastan y sobran para mandarlo a presidio; exclama:

¡Poco conocéis las leyes de este país! ¡Proyectos de asociaciones emancipadoras de la mujer y del proletariado!... ¡sociedades de obreros!... ¡Qué la mujer tiene el derecho de asistir a las universidades!... ¡Qué el jornalero es libre en el trabajo! [...] ¡Ah! Señor David, todos esos son principios subversivos del orden actual de cosas... ¡Jesús! Incitan a la rebelión de unas clases contra otras, y son abiertamente sediciosas... ¿Sabéis como se castigan los delitos de sedición, de rebelión, de conculcación de todos los santos principios de nuestra sociedad? Se castigan con cadena perpetua.... (p. 713).

David replica, aunque sabe de sobra que el otro dice la verdad, que sus actividades tienen como único fin realizar el bien y la justicia. Philipo cínicamente le recuerda que todas lo que hacen es en secreto y contrario a la ley, e incluso cita completo el artículo 207 del código penal que indica la pena aplicable para tales casos. Tresserra, obviamente, se vale de estas conversaciones para amplificar ante el lector el efecto de su denuncia: la ley ampara a los perversos. Luego poco importa que una astucia de David sirva para neutralizar las amenazas de Philipo y que desenmascare sus oscuros negocios; y menos todavía que la novela, esta vez, se remate con un final feliz. La raíz de las maldades, que es la articulación no democrática de la sociedad, continúa intacta. Como se observa, sin traicionar los mimbres de toda novela popular del XIX, Tresserra narra una historia nada consoladora. David no es una fuerza sanadora en sí misma, sino que sirve para recordar que solo la asociación entre obreros y la aplicación de los principios de la democracia pueden acabar con la infame organización del país. Este personaje es, pues, un símbolo de la impotencia, del desesperado posibilismo que caracterizaba la misma militancia republicana de Tresserra.

Otros de los puntos que señalaba Eco como indicadores de la farsa revolucionaria que representaban las novelas de Sue y, en general, de los folletinistas supuestamente democráticos del XIX, es aquel de la extracción burguesa de sus héroes novelescos. En las novelas de Tresserra, como hemos venido observando, es cierto que son los filántropos millonarios quienes se encargan de abrir los ojos a los obreros y de instruirlos. Lo cual puede ser interpretado como signo de paternalismo, pero también quizás como reflejo de una

mirada realista sobre la situación de la clase obrera. Esta debía afrontar a diario jornadas extenuantes de doce horas, se encontraba a menudo abrumada por los problemas cotidianos que les planteaba su carencia de recursos y la necesidad de mantener a núcleos familiares normalmente muy numerosos. A todo ello se debe sumar la ausencia de educación y el analfabetismo que padecían. Por lo tanto, únicamente se veían capacitados para luchar socialmente haciendo uso de la fuerza bruta de la masa. Todo ello chocaba con las doctrinas de los republicanos como Tresserra, quienes aborrecían de este recurso pues su objetivo era alcanzar la armonía de clases en el marco de una sociedad democrática. En todo caso, los intentos de los demócratas por sumar a las masas populares a las revueltas que promovían sobre todo en los centros urbanos, les había enseñado, como vimos en el capítulo biográfico, que se hacía preciso concienciarles previamente de la necesidad de la lucha. En el ideal de la República se hallaba siempre presente la idea de un levantamiento masivo y espontáneo del pueblo; pero ante las muestras de pasividad de este fueron desviando sus esfuerzos hacia la necesidad de educarlo e instruirlo en la conciencia ciudadana. El catalán no deja de lado a los obreros en la solución de sus problemas, pero aleccionado por la experiencia y por el contexto socio-político centra sus energías en la misión pedagógica popular. Para ello, en primer lugar, lo que se necesitan son pedagogos como él mismo; y, desgraciadamente, resulta muy difícil encontrarlos entre las clases obreras. De acuerdo con la situación real, el peso de la lucha política para configurar un marco jurídico desde el que implantar las reformas democráticas, en la óptica de los republicanos como Tresserra, recae sobre aquellos que por educación y recursos pueden permitírselo. Es en este sentido que se les puede acusar de paternalistas, escribe Tresserra:

Mientras este estado no llegue - en referencia a la legalización del principio de asociación-, (porque lo creemos justo y lo justo acaba por realizarse tarde o temprano), hay un sinfín de sociedades de seguros sobre la vida, cajas de ahorros, formación de capitales, y otros beneficios, sobre los cuales por de pronto pueden encontrar en ellos su seguro porvenir (PN: 510).

En *La judía errante* y *El poder negro*, las sociedades clandestinas que tienen como objeto la redención del proletariado a través de la educación, la acción política y el cooperativismo, están capitaneadas por burgueses millonarios y filántropos como Arturo o David; pero son de constitución interclasista. En la primera de estas novelas, cuando comunica a sus lectores los problemas surgidos con la censura y comenta su plan de retratar

una sociedad demócrata en la clandestinidad confiesa que “hay pocos hombres del pueblo como Arturo y sus compañeros” (p. 665). A Tresserra le gustaría contar en la realidad con algunos de los activistas de extracción popular que inventa para su novela, pero lo cierto es que escasean o no existen. En cuanto a la proyección novelesca, nutrir las sociedades clandestinas exclusivamente de proletariados, como querría cierta ortodoxia revolucionaria, además de inverosímil teniendo en cuenta el contexto histórico-social de la época, habría traicionado sus íntimas convicciones republicanas respecto a la necesidad de levantar un país sin clases, solo de ciudadanos.

En resumidas cuentas, las novelas de Tresserra se dirigen precisamente a demostrar que resultan inútiles las actuaciones de los superhombres y de los héroes de folletines, pues solo las reformas legales en sentido democrático pueden invertir las tremendas injusticias sociales que aquejan al país. Sin excepción, los perfiles y las actuaciones de los personajes tresserrianos están concebidos desde la vocación de transmitir a sus lectores este mensaje. Gramsci apreciaba que un rasgo característico del público de las novelas populares era el de mostrar indiferencia hacia los escenarios, temáticas o argumentos, pues siempre y cuando quedasen prendados de las figuras protagonistas, todo lo demás ocupaba un lugar secundario (1950: 135). En el mismo sentido, Bianchini opina respecto a *Los misterios de París* que, en realidad, su trama carece de sentido si no tomamos como eje la personalidad de los Rodolphe o Fleur de Marie, ya que la historia nace de las actuaciones de estos y es a partir de sus vivencias que crece arbitrariamente y sin dirección (1969: 99). Es decir, superhombres y estructura abierta y serializada, según el paradigma forjado para el folletín, son elementos interdependientes.

Las obras de nuestro catalán, sin embargo, prescinden del primero; esto es, no están construidas a partir de la figura de un personaje atractivo, sino a partir del mensaje filosófico-social que quiere trasladar el autor. Anticipándose a la perspectiva crítica de los Marx, Gramsci o Eco, aprecia que el superhombre obstaculiza y desvirtúa un mensaje verdaderamente democrático, por lo que lo aparta. No por ello, podríamos decir que sus novelas dejan de pertenecer al género de la novela popular. Y tampoco debemos llegar a afirmar que Tresserra es un cultivador extravagante o muy original del género. Ocurre simplemente que la naturaleza de esta narrativa es mucho más flexible de lo que ciertas fórmulas críticas, prejuiciosas y perezosas, han dado en conceder.

En otro orden, cabe apuntar que nuestro autor ensaya diversas técnicas para atenuar el maniqueísmo de sus personajes, pero sin plantearse su cancelación, pues como decíamos este esquema se aviene a la perfección con su plan didáctico. Sus esfuerzos se dirigen a

dotar de verosimilitud a cada de sus figuras con el objeto de que no quede desvirtuada su función apodíctica de la realidad. De este modo, especialmente los personajes negativos, si por una parte resulta evidente que concentran en sí vicios reprobables, por otra parte, Tresserra se ocupa en humanizarlos, pues a menudo dudan, reconocen sus debilidades, se lamentan... Esto es, frecuentemente logra insuflarles vida gracias a que les deja actuar y desenvolverse con libertad, incluso a los más repugnantes. Cuando les hace entrar en acción, el narrador toma distancia, se aleja y solo les examina y enjuicia una vez que vuelve al excursio, cuando emite su propia opinión; aunque como dijimos en ocasiones el narrador opta por guardar silencio. Hay en Tresserra una suerte de autoexigencia de objetividad que luego será la enseña de la escuela naturalista. A nuestro autor no solo le importa que su lector visualice tipos y usos sociales, sino que le interesa explicar el resorte moral, el sustrato mental que genera estos comportamientos. En este sentido, los retratos fisiológicos, que ocupan un lugar destacado en su novelística, son objeto de redimensión por parte del autor. Si bien los cultiva con cierta frecuencia, hace una aplicación crítica y relativista dirigida a alertar sobre su imposible infalibilidad; el rostro angelical puede esconder intenciones perversas, o a menudo es el hambre y la desesperación los que moldean las facciones.

Tampoco se reputa de habitual que los personajes del folletín estén sometidos a una evolución que corra pareja a los hechos de la novela; ese hacerse y deshacerse vital, dice Romero Tobar, que no aparece hasta las novelas de Galdós (1976: 124). Si hay cambios, se producen de manera repentina y, como indica Ferreras, constituyen en todo caso una sustitución de caracteres (1972: 249). En las novelas del catalán hallamos a varios personajes que oscilan “entre el ángel y el demonio”: su corazón les inclina hacia la virtud pero la sociedad les arrastra al vicio; “luchando en mi mente dos ideas tan opuestas como las de la virtud y el crimen” (MS: 600), son palabras que atribuye Tresserra a un presidiario que trata de abandonar la senda del delito. En la narrativa del catalán, las figuras suelen estar sometidas a una dialéctica basada en la bondad natural del ser humano que se bate contra unas circunstancias sociales que fomentan en él las conductas desviadas, egoístas y dañinas. Recordamos que escribía Tresserra: “nadie, salvo muy cortas excepciones, nace perverso, y solo con disposiciones a la perversidad, que desarrollan el ejemplo y la circunstancia” (p. 525). Nuestro autor se muestra atento a los efectos de irrealidad e inverosimilitud que podían producir las bruscas transformaciones de los personajes, fenómeno habitual en la pluma de los folletinistas “más puros”. Cuando la Rosenda de *Los misterios del Saladero* abandona la prostitución a raíz de la declaración de amor de Rafael, el autor pregunta al

lector si tales mutaciones de carácter o de vida pueden darse con esta celeridad, lo que da pie a un excursus de tres páginas sobre el poder redentor del amor (pp. 196 y ss). Rosenda experimentará un intenso proceso de evolución; le dirá a Rafael: “tú me has dicho que yo vivía en el crimen y en la infamia... yo solo sabía que vivía en la desgracia y el infortunio... Una mujer pobre como yo...” (p. 135). En un primer momento recelará también de su benefactor pues, aunque la ha rescatado de ese oscuro mundo, no es capaz de confiar en ningún ser humano. Rosenda ve en Rafael a un hombre como cualquiera de los que hasta entonces ha conocido en el burdel; no quiere volver a ser engañada, no soportaría serlo por aquel que le ha descubierto la posibilidad de otra vida. Convendrán en vivir separados durante un tiempo hasta que ella asimile su nueva condición y pueda reconocer sus verdaderos sentimientos. Asistimos, de este modo a un proceso psicológico complejo que Tresserra aborda tanto desde el plano social como el moral.

Tomando como ejemplo el catálogo de figuras que ofrece *Los misterios del Saladero* observamos que cumplen la doble función de signo y símbolo propia del género. En cuanto signos, los personajes de Tresserra casan con los modelos auspiciados por el folletín: Rosenda es huérfana y prostituta; Rafael es hijo ilegítimo de un barón; este barón a su vez tuvo una hija ilegítima que quiere recuperar; Isolina es una dama francesa de la alta sociedad; Anselmo es un perverso y ambicioso criminal; Manolo es pobre y honrado... Y en cuanto símbolos, son portadores de un mensaje ideológico; el barón es fatuo y necio como integrante de los mandos isabelinos, Anselmo es un delincuente fruto de la deficiente organización social, Manolo y Rosenda son víctimas inocentes de unas costumbres y prejuicios absurdos... La tajante división que Tresserra practica a veces entre tema y argumento se refleja a su vez en el papel que destina a sus personajes, de modo que resulta posible dividirlos a todos ellos según la prioridad de su función, aunque lo habitual es que aúnen ambas. De modo que encontramos aquellos que comparecen fundamentalmente como símbolos filosófico-sociales, y aquellos otros que son ante todo sujetos necesarios para el desarrollo de la acción.

4. LA CRÍTICA FILOSÓFICO-SOCIAL DE TRESSERRA A LA ESPAÑA ISABELINA

4.1 LA MORALIDAD REPUBLICANA CONTRA EL ESTADO LIBERAL

El republicanismo español del XIX más que como un proyecto meramente político se concebía a sí mismo como un vasto movimiento regenerador destinado a transformar la mentalidad de los españoles, y por lo mismo a introducir al país en la senda del pensamiento laico, democrático y científico tomada por otros países europeos. En este sentido, su trayectoria a lo largo de la segunda mitad de la centuria coincide con la experimentada por el Partido Republicano francés en el mismo periodo. Como expone Ronald Aminzade, este se mostrará lastrado por su indecisión entre constituirse en movimiento o en mera agrupación política. Todo ello dará lugar a numerosos conflictos por su doble vocación contradictoria: por un lado, a integrarse en los cauces legales del sistema; del otro, a legitimar la revolución violenta en caso de que los preceptos democráticos fuesen conculcados (2005: 61 y ss). Vicisitudes que, como vimos en el primer capítulo, también generaron continuas desavenencias en las filas del movimiento y e el Partido Republicano español.

El programa de reformas de los revolucionarios españoles se vertebraba en torno a la defensa de un catálogo de principios y valores morales como la libertad de conciencia, la defensa de la familia o la reivindicación del trabajo, que consideraban ultrajados por la Corte de Isabel II, la jerarquía católica y la clase parlamentaria. El humanitarismo republicano, señala López Cordón, antes que una teoría era percibido en la época como una actitud y forma de conducta intachable (1975: 42). De ahí que tanto demócratas como krausistas “hiciesen del rigor intelectual y la confianza en la razón, la ciencia y la libertad una nueva manera de vivir destinada a la renovación de la vida española” (p. 91). Prueba de ello será el proyecto pedagógico del krausismo que, como advierte José Luis Abellán, hará hincapié antes en la educación basada en la tolerancia, la moralidad y la virtud que en el acopio de conocimientos (1996: 213).

La ideología demócrata orquestó una cosmovisión que se postulaba como un sistema universal y que, por lo tanto, entró en conflicto con gran parte del sistema de valores operativos en la España isabelina, cuyo Gobierno, como vimos, buscó su legitimación a menudo en la tutela espiritual que le dispensaba la Iglesia católica. Heredia Soriano define al ideario republicano como una especie de *racionalismo romántico* que “hizo de la razón un juez y árbitro eminente de la vida humana”; se trataba de una filosofía pura de la historia

formulada principalmente “por vía sintética y que se apoyaba en una moral antiutilitarista basada en el deber como imperativo categórico”. Constituía asimismo una filosofía social, política y jurídica, inspirada en una concepción “orgánica” del Estado, el derecho y la sociedad (1997: 384).

Las novelas de Tresserra secundan este programa de reformas, y se conciben por lo tanto como instrumentos de educación a los ciudadanos. Constituyen así verdaderos manuales destinados a enseñar la recta conducta republicana con vistas a procurar la modernización de España. Todo lo cual se aprecia en una doble perspectiva. Por un lado, las obras del catalán se ocupan de denunciar los obstáculos que oponen a este proceso las fuerzas tradicionalistas, que aparecen aquí acusadas de basar su defensa del orden moral católico en el mero afán de conservar sus privilegios económicos, políticos y sociales. Por el otro lado, su narrativa trata de divulgar el catálogo de principios y valores que conformaban el ideario republicano con el objeto de crear una capa de ciudadanos conscientes y vigilantes. A continuación, nos ocuparemos del primer aspecto, dejando el segundo para los siguientes apartados.

Escribe Tresserra: “Los pueblos son libres o libertinos. Cuando pierden su libertad se lanzan a la abyección” (LH: 32). Estas palabras, que las aplica por razones de censura a la Francia de la Restauración, pero que no cabe duda las dirige a la situación de nuestro país a lo largo del siglo, constituyen la pauta fundamental que informa el retrato de la sociedad de la época que lleva a cabo el autor con sus novelas. Una vez triunfante la Revolución de Septiembre, en su Catecismo del 68, pondrá como ejemplo de gobierno monárquico constitucional u oligárquico “el de España durante la triste dominación de Isabel II”, el cual define Tresserra como “el gobierno de ciertas clases privilegiadas por sus pergaminos, sus empleos o su oro; quienes, en unión con el monarca, confeccionan a su placer las leyes absurdas con que rigen el Estado” (p. 7). Meses antes, la publicación de semejante frase le habría costado una segura pena de reclusión. Es por ello que en la media docena de obras que escribió entre 1860 y 1867, sin dejar de expresar esta misma idea, hubo de recurrir a todo tipo de estrategias para burlar a la censura. En ocasiones, no se mostrará demasiado sutil y se arriesgará a escribir frases como la siguiente que leemos en *Los misterios del Saladero*: “Cuando los principios de gobierno se profesan por herencia, los dos grandes elementos de la vida de las naciones, el orden y la libertad, que lo uno no es más que la manifestación de lo otro, se falsean y traducen irremisiblemente, el primero, por servilismo; la segunda, por libertinaje” (p. 173).

Como explicamos anteriormente, la progresiva presión censoria sobre el republicanismo en general, y sobre su novelística en particular, fue obligando a Tresserra a agudizar sus técnicas narrativas; de modo que es en la novela recién citada y en *El poder negro* donde encontramos las invectivas más directas contra la sociedad liberal isabelina. En esta última, escribe Tresserra dando a entender al lector que habla de España y al censor que habla de cualquier otra nación:

Se ven países, es verdad, en que el trabajo no conduce a gran cosa... [...] En estos países, el capital se forma con inmensa dificultad por las vías naturales. Por eso se aspira sobre todo a sacarlo, por la fuerza o por la astucia, de las manos de aquellos que lo han creado. Allí se ve a los hombres enriquecerse por la guerra, los destinos públicos, el juego, las provisiones, el agiotaje, los fraudes comerciales, las empresas arriesgadas, etc., etc. [...] No es pues sorprendente que en estos países se establezca una especie de asociación entre estas dos ideas: capital y egoísmo, y esta asociación llegue a ser poderosa si todas las ideas morales de ese país se sacan de la historia de la antigüedad y de la Edad Media (PN: 399).

El análisis panorámico del catalán sobre el entramado político-social de su época que lleva a cabo a través de sus novelas coincide con el de buena parte de los estudiosos contemporáneos. José Luis Aranguren, por ejemplo, explica que la infraestructura socio-económica del liberalismo “estaba determinada por la inautenticidad, el agio y la inmoralidad publica, y a ello correspondía una forma de ética poco ejemplar caracterizada por la pérdida de la fe en las luces, escepticismo de los moderados y desmoralización recubierta de gazmoñería” (1974: 113). Lo cual se manifestará principalmente, según este mismo estudioso, en que “la religiosidad es vivida con gesto retórico, como apologética, como defensa del Estado, etc.; es decir, mucho más como actitud pública que como disposición espiritual” (p.115). Tresserra, como vimos, hará de la denuncia de estas imposturas uno de los pilares de su discurso anticlerical, que combinará también con la acusación de una práctica religiosa marcada por la superchería. Remedando a Kant escribe: “el que practica el bien con los ojos puestos en la recompensa, es un mercader hipócrita; el que se abstiene de cometer el mal por temor a una potencia invisible y que todo lo ve, es, además de malvado, un cobarde miserable... ¡practica el bien por el bien!” (HD: 35).

En la novela *Vicente de Paul* Tresserra se propone desenmascarar a esta forma de hipocresía que relaciona con la entera vida social de las oligarquías isabelinas; leemos:

La paz de las familias constituye la civilización de los pueblos. La organización de la familia determina la perfección de los estados. El cristianismo la ha enaltecido y dignificado hasta el extremo; ha hecho santa la paz de las familias, dándole una organización perfecta ha elevado su primer paso a sacramento. Si como contrato civil es imperfecto; y las leyes humanas que a su conservación se refieren, dejan abiertas algunas puertas por donde el mal pueda penetrar, culpa es de los hombres [...] ¡Instrucción!, ¡Educación!, ¡Moralización! ¡Ciencia y costumbres! [...] Pero ¿quíérese evitar que el mal no se presente? Es muy sencillo: sed verdaderamente cristianos (p. 241).

La apelación a la defensa de la familia, tan frecuente en los republicanos del periodo, era usada como denuncia hacia la doble moral que, según ellos, caracterizaba a las clases altas, especialmente a la aristocracia. En su *Evangelio del pueblo* (1869) Roque Barcia definía a la familia como “la primera sociedad en que nacemos, en que aprendemos a querer, pensar y a vivir. La familia es el hogar sagrado de la confianza y el amor” (1869: 28). Casi todos los demócratas procedían de la pequeña burguesía, se mostraban orgullosos de ser hombres hechos así mismos y se consideraban la clase productora de la riqueza del país. De este modo, el trabajo y la propiedad se presentaban indisolublemente unidos a una determinada concepción de la familia, aquella que quería que esta institución se consagrara como la piedra angular de la sociedad. La familia burguesa que dicen representar se caracteriza por la rectitud moral, la laboriosidad y la educación de todos sus miembros, incluida la mujer. Como apunta López Cerdón: “fiel a esta interpretación el federalismo la pone en la base de todo su sistema y pocas veces deja de hacer referencia a ella en sus manifestaciones, haciendo de las virtudes domésticas la mejor garantía para el desempeño de cualquier cargo” (1975: 104).

El progresivo desprestigio de Isabel II y de su camarilla, cuyas disolutas vidas privadas eran de dominio público, actuarán como coartada perfecta de estas reivindicaciones republicanas. Tresserra tratará de incidir en este débil flanco de la monarquía española, dentro eso sí de los limitadísimos márgenes que dejaba la censura especialmente respecto a este punto; decía uno de sus personajes a propósito de los sectores conservadores:

Pero señor, permitid que os diga que en ambos país [Francia y España] la opinión pública, ilustrada y moral, no es la suya. Hay grandes talentos y eminentes virtudes en todos los campos mencionados, pero, os lo repito, la ilustración y la moralidad generales distan mucho de pertenecer al partido que por otro nombre llaman la reacción (LH: 399).

Como venimos insistiendo, el blanco principal de las invectivas tresserrianas será la hipocresía de estas clases dirigentes, sobre todo en lo relativo al desacuerdo que se observaba entre su efectiva vida privada y las conductas morales que, en la vida pública, decían defender. Pues, como dice Mira Abad, los republicanos “identificarán la inmoralidad como base del despotismo y la virtud como fundamento de la República”, y en sus discursos subrayarán continuamente “los fines morales y éticos de toda acción política”, ya que en su óptica solo merecían ser gobernantes aquellos que representasen “mejor el lazo social con el pueblo, es decir, la virtud” (2002: 453). Y, para los republicanos, la forma más generalizada de hipocresía entre los altos mandos isabelinos será su discurso religioso.

La inexistencia de un catolicismo liberal en España, que en otros países había conseguido abrirse paso, propició una permanente tensión política entre el ideario democrático y unas clases conservadoras en el poder que contaron como aliada permanente a la hora de defender su estatus privilegiado a la Iglesia. Como apunta Demetrio Castro, el Concordato de 1851 entre el Vaticano y España fue en cierto modo un contrato de colaboración más estrecho destinado a la mutua salvaguarda. En la práctica, el acuerdo dejaba la puerta abierta para que la Iglesia reconquistase el influjo perdido en parte de la sociedad; y la buena salud recobrada impulsará a la jerarquía católica a mostrarse intransigente con cualquier intento de recortar su poder (2001: 77).

La legislación española relativa a la libertad religiosa a lo largo de la centuria es una buena muestra de la autoridad e imperio de la que gozó la Iglesia en nuestro país. Mientras que en muchas naciones de Europa el libre culto formaba parte incuestionable de sus bases de convivencia social, en España el camino fue muy azaroso y tardío; de modo que en los últimos dos siglos solamente las constituciones de 1869, 1931 y 1978 consagrarán la libertad religiosa. Como explica Sánchez Férriz, ni siquiera otras constituciones liberales como las de 1812 o 1837 osaron atacar la oficialidad estatal del catolicismo. En cualquier caso, lo habitual fue la vigencia de cartas magnas como las de 1845, que incluso sancionaba la obligatoriedad por parte del Estado de fomentar la liturgia católica (2001: 121 y ss).

Así las cosas, la defensa intelectual del régimen monárquico y católico de Isabel II recayó principalmente en ultramontanos, enmascarados algunos bajo la etiqueta del doctrinarismo, como Jaime Balmes, Donoso Cortés, Navarro Villoslada, J. Manuel Ortí o Candido Nocedal, quienes, como explica Aranguren: “en toda revolución veían el mal sin mezcla de bien alguno, fieles en esto a su constante y simplificadora tendencia maniquea y la salvación solo podía encontrarse en una reconversión del mundo entero al catolicismo” (p. 119). Partían así de la legitimidad absoluta de mostrarse intolerantes con todas aquellas doctrinas que se apartasen de la ortodoxia fijada por la Iglesia. Pero a pesar del panorama descrito, los escritos de la apologética católica se caracterizaron por un tono victimista y apocalíptico que contrastaba con su situación privilegiada. Por ejemplo, escribía Jaime Balmes:

El estado de la religión en España no es ciertamente el de los tiempos anteriores a 1808; treinta años de guerras, disturbios, revoluciones y reacciones; treinta años de circulación de libros y toda clase de escritos donde se enseña la incredulidad, no han podido menos de producir grave daño y de alterar las costumbres religiosas de un número considerable de españoles (1939: 123).

Tresserra trata de parodiar en sus novelas el anacronismo de estas doctrinas. Es el caso de los ataques que dedica al *Catecismo del Estado* de un autor coetáneo suyo, Joaquín Lorenzo Villanueva, que, a mediados del XIX y para estupor de nuestro escritor, tratando de justificar a las monarquías absolutistas escribe párrafos como el siguiente:

Los vasallos solo pueden emplear contra su príncipe las armas de los gemidos y la oración, resistir a la autoridad con las lágrimas poderosas de la piedad, con los esfuerzos de la caridad, con la santa violencia de la humildad. La oración y paciencia es el recurso que da la religión a los fieles que se ven oprimidos por los malos príncipes. Aquí están encerrados todos sus artificios, sus máquinas, sus intrigas y los últimos esfuerzos de su violencia. No sabe otro camino para defender a sus hijos de la opresión que les causa el abuso de la autoridad pública. Ya no hay mas allá: con un sistema tan piadoso, seguros pueden estar los pueblos de no ser esquilados por toda clase de ateos, holgazanes y perversos (*apud* Tresserra, LH: 467).

En la narrativa del catalán hallamos un exhaustivo y mordaz retrato del “vivir falso”, en palabras de Aranguren, de la alta sociedad madrileña. La vida social de París es el espejo donde tratan de mirarse, lo que da lugar, según Aranguren, a una pseudo moral amorosa y sexual, a una política pseudo liberal y pseudo patriótica, del mismo modo que desarrolla un pseudo industrialismo (p. 119). Como apuntala el mismo investigador, en esto quedan las moderadas aspiraciones de la época: “bienestar creciente para unos pocos, obtenido mediante habilidades, componendas o especulaciones y «negocios»; y mantenimiento a toda costa el orden establecido. Y por debajo de tan modestas pretensiones, un tremendo escepticismo y una indiferencia total por el pueblo, por la verdadera nación española” (*ibíd.*). Sixto Cámara describía en 1847 una situación que se prolongaría a lo largo de todo el reinado de Isabel II: “Nuestro Estado social, democrático en principio y en derecho. Es, todavía, repito, aristocrático de hecho. Constitucional, legal, abstractamente, no hay castas en la nación. Práctica, positiva y realmente vivimos bajo un régimen de castas” (*apud* Elorza, 1970: 147).

Nuestro catalán se valdrá de la literatura para señalar este falseamiento. Como decíamos, sus críticas más directas a este respecto se encuentran en las páginas de *Los misterios del Saladero*, por lo que nos detendremos a analizar preferentemente esta novela. En ella encontramos al personaje del barón T., “educado a la antigua y figurando a la moderna” (p. 172), que en su papel de ministro de Isabel II encarna a la perfección el travestismo liberal de los dirigentes del régimen. Los engaños de los que será objeto el barón-ministro por parte de Anselmo, el jefe de la banda criminal, definen al primero como una figura bobalicona: es un aristócrata inepto, fatuo y nepótico, que el lector atento enseguida capta como tipo representativo de la monarquía isabelina. En todo caso, el autor se encargará de tender puentes de asociación continuamente.

La mejor muestra la hallamos en la boda entre el mismo Anselmo y Rosenda, a quien el criminal ha hecho pasar por la hija perdida y buscada por el barón. La plana mayor de la oligarquía gobernante, “grados superiores del ejército, mandatarios de los altos destinos del país en cada una de las diversas ramas de la Administración, y, finalmente, algunos pertenecientes al alto clero” (p. 778), concurre a la ceremonia en atención al importante cargo que desempeña el aristócrata. La escena de la boda no es inocente, la flor y nata de la Corte y el Parlamento español, aunque es significativo que nadie de la Familia Real acuda al acto, lo que seguramente habría sido pasarse en demasía de la raya, se disponen a dignificar a Anselmo, que el lector conoce como delincuente de la peor especie, recibéndole y aceptándolo entre los de su casta. El barón T., tras percatarse de que Anselmo es plebeyo, y

que su “yerno no debe confundirse con la vulgaridad del pueblo”(p. 446), resuelve concederle un título nobiliario: el de marqués de la Celada; detalle con el que Tresserra busca añadir una pincelada más a la estupidez de su personaje. La irrupción en la ceremonia de la boda de una ex criada del palacio, la madre de la hija bastarda del barón, precipita la huida de Anselmo, no sin que antes este desvalije a su otrora protector, algo que puede hacer fácilmente porque toda su fortuna está reducida a títulos al portador. Circunstancia que conoce el lector, pues en una escena anterior, el barón, titubeando, le había dicho al delincuente: “...la inestabilidad de nuestro sistema político, en el encono de nuestros partidos y sobre todo... en la responsabilidad ministerial. Así es que no tengo fincas ni interés alguno en mi nombre solo tengo títulos al portador...” (p. 696). Manera que usa Tresserra para sugerir que el robo a las arcas del Estado es una práctica generalizada entre los cuadros de mando isabelinos. El escándalo desatado por la inesperada revelación de la vieja criada desbarata la celebración del matrimonio; mientras los invitados abandonan el palacio del barón algunos comentan entre sí la futura caída en desgracia del hasta entonces favorito de Palacio, por lo que proponen ir a adular a su oponente político, “el general X” (p. 788).

Dentro de esta sociedad hipócrita y corrupta, la prensa es blanco preferente de las puyas de Tresserra. Cuando los criminales de Anselmo se disponen a asaltar la quinta del Pardo donde se encuentran Rosenda y Rafael, la refriega acaba en un tiroteo que alerta a la guardia civil, por lo que el asunto trasciende a la opinión pública. La versión de los hechos que ofrecen los periódicos al día siguiente varía según su adscripción política, la prensa de la oposición dice: “Si el gobierno y las autoridades se creen impotentes abandonen de una vez sus puestos; ya es hora de que nuestro país consiga verse regido por hombres de verdadero valor y moralidad”; justo lo contrario que expresa el periódico ministerial de la noche, que se apresura a ensalzar la eficiente actuación de las fuerzas de orden público (p. 180). Tresserra apostilla:

He aquí como un hecho ocurrido a las puertas de la capital se desfiguraba completamente, haciéndolo arma de intereses opuestos. En nombre del secreto de inviolabilidad del sumario se mentía descaradamente invocando el valor y la religiosidad, se introducía el pánico en el seno de las familias sencillas e ignorantes y a título de bien informado, se tergiversaba todo, preparando el ánimo del público en contra de la inocencia (p. 181).

El autor añadirá que “a los dos días el asunto se había olvidado”. Por otro lado, la crítica a las instituciones penitenciarias, que constituyen otro de los aspectos filosófico-sociales relevantes de esta novela, a menudo adquiere un valor extensible a otras ramas de la Administración isabelina. En ese terreno Tresserra parece sentirse más libre, escribe sin tapujos:

El nombramiento de empleados siguió siendo el del país del favoritismo: las cualidades de mando, de capacidad y méritos son absorbidas por circunstancias políticas eventuales y pasajeras. El régimen particular de cada presidio y hasta sus prácticas y sus adelantos dependen del carácter más o menos a propósito de los comandantes de la Administración: desastrosa por falta de fiscalización, el despacho lento por otros motivos, los elementos de moralización sino desdeñados, fuera de la práctica (p. 464).

Un lector moderadamente capaz, sabría leer entre líneas. El panorama descrito respecto a la clase gobernante, en su mayoría noble, tiene su correlato respecto a la burguesía española, que de la pluma de Tresserra sale mucho peor parada que de la de Sue o Ayguals, creadores de un tipo de industrial filántropo que el catalán considera que escasean en la realidad del país. En las creaciones de estos dos últimos novelistas se ensalza cierta concepción de lo burgués asociado a las actividades empresariales y a una ética de trabajo estricta. La diferencia entre los retratos de Ayguals y de Tresserra tiene probablemente su origen en los distintos contextos histórico-económicos en los que se enmarcan sus producciones. Cuando el autor de *María la hija de un jornalero* irrumpe con fuerza en el panorama literario a mediados de la década de 1840, Madrid registra un espectacular auge de sus actividades económicas. Como explica José Carlos Rueda, la capital del Estado pugna por convertirse también en la capital financiera, hay un clima de cierta estabilidad política y se crean sociedades pujantes como “La España Industrial”, “La Compañía Minero-Cantábra” o “La Peninsular Minera” (1996: 130). Ayguals, quien en su calidad de hombre de negocios se siente partícipe de este despegue, contempla con optimismo y cierto orgullo de clase el desarrollo de Madrid y del país. Pero en las décadas siguientes, cuando republicanos como Tresserra toman su testigo en las letras, los augurios del novelista comenzaban a ser desmentidos por los hechos. El escaso dinamismo que demostrará la burguesía madrileña, que había basado su poder económico en operaciones de poco riesgo y, por lo tanto, de repercusión limitada: la propiedad rústica y urbana, las colocaciones en

Bolsa de títulos de la Deuda o las contratas estatales, dará al traste con las perspectivas de crecimiento columbradas.

Como dice Rueda, el marco legal que se da el país a partir de 1856 impulsa otra eclosión económica al implantar un nuevo marco societario que propicia la multiplicación de iniciativas empresariales. Pero este entramado de sociedades organizadas en Madrid a mediados de los sesenta fue barrido antes del final de la década por la crisis financiera, incluso algunas de ellas no llegaron si quiera a operar nunca (p. 131). Uno de los sectores que había despertado optimismo entre los inversores fue el de la construcción de ferrocarriles, lo cual había supuesto la creación de numerosas sociedades de crédito entre 1856 y 1865 que en breve espacio de tiempo caerían en la bancarrota. Como explica Tedde Lorca, este modelo de financiación adoptado se importó de Francia, y, como sucediera en el país vecino, trató de fomentarse la captación la inversión del pequeño ahorro, se crearon así numerosos bancos para adelantar fondos a las compañías ferroviarias. Pero la debilidad de la economía española y la proliferación del agiotaje, unido a la crisis de capitales registrada en el continente, hizo que lo que en Francia había contribuido a relanzar la economía de todo el país, en España favoreciese tan solo a una pequeña casta poseedora de las grandes sociedades (1996: 379).

Este panorama caracterizado por el enriquecimiento fácil y fraudulento de unos pocos miembros de las oligarquías es el que percibe Tresserra, y por lo tanto es el que modula su mirada sobre la clase empresarial española en general y la madrileña en particular. El correligionario republicano de nuestro autor, Antonio Altadill, a partir de observaciones análogas creará una tipología del hombre de negocios de la época que denominará como la de los *caballeros de la industria*, de quienes dice:

No busquéis en él, nada grande, nada digno: es el egoísmo puro, que se disfraza con todos los trajes, llevando siempre consigo todos los vicios, cuando no todas las maldades. Su enemigo mortal es el trabajo: su único objeto en la vida es el vivir a costa de todos. En sociedad es ateo, religioso, moral, blasfemo, amigo, enemigo, humilde, soberbio, inocente, avisado, según las circunstancias y el círculo en el que se encuentra. En política no tiene partidos, pero pertenece a todos (1969: 200).

En sus novelas, Tresserra dedicará muchas páginas a retratar a esta clase de individuos. Buena muestra de ello son los tres *elegantes* que se hallan reclusos en la cárcel

del Saladero. En primer lugar, todos ellos ejemplifican la ignominiosa proyección de las diferencias entre pobres y ricos en todos los ámbitos de la sociedad; incluidas las instituciones penitenciarias, donde los presos de alcurnia disfrutaban de amplios privilegios y comodidades. Tresserra inserta un curioso “cuadro al vivo” a este respecto: el ingreso de un trío de delincuentes de “El Pacto Fraternal”, el tío Roque, el tío Tomás y Miguel, en el departamento de pago. Estos se ven obligados a seguir una costumbre consolidada por los presos de preferencia: la de convidar a todos los compañeros a un succulento almuerzo. Para la ocasión, los tres *elegantes* que se hallan en tal recinto exigen que la comida sea encargada a Lhardy, restaurante madrileño de la Carrera de San Jerónimo, ya muy afamado por entonces. Convidados y convidadores, es decir, burgueses y criminales, protagonizan una alegórica escena, la avidez de dinero y la inmoralidad es la misma en unos y otros, con la sola diferencia de los ademanes de sofisticación de los burgueses. Tresserra, en su pintura, se muestra más cercano a los secuaces de Anselmo, pues al fin y al cabo, según la concepción de nuestro escritor, han sido empujados a esa vida por un determinismo social implacable. El destino que espera a cada uno de los colectivos que representan será también diverso: mientras que los primeros saldrán de la cárcel gracias a sus poderosas amistades, los segundos acabarán en la horca.

El primero del trío de los *elegantes* es don Álvaro, financiero de ferrocarriles. Se trata de un hombre de negocios sin escrúpulos que surge al calor de la bonanza económica que coincide con el gobierno de la Unión Liberal de O'Donnell; periodo en el que como decíamos se multiplican las inversiones y se abren las espitas del crédito y del capital exterior. Bahamonde explica que “las construcciones ferroviarias se convirtieron en el emblema de la época y una fiebre societaria caracterizó el impulso económico, que mezclaba la riqueza general con el mundo de los negocios particulares” (1994: 330). De origen humilde, este don Álvaro, gracias a su astucia y ambición, se convierte en dueño de un pequeño negocio, circunstancia que le permitirá enriquecerse posteriormente en la bolsa; “principiaba por entonces la fiebre de las sociedades anónimas”, dice Tresserra, oportunidad que aprovecha este pequeño-burgués para montar lo que será su obra maestra: “la gran Sociedad de la Red de Ferrocarriles” (p. 839). Antes de que se descubran sus falsos cimientos, lo que tardará poco en ocurrir, “la sociedad se había desplomado en un abrir y cerrar de ojos”, el oportunista y cínico personaje ya se había labrado una fortuna, pues “mientras se dedicaba a tan filantrópicas empresas aseguró su capital individual a costa de los capitales sociales” (p. 840). Su estancia en el Saladero supone el ferroviario que será cosa de pocos meses, pues confía en la ayuda de algunos socios, lucrados como él en turbios

negocios, que por la cuenta que les trae deben aplicarse en su rescate; de ahí que, dice el autor, “el infame abrigaba la íntima esperanza de salir de la cárcel sin el más mínimo daño más que algún rasguño en su bolsillo” (p. 841).

Don Pío personifica al camaleón político que consigue escalar a las altas esferas de la Administración gracias a sus continuos cambios de chaqueta. De “funcionario de alto rango en la época de Calomarde, meritorio en una secretaría de Estado”(p. 842) pasa luego, tras la muerte de Fernando VII, a saludar la llegada al trono “de una tierna niña que representaba las ideas de la libertad por las cuales habían padecido destierro”, dice irónicamente Tresserra. El nuevo sistema liberal le obliga a adscribirse a un partido: “Don Pío consultó su corazón para elegir la bandera en que debía militar, pero en este examen de sí propio hizo un descubrimiento muy curioso, y es que se sentía inclinado indistintamente a todos los partidos y que lo único que debía resolver era la elección del que más conviniera a sus intereses” (p. 843). Más tarde, el personaje abandona el catolicismo y abraza la religión natural, “esta conversión le arrancó del estado deplorable de meritorio y principió a servir a la patria por la retribución de 600 reales y manos sucias”. Quemará conventos, se hará volteriano. Y añade el escritor:

Cuando había ya pasado la efervescencia del 37 y se iba consolidando un partido compuesto por los doceañistas escarmentados, de los arrepentidos incendiadores de conventos, de los que habían comprado por insignificantes sumas de bienes las órdenes monásticas, de los contratistas de víveres y vestuarios del ejército, de todos, en fin, los que habían adquirido y que, por consiguiente, tenían que conservar; de todos los que andando muy deprisa habían recogido un buen botín y querían por lo tanto moderar el paso y hasta pararse. Este gran partido era el conservador, el moderado (p. 844).

Su ingreso en el Saladero se debe a un desfalco por contratos de obras públicas “que perjudicó al tesoro en unos cuantos millones” (*ibíd.*). Como se observa, a través de don Pío Tresserra busca retratar al sector de la burguesía española que, como las castas aristocráticas, había asumido un mismo travestismo liberal; de modo este personaje representa la trayectoria del liberalismo español desde la muerte de Fernando VII hasta los últimos años del reinado de Isabel II.

El tercer *elegante* que eleva el catalán a una tipología burguesa concreta, la de los entregados al ocio inmoral, es Pepito, falso barón de la Floresta, pues en realidad procede de

una familia humilde de Cádiz. Desde la infancia, Pepito había dado muestras de su inclinación hacia el delito: bello, seductor y astuto, convirtió sus atributos en armas con las que ascender socialmente. Da en el mundo del juego y se hace un experto tahúr, pero un escándalo en un casino madrileño le obliga escapar al extranjero. Recorrerá las cortes de Europa esquilmando a nobles y burgueses hasta que un percance con la justicia en uno de estos países le devuelve de nuevo a Madrid, transmutado ahora en el barón de la Floresta. Su suntuoso palacio quedará convertido en una casa de juego de renombre, los altos mandos isabelinos y las mayores fortunas del país son asiduos en sus timbas. Un sablazo a la persona equivocada le vale una estancia en el Saladero, que como en el caso de sus compañeros del departamento de preferencia, se anuncia breve gracias a los importantes apoyos con los que cuenta. Este personaje es ideado por el catalán para representar una faceta más de la inmoralidad e hipocresía del régimen: la de la adicción a juegos que, en privado, practican ilegalmente, y que, en público, prohíben y condenan.

Por otro parte, nuestro autor se recrea también en la denuncia de la pésima organización del sistema judicial del país. Los jueces y tribunales son ultrajados folletinescamente, aunque de cara a la censura declara nuestro autor: “estamos muy distantes de pretender deprimir en lo más mínimo el lustre y prestigio de nuestra magistratura” (p. 224); es decir, rehuye un ataque directo que le habría creado inconvenientes. Sin embargo, en su novela encontramos una serie de alusiones y episodios que, aunque no son demasiado discretos, puede ser que discurrieran dentro de los cauces de las convenciones del género¹⁷². Por ejemplo, a lo largo de la novela, el barón T. recurre continuamente al servicio de jueces y policías para resolver asuntos personales y para complacer a su amancebada Isolina. Caso del segundo secuestro de Anselmo a Rosenda, cuando el criminal amparado por el aristócrata se vale de su autoridad para hacerse acompañar por un magistrado, quien respalda y ejecuta sus órdenes. Exclama el togado a Rosenda: “téngase usted, cuidado con desobedecer a este símbolo que representa a la persona del rey” (p. 655). La referencia a la vara que este empuña, en la pluma de Tresserra, tiene una clara connotación. La figura del juez al servicio de los poderosos será recurrente en la narrativa de nuestro catalán, y sirve para retratar al completo el entramado jurídico de la monarquía isabelina, que aparece como un sistema que ampara al rico y condena al pobre, según la reflexión del personaje de

¹⁷² Romero Tobar alude a que los folletinistas políticos incluían a menudo invectivas contra los jueces (1976: 136).

Rosenda (p. 671). Además de que administra una justicia que es extraordinariamente lenta e ineficaz “salvo cuando el asunto tiene publicidad” (p. 820).

“La reforma de la cárcel esta íntimamente ligada a la del jurado, sin ella no es posible hacer nada” (p. 388), Tresserra comienza así el extenso tratamiento del jurado que incluye *Los misterios del Saladero*. Dicha materia era de la máxima importancia para los republicanos y fue una constante en sus programas políticos. El catalán nos comunica que gran parte de la información que va a aportar respecto a la historia, naturaleza y funciones de esta institución jurídica provienen de los trabajos de Bourguing, Thouret y Jonama (*ibíd.*) Nuestro autor recurre a un sinfín de documentos, estadísticas y análisis que al cabo configuran un proyecto minuciosamente elaborado para la implantación del jurado en España. En él encontramos desde una organización del sistema de las listas hasta las causas de recusación. Todo este cuerpo de doctrina que nos presenta es de clara inspiración democrática. Así, las listas procederían de un censo electoral formado a partir de un censo municipal que debería incluir a toda la población mayor de 25 años; es decir, detrás de esta solicitud se halla la no menos importante del sufragio universal. Tresserra, aprovechando la ocasión, reivindica que la ciudadanía sea otorgada a todos los españoles independientemente de sus ingresos, ya que “raras veces este elemento indica otra cosa en el orden moral que la importancia que el individuo se da a sí mismo, pero jamás, la importancia que da a las demás cosas ni a los demás individuos” (p. 397). Para Tresserra la obligación moral, y de puro sentido común, que lleva a las naciones verdaderamente civilizadas a adoptar este sistema radica en que “la justicia es imperfecta y necesita de pruebas, si antes había ordalías ahora debe haber jurado pues confiar solo en la opinión de un juez es presumir demasiado de la virtud humana” (*ibíd.*).

La costumbre de nuestro autor de no dejar cabos sueltos, le lleva a menudo a adelantarse a las impugnaciones y réplicas habituales que parece ser oponían los adversarios del jurado; como la escasa instrucción del pueblo español, la imposibilidad de entender el hecho sin conocer el derecho, la incapacidad de trasladar instituciones extranjeras a la distinta mentalidad nacional... Tresserra va contrargumentando cumplidamente a cada objeción; así, por un lado, informa a sus detractores de que, en realidad, “la institución del jurado es herencia paterna de los españoles y, aquella institución, allí como aquí siguió siempre los pasos de la libertad y murió con ella” (p. 392); y, por otro, que “no se buscan sabios sino hombres honrados, no puede confundirse al hombre con su instrucción” (p. 393). En definitiva, sentencia que no hay razonamientos que oponer al jurado, pues es claro que su implantación “daría como resultado inmediato un gran beneficio a la sociedad cual es la de

la seguridad de no ser condenado ningún acusado por la simple animosidad de los jueces, por las influencias de los poderosos agentes del Gobierno o por la ignorancia” (p. 397).

Merece la pena también mencionar una escena de *El poder negro* donde Tresserra presenta descarnadamente el nepotismo de los políticos isabelinos. En el cuadro aparecen varios personajes de los que el lector ha tenido ya noticias, y que el autor ha relacionado con una serie de negocios turbios y actividades delictivas. Resultan ser políticos en el poder que están debatiendo acerca del próximo reparto de cargos, uno de ellos alecciona a su interlocutor:

Mal camino amigo mío. En la carrera política no debe entrarse nunca por ser de la mayoría... Con todo, si está usted decidido, o bien sus *convicciones* le llaman a ese terreno, veremos de negociar con el ministro... Se le pueden ceder los votos nuestros en el distrito que le destine, y él que nos ceda *su influencia moral* en algún otro. Esto no quiere decir que no continuemos siendo amigos. De todas maneras su independencia de usted... (p. 359).

Más adelante añade entre risas el mismo personaje: “¡Unidos seremos poderosos! ¡Asociados seremos invencibles! ¡El tacto de codos, Señores, es la mejor muralla opuesta al enemigo!” (p. 360). Enemigo que, claro está, da a entender Tresserra que es la democracia. El narrador informa que “van acercándose a este corro, un general, un diplomático, un alto empleado en Hacienda, un canónigo, varios periodistas, un ex ministro, un ex diputado, otros varios ex de una pasada dominación política, y, finalmente, un actor y Santacruz” (p. 361). El canónigo exige al político Espinosa que el ferrocarril pase por su pueblo, y este le responde que el agio es demasiado evidente, a lo que el religioso replica que se deje de remilgos y de tonterías, “tiene que pasar por Belmonte”, y añade: “si Alcañiz no vota por nosotros, no os importe, contad los votos allí disponibles y yo os ofrezco una tercera parte más del número total en otro distrito” (p. 362). La denuncia de Tresserra no puede resultar más explícita. Todos los personajes del coro hacen causa común contra los sediciosos, pues “hay intereses que no transigirán nunca con la revolución”, opina un político conservador; aserto al que se adhieren el militar, el cura, el periodista, los ex diputados... Todos estos sujetos aparecen en el libro de asientos del usurero Santacruz, cuyos fraudulentos oficios conoce sobradamente el lector. El catalán se disculpa ante su público por hacer un retrato que le aburrirá de puro consabido: “Estamos dentro de un mercado de conciencias, sobre un terreno de lujosas

miserias, nadando en una atmósfera de corrupción... Perdonad, pues, esta especie de pleonismo, y sigamos andando” (p. 370).

Pero si bien la corrupción institucionalizada, como señala Tresserra, constituía una práctica manifiesta de todos conocida, asunto distinto era el de expresarlo y denunciarlo por escrito ante la opinión pública. Dijimos que resulta muy probable que los problemas que le acarreó la publicación de *La judía errante* se renovasen con *El poder negro*, pues en sus obras sucesivas es evidente que modera sus ataques y tiende a disfrazarlos de alegorías. En el prólogo de *Los hipócritas* hallamos ya una muestra del giro tresserriano hacia una condena cada vez más moralista y menos política del sistema isabelino; allí se lee:

Hay tres clases culminantes de hipocresía: la hipocresía religiosa, la hipocresía política y la hipocresía social: es decir, la que se refiere a Dios, la que mira al gobierno de los Estados y la que atañe al individuo en sus relaciones particulares con los demás individuos. La hipocresía es el arte de engañar *con habilidad* por medio de lo que no se cree ni se ama, antes al contrario, *se burla* y *se desprecia*. La primera de estas tres hipocresías, es un cadáver que en la segunda mitad del siglo XIX en vano intentan galvanizar ridículos mogigatócratas (sic). La segunda se halla herida de muerte desde que la ciencia del derecho es, en la gran mayoría de las inteligencias, objeto del libre-examen y su fórmula definitiva se cierra en esta sola palabra: LIBERTAD. La tercera... ¡ah! solo la tercera germina, vive y goza de todos los fueros de la más alta dignación social y tiene su asiento en el círculo de los llamados *hombres de bien; hombres de su casa; hombres que no fallan a ninguna de las formas sociales*, y absuelven, indulgentes, toda maldad con tal de no incurrir en *el pecado del escándalo*.... Este último reducto de la hipocresía es el más digno de estudio en los tiempos que corren (p. I).

Es pues a partir de esta novela que Tresserra centra sus invectivas en la hipocresía social, aunque habrá que convenir que no solo porque la considere la “más digna de estudio”, sino también porque será la que le permita vadear con más posibilidades de éxito la censura. En todo caso, en este mismo prólogo nuestro autor advierte a sus lectores de que, en el fondo, esta tercera forma de hipocresía contiene a las demás (p. II). La estructura de *La mujer ajena* y de *Vicente de Paul*, divididas ambas, como antes vimos, en cuatro partes del mismo título: Prudencia, Fortaleza, Justicia y Templanza, ponen de manifiesto también su progresivo escoramiento hacia la prédica esencialmente moral. Ambos libros se dirigen a

demostrar como estos cuatro pilares de la conducta recta son continuamente traicionados en en la vida pública de la sociedad española. La primera de las novelas, subtitulada de costumbres, hará girar su trama en torno a las relaciones amorosas de una serie de personajes pertenecientes a la alta sociedad madrileña. Escribe Tresserra: “la prudencia dista de la hipocresía, lo que la inocencia de la impunidad [...] Yo bien sé que se confunde en sociedad la prudencia con lo habilidoso; con todo aquello que no pudiendo resistir un solo rayo de la luz de la justicia se practica entre tinieblas, no se ve” (p. 94). Cada uno de las cuatro virtudes será objeto de experimentación literaria a través de las vicisitudes de los personajes en juego. De ello resultará un panorama desolador donde imperan la crueldad, la ambición y el cinismo, que se han erigido en normas del comportamiento general de los españoles. Incluso los personajes que en un principio parecían presentar visos de rectitud acabarán por sucumbir al irrespirable clima social, de modo que nos les quedará más remedio que guiarse de acuerdo a las reglas que dicta una sociedad putrefacta.

Al final, hallamos una escena que resume el inusitado tono que alcanza esta novela del catalán; le dice Mario a César, ambos en el pasado buenos amigos: “Tu mujer ha vivido como una ramera, y el mundo ha creído que era mi manceba. El mundo tenía razón porque aceptó mi oro, y tuvo que decirme mil veces que me amaba. Sí, César, de sus labios salieron palabras de amor, y yo la tuteé, la humillé, la deshonré. Esa mujer orgullosa se arrastró a mis pies como la más miserable prostituta” (p. 774). Mario está mintiendo, Carmelina, la esposa de César a la que se refiere, no ha accedido a los requerimientos de aquel, pero tampoco se halla libre de culpas pues ha cometido todo tipo de pecados de orgullo que han contribuido a labrar su desgracia. La trasgresión de los principios morales básicos acaba por conducir a la violencia:

Con un furor insensato descargó sobre Mario una puñalada tras otra en el pecho, en el vientre, en la cara... hasta que su brazo se cansó, hasta que su respiración penosa estuvo a punto de ahogarle, hasta que la sangre que acudió a su cabeza entorpeció su cerebro, y el vértigo le obligó a apoyarse en el borde de la mesa para no caerse (p. 775).

César, un personaje de débil carácter pero también bondadoso, es arrastrado por el torbellino de unas costumbres sociales absurdas que acaban por desencadenar la fatalidad. Los largos discursos acerca de las relaciones amorosas que Tresserra incluye en *La mujer ajena* sirven de esta manera para mostrar como la hipocresía religiosa, la hipocresía social y

la hipocresía política confluyen entre sí y arrastran a las sociedades no democráticas a la injusticia, al error y al fanatismo. Elementos todos ellos que determinan la infelicidad de los individuos, sobre todo en cuanto al modo de amarse.

Además de la hipocresía, el materialismo también domina los actos y las conciencias de los españoles, y en este escenario, para Tresserra el gran perjudicado es el sentimiento amoroso, escribe:

¡Puerilidad! ¿Y qué son las cosas graves de la sociedad? ¿Pueden compararse al oro, la grandeza, los títulos, los honores con las sensaciones del amor, con los tesoros de dicha que dan una mirada, una sonrisa o la presión de una mano querida? Los negocios graves, las sublimes empresas, los rasgos heroicos, los codiciados lauros no están en la política, en la guerra, en las artes ni en las luchas de poder; todo eso es una verdadera puerilidad, una ridícula comedia representada con risible seriedad por hombres niños que juegan a conquistadores, a ministros, a diplomáticos, a financieros y a oradores, haciendo derramar amargas lágrimas y torrentes de sangre con sus peligrosos juegos (MA: 641).

Una de las manifestaciones del atraso del país respecto a otros lugares más civilizados se manifiesta, a juicio de Tresserra, precisamente en los arcaicos modos patrios de afrontar las relaciones amorosas. La pervivencia del duelo, o la desproporción con la que la justicia castiga el adulterio según este sea cometido por un hombre o por una mujer, son algunos de los ejemplos que aduce el catalán en el conjunto de su narrativa. De ahí que dedique una gran cantidad de espacio para educar a sus lectores sobre la importancia fundamental del matrimonio; “¡santísima institución social –dice Tresserra- ... si ambos cónyuges tienen el talento necesario para encontrar en él el paraíso que encierra!” (PN: 142). Advierte luego: “Casaos lectores míos sin conocer el carácter de vuestra elegida, su educación y sus costumbres, y si, aún así, sois felices; alegraos porque os habrá sucedido como al burro de la fábula que tocó la flauta por casualidad, o consistirá en que habéis nacido predestinados para alcanzar la gloria del matrimonio” (p. 300).

De una errónea elección del consorte se derivan, a juicio de nuestro escritor, una serie de consecuencias catastróficas, como por ejemplo el adulterio. Tema este muy frecuente de la novelística de la época y también en las obras del catalán; que al respecto dice: “el dilema está en elegir entre las leyes de una ciencia eminentemente moral o las leyes de los instintos ciegos de la naturaleza humana” (MA: 78). El adulterio es planteado pues como una pugna

entre el materialismo y el espíritu de la idealidad y la moral; y ni que decir tiene que en sus novelas los representantes del régimen isabelino son muy fieles al adulterio.

El catalán se propone educar a su público sobre cuál es el amor recto, al que toma como un fenómeno de estudio como otro cualquiera, por lo que aborda este argumento desde múltiples ángulos. En *El misterio del Saladero* aparecerá como resorte de la redención social de Rosenda; o en *La judía errante* donde nuestro autor analiza sus tipologías, escribe:

En cada hombre, en cada tiempo y en cada circunstancia es una cosa distinta. Es un sentimiento que brota en el corazón humano sin saber cómo, se arraiga sin saber por qué, y desaparece sin saber por dónde. Pero solo se ama por conveniencia, por vanidad o por oposición. El amor por conveniencia puede ser casto, honrado; el amor por vanidad es celoso, impertinente; el amor por oposición... ¡Oh! este amor es el amor ardiente, apasionado, poético, novelesco, romántico, melodramático (p. 75).

El amor seguirá apareciendo en sus obras y recibiendo cada vez un tratamiento distinto. En varias de sus novelas la imposibilidad de conocer el amor y vivir en armonía a él aparecerá como el trágico sino de muchos de sus personajes; circunstancias que el catalán se encargará de proyectar como símbolo de la hipocresía y de la injusticia que rigen las costumbres de la España isabelina.

La manifestación política más clara de los republicanos respecto a las formas de relación amorosa de los españoles será la implantación del matrimonio civil durante el Sexenio. En sustancia, lo que estos pretendían con la medida era arrebatar a la Iglesia el monopolio sobre las uniones con el objeto de mermar su poder regulador sobre las conciencias de los ciudadanos. Este será, como indica Mira Abad, uno de los argumentos principales usados por los republicanos a raíz de la controversia desatada en la sociedad con la promulgación de la ley provisional del 6 de junio de 1870 que dotaba al Estado, sin injerencias de la jerarquía católica, del poder de sancionar las uniones conyugales. Por su parte, los oponentes a la normativa pronosticaban que la inmoralidad se apoderaría de las costumbres españolas (2002: 186 y ss).

Los objetivos que perseguía la implantación de los matrimonios civiles los expone sucintamente Roque Barcia en su *Evangelio del pueblo* (1869); dice este que son cuatro. En primer lugar, elevar la moralidad de las costumbres públicas, ya que son muchas las parejas que se ven precisadas a vivir fuera de la institución por culpa de las numerosas trabas y

desembolsos que impone el rito católico; es decir, argumenta Barcia que el matrimonio civil es infinitamente más barato que el eclesiástico y “mucho más pronto y expedito”. Asimismo, cree que tales uniones pueden contribuir al aumento de la población y al descenso de la criminalidad, pues afirma que si se les facilitasen los trámites al hombre, “rodeado de su mujer y sus hijos, la familia le hará bueno. El amor le separa de los crimines”. Por último, esgrime que el matrimonio civil permitiría a los españoles “alcanzar la emancipación de la teocracia”, pues pregunta: “¿necesitan los hombres de la autorización de la Iglesia para amar o para perpetuarse por sus hijos? No. Es un derecho de la naturaleza del hombre” (1869: 62).

Otros asuntos recurrentemente ventilados por Tresserra para ilustrar a sus lectores sobre la inmoralidad de los cuadros dirigentes serán los del juego y los bailes de salón. Respecto a estos últimos opina el catalán que “son el estadio infernal donde la voluptuosidad y el sensualismo encuentran los grados de temperatura correspondientes a su hervor” (p. 70). Ya en su primera novela había escrito: “¡Juegos repugnantes! ¡Estafa! ¡Robo! ¿Todo esto en medio de las gentes del gran tono, entre la aristocracia social? ¿Cómo es posible que allí donde no faltan los medios para educarse, instruirse y moralizarse, veamos estas peripecias espantosas?” (MBC: 243). Más adelante será habitual encontrar denuncias semejantes en sus novelas al juego, a la embriaguez, a los bailes impúdicos de máscaras, medios todos ello para “huir de la vida real por medio de otra ficticia” (MA: 70). Aquí también el Gobierno se comporta con la mayor de las hipocresías, recuérdese el personaje de Pepito, y Tresserra volverá sobre el asunto en más de una ocasión, dice en *La mujer ajena* a propósito de un distinguido lugar de reunión de la alta sociedad:

Allí se jugaba mucho, se arruinaban muchos y se creaban muchas quiebras fraudulentas, pero no era una casa de juego. Los jugadores eran caballeros, y entre ellos figuraba la noche en que entramos en sus salones un digno funcionario que el día anterior había sorprendido un garito. ¡Era muy severo el tal funcionario! (p. 547).

Mediante sus novelas Tresserra realiza un duro retrato de la sociedad de su época; el espíritu groseramente materialista que la caracteriza y el orden jurídico, político y moral nefasto por el que se rige, abocan a los españoles a una vida falsa, infeliz y, para la mayoría, miserable. En el último lustro que precede al estallido de la Revolución en 1868, incluso los irreductibles idealistas como él parecen dudar de que vean alguna vez el triunfo del progreso

en España; por ello, los personajes de sus últimas novelas huirán al extranjero o se refugiarán en la soledad.

4.2 LA LIBERTAD DE ASOCIACIÓN

Como anunciábamos antes, Tresserra usará sus novelas filosófico-sociales tanto para retratar a la corrupta clase dirigente de la época como para proponer las reformas que desde su óptica democrática debían hacer posible una transformación radical del país. En el capítulo biográfico aludimos a la importancia máxima que para el republicanismo encerraba la reivindicación del asociacionismo, que aparecerá como uno de los ejes fundamentales de su discurso político. Durante la mayor parte del reinado isabelino, no se reconocerá este derecho y se castigará duramente a aquellos que igualmente traten de ejercerlo; circunstancia que tiene su reflejo en la obra narrativa de Tresserra, donde la reclamación de esta libertad es omnipresente y toma muy diversos aspectos. “Ignoráis, en fin, - dice el personaje de David en *El poder negro*- que la asociación para el bien es la fórmula social redentora que Dios tiene determinada para caracterizar en la historia los tiempos que corremos” (p. 491). Tresserra no desperdiciará ninguna oportunidad para trasladar a sus lectores su importancia, pues la conquista de este derecho es la “primera piedra del gran edificio que se está levantando a la regeneración social” (*ibíd.*). La definición que ofrece Tresserra en su Catecismo del 68 resulta suficientemente ilustrativa sobre el poder casi demiúrgico que le conferían los republicanos; dice el catalán que esta libertad significa:

Que no debe coartarse el uso de la facultad que tiene el hombre de asociarse para todos los fines legítimos de la vida. Es la base de uno de los fenómenos más sorprendentes de la economía social, y suele considerarse como el fin o complemento de la libertad de reunión, porque no es posible aquella sin esta. La libertad de asociación es con justicia- dígame bien alto- la terrible pesadilla de los gobiernos absolutistas y mixtos, porque es el agente más poderoso de los progresos humanos, el arma más eficaz de las clases jornaleras y necesitadas para remontarse a los altares que convienen a sus justísimas aspiraciones, combatiendo la usura, la presión de los dueños de los talleres en que trabajan, y poniéndose en disposición de resistir a los azares de la fortuna, al capricho de los ricos y a las eventualidades de su porvenir (p. 25).

El hecho de que los individuos puedan asociarse entre sí sin trabas constituye para nuestro autor la máxima expresión de la libertad humana, y por ende de su concepción individualista de la democracia, ya que actúa como muro de contención contra todas las

tiranías, incluida la que a su juicio se deriva de las doctrinas de sus correligionarios socialistas. Escribe en uno de sus folletos:

El individuo se asocia con el individuo para subvertir sus necesidades en los casos de falta de trabajo, en los casos de enfermedad, en los casos en que cansado por el peso de los años quiere gozar de un modesto retiro o jubilación. ¿Seréis vosotros egalitarios (sic), fraternitarios (sic) los que os opongáis con el pretexto de que la medicina del enfermo debe pagarla el que esté sano, y el báculo del decrepito, otro joven y robusto, y no la previsión del enfermo mismo cuando estaba sano, la previsión del decrepito mismo cuando era joven y potente? Pero le replicarán que los exigüos sueldos no dan para ahorros. Si ganáis poco es porque queréis producir sobre un mismo terreno, en una misma industria, exótica tal vez, haciéndoos así vosotros mismos esa desastrosa concurrencia de la que os quejáis... Si compráis caro es porque abogáis por un círculo de hierro en vuestras fronteras, y el Estado, esa entidad que tanto amáis, arma de punto en blanco a un millón de hombres, dándoles la consigna de que al primero que se presente a vender barato lo desvalijen del género o le exijan una prima, obligándoles a vender caro. Si mandáis vuestros hijos a pedir limosna es porque ellos os han de ayudar a pagar lo que otros pobres consumen entre las hediondas pajas de un hospital. Si tenéis que albergar en el fondo de una miserable cueva, es porque no podéis construirs vosotros mismos un palacio a vuestro gusto, puesto que el Estado, que tiene facultades para todo, os arranca el dinero que podríais haber empleado en su construcción, para labrar cementerios donde enterraros... solo pagáis sus derechos de enterramiento. ¡Basta ya! ¡Vuestro clamoreo es necio, estúpido! En vez de pedir pan, pedid libertad. En vez de pedir instrucción, pedid libertad. En vez de pedir protección, pedid libertad (ACS: 61).

Al acometer el tratamiento filosófico-social de la libertad de asociación, Tresserra encontrará un campo abonado en el tema de las sociedades secretas, muy popularizado gracias a los folletines. Para Umberto Eco estas no son más que una proyección colectiva de la figura del superhombre y, por lo tanto, cumplen la misma función; esto es, actúan como resortes de infinitas peripecias para a la postre gratificar al lector con la neutralización del mal por la acción del bien; eso sí, todo ello a espaldas del común de las gentes y sin que

quede alterado el orden social (1968: 99). En *La sagrada familia* Marx y Engels denunciaban en términos parecidos la función que desarrollaba el “Banco de los pobres” que en *Los misterios de París* cumplían la misión de redimir a “los obreros honestos, casados, cargados de familia y sin trabajo”; los ideólogos del comunismo hacían un repaso pormenorizado de las cifras, intereses y demás datos estadísticos manejados por Sue con el objeto de desvelar el carácter caritativo y reaccionario de tal práctica (1977: 216).

De nuevo, en la narrativa de Tresserra encontramos un desvío del paradigma. Ante todo, resulta fundamental el hecho de que el catalán tuviese conocimiento y experiencia personales de este tipo de sociedades, circunstancia que inevitablemente determinó su acercamiento al fenómeno. Extremo que conviene subrayar pues con frecuencia, en los estudios de nuestra disciplina dedicados al periodo, se observa como las sociedades secretas son abordadas como meros lugares literarios sin conexión alguna con la realidad, lo cual resulta particularmente desacertado respecto a la narrativa de la mitad del XIX, época en que las actividades de la masonería, carbonería y demás grupos secretos formaban parte de la cotidianeidad de la vida pública.

Tresserra recurre a este tema con dos claros objetivos: por un lado, el de reivindicar el derecho de asociación, conectando su desregularización con la proliferación de sociedades criminales; y, por el otro, el de defender ante la opinión pública las de carácter republicano en las que él mismo militaba. Para ello, combinará elementos procedentes de sus propias vivencias, de la presencia de estos tipos de sociedades en la realidad de su tiempo y, por último, del acervo literario.

Las asociaciones secretas de carácter criminal, como señala Eco, se convirtieron en una enseña del folletín social del XIX, sobre todo tras el éxito apoteósico de *El judío errante* (1846) de Sue (1968: 99). Pero, como advierte Peter Brooks, los actos y las mentalidades criminales constituirán temas medulares de la novela decimonónica en su totalidad, desde Balzac a Dostoievski. En un principio, y gracias a la narrativa social, se tenderá a establecer una relación entre la delincuencia y el pauperismo que progresivamente irá dando paso a un tratamiento exclusivo de la criminalidad; fenómeno que Brooks interpreta en clave psicologista al afirmar que evidencia la mala conciencia de una burguesía, ya escindida del pueblo, que contempla a este como una amenaza peligrosa (1984: 168).

La perspectiva de Tresserra se adecua a la aplicada a la materia por los escritores del romanticismo social que, como apunta Picard, identificarán sin ambages la propagación de la miseria y el aumento de la criminalidad (1947: 177). El catalán parte de esta premisa para conectarla luego con la prohibición de la libertad para asociarse que rige en España. El

hecho de que los individuos del pueblo no puedan valerse por sí mismos constituyendo escuelas, cooperativas, fondos de ahorro y demás agrupaciones dirigidas a satisfacer sus necesidades, merma decisivamente sus posibilidades de proyección social y les esclaviza a trabajos mal retribuidos. Todo ello acaba por multiplicar la delincuencia, a menudo a través de la constitución de sociedades secretas de carácter criminal.

Así, en *El poder negro*, Tresserra analiza el trabajo de célebres escritores como Albani de Villanueva que “han procurado demostrar la influencia de la ignorancia en la miseria, en los vicios y los crímenes de la población de un país”; además de incluir glosas a las estadísticas de reclusos de los de Inglaterra, Francia, Suiza y los Estados Unidos que “demuestran que el mayor número de acusados no saben leer ni escribir” (p. 510). De esta manera, Tresserra recurre de nuevo a la polarización maniquea: de un lado coloca a la mala asociación, del otro a la buena asociación. Ambas actúan en la clandestinidad, y son objeto de la misma fama y de la misma represión. De ahí que, en las novelas de nuestro autor, sus esfuerzos se dirijan no solo a deslindar los campos, sino a mostrar la acción benéfica que desarrollan las sociedades republicanas, cuya prohibición solo se explica a partir del irracional e injusto orden jurídico del régimen isabelino.

En *La marquesa de Bella-Cruz*, inspirándose sin duda en los folletines sociales franceses de los cuarenta, Tresserra articulará la trama de la novela en torno a los conflictos entre una sociedad de carácter demócrata y la “Liga”, organización facciosa. Cuando esta aparece presentada ante el lector escribe el joven novelista: “Hemos dado con el crimen reglamentado, en asociación” (p. 158). El grueso del grupo de malhechores lo componen gentes del pueblo que han encontrado en estas actividades delictivas el único modo de escapar de la miseria, pero sus cabecillas pertenecen todos a los altos mandos del poder civil y religioso del país. Respecto al primero de los tipos, Tresserra crea personajes que no dejan duda sobre la relación existente entre miseria y crimen; el de Pedro es uno de ellos:

Hijo espurio del pueblo que a la menor ocasión se entrega al pandillaje y al crimen, que parece haber nacido para ser gravoso a sus hermanos solo porque entre la sociedad no encuentran una mano hábil y con tino que lo extravíe de la senda en que por último término hay el cadalso; solo porque de las mismas cualidades para el mal no se sabe sacar partido para el bien. Era hombre que quería emplear sus brazos en el trabajo, sí, pero no reparaba en la clase. Lo mismo era peón, que carretero, igualmente era mozo de café, que de cordel, pero también, cuando nadie tenía necesidad de él y él la tenía de comer, no ponía

ningún reparo en aguardar la noche, encaramarse tras de una esquina y allí aguardar al primero para cobrarse el jornal que no había podido alcanzar trabajando por la razón de no haberlo tenido. Hallábase completamente falto del conocimiento de la justicia, vivía sin pensar más que en el día de hoy y su corazón quizá no albergaba ningún sentimiento noble. Sin embargo, si las circunstancias, que el hombre de mayor inteligencia debía prevenir para evitar semejantes seres, que hartos abundan entre nosotros, le hubieran cerrado las puertas del crimen, nunca hubiera entrado en él, porque tampoco se sentía arrastrado con violencia a sus estragos. Y, hubiera sido útil, quizá muy útil si la sociedad le hubiera alargado la mano para ello (p. 139).

Los misterios del Saladero, como hemos ya entrevisto, aparece como una profundización sobre la temática tratada en su primera obra. Los elementos serán los mismos, con la particularidad de que se ocupará en exclusiva de la sociedad criminal, en este caso de “El Pacto fraternal”. Asociación maléfica que, como no podía ser de otra forma, se nutre de menesterosos; dice uno de sus miembros: “si uno de nosotros quisiese separarse de la senda que seguimos solo hallaría, trabajos, miseria y cadenas” (p. 204). Sus “ganchos”, los encargados de reclutar a nuevos miembros en la cárcel, tientan a pobres muchachos con discursos como este: “La desesperación y las lágrimas serán siempre el precio de tu honradez [...] porque eres pobre. ¡Yo también era pobre cuando era honrado!” (p. 127). La descripción que hallamos de esta asociación resulta sorprendente, es en verdad, según el retrato que de ella hace el catalán, “Otro Estado dentro del Estado”(p. 129). El “Pacto Fraternal” posee una estructura fuertemente jerarquizada, cuyo núcleo principal está formado por treinta hombres divididos en grupos de diez, a su vez divididos en tríadas comandadas por jefes, todos ellos subordinados al jefe principal: Anselmo. Tresserra ofrece una gran variedad de detalles sobre las actividades y naturaleza de la sociedad criminal, que van desde la terminología que usan para cada uno de sus actos, hasta el orden interno de funcionamiento. Así, nos enteramos de que cada miembro tiene un sueldo fijo mínimo, dispone de abogados, sus familias y él se hallan cubiertos ante posibles contingencias, o de que la sociedad dispone de un muy eficiente contable que registra escrupulosamente los movimientos de entrada y salida de capitales. El autor en este punto aplica la misma minuciosidad que encontramos en sus estudios sociales, estadísticas y demás ensayos. Asegura Tresserra a sus lectores que nada de lo que narra pertenece a las fantasías propias de las novelas, sino que forma parte de la realidad; él mismo, dice el catalán, las conoció

durante su estancia en la cárcel y tuvo ocasión de estudiarlas con detenimiento (p. 122). Lo cual seguramente fuese cierto. Ayguals de Izco, también retratista de este tipo de contubernios criminales, introdujo en una de sus obras una disertación parlamentaria del diputado Collantes de 1845 sobre el robo en Madrid (1849: 47); al respecto dice Benítez: “El discurso nos sitúa en un desconocido bajo fondo madrileño: se habla de las organizaciones de delincuentes, de las diferentes categorías especializadas, de los procedimientos usados para escalar propiedades, robar en las casas, robar con disimulo a transeúntes, asaltar con violencia” (1979: 111). Las similitudes con el retrato tresserriano del “Pacto Fraternal” son evidentes, y, de hecho, no se le escapan a Benítez que cita a nuestro novelista como aprovechador del tema (*ibíd.*). Este dato parece sugerir una vez más que el catalán leyó asiduamente a Ayguals y encontró en él una fuente de inspiración. Lo cierto es que Tresserra insiste en varias ocasiones en que no trata de una fabulación, sino que ha tenido conocimiento directo de ellas en el presidio madrileño. Pero como apuntábamos, hay que concluir que el numen del catalán en esta materia se nutre a partes iguales del caudal de la novela popular, de su experiencia personal y de la actualidad de la época.

En definitiva, la proyección filosófico-social del asunto del crimen organizado en su narrativa consiste en trazar un paralelismo entre la prohibición legal al derecho de asociarse y el escenario de desprotección absoluta en el que tal veto deja a los trabajadores. Así las cosas, las únicas salidas que estos encuentran son, o bien someterse a las leoninas condiciones de un mercado a su vez fuertemente controlado por oligarquías, o bien caer en el mundo del delito. La complicidad de Anselmo y sus secuaces con el barón T. y demás miembros de la alta sociedad que antes analizábamos, son el medio que usa Tresserra para poner de relieve esta relación de interdependencia.

En sus dos siguiente novelas, *La judía errante* y *El poder negro*, nuestro autor de nuevo hará girar tanto la trama como el argumento en torno al principio de asociación. Encontramos aquí también a las sociedades siniestras, y esta vez con un mayor sesgo político. En *La judía errante* los imprescindibles jesuitas que actúan en la sombra lo hacen en comandita con los gobernadores civiles, con la policía, con los jueces y con todas las autoridades isabelinas. En cambio, en la otra obra, Tresserra no incluye una sociedad estructurada que, “bandera contra bandera”, combata al grupo demócrata, que sí cuenta con una organización propia. Los consorcios, las redes clientelares y los negocios turbios que establecen entre sí las potencias sociales no conforman una articulación precisa, sino que constituyen tan solo el *poder negro*, vaporoso y omnipresente, que rige España.

En este par de novelas recién citadas Tresserra se ocupará fundamentalmente de presentar la existencia clandestina de grupos republicanos, esto es, la cara amable de las sociedades secretas; y lo hará ante todo para dar a conocer las verdaderas actividades que llevan a cabo en su seno. El catalán se vale de estas novelas para lanzar un mentís de la imagen desfigurada que transmiten los foros oficiales sobre estos grupos republicanos. Mala fama a la que habían contribuido igualmente la novelística conservadora con sus sórdidos retratos de la masonería y la carbonería. Buen ejemplo de ello será la célebre *Pequeñeces* (1889-1890) del jesuita Luis Coloma, quien ya en la Restauración continuará alimentando la desconfianza pública hacia las logias. Escribía Coloma: “Nadie ignora que la masonería quedó triunfante de la Revolución de 1868; pareció, sin embargo, con harta razón, a algunos caciques de la secta que no estaba aún maduro el pueblo de España para plantear la República, y resolvieron entronizar a un monarca constitucional que fuera entre sus manos un mero instrumento” (1992: 251). La inquina que muestra el jesuita hacia “las logias tenebrosas de Italia” (p. 201) se manifiesta, sobre todo, en el significativo parentesco que establece entre Jacobo, el personaje que simboliza al revolucionario español y que caracteriza como un pendenciero e hipócrita libertino, y estas: “Garibaldi le introdujo en las logias Milán, y Prim le introdujo en Inglaterra en el complot que grandes traidores urdían contra el trono de España” (p. 199).

En *La judía errante* encontramos, además, otra intención a la que ya hemos aludido: Tresserra quiere urdir una especie de catecismo de la buena sociedad secreta que se dirige a difundir y explicar el modelo mazziniano entre sus correligionarios. En este sentido, la casi homonimia de su novela con la celeberrima de Sue, *El judío errante*, no resulta inocente, pues el escritor francés defendía en ella una concepción del principio asociativo a partir de los presupuestos fourieristas. Y como sabemos, nuestro escritor era un acérrimo adversario de las facciones socialistas de su partido. Tresserra desde el inicio plantea las distancias que le separan del modelo del novelista francés: la herencia que persiguen los personajes es la misma que no merecieron “ni los hijos de Fourier ni los de Loyola” (p. 5). Por lo tanto, Tresserra se propone con su obra la difusión de un esquema alternativo de sociedad secreta. A este respecto resulta imprescindible tener en cuenta su propia experiencia personal con los grupos carbonarios italianos a finales de 1850, esto es, poco antes de escribir *La judía errante*. Es en esta parcela de la ideología y práctica republicana del catalán donde se aprecia con más nitidez la influencia ejercida sobre él por la doctrina mazziniana.

Quizá debido a la ya dilatada obsolescencia de la materia, se tiende a prestar poca atención a la labor de refundación y redefinición llevada a cabo por Mazzini sobre las

sociedades políticas secretas, hecho que, sin embargo, en la época resultó de la máxima importancia. El gran revolucionario italiano había ingresado en la carbonería en 1827, y, según Alessandro Luzio lo hizo a manos de un corso-español, Raimundo Doria, “Gran Maestre della Carboneria spagnola”. El mismo Mazzini describía así el acto de iniciación: “mi disse di piegare un ginocchio e snudato un pugnale, mi recitò e mi fece ripeter la formola di giuramento del primo grado” (*apud* Luzio, 1920: 2), luego, ridiculizando un protocolo que no se tomaba en serio ni el propio maestre, añade el italiano: “rideva con me delle formalità e del simbolismo dei carbonari, ma credeva, como io credevo, nell’importanza d’ordinarci, sotto qualunque forma si fosse, all’azione” (p. 6). Este tipo de experiencias en las sociedades secretas le llevará a Mazzini a criticar abiertamente tanto a la masonería como al carbonarismo; predicará que ambas habían quedado obsoletas y que no respondían a las ideas y necesidades de la época. Para el italiano su organigrama estaba saturado de jerarquías, simbolismos e imposturas que le restaban credibilidad y sobre todo eficacia operativa (Mastellone, 1994: 45). De este modo, proyectó la creación de un nuevo modelo, escribía Mazzini: “Ordiniamone dunque una, che non abbia questi difetti, che sia semplice, chiara, che non abbia di forme se non le necessarie a conoscersi, a intendersi rapidamente, che non sia se non veicolo di fratellanza, ma forte, determinato, preciso” (*apud* Mastellone, *ibíd.*)

Tresserra en su novela trasladará casi a la letra los postulados mazzinianos, leemos en *La judía errante*:

Estas sociedades han perdido su importancia, son un anacronismo, un solo recuerdo, un periodo histórico. Sus ritos, sus misterios extravagantes, sus fórmulas, su falta de sentido común, sus ridiculeces infinitas han muerto para siempre. Ellos se revistieron con el traje de todas las religiones, se adaptaron a todas las costumbres, vivieron en todos los climas y adoraron a Dios en todas partes como a gran arquitecto del Universo, pero llevando tan allá estos principios que, teniendo por norte el reinado de la fraternidad universal, de la igualdad absoluta de todos los hombres, aceptaron en sus talleres aprendices que eran reyes, maestros que eran sacerdotes, oradores que eran despóticos mandarines, y hermanos terribles hembras. Creyeron neciamente que podrían hacer del rey un ciudadano, del sacerdote un apóstol, del mandarín un fiel servidor, y de la mujer un hombre; y lo que hacían frecuentemente era entregar su cabeza al verdugo por interés del rey, acusación del sacerdote, sentencia del

mandarín e intrigas del hermano terrible. Mas estos tiempos ya han pasado: su importancia filosófica y política ha muerto: “la luz” tan deseada por ellos alumbró ya el universo con más o menos resplandecientes rayos, los rastros que de ella han quedado sobre la tierra son simples hermandades de beneficencia (p. 51).

En la línea del discurso de Mazzini, Tresserra apunta hacia la degradación en la que han caído la mayor parte de las sociedades masónicas y carbonarias, y el desvío del ideal democrático que en sus orígenes justificó su existencia. Efectivamente, como explica Helmut Reinalter, las logias del siglo XVIII desarrollaron un papel de la máxima importancia “en la conformación de las primeras estructuras democráticas, en el proceso de politización de la Ilustración tardía y de la Revolución Francesa”. Los sistemas de elección de los cargos de las logias, sus comisiones, sus comités, sus asambleas y su legislación, que contemplaba el derecho al voto de todos sus integrantes, y el principio de la decisión por mayorías, “constituían –sigue diciendo Reinalter– el trasunto de un sistema de administración republicana; esta autonomía administrativa y organizativa tiene que ser considerada como un importante elemento democrático de la sociedad burguesa que entonces estaba naciendo” (1989: 72). Asimismo, la masonería en sus inicios se había inspirado en un cosmopolitismo análogo al del republicanismo de la segunda mitad del XIX, de modo que la humanidad era contemplada “como algo no marcado por las diferencias, de confesión, de nacionalidad, de origen, de posición social y tampoco de riqueza material”. Tras 1789, la igualdad etérea de los masones pasará a cobrar una nueva dimensión dando lugar a divisiones en el seno de las logias; algunos pensarán que “la igualdad también tiene que ser impuesta en la realidad política para ayudar a que se abran paso los fines humanitarios y masónicos” (p. 75); mientras que una buena parte rechazará toda implicación de la masonería en política. Por lo tanto, Tresserra denuncia la tibieza y confusión que a su juicio se ha instalado en la institución de la masonería y el carbonarismo y urge a que ambos conceptos sean refundados.

El catalán subraya que “La Nueva Alianza”, sociedad que constituye el trasunto de las sociedades reales en las que él milita, representa una nueva tipología, cuya justificación primera se halla en la prohibición del asociacionismo obrero. Así, el personaje de Tomás, miembro de esta, trata de convencer a Adolfo Herrera de que se adhiera a sus actividades, y se justifica: “Cuando las cosas no pueden hacerse a la luz del día...” (p. 307); Herrera se resiste, y le replica que considera innecesarias a estas sociedades:

Por dos razones; la primera, porque lo que por su medio se consigue, puede en parte conseguirse sin ellos, aprovechando la escasa libertad de imprenta de que gozamos y la no menos escasa de reunión y asociación; y la segunda, porque no reinando más ya esa absurda tiranía de Felipe II ni Fernando VII, no hay Maldonados ni Riegos que sepan inflamar el entusiasmo de los oprimidos hasta el punto de permitirles arrostrar la muerte como la mejor corona de gloria... ¿Qué otra asociación desde los tiempos de Esquilache ha reportado otra cosa que cubrir de luto a un sinfín de familias, en aras de la ambición de unos cuantos hombres venidos y desposeídos de toda fe y creencias políticas? (p. 308).

Tomás contesta que la suya no es una asociación política, si por política se entiende el querer gobernar, dice: “Nosotros no conspiramos para gobernar sino para enseñar a gobernarse a cada uno por sí mismo”; pero Herrera sigue sin mostrarse convencido, pues no aprueba su carácter secreto. El catalán insiste en esta objeción del personaje para acentuar la extraordinaria dureza de la legislación sobre este derecho, efecto que trata de amplificar a su vez al plantear el carácter inofensivo de las actividades pedagógicas que desarrollan; dice Tomás:

¿Sin duda crees que nos sería lícito abrir cátedras para enseñar a nadie? Hoy la enseñanza es el privilegio de todos los gobiernos; ¿por qué pertenecemos tú y yo a la escuela política, filosófica, económica que resume su credo en una sola palabra libertad-derecho, sino porque precisamente nos duele semejante estado de cosas? (*ibíd.*).

Laten aquí las ideas de Mazzini sobre el fin esencialmente educativo que debe guiar a las sociedades secretas republicanas. Como apunta Luzio, al formar la “Joven Italia” el famoso revolucionario “chiudeva il periodo delle sette e iniziava quello dell’associazione educatrice” (1920: 123). La clandestinidad de estas era la consecuencia de un derecho injusto, puesto que no emanaba de la voluntad popular. Escribe Mazzini:

La associazione deve essere pubblica. Le associazioni sono illegali e possono essere sciolte dalla nazione quando la libertà é delitto riconoscivito, quando la patria protegge lo sviluppo e l’inviolabilità del pensiero. Se l’associazioni debe

achiudera la via al progresso, essa dev'essere sottomessi all'esame o al guidizio di tutti (*apud* Luzio, 133).

En la novela, Tresserra trata de despojar a estas sociedades de cualquier filiación con las antiguas formas. Dice Tomás ya a punto de convencer al escéptico Herrera:

Amigo mío ¿crees que somos masones, carbonarios o marianos? No. En nuestras recepciones no se da la luz a nadie, ni se sangra ni purifica al neófito, ni se arma a nadie de un puñal de dos puntas; en fin, no caben entre nosotros ninguna de estas fórmulas ridículas que entre ignorantes, en otros tiempos, podrían ser de algún resultado. Nosotros combatimos la ignorancia (p. 309).

Resuena aquí la crítica a los rituales absurdos que Mazzini quiso depurar de las sociedades de acción. Parece ser que el modelo que difundió Tresserra entre sus correligionarios españoles fue finalmente aplicado. Eiras Roel certifica que en las sociedades secretas republicanas, a partir aproximadamente de 1860, se procedió a cancelar los viejos usos carbonarios y masónicos:

Entre los asociados no existía signo alguno de reconocimiento, sino una hoja de papel cortado o doblado de una cierta manera y una cinta que servía para acreditar a los mensajeros enviados a los círculos del Comité Central. Este doble símbolo era cambiado cada tres meses. Cada miembro recibía un nombre de guerra, las cotizaciones fueron reducidas o suprimidas para los miembros necesitados para atraerse a estudiantes y obreros, y cada uno recibía orden de proveerse de fusil y municiones. Los juramentos imponían el deber de silencio a los asociados y establecía penas para los perjuros y traidores (1962: 27).

Por obvias razones de oportunidad, propaganda y censura, Tresserra omite en su novela toda referencia a la cláusula que cita Eiras Roel respecto a la obligación de armarse. Nuestro escritor como hemos visto niega, además, que conspiren contra las instituciones. Pero la trama de la novela evidencia que Arturo y sus correligionarios se hallan implicados en este tipo de proyectos, los cuales constituyeron una práctica ancilar de la estrategia revolucionaria de los republicanos durante el reinado isabelino.

Como explica De la Fuente Monge, los demócratas trataron de concitar apoyos entre el estamento militar, pero su escaso éxito les impulsó a menudo a organizar grupos armados clandestinos, para lo que se vieron precisados a convencer a los elementos populares de la necesidad de la Revolución mediante una intensa campaña de propaganda (1995: 20). Los limitados recursos humanos y materiales con los que contaba – estos últimos salían de las aportaciones individuales de los correligionarios- les debían servir, como apunta De la Fuente Monge, “no solo para comprar armas y pagar agentes o imprentas, sino también para ayudar a compañeros encarcelados y emigrados” (p. 22). Las fuerzas populares debían organizarse en grupos, pues estos eran la base de toda organización popular revolucionaria; y cada grupo

debía tener entre diez y veinte miembros, una cohesión derivada de una misma religión política, una misma filiación particular de sus miembros, siendo obligatoria la afiliación democrática, un único jefe libremente elegido, mejor armado y educado por el severo régimen militar, al que obedeciesen sus hombres con abnegación (*ibíd.*).

Las informaciones que hallamos en *La judía errante*, junto con los catecismos encubiertos destinados a lustrar la imagen de las sociedades secretas republicanas que contiene, inclinan a pensar que el catalán escribe su novela con la intención de conseguir reclutas entre sus lectores y apoyo logístico para sufragar las actividades de sus grupúsculos. Por ello no oculta los peligros que comporta la militancia clandestina, y como reclamo apela a su valentía y patriotismo. En su novela, Tresserra incluye también una concienzuda enumeración de las penas que acarrea cada delito relacionado con los actos sediciosos, datos que resuenan tanto como información práctica a sus correligionarios como acicate para su hombría (pp. 456 y ss).

En la legislación represiva isabelina en torno al asociacionismo encontramos un claro reflejo de la proliferación que se experimentó en la segunda mitad del XIX de los grupos armados clandestinos. A partir de 1848, señala Jose Antonio Escudero, el Gobierno, urgido por el temor a los disturbios revolucionarios, pone orden a la dispersión legislativa a través de la reforma del Código Penal; cuyo artículo 202 definirá a las sociedades secretas como “aquellas cuyos individuos se imponen como juramento o la obligación de ocultar a la autoridad pública el objeto de sus reuniones o de su organización interior; o que en la correspondencia con sus individuos o con otras asociaciones se valen de cifras, jeroglíficos u

otros signos misteriosos”. Las penas previstas son la “de prisión mayor para los que desempeñen mando o presidencia, o hubieren recibido grados superiores, o prestado la casa que poseen, administran o habitan; y la de destierro para los demás afiliados”. Como sigue diciendo Escudero, la nueva reforma del Código, que tendrá lugar en 1850, vendrá a endurecer los castigos con relación a las actividades políticas de las sociedades secretas (1989: 529 y ss).

El personaje de Tomás, erigido en claro portavoz de Tresserra, recuerda la necesidad de asumir cualquier riesgo en la militancia demócrata, incluido el de la muerte, y pone a Riego como ejemplo. Dice Tomás-Tresserra: “el miedo no es de hombres de mi temple, y comprendo bien al que quiere morir sobre un lecho de flores prescindiendo de las espinas sobre las que yacen tantos de sus hermanos, no quiera en aras del bien público, de la dignidad, de la libertad de los demás, exponerse al menor de los sacrificios” (p. 309). Responde de este modo a otra consigna mazziniana, según la cual la conculcación del derecho de todo pueblo a instruirse justificaría el levantamiento armado. Todo lo cual se cumple, pues las sociedades que resultan prohibidas y perseguidas por las autoridades isabelinas tienen por objeto:

- 1- La formación de buenos y entendidos ciudadanos. 2- La redención de los trabajadores de sus actuales condiciones de vida 3- La enseñanza elemental primaria de los hijos y hermanos menores de los asociados. 4- La defensa mutua de los socios, extensiva a sus familias, amigos y personas por quienes se interesan (p. 309).

Para recalcar el carácter benéfico e inofensivo de estos grupos, y de paso también para desmontar las truculencias de las que eran acusados los miembros de las sociedades secretas, Tresserra ofrece un retrato sobre la verdadera naturaleza de las reuniones que se celebran en su seno: “Todos alegres, la mayoría jóvenes, sentados unos con toda negligencia, de pie otros, trocando con la mayor indiferencia sus palabras, se hubiera creído asistir a una tertulia familiar más bien que a un club revolucionario” (p. 151). El jefe del grupo traslada a sus compañeros las comunicaciones recibidas por los superiores que consisten en preguntas y muestras de casos reales de obreros sobre los que deben discutir y proponer soluciones. Enrique Beltrán, jefe de la “sección tercera del grupo octavo” plantea cuestiones como esta: “Apoyados en los cálculos de probabilidad. El juego de la lotería ¿puede ser moral y racionalmente aceptado?”; o esta otra: “Suponiendo el empleo de cuatro reales semanales a

fondo perdido en cualquiera de las sociedades de SEGUROS SOBRE LA VIDA ¿cuáles serían sus ventajas sobre su empleo en las loterías?” (p. 156).

Todo se vota democráticamente, “alzar la mano izquierda significa votar en pro” (*ibíd.*). Es decir, nuestro escritor presenta a estas sociedades volcadas en tareas pedagógicas. Dice Tomás-Tresserra: “ya ves querido amigo como nuestra asociación nada tiene de tenebrosa ni de atentatoria al actual orden de cosas.... ya ves que el Gobierno solo les puede reprochar su falta de autorización” (p. 330). Y es que “en resumen- apostilla el narrador- la sociedad no era más que una sociedad de instrucción y socorros mutuos de formación de capitales para emancipar al obrero de hoy de las tristes condiciones en que permanece” (p. 337).

Por ello insiste Tresserra: “¿Qué encierra esto de atentatorio contra el actual orden de cosas, en contra de las venerandas instituciones del Estado, en contra de las bases, en fin, sobre las que descansa la sociedad, la familia, el orden? No sabemos ver nada a eso que se dice con temeraria insistencia” (p. 340). Se pregunta luego cuál es el peligro que ven en que el obrero deje de ser ignorante, y de que alcance su dignidad a través del propio trabajo, “¿les instruyen los que tal dicen?, ¿dejan acaso la libertad de enseñanza para los que quieren instruirles? No, luego si son ignorantes ¿sobre quién recae la culpa?” (*ibíd.*). Añade el catalán que a los empresarios les es lícito unirse en asociaciones de artes y oficios a través de las cuales ejercen presión sobre el trabajador, y pregunta: “¿Cómo se niega igual derecho al trabajo sobre el capital? La libertad es una para todos, y en todos para cada uno. La competencia establece la única justipreciación de los valores... ¿No sabéis economía política?...” (p. 341). Llevaba razón Tresserra, pues una de las razones del auge experimentado por las clases industriales durante el XIX fue el surgimiento y desarrollo de formas organizativas destinadas a ejercer la presión política necesaria para urgir a las reformas económicas que más convenían a los intereses de cada grupo. Como apunta Juan Carlos Rueda, este asociacionismo en su versión mercantil fue especialmente fructífero en el Norte del país; donde sociedades como el Fomento del Trabajo Nacional, la Liga Vizcaína, la Liga Nacional de Productores o el Círculo Mercantil crecieron hasta convertirse en verdaderos gigantes económicos (1996: 128). Los republicanos como Tresserra insisten en el hecho de que los beneficios del asociacionismo deben extenderse a todas las capas de la sociedad.

Con el fin de amplificar la impresión de injusticia que busca provocar en el lector, el catalán dedicará numerosas páginas a relatar las persecuciones de las que son objeto los filantrópicos miembros de “La Nueva Alianza”; incluso elaborará informes de seguimiento

sobre estos que atribuye a la policía. En uno de ellos, dedicado a Rodolfo Herrera, el republicano indeciso a ingresar en la sociedad, leemos:

Dado a la política con fanatismo; pertenece al partido extremo, y es necesario complicarle a LNA de la cual ya tiene conocimiento el Gobierno y espero dejar hacer, para poder castigar con mano fuerte. Se logrará que se traslade a Andalucía o a su debido tiempo y de que caiga en manos de un consejo de guerra para que lo despache (p. 178).

Por otro lado, la inspiración y vocación europeísta de la red de sociedades secretas urdidas por Mazzini también tienen su reflejo en esta novela. El carbonarismo desde sus orígenes en Italia a principios del siglo XIX había tenido entre sus lemas la siguiente frase: “Hoy día el que quiere la felicidad de su patria quiere también la felicidad de las otras naciones” (Alexandrian, 1983: 257). En los años treinta, Buonarroti había fundado en Francia el *Carbonarismo Democrático Universal* que “debía ser una sociedad secreta mundial” que tuviese por objetivo “hacer desaparecer del globo la opresión y la desgracia” (p. 268). Cosmopolitismo que heredaron los grupos mazzinianos, y que se hallaba en la sustancia de la doctrina del republicanismo europeo del XIX. En la novela de Tresserra, el personaje de Arturo y sus correligionarios españoles están a las órdenes de “M...” (Mazzini, se sobreentiende), y actúan de acuerdo a las consignas que este les hace llegar a través de red internacional de emisarios. Forman por lo tanto una organización cuya implantación desborda las fronteras españolas. De ahí que varios de sus colaboradores y contactos sean extranjeros, como el diplomático austriaco Sir Stowf, cuya ayuda desde Madrid resultará fundamental para sacar a los republicanos de apuros.

Asimismo, cabe apuntar que la sociedad creada por Tresserra presenta una composición interclasista: Miguel y Roberto son cajistas y trabajan en la imprenta de Enrique, que es el editor; Bernardo y Federico son “pintores con puntos de concienzudos artistas”; Ernesto es ebanista, y otros cuantos plateros (p. 150). Como vimos, el catalán confesará luego que este tipo de militantes procedentes del pueblo abundan menos de lo que él desearía (p. 665); pero en coherencia con su concepto del asociacionismo, que reniega del espíritu aristocrático y elitista de la masonería, debe incluirlos.

En todo caso la labor de propaganda realizada por republicanos como él empezará a dar sus frutos a partir precisamente de la década de 1860, periodo en el que, como indica Jean-Louis Guereña, se detecta un aumento del asociacionismo popular orientado hacia la

defensa del ideario democrático que, en gran medida, reproduce los modelos burgueses. El movimiento será especialmente intenso en Barcelona; allí los obreros crean espacios de sociabilidad donde, so capa de actividades culturales, conspiran políticamente. Indica Guereña que la gran diferencia con las sociedades burguesas radica en que en las populares prima la instrucción de sus socios, “respuesta a una necesidad y a una demanda” (2001: 234). Esto es, se corresponden con el modelo que el catalán buscaba divulgar entre los obreros españoles.

Las denuncias de la Iglesia católica a *La judía errante* acabaron por frustrar los planes iniciales de Tresserra. Este decía que quería presentar “dos sociedades que trabajasen en secreto: una ocupada en auxiliarse y en instruirse, y la otra criminal”, para una vez expuestas las consecuencias de una buena o mal asociación, “describir las ventajas de la asociación publica en grande escala, aplicada a la Economía política y así quería presentar el único socialismo posible, el que no es socialismo, esto debía constituir el segundo tomo, pero no podrá ser por los inconvenientes que han surgido” (p. 665). No obstante, en el mismo lugar prometía escribir otra obra distinta que completase su mensaje filosófico-social sobre el principio asociativo. *El poder negro* en la medida de lo posible, pues persistía la vigilancia censoria, vendrá a saldar la deuda.

Ya en *La judía errante* el catalán había dejado delineado el otro aspecto fundamental, junto al pedagógico, de las actividades de estos grupos clandestinos: la constitución de cajas de ahorro y de demás sociedades de formación de capital destinadas a los obreros. Asunto que en todo caso será transversal en su narrativa; dirá por ejemplo el abate Vicente de Paul: “No os olvidéis de lo que os digo: siempre me ha parecido que la obligación de dar, parte de ahí: ¡Ahorros! Yo digo en otros términos: ¡dinero de los pobres!” (p. 217). Como se aprecia, Tresserra no desperdiciará ocasión, aún ha riesgo de cometer evidentes anacronismos como este, para divulgar las bondades del asociacionismo obrero. Cualquier “licencia poética” resulta legítima con tal que los trabajadores se hagan cargo de la importancia de esta vía para lograr su emancipación. Con todo, le pueden su pudor artístico y el rigor histórico, confiesa: “La sociedad protectora de los aprendices, con las que hoy se envanecen con justicia casi todas las ciudades de Francia, es verdad que no nacieron en los tiempos a que nos referimos; pero no es menos cierto que han brotado de un tronco cuyas raíces implantó en sus días nuestro abate” (p. 416). Párrafo este que trata de conectar, además, el espíritu asociativo con el cristianismo, con lo cual Tresserra introduce subrepticamente una nueva puya a las contradicciones del catolicismo de su época.

Muchos de los personajes humildes de sus novelas lo serán por la falta de previsión de sus padres, antes acaudalados, pero que una vez desaparecidos dejan sin recursos a sus familiares. Caso de ello es la Eva de *Los hipócritas*, cuyo padre, el médico legitimista Tourneill, por puro odio ideológico hacia el republicanismo que empezaba a cobrar fuerza en Francia desde 1830, se niega a depositar su dinero en asociaciones y cajas que le recuerdan a estos movimientos. Al morir, sume en la miseria a su esposa y a su hija, que se verán obligadas a ejercer trabajos humillantes. En *La judía errante*, Herrera le pregunta a Tomás si acaso los montepíos, los talleres de instrucción o las cajas de ahorro no existen, ya que estas son las funciones que cumple la sociedad secreta de “La Nueva Alianza”. A ello responde Tomás que es cierto, pero que también lo es que resultan insuficientes: faltan talleres y almacenes cooperativos, cajas para el paro, para la habitación, en fin, para cubrir las diferentes contingencias que deben afrontar los trabajadores; y también establecimientos de educación secundaria (p. 338). Dibuja a la postre una situación desoladora que en la práctica supone el desamparo y la condena a la miseria de la mayoría de la población obrera. La única vía para corregir tales injusticias vendría: “¡Por la asociación de todos los operarios, de todos las industriales, de todas las ramas del saber humano..., por pueblos, por provincias, por naciones enteras!” (*ibíd.*) Tresserra detiene ahí su sedicioso discurso.

La judía errante termina con la donación de las fortunas provenientes de la herencia de los Rennepoint a distintos grupos de beneficencia. Es un final lúgubre y alegórico: la situación política y legislativa del país propone la caridad como única solución para aliviar el pauperismo. En esta escena de cierre, la valiente Margarita aporta un rayo de esperanza a sus desolados correligionarios al informarles de que ha caído en sus manos un opúsculo sobre la creación de “un banco de crédito para proporcionar a los obreros herramientas y materiales para trabajar por cuenta propia, haciéndose de este modo independientes” (p. 598). Información que Tresserra deja en el aire para sugerir a sus lectores que, pese a todo, no cabe la rendición y hay que seguir luchando.

También en este aspecto seguía Tresserra las huellas de Ayguals de Izco. Este otro ilustre escritor republicano parece ser que fue el primero en España en concebir la idea de propagar este tipo de instituciones a través de las novelas. Así, en *María la hija de un jornalero* encontramos un estudio exhaustivo sobre la “Sociedad amiga de la juventud”, donde se detallan todos los datos estadísticos relativos a la financiación, funcionamiento y recursos con los que cuenta esta caja de ahorros para socorrer a los menesterosos (1849: 214). Ayguals, como hará Tresserra más adelante, convierte las páginas de su obra en una plataforma de publicidad que, si atendemos a sus juicios, tendrá efectos positivos en la

realidad; dice el novelista: “Nosotros que al empezar la historia de Maria deplorábamos la escasez de estas asociaciones benéficas, tenemos un placer inefable al verlas proliferar bajo lisonjeros auspicios, y no dudamos que el país sacará de ellas las inmensas ventajas que son de esperar” (p. 217). Ello le impulsará a incluir en las tramas de sus novelas sucesivas grupos de individuos que por iniciativa individual tejen sociedades de socorros mutuos, caso, por ejemplo, de *La Marquesa de Bellaflor* (1869: 201 y ss).

De cualquier modo, en realidad el catalán opina que las cajas de ahorro y las sociedades de seguros suponen un sacrificio excesivo para los obreros, “son el timbre del heroísmo más grande sobre la frente del trabajador”, y advierte que “los héroes en ningún tiempo han abundado” (p. 341). En *El poder negro*, volcará su pluma en la exposición teórica y didáctica de la utilidad que puede extraerse de estas instituciones legales, pero no por ello ocultará que de estas no se derivan más que medidas paliativas precarias. En uno de los cuadros a los que ya aludimos, Tresserra ofrece un sumario de sus recomendaciones a los obreros en tanto el régimen injusto de Isabel II no sea derrotado:

Que no deben casarse sin contar con medios para fundar una familia. Que los medios los tienen en las manos si quieren; que pueden hacerse justicia ellos mismos sin pedirla a los demás, que no ha de hacérsela porque no saben, ni deben, ni pueden. Que el día de mañana no será para ellos ni la cárcel ni el hospital. Que les engañan los que les soliviantan el ánimo contra los que llaman privilegiados y tal vez lo sean. Que todos los males que sufre la sociedad recaen en primer grado sobre ellos mismos. Que el pobre es generalmente ignorante; que el ignorante corre a la pobreza; que la pobreza abre las puertas de la desesperación; que la desesperación arma la mano del sacrílego, del ladrón, del parricida. Es preciso probarles que solo el trabajo es origen de la riqueza; la riqueza un gran elemento de bienestar; el bienestar un gran auxilio de la moralidad; la moralidad base del derecho; y el derecho el Dios bueno de las sociedades... De todo esto tomado en consideración ha resultado el conocimiento íntimo que tenemos de la posibilidad de la redención de las clases obreras por ellas mismas, en gran parte, en la parte principal, acaso absoluta, y si no puede aventurarse la palabra absoluto en toda su extensión, es porque en algo su suerte está en manos de los gobiernos. El día aquel en que el obrero pueda asociarse libremente para todos los casos que a su trabajo se refiere y goce de todos los derechos del hombre libre, aquel día ningún reparo podrá haber en decir *in*

manibus tuis anima tua; esto es, toda la responsabilidad es tuya si mañana la miseria se apodera de ti, de tu esposa y de tus hijos. Porque entonces podrá contratar libremente con el fabricante que posee las máquinas y herramientas de trabajo; que conoce los mercados abiertos a sus manufacturas y que goza de un crédito que le permite ensanchar vastamente el círculo de sus operaciones. Podrá (inscrito en grandes agrupaciones) levantar fábricas y establecer talleres por su cuenta y razón, consiguiendo de esta manera crédito para entrar en la vida comercial. Podrá comprar y vender donde mejor le plazca, establecer escuelas para educar a sus hijos, plantear bibliotecas, publicar periódicos que le instruyan y sean órganos de su interés. Elevar el municipio a la representación provincial y a la nacional, elegir hombres que les representen ante la múltiple diversidad de intereses que le atañen como a todo ciudadano.... Pero mientras este estado no llegue (porque lo creemos justo y lo justo acaba por realizarse tarde o temprano), hay un sinfín de sociedades de seguros sobre la vida, cajas de ahorros, formación de capitales, y otros beneficios, sobre los cuales por de pronto pueden encontrar en ellos su seguro porvenir (pp. 520 y ss).

Algo debe hacerse, y salvo una miserable y humillante caridad, nada cabe esperar de las autoridades e instituciones vigentes; dice Tresserra: “Ellos no tienen nada que pedir al Gobierno como no sea libertad de acción y represión de todo fraude” (p. 403). Las cajas de ahorro y sociedades de seguro además de dignificar a los trabajadores, sirven para neutralizar uno de los peores males que les atenazan; escribe el catalán:

Yo les he interrogado muchas veces, y siempre he reconocido que el gran dolor de su vida no es, ni el peso del trabajo, ni las pequeñeces del salario, ni aún el sentimiento de irritación que podría provocar en su alma el sentimiento de la desigualdad. No. Lo que les afecta, lo que les desanima, lo que les desgarr, lo que les crucifica, es la incertidumbre del porvenir (*ibíd.*).

En *El poder negro*, Tresserra presenta conciábulos demócratas dedicados al estudio de cuestiones sociales que luego “son formuladas en proyectos concretos”, los cuales conforman un haz de “planes de asociación y de las reformas políticas, económicas y administrativas que convendrían adoptar”; y precisa: “Nuestros trabajos todos son ECONOMÍA SOCIAL, y esta descansa con un pie en el crédito mutuo y el otro en la

asociación libre; se asienta sobre la caja de ahorros y tiene sus manos en el trabajo; mira al porvenir y apoya su cabeza en la experiencia” (p. 501). De nuevo nos encontramos con una sociedad secreta de composición interclasista y de carácter internacional, pero esta vez las referencias a la conspiración política prácticamente han desaparecido. Su jefe es el filántropo millonario David y sus más íntimos colaboradores Ricardo y Rodolfo, un literato y un pintor respectivamente. Son personajes que en cierto modo emprenden la lucha por la redención obrera en solitario y por propia iniciativa, o mejor dicho, por un imperativo moral tomado a título personal: no es una ideología lo que les impulsa.

Este nuevo planteamiento tresserriano del asociacionismo viene motivado tanto por el endurecimiento de la censura como por el panorama que atraviesa el republicanismo de la época. A la altura de 1863, fecha de publicación de la novela, tras la desarticulación de las chozas llamadas carbonarias y la encarcelación de sus miembros en 1858, como antes veíamos, el Partido Demócrata aparca la vía de las sociedades secretas para centrar sus mayores esfuerzos en la propaganda ideológica. Todo lo cual queda reflejado en esta obra donde Tresserra opta por abarrotar sus páginas de estudios teóricos y ejemplos prácticos, antes que asomar a sus lectores al verdadero mundo de las sociedades secretas. El tono de los discursos de David, que actúa como portavoz del narrador, resulta marcadamente didáctico; muestra de ello es el siguiente párrafo: “Capitalizar es preparar el alimento, el vestido, la habitación, el descanso, la instrucción, la independencia, la dignidad a las generaciones futuras. Nada de esto puede hacerse sin poner en ejercicio las virtudes más sociales, y lo que es más, sin convertirlas en costumbres” (p. 398) Tresserra lleva a cabo una exhaustiva exposición sobre esta materia; incluso aporta un elenco de las principales sociedades de seguros y cajas de ahorro del país, en las que detalla el año en que fueron creadas, la situación de la compañía, el capital que tienen suscrito, el número de pólizas (p. 542 y ss). Su minuciosidad le lleva a elaborar programas de ahorro adaptados a las distintas tipologías de obreros: casados o solteros, con dos, tres o cuatro hijos, etc.; y a presentar una amplia gama de casos particulares que dispensa a modo de manual práctico para sus lectores populares:

¿Quiere gozar el obrero de un retiro de 20 reales diarios tan pronto alcance la edad de 50 años? ¿Sí? Pues que sacrifique por espacio de 35 años seguidos (desde que tenga la edad de 15) la suma de medio real diario y su deseo quedará cumplido. ¿Quiere asegurar una viudedad de 20 reales diarios para su esposa? ¿Sí? Pues transmítala en su testamento el usufructo de la indicada renta. ¿Quiere

fundar una dote para su hijo de 20657 reales si vive a la edad de veinte años?
¿Sí? Pues que sacrifique de su jornal la cantidad de 7 reales semanales... (p.538).

Nuestro escritor maneja una extraordinaria variedad y cantidad de datos sobre la economía doméstica y hábitos de consumo de las clases populares de la época que a la postre configuran un completo estudio que, en verdad, haría las delicias de cualquier historiador de la materia. El catalán descubre parte de sus fuentes:

Algunos datos que han servido de apoyo para formar los cálculos anteriores, son debidos a la fina condescendencia del ilustrado director de la “Bienhechora Catalana”, D. Luis Balaguer; persona a quien el país, y principalmente las clases obreras, deben la instalación de la más beneficiosa de las sociedades de formación de capitales hasta el día establecida en España (p. 546).

Como refuerzo de toda su exposición, y haciendo honor al membrete de novela filosófica-social, nuestro escritor enlaza las teorías con las prácticas mediante la presentación de distintos casos particulares en clave novelesca. Para la ocasión crea, como vimos anteriormente, la sociedad de “El tesoro de los pobres”, que viene a ser el remedo edulcorado de un club revolucionario. El novelista traza una minuciosa historia de esta sociedad: sitúa su origen en 1821, fecha en que Santiesteban, hombre de ideas avanzadas y a la postre su fundador, será asesinado a causa de una sublevación absolutista en Madrid. Antes de morir consigna una elevada suma de capital en su testamento para que su hijo Santiago la entregue a cuatro personas que le inspiren confianza y que carezcan de recursos. Estos beneficiarios reciben el dinero con una sola condición: restituirlo en caso de que por sus medios sean capaces de mejorar su fortuna, e incluir unos intereses del cinco por ciento; capital que se destinará para sufragar a otros necesitados. Además, Santiesteban le pide a su hijo que seleccione a otros benefactores como él con los que formar un consejo consultivo. Transcurridos cuarenta años, esto es, en 1861 época en que se sitúa la trama, debe hacerse un gran balance a partir de los informes quinquenales que se han ido elaborando desde entonces. Tresserra ofrece a sus lectores un análisis sobre uno de estos historiales que vienen a demostrar sus asertos optimistas: “El mundo no es tan malo como parece. Por cada malvado hay por lo menos dos virtuosos, en grado heroico, solo que la virtud se oculta y la maldad sobrenada, como las escorias que las olas del mar arrojan a la playa... por esto se ve más” (p. 667). Los resultados que se derivan de las actividades llevadas a cabo por “El

tesoro de los pobres” demuestran como la honradez es abrumadoramente mayoritaria: cuando a las personas se les ofrecen condiciones y medios para valerse por sí mismas las aprovechan.

Valentín representa uno de los beneficiarios de estas cadenas de favores; imita el ejemplo de aquellos que le han dado socorro, y a pesar de que no ha reunido una fortuna elevada, solo toma lo necesario de sus ingresos para prestar o donar sus excedentes a quien juzgue que lo necesita. Valentín es encuadernador, pero su gran experiencia en el mundo tipográfico le han convertido en un experto en todos los ámbitos del oficio. David recompensará su rectitud prestándole la cantidad necesaria, diez mil reales, para que establezca una imprenta de su propiedad. Circunstancia que aprovecha Tresserra para ofrecer al lector un inventario de los avances tecnológicos en la materia y una completa tipología de las imprentas existentes en la época. Valentín contrae así la obligación de que en caso de sacar adelante su negocio hará lo mismo en el futuro con otros cuatro necesitados (p. 628 y ss).

Amelia constituye un caso distinto al del tipógrafo, y encaja en la tipología tresserriana de la chica de buena familia caída en desgracia por la imprevisión de su padre, en este caso un corredor de cambios que muere repentinamente. Amelia y su madre reciben por herencia unos cuantos objetos y joyas cuya cabal administración les habría permitido llevar una vida digna. Tras citar varios trabajos que podrían haber desarrollado a partir de estos bienes, concluye Tresserra:

Podríamos aquí presentar un sinfín de cálculos sobre los cuales basar el porvenir de la madre y de la hija; cálculos nada extravagantes, motivados todos en la producción del trabajo que podían ejercer, del capital escaso que poseían y de la inteligencia no asombrosa que requieren ciertas industrias (p.437).

La gazmoña, hipócrita y obsoleta educación que han recibido Amelia y su madre, quienes habían dilapidado su patrimonio tratando de sostener el nivel de vida al que estaban acostumbradas, es señalada por el catalán como causante de que la realidad ofrezca a diario dramas como este. Es decir, ambas féminas son elevadas a prototipo de la mujer española media. En el próximo apartado volveremos a referirnos a estos personajes, particularmente a Amelia, a quien Tresserra destina a un burdel del que será rescatada gracias a la acción benéfica de David y sus socios.

El funcionamiento del “tesoro de los pobres” responde a las coordenadas filosóficas del pensamiento idealista de nuestro autor, quien recordemos hacía de la ley de la solidaridad el motor del progreso de la humanidad y el mecanismo corrector de las desigualdades e injusticias sociales. Pero también parece inspirarse en un modelo acuñado por la tradición asociativa europea: “Los amigos del pueblo”. Este club republicano francés, creado alrededor de 1830, había nacido en principio como agrupación legal obrerista, pero tras las detenciones que sufrieron algunos de sus miembros, acusados de actividades sediciosas, había pasado a la clandestinidad. Las repetidas persecuciones de las que fue objeto y las disoluciones a las que le dio lugar acabó por dispersar a sus integrantes. Estos resolvieron que el único modo de continuar con su obra era la formación de una “sociedad de caudillos del pueblo”, cada uno de los cuales debía hacerse cargo de seis familias con problemas a las que debía ayudar (Alexandrian, 1988: 262 y ss.).

Estos modelos también se ensayaron en España. Ejemplo de ello lo constituyó la “Sociedad Económica de Amigos del País” creada en Madrid por el reformista Antonio Ignacio de la Cervera en 1845. Este redactará un informe sobre el pauperismo y, como señala Elorza, las medidas que resolvió adoptar se inspiraban en las que habían propuesto otros societarios franceses como Buchez, “en el sentido de concebirla como remedio transitorio a las insuficiencias del régimen del trabajo asalariado” (1972: 262). Cervera recoge también la idea de la asociación universal, puesta de relieve por Luis Blanc, y apunta hacia la formación de una sociedad de un millón de afiliados dirigida a cubrir las necesidades de la beneficencia de la clase obrera, además de la creación de talleres donde formar trabajadores profesionales. Otras funciones de la asociación fueron las de fundar cajas de ahorro o montes de piedad (p. 263). Hacia 1850, Garrido y Cámara tratan de introducir las doctrinas de Proudhon y Luis Blanc sobre las asociaciones que vienen a radicalizar las anteriores propuestas, y hallaron una contundente represión gubernamental. Añade Elorza que otro tanto le sucedió al cabetano Monturiol en Barcelona, cuyas proclamas asociativas en *El padre de Familia* le acarrearán “el pago de una multa de cincuenta mil reales y la privación de honores, distinciones y cargo” (p. 274).

Estas pautas de actuación también serán habituales en las logias masónicas. Françoise Randouyer en su estudio sobre masonería española entre 1868 y 1888 detecta que las redes de beneficencia constituirán una de las actividades principales de los masones. Las constituciones del “Gran Oriente de España” especificaban que la masonería tenía por objeto socorrer y amparar, pero rechazaban la caridad clerical. Consideraban que la ayuda al

prójimo debía proceder exclusivamente de un noble sentimiento que debía ser ejercitado en la sombra, de modo que no se conociese la fuente del beneficio.

Para poner en práctica esta caridad – escribe Randouyer- cada logia de cualquier grado elegía o designaba una comisión de beneficencia encargada de la gestión de los fondos recaudados en el trono de la beneficencia que circulaba entre los hermanos al terminar las tenidas; y una de las atribuciones del hermano hospitalario era vigilar que ningún miembro del taller saliera sin dejar su óbolo (1989: 502).

Todo ello nos remite a una amplia y variada tradición societaria europea dedica a estos fines, y por lo tanto no exclusivamente de carácter político, que Tresserra parece haber conocido con detalle, y de la que extraería elementos con los que configurar su personal versión de cómo debía ser su funcionamiento. *El poder negro* concluye con las siguientes palabras del autor:

Falta saber ahora en que estado se encuentran los trabajos filosófico-sociales que eran el norte de los comensales de David... Lectores míos, aún cuando no veis sus resultados, porque de ellos no os hablamos, sabed que *siguen bien*.

NO SE ARROJA SOBRE LA TIERRA SEMILLA BUENA SIN QUE NO FRUCTIFIQUE EN SU TIEMPO Y LUGAR (p. 837).

El tono confidencial que adopta Tresserra nos sitúa una vez más ante un público iniciado, y nos proporciona una pista sobre la existencia real de este tipo sociedades en la España de la época. El catalán viene a transmitir a sus fieles que el Partido en ningún momento ha renunciado a la conquista de las libertades democráticas, y que las conspiraciones republicanas siguen su rumbo; pero que dada la situación política no cabe otra cosa que predicar estas doctrinas. Es cierto que ello supone dar un mensaje a los obreros, mientras que por otro los burgueses como Tresserra se ocupan de su redención política. Cabe aquí ver un signo o bien de paternalismo o bien de posibilismo. Conociendo la trayectoria de nuestro autor, y teniendo en cuenta la situación social de los obreros, nos inclinamos a creer lo segundo.

Con la exposición que hace Tresserra sobre la situación y posibilidades de las cajas de ahorro interviene en la agria polémica generada en la época en torno a la caridad. La Iglesia

católica la había institucionalizado desde tiempos inmemoriales. La pobreza se consideraba como algo natural, ya que era el presupuesto del ejercicio de la caridad, una de las siete virtudes teologales. Los revolucionarios idealistas como Tresserra buscarán erradicar esta percepción tratando de poner en evidencia que las injusticias derivaban, no de la condición humana, sino de la irracional articulación que se daban las sociedades. Mira Abad explica que uno de los medios más eficaces para comprobar el cambio radical que plantean los republicanos españoles respecto a la caridad se aprecia en sus testamentos. Era costumbre inveterada en España que en tales documentos los fallecidos apartasen, en función de sus posibilidades, una cantidad de dinero o bienes destinada a la Iglesia para que realizase obras caritativas por la salvación de su alma. Sin embargo, a partir del Sexenio, se observa que un sector considerable de gente hace constar taxativamente en sus testamentos que no se destine dinero a su parroquia, sino a asociaciones laicas (2002: 131).

Hay que tener en cuenta que el Estado no contaba con redes asistenciales propias, por ello, cuando tras la Revolución de 1869, se suprimieron las asociaciones de la caridad católicas bajo la acusación de proselitismo religioso, como la orden de San Vicente de Paul, se creó un considerable conflicto. Muchas personas encontraban su sustento diario en los establecimientos católicos dedicados a estos fines y quedaron desamparados por la medida. Mira Abad explica que desde los medios republicanos se orquestará una formidable campaña de propaganda para crear sociedades alternativas que fuesen capaces de suplir a las órdenes cristianas (2002: 366). Ello explica la visibilidad que obtendrán durante el Sexenio algunas asociaciones constituidas por las damas de alta sociedad española; que, como dice Carmen Simón Palmer, durante el Sexenio ocupaban su tiempo en obras de caridad a través organizaciones nacidas en el reinado isabelino y que fueron respetadas por la legislación revolucionaria, como las “Juntas de Damas de Honor y Mérito”, que tiene a su cargo la Inclusa, “El Colegio de la Paz” o “El Colegio de huérfanas de la Caridad” (2002: 8).

Algunas personalidades de la época, como Concepción Arenal, terciaron en la polémica mostrándose contrarias a la medida prohibicionista de los gobiernos democráticos, pues veían en las actividades de estas congregaciones una manera no dogmática y muy encomiable de exteriorizar el sentimiento religioso. Arenal se ocupó con generosidad de la materia. Distinguía entre la “beneficencia”, que consideraba como una forma de compasión oficial, cuyo amparo al desvalido se justificaba en un sentimiento de orden y de justicia; la “filantropía”, que definía como “compasión filosófica” que auxilia al desdichado por amor a la humanidad; y, finalmente, la “caridad”, que sería la compasión cristiana, “que acude al menesteroso por amor de Dios y del prójimo”. Arenal pide que se coordinen entre ellas pues

todas son necesarias, ya que a su juicio, las de carácter religioso cumplen funciones, como las de auxiliar el alma, que el Estado jamás podría cubrir (1927: 74).

Una óptica distinta la encontramos en el novelista republicano Vega-Rey, quien consagra un “estudio filosófico-social” a desentrañar las diferencias entre la pobreza y la mendicidad, donde esta última aparece retratada como un vicio, “una aberración social” (1885: 7), alimentada por la existencia de la caridad católica. La primera, en cambio, la define Vega-Rey como una condición social que incluye a muchos: jornaleros, campesinos, oficiales de cualquier arte o industria....; estos viven en la pobreza a pesar de que trabajan y mal que bien consiguen satisfacer sus necesidades básicas; lo importante para el autor es que “no viven a costa de sus semejantes” (*ibíd.*). Esto es, para el autor, “los pobres son honrados, los mendigos son holgazanes viciosos” (p. 12). Su discurso coincide con el enunciado por Tresserra décadas atrás a través de sus novelas. Por un lado, ambos denuncian que el entramado social injusto y defectuoso es el único responsable de que existan ejércitos de menesterosos; y, de otro, que la práctica cristiana de la caridad tiene como efecto principal el de generar abstencionismo laboral; dice Vega-Rey: “La limosna es viciosa y hasta inmoral cuando se facilita a individuos que se hallan en toda plenitud de la vida, de la salud, de la agilidad que poseen todas las cualidades necesarias para consagrarse al trabajo” (p. 33).

En suma, a través de sus novelas Tresserra lleva a cabo un exhaustivo tratamiento del estado del asociacionismo obrero en la década de 1860, y de la perspectiva que aplicaban al derecho a asociarse los movimientos revolucionarios decimonónicos.

4.3 LA REIVINDICACIÓN DE LA IGUALDAD DE LA MUJER

En torno a David se reúnen todos los miembros de la sociedad filantrópica que han propuesto consagrarse a la felicidad ajena “estudiando la gran cuestión social presente: LA CAUSA DEL PROLETARIADO” (PN: 499). A raíz de sus estudios han llegado a la conclusión de que esta puede resolverse a partir de dos puntos fundamentales que plantean en forma de preguntas. La primera de ellas, cuyas propuestas acabamos de ver, se refieren al asociacionismo obrero, mientras que la segunda versa sobre la situación social de la mujer y viene enunciada así: “¿La emancipación de la mujer es solo una aspiración generosa de la filosofía moderna, o podrá traducirse algún día en un hecho real de importantísimos resultados sociales?” (*ibíd.*). Como explica David, estos dos temas “abstractos entrañan un sinfín de problemas concretos”, y los referidos a este los presenta resumidos en cuatro líneas de investigación:

- 1ª Estudios sobre el matrimonio, considerado con relación a la familia y a la economía social.
- 2ª Remedios que convendrían adoptar para extinguir por completo, o *disminuir en gran escala*, la prostitución.
- 3ª El trabajo considerado con relación a la mujer.
- 4ª La mujer considerada con relación al estado civil (*ibíd.*).

La importancia que confiere Tresserra a esta materia queda de manifiesto en esta escena de *El poder negro*, y se refleja sobre todo en su permanente presencia en su narrativa. Por supuesto, la respuesta que ofrece a la pregunta planteada por David es que: “La emancipación de la mujer no podrá ser considerada como una simple aspiración generosa de la filosofía moderna, sino como *un hecho realizable* de importantísimos resultados” (p. 509). Juan, el ilustrado carromatero que se integrará en el círculo de “El tesoro de los pobres”, se pregunta: “Sociedad, ¿qué has hecho de la mujer, privando que se la instruya sobre lo más importante de su misión en la tierra, negándole su libre personalidad en el estadio de las ciencias; sujetándola a una tutela eterna que le relega a la condición de cosa?” (PN: 318). Para Tresserra, la libertad, la democracia, en suma, las piedras angulares del programa republicano, precisan de la participación del *bello sexo* ya que “las madres esclavas no pueden parir hijos libres”, pues “la ignorancia, la pequeñez del alma, la

mezquindad de miras y aspiraciones de las madres, se reflejará en los hijos” (MS: 628). A su juicio, la postración secular que ha padecido el género femenino, y que se perpetúa en su época, tiene una raíz principal: la ignorancia. Por lo tanto, para corregir la artificial desigualdad a la que ha dado lugar “es preciso principiar por su instrucción y educación” (p. 622).

El acceso de la mujer española a la educación se vio frenado durante el siglo XIX por una serie de circunstancias, entre las que destacaba una mentalidad colectiva que reputaba tal preocupación de superflua. Pero, como señala Scanlon, detrás de esta desidia también se hallaba el ruralismo del entramado social español, que hizo que “hubiese poca presión económica como para proporcionar a las mujeres si quiera una educación básica” (1986: 5). No obstante, a lo largo de la centuria, y a modo de tímidos ecos de los debates europeos en torno a la materia, se escucharán voces que reclaman en España la necesidad de la universalización del sistema educativo. En este sentido, Scanlon subraya las palabras de Pablo Montesinos, Director de Instrucción Primaria, quien en la temprana fecha de 1835 afirmaba “que la educación de la mujer era más importante que la del hombre, porque era ella quien influía casi exclusivamente en los niños pequeños” (*ibíd.*); frase que como acabamos de ver calcó luego Tresserra.

Estas llamadas normalmente no obtuvieron respuesta, pues junto a las circunstancias apuntadas concurrían otras que impidieron una reforma drástica, entre las que cabe destacar la endémica insolvencia del erario. Así, la ley de instrucción de Moyano de 1857 que obligaba a los ayuntamientos a crear escuelas separadas para niños y niñas tuvo poca repercusión práctica debida a la incapacidad de financiación que demostraron las agrupaciones municipales. Scanlon señala la apertura en 1858 de la escuela para maestras como una de las pocas plasmaciones de los avances que se registrarán en este campo (p. 17).

A partir de la Revolución de 1868, el debate en torno a la necesidad de posibilitar el acceso de las mujeres a la educación cobra fuerza. Pero, como apunta Isabel Grana Gil, por un lado, la carestía de medios públicos con los que sufragar los proyectos destinados a universalizar la educación, y, por el otro, el tímido empuje de la iniciativa privada, impedirán que se hagan efectivas las reformas planeadas (1996: 71). De cualquier modo, tienen lugar proyectos importantes, como el que destaca Carmen Simón Palmer en Madrid, donde Faustina Saéz de Melgar al poco del triunfo de la *Setembrina* creará el “Ateneo Artístico y Literario de Señoras” bajo el auspicio de la “Institución Libre de Enseñanza” (2002: 21). También merece resaltarse el nacimiento de “La Asociación para la Enseñanza de la Mujer” en 1872 o el de la “Escuela de Institutrices”. Centro que abrirá sus puertas a

sesenta y siete alumnas, y donde durante dos periodos de ocho meses cada uno las futuras enseñantes debían cursar asignaturas como física y química, geología, teoría de las bellas artes, antropología, música, dibujo, francés, botánica, zoología o historia universal y de España (Simón Palmer, 2002: 22).

La reivindicación de este derecho irá sedimentándose paulatinamente en la conciencia colectiva del país. Y serán personalidades del colectivo femenino como Sofía Tartilán o Pardo Bazán quienes abanderen la causa. La primera arremetía en 1875, en las páginas de la revista que creó y dirigió, *La Ilustración de la mujer*, contra una serie de tópicos operativos de la época, como aquel que atribuía a las de su sexo las propiedades del sentimiento y reservaba para el hombre todo lo relacionado con el intelecto y la acción práctica. Decía Tartilán que tal lugar común tan solo era el efecto de la educación imperante, la cual se dirigía a potenciar el sentimentalismo de la mujer y a atrofiar sus otras cualidades. Scanlon subraya también el papel que desarrollará Pardo Bazán, incansable defensora de la igualdad de sexos, y fustigadora impenitente de la doble moral que a su juicio reinaba en las clases altas españolas. Denunciaba la novelista que, aunque pocos se atrevían ya a negar la oportunidad del acceso de la mujer a la educación, se le negaba al mismo tiempo la presencia en los foros profesionales e intelectuales; lo cual, a su juicio, significaba que se fomentaba la instrucción como un adorno más de la mujer (1986: 23).

Tresserra, desde tiempo atrás, venía reclamando lo mismo que Tartilán o Pardo Bazán; y, lógicamente, lo hizo desde sus presupuestos filosóficos. Por ello, en sus novelas no podían faltar los repasos historicistas a las vicisitudes arrostradas por las mujeres a lo largo de los siglos. En *El poder negro* encontramos una muestra; dice el catalán que del estudio del mundo clásico cabe concluir que los paganos despreciaron a la mujer, de modo que hubo de esperarse a la propagación del cristianismo para que las féminas adquiriesen la relevancia que le era debida. Pero aunque esta nueva religión “arrancó a la mujer de la esclavitud infame en que yacía en los pueblos idólatras”, haciendo así que abandonase la condición de *cosa* para dotarla, al menos, de *personalidad moral*, le negó a un tiempo la capacidad para valerse por sí misma, es decir, no rehabilitó su *personalidad social* (p. 501). Solo a partir de la Ilustración las mujeres comienzan a recuperar espacio y protagonismo; Tresserra cita a Rousseau cuando escribe: “En todo aquello que no es propio de su sexo, la mujer es hombre” (MS: 622). La Revolución Francesa y el siglo XIX, portadoras de la luz de la razón a la política de los pueblos europeos, es a juicio de Tresserra el momento señalado por la historia para que definitivamente la mujer empuje junto al hombre, sin discriminación alguna, el carro del progreso. El catalán, que repite incansablemente que la mujer posee “las

mismas condiciones morales” que el varón, toma prestada de Stendhal la siguiente pregunta: “Acaso la solución de los grandes problemas, ¿quién soy yo?, ¿de dónde vengo?, ¿a dónde voy?, ¿no interesan a la mujer tanto como al hombre?” (MS: 628).

Se asombra retóricamente Tresserra de la obcecación de aquellos que insisten en compartimentar cualidades según los sexos, y para demostrar el error en el que se hallan, recurre de nuevo de la historia. Así, ofrece una enumeración de eminentes féminas que gobernaron (Catalina de Rusia, Isabel de Castilla...), que fueron teólogas (Santa Clara, Teresa de Jesús...), valerosas militares (Juana de Arco), o que destacan por sus dotes intelectuales (Madame Stäel, Sand, Avellaneda...). Nuestro novelista se indigna una y otra vez contra la aceptación general de los estereotipos femeninos, según los cuales las mujeres son imprudentes, irresolutas, apasionadas o volubles, pregunta por lo tanto cuál es el sexo de María Pacheco, Mariana Pineda, Judit, Carlota Corday... No encuentra explicación e inquiere:

¿Cuál será la razón de semejante ofuscamiento? ¿Por qué tan gran persistencia en negar lo que los ojos ven y lo mismo que la religión y la historia afirma? ¡Ah! ¿Será que el hombre llevado por un instinto egoísta trata de matar en flor una competencia que le espanta? ¿Teme que la mujer invada todos los terrenos en que él ejerce su actividad, y le arrebate de las manos el cetro dominador? No. Sabe muy bien el hombre que el genio, la inspiración, el valor, la constancia, las ciencias, las artes y los oficios no tienen sexo (PN: 502).

El sometimiento que padecen pues las mujeres en general, y las españolas en particular, resulta arcaico e irracional también desde el punto de vista económico, escribe el catalán: “Las preocupaciones, las leyes y las costumbres establecidas por los hombres han separado a las mujeres del estudio y la práctica de las ciencias, de las artes y las industrias y de no pocos oficios; lo cual disminuye la riqueza” (MS: 255). Por ello, Tresserra reclamaba hace ciento cincuenta años la absoluta paridad de salarios sin distingo de sexos (*ibíd.*). Efectivamente, las mujeres, por el simple hecho de serlo, recibían una remuneración sensiblemente inferior a la de sus compañeros de trabajo; Scanlon aduce el ejemplo de las maestras de escuela, cuyo salario apenas llegaba a la tercera parte de lo que percibía un maestro por la misma actividad (1986: 17).

El catalán cree que el estatus social femenino debe variar al compás de las leyes naturales del progreso, ya que “dar derechos a las mujeres es el paso de la barbarie a la

civilización” (p. 627). En su colaboración al libro de *La guerra de África*, insistirá en que las condiciones que padecen las hembras musulmanas son un índice cierto del atraso que presenta la sociedad marroquí respecto a la de otros países europeos; y explica a sus lectores: “esta bárbara reclusión del bello sexo tiene su origen en un extraño principio religioso: Mahoma establece entre los delirios del *Alcorán* (sic), que las mujeres son unos animales parecidos al hombre solo en su figura, pero privados del alma inmortal y excluidos por consiguiente del paraíso” (p. 25). En definitiva, Tresserra opina que “puede ser considerado como un axioma el principio de que la estabilidad de la sociedad, sus garantías de moralidad y de progreso, su perfeccionamiento en una palabra, están en relación directa con la libertad y los derechos de que disfrutaban las mujeres” (MS: 628).

En la mentalidad colectiva de la sociedad española del siglo XIX, la mujer estaba considerada como un ser vicario y decorativo reducido al ámbito doméstico. “*El lugar de la mujer es la casa* -dice Paloma González Setién- no era en el XIX un lema conservador; era un principio básico admitido por todo el mundo” (1992: 47). Las de extracción burguesa o aristocrática, en principio, no encontraban restricciones legales para acceder al estudio, pero en la práctica los prejuicios sociales resultaban ser medios disuasorios tanto o más eficaces que el veto de la ley para apartarlas del aprendizaje y desempeño de un oficio o una carrera profesionales. El matrimonio civil, con un esposo, o religioso, con Dios, era contemplado como su destino natural. Por lo tanto, en el siglo XIX, la mujer aparece “como mero elemento de prestigio, de adorno”, y también, dice Morales Moya, “como un objeto de utilización, muchas veces sin el más mínimo pudor, en las políticas matrimoniales” (1996: 756).

Aquellas que se veían precisadas a trabajar, o bien ejercían la profesión de costureras o criadas, o bien eran explotadas en las escasas fábricas que había generado el pseudo desarrollo industrial patrio. Tres serán los sectores donde hallen con facilidad colocación: el campo, el trabajo a domicilio y el servicio doméstico (González Setién, 1992: 88). Solo algunas excepciones indican su incorporación a otros ámbitos laborales, como la que señala Carmen Simón Palmer en Madrid, en cuya Fábrica de Tabacos, alrededor de 1875, estaban empleadas mil ochocientas noventa y cinco operarias (2002: 14).

Cuando se plantee el debate sobre la oportunidad del derecho de las mujeres a ejercer cualquier tipo de profesión, precisa Scanlon que se hará respecto a aquellas pertenecientes a las clases medias y altas y en referencia a su ingreso en las carreras liberales, pues “las mujeres de clase baja proporcionaban una fuerza laboral barata, y el status inferior de su trabajo no suponía una amenaza para el status quo sexual”; además de que llevaban

incorporadas a los ámbitos laborales señalados desde hacía mucho tiempo (1986: 64). En todo caso, resulta casi imposible contar con censos fiables sobre la ocupación femenina pues se basaban en un concepto de cabeza de familia “que supone que en todo negocio familiar, sea un taller artesanal, un comercio, o una pequeña propiedad agrícola, solo consta como trabajador el titular y, si lo tuviera, los jornaleros o aprendices asalariados” (Scanlon, 1986: 88).

Como decíamos, uno de los gremios con ocupación mayoritariamente femenina fue el de las criadas. González Setién señala que durante el XIX “con la extensión generalizada del trabajo asalariado y la concentración de la población en grandes urbes industriales, asistimos a un crecimiento notable, en términos absolutos, del número de mujeres que se especializan en la actividad doméstica” (1992: 47). Pero a la par que desde importantes sectores de la sociedad se fomenta e idealiza el imperio de la mujer sobre el hogar doméstico, aquellas obligadas a ocuparse de ello, pero por cuenta ajena -niñeras, nodrizas, cocineras o amas de llave-, serán objeto de numerosas caracterizaciones adversas en el teatro o las novelas. Al respecto dice Josete Bordieres-Guereña que “a finales de siglo, la imagen del criado y de la criada era más bien negativa en la opinión pública; se les presuponía una influencia perniciosa; a la poca consideración, que siempre se les manifestó, se añadieron casi sistemáticamente el desprecio y la desconfianza” (1996: 354).

Tresserra se hace cargo de este panorama, y en sus novelas entra a analizar las condiciones del género femenino según sea su extracción. La mujer que cuenta con recursos por vía familiar “en estos tiempos de utilitarismo es un ser codiciado y, por consiguiente, objeto de exageradas atenciones”, aunque debe soportar una tutela masculina que le impone innumerables limitaciones a su independencia (MS: 256). Pero, en cambio, la situación de aquellas sin un sostén económico familiar es mucho peor, sin duda la más hostil que debe afrontar cualquier otro colectivo social. El autor presenta de modo estremecedor la vida que les espera a aquellas que tuvieron la desgracia de nacer mujeres y pobres en la España de entonces. Por lo común, empiezan a trabajar a los seis años como costureras, sirvientas o mozas de taller, actividades que no abandonarán hasta que alguna enfermedad, un parto desafortunado o el maltrato masculino, de padre, marido o violadores, les lleve a la tumba. Entre medias, deberán soportar jornadas de doce horas generalmente mal retribuidas, además de las tareas domésticas diarias y los estragos de una preñez casi ininterrumpida (MS: 620 y ss).

Respecto a las condiciones laborales de las mujeres, Tresserra enlazará la cuestión con la reforma global propuesta para las leyes que rigen el mercado de trabajo; dice:

Si condenáis a la mujer pobre de su derecho al trabajo la condenáis a perecer, o la consagráis un derecho a la asistencia pública cuando no tenga un padre, un marido o un amigo que la mantenga. Sin libertad de comercio, de industria, de enseñanza y de profesión no hay libertad de trabajo. Si esto es cierto refiriéndonos al hombre ¿con cuánta mayor razón no podrá sentarse refiriéndonos a la mujer sobre la cual pesa, además, una parcial prohibición? (PN: 503).

“Examinando atentamente los trabajos accesibles hoy a las mujeres fuera de la familia – explica el personaje de David-, resultan ser solo aquellos que no necesitan estudio ni instrucción apenas valorables. Estos servicios son, y serán siempre, los menos retribuidos” (p. 505). Al respecto se impone por lo tanto la urgente reforma de la mentalidad machista porque, como sigue diciendo David, en caso de que la mujer pierda a su familia o a su esposo queda a expensas del cainita mercado laboral femenino, donde los jornales son irrisorios (p. 507).

Así pues, de acuerdo con la realidad sociológica de la mujer española, otro de los estereotipos femeninos más recurrentes en la narrativa de Tresserra será el de la costurera. Muchas mujeres venían ocupándose tradicionalmente de todos los oficios relacionados con la producción textil, y, como indica Paloma González, la mecanización progresiva de este sector acabará por convertir a una gran cantidad de mujeres, antiguas hilanderas y tejedoras domésticas, en trabajadores fabriles; de modo que la mayor parte de las fábricas dedicadas a esta actividad las ocuparán las mujeres (1992: 48). Pero cuando Tresserra abraza la causa de las costureras durante la década de los sesenta y los setenta tal incorporación se vislumbra todavía lejana; por lo que se centra en analizar la suerte de aquellas que se ven precisadas a coser por su cuenta y riesgo. Dice Scanlon que el trabajo de costureras a domicilio que tomaban muchas mujeres incluso de la clase media estaba “escandalosamente mal pagado”; pues, tras una jornada laboral mínima de diez horas, recibían un jornal que rara vez superaba los siete céntimos, cantidad insuficiente para procurarse una mínima manutención. Además, “a menudo las mujeres tenían que suministrar los materiales de costura”; los salarios suponían una parte muy reducida del precio de los artículos en las tiendas, ya que “las encajeras recibían solo el 15 % del precio de venta al público” (1986: 84).

Todas estas dificultades tienen su reflejo en las arduas condiciones a las que Tresserra somete a sus personajes femeninos dedicados a los *trabajos de la aguja*. El catalán analiza

las posibilidades que existen de que estas mujeres alcancen la independencia social y económica a través de esta vía, para llegar a la conclusión de que estas son prácticamente nulas. Por lo común, presentará a costureras que desempeñan esta labor en soledad. Carlota de *La judía errante* representa el caso aislado de la modista que, en el Madrid de 1860, es capaz de alcanzar una completa autonomía a través de esta actividad. Lo cual se explica en el hecho de que Tresserra no oculta su condición de personaje aleccionador; esto es, el autor presenta a Carlota, pensando preferentemente en sus lectoras, como el modelo de mujer enérgica e independiente que deben emular las españolas. Pero muchas más son las costureras tresserrianas que soportan este trabajo como una forma de cruel esclavitud. Incluso en *Vicente de Paul*, que recordamos se sitúa en el siglo XVII, topamos con muchachas que se hallan en esta situación; como Albertina, dedicada a confeccionar las vestimentas de sus vecinos por una mísera remuneración; exclama Tresserra: “¡Hay en nuestras sociedades tantas Albertinas!” (p. 77).

Pero quizás sea a través de Eva, una de las protagonistas de *Los hipócritas*, como mejor representa nuestro autor el calvario de aquellas que deben dedicarse al exigente oficio; dice a propósito del dedal que esta usa:

A razón de catorce horas diarias de trabajo y en el supuesto de que en un minuto puedan darse treinta puntos; en tres meses, descontando fiestas, había servido el tal dedal para dar ¡dos millones cuarenta y un mil doscientos puntos! ¡GUTTA CAVAT LAPIDEM! Si la gota de agua taladra la roca con la eterna continuación de su caída, dos millones cuarenta y un mil doscientos puntos, dados con la cabeza de una aguja inutilizan el dedal de latón de una costurera... ¡Esto es cierto, innegable, justificado, histórico!... A la mano tenemos una prueba; pues entre los objetos que nos son más queridos, y que más religiosamente guardamos como un signo de respetuoso amor, contamos un dedal de semejante clase, salpicado de sangre todavía y que serían precisas muchas lágrimas de la actual sociedad para borrar la suma inmensa de dolores que representa... En seis días le quedaban a Eva que dar ciento cincuenta y un mil doscientos puntos. ¿Cuántas punzadas le quedarían por recibir al índice de su mano izquierda? ¿Cuántas exclamaciones de dolor? (p. 27).

La sensibilidad de Tresserra hacia este gremio de mujeres se tradujo en el despliegue de una denodada campaña de defensa de la máquina de coser como medio de redención de

las costureras. Ello tendrá lugar sobre todo a partir de la Restauración, cuando comienza a comercializarse masivamente el artilugio. Nuestro autor dedicará a esta materia al menos una pieza dramática, *Las máquinas de coser* (1876), y un “estudio social” aparecido bajo el mismo título en *El imparcial* de Madrid el 9 de agosto de 1975. Ambos escritos resultan ser complementarios pues acometen el asunto desde ángulos distintos.

El artículo periodístico está marcado por un tono cáustico que refleja la decepción sufrida por el fracaso republicano, y su desánimo por vérselas de nuevo con un sistema censorio. Tresserra comienza renunciando sarcásticamente a exigir que las mujeres españolas, como sucede en Inglaterra, Alemania o Bélgica, regenten cátedras universitarias; la realidad patria es una muy otra y a ella se dirige. Aísla tres grupos de poseedoras de máquinas de coser. El primero es el de las familias acomodadas que la usan para distraer a las siempre aburridas y frívolas españolas de la alta sociedad, lo cual produce dos funestas consecuencias: por un lado, roban trabajo a aquellas costureras que lo necesitan para vivir, y, por el otro, hace que estas damas desperdicien un tiempo que podrían ocupar en educarse e instruirse; algo que, viene a sugerir el autor, les hace mucha falta.

La segunda clase la integran las que denomina Tresserra “costureras vergonzantes”; se trata de mujeres de familias que mantienen criada, reciben visitas y guardan las apariencias de un estatus social perdido, pues, en realidad, necesitan desesperadamente de los ingresos que obtienen con su trabajo. El último grupo lo constituyen las “francamente costureras a máquina”: estas trabajan veinte horas al día y son víctimas de un sinfín de enfermedades, como la tuberculosis o la tisis, derivadas de sus extenuantes jornadas. El catalán se detiene a describir minuciosamente el proceso mediante el que las partículas invisibles que desprende la máquina va minando la salud de las costureras. Pero a los problemas de salud hay que sumar los salariales, pues sus ganancias, con relación al coste de la vida, las coloca al borde de la pobreza absoluta; al menos, apunta el escritor, esta “COME, pero algunos convendrán también en que la máquina se come a la costurera”. Sin embargo, siempre hay alguien que se encuentra en peores condiciones. Más trágica todavía resulta ser la situación de aquellas que ni siquiera pueden procurarse una máquina, “si para todas las costureras, propiamente dichas, la máquina de coser ha establecido el reinado del terror, para las que no la poseen es la misma cuchilla del verdugo”.

Pero, a juicio de Tresserra, cometen un error aquellos que señalan a los avances tecnológicos como responsables de las desgracias de estas trabajadoras, al contrario, estos han venido a dignificarlas, a ayudarlas. Y remata su artículo de esta manera:

¡Oh prodigio sagrado de las máquinas! Ellas hablan y dicen: “Yo reclamo para mí el monopolio de la fuerza bruta, del trabajo monótono de todo movimiento apenas consciente: no quiero de tí más que un ojo vigilante. Vé y ejercítate en funciones más elevadas... La máquina para ayudar es la ley del progreso, lo cual desvía al hombre hacia trabajos más intelectuales.

De nuevo a vueltas con la censura, esta vez la del sistema canovista, Tresserra recurre a la elipsis, todo cuanto dice se dirige a expresar una idea prohibida, esto es, la organización política de España vuelve a ser injusta, insolidaria e irracional porque no ofrece solución alguna a los más débiles.

En cambio, en la pieza dramática del mismo nombre y que escribirá un año después, Tresserra adopta un tono claramente pedagógico; en lo esencial mantiene el mismo mensaje, pero trata de subrayar la “inocencia” de las máquinas respecto a los daños que puedan causar. Todo ello sugiere que dirige este escrito a un público obrero. Tresserra elige para la ocasión a una familia humilde pero honrada, como mandaban los cánones de este tipo de melodrama, que se halla al borde de la desesperación. Una de las hijas decidirá practicar la mendicidad, pues se le han cerrado todas las puertas para trabajar, al igual que a su padre y hermanos. Así conocerá a un buen burgués que, en vez de darle limosna, acabará por regalar a la familia una máquina de coser. Esto es, Tresserra introduce en su obra a uno de los miembros de las redes asistenciales que proliferaron durante la Restauración a través fundamentalmente de las logias masónicas y demás sociedades secretas de orientación republicana. A pesar del didactismo que imprime Tresserra a su pieza dramática, no oculta al mismo tiempo ese espíritu acibarado por el derrumbe de sus ilusiones, y como hiciera durante el periodo isabelino, no puede sino encomendar la suerte de los pobres a la caridad de individuos íntegros reunidos en sociedades de socorro. No ve otra solución.

Así las cosas, la aspiración de la mayor parte de las mujeres de la época era la de convertirse en esposa, o, según el término más usado en la época, en *ángel del hogar*. El significado que se le atribuía tiene un reflejo elocuente en el siguiente párrafo de una novela, precisamente titulada *El ángel del hogar* (1859), de Pilar Sinués, adalid de las corrientes más tradicionalistas. Escribe la novelista a modo de epílogo:

Creo haber demostrado con ejemplos vivos y enérgicos, que no es posible la emancipación de la mujer, la cual necesita para todo del amparo del hombre. Que el matrimonio es lo que enaltece y protege al sexo débil. Y que la mujer

sencilla y modesta que solo sabe amar y cuidar a su familia, es el verdadero *Ángel del Hogar*, pues que atrae sobre él todas las bendiciones del cielo. Ya lo he dicho muchas veces. La ciencia no conviene a la mujer, como las faenas domésticas no convienen al hombre. A cada uno ha señalado la religión y la sociedad sus atribuciones, y es una locura querer trocirlas o violentarlas. Ocúpese la mujer en amar a su esposo y a sus hijos y en embellecer su casa. Ocúpese el hombre en los negocios y en el estudio que es su misión (1862: 257).

Tresserra recurre frecuentemente a la ironía para rebatir este tipo de razonamientos, como en el siguiente párrafo en el que sus dardos alcanzan también a sus repudiados socialistas:

La mujer en nuestra sociedad solo tiene una verdadera carrera que seguir: la del matrimonio; y por eso vemos a todas las que no han recibido aún semejante diploma estudiar asiduamente los medios de alcanzarlo a toda costa. Desde la edad de quince años no queda una sola mujer en matricularse. Si el *gran Colbert* y todos sus economistas de su no menos *grande* escuela hubiesen caído en la cuenta (y eso que pocos o ningún medio desperdiciaron para enriquecer al erario a costa de los pueblos), hubieran debido fijar una módica cuota protectora a las aspirantes, seguros de que no por esto ninguna hubiera dejado de inscribirse ni un solo año de su vida en el gran libro de sus aspiraciones (PN: 11).

El novelista denuncia la falacia que encierra el manoseado concepto del *ángel del hogar* pues la realidad es que “la mujer consagrada *única y exclusivamente* a la familia no puede hacer valer sus servicios fuera de ella sino en calidad de criada”, lo cual la deja al arbitrio de su “jefe”, y si este es “avaro, tirano, miserable, tendrá que sufrir la infeliz todas sus fatales consecuencias” (p. 504). Lo que se busca, dice Tresserra-David, no es que estas abandonen sus obligaciones familiares, como sostienen los apocalípticos enemigos de su liberación, sino que la mujer “no sea esclava en un rincón del hogar como entre los indios y los mahometanos. Queremos que sea madre y esposa, pero esposa respetada y madre instruida” (*ibíd.*).

David y sus compañeros filántropos, a la luz de los estudios realizados por las mentes más esclarecidas de Europa, y en atención al cuadro que ofrece la realidad del país, elaboran

informes conclusivos que se sustentan en las medidas a aplicar a favor de esta mitad del género humano. En primer lugar, aparecen aquellas destinadas a procurar su educación, de modo que urge articular:

El libre ingreso en todas las carreras, artes e industrias no impropias de su naturaleza. Reclamamos para ella tanta libertad, al menos, como la que hoy monopoliza el hombre.

Que así como puede ser pintora pueda profesar la medicina.

Como es maestra de primera enseñanza pueda serlo en artes y filosofía.

Como profesa la obstetricia pueda doctorarse en leyes.

Como dibuja un modelo para un bordado pueda levantar legalmente los planos de un edificio... (p. 505).

El “informe” continúa enumerando todo tipo de ocupaciones que les están vetadas a las mujeres con flagrante injusticia y falta de sentido común. Pero también señala aquellas que el mismo buen sentido recomendaría que le fuesen encomendadas en exclusiva, como por ejemplo los puestos de cajista de imprenta ya que “la rapidez de su comprensión y ligereza de sus dedos la designa”; o las tareas relacionadas con el área de la alta costura, ya que “una máquina de coser movida por un hombre, como la hemos visto nosotros, nos parece una flor en las manos de un oso”; la relojería, el dibujo en la piedra litográfica, el oficio de copista... En definitiva, a juicio de nuestro escritor, son muchas las profesiones a las que están llamadas las mujeres para desempeñarlas con mayor eficacia que el hombre (p. 506).

De acuerdo con estas conclusiones, y para llevarlas al terreno de la práctica, los miembros de “El tesoro de los pobres” conciben un ambicioso proyecto: la creación de una “Sociedad emancipadora de la mujer”. La cual debe tener por objeto el establecimiento de escuelas en las capitales de provincia donde se las instruya en todos los oficios, las artes y las ciencias humanas. Estas estarían supervisadas y dirigidas por patronatos de composición mixta, y se dedicarían también “a influir en las regiones gubernamentales para que se las abran las puertas de las carreras que todavía permanecen cerradas a su paso, por medio de la publicación de periódicos y revistas, exposiciones al Gobierno y a las Cortes, y otros medios a ellos conducentes” (p. 509).

Ignoramos si este tipo de sociedades existió realmente durante la época isabelina. La opinión generalizada, como hemos visto, es que el asociacionismo feminista no florece hasta

el Sexenio Democrático. Hasta entonces las mujeres que se reúnen para formar sociedades de su exclusiva competencia lo hacen con un solo fin: practicar obras de beneficencia. Circunstancia de la que se lamentaba Concepción Arenal, aunque al tiempo alababa la imprescindible ayuda social que prestaban estas mujeres; decía: “arrancan a la muerte millares de niños abandonados por los autores de sus días; consuelan a los pobres enfermos; reúnen fondos para distribuirlos entre los necesitados; establecen colegios, donde alimentan y enseñan a los niños pobres; talleres y escuelas, donde a veces sirven ellas mismas de maestras” (1927: 47).

Como en otros asuntos, la masonería llevará la delantera y con su ejemplo anunciará el porvenir. Eduardo Enríquez del Árbol informa de que las mujeres comenzaron a ingresar en las logias en el último tercio del XVIII; el “Gran Oriente de Francia” fue pionero al crear un rito exclusivo de adopción de damas en 1774 (2002: 375). En España, la incorporación en paridad de las mujeres comenzará a producirse a partir de 1868. En 1872 se creará la logia femenina de “Las Hijas del Sol”, presidida por la condesa de Priegue, dedicada, entre otras actividades, a publicar una revista escrita por y para las mujeres que se ocupaba con preferencia de las temáticas relativas a su educación (Simón Palmer, 2002: 25).

Como enseguida veremos, el asociacionismo femenino, desligado de las tareas de beneficencia y enfocado a todo tipo de actuaciones, encontrará un buen aliado en el bando federal, bajo cuyo influjo florecerán diversas agrupaciones de mujeres. No obstante, el feminismo del movimiento republicano español del XIX ha generado un debate controvertido. Mientras unas fuentes lo creen firme, otras lo reputan de tibio cuando no de inexistente. Entre ambas opiniones cabe situar la de López Cordón cuando escribe que la promoción socio-cultural de la mujer “era patrimonio exclusivo de algunos grupos intelectualmente muy avanzados”, pues los programas políticos del Partido primero Demócrata y después Federal les prestaron poca atención (1975: 104). A tenor de las palabras de Cordón, deberíamos concluir que Tresserra perteneció a esta facción de vanguardia, pues de lo que no cabe duda es que para nuestro escritor la cuestión reviste la máxima importancia. Pero con todo, no puede dejar de apreciarse que los escritos del catalán a lo largo del Sexenio omiten toda referencia explícita a los derechos y libertades de estas. Llama la atención que no reclame expresamente en sus catecismos el derecho al sufragio de las mujeres como si había hecho en sus novelas. En *El poder negro*, por ejemplo, Tresserra aludía a la incongruencia de que las Constituyentes francesas hubiesen rechazado el voto femenino cuando era notorio que Madame Roland había sido una de las principales inspiradoras de las bases y principios del nuevo marco jurídico y político; y en el mismo

sitio destacaba el hecho de “que las turbas frenéticas de París fuesen capitaneadas en sus jornadas más gloriosas por el sable de Miracourt” (PN: 502).

La ausencia de reivindicaciones feministas de Tresserra en los escritos del periodo puede especularse con que se debe a dos motivos. Primero, que el catalán efectivamente se hubiese ocupado de la materia pero que estos textos no se hallan conservado o no los hallamos podido localizar. Y, segundo, que su silencio se explique por simples razones de oportunidad: en los frenéticos tiempos del Sexenio la atención se veía reclamada por acontecimientos políticos de máxima urgencia en los que los republicanos se jugaban a cada paso su futuro. Una apreciación de Carmen Simón Palmer refuerza esta última suposición, se lamenta la investigadora de que en los tumultuosos tiempos de la revolución se hace difícil encontrar noticias específicas sobre las mujeres en los órganos de prensa republicanos, pues las exigencias de la actualidad política acaparaban la atención (2002: 14).

En todo caso, hasta que estudios específicos no nos alleguen más datos poco cabe apuntar. El tradicional abandono historiográfico del republicanismo español del XIX, como es de suponer, ha alcanzado en un mayor grado a todo lo relativo a la participación femenina en el movimiento. De ello se lamenta Peyrou al señalar que no contamos con información suficiente para enjuiciar en qué fundamentaban los republicanos la exclusión de las mujeres de la política. No obstante, advierte esta investigadora, que el tema resulta ser ambiguo, ya que existen indicios y ejemplos de que las mujeres tomaran partido activo por la causa. Algunos republicanos, como los catalanes Riera, Rovira o Montaldo, esto es, los compañeros de la primera militancia de Tresserra, sí se significaron como adalides de la causa feminista, y apoyaron la presencia pública de sus correligionarias en las batallas políticas del Sexenio (2006: 11). En este sentido, Pura Fernández llama la atención sobre un artículo aparecido en *La Igualdad* en 1870, donde se defiende la implicación absoluta de las mujeres en la lucha por la República “invocando la autoridad de John Stuart Mill y las conquistas de las norteamericanas, ciudadanas de una federación republicana” (2006: 75).

Por su parte, Carmen Pérez Roldán, fundamentalmente basándose en su conocimiento de los clubes durante el Sexenio, llega a la conclusión de que “uno de los rasgos más originales del republicanismo español fue sin duda el darse cuenta de la importancia política que tenía ganar el apoyo femenino”, pues solo a partir de esta conquista podía mermarse eficazmente el dominio clerical sobre la conciencia de las españolas (2001: 125). Esta misma estudiosa ilustra la preocupación demostrada aduciendo la abultada propaganda republicana destinada a atraer a las mujeres hacia los clubes federales y a incitarlas a que formasen los suyos propios. Medida que dio frutos, pues a lo largo del Sexenio las

asociaciones femeninas nacidas bajo los auspicios de los clubes republicanos desplegaron una intensa actividad, sobre todo en lo relativo a la recogida de donativos para financiar las campañas republicanas – bélicas y de propaganda-, para solicitar indultos o para organizar manifestaciones contra las quintas (p. 126). Pérez Roldán destaca los reclamos del Club del Congreso, donde recordemos que Tresserra figuraba entre sus líderes, que admitía como socios “a todas las señoras que lo solicitasen, con los mismos derechos que cualquiera” (p. 128).

Sin embargo, estos datos contrastan llamativamente con el contenido de una comunicación leída en la Universidad de Madrid por Pi y Margall. El 23 de mayo de 1869, en el marco de un ciclo de “Conferencias dominicales sobre la educación de la mujer”, el líder del federalismo defenderá los derechos de las mujeres no solo con timidez, sino incluso con una cicatería propia de una Pilar Sinués. Por ejemplo, respecto a la misión que cumpliría desempeñar a las mujeres, decía Pi y Margall: “¿Será acaso sacándola del estrecho círculo en que vive, y lanzándola por el camino de la ciencia, de la política, de la literatura y del arte? No niego yo a la mujer grandes facultades intelectuales; lo que sí creo es que no es esa la senda por donde debe cumplir su misión en el mundo” (1869: 1). El político catalán aduce la negativa experiencia que han padecido aquellos países europeos donde las féminas han comenzado a cultivar en paridad todas las disciplinas. Sostiene que cuando esto sucede la mujer “pierde las bellas cualidades de su sexo, sin adquirir las del hombre, y, lejos de ser un elemento civilizador, pasa a ser un elemento perturbador, hasta tal punto, que, para perturbarlo todo, llega a perturbar a veces hasta las relaciones de la economía política” (p. 4). Pi ve en el acceso de las mujeres al mercado laboral un perjuicio general, pues, además de que implica la desatención de los hijos y los hogares, provoca el efecto de rebajar el jornal de los varones. Por todo ello, opina Pi y Margall que: “En el hogar doméstico tiene la mujer su teatro, su asiento, su trono. Grande es allí la influencia que puede ejercer y los destinos que ha de cumplir” (p. 5).

En su discurso, el que más tarde se convertiría en presidente de la Primera República, junto al concepto del *ángel del hogar*, recurría también al otro lugar común más manoseado en la época: el del sentimentalismo como rasgo idiosincrásico esencial de la feminidad. De modo que reserva al hombre todo lo relativo al ejercicio del intelecto y la acción. Dice Pi que tras los afanes del día, cuando el hombre retorna a su casa, “la mujer tiene entonces la dulce y delicada tarea de despertar en él el sentimiento, de abrir su corazón al amor, de contrarrestar el pernicioso influjo que en el hayan podido producir la maldad y la perfidia de

sus semejantes” (p. 6). En definitiva, cree que su misión es la de educar e instruir a los hijos y tener preparado el hogar para agasajar al esposo. Concluía así:

No creo que la mujer deba nunca mezclarse en nuestras sangrientas luchas civiles; no creo ni aún que deba tomar parte en esas manifestaciones ruidosas que de algún tiempo acá vemos entre nosotros; no creo que deba hacer exposiciones en pro ni en contra de tales o cuales principios que se estén agitando; pero creo, sí, que puede y debe influir en la política sin separarse del hogar doméstico..... Pero debe influir ejerciendo su acción sobre su marido, su padre, sus hermanos, sus hijos si los tiene, inflamándolos en el santo amor de la humanidad y de la patria (p. 9).

Las palabras de Pi y Margall ilustran a las claras lo que Scanlon define como las “arduas resistencias encontradas por las mujeres a su incorporación al mundo laboral”, y la evidencia de que “la simple idea de que era posible reconciliar los deberes domésticos con el trabajo o con la administración pública era absurda” (1986: 59). Pi avala también a Scanlon cuando esta asevera que en la España de la época: “Al tiempo que se glorificaba el hogar se pintaba con sombríos colores el mundo exterior y se les advertía a las mujeres de que solo encontrarían derrota y decepción si se aventuraban fuera de la esfera permitida” (p. 60).

Por cuanto llevamos expuesto, resulta evidente que Tresserra no compartía las opiniones del líder federal, y que se mostraba tendente a una equiparación total de derechos políticos, sociales y laborales para ambos sexos. En esta materia, como en tantas otras, sus referentes intelectuales deben buscarse en el extranjero; y los hallamos en personalidades como Stuart Mill, Jeremy Bentham o George Sand, escritora esta última por quien, como venimos diciendo, el catalán sentía una ilimitada admiración, “¿qué escritor le aventaja en arte, en profundidad y en filosofía?” (MS: 622), se pregunta en una de sus obras.

La autora francesa, junto a Fourier, como explica Alexandrian, fueron los encargados de dotar de verdadera trascendencia pública y dimensión europea al debate sobre la igualdad entre hombres y mujeres (1988: 89). Esto es, también en la causa feminista las ideas más transgresoras fueron enunciadas en primer lugar por los luego llamados socialistas utópicos. Aunque no fue el caso de Cabet, cuyas doctrinas como vimos marcaron la primera militancia revolucionaria de Tresserra. El profeta de Icaria, según Gloria Espigado, mantuvo la cédula familiar y la estabilidad de las uniones que proporcionaba el matrimonio monogámico, “manifestándose dentro de los márgenes de un puritanismo exquisito,

salvaguardando ambas instituciones, matrimonio y familia, y no perdiendo ocasión para lanzar duros ataques contra el concubinato y el adulterio” (2002: 323). Elementos que asumió también Tresserra sin que resultasen contradictorios con los expuestos por otras doctrinas más audaces, como fue especialmente la fourierista. Espigado dice que a Engels no se le pasó por alto el avanzado programa de ideas de Fourier respecto a la posición social de las mujeres, de modo que hubo de reconocerle que él había sido el primero en percibir “que el grado de emancipación de la mujer en una sociedad es el barómetro natural por el que se mide la emancipación general” (p. 329). Argumento que, como veíamos antes, usará también Tresserra.

Las ideas de Fourier en torno a las mujeres son de un visionarismo pasmoso si tenemos en cuenta los cauces por los que discurría el debate. Esta es la opinión de Espigado, que aduce el posicionamiento del reformador francés sobre la educación femenina como ejemplo, pues Fourier “elige una modalidad discursiva que nos antoja la más radical de las posibles, la de hablar de manera directa de la educación de ambos sexos, sin generar exclusiones o particularidades entre los mismos” (p. 350). De hecho, la doctrina de este “no va a aceptar de partida la dualidad biológica como algo determinante para la constitución de los roles sociales, atendiendo en mayor medida a los aspectos psicológicos que introducen una amplia variedad de caracteres humanos no condicionados por el sexo” (p. 369).

Se hace difícil precisar qué tienen de originales los argumentos de Tresserra respecto a este punto; de hecho, en nuestra opinión, no hace más que recoger elementos del corpus colectivo que circulaba en los ambientes heterodoxos. Eso mismo aprecia Benítez a propósito del feminismo de Ayguals de Izco, ya que, dice, “es muy difícil identificar las fuentes de ideas demasiado generales, sobre todo, cuando la prensa europea se había ocupado, hacia 1848, de la situación de la mujer, su papel en la economía, las consecuencias de su trabajo en fábricas o domicilios” (1979: 88). Efectivamente, las ideas, testimonios y justificaciones que esgrimen los Ayguals, Tresserra o Rodríguez-Solís parecen provenir del abrevadero del romanticismo social francés. Los escritores patrios citados, como apunta Pura Fernández, muestran actitudes muy similares ante problemas sociales como “el de la educación de la mujer, la defensa del divorcio, la desigualdad que margina a los hijos naturales, desconocidos y adulterinos, la crítica de la moral y las leyes sociales antinaturales e injustas” (2006: 75). Todos ellos asuntos muy presentes en la narrativa de Tresserra, cuyas tramas, en lo relativo al universo de personajes femeninos, suelen remitir en última instancia a la sumisión social que padece la mujer respecto al varón.

En *La mujer ajena*, por ejemplo, asistimos al via crucis que padece Carmelina como consecuencia de su matrimonio con el díscolo César. La sufrida heroína será víctima de la cruel maledicencia popular; de la lujuria de hombres despiadados que, como Demon, ven en ella un mero objeto de conquista sexual; padecerá, además, las consecuencias del orgullo de su adúltero marido, que dará credibilidad a rumores que sabe infundados pero que, como igualmente lastiman su honor, le impulsan a repudiarla. Pero principalmente Carmelina será víctima del desamparo y la marginación social en que las leyes del país sumen a la mujer que se enfrenta con su esposo.

Los estereotipos del folletín: la joven bella, pobre y honrada, la aristócrata altiva y cruel, o la esposa virtuosa y vilipendiada, en la colección de novelas filosófico-sociales de son pasados por el tamiz de la concepción igualitarista de Tresserra. En tal modo que quedan transformados en símbolos reivindicativos de la obligación que tienen las sociedades llamadas a sí mismas civilizadas de eliminar de sus leyes y costumbres toda norma discriminatoria con las mujeres. Resulta significativo a este respecto la profusión de personajes femeninos extranjeros que hallamos en su narrativa. La audaz y autosuficiente Isolina de *Los misterios del Saladero* es francesa, como lo es la igualmente la enérgica Rubiana de *El poder negro*, mientras que su compañera inseparable Nívea es inglesa. María de *Los hipócritas* es una mujer alemana avezada en ciencias y humanidades. Todas ellas destacan por sus caracteres independientes y por su capacidad para actuar e imponerse a los hombres en ámbitos tradicionalmente restringido a estos. Pero tales triunfos no derivan del uso que hacen de sus “armas femeninas”, motivo habitual en buena parte de la narrativa popular, sino principalmente por su talento intelectual, resolución o valentía. El caso más significativo es el de Margarita de *La judía errante*, quien concurre embozada a un duelo del que sale vencedora (p. 556). Otra circunstancia suele emparentar a las heroínas feministas de Tresserra: poseen una mentalidad sexual desprejuiciada que el autor se preocupa en presentar como legítima, pues en ningún momento entra a enjuiciar las conductas promiscuas.

Caso distinto lo encontramos en las mujeres españolas, que normalmente presentan perfiles menos lustrosos. Solo se dan algunas excepciones que invariablemente se corresponden con la oportunidad que han tenido estas mujeres de viajar y conocer otros países más avanzados. Lila de *El poder negro* constituye el ejemplo más representativo: aunque nacida en España, por avatares folletinescos se cría en el extranjero, donde con el tiempo se convertirá en una artista reconocida mundialmente:

Era la primera e incomparable acróbata del Circo gimnástico de S.M. el rey Víctor Manuel; primera bailarina del Gran teatro de Waden y de la corte del emperador de todas las Rusias: tenía el título de primera maestra de equitación expedido por el presidente de la República de los Estados-Unidos, Mr. Buchanan, y, finalmente, había trabajado con incomparable éxito delante del primer miembro del consejo federal de Suiza y del rey viudo don Pedro, regente a la sazón de la gran Lusitania (p. 11).

No resultan inocentes las referencias que hace el catalán a los altos dignatarios de las míticas, para los demócratas españoles, repúblicas federales de Suiza y Estados Unidos, o de los reyes progresistas de Italia y Portugal. Ello tendrá su reflejo en las peripecias de las que será protagonista Lila, cuya mentalidad cosmopolita contrasta con la de sus compatriotas. La educación escasa, anticientífica y esencialmente religiosa que reciben las españolas determina por lo tanto su mayor postración respecto a las mujeres extranjeras. Tresserra no perderá oportunidad de subrayar esta creencia. En *El poder negro*, Juan es un hombre infeliz debido a su precipitado matrimonio con la ignorante María; la afición a la lectura y la educación que, aunque interrumpida por azares adversos, pudo recibir este durante su adolescencia le llevan a aborrecer la convivencia conyugal, pues solo halla en su esposa incompreensión. Juan trata de comunicarle sus íntimos sentimientos y también departir con ella sobre las cuestiones filosóficas que le preocupan, dice el infeliz casado: “Si la hablaba de Dios y de los misterios de la vida arrancaba de sus labios frases que me hacían comprender las profundas raíces que en su alma había implantado una educación supersticiosa y plagada de enormes sandeces” (p. 315). Tresserra acusará al dominio moral que ejerce la Iglesia católica sobre las mujeres españolas como principal motivo de la lamentable subordinación social que padecen. En esta materia se reproducen amplificadas las diatribas de nuestro autor contra la tutela eclesiástica del sistema educativo isabelino.

Sin embargo, en el lado contrario, los órganos de propaganda de las instituciones religiosas de la época denunciaban sin descanso la relajación de costumbres de las féminas españolas, que achacaban precisamente a la difusión de las corrientes corruptoras que llegaban del extranjero. El catalán no puede sino tomarse sarcásticamente lo que considera el colmo de la hipócrita actitud de los eclesiásticos. Muestra de ello son los discursos que pone en boca del maligno padre Damián, miembro de una sociedad secreta al servicio de la reacción:

El siglo marcha muy pervertido, la mujer, sobre todo, parece que obedece en los actuales tiempos a un demonio agitador de su conciencia. Es menester poner un correctivo: si en cada ciudad y en cada barrio se pudiese contar con un establecimiento de esta clase – se refiere a conventos destinados a jóvenes-, la generación futura sería mucho más feliz y morigerada, porque sería mucho más religiosa y severa.... (JE: 484).

El catalán se indigna ante tales prédicas ultramontanas, pues su incidencia en la sociedad da lugar a situaciones cotidianas aberrantes. Aduce el ejemplo de los estragos que acarrearán los impedimentos que encuentran las mujeres al estudiar, y particularmente en lo que respecta a la medicina, pues la carestía de doctoras provoca que “vírgenes encerradas en los claustros” hayan fallecido por “no poder vencer su repugnancia y rubor ante la idea de tener que revelar a un hombre sus dolencias” (PN: 506). Pide Tresserra que se consulte a los médicos que tanto han tratado y escrito sobre este sangrante asunto. Pero el problema no solo afecta a este ámbito, pues numerosas seglares son igualmente sacrificadas por culpa de estos absurdos prejuicios. Escribe nuestro autor respecto al cáncer: “esa terrible enfermedad del bello sexo que ataca con tanta frecuencia sus órganos genitales, ¡cuántas menos víctimas no contarían si hubiese verdaderos médicos mujeres!” (p. 507). Una vez más, hubo de esperarse al influjo de benéfico que ejerció el Sexenio en la mentalidad colectiva española para que situaciones como la descrita por el catalán comenzasen a revertir. En los primeros años de la Restauración, como señala Scanlon, por fin una mujer, Martina Castells y Ballespí, obtuvo un doctorado en medicina y cirugía, y fue presentada en la Universidad de Madrid por el eminente doctor Letamendi (1986: 72).

En este estado de cosas, las féminas tresserrianas que, o bien no se convierten en esposas o criadas de su familia, o bien no disponen de recursos económicos, solo conocen dos caminos: el del trabajo extenuante o el de la prostitución. Así como el hombre pobre caído en desgracia e imposibilitado para encontrar una ocupación digna, según el determinismo de Tresserra, acababa ejerciendo la delincuencia, la mujer en idénticas condiciones no halla otra salida que la de vender su propio cuerpo. De hecho, el catalán relaciona ambos mundos al colocar un prostíbulo bajo la jurisdicción de las distintas sociedades criminales de sus novelas, caso de *La marquesa de Bella-Cruz* y de *Los misterios del Saladero*.

En esta última, el personaje de la Duquesa, que regenta el burdel controlado por Anselmo, tiene encomendada una tarea análoga a la de los ganchos de “El Pacto Fraternal”,

ya que recluta meretrices entre las muchachas que se encuentran solas y desesperadas en el hostil Madrid de la época. Con la excusa de la visita de tres prostitutas al Saladero, enviadas por la asociación criminal para tres de sus hombres presos, Tresserra traza la biografía de estas jóvenes. Sus diferentes trayectorias representan distintos caminos por los que españolas pueden dar en ejercer el infamante oficio. Lola procede de una familia humilde que por distintas desgracias cae en la absoluta pobreza, es una muchacha decente y trabajadora que sin poder evitarlo de un día para otro se encuentra mendigando en la calle. Por casualidad conocerá a la Duquesa, quien enterada de su situación, desplegará todas sus armas persuasivas para atraparla en su burdel (p. 253). Amparo, en cambio, es de familia acomodada, pero la muerte del padre les deja en la ruina, al cabo, la única salida que se le plantea es seguir los pasos de la Duquesa, pues aunque contaba con recursos con los que podría haber recibido una formación profesional, solo estaba “instruida por esas ramas de mero ornato inherente a ciertas categorías sociales” (p. 266). La tercera prostituta que envía la Duquesa al Saladero es Soledad, la chica de provincias que había venido a Madrid con la intención de convertirse en poetisa y de la que antes nos ocupamos.

También en *El poder negro* encontramos a un grupo de tres mujeres caídas en desgracia, se trata de una nueva Soledad, Isabel y Amelia, quienes a diferencia de las anteriores podrán escapar de la prostitución. Lo que lograrán por la fortuna de que Felipe, miembro de “El tesoro de los pobres”, se cruzará en su camino y las convencerá de que comiencen una nueva vida dedicándose a una ocupación más decorosa. Y claro está, no pueden más que convertirse en costureras. Esto las lleva a afrontar jornadas inhumanas que a pesar de todo soportan con resignación y alegría. Tresserra aprovecha la ocasión para ofrecer exhaustivos inventarios de gastos, ingresos y precios que ilustran al lector sobre los ímprobos esfuerzos que deben hacer las costureras madrileñas para alcanzar cierta autonomía económica. Con todo, el catalán se preocupa de subrayar que siempre es mejor una vida dura pero honrada, que una vida ignominiosa aún nadando en la abundancia. El benefactor David aligerará sus padecimientos prestándoles dinero para que adquieran máquinas de coser. Y no solo eso, “El tesoro de los pobres” les facilitará el acceso al aprendizaje de diversas disciplinas artísticas, según la disposición natural de cada una de ellas. Así, Amelia tomará lecciones de pintura, Soledad de música e Isabel de literatura. Finalmente, sus respectivos maestros se enamorarán y casarán con sus alumnas. Todas ellas son historias que Tresserra inserta para demostrar a sus lectores que a pesar de los pesares “si se quiere se puede salir” (pp. 583 y ss).

El asunto de la prostitución femenina recorrió buena parte de la narrativa decimonónica, y, claro está, sin conocer barreras entre la novela artística y la popular. Peter Brooks cita un estudio de Albert Beguin en el que se analiza el porcentaje de los personajes de prostitutas en las novelas de Balzac, del que resulta que proporcionalmente su número es muy superior al de las estadísticas reales de la época. Para Brooks esta propensión del francés se explica por el sólito impulso de los novelistas decimonónicos al “desvío literario”, esto es, a ocuparse de figuras características o extravagantes (1984: 166). En todo caso, resulta innegable que el lenocinio experimentó un notable aumento en la época legado al desarrollo poblacional que conllevaba la implantación de la sociedad industrial. Las obras del romanticismo social de los Victor Hugo, Georges Sand o Eugène Sue, como explica Pura Fernández:

Al describir los estratos más depauperados y marginales de la sociedad, acometieron una denodada defensa de la mujer prostituída. La cortesana se presenta en estas novelas como la víctima de un orden socio-moral contra el que reacciona el escritor rebelde, y llega a convertirse en el símbolo del martirologio de las clases más desfavorecidas en la nueva sociedad industrial. El tema de la culpa social como responsable de la *caída* del individuo, atenazado por la miseria, la ignorancia, los privilegios injustos y el fariseísmo imperante, será también el basamento literario, décadas después, de la novela zolesca, determinista y fisiologista (2006: 71).

En España, siguiendo la estela de lo que había sucedido en Francia, los escritores, a la hora de tratar en sus novelas sobre el fenómeno, tomaron como referencia fundamental una muy célebre obra de la época: *De la prostitution dans le ville de París* (1837) de Parent-Duchatelet; donde, a juicio de Benítez, se trataba de la cuestión “con total libertad, independencia de prejuicios y objetividad científica” (1979: 107). Este mismo investigador opina que los malos tratos de los padres, el abandono familiar, la separación conyugal, la mancebía de las madres, la pérdida de recursos, etc., motivos que aduce Ayguals como conducentes al abismo, no dejan lugar a dudas sobre su deuda con la obra del médico francés (*ibíd.*). Influencia que cabría extender a otros autores como nuestro Tresserra, García del Canto o Francisco de Sales Mayo, quienes, como señala Pura Fernández, constituyen los precedentes literarios de la “eclosión bibliográfica” que el tema de la prostitución registró en las letras españolas en el último tercio del siglo XIX. Continúa explicando esta investigadora

que la “novela lupanaria o prostibularia” gozó de una considerable notoriedad pública en la época, lo cual “contrasta llamativamente con su posterior olvido” (2006: 70).

El éxito de la narrativa de Zola impondrá a este género una visión propia del determinismo fisiológico en auge por entonces. En nuestro país, autores como López Bago o Enrique Rodríguez-Solís serán algunos de los más importantes adalides de dicha rama del naturalismo radical. Este último, dice Pura Fernández, emprenderá una intensa campaña de corte feminista desde una “perspectiva literaria médico-jurídica y social” que le llevará a publicar obras como *La mujer defendida por la Historia, la Ciencia y la Moral* (1875), el conjunto de relatos *Las extraviadas* (1879) o la *Historia de la prostitución en España y en América* (1892-1893) (p. 75).

En el libro recién citado de Rodríguez-Solís, este recogía unas palabras que Fernando de Vahillo, otro activo defensor de la causa de las mujeres, había hecho circular en un folleto, en ellas queda lúcidamente resumida la ambigua e hipócrita relación que se daba en la época respecto a la prostitución:

En un país sin industria, sin comercio, sin agricultura, sin elementos de vida, esquilado por los grandes propietarios que van al extranjero a consumir sus pingües rentas, azorado por la política [...] ¿qué hace, a qué se dedica una mujer joven, que necesite mantenerse y ayudar a su familia, si todas las puertas se cierran, si todos los recursos se le agotan y el único medio que queda es prostituirse para escapar de la muerte cierta? La sociedad sabe todo esto, lo ve, lo palpa, lo percibe y se encoge de hombros en tanto no se manifiesta, pero cuando el mal no tiene remedio, cuando la desgracia se presenta en público, en la charca del vicio, entonces la sociedad trina, los hombres vociferan, las mujeres se espantan, y las autoridades... moralizan. Los funcionarios ignorantes, como los ricos estúpidos, como los hipócritas reguladores, como los escritores asalariados, como las mujeres afortunadas, confunden de continuo, quizás intencionadamente, la degradación con el vicio, y cada vez que mencionan este escrito asoma a sus labios el gastado estribillo: *El que no trabaja es porque no quiere*, o bien, *Prefieren dedicarse al vicio en vez de trabajar* (apud Rodríguez-Solís, 1931 b: 193).

La mentalidad colectiva de la época era la de considerar la prostitución tan necesaria como peligrosa, ya que cuando los periódicos aludían al fenómeno invariablemente era

presentado como un foco de conflictividad social. Todo ello determinará las sucesivas regulaciones legales de la que será objeto. Como dice Jean-Louis Guereña el Código Penal de 1870 no considera tal actividad un delito, de modo que lo confinaba al espacio de lo privado, las mujeres que se prostituían solo podían ser detenidas por motivos de sanidad o escándalo público (1995: 429 y ss). En otro lugar escribe el mismo autor que “el prostíbulo reglamentado vino a ser el resultado de un compromiso estratégico entre Familia y Estado, en una sociedad de vigilancia y disciplina social” (1996: 57). La carrera prostitucional se desarrollaría así en cuatro espacios cerrados y perfectamente controlados por las autoridades: el burdel, el hospital, la cárcel y eventualmente la casa de recogidas, construida, como señala Guereña, “bajo el modelo conventual” (*ibíd.*). Como en otros tantos aspectos de las costumbres españolas, los años del Sexenio ejercieron una notable mutación en algunos sectores de la sociedad española, de modo que a partir de este periodo, y en consonancia con la óptica aplicada al fenómeno por novelistas como Tresserra, la prostituta, señala Guereña, “será considerada entonces más como víctima que como culpable” (p. 65).

Como vimos, uno de los elementos comúnmente señalados por la crítica literaria para atestiguar el carácter consolatorio de *Los misterios de París*, y por extensión de la novela popular decimonónica, es el trágico destino que Sue reserva a su angelical heroína Fleur de Marie. De modo que se suele decir que la ex prostituta debía morir, pues de ninguna de las maneras podía figurar como gran drama quien había ejercido tan deshonesto oficio. Brooks, por ejemplo, en la escena en que Fleur de Marie le confiesa al Príncipe que no puede darle su mano porque ha sido tocada por los bandidos de la ciudad, observa la claudicación del presunto socialista Sue a la moral convencional (1984: 159).

La narrativa de Tresserra a este respecto se mostrará mucho más cercana a los presupuestos del naturalismo radical que a los postulados por la crítica para la novela social de corte suesco. La Rosenda de *Los misterios del Saladero*, a la que antes nos referíamos, constituye el personaje de prostituta más elaborado por nuestro autor, de modo que concreta el cúmulo de ideas y opiniones que Tresserra desarrolla narrativamente en torno a la materia. Rosenda, como Fleur de Maire, ha sido rescatada de un burdel; es una joven “bella, angelical, digna de un pincel de Tiziano”, pero de mirada gélida y que “vive en el vicio” como en su medio natural (p. 15). El perfil de este personaje casa con el de la usual protagonista femenina de folletín: tiene quince años, edad que actúa como elemento definidor de la vulnerabilidad e idealidad juvenil; es huérfana, condición casi imprescindible para el estereotipo al dejarla a merced de un salvador o un corruptor, y, por último, va a encontrar a su verdadero amor, previa superación de numerosos obstáculos. Este

planteamiento de Tresserra sirve, por un lado, para hacerla objeto de las sólitas peripecias del género, y, por el otro, para convertirla en portadora de un mensaje filosófico-social.

Respecto a su primera función, cabe apuntar que Rosenda es raptada dos veces y rescatada otras tantas, los secuaces de Anselmo le graban a fuego una marca con las armas del barón para hacerla pasar por hija de este; padece nerviosismo y es víctima de otras enfermedades típicamente femeninas, según la caracterización de la época. Su enamoramiento de Rafael, al igual que su cambio de vida, como antes vimos, se desarrolla paulatinamente. Rosenda huye del burdel sin ningún convencimiento, su libertador la ha tildado de criminal y ella, sin embargo, se considera inocente. Las palabras de amor que le dedica Rafael resbalan el corazón de hielo de Rosenda pues, en un primer momento, no ve más que un trueque de dueños, siente que ha pasado de ser propiedad de Anselmo a propiedad de este. Todos los hombres que ha conocido a lo largo de su vida la han tratado como a un mero instrumento de placer o de lucro. Tresserra, con una voz narrativa más propia de la novela médico-social de López Bago, adopta la óptica de una prostituta durante el acto sexual: “aliento que apesta, labios amargos, el sudor de su frente es hediondo, las contracciones de su rostro, asquerosos como la embriaguez del diablo” (p. 193).

Rosenda, por lo tanto, necesita tiempo, esta impresionada por lo oído a Rafael y aún no confía, vivirá aislada en la casa de su nuevo protector pero sin verle. La lectura filosófico-social que cabe extraer de esta figura, y su contraste con lo que se considera característico de la narrativa popular, nos la proporciona el destino final que Tresserra depara a la heroína. Rosenda se casará con Rafael, hijo bastardo del barón-ministro, quien se verá obligado a aceptar a la pareja bajo su tutela y como legítimos herederos de su fortuna. Pero no solo eso, como vimos, Anselmo había tratado de hacer pasar a Rosenda como la hija extraviada del barón; extremo que el lector sabe falso en todo momento. Es decir, el catalán se preocupa en subrayar que su heroína no es de origen aristocrático, no es la hija perdida de ninguna personalidad, y que si ha ejercido la prostitución durante casi toda su vida, no ha sido por culpa de los malvados delincuentes de “El Pacto Fraternal”, sino porque la sociedad no ofrece a mujeres como ella la posibilidad de elegir un camino distinto. La voluntad que demuestra Tresserra de desviarse del modelo suesco resulta inequívoca. Rosenda, mucho menos dulce y sumisa que Fleur de Marie, debe su transformación, en primer lugar, a su propia conciencia y a sus esfuerzos, no a la acción redentora de un superhombre como Rodolphe. El amor es el que devuelve dignidad a la heroína tresserriana, y no la aceptación de la sociedad, ya que esta, en la óptica del catalán, es la principal culpable de estos dramas y por lo tanto se halla desautorizada para enjuiciar a las prostitutas.

CONCLUSIÓN

La investigación realizada sobre la trayectoria bio-bibliográfica de Tresserra arroja el retrato de un genuino revolucionario idealista decimonónico; o lo que es lo mismo, de un sujeto sorprendentemente íntegro que logró acomodar a la perfección su conducta personal con sus discursos filosóficos y políticos. Seguramente en todas las épocas han existido personas valientes y cobardes, honestas y taimadas; pero algo peculiariza a los individuos del siglo XIX, y es que durante este periodo de constantes revoluciones y algaradas callejeras de signo político, de choque entre una nueva mentalidad liberal y un *status quo* que se resistía a ceder sus privilegios seculares, las ocasiones que se ofrecieron de demostrar con hechos objetivos dichas cualidades fueron abundantes. Tresserra no desperdició ninguna de ellas para demostrarse a sí mismo y a sus contemporáneos que sus encendidos discursos de fidelidad incondicional a la tríada revolucionaria –Igualdad, Libertad y Fraternidad- iban completamente en serio. Esto es, la retórica henchida de epopeyismo y cargada de apelaciones al heroísmo, al altruismo, al amor ilimitado a la libertad o a la patria, tan característica de los discursos políticos decimonónicos, y por supuesto de los escritos de Tresserra, en su caso no contenían, presuntamente, ninguna exageración. La rectitud de nuestro autor no constituyó un caso aislado ni extravagante, pero tampoco podría decirse que discurrió por los cauces de lo que resultaba habitual. El estudio de esta época permite asomarse a una nutrida variedad de conductas humanas. Esto es, también fueron muchos los correligionarios de Tresserra, que si bien no mostraron menor bizarría y arrojo en sus proclamas revolucionarias, con sus comportamientos se descubrieron bastante menos audaces y coherentes.

A partir de los trece años aproximadamente, el catalán decidió supeditar su propio bienestar e integridad personal al servicio de la causa de la democracia. Ello le acarrearía prolongados encarcelamientos y deportaciones; la contemplación de la muerte de muchos de sus correligionarios; la exposición de su propia vida a las balas de sus oponentes políticos; y el padecimiento de una penuria económica continuada. Tresserra convirtió su biografía en un *via crucis* consciente. El escritor y político asumirá alegre y resignadamente todo tipo de sacrificios para contribuir en la medida de sus fuerzas a que se difunda entre el pueblo español y europeo una mentalidad democrática, racionalista y solidaria; esto es, en el lenguaje del catalán, una moralidad republicana.

Cabe destacar la unión que se observa entre los enunciados pedagógicos de los escritos de Tresserra – en consonancia con las doctrinas democráticas del XIX que hicieron de la educación el primero de sus dogmas- con el modo en que vivió su militancia

revolucionaria. La constitución de sociedades secretas dirigidas a la enseñanza de aquellos que no se la podían procurar, el estilo y formato deliberadamente didácticos de la mayor parte de sus textos y su integración en los clubes federales durante el Sexenio Democrático, instancias dedicadas a la instrucción y práctica de la política entre el pueblo llano, corroboran que el catalán plasmó con su trayectoria la consigna que era bandera de su movimiento: “la democratización de la sociedad solo es posible mediante la democratización del conocimiento”.

La integración de Tresserra en agrupaciones de dimensión europea y vocación universalista se manifiesta fehacientemente también en varias de sus experiencias vitales. Por ejemplo, en su viaje a Italia en 1857. Allí trabó contacto con los grupos revolucionarios de Giuseppe Mazzini, el teórico de la democracia europea más importante de la época. A su regreso a España, el catalán puso en funcionamiento una cédula de la sociedad secreta de Mazzini; de modo que trató de inculcar al modelo español de sociedad secreta revolucionaria el sesgo pedagógico que poseían las organizaciones conspirativas italianas. Pero el suceso que resulta más elocuente es el alistamiento de Tresserra en el ejército garibaldino para combatir en la guerra franco-prusiana de 1870. Máxime si tenemos en cuenta que él fue el único miembro del Partido Republicano español de cierta veteranía e importancia que formó parte de la avanzada de nuestro país. En Francia, Tresserra convivió con republicanos de medio mundo que desinteresadamente decidieron jugarse la propia vida en pos de los principios democráticos que amenazaba el ejército alemán. Como consecuencia de su participación, Tresserra resultó herido y asistió a la muerte de muchos otros idealistas españoles hoy absolutamente ignorados de todos, y que decidieron sacrificarse en tierra extranjera por el triunfo de la República Democrática Europea.

Respecto a la carrera literaria de Tresserra, puede decirse que durante la década de 1860, nuestro autor se erigió como el máximo representante de la narrativa democrática española. La difusión entre el público patrio de su obra se aprecia principalmente en un hecho: la inclusión de una de sus novelas, *La judía errante*, en el Índice de libros prohibidos del Vaticano; de modo que, junto a Wenceslao Ayguals de Izco, único español del elenco, y los franceses Eugène Sue, Stendhal o Balzac, formará parte del reducido grupo de novelistas decimonónicos que resultarán destacados por la jerarquía católica en atención a su peligrosidad ideológica y a su ascendiente entre los lectores de su país.

En suma, a despecho de los recelos y escrúpulos que como cabales seres humanos de nuestra época nos asaltan al usar semejantes términos, no nos queda más remedio que etiquetar a Tresserra como un héroe o mártir de la democracia española.

Respecto al capítulo segundo, que hemos dedicado al ideario filosófico y político del catalán, puede concluirse que su exposición contribuye a enriquecer los estudios existentes sobre el hegelianismo español decimonónico. El caso de Tresserra pone de relieve que resulta posible encontrar numerosos matices en las escuelas del idealismo patrio, las cuales tradicionalmente vienen siendo catalogadas monolíticamente como extrapolaciones sistemáticas de modelos extranjeros y mediante clasificaciones reduccionistas, como la que establece la difundida dicotomía entre hegelianos de izquierda o de derecha.

En las manos de nuestro autor, los principios racionalistas e idealistas no parece que adopten visos de originalidad, pero tampoco podría decirse que abracen sin más un referente concreto. Su pensamiento se construye a partir de un rico y variado haz de influencias que Tresserra adapta al contexto español, y que van desde las doctrinas de socialistas utópicos como Owen, Cabet o Fourier, hasta el materialismo de Feuerbach o el positivismo de Comte.

La concepción filosófica de la historia de Tresserra tiene su eje en la ley de la solidaridad humana. En la carrera de los siglos, las sucesivas generaciones van legando a las siguientes los adelantos llevados a cabo por la razón, de modo que las distintas épocas forman estadios de conocimiento que tienden a acumularse. El absoluto de la razón resulta inasequible al hombre individual, pero no al hombre-especie considerado en una dimensión diacrónica que no tiene fin. Tresserra parte de la convicción de que el progreso continuado de la humanidad hacia su perfeccionamiento social y moral constituye una ley de la naturaleza. El motor dialéctico de este progreso es para Tresserra la libertad del individuo. Esta constituye el atributo esencial de la condición humana, y de ella derivan una serie de derechos naturales que, en sustancia, son aquellos que permiten a cada persona alcanzar sus fines en la tierra: vivir, alimentarse, reproducirse y desarrollar la propia autonomía intelectual. Por consiguiente, los derechos aparecen como inherentes a la personalidad humana, esto es, son absolutos y ahistóricos; pero no sucede lo mismo respecto a las libertades, cuyo imperio depende de numerosos condicionantes socio-históricos. Así, las relaciones que se establecen entre las libertades del individuo y el derecho positivo explican y resuelven todas las contradicciones existentes. Del mismo modo que los encuentros y desencuentros entre ambas instancias a lo largo de la historia evidencian el camino del progreso.

El conjunto de ideas que expone Tresserra, ya sean estas del orden político, filosófico, religioso o incluso económico, forman un conjunto interrelacionado e inseparable que se articula en torno a un concepto: la democracia. Este es el sistema que demanda la

razón, es la meta del progreso de su época y la plataforma del progreso del futuro; es la verdadera religión, y también es la conquista de la justicia en todas las esferas de la vida humana. La ciencia y la filosofía modernas han conducido hasta ella, y solo a través de ella pueden prosperar. Y así como la fórmula de la libertad es la democracia, y a su vez la fórmula de la democracia es la República, Tresserra postula que la fórmula de la República Democrática, en su prístina esencia, es el sistema federativo.

El escritor se contó entre los pocos republicanos individualistas de importancia que pusieron en circulación un proyecto de organización federal para el Estado. La visión tresserriana de la República Federal gira en torno a dos premisas básicas: descentralización del poder público en entes municipales, provinciales y nacional; y garantía de la inviolabilidad de los principios democráticos fundamentales y de los derechos y libertades del hombre a través de una Constitución común e ilegislable. A diferencia del federalismo estrictamente pimargalliano, que incide en la comunidad municipal como base de la sociedad, el de Tresserra pone su acento en la institución familiar. Para nuestro autor, la convivencia entre los individuos se funda en la base que establecen tres principios: pacto, propiedad y familia. Esta tríada debe informar la organización política del Estado, cuyo estatus jurídico, en caso de conflictos con intereses particulares, no es privilegiado.

Entre los aspectos más destacables del ideario tresserriano se sitúa el agnosticismo que exhibió en sus escritos, y que resulta original en el panorama español de la época. Tresserra encomienda a la razón humana y a las ciencias experimentales la facultad de establecer los criterios de lo verdadero y lo falso. Pero ambos instrumentos encuentran límites en la condición finita de los individuos y en la condición infinita de lo existente, de modo que numerosas cuestiones forzosamente quedan fuera de la jurisdicción del conocimiento. Respecto a estas, como es el caso de la existencia o inexistencia de una divinidad, el catalán postula que mientras no se cuente con datos fehacientes es preferible ignorarlas.

También merece reseñarse el hecho de que Tresserra trata de construir con sus ideas un discurso didáctico, esto es, que resulte accesible a todos los entendimientos. Sus novelas, catecismos, dramas, cuadros sinópticos y artículos periodísticos se configuran a sí como una traslación al lenguaje e imaginario del grueso de la población de conceptos y conocimientos de todo orden normalmente inasequibles a sus posibilidades.

El primer bloque del trabajo lo cerramos con el capítulo tres, en el que se analiza el proceso historiográfico que condujo al desconocimiento de Tresserra. Aquí hemos tratado de explicar, por un lado, las causas de esta marginación; y, por el otro, de mostrar las

aportaciones que pueden derivarse de la comprensión de su figura para los estudios del periodo. Así, de la investigación realizada hemos extraído una serie de conclusiones sobre el modo en el que se ha venido construyendo la memoria del movimiento republicano decimonónico.

El abundante corpus bibliográfico de carácter historicista que produjo la monarquía alfonsina para interpretar la historia de España causó el efecto de desterrar de la memoria colectiva del país a personajes como Tresserra. Y ello ante todo porque la interpretación negativa que aplicaron sobre su antecedente histórico –la Primera República– necesariamente adquirió una perspectiva maximalista, ya que no se buscaba condenar la actuación de ciertos individuos, sino la de toda una cosmovisión en su conjunto: la laica republicana. Para tal fin bastaba con concentrar la representatividad de lo que en realidad había sido un complejo y variado movimiento ideológico en unos pocos personajes que lo simplificaban. Castelar y Pi y Margall fueron los dos republicanos más señalados para ello, tanto por su protagonismo durante el Sexenio como por el que habrían de ejercer durante la Restauración.

En todo caso, la mayor parte de la responsabilidad de que Tresserra poco a poco fuese quedando fuera del relato político y cultural de la época recayó en el modo en que sus propios correligionarios, que eran los tutores naturales de su memoria, urdieron el recuerdo de su derrota. Durante la Restauración se formaron hasta cuatro agrupaciones de signo republicano, al frente de las cuales se colocaron ex presidentes como Ruiz Zorrilla, Salmerón, Castelar y Pi y Margall, cuyas relaciones personales y políticas habían salido muy deterioradas de la experiencia del 73. Cada una de los partidos contará con su correspondiente pléyade de propagandistas e historiadores, que editan periódicos y publican libros dirigidos a ofrecer una versión de lo que ocurrió exculpatoria y justificativa de la actuación de los respectivos líderes. Pero sus textos no solo se dirigirán a dirimir responsabilidades pasadas, sino que se proyectarán hacia las disputas políticas del presente desde el que se elaboran. De modo que proselitismo, personalismo, revanchismo y diletantismo, serán las notas que caractericen a la historiografía republicana surgida al calor de su fracaso al frente del gobierno.

Las relaciones personales entre republicanos, los apoyos y adscripciones políticas que establecen entre ellos durante la Restauración, desempeñan por lo tanto un papel determinante en la construcción de la memoria. Personajes como Figueras, Orense, Joarizti, García López, Tressera y muchos otros republicanos destacados en la historia del Partido

que, durante la Restauración y por distintas razones, desaparecerán de la escena política, no participarán en la elaboración del recuerdo; consecuentemente, su huella tenderá a borrarse.

Las circunstancias en que se produjo la muerte de Tresserra en 1880, en medio de un luctuoso silencio impuesto por el gabinete de Cánovas, que mantiene una feroz censura contra toda manifestación de republicanismo, tampoco ayudó a la posterior reivindicación de su figura dentro del movimiento. El hecho de que entre 1875 y 1880 Tresserra no se hubiese decantado por ninguna opción republicana cimentó aún más su orfandad política: el catalán tan solo resultaba representativo del fracaso pasado de la experiencia republicana, que en aquel momento hasta sus propios protagonistas trataban de olvidar. A ello habría que sumar que la carrera política de Tresserra en el seno del Partido Demócrata se había definido por su independencia de criterios y la crítica continua a los personalismos, lo que fue alejándoles paulatinamente de los círculos de poder de su Partido. De este modo, el catalán constituía sobre todo un referente de la masa federal identificada con la intransigencia, que será precisamente la más vilipendiada por el común de los historiadores republicanos y que carecerá de una corriente sólida y propia de propagandistas.

Fundamentalmente, dos son los aspectos que pueden destacarse en la trayectoria de Tresserra que colisionan con los esquemas explicativos tradicionales. En primer lugar, su valor como representante de un ala del movimiento federal volcada en la misión pedagógica y en la consiguiente forja de un humanismo popular. Pese a la derrota política de los federales, gracias a labor de difusión y agitación cultural desempeñada durante décadas por figuras olvidadas como la de Tresserra, se fue creando un movimiento interclasista que consiguió aglutinar a una parte importante del país y crear una nueva alternativa cultural, ideológica y vital en torno a los valores democráticos. La cual, además, disfrutará de un considerable y longevo arraigo entre la población española. Todo ello desmiente un muy difundido cliché historiográfico que arranca de ciertas corrientes marxistas que, inmersas en la disputa del apoyo popular con otros agentes ideológicos, como el liberalismo democrático, querrán arrogarse en exclusiva la representatividad de este estrato social. Uno de los puntos fundamentales de su crítica hacia lo que denominaban democracia burguesa lo constituía la dejación pedagógica, esto es, acusaban a los federales de mantener deliberadamente en la ignorancia al pueblo, en coherencia con la preconización de la lucha de clases como motor dialéctico de la historia. El enorme influjo del pensamiento marxista durante gran parte del siglo XX propiciará una interpretación acorde a estas pautas, incluso en sectores no adscritos a estas escuelas, de manera que se mutilarán del relato de lo acontecido numerosos fenómenos que contradigan esta versión. De entre ellos destaca la

minusvaloración del discurso pedagógico construido por los republicanos decimonónicos, que, en realidad, como vienen a demostrar el recorrido vital y el legado intelectual de personajes como Tresserra, habían hecho de la universalización del conocimiento la piedra angular de su doctrina.

De acuerdo con estos esquemas interpretativos del republicanismo del XIX, figuras como la de Tresserra resultaban inexplicables. De hecho, el estudio de la trayectoria del catalán descubre una novedosa tipología de político del periodo que resulta inasequible a los estereotipos forjados para clasificar a los federales de la *Setembrina*: o bien el de radical intransigente y violento, o bien el del intelectual desconectado de la realidad. Uno de los rasgos que singularizan a Tresserra es la posición intermedia que ocupó entre los cuadros dirigentes del Partido y la base popular. Numerosos episodios de su vida nos lo muestran moviéndose con naturalidad entre las distintas esferas, en coherencia con su mentalidad democrática y su vocación pedagógica. El acercamiento a la vida de Tresserra como decíamos nos ofrece asimismo un ejemplo de entrega incondicional y absoluta por una causa ideológica. Sus luchas, sacrificios y padecimientos personales son la encarnación de otra cara del idealismo, que contrasta con la esperpéntica imagen que nos devuelve el apelativo de idealista aplicado a los republicanos de *La Gloriosa*, y que es producto de la acumulación de tópicos históricos adversos.

En segundo lugar, nuestro escritor resulta ser también exponente español de un prototipo de revolucionario transnacional que Pura Fernández ha venido designando como *soldados fieles de la prensa y de la República Europea*. Tales sujetos compartían una serie de rasgos: eran republicanos de firmes convicciones democráticas, avezados en la escritura y la acción revolucionaria, procedentes sobre todo de un país latino y decididamente inmersos en proyectos políticos de vocación universalista. Aspecto este que resulta ser uno de los menos atendidos por la historiografía sobre el movimiento democrático decimonónico, tanto a escala nacional como internacional.

El segundo gran bloque que constituye nuestra investigación, y que se corresponde con los tres últimos capítulos de esta tesis, los hemos dedicado a analizar tanto la obra narrativa de Tresserra en el contexto histórico cultural en el que se desarrolló, como el proceso historiográfico que ha venido labrando su marginación también en esta faceta.

De la investigación realizada podemos concluir que el paradigma crítico en torno a la literatura de folletín decimonónica se ha construido a lo largo del siglo XX a partir de una especie de deformación del código artístico, como su reverso; aunque se explica y percibe como una estructura asimilable a coordenadas precisas y coherentes. Las notas que

caracterizan a esta narrativa, por oposición a la canónica, son las de mercantilización, anti-artisticidad y conformismo ideológico.

En el trabajo hemos tratado de evidenciar el reduccionismo e inexactitud de estos juicios respecto a una buena porción de la novelística popular del XIX. Para ello nos hemos fijado en el contexto histórico, político, sociológico y cultural en el que se ha ido fraguando este modelo crítico; el cual ha dado como resultado la sustitución del estudio riguroso de ciertas obras literarias a partir de la apreciación de algunos de sus rasgos externos, como las circunstancias de publicación, su temática, su volumen o su aceptación entre un gran público, por la forja de una serie de pautas y etiquetas literarias de aplicación automática.

En especial, hemos dirigido la mirada al desarrollo de este proceso en España. Dos son las características básicas que definen al canon literario español forjado a partir del siglo XIX. Por un lado, se aprecia que es más ideológico que literario, lo que determina que en la selección de autores desarrolle un papel determinante su adecuación a los discursos identitarios de los ocupantes del poder político; y, por el otro, es un canon que, como dice Mainer, expresa un “escaso acuerdo de la literatura española consigo misma”; es decir, se trata de un canon “que a menudo se ha basado sobre la negación política e histórica de una parte de su propia tradición estética” (1994: 24).

Ese “desacuerdo de la literatura española consigo misma” se manifestará en modo diáfano en el uso abusivo que se hará de la separación entre paraliteratura y literatura aproximadamente a partir de 1870. Desde ciertos sectores del sistema literario, coincidiendo con la atmósfera de exaltación intelectual que produce *La Gloriosa*, se comienza a elaborar la tesis del renacimiento de la novela española. Para sostener este discurso era necesario partir de dos premisas: primera, que la anterior narrativa española había sido una ruina; y segunda, que existía una nueva generación señalada para fundar una nueva novelística patria.

La campaña que emprendieron los miembros de la llamada generación del 68 contra la novela popular se fundó en gran parte en una retórica nacionalista. Se proclamó que la ausencia de una narrativa propia constituía una imperdonable falla de nuestra cultura respecto a la de los vecinos europeos. Discurso que enlazaba con el sentimiento de atraso general de España en todas las demás disciplinas, no solo artísticas, respecto al resto del continente, y que impregnó la actividad de nuestros intelectuales a lo largo del siglo XIX. De este modo, la percepción de una anomalía patria, abonada por la sensación de decadencia que se va apoderando del país a medida que pierde jerarquía en el escenario mundial, condiciona y se vincula con la elaboración de la historia de la literatura nacional. Lo que, en

cierto modo, será aprovechado por una nueva hornada de escritores como reclamo para la aceptación de sus obras.

Otra parte indisoluble y consecuente del discurso con el que los nuevos autores buscaron introducirse en el sistema literario lo constituía la propagación de la idea del nacimiento de una nueva estética que rompía con todo lo conocido. Así, proliferaron las proclamas de autoafirmación artística, en forma sobre todo de manifiestos, artículos y ensayos literarios, dirigidos a postular una ruptura radical respecto a las poéticas anteriores. El realismo aparecerá como el membrete de esta supuesta revolución literaria, que se colocará bajo la égida filosófica del positivismo. Se fragua así una suplantación de etiquetas, positivismo y realismo, por idealismo y romanticismo. Las nuevas divisas se presentan ante todo como antagónicas de las anteriores. Los escritores de la naciente generación proclaman la necesidad de que las novelas se fijen en la realidad contemporánea, que entren a analizarla y retratarla; y, sobre todo, abominan de los golpes de efecto y el tono melodramático y fantasioso que, a su juicio, define a la narrativa isabelina.

Asimismo, tal construcción se realizó enarbolando la bandera del “arte por arte”, en coincidencia con lo que sucedía por entonces en Francia, donde una nueva generación representada por Flaubert o los Gouncourt proclamaba la independencia de la literatura respecto del mercado, es decir, de las exigencias del gusto del público mayoritario. Estos grupos de novelistas, tanto los franceses como los españoles, reunían una serie de rasgos comunes: procedían de provincias, estaban en posesión de una cultura humanística considerable pero veían frustradas sus expectativas de integrarse en el aparato burocrático del poder, plataforma desde la que se accedía al ruedo literario. Esto es, puede sostenerse que la proclamación de la autonomía del arte respecto a todos sus condicionantes, no nació tan solo de un programa estético, sino también de la imposibilidad que encontraron estos escritores para desarrollar su carrera.

Por lo tanto, tres notas caracterizaron la irrupción de los Galdós, Clarín o Pardo Bazán en el panorama literario de su época: el uso de una retórica nacionalista, la postulación de una nueva poética radicalmente opuesta a la hasta entonces existente y la proclamación de la independencia de la literatura respecto a los designios del mercado. La posterior canonización de la escuela que representaron supuso la adopción por parte de los historiadores de la literatura del relato crítico que habían elaborado. En adelante, la narrativa isabelina será observada como un periodo vergonzante para las letras del país; incluso durante mucho tiempo circulará la idea de que durante el siglo XIX en España no habían existido obras que mereciesen el calificativo de novelas hasta la década de 1870. Ello

ocurrirá porque, de acuerdo a la tesis de los autores de la generación del 68, la novela moderna solo podía ser definida a partir de la asunción de la poética realista. Por lo tanto, desde este lugar crítico, se negará a otras tipologías narrativas la condición de novelas, y del mismo modo se trasladará la idea de la ausencia de todo rasgo realista en las producciones literarias anteriores. Por último, la dicotomía que establecieron entre literatura verdadera y literatura mercancía supondrá que toda la novelística ajena a su escuela, especialmente aquella que disfrutaban de un amplio éxito entre el público, fuese expulsada del recinto de lo artístico.

En definitiva, cabe apuntar que numerosos factores que se hallan presentes en los debates literarios nacionales entre 1850 y 1870, etapa en que Tresserra escribe su obra, se reactivarán o continuarán vigentes veinte años después. Se discute en ambos periodos sobre la necesidad de crear una narrativa esencialmente española divorciada de unos moldes extranjeros, y también se repiten polarizaciones como las del arte por el arte o la tesis política, o como las de espiritualismo o materialismo. Sobre todo, tanto en el decenio de 1860 como en el de 1880, se produce una gran cantidad de novelas que tienen su referente creativo en la realidad contemporánea. Serán luego las etiquetas literarias forjadas interesadamente por grupos de escritores y por ciertas metodologías críticas las que tenderán a crear lugares teóricos de imposible pureza. O lo que es lo mismo, la cesura radical proclamada respecto a la narrativa isabelina, luego subsumida bajo la etiqueta de folletinesca, resulta ser interesadamente falsa.

Así, de acuerdo con estas pautas, en el capítulo cinco articulamos un nuevo marco desde el que enfocar la literatura de folletín del XIX. El eje de nuestra exposición lo ha constituido uno de los factores que consideramos cardinales de una buena parte de esta literatura: su didactismo. Y ello porque consideramos que la narrativa de Tresserra es una muestra inmejorable de como muchas novelas de literatura popular, en contra de lo postulado por la historiografía literaria, se configuraban fundamentalmente como instrumentos de educación de la ciudadanía en los valores democráticos.

En nuestra opinión, la ocultación de esta veta de gran parte de la literatura social del XIX se explica por diversos factores, como los intereses de la escuela del naturalismo y su posterior canonización o como la influencia de la doctrina marxista. La mercantilización de las obras aparece de esta manera como la idea base que explica y determina todos los rasgos estéticos, ideológicos y sociales de la narrativa popular. Traducido a la imagen panorámica que se formará sobre este tramo de la historia de la literatura, que se extiende entre 1840 y 1870 aproximadamente, es que la novela se convierte en una mercancía más. En este cuadro

general, las intenciones humanitarias que proclaman los más afamados escritores, que a menudo por su éxito se convierten también en los más adinerados, quedan bastardeadas sin solución. Los románticos sociales serán juzgados en el futuro en cuanto estetas, bajo el prisma además del radical antimelodramatismo de las poéticas realistas, obviando que sus intenciones habían sido primordialmente las de educar al pueblo, por lo que habían tratado de adecuar sus medios expresivos a la mentalidad, gustos y posibilidades de este. Es decir, se mutila del estudio factores decisivos de su poética que al cabo desfiguran cualquier análisis estético o ideológico. Estos últimos, hemos visto que no han faltado, aunque han sido realizados comúnmente con los parámetros de la ideología marxista, naturalmente hostiles. Nuestro cometido aquí ha sido por lo tanto el de enfocar la literatura de la época desde este ángulo pedagógico y proselitista que también admite, y que hemos considerado como el más apropiado para entender la narrativa de escritores como Tresserra.

El uso de la narrativa como instrumento educativo de la ciudadanía fue un fenómeno europeo que tuvo su origen en Francia, desde donde se extendió luego al resto de países. La propagación de los folletines sociales causó una alarma inusitada en todo el continente. Los novelistas visitaban con frecuencia la cárcel, sus editores afrontaban enormes multas y los lápices rojos del censor mutilaban obras enteras. El estallido simultáneo en 1848 de una revolución bajo consignas democráticas en varios países europeos, entre ellos España, supondrá el recrudecimiento de las medidas represivas sobre la libertad de imprenta; la literatura será una de las principales damnificadas. Numerosos testimonios de la época, procedentes de los más variados estratos sociales y sectores ideológicos, señalaron como responsable primero de las revueltas y exigencias democráticas a la difusión de cierta literatura de folletín. Sin embargo, a medida que se vaya construyendo una imagen paródica de este género de literatura, todo ello irá pasando progresivamente desapercibido para la historiografía y para la crítica.

De este modo, en la investigación hemos detectado la presencia de legiones de novelistas -hoy absolutamente olvidados- que siguiendo las pautas narrativas establecidas por estos modelos triunfantes usaron la literatura como un instrumento más de lucha en su apostolado democrático. Podemos afirmar que el conocimiento de este fenómeno oculto constituye una plataforma inexcusable de estudio para comprender cabalmente el movimiento democrático del siglo XIX; así como los precedentes y fundamentos históricos que en la actualidad conforman la Unión Europea.

En España, este movimiento democrático-literario tuvo un importante arraigo. No obstante, como sucedió en el resto de Europa, la ola de represión desatada por el Gobierno a

raíz de las revoluciones de 1848 mermó considerablemente el número de novelistas dispuestos a arriesgar su bienestar en aras de un ideal político. La instauración de una férrea legislación para la represión política y restrictiva de la libertad de imprenta no solo afectó a los escritores, sino también a sus editores, que corrían el peligro de ver arruinados sus negocios por las multas que imponía la censura. En la tesis, nos hemos acercado al grupo de literatos y editores que, pese a los obstáculos que encontraron para divulgar su credo democrático, decidieron desafiar este estado de cosas. Tresserra es por lo tanto una figura altamente representativa de este colectivo, al igual que lo son editores como Salvador Manero o López Bernagosi, ambos afincados en Barcelona, de cuyas prensas salió la mayor parte de la novelística de nuestro autor.

Las peculiaridades de la situación política de España respecto a otros países europeos, cuyas conquistas democráticas serán considerablemente mayores, supondrá que los *soldados fieles a la prensa y a la República* prolonguen sus actividades durante más tiempo, y que estas vayan adquiriendo contornos propios.

En nuestro país, la reivindicación de la universalización de la enseñanza y de su laicización se encontró con la enconada oposición de la Iglesia católica, cuyo estatus privilegiado como religión oficial del Estado la dotó del dominio y control de la educación. Ello propició que los republicanos, portadores de una cosmovisión que colisionaba con cualquier ortodoxia religiosa, buscasen otras vías por las que llegar a la población, toda vez que la libertad de asociación se encontraba fuertemente reprimida.

De un lado, la imposibilidad de establecer escuelas que se desviasen de la doctrina católica y, de otro, los estrechos márgenes para la divulgación de pensamiento que dejaba la legislación sobre la imprenta, fueron factores decisivos que impulsaron a buscar alternativas proselitistas a los propagandistas de la democracia. La literatura en general, y la novela en particular, apareció como el medio más adecuado para lograr estos fines. En primer lugar, porque a las autoridades no les resultaba posible prohibir toda la literatura en bloque, como si habían podido hacer con las asociaciones obreras. En segundo lugar, el carácter ficticio de la escritura literaria ponía a disposición de los autores subversivos todo un catálogo de estrategias metonímicas con el que burlar la censura, lo cual resultaba mucho más difícil de conseguir a través de la prensa. Y, en tercer lugar, porque gran parte de la población lectora, incluso también parte de la analfabeta a través de las lecturas colectivas, consumía novelas.

Por lo tanto, en el último capítulo de nuestro trabajo, entramos a analizar la obra de Tresserra a la luz de las directrices trazadas en los anteriores apartados, esto es, a partir de su condición de literatura “apostólica y de propaganda”.

Para dar cauce a sus dos inquietudes primordiales: de un lado, mostrar la realidad y analizarla, misión del artista; y, del otro, explicar los vicios y proponer remedios virtuosos, misión del filósofo; el Tresserra novelista, que amalgama ambas facetas, desarrolla un formato narrativo que denomina “Novela filosófico-social”. El rasgo más característico de esta tipología es el cóctel de géneros de escritura que hallamos en ellas. Los artículos periodísticos, cuadros costumbristas, ensayos políticos, científicos o filosóficos aparecen entrelazados, intercalados o injertos improvisadamente en una narración folletinesca que actúa como cauce de un sinfín de informaciones y enseñanzas. La novela se convierte en manos de Tresserra en una vasta síntesis de todos los géneros de escritura posibles; dirigidos, además, a satisfacer cualquier necesidad, ya sea intelectual o psicológica, que se les pueda plantear a sus lectores: instrucción, conocimiento, crítica, entretenimiento, curiosidad, emoción, catarsis, etc.

A la postre, la colección de novelas filosófico-sociales de Tresserra constituye, tanto en su forma como en su contenido, una perfecta síntesis de la labor propagandística llevada a cabo por los demócratas españoles a lo largo del siglo XIX. Por un lado, porque la mezcla de géneros a partir de la cual se tejen las novelas de nuestro autor ofrece un sumario de todos los formatos usados por los republicanos españoles para divulgar sus doctrinas; y, por otro lado, porque el catalán suministra en ellas un repertorio casi exhaustivo de los discursos, temáticas, mitos, reivindicaciones y demás elementos que conformaron el ideario revolucionario del movimiento.

El hibridismo de las novelas de Tresserra responde a su adscripción a la peculiar trayectoria tomada por la novela española desde la década de 1840. Tres parecen ser los rasgos característicos de nuestra literatura social: el tratamiento de la realidad de las distintas esferas de la sociedad, la vocación de convertirse en plataforma de propaganda ideológica e instrumento de educación para los ciudadanos y, por último, la mezcolanza desacomplejada de géneros dispares de escritura. Rasgos que se complementan con el catálogo de personajes, escenas, ambientes y temáticas popularizados por los novelistas franceses entre el público español, y que los escritores patrios adaptan a las circunstancias nacionales.

En nuestro trabajo hemos tratado de señalar que varios autores carismáticos de la novelística decimonónica española ocupada en temas sociales, como Ayguals de Izco, Tresserra, López Bago y Blasco Ibáñez, trazan la columna vertebral de lo que parece haber sido un sólido y heteróclito corpus narrativo, que abarca como mínimo siete décadas y cuyas variantes, ramificaciones y modelos se hallan a la espera de ser estudiados con profundidad desde una óptica renovada.

En cuanto a la arquitectura de la narrativa de Tresserra hemos postulado que el autor dota de contenido filosófico-social a sus obras mediante dos procedimientos fundamentales: la urdimbre de una trama novelesca metonímica y la inserción de documentos extraños a la ficción. En todo caso, el análisis de la estructura, personajes y tramas de sus obras a lo largo del tiempo permiten apreciar una evolución de su poética. En las primeras producciones destaca la preeminencia de los textos exógenos; el autor tiende a convertir sus novelas en revistas científico-literarias. Pero el éxito de Tresserra entre el público con *Los misterios del Saladero* (1860), *La judía errante* (1863) o *El poder negro* (1863), donde abundan los ensayos políticos y filosóficos autónomos, parece ser que agudiza la vigilancia y control de la censura sobre el contenido ideológico de sus novelas. En obras siguientes, como *Los hipócritas* (1864) o *La mujer ajena* (1865), se aprecia que la estrategia de Tresserra para burlar a la censura es la de configurar textos cada vez más literarios, es decir, donde progresivamente se va reduciendo la presencia de los escritos divulgativos; lo que le lleva a cargar los discursos didácticos y propagandísticos sobre personajes y tramas.

Esta circunstancia parece desvelarnos un aspecto desconocido de la práctica censoria durante el reinado isabelino. La profusión de novelas que debían ser objeto de la perquisición de los censores les llevaba a fijar un número dado de entregas a partir del cual la vigilancia tendía a relajarse o sencillamente cesaba. Eso parece indicarnos la composición de la práctica totalidad de las novelas de nuestro escritor. Casi sin excepción, cuando Tresserra ha dispensado unas cuatrocientas páginas – lo cual se corresponde aproximadamente con la mitad de un folletón típico de la época- tanto el contenido como la composición de sus novelas experimentan significativos virajes. El discurso político tiende a hacerse más explícito o las tramas que en principio parecían insustanciales descubren en su matriz una estrategia metonímica dirigida a denunciar déficits democráticos. Todo ello parece responder a una muy estudiada táctica del catalán y de sus editores.

Otro de los aspectos estructurales que deben destacarse de la narrativa de Tresserra lo hallamos en la composición de sus personajes protagonistas. En el trabajo tratamos de demostrar hasta qué punto el paradigma negativo construido en torno al folletín, sobre todo en lo que atañe a su contenido ideológico, se ha basado en ciertos moldes críticos extraordinariamente esquemáticos acerca de la naturaleza de los personajes de la novela popular. Marx y Engels, con sus críticas a los Rodolphe o Fleur de Marie de *Los misterios de París* (1842) de Sue, inauguraron una escuela que recorrería largo camino. En todo caso, nos hemos fijado principalmente en las tesis de Umberto Eco, ya que puede afirmarse que sus trabajos sobre la narrativa popular del XIX han creado la base teórica sobre la que se han

construido las críticas a la novela popular europea en los últimos cuarenta años. Según el semiótico italiano, la figura del héroe de los folletines, que denomina superhombre, desarrolla un papel estructural de primera magnitud que es precisamente el que determina el falso radicalismo de las novelas suecas y la de sus epígonos. Eco dice que la narrativa popular, si bien enseña que existen contradicciones e injusticias sociales, también enseñan que existen fuerzas que pueden sanarlas, pero como son tan fabulescas como la que encarna el Rodolphe de *Los misterios de París* dicha circunstancia anula cualquier subversividad real. La estructura narrativa del folletín, al estar basada en la ininterrumpida sucesión de crisis y sus correspondientes soluciones, se convierte de este modo en una máquina gratificatoria del lector. Observa Eco que todos los superhombres son “superburgueses” extraordinariamente dotados de inteligencia, moralidad, astucia, fuerza y.... dinero. Se caracterizan también, dice Eco, por decidir por cuenta propia qué es lo que le conviene a la plebe oprimida y como debe ser realizado; es decir, contemplan al pueblo desde un punto de vista autoritario y paternalista. El superhombre se limita a imponer su propio criterio de lo justo, destruye a los malvados, recompensa a los buenos, y reestablece la armonía quebrada.

En sus novelas, Tresserra se propone claramente voltear el paradigma del superhombre folletinesco; de manera que parece comportarse como un consciente enmendador de los Sue o Dumas. El ejemplo más acabado de ello lo encontramos en la figura del benefactor y filántropo David de *El poder negro*. David ni es un genio justiciero como el Rodolphe de *Los misterios de París* o el mismo Montecristo de Alejandro Dumas, ni un genio del bien como el Jean Valjean de *Los miserables*; si puede considerársele un genio, lo sería en todo caso de la pedagogía. Y, como es sabido, el gran logro de todo pedagogo es el de enseñar a cada cual a valerse por sí mismo, a alcanzar su propia autonomía; habilidades que demuestra David al frente de su sociedad secreta. Las hazañas del héroe tresserriano consisten por lo tanto en tender una mano a aquellos que la necesitan, ya sea en forma de ayudas económicas para activar un negocio, ya sea en forma de contactos con otra gente con la que intercambiar sus servicios. Los héroes de las novelas de Tresserra se dirigen precisamente a demostrar que resultan inútiles las actuaciones de los superhombres de los folletines, pues solo las reformas legales en sentido democrático pueden invertir las tremendas injusticias sociales que aquejan al país.

En resumidas cuentas, las obras de nuestro catalán no están construidas a partir de la figura de un personaje atractivo, sino a partir del mensaje filosófico-social que quiere trasladar el autor. Anticipándose a la perspectiva crítica de los Marx, Gramsci o Eco, aprecia que el superhombre obstaculiza y desvirtúa un mensaje verdaderamente democrático, por lo

que lo aparta. No por ello podríamos concluir que sus novelas dejan de pertenecer al género de la novela popular; y tampoco debemos llegar a afirmar que Tresserra es un cultivador extravagante o muy original del género. Ocurre simplemente que la naturaleza de esta narrativa es mucho más flexible de lo que ciertas fórmulas críticas, prejuiciosas y perezosas han tenido a bien conceder.

En cuanto a las temáticas de la narrativa del catalán, en el trabajo hemos escogido tres líneas argumentativas preferentes a través de las cuales exponer el discurso propagandístico y educativo que Tresserra busca trasladar a sus lectores. En primer lugar, destaca el retrato adverso que realiza de la sociedad española isabelina en su conjunto. En la colección de sus novelas encontramos una recreación minuciosa, siempre desde su óptica democrática y por la tanto crítica, de las instituciones sociales y políticas que la componen, como la Monarquía, el aparato burocrático, la Administración de Justicia, el periodismo, el Parlamento, la Iglesia católica, la aristocracia, la burguesía e incluso las clases menesterosas. La hipocresía moral que, según Tresserra, caracteriza a la vida española es la que define la naturaleza y actuaciones de la mayoría de individuos que forman parte de estos entes sociales. De la misma manera, las invectivas hacia los vicios generalizados que observa tienen su contrapartida en la proposición de un universo moral alternativo que encarna la doctrina republicana. Así, nuestro autor, mediante las vicisitudes a las que somete a sus personajes se propone educar a sus lectores en la necesidad y justicia de instituciones como el jurado popular, el divorcio, el matrimonio civil o incluso el amor libre,

En segundo lugar, otro de los motivos omnipresentes en la narrativa del catalán es la reivindicación del asociacionismo, prohibido durante la práctica totalidad del reinado de Isabel II. El derecho de asociación constituyó uno de los pilares básicos de las doctrinas revolucionarias del XIX; y a través de él, el catalán expone el resto de demandas democráticas, como la de la libertad de educación, el derecho a constituir escuelas extraoficiales, o la libertad de opinión, que conlleva la petición de fundar toda clase de partidos políticos. Asimismo, aquí cabe encuadrar la defensa y difusión que lleva a cabo el catalán de las sociedades secretas republicanas de la época. En varias de sus novelas encontramos un exhaustivo retrato del funcionamiento interno de estas y de las diversas clases existentes, todo lo cual a la postre conforma un documento histórico inédito que podría contribuir a esclarecer los aspectos oscuros que a menudo se aprecian en los estudios sobre la materia.

Por último, la defensa de la igualdad de las mujeres es un tema transversal en la narrativa de nuestro autor. Para Tresserra la consecución de la autonomía e independencia

femeninas en todas las esferas es un paso imprescindible para consolidar una España democrática. En este punto, el discurso del catalán puede afirmarse que se cuenta entre los más avanzados emitidos por español alguno durante el siglo XIX; para él, no hay justificación alguna para oponerse a la equiparación radical y absoluta de ambos sexos en todos y cada uno de los ámbitos sociales. En este sentido, destaca el riguroso análisis, mediante la aportación de datos, informes y estadísticas, que nuestro autor lleva a cabo sobre las condiciones laborales de las mujeres de su época.

Para ir terminando esta conclusión nos permitiremos un juicio sobre nuestro propio trabajo. A medida que lo elaborábamos, de la pretensión planteada desde el inicio de analizar distintos procesos de construcción historiográfica se fue desprendiendo una importante consecuencia: la contemplación del condicionamiento que ejercen los contextos históricos en la interpretación de los fenómenos nos puso a cada paso ante esta misma circunstancia respecto a la labor que nosotros realizábamos. Factores como la bancarrota de las teorías literarias, el auge de los estudios culturales, la consolidación de un régimen democrático en nuestro país y su plena integración en el proyecto de construcción de la Unión Europea, no hay duda que han actuado como orientadores decisivos de los enfoques e interpretaciones que hemos vertido en esta exposición. Es decir, el habernos fijado en Ceferino Tresserra, y el modo en que lo hemos hecho, responde a unas coordenadas precisas que son fruto de la atmósfera en la cual se elabora nuestro trabajo.

Así, debe apreciarse que descubrir y denunciar fallas y paradojas, o ver conspiraciones históricas en las que el mundo ha sido retratado del revés, donde todo se halla manipulado y todo debe rehacerse, si no viene acompañado de la conciencia de la relatividad de las propias opiniones, pone en riesgo al investigador de creerse de algún modo fuera o por encima de la historia. En este trabajo, para evitar caer en lo posible en tal actitud hemos escogido un camino que podría encuadrarse en los conocidos como estudios sobre historia de las mentalidades y de la cultura. Es decir, hemos tratado de analizar y comprender los elementos tratados a partir de una concepción de estos acorde a la que tenían sus contemporáneos. Pero sin olvidar que dicho filtro inevitablemente reflejaba nuestro concreto punto de vista. Es por ello que reconocemos de antemano la posible inexactitud o interinidad de una buena parte de nuestras apreciaciones.

BIBLIOGRAFÍA

1. BIBLIOGRAFÍA PRIMARIA

1.1 Obras de Ceferino Tresserra

1851. MBC. *La marquesa de Bella-Cruz*. Villanueva y la Geltrú: Imprenta y Librería de Pers y Ricart. 518 pp. [Novela].

1859. FPC. *Francisco de Paula Coello*. En *Colección de Crímenes Célebres Españoles*. Dirigida por Manuel Angelón. Barcelona: Imprenta y librería de López Bernagosi. 58 pp. [Relato literario].

1860. MS. *Los Misterios del Saladero. Novela filosófico-social*. Barcelona: Imprenta y librería de Salvador Manero. 958 pp. [Novela].

1861. ACS. *¿Los anarquistas, socialistas y comunistas son demócratas?* Barcelona: Imprenta y librería de Salvador Manero. 75 pp. [Folleto político].

1862. JE. *La judía errante. Novela filosófico-social*. Barcelona: Imprenta y librería de Salvador Manero. 667 pp. [Novela].

1862. LO. “Algunas consideraciones sobre la familia proletaria”. En *El libro del obrero*. Prólogo de Ceferino Tresserra. Barcelona: Establecimiento tipográfico de Narciso Ramírez, pp. 153 a 166.

1863. PN. *El poder negro. Novela filosófico-social*. Barcelona: Imprenta y librería de Salvador Manero. 884 pp. [Novela].

1864. LH. *Los Hipócritas. Novela filosófico-social*. Barcelona: Imprenta y librería de Salvador Manero. 879 pp. [Novela].

1865. MA. *La mujer ajena. Novela de costumbres*. Barcelona: Imprenta y librería de Salvador Manero. 784 pp. [Novela].

1867. VP. Enrique Werty de Guzmán [seud.]. *Vicente de Paul o el amor por caridad de Dios*. Prólogo de Enrique Moreno Cebada. Madrid: Imprenta de Eusebio Freixa. 889 pp. [Novela].

1868. CDR. *Catecismo democrático republicano*. Madrid: Imprenta y librería de Manuel Galiano. 32 pp. [Folleto político].

1869. GU. *Gutenberg. Drama en tres actos*. Madrid: Imprenta y librería de Juan Antonio García. 53 pp. [Obra dramática].

1870. CFRD. *Catecismo de la Federación Republicana Democrática*. Madrid: Imprenta y librería de Moliner y Compañía. 54 pp. [Folleto político].

1871. HD. *¿Hay Dios? Estudio crítico-filosófico de la cuestión de las cuestiones*. Madrid: Imprenta de J. García. 30 pp. [Ensayo filosófico].

1876. MC. *Las máquinas de coser. Pieza dramática en un acto y en verso.* Barcelona: Estudio tipográfico de Luis Tasso. 31 pp. [Obra dramática].

1.2 Obras en las que colaboró

1852. Co-autor junto a Monturiol, Narciso; Terradas, Abdón; etc. *Catecismo democrático*. [Folleto propagandístico]. (Buxader, 2005)

1859. Evaristo Ventosa [seud.]. Co-autor junto a Garrido, Fernando. *Espanoles y marroquíes. Historia de la Guerra de África*. Barcelona: Imprenta y librería de Salvador Manero. [Ensayo político]¹⁷³.

1860. Evaristo Ventosa [seud.]. Co-autor junto a Garrido, Fernando. *La regeneración de España*. Barcelona: Imprenta y librería de Salvador Manero. [Ensayo político]¹⁷⁴.

1870. Co-autor junto a Calvo Romeral; Cañete, Jesús; etc. *Historia y Panorama de la guerra de Francia*. [Crónica periodística]. (López Cordón, 1975: 380)

1871. *Los rojos. La Revolución Francesa de 1870. Novela histórica*, v. II. Madrid: Editor Manuel Rodríguez; Imprenta M. Martínez. [Novela]¹⁷⁵.

1991. Co-autor junto a Pers Ricart, Josep; y Creus y Corominas, Teodor. *Los Misterios de Villanueva*, vs I y II. Prólogo y edición de Albert Virella i Bloda. Villanueva y la Geltrú: Institut d'Estudis Penedesencs. [Novela]¹⁷⁶. (1991, Virella i Bloda: I)

¹⁷³ En nuestra opinión, no hay duda de que determinadas partes de esta obra fueron redactadas por Tresserra y otras por Fernando Garrido. Sin embargo, resulta aventurado fijar con rotundidad otros pasajes que parecen debidos a un tercer autor anónimo. Cabe apuntar que Molins atribuye a nuestro autor el uso del seudónimo de Evaristo Ventosa (1972: 698); pero, por otro lado, en su catálogo de seudónimos literarios Rogers y Lapuente se lo adjudican en exclusiva a Fernando Garrido (1977: 458); al igual que Hartzenbusch en el suyo (1904: 136)

¹⁷⁴ A esta obra se le pueden aplicar con exactitud las consideraciones expuestas respecto a *Espanoles y Marroquíes*.

¹⁷⁵ Como dijimos, creemos que tal obra no fue escrita por nuestro autor. Aunque como también decíamos resulta probable que el primer volumen de *Los rojos* sí correspondiese a la pluma de Tresserra. Véase la página 156 y siguientes de este trabajo, donde ofrecemos un análisis más pormenorizado acerca de este texto.

¹⁷⁶ A nuestro juicio, la colaboración de Tresserra en este texto resulta cierta. A ello nos inclina pensar la estrecha relación periodística y literaria que mantuvo nuestro novelista con los otros co-autores durante el periodo de redacción de *Los misterios de Villanueva*. Virella i Bloda atribuye a Tresserra aquellas partes de la novela que presentan un marcado tono ideológico (1991: I); no obstante, tras su lectura, nos ha resultado algo complicado determinar con claridad qué pasajes pudo escribir nuestro novelista, pues la trama general de la obra parece evitar deliberadamente las alusiones políticas demasiado explícitas; lo cual se corresponde con las intenciones declaradas en el prólogo de *Los misterios de Villanueva* por Pers y Ricart, principal impulsor de la obra. Escribe: “¿Será esta revolucionaria y social, lo cual divide a la gente y excita el odio?” (1991: IX); es decir, Pers avisa a sus lectores que la novela que tienen entre manos no trata de emular a otras como *Los misterios de París* o *La judía errante* de Eugène Sue, referentes novelescos de la época para una buena parte de los literatos españoles de entonces. En suma, la participación de Tresserra debe entenderse como un ejercicio de novelista en ciernes que acepta prestar su pluma para llevar a cabo un proyecto común con sus amigos.

1.3 Obras desaparecidas o no localizadas

1852. *Julio el Bastardo o Del patíbulo al poder.* Barcelona: Imprenta de Narciso Ramírez. [Obra dramática].

(Molins, 1972: 698)

1855. *El porvenir de las asociaciones de la clase obrera; origen y estado actual de la cuestión del trabajo en Cataluña.* Barcelona: Imprenta de Narciso Ramírez. [Folleto político].

(Molins, 1972: 698)

1856. *Las dos banderas del pronunciamiento de 1854; o sea, rasgos de la Unión progresista-moderada. Propaganda democrática.* Barcelona. [Folleto político].

(Columbrí, 1857: 163; Maluquer de Motes, 1977: 394)

1856. *Carta de un demócrata confinado, dirigida al excelentísimo señor don Juan Zapatero, Capitán General del ejército y principado de Cataluña.* [Folleto político].

(Eiras Roel, 1967: 224)

1857. *Cuadro Sinóptico del derecho democrático.* [Hoja propagandística].

(Fernando Garrido, 1869: 361)

1863. *Carta a los doce Reverendos presbíteros de la ciudad de Barcelona.* Barcelona: Salvador Manero. [Folleto político].

(V. Balaguer: 1863, v. V)

1863. *Contestación al opúsculo de D. Eduardo Vilarrasa: La jurisdicción y las aspiraciones del clero a la enseñanza.* Barcelona: Imprenta y librería de Salvador Manero. [Folleto político].

(Molins: 1972: 698)

1868 a 1874. *La medalla republicana. Pieza en un acto.* [Obra dramática].

(Molins: 1972: 698)

1869. *Cuadro Sinóptico del derecho democrático.* [Hoja propagandística].

(Molins: 1972: 698)

...-. *Tablas del derecho democrático.* [Hoja propagandística].

(Molins: 1972: 698)

...-. *La llave en el ventano.* [Pieza teatral]. [Obra dramática].

(Molins: 1972: 698)

2. BIBLIOGRAFÍA SECUNDARIA

Abad Nebot, F. (2002) *Teoría de la novela y novela española*. Madrid: UNED.

Abellán, José Luis. (1996) *Historia del pensamiento español de Séneca hasta nuestros días*. Madrid: Espasa Calpe.

----- (1984) *Liberalismo y romanticismo. Historia crítica del pensamiento español*, v. IV. Madrid: Espasa Calpe.

Abellán, Manuel. (1987) “Fenómeno censorio y represión literaria”. En *Censura y literaturas peninsulares*. Ámsterdam: Rodopi (Diálogos hispánicos de Ámsterdam, nº 5), pp. 8 a 25.

Adorno, Theodor W; y **Horkheimer, Max.** (2003) *Dialéctica de la Ilustración*. Introducción y traducción de Juan José Sánchez. Madrid: Trotta.

----- (1979) “Riassunto sull’industria culturale”. En Giuseppe Petronio (ed.), *Letteratura di Massa. Letteratura di consumo. Guida storica e critica*. Milán: Universale Laterza, pp. 5 a 17.

Aguinaga Alfonso, Magdalena. (1998) “El cuento costumbrista como género de transición entre el artículo de costumbres y el cuento literario”. En Luis F. Díaz Larios y Enrique Miralles (coords.), *Del Romanticismo al Realismo. Actas del primer coloquio celebrado en Barcelona del 24 al 26 de octubre de 1996*. Barcelona: Universidad de Barcelona, pp. 331 a 343.

Agulló y Cobo, Mercedes. (1995) *La colección de teatro de la Biblioteca Municipal de Madrid*. Edición de Ascensión Aguirre Martínez. Madrid: Artes Gráficas Municipales.

Aja, Eliseo. (1976) *Democracia y socialismo en el siglo XIX español. El pensamiento político de Fernando Garrido*. Madrid: Edicusa.

Alas, Leopoldo “Clarín”. (2008) “El melodrama”. En *Las Novedades* de Nueva York, 3 de enero de 1895: www.cervantesvirtual.com [12 de enero de 2008].

----- (2005) “Del estilo en la novela”. En Jean-François Botrel e Yvan Lissorgues (eds.), *Obras Completas. Artículos (1882 a 1890)*, v. VII. Oviedo: Nobel, pp. 118 a 120.

----- (1999) *La Regenta*, v. I. Edición de Joan Oleza. Madrid: Cátedra.

Alborg, J. L. (1996) *Realismo y naturalismo. La novela. Parte primera*. En José Luis Alborg (ed.), *Historia de la literatura española*, v. V. Madrid: Gredos.

Albornoz, Álvaro de. (1919) *El partido republicano*. Madrid: Biblioteca Nueva.

Alexandrian, Sarane. (1983) *El socialismo romántico*. Traducción de Carmen Pallach. Barcelona: Laia.

Allison Peers, E. (1982) “Romanticismo y eclecticismo”. En Iris Zavala (coord.), *Romanticismo y Realismo. Historia y crítica de la literatura española*, v. V. Dirigida por Francisco Rico y A. D. Deyermond. Barcelona: Crítica, pp. 48 a 54.

Almanaque de la Democracia para el año 1865. (1865) Madrid: Imprenta de la Democracia de Antonio Galdó.

Alonso Seoane, María José. (1998) “La primera versión de *De Villahermosa a la China* en prensa”. En Luis F. Díaz Larios y Enrique Miralles (coords.), *Del Romanticismo al Realismo. Actas del I coloquio celebrado en Barcelona del 24 al 26 de octubre de 1996*. Barcelona: Universidad de Barcelona, pp. 381 a 389.

(1997) “Narrativa de filiación atípica”. En Guillermo Carnero (coord.), *Siglo XIX (I) Historia de la literatura española*, v. VIII. Dirigida por Víctor García de la Concha. Madrid: Espasa Calpe, pp. 696 a 709.

Altadill, Antonio. (1969) *Barcelona y sus misterios*. Barcelona: Taber.

----- (1860) *Garibaldi en Sicilia o la unidad italiana*. Barcelona: Imprenta Hispana de Vicente Castaños.

Álvarez Barrientos, J.; y Rodríguez Sánchez de León, María José. (1997 a) *Diccionario de la literatura popular española*. Salamanca: Colegio de España.

----- (1997 b) “El mundo teatral desde la muerte de Fernando VII”. En Guillermo Carnero (coord.), *Siglo XIX (I) Historia de la literatura española*, v. VIII. Dirigida por Víctor García de la Concha. Madrid: Espasa Calpe, pp. 254 a 267.

Álvarez Junco, J. (2001) *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*. Madrid: Taurus.

----- (1971) *La comuna en España*. Madrid: Siglo XXI.

Álvarez Lázaro, Pedro. (2005) *La masonería, escuela de formación del ciudadano. La educación interna de los masones españoles en el último tercio del siglo XIX*. Madrid: Universidad Pontificia de Comillas.

----- (1985) *Masonería y librepensamiento en la España de la Restauración. (Aproximación histórica)*. Madrid: Universidad Pontificia de Comillas.

Aminzade, Ronald. (2005) “Entre movimiento y partido: la transformación del republicanismo francés en la segunda mitad del siglo XIX”. En *Política*, nº 44. Traducción de Elisa Campbell y José Luis León. Madrid, pp. 61 a 86.

Amores, Monserrat. (2004 a) “La crítica literaria de la novela francesa en el *Semanario Pintoresco Español*”. En M. Giné y Y. Domínguez (eds.), *Prensa hispánica i literatura francesa al segle XIX. Petits i grans ciutats*. Lérida: Universidad de Lérida, pp. 80 a 93.

----- (2004 b) “*Los misterios de Barcelona y Barcelona y sus misterios: cara y cruz del folletín español*”. En *El folletín: un género marginal en las letras españolas del siglo XIX*. En *Ínsula*, septiembre de 2004, nº 693, pp. 5 a 7.

Anderson, Perry. (2000) *Los orígenes de la posmodernidad*. Traducción de Luis Andrés Bredlow. Barcelona: Anagrama.

Angelón, Manuel. (1858) *Los misterios del pueblo español durante veinte siglos. Novela histórico-social*, v. I. Barcelona: López Bernagosi.

Animayor, C.B. (2007) *Camuñas, su mirada pasada*. Camuñas: Ayuntamiento de Camuñas.

Antón, Fernando. (1864) *Luchas del siglo. Novela filosófico-social*. Barcelona: Imprenta Luis Tasso.

Antón, Fernando (hijo). (1889) *Ensayos críticos. Concepto de la literatura*. Sevilla.

Aparici, Pilar; y Gimeno, Isabel. (1996) *Literatura menor del siglo XIX: una antología de la novela de folletín (1840-1870)*, vs. I y II. Barcelona: Anthropos.

Aranguren, J. L. (1982) “La crisis de reajuste. De la antigua a la nueva forma de existencia”. En Iris Zavala (coord.), *Romanticismo y Realismo. Historia y crítica de la literatura española*, v. V. Dirigida por Francisco Rico y A. D. Deyermond. Barcelona: Crítica, pp. 54 a 59.

----- (1974) *Moral y sociedad del siglo XIX*. Madrid: Cuadernos para el diálogo.

Archivo Histórico Nacional. (1873) “Ceferino Tresserra. Ministerio del Interior. Serie Personal”. FF.CC. Legajo 499².

Arenal, Concepción. (1927) *La beneficencia, la filantropía y la caridad*. Madrid: Victoriano Suárez Librería.

Arencibia, Yolanda. (1998) “Los Episodios Nacionales”. En Leonardo Romero (coord.), *Siglo XIX (II) Historia de la literatura española*, v. IX. Dirigida por Víctor García de la Concha. Madrid: Espasa Calpe, pp. 501 a 529.

Aroldi, Cesare. (1973) *L'ultimo dei vecchi garibaldini. Note e ricordi (1862-1882)*. Castello: Viadana.

Aróstegui Sánchez, Julio. (1997) “El Carlismo y la Guerra civil”. En *La era isabelina y el Sexenio Democrático (1834-1874)*. En Jover Zamora (coord.), *Historia de España*, v. XXXIV. Madrid: Espasa Calpe, pp. 71 a 142.

Arslan Veronese, Antonia. (1977) *Dame, droga e galline. Romanzo popolare e romanzo di consumo tra 800 e 900*. Pádova: Cleup.

Asenjo, Antonio. (1933) *La prensa madrileña a través de los siglos*. Madrid: Artes Gráficas Municipales.

----- (1928) *Memoria y catálogo de las publicaciones periódicas madrileñas presentadas por la Hemeroteca Municipal de Madrid en la Exposición Internacional de prensa en Colonia (Mayo- Octubre 1928)* Madrid: Bass.

Ayguals de Izco, Wenceslao. (1849) *María la hija de un jornalero. Historia-novela original.* Madrid: Imprenta de Wenceslao Ayguals de Izco.

----- (1869) *La marquesa de Bellaflor o el niño de la inclusa. Historia-novela original.* Madrid: Guijarro editor.

----- (1969) *La bruja de Madrid.* Edición basada sobre *Pobres o ricos o La bruja de Madrid de 1851.* Prólogo de Joaquín Marco. Barcelona: Taber.

Aymes, Jean-René. (1998) “La imagen de Sue en España (primera mitad del siglo XIX)”. En Luis F. Díaz Larios y Enrique Miralles (coords.), *Del Romanticismo al Realismo. Actas del I coloquio celebrado en Barcelona del 24 al 26 de octubre de 1996.* Barcelona: Universidad de Barcelona, pp. 390 a 402.

Bahamonde, Ángel; y Martínez, Jesús A. (1994) *Historia de España. Siglo XIX.* Madrid: Cátedra.

Balaguer, Víctor. (1877) *Añoranzas.* Madrid: Manuel Minuesa.

----- (1863) *Historia de Cataluña y de la Corona de Aragón*, vs. II y V. Barcelona: Salvador Manero.

Balmes, Jaime. (1939) *Antología de sus escritos políticos.* Selección y prólogo de Juan Bta. Solervicens. Madrid: Espasa Calpe.

Baquero Escudero, Ana L. (1999) “Las ideas literarias del XIX en torno a la novela: algunas aproximaciones”. En F. Díaz Larios y Jordi Gracia (coords.), *La elaboración del canon en la literatura española del siglo XIX. II Coloquio de la Sociedad de Literatura española del siglo XIX.* Barcelona: Universidad de Barcelona, pp. 59 a 68.

Barcia, Roque. (1869) *El evangelio del pueblo.* Madrid: José María Faquineto.

Barry, Norman. (2007) “La armonía, resultado de la libertad”: www.atlas.org.ar [23 de febrero de 2007].

Bastons y Vivanco, Carles. (1999) “Contribución al canon literario del siglo XIX desde algunas instituciones literarias y personalidades académicas de la Cataluña decimonónica”. En F. Díaz Larios y Jordi Gracia (coords.), *La elaboración del canon en la literatura española del siglo XIX. II Coloquio de la Sociedad de Literatura española del siglo XIX.* Barcelona: Universidad de Barcelona, pp. 69 a 80.

Baulo, Sylvie. (2004) “La novela por entregas a mediados del siglo XIX: ¿literatura al margen o del centro?”. En *El folletín: un género marginal en las letras españolas del siglo XIX.* En *Ínsula*, septiembre de 2004, nº 693, pp. 8 a 11.

----- (1996) "Novela popular y carlismo: Ayguals de Izco y la historia-novela". En Ignacio Arellano y Carlos Mata (coords.), *Congreso internacional sobre la novela histórica (Homenaje a Navarro Villoslada)*. Pamplona: Príncipe de Viana, pp. 59 a 68.

Bel Mallén, José Ignacio. (2007) "La libertad de expresión en los textos constitucionales españoles": www.ucm.es [2 de enero de 2007].

Benítez, Rubén. (1997) "Otras formas novelísticas". "Novela popular y folletinesca". En Guillermo Carnero (coord.), *Siglo XIX (I) Historia de la literatura española*, v. VIII. Dirigida por Víctor García de la Concha. Madrid: Espasa Calpe, pp. 643 a 695.

---- (1979) *Ideología del folletín español. Wenceslao Ayguals de Izco (1801-1873)*. Madrid: Porrúa Turanzas.

Benussi, Cristina. (1979) "Letteratura di consumo tra le due guerre: Pitigrilli o del sovversismo piccolo-borguese". En Guido Monpurgo (coord.), "*Trivialliteratur?*" *Letteratura di massa e di consumo*. Trieste: LINT, pp. 337 a 350.

Berkowitz, H. Chonon. (1951) *La biblioteca de Benito Pérez Galdós: Catálogo razonado precedido de un estudio*. Las Palmas de Gran Canarias: El Museo Canario.

Beyrie, J. (1988) "A propósito del naturalismo: problemas de terminología y de perspectiva literaria en la segunda mitad del siglo XIX". En Yvan Lissorgues (ed.), *Realismo y Naturalismo en España en la segunda mitad del siglo XIX. Actas del Congreso Internacional celebrado en la Universidad de Toulouse-le Mirail del 3 al 5 de noviembre de 1987*. Barcelona: Anthropos, pp. 33 a 47.

Bianchini, Angela. (1988) *La luce a gas e il feuilleton: due invenzioni dell'Ottocento*. Nápoles: Liguori editori.

----- (1969) *Il romanzo d'appendice*. Milán: Eri.

Bizzoni, Achille. (1874) *Impressioni di un volontario all'esercito dei Vosgi*. Milán: Sonzogno.

Blanco Aguinaga, C. (1978) *Juventud del 98*. Barcelona: Crítica.

Blas, Andrés de. (1991) *Tradición republicana y nacionalismo español*. Madrid: Tecnos.

Blasco Ibáñez, Vicente. (2002) *La araña negra*, vs. I y II. Madrid: Libertarias.

----- (1930) *Historia de la revolución española*, v. I. Madrid: Cosmópolis.

Bloom, Harold. (2002) *El canon Occidental*. Traducción de Damián Alou. Barcelona: Anagrama.

----- (1998) "Elegía al canon". Traducción de Damián Alou. En Enric Sulla (coord.), *El canon literario*. Madrid: Arco Libros, pp. 189 a 222.

Bly, Peter A. (1988) *Galdós y la historia*. Ottawa: Ottawa Hispanic Studies.

Bonet, Laureano. (2004 a) “José María de Pereda y el escalofrío folletinesco”. En *El folletín: un género marginal en las letras españolas del siglo XIX*. En *Ínsula*, septiembre de 2004, nº 693, pp. 11 a 16.

----- (2004 b) “La biblioteca folletinesca: Una tentación permanente”. En *El folletín: un género marginal en las letras españolas del siglo XIX*. En *Ínsula*, septiembre de 2004, nº 693, pp. 2 a 4.

----- (1999) “*Clarín* ante el canon: hacia una teoría del «oportunismo» literario”. En F. Díaz Larios y Jordi Gracia (coords.), *La elaboración del canon en la literatura española del siglo XIX. II Coloquio de la Sociedad de Literatura española del siglo XIX*. Barcelona: Universidad de Barcelona, pp. 81 a 99.

Bordoni, Carlo; y Fossati, Franco. (1985) *Dal feuilleton al fumetto*. Roma: Editori Reuniti.

Botrel, Jean-François. (1997) “Lectura y bibliotecas”; “Poder político y producción editorial”; “Producción y difusión del libro”. En Guillermo Carnero (coord.), *Siglo XIX (I) Historia de la literatura española*, v. VIII. Dirigida por Víctor García de la Concha. Madrid: Espasa Calpe, pp. 15 a 42.

----- (1993) *Libros, prensa y lectura en la España del siglo XIX*. Madrid: Biblioteca del libro. Fundación Germán Sánchez Ruipérez.

----- (1982) “La Iglesia católica y los medios de comunicación impresos en España de 1847 a 1917. Doctrina y prácticas”. En *Metodología de la Historia de la prensa española*. Madrid: Siglo XXI, pp. 119 a 176.

----- (1975) “Estadística de la prensa madrileña de 1858 a 1909, según el registro de contribución industrial”. En Manuel Tuñón de Lara, Antonio Elorza y Manuel Pérez Ledesma (eds.), *Prensa y sociedad en España*. Madrid: Cuadernos para el diálogo, pp. 25 a 46.

----- (1974 a) “Sobre la condición de escritor en la España del siglo XIX: la constitución de la asociación de escritores y artistas españoles (1872-1877)”. En M. Tuñón de Lara y J. F. Botrel (eds.), *Movimiento obrero, política y literatura en la España contemporánea*. Madrid: Cuadernos para el diálogo, pp. 179 a 210.

----- (1974 b) “La novela por entregas: unidad de creación y consumo”. En J. F. Botrel y Salaün S. (eds.), *Creación y público en la literatura española*. Madrid: Castalia, pp. 111 a 155.

Bourdieu, Pierre. (2006) “Campo del poder, campo intelectual y habitus de clase”. En *Los intelectuales y el poder*. Buenos Aires: Eudeba, pp. 23 a 56.

----- (2005) *Le regole dell'arte. Genesi e struttura del campo letterario*. Traducción de Anna Boschetti y Emanuele Bottaro; introducción de Anna Boschetti. Milán: Il Saggiatore.

----- (2002) “Las condiciones sociales de la circulación de las ideas”. En P. Bourdieu, Jean-Claude Chamboredau y Jean-Claude Passeron (eds.), *El oficio de sociólogo. Presupuestos epistemológicos*. Buenos Aires: Siglo XXI Argentina, pp. 123 a 145.

----- (1997) *Razones Prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Traducción de Thomas Kauf. Barcelona: Anagrama.

Bousoño, Carlos. (1981) *Épocas literarias y evolución*, v. I. Madrid: Gredos.

Braudillard, Jean. (1985) “El éxtasis de la comunicación”. En *La posmodernidad. Hal Foster, J. Habermas, J. Baudrillard y otros*. Selección y prólogo de Hal Foster. Barcelona: Kairós, pp. 187 a 198.

Brooks, Peter. (1985) *L'immaginazione melodrammatica*. Traducción de S. Guidastri. Parma: Pratiche.

----- (1984) *Trame. Intenzionalità e progetto nel discorso narrativo*. Traducción de Daniela Fink. Turín: Einaudi.

Brown, Reginald F. (1953) *La novela española. 1700-1850*. Madrid: Ministerio de Educación Nacional.

Brunori, Vittorio. (1978) *La grande impostura. Indagine sul romanzo popolare*. Milán: Marsilio.

Bueno, Gustavo. (2007) “Materia y materialismo”: www.filosofia.org [30 de junio de 2007].

Buxader, Joan. (2006) “Partit democratic”: www.xtec.es [23 de julio de 2006].

Caballé y Clos, Tomás. (1949) *José Clavé y su tiempo*. Barcelona: Freixenet.

Caballero, Margarita. (1994) *El sufragio censitario. Elecciones generales en Soria durante el reinado de Isabel II*. Prólogo de Carmelo Romero. Ávila: Junta de Castilla y León.

Cabo, Isabel del. (1987) *Los socialistas utópicos*. Madrid: Ariel.

Cabrera, Mercedes. (1975) “Datos para un estudio cuantitativo de la prensa diaria madrileña (1850- 1875)”. En Manuel Tuñón de Lara, Antonio Elorza y Manuel Pérez Ledesma (eds.), *Prensa y sociedad en España*. Madrid: Cuadernos para el diálogo, pp. 25 a 46.

Calendario Democrático para 1862. (1862) Madrid: La Discusión.

Calle Velasco, María Dolores de la. (2003) “Los modelos franceses de la historiografía española de la Restauración”. En Jean-René Aymes y Mariano Esteban de Vega (eds.), *Francia en España. España en Francia. La historia en la relación cultural hispano-francesa (siglos XIX-XX.)* Salamanca: Universidad de Salamanca.

Cánovas Sánchez, Francisco. (1997) “Los partidos políticos”. En *La era isabelina y el Sexenio Democrático (1834-1874)*. En Jover Zamora (coord.), *Historia de España*, v. XXXIV. Madrid: Espasa Calpe, pp. 373 a 487.

Carbonero y Sol, León. (2001) *Índice de los libros prohibidos por el Santo Oficio de la Inquisición española desde su primer decreto hasta el último, que expidió en 29 de mayo de 1819. Y por los Rdos. Obispos españoles desde esta fecha hasta fin de diciembre de 1872*. León. Edición Facsimilar de Imprenta de Antonio Pérez, Madrid. Valladolid: Maxtor.

Carlavilla, Mauricio. (1956) *La Masonería Española de Miguel Morayta, ampliaciones y refutaciones de Mauricio Carlavilla*. Madrid: NOS.

Carnero, Guillermo. (1997) “Introducción a la primera mitad del siglo XIX español”. En Guillermo Carnero (coord.), *Siglo XIX (I) Historia de la literatura española*, v. VIII. Dirigida por Víctor García de la Concha. Madrid: Espasa Calpe, pp. XVII a LXIII.

----- (1982) “Calderón, y cierra España”. En Iris Zavala (coord.), *Romanticismo y Realismo. Historia y crítica de la literatura española*, v. V. Dirigida por Francisco Rico y A. D. Deyermund. Barcelona: Crítica, pp. 34 a 39.

Carreras, Luis. (1867) *Los malos novelistas españoles generalizados en D. M. Fernández y González, D. Francisco J. Orellana, D. Rafael del Castillo, D. Enrique Pérez Escrich...* Barcelona: Imprenta de Celestino Verdaguer.

Carrillo, Víctor. (1974) “Radiografía de una colección de novelas a mediados del siglo XIX”. En M. Tuñón de Lara y Jean François Botrel (eds.), *Movimiento obrero, política y literatura en la España contemporánea*. Madrid: Cuadernos para el diálogo, pp. 159 a 178.

Casalduero, Joaquín. (1970) *Vida y obra de Galdós (1843-1920)*. Madrid: Gredos.

Castelar, Emilio. (1908) *1868-1898. Correspondencia*. Prólogo de Adolfo Calzado. Madrid: Estudio Tipográfico Sucesores de Rivadeneyra.

----- (1876) *Recuerdos de Italia*, v. II. Madrid: Oficina de la Ilustración Española y Americana.

----- (1870) *Defensa de la fórmula del progreso*. Madrid.

----- (1858) *La fórmula del progreso*. Madrid: J. Casas y Díaz.

Castoldi, Alberto. (2000) “La storia letteraria come romanzo familiare”. En Loretta Innocenti (coord.), *Giudizio di valore e il canone letterario*. Roma: Bulzoni, pp. 106 a 121.

Castro Alfín, Demetrio. (2001) “La indefinida secularización de la España isabelina. Ni Estado laico ni sociedad profana”. En Manuel Suárez Cortina (ed.), *Secularización y laicismo en la España contemporánea. III Encuentro de Historia de la Restauración*. Santander: Sociedad Menéndez Pelayo, pp. 75 a 95.

----- (1994) “Orígenes y primeras etapas del republicanismo en España”. En Nigel Townson (ed.), *El republicanismo en España (1830-1977)*. Madrid: Alianza, pp. 34 a 52.

Caudet Roca, Francisco. (2002) *El parto de la modernidad. La novela española de los siglos XIX y XX*. Madrid: Ediciones de la Torre.

----- (2001) “El anticlericalismo en la novela naturalista: Galdós y Blasco Ibáñez”. En Manuel Suárez Cortina (ed.), *Secularización y laicismo en la España contemporánea. III Encuentro de Historia de la Restauración*. Santander: Sociedad Menéndez Pelayo, pp. 207 a 222.

----- (1995) *Zola, Galdós, Clarín. El naturalismo en España y Francia*. Madrid: Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid.

----- (1988) “La querella naturalista. España contra Francia”. En Yvan Lissorgues (ed.), *Realismo y Naturalismo en España en la segunda mitad del siglo XIX. Actas del Congreso Internacional celebrado en la Universidad de Toulouse-le Mirail del 3 al 5 de noviembre de 1987*. Barcelona: Anthropos, pp. 58 a 74.

Caudet Yarza, Francisco. (1990) *La masonería*. Hospitalet de Llobregat: De Juan S.L.

Cejador y Fracua, Julio. (1973) *Historia de la lengua y de la literatura castellanas*, vs. VIII y IX. Madrid: Gredos.

Cella, Susana. (1998) “Canon y otras cuestiones”. En Susana Cella (coord.), *Dominios de la literatura. Acerca del canon*. Buenos Aires: Losada, pp. 7 a 18.

Chao, Eduardo. (2006) “La abnegación”. En *Ilustración española y americana*, 8 de septiembre de 1878, nº XXIII: www.cervantesvirtual.com [12 de noviembre de 2006].

Chartier, Roger. (1992) *El mundo como representación. Historia Cultural: entre práctica y representación*. Traducción de Claudia Ferrari. Barcelona: Gedisa.

Chust, Manuel. (2004) “Nación y Federación: Cuestiones del doceañismo hispano”. En Manuel Chust (ed.), *Federalismo y cuestión federal en España*. Castellón de la Plana: Universitat Jaume I, pp. 5 a 21.

Ciplijauskaitė, B. (1988) “El romanticismo como hipotexto en el realismo”. En Yvan Lissorgues (ed.), *Realismo y Naturalismo en España en la segunda mitad del siglo XIX. Actas del Congreso Internacional celebrado en la Universidad de Toulouse-le Mirail del 3 al 5 de noviembre de 1987*. Barcelona: Anthropos, pp. 90 a 98.

Clark, Martin. (2001) *Il Risorgimento italiano. Una storia ancora controversa*. Roma: Bur.

Clemessy, N. (1988) “De *La cuestión palpitante* a *La Tribuna*: teoría y praxis de la novela en Emilia Pardo Bazán”. En Yvan Lissorgues (ed.), *Realismo y Naturalismo en España en la segunda mitad del siglo XIX. Actas del Congreso Internacional celebrado en la Universidad de Toulouse-le Mirail del 3 al 5 de noviembre de 1987*. Barcelona: Anthropos, pp. 485 a 496.

Coloma, Luis. (1992) *Pequeñeces*. Edición de Rubén Benítez. Madrid: Cátedra.

Columbrí, Alberto. (1857) *Una Víctima. Memorias de un presidiario político*. Barcelona: López Bernagosi.

Comas, Monserrat. (1990) *Epistolari de Víctor Balaguer. Aproximació a un catàleg (1869)*. Villanueva y la Geltrú: Biblioteca Museu Balaguer.

Comes, Salvatore. (1972) *Garibaldi: Chiaroscuro di un mito*. Roma: Colombo.

Coraleu, José. (1989) *Memorias de un menestral de Barcelona (1792-1854). Edición facsímil de la de 1888*. Barcelona: Fundación del Conde de Barcelona.

Cotarelo y Mori, Emilio. (1904) *Bibliografía de la controversia sobre la licitud del teatro en España*. Madrid: Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos.

Cruz Vives, Miguel Ángel de la. (2005) “Panorama del pensamiento español en la segunda mitad del siglo XIX”: www.latea.pntic.mec.es [3 de noviembre de 2005].

Cuenca Toribio, J. M. (2003) “La historiografía española sobre la edad contemporánea”. En José Andrés Gallego (coord.), *Historia de la historiografía española*. Madrid: Encuentro, pp. 189 a 326.

Cuevas, Jesús de las. (1987) *José Paul y Angulo*. Jerez: Caja de Ahorros de Jerez.

Culler, Jonathan. (1998) “El futuro de las humanidades”. En Enric Sulla (coord.), *El canon literario*. Traducción de Ariadna Esteve. Madrid: Arco Libros, pp. 139 a 160.

Curi, Fausto. (1997) *Canone e anticanone. Studi di letteratura*. Bolonia: Pendragon.

Dardé Morales, Carlos. (1997) “El movimiento republicano. Los hombres, Los programas y la práctica política”. En Jover Zamora (coord.), *La época de la Restauración (1875- 1890). Estado, política y las Islas de Ultramar. Historia de España*, v. XXXVI. Madrid: Espasa Calpe, 558 a 571.

----- (1974) “Los partidos políticos en la primera etapa de la Restauración (1875-1890). En J. M. Jover Zamora (coord.), *El siglo XIX en España: doce estudios*. Barcelona: Planeta, pp. 433 a 463.

Deleuze, Gilles. (1989) *Lógica del sentido*. Prólogo y traducción de Miguel Morey. Barcelona: Paidós.

Dendle, B.J. (1992) *Galdós y la novela histórica*. Ottawa: Ottawa Hispanic Studios.

Derrida, Jacques. (1998) *La escritura y la diferencia*. Traducción de Patricio Peñalver. Barcelona: Anthropos.

Díaz Larios, Luis Federico. (1998) “El viaje a París y Londres de Ayguals de Izco”. En Luis F. Díaz Larios y Enrique Miralles (coords.), *Del Romanticismo al Realismo. Actas del I coloquio celebrado en Barcelona del 24 al 26 de octubre de 1996*. Barcelona: Universidad de Barcelona, pp. 307 a 315.

Díaz S., J. (1946) *Semanario Pintoresco Español. Madrid (1836-1857)*. Madrid: Instituto Nicolás Antonio del CSIC.

Díaz y Pérez, Nicolás. (1894) *La Francmasonería española*. Madrid: Ricardo Fe.

----- (1877) *De Madrid a Lisboa*. Madrid: Manuel Minuesa.

----- (1876) *Ensayo histórico sobre el movimiento político en Italia*. Madrid: Imprenta calle Pez.

Díez Borque, José María. (1972) *Literatura y cultura de masas. Estudio de la novela subliteraria*. Castellón: Alborak.

Díez Cano, Santiago L. (2002) “¿Existió alguna vez la Primera República? Notas para recuperar un periodo historiográfico”. En Rafael Serrano García (coord.), *España, 1868-1874. Nuevos enfoques sobre el Sexenio Democrático*. Valladolid: Junta de Castilla y León, pp. 75 a 91.

Donoso Cortés, Juan. (1978) *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo*. Edición de José Vila Selma. Madrid: Editora Nacional.

Dorca, Toni. (1999) “El discurso crítico de la novela regional”. En F. Díaz Larios y Jordi Gracia (coords.), *La elaboración del canon en la literatura española del siglo XIX. II Coloquio de la Sociedad de Literatura española del siglo XIX*. Barcelona: Universidad de Barcelona, pp. 127 a 134.

Duarte, Ángel. (2000) “¿Una sola cultura ochocentista?”. En Ángel Duarte y Pere Gabriel (eds.), *El republicanismo español*. Madrid: Pons, pp. 11 a 34.

Dufrenne, M. (1979) “L'arte di masse esiste?”. Traducción de Graziano Benelli. En Giuseppe Petronio (ed.), *Letteratura di Massa. Letteratura di consumo. Guida storica e critica*. Milán: Universale Laterza, pp. 75 a 96.

Eco, Umberto. (2004) *Apocalípticos e Integrados*. Traducción de Andrés Boglar. Barcelona: Debolsillo.

----- (1985) *Lector in fabula. La cooperazione interpretativa nei testi narrativi*. Milán: Bompiani.

----- (1976) *Il superuomo di massa*. Milán: Cooperativa Scrittori.

Eiras Roel, A. (1967) *El Partido Demócrata Español*. Madrid: Rialp.

----- (1962) “Sociedades secretas republicanas en el reinado de Isabel II”. En *De Hispania*, nº LXXXVI. Madrid: Instituto Jerónimo Zurita. CSIC.

Elorza, Antonio; y Trías, Juan J. (1975) *Federalismo y reforma social en España (1840-1870)*. Madrid: Ediciones Castilla.

Elorza, Antonio. (1987) “La formación de la prensa obrera en Madrid”. En J. Álvarez Timoteo (ed.), *Prensa obrera en Madrid (1855-1936) Actas del II coloquio de Historia madrileña organizado por la revista Alfoz*. Madrid: Consejería de Cultura, pp. 61 a 103.

----- (1975) *El fourierismo en España*. Selección de textos e introducción de Antonio Elorza. Madrid: Revista del trabajo.

----- (1970) *Socialismo utópico español*. Madrid: Alianza Editorial.

Enríquez del Árbol, Eduardo. (2002) “Un espacio de paz y progreso: la logia femenina «Hijas de La Regeneración» nº 124 de Cádiz en el último tercio del siglo XIX”. En María Dolores Ramos y María Teresa Vera (coords.), *Discursos, realidades, utopías. La construcción del sujeto femenino en los siglos XIX y XX*. Barcelona: Anthropos, pp. 373 a 398.

Epple, J. A. (1980) “Notas sobre la estructura del folletín”. En *Cuadernos Hispanoamericanos*, nº 358, Madrid, pp. 147 a 155.

Escalera, Evaristo. (1860) *Garibaldi y sus glorias*. Madrid: Imprenta de Juan Martínez.

Escobar, José. (1999) “La canonización de Larra en el siglo XIX”. En F. Díaz Larios y Jordi Gracia (coords.), *La elaboración del canon en la literatura española del siglo XIX. II Coloquio de la Sociedad de Literatura española del siglo XIX*. Barcelona: Universidad de Barcelona, pp. 135 a 148.

----- (1998) “Costumbrismo entre Romanticismo y Realismo”. En Luis F. Díaz Larios y Enrique Miralles (coords.), *Del Romanticismo al Realismo. Actas del I coloquio celebrado en Barcelona del 24 al 26 de octubre de 1996*. Barcelona: Universidad de Barcelona, pp. 17 a 30.

----- (1986) “Metaficción melodramática en Galdós”. En Miguel Ángel Garrido (ed.), *Crítica semiológica de textos literarios hispánicos. Actas del Congreso Internacional sobre Semiótica e Hispanismo celebrado en Madrid en los días del 20 al 25 de Junio de 1983*, v. II. Madrid: CSIC, pp. 363 a 370.

Escudero, José Antonio. (1989) “Las sociedades secretas ante la legislación española del siglo XIX”. En José Antonio Ferrer Benimeli (coord.), *Masonería, política y sociedad. III Symposium de metodología aplicada a la Historia de la Masonería Española. Córdoba 15-20 de junio de 1987*, v. II. Córdoba: Centro de Estudios Históricos de la Masonería Española, pp. 511 a 544.

Espigado Tocino, Gloria. (2002) “La mujer en la utopía de Charles Fourier”. En María Dolores Ramos y María Teresa Vera (coords.), *Discursos, realidades, utopías. La construcción del sujeto femenino en los siglos XIX y XX*. Barcelona: Anthropos, pp. 321 a 372.

Espronceda, José de. (2003) *El Diablo Mundo. El Pelayo. Poesías*. Introducción y notas de Domingo Ynduráin. Madrid: Cátedra.

Esteban Navarro, Ángel. (1994) “De la esperanza a la frustración”. En Nigel Townson (ed.), *El republicanismo en España (1830-1977)*. Madrid: Alianza, pp. 94 a 113.

Estévanez, Nicolás. (1903) *Fragmentos de mis memorias*. Madrid: Fernando Fe.

Estrañí, José. (1919) *Autobiografía*. Santander: Imprenta J. Martínez.

Ezama Gil, Ángeles. (1999) “El canon de escritoras decimonónicas españolas en las historias de la literatura”. En F. Díaz Larios y Jordi Gracia (coords.), *La elaboración del canon en la literatura española del siglo XIX. II Coloquio de la Sociedad de Literatura española del siglo XIX*. Barcelona: Universidad de Barcelona, pp. 149 a 163.

Fabbri, Maurizio. (1998) “¿Blasco Ibáñez revisionista?: el incómodo caso de *La araña negra*”. En Juan Oleza y Javier Lluch (eds.), *Vicente Blasco Ibáñez: 1898-1998. La vuelta al siglo de un novelista. Actas del Congreso Internacional celebrado en Valencia del 23 al 27 de noviembre de 1998*, v. I, Valencia: Dirección General del Libro de la Generalitat Valenciana, pp. 375 a 393.

Fernández, Julio Salvador; y Ferré Chiné María Rosario. (1992) *El romanticismo en Europa. Primera mitad del siglo XIX*. Zaragoza: Autoedición de los autores.

Fernández, Sergio Pablo. (2006) “Habermas y la Teoría Crítica de la Sociedad. Legado y diferencias en Teoría de la Comunicación”. En *Cinta de Moebio*, septiembre de 1997, nº 1. Santiago de Chile: Facultad de Ciencias Sociales: www.moebio.uchile.cl [23 de julio de 2006].

Fernández Clemente, Eloy. (1974) “La prensa, «material» de trabajo para el historiador”. En M. Tuñón de Lara y Jean François Botrel (eds.), *Movimiento obrero, política y literatura en la España contemporánea*. Madrid: Cuadernos para el diálogo, pp. 211 a 222.

Fernández de Córdoba, Fernando. (1886) *Mis memorias íntimas*, v. III. Madrid: Sucesores de Rivadeneyra.

Fernández Domínguez, Arturo. (1992) *Leyes electorales españolas de diputados a Cortes en el siglo XIX. Estudio histórico y jurídico-político*. Madrid: Civitas.

Fernández García, Antonio. (1997) “Los grupos sociales”. En Jover Zamora (coord.), *Los Fundamentos de la España Liberal (1834-1900) La sociedad, la economía y las formas de vida*. En *Historia de España*, v. XXXIII. Madrid: Espasa Calpe, pp. 101 a 183.

----- (1992) *Europa en el “Semnario Pintoresco Español”*. Madrid: Artes Gráficas Municipales.

Fernández y González, Modesto. (1872) *Retratos y semblanzas*. Madrid: Imprenta J. López.

Fernández Montesinos, J. (1982) *Introducción a una historia de la novela en España en el siglo XIX*. Madrid: Castalia.

----- (1980) *Costumbrismo y novela*. Madrid: Castalia.

Fernández Rodríguez, Pura. (2008) “Galdós y el oro republicano de París: el banquero Adolfo Calzado y el estreno de *Electra* (1904)”. Liverpool: Bulletin of Spanish Studies (en prensa).

----- (2006) “Enrique Rodríguez-Solís (1844-1923): el *soldado* de la República Literaria”. En A. Cruz Casado (ed.), *Bohemios, raros y olvidados*. Córdoba: Diputación Provincial, pp. 61 a 104.

----- (2005 a) “La novela de clave en la Restauración o la literatura en pos de la *verdad* histórica”. En *Studi Ispanici*, Pisa-Roma, pp. 103 a 126.

----- (2005 b) “Los *soldados* de la República Literaria y la edición heterodoxa en el siglo XIX”. En Jean-Michel Desvois (ed.) *Prensa, impresos, lectura en el mundo ibérico e iberoamericano contemporáneo. Homenaje a Jean-François Botrel*. Burdeos: Presses Universitaires de Bordeaux, pp. 105 a 117.

----- (2005 c) “La escritura cooperativa: cómo y por qué se construye una novela por entregas en el siglo XIX. Del *taller* de Enrique Pérez Escrich a la *lejía* contra los malos libros de Rosalía de Castro”. En *Revista de Estudios Hispánicos*, mayo de 2005, nº XXXIX. Washington: Washington University, pp. 331 a 360.

----- (2004) “La retórica de la intimidad y los orígenes de la novela médico-social de Francisco de Sales Mayo”. En Marie-Linda Ortega (ed.), *Ojos que ven, ojos que leen. Textos e imágenes en la España isabelina*. Madrid: Fundación Duques de Soria. Visor libros, pp. 119 a 150.

----- (2002) “Las Cortes de Cádiz en la tradición del republicanismo finisecular: Vicente Blasco Ibáñez y Enrique Rodríguez-Solís”. En *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo. Revista del Grupo de Estudios del Siglo XVIII de la Universidad de Cádiz*, 2002, nº 10, pp. 15 a 43.

----- (2001) “La literatura del siglo XIX y los orígenes del contubernio judeo-masónico-comunista”. En Iacob M. Hassán y R. Izquierdo Benito (coords.), *Judíos en la literatura española. IX Curso de Cultura Hispanojudía y Sefardí de la Universidad de Castilla-La Mancha*. Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, pp. 301 a 351.

----- (2000) “Vicente Blasco Ibáñez y la literatura de propaganda filomasónica”. En Joan Oleza y J. Lluch (eds.), *Vicente Blasco Ibáñez. 1898-1998. La vuelta al siglo de un novelista. Actas del Congreso Internacional celebrado en Valencia del 23 al 27 de noviembre de 1998*, v. I. Valencia: Dirección General del Libro de la Generalitat Valenciana, pp. 163 a 190.

----- (1998) “El naturalismo radical”. En Leonardo Romero (coord.), *Siglo XIX (II) Historia de la literatura española*, v. IX. Dirigida por Víctor García de la Concha. Madrid: Espasa Calpe, pp. 751 a 760.

----- (1995) *Eduardo López Bago y el naturalismo radical. La novela y el mercado literario en el siglo XIX*. Ámsterdam, Atlanta: GA.

----- (1992) *Datos en torno a la bibliografía y difusión de la literatura popular en el Madrid del siglo XIX: La imprenta de Manuel Minuesa (1816-1888)*. Separata de Anales del Instituto de Estudios Madrileños, v. XXXI. Madrid: CSIC.

Ferraz Martínez, Antonio. (1997) “Traducciones de textos narrativos durante el Romanticismo”. En Guillermo Carnero (coord.), *Siglo XIX (I) Historia de la literatura española*, v. VIII. Dirigida por Víctor García de la Concha. Madrid: Espasa Calpe, pp. 603 a 609.

----- (1992) *La novela histórica contemporánea anterior a Galdós (de la Guerra de la Independencia a la Revolución de Julio)*, vs. I y II. Madrid: Facultad de Filología de la Universidad Complutense de Madrid.

Ferrer Benimeli, José Antonio. (1984) “Garibaldi e la tradizione democratica iberica”. En *Garibaldi generale della libertà. Atti del convegno internazionale di Roma, 29 di marzo 1984*. Roma: Ministero della Difesa, pp. 441 a 491.

----- (1982) *El contubernio judeo-masónico-comunista*. Madrid: Istmo.

Ferreras, José Ignacio. (1988) *La novela del siglo XIX (desde 1868)*. Madrid: Taurus.

----- (1979) *Catálogo de novelas y novelistas españoles del siglo XIX*. Madrid: Cátedra.

----- (1976) *El triunfo del liberalismo y de la novela histórica*. Madrid: Taurus.

----- (1973) *Los orígenes de la novela decimonónica. 1800-1830*. Madrid: Taurus.

----- (1972) *La novela por entregas*. Madrid: Taurus.

Flidner, Federico. (1980) *Martín Lutero. Emancipador de la conciencia*. Prólogo de Darío A. Santamaría. Barcelona: Clie.

Flores García, Francisco. (1915) *Memorias íntimas del teatro*. Valencia: Sempere y compañía editores.

----- (1913) *Recuerdos de la Revolución (Memorias Íntimas)*. Madrid: Librería Gutenberg de José Ruiz.

Foster, Hal. (1985) “Introducción al posmodernismo”. En *La posmodernidad. Hal Foster, J. Habermas, J. Baudrillard y otros*. Selección y prólogo de Hal Foster. Barcelona: Kairós, pp. 7 a 18.

Franco, Ernesto. (2000) “Il giudizio di plusvalore. Selezione e riproducibilità”. En Loretta Innocenti (coord.), *Il Giudizio di valore e il canone letterario*. Roma: Bulzoni, pp. 125 a 141.

Freire López, Ana María. (1997) “La fábula”. En Guillermo Carnero (coord.), *Siglo XIX (I) Historia de la literatura española*, v. VIII. Dirigida por Víctor García de la Concha. Madrid: Espasa Calpe, pp. 542 a 547.

Fuente Monge, Gregorio de la. (2002) “Actores y causas de la Revolución de 1868”. En Rafael Serrano García (coord.), *España, 1868-1874. Nuevos enfoques sobre el Sexenio Democrático*. Valladolid: Junta de Castilla y León, pp. 31 a 57.

----- (2000) *Los revolucionarios de 1868. Elites de poder en la España liberal*. Madrid: Pons.

Gabriel, Pere. (1994) “Insurrección y política. El republicanismo ochocentista en Cataluña”. En Nigel Townson (ed.), *El republicanismo en España (1830-1977)*. Madrid: Alianza, pp. 341 a 357.

Gamerro, Carlos. (2003) *Harold Bloom y el canon literario*. Madrid: Campo de Ideas.

García Casanova, J. Fernando. (1982) *Hegel y el republicanismo en la España del siglo XIX*. Granada: Universidad de Granada.

----- (1978) *La filosofía hegeliana en la España del siglo XIX*. Madrid: Fundación Juan March.

García Castañeda, Salvador. (2004) “Folletín y melodrama: dos versiones teatrales españolas de *Les Mystères de Paris* y *Le juif errant* de Eugène Sue”. En *El folletín: un género marginal en las letras españolas del siglo XIX*. En *Ínsula*, septiembre de 2004, nº 693, pp. 17 a 20.

García Martín, Javier. (2000) “De la apropiación penal a la propiedad literaria: sobre los orígenes del derecho de propiedad intelectual en España (siglos XVIII-XIX)”. En *Revista de la Facultad de Derecho de la Universidad Complutense*. Madrid: Universidad Complutense, pp. 105 a 150.

García Ruiz, Eugenio. (1876) *Historias*. Madrid: Imprenta El Pueblo Español.

----- (1872) *Historia de la Internacional y el Federalismo en España*. Madrid: Imprenta Española.

García Tarancón, Asunción. (1998) “«¡Mueran los clásicos!, ¡mueran los románticos!, ¡muera todo!». Juan Martínez Villergas y la sátira del tema literario (1842-1846)”. En Luis F. Díaz Larios y Enrique Miralles (coords.), *Del Romanticismo al Realismo. Actas del I coloquio celebrado en Barcelona del 24 al 26 de octubre de 1996*. Barcelona: Universidad de Barcelona, pp. 59 a 74.

Garibaldi, Giuseppe. (2006) *Clelia ovvero il governo dei preti: romanzo storico-politico*: www.grandetriadet.it [3 de marzo de 2006].

----- (1882) *Epistolario di Garibaldi*. Introducción y notas de Enrico Emilio Ximenes. Milán: Alfredo Brigola e Comp.

Garibaldi, Ricciotti. (1896) *Ricordi della campagna di Francia 1870-1871*. Roma: E. Perino.

Garrido, Fernando. (1870) *Historia de las clases trabajadoras*. Madrid: Imprenta de T. Núñez Amor.

----- (1869) *Historia del reinado del último Borbón de España*, vs. III y VIII. Barcelona: Salvador Manero.

----- (1868) *La República Democrática Federal Universal: nociones básicas de los principios democráticos*. Barcelona: Salvador Manero.

----- (1860 a) *Biografía de Sixto Cámara*. Barcelona: Salvador Manero.

----- (1860 b) *La democracia y sus adversarios*. Barcelona: Imprenta del Porvenir.

Gates, Henry Louis. (1998) “Las obras del amo: sobre la formación del canon y la tradición afroamericana”. En Enric Sulla (coord.), *El canon literario*. Traducción de Ariadna Esteve. Madrid: Arco Libros, pp. 161 a 188.

Gíes, David T. (1999) “*Pentimento*: El anti-canon de la literatura decimonónica española”. En F. Díaz Larios y Jordi Gracia (coords.), *La elaboración del canon en la literatura española del siglo XIX. II Coloquio de la Sociedad de Literatura española del siglo XIX*. Barcelona: Universidad de Barcelona, pp. 175 a 184.

Gil Novales, Alberto. (1995) “Mazzini en España”. En Giuliana Limiti (ed.), *Il mazzinianesimo nel mondo*, v. I. Roma: Domus Mazziniana, pp. 3 a 15.

----- (1989) “Repercusión de la Revolución Francesa en España (1835-1889)”. En J. S. Gutiérrez Álvarez (coord.), *Congreso Internacional “Repercusiones de la Revolución Francesa en España”*. Actas del Congreso celebrado en Madrid, 27-30 noviembre de 1989. Madrid: Universidad Complutense, pp. 367 a 401.

Gómez Aparicio, Pedro. (1967) *Historia del periodismo español*, vs. I y II. Madrid: Editora Nacional.

Gómez Molleda, Dolores. (1981) *Los reformadores de la España contemporánea*. Madrid: CSIC.

González, Román Miguel. (2007) *La pasión Revolucionaria. Culturas políticas republicanas y movilización popular en la España del siglo XIX*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.

González Calleja, Eduardo. (2005) “A uno y otro lado de la frontera: los exilios republicanos de la Restauración (1875-1936)”. En José Luis Casas Sánchez y Francisco Durán Alcalá (coords.), *III Congreso sobre el republicanismo. Los exilios en España (Siglos XIX y XX)*, v. I. Priego de Córdoba: Patronato Niceto Alcalá-Zamora y Torres, pp. 27 a 82.

González Casanova, J. A. (1974) *Federalisme i autonomia a Catalunya*. Barcelona: Crítica.

González Herranz, J. M. (2004) “*Misterio* (1902), de Emilia Pardo Bazán: entre la novela histórica y el folletín”. En *El folletín: un género marginal en las letras españolas del siglo XIX*. En *Ínsula*, septiembre de 2004, nº 693, pp. 20 a 22.

----- (1988) “La Tribuna, de Emilia Pardo Bazán, entre romanticismo y naturalismo”. En Yvan Lissorgues (ed.), *Realismo y Naturalismo en España en la segunda mitad del siglo XIX. Actas del Congreso Internacional celebrado en la Universidad de Toulouse-le Mirail del 3 al 5 de noviembre de 1987*. Barcelona: Anthropos, pp. 497 a 514.

González Setién, Paloma. (1992) *El trabajo de la mujer a través de la historia*. Madrid: Instituto de la Mujer. Ministerio de Asuntos Sociales.

Goytisolo, Juan. (2007) “Literatura y Mercado”. En *Babelia, El País*, 3 de febrero de 2007.

Grana Gil, Isabel. (1996) “La enseñanza superior y especial femenina a través de la Asociación para la enseñanza de la mujer (último tercio del s. XIX)”. En Maria Dolores Ramos y Maria Teresa Vera (eds.), *El trabajo de las mujeres. Pasado y presente. Actas del Congreso Internacional*, v. III. Málaga: Universidad de Málaga, pp. 71 a 76.

Gramsci, Antonio. (1950) *Letteratura e vita nazionale*. Turín: Einaudi.

Gramuglio, María Teresa. (1998) “El canon del crítico fuerte”. En Susana Cella (ed.), *Dominios de la literatura. Acerca del canon*. Buenos Aires: Losada, pp. 42 a 59.

Grew, Raymond. (1984) “Garibaldi come soggetto di storia sociale”. En *Garibaldi generale della libertà. Atti del convegno internazionale, Roma, 29-31 marzo di 1982*. Roma: Ministero della Difesa.

Groethuysen, Bernhard. (1981) *La formación de la conciencia burguesa en Francia durante el siglo XVIII*. Traducción y prólogo de José Gaos. Madrid: Fondo de Cultura Económica.

Guereña, Jean-Louis. (2001) “«El espíritu de la asociación». Nuevos espacios y formas de sociabilidad en la España decimonónica”. En Juan Francisco Fuentes y Lluís Roura i Aulinas (eds.), *Sociabilidad y liberalismo en la España del siglo XIX. Homenaje al profesor Alberto Gil Novales*. Lérida: Milenio, pp. 225 a 238.

----- (1996) “El tiempo de la prostitución reglamentada. Madrid. (1847-1909)”. En Maria Dolores Ramos y Maria Teresa Vera (eds.), *El trabajo de las mujeres. Pasado y presente. Actas del Congreso Internacional*, v. III. Málaga: Universidad de Málaga, pp. 53 a 76.

----- (1995) “Los orígenes de la reglamentación de la prostitución en la España contemporánea. De la propuesta de Cabarrús (1792) al Reglamento de Madrid (1847)”. En *Dynamis*, nº 15, Granada, pp. 429 a 441.

----- (1986) “Prensa y educación popular. La revista del «Fomento de las Artes»”. En Manuel Tuñón de Lara (coord.), *La prensa de los siglos XIX y XX. Metodología, ideología e información. Aspectos económicos y tecnológicos*. Bilbao: Universidad del País Vasco, pp. 203 a 220.

----- (1982) “Las estadísticas oficiales de la prensa (1867-1927)”. En *Metodología de la Historia de la prensa española*. Seminario celebrado en la Universidad de Pau en noviembre de 1979. Madrid: Siglo XXI, pp. 81 a 118.

----- (1974) “Notas acerca de la prensa internacionalista y su público”. En M. Tuñón de Lara y Jean François Botrel (eds.), *Movimiento obrero, política y literatura en la España contemporánea*. Madrid: Cuadernos para el diálogo, pp. 241 a 252.

Gullón, Germán. (1990) *La novela del XIX: Estudio sobre su evolución formal*. Ámsterdam: GA.

----- (1976) *El narrador en la novela del siglo XIX*. Madrid: Taurus.

Habermas, Jürgen. (2006) “Nuestro breve siglo”. Traducción de José María Pérez Gay. En www.almargen.net [13 de julio de 2006].

----- (2004) *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*. Traducción de Antonio Doménech y Rafael Grasa. Barcelona: GG.

----- (1999) *Teoría de la acción comunicativa. Racionalidad de la acción y racionalización social*. Traducción de M. Jiménez Redondo. Madrid: Taurus.

----- (1991) *Aclaraciones a la ética del discurso*. Traducción, introducción y notas de Manuel Jiménez Redondo. En www.librosgratisweb.com [23 de julio de 2006].

----- (1989) *El discurso filosófico de la modernidad*. Traducción de M. Jiménez Redondo. Madrid: Taurus.

----- (1986) “La modernidad, un proyecto incompleto”. En *La posmodernidad. Hal Foster, J. Habermas, J. Baudrillard y otros*. Selección y prólogo de Hal Foster. Barcelona: Kairós, pp. 19 a 36.

Harris, W. V. (1998) “La canonicidad”. En Enric Sulla (coord.), *El canon literario*. Traducción de Ariadna Esteve. Madrid: Arco Libros, pp. 37 a 60.

Hartzenbusch, Eugenio. (1904) *Unos cuantos seudónimos de escritores españoles con sus correspondientes nombres verdaderos*. Madrid: Rivadeneyra.

Hauser, Arnold. (1968) *Historia social de la literatura y el arte*, v. III. Traducción de A. Tovar y F. P. Varas-Rey. Madrid: Guadarrama.

Hearder, Harry. (1973) *Europa en el siglo XIX (desde 1830 a 1880)*. Traducción de Juan García Puente. Madrid: Aguilar.

Hegel, F. (2005) *Introducciones a la Filosofía de la Historia Universal*. Introducción y traducción de Román Cuartango. Madrid: Ágora.

Hennessy, C. (1966) *La República Federal en España: Pi y Margall y el movimiento republicano federal (1868-1874)*. Madrid: Aguilar.

Heredia Soriano, Antonio. (1997) “La Filosofía”. En Jover Zamora (coord.), *Historia de España*, v. XXV*. Madrid: Espasa Calpe, pp. 331 a 532.

Hibbs-Lissorgues, Solange. (2004) “La prensa católica del siglo XIX: un soporte de difusión privilegiado para la difusión del folletín”. En *El folletín: un género marginal en las letras españolas del siglo XIX*. En *Ínsula*, septiembre de 2004, n° 693, pp. 22 a 24.

----- (1996) “Novela histórica y escritores católicos en el siglo XIX: las marcas de un género”. En Ignacio Arellano y Carlos Mata (coord.), *Congreso internacional sobre la novela histórica (Homenaje a Navarro Villoslada)*. Pamplona: Príncipe de Viana, pp. 167 a 185.

----- (1995) *Iglesia, prensa y sociedad en España (1868-1904)*. Alicante: Instituto de Cultura Juan Gil-Albert y Diputación de Alicante.

----- (1988) “La Iglesia católica y el naturalismo”. En Yvan Lissorgues (ed.), *Realismo y Naturalismo en España en la segunda mitad del siglo XIX. Actas del Congreso Internacional celebrado en la Universidad de Toulouse-le Mirail del 3 al 5 de noviembre de 1987*. Barcelona: Anthropos, pp. 198 a 208.

Hidalgo, Dionisio. (1861) *Boletín bibliográfico español*, v. VII. Madrid: Imprenta de las Escuelas Pías.

Hinterhäuser, Hans. (1963) *Los Episodios Nacionales de Benito Pérez Galdós*. Madrid: Gredos.

Hoar, Leo J. (1968) *Benito Pérez Galdós y la Revista del movimiento intelectual de Europa. Madrid: 1865-1867*. Madrid: Ínsula.

Höffe, Otfried. (2003) *Breve historia ilustrada de la filosofía*. Traducción de José Luis Gil Aristu. Barcelona: Península.

Hohendorf, Gerd. (2006) “Wilhelm von Humboldt (1767-1835)”: www.ibe.unesco.org [4 de marzo de 2006].

Hortelano, Benito. (1936) *Memorias de Benito Hortelano*. Madrid: Espasa Calpe.

Hoyo Aparicio, Andrés. (2002) “Una lectura social de los orígenes económicos de *La Gloriosa*”. En Rafael Serrano García (coord.), *España, 1868-1874. Nuevos enfoques sobre el Sexenio Democrático*. Valladolid: Junta de Castilla y León, pp. 59 a 74.

Hugo, Victor. (1999) *Los miserables*, vs. I y II. Traducción de Aurora Alemany; prólogo de Juana Salabert. Madrid: Unidad Editorial.

Ibo Alfaro, Manuel. (1871-1872) *Historia de la interinidad española: escrita en presencia de documentos fidedignos*. Madrid: Establecimiento Tipográfico de la Viuda e Hijos de M. Álvarez.

Iglesias González, María Soledad. (1989) *Soria en el Sexenio Democrático: 1868-1874*. Tesis doctoral. Madrid: Universidad Complutense.

Iglesias Martínez, Nieves. (1986-1991) *Catálogo del teatro lírico español en la Biblioteca Nacional*. Madrid: Dirección General del Libro y Bibliotecas.

Index Librorum Prohibitorum. (2002), v. XI. Coordinador J. M. Bujanda. Montreal: Centre d'Études de la Renaissance. Universidad de Sherbrooke.

Índice Histórico del Congreso de los diputados. (2007): www.congreso.es [noviembre 2007].

Innocenti, Loretta. (2000) “Introduzione”. En Loretta Innocenti (coord.), *Il Giudizio di valore e il canone letterario*. Roma: Bulzoni. pp. 15 a 31.

Jitrik, Noé. (1998) “Canónica, regulatoria y transgresiva”. En Susana Cella (coord.), *Dominios de la literatura. Acerca del canon*. Buenos Aires: Losada, pp. 19 a 31.

Jocs Florals de Barcelona. (1859). Barcelona: Salvador Manero.

Jover Zamora, J. M. (1991) *Realidad y mito de la primera República*. Madrid: Espasa Calpe.

----- (1992) *La civilización española a mediados del siglo XIX*. Madrid: Espasa Calpe.

Jutglar, Antonio. (1975) *Pi y Margall y el federalismo español*, vs. I y II. Madrid: Taurus.

----- (1966) *Federalismo y Revolución. Las ideas sociales de Pi y Margall*. Barcelona: Publicaciones de la Cátedra de Historia General de España.

Kant, Immanuel. (2006) *¿Qué es Ilustración?*. En *Filosofía de la historia*, Buenos Aires: Nova: www.inicia.es [3 de marzo de 2006].

Kermode, Frank. (1998) “El control institucional de la interpretación”. En Enric Sulla (coord.), *El canon literario*. Madrid: Arco Libros, pp. 91 a 114.

Klotz, Volker. (1979) “Apoteosi, passione ed azione nel Conte di Montecristo di Dumas”. En Guido Monpurgo (coord.), *“Trivialliteratur?” Letteratura di massa e di consumo*. Trieste: LINT, pp. 198 a 211.

Kreuzer, Helmut. (1979) “La paraletteratura: un tema di ricerca”. En Giuseppe Petronio (ed.), *Letteratura di Massa. Letteratura di consumo. Guida storica e critica*. Milán: Universale Laterza, pp. 19 a 40.

La Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo Americana. (1920), v. LXIV. Término: Tresserra, Ceferino. Madrid: Espasa Calpe.

Lacasta Zabalza, José Ignacio. (1984) *Hegel en España. Un estudio sobre la mentalidad social del hegelianismo hispánico*. Prólogo de Juan José Gil Cremades. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.

Lafarga, Francisco. (1998) “El Víctor Hugo romántico en la España realista”. En Luis F. Díaz Larios y Enrique Miralles (coords.), *Del Romanticismo al Realismo. Actas del I coloquio celebrado en Barcelona del 24 al 26 de octubre de 1996*. Barcelona: Universidad de Barcelona, pp. 250 a 256.

Lanes Marsall, Jules. (2002) “La visibilité comme symbole de l’acte politique dans le théâtre anti-amédéen de Roberto Robert”. En Marie-Linda Ortega (ed.), *Escribir en España entre 1840 y 1876*. Madrid: Fundación Duques de Soria. Visor libros, pp. 103 a 119.

La Parra Lope, Emilio. (2001) “Iglesia y secularización en la primera época liberal”. En Manuel Suárez Cortina (ed.), *Secularización y laicismo en la España contemporánea. III Encuentro de Historia de la Restauración*. Santander: Sociedad Menéndez Pelayo, pp. 55 a 74.

Lazarsfeld, F. (1979) *La influencia personal. El individuo en el proceso de comunicación de masas*. Traducción de Alberto Pérez Álvarez. Barcelona: Hispano Europea.

Lefevére, André. (1997) *Traducción, reescritura y manipulación del canon literario*. Traducción de M^a Carmen África y Román Álvarez. Salamanca: Ediciones Colegio de España.

Leti, Giuseppe. (1966) *Carboneria e Massoneria nel Risorgimento Italiano*. Bolonia: Arnaldo Forno.

Liberatori, Filomena. (2004) “Alarcón y el folletín”. En *El folletín: un género marginal en las letras españolas del siglo XIX*. En *Ínsula*, septiembre de 2004, n° 693, pp. 24 a 26.

Lida, Clara E. (1973) *Antecedentes y desarrollo del movimiento obrero español (1835-1888.)*. Madrid: Siglo XXI.

----- (1972) *Anarquismo y Revolución en la España del siglo XIX*. Madrid: Siglo XXI.

----- (1970) “Conspiradores e internacionalistas en vísperas de la Revolución”. En Clara E. Lida e Iris Zavala (coords.), *La Revolución de 1868: historia, pensamiento, literatura*. Nueva York: Las Américas, pp. 49 a 63.

Lissorgues, Yvan. (2004) “Chismes folletinescos para todos los usos”. En *El folletín: un género marginal en las letras españolas del siglo XIX*. En *Ínsula*, septiembre de 2004, n° 693, pp. 27 a 30.

----- (1998) “Del realismo al fin de siglo. Sociedad y arte literario”. En Leonardo Romero (coord.), *Siglo XIX (II) Historia de la literatura española*, v. IX. Dirigida por Víctor García de la Concha. Madrid: Espasa Calpe, pp. 1 a 58.

Llorens, Vicente. (1982) “La teoría romántica, de Böhl a Blanco, y el desengaño liberal”. En Iris Zavala (coord.), *Romanticismo y Realismo. Historia y crítica de la literatura española*, v. V. Dirigida por Francisco Rico y A. D. Deyermond. Barcelona: Crítica, pp. 40 a 48.

Llorens i Vila, Jordi. (1993) *El federalisme català*. Barcelona: Barcanova.

López Bago, Eduardo. (1888) *La inquisición moderna. Estudios de la vida humana en cárceles y presidios. El preso. Novela médico-social.* Madrid: Administración de El Imparcial.

----- (1885) *El cura. Caso de incesto. Novela médico-social.* Madrid: Juan Muñoz y Compañía.

López Cordón, Maria Victoria. (1975) *El pensamiento político internacional del Federalismo Español.* Barcelona: Planeta.

----- (1974) “La comuna de París vista desde España”. En J. M. Jover Zamora (coord.), *El siglo XIX en España: doce estudios.* Barcelona: Planeta, pp. 323 a 396.

López Morillas, Juan. (1980) *El krausismo español.* México-Madrid-Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Lorenzo Vicente, Juan Antonio. (2005) “El sistema educativo español”. En Antonio Monclús Estella (coord.), *Educación y sistema educativo.* Madrid: ICE. Universidad Complutense, pp. 83 a 100.

Lotman, Jurij M. (1993) *La cultura e l'esplosione. Predibilità e imprevedibilità.* Milán: Feltrinelli.

----- (1970) *Estructura del texto artístico.* Traducción de Victoriano Imbert. Madrid: Istmo.

Luckács, Georg. (1976) *La novela histórica.* Traducción de Manuel Sacristán. Barcelona: Grijalbo.

Luzio, Alessandro. (1920) *Giuseppe Mazzini Carbonaro.* Turín: Fratelli Bocca.

Lyotard, Jean- François. (2006) “Qué es lo posmoderno”. *Zona Erógena*, nº 12: www.calasanz-pereira.edu.co [2 de marzo de 2006].

----- (1991) *La condición posmoderna. Informe sobre el saber.* Edición y traducción de Mariano Antolín Rato. Madrid: Cátedra.

Magnien, Brigitte. (1995) *Hacia una literatura del pueblo: del folletín a la novela.* Barcelona: Anthropos.

Mainer, J. Carlos. (1998) “Sobre el canon de la literatura española en el siglo XX”. En Enric Sulla (coord.), *El canon literario.* Madrid: Arco Libros, pp. 271 a 299.

----- (1994) “La invención de la literatura española”. En José María Enguita y J. Carlos Mainer (eds.), *Literaturas regionales en España.* Zaragoza: Institución Fernando el Católico, pp. 23 a 45.

Maluquer de Motes, Jordi. (1977) *El socialismo en España (1833-1868).* Barcelona: Crítica.

Mánde, Fray Francisco. (2002) *Tipografía española, o historia de la introducción, propagación y progresos del arte de la imprenta en España*. Facsímil de Imprenta de las Escuelas Pías, 1861, Madrid. Valencia: Librería Paris-Valencia.

Mañer y Flaquer, Juan. (1876) *La Revolución de 1868. Juzgada por sus autores*. Barcelona: Imprenta Jaime Jeprés.

Marchis, Emilio de. (2006) *Il capello del prete*. Edición de Franceso de Nicola. Milán: Gammaró.

Marchis, Giorgio de. (2003) *Il feuilleton portoghese: 1890-1910*. Tesis Doctoral. Bolonia: Facoltà di Lingue e Letterature straniere dell'Alma Mater Studiorum Università di Bologna.

Marco, Joaquín. (2004) “¿Recuperación del folletín?”. En *El Folletín: un género marginal en las letras españolas del siglo XIX*. En *Ínsula*, septiembre de 2004, nº 693, pp. 29 a 30.

----- (1977) *Literatura popular en España. Siglos XVIII y XIX*, vs. I y II. Madrid: Taurus.

Marco Molina, Juana. (1995) *La propiedad intelectual en la legislación española*. Prólogo de Ferrán Barrosa Coll. Madrid: Pons.

----- (1994) “Bases históricas y filosóficas y precedentes legislativos del derecho de autor”. En *Anuario de derecho civil*, n.º1, Madrid, pp. 121 a 208.

Marcuello Benedicto, J. Ignacio. (1986) *La práctica parlamentaria en el Reinado de Isabel II*. Prólogo de Manuel Artola. Madrid: Congreso de los Diputados.

Marengo, Franco. (2000) “Mike, il professore, e lo scrittore maledetto”. En Loretta Innocenti (ed.), *Il Giudizio di valore e il canone letterario*. Roma: Bulzoni, pp. 32 a 44.

Mario, Alberto. (1875) *La Camicia Rossa*. Milán: Sonzogno.

Marrast, Robert. (1974) “Libro y lecturas en la España del siglo XIX. Temas de investigación”. En M. Tuñón de Lara y J. F. Botrel (eds.), *Movimiento obrero, política y literatura en la España contemporánea*. Madrid: Cuadernos para el diálogo, pp. 145 a 158.

Martí, Casimir. (1987) “Condiciones socio-culturales de los primeros órganos de prensa obrera”. En J. Álvarez Timoteo (ed.), *Prensa obrera en Madrid (1855-1936) Actas del II coloquio de Historia madrileña organizada por la revista Alfoz*. Madrid: Consejería de Cultura, pp. 49 a 59.

Martín Tardón, Juan Jesús. (2007) “Las epidemias de cólera del siglo XIX en Mocejón (Toledo)”: www.ranf.com [21 de diciembre de 2007].

Martínez, Francesc A. (2004) “Democracia y República en la España isabelina. El caso de Ayguals de Izco”. En Manuel Chust (ed.), *Federalismo y cuestión federal en España*. Castellón de la Plana: Universitat Jaume I, pp. 45 a 90.

Martínez Cuadrado, Miguel. (1969) *Elecciones y partidos políticos de España (1868-1931)* Madrid: Biblioteca política Taurus.

Martínez Gutiérrez, Enrique. (2001) “Castelar y la idea de Europa en el siglo XIX”. En Glicerio Sánchez Recio (coord.), *Congreso Castelar y su tiempo. Petrer, 28 al 20 de abril de 1999*. Petrer: Ayuntamiento de Petrer, pp. 91 a 102.

Martínez de la Hidalga, Fernando. (2001) *La novela popular en España*, v. I. Madrid: Robel.

Martínez Martín, Jesús A. (2002) “El mercado editorial y los autores. El editor Delgado y los contratos de edición”. En Marie-Linda Ortega (ed.), *Escribir en España entre 1840 y 1876*. Madrid: Fundación Duques de Soria. Visor libros, pp. 13 a 34.

----- (1991 a) *Lectura y lectores en el Madrid del siglo XIX*. Madrid: CSIC.

----- (1991 b) *El mundo cultural europeo en las bibliotecas de las élites madrileñas (1830-1870)* Madrid: Artes Gráficas Municipales. Instituto de estudios madrileños. CSIC.

----- (1986) *Lectura y lectores en la España isabelina (1833-1868)*, vs. I y II. Tesis doctoral. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.

Martínez de Sousa, José. (1981) *Diccionario de tipografía y del libro*. Madrid: Paraninfo.

Marx, Karl; y Engels, Frederick. (2005) *El manifiesto comunista*. Traducción de Jesús Izquierdo Martín; introducción y notas de Gareth Stedman Jones; apéndice de Jesús Izquierdo Martín y Pablo Sánchez León. Madrid: Turner.

(1975) *La Revolución Española. Artículos y crónicas 1854-1873*. La Habana: Editorial de las Ciencias Sociales.

(1977) *La sagrada familia. Crítica de la crítica contra Bruno Bauer y consortes*. Prólogo de Franz Mehring y traducción de Carlos Liacho. Madrid: Akal.

Mascareñas, Carlos E. (1976) *Nueva Enciclopedia Jurídica*, v. X. Barcelona: Francisco Seix.

Masriera, Arturo. (1930) *Barcelona isabelina y revolucionaria*. Barcelona: Políglota.

----- (1924) *Los buenos barceloneses. Hombres, costumbres y anécdotas de la Barcelona ochocentista (1850-1879)*. Barcelona: Políglota.

----- (1869) *Oliendo a Brea. Hombres, naves, hechos y cosas de mar de la Cataluña ochocentista. El cronista de la Revolución Española de 1868*. Barcelona: Imprenta de Celestino Verdaguer.

Mastellone, Salvo. (1994) *Il progetto politico di Mazzini (Italia-Europa)*. Florencia: Olschki.

“Max”, Francesc Capdevila. (2007) “Detrás de la etiqueta”. En *Babelia, El País*, 3 de febrero de 2007, pp. 1 a 2.

Mazzini, Giuseppe. (2004) *Pensamientos sobre la democracia en Europa y otros escritos*. Prólogo, traducción y notas de Isabel María Pascual Sastre. Madrid: Tecnos.

----- (2002) *Dei doveri dell'uomo*. Milán: Superbur Classici. Rizzoli.

McDermott, Patricia. (1999) “Nuevos horizontes: el canon decimonónico y la nueva crítica de 1900”. En F. Díaz Larios y Jordi Gracia (coords.), *La elaboración del canon en la literatura española del siglo XIX. II Coloquio de la Sociedad de Literatura española del siglo XIX*. Barcelona: Universidad de Barcelona, pp. 267 a 278.

Mémbrez, Nancy. (1986) *Catálogo de obras de teatro español del siglo XIX*. Madrid: Fundación Juan March.

Méndez Bejarano, Mario. (1928) *Historia de la filosofía en España hasta el siglo XX*. Madrid: Renacimiento.

Menéndez y Pelayo, Marcelino. (1983) *Epistolario, III*. Edición de Manuel Revuelta. Madrid: Fundación Universitaria Española.

----- (1948) *Historia de los heterodoxos españoles*, v. IV. Madrid: CSIC.

Meregalli, Franco. (1963) *Storia delle relazioni letterarie tra Italia e Spagna*. Venecia: Libreria Universitaria.

Mignolo, Walter. (1998) “Los cánones y (mas allá de) las fronteras culturales (o ¿de quién es el canon del que hablamos?)”. En Enric Sullá (ed.), *El canon literario*. Madrid: Arco Libros, pp. 237 a 270.

Mira Abad, Alicia. (2007) *Secularización y mentalidades en el Sexenio Democrático: Alicante (1868-1875)* Tesis doctoral. Alicante: Universidad de Alicante: www.cervantesvirtual.com [21 de marzo de 2007].

Miralles, Enrique. (1999) “El canon de las revistas bilingües”. En F. Díaz Larios y Jordi Gracia (coords.), *La elaboración del canon en la literatura española del siglo XIX. II Coloquio de la Sociedad de Literatura española del siglo XIX*. Barcelona: Universidad de Barcelona, pp. 289 a 298.

----- (1995) *Cartas a Víctor Balaguer*. Barcelona: Pluvill libros S.A.

Molins, Elías. (1972) *Diccionario biográfico y bibliográfico de escritores y artistas catalanes del siglo XIX*, v. II. Hildesheim: Georg Olms.

Montes, Pedro Domingo. (1868) *Historia de la Gloriosa Revolución Española. En septiembre de 1868. Con las biografías y retratos de los libertadores de la patria*. Madrid: Elizalde y Compañía.

Montí, Genaro. (1872) “La Enciclopedia”. En Francisco Díez Quintero (coord.), *Enciclopedia Republicana Federal Social. Resumen filosófico-histórico-político de todas las cuestiones sociales*. Madrid: Tomás Rey editor, pp. 189 a 194.

Morales Moya, Antonio. (1997) “La Historia. En La época de la Restauración (1875-1902) Civilización y cultura”. En Jover Zamora (coord.), *Historia de España*, v. XXXVI**. Madrid: Espasa Calpe, pp. 225 a 249.

Morato, Juan José. (1984) *La cuna de un Gigante. Historia de la Asociación General del Arte de Imprimir*. Estudio Preliminar de Santiago Castillo. Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.

Morayta, Miguel. (1915) *Masonería española. Página de su historia. Memoria leída en la Asamblea del Grande Oriente español de 1915*. Madrid: Establecimiento Tipográfico del Pasaje del Comercio.

----- (1886) *Historia general de España*, vs. I y VIII. Madrid: Editor Felipe González Rojas.

Moreno Alonso, Manuel. (1979) *La Revolución Francesa en la historiografía española del siglo XIX*. Sevilla: Universidad de Sevilla.

Moreno Ruiz, C. (1871) *Adolfo Joarizti Lasarte*. Madrid: Imprenta Española.

Moretti, Franco. (2000) “Il giudizio di disvalore; ovvero la storia della letteratura come mattatoio della letteratura”. En Loretta Innocenti (ed.), *Il Giudizio di valore e il canone letterario*. Roma: Bulzoni, pp. 75 a 87.

Morpurgo-Tagliabue, Guido. (1979) “Letteratura d’arte e letteratura di consumo”. En Guido Monpurgo (ed.), “*Trivialliteratur?*”. *Letteratura di massa e di consumo*. Trieste: LINT, pp. 21 a 48.

Muñoz Soro, Javier. (2002) “El uso público de la historia: el caso italiano”. En Juan José Carreras Ares y Carlos Forcadell Álvarez (eds.), *Usos públicos de la Historia. VI Congreso de la Asociación de Historia contemporánea*, v. I. Zaragoza: Universidad de Zaragoza, pp. 170 a 184.

Musini, Luigi. (1961) *Da Garibaldi al socialismo. Memorie e croniche per gli anni dal 1858 al 1890*. Milán: Avanti.

Neuschäfer, Hans-Jörg. (1979) “Eugène Sue e il romanzo d’appendice. Sulla storia di un genere letterario «triviale»”. En Guido Monpurgo (ed.), “*Trivialliteratur?*”. *Letteratura di massa e di consumo*. Trieste: LINT, pp. 211 a 233.

Nozzoli, Anna. (1984) *Letteratura e democrazia nel Risorgimento. Mazzini, Cattaneo, Ferrari*. Florencia: Vallecchi.

Nueva enciclopedia del mundo. (1990), v. XII. Término: “Qwerthy”, p. 6231. Coordinación de Luis Rodrigo Martínez y prólogo de Julián Marías. Madrid: Club Internacional del Libro.

Oleza, Joan. (1998) “La génesis del Realismo y la novela de tesis”. En Leonardo Romero (coord.), *Siglo XIX (II) Historia de la literatura española*, v. IX. Dirigida por Víctor García de la Concha. Madrid: Espasa Calpe, pp. 410 a 430.

(1995) “El debate en torno a la fundación del realismo. Galdós y la poética de la novela en los años 70”. En *Actas del V Congreso Internacional de estudios galdosianos (1992)*. Las Palmas de Gran Canaria: Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria.

Oliver Sanz de Bremond, Emilio. (1971) *Castelar y el periodo revolucionario español (1868-1874)*. Madrid: G. del Toro.

Ortega, Marie-Linda. (2002) “Introducción”. En Marie-Linda Ortega (ed.), *Escribir en España entre 1840 y 1876*. Madrid: Fundación Duques de Soria. Visor libros, pp. 3 a 12.

Ortega y Gasset, José. (1969) *Meditaciones de Quijote. Ideas sobre la novela*. Madrid: Espasa Calpe.

----- (1955) *La rebelión de las masas*. Madrid: Espasa Calpe.

Ossani, Anna T. (1973) *Letteratura e politica in Giuseppe Mazzini*. Urbino: Urgalia.

Ossorio y Bernard, Manuel. (1903) *Ensayo de un catálogo de periodistas españoles del siglo XIX*. Madrid: Imprenta y Litografía de J. Palacio.

----- (1877) *La República de las letras*. Madrid: Establecimiento Tipográfico de E. Cuesta.

Ovilio y Otero, Manuel. (1863) *Escenas Contemporáneas. Revista de política, literatura y de ciencias, arte, comercio, agricultura*. Dirigida por Manuel Ovilo y Otero. Madrid: Imprenta del Colegio de sordo-mudos y ciegos.

Páez, Elena. (1952) *El Museo Universal, Madrid (1857-1869)*. Madrid: Instituto Miguel de Cervantes del CSIC.

Palacio, Manuel del. (1903) *Mi vida en prosa. Crónicas íntimas*. Madrid: Librería General de Victoriano Suárez.

----- (1864) *Cabezas y calabazas. Retratos al vuelo de las celebridades en política, en armas... y en las demás ramas del saber y la brutalidad humanas*. Madrid: Miguel Guijarro.

Palau y Dulcet, Antonio. (1948-1955) *Manual del librero hispano-americano: bibliografía general española e hispano-americana desde la invención de la imprenta hasta nuestros tiempos*, v. VII. Barcelona: Librería Anticuaria de A. Palau.

Pallés y Llordés-Bertrán, José. (1869) *La religión, la sociedad y el liberalismo. Opúsculo filosófico-social*. Barcelona: Imprenta de Magriñá y Subirana.

Paolini, Gilberto. (1999) “Dialéctica y síntesis de la novela naturalista española”. En F. Díaz Larios y Jordi Gracia (coords.), *La elaboración del canon en la literatura española del siglo XIX. II Coloquio de la Sociedad de Literatura española del siglo XIX*. Barcelona: Universidad de Barcelona, pp. 314 a 320.

Pardo Bazán, Emilia. (1970) *La cuestión palpitante*. Edición de Carmen Bravi-Villasante. Salamanca: Biblioteca Anaya.

Paredes Alonso, Francisco Javier. (1996) *Historia contemporánea de España (1808-1939)*. Barcelona: Ariel Historia.

Pascual Sastre, Isabel María. (2001) *La Italia del Risorgimento y la España del Sexenio Democrático (1868-1874)*. Madrid: Biblioteca de Historia. CSIC.

----- (1995) “Mazzini y los republicanos españoles”. En Giuliana Limiti (ed.), *Il mazzinianesimo nel mondo*, v. I. Roma: Domus Mazziniana, pp. 16 a 82.

Patiño Eirín, Cristina. (2004) “El Dios del siglo, de Salas y Quiroga: encrucijada de folletín y novela”. En *El folletín: un género marginal en las letras españolas del siglo XIX*. En *Ínsula*, septiembre de 2004, nº 693, pp. 30 a 32.

----- (1999) “Un romántico que anticipa el canon realista: Salas y Quiroga y el Dios del siglo”. En F. Díaz Larios y Jordi Gracia (coords.), *La elaboración del canon en la literatura española del siglo XIX. II Coloquio de la Sociedad de Literatura española del siglo XIX*. Barcelona: Universidad de Barcelona, pp. 321 a 331.

Pattison, W. T. (1982) “Etapas del naturalismo en España”. En Iris Zavala (coord.), *Romanticismo y Realismo. Historia y crítica de la literatura española*, v. V. Dirigida por Francisco Rico y A. D. Deyermond. Barcelona: Crítica, pp. 421 a 427.

Paul y Angulo, J. (1872) *Verdades revolucionarias. Dos conferencias político-sociales*. Madrid: Imprenta Juan López.

Paula Canalejas, Francisco de; Castelar, Emilio; y Morayta, Miguel. (1859) *Crónica de la Guerra de África*. Madrid: Imprenta de V. Matute y B. Compagni.

Paz, Julián. (1934) *Catálogo de las piezas de teatro que se conservan en el Departamento de Manuscritos de la Biblioteca Nacional*. Madrid: Patronato de la Biblioteca Nacional.

Peiró Martín, Ignacio. (1995) *Los guardianes de la Historia*. Zaragoza: Instituto Fernando el Católico.

Pelayo, Francisco. (2001) “Ciencia y secularización del pensamiento en el siglo XIX”. En Manuel Suárez Cortina (ed.), *Secularización y laicismo en la España contemporánea. III Encuentro de Historia de la Restauración*. Santander: Sociedad Menéndez Pelayo, pp. 145 a 161.

Pereda, José María de. (1989) *Esbozos y rasguños*. En *OO. CC de José María de Pereda*, v. II. Edición de Salvador García Castañeda. Santander: Tantín.

Pérez Galdós, Benito. (2007) “¿Dónde está mi cabeza?”. En *El Imparcial*: www.cervantesvirtual.es [23 de febrero de 2007].

----- (2005) *Artículos y ensayos*. Prólogo de Juan Pedro Castañeda. Santa Cruz de Tenerife: Idea.

----- (2002) *La Primera República*. Madrid: Alianza Editorial.

- (2001 a) *Tormento*. Introducción y notas de Antonio Porras Moreno. Madrid: Castalia.
- (2001 b) *El amigo Manso*. Introducción y notas de Francisco Caudet. Madrid: Cátedra.
- (2000) *La desheredada*. Introducción y notas de Germán Gullón. Madrid: Cátedra.
- (1993 a) *Amadeo I. Episodios Nacionales*, v. XLIII. Madrid: Club Internacional del libro.
- (1993 b) *España trágica. Episodios Nacionales*, v. XLII. Madrid: Club Internacional del libro.
- (1990) *Ensayos de crítica literaria*. Introducción y notas de Laureano Bonet. Barcelona: Península.
- (1985) *Fortunata y Jacinta*, v. I. Edición de Francisco Caudet. Madrid: Cátedra.
- (1963) *Obras completas*, v. I. Introducción y notas de Pedro Sainz Robles. Madrid: Aguilar.

Pérez Garzón, Juan Sinisio. (2001) “El estado educador: la secularización de la instrucción pública en España”. En Manuel Suárez Cortina (ed.), *Secularización y laicismo en la España contemporánea. III Encuentro de Historia de la Restauración*. Santander: Sociedad Menéndez Pelayo, pp. 96 a 120.

Pérez Ledesma, Manuel. (2001) “Teoría e historia. Los estudios sobre el anticlericalismo en la España contemporánea”. En Manuel Suárez Cortina (ed.), *Secularización y laicismo en la España contemporánea. III Encuentro de Historia de la Restauración*. Santander: Sociedad Menéndez Pelayo, pp. 341 a 368.

Pérez Moreda, Vicente. (1997) “La población”. En Jover Zamora (coord.), *Historia de España. Los Fundamentos de la España Liberal (1834-1900) La sociedad, la economía y las formas de vida*, v. XXXIII. Madrid: Espasa Calpe, pp. 53 a 94.

Pérez Rioja, José Antonio. (1985) *Historia de Soria*. Soria: Centro de Estudios Sorianos. CSIC.

Pérez Roldán, Carmen. (2001) *El partido Republicano Federal: 1868-1874*. Madrid: Endymion.

Pers y Ricart, Josep; y Creus y Corominas, Teodor. (1991) *Los Misterios de Villanueva. Reprodució facsímil de l'edició publicada el 1851*. Prólogo y edición de Albert Virella i Bloda. Villanueva y la Geltrú: Institut d'Estudis Penedeses.

Peruta, Franco della. (1997) *L'Italia del Risorgimento. Problemi, momenti e figure*. Bolonia: Franco Angeli.

Petronio, Giuseppe. (1979) “Introduzione”. En Giuseppe Petronio (ed.), *Letteratura di Massa. Letteratura di consumo. Guida storica e critica*. Milán: Universale Laterza, pp. I a LXXXVI.

Peyrou, Florencia. (2006) “El concepto de ciudadanía en el primer republicanismo español (1840-1843)”: www.uam.es [5 de mayo de 2006].

----- (2002) “La Historia al servicio de la libertad: La «Historia del partido republicano español de Enrique Rodríguez Solís»”. En Juan José Carreras Ares y Carlos Forcadell Álvarez (eds.), *Usos públicos de la Historia. VI Congreso de la Asociación de Historia contemporánea*, v. I. Zaragoza: Universidad de Zaragoza, pp. 519 a 533.

Pi y Margall, Francisco. (1982) *La reacción y la revolución*. Introducción y notas de Antonio Jutglar. Barcelona: Anthropos.

----- (1911) *Cartas íntimas*. Madrid: Librería de los Sucesores de Hernando.

----- (1902) **Y Pi y Arsuaga, Francisco.** *Historia de España en el siglo XIX*, vs. V y VI. Barcelona: Miguel Seguí.

----- (1890) *Amadeo de Saboya*. Madrid: El Progreso.

----- (1888) *La lucha de nuestros días*. Madrid: Tipografía de Dionisio de los Ríos.

----- (1887) *Las nacionalidades*. Madrid: Imprenta y librería de Eduardo Martínez.

----- (1874) *La República del 73. Apuntes para escribir su historia*. Madrid: Sucesores de Rivadeneyra.

----- (1869) *La mujer en la sociedad. Conferencias dominicales sobre la educación de la mujer. Universidad de Madrid*. Madrid: Rivadeneyra.

Picard, Roger. (1947) *El Romanticismo social*. Traducción de Blanca Chacel. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Picó, Josep. (1999) *Cultura y modernidad. Seducciones y desengaños de la cultura moderna*. Madrid: Alianza Editorial.

Pirala, Antonio. (1875) *Historia contemporánea. Anales desde 1843 hasta la conclusión de la última guerra civil*, v. IV. Madrid: Felipe González Rojas.

Piromalli, Antonio. (1984) “Garibaldi e i suoi scritti”. En *Garibaldi generale della libertà. Atti del convegno internazionale, Roma, 29-31 marzo di 1982*. Roma: Ministero della Difesa, pp. 615 a 633.

Pons, Álvaro. (2007) “Un tebeo escondido”. En *Babelia, El País*, 3 de febrero de 2007.

Porset, Charles. (1987) “La masonería y la Revolución Francesa: del mito a la realidad”. En José Antonio Ferrer Benimeli (coord.), *Masonería, política y sociedad. III Symposium de metodología aplicada a la Historia de la Masonería Española. Córdoba 15-20 de junio de 1987*, v. II. Córdoba: Centro de Estudios Históricos de la Masonería Española, pp. 231 a 244.

Pozuelo Yvancos, José María; y Adrada Sánchez, Rosa María. (2000) *Teoría del canon y literatura española*. Madrid: Cátedra.

Pro Ruiz, J. (1995) “Las elites de la España liberal: clases y redes en la definición del espacio social (1808-1931)”. En *Historia Social*, nº 21, Madrid, pp. 47 a 69.

Puig Rovira, Francesc Xavier. (2005) “Retrat nº 13: Josep Pers y Ricart”: www.vilanova.cat [23 de marzo de 2005].

Randouyer, Françoise. (1989) “Beneficencia masónica: Teoría y Práctica”. En José Antonio Ferrer Benimeli (coord.), *Masonería, política y sociedad. III Symposium de metodología aplicada a la Historia de la Masonería Española. Córdoba 15-20 de junio de 1987*, v. II. Córdoba: Centro de Estudios Históricos de la Masonería Española, pp. 501 a 507.

Regalado García, Antonio. (1966) *Benito Pérez Galdós y la novela histórica en España*. Madrid: Ínsula.

Reig, Ramiro. (2000) “El republicanismo popular”. En Ángel Duarte y Pere Gabriel (eds.), *El republicanismo español*. Madrid: Pons, pp. 83 a 98.

Reinalter, Helmut. (1989) “Masonería y democracia”. En José Antonio Ferrer Benimeli (coord.), *Masonería, política y sociedad. III Symposium de metodología aplicada a la Historia de la Masonería Española. Córdoba 15-20 de junio de 1987*, v. II. Córdoba: Centro de Estudios Históricos de la Masonería Española, pp. 55 a 72.

Reventós, Manuel. (1987) *Els moviments socials a Barcelona en el segle XIX*. Barcelona: Crítica.

Revilla, Manuel de la. (2000) *Principios generales de la literatura e historia de la literatura española*. Edición digital basada en la segunda edición de 1877 en Madrid: Librería de Francisco Ysavedra y Antonio Novo. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes: www.cervantesvirtual.com [30 de mayo de 2006].

----- (1872) “La Revolución Francesa y el Primer Imperio”. En Francisco Díaz Quintero (coord.), *Enciclopedia Republicana Federal Social: Resumen filosófico-histórico-político de todas las cuestiones sociales*. Madrid: Tomás Rey editor, pp. 255 a 261.

Ribagorda Esteban, Álvaro. (2002) “El papel de la historia de España durante la Restauración”. En Juan José Carreras Ares y Carlos Forcadell Álvarez (eds.), *Usos públicos de la Historia. VI Congreso de la Asociación de Historia contemporánea*, v. I. Zaragoza: Universidad de Zaragoza, pp. 551 a 570.

Riera Tué bols, Santiago. (2002) “Les bullangues”. En *Temps D'Història*, 12 al 16 noviembre de 2002, nº 63, Valencia: Edicions del País Valencià, pp. 48 a 73.

Rispa y Perpiñá, Francisco. (1932) *Cincuenta años de un conspirador (Memorias político-revolucionarias) 1853-190*. Barcelona: Colección Balagué.

Robinson, Lillian S. (1998) “Traicionando nuestro texto”. Traducción de Francesca Batrina Martí. En Enric Sullá (ed.), *El canon literario*. Madrid: Arco Libros, pp. 115 a 138.

Rodergas y Calmell, Josep. (1951) *Els Pseudonims usats a Catalunya (Recull de 3. 800)*. Barcelona: Millá.

Rodríguez Domingo, Ana. (1997) *Memorias de la familia Fliedner. Más de cien años al servicio del protestantismo en España*. Madrid: Gayata.

Rodríguez-Solís, Enrique. (1931 a) *Memorias de un revolucionario*. Prólogo de Roberto Castrovido. Madrid: Plutarco.

----- (1931 b) *Historia de la prostitución en España y América*. Madrid: Biblioteca Nueva.

----- (1893) *Historia del partido republicano español: (de sus protagonistas, de sus tribunos, de sus héroes y de sus mártires)*. Madrid: Imprenta de Fernando Cao y Domingo de Val.

Rogers, P. P.; y Lapuente, F. A. (1977) *Diccionario de seudónimos literarios españoles, con algunas iniciales*. Madrid: Gredos.

Rolandi Sánchez-Solís, Manuel. (2005) “Aportación a la historia del republicanismo y el federalismo español del siglo XIX”. En *Cuadernos Republicanos*, 2005, nº 60, Madrid: C.I.E.R.E, pp. 11 a 49.

Romano, Massimo. (1977) *Mitologia romantica e letteratura popolare. Struttura e sociologia del romanzo d'appendice*. Ravena: Longo.

Romanones, Conde de. (1939) *Los cuatro presidentes de la Primera República Española*. Madrid: Espasa Calpe.

Romeo Mateo, María Cruz. (2001) “Tras los escombros de la revolución. El moderantismo y las estrategias políticas y culturales de dominación”. En Juan Francisco Fuentes y Lluís Roura i Aulinas (eds.), *Sociabilidad y Liberalismo en la España del siglo XIX. Homenaje a Gil Novales*. Lérida: Milenio, pp. 239 a 260.

Romero, Carmelo. (1980) *Soria 1860-1936*, vs. I y II. Soria: Diputación Provincial de Soria.

Romero Quiñones, Ubaldo. (1879) *Los huérfanos. Novela filosófico-social*. Madrid: Imprenta de la Nueva Prensa.

----- (1875) *Sensitiva. Novela filosófico-moral*. Madrid: Imprenta del Diario Español.

Romero Tobar, Leonardo. (2006) “Cómo se ha forjado el canon del realismo español”. En *Mil seiscientos dieciséis*, Anuario 2006, v. XI, pp. 29 a 40.

----- (2004) “El «continuará» de los folletines en la novela actual”. En *El folletín: un género marginal en las letras españolas del siglo XIX*. En *Ínsula*, septiembre de 2004, nº 693, pp. 32 a 35.

----- (2002) “Los seudónimos colectivos”. En Marie-Linda Ortega (ed.), *Escribir en España entre 1840 y 1876*. Madrid: Fundación Duques de Soria. Visor libros, pp. 93 a 104.

----- (1998) “Introducción a la segunda mitad del siglo XIX español”. En Leonardo Romero (coord.), *Siglo XIX (II) Historia de la literatura española*, vs. IX. Dirigida por Víctor García de la Concha. Madrid: Espasa Calpe, pp. XIX a LI.

----- (1994) *Panorama crítico del romanticismo español*. Madrid: Castalia.

----- (1976) *La novela popular española del siglo XIX*. Madrid: Fundación Juan March.

----- (1975) “Sobre la censura de periódicos en el siglo XIX (Algunos expedientes gubernativos de 1832 a 1849)”. En *Homenaje a Don A. Miralles Carlo*, v. I. Las Palmas de Gran Canaria: Caja Insular de Ahorros, pp. 465 a 500.

Ros de Olano, José Antonio. (1863) *El Doctor Lañuela. Episodio sacado de las memorias inéditas de un tal José Antonio Ros de Olano*. Madrid: Imprenta de Manuel Galiano.

Rosal, Amaro del. (1958) *Los congresos obreros internacionales en el siglo XIX*. México: Grijalbo.

Rositi, Franco. (1980) *Historia y teoria de la cultura de masas*. Traducción de Carmen Artal; revisión bibliográfica de Joaquim Romaguera i Ramio. Barcelona: GG. Mass Media.

Roure, Conrado. (1994) *Recuerdos de mi larga vida. El movimiento revolucionario de 1869*. Barcelona: Institut Universitari d'Història Jaume Vicens Vives. Eumo.

----- (1925) *Recuerdos de mi larga vida*, vs. I y II. Barcelona: Biblioteca de El Diluvio.

Rubio, Carlos. (1869) *Historia de la revolución española*, vs. I y II Madrid: Imprenta y Librería Guijarro.

Rubio, Isaac. (1981) “Galdós y el melodrama”. En *Anales galdosianos*, nº XVI, pp. 57 a 65.

Rubio Cremades, Enrique. (2002) “La figura del escritor en los artículos de costumbres”. En Marie-Linda Ortega (ed.), *Escribir en España entre 1840 y 1876*. Madrid: Fundación Duques de Soria. Visor libros, pp. 81 a 92.

----- (1998) “Tipos ausentes en *Los españoles pintados por sí mismos: Doce españoles de brocha gorda*”. En Luis F. Díaz Larios y Enrique Miralles (coords.), *Del Romanticismo al Realismo. Actas del I coloquio celebrado en Barcelona del 24 al 26 de octubre de 1996*. Barcelona: Universidad de Barcelona, pp. 301 a 306.

----- (1997 a) “El auge de la prensa periódica”. En Guillermo Carnero (coord.), *Siglo XIX (I) Historia de la literatura española*, v. VIII. Dirigida por Víctor García de la Concha. Madrid: Espasa Calpe, pp. 43 a 59.

----- (1997 b) “La novela histórica del Romanticismo español”. En Guillermo Carnero (coord.), *Siglo XIX (I) Historia de la literatura española*, v. VIII. Dirigida por Víctor García de la Concha. Madrid: Espasa Calpe, pp. 610 a 642.

----- (1982) “Novela histórica y folletín”. En *Anales de Literatura Española*, nº 1, Madrid, pp. 270 a 282.

Rubio Jiménez, Jesús. (1997) “El teatro político durante el reinado de Isabel II y el Sexenio Revolucionario”. En Guillermo Carnero (coord.), *Siglo XIX (I) Historia de la literatura española*, v. VIII. Dirigida por Víctor García de la Concha. Madrid: Espasa Calpe, pp. 409 a 414.

Ruipérez, Paloma. (1975) *La cuestión universitaria y la “Noche de San Daniel”*. Madrid: Edicusa.

Ruiz Salvador, Antonio. (1970) “El Ateneo de Madrid antes de la Revolución de 1868”. En Clara E. Lida e Iris Zavala (coords.), *La Revolución de 1868: historia, pensamiento, literatura*. Nueva York: Las Américas, pp. 209 a 229.

Runcini, Romolo. (1979) “La funzione del mistero nel romanzo popolare”. En Guido Monpurgo (ed.), *“Trivialliteratur?”*. *Letteratura di massa e di consumo*. Trieste: LINT, pp. 163 a 190.

Said W., Edward. (1985) “Antagonistas, públicos, seguidores y comunidad”. En *La posmodernidad. Hal Foster, J. Habermas, J. Baudrillard y otros*. Selección y prólogo de Hal Foster. Barcelona: Kairós, pp. 199 a 234.

Salas y Quiroga, Jacinto. (1848) *El dios del siglo. Novela original de costumbres contemporáneas*. Madrid: José María Alonso.

Salcedo, Ángel S. (1924) *Tomas Bretón (su vida y su obra)*. Madrid: Imprenta Clásica Española.

Salmerón y Alonso, Nicolás. (2006) *Discursos y escritos políticos*. Prólogo y selección de Fernando Martínez López. Almería: Universidad de Almería.

Salomon, Noël. (1974) “Algunos problemas de sociología de las literaturas de lengua española”. En Jean-François Botrel y S. Salaün (coords.), *Creación y público en la literatura española*. Madrid: Castalia, pp. 15 a 39.

Sánchez, Andrés de. (1873) *Emilio Castelar: Su vida, su carácter, sus costumbres, sus obras, sus discursos, su influencia en la idea democrática*. Barcelona: Salvador Manero.

Sánchez Ferriz, Remedios. (2001) “Libertad religiosa y ciudadanía en las constituciones españolas del siglo XIX”. En Manuel Suárez Cortina (ed.), *Secularización y laicismo en la España contemporánea. III Encuentro de Historia de la Restauración*. Santander: Sociedad Menéndez Pelayo, pp. 121 a 144.

Sánchez García, Raquel. (2002) “La propiedad intelectual en la España Contemporánea (1847-1936)”. En *Hispania*, LXII, n.º 212, pp. 993 a 1020.

----- (2001) “Las formas del libro. Textos, imágenes y formatos”. En J. A. Martínez Martín (ed.), *Historia de la edición en España (1836-1936)* Madrid: Pons, pp. 111 a 133.

Sánchez Hita, Beatriz. (2003) “Cartillas políticas y catecismos constitucionales en el Cádiz de las Cortes: un género viejo para la creación de una sociedad”. En *Revista de Literatura*. Julio-diciembre 2003, v. 130, nº LXV, Madrid: CSIC, pp. 541 a 574.

Sánchez Llama, Íñigo. (2000) *Galería de escritoras isabelinas. La prensa periódica entre 1833 y 1895*. Madrid: Cátedra.

Sánchez Marcos, Fernando. (2003) “La lectura de la Edad Moderna en el siglo XIX: Erudición institucional y Nacionalismo español”. En José Andrés Gallego (coord.), *Historia de la historiografía española*. Madrid: Encuentro, pp. 139 a 148.

Sánchez Martín, Guillermo. (1987) *Guerra a Dios, a la tisis y a los reyes. Francisco Suñer y Capdevila una propuesta materialista para la segunda mitad del siglo XIX español*. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid.

Savater, Fernando. (1994) “El pesimismo ilustrado”. En *En torno a la posmodernidad de Gianni Vattimo y otros*. Barcelona: Anthropos, pp.111 a 131.

Scanlon, Geraldine M. (1986) *La polémica feminista en la España contemporánea (1868-1974)*. Traducción de Rafael Mazarrasa. Madrid: Akal.

Schmidt-Henkel, Gerhard. (1979) “La paraletteratura nel canone della scienza della letteratura”. Traducción de Giuseppe Petronio. En Giuseppe Petronio (ed.), *Letteratura di Massa. Letteratura di consumo. Guida storica e critica*. Milán: Universale Laterza, pp. 57 a 71.

Sebold P., Russell. (2004) “La novela realista: 1840-1869”. En *El folletín: un género marginal en las letras españolas del siglo XIX*. En *Ínsula*, septiembre de 2004, nº 693, pp. 34 a 36.

----- (2002) *La novela romántica en España. Entre el libro de caballerías y la novela moderna*. Salamanca: Universidad de Salamanca.

----- (1982) “La filosofía de la Ilustración y el primer romanticismo español”. En Iris Zavala (coord.), *Romanticismo y Realismo. Historia y crítica de la literatura española*, v. V. Dirigida por Francisco Rico y A. D. Deyermond. Barcelona: Crítica, pp. 20 a 27.

Seoane, María Cruz. (1996) *Historia del periodismo en España. El siglo XIX*, v. II. Madrid: Alianza Universidad.

Serrano García, Rafael. (2002) “Presentación”. En Rafael Serrano García (coord.), *España, 1868-1874. Nuevos enfoques sobre el Sexenio Democrático*. Valladolid: Junta de Castilla y León, pp. 5 a 35.

----- (1992) *La Revolución de 1868 en Castilla y León*. Valladolid: Universidad de Valladolid.

----- (1986) *El Sexenio Revolucionario en Valladolid. Cuestiones sociales (1868-1874)*. Valladolid: Junta de Castilla y León.

Shulz-Buschhaus, Ulrich. (1979) “Considerazioni storiche sulla *Trivialliteratur*”. Traducción de Giuseppe Petronio. En Giuseppe Petronio (ed.), *Letteratura di Massa. Letteratura di consumo. Guida storica e critica*. Milán: Universale Laterza, pp. 41 a 56.

Simón Palmer, María del Carmen. (2002) *Actividades públicas de las madrileñas en la Primera República*. Madrid: Instituto de Estudios Madrileños. CSIC.

----- (1993) *Revistas femeninas madrileñas*. Madrid: Instituto de Estudios Madrileños. CSIC.

----- (1982) *La mujer madrileña del siglo XIX*. Madrid: Instituto de Estudios Madrileños. CSIC.

----- (1977) “Libros de religión y moral para la mujer española del siglo XIX”. En *Primeras Jornadas de Bibliografía*. Madrid: Fundación Universitaria Española, pp. 355 a 386.

Sinués, Pilar. (1862) *El ángel del hogar*. Madrid: Imprenta Española de Nieto y Compañía.

Soler Vidal, Josep. (1983) *Abdó Terradas. Primer Apòstol de la democràcia catalana (1812- 1856)*. Barcelona: Edicions de la Magrara.

Sotelo Vázquez, Adolfo. (1999) “Las ideas literarias de don Francisco Giner de los Ríos”. En F. Díaz Larios y Jordi Gracia (coords.), *La elaboración del canon en la literatura española del siglo XIX. II Coloquio de la Sociedad de Literatura española del siglo XIX*. Barcelona: Universidad de Barcelona, pp. 407 a 413.

Stiffoni, Giovanni. (1973) “Intorno alla mancata penetrazione dell’ideología mazziniana nella Spagna democratica dell’Ottocento”. En Renato Giusti (ed.), *Mazzini e le origine del movimento operaio italiano. Atti del convegno storico. Mantova 18-19 marzo de 1972*. Mantua: Museo del Risorgimento di Mantova, pp. 13 a 36.

Suárez Cortina, M. (2001) “¿David frente a Goliat?: Secularización y confesionalidad en la España contemporánea”. En Manuel Suárez Cortina (ed.), *Secularización y laicismo en la España contemporánea. III Encuentro de Historia de la Restauración*. Santander: Sociedad Menéndez Pelayo, pp. 9 a 54.

Sue, Eugène. (1971) *El judío errante*. Traducción de Puche Vendrell. Madrid: Faro.

Sulla, Enric. (1998) “El debate sobre el canon literario”. En Enric Sulla (ed.), *El canon literario*. Madrid: Arco Libros, pp. 11 a 36.

Suñer y Capdevilla, Francisco. (1869) *Guerra a Dios*. Madrid: Imprenta de Domingo Blanco.

Taboada, Luis. (1900) *Intimidades y recuerdos. (Páginas de la vida de un escritor)*. Madrid: Administración de El Imparcial.

Tarín Iglesias, Josep. (1983) *Mañé y Flaquer*. Barcelona: Gent Nostra. Novart.

Tato y Amat, Miguel. (1914) *Sol y Ortega y la política contemporánea. Apuntes biográficos, su actuación en la política y en el foro. Discursos-Anécdotas*. Madrid: Imprenta Artística.

Tedde Lorca, Pedro. (1997) “La banca”. *Los Fundamentos de la España Liberal (1834-1900) La sociedad, la economía y las formas de vida*. En Jover Zamora (coord.), *Historia de España*, v. XXXIII. Madrid: Espasa Calpe, pp. 355 a 389.

Thiers, A. (1973) *Historia de la Revolución Francesa*, v. I. Prólogo de Rafael Altamira. Barcelona: Petronio.

Todorov, Tzvetan. (2006) “Modernos y Posmodernos”. En *Letra Internacional*: www.antroposmoderno.com [12 de mayo de 2006].

----- (1991) *Crítica de la crítica*. Traducción de José Sánchez Lecuna. Barcelona: Paidós.

Tomás Villarroya, Joaquín. (1997) “El proceso constitucional”. En *La era isabelina y el Sexenio Democrático. (1834- 1874)*. En Jover Zamora (coord.), *Historia de España*, v. XXXIV. Madrid: Espasa Calpe, pp. 199 a 341.

Torrent, Joan; y Tasis, Rafael. (1966) *Història de la premsa catalana*, v. I. Barcelona: Bruguera.

Toulmin, Stephen. (2001) *Cosmópolis. El trasfondo de la modernidad*. Prólogo de José Enrique Ruiz-Domènec. Barcelona: Península.

Townson, Nigel. (1994) “Introducción”. En Nigel Townson (ed.), *El republicanismo en España (1830-1977)*. Madrid: Alianza, pp. 13 a 34.

Trombatore, Gaetano. (1979) *Scrittori garibaldini*. Turín: Einaudi.

Tubino, Francisco María. (1880) *Historia del renacimiento literario en Cataluña, Valencia y Baleares*. Madrid: Imprenta de M. Tello.

----- (1875) *La historia de un cautiverio. Cuadro de costumbres y tipos andaluces*. Madrid: Librería Durán.

----- (1873) *Patria y Federalismo*. Madrid: Librería Durán.

Urdanibia, Iñaki. (1994) “Lo narrativo en la posmodernidad”. En *En torno a la posmodernidad de Gianni Vattimo y otros*. Barcelona: Anthropos, pp. 41 a 77.

Valdeón, Julio. (1986) *Liberalismo y caciquismo. Historia de Castilla y León*, v. IX. Valladolid: Ámbito.

Valero Escandell, Juan Ramón. (2001) “Emilio Castelar, nacionalista español”. En Glicerio Sánchez Recio (coord.), *Congreso Castelar y su tiempo. Petrer, 28 al 20 de abril de 1999*. Petrer: Ayuntamiento de Petrer, pp. 103 a 113.

Varela Olea, M. Ángeles. (2001) *Galdós Regeneracionista*. Tesis doctoral. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.

Varela Ortega, José. (2001) *Los amigos políticos. Partidos, elecciones y caciquismo en el Restauración (1875-1900)* Prólogo de Raymond Carr. Madrid: Pons.

Varela Suanzes, Joaquín. (2006) “La Constitución de Cádiz y el Liberalismo español del Siglo XIX”: www.cervantesvirtual.es [15 de noviembre de 2006].

Vargas Llosa, Mario. (2004) *La tentación de lo imposible. Víctor Hugo y “Los miserables”*. Madrid: Alfaguara.

Vattimo, Gianni. (2000) *El fin de la modernidad. Nihilismo y hermenéutica en la cultura posmoderna*. Traducción de Alberto L. Bixio. Barcelona: Gedisa.

----- (1994) “Posmodernidad, ¿una sociedad transparente?”. En *En torno a la posmodernidad de Gianni Vattimo y otros*. Barcelona: Anthropos, pp. 9 a 20.

Vega-Rey, L. (1885) *Pobreza y mendicidad. Estudio crítico filosófico-social*. Madrid: Imprenta de Enrique Teodoro.

Vera y González, Enrique. (1894) *El Marqués de Santa Marta. Estudio biográfico*, v. I. Madrid: Imprenta de Dionisio de los Ríos.

----- (1886) *Pi y Margall y la política contemporánea*. Barcelona: Tipografía de la Academia.

Vernet Ginés, Juan. (1997) “Ciencia y Pensamiento científico”. En Jover Zamora (coord.), *Historia de España*, v. XXV*. Madrid: Espasa Calpe, pp. 422 a 467.

Vicens Vives, Jaime. (1982) “El romanticismo en la historia”. En Iris Zavala (coord.), *Romanticismo y Realismo. Historia y crítica de la literatura española*, v. V. Dirigida por Francisco Rico y A. D. Deyermond. Barcelona: Crítica, pp. 59 a 64.

----- (1961) *Cataluña en el siglo XIX*. Prólogo de E. Giralt i Raventós. Madrid: Rialp.

Vilarrasa, Eduardo María; e Ildefonso Gatell, José. (1875) *Historia de la Revolución de septiembre, sus causas, sus doctrinas, sus episodios y sus resultados*, v. I. Barcelona: Imprenta y Librería Religiosa y Científica del Heredero de D. Pablo Rier.

Villacañas, José Luis. (2004) “La idea federal en España”. En Manuel Chust (ed.), *Federalismo y cuestión federal en España*. Castellón de la Plana: Universitat Jaume I, pp. 113 a 151.

Virella i Bloda, Albert. (1991) “Prólogo”. En *Los Misterios de Villanueva. Reproducción facsímil de la edición publicada en 1851*. Villanueva y la Geltrú: Institut d’Estudis Penedeses, pp. I a XXXII.

Voza, Pasquale. (1978) *Letteratura e Rivoluzione passiva: Mazzini, Cattaneo, Tenca*. Bari: Dedalo libri.

Zavala, Iris. (1991) *La posmodernidad y Mijail Bajtín. Una poética dialógica*. Madrid: Espasa Calpe.

----- (1987 a) “La prensa ante la Revolución de 1868”. En Clara E. Lida e Iris Zavala (coords.), *La Revolución de 1868: historia, pensamiento, literatura*. Nueva York: Las Américas, pp. 293 a 310.

----- (1987 b) “La censura en la semiología del silencio: siglos XVIII y XIX”. En *Censura y literaturas peninsulares*. Amsterdam: Rodopi (Diálogos hispánicos de Ámsterdam, nº 5), pp. 149 a 173.

----- (1972) *Románticos y socialistas*. Madrid: Siglo XXI.

----- (1971 a) *Ideología y política en la novela española del XIX*. Salamanca: Anaya.

----- (1971 b) *Masones, comuneros y carbonarios*. Madrid: Siglo XXI.

Zola, Èmile. (2002) *El naturalismo*. Traducción de Jaume Fuster; selección, introducción y notas de Laureano Bonet. Barcelona: Península.

3. PRENSA DEL SIGLO XIX

Asociación, La. Madrid, [noviembre 1854 - enero 1860].

Convicción, La. Barcelona, [marzo 1873].

Demócrata, El. Madrid, [marzo - mayo 1880].

Diario de Catalunya, El. Barcelona, [junio 1852 - abril 1853].

Discusión, La. Madrid, [1858 - 1860; diciembre 1868 - febrero 1871; marzo - mayo 1880].

Federación Española, La. Madrid, [mayo de 1870 - enero de 1872].

Globo, El. Madrid, [marzo - abril de 1880].

Igualdad, La. Madrid, [noviembre 1868 - febrero 1871].

Ilustración Española y Americana, La. Madrid, [octubre 1878; marzo - abril 1880].

Ilustración Republicana Federal, La. Madrid, [junio 1871 - septiembre 1872].

Imparcial, El. Madrid, [octubre 1870; septiembre 1875; marzo 1876; agosto 1876; noviembre 1878].

Joven España, La. Madrid, [1858 - 1859].

Linterna del Pueblo, La. Madrid, [octubre 1868].

Lloyd Español, El. Barcelona, [febrero 1863 - diciembre 1866].

Noticiero Balear, El. Palma de Mallorca, [enero 1848].

Razón, La. Madrid [1861].

República Ibérica, La. Madrid, [diciembre 1869 - noviembre 1870].

Revista de Catalunya. Barcelona. [1862].

Soberanía Nacional, La. Diario Democrático. Madrid, [noviembre 1854 - diciembre 1855].

Tajo, El. Toledo [octubre 1867].

